



Lemir 27 (2023) - Textos: 1321-1868

ISSN: 1579-735X

Juan Díaz

Lisuarte de Grecia

(LIBRO VIII)

Sevilla, Jacobo y Juan Cromberger, 1526 (25 de septiembre)

Introducción de Jorge Sáenz Carbonell

Edición de Xosé Martínez Varela



Madrid, Biblioteca Nacional, R-71.

Introducción

Entre los libros de caballerías españoles, la serie formada por *Amadís de Gaula* y sus continuaciones es, sin duda, el más voluminoso y popular de los llamados ciclos familiares, es decir, las obras que, a lo largo de diversas continuaciones, narran las aventuras de un caballero y sus descendientes.

Una de las más singulares obras del ciclo amadisiano es la que en este volumen se presenta hoy a la consideración de los lectores contemporáneos: *El Octavo libro de Amadís, que trata de las extrañas aventuras y grandes proezas de su nieto Lisuarte, y de la muerte del ínclito rey Amadís*, obra del bachiller en cánones Juan Díaz, publicada en Sevilla en 1526. Este libro de caballerías no fue bien recibido por el público de su época y rápidamente cayó en el olvido. Lo que le ha dado notoriedad, entre los cervantistas y los estudiosos de este género literario, es el hecho de que relata, con lujo de detalles, el fallecimiento de Amadís de Gaula y sus suntuosos funerales.

Una serie enrevesada: libros y parte en el ciclo amadisianos

Mientras que otros ciclos, como los originados por *Palmerín de Olivia*, *Clarián de Lاندانیس* y el *Espejo de príncipes y caballeros* (El caballero del Febo) no pasaron en España de cuatro o cinco volúmenes, el de los Amadis fue mucho más copioso, ya que está integrado por once obras distintas, que enumeramos con el año de la edición más antigua de la que tenemos noticia, aunque es seguro que de las dos primeras hay ediciones anteriores: *Amadís de Gaula* (1508), las *Sergas de Esplandián* (1510), *Florisando* (1510), el *Lisuarte de Grecia* de Feliciano de Silva (1514), el *Lisuarte de Grecia* de Juan Díaz (1526), *Amadís de Grecia* (1530), *Florisel de Niquea* (1532), *Rogel de Grecia* (1535), *Silves de la Selva* (1546), la *Primera parte de la Cuarta de don Florisel de Niquea* (1551) y el *Libro segundo de la Cuarta de don Florisel de Niquea* (también de 1551).

Parte de las complicaciones que asoman al estudiar el ciclo amadisiano se deriva del uso, no siempre uniforme, de términos como *libro* y *parte* para identificar diversos textos del ciclo, así como del hecho de que aunque las obras del ciclo estaban identificados una numeración continua (quinto, sexto, séptimo, octavo, etc.), no necesariamente la acción de uno seguía en el inmediato siguiente, debido a una enrevesada serie de rivalidades entre los autores.

Por lo que sabemos, el *Amadís* original estaba formado únicamente por tres libros, a los que Garci Rodríguez de Montalvo, refundidor de la obra en el siglo XV, le añadió un cuarto de su propia cosecha. La edición más antigua que conocemos del *Amadís*, publicada en Zaragoza en 1508, lleva precisamente el título de *Los cuatro libros del virtuoso caballero Amadís de Gaula*. Rodríguez de Montalvo escribió también un quinto libro, que apareció como una obra independiente, mencionada generalmente con el nombre de las *Sergas de Esplandián* y cuya primera edición conocida data de 1510, aunque sin duda hubo otras anteriores. El sexto libro del ciclo, *Florisando*, obra del clérigo Ruy Páez de Ribera, fue publicado en 1510 y en él se continúa la acción a partir de donde la había dejado Rodríguez de Montalvo.

Lo lógico hubiera sido que el séptimo libro de la obra continuara la acción de Florisando. Sin embargo, Feliciano de Silva, autor de ese libro séptimo, el primer Lisuarte de Grecia, impreso en 1514, decidió pasar por alto el Florisando y hacer que su Lisuarte fuera una continuación de las *Sergas*, es decir un libro sexto bis, pero sin duda por razones editoriales, se publicó como el *Séptimo libro de Amadís*.

Si en la próxima obra se hubiera continuado la acción del Lisuarte de Silva, la cosa no hubiera sido tan complicada como resultó. El problema es que el siguiente autor del ciclo, el bachiller Juan Díaz, sin tener noticia de la obra de Silva y pensando que el suyo sería el libro séptimo, escribió otro *Lisuarte de Grecia* como continuación de *Florisando*. Cuando esta obra fue publicada en 1526, como ya se conocía el libro séptimo de 1514, fue necesario identificarla como libro octavo. Silva reaccionó muy agriamente y decidió ignorar la obra de Díaz y continuar la acción de «su» *Lisuarte* en *Amadís de Grecia*, publicado en 1530, pero por razones editoriales este hubo de identificarse como libro noveno, aunque era una continuación del séptimo y no del octavo. Había, pues, dos series rivales que continuaban las *Sergas*: una formada por *Florisando* y el *Lisuarte* de Díaz (los libros VI y VIII del ciclo) y otra por el primer *Lisuarte* y el *Amadís de Grecia* (los libros VII y IX del ciclo), ambas obra de Silva. Esta última fue la triunfadora, porque el *Lisuarte* de Díaz no tuvo continuaciones, mientras que Silva aportó al ciclo varias obras más. El binomio constituido por *Florisando* y el segundo *Lisuarte*, que quedó como una rama seca, sin reimpresiones ni menos continuaciones¹. Cuando los libros del ciclo de los Amadis se tradujeron a otras lenguas europeas, ambas obras fueron dejadas de lado; de este modo, por ejemplo, en Francia el *Lisuarte* de Silva se convirtió en el libro sexto de la serie².

El *Amadís de Grecia* estaba dividido internamente en dos partes, pero como se publicaron en un solo volumen, la división no afectó la numeración del ciclo. Este fue continuado por Silva en el libro décimo, *Florisel de Niquea*, publicado en 1532 en un solo volumen que estaba dividido también en dos partes.

Hasta ese momento, con excepción del caso del *Amadís* dividido en cuatro libros, la voz *libro* identificaba a un volumen publicado independientemente, aunque internamente estuviera dividido en dos partes, como el *Amadís de Grecia* o el *Florisel*. Sin embargo, cuando Feliciano de Silva publicó en 1535 el libro undécimo, conocido por el público con el nombre de *Rogel de Grecia*, lo identificó como *Tercera parte de don Florisel de Niquea*. Para su disgusto, en 1546, mientras trabajaba en la que pensaba que sería la siguiente obra del ciclo, Pedro de Luján publicó *Silves de la Selva*, el duodécimo libro amadisiano, titulado *Dozena parte del invencible caballero Amadís de Gaula*, como continuación del *Rogel*. La molestia de Silva, al ver que se había repetido la historia de 1526, fue muy considerable, y sin duda lo llevó a apresurar la terminación de su obra, que apareció en 1551, no con el nombre de décimo tercero libro de Amadís, sino como *La Primera parte de la Cuarta de la crónica de el excelentísimo príncipe don Florisel de Niquea*, a la que siguió inmediatamente, en el mismo año de 1551, el *Libro segundo de la Cuarta y gran parte de la crónica del excelen-*

1.– Sobre Feliciano de Silva y sus obras, *vid.* la bibliografía mencionada en EISENBERG, Daniel, y MARÍN PINA, María Carmen, *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1ª ed., 2000, pp. 239-242.

2.– *Vid.* ROUBAUD, Sylvia, «Mort(s) et résurrection(s) d'Amadis», en <https://www.pressens.fr/Data/le_0255-6.pdf>, p. 11. El original se publicó en *Les Amadis en France au XVI^e siècle*, Cahiers Saulnier n° 17, 2000.

te príncipe don Florisel de Niquea. Como se ve, Silva no era muy riguroso a la hora de usar indistintamente los términos *parte* y *libro*. Pero como resultado de estos líos terminológicos, la *Cuarta* no fue considerada como libro décimo tercero de Amadís, ni menos como libro décimo tercero y libro décimo cuarto, sino simplemente como una parte (aunque enorme) del libro undécimo.

Con los dos volúmenes de la *Cuarta* se cerró definitivamente el ciclo amadisiano en España, a lo cual sin duda contribuyó la muerte de Feliciano de Silva, ocurrida en junio de 1554. Paradójicamente, los libros siguientes del ciclo, escritos en italiano por Mambrino Roseo, no continuaron la acción de la *Cuarta*, sino la de *Silves de la Selva*, pero esas obras nunca se publicaron en español.

El autor y la dedicatoria

No sabemos prácticamente nada del autor del segundo *Lisuarte*, aparte de su nombre y de que era bachiller en cánones. No se conoce ninguna otra obra suya, aunque don Pascual de Gayangos insinuó la posibilidad de que escribiera también el segundo libro de *Don Tristán de Leonís* (*Tristán el Joven*), publicado en Sevilla en 1534³:

pudiera sospecharse si su autor fue el mismo que en 1528 (*sic*) escribió el *Octavo libro de Amadís*, aunque en apoyo de esta última conjetura no podamos ofrecer más razón que cierta semejanza de estilo que en la lectura escrupulosa y detenida de uno y otro libro hemos creído advertir.

Sin embargo, esta hipótesis parece poco fundada, dado que el bachiller Díaz dedicó su obra al infante don Jorge de Lencastre (1481-1550), duque de Coimbra, hijo extramatrimonial del rey don Juan II de Portugal, y en la dedicatoria exaltó apasionadamente la figura de ese monarca, mientras que en el segundo *Don Tristán de Leonís* es notoria la antipatía del autor hacia todo lo portugués, según advirtió el mismo Gayangos⁴.

El duque de Coimbra fue un personaje muy prominente en la corte de Lisboa, y fue gran almirante de Portugal y maestre de las órdenes de Santiago y San Benito de Avis. En el prólogo de su obra, que es en realidad una dedicatoria al duque, Díaz comparó a este con Esplandián, a su padre con Amadís de Gaula, y a su hijo primogénito don Juan de Lencastre, marqués de Torres Novas, con el propio Lisuarte de Grecia, y expresó su esperanza de que si el duque recibía el libro con benignidad, su ingenio podría volar a «otras cosas diversas y semejantes», que serían puestas bajo la sombra de su ínclito nombre. Estos propósitos no llegaron a realizarse, dado que, como indicamos, Díaz no parece haber publicado ninguna otra obra. Lamentablemente, el prólogo no da ningún indicio sobre la relación que pudo haber existido entre el autor y el dedicado.

En el mismo prólogo, después de decir que en las casas de los príncipes debían leerse las hazañas de los caballeros famosos como en los monasterios las vidas de los santos, Díaz expone su fascinación con el *Amadís de Gaula* y su motivación para escribir el séptimo libro de su historia:

3.- GAYANGOS, Pascual de, «Discurso preliminar», en *Libros de caballerías*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1ª ed., 1857, vol. XL, p. XV.

4.- *Ibid.*

[...] después de aver leído muchas crónicas, diversas historias de singulares y esforçados cavalleros, de ninguna tanto dulçor la amarga y gruessa corteza de mi ingenio sacar pudo como de la gran historia de *Amadís de Gaula*, no solamente por su sabrosa y apazible materia, como por no menos discreto que elegante estilo, subidas fisolofales sentencias, saludables y convenientes enxemplos, de los que la sobredicha historia es tan reabastada y guarnescida, que lo sobrado d'ella haría estremada honra si menguamiento y pobreza de otras de tal primor carecientes. E aviendo ya más d'ella gustado lo interior que lo de fuera, vi la quinta parte las *Sergas de Esplandián* y la sexta de *Florisando*, y remontando sus estilos y modos de escribir y proceder en las asperezas de mi abilidad, paresciome, no solamente razón mas sobre razón razonable como sobre oro dorar de nuevo, ser muy necessario venir en luz la séptima parte de la misma gran historia, de la cual los desseosos de semejantes escrituras^{2v} no solamente ternían gran desseo, más aún, d'ella avía no pequeña necessidad para cumplimiento de la otra⁵.

El *Lisuarte* de Díaz, cuya única edición salió a la luz en Sevilla en 1526⁶, en la imprenta de Juan y Jacobo Cromberger, con el título *El Octavo libro de Amadís, que trata de las extrañas aventuras y grandes proezas de su nieto Lisuarte, y de la muerte del ínclito rey Amadís*. De esta obra, que tiene 187 capítulos distribuidos en 223 folios, sólo se conocen hoy tres ejemplares: uno se halla en la Biblioteca Nacional de Madrid; otro, muy maltratado, en la Central de Barcelona, y el tercero en una colección privada en los Estados Unidos de América⁷.

Aunque Díaz había escrito su obra como séptimo libro de la serie amadisiana, continuando del *Florisando*, sin conocer de la existencia del *Lisuarte* de Feliciano de Silva, a la hora de llevarlo a la imprenta se vio obligado a denominarlo *Octavo libro*.

Gayangos sintetizó así el argumento de la obra:

El principal incidente en que estriba la narración es una gran conjuración de todos los reyes paganos contra el buen rey Amadís, que *muy descuidado y asaz quebrantado por la edad*, vivía en Fenusa, corte y capital de la Gran Bretaña. Los enemigos, que eran muchos y muy poderosos, habían ya recuperado una buena parte de los estados que al rey Arávigo había quitado el valiente don Bruneo de Bonamar, y hubieran llevado adelante sus conquistas, a no impedírsele la llegada de Florisando; todos los aliados de Amadís se temían una catástrofe, pues su reino estaba muy amenguado de caballería, así por las grandes batallas pasadas, como por haber él prohibido las aventuras y caballeros andantes, a fin de impedir las muertes y desafíos que a cada paso ocurrían. El emperador de Constantinopla, el rey Norandel de Sicilia, don Florestán de Cerdeña y el de Sobradisa, con sus tíos Agrajes y Grasandor, hacían esfuerzos increíbles por auxiliar en su contienda al de la Gran Bretaña, allegando ejércitos y formando alianzas, si bien temían que toda su diligencia fuese en vano, a no ser que el Papa, a quien mandaron una embajada, consintiese antes en relajar a Amadís el juramento, hecho con toda solemnidad, de no tolerar más en sus reinos caballeros andantes ni donce-

5.- DÍAZ, Juan, *El Octavo libro de Amadís, que trata de las extrañas aventuras y grandes proezas de su nieto Lisuarte, y de la muerte del ínclito rey Amadís*, Sevilla, Jacobo y Juan Cromberger, 1ª ed., 1526, prólogo.

6.- *Ibid.* El colofón, en el folio CCXX, lleva la fecha de 25 de septiembre.

7.- Vid. EISENBERG y MARÍN PINA, 2000, p. 243; SALES DASÍ, Emilio, *Lisuarte de Grecia (libro VIII). Guía de lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1ª ed., 2001, p. 121. La presente edición se ha basado en una copia de este ejemplar de la BNM.

llas. El Pontífice, aunque con dificultad, accede a sus ruegos, movido más bien del gran peligro en que se hallaba la cristiandad, que de otras consideraciones. Las tropas auxiliares se embarcan para la Gran Bretaña, se reúnen a las que Amadís tenía ya dispuestas, y todos juntos marchan sobre Fenusa, que los paganos tenían cercada y estaba ya a punto de rendirse. En dos batallas campales Amadís vence a sus contrarios; mas a los pocos días recibe la infausta nueva de la pérdida de su Ínsola Firme. Se había apoderado de ella un gigante, llamado Dramirón d'Anconia, hijo de un Brutervo, a quien don Florisando había muerto años atrás en singular combate; el cual, no contento con sojuzgar la isla toda y exterminar a sus habitantes, mandó a la corte del buen rey Amadís una doncella a desafiar a cuantos caballeros quisieran hacer armas con él. El reto es luego aceptado por multitud de caballeros andantes, ansiosos de ganar honra y prez; pero eran tales las fuerzas y valentía del gigante, que Agrajes, Florisando, Arquisil y otros preciados campeones son de él vencidos y metidos en dura prisión, para ser después sacrificados a los manes de su padre. Sobreviene, por último, el *Cavallero de los Cisnes*, Lisuarte, el cual se combate con él, y gracias al buen temple de sus armas, regalo de la sabia Urganda, consigue derribar al coloso y cortarle la cabeza. La Ínsola Firme es luego recuperada, y los paganos abandonan para siempre la idea que habían concebido de sojuzgar la Gran Bretaña. Trata el capítulo lxxiv de la muerte del buen rey Amadís, y del llanto que por él se hizo en Fenusa; y en los siguientes refiere el autor con minuciosidad escrupulosa su entierro en el monasterio de San Severino, sus exequias y honras, ni más ni menos que si tratara de algún gran señor de Andalucía muerto en aquellos días; y como para probarnos que si escribía libros de caballerías, era también entendido en su facultad, el buen bachiller pone en boca del ermitaño, amo de Florisando, un largo sermón, predicado en las honras del héroe. Concluye, por fin, el libro con las bodas de Lisuarte y Elena, de Falangrís y la *Linda Española*, de Cildadán y Brianda, de don Lispán (el Caballero de los Fuegos) y Castivalda, de Galeote y Lucilia, de Ladasán y Galianda. Agrajes, rey de Escocia, y el rey de Sobradisa, don Galaor, viendo que habían gastado sus juventudes en las vanidades de este mundo, se meten frailes en sendos monasterios, después de renunciar sus reinos en sus hijos mayores; las reinas, sus esposas, hacen otro tanto, retirándose al convento de Miraflores, donde era abadesa Oriana, la viuda de Amadís⁸.

Como era habitual en los libros de caballerías, en el último capítulo de su *Lisuarte* el bachiller Díaz dejó abierta la posibilidad para una continuación, en la cual habrían de figurar los cuatro hijos del protagonista: Esplandián, emperador de Constantinopla; Amadís, rey de Gran Bretaña y Dinamarca; Perión, rey de Gaula y la pequeña Bretaña, y la bellísima infanta Oriana, «de tanta hermosura que ponía espanto a los caballeros que la vían, y envidia a las hermosas de su tiempo⁹». Sin embargo, esos personajes nunca llegarían a tomar cuerpo.

8.- GAYANGOS, 1857, pp. XXIX-XXX.

9.- DÍAZ, *op. cit.*, cap. CLXXXVII, f. CCXX. A los tres Amadises que habitualmente se mencionan al repetir la frase de Cervantes sobre «aquella infinidad de Amadises» o al hablar del popular ciclo –Amadís de Gaula, Amadís de Grecia y Amadís de Astra–, habría que añadir a este Amadís de Bretaña.

3. Rasgos de estilo

El *Lisuarte* de Díaz, aunque dista mucho de ser una obra maestra, coincide perfectamente con el gusto de los lectores de libros de caballerías de los primeros años del reinado de Carlos V, y es además una obra de acción ágil, que todavía hoy puede considerarse como relativamente amena, a pesar de la multiplicidad, quizá excesiva, de personajes y episodios. Es un típico libro de caballerías «temprano», con todos los elementos usuales —un protagonista que parece la suma de todas las virtudes, variadas aventuras, magia, amoríos, gigantes y conflictos militares entre cristianos y paganos—, que revelan a Díaz como un gran conocedor del género¹⁰ y en cuyas páginas los diálogos y las cuestiones de estilo ceden terreno frente a los episodios propiamente caballerescos o militares. Estas características se encuentran en otros muchos libros de la misma época, y quizá llegaron a tener sus máximas expresiones en el *Belianís de Grecia* de Jerónimo Fernández y el *Espejo de príncipes y caballeros* de Ortúñez de Calahorra, que gozaron de notoria popularidad¹¹, a pesar del éxito logrado por los libros más tardíos de Feliciano de Silva, donde imperaba lo cortesano y se vivía en una artificiosa, enrarecida y a veces exótica atmósfera.

Razones de un fracaso

La obra de Juan Díaz continuaba una serie muy popular y respondía a las características de los libros de caballerías más afortunados de su época. Su estilo quizá no era muy depurado, pero obras aún más deficientes en ese aspecto fueron bien recibidas por el público. ¿Por qué, entonces, el segundo *Lisuarte de Grecia* no tuvo reimpressiones ni continuaciones y resultó un fracaso editorial? Creemos que hay tres motivos que lo explican.

En primer lugar, la circunstancia de continuar la acción de *Florisando* puede haber sido una notoria desventaja frente a otros rivales. El *reprimendón* y moralizante *Florisando*, que en algunos aspectos parece más una obra contra la caballería andante que un libro de caballerías, tuvo poca aceptación entre el público y logró solamente dos reimpressiones¹². Para el aficionado a los libros de caballerías debía resultar mucho más grato pasar directamente del *Esplandián* al ameno *Lisuarte* de Silva, en vez de perder su tiempo con la relación —además algo fastidiosa— de las aventuras de *Florisando*, que ni siquiera era descendiente directo de Amadís de Gaula, sino hijo extramatrimonial de su hermano Florestán.

También debe haber contribuido al hundimiento del segundo *Lisuarte* la fecundidad de la pluma del incansable Feliciano de Silva, que se encargó de continuar «su» *Lisuarte* en *Amadís de Grecia*, *Don Florisel de Niquea*, *Don Rogel de Grecia* y la *Cuarta parte de Don Flo-*

10.– SALES DASÍ, 2001, p. 8.

11.– Vid. la Introducción de Daniel Eisenberg a su edición del *Espejo de príncipes y caballeros* de Diego Ortúñez de Calahorra (Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 1ª ed., 1975, vol. I, pp. LXI-LXII. Puede consultarse también en: <<https://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/03690628677915606532268/index.htm>>.

12.– Vid. EISENBERG y MARÍN PINA, 2000, pp. 235-236. Cabe mencionar que la segunda y última reimpresión de *Florisando* se publicó en Sevilla en 1526, apenas unas semanas después de que se concluyó la impresión del segundo *Lisuarte*. Vid. GAYANGOS, 1857, pp. LXVIII-LXIX.

risel, que en general tuvieron excelente acogida¹³. Frente a esta avalancha de nuevos Amadis, el *Lisuarte* de Díaz, cuya acción ya no encajaba para nada en la serie, debió suscitar todavía menos interés. El desdichado bachiller, que quizá pudo haber sido un feliz continuador del primer *Lisuarte*, no conoció éste sino cuando ya tenía muy avanzado el suyo¹⁴, circunstancia que sin duda le molestó y le obligó a cambiar la numeración de séptimo por octavo¹⁵. Sin embargo, su fastidio posiblemente fue mínimo en comparación con la ira que el segundo *Lisuarte* debe haber despertado en Feliciano de Silva, quien posiblemente ya para 1526 tenía bien avanzada la composición del *Amadís de Grecia*¹⁶, y quizá temió que el público amadisiano se fuera detrás de la serie *Florisando*, con lo cual el primer *Lisuarte* –que aún no había sido reimpresso– hubiera caído en el olvido y su nueva obra quizá no hubiera salido a la luz. El corrector de imprenta el *Amadís de Grecia* no fue nada amable al referirse al texto del bachiller Díaz:

No te engañe, discreto lector, el nombre de este libro, diciendo ser *Amadís de Grecia* e *Noveno libro de Amadís de Gaula*, porque el octavo se llama *Amadís de Grecia*, en lo cual ay error en los autores; porque el que hizo el *Octavo libro de Amadís* no vio el séptimo, y si lo vio, no lo entendió ni lo supo continuar; porque el séptimo, que es *Lisuarte de Grecia y Perión de Gaula*, hecho por el mismo autor de este libro, en el capítulo último dice aver nacido el Doncel de la Ardiente Espada, hijo de Lisuarte de Grecia y de la princesa Onoloria, el cual se llamó el *Cavallero de la Ardiente Espada*, y después Amadís de Grecia, de quien es este presente libro. Así que se continúa del séptimo este noveno, y se había de llamar octavo, e porque no oviesse dos octavos se llama el noveno, puesto que no depende del octavo, sino del séptimo, como dicho es; y fuera mejor que aquel octavo fenesciese en manos de su autor y fuera abortivo, que no que saliera a luz a ser juzgado e a dañar lo que en esta gran genealogía escripto está, pues dañó así poniendo confusión en la descendida e continuación de las historias¹⁷.

En forma parecida reaccionó Feliciano de Silva años más tarde, cuando Pedro de Luján se atrevió a continuar *Don Rogel de Grecia* en *Don Silves de la Selva* (1546), duodécimo de la serie amadisiana. Pasando por alto esta obra, Silva dio a luz su *Cuarta parte de Don Florisel de Niquea*, cuya parte inicial se publicó por primera vez en 1551, y en ella continuó la acción donde había quedado la de *Don Rogel*. Al final de la segunda parte de esta nueva obra suya, que por supuesto no tomó en cuenta para nada lo relatado en *Don Silves*, el prolífico escritor manifestó:

esta es la verdadera historia de estos príncipes, y otra que parecerá tratar de la misma historia, bien parece que fue más escrita por afición que por información de las verdaderas historias d'estos príncipes...Y allende de todas estas y otras mu-

13.– Para el detalle de las ediciones alcanzadas por las obras caballerescas de Feliciano de Silva, Vid. EISENBERG y MARÍN PINA, 2000, pp. 245-246 y 251-256.

14.– En la dedicatoria al Duque de Coimbra, Díaz dice que cuando trabajaba en la obra, «supe que de otro autor era salida esta séptima parte a luz, que su principio apetece sea avida por octava parte, aunque no legitimamente». Vid. DÍAZ, 1526, dedicatoria, f. IIv.

15.– En algunos pasajes olvidó hacer la corrección, como ocurre por ejemplo en el capítulo LXXXVI, donde se refiere a *esta nuestra séptima parte*. Vid. *Ibid.*, capítulo LXXXVI, f. C.

16.– SILVA, Feliciano de, *Amadís de Grecia*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1ª ed., 2004.

17.– Cit. por GAYANGOS, 1857, p. XXXI nota.

chas razones, que claramente de la Tercera parte se sacan, que por prolijidad no escribo. Y principalmente se muestra a quien lo quisiera remirar, por el estilo y frasis de Galersis que tan gran historia escribió, es muy diferente de la historia que se llama *don Silves de la Selva*, según que toda esta historia lo mostrará, al que lo hubiere leído, o tuviere conocimiento de estilos y frasis de escribir¹⁸.

Gayangos¹⁹ y Thomas²⁰ parecen haber considerado como un elemento importante en la mala acogida que tuvo el *Lisuarte* del canonista Díaz cierta tendencia a lo moral y religioso; por ejemplo, al final de la obra, algunos prominentes miembros de la familia del difunto Amadís ingresan en monasterios. Sin embargo, una lectura cuidadosa de la obra demuestra que tales elementos son relativamente raros. El segundo *Lisuarte* es ante todo y por todo un típico libro de caballerías, que hace ocasionales «concesiones» a lo religioso, pero que está muy distante de espetar continuamente al lector enseñanzas teológicas y morales, como sí ocurre en el a veces indigerible *Florisando*. A nuestro juicio, más bien peca de indefinición: el profesor Sales Dasí ha señalado con gran acierto que, en el cúmulo de aventuras que contiene la obra, Díaz no logra darle consistencia a los contenidos recibidos de otros escritores, parece incapaz de tomar un rumbo decidido y no llega a formular ninguna propuesta novedosa²¹.

Sin embargo, como bien lo apuntaron Gayangos²² y Thomas²³, quizá el peor error del bachiller Díaz y el factor más decisivo en el fracaso de su obra fue el haber incluido en las páginas de *Lisuarte de Grecia* la muerte y las exequias de Amadís de Gaula²⁴, después de

una interminable agonía destinada a subrayar la ejemplar resignación cristiana del moribundo, última y terrible prueba descrita con una prolijidad de la cual se concibe que haya podido hacer correr torrentes de lágrimas a las lectoras más emotivas la obra²⁵.

El problema de hacer morir a un héroe

Tal vez Díaz consideró perfectamente razonable que Amadís de Gaula, como cualquier monarca europeo del siglo XVI, falleciese y fuese enterrado cristianamente cuando ya sus nietos estaban en edad adulta. Hasta entonces, el fenómeno de los personajes eternos no había hecho aparición en los libros de caballerías, y por ejemplo, en las *Sergas de Esplandián* Rodríguez de Montalvo había hecho morir a los reyes Perión de Gaula y

18.– Vid. SILVA, Feliciano de, *Segundo libro de la Cuarta parte de la Coronica del excellentísimo Príncipe Don Florisel de Niquea*, cap. XCIX. En la edición que hemos podido consultar (Zaragoza, por Pierres de la Floresta, 1568), este pasaje se halla en el f. 174v.

19.– GAYANGOS, 1857, vol. XL, pp. XXIX-XXX.

20.– THOMAS, Henry, *Las novelas de caballerías españolas y portuguesas*, Madrid, Anejo 10 de la *Revista de Literatura*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1952, p. 56.

21.– SALES DASÍ, 2001, pp. 9-10.

22.– GAYANGOS, 1857, vol. XL, pp. XXIX-XXX.

23.– THOMAS, 1952, p. 56.

24.– Vid. DÍAZ, 1526, capítulos CLXXIV y ss.

25.– ROUBAUD, 2000, p. 11.

Lisuarte de Gran Bretaña, padre y suegro de Amadís, mientras el hijo de éste, Esplandián, se hallaba en el cenit de su carrera de armas²⁶. Sin embargo, para los fanáticos del ciclo amadisiano, el deceso de su héroe debió ser un crimen imperdonable, del mismo modo que en nuestros días no faltan aficionados a ciertas series de televisión, telenovelas o «culebrones», que reaccionen con asombrosa vehemencia, traducida en lágrimas o furia, cuando los guionistas hacen morir a alguno de sus personajes favoritos.

Es bien conocida la anécdota de un caballero principal que al regresar a su casa halló a su mujer, hijas y criadas llorando y al preguntar muy acongojado si había muerto alguno de sus hijos o deudos, aquellas le dijeron que no, y cuando el caballero les preguntó entonces la razón de sus llantos, le respondieron «Señor, ha muerto Amadís²⁷». Este episodio puede haber tenido su origen en diversas obras, ya que Amadís de Gaula «murió» varias veces, a manos de distintos autores.

Con argumentos bastante sólidos, diversos estudiosos han planteado la posibilidad de que, en la versión original de la obra, Amadís combatía con Esplandián, sin saber quién era; moría a manos de su hijo, y Oriana se suicidaba al enterarse de tal tragedia²⁸. Sin embargo, Rodríguez de Montalvo prefirió «corregir» ese aspecto y hacer que Amadís de Gaula continuase con vida y reinase felizmente en la Gran Bretaña, mientras su hijo asumía el papel protagónico en las *Sergas de Esplandián*. Posiblemente el bachiller Díaz desconocía que se hubiese hecho tal modificación y en todo caso no previó la desfavorable reacción que suscitaría en los lectores amadisianos la muerte del héroe. Para peores, en vez de hacerlo morir en combate contra los paganos –como había hecho Rodríguez de Montalvo con los reyes Perión y Lisuarte–, el autor del segundo *Lisuarte* dio a Amadís de Gaula una muerte y unos funerales por demás prosaicos, que Gayangos comparó festivamente con los de cualquier gran señor andaluz de principios del siglo XVI²⁹. Feliciano de Silva, mejor conocedor de la psicología de sus lectores, hizo de Amadís y la mayor parte de sus parientes personajes prácticamente inmortales, que gozaban de excelente salud mientras el mundo contemplaba las proezas de las sucesivas generaciones de la familia. Después de 1526, Amadís de Gaula no volvió a morir, por lo menos en los libros castellanos.

Otras muertes de Amadís

El ciclo amadisiano fue continuado en Italia en una serie de seis volúmenes identificada con el nombre de *Esferamundi de Grecia*. Estos seis libros, escritos todos por Mambrino Roseo y publicados entre 1558 y 1565, continuaban la acción del libro duodécimo español, *Silves de la Selva*, por lo que fueron considerados los libros decimotercero, decimo-cuarto, decimoquinto, decimosexto, decimoséptimo y decimoctavo de Amadís de Gaula.

26.– Vid. RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garci, *El ramo que de los cuatro libros de Amadís de Gaula sale, llamado las Sergas del muy esforzado caballero Esplandián*, en *Libros de caballerías*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1ª ed., 1857, vol. XL, capítulo CLXXII, p. 552.

27.– PORTUGAL, Francisco de, *Arte de la galantería*, cit. por Menéndez Pelayo, Marcelino, *Orígenes de la novela*, I, en *Obras completas de Menéndez Pelayo*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1ª ed., 1962, vol. XII, p. 370.

28.– Vid. CACHO BLECUA, Juan Manuel, *Introducción*, en RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garci, *Amadís de Gaula*, Madrid, Ediciones Cátedra, S. A., 1ª ed., 1987, vol. I, pp. 68-72; ROUBAUD, *op. cit.*

29.– GAYANGOS, 1857, vol. XL, pp. XXIX.

El personaje que daba nombre a la serie de Roseo, Esferamundi, era un hijo de Rogel de Grecia y por consiguiente nieto de Florisel de Niquea. Este era tataranieta de Amadís de Gaula, quien a pesar de su avanzadísima edad (ya debía ser más que centenario) todavía aparecía ocasionalmente en la acción de esas obras. Mambrino Roseo, más avisado que Juan Díaz, no se atrevió a deshacerse de tan venerable personaje sino hasta el final del último de sus libros, impreso por primera vez en Venecia en 1565 con el título de *La sesta et ultima parte della historia dell'invittissimo Prencipe Sferamundi di Grecia*.

En el capítulo 126 y penúltimo de la sexta parte de *Esferamundi* se relata, o mejor dicho se continúa relatando una terrible batalla entre cristianos y paganos, en la cual está participando el viejísimo rey Amadís. En esa batalla perecen el famoso héroe, su hijo Esplandián y su nieto Lisuarte, y a los pocos días muere de sus heridas su bisnieto Amadís de Grecia. Muchos otros personajes secundarios de la serie mueren también en esa batalla final, como si Roseo hubiera querido liquidar de una sola vez a todos los que fuera posible.

A diferencia del detalladísimo y casi interminable relato de la muerte de Amadís contenido en el libro de Juan Díaz, en el de Mambrino Roseo ese acontecimiento se despacha en unas pocas líneas. Ni siquiera se dice el nombre de sus victimarios, que son simplemente dos gigantes paganos:

Cosi durando ostinatamente la feroce pugna, dui giganti uccisero miserabilmente, ei valorosamente combatendo il grande e famosissimo re Amadis di Gaula, fiore et specchio della cavalleria del mondo, colu che in cortesia et in amore verso la sua bella, et amata dona la Reina Oriana, diede essemplio al mondo di fedeltà a tutti gli amanti, colui che in liberalità, et in giustitia, e in magnificenza e grandezza di animo avanzò tutti gli altri del suo tempo³⁰.

La muerte «italiana» de Amadís de Gaula, que ya debía ser un personaje algo lejano para quienes estaban leyendo acerca de las hazañas de los nietos de sus tataranietos, no tuvo ningún impacto sobre el futuro del ciclo. Aunque en Italia no hubo más continuaciones, en Alemania la acción de *Esferamundi de Grecia* prosiguió en tres libros más, que narraban las aventuras de Safiramán, hijo de Esferamundi; de su tío Fulgorán y de otros valerosos caballeros. Los libros alemanes, cuyo autor o autores se desconocen, fueron traducidos al francés y publicados en 1615, con los nombres de libro vigésimo segundo, vigésimo tercero y vigésimo cuarto de Amadís de Gaula, y diciendo ser traducciones del español. Aunque según el libro vigésimo cuarto Safiramán tuvo con su esposa Rosorea dos hijos llamados Orleandro y Amadís de Trapisonda, el anónimo autor le puso expresamente punto final a su relato en el capítulo LXXIX y último de ese último texto amadisiano.

Además de la muerte de Amadís de Gaula sucintamente reseñada por Roseo, es posible que hubiera otra en una obra portuguesa. El erudito bibliógrafo sevillano Nicolás Antonio (1617-1684), en su *Biblioteca Hispana Nova* mencionó un supuesto libro de caballerías portugués titulado *Penalva*, en el cual aparentemente se relataba la muerte de Amadís a manos de un caballero portugués de ese nombre. Lamentablemente, Antonio no dio ningún otro dato sobre ese libro, ni aparece mencionado en ninguna otra fuente conocida de esa época. Gayangos dice:

30.– ROSEO, Mambrino, *La sesta et ultima parte della historia dell'invittissimo Prencipe Sferamundi di Grecia*. Venecia, Michael Tramezzino, 1ª ed., 1565, cap. CXXVI.

Nicolás Antonio (Biblioteca Nova, tomo IV, pág. 404) habla de un libro portugués intitulado *Penalva*, que contiene el fin de la carrera caballeresca de Amadís, y cuenta la manera cómo éste fue muerto. Según hemos visto, en el *Lisuarte de Grecia*, u *Octavo de Amadís*, se trata ya de la muerte de este héroe, pero se conoce que algún portugués, cuyo nombre se ignora, no satisfecho con el piadoso y cristiano fin de su larga carrera, ideado por el bachiller Díaz, imaginó hacerle morir a manos de un caballero de su nación. Es extraño que Barbosa nada diga de este libro; pero de todas maneras hemos creído conveniente dejar aquí consignado el hecho de un libro catorceno de Amadís³¹.

Increíblemente, a pesar de haber muerto en la obra de Mabрино Roseo, Amadís todavía resucitó una vez más, en una continuación francesa. El héroe y toda su parentela, junto con los protagonistas del ciclo del Caballero del Febo y otros libros de caballerías, reaparecieron en la curiosa obra de Gilbert Saulnier du Verdier *Le romant des romans, où on verra la suite et la conclusion de Don Belianís de Grèce, du Chevalier du Soleil et des Amadís* [La novela de las novelas, donde se verá la continuación y la conclusión de Don Belianís de Grecia, del Caballero del Febo y de los Amadises], publicada en París en siete tomos, entre 1626 y 1629. Esta obra fue traducida al inglés y publicada en Londres en 1640 con el nombre de *The love and armes of the Greeke princes* [El amor y armas de los príncipes griegos].

En el último capítulo de la obra de Saulnier du Verdier se refiere cómo Amadís de Gaula su bisnieto Amadís de Grecia, don Silves de la Selva y otros personajes, después de participar en un sangriento enfrentamiento con los paganos en el imperio de Etiopía, se despiden de los demás príncipes cristianos y emprenden el regreso a Constantinopla con sus esposas³². El autor prometió una tercera parte, que nunca se publicó.

Dos escritores franceses, André-Guillaume Constant d'Orville y Antoine-René de Voyer, marqués de Paulmy, publicaron en 1780, en Amsterdam, en francés, una curiosa obra en dos tomos titulada *Histoire du Chevalier de Soleil, de son frère Rosicclair, et de leur descendants* [Historia del Caballero del Febo, de su hermano Rosicler y de sus descendientes], impresa sin nombre de autor. En una *Advertencia* que sirve de prólogo a la obra se dice:

Les deux volumes que voici, contiennet tout ce que j'ai trouvé d'intéressant et d'agréable dans plus de trente autres ; scavoir, huit de l'histoire du Chevalier de Soleil, les vingt-un des Amadis, Flores de Grèce, et le Roman des Romans par Duverdier, divisé en sept tomes.

[Los dos volúmenes que he aquí, contienen todo lo que he encontrado de interesante y de agradable en otros treinta; a saber, ocho de la Historia del Caballero del Febo, los últimos veintiuno de los Amadises, Flores de Grecia y la Novela de las Novelas de Duverdier, dividida en siete tomos³³].

Se trataba, pues de una síntesis final de toda la serie de los Amadises, encadenada con el ciclo del Caballero del Febo, y en el cual hasta se tomó en cuenta a Flores de Grecia, obra supuestamente francesa que, como veremos, no era sino un plagio del Lisuarte de

31.- GAYANGOS, 1857, p. LXX.

32.- SAULNIER DU VERDIER, Gilbert, *The love and armes of the Greeke princes*, en <<https://quod.lib.umich.edu/e/ebo/A11527.0001.001/1:17.2?rgn=div2;view=toc>>.

33.- *Histoire du Chevalier de Soleil, de son frère Rosicclair, et de leur descendants*, Amsterdam, 1ª ed., 1780, vol. I, Advertencia, en <https://books.google.co.cr/books?id=iZf2RIWhGpwC&printsec=frontcover&dq=editions:fWR3usTi85oC&hl=ca&sa=X&redir_esc=y#v=onepage&q&f=false>.

Juan Díaz. El enlace entre el ciclo de los Febos y el de los Amadises, que en sus originales españoles eran completamente independientes, se hacía refiriendo que el rey Lisuarte de Gran Bretaña, padre de la sin par Oriana y suegro de Amadís de Gaula, era hijo de Rosicler, hermano del Caballero del Febo.

En el segundo tomo de esta síntesis, si bien se repitió lo referido por Saulnier du Verdier con respecto al regreso de Amadís de Gaula a la Gran Bretaña, se añadió una pequeña referencia a su fallecimiento, que suponemos que es la última y definitiva muerte del famoso caballero, y a cómo le había sucedido en el trono su bisnieto (en realidad retataranieto) Clarisel de Guindaya, hijo de don Florisel de Niquea y la reina Sidonia:

Le premier [Amadís de Gaula] retourna dans la Grande-Bretagne, héritage de sa chère Oriane ; mais voulant s'assurer d'un successeur, il y conduisit avec lui son arrière petit-fils le charmant Clarisel et son épouse Miralinde. Ce fut effectivement a eux qu'il laissa le trône de la Grande-Bretagne, et il mourut comblé de gloire et d'années.

[El primero retornó a la Gran Bretaña, herencia de su querida Oriana; pero queriendo asegurarse un sucesor, llevó allí consigo a su bisnieto el encantador Clarisel y su esposa Miralinda. Fue efectivamente a ellos a quienes les dejó el trono de la Gran Bretaña, y murió colmado de gloria y años³⁴].

Paradójicamente, doscientos cincuenta y cuatro años después de la publicación del *Lisuarte de Grecia* de Juan Díaz, Amadís de Gaula volvió a morir exactamente igual a como lo había imaginado el bachiller: en el trono británico, pacíficamente, y lleno «de gloria y años».

Cervantes y el segundo *Lisuarte*

El segundo *Lisuarte* no aparece mencionado en el *Quijote*, y dado el escaso interés que ha despertado, parece que los estudiosos han supuesto que Cervantes —que tampoco se refiere al *Florisando*— no lo conoció³⁵. Alonso Quijano, devoto admirador de Feliciano de Silva, parece haber sido un amadisiano «ortodoxo», de los que pasaban por alto o no conocían la existencia de los intrusos libros sexto, octavo y decimosegundo. Sin embargo, una lectura cuidadosa de la obra de Díaz nos permite plantear la hipótesis de que el Príncipe de los Ingenios no sólo leyó el segundo *Lisuarte*, sino que incluso lo convirtió en modelo para un capítulo del *Quijote*.

Como lo revelan las notas de Clemencín al *Quijote* y diversos estudios modernos, en muchos pasajes de la obra cervantina se encuentran afinidades con elementos «tipo» de los libros de caballerías, sin que necesariamente deriven de uno de éstos en particular. Por ejemplo, la aventura de los molinos de viento podría haber hallado su fuente casi en

34.– *Histoire du Chevalier de Soleil, de son frère Rosicler, et de leur descendants*, Amsterdam, 1ª ed., 1780, vol. II, libro X en <https://books.google.co.cr/books?id=0VQB3HaciyoC&printsec=frontcover&dq=Histoire+du+Chevalier+du+Soleil,&hl=ca&sa=X&redir_esc=y#v=onepage&q=Histoire%20du%20Chevalier%20du%20Soleil%2C&f=false>.

35.– EISENBERG, Daniel, *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, Newark, Juan de la Cuesta, 1ª ed., 1982, pp. 138-139 n. 16, se refiere brevemente a algunos de los libros de caballerías mencionados o conocidos por Cervantes y emite algunas opiniones sobre cuáles quizá no llegó a conocer. No incluye al segundo *Lisuarte* en ninguno de los dos grupos, pero sí sugiere que el Príncipe de los Ingenios no estaba familiarizado con *Florisando*, «no sólo porque era una obra temprana, sino porque es una obra tan distinta de enfoque y contenido que habría sido mencionada en uno de los debates sobre los libros de caballerías en el *Quijote*».

cualquier obra caballeresca, porque hay gigantes hasta en textos de corte relativamente «realista», como el de la isla Prieta en *Claribalte*³⁶ o Morbón y Trasileón en *Lepolemo*³⁷. Sin embargo, en otros casos la fuente del episodio ha podido ser identificada con relativa certeza. Por ejemplo, Martín de Riquer se refiere a un pasaje del capítulo LXXVI de la primera parte de *Palmerín de Inglaterra* que tiene grandes similitudes con la aventura del cuerpo muerto³⁸. Eisenberg descubrió la notable semejanza existente entre la de la cueva de Montesinos y el episodio de la cueva de Artidón relatado en el *Espejo de príncipes y caballeros* de Ortúñez de Calahorra³⁹. La aventura de Andrés y Juan Haldudo tiene importantes paralelismos con un episodio del capítulo LXIV del primer libro de *Don Clarián de Landanís*, como puso de manifiesto Gunnar Anderson en su introducción a esa obra⁴⁰.

Algunos pasajes del *Quijote* podrían haberse inspirado en el texto de Díaz. Por ejemplo, en el *Lisuarte* aparece brevemente un Caballero de los Leones⁴¹, y hay un episodio que tiene ciertas semejanzas con la historia de Cardenio: un caballero inglés llamado Radualdo, víctima de un desengaño amoroso, se retira a vivir a una áspera montaña, donde lo encuentra Lisuarte de Grecia cuando «había el rostro amarillo y flaco, la piel llegada a los huesos, su hermosura y fresca color perdida como aquel que no comía salvo raíces y yerbas⁴²». Y hasta puede hallarse alguna leve semejanza entre la aventura de los mercaderes (*Don Quijote*, I, IV) y el encuentro de Lisuarte de Grecia con los caballeros del rey pagano Rolando, que piden al héroe y a sus compañeros reconocer la autoridad de ese monarca y reciben como respuesta de Lisuarte la frase «nosotros no conocemos al rey Rolando: por lo tanto no lo tenemos de jurar por rey ni menos de le ayudar⁴³», lo cual los lleva a un enfrentamiento.

Estas similitudes podrían ser mero fruto de la coincidencia, propiciada además por la frecuente repetición de escenas, nombres y circunstancias de un libro de caballerías a otro. Por ejemplo, el apelativo de Caballero de los Leones aparece también en *Amadís de Gaula* y *Belianís de Grecia*⁴⁴. Pero difícilmente son coincidencias las similitudes, casi identidades, que resultan de comparar el encuentro de Lisuarte de Grecia con Rolandín el Músico (capítulo LXXIV) y la aventura del Caballero de los Espejos, relatada en el XII y siguientes de la *Segunda Parte del Quijote*.

36.- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Claribalte*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1ª ed., 2003, cap. LII. También el texto completo de *Claribalte* puede consultarse en la excelente edición publicada en la revista digital *LEMIR*: <<https://parnaseo.uves/Lemir/Textos/Claribalte/INDEX.HTM>>.,

37.- SALAZAR, Alonso de, *Libro del invencible caballero Lepolemo, hijo del Emperador de Alemaña, y de los hechos que hizo llamándose el Caballero de la Cruz*, Sevilla, 1ª ed., Francisco Pérez, s. f. e., cap. LXXVII y ss.

38.- RIQUER, Martín de, *Aproximación al Quijote*, Barcelona, Salvat Editores, S. A., 1ª ed., 1971, pp. 77-78.

39.- Vid. la *Introducción* de Eisenberg a su edición de *del Espejo de príncipes y caballeros* de Ortúñez de Calahorra, cit. en la nota 10.

40.- Vid. VELÁZQUEZ DE CASTILLO, Gabriel, *Clarián de Landanís*, Newark, Juan de la Cuesta, 1ª ed., 1995, vol. I, pp. x-xiii.

41.- DÍAZ, 1526, caps. LXV-LXVI, fs. LXXIXv-LXXXIv.

42.- *Ibid.*, Cap. LXXVIII, f. XCIII.

43.- *Ibid.*, cap. XXXII, f. XXXIV.

44.- Vid. la nota 26 de Clemencín al capítulo XVII de la *Segunda parte del Quijote*, contenida en CERVANTES SAAVEDRA, *op. cit.*, p. 1605.

La aventura de Don Quijote con el Caballero de los Espejos se inicia una noche mientras aquel y Sancho Panza duermen al aire libre. Un ruido despierta a Don Quijote, quien se levanta y advierte la cercana presencia de dos hombres a caballo, uno de los cuales (el Caballero de los Espejos) desmonta y dice al otro (su escudero Tomé Cecial): «Apéate, amigo, y quita los frenos a los caballos; que a mi parecer, este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han de menester mis amorosos pensamientos». Cuando el sujeto se tiende en el suelo, Don Quijote escucha el sonido de sus armas, deduce que es un caballero andante y despierta a Sancho. A poco escuchan que el caballero está templando un laúd o vihuela y con una voz *que no era muy mala ni muy buena*, empieza a cantar una canción dedicada a su señora.

En el *Lisuarte de Díaz*, el héroe y unas doncellas que le acompañan pernoctan en una ermita ubicada en un despoblado. Las doncellas se duermen rápidamente, pero Lisuarte no logra conciliar el sueño y

[...] oyó pasos como de caballo a la puerta de la ermita, y estando escuchando oyó la voz de un caballero que decía a su escudero:

–Ata esos caballos a las ramas de los árboles que no se vayan y pasan de las yerbas y tráeme mi arpa y vente a esta casa.

El cavallero entró a oscuras en la ermita, y fuese a poner cabe la hermosa sepultura sin ver al caballero ni a las doncellas, y dende a poco llegó su escudero y diole la arpa y echose de la otra parte en tierra dura, ca otros lechos en tal albergue no había, y a cabo de gran rato comenzó a dar unos suspiros doloridos, según la fuerza del cruel amor le aquejaba, y tomando su arpa y templándola la comenzó a tañer y a hacer tan dulce son que era maravilla, y cantaba juntamente con tanta dulzura que el caballero estaba espantado y recibía mucha consolación en lo oír, y el cavallero cantaba esta canción⁴⁵ [...]

En el *Quijote*, después de cantar, el Caballero de los Espejos, al principio mencionado con el nombre de Caballero del Bosque, lanza un «¡ay!» y con voz doliente y lastimada se queja de la ingratitud de Casildea de Vandalia, a la que ha hecho que confiesen como la mujer más hermosa del mundo todos los caballeros navarros, leoneses, tartesios, castellanos y manchegos. Esto último hace pensar a Don Quijote que el caballero delira, porque él nunca ha confesado ni confesaría cosa tan perjudicial a la belleza de su señora Dulcinea, y así se lo dice a Sancho. El del Bosque lo escucha hablar y pronto se entabla una conversación entre ambos, pero como aquel afirma haber vencido a don Quijote, éste lo desmiente y termina desafiándolo. Su interlocutor acepta el reto pero sugiere esperar la llegada del sol, «porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas, a oscuras como los salteadores y rufianes».

En el *Lisuarte*, cuando el caballero desconocido termina de cantar, comienza a lamentarse entre suspiros, dirigiéndose a su señora la Reina de Leonís y diciendo, entre otras cosas, «vos sois sola aquélla que en hermosura, linaje y virtud en el mundo igual no habéis, y así lo haré yo conocer por vuestro servicio a todo caballero que lo contrario dijere en cuanto esta poca vida me durare⁴⁶». Lisuarte «viendo que lo que aquel caballero decía no era servicio de su señora» (la princesa Elena de Macedonia) reacciona airadamente y lo

45.– DÍAZ, 1526, capítulo LXXIV, f. LXXXVIII.

46.– *Ibid.*, capítulo LXXIV, f. LXXXVIIIv.

desafia. El otro le dice que la llegada del día no tardará «y entonces será nuestra batalla a razón conveniente, que si tú sueles combatir de noche será porque ninguno vea tu poco valor y no publique tu mengua⁴⁷».

Los paralelismos continúan cuando llega la aurora. En el *Quijote* se hace una puntillosa descripción del amanecer y del cantar de los pajarillos, al estilo clásico de los libros de caballerías; en el Lisuarte se dice «como rompió el alba fue el cantar de las aves tan dulce en los árboles de la ermita que era placer de lo oír⁴⁸». Don Quijote mira a su rival, y aunque no puede verle el rostro porque ya tiene puesta la celada, nota «que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo» y juzga que debe ser «de grandes fuerzas». El contendiente de Lisuarte de Grecia es descrito como «grande de cuerpo y bien tallado, y había grandes espaldas, por la cual razón parecía en sí haber mucha fuerza⁴⁹».

Antes de iniciar el combate, el Caballero del Bosque o de los Espejos recuerda a Don Quijote que, según han acordado, el vencido ha de quedar a merced del vencedor, y el manchego lo confirma; el rival de Lisuarte le dice a éste «Caballero, ya sabéis qué habéis dicho y la batalla que ende tenemos aplazada sea con tal condición si os place que el vencedor quede con su razón por verdadera y el vencido por el contrario⁵⁰».

El enfrentamiento del Caballero de los Espejos y Don Quijote es breve y veloz; el caballo del primero se para en mitad de la carrera, y el campeón de Dulcinea encuentra a su rival con tanta fuerza que lo derriba. La caída lo hace quedar inconsciente. Don Quijote desmonta y quita a su rival «las lazadas del yelmo para ver si era muerto». Ver el rostro del bachiller Carrasco le causa una lógica sorpresa y lo atribuye a la acción de los encantadores, pero al notar que el de los Espejos vuelve en sí, le pone la punta de su espada en el rostro y le dice que es muerto, a menos que confiese que Dulcinea aventaja en belleza a Casildea de Vandalia y que prometa además ir al Toboso y presentarse ante su señora, a lo cual se aviene el derrotado.

Lisuarte también derriba rápidamente a su oponente, y éste echa la culpa de la caída a su caballo; se enfrentan con las espadas y a poco el griego le da tal golpe al otro que lo derriba en el suelo sin sentido. Lisuarte se acerca al caído

y cortole los lazos del yelmo y sacó de la cabeça y pusole la punta del espada en el rostro y él volvió en su acuerdo, y alzando los ojos vio su enemigo sobre sí con la espada desnuda y hubo pavor de muerte. El cavallero le dixo:

—¡Cavallero, dados por vencido y desdecíos de la mentira que dijistes o muerto sois!⁵¹

El héroe griego también obliga al vencido —que es Rolandín el Músico, hijo del Rey de Organia— a comprometerse a ir a la corte de Amadís de Gaula y presentarse ante éste.

La acción de las obras de Díaz y Cervantes continúa por derroteros muy diferentes. Sin embargo, creemos que los pasajes antes comentados permiten suponer que Miguel de

47.— *Ibid.*

48.— *Ibid.*, capítulo LXXIV, f. LXXXIX.

49.— *Ibid.*

50.— *Ibid.*

51.— *Ibid.*, cap. LXXIV, f. LXXXIXv.

Cervantes conoció bien el *Lisuarte* de Díaz y a lo mejor hasta lo tenía a la vista, a pesar de que a principios del siglo XVII ya debía ser una obra bastante rara.

Los estudiosos de los libros de caballerías, como indicamos, apenas han reparado en el *Lisuarte*. Gayangos lo debe haber leído sin mayor atención, ya que no menciona en absoluto el episodio de Rolandín. Clemencín⁵², que no tuvo oportunidad de consultar la obra de Díaz, citó como posibles fuentes de la aventura del Caballero de los Espejos un episodio del *Don Olivante de Laura* de Antonio de Torquemada⁵³, otro del *Leandro el Bel* de Pietro Lauro⁵⁴ y especialmente el relatado en el capítulo LXII del *Lisuarte* de Silva⁵⁵.

Si se comparan con detenimiento la aventura del caballero de los Espejos y los episodios de ambos *Lisuartes*, es bien visible, a nuestro juicio, que las páginas de Cervantes se asemejan mucho más a las de Díaz que a las de Silva. En el primer *Lisuarte*, mientras el héroe griego pasa una noche en despoblado, oye llegar a un caballero solo, que desmonta y dedica una alabanza a una dama sin par. Lisuarte considera esta expresión injuriosa para su señora (Onoloria de Trapisonda) y desafía al desconocido. En plena noche, los caballeros se enfrentan a pie con sus espadas, pero al llegar el alba el combate se interrumpe cuando descubren sus identidades: el desconocido es Perión de Gaula, tío de Lisuarte⁵⁶.

En el relato de Silva, Perión de Gaula anda solo, no canta, combate a pie y de noche, y el enfrentamiento no concluye. En cambio, según se expuso, en el segundo *Lisuarte*, Rolandín, al igual que el Caballero del Bosque o de los Espejos, va acompañado de un escudero, dedica una emotiva canción a su señora (cuyo texto se incluye tanto en el *Quijote* como en el *Lisuarte*), pide a su oponente que combatan de día y protagonizan el enfrentamiento a caballo. Como el héroe de Díaz, Don Quijote derriba a su oponente, le mira el rostro y al notar que vuelve en sí le pone la punta de la espada en la cara, le obliga a reconocer su derrota y lo envía ante Dulcinea, del mismo modo que Lisuarte ordena a Rolandín que se presente ante el rey Amadís.

Incluso ciertos pasajes del episodio cervantino —por ejemplo, las referencias a la calidad de la voz del Caballero de los Espejos, a su apariencia y fortaleza, y a los defectos de su cabalgadura— cobran mayor sentido humorístico si se les compara con los escritos «en serio» por Díaz con respecto a Rolandín el Músico. Nada de eso resulta de la comparación con el texto de Silva.

52.— Vid. la nota 21 de Diego Clemencín al capítulo XII de la *Segunda parte* del *Quijote*, contenida en CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Ediciones Castilla, S. A., 1ª ed., 1966, pp. 1578-1579.

53.— TORQUEMADA, Antonio de, *Historia del invencible caballero don Olivante de Laura, Príncipe de Macedonia*, Barcelona, Claude Bornat, 1ª ed., 1564, libro II, capítulo VIII, f. 114.

54.— *Libro segundo del esforzado Caballero de la Cruz Lepolemo, príncipe de Alemaña*, Toledo, Miguel Ferrer, 1ª ed., 1563, cap. XIV, fs. XV y ss.

55.— A los episodios enumerados por Clemencín podría agregarse el relatado en el capítulo XVI de la quinta parte de *Florambel de Lucea*, en el cual Florambel, el príncipe Coroneo de Inglaterra y otros caballeros escuchan cantar a un caballero desconocido cuyos elogios a su señora y deciden enfrentarse con él por considerar que lo cantado es una afrenta para las suyas. Vid. ENCISO ZÁRATE, Francisco de, *La segunda parte de la corónica del invencible caballero Florambel de Lucea, hijo del esforzado Rey Florineo de Escocia*, Sevilla, Andrés de Burgos, 1ª ed., 1548, V parte, cap. XVI, f. XCVIII. Esta obra ha sido estudiada en AGUILAR PERDOMO, María del Rosario, *Florambel de Lucea. Segunda Parte. Guía de Lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1ª ed., 2006, pp. 40 y ss.

56.— SILVA, Feliciano de, *Lisuarte de Grecia*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1ª ed., 2002, cap. LXII.

Creemos que lo expuesto da buenos fundamentos para suponer que Cervantes, cuya familiaridad con los libros de caballerías cada vez resulta más evidente, conoció bien el *Lisuarte* de Juan Díaz y que de éste deriva directamente la aventura del Caballero de los Espejos. Así lo planteamos en un artículo publicado en 2008 en la revista *Lemir* con el título *De Rolandín el Músico al Caballero de los Espejos: Cervantes y el segundo Lisuarte de Grecia*⁵⁷.

Traducción y plagio: el *Lisuarte* de Díaz y *Don Flores de Grecia*.

Durante muchos años, la principal referencia que tuvieron los cervantistas españoles a la obra francesa *Don Flores de Grecia* fue la contenida en el *Discurso preliminar* de don Pascual de Gayangos sobre los libros de caballerías. Después de comentar el *Lisuarte de Grecia* de Feliciano de Silva⁵⁸, Gayangos indica:

Nicolás d'Herberay, señor des Essarts, que puso en francés los ocho primeros libros del Amadís, continuó este libro de *Lisuarte* con las hazañas de *Don Flores de Grecia*, el otro hijo de Esplandián, a quien llama el *Caballero de los Cisnes*. Aunque fingió haberlo trasladado del griego, es conocidamente obra suya, y no le hay, que sepamos, en castellano, si bien se tradujo luego al italiano y otras lenguas. No nos detendremos, pues, en el análisis de esta obra que no es castellana, y pasaremos a examinar otra muy notable, que al poco tiempo de publicado el *Florisando* confeccionaba en Sevilla un oscuro bachiller⁵⁹.

(La obra «muy notable» a que se refiere el *Discurso preliminar*, y con respecto a la cual Gayangos formula algunos comentarios y presenta un breve resumen⁶⁰, es el *Octavo libro amadisiano*, es decir, el *Lisuarte* de Juan Díaz).

Henry Thomas, que aparentemente no tuvo oportunidad de ver la obra de Díaz⁶¹, sí se refiere con bastante amplitud a las traducciones francesas de los libros amadisianos y también comenta brevemente el *Don Flores de Grecia* publicado por Nicolás de Herberay:

Sin duda, el rey Francisco I, cuando en 1525-26 estuvo en Madrid como prisionero de guerra, tuvo conocimiento del *Amadís*. En esa misma época, y quizá en Madrid mismo, uno de sus oficiales de artillería, Nicolás de Herberay, entró en relación con el rey, y por instigación suya emprendió su traducción al francés, según algunos de los prefacios un tanto contradictorios del traductor, no siendo hasta después del tratado de Niza, habido entre Francisco V y el emperador Carlos V en 1538, cuando Herberay tuvo tiempo para dedicarse seriamente a su tarea. Dos años más tarde apareció el primer libro, publicado por Denis Janot, al que todos los años se le agregó otro libro, hasta 1546, en que apareció el séptimo. El libro octavo fue publicado en 1548. En 1551 apareció un libro noveno, traducido por el flamenco Giles Boileau y revisado por Claude Bolet. Este hecho parece haber estimulado a Herberay, quien el año siguiente trató de reemprender

57.- SÁENZ CARBONELL, Jorge Francisco, *De Rolandín el músico al Caballero de los espejos: Cervantes y el segundo Lisuarte de Grecia*, en <https://parnaseo.uv.es/Lemir/Revista/Revista12/11_Saenz_Jorge.pdf>.

58.- SILVA, Feliciano de, *Lisuarte de Grecia*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1ª ed., 2002.

59.- GAYANGOS, 1857, vol. XL, p. XXVIII.

60.- *Ibid.*, vol. XL, pp. XXVIII-XXX.

61.- *Vid.* THOMAS, 1952, pp. 55-56.

nuevamente el tema del *Amadís* con una novela original –que pretende pasar por una traducción del español–, cuyo héroe es *Flores de Grecia*, hijo de Esplandián. En *Flores de Grèce* justifica su inactividad desde 1548, debido a la muerte del rey, su instigador en la tarea de la traducción, por una parte, y por otra, a causa de una larga y seria enfermedad. *Flores de Grèce* nunca fue reconocido como de la serie de *Amadís*. Además, se le cerraron definitivamente las puertas con la publicación, también en 1552, del libro décimo, traducido por Jacques Gohorry, que añadió el undécimo en 1554⁶².

Thomas explica detallada y pacientemente el enrevesado asunto de la numeración de los Amadis traducidos al francés. Los cinco primeros libros de la serie fueron traducidos por Herberay, pero éste pasó por alto el sexto, es decir, *Florisando*, y por eso el séptimo castellano, es decir, el *Lisuarte* de Silva, se convirtió en el sexto francés. El noveno libro amadisiano español, *Amadís de Grecia*, fue dividido en dos al pasar al francés: su primera parte pasó a ser el libro séptimo francés y la segunda el octavo, últimos traducidos por Herberay. Posteriormente éste publicó *Don Flores de Grecia* y más tarde aparecieron traducciones al francés de otras obras castellanas, italianas y alemanas del ciclo, hasta que el ciclo alcanzó un total de veinticinco obras separadas⁶³.

Con respecto al *Lisuarte* de Díaz, en su estudio *Mort(s) et résurrection(s) d'Amadis* Sylvia Roubaud indica que «Herberay des Essarts, ya sea que ignorara la existencia de la obra o que desdeñara su contenido, no lo incluyó entre sus traducciones del Amadís⁶⁴». También el estudioso colombiano Mario Martín Botero García, en un artículo de 2010, dice que

Lógicamente el libro VIII debería corresponder al de Juan Díaz *El octavo libro de Amadís, que trata de las extrañas aventuras y grandes proezas de su nieto Lisuarte de Grecia, y de la muerte del ínclito rey Amadís* (Sevilla, 1526), pero éste fue un libro que nunca se tradujo al francés y que, además, no tuvo ninguna reedición en español, quizá debido al hecho de que en este texto se narra la muerte de Amadís⁶⁵.

Todas las referencias indicaban, por consiguiente, que Herberay fue un amadisiano «ortodoxo», de los que menospreciaban y pasaban por alto los libros sexto y octavo del ciclo español y sus desvíos de lo que podría llamarse la línea habitual de la serie. Como traductor de todo el resto del ciclo, la actitud de Herberay resultaba muy lógica, ya que esas dos obras alteraban la secuencia de la narración, e impedían que hubiera una adecuada continuidad entre los demás libros. No había, pues, lugar para *Florisando* ni para el segundo *Lisuarte* en la serie traducida por Herberay.

El primer grupo de traducciones de Herberay había concluido en 1548 con la publicación del octavo libro francés, que como indicamos era la segunda parte del noveno libro español. Ahora bien, el señor des Essarts no tuvo inconveniente en agregar a la serie amadisiana una obra nueva, *Dom Flores de Grecia*, que el impresor Estienne Groulleau publicó en París en 1552, y cuyo título completo era *Le premier livre de la Cronique du tres vaillant et*

62.– *Ibid.*, pp. 151-156.

63.– *Ibid.*, pp. 143-146, 152-153 y 168-170.

64.– ROUBAUD, 2000, p. 11 nota 5.

65.– BOTERO GARCÍA, Mario Martín, *De Montalvo a Herberay des Essarts: el Amadís de Gaula en Francia, entre traducción y adaptación*, en *Literatura: teoría, historia, crítica*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, n° 12, octubre de 2010, p. 8 nota 6. El texto figura en <<https://www.revistas.unal.edu.co/index.php/lthc/article/download/20144/21231>>.

*redovté dom Flores de Grèce, svrnommé le chevalier des Cignes, second filz d'Esplandian, Empereur de Constantinople. Histoire non encore ouye*⁶⁶. El libro se presentaba como una traducción más de Herberay, pero desde el principio se tuvo como obra original suya, ya que en español no había ningún libro amadisiano referido a un don Flores de Grecia y además la obra se presentaba como una historia no oída hasta entonces, *non encoure ouye*.

Don Flores bien hubiera podido convertirse en el noveno libro francés y haber sido objeto de otras continuaciones. Pero nada de eso ocurrió. Lamentablemente para Herberay, ya otros traductores habían tomado la delantera: en 1551, un año antes de la aparición de *Don Flores*, se había publicado ya en francés la primera parte del *Florisel de Niquea* de Feliciano de Silva, como noveno libro de la serie francesa, y en 1552, el mismo año en que apareció *Don Flores*, se publicó la segunda parte, como décimo libro francés. Los nuevos traductores simplemente pasaron por alto la existencia de *Don Flores de Grecia*, y se ajustaron a la narración de Silva. A *Don Flores*, como le había ocurrido en España al segundo *Lisuarte de Grecia*, no le aparecieron continuadores, y todos los aficionados al ciclo se mantuvieron fieles a las obras originales traducidas del español, y más tarde del italiano y el alemán.

Sin embargo, *Don Flores de Grecia* sin duda tuvo a su haber el renombre de Herberay como traductor de los primeros ocho libros amadisianos, porque fue objeto de una favorable acogida. No solo volvió a imprimirse en francés en 1555, 1561, 1572 y 1573⁶⁷, sino que incluso se tradujo al inglés y se publicó en Gran Bretaña en varias oportunidades⁶⁸. El protagonista llegó incluso a aparecer en la obra de Saulnier du Verdier *Le romant des romans* (1626-1629), en cuya segunda parte, en el penúltimo capítulo, se hace referencia a la muerte de don Flores de Grecia en una gran batalla con los paganos⁶⁹.

Hasta la publicación de nuestro artículo *Entre la traducción y el plagio: El segundo Lisuarte de Grecia y Don Flores de Grecia* (2011), ningún estudioso de habla hispana había analizado el texto de *Don Flores de Grecia*, quizá por pensar que no tenía prácticamente interés para la historia de la literatura española, no haber sido traducido nunca al español y no ser su texto demasiado accesible, porque los únicos ejemplares que sobreviven de la obra se encuentran en algunas pocas bibliotecas europeas. Actualmente, sin embargo, el texto de *Don Flores*, en la edición de Amberes de 1561, está disponible en forma electrónica⁷⁰.

Al emprender la lectura del capítulo inicial de *Don Flores de Grecia* nos llamó la atención no encontrar, como es habitual en este género de libros, alguna mínima referencia a la obra inmediatamente anterior, que permitiera al lector ubicarse adecuadamente. Pero no tardamos en descubrir la razón: al leer ese primer capítulo, que trata sobre el viaje de regreso a Constantinopla del emperador Esplandián y otros caballeros, después de una estadía en Gran Bretaña en la corte del rey Amadís, recordamos inmediatamente el capítulo inicial

66.- Hay un ejemplar de esta edición princeps en la Real Biblioteca de Madrid, marcada como VIII/16114. Vid. *Libros de caballerías en otras lenguas en la Real Biblioteca*, en <<https://avisos.realbiblioteca.es/?p=article&aviso=23&art=991>>.

67.- THOMAS, 1952, p. 151 n. 43.

68.- *Ibid.*, p. 152 n. 46.

69.- SAULNIER DU VERDIER, Gilbert, *The love and armes of the Greeke princes*, en <<https://quod.lib.umich.edu/e/ebo/A11527.0001.001/1:17.2?rgn=div2;view=toc>>.

70.- D'HERBERAY, Nicolas de, *Cronicque du tres vaillant et redouté Dom Flores de Grèce, surnommé le Chevalier des Cignes*, Amberes, 1561, en <https://books.google.es/books?id=sLE8AAAACAAJ&printsec=frontcover&dq=Floros+de+Grece&hl=es&ei=_xTsTYuHJIWftwet9sCTAQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=6&ved=0CEoQ6AEwBTgK#v=onepage&q&f=false>.

del *Lisuarte* de Díaz, que empieza con un episodio similar. Cotejamos ambos textos, el de *Don Flores* y el del segundo *Lisuarte de Grecia*, y resultaron ser muy semejantes. Parecía, por consiguiente, que Herberay después de todo sí había conocido, y muy bien, el segundo *Lisuarte* y que los primeros capítulos de *Don Flores*, lejos de ser una obra original de Herberay, eran una traducción más o menos libre de las páginas iniciales del libro de Juan Díaz.

El protagonista de *Don Flores de Grecia* hace su aparición al principio del capítulo II de la obra:

Habiendo el Emperador y su flota descubierto la famosa ciudad de Constantinopla, aquellos que tanto deseaban su retorno vinieron enseguida a esperararlo, y a recibirlo en muy grande magnificencia, y entre otros don Flores, su segundo hijo, y que él había dejado en la ciudad durante su ausencia. (En el original: *Ayant l'Empereur et sa flotte decouvert la fameuse cité de Constantinople, ceux qui tant desiroyent son retour vindrent incontinent l'attendre, et le recevoir en tres grande magnificence, et entre autres don Flores, son second fils, et qu'il avoit laissé en la ville durant son absence*⁷¹).

Este texto obviamente es de Herberay, porque en la obra de Juan Díaz no hay ningún personaje llamado don Flores, y quien sale al encuentro del emperador es su hijo Lisuarte de Grecia. Enseguida, el texto francés nos dice que don Flores, cuya edad frisaba en los catorce años, había nacido después de Lisuarte de Grecia, era asaz crecido y de buena talla, y su principal aspiración era ser caballero. Pero prácticamente allí concluye el aporte de Herberay, porque enseguida se vuelve al texto de Díaz. Y conforme avanzamos en la lectura de *Don Flores* nos fuimos dando cuenta de que el libro es simplemente una traducción del *Lisuarte* de Díaz, a veces casi literal, aunque con una obvia y significativa diferencia. En el libro de Díaz, el protagonista es, por supuesto, Lisuarte de Grecia, llamado el Caballero de los Cisnes, cuyas hazañas ocupan buena parte de las páginas de la obra, alternadas con las de algunos amigos suyos, como don Lispán, llamado el Caballero de los Fuegos. En *Don Flores de Grecia*, Lisuarte de Grecia, a pesar de ser hermano mayor del protagonista, apenas se menciona en alguna aislada línea, y son por supuesto las proezas de don Flores y sus amigos las que llenan el libro. Ahora bien, resulta que todas las hazañas de don Flores son simplemente las mismas hazañas que Díaz le había atribuido a Lisuarte de Grecia: Herberay se limitó, simplemente, a cambiar de protagonista. Ni siquiera se molestó en prescindir de su sobrenombre de Caballero de los Cisnes⁷². Y es que son poquísimos los demás personajes de *Lisuarte de Grecia* que aparecen en *Don Flores* con otro nombre; quizá el más importante es Elena, princesa de Macedonia y dama de Lisuarte en la obra española, que en el texto francés se convierte en Enone y dama de don Flores. Pero sigue siendo princesa de Macedonia y protagoniza exactamente los mismos episodios que en el original español.

Cabe agregar que en *Don Flores* no se mencionan prácticamente para nada los personajes y episodios del primer *Lisuarte* ni del *Amadís de Grecia*, lo cual resulta extraño si se supone que la obra sigue al octavo libro amadisiano francés. Pero tal circunstancia es

71.- D'HERBERAY, *op. cit.*, cap. II.

72.- Gayangos ya había reparado en esto, pues al hablar del apelativo de Caballero de los Cisnes utilizado por don Flores de Grecia, indica en el «Discurso preliminar», 1857, p. XVIII, nota 2, que «ya había el bachiller Díaz dado este nombre a Lisuarte», pero al parecer nunca comparó las dos obras.

perfectamente explicable en el segundo *Lisuarte*, que es continuación de *Florisando* y no del primer *Lisuarte*.

El *Lisuarte* de Díaz es una obra de dimensiones considerables, ya que como indicamos comprende 186 capítulos⁷³ y su correspondiente tabla, distribuidos en 223 folios. *Don Flores de Grecia* es mucho menor, ya que solamente tiene 90 capítulos, que en la edición de Amberes se distribuyen, junto con la tabla, en 144 folios. La explicación de esta diferencia es muy sencilla: Herberay tradujo únicamente una parte de la obra de Díaz, hasta el capítulo 102 inclusive, con algunas modificaciones y supresiones que en el texto francés hicieron disminuir a noventa el número de los capítulos. Aunque no anunció expresamente una continuación, quizá tenía intenciones de publicar con los capítulos restantes de Díaz una segunda parte de *Don Flores*, como nuevo libro del ciclo, y así parece indicarlo el hecho de que la acción de la obra se interrumpe justo cuando se anuncia al rey Amadís que los paganos han desembarcado en la Gran Bretaña y están sitiando la villa de Fenusa. Eso daba pie, por supuesto, a que en una obra posterior se relatara la campaña contra los invasores y además pudiera culminar la historia de los amores entre el protagonista y su dama, que al final de *Don Flores* apenas estaban comenzando. Ahora bien, también hay que recordar que la obra de Juan Díaz contenía en el capítulo 144 la muerte de Amadís de Gaula, episodio que tanto pesó para que fracasara el libro del bachiller sevillano. Es posible que un escritor avezado como Herberay, sin duda buen conocedor de los gustos del público y de las halagüeñas perspectivas que podía tener la continuidad de la serie, prefiriera deliberadamente no incluir ese episodio en *Don Flores de Grecia* e interrumpiera la narración mucho antes.

La comparación capítulo por capítulo de los textos de las dos obras nos demuestra con facilidad que *Don Flores de Grecia* es simplemente una traducción del segundo *Lisuarte*. Hasta los epígrafes o títulos de los capítulos son casi los mismos en una y otra obra. Palabras más, palabras menos, los capítulos de la supuesta obra de Herberay no hacen sino reproducir en francés los del *Lisuarte* de Juan Díaz. Fuera de algunos párrafos aislados y de algunos aspectos de detalle, no pudimos encontrar en el texto de Herberay nada original. Prácticamente todos sus episodios y personajes son copiados sin miramientos del segundo *Lisuarte de Grecia*. Aun así, es interesante señalar que la denostada y olvidada obra de Juan Díaz, gracias a esa traducción plagaria efectuada por Herberay, alcanzó en Francia una popularidad que le había sido negada en España, y logró incluso cruzar el canal de la Mancha y aparecer en inglés.

No deja de llamar la atención el proceder de Herberay con respecto al libro de Díaz. Evidentemente, al aristócrata francés le agradó el segundo *Lisuarte*, ya que de lo contrario no lo hubiera traducido. Lo que no entendemos es por qué no se limitó a traducirlo como uno más de la serie de los Amadises, haciéndole quizá algunos pequeños ajustes para encajar su argumento en la secuencia de *Lisuarte de Grecia* o *Amadís de Grecia*, en vez de publicarlo con otro nombre. Cuando *Don Flores*, salió a la luz, ya se habían impreso en Francia las traducciones realizadas por Herberay de ocho libros amadisianos, que sin lugar a dudas le habían dado merecido prestigio en el mundo de las letras. No se trataba, por consiguiente de un don nadie que necesitara recurrir al plagio para alcanzar renombre, ni

73.- La numeración total comprende hasta el capítulo 187, pero por algún error del autor o el impresor, no hay un capítulo con el número LXIV, sino que se pasa directamente del LXIII al LXV.

tampoco cabe suponer que hubiera consideraciones económicas de por medio, porque en aquellos tiempos era demasiado débil la protección de los derechos de autores o impresores, y aún más deleznable entre dos países diferentes. ¿Por qué entonces Herberay disfrazó a *Lisuarte* como *Don Flores* y dejó que este circulara como si fuera obra suya? No lo comprendemos. ¿Temía que la impopularidad del libro de Díaz en España se repitiera en Francia y afectara a las otras obras amadisianas traducidas o por traducir? El argumento es débil, porque ya habían pasado veintiséis años de la publicación del segundo *Lisuarte* y en todo caso no es verosímil que el público francés se dejara influir por lo que pensarán los lectores españoles, sobre todo si del libro se eliminaba el episodio de la muerte de Amadís.

Los estudios y la presente edición

Durante mucho tiempo, el libro del bachiller Díaz tuvo también poca fortuna con los estudiosos del género caballeresco. Don Pascual de Gayangos, pionero de los estudios sobre los libros de caballerías, formuló en su *Discurso preliminar* algunos breves comentarios sobre la obra e incluyó un resumen de su argumento⁷⁴. Aunque dijo que había efectuado una lectura escrupulosa y detenida de la obra, al parecer no la leyó con tanto cuidado, porque no se fijó en el episodio de Rolandín. Posiblemente concentró su atención en los capítulos referidos a la muerte y exequias de Amadís de Gaula, de los que transcribió un pequeño fragmento⁷⁵.

El segundo gran texto de obligada referencia sobre los libros de caballerías españoles, el vasto estudio del erudito británico Henry Thomas publicado en castellano con el título de *Las novelas de caballerías españolas y portuguesas*, no aportó nuevos datos sobre el segundo *Lisuarte* y se limitó a repetir algo de lo ya dicho por Gayangos: aparentemente, Thomas no tuvo oportunidad de ver la obra de Díaz⁷⁶. En su espléndida obra *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, el profesor Daniel Eisenberg le dedicó unas pocas líneas⁷⁷, aunque aparentemente no lo tenía a la vista⁷⁸.

El primer análisis dedicado específicamente al segundo *Lisuarte* fue el contenido en un breve ensayo de Juan Givanel Mas, publicado en lengua catalana en 1925 con el título de *Una papereta crítico-bibliográfica referent al Octavo libro de Amadís de Gaula*. Givanel Mas no parece haber apreciado gran cosa el texto de Díaz, ya que consideró que su lenguaje era descuidado, poco pulcro, falto de gusto y contenía significativos vulgarismos⁷⁹.

No fue sino hasta 2001 cuando apareció un estudio detallado y rigurosamente académico del *Lisuarte* de Díaz. Como pxsarte del encomiable esfuerzo del Centro de Estudios Cervantinos por poner a disposición de los lectores de hoy los textos de los libros de ca-

74.- GAYANGOS, 1857, vol. XL, pp. XXVIII-XXX.

75.- *Ibid.*, vol. XL, pp. XXIX-XXX nota 2, que transcribe parte del sermón pronunciado por un ermitaño, ayo de Florisando, en los funerales de Amadís.

76.- *Vid.* THOMAS, 1952, pp. 55-56.

77.- EISENBERG, 1982, pp. 25, 43, 80, 80 n. 28, 96 n. 11, 112 y 128.

78.- En *Ibid.*, p. 128, Eisenberg se refiere a un pasaje del segundo *Lisuarte* con base en una cita de Henry Thomas.

79.- GIVANEL MAS, Juan, «Una papereta crítico-bibliogràfica referent al octavo libro de Amadís de Gaula», *Home-naje a Menéndez y Pelayo*, Madrid, Hernando, 1ª ed., 1925, vol. I, p. 398, cit. por SALES DASÍ, 2001, p. 10.

ballerías y guías de lectura, el doctor don Emilio José Sales Dasí⁸⁰, ya autor de una guía de lectura del *Lisuarte de Silva*⁸¹, publicó en ese año otra del *Lisuarte de Grecia*, de Díaz, la cual contiene una erudita introducción, un pormenorizado resumen del argumento y un detallado diccionario de los personajes de la obra. En ese mismo año vio la luz un interesante ensayo de Sylvia Roubaud, sugestivamente titulado *Mort(s) et résurrection(s) d'Amadis*⁸², en el cual se hace referencia a algunas de las muertes del héroe y la importancia de este tema en la obra de Díaz.

El doctor Sales Dasí también publicó en 2002 un interesante y erudito artículo titulado *Las continuaciones heterodoxas (el «Florisando» [1510] de Páez de Ribera y el «Lisuarte de Grecia» [1526] de Juan Díaz) y ortodoxas (el «Lisuarte de Grecia» [1514] y el «Amadís de Grecia» [1530] de Feliciano de Silva) del «Amadís de Gaula»*⁸³, en el cual analizaba diversas aristas del tema. Entre otras cosas, Sales Dasí puso de relieve que el *Lisuarte* de Díaz, si bien era menos rígido y moralista que el *Florisando*, no había podido librarse del todo de la influencia de éste, y al respecto destacó el mínimo papel que en la obra del bachiller desempeñan la magia o las relaciones extramatrimoniales, temas ambos de relevancia en las obras de Feliciano de Silva.

En años recientes ha habido nuevos estudios sobre el segundo *Lisuarte*. En 2007 María Carmen Marín Pina dio a luz un artículo titulado *Palmerín de Inglaterra: una encrucijada intertextual*, en el cual se analizaba la influencia de la obra de Díaz en el famoso *Palmerín de Inglaterra* de Francisco de Moraes⁸⁴. En 2008 publicamos nuestro estudio *De Rolandín el Músico al Caballero de los Espejos: Cervantes y el segundo Lisuarte de Grecia*⁸⁵, relativo al episodio de Rolandín como modelo de la aventura quijotesca del Caballero de los Espejos, y en 2011 *Entre la traducción y el plagio: El segundo Lisuarte de Grecia y Don Flores de Grecia*⁸⁶, en el cual procuramos demostrar que esa obra francesa no era sino una traducción plagiaría de la obra de Díaz.

También en 2011, María Coduras Bruna publicó en la revista *Tirant* un erudito artículo sobre el tema de la muerte de Amadís en el *Lisuarte* de Díaz: *La presencia de las sagradas escrituras, la devoción pasionaria y los ritos de pasaje en la muerte de Amadís en el Lisuarte de Grecia de Juan Díaz (1526)*⁸⁷, que amplió y publicó nuevamente en *Historias Fingidas*, 1 (2013), con el título *Amadís de Gaula, un rey que bien muere. El lamento por la*

80.– Profesor de Lengua Castellana y Literatura en el IES Tavernes Blanques (València). Fue galardonado por la Generalitat Valenciana con el Premio de Ensayo 2008 por su obra *Bajo el encanto de lo novelesco: Blasco Ibáñez, ochenta años detrás*.

81.– SALES DASÍ, Emilio José, *Lisuarte de Grecia de Feliciano de Silva. Guía de Lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1ª ed., 1998.

82.– ROUBAUD, 2000, p. 11.

83.– Este texto puede consultarse en línea en <[84.– MARÍN PINA, María Carmen, «Palmerín de Inglaterra: una encrucijada intertextual», *Península*, 4 \(2007b\), pp. 79-94.](https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/las-continuaciones-heterodoxas-el-florisando-1510-de-paez-de-ribera-y-el-lisuarte-de-grecia-1526-de-juan-diaz-y-ortodoxas-el-lisuarte-de-grecia-1514-y-el-amadis-de-grecia-1530-de-feliciano-de-silva-del-amadis-de-gaula/html/0fd1296e-a0f9-11e1-b1fb-00163ebf5e63_4.html#I_0_>>.</p>
</div>
<div data-bbox=)

85.– SÁENZ CARBONELL, 2008.

86.– SÁENZ CARBONELL, Jorge Francisco, *Entre la traducción y el plagio: El segundo Lisuarte de Grecia y Don Flores de Grecia*, 2011, en <https://parnaseo.uv.es/Lemir/Revista/Revista15/09_Saenz_Jorge.pdf>.

87.– CODURAS BRUNA, María, *La presencia de las sagradas escrituras, la devoción pasionaria y los ritos de pasaje en la muerte de Amadís en el Lisuarte de Grecia de Juan Díaz (1526)*, en <<https://roderic.uv.es/handle/10550/37637>>.

muerte del monarca en el *Lisuarte de Grecia de Juan Díaz (1526)*⁸⁸. En su tesis doctoral en la Universidad de Zaragoza titulada *La antroponimia en los libros de caballerías españoles: el ciclo amadisiano* (2013)⁸⁹, Coduras Bruna incluyó numerosas referencias al libro de Díaz. Este texto fue el punto de partida del libro *Por el nombre se conoce al hombre. Estudios de antroponimia*⁹⁰, publicado por la misma doctora Coduras Bruna en 2015, que es una versión reducida y actualizada de su tesis doctoral y en la cual se expone detalladamente el significado de los antropónimos de los 1225 personajes que aparecen en los trece libros del ciclo amadisiano español.

Sin embargo, no es sino hasta ahora que se publica una edición moderna del segundo *Lisuarte de Grecia*, debida al paciente y cuidadoso trabajo de Xosé Martínez Varela, estudioso gallego de los libros de caballerías castellanos. A lo largo de los años en que Xosé, desde A Coruña, me ha distinguido con su amistad, he tenido reiteradas oportunidades para constatar su extraordinaria familiaridad con los libros de caballerías y la pasión que le inspiran. Agradezco profundamente que su laboriosidad nos permita contar con la presente edición, casi quinientos años después de la aparición de la *princeps*, y que me haya hecho el honor de permitirme presentarla con estas páginas. Espero que su lectura abra nuevos horizontes para el estudio de esa obra y quienes recorran sus páginas pueda encontrar tanto algo de solaz como novedosas líneas de investigación.

Jorge Francisco Sáenz Carbonell

Cartago, Costa Rica, abril de 2017.

88.– CODURAS BRUNA, María, «Amadís de Gaula, un rey que bien muere. El lamento por la muerte del monarca en el *Lisuarte de Grecia de Juan Díaz (1526)*», en *Historias Fingidas*, 1 (2013), pp. 111-131.

89.– CODURAS BRUNA, María, *La antroponimia en los libros de caballerías españoles: el ciclo amadisiano* (2013). Su texto en <<https://www.ahlm.es/Repositorios/Coduras.pdf>>.

90.– CODURAS BRUNA, María, *Por el nombre se conoce al hombre. Estudios de antroponimia*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 1ª ed., 2015.

Criterios de edición

Editamos el texto de la única edición del *Lisuarte de Grecia (Libro VIII de Amadís)*, que vio la luz en 1526 en la imprenta sevillana de Jacobo y Juan Cromberger el 25 de septiembre, como se indica en el colofón. Nuestro texto se basa en el ejemplar conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid bajo la signatura R-71⁹¹.

Para la transcripción y edición del texto se han seguido los siguientes criterios:

–En cuanto a las grafías, se regula el uso de *u*, *i* (con valor vocálico), frente a *v*, *j* (con valor consonántico). El uso de la *y* se reserva para: [*a*] la posición final absoluta de palabra (rey) y [*b*] la conjunción copulativa, en el caso de documentarse. Se mantiene el consonantismo del texto base, incluso en sus alternancias, como en el empleo de nasal *-m-* o *-n-* ante bilabial *-b-*, *-p-* (*enperatriz*, *tanpoco*, *enbevieron*), así como la ausencia o presencia de *h*, y la aparición de *f-* en la posición de inicio de palabra. Las intervenciones realizadas son las siguientes:

–La grafía *qu-* se mantiene ante las vocales *e/i* (quien), pero se transcribe como *c-* (/k/) ante *a/o/u* (quando a quando)

–La grafía *ç* se mantiene ante *a,o,u* para distinguirse de la oclusiva velar (cabeça, pieça, coraçón).

–Mantenemos la alternancia del texto base entre *-s-*/*-ss-*.

–En cuanto a los grupos cultos, las grafías *ch* son sustituidas por aquellas que representan el sonido velar /k/ (Denamarcha a Denamarca); aunque se conservan grupos con reflejo fonético como *bd* (cibdad/ciudad), *ct* (victoria/vitoria) o *ff* (officio/oficio).

–Las abreviaturas se desarrollan sin ninguna indicación. El signo tironiano se transcribe como *y*.

–Se siguen los usos del español actual para la unión y separación de palabras, aunque con las siguientes matizaciones:

–Para las fusiones por fonética sintáctica se emplea el apóstrofe en el caso de las vocales elididas, diferenciando por ejemplo entre *del* a *d'el*, *d'él*.

–Mantenemos arcaísmos como *empós* que en alguna ocasión alterna con la forma moderna *en pos*, o las aglutinaciones en que aparece el pronombre enclítico *ge*.

–El uso de las mayúsculas y minúsculas también se ha regulado según los actuales criterios de la lengua, escribiendo en minúsculas las palabras que denotan autoridad o poder públicos (Esplandián, emperador de Constantinopla), si bien se utiliza la mayúscula cuando estas palabras sustituyen al propio nombre. La palabra *cavallero* se escribe en mayúscula cuando se convierte en el sobrenombre de un personaje (Cavallero de los Cisnes), pero no cuando se utiliza como una simple referencia ocasional (el cavallero de la floresta).

–Se acentúa siguiendo las normas vigentes, teniendo en cuenta el valor diacrítico de la tilde en las siguientes parejas:

–*á* (verbo) / *a* (preposición)

–*ál* (indefinido) / *al* (contracción)

91.– Desde aquí expresamos nuestro agradecimiento a los bibliotecarios de esta biblioteca madrileña, tan importante para la bibliografía española y que siempre nos trataron con simpatía y diligencia ante nuestros continuos requerimientos. Muchas gracias.

–*dé* (verbo) / *de* (preposición)

–*dó* (verbo) / *do* (adverbio)

–*só* (verbo) / *so* (preposición)

–*ý* (adverbio) / *y* (conjunción)

–Asimismo se distingue entre *vós/vos* y *nós/nos*, utilizando las formas acentuadas cuando funcionan como sujeto o cuando funcionan como complemento preposicional de 1ª y 2ª persona del plural (equivalente a *nosotros* y *vosotros*).

–En el caso de los demostrativos, dado que su acentuación cuando funcionan como pronombres es opcional, no se acentúan.

–Se ha regularizado en lo posible la puntuación del texto para facilitar su lectura, intentando a su vez ser los más cercanos posible al texto original.

–Las enmiendas al texto figuran como adiciones, entre paréntesis cuadrados ([]), y supresiones, entre ángulos (< >).

* * *

Unas últimas palabras de nuestra parte: esperamos que a nuestros lectores les guste esta edición del *Lisuarte, Libro octavo de Amadís*. Pusimos todo el empeño en presentarles un texto lo más pulido y próximo al original, y deseamos no haberles defraudado a ustedes, sin duda exigentes lectores. Señalaremos que todos los errores que se puedan hallar se deberán a nuestra única responsabilidad en no haberlos subsanarlos y por ello pedimos las correspondientes disculpas. Expresamos a nuestro editor José Luis Canet (de la Universitat de València y director de la revista electrónica LEMIR) todo nuestro agradecimiento por su confianza en nosotros y su infinita paciencia y buen humor ante nuestros continuos limados en una transcripción que alargaba en un sin fin la consecución final de nuestra edición: muchas gracias, prof. José Luis. Y esto no es una despedida: de hecho ésta es una edición que no será la última de nuestra parte, porque, Dios mediante, en un futuro tendrán más noticias de nosotros. Hasta ese momento, les dejamos con este *Amadís*, esperando que les guste. Hasta otra.

Xosé Martínez Varela

Na Coruña, xuño do 2023.

Bibliografía

1. Fuentes impresas

- AGUILAR PERDOMO, María del Rosario, *Florambel de Lucea. Segunda Parte. Guía de Lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1ª ed., 2006.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Ediciones Castilla, S. A., 1ª ed., 1966.
- CODURAS BRUNA, María, «Amadís de Gaula, un rey que bien muere. El lamento por la muerte del monarca en el Lisuarte de Grecia de Juan Díaz (1526)», en *Historias Fingidas*, 1 (2013), pp. 111-131.
- , *Por el nombre se conoce al hombre. Estudios de antroponimia*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 1ª ed., 2015.
- DÍAZ, Juan, *El Octavo libro de Amadís: que trata de las extrañas aventuras y grandes proezas de su nieto Lisuarte, y de la muerte del ínclito rey Amadís*, Sevilla, Jacobo y Juan Cromberger, 1ª ed., 1526.
- EISENBERG, Daniel, *Introducción a su edición del Espejo de príncipes y caballeros de Diego Ortúñez de Calahorra*, (Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 1ª ed., 1975, vol. I.
- EISENBERG, Daniel, *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, Newark, Juan de la Cuesta, 1ª ed., 1982
- EISENBERG, Daniel, y MARÍN PINA, María Carmen, *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1ª ed., 2000.
- ENCISO ZÁRATE, Francisco de, *La segunda parte de la corónica del invencible caballero Florambel de Lucea, hijo del esforzado Rey Florineo de Escocia*, Sevilla, Andrés de Burgos, 1ª ed., 1548.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Claribalte*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1ª ed., 2003.
- GAYANGOS, Pascual de, *Discurso preliminar*, en *Libros de caballerías*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1ª ed., 1857, vol. XL.
- Libro segundo del esforzado caballero de la Cruz Lepolemo Príncipe de Alemaña*, Toledo, Miguel Ferrer, 1ª ed., 1563.
- MARÍN PINA, María Carmen, *Palmerín de Inglaterra: una encrucijada intertextual*, *Península*, 4 (2007b), pp. 79-94.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Obras completas de Menéndez Pelayo*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1ª ed., 1962, vol. XII.
- RIQUER, Martín de, *Aproximación al Quijote*, Barcelona, Salvat Editores, S. A., 1ª ed., 1971.
- RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garcí, *El ramo que de los cuatro libros de Amadís de Gaula sale, llamado las Sergas del muy esforzado caballero Esplandián*, en *Libros de caballerías*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1ª ed., 1857, vol. XL.
- ROSEO, Mambrino, *La sesta et ultima parte della historia dell'invittissimo Prencipe Sferamundi di Grecia*. Venecia, Michael Tramezzino, 1ª ed., 1565.
- SALAZAR, Alonso de, *Libro del invencible caballero Lepolemo, hijo del Emperador de Alemaña, y de los hechos que hizo llamándose el caballero de la Cruz*, Sevilla, 1ª ed., Francisco Pérez, s. f. e.
- SALES DASÍ, Emilio José, *Lisuarte de Grecia de Feliciano de Silva. Guía de Lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1ª ed., 1998.

- SALES DASÍ, Emilio José, *Lisuarte de Grecia (libro VIII). Guía de lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1ª ed., 2001.
- SILVA, Feliciano de, *Amadís de Grecia*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1ª ed., 2004.
- SILVA, Feliciano de, *Segundo libro de la Cuarta parte de la Choronica del excellentísimo Príncipe Don Florisel de Niquea*, Zaragoza, Pierres de la Floresta, 1568.
- THOMAS, Henry, *Las novelas de caballerías españolas y portuguesas*, Madrid, Anejo 10 de la *Revista de Literatura*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1952.
- TORQUEMADA, Antonio de, *Historia del invencible caballero don Olivante de Laura, Príncipe de Macedonia*, Barcelona, Claude Bornat, 1ª ed., 1564.
- VELÁZQUEZ DE CASTILLO, Gabriel, *Clarián de Landanís*, Newark, Juan de la Cuesta, 1ª ed., 1995.

2. Fuentes electrónicas

- BOTERO GARCÍA, Mario Martín, «De Montalvo a Herberay des Essarts: el Amadís de Gaula en Francia, entre traducción y adaptación», en *Literatura: teoría, historia, crítica*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, N° 12, octubre de 2010, en: <<https://www.revistas.unal.edu.co/index.php/lthc/article/download/20144/21231>>.
- CODURAS BRUNA, María, *La antroponimia en los libros de caballerías españoles: el ciclo amadisiaco* (2013). Su texto en: <<https://www.ahlm.es/Repositorios/Coduras.pdf>>.
- , *La presencia de las sagradas escrituras, la devoción pasionaria y los ritos de pasaje en la muerte de Amadís en el Lisuarte de Grecia de Juan Díaz (1526)*, en: <<https://roderic.uv.es/handle/10550/37637>>
- D'HERBERAY, Nicolas de, *Cronicque du tres vaillant et redouté Dom Flores de Grece, surnommé le Chevalier des Cignes*, Amberes, 1561, en: <https://books.google.es/books?id=sIE8AAAACAAJ&printsec=frontcover&dq=Flores+de+Grece&hl=es&ei=_xTsTYuHJIWftwet9sCTAQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=6&ved=0CEoQ6AEwBTgK#v=onepage&q&cf=false>.
- Histoire du Chevalier de Soleil, de son frère Rosicclair, et de leur descendants*, Amsterdam, 1ª. ed., 1780, vol. I, en: <https://books.google.co.cr/books?id=iZf2RIWhGpwC&printsec=frontcover&dq=editions:fWR3usTi85oC&hl=ca&sa=X&redir_esc=y#v=onepage&q&cf=false>.
- Histoire du Chevalier de Soleil, de son frère Rosicclair, et de leur descendants*, Amsterdam, 1ª. ed., 1780, vol. II, en: <https://books.google.co.cr/books?id=0VQB3HaciyoC&printsec=frontcover&dq=Histoire+du+Chevalier+du+Soleil,&hl=ca&sa=X&redir_esc=y#v=onepage&q=Histoire%20du%20Chevalier%20du%20Soleil%2C&f=false>.
- Libros de caballerías en otras lenguas en la Real Biblioteca*, en <<https://avisos.realbiblioteca.es/?p=article&caviso=23&art=991>>.
- ROUBAUD, Sylvia, «Mort(s) et résurrection(s) d'Amadis», en: <www.presses.ens.fr/Data/le_0255-6.pdf>.
- SÁENZ CARBONELL, Jorge Francisco, *De Rolandín el músico al Caballero de los espejos: Cervantes y el segundo Lisuarte de Grecia*, en: <https://parnaseo.uv.es/Lemir/Revista/Revista12/11_Saenz_Jorge.pdf>.
- , *Entre la traducción y el plagio: El segundo Lisuarte de Grecia y Don Flores de Grecia*, 2011, en: <https://parnaseo.uv.es/Lemir/Revista/Revista15/09_Saenz_Jorge.pdf>.

- SALES DASÍ, Emilio, *Las continuaciones heterodoxas (el «Florisando» [1510] de Páez de Ribera y el «Lisuarte de Grecia» [1526] de Juan Díaz) y ortodoxas (el «Lisuarte de Grecia» [1514] y el «Amadís de Grecia» [1530] de Feliciano de Silva) del «Amadís de Gaula»*, en: <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/las-continuaciones-heterodoxas-el-florisando-1510-de-paez-de-ribera-y-el-lisuarte-de-grecia-1526-de-juan-diaz-y-ortodoxas-el-lisuarte-de-grecia-1514-y-el-amadis-de-grecia-1530-de-feliciano-de-silva-del-amadis-de-gaula/html/Ofd1296e-a0f9-11e1-b1fb-00163ebf5e63_4.html#I_0_>.
- SAULNIER DU VERDIER, Gilbert, *The love and armes of the Greeke princes*, en: <<https://quod.lib.umich.edu/e/eebo/A11527.0001.001/1:17.2?rgn=div2;view=toc>>.

El octavo libro de Amadís, que trata de las estrañas aventuras y grandes proezas de su nieto Lisuarte, y de la muerte del ínclito rey Amadís. 1526.

^{2r} ¶ Prólogo del Octavo libro de Amadís de Gaula. Dirigido al Ilustríssimo Señor don Jorge, hijo del invictíssimo Rey don Juan, el Segundo de Portugal, maestro d[e] [A]vis y Santiago, duque de Coimbra, señor de Montemayor el Viejo y Torres Novas, y de las Behetrías. Fecho por Juan Díaz, bachiller en cánones.

CONSIDERANDO LOS SABIOS antiguos la gran fama y nombrandía de aquellos que en las armas florescieron, invictíssimo Príncipe, con sus claros ingenios, conociendo el incomparable valor de la cavallería, dixerón que en las casas de los altos príncipes y grandes señores no menos se devían leer las crónicas de los famosos cavalleros, que por la gloria en la alteza de las armas resplandecieron, que en los monesterios y casas de religión las historias y leyendas de los santos, lo que por muy manifiesta razón se esclarece que, pues en el mundo ay dos diversas maneras de milicia, en cada una se tratasse y oviesse exercicio de aquellas cosas que de mayor primor y perfección la adornassen, porque, según dixo el Apóstol, todas las cosas que escritas se hallan se escrivieron y son escriptas para nuestra doctrina y enseñança, de guisa que combiene assí a los en acto cavalleros como a aquellos que por tan preciada orden con los desseos y obra trabajen leer los libros, y cavallerías de los antepassados para espejo y enxemplo y regla de su bivar y doctrina. Porque oyendo los estraños fechos, las grandes hazañas, los espantables golpes, el ardimiento en acometer, el denuedo y poco pavor en los mortales peligros, la fortaleza y constancia en perdonar que los claros varones en las armas excelentes por gloria de la fama hizieron, sus corazones encendidos en semejante virtuosa embidia de los asemejar, de flacos se harán fuertes, de fuertes denodados, de covardes ternán osadía, de osados tomarán mayores esfuerço y argullo, e assí de tales virtudes, guarnesciendo las corporales fuerças, dorando y adornando sus personas y linaje, no solamente en este mundo, sobre honores cimentado, entre las gentes ganarán fama y honra, y en los después venideros alabança y nombrandía, más aún, lo que más preciar se deve, ganar se puede de Dios corona de gloria

con sus ángeles, pues no menos da salario del tesoro de su infinita clemencia al cavallero que usando bien de la milicia en las armas muere, que al religioso, que en el cilicio y abstinencia fenescer, pues cada uno en su officio cumple lo que a Dios era tenuto y quanto a las gentes obligado.

Lo que no olvidando, ilustríssimo y esclarecido Señor, con la flaqueza de mi pobre ingenio, aunque muy rico y abastado de desseos para el servicio de vuestra superilustre Señoría, después de aver leído muchas crónicas, diversas historias de singulares y esforçados cavalleros, de ninguna tanto dulçor la amarga y gruessa corteza de mi ingenio sacar pudo como de la gran historia de *Amadís de Gaula*, no solamente por su sabrosa y apazible materia, como por no menos discreto que elegante estilo, subidas fisolofales sentencias, saludables y convenientes enxemplos, de los que la sobredicha historia es tan reabastada y guarnescida, que lo sobrado d'ella haría estremada honra si menguamiento y pobreza de otras de tal primor carecientes. E aviendo ya más d'ella gustado lo interior que lo de fuera, vi la quinta parte las *Sergas de Esplandián* y la sexta de *Florisando*, y remontando sus estilos y modos de escribir y proceder en las asperezas de mi abilidad, paresciome, no solamente razón mas sobre razón razonable como sobre oro dorar de nuevo, ser muy necesario venir en luz la séptima parte de la misma gran historia, de la cual los desseosos de semejantes escrituras^{2v} no solamente ternían gran desseo, más aún, d'ella avía no pequeña necesidad para cumplimiento de la otra. E viendo la dicha parte puesta en olvido de los juicios de los sabios y dezidores varones, propuse despertar mi ingenio en tales cosas no perezoso, mas del todo dormiente y sin cuidado, y, estendiendo mi encogido encogimiento, determiné traer a memoria de las gentes lo que en sí olvidado y escondido estava, y delibrado ya con las nuevas fuerças de entendimiento emprender empresa tan alta, muchas cosas vacilando en mí mismo rebolvía, de las cuales dos principalmente el recelo me doblavan, la osadía me encogían y el pavor me acrescentavan.

La primera era conoscer cuán grave cosa y digna sobre todas es de tener a los muy letrados hombres y elocuentes, cuánto más un pobre hombrezillo como yo en tales cosas no sabido ni experimentado más del todo indiscreto escrevir cosas que en público ayan de ser vistas y examinadas y puestas a los agudos filos de las lenguas maldizientes, que como sutiles y sordas limas roen el azero aun de lo bien dicho, sin que verdad ni bien dezir a su embidia resistir pueda, como por todos aquellos que escribieron claramente es manifiesto, de guisa que fasta aquellos de meliflua lengua Omero, Tulio ni Vergilio escapar no pudieron; lo que yo, no pensando más delante los ojos figurado teniendo, no sólo perdía la gana del comienço de la tal obra, más aún, de mucha turbación prevenido no sabía renglón poner que la pluma en la mano no temblava más de entre los dedos, con tal miedo tremientes se me caía, lo que muy muchas vezes rebolviendo en la fragua de mi juicio torné a tomar, e tomé nuevo ánimo y osadía, soltando el pavor que los sensitivos spíritus me adormescía y ocupava, e confiando más en la ayuda divina que en mi flaqueza humana, casi con denuedo acometí el recelado peligro que temía y comencé la presente obra; y como el començar fue con ardimiento y esfuerço, assí el acabar con constancia y continuadas vigalias, queriendo antes de los que ni mucho alcançan ni saben ser juzgado por indocto y atrevido que de los prudentes nobles y sabidos dexar de ser con clemencia reprehendido y emendado, venido he a tan duro y luengo trabajo; y porque en el discurso

d'esta obra procediendo supe que de otro autor era salida esta séptima parte a luz, que su principio apetece sea avida por octava parte, aunque no legítimamente.

El otro segundo y nuevo cuidado me combatía, que, puesto que a la tal obra fin y mano postrera oviesse puesto, ¿a quién ofrescería los primeros sudores y vigalias de mi estudio para que mis trabajos fuessen rescibidos por servicio y amparados de las lenguas detrahedoras y bocas en maldezir encendidas? Y assí pensando no pocas vezes en quién el servicio y estilo de la presente obra mejor cuadrasse, del mucho pensar pesado y profundo sueño se me siguió, del cual después de gran rato como por misterio despertando comencé [a] dezir: ¿a quién en todo el mundo el título no solamente de la presente historia más de todas las del mundo assí varias como a esta semejantes y en la materia muy más polidas, discretas y elegantes en estilo, gravedad y grandeza, con razón dirigir se pueden y deven que al superillustre inestimable Príncipe, alto Señor, gran Maestre de los dos maestrzgos d'Avis y Santiago, hijo de aquel muy más que famoso Rey don Juan el Segundo de Portugal? En cuya gloriosa vida, aunque en antiguos años no crescida, fue de tanto valor, fama y virtud, que muchas y muy más estrañas cosas de su memoria digna de inmortalidad [y] verdaderas escrevir se pueden que del rey Perión ni Lisuarte ni menos del nuestro rey Amadís fingidas y compuestas se fallan, con tanto artificio y sobra de discreción debuxadas que no solamente son credibles de creer, mas de hecho parescen aver sido como de la gran industria de Apeles y Parasio, pintores, acontecía en sus pinturas, las cuales de tanta perfección adornadas eran que no hechas más bivas y animadas asemejaván cuya grandeza romana del real trono del Rey vuestro padre. Pues mi ingenio no basta a sentilla ni contemplalla con su imbecilidad y baxura, menos bastará a escrevir sus crecidos y ensalçados primores, y no menos que del magno Alexandre gloriosos hechos y, ^{3r} porque mi bárbara y grossera lengua a su grandeza derogar no pueda, me pongo silencio en este passo con la siguiente y breve conclusión, que fue que el muy esforçado y poderoso Rey vuestro padre, en su tiempo torre de fortaleza, alcáçar de esfuerço, ciudad de ardimiento, muro de pavor para sus enemigos, bravo defensor de sus reinos, guerreador fuerte de los agenos, reino de lealtad, provincia de virtud, mundo de bondad y nobleza y, por consiguiente, mi indocta peñola, en suma verdadera de loores de Vuestra Señoría, dize ser no solamente en el deudo carne y sangre hijo de aquel sobre alto ensalçado Rey don Juan, mas aún en todas las virtudes, nobleza, franqueza, magnanimidad y todas nobles maneras tan semejante que lo que los derechos por ficción dizen ser el padre y fijo una persona de vuestra superaugusta Señoría con aquel preciado y incomparable Rey vuestro padre, verdaderamente dezir podemos y devemos confessar, pues claramente es assí a todos manifiesto y de día en día muy más se declara lo que yo con abivados ojos remirando conocí, que la intitulación de la presente obra en vuestra muy alta Señoría mejor que en ningún otro grande cuadrava, se la intitulé y dirigí para execución de los grandes desseos que de sus servicios siempre he tenido y tengo, acordándome otrosí aver leído los nombres dever ser semejantes a las cosas y las obras a quién se endereçan, lo que en mi ánimo residiendo dixe: ¿quién se puede hallar semejante, más aún, sobrepujante al rey Amadís, que el animoso Rey vuestro padre, que su esfuerço y ardimiento fue tanto y los fuertes golpes de sus victoriosos braços tan señalados y sus hechos de tan acabado cavallero y gran rey que quien pensasse escrevillo más sería juzgado por hombre atrevido que por cuerdo ni razonado? ¿A quién más podemos comparar el emperador Esplandián, virtuoso y esforçado cavallero, hijo del

rey Amadís, que a vuestra cesárea señoría? Porque si el emperador fue señor de cavalleros cruzados de la santa conquista como en su *Crónica* se dize, ¿quién más agora señorear los puede que vós, muy preclaro y gran Señor, pues sois resplandesciente flor de las dos preciadas órdenes de cavallería d'Avis y Santiago, y d'ellas comendadores propiamente cavalleros cruzados llamarse pueden y deven, de los cuales ay tanta abundancia y perfección en vuestra grande casa d'este primor entre otros muchos como real palacio bastecida y adornada. ¿Y a quién mejor comparar la intitulación del presente libro del muy famoso cavallero Lisuarte que al muy esclarecido Señor don Juan vuestro hijo? El cual assí en el nombre agora y virtud como después en todas las reales y excelentes maneras con aquel en toda bondad de virtudes y alteza de armas próspero y sublimado rey vuestro padre se parece, y cada día muy más semejante y propio atendemos y confiamos, cuya gloriosa juventud dina de muy luenga vida Dios acreciente y conserve en tal estado de virtudes y señoríos que d'él muy más verdaderas cosas escrevir yo pueda, que d'este gran príncipe he compuesto, porque todo sea a alabança y ensalçamiento del estado de vuestra gran señoría, de cuyo servicio el desseo me constriñó emprender trabajo no sólo muy grande, más aún, ageno de mi facultad, confiando que lo que de mi estudio se perdiesse, que en servir a vuestra real Señoría muy más que ganado lo puedo llamar, su grandeza y magnificencia con su favor lo acrecentaría conforme más a su nobleza y costumbre que a mi poco o ningún merescer, el cual si servicios hazer basta vuestra noble Señoría servirle mande y resciba la presente obra por primicias de mis trabajos, sudores y vigalias de mi estudio, las cuales, si vuestra real clemencia con acostumbrada benignidad rescibe por servicio, aunque su poquedad y baxura según a quien se dirigen para ella no bastan en quanto el ingenio a otras cosas diversas y semejantes bolar pudiere, y la mano y péñola en el papel las debuxaren, siempre serán puestas so la no menos grande que graciosa sombra de vuestro muy ínclito y felice renombre, el cual con vuestro muy illustre y gran estado aquel Señor de señores y más los potentes reyes poderoso prospere y conserve y aumente en luengos y felicísimos años, como por vuestra poderosa Señoría es desseado.^{3v}

¶ Comiença el octavo libro del rey Amadís, en que se recuentan las grandes proezas y famosos hechos del muy esforçado cavallero Lisuarte, su nieto, hijo del emperador Esplandián, y de la perdición de la Ínsula Firme y cómo fue cobrada, y de la muerte del rey Amadís y de lo que después se hizo.

¶ Capítulo primero. De cómo el emperador Esplandián partió de la Gran Bretaña para Constantinopla y de lo que en el camino le acaesció.

HÁLLASE EN LA original y verdadera historia que, partidos aquellos reyes y grandes señores de la Gran Bretaña y despedidos del rey Amadís, d'ellos por la tierra por sus jornadas, d'ellos por la mar, con prósperos vientos llegaron a sus reinos y señoríos, con que no dieron poco descanso a sus vassallos, de los cuales no solamente eran servidos, mas muy amados y queridos. Agora dize el autor que el emperador de Constantinopla, despedido de su padre y madre, y con su mujer la emperatriz y el rey Norandel, con toda su compañía entró en la mar, y siendo el tiempo muy favorable a su viaje, alçadas las áncoras, estendidas las velas a los prósperos vientos partieron de la Gran Bretaña, tomando los pilotos y maestros la más derecha vía que sabían de Constantinopla; y con esta felicidad navegaron por la mar cinco días, en fin de los cuales aquellos prósperos vientos y tan favorables les eran, en poca de hora en tanto extremo mudados que bien se parecía cuán poca constancia avía en los tiempos y días claros. E así fue que se levantó una tormenta tan espantosa que la mar andava muy brava y sobervia, que cada momento parecía quererse anegar y perder toda la flota y compañía. La fuerça del ventear era tan rezia en demasía que del todo hizo perder el tino y saber a los maestros de las naves. E, si la clemencia de Dios no fuera por la industria ni acuerdo de los marineros, muy poco remedio tuviera el salvamiento de aquella compañía, porque el perdimiento suyo estava tan claro que aquel grande emperador Esplandián, que tantas y tan espantables batallas avía vencido, assí de esforçados cavalleros como de fuertes y dudados jayanes, se hallava en sí muy enflaquecido no tanto por temer la muerte presente como la especie del morir tan estraña a los cavalleros. E cobriendo este sentimiento con la cobertura de su esfuerço, mostrava tanta osadía como si por armas lo oviesse de passar, consolando a la emperatriz, que muy desmayada estava, como a las mujeres en tales casos acaescer suele. Sus dueñas y donzellas de rodillas llorando, rogando a Nuestro Señor que los librasse de tan manifesto peligro; y así plugo a Él que, discurriendo las naves por la mar, fueron a dar en el arçapiélago onde por la clemencia de Dios, si no cessara la tormenta, más claro era su perdimiento.

Cessada la tormenta, queriendo los marineros restaurar las velas rasgadas, las xarcias perdidas, acabó de sossegar aquel tempestuoso tiempo, y de escuro y tenebregoso tornose claro y assí fue de la alteración d<o>[e] ^{4r} la muerte. Los maestros y pilotos tomaron la vía

que de ante llevaban, y navegando muy gran trecho hallaron dos naves desbaratadas de la tormenta y vencidas de aquella passada tempestad, y llegando a ellas conocieron que no eran de cristianos, por lo cual mandó el emperador que las naves fuesen tomadas.

Luego el rey Norandel hizo armar la gente de su nave para cometer en los enemigos, la gente que en las dos naves venía; aviendo noticia de su propósito no procuraron de huir, pues no podían, mas antes de se defender hasta la muerte. Y travada entre ellos una rezia batalla de saetas, lanças, piedras y azagayas, llegaronse las naves unas con otras que se aferraron con unos muy fuertes garfios.

Y aquí fue la mayor priessa de la batalla, que la gente se llegava una con otra y se ferían muy bravamente, porque en las dos naves venía un cavallero pagano por capitán de gran bondad y valentía que no temía tanto la muerte como vergüença, y peleava él más solo que cuatro otros cavalleros buenos; mas aquel esforçado rey Norandel, nembrándose aquella hora de la generosa sangre donde venía, le creció tanto la saña que más quisiera ser passado mill vezes por la muerte que aquel pequeño quilate de vergüença delante del emperador en aquel pagano se defender tan esforçadamente, y con la ira no dudando la muerte, cubierto de su escudo, se echó dentro en la nave de los contrarios y apretando bien su espada en la mano, hallando aquel capitán delante, le dio tal golpe del espada sobre el yelmo que, si de tanta bondad no fuera, allí acabara toda su capitania, y el yelmo, siendo abollado en muchas partes, fue el capitán cargado del golpe que apenas se pudo tener en los pies. Lo cual viendo el rey Norandel, le dio tal golpe por una pierna que el quixote le cortó y la carne hasta el hueso, de que desapoderado el cavallero de su fuerça cayó de espaldas en la nave. El rey Norandel pasó adelante como león sañado hiriendo y matando los que adelante de sí fallava. Su gente entró tras él en su ayuda, [y] en poca de hora fueron todos d'él mal parados, que en ellos no avía defensión ninguna, antes dexando caer las armas pedían merced de las vidas. El rey Norandel los tomó a prisión, y assimismo a los de la otra nave, los cuales, viendo estotros vencidos, se rindieron todos a prisión.

Siendo allí tomadas las naves, supo el rey Norandel de los hombres que en ellas venían cómo el capitán era un cavallero de alta guisa y mejor para preso que no para muerto, y él, desseando saber su nombre y hazienda, se fue adonde estava herido y le cortó los lazos del yelmo y lo sacó de la cabeça fingiendo que le quería matar. El capitán, viéndose sin yelmo, tornó ya quanto en sí, y viendo su enemigo delante esgrimiendo el espada sobre su cabeça, ovo pavor de muerte y dixo:

–¡Señor cavallero, plégavos de no me matar, que no ganaréis ende mucho pues no me puedo defender! Yo me pongo en vuestra prisión y mesura.

–No tiene pro ruego que me hagáis –dixo el rey– sino me prometéis como cavallero de hazer mi mandado y de dezir la verdad de lo que os preguntare.

Viendo el capitán su vida puesta en la voluntad de su enemigo, dixo que en todo cumpliría su mandado y de dezir la verdad de lo que le preguntasse. Entonces el rey Norandel mandó a sus hombres que lo levantassen y diessen una cama y que le curassen de su llaga. E hizo llegar su nave con la del emperador y le hizo relación de todo lo passado. Y repartida la gente de unas naves en otras, ayuntándose con las otras naves del emperador que con la tempestad esparzidas eran, continuaron su camino, y en cabo de ocho días una mañana llegaron aquel gran puerto de Costantinopla.

¶ Capítulo ij. De las grandes fiestas y recibimiento que hizieron al emperador en su llegada, y del gran plazer que él y la emperatriz ovieron con su hijo Lisuarte.

APORTADOS EL EMPERADOR y la emperatriz con toda su flota en el puerto de Constantinopla, luego su venida se supo en la ciudad y, ordenando de salir al recibimiento, salieron d'esta manera: salió el príncipe Lisuarte con ^{4v} toda la cavallería y flor de Grecia, todos vestidos de muy ricos paños y preciosos atavíos assí en sus personas como cavallos. Delante de aquella hermosa cavallería iba en processión el Patriarca de Constantinopla con los obispos y arçobispos y la mayor parte de la clerezía del imperio que aquella sazón allí era assomada.

Cuando a la mar llegó aquella compañía, ya el emperador y emperatriz eran en tierra, y el rey Norandel y casi la más de su compañía. Llegadas las cruces y processión, el emperador y emperatriz se hincaron de rodillas con mucha devoción dando gracias a Dios pues los traxera a sus tierras y señoríos con salud. Después que esto fue acabado, llegó Lisuarte a besar las manos al emperador su padre y él gelas dio y levantolo, que estava de rodillas, y besole en el carrillo. Luego Lisuarte fue a su madre, que las lágrimas le corrían por sus hermosos carrillos de gran plazer viendo aquel solo hijo que tenía delante sus ojos. Y con esto turbada del gran plazer tenía a Lisuarte abraçado entre sus braços, diziendo mill palabras amorosas, no se hartando de lo ver paciendo sus ojos aquel dulce pasto de la vista de aquel su hijo que tanto amava. Y, teniéndole assí abraçado, llegó la donzella Carmela y dixo:

–Señora, dadnos parte d'esse plazer, no lo toméis todo en una hora, y hablad a essa gente que os viene a hablar.

La emperatriz assí lo hizo diziendo:

–Lisuarte, mi amado hijo, hablad a la donzella Carmela, que mucho os q[u]iere.

Y él la abraçó muy cortésmente, no le queriendo dar las manos, aunque la donzella mucho le ahincó para gelas besar; y assimesmo fue abraçar al rey Norandel, con tanto desseo como si oviera grandes tiempos que no le viera porque, allende del deudo que con él avía, por la criança que en él hiziera le tenía grande amor. A esta hora llegaron a Lisuarte dos donzeles muy hermosos y ataviados: el uno era fijo de don Brián rey de España y avía nombre don Lispán de Monjaste; y el otro era fijo de don Cuadragante que Abiés de Sansueña se llamava. Estos dos donzeles traía el emperador de la Gran Bretaña. El rey Norandel dixo a Lisuarte:

–Señor, honrad y preciad mucho estos donzeles que son de alta guisa, qu'él uno es hijo del rey de España y es vuestro deudo, y el otro hijo de don Cuadragante, sobrino del marqués Saluder.

Lisuarte, como aquel que era de gran virtud y nobleza, viendo el gran valor de aquellos donzeles, los abraçó y rescibió con mucho amor, y assí se lo tuvo todo el tiempo de su vida, estremadamente a don Lispán, como adelante lo dirá la historia. El emperador, primeramente después de Lisuarte, rescibió a don Falangrís, hijo del rey Norandel, que era de la edad de Lisuarte, y en su filosomía y apariencia bien parecía ser nieto de aquel gran rey Lisuarte su abuelo. El emperador le hizo mucha honra y assimesmo la emperatriz, y después llegó el marqués Saluder, que muy privado era del emperador, assí por su merecimiento como por la honra que su hermana Grasinda fiziera al rey Amadís su padre. Con

el marqués llegaron muchos duques, condes y grandes hombres de su imperio, los cuales el emperador rescibía y fablava a cada uno según su valor y merescimiento. Después que el emperador fabló a los altos hombres y prelados de aquella compañía se fueron, assí a pie como estaban, hasta el templo de Santa Sofía, onde el emperador con toda su compañía, acabada la missa, cavalgó y toda la corte, y tomando la vía de los palacios Lisuarte llevaba de rienda a la emperatriz su madre. Las calles todas eran cubiertas y toldadas ^{5r} de ricos y hermosos paños, los tañeres y instrumentos tantos que parecía caerse la ciudad, el plazer de toda la gente que maravilla era de lo ver. El emperador iba hablando a todos riendo, mostrando mucho amor y buena voluntad, con que les cativava más las voluntades y deseos de le servir. Ante quél emperador llegasse a su gran palacio, halló la reina Menoresa con su hija la infanta Castivalda que lo salía a recibir, con tantas dueñas y donzellas y tan ataviadas que parecía corte del mayor emperador del mundo, y con muy gran acatamiento vino a besar las manos del emperador, mas él no gelas dio, antes la abraçó con amor, y la emperatriz la tuvo abraçada tanto espacio quél emperador le dixo:

–Señora, tanto tiempo ternéis para la ver si Dios quisiere cuanto hasta aquí os ha faltado.

E luego tomaron la vía que ante llevavan de los palacios, a donde hallaron tanta gente, que por ver el emperador y la emperatriz eran assomados, diziendo en boz alta: *¡Bienvenidos sean nuestros naturales señores!*

Apeado el emperador y la emperatriz a puertas de su palacio, hablaron a toda aquella gente que de su venida tanto plazer mostravan, dándoles muchas gracias. Y en la gran sala de su palacio comió delante de todos por les dar plazer en aquel aparato que a su mesa y estado convenía y él solía tener. Todo aquel día se passó que la gente no se podía hartar de la vista de sus señores, que, aunque los ojos los vían delante d'él, todo no creían su venida, tanto avían sido d'ella desseosos.

La noche venida, ovo grande fiesta en el palacio de grandes tañeres y estrumentos, dançando Falangrís con su hermana Castivalda, que era la más apuesta donzella de toda Grecia, tanto que su hermosura a todos hazía maravilllar. Dançaron todos los mancebos y donzellas de alta guisa que en el palacio eran, y siendo gran parte de la noche passada, el emperador despidió al rey Norandel y los altos hombres de su corte, y acojose a su aposentamiento y la emperatriz assimesmo.

¶ Capítulo iij. De cómo se supo quién era el cavallero pagano y cómo se llamava, y la causa de su demanda.

DESPUÉS DE PASSADOS ocho días de grandes fiestas, onde ovo muchas y hermosas justas y torneos y otras diversidades de plazer y alegrías que por mayor brevedad se dexan de escrevir, acordose el rey Norandel del cavallero pagano que prendiera en la mar y hiziera sacar de las naves y traer a su palacio, y determinó de lo ir a ver; y entrando en la cámara donde acostado estava en un rico lecho, le empeçó de hablar en esta manera:

–Señor cavallero, si hasta aquí por mí no avéis sido visitado como era razón no soy en culpa, que los negocios cargaron tanto sobre mí con la venida del emperador que de mí mismo no era acordado, y de vós nunca perdía membrança, mas el tiempo me tuvo tan

empedido que mi desseo no pude poner en execución. E si no avéis sido servido como vuestro valor y merecimiento, esto se impute a la causa arriba dicha y no por falta de voluntad de vos hazer aquí toda honra y plazer.

Acabado de dezir esto el rey Norandel, el cavallero, lo mejor que pudo, se esforço a le dar las gracias por ello. Levantándose en la cama lo mejor que pudo, que muy flaco estava, le fizo muy gran acatamiento y començó a dezir:

–Cosa muy fuera de natura sería si la planta no diesse el fruto semejante al árbol donde sale. Assí, muy alto príncipe, aunque yo no lo merescía, no tenía otra esperança de vuestra virtud, porque bien sabía que siendo vós hijo de aquel tan esclarecido y famoso rey^{5v} Lisuarte, por todo el mundo tan presciado y temido assí por el grande esfuerço de su corazón como por la linda criança y buenas maneras de su persona, conociendo yo que en el esfuerço como por experiencia lo conocí le parecéis, assí luego supe que en virtud y en bondad y en todas otras buenas maneras le devéis de parecer, y assí una cosa y otra por mí experimentada esta mi desdichada prisión yo la he por buena ventura, porque siendo vencido de tan alto rey y tan nombrado cavallero, como vós, mi señor, lo sois, rescibo tanta honra como de diez otros buenos cavalleros siendo vencedor. Y esta tan señalada merced de visitación plegá a los dioses que me den vida para que la empiece de servir.

El rey le dio las gracias por lo que dezía, preguntándole qué tal estava o si era bien curado de su llaga.

–Señor, quanto la sanidad del cuerpo va más creciendo tanto se disminuye más mi alegría y se acrecienta mayor dolencia, porque, quando me veo convalecer de mi llaga y me veo puesto en cativerio y prisión, cúbreseme el corazón de una nube tan oscura de pensar que en pocas estoy para salir de mi seso, no como dicho tengo por mi ventura, mas por no poder acabar mi viaje ni complir mi palabra y dar fin del todo a la ventura en que era puesto, en que tantos tiempos ha que ando passando tantos peligros y batallas por la acabar, y agora complida <que> no la pueda poner en execución, que delante mis ojos tengo el gran sentimiento que el rey mi señor y otros grandes señores cada día sienten con mi luenga tardança.

Y el rey Norandel, como alliende de ser cavallero de gran esfuerço era de gran seso y saber, oídas las palabras del cavallero, bien conoció que eran gran misterio según d'él en la voluntad sospechava y dixole:

–De vuestro sentimiento no sé nada, mas aquí os harán tanto plazer y honra según lo [que] vós merecéis y la gran virtud del emperador mi señor. Mas agora quiero por la fe que como cavallero me avéis dado que me digáis enteramente la verdad de lo que vos preguntare.

–Sí diré –dixo el cavallero–, que en esfuerço y en otras maneras cualquier cavallero me puede tener mejoría, mas en guardar la fe y mantener la verdad a ninguno no doy ventaja.

–Assí se espera de tal hombre –dixo el rey–. Pues agora me dezid cómo os llaman y quién es esse rey que vos atiende con grandes señores, y la causa de vuestro viaje y toda vuestra hazienda, que no falte cosa, porque assí lo devéis de hazer pues tanto os preciáis de mantenedor de la verdad.

–Señor, la fe que tengo dada –dixo él– me tiene tanto ligado que me haze dezir lo que mill géneros de muerte no hizieran. A mí me llaman Cosdroel de Anfanía, su hijo de aquel esforçado cavallero Brontajar de Anfanía, de la Isla Sagitaria, que murió a manos del muy esforçado Amadís de Gaula en la batalla que el rey Arávigo ovo con el rey Lisuarte vuestro

tro padre. Al tiempo de la muerte de mi padre, yo quedé en tal edad que de procurar la vengança de su muerte me escusava, porque, aunque el rey Arávigo después procuró de buscar vengança de su desonra y la muerte de mi padre, la fortuna le fue tanto contraria que a la primera batalla fue vencido, y en la segunda después de vencedor tomada la villa de Lubaina y toda la gente del rey Lisuarte vuestro padre vencida y desbaratada, la falsa fortuna le mostró tan súbitamente que se mudavan sus cursos engañosos que de vencedor lo hizo vencido, de señor siervo, y de libre lo hizo captivo por la bondad y fortaleza del rey Amadís. Assí que ni la muerte de mi padre ni las desonras del rey Arávigo nunca pudo ser vengada. Después que yo fui en edad de sentir lo que devía, propuse en mi voluntad de buscar la vengança de la muerte de mi padre, y al tiempo que el rey Arávigo me armó cavallero y a otro mi primo, hijo de Ancidel, que murió cuando mi padre a manos de don Florestán rey de Cerdeña, hezimos votos solenes a nuestros dioses de por todos modos y maneras vengarnos nuestras sañas^{6r} y desonras si en las principales no pudiésemos que fuessen sus parientes y amigos y vassallos. Ya començávamos de satisfacer nuestras sañas en las batallas que ovimos con el rey don Bruneo, que ya teníamos recuperada cuasi toda la tierra del rey Arávigo y él no tenía en su señorío quién en campo mantuviesse su derecho, si Florisando no le socorriera con sus cavalleros para el desafío los doze por doze, la cual batalla no solamente fue vencida la parte del rey Arávigo, mas él muerto y su gente estragada y su honra del todo perdida, mas como de flacos coraçones es ser vencidos de los acaescimientos y bueltas de la fortuna, no espantados de tantas victorias contra nós acaescidas, pero curamos de seguir nuestra tan justa vengança. Entre los cuales yo, trayendo ante mis ojos la gran destrucción de mi padre y linaje, siempre fui triste y seré hasta que mis desseos de venganças sean cumplidos. E como esta misma gana tuviessen otras muchas personas, concertamos entre nós una tal liga y contratación de pedirnos ayuda y socorro a todos los reyes paganos nuestros amigos, y buscar y ayuntar valedores y sacar de nuestras tierras grandes y poderosas huestes y venir a destruir la Gran Bretaña con las otras islas comarcanas, y poner tantas gentes en el campo que tod<o>[a] la cristiandad no las pueda resistir ni aun esperar ose.

–¿Qué gente –dixo el rey Norandel– puede venir contra Bretaña que no lleven las victorias que los otros sus antepassados han llevado?, que, pues aún son bivos los que los vencieron, no temerán mucho agora sus amenazas y sobervias.

–No –dixo Cosdroel–, que la gente será tanta y en tantas partes esparzida que por más esforçados cavalleros que ay en Bretaña son muy pocos y no pueden resistir a tantas partes, endemás siendo defendidas las aventuras y cavalleros andantes que era la cosa más temida no solamente a nosotros, mas a todo el mundo, que eran los cavalleros tan osados en las armas que uno valía por diez.

–Pues agora –dixo el rey Norandel– os ruego que me digáis cuáles son los reyes y grandes señores que son confederados para venir sobre Bretaña.

–Son –dixo el cavallero– el soldán de Liquia; el almirante del Gran Turco; el rey de Liconia hijo del rey Ataligo; el rey de Libia; el rey de Persia y el rey de Media y el rey de la isla de Colcos; los hijos de Arcaláus, muy fuertes y dudados cavalleros con toda la gente de la isla Canillo; parientes y allegados de Dardán el Sobervio, y el jayán Dramirón de Anconia, hijo bastardo de Brutervo, que a maravilla es mejor cavallero que su padre y traerá bien en su compañía diez mill combatientes; el jayan Gromolías hijo de Pavorante; Brucalán

el Bravo; Mambuenca el Dessemejado; el duque de la Desierta, el señor de la Brava Sierra, ambos jayanes; el gigante Almandrago; Nitroferó[n], hijo del gigante Bultrafo, y otros muchos bravos y fieros jayanes. Y más que vengo de pedir socorro al Gran Turco, y él por su virtud y nobleza dize que porná tantas gentes en Bretaña y Gaula que los campos sean cubiertos, y que de otra parte porná muy brava guerra al emperador que a sí mismo no pueda valer cuanto más socorrer a su padre. No cuento la gran cavallería que es juntada en la braveza y esquividad de jayanes, que creo que tan aína fuessen aportados a Bretaña cuán presto todo sería desempachado.

–No son las cosas –dixo el rey Norandel– tan ligeras de acabar como de començar, porque lo primero es de pocos y lo segundo es de muchos; porque acá hallarán quien les defienda las tierras con más esfuerzo de lo que ellos traerán, pues tan llenos vienen de soberbia con tan injusta demanda.

–No puede más justa ser –dixo Cosdroel– que unos vienen a vengar las muertes de sus padres y parientes, y otros a cobrar sus tierras y señoríos que les tienen forçados.

–¿Cuáles? –dixo el rey Norandel.

–Yo os los diré –dixo Cosdroel–: Dramirón de Anconia la Isla Desierta, que fue de su padre; los hijos de Arcaláus los castillos que d'él le quedaron el señorío de la Ínsula [que] le ^{6v} tiene Dragonís; Barsinán el señorío de Sansueña, que tiene don Cuadragante; el reino de Arabia que tiene el rey don Bruneo, que ha sido del rey Arávigo, del cual su hijo rey de Liconia es nuevamente alçado y jurado por rey de Guisa. Que assí éstos como los otros todos traen justa quexa y demanda.

A esto no quiso replicar el rey Norandel por no le dar enojo, que desseava saber más claramente el concierto de los paganos; y preguntándole hasta cuándo se juntaría aquella gente, Cosdroel le dixo que mucha d'ella era ya apercebida, que tanto qu'el rey turco hiziesse su armada luego vendrían con su demanda.

–Pues –dixo el rey– vós, buen cavallero, ¿esperáis de ser en esta cavallería?

–Sí espero –dixo él–, que vuestra virtud es tanta que no queriendo tomar vengança de un pobre y estraño cavallero como yo, me alçará la prisión en que estoy para llevar el mensaje a aquellos grandes señores de que soy mensajero, y después, si fuere vuestra voluntad, yo os doy mi fe como cavallero que tanto que aquellos grandes señores ayan la respuesta de su embaxada yo me buelva a vuestra prisión.

–En esso no puedo disponer –dixo el rey Norandel– sin mandado del emperador. Yo estaré con él y le haré relación de vuestro caso, y creed que toda honra vos hará según su acostumbrada virtud y crescida nobleza.

Y con esto se despidió del cavallero y se fue para el emperador.

¶ Capítulo iiiij. De cómo el emperador supo la contratación de los paganos y de lo que Lisuarte dixo al emperador su padre, y cómo alçaron la prisión a Cosdroel.

DESPEDIDO EL REY Norandel, como dicho es, del cavallero pagano, se fue luego de-rechamente a los palacios del emperador y fallolo acompañado de gran pieça de cavalleros

y otros hombres principales de su casa, hablando en cosas que más sabor avían. Llegando el rey Norandel en presencia del emperador, le dixo:

–Creo yo, señor, que antes aparejaríades armas y cavallos si supiéssedes las nuevas que os traio que estar hablando en cosas ociosas y de plazer.

–Assí son los hombres en este mundo –dixo el emperador–: unos viven buscando descanso, otros contino trabajo y cansancio, y a las cosas de las armas tanto son a menudo usadas entre nós que ningún arrebatado apercibimiento nos puede poner en alteración como de cosa mucho acostumbrada.

–Bien sé –dixo el rey– que ninguna aventura de armas, por grande que sea, ningún alteramiento puede poner en vuestro corazón, mas en quanto al estado de vuestro imperio y defensión de vuestros vassallos conviene que sepáis las nuevas que yo traio.

Y tomando aparte al emperador y a Lisuarte su hijo les contó todo lo que de Cosdroel avía sabido de la contratació[n] de los paganos, como la historia largamente arriba lo ha contado. El emperador, midiendo con su discreción todas las cosas que de aquellas nuevas le ocurrían, se halló muy alterado porque era cosa en que se avían de averiguar muchos que, si por su sola persona oviera de passar aquel trance, no se nembrara más d'él de quanto lo viera delante, mas, como era incierta y dudosa la conquista de los infieles, no sin causa avía sentido alguna alteración. Mas con su acostumbrado esfuerço y mucha cordura respondió:

–No carescen estas nuevas de crédito, pues son tan conformes a las que en nuestros tiempos estos mismos paganos han procurado siempre contra Bretaña. Mas como el rey Amadís mi señor la defendió en sus tiempos siendo agena, muy mejor lo hará agora siendo suya propia, endemás que las cosas ante proveídas no suelen hazer tanto ^{7r} daño. Lo que aquí se deve hazer es que lo sepa el rey Amadís mi padre, y el príncipe Florisando y el rey de Cerdeña y el rey de Sobradisa mis tíos, y ellos lo hagan saber al rey Agrajes y al rey Grasandor, y ellos lo hagan saber a los otros reyes y grandes señores que de la venida d'estos paganos y jayanes pueden esperar daño y pérdida, y estén muy apercebidos y sus gentes proveídas de armas y cavallos, y yo assí lo haré en mis tierras y señoríos, para que cuando vinieren estos paganos, si traxeren una quexa, buelvan con muchas.

–Muy bien me paresce –dixo el rey– lo que vós, señor, dezís, y assí se deve fazer; mas de lo que me pesa es estar la Gran Bretaña muy menguada de cavallería, assí por las grandes batallas passadas como agora por la proibición de las aventuras y cavalleros andantes, que en aquel tiempo no era necessario apellidar la gente que ellos la acaudillavan. A mí cierto nunca me pareció bien lo que aquellos grandes señores juraron, bien demostraron que estaban cansados de las armas, mas ni por ello las devieran de impedir a los donzeles de alta guisa, tan desseosos de las armas y ganosos de la honra.

–Hizose –dixo el emperador– por evitar muertes de muchos cavalleros que sobre las donzellas morían, y por escusar los desafíos y batallas que locamente y sin causa aceptavan.

–¡Cómo! –dixo el rey Norandel–; agora que no ay cavalleros andantes, ¿faltarán hombres viles y de malas mañas que las desonren?, ¿y faltará quién las ampare y defienda? Los campos de liça y desafíos eran muy lícitos y honestos, pues la costumbre assí lo quería que allí se parecía la verdad de los que se acusavan falsamente. Endemás no aviendo otra provança, como claramente se mostró en la batalla del cavallero Fortuna y Arquisil, porque

Fortuna le acusava falsamente que dormía con Floriana de Straváus, lo que era falsedad, que murió en el campo como falso, que nunca se quiso desdezir de su aleve y mentira. Los cavalleros que malos fueren que los acusen delante los reyes sus señores y ellos los castiguen, assí cuando erraren cerca de las donzellas como cuando a traición mataren o sin causa hirieren algún cavallero, porque, d'esta guisa lo faziendo, la tierra será ennoblecida de cavalleros y los malos no carecerán de pena y castigo, y los buenos de honra y galardón y los reyes, teniendo en sus tierras muchos y preciados cavalleros y usados en las armas, ninguna afrenta les puede venir que no salgan con su honra adelante, como claramente se mostró en los tiempos del rey Lisuarte, mi señor y padre.

A estas palabras que dezía el rey Norandel, estava Lisuarte muy atento y recibía tanta pena del defendimiento de las aventuras que no se pudo sostener que no hablasse al emperador en esta manera:

– Señor, muy bien me pareciera que el rey Amadís mi señor se contentara de regir y gobernar el reino de la Gran Bretaña en la forma y costumbres que muchos reyes sus antepassados la han regido, y sobre todos el rey Lisuarte mi señor, que excedió todos los reyes que ante d'él fueron, assí en esfuerço y virtud como en regir sus tierras y vassallos, con mucha verdad y justicia como a tan cristianíssimo rey convenía. Pues ¿qué diré de aquel famoso rey Perión? Vós, señor, lo vistes mejor que yo en su juventud, ¿dónde ganó honra sino en las aventuras desde el día que fue armado cavallero hasta aquel postrero que en los campos d'esta gran ciudad, peleando muy esforçadamente con los infieles, muy esforçadamente hizo gloriosa fin de sus días, dexando a todos los de su linaje título de gloria y fama para siempre? Pues si éste, según su virtuoso morir, no fue salvo, ¿quién lo será? Pues él por servicio de Dios murió en la batalla como el religioso en la religión. No digo de las cosas passadas, mas vengo a las presentes: ¿quién enxalçó en tal estado al rey Amadís? ¿Quién puso a vós, mi señor, en la cumbre de la fama y prez de las armas sino la cavallería y aventuras? ¿Quién destruyó tantos de paganos ganándoles sus tierras, defendiendo tan esforçadamente las tierras sino los cavalleros andantes?, porque aviéndolos se ensalça nuestra santa ley y se confunde la falsa de los infieles, y no los aviendo puede todo al contrario suceder, y aunque ^{7v} digan que por evitar muertes de cavalleros que se matavan injustamente, esto no embarga, porque en cualquier estado d'este mundo unos mueren bien y otros mal; de los religiosos y monjas en sus solitarias celdas, ¿cuántas se pierden? Otrosí de los clérigos y seglares, assí de los cavalleros se no pueden escusar, que ni todos han de ser buenos ni todos malos, los que malos fueren tengan en este mundo a los reyes por juezes de sus maldades y en el otro a Dios por castigador de sus pecados. E assí castigando los malos, galardonando los buenos, se guarda la justicia qu'es hija de Dios. La cristiandad con las aventuras y cavalleros andantes y aventuras no solamente será enxalçada, mas muy temida y dudada de los infieles.

Muy maravillado quedó el emperador del razonamiento que Lisuarte su hijo le avía fecho, que no pensava que un donzel de tan poca hedad oviesse en sí tanto seso y cordura. E viéndole tan grande de cuerpo y tan hermoso endemás de gran discreción, bien cuidó que no podía faltar de muy señalado cavallero y que no tenía razón de lo ser menos si respondiese a la bondad de su linaje, que fue flor de todas las cavallerías del mundo. Comovido el emperador del amor del hijo, le respondió:

–Bien me paresce, amado hijo, lo que dezís, mas ello es ya hecho y la palabra del cavallero se ha de guardar hasta la muerte. Endemás aviendo hecho juramento que todos lo juramos de lo complir y mantener en nuestras tierras y señoríos.

–A esso buen remedio ay –dixo el rey Norandel–: suplicar al Sumo Pontífice por relaxación del juramento assinando las justas causas para ello sobre todas la venida d'estos paganos, y de creer es que luego lo dispensará, pues justamente es suplicado y bolver se ha la Gran Bretaña a la alteza y prez de las armas donde empeçava a decendir.

–Aún se hará –dixo el emperador– si justamente se pudiere hazer aviendo consejo con los altos hombres de mi corte.

–Pues cerca d'este cavallero Cosdroel d'Anfania y de su prisión, ¿qué se hará? –dixo el rey Norandel–, que me tiene muy affincado le alce la prisión para llevar su mensaje aquellos que le han embiado, dándome su fe de se venir a mi prisión onde y cuando le mandaren. Yo le respondí que no podía hazer nada sin vuestro mandamiento. Por tanto vea en este caso lo que manda.

–Bien será –dixo el emperador– que se le alce la prisión y se vaya libre y desembargado, porque sepan en cuán poco acá tenemos su venida.

–No ay cosa que más pertenezca a la imperial majestad –dixo Lisuarte– que la liberalidad y franqueza, porque cosa digna es que si vós, mi señor, muchas batallas avéis vencido por librar y soltar los presos, que mayormente lo hagáis a este captivo en vuestro poder, porque gran virtud es abaxar los sobervios y apremiar los tiranos, empero más virtud es ayudar a los flacos y perdonar a los vencidos y captivos.

E luego el emperador mandó que le soltassen y a toda su gente y le dexassen libre y desembargado y diessen sus armas, naves y bastimentos para que se fuessen a sus tierras. Y lo que aprovechó esta franqueza y el gran servicio que d'ella consiguio el emperador la historia os lo dirá adelante, onde hará mucha minción d'este cavallero.

Pues dexemosle ir agora su camino y tornemos a hablar del emperador y de Lisuarte, y del consejo que ovo con sus altos hombres sobre la venida de los paganos.

¶ Capítulo v. Del consejo que ovo el emperador Esplandián con sus cavalleros y altos hombres de su imperio, y de cómo hizo saber al rey Amadís su padre las nuevas que sabía de los paganos.^{8r}

OTRO DÍA DE mañana, el emperador, después de aver oído missa, hizo llamar sus cavalleros y altos hombres y les dixo las nuevas que avía sabido del pagano su prisionero y de lo que determinava de hazer, pidiéndoles a todos para ello su consejo y parescer. Todos a una boz dixeron que embiassen por la relaxación del juramento y oviesse como ser solía aventuras y cavalleros andantes y donzellas, y que demás ellos no desseavan tanto bivar como por emplear todas sus vidas en su servicio pidiendo solamente esta merced. A esta hora Lisuarte se hincó de rodillas delante del emperador su padre que lo quisiesse otorgar, e lo mesmo demandava el infante don Falangrís y más de otros cien donzeles de alta guisa que desseavan ser cavalleros y buscar las aventuras, e assimismo los padres por amor de los hijos. El emperador hizo levantar a Lisuarte diziendo que en aquello haría lo

que con razón se pudiese hazer, que si no fuesse cavallero de aventuras que lo sería contra los infieles y paganos; e luego hizo llamar al bueno de Sargil, que su escudero avía sido, que a la sazón era un cavallero muy cuerdo y presciado en su corte, como aquel que avía sido su hermano de leche, como la historia lo ha contado. Venido Sargil en su presencia, el emperador Esplandián le dixo:

–Sargil, hazed aparejar una nave muy buena y con compañía necesaria; iréis a la Gran Bretaña al rey Amadís mi padre y le diréis esta embaxada –entonces dixo cómo del pagano lo supiera–, y le diréis de mi parte que deve de proveer mucho en sus señoríos, principalmente en los puertos de la mar, y que estén apercebidos y los lugares flacos muy bien fortalecidos, porque la venida de aquestos gigantes será muy presto, y que lo haga saber luego al rey de Sobradisa y a todos los otros grandes señores; y que de mi consejo y del rey Norandel y de los buenos cavalleros de mi corte, especialmente de Lisuarte su nieto, que se lo mucho suplica, que con su consentimiento y poder de todos aquellos señores que juraron de no permitir los cavalleros andantes ni donzellas, que sería bueno mandar ir a Roma al Pontífice por una absolución y relaxación del juramento, pues tan justa cosa es de demandar ligera será de conceder, porque bien sabe él cuán menguada está la Gran Bretaña de cavalleros por las continuas y crudas guerras passadas, y que por esta causa, viniendo estos reyes paganos, lo que Dios no quiera, cuánto peligro ende puede venir a la cristiandad, como por los tiempos passados se puede conocer, y que a mí esto me parece cosa muy santa y justa. Para lo qual si su voluntad fuere ganada, assí lo será de todos los otros reyes y señores que lo mismo han jurado, y para que más en breve consiga el efeto la tal petición, que embíen al Papa al hermitaño padre de Florisando, porque a duro en el mundo se fallaría hombre que esto mejor pudiesse recaudar del Pontífice, assí por su virtud de santa vida como por el emperador y el príncipe Florisando, y en esto no se deve poner tardança, porque d’ella puede redundar gran pérdida, y lo que más a esto toca –dixo el emperador a Sargil–, lo remito a vuestra gran discreción y muy crecida lealtad.

E aparejado lo que necesario era para el tal viaje, Sargil, despedido de la emperatriz, entró en su nave con su compañía cual convenía a embaxada de tan alto príncipe. Los marineros, alçadas las velas a los prósperos vientos, tomaron la derecha vía de la Gran Bretaña, donde agora los dexemos ir por la mar adelante con su prosperidad y tornemos a hablar de Lisuarte, que quedó en Costantinopla, y era el más cuitado hombre del mundo por no ser armado cavallero ni tener en su juventud el oficio que su padre ni sus abuelos ni que todo su linaje avía tenido. E con este pensamiento era tan congoxado que no lo podía encobrir, y lo más de la noche en ál no pensava sino cómo podría armarse cavallero ascondidamente de su padre e irse por reinos estraños^{sv} y tierras muy apartadas a buscar las aventuras, pues en el imperio de su padre y en el reino de su abuelo no podía, y aquella vida ociosa que hazía le parecía tanto vergonçosa que pensava ante todo el mundo por ello ser abiltado siendo ya de hedad para las armas, aviendo un cuerpo tan grande y tan membrudo haziendo aquella vida deleitosa más conveniente a donzellas que a personas de su manera, endemás nembrándose cada momento de la vida y exercicio de sus antepassados. Y con este pensamiento era tan aflegido que, no lo pudiendo sufrir, determinó de dar parte de tal secreto a don Lispán de Monjaste, hijo de don Brián, rey de España, con el qual tenía mucha amistad, no tanto por el deudo que con él tenía como de la primera vista que se vieron le cayó tanto en gracia que lo quería y amava tanto de corazón. Y en-

cobriendo el tal secreto así a don Falangrís como a todos los otros donzeles de su edad, en compañía se fueron a un muy rico vergel de su aposentamiento. Assentados a la sombra de un árbol, le declaró Lisuarte todo el secreto de su pensamiento, pidiendo su consejo lo que de aquel caso le parecía.

–Parésceme –dixo don Lispán– que devéis de atender y no salir de la voluntad de vuestro padre el emperador, porque así en este caso como en lo demás bien sabe lo que toca a vuestra honra y provecho.

–No –dixo Lisuarte–, que bien veo la dilación que ay en mi desseo, por tanto sería muy bien partirme luego de aquesta tierra y no bolver a ella hasta que haga en armas por donde merezca parescer en la bondad a mi linaje, ¡que maldito es el hijo que no parece más al padre que en ser su hijo y no en la virtud y buenas maneras!, porque después que yo aya hecho por donde con razón me deva llamar hijo de tal padre y él otrosí con derecho a mi hijo, entonces me verné a su corte a le servir.

–No puedo salir de vuestra voluntad –dixo don Lispán de Monjaste–, y en este camino no solamente vos terné secreto, mas compañía si vuestra voluntad d'ello fuere, que no podréis hallar quién de mejor voluntad vos sirva en toda cosa.

–Assí lo esperaba yo de vós, mi buen amigo –dixo Lisuarte–, y no sin causa vos amo estremadamente sobre todos los de mi linaje, pues que no bivo engañado conociendo la afición que tenéis a mis cosas, y porque viene el rey Norandel –dixo Lisuarte– dexemos la tal habla y mañana vamos a monte y allá concertaremos la partida.

–Assí sea como mandáis –dixo don Lispán.

Y dexando la habla por la venida del rey Norandel, se levantaron y fueron diziendo que avían concertado de ir otro día a monte al bosque real del emperador.

–Bien será –dixo el rey–, que no podéis hallar otro mejor passatiempo ni que más con venga a los príncipes y altos hombres.

–Assí es verdad –dixo don Lispán– en este tiempo, pues que son quitadas las aventuras y cavalleros andantes hazernos emos aventureros en los montes y bosques con las bravas bestias y fieras alimañas, y no será mucho hazernos algo en nuestras honras en este viaje, pues en las otras partes falta en que se gane.

Mucho fueron Lisuarte y el rey Norandel alegres con lo que dixo don Lispán, que era un mancebo bien sabido y de lindos donaires, y en todo parecía al bueno de don Brián de Monjaste, su padre, que, según esta grande historia lo ha devisado en el cuarto libro, era un cavallero muy señalado en las armas y muy polido y dezidor en sus hablas, por lo que no solamente de los cavalleros era muy presciado, mas aun de las dueñas y donzellas muy querido. Pues si burlando lo dezía este donzel, muy de verdad lo hallaron en el monte, según adelante oiréis, por lo cual claramente se conosce que el entendimiento del hombre a las vezes está tan bivo y sutil que no solamente en los sueños, cuando los humores son digeridos y sossegados el ánima, como es divina algún tanto desasida y apartada de aquella gravedad y mucha pesadumbre puesta en la atalaya de su grande excelencia puede alcançar y ver las cosas venideras, como por ^{9r} muchas historias se demuestra, e otrosí ve-lando por la razón arriba dicha o más propiamente hablando por permissão divina como a este mismo donzel aconteció, por donde las cosas que mucho assientan en su voluntad y d'ellas creían y esperan que les verná algún inconveniente o pérdida no las devían de hazer, porque lo que su voluntad mucho teme la su ánima lo divide.

Pues tornando al propósito, Lisuarte, como determinado tenía de ir a monte, lo hizo saber al infante Falangrís y a Abiés de Sansueña y a todos los otros donzeles de su edad y mexnada del emperador.

¶ Capítulo vj. Cómo Lisuarte, saliendo a caça, falló una espantable aventura, y cómo se partió del bosque sin que nadie lo viesse con dos donzellas estrañas.

DIZE EL HISTORIADOR que otro día, en rompiendo el alva, con gran compañía partió Lisuarte para el monte, que era dos leguas de la ciudad de Costantinopla, donde era el bosque real del emperador, en que avía muchos puercos monteses y espines, ossos, leones y otras bravas alimañas de diversas maneras cuantas en el mundo se podían fallar, que las que no avía en su imperio las hazía el emperador traer de tierras estrañas, y por su excelencia y diversidad de alimañas le llamaron el Bosque Real; de una parte confinava con la mar, y de la otra ocupava grande espacio de tierra. Al cual llegando Lisuarte con su compañía, habló con don Lispán diziendo que se apartassen de la gente porque más delibradamente hablassen en su hazienda. Y después que toda la gente entró en el bosque, fue luego derramada por muchas partes, unos a hazer armadas, otros armando redes a los ganados, otros tomando los passos de la montaña porque no se les acogesse la caça que en el llano andava. Pues viendo Lisuarte el tiempo aparejado porque la gente toda andava encendida en la caça, que según las bozes y grita de los caçadores no se oían, tomando consigo a don Lispán, su leal amigo, se metió por lo más espesso del bosque tan encubiertamente que no avía tal que lo sintiesse.

Y después que anduvieron grande trecho, por debaxo de unos árboles altos, salieron a un pequeño descombrado donde avía un prado verde y una graciosa fuente que estava a la sombra de una palma, y assí se apearon de sus cavallos, que la siesta caía grande, y les quitaron los frenos que paciessen de la yerva, y se sentaron cabe la fuente, que muy clara y dulce agua corría. Lisuarte empeçó a dezir a don Lispán que su voluntad determinada era de salir encubiertamente de la corte del emperador su padre y armarse cavallero, procurando de ganar honra con la cual con razón se pudiesse llamar hijo de tan alto padre y nieto de tan alto rey y famoso cavallero, ca menoscabo era a tal persona como él criarse tantos tiempos en casa de su padre y no aver salido a saber las cosas del mundo dignas de ser sabidas, y que si fasta aquella sazón la perdición de su padre le tardara su desseo que entonces su deliberación y desencantamiento, y tornado en su imperio no podrá más impedir su propósito.

–Muy bien me paresce –dixo don Lispán– vuestra voluntad, mas no veo remedio para salir desencubierto assí por tierra como por la mar.

–No ay cosa tan difícil –dixo Lisuarte– quél entendimiento del hombre no acabe, ca por ello lo hizo Dios estremado sobre todas las cosas criadas. Pongámonos las manos y diligencia que Dios pondrá el ayuda. Tengamos aviso que en la primera flota estraña que partiere ^{9v} d’este puerto, nos vamos encubiertamente en ella.

–Mejor será –dixo don Lispán– en mi nave en que vine a Costantinopla y con mis hombres más encubiertamente nos podremos ir por la mar, entrando de noche en ella lle-

vando las mejores joyas y más ricas que tuviéremos, para que donde saliéremos en tierra compremos armas y cavallos.

–Assí lo tenía determinado –dixo Lisuarte–, que sólo el rico collar que del emperador mi abuelo me ha quedado, afuera otras muchas ricas joyas, nos pueden turar grandes tiempos según la estraña cantidad de su valor, y allende d’esto la merced de Dios, que es grande, que do quiera que fuéremos siendo buenos nunca nos faltará.

Pues, ¿qué dirán a esto los príncipes e infantes de nuestros tiempos si su propósito es conforme al de Lisuarte o si sus vidas serán semejantes a la d’este bienaventurado donzel, que dexando los deleites de la suave vida que tenía en casa del emperador su padre, menospreciando las galas, los triunfos de la corte, no curando de las ropas de brocado cubiertas de ricas piedras, vestido de pieles y cueros de alimañas, afuer de monte partió de casa de su padre preciando más traer vestido una gruessa loriga en ábito de cavallero que estar cargado de oro en la rica silla del emperador su padre? ¡Ó, cuánto exemplo devían de tomar los hijos de los reyes en este príncipe y dexar la ociosa vida que biven apartándose de los deleites que como humo se traspasan, que aunque deleitan el cuerpo matan el ánima y con el mucho dulçor maculan la fama! ¡Ó, hijos de los reyes y grandes señores!, ¡seguid, seguid las armas en vuestra juventud, menospreciad la vida deleitable por ganar desonra y tomad la vida áspera por alcançar la virtud, olvidando el deleite de la carne por la gloria de las armas, para que después de vuestros días dexéis a los venideros muchos dineros de recordable memoria y de vuestras proezas y hazañas la fama por pregonera de su grandeza, como este glorioso príncipe y sus antepassados lo hizieron!

Pues tornando al propósito, estando Lisuarte con su compañero en la fresca yerva de la fuente departiendo en su partida, oyeron por el bosque sonar grande estruendo como de grande y dessemejada cosa, y parando mientes a la parte donde oyeron el sonido vieron cabe sí una leona muy grande y muy espantable, la cual traía los ojos tan bermejos de la saña que parecían arder en bivas llamas, y con la gran sed y cansancio que avía traía la boca abierta y la lengua esgrimiendo entre sus grandes y agudos dientes con tanta braveza y ferocidad que parecía querer tragar los que adelante de sí hallava; mas ni por ello Lisuarte ni su compañero fueron puestos en pavor, como aquellos que no venían de linaje para en tales casos y afrentas mostrar punto de pavor ni medrosía. Lo cual, viendo don Lispán, aunque la afrenta no lo requería, no olvidando sus donaires, como enojado dixo contra la leona:

–Por mi fe que no sois tan cortés como os sería menester, pues venís a consejo donde no os llaman, o si por caso venís a tomarnos la salva del agua (pues no nos espantéis los cavallos) a poder que yo pueda no satisfaceréis a vuestra sed.

Y queriéndola aoxear y espantar, la leona, como venía enojada y corrida de los caçadores y aquexada con la sed, viendo que le defendían el agua, arremetió con grande ímpetu a don Lispán, el cual, como era de gran esfuerço y ligereza dio dos saltos al través contra el árbol. Lisuarte se levantó muy presto viendo la leona ir contra don Lispán, y echó mano a un terciado de monte que traía y, con aquella osadía que su esforçado coraçón le dava, arremetió a la leona, que iba a asir a su compañero, y apretando bien el terciado en la mano hirió a la leona en las piernas de guisa que la una cercén con la rodilla y la otra casi le cortó, la cual, sintiéndose tollida, dio un bramido tan espantable que sonó grande parte del bosque, y bolviéndose en los tres pies, con muy gran saña arremetió a Lisuarte, el cual

la esperó sin punto de pavor; y antes que d'él se asiese le dio tal golpe en la ^{10r} cabeça que gran parte con una oreja le echó a tierra, mas ni por ello no pudo escusar que la leona no le asiese con sus agudos dientes y le passó el braço izquierdo, mas como iba con la cuita de la muerte no le pudo hazer más daño. Lisuarte, que con el terciado la no podía herir, tanto estava con él asida, la echó en el suelo y con las manos se asió de la garganta y se la apretó tan reziamente que le hizo soltar el braço, que con sus fuertes y raviosos dientes clavado tenía. [En] aquella sazón, don Lispán, viendo a Lisuarte en tal peligro, arremetió a la leona con su espada en la mano, mas antes que la hiriese tan fuertemente Lisuarte la tenía apretada la garganta que sin más herida ninguna con la cuita de la muerte se estendió dando fin a sus días y braveza, y tanto que don Lispán vio la leona muerta, fuesse a Lisuarte diziendo:

–Mi buen señor, ¿haos hecho mal esta bestia dessemejada?

–Mi buen amigo –dixo Lisuarte–, aunque me ha hecho mal no es cosa de peligro.

Y mostrándole el braço vio don Lispán que las llagas de los dientes de la leona eran más de dolor que de peligro; muy hermosamente le dixo riendo:

–¡Muy buen señor, a esto se puede dezir yo la culpa y vós la pena, mas como en mí no viesse que ganava mucha honra, aunque la tenía enojada, quiso más morir a vuestras manos que vengar en mí su raviosa saña!

Estas y otras cosas de plazer estava diziendo aquel gracioso donzel a Lisuarte, y estaban ambos muy alegres de la victoria mirando la grandeza de aquella leona que les parecía rezién parida, y cómo Dios los avía librado de tan espantable alimaña, ca por cierto si dos cavalleros armados de todas armas la ovieran muerto tanto a su salvo no se tuvieran por poco ardides y esforçados dando a su honra la cima a aquella aventura, y aquí se mostró claramente el gran valor y prez de Lisuarte, cuán preciado cavallero avía de ser en su tiempo, pues sin armas y en tal edad y con tanto esfuerço mató aquella fiera y dessemejada bestia.

Pues no saliendo del propósito, Lisuarte se sentó otra vez cabe la fuente con su compañero, y la siesta caía grande, y aquel día no avían comido porque se apartaran de la gente, como avéis oído. Y estando assí hablando que sería bueno bolverse a su compañía, ca la hambre mucho les aquexava, vieron venir por el prado dos donzellas en sendos palafrenes blancos como la nieve muy ricamente ataviadas, en el traje parecían estrañas, y guiavan derechamente a la fuente donde ellos eran.

–Señor –dixo don Lispán a Lisuarte–, creo que en esta fuente no nos faltarán aventuras si fuéramos cavalleros andantes que anduviéramos en su demanda, y de creer es que no será ésta de tanto peligro como la passada.

Y antes que Lisuarte le respondiesse llegaron las donzellas y los salvaron muy cortésmente, y apeadas de sus palafrenes fizieron gran acatamiento a Lisuarte, y él las rescibió con mucha cortesía y buen semblante como lo él tenía y les dixo:

–Buenas donzellas, si mandáis algo que podamos hazer lo haremos muy de grado.

–Dios os lo quiera galardonar –dixeron ellas–, que de tal hombre no se espera otra cosa, y si gana tenéis de nos hazer merced, no falta a nosotras de os servir, ca por ello venimos de tierra estraña a poner en efecto lo que vuestros coraçones dessean.

–Dios os lo agradezca –dixo Lisuarte–, yo lo serviré con buenas obras cuando el tiempo truxere oportunidad y supiere qué vos cumple; y mucho vos ruego, buenas donzellas, que me digáis la causa de vuestra venida.

–Señor –dixo la una de ellas–, nosotras bivimos con una dueña nuestra tía que mucho os quiere por el amor que siempre tuvo al rey Amadís vuestro abuelo y al emperador Esplandián vuestro padre, y sabiendo ella el propósito de vuestro pensamiento, y cuán poco aparejo teníades para lo executar, nos mandó que nos aquexássemos mucho por andar que a esta hora vos hallaríamos en este bosque cabe esta fuente.

–¿Cómo puede ser –dixo Lisuarte– que vuestra tía sepa lo que yo apenas ^{10v} puedo saber?

–Sí sabe –dixo ella–, ca bien nos dixo que vos hallaríamos a esta fuente acabando de matar essa tan brava alimaña, y que d’ella seríades llagado mas no mucho, y que vuestra voluntad era de os ir a armar cavallero encubiertamente del emperador vuestro padre y buscar las aventuras; y porque nuestra tía es muy acordada de las buenas obras que rescebidas tiene de vuestro padre y abuelo, pues a ellos no ha podido, a vós quiere servir parte d’ellas.

Muy espantado fue Lisuarte de saberse en tierra estraña el secreto de su pensamiento que solamente don Lispán sabía desde el otro día y nunca más tuviera tiempo de lo descubrir a ninguno, endemás del bosque y de la fuente como todo era conocido de aquellas donzellas; y con esta alteración le dixo:

–Ciertamente, tan espantado me hazen las palabras que me dezís, que apenas puedo creer que tal cosa aya passado en mi pensamiento, pues en tantas partes se sabe.

–No dudéis –dixo la donzella– que más maravillas veríades si a esta nuestra tía conociéssedes, que más mayores las ha hecho en el tiempo que vuestro padre fue armado cavallero en la Ínsula Firme, y vuestro abuelo y linaje buscavan las aventuras por el mundo.

Aquella hora se acordó Lisuarte de las cosas espantosas que oyera que Urganda la Desconocida avía hecho en el tiempo del rey Amadís su abuelo y del emperador Esplandián su padre, y bien cre[y]ó que assí era como la donzella lo dezía, y con esta confiança le dixo:

–Plegá a Dios, buena donzella, que me dexé servir alguna parte de essas buenas obras que vuestra tía ha hecho a mi linaje, ca gran razón es que todos la amemos y sirvamos pues que a todos tanto amor nos tiene. Y por tanto ved lo que de su parte nos mandáis, que todo se hará sin faltar punto si con razón se puede hazer.

–Buen señor –dixo la donzella–, ya os dixé que sabiendo nuestra tía la voluntad determinada en que estávades de ascondidamente vos aver de salir de la corte del emperador vuestro padre, viendo cuánto provecho d’ello se ha de seguir a la cristiandad y cuánta pérdida le podía venir no lo haziendo, teniendo delante los ojos con su gran saber el servicio de Dios que d’esto se sigue, vos manda dezir que vos vais con nosotras en una fusta que allí traemos, ca si desseáis de ser cavallero nunca tal aparejo para lo ser tovistes ni tendréis.

Lisuarte estuvo pensando una pieça en lo que la donzella le avía dicho, como los cuerdos hazer deven, ca no deven ser acelerados en sus cosas, mas con madura deliberación hazer en sus negocios y con gran peso. Y assí d’esta manera, rebolviendo Lisuarte todas las cosas en su juicio, se otorgó de hazer lo que las donzellas le aconsejavan, a las cuales él con muy ledo semblante respondió:

–Buenas donzellas, pues de tan lueña tierra avéis venido por mensajeras, razón es que aya efecto vuestro mensaje, ca aparejado estoy de complir lo que de parte de vuestra tía me dezís. Por tanto nos podemos ir cuando mandardes.

–Señor –dixeron ellas–, vós hazéis en ello lo que devéis, mas ante que de aquí nos vamos, a vós queremos curar de vuestras llagas.

Entonces la una donzella sacó de su seno una arqueta de marfil de grandeza de una mano que llena traía de un unguente, y catándole las llagas del brazo como buena maestra que d'ello era, le puso de aquel unguente con que luego perdió el dolor y la hinchazón.

–¿Será bueno –dixo Lisuarte– que busquemos nuestros cavallos en que vamos?

–No ay necesidad –dixeron ellas– que de aquí a la mar iremos en estos palafrenes, y después no faltarán otros mejores cavallos.

–Hágase como mandáis –dixo Lisuarte.

¶ Capítulo séptimo. De cómo Lisuarte y su compañero con las donzellas entraron en la mar, y salidos en tierra se fueron a la Ínsula no Hallada do era Urganda la Desconocida.^{11r}

CON MUY GRANDE esfuerço, no sabiendo si avía engaño en tal viaje, como a los tales hombres se suele hazer, Lisuarte, ante de ser armado cavallero, no dudando ya cualquiera aventura según la grandeza de su corazón le esfuerçava, partió con las donzellas llevando él a las ancas del palafren la una d'ellas y Lispán su compañero la otra. Como no era grande trecho y los palafrenes ligeros y andadores, en poca de hora llegaron a la ribera de la mar que de aquella parte del gran bosque lindero era; donde, apeados de sus palafrenes, entraron en la fusta que ende hallaron. Los marineros que en ella venían metieron dentro los palafrenes, y sin que vistos fuessen de ninguno, alçadas las áncoras, partieron de aquel puerto estendiendo las velas al próspero tiempo que les fazía, lo cual, juntado al gran saber de aquellos que la regían, cuando Lisuarte pensava que no salía de su puerto y vista de su gran ciudad de Costantinopla, estava tan alexado de tierra que si no mar y cielo otra cosa no podía ver.

Y con aquella ligereza navegando por la mar adelante, aportaron a un gran puerto que de la otra parte de la mar era; onde, salidos en tierra, los marineros de la fusta, que doze muy feos enanos eran, sacaron dos cavallos para Lisuarte y su compañero y palafrenes para las donzellas y escuderos que las aguardavan, los cuales, cavalgando y aquella compañía, començaron a sobir por un pequeño recuesto que ende era. Y assomados en lo más alto del otero, vieron grande y hermosa tierra, toda llena de muchas arboledas y frescuras. E abaxados del otero, prosiguiendo sus jornadas por aquella dulce tierra, vieron una pequeña isla, mas muy hermosa, que en sí avía grandes florestas, ríos, fuentes y frescuras, y era la más viciosa que en el mundo se hallase; los árboles tanto olían que parecía echar de sí todo el bálsamo del mundo. Lisuarte, maravillado de la excelencia y dulçura de aquella tierra, preguntó a las donzellas en qué parte caía aquella dulce y hermosa tierra.

–En el señorío de la Isla no Hallada de Urganda la Desconocida –dixeron ellas–, y no vos fatiguéis del camino, que muy cerca tenemos el alvergue.

–No podría yo sentir la jornada –dixo Lisuarte– caminando por tan dulce tierra y endemás en tal compañía.

Las donzellas le rendieron las gracias por ello.

Pues yendo assí hablando, llegaron a un brazo pequeño de mar que cercava la isla toda en derredor, que si por agua no, por tierra firme aquella isla no tenía entrada.

–Bueno, señor –dixo una de las donzellas a Lisuarte–, ésta es la Isla no Hallada de Urganda nuestra tía, ca bien devéis de creer que, si por su voluntad no fuere, ninguno en el mundo la puede fallar, y por esso ovo este nombre y, aunque es pequeña, es la más rica y viciosa cosa del mundo.

–Tal me semeja –dixo Lisuarte– al primer parescer, de lo demás no juzgo fasta que lo vea.

–Bien creo –dixo la donzella– que tanto que la ayáis visto juzgaréis la vista mayor que la oída e la fama menor que la verdad.

Y acabado de dezir esto, se apearon de sus palafrenes y cavallos y entraron en una barca que continamente allí andava y passaron a la otra parte; y no anduvieron grande trecho cuando vieron una fortaleza blanca como la nieve, que cuanto más a ella se cercavan mejor les parecía, ca después que fueron bien cerca vieron que toda era de mármoles blancos y bien tajados a maravilla. Era toda torreada de muy altas y espessas torres, cercada de altos muros y fuertes murallas, torneada de altas y hondas cavas,^{11v} que maravilla era de ver tal hermosura y fortaleza. La puerta por do entravan al castillo estava cerrada y era toda hecha de una madera que mucho olía, y en ella estava muy sotilmente labrada la batalla que Amadís oviera por librar su fermoso amigo Brandoid, quél señor del Castillo de la Calçada preso tenía, que una donzella suya por engaño le avía traído, como la primera parte d’esta gran historia lo cuenta, donde la gran sabiduría de Urganda su amigo sacar no pudo si la gran bondad de Amadís no fuera. E como en grande plazer y alegría Lisuarte y su compañero estavan mirando aquella brava y cruda batalla y cuán naturalmente allí estava esculpida, la cual memoria le acrecentó más los desseos de sus propósitos y voluntades.

A esta hora una de las donzellas llamó a la puerta del castillo, y abrioles una dueña en gran edad crescida; y entrando Lisuarte, le dixo:

–Muy bien venido sea tan fermoso donzel y su compañía.

Y él la saludó muy cortésmente, como aquel que enteramente avía en sí toda criança y mesura, y la dueña los llevó a los grandes palacios donde estava Urganda la Desconosci-da su señora, los cuales, aunque muy ricos y fermosos eran, Lisuarte no se espantó de su riqueza y valor, porque, aunque d’estos pocos semejantes estuviessen en el mundo, los del emperador su padre no le avían mucha embidia. Entrados assí en una gran sala que ende era de muy estrañas labores e figuras, dixo la dueña a Lisuarte:

–Catad, fermoso donzel, mi señora Urganda, que os sale a recibir.

Y él, parando mientes, a la otra parte de la sala vio una dueña de gran autoridad y grandes días, vestida de unas preciadas y ricas ropas, y delante d’ella venía un cavallero que en su parescer y disposición no solamente hermoso, mas de gran hecho de armas parecía, aunque en edad crescido fuesse, e otrosí venía ricamente ataviado. Lisuarte, tanto que vido a Urganda, la cual por su vejez y enfermedad de una parte la traía de braço Julianda y de la otra Solisa, sus sobrinas, se fue derechamente a ella y la salvó muy cortésmente. Ella lo abraçó con tanto amor que era maravilla, diziendo:

–¡Bienvenido sea tan bienaventurado donzel! Grandes tiempos ha que os he desseado; si mi enfermedad no fuera, ya vos oviera ido a visitar y servir como en otro tiempo lo hazía a vuestro padre y linaje, y assí lo fiziera a vós, que no menos os amo que a ellos.

–Buena señora –dixo Lisuarte–, gran razón es que mi linaje vos ame y sirva, pues cuanta honra ha ganado vós avéis sido la causa d’ello y por vós la tienen; justo es que a vuestro provecho y honra se gaste. E assí lo digo de mí, que hasta el postrero trance de la

muerte dessearé cosas en que os sirva y agrade, pues es deuda que se os deve, que no la pagando el padre, razón es que procure el hijo de la pagar.

Urganda le dixo riendo:

–Mercedes y grandes dones se deven esperar de tan alto hombre y no servicios.

Y era muy triste y cuitada, porque, aunque con su saber alcançasse las cosas de Lisuarte, porque con los ojos corporales no gustava de su vista, estava muy desconsolada, no tanto por su ceguedad para las otras cosas todas como para ésta sola.

Mas agora vos quiere el autor dar la razón por que ha tantos tiempos que la historia no ha fecho mención d' ésta sabia Urganda y agora la buelve a fazer.

Devéis de saber que, después que por Urganda fue encantado el rey ^{12r} Amadís y sus hermanos y el emperador Esplandián, como avéis oído, ella se fue a esta su Isla no Hallada passando buena y viciosa vida con este cavallero su amigo, y aconteció que, no por la edad ser mucha como por la permissão de Dios, vino a perder la vista poco a poco, de guisa que de todo quedó ciega. Porque como todas las cosas estén sujetas a Dios que las crió, que por más sabidores en todas las artes los hombres sean en este mundo no pueden huir los límites que Dios puso en sus vidas ni los casos de sus muertes, assí como por esta Urganda se demuestra, que siendo tan gran sabidora como la avía en el mundo en su tiempo, como avéis oído, no pudo con su saber evitar esta ceguedad que por la permissão de Dios le vino, ni menos pudo fuir el amargoso trago de la muerte cuando la hora le fue llegada, y assí que por esta causa estuvo Urganda tanto tiempo en silencio, y en persona no fue desencantado el rey Amadís y aquellos grandes señores, aunque desde Armitoya avía embiado tres donzellas, sus sobrinas, con aparejos para los desencantar, como la sesta parte d' ésta gran historia lo demuestra, mas por la permissão de Dios no ovo efecto su buen intento y propósito.

Pues tornando a la historia, como esta Urganda nunca perdió el amor que tenía al rey Amadís y a su linaje, sabiendo ya de sus sobrinas que eran ya desencantados y tornados a la luz deleitable d' este mundo, viendo que ya era tiempo que descansasse de sus trabajos, porque sus afanados miembros rescibiessen algún reposo y holgura, y que la movable fortuna enemiga de reposo, rebolvedora de contiendas, les ordenava grandes afanes y batallas, sabiendo que este Lisuarte avía de ser alivio de su cansancio, amparo de sus vejezes, escudo de sus honras, mantenedor de sus señoríos, determinó de embiar por él, como avéis oído, para le dar industria cómo mejor y más en breve tomasse aquella preciada orden de cavallería, pues tanto con él avía de ser honrada y ensalçada.

Mas tornando al propósito de arriba, estando Urganda hablando con Lisuarte diziendo muchas palabras amorosas, según el grande amor que le tenía, llegó aquel cavallero su amigo a Lisuarte y se hincó de rodillas para le besar las manos, mas Lisuarte las tiró contra sí y lo alçó suso y abraçó muy alegremente. Entretanto que Lisuarte rescibía este cavallero, don Lispán saludó a Urganda muy cortésmente, y ella lo abraçó diziendo:

–Amado y hermoso donzel, yo vos amo mucho, porque sois hijo de un padre a quien yo quiero poco mal, y porque sois muy enamorado de condición y lo avréis de ser en gran manera en vuestro tiempo, que assí lo fui yo en la juventud y los soy agora al presente en la voluntad.

Don Lispán le respondió con mucha mesura:

–Mi buena señora, por agora no tengo yo otros amores salvo de vuestro servicio, porque a quien tantos reyes y famosos cavalleros servir dessean, no me puedo yo cativar de amor de más alta señora que del servicio de tan alto merecimiento como es el vuestro.

Urganda lo abraçó, diziendo con gran plazer:

–En todo parecéis al bueno de don Brián de Monjaste vuestro padre, y por tanto no podéis faltar de muypreciado cavallero.

–Entonces me avré yo por tal –dixo don Lispán–, cuando mis obras fueren tales que d'ellas tengáis contentamiento.

E assí en estas pláticas y en otras de plazer estava Urganda con aqueste hermoso donzel, entretanto que Lisuarte hablava a Julianda e a Solisa sus sobrinas, las madres del rey Talanque y el rey Maneli, que idos eran a las Ínsulas Californias.

Acabados estos recibimientos, Urganda tomó a Lisuarte de una mano y a don Lispán de la otra, y les dixo que les quería hablar ciertas cosas que les complían, que sería bueno que se fuessen a su vergel.

Pues llevándola assí de mano, estos donzeles y la otra gente que los guiava passaron por grandes y hermosos aposentamientos del palacio y salieron a un rico y hermoso vergel, que dudo en el mundo que se podría hallar otro, según los muchos y preciados árboles que allí avía y los estanques de agua todos de metal muy estrañamente hechos, y obradas las fuentes muy hermosas de clara y dulces aguas, las frutas de los árboles de tanta variedad y maneras y en tanta abundancia que en el mundo no podía ser más. Llegada Urganda con sus donzeles cabe uno de aquellos estanques de agua, assentándose con ellos en un hermoso poyo que ende era, a la sombra de un naranjo que, siendo aquella sazón cargado de flores, dava mucho olor a los que debaxo se sentavan, sentada aquí Urganda en medio de los dos donzeles, hizo apartar toda la otra compañía, porque no oyessen el secreto que les quería hablar, y con grande amor empeçó de dezir a Lisuarte:

–Tiempo es, bienaventurado donzel, que no tardéis el grande bien que vos espera; mas, si desseáis de ser cavallero, que en vuestro desseo no pongáis dilación ninguna, porque desde el tiempo del rey Perión ni del rey Lisuarte, vuestros visabuelos, ni antes d'ellos, nunca el mundo tuvo tanta ^{12v} necesidad de muchos cavalleros como agora tiene de vós solo, porque vós haréis tales cosas en armas antes de poco tiempo que no avréis embidia a las que hizieron los famosos cavalleros de vuestro linaje.

–Trabajaré yo en cuanto en mí fuere –dixo Lisuarte– por semejar a mi linaje en parte, y en todo por impossible lo tengo, y este complimiento haré hasta la muerte, y, cuando más no pudiere, cumplido avré con la deuda de la honra.

–Mejor lo sé yo –dixo Urganda– de lo que vos podéis pensar, y yo lo remito todo al tiempo venidero, que dará testimonio verdadero de mis palabras. E para que más en breve aya efecto vuestro desseo, yo os daré el aparejo que agora oiréis: las mejores y más fuertes armas que yo nunca vi, aunque aya visto otras muchas; un cavallo que dudo en el mundo se halle otro mejor, e lo mismo a don Lispán; daros he sendos escuderos con que vais más encubiertos, daros he una fusta en que vais a Roma al emperador que vos torne cavalleros y él por su gran virtud luego lo hará.

–No lo querría ser –dixo Lisuarte– por mano del emperador, porque, como él aya hecho juramento de no mantener las aventuras, lo mesmo me ha de hazer jurar.

–Ya cuando esto fuere –dixo Urganda–, las aventuras serán permitidas, ca el Papa avrá relaxado el juramento, y entonces lo seréis como vuestro coraçón dessea. Y en verdad vos digo que en vuestro tiempo avrá tantas y tales aventuras y cavalleros andantes que los no ovo más en el tiempo del rey Amadís vuestro abuelo. E una cosa de aquí os encomiendo, que cuando vinieren los dos infantes hijos del rey Talanque y del rey Maneli de las Islas Californias que, aliende de la razón que con ellos avéis, por mi amor los traíais en vuestra compañía en aquella manera que yo haría a cosas vuestras.

–Escusada cosa es –dixo Lisuarte– encargarme tan ahincadamente vuestras cosas, porque ellas me tienen echada tanta deuda y obligación que de mí mesmo me puedo olvidar y d'ellas nunca perderé la membrañça, y si la voluntad de dentro es conforme a las palabras de fuera vós, mi buena señora, lo sabéis muy bien.

–Muy enteramente lo conozco, mi señor –dixo Urganda–. Plegá a Dios que ellos vos sirvan lo que yo con mi vejez y enfermedad no puedo, y por me dar mucho plazer vos ruego que seáis mis huéspedes algunos días, entretanto que se aparejan ciertas cosas que vos cumplen.

–No podemos hazer ál sino vuestro mandado –dixo Lisuarte–, y aunque con razón pudiésemos, nuestros coraçones son desseosos de vos aplazer e agradar.

Urganda les rendió muchas gracias por la honra que le davan, y en aquella frescura donde estaban las mesas fueron puestas y comieron con mucho plazer y alegría. E alçados los manteles, se acogieron a sus aposentamientos, adonde agora los dexemos muy servidos de todo lo que les era necesario fasta su tiempo, y tornemos a hablar del emperador de Costantinopla y de la emperatriz su mujer.

¶ Capítulo viij. De cómo don Falangrís, hallando menos a Lisuarte, se dio a buscarlo por todo el bosque, y cómo no lo hallando lo hizo saber al emperador, y del gran sentimiento que la emperatriz hazía por su hijo.^{13r}

CONTADO SE OS ha la manera con que Lisuarte se escondió de la gente en el monte por hablar desembargadamente en su partida con don Lispán y cómo se hizo, agora saber éis que don Falangrís acabó de andar en sus armadas en que avía muerto algunos puercos y venados, pensando que la otra gente aguardaría a Lisuarte; vino a preguntar por él a saber lo que mandava, mas, viendo que ninguno d'él le dava recaudo, tañó muy fuertemente una bozina de marfil muy rica que traía a su cuello, que era señal de se juntar los caçadores, los cuales fueron muy en breve ayuntados y él les preguntó por Lisuarte. Todos dixerón que no sabían más que le vieron ir con don Lispán, quiçá se avían alexado tras algún puerco o venado.

–¡Ó gente cativa! –dixo don Falangrís–, ¿a tan mal aguardáis a vuestro señor que de tantos como sois ninguno sabe parte d'él?

Entonces con grande saña tañó la bozina tan rezio que bien se podía oír por la mayor parte del bosque, pues que dentro de Costantinopla la oyerón pensando que ellos, oyendo la bozina, tañerían otrosí las suyas y assí sabrían los unos de los otros; mas atendiendo grande rato y no los viendo venir ni tocar las bozinas, bien cuidó que alguna mala ventura

era, que como en aquel bosque avía muy fuertes y bravas alimañas temían no les aconteciese algún peligro, y con este temor se metió por el bosque al más ir de su cavallo y hallando el bosque espesso se apeó y lo ató a las ramas de un roble, y anduvo gran parte del bosque dando bozes a una y a otra parte tañiendo su bozina, y no viendo ni oyendo señal ninguna más se confirmava su sospecha. Y assí desesperado, discurriendo a una y a otra parte, fue a dar a la fuente de la palma adonde Lisuarte matara la leona y halló dos caçadores que andando otrosí por su parte buscando a Lisuarte fueron a dar en aquella fuente, y hallando aquella espantable leona muerta, no sabiendo quién la matara, estaban tan espantados que no sabían ir adelante. Don Falangrís, aunque vio la gran ferocidad de la leona, no ovo punto de pavor porque su esforçado corazón no temía las cosas de temer cuanto más ver una alimaña muerta; y mirando las heridas de la leona, no vio señal de quién la matase ni que ella oviese muerto alguno, mas parando mientes a la palma de la fuente vio colgados los frenos de los cavallos que avían huido por miedo de la leona, y fue d'ello muy espantado, tanto que no sabía qué dezir. Estando assí don Falangrís, pensando en tal caso lo que haría, llegó Abiés de Sansueña con gran compañía de donzeles, trayendo los palafrenes cargados de la caça que avía muerto, y sabiendo de don Falangrís la perdición de Lisuarte fueron todos muy tristes y acuitados, y como era hora que el sol se quería poner don Falangrís ahincó mucho a Abiés de Sansueña que tomando consigo toda aquella compañía se bolviesse a Costantinopla y contasse las tristes nuevas al emperador Esplandián su señor, ca él no ternía ojos para parescer delante d'él sin Lisuarte, que por tanto allí quería fincar aquella noche para otro día rompiendo el alva irlo a buscar por todo el bosque. Abiés de Sansueña, queriendo complazer a lo que don Falangrís le rogara, aunque de mejor voluntad le tuviera compañía en busca de Lisuarte, recogiendo toda la compañía se vino para Costantinopla y se fue derechamente a los palacios del emperador, y le dixo las nuevas que sabía de Lisuarte su hijo. De que fincando el emperador, más espantado en su corazón de lo que demostrava en el semblante, le començó de preguntar en qué manera Lisuarte se avía apartado de su compañero. Como las malas nuevas de mayor ligereza sean que las buenas, avino que la perdición de Lisuarte sonó por todo el palacio que fue a dar en el aposentamiento de la emperatriz su madre, la cual, oyendo las tristes nuevas de su hijo, de pesar cayó amortecida en tanta manera que ni palabras ni consuelos de la reina Menoresa la podían bolver en su acuerdo. Aquella sazón que Abiés de Sansueña contava al emperador la manera con que Lisuarte se avía apartado en el bosque de su compañía,^{13v} llegó muy a priessa la donzella Carmela y dixo al emperador:

–¡Señor, acorred a la emperatriz, que con las nuevas de la perdición de su hijo cayó amortecida en su estrada y no ay quién la buelva en su acuerdo!

–¡Santa María valme! –dixo el emperador–, ¿qué mala ventura es ésta?, ¿no basta la pérdida del fijo más aún que se pierda la madre?

Entonces el emperador, cubriendo su sentimiento con la cobertura de su discreción, se fue al aposentamiento de la emperatriz y la falló amortescida entre los braços de la reina Menoresa y de Castivalda su hija. El emperador se fue a ella y la tomó por sus blandas y delicadas manos; haziéndole echar agua por el rostro la fizo bolver en su acuerdo y le començó de consolar diziendo:

–Señora ¿qué poco esfuerço es éste? ¿A dónde está ora vuestra gran discreción y saber, que desesperáis de nunca ver más a vuestro hijo Lisuarte? Pues de creer es que si yo

supiesse ser esta cosa de peligro, que no menos tengo razón de la sentir que vós misma de la llorar, mas, como no sea estraña cosa los que a caça salen muchas vezes perderse en el monte, no devemos ende sin causa fazer tanta cuita y sentimiento, endemás las personas que Dios puso en la cumbre de las honras d'este mundo y dotó de tan gran discreción como a vós no deven mostrar tanta flaqueza en cualquier desventura, endemás no siendo ciertos de ellas. De muy baxo coraçón es llorar los males venideros, de los cuerdos y discretos es no llorar aun los presentes.

Muchas cosas de consuelo dezía el emperador a su mujer la emperatriz, consolándola y queriéndole aliviar aquella gran cuita en que era con las nuevas de la perdición de su hijo. Mas como ella fuesse de las cuerdas y sesudas mujeres del mundo, aunque mucho afligida era en su coraçón, por aplazer al emperador mostró mucha templança de fuera en su tristeza, ca la de dentro siempre crecía en demasía, suplicando al emperador que mandasse por todas partes buscar a Lisuarte, ca en otra manera ni su angustia rescibiría consuelo ni su afligido coraçón ningún reposo.

–Assí se hará –dixo él–, que yo mismo en persona lo quiero ir a buscar.

Luego el otro día fue gran rebuelta en el palacio, que se armó el rey Norandel y bien dura entre los cavalleros de gran valor para ir en la demanda de Lisuarte, y, porque en el bosque avía muchos ossos y leones y otras espantables alimañas, se apercibió de armas esta compañía como avéis oído, afuera de otra mucha gente de duques y condes y otros altos hombr<a>[e]s que sin armas ivan con el emperador. Con la emperatriz quedó la reina Menoresa y otras muchas dueñas y donzellas de muy alta guisa por la consolar, que en verdad tenía gran necesidad de consuelo. Llegado el emperador y su compañía a su real bosque, la gente fue repartida por muchas partes, ca los armados buscavan por lo más espesso de la montaña y la otra gente sin armas lo llano, yendo él y el emperador por su parte con el marqués Saluder y con aquel preciado duque Gastiles y Abiés de Sansueña que los guiava. Fueron hallar a don Falangrís que en el bosque quedara para buscar a Lisuarte; el emperador, como lo vido muy flaco y amarillo (que desde el otro día no avía comido bocado con gran tristeza por no aver fallado a Lisuarte), los ojos traía hinchados del mucho llorar y sus muy hermosos carrillos hechos arroyos de lágrimas que por ellos en mucha abundancia caían; no se pudo tener que las lágrimas no le viniessen a los ojos viendo cuánto aquel donzel sentía la perdición de Lisuarte y qué devía él sentir siendo padre y qué sentiría la emperatriz su madre. Don Falangrís, tanto que vido el emperador con aquella tristeza que su triste coraçón embiava por mensajero de su cuita a las partes exteriores, se fue a él y se hincó de rodillas, llorando tan agramente que de pesar hablar no podía. El emperador le hizo levantar y le preguntó si avía sabido alguna nueva de Lisuarte, y él le dixo que no, aunque mucho avía buscado por aquel bosque, y que no lo avía fallado^{14r} ni sabido otra cosa sino que en una fuente hallara una leona muerta y frenos de dos cavallos colgados de las ramas de un árbol, y que aquella mañana hallara el cavallo de don LISPÁN muerto, medio comido de las fieras bestias. Y acabando de dezir estas palabras, comenzó de llorar tan agramente que no ovo aí tal que d'él no oviesse grande lástima.

–Callad, infante –dixo el emperador–, no hagáis tan gran llanto, que yo fío en Dios que no sean perdidos aquellos vuestros amigos. Guiadme a la fuente adonde hallastes essa aventura.

Don Falangrís, alimpiando su cara que bañada era en lágrimas, guió al emperador a la fuente, que muy cerca era, y hallaron la leona tan grande y espantosa que maravilla era de la ver, y los frenos otrosí colgados de las ramas de aquel árbol, y mirando el emperador por cabe la fuente, vio rastro de cavallos y mandó a un su donzel que lo siguiese y mirasse a dónde iba, y lo siguió y bolvió al emperador diziendo que iba a dar en la mar y que le parecía que no era el rastro de los cavallos de Lisuarte ni de don Lispán, ca en otras partes del bosque hallaran rastro como de cavallos que ivan en huida. Estando assí fablando este donzel con el emperador, llegó el rey Norandel en su cavallo, muy lasso y cansado de la priessa que se diera por tomar el cavallo de Lisuarte, que delante de sí traía ensillado y sin freno, y con triste semblante dixo al emperador:

–Señor, este es el cavallo en que Lisuarte salió a caça, que lo hallé de aquí gran trecho assí sin freno, y andava tan espantado que apenas lo pude tomar, mas otra cosa ni sospecha no hallé de Lisuarte, y creed, señor, que en este bosque no deve estar Lisuarte, y lo que más asienta en mi pensamiento es que se ayan ido en alguna fusta por la mar, porque en la ribera he hallado rastro d'ello. Pues agora, señor, parezca el grande esfuerço de vuestro corazón y la gran discreción de vuestra persona para consolar la emperatriz, que para vós mismo cierto es que el velo de vuestra discreción es tan grande que otro mayor sentimiento que éste puede encobrir, pues no es cosa de espantar este acontecimiento pues cada día acontece.

»Más peligrosa aventura fue la del rey Amadís vuestro padre, que de dos horas nascido fue echado en un arca en la mar y librollo Dios como sabéis, y después, ¿por qué aventura fue conocido de su padre y madre?, y del rey don Galaor vuestro tío, ¿qué diremos?, que siendo niño de dos años dentro de las puertas del palacio de vuestro abuelo delante de los ojos de la reina su madre fue llevado por el gigante Gandalaz y después tan bien aventurado como todos sabemos. Pues en vuestro nacimiento, si ovo aventura a todo el mundo es noto y la condessa de Denamarca muy bien lo sabe, que de mediodía nascido vos llevaba una brava leona entre sus agudos dientes y quísoos Dios librar de tan manifesto peligro. Pues si dezimos del rey Lisuarte mi señor, como fue perdido, ¿quién mejor que vós lo sabe, que lo librades de la cruel prisión y encantamiento en que era en poder de Arcabona y de Matroco y Furión, sus hijos gigantes? A los hijos de tan altos padres como Lisuarte acontecen las grandes aventuras y no a los de baxo y pequeño estado, y porque la fortuna los vee en tanta dignidad y altura no quiere que gozen una hora de plazer sin tres de pesar.

–Todo es verdad lo que dezís –dixo el emperador–, y por ende me consuelo, que si mi hijo por aventura es perdido por aventura se puede hallar; para las aventuras era nascido, para ellas se avía de armar cavallero, pues fue venturoso antes del tiempo no es de maravillillar que si él sale a su linaje y Dios le da vida no será esta la primera que en su vida le verná. De la emperatriz me pesa, que cuando supiere el poco recaudo que llevamos ha de ser puesta en grande cuita y desmayo.

–Ora –dixo el rey Norandel–, como a vós viere hazer bien será que por vós sea consolada y nos bolvamos a la ciudad, que acá poco nos aprovecha nuestra estada.

–Assí sea –dixo el emperador.

Luego el rey Norandel fizo juntar toda la gente y junta partieron para la gran ciudad de Constantinopla, a do llegaron noche oscura. La emperatriz estava muy cuitada y de persona no quería recibir consuelo, mas ^{14v} tantas cosas de consuelo le dixo el emperador al rey Norandel que la emperatriz rescibió mucho alivio de su pena, aunque grande era.

¶ Capítulo ix. De cómo a la corte del emperador llegó un cavallero de parte de Urganda, por su carta haziéndole saber nuevas de la salud de Lisuarte y de las maravillas que en su tiempo avernían, con que el emperador y la emperatriz fueron m[uy] co<uy>nsolados.

CINCO DÍAS DESPUÉS de la perdición de Lisuarte, estando el emperador en el aposentamiento de la emperatriz consolándola de la gran cuita en que era por la soledad de Lisuarte su hijo, entró por las puertas del palacio un cavallero de gran autoridad entrado en días, mas en su cuerpo talle y disposición muy hermoso, mas de grandes fuerças parescía; traía cuatro escuderos consigo muy ricamente ataviados. Y entrado en la gran sala preguntó por el emperador, que le traía nuevas de plazer y alegría.

–Si tales son –dixo el duque Gastiles– como dezís, menester son a esta sazón.

Y luego fue dicho al emperador y él lo mando entrar en el aposentamiento de la emperatriz donde estava. El cavallero, como vido el emperador, fue fincar los inojos en tierra delante d'él y le quiso besar las manos, mas el emperador no gelas dio, que no las dava sino cuando hazía mercedes, endemás a cavallero estraño. El cavallero sacó de su seno una carta escripta en pergamino, y besándola la dio al emperador diziendo que era de Urganda la Desconoscida; la cual, leyéndola el emperador, dezía d'esta manera:

¶ No menos noble y esforçado cavallero Esplandián que alto y poderoso emperador de Constantinopla, Urganda la Desconoscida mando besar vuestras reales manos con aquel gran desseo y voluntad de vuestro servicio que en los tiempos passados he tenido.

Por lo qual sabiendo agora, mi señor, la aflicción en que sois puesto y no menos grande cuita de la emperatriz que turbación de vuestra corte, pues por mi ceguedad os no puedo visitar ni consolar, acordé con ésta de os embiar alguna parte de consuelo haziéndoos saber que Lisuarte es sano y bivo y con plazer si vuestra soledad no gelo menoscabasse, mas no le veréis tan presto como cuidávades; y cuando sus nuevas oyerdes no menos seréis puesto en espanto que en alegría, que tantas proezas hará en las armas que cuantos a aquella sazón bivos fueren no le serán iguales. Será el más acabado cavallero de su tiempo ni lo avrá hasta el tiempo del buen rey Artur. Recobrará las perdidas tierras que otros avrán perdido, vengará las crudas muertes que en su tiempo se harán, y cuando el tiempo viniere, que no tardará, tened en la memoria lo que agora os diré: cuando los negros açores de las ínsulas y melianos de allende de la mar pusieren guerra a las blancas palomas en sus moradas, saldrá en su defensa la caudal águila con las aves que la siguieren y porná su poso cabe uno de sus palomares, y avrá tan brava batalla con los açores y melianos que muchas de sus palomas serán muertas y desplumadas, y de blancas bermejas de su sangre serán bueltas; mas en aquel tiempo el generoso falcón neblí con sus agudas uñas y duro pico entrará en favor de la gran águila y palomas, y hará en los açores y melianos tal estrago que d'ellos despedaçados entre sus crueles uñas, otros de su braveza espantados y oxeados muy pocos se acogerán y guarescerán en sus nidos. La caudal y victoriosa Águila queriendo galardonar al gran Neblí lo hará señor y regidor^{15r} de sus palomas y assentará y porná consigo en la gran altura desnudo. Pues pará mientes, mi señor, que assí averna como lo digo.

El emperador leyó dos vezes la carta y bien conosció que de Urganda no se creía menos salvo lo que dezía que verdad era, mas por entonces no entendió la escuridad de la profecía; mas bien sospechó que en sus tierras o en Bretaña se cumpliría la tal profecía. Y leyó la carta a la emperatriz, que con ella fue algún tanto consolada de quanto de antes desmayada era, y bien creyó que assí sería como Urganda lo dezía, que assí lo solía ella hazer en los tiempos passados.

Acabada assí de leer la carta, el emperador preguntó al cavallero por Urganda qué tal estava.

–Queda, señor –dixo él–, enferma del cuerpo y sana de la voluntad para vos servir con aquella voluntad que solía, porque, aunque su ceguedad le quita el exercicio, no le quita el desseo de le executar.

–Assí lo creo yo –dixo el emperador– que de tan honrada dueña no se espera otra cosa, y la voluntad que yo le tengo y a sus cosas ella mejor que yo lo sabe, porque es la persona del mundo a quien yo más devo y a quién más desseo hazer toda honra y plazer ni que con razón más ame.

–No sin causa –dixo el cavallero– trabaja Urganda mi señora tanto por vuestro servicio, pues en ninguna parte del mundo lo puede mejor emplear ni en más alto hombre ni que más memoria tenga de los que le sirven.

Y acabando de dezir esto, el cavallero demandó licencia al emperador que se quería bolver a su señora, pues cumplido avía su mandado. Viendo el emperador que el cavallero se quería bolver a su señora, le hizo merced de muchas joyas y ricos dones, y la emperatriz embió a Urganda y a Julianda y Solisa sus sobrinas muy fermosos dones y de gran valor, embiándole el emperador y la emperatriz, allende de los ricos dones, muchos agradescimientos por las buenas nuevas que le embiara, encomendándole en lo venidero todo lo que compliesse a su hijo Lisuarte.

Y despedido el cavallero del emperador, se bolvió con la respuesta a su señora, quedando el emperador muy consolado con la carta de Urganda; loava mucho su lealtad y grande amor que siempre le avía tenido diziendo a la emperatriz:

–Señora, agora perdé toda cuita, que yo fío tanto en Urganda que ella hará por Lisuarte como sabe que yo haría por sus cosas.

–Assí plegá a Dios –dixo la emperatriz–, ca cierto mucha cuita mi coraçón sentía si esta carta no me la templara. Y pues que vós, mi señor, tal fiança tenéis en Urganda, perder devemos el cuidado.

¶ Capítulo x. De cómo el preciado cavallero Sargil aportó en Bretaña y dio la embaxada al rey Amadís, y de lo que sobre ello se hizo.

COMO AVÉIS OÍDO, partido Sargil del puerto de Costantinopla, navegando por la mar con buen tiempo, en cabo de quinze días llegó en Bretaña y aportó en el puerto de Vindilisorá, donde a la sazón estava el rey Amadís y la reina Oriana con razonable compañía de cavalleros.

Salido Sargil de la mar, tomó la vía de los palacios del rey, que él muy bien los sabía, y entrando en una gran sala lo halló andando hablando con Angriote de Estraváus, su mayordomo mayor, mas no estaba aquella sala llena de aquellos preciados cavalleros como en otro tiempo ser ^{15v} solía, de que fue el bueno de Sargil muy triste en su corazón, nembrándose aquella hora del tiempo que fuera criado en Bretaña con el emperador Esplandián en casa del rey Lisuarte, que no avía corte de rey ni de emperador en el mundo que tuviese en su mesnada tantos ni tan preciados cavalleros, lo cual, viéndolo todo al contrario, gran pesar se le crecía, endemás sabiendo ya por nueva la venida de los paganos y jayanes en Bretaña, ca bien creía que, pues estaba tan menguada de cavalleros, que pasaría assaz afrenta. Y llegado Sargil en presencia del rey, hizo muy gran acatamiento, hincados los inojos en tierra por le besar las manos, mas el rey no gelas queriendo dar lo levantó suso diziendo:

–Buen amigo, vós seáis muy bienvenido, ¿mas qué cosa es ésta tan súpita que de tan lueñe tierra os traxo a esta nuestra?

–Señor –dixo Sargil–, bien parece que en vuestros reinos se guarda la prohibición de las aventuras, pues que de mi venida vos espantáis, ca en otro tiempo si cada día a vuestra corte no venían muchas aventuras se espantava el mundo d’ello.

–Pues –dixo el rey– son tiempos movibles que mudan y trastornan las cosas y las no dexan permanecer en su estado; mas la causa de vuestra venida me dezid, que mucho la desseo saber.

–Señor –dixo Sargil–, traeros embaxada del emperador Esplandián vuestro hijo. Si vos plaze mandarme oír ante la reina y altos hombres y cavalleros de vuestra corte, que creed que no avrá mucho afán en se llamar según vuestra casa está de ellos despoblada.

Al presente se hallaron en el palacio el rey Arbán de Norgales, Listorán de la Torre Blanca, Grindo[n] hermano de Angriote, Sarquiles su sobrino, Ladasín el Esgrimidor, y otros cavalleros preciados del buen tiempo y el conde Gandalín, que el otro día avía llegado de sus castillos a ver al rey Amadís su señor.

Pues éstos y otros cavalleros siendo juntos, el rey y la reina se sentaron en sus reales sillas y los otros cavalleros por sus assientos. El rey llamó delante de sí a Sargil diziéndole:

–Agora nos dad la embaxada que traéis.

Sargil, como era muy conocido del rey Amadís como aquel que avía sido hermano de leche y escudero del emperador su hijo, no tenía necesidad de carta de creencia y por eso no la traía, y así por palabra començó de dar su embaxada contando todas las nuevas de la liga de los paganos y jayanes como lo avían sabido de Cosdroel y cuán cierta era su venida en Bretaña, diziéndole todo largamente como la historia lo ha dicho, y que el emperador le fazía saber aquellas nuevas para que d’ellas hiziesse sabidores al rey de Sobradisa y al rey de Escocia y a los otros reyes y grandes señores, y que hiziesse afortalescer los lugares flacos de sus señoríos y proveyesse mucho en los puertos de la mar, que cuando los enemigos viniessen no los hallassen perezosos y descuidados, y que más el emperador le embiava a dezir que de su consejo y del rey Norandel y de altos hombres de su imperio que sería bueno averse remedio que oviesse otra vez aventuras y cavalleros andantes, y que para esto se toviessen manera con el Papa que dispensasse sobre el voto que hecho avían, porque para aquella afrenta que esperavan no podrían hallar mejor socorro que saltar en las aventuras, porque nunca tantos desseos d’ellas tuvieron los cavalleros como agora

que son defendidas, porque naturalmente cuanto la cosa es más prohibida tanto más es deseada de se hazer, y que para esto especialmente Lisuarte su nieto le suplicava que se hiziesse. Que él determinado era de no ser armado cavallero sino libremente en la forma que todo su linaje lo avía sido, y con esta vergüença no ha venido a besar vuestras reales manos. Muchas otras cosas assimesmo dixo Sargil, que era mucho entendido y razonado cavallero y por tal quedo avido y reputado en toda aquella corte.

–Muy grandes nuevas son las que trae vuestra embaxada –dixo el rey Amadís a Sargil–. Assí como lo dezís ^{16r} creo que averná que regla es de los malos que en el mal están endurecidos que por desventuras que les vengán nunca cessan de sus maldades. Dígolo –dixo el rey Amadís– por estos paganos que tantas vezes han procurado de destruir la Gran Bretaña y cuántas gentes han traído sobre ella y nunca le han podido nuzir, y todas las vezes vencidos y desbaratados, y como llegavan a sus tierras cogían de nuevo más gente para bolver de nuevo a su dañado comienço; y agora, tan destroçados, muertos [y] presos en la Ínsula de Mogança y en otras partes por Florisando con su gente, que con tales reveses no se quiebre su sobervia y con tales açotes que no se emienden de sus malas obras y pensamientos, y creo, pues estos tan mal camino traen como los otros, que tan mal recaudo llevarán de su viaje.

–Señor –dixo Sargil–, lo que agora les da esfuerço es la gran muchedumbre de gentes y braveza y ferocidad de jayanes, que por cierto se dize que nunca la mitad de tanta gente ha venido en Bretaña; y otra causa que endemás los esfuerça es no aver cavalleros andantes, que éstos los ponían en pavor y en medrosía. Sobre todo quedar Bretaña por las grandes guerras passadas tan menguada de cavalleros que nunca en ningún tiempo lo estuvo tanto.

–De lo que dezís –dixo el rey–, que haga bastecer y fortalecer mis villas y fortalezas, assí lo faré; dévese recaudar essotro con el Papa; siento yo muy gran trabajo porque es cosa de muchos entre los cuales suele aver muchos acuerdos y paresceres, endemás que no somos ciertos si el Papa lo querrá dispensar.

–Sí hará –dixo Sargil–, ca muy justa cosa es que lo dispense, pues mucha causa y necesidad los constriñía a pedir la relaxación del juramento que hizieron.

Todos aquellos cavalleros que ende eran dixerón al rey Amadís que aquella era muy santa y justa cosa pro del reino, enxalçamiento de la fe, nobleza grande de la cavallería y que no le pesasse a él de regir el reino en la antigua costumbre en que siempre fuera gobernado y mantenido. Y devéis de creer que, aunque estos cavalleros por su edad y assí afanados cuerpos más desseassen descanso que cansancio, que sus esforçados coraçones vestidos de una virtuosa ropa de esfuerço y constancia desseavan contino trabajo en que ganassen honra que reposo de vida ociosa con menoscabo de sus famas, endemás paresciéndoles a ellos ser la más justa cosa del mundo y más necessaria, no solamente para amparo de Bretaña, mas por defensión de toda la cristiandad y ensalçamiento de nuestra santa fe, y ahincava[n] mucho al rey, que no estava muy alueñe de sus voluntades, que lo oviessen de fazer, que lo oviessen de otorgar, que todos de ello rescebirían mucha merced y que bolvería a revivir la fama de Bretaña que ya se començava de apagar su resplandor. Luego el rey Amadís dixo que bien le parecía, pues a tantos buenos lo mismo era visto que buscassen remedio para que se hiziesse, que su voluntad de se hazer aparejada era.

–Señor –dixo Sargil–, no ay en el mundo quien mejor lo pueda recaudar en Roma quél hermitaño padre de Florisando, que no solamente del Papa es muy conocido, mas del em-

perador y de Florisando muy amado, por cuya intercessión no solamente d'este negocio mas de otro más grave y arduo ligeramente pueden ver el despacho, y él por vuestro ruego aceptará la tal jornada muy de grado; y assimesmo mandéis notificar a todos los reyes y grandes señores que juraron de no mantener las aventuras que den sus consentimientos y poderes al padre hermitaño que en nombre d'ellos resciba la relaxación del juramento.

Y el rey Amadís respondió que le plazía y que assí quería que se hiziesse. Hizo luego es-
crevir una carta al rey de Sobradisa su hermano y otrosí al rey Grasandor de Bohemia, y al rey Agrajes de Escocia, y a su muy amado don Bruneo rey de Arabia y a todos los otros reyes y grandes señores que el mismo juramento avían hecho, y a cada uno d'estos señores mandava un cavallero de su mesnada para que le dixesse la venida de los reyes paganos y jayanes en Bretaña, ^{16v} pidiendo a cada uno d'ellos consentimiento, diziendo que de su parescer y voluntad, y assimismo del emperador su fijo y del rey Norandel y del rey Arbán y de los altos hombres de la Gran Bretaña, que todos eran muy conformes en que oviesse aventuras y cavalleros andantes, y que, si lo mismo a ellos pareciesse, que mandassen sus mensajeros con bastantes y complidos poderes a Roma para se alcançar del Pontífice y que él escribiría al hermitaño padre de Florisando que en nombre de ellos todos hiziesse aquel camino, porque era persona que aquello mejor que ninguno en Roma podía recaudar.

Pues partiendo los mensajeros del rey Amadís, cada uno llegando do les era mandado y todos aquellos reyes y grandes señores, siendo siempre cuando cavalleros andantes a servicio del rey Amadís, agora, aunque en estados grandes puestos fuessen, no podían con razón dexar de hazer lo que era su voluntad, porque los estados y señoríos que tenían por su causa los avían alcançado, y assí todos dixeron que les plazía, que luego mandarían sus mensajeros a Roma a esperar el hermitaño, e los que más cercanos eran los embiarían a la isla donde estava.

El rey Amadís escribió al hermitaño rogándole que por su amor y de los otros grandes reyes y señores hiziesse aquel viaje y tomasse aquel trabajo por librar a ellos y a otros muchos. Y con esta carta embió el rey Amadís a Ladasín el Esgrimidor, cavallero muy preciado de su casa para que le acompañasse hasta Roma. El cual, partiendo de Bretaña en una gruessa y fuerte nao, aportó en la Isla de Ceuta, donde el hermitaño hazía muy santa vida, en aquella casa que fuera de la duquesa Landrina, en compañía del otro hermitaño pariente del rey Melioxarte. Leyendo el hermitaño la carta del rey Amadís y sabida la causa que los constringía a pedir la relaxación, como todo largamente Ladasín le avía contado, dixo:

–Ciertamente, de las aventuras muy bien me paresce, endemás en este tiempo allende de ser cosa que no desagrada a Nuestro Salvador cuando justamente se haze, que en verdad os digo que si no oviera cavalleros andantes y aventuras no estuviera esta isla en el servimiento de Dios como está ni fueran quitados tan malos gigantes del mundo como aquellos que forçosamente la tenían, ni nuestra fe tan enxalçada ni puesta en la cumbre de las victorias. E por cierto que, aunque mi ábito más requiere yermos y lugares solitarios que andar por cortes de reyes y emperadores, y mi grande edad escusada devía ser de luengas jornadas, ésta tan justa, endemás mandándomelo el rey Amadís, la no devo de huir, mas de grado dessear, y assí lo haré como él me lo manda, y muy en breve, porque las cosas de que se espera alguna pérdida puestas en dilación siempre acarrear mucho daño. Y vós, mi buen señor –dixo el hermitaño a Ladasín–, reposad entre tanto en esta pobre casa, que más aína de lo que pensáis partiremos con nuestra embaxada.

¶ Capítulo xj. De cómo el hermitaño partió de la isla del rey Melioxarte con la embaxada del rey Amadís y aportó en Roma, y de lo que allá hizo.

LUEGO A LOS cinco días que llegara Ladasín el Esgremidor, partió el hermitaño de aquella isla en la nao que viniera de Bretaña y Ladasín con él y otra mucha compañía, dexando ya en aquella isla mucho aviso por la venida de los infieles, ca por cierto tenían que viniendo el hijo de Bruterbo, que Dramirón se ^{17r} llamava, con tanta gente como se dezía, que en aquella isla saldrían a hazer sus espolonadas tentando de cobrar lo que su padre y hermanos avían perdido con las vidas y las honras, y por tanto la gente quedava muy proveída de armas y pertrechos de guerra para resistir a cualquier combate que les viniessen.

El hermitaño, partiéndose de aquel gran puerto, navegando por la mar con buen tiempo, rompiendo el alva un día aportó en Roma, y saliendo en tierra con Ladasín y otra compañía se fue derecho a los palacios del emperador, adonde fue muy bien recebido de todos aquellos señores, endemás de Florisando, que no menos que al rey de Cerdeña su padre le amava, y assí con grande amor se abraçaron, diziendo Florisando al hermitaño:

–Padre, mucho plazer rescibo con vuestra vista, y más espanto quién vos movió según vuestra edad y apartada vida de tomar tanto trabajo y afán en esta jornada; la causa de vuestra venida me dezid, que por cierto muy suspenso me tiene vuestra tan súbita llegada.

–Señor –respondió el hermitaño–, para vos venir a ver, aunque las fuerças corporales falezcan, la fuerça del amor y voluntad tiene tanto poder que ésta siente por pequeña jornada. E aunque otra causa no oviera en mi jornada salvo desseos de vuestra vista, ésta bastava para prender todo trabajo, endemás aviendo otra causa.

–¿Qué causa, padre? –dixo Florisando, pensando alguna desventura en la isla que él ganara avía acontecido.

–Vengo –dixo el hermitaño– por mandado del rey Amadís y del emperador de Constantinopla al Papa, porque es cosa que conviene mucho a Bretaña y assimismo a vuestros señoríos. Oídme delante del emperador.

–Assí sea –dixo Florisando.

Entonces se fue al emperador y le dixo lo que el hermitaño le dixera. El qual, tomando la emperatriz y a Arquesil, se sentaron en sus ricos estrados. El hermitaño dio a cada uno su carta del rey Amadís y haziendo relación de su embaxada y de lo que venía a recaudar del Santo Padre, pidiendo al emperador quisiesse fablar al Papa, porque, siendo como era cosa justa y endemás a su petición, luego sería otorgado, y allí le contó el hermitaño las nuevas de cómo avían de venir los reyes paganos otra vez sobre Bretaña, nombrándoles por sus nombres, y que se temían que harían mucho daño y que avía otrosí de venir un hijo de Brutervo, que Dramirón de Anconia se llamava, que a maravilla era loado de gran esfuerço y que mucho pujava lo de su padre.

–Si fuere sobervio y malo –dixo Florisando– como Brutervo, poco me preciaría de sus proezas, que adonde sobervia y maldad se aposentan no hazen cosa que de loar sea, ya pensava que esta mala árbol d’este linaje desarraigada era de todo, mas aún veo que echan raíces semejantes que buelven adonde salen.

Todos entre sí fablaron mucho de la dureza de aquellos paganos que apenas avían restañado la sangre de las llagas que ovieron en Mongaçã, a donde tanta infinidad d’ellos

fue muerta, que pocos y aún maltrechos y llagados que se acogieron a sus tierras y que, olvidando la saña y braveza de aquella guerra, querían bolver de nuevo a su porfía, y que se espantavan según los paganos eran muchos y sacavan de sus tierras grandes huestes, y eran de grandes y crecidos cuerpos como muchos de los jayanes, y que no se avían tam bien en la guerra como d'ellos se esperaba.

–No es de maravillar –dixo el hermitaño– que, como estos jayanes se veen de tan crecidos cuerpos, toda su confiança ponen en sí mesmos y en sus grandes fuerças y follonías, y como es cierta regla la sobervia caer sobre el sobervio, muchas vezes se fallan engañados de sus pensamientos que, como dize el profeta David, que el rey no se salvará en su fuerça y virtud ni el gigante en la fortaleza de su cuerpo, que maldito es el hombre que quitando la esperanza de Dios la pone en hombre, y como estos jayanes más en sí mismos que en Dios tengan confiança, no es mucho morir en manos de un cavallero aunque por diez no pensavan ser vencidos, como murió aquel grande Golías armado a manos de David, siendo pastor sin armas, salvo con la honda de pastor que traía en su cinto, que lo hizo salvo, que el uno tenía su confiança ^{17v} en Dios y el otro en su fortaleza y sobervia.

A todos pareció muy bien lo que el hermitaño avía dicho, no solamente quedó avido por hombre de santa vida, mas aun de gran seso y cordura. Entonces todos aquellos cavalleros entre sí hablaban en aquel caso diziendo qu'el Papa avía de permitir las aventuras que siempre por la antigua costumbre ovieran en aquellas partes de Bretaña, y que sería agora escandalosa cosa de sufrir endemás en aquellas tierras no aviendo otras leyes ningunas salvo costumbres, y que no era mucho esta costumbre averse de guardar por ley justamente. Allí habló el emperador y dixo que, desde el tiempo que se acordava, no creía [que] aviendo aventuras se hazía más deservicio a Dios que agora, porque, como dizen, así en la paz como en la guerra nunca faltan malos hombres.

Pues de Florisando vos digo que lo mismo otorgava, porque sabiendo la contumaz y dureza de aquellos paganos desseava andar con ellos en el campo de buelta, y así le crecía la ira y la saña como si delante si los toviera, y de sí dixo al emperador:

–Bien será que vaya vuestra gran magestad al Sacro Palacio y hable al Santo Padre y le informe de la demanda del padre hermitaño y de la petición del rey Amadís y del emperador de Costantinopla su hijo, y le suplique que quiera oír al padre la embaxada que le trae.

–Assí se fará –dixo el emperador–, que mañana iré a missa a Sant Juan de Letrán y diré al Papa lo que en este caso me parece que cumple de se dezir. –Entonces dixo al hermitaño–: Descansad, padre, que no estáis en tierra estraña para os afligir de luenga estada cuanto más que será breve, aunque Florisando holgará que se alargue según el gran desseo que de contino tiene de vuestra vista.

–No sin causa –dixo el hermitaño–, que, aunque esté absente en mi solitaria celda, el desseo de le ver me afınca tanto que cada día me parece que le veo y le hablo, y que rescibo mucha consolación con su vista como recibía con su dulce compañía y buenas maneras al tiempo que le crié en mi pobre casa y hermita.

–No tiene necesidad, padre –dixo Florisando–, de declaración el amor que siempre me tovistes, no solamente en mi criança mas aun después de cavallero. Assimesmo no tiene necesidad de ofrecimientos la grande deuda y obligación en que vos soy, porque si por dinidades se oviera de pagar como se haze acá entre los del mundo, ya en parte fuérades satisfecho, mas como vós estas cosas ayáis dexado por servir a Dios no tengo en que vos

satisfaga salvo en la buena voluntad y amor, que no en menos cantidad vos tengo que al rey de Cerdeña mi padre y señor, aunque las otras buenas obras que de vós tengo rescebidas cesassen.

–Mi amado fijo –dixo el hermitaño–, ésta era bastante para pujar todo el servicio del mundo que se vos fiziera porque yo en vos servir recibo consolación y vós a duro recibís de mi servicio.

Florisando le respondió:

–Padre, essa cortesía recibo yo como de persona que me ha criado y honrado.

Entonces demandó licencia al emperador que quería aposentar sus huéspedes. El emperador gela dio de buen talante. Florisando y Arquisil tomaron en medio al padre hermitaño y Arquisil llevaba de una mano al hermitaño y de la otra a Ladasín, que él muy bien conocía desdél tiempo que estuviera en Bretaña, y se fueron juntamente assí al aposentamiento de la princesa de Cantaria donde d'ella fueron muy bien rescebidos y honrados. Y aquí quedó aposentado el padre hermitaño, y Arquisil llevó consigo a su aposentamiento al muy preciado cavallero Ladasín, el cual luego derechamente fue a besar las manos a la princesa Elisena, hija del rey Amadís su señor.

La princesa, como aquella que a todos sabía honrar a cada uno según su valor y merecimiento, lo rescibió muy honradamente como llegada de tal cavallero merecía; amostrándole muy ledo semblante, le dixo:

–Cavallero de la Gran Bretaña, vós seáis bien venido en vos ver, agora me parece que estoy en casa del rey Amadís mi padre y con vuestra vista se me cresce la soledad que naturalmente todos los absentes tenemos en otras tierras.

–Assí es, señora –dixo Ladasín–, que tanta fuerça tiene el amor de la tierra donde hombre es natural que por largos ^{18r} tiempos olvidarse no puede, y pues que vós, mi señora, tanta soledad tenéis de Bretaña, ¿qué harán aquellos que de sus tierras son absentes y no tienen tantas causas para las olvidar?

–Assí es, mi buen amigo, como lo dezís –dixo Elisena–; mas agora me dezid qué tales quedan el rey y la reina mis señores.

–Muy buenos, señora –dixo él–, y de creer es que con más desseos de os ver que vós a ellos aunque mucho lo desseéis, porque el amor de los padres a los fijos tiene mucha más fuerça que el de los hijos a los padres, endemás estando con la emperatriz Leonoreta vuestra tía os semejará a la reina Oriana vuestra madre.

–Como quier que sea –dixo la princesa–, grandes desseos tengo de me ver en las tierras donde fui criada, aunque essotras cosas que dezís me quiten mucha parte del desseo.

Y después que la princesa muchas cosas ovo hablado con Ladasín, le hizo dar un rico aposentamiento en su palacio y servir tan altamente como en casa de tal princesa era razón de se hazer a tan buen cavallero.

¶ Capítulo xij. Del razonamiento que el hermitaño fizo al Papa sobre la embaxada que traía de parte del rey Amadís y del emperador de Costantinopla y otros grandes reyes y señores.

ALGUNOS DÍAS ESTOVO el hermitaño en Roma, que no fabló al Santo Padre porque él esperaba los mensajeros de los grandes reyes y señores a quien el rey Amadís avía escrito. Pues así avino que, en pocos días después que el hermitaño avía llegado, todos ellos fueron aportados en el puerto de Roma y recibidos con mucha honra, porque para tal cosa los reyes no embiavan cavalleros salvo de gran valor y estima, y en verdad que tales eran éstos y llevavan todos poderes bastantes para el hermitaño en nombre de todos empetrar aquella absolución del Pontífice.

Pues viendo el hermitaño tal aparejo, suplicó a Florisando que con el emperador y el príncipe Arquisil se fuessen al Sacro Palacio porque en su presencia quería dar la embaxada al Santo Padre, y así se fizo, que luego cavalgaron todos y se fueron a la iglesia de Sant Pedro, adonde a la sazón el Papa acabava de oír missa. El emperador y aquellos príncipes se llegaron al Papa y suplicaron que oyese lo que aquel padre hermitaño le quería hablar de la parte del rey Amadís y del emperador de Costantinopla y de otros grandes reyes cristianos. El Papa, que estava informado por el mismo emperador de la demanda del hermitaño, le dixo:

–Hijo emperador, mucho nos plaze y grande razón es que embaxada de tales personas holguemos de la oír como de fijos obedientes a la Santa Madre Iglesia.

Pues luego acabado de dezir esto, el emperador y aquellos príncipes pusieron delante el hermitaño, que muy conocido era del Papa. El hermitaño se echó a sus pies y gelos besó, y el Papa le echó la bendición diziendo:

–Devoto fijo, dezid lo porque a mí sois embiado.

Entonces el hermitaño le empeçó a dezir en esta manera:

–Muy Santíssimo Padre, Amadís, rey de la Gran Bretaña, y el emperador de Costantinopla su fijo, el rey Norandel y el rey Agrajes, el rey don Galaor, el rey Cildadán, el rey Grasandor, el rey don Bruneo de Arabia, el rey Brián de España, don Cuadragante señor de Sansueña, don Galvanes señor de la Ínsula de Mongaça e Lago Ferviente, y todos los otros reyes y grandes señores a quien atañe mi embaxada, por mí, su mensajero, manda besar los pies de Vuestra Santidad haziéndole saber que ellos como hijos y obedientes a la santa fee apostólica confessan y afirman tener lo que ella tiene y creer lo que ella cree y desamar lo que ella aborrece, y que en todas sus cosas se someten a los preceptos apostólicos y ^{18v} corrección de la Santa Iglesia, y que con este fervor de fe ellos todos y el emperador que presente está con estos dos príncipes y el rey de Cerdeña fizieron solemne juramento de no andar por sus reinos y señoríos cavalleros andantes ni aun donzellas ni que oviesse aventuras y que ellos no las avían de consentir, y que esto hazían por servicio de Dios por escusar muertes de muchos cavalleros que ende murían injustamente, y que después d'esto avían sabido que este juramento no se podía guardar en ninguna manera, ca era escandaloso en aquellas tierras por la antigua costumbre de la cual los vivos memoria no tenían que siempre se guardara lo contrario, aviendo aventuras y cavalleros andantes y donzellas, y que creían que con aquello Dios era más servido que con estotro, porque des-

pués d'esta prohibición en la Gran Bretaña algunos malos hombres avían robado muchos lugares, desonrado honradas dueñas y biudas y forçando las donzellas y no ovo quien se lo contradixesse porque el rey estava muy alexado en su corte, endemás que aquellos malos hombres se acojeron al desierto donde no tenían castigo de su atrevimiento; y cuando los cavalleros andavan en las aventuras y topavan semejantes hombres en tales insultos, luego avían la pena de su maldad, y assí los reyes no tenían cavalleros andantes en sus mesnadas más ministros de su justicia executores de sus mandamientos y como corregidores de sus provincias, porque con temor de los cavalleros andantes se refrenavan los malos hombres de sus traiciones y maldades, lo que agora no los aviendo, no solamente les parece dar osadía, mas licencia de robar y matar y fazer otras malas obras, y que allende d'esto muchos cavalleros de la Gran Bretaña se alçan con las fortalezas diziendo que si el rey Amadís tal cosa mantiene en sus señoríos, que ellos se le promulgan por rebelados y niegan la obediencia, porque rey que quiere mudar el estilo y costumbre de su reino por donde era honrado y enalçado <que> como indigno guisado es que no le obedezcan. Y que más avían sabido y era cierta nueva que grandes gentes del Gran Turco y muchos reyes paganos con infinita multitud de gentes y braveza de jayanes venían sobre Bretaña y tierras de la cristiandad, y que tienen fecha liga con muchos grandes señores y gigantes de destruir a estos reyes cristianos, y lo que más les esfuerça es saber en que son prohibidas las aventuras y cavalleros andantes, porque éstos eran los que ellos temían, que su gran destrucción y estrago avían sido, y en verdad que de temer eran por todo el mundo, porque uno de aquellos cavalleros era para diez paganos, según eran escogidos y esfuerçados y usados a las armas, y agora los más cavalleros de Bretaña unos son muertos en las guerras passadas, los otros su edad requiere más reposo que afanes.

»Agora, si se permitiessen las aventuras y cavalleros andantes como ser solían, son los donzeles de alta guisa tantos que dessean ser cavalleros que ellos, solos, acaudillando alguna gente darán batalla a los infieles.

»Pues el rey Amadís, puesto en esta confusión, y el emperador Esplandián con los otros reyes cristianos, mandan suplicar a Vuestra Santidad que, mirando cuán justa es su petición y digna de se conceder, que él, como Pastor Universal d'este mundo de las ovejas de Cristo, les quiera dar relaxación y absolución del juramento que fecho tienen, y que se torne al estado que antes era, porque assí creían ser más servicio de Dios y ensalçamiento de su santa fe y amparo y defendimiento de las tierras de los cristianos.

Con mucho tiento escuchó el Papa lo que el hermitaño le avía dicho, y, después de aver pensado un poco, le empeçó de dezir:

–Catad, devoto fijo, que aunque indignamente tengamos las vezes de Cristo en la tierra, no por ende podemos hazer todas las cosas tan de ligero como algunos lo piensan, endemás sobre juramento, que como sea de derecho divino, según dixo el profeta David: *Prometed y dad vuestros votos a Dios*. Aunque en su lugar residamos en la cátedra de Sant Pedro, en las cosas que son prohibidas de derecho divino no las podemos quitar, que aunque Nuestro Salvador dixo a Sant Pedro: *Todo aquel que absolvieres en la tierra será absuelto en los cielos, y todo lo que condenares lo mismo*, esto se entiende que no ha de errar la clave del regimiento apostólico y que ha de ser con causa, pues assí lo devemos de hazer todos los que canónicamente ^{19r} entramos en el apostolado, endemás que dize el derecho quél juramento siempre es de guardar en tanto que no redunde en peligro de aquel que jura,

y por tanto esta petición que se nos faze de parte de los grandes reyes y señores devemos primero saber si es justa y después proveeremos de remedio conforme a la justicia.

–Causas grandes y justas –dixo el hermitaño– hallará Vuestra Santidad para conceder lo que de la parte de aquellos príncipes le es demandado. Y a lo que Vuestra Santidad dize, que sobre el juramento porque es de derecho divino no puede <p>[d]isþensar, esto es queriéndole quitar del todo, mas en parte lo relaxar y comutar, esto muy justamente lo deve y puede de derecho; y assimismo con tales causas absolver aquellos reyes y grandes señores del juramento, porque siempre se entiende aceptar la autoridad del superior, pues como ellos os sean súbditos en lo espiritual, bien podéis interpretar su juramento y relaxar y, aunque no redunde en peligro de sus almas, pues para lo disþensar ay tantas y justas causas, porque Vuestra Santidad puede disþensar contra el Apóstol, contra los cánones que los apóstoles hizieron, contra el Viejo Testamento, en los diezmos y en toda cosa que no fuere contra los artículos de la fe o contra el universal estado de la Iglesia, assí luego muy mejor puede en éste por muchas causas: la una por evitar escándalos, por el qual los derechos muchas cosas permiten que en otra manera no eran lícitas; e por sossiego e tranquilidad del reino de Bretaña; ítem más para defensión de la venida de los infieles, de que tanto peligro puede venir si Dios no lo remedia y si los no resiste con grande esfuerço de cavalleros, ca en otra manera muy ligeramente se puede perder la Cristiandad si la Gran Bretaña se perdiesse; y si los cavalleros andantes y aventuras se permiten, no solamente se amparan los cristianos y sus tierras, más aún, conquistarán las de los paganos, que será gran ensalçamiento de nuestra santa fe, siendo los sus enemigos vencidos y muertos, y sus tierras y señoríos en poder de los cristianos. Y mire bien Vuestra Santidad cuánto más servicio de Dios es aver cavalleros andantes que no los aver. El rey Amadís, si no fuera cavallero andante que buscava las aventuras, no quitara del mundo tan malos hombres como quitó el gigante Famongomadán y Basagante su fijo, que confiando en sus sobervias llevavan la infanta Leonoreta fija del rey Lisuarte, que agora es emperatriz de Roma, con diez cavalleros muy señalados y sus donzellas para las sacrificar a su ídolo del Lago Ferviente como era acostumbrado. Pues si Amadís cavallero andante no fuera, ni tan buena señora fuera librada de sus manos ni ellos muertos, y su gran Ínsula de Mongaça tornada de servidumbre del diablo en servicio de Jesucristo como agora es; assí fiziera de la Ínsula del Endriago que tantos años avía que era despoblada si Amadís no la tomara a servicio de Dios y señorío del emperador de Costantinopla; si él y sus hermanos cavalleros andantes no fueran quien librara al rey Lisuarte y a la Gran Bretaña de las manos de los reyes paganos que la querían tomar dos vezes, aviendo ya en la segunda vencido al rey Lisuarte y a sus compañas y tomado la su villa de Lubaina, si Amadís no fuera y los cavalleros andantes que lo socorrieron ni él fuera socorrido ni los otros todos muertos y sus señoríos ganados de la sujeción de faraón y en poder de cristianos como el reino de Arabia y el reino de la Profunda Ínsula, la Ínsula de la Torre Bermeja. ¿Pues qué diremos del emperador de Costantinopla?, ¿cuántas villas, fortalezas [y] ciudades tiene ganadas a los turcos y tan defendida la cristiandad?

»Mas dexemos estas cosas como passadas y vengamos a las de ayer, pues son presentes. Después que ellos fueron metidos en el miserable encantamiento de Urganda que se hizo en el mundo, ya la cristiandad iba decaída, ya Bretaña medio tomada, el principado de Cantaria perdido, el reino de Cerdeña estragado, la Isla de Saxián hecha cueva de enemigos. Pues si pregunta Vuestra Santidad quién recobró tantas pérdidas, por cierto fallará que los cavalleros andantes que buscavan las aventuras, ca el príncipe Florisando,

que aquí está, criado en mi pobre casa debaxo de mi disciplina, saliendo d'ella a buscar las aventuras mató al muy fuerte jayán Brutervo de Anconia y a los tres hijos suyos, ganándole aquella isla que forçosamente robada tenía, librando muchos cavalleros, dueñas y donzellas^{19v} que tenía en su prisión para les fazer renegar la fe de Cristo o les dar amargas muertes, pues de allí en delante, ¿qué fizieron los cavalleros que buscavan las aventuras en compañía d'este bien aventurado cavallero? Libraron al príncipe Arquisil de la prisión de Arlote y Turón matando a ellos y a sus hombres, cobraron todo lo perdido ganando mucho más adelante. ¿Pues qué diremos de la cruda guerra de la Ínsula de Mongaça, salvo confessar que si la virtud y esfuerço de los cavalleros andantes no fuera que no pudiera ser amparada de tanta infinidad de paganos y fortaleza de cavalleros y jayanes que sobre ella eran juntados?, las cuales cosas como rezientes y famosas aún están delante de los ojos de las gentes y Vuestra Santidad, que d'esto enteramente es sabidor, pues luego así claramente se demuestra ser más servicio de Dios aver cavalleros andantes que no los aver, justa cosa es que Vuestra Santidad los absuelva del juramento que tienen fecho.

–Bien nos parece lo que avéis dicho –dixo el Papa–, mas aviendo cavalleros andantes y donzellas es dar ocasión que los cavalleros se maten unos a otros por su causa, los unos por las ofender, otros por las librar; unos por les hazer fuerça, otros por no consentir que les sea hecha. Assí que muchos mueren, que no morirían si las donzellas no anduviessen, y quitado tal inconveniente no se seguiría lo que se suele seguir.

–Si assí fuesse como dize Vuestra Santidad –dixo el hermitaño–, que las ocasiones son causas suficientes del pecado, con razón d'él nos podríamos escusar, ca diríamos que si Dios no pusiera en el Paraíso el Árbol del Saber no pecara nuestro padre Adán, y que si en el mundo no oviesse mujeres no las codiciaríamos, pues ni por ellas ser ocasión de las codiciar nós no nos esemimos del pecado, ca por ello nos dio Dios libre arbitrio para fuir nós lo malo y seguir nós lo bueno, dexar los vicios y abraçar las virtudes, ca en verdad si en el mundo no oviera mal no oviéramos galardón del bien, assí que si oviere donzellas andantes, que pues los cavalleros tienen libre alvedrío para escoger lo malo y lo bueno, que las honren y las guarden y no por el contrario, y, si no, que los otros cavalleros sean verdugos de su maldad, teniendo por firme que este noble exercicio de cavallería no es pecado, si ay no oviere robos que de cavalleros se fagan ladrones, ca muchos hemos leído que siendo cavalleros en otro tiempo en las armas se salvaron, porque dize Santo Augustín en un decreto que como la fortaleza sea donde Dios en quanto se exercitare no contra él siempre es muy lícita.

»Pues sepa agora Vuestra Santidad en qué se exercitavan los cavalleros andantes de Bretaña y su fortaleza: en defender las donzellas, amparar las biudas, ayudar a los pobres y espunar los tiranos, desfazer los tuertos y agravios que los malos hombres hazían, dar a cada uno lo que suyo era, no robavan, no tomavan parte de despojo, y si algunos malos lo contrario fazían nunca carecían de emienda, y si los matavan justo era que muriessen, pues mal vivían porque los otros viviessen en paz, porque aquel que mata los malos por su maldad ministro es de Dios; si aquel poder tiene de quien lo mismo podía hazer como hazían los cavalleros de permissão de los reyes en otros tiempos y no eran ende homicidas, porque lo que en las armas se reprehende es la codicia de señorear los robos, la poca piedad de los coraçones, lo que muy pocas vezes se hallava en los tiempos passados en los otros cavalleros, mas antes dexar los señoríos y riquezas por seguir las armas y sobir a la virtud perdonando a los vencidos, derribando y apremiando a los sobervios, tomando por

fundamento de sus proezas, lo que dize Santo Agustín que cerca de los católicos y amigos de Dios las batallas son muy justas cuando por tener más paz por constreñir y castigar los malos y levantar los apremiados y mezquinos s<a>[e] hazen; pues agora assí lo deve Vuestra Santidad de permetir, endemás en Bretaña, que no tiene otras leyes en esto salvo esta costumbre que se guardan, mas aunque en esto alguna ley se fiziesse no se guardaría por la antigua costumbre en contrario, porque para que la ley se guarde según Vuestra Santidad mejor sabe de cuyo pecho los derechos en mucha abundancia como de grande fuente emanan ha de ser justa, igual, razonable y posible según la costumbre del lugar o de la tierra donde se haze, por tanto en esto ninguna ^{20r} ley se guardaría en Bretaña ni en sus señoríos por las cuales causas y otras muchas que d'ellas dependen –dixo el hermitaño–. Como mensajero de aquellos altos príncipes y grandes señores, suplico a Vuestra Santidad, proveyendo de derecho con su benignidad apostólica, les asuelva y dé relaxación del tomado juramento, porque esto demandan por mayor servicio de Dios, por amparo y de-fensión de sus señoríos y ensalzamiento de nuestra santa fe católica.

El Papa, que bien avía escuchado lo que el hermitaño le dezía, le pareció justa su petición, ca como dizen al que de buena gana oímos ligeramente le damos crédito, y lo tovo por hombre bien sabido y de gran discreción –por cierto, que tal lo era él–. Y el Papa, sien-do muy informado de su santa vida, y no despagado de su demanda, le dixo:

–Devoto fijo, en vuestra embaxada haremos lo que fallaremos de justicia de hazer, y muy en breve vós avréis el despa<ç>[ch]o.

El hermitaño se echó a sus pies a los besar con humildad. Entonce llegó el emperador y el príncipe Arquisil y Florisando y el rey de Cerdeña, que esse día avía llegado, y supli-caron mucho al Papa que concediesse la petición del hermitaño, y que ellos mismos assí lo suplicavan a su Santidad, pues otrosí avían fecho el mismo juramento, que lo mismo dis-pensasse con ellos, que en verdad que, si pensassen que en ello deservían a Dios, que antes perderían grandes partes de sus señoríos que lo demandar a su Santidad.

–No se espera de tan altos hombres otra cosa –dixo el Papa–, que, pues Dios os ha fecho tanta merced dotándovos de las fuerças y maneras que buenos cavalleros tener deven, poniéndovos en tan grandes estados y dinidades, justa cosa es que procuréis siempre cosas de su santo servicio.

Y afirmando el Papa que muy cedo daría el despacho, se despidieron del aquellos gran-des príncipes y se bolvieron con el emperador a su palacio.

¶ Capítulo xiiij. De la respuesta que dio el Papa a la demanda de los grandes reyes cristianos y señores, y cómo el hermitaño se partió para Bretaña.

OTRO DÍA EL Papa fizo llamar al hermitaño para dar despacho a su embaxada, y sabido por el emperador y por la otra compañía, otro día se fue al Sacro Palacio y en pre-sencia de todos el Papa dixo al hermitaño que él absolvía del juramento que era hecho por los emperadores, reyes y señores venideros y futuros sucesores de aquellos imperios y se-ñoríos, y assimismo a todos los cavalleros que desde la dada de aquella tomassen orden de cavallería que fuessen en la manera que antes era, y que, en cuanto bien usassen de su ábi-

to y militar oficio, fuessen permitidos y consentidos de los reyes que lo juraron, y permitió que oviessen donzellas andantes, que, pues ellas no fazían mal ninguno, no era razón de se defender; y que todos los reyes y señores que aquel juramento avían fecho no entrassen en campo de liça ni asinassen desafío ni campo en sus tierras entre cavalleros cristianos salvo sobre caso de traición o aleve contra su real estado y corona; ítem más les mandava, so pena de excomunió, que los cavalleros andantes que mal usaren de la orden de cavallería que ellos los castigassen con pena conforme a su maldad y del perjuro que han fecho quebrantando la promessa que fazen quando reciben la orden de cavalleros, y que sobre todo cualquier caso, aviendo prueba o no, no assinen campo a sus cavalleros salvo si fuere con pagano por sustentar la fe o defender su derecho, y que toda otra cosa que cavallero fiziere en sus señoríos que de razón no deva ser fecha que los castiguen tan duramente que los otros con temor se refrenen de su mal vivir, mas antes todas sus fuerças empleen en el servicio de Dios, que de tal virtud los ha dotado y contra los enemigos de su santa fe para que la religión cristiana, quedando vencedora, alabe a Dios por tantas vitorias, y la pagana sea estragada ^{20v} y abatida, y conozca el falso error de sus dioses y venga en conocimiento de Nuestro Salvador Jesucristo, que a todos nos redimió por su preciosa sangre, y si assí justamente usaren de las armas no crea ninguno de flaca conciencia que, aunque los malos maten con las armas en las aventuras que dexan de aplazer a Dios, porque aquellos que matan los malos por sus maldades ministros son de Dios y executores de los reyes en la tierra, patrones y favorecedores de la justicia y mantenedores de la verdad, y assí se pueden salvar vestidos los fuertes arneses como en los pobres ábitos de religiosos, porque, usando bien de su oficio, muriendo virtuosamente en el campo assí como el monje en su solitaria celda, sus ánimas pueden ganar la gloria, para la cual Dios nos ha criado.

Entonces el Papa mandó luego a su canciller mayor que escribiesse la bula y dispensación y la diesse al hermitaño. El emperador y Arquisil y el rey de Cerdeña y Florisando rescibieron luego su absolució en persona, y por su causa y por la del rey Amadís fizieron grandes agradescimientos al Papa, del cual se despidieron muy contentos del despacho que tenía el hermitaño.

Dende a tres días pidió licencia a Florisando para se bolver a Bretaña. Florisando, aunque mucho plazer rescebía con su vista, viendo que justa cosa era no ser remisso el mensaje de tan altas personas, le dixo:

–Padre, mucha fatiga tengo de sentir con vuestra ausencia, mas pues que escusar no se puede, rescibo consolación que lo mismo sentiréis con mi quedada que yo con vuestra partida. No tengo más que os encomendar salvo essa isla que gané que lo más que pudierdes, pues más conviene a vuestro ábito que se enderece en el servicio de Dios, y el cavallero Mondajedo esté a buen recaudo, que si los enemigos vinieren los resistan muy fuertemente, ca muy poca honra me quedaría aunque a tanto peligro y afán la he ganado si con gran esfuerço y cordura no la amparasse, ca no es menos saber conservar la vitoria que la saber alcançar.

–Escusado es –dixo el hermitaño–, amado hijo, echar más cargo a quien tanto tiene de vuestras cosas, antes de mi partida ya todo quedava proveído, agora lo proveeré de nuevo tanto que a Bretaña vuelva.

Entonces se fue a despedir del emperador y de la emperatriz y de las princesas. Lada-sín se despidió de Elisena, que gran honra le fazia por ser cavallero anciano de la casa del

rey Amadís su padre, y diole dos cartas para el rey y la reina sus señores, y le encomendó otras cosas de su servicio; y despidiéndose Ladasín, llegó a él aquella hermosa Floriana de Estraváus, camarera mayor de la princesa Elisena, trayendo una carta en la mano, le dixo:

–Señor cavallero, por mesura me llevad esta carta a Angriote de Estraváus, mi señor y padre.

–Buena señora –dixo Ladasín–, aunque no oviesse otra cosa que a ello me moviesse, por amor del bueno de vuestro padre no ay cosa que yo pueda hazer que no la haga de grado, porque es deuda que le devemos todos los cavalleros de Bretaña.

–Eso es vuestra virtud –dixo Floriana–, que, como mi padre siempre aya sido amigo de los buenos, assí es razón que sea d’ellos bien amado como de vós, señor, me parece. Esta carta le dad porque os la da una donzella su fija, y encomendadme mucho a Ambor de Gandel mi hermano.

–Mucho me plaze –dixo Ladasín– de hazer lo que me mandades.

Entonces se despidió d’ella y se fue al hermitaño, y siendo despedidos del emperador y emperatriz y princesas, queriendo ir a embarcar en sus naves, Florisando y Arquisil los acompañaron fasta la mar por les dar aquella honra, que, aunque ellos mucho mereciessen por el valor de sus personas, por ser mensajeros de tan altos reyes merecían aquella y otra mayor.

Allí se acabaron de despedir los dos príncipes Arquisil y Florisando que tanto era el amor que tenían al hermitaño que las lágrimas les venían a los ojos, pues mucho más lo sentía el hermitaño, que las lágrimas le caían por su faz que mojavan su luenga y blanca barba, y con muy grande angustia de su corazón después que los abraçó y bendixo se acogió a su nao con su compañía. Pues apartados los unos de los otros, <que> los príncipes con su cavallería se bolvieron a la ciudad.

El hermitaño y su compañía, entrados en la flota [y] alçadas las velas, començaron a navegar, muy contentos assí por el despacho que llevavan como por el buen tiempo que les fazia. Y siéndoles siempre favorable, en pocos días arribaron en Bretaña en el ^{21r} puerto de una villa que Tagada se llamava, onde el rey Amadís quedara al tiempo que Ladasín se partiera para Roma.

Y cuando esta compañía llegó al puerto, era a hora que el sol se quería poner. El rey Amadís se andava paseando por la ribera de la mar con muchos cavalleros, y como vio llegar las naves embió a saber quién venía en ellas, y dixeronle que venía el hermitaño padre de Florisando y Ladasín y otros muchos cavalleros. Mucho fue alegre el rey Amadís con tales nuevas, ca por cierto creía que tan buen mensajero como el hermitaño no podría traer sino buen recaudo de su mensaje, y dixo a sus cavalleros que era razón que atiendiessen que saliessen de la mar. Y a esta hora los bateles fueron echados y salieron aquellos preciados cavalleros y el hermitaño delante; y saliendo en tierra fizieron grande acatamiento al rey Amadís y él los recibió con mucho amor diziendo al hermitaño:

–Padre, plegá a Dios que pueda pagaros este trabajo que avéis tomado en este viaje.

–Señor –dixo el hermitaño–, no podría yo recibir mayor merced que ser puesto en cosas de vuestro servicio por ser en el número de aquellos de los cuales a tan alto rey como vós quiere servir, y por tanto tantas gracias son escusadas, porque, encareciéndome vós esta pequeña parte de servicio, parece que tenéis desconfianza de recibir otros servicios d’esta pobre persona. Aunque la potencia para los hazer sea muy flaca, la mucha grandeza de la voluntad le dará tal esfuerço y osadía que ninguna cosa sabrá que os cumpla que la no haga.

E devéis creer que, aunque era hermitaño y avía mucho tiempo que abitava en lugares despoblados, como antes avía sido cavallero andante no olvidava la cortesía y criança adonde era necessaria.

El rey agradeció mucho al hermitaño lo que le dezía y mandó dar palafrenes y cavallos a todos los que venían en las naves, y llevándolos consigo se fue a su palacio onde en su presencia y de los altos hombres dixo el despacho que traía de su embaxada. El plazer fue tan grande en el rey que no pudo ser mayor y dixo al hermitaño:

–¡Padre, teniendo tal intercessor en Roma, nuestra embaxada avía de aver tal fruto!

El plazer por el palacio era tanto, endemás en los donzeles que desseavan ser cavallos, que de alegría lo creían por impossible. El rey mandó luego que se apregonasse aquel despacho de Roma por todos sus reinos y señoríos, y con este recaudo se despidió Sargil del rey Amadís para se tornar a Costantinopla, y assimismo los mensajeros de los reyes y grandes señores, a los cuales el rey fizo muchas mercedes de cavallos y ricas joyas, onde agora todos los dexemos muy alegres, assí los que ivan por sus jornadas como el rey que quedava con sus cavalleros con gran plazer, y tornemos a hablar de Lisuarte, que ha mucho que la historia no ha fecho mención d'él.

¶ Capítulo xiiij. De cómo Lisuarte y don Lispán se despidieron de Urganda y se fueron a Roma a recibir orden de cavallería.

LA HISTORIA OS ha contado cómo Lisuarte y su compañero quedaran con Urganda en su Isla no Hallada entretanto que se aparejavan las cosas que les cumplía[n]. Agora dize el autor que un día habló Urganda con Lisuarte diziéndole que le parecía tiempo que él fuesse a recibir la orden de cavallería que tanto en él avía de ser honrada, porque cuanto más aína la tomasse más servicio sería de Dios y pro de la cristiandad.

–Como mi intención no es de salir de vuestro mandado –respondió Lisuarte–, no me he fatigado más de lo que mi desseo se affigía, porque, como mis cosas aya puesto so el gobierno de vuestro querer, no puede mi voluntad otra cosa salvo lo que ella me mandare dessear, porque adonde se mudare su parecer assimismo mi propósito y voluntad, y por esto fasta aquí no ^{21v} he dado priessa a mi partida porque vós, mi señora, muy mejor que yo sabéis lo que me cumple, y si agora os pareciere tiempo, muy aparejado estoy de cumplir vuestro mandado.

Entonces Urganda llamó dos donzeles sobrinos suyos y tomó el mayor d'ellos por la mano, que muy apuesto donzel era, y dixo:

–Lisuarte, mi señor, este mi sobrino que yo mucho amo, os doy que os sirva y aguarde como buen escudero a su señor fazer deve, yo assí gelo mando y ruego, y sabed que ha nombre Urgandín.

Y el otro dio a don Lispán que lo sirviesse en todo lo que escudero servir devía, y avía por nombre Filidonio, y estos dos donzeles eran fijos de una sobrina de Urganda que ella mucho amava y quería. Entonces mandó a sus donzellas que les traxessen los dos líos de las armas; traídos ant'ella, los fizo desembolver y luego Julianda y Solisa sus sobrinas sacaron las armas para Lisuarte, que eran las mejores y más fuertes que en gran parte se

fallarían, ca por cierto que si su fortaleza tal no fuera no sacara Lisuarte las proezas que con ellas fizo tanto a su salvo y tanta gloria como ovo, las cuales eran d'esta manera: una espada de tanta bondad y fortalez<e>[a] que nunca podía quebrar por más golpes que con ella diessen en una dura peña no avía armadura aunque fuerte y rezia que resistiese su fineza, [y] era muy estrañamente guarnida; un yelmo no menos fuerte que estraño: era bermejo como si de la fragua ardiendo saliesse; el escudo grande y fuerte, el campo avía de fino colorado sembrado de cisnes blancos, por donde en muchas partes le llamaron el Cavallero de los Cisnes; las orlas del escudo no menos eran ricas que fuertes a maravilla, y traxeronle un cavallo grande y fiero que para el mayor gigante del mundo bastava. Las armas de don Lispán eran blancas como la nieve como a novel cavallero pertenecían; el escudo grande y rezio, y el campo de cárdeno muy fino cubierto de unas grandes y ardientes llamas de fuego a denotar que avía de ser abrasado y encendido en amores en su tiempo, y assí lo fue por la hermosa Castivalda, fija del rey Norandel, como adelante se dirá, por la cual devisa otrosí ganó el nombre en muchas partes que lo llamavan el Cavallero de las Llamas; las sobrevistas y señales de la misma librea; otrosí una muy preciada espada, y otro cavallo de gran bondad. [Y] diziéndoles Urganda:

–Plegá a Dios, fijos, que os dexen Dios lograr este buen aparejo y comienzo en su santo servicio y que assí creo yo que será por luengos días. –Entonces les dixo–: vós iréis en esta nave que aquí en el puerto está aparejada, y aportaréis en Roma y estas mis donzellas vos harán compañía, ca d'ellas mucha necessidad tendréis assí para mensajeras adonde os cumplieren como para reparar vuestras llagas cuando menester las ovierdes, ca en verdad os digo que, fuera<s> el maestro Elisabad, no ay en el mundo quien tanto d'este menester sepa como ellas; yo sé que os no pesará de os acompañar siquiera por ser en testigo de vuestras primeras proezas, ca ellas pornán espanto en los coraçones de los fuertes y mortal pavor en los flacos.

Lisuarte y don Lispán se despidieron de Urganda dándole muchos agradescimientos no con poca tristeza de se apartar de aquella que tanto amor les tenía y tanta honra les desseava, y con grande desseo de la fin de su viaje entraron en la nave que a la otra parte de la fortaleza en la mar era con sus escuderos y donzellas, y sus armas y cavallos, no con poca angustia de Urganda y soledad.

Pues siendo assí entrados en la nave, alçadas las velas, tomando los marineros la más derecha vía de Roma, tanto navegaron por la mar que a las vezes con buen tiempo y a las vezes con contrario, una mañana, quando el alva rompía, arribaron al puerto de Roma, onde siendo llegados Lisuarte y su compañía, las donzellas, siendo ya avisadas de lo que hazer devían por aquella gran sabidora Urganda su tía, vestidas de ricos y hermosos paños, que su natural hermosura mucho acrecentavan, haziendo sacar de la nave dos palafrenes muy estrañamente guarnidos, tomaron la vía de los reales palacios y llegaron a sazón que las mesas eran puestas, y el emperador se sentava a comer con la emperatriz su mujer y los dos príncipes y princesas, y en otras mesas muchos y muy preciados cavalleros de su casa; onde llegadas las donzellas a aquella gran sala tan ricamente ataviadas, allende que su natural ^{22r} fermosura y buen donaire todos fueron muy contentos y pagados de su llegada, endemás después que supieron su demanda. Las donzellas, quando vieron al emperador entre aquellos dos príncipes, muy bien lo conocieron, que su no menos graciosa que venerable presencia dava testimonio verdadero de su gran estado y dignidad; y, hincadas de

rodillas, hizieron gran acatamiento y le quisieron besar las manos, mas el emperador no gelas quiso dar, antes las rescibió con mucho amor y buen semblante diziendo:

–Buenas donzellas, vós seáis muy bien venidas; si buscáis a la emperatriz o alguna de las princesas, veislas aí.

–No buscamos –dixeron ellas– sino a vós, porque si lo que queremos d’ellas se pudiera alcançar mucha fiança tuviéramos en su virtud y nobleza que nos lo concedieran aunque lo no oviéramos servido, mas como es cosa que por vós se ha de aver, a vós mismo se ha de pedir.

–Demandad lo que quisierdes –dixo el emperador–, que, si con razón se puede hazer, nunca me faltó voluntad de complazer a las donzellas.

Las donzellas le besaron las manos por la merced que les hazía y empeçaron de dezir:

–Nosotras venimos de tierra estraña en compañía de dos donzeles de alta guisa, y como uno d’ellos dessea ser cavallero, sabiendo que en estas partes ni en todo el mundo a la sazón está la flor y prez de las armas como en esta vuestra corte, determinó de se no armar cavallero sino en ella por manos de vuestra magestad, y porque sabe cuánto más aficionados son los príncipes y cavalleros de conceder los ruegos de las donzellas que de los otros hombres, nos embió a impetrar el tal don de vuestra imperial nobleza, lo que él, concediendo con su acostumbrada virtud no solamente a nosotras como a intercessoras, mas a ellos como a recibidores, les hará señalada merced, y crea vuestra magestad que ambos son de sangre real y alta guisa, en los cuales toda honra se deve aver por bien empleada.

–Mucho nos plaze –dixo el emperador– de hazer lo que pedís, que por cierto vós avéis dicho hermosa razón, mas si vos plaze, dezidnos algo de la fazienda de tales hombres.

–Por agora no podemos dezir otra cosa –dixeron ellas– ca nos es vedado, mas tan estraña gente muy presto será en vuestro palacio.

Y faziendo muy gran acatamiento se tornaron por do vinieron. El emperador quedó hablando con sus cavalleros diziendo que, pues de tan lueña tierra venían aquellos donzeles y tal cosa querían encobrir, que devían ser de gran valor. Todos alabavan su propósito y demanda.

Llegadas las donzellas al puerto, dixeron a Lisuarte cómo lo avían recaudado del emperador que se fuessen luego derechamente a los palacios, que el emperador cumpliría su promessa, y assí se hizo, que Lisuarte se vistió unos paños muy ricos y preciados, estrañamente hechos cuales Urganda a sabiendas para tal hombre mandara hazer: sobre su cabeça no llevaba cosa alguna salvo peinados sus muy fermosos cabellos que de color de fino oro eran, espessos y ondados que los hombros le cubrían, junto con la estraña hermosura de su rostro no avía persona que de súbito le viesse que juzgasse ser hombre natural; avía el cuerpo grande y bien tallado, que por razón avía de aver en sí mucha fuerça, y assí la tenía él, que en su tiempo no ovo cavallero ni jayán que en fortaleza igual le fuesse. Don Lispán otrosí se vistió de unas ropas de seda jalde fechas a la manera de Grecia, y como era muy apuesto donzel a todos parecía muy hermoso, mas de Lisuarte vos digo que, tanto que fue en el palacio hizo su acatamiento al emperador y a los otros señores, todos quedaron espantados de su gran hermosura y en otra cosa no paravan mientes ni se hablava en todo el palacio. El emperador les fizo mucha honra diziéndoles que, cuando quisiessen tomar la orden de cavallería, que él aparejado estava de se la dar como avía prometido. Lisuarte le besó las manos diziendo que a otro día si la voluntad de Dios fuesse, pues la

suya ganada era, que velando aquella noche las armas recibirían de su magestad aquella merced, y, como el emperador avía muchos días que semejante aucto no avía fecho, determinó de lo hazer con mucha solemnidad por dar honra aquellos donzeles que en sus trajes y pareceres de alta guisa le<s> parecía[n], y los fizo honradamente aposentar en su palacio.

La noche venida, los escuderos traxeron los líos de las armas; Lisuarte y don Lispán se fueron a ^{22v} la capilla del emperador a velar las armas y assí se fizo, que toda la noche estuvieron de rodillas delante el altar de la Virgen María armados de aquellas frescas armas, rogándole muy afincadamente que aquel ábito que tomar querían fuesse endereçado en su servicio y de su bienaventurado Fijo.

La mañana venida, el emperador y la emperatriz y el príncipe Arquisil con la princesa Elisena su mujer y aquel príncipe de Cantaria Florisando, el rey de Cerdeña su padre, que a la princesa Teodora traía de mano, se fueron a la capilla adonde tenían vigilia los noveles para honrarlos en aquel auto. Onde llegados, fallaron los dos compañeros armados de todas armas salvo las manos y las cabeças, y les parecían en demasía más hermosos en aquellas fuertes y luzientes armas que en las ricas y preciosas ropas, endemás Lisuarte, que cuanto más aquellos príncipes y princesas en él paravan mientes, muy más les parecía fermoso en demasía y dezía entresí el emperador que nunca viera en el mundo tan fermoso donzel salvo al emperador Esplandián cuando era en tal edad.

Estando assí todos espantados de su fermosura, el emperador se llevo a él y le dixo:

–Fermoso donzel, tanto que la missa se dixere rescebiréis la orden que desseáis y vuestro compañero otrosí.

A esta hora el obispo de Ostia començó de dezir la missa con mucha solemnidad y bendixo los escudos y espadas y yelmos de los cavalleros. La missa acabada, el emperador se fue a Lisuarte y le dixo:

–¿Queréis recibir orden de cavallería?

–Sí, sin falta –dixo él–, que nunca cosa tanto he desseado.

–Pues jurad aquí –dixo el emperador– que bien y derechamente usaréis de la cavallería, que no desonraréis dueña ni donzella, mas antes las ampararéis de quien lo contrario les fiziere, que no haréis vileza ninguna contra esta noble orden que recibís, y que no dudaréis la muerte por la república, por vuestro rey, por vuestra ley, por vuestros amigos y defensión de vuestra tierra.

–Sí juro –dixo él.

–Pues agora lo sed en el nombre de Dios y él os dé tanta virtud y gloria en las armas cuanta fermosura os dio en la persona.

Entonces, calçándole la espuela diestra, le dixo:

–Agora sois cavallero, la espada podéis tomar de quien os más agradare.

Él suplicó a Florisando que gela diesse, y él gela ciñó muy apuestamente; Arquisil le enlazó el yelmo, don Florestán, rey de Cerdeña, le echó el escudo al cuello, y assí recibió la orden de cavallería. A esta hora don Lispán fincó los inojos ante el emperador suplicándole diesse licencia que de mano de su compañero recibiesse orden de cavallería, y el emperador con muy alegre semblante le dixo que le plazía; pues luego el Cavallero de los Cisnes, que assí fue llamado en quanto aquellas armas traxo, tomó a su compañero el mismo juramento, y poniéndole la espuela diestra suplicó aquellas señoras le diessen las armas por le hazer estremada merced, lo cual ellas luego cumplieron, ca la emperatriz le

dio el espada y gela ciñó muy lindamente; la princesa Elisena le dio el yelmo y la princesa Teodora el escudo. Y assí estos dos cavalleros fueron armados con tanta honra y solemnidad que no pudo ser mayor, y el emperador dixo al Cavallero de las Llamas riendo:

–Cavallero, agora os digo que ternéis más razón de hazer por las donzellas y dueñas, pues de sus manos ante que de los cavalleros quesistes tomar las armas.

–Por essa misma causa lo he fecho –dixo él–, que pues mi voluntad es siempre poner mi persona por su servicio a todo peligro y aventura, razón será de sus manos tomar las armas para con ellas con mayor gana executar mi desseo, ca en verdad digo a vuestra magestad que mejor tome cualquier empresa por mandado de cualquier mujer del mundo aunque de baxo estado que por el mejor cavallero del mundo.

–Gran razón es –dixo el emperador– que todas vos amen y precien, pues sus honras tanto estimáis y tanto su cavallero sois de coraçón.

Las princesas y donzellas todas estaban muy contentas de lo que dezía el cavallero novel y lo tovieron por hombre que manternía amor con lealtad, y assí lo fue como adelante oiréis; mas de la fermosura del Cavallero de los Cisnes estaban todas tan espantadas que no sabían qué se dezir.

Los dos cavalleros noveles fincaron los inojos delante el emperador, demandando licencia para ir a buscar las aventuras en que pudiesen ganar prez y honra o tomar muerte por subir a la angosta escalera ^{23r} de la fama.

–Buenos amigos –dixo el emperador–, quiero que seáis oy mis combidados, y después será vuestra partida cuando vos pluguiere.

–En todo caso –dixeron ellos– cumpliremos el mandamiento de vuestra magestad, endemás en esto que recibimos honra y merced.

Entonces el emperador los llevó consigo y aquellos príncipes y princesas y altos hombres que los honraron en aquel auto, y creed que, si el ábito de cavalleros rescibieron honradamente, que con más honra lo essecutaron y con muy grandes servicios. El Cavallero de los Cisnes sirvió al emperador la honra que en su corte se les fizo, por donde ninguna persona devría dexar de hazer honra y buenas obras aunque no conozca a quién las faze, ca despues hemos visto recibir d'ellos grandes galardones.

Pues entrados en las salas do las mesas eran puestas, el emperador los fizo desarmar en un rico aposentamiento y Brodangil de Rota, su mayordomo mayor, les fizo dar sendos mantos ricos y cubrieronse y vinieron a comer en una mesa que estava puesta para ellos solos, muy cerca de donde comía el emperador con los dos príncipes y el rey de Cerdeña. Y en verdad que si el emperador supiera quién eran los noveles cavalleros, que más honra se les fiziera en su casa, aunque por no ser conocidos muy grande se les hazía. Después que comieron y fueron servidos de muchos manjares como en casa de tan alto hombre se acostumbrava, siendo los manteles alçados, el emperador començó de fablar con el Cavallero de los Cisnes algunas cosas, y él le respondía con tanto tiento y discreción que el emperador se hazía maravillado de un cavallero novel de tan poca edad aver en sí tanto seso y cordura, y mucho más se assentava en su coraçó[n] que devía ser de alta sangre y linaje, y que según su presencia y faiciones no sería de pequeña nombradía en las armas. Entretanto el rey de Cerdeña y Florisando fablavan con su compañero y avían mucho sabor de le oír, ca en verdad era de los bien fablados cavalleros del mundo y no avía persona que una vez le oyesse hablar que no tuviesse gana de oír sus gracias.

¶ Capítulo xv. De cómo una donzella estraña cubierta de luto vino a la corte del emperador demandando socorro al príncipe Florisando.

LA FABLA NO era acabada, qu'el emperador y aquellos cavalleros holgavan de fablar con los noveles, cuando entró por el palacio una donzella estraña cubierta de luto y todas sus ropas negras, y no venía tan alegre como le era menester. Y llegada ante aquellos señores, preguntó por Florisando y él le respondió:

–Yo soy, buena donzella; dezid lo que queréis si es cosa que aquí se deva dezir, ca en vos ver en tan triste ábito me parece que vuestra venida os deve dar muy poco consuelo.

A la donzella se le cayeron las lágrimas por sus hermosos carrillos, ca en verdad tales los avía ella, aunque la tristeza a su fermosura mucho menoscabava; y esforçándose mucho, según la tristeza que sentía la aquexava, empeçó de dezir assí:

–Yo, señor, soy natural del reino de Dacia, y desde mi tierna edad serví a la infanta Sabina, fija del rey Garinto, rey de Dacia, en aquel tiempo qu'el rey Molabato vino a conquistar aquel reino; yo misma fui cativa con mi señora la infanta Sabina por su fijo llamado Rolando, del cual cativerio mi señora por el esfuerço de vuestra persona fue librada, aviendo vós batalla con Rolando, onde él, siendo vencido, como vós mejor sabéis, demandó a la infanta Sabina en casamiento y que se tornarí cristiano y tornarí las tierras tomadas al rey su padre. Pues fecho el casamiento, que pluguiera a Dios que no se fiziera, después qu'el rey Rolando la tuvo en su poder, y la llevó ^{23v} a las Islas Ircanias; como yo siempre desseava de la servir y ella de me hazer mercedes, siguiose que me fui con ella a aquellas tierras tanto estrañas, donde pensando yo sacar galardón de mi servicio saqué estas tristes ropas testigo de mi tristeza, ca devéis de saber que, tanto que Rolando fue en su reino, falló muchas fortalezas que se le avían revelado diziendo que rey cristiano no avía de regir pueblo de paganos. E como los más cavalleros que con él ivan se avían tornado cristianos simuladamente en Dacia, unos por dádivas, otros por temor, hallando allá tantos compañeros de su voluntad, declararon luego sus malas intenciones negando la fe que avían tomado, tornándose a su dañada seta y paganismo. Pues el rey Rolando, como por aver la infanta en su poder según era ciego por sus amores no la pudiendo aver siendo pagano, por satisfacer a sus inflamados desseos se hizo cristiano, mas no de coraçón. Teniendo agora la que tanto desseara en su poder y sus encendidos amores apagados con el agua de su desseo, se començó a resfriar el ferviente amor que de antes le tenía, y siendo señoreado de la codicia, regido por consejo del enemigo malo, se tornó como antes era pagano renegando la fe de Cristo, y porque la reina Sabina hazer no lo quiso la hizo poner en una esquivia prisión, diziendo que tanto que oviere parido, que es encinta, que le ha de hazer dar amarga y cruda muerte. Pues yo, viendo la gran desventura, traxe las tristes nuevas al rey su padre que tres días antes de mi llegada avía venido del socorro de la Ínsula de Mongaça y de la Gran Bretaña de ver al rey Amadís y al emperador de Costantinopla, su grande amigo, que nuevamente desencantados eran, la cual ida del rey Garinto dio grande atrevimiento al rey Rolando y a lo que hizo. Pues estando assí el rey de Dacia muy pensoso qué consejo sobre tal caso tomaría, el rey Rolando, de su maldad no contento, sacó de sus tierras grandes huestes y entró por Dacia haziendo muy cruda guerra, queriendo tomar el reino a su suegro, destruyéndole sus villas y fortalezas, por lo cual el rey de Dacia, vién-

dose ya viejo y cansado no tanto de la edad como d'este grande enojo, vos manda suplicar que, pues avéis sido otra vez defensor de aquel reino suyo, que assí lo queráis ser agora otra vez contra aquel malvado rey que la fe y palabra ha quebrantado que a vós mismo ha dado cuando en vuestra presencia él le dio su fija en casamiento, y que si vós no le embiáis algún socorro como de tan virtuoso príncipe se espera porque él no se atreve con su poca gente defender aquel reino de las manos de los enemigos ni resistir a sus grandes y soberviosas huestes. Yo, allende de lo que obligado sois a la virtud –dixo ella–, assí como donzella muy cuitada, si algo puedo alcançar con mi ruego, vos suplico que como ayáis sido defensor de aquel reino y ayudador al rey Rolando en su casamiento, que assí queráis agora ser castigador de su maldad y traición, y mantenedor y amparo de aquel señorío.

Mucho fueron maravillados todos de la demanda de aquella donzella, endemás Florisando, que avía visto los grandes amores del rey Rolando con Sabina y cómo tan presto se mudaron. Estava d'ello muy espantado y ovo d'ello y de su traición tanto pesar y saña que bien conocieron todos que estava señoreado de la ira, aunque de su mucho espantar no mostrava lo medio que sentía, y en verdad que era de maravillar según los grandes amores que el rey Rolando avía publicado por aquella hermosa infanta, por donde dos cosas bien se demuestran: la una, cuán engañosos suelen ser los hombres con las que bien quieren y cuán en breve el engañoso amor haze su curso; la otra, cuánta es la fuerça del amor que haze al hombre no temer su vida, menospreciar su honra, nunca poseer descanso ni menos tener alegría fasta que posea aquel deleite tras que anda. Mas yo juzgo el amor por mal cavallero que, aunque más esforçadamente pelea por la vitoria, después de alcançada no la sabe conservar, como a este malo rey Rolando aconteció, demostrándose tan penado por aquesta hermosa infanta no sintió la muerte del rey Molabato su padre, que ^{24r} a sus ojos tan desonradamente vido morir, no sintiendo él mismo ser vencido en campo con pérdida de la cosa que más amava y su gente y sanidad, y la más d'ella muerta y estragada y él, aun d'esto no contento, poniéndole mayor aprieto con su yugo, le fizo dexar la ley que antes tenía, renunciar las vitorias avidas, dexar las fortalezas ganadas solamente por ganar el amor de aquella hermosa infanta, y aviéndola alcançado en casamiento, veréis cuán ligeramente bolvió la rueda de bien querer que, como sea un fuego que abraza las entrañas y telas del corazón, no es de la calidad del fuego natural, que cuanta más leña le echan más se enciende, mas estotro fuego artificial de amor cuanto más leña tiene más se mata y como llama que se apaga con el agua assí el amor con la posesión de la que ama como aconteció a este Rolando, que siendo tan abrasado de los amores de aquella infanta era tan alexado de su poder que hizo lo que avéis visto por la alcançar, y después de avida, como cessava la causa por que la amava, cansó el amor que le tenía y de fuerte flaco y de ardiente frío y de amor se tornó en odio, y de bien queriente en enemistad, porque naturalmente vemos ninguna cosa firme permanecer en este mundo, assí el mucho amor después que d'él cae no para sino en grande odio, por lo que, concluyendo, digo que muchos casan por amores y después viven sin ellos y con dolores. ¡Ó engañoso y falso amor, ciego y movable, que tienes fuerça para fazer al hombre amar y no la tienes para que conserve luengamente su amor! ¡Bienaventurados son aquellos que son esentos de tus engaños y falsías!

Pues tornando al propósito, Florisando respondió a la donzella:

–Buena amiga, mucho me pesa de vuestra tristeza endemás de la fatiga de vuestra señora. Muy espantado me hallo de tal traición como ha acometido esse malo del rey Ro-

lando y del trabajo del rey de Dacia, que en verdad yo le soy muy grande amigo y me pesa de sus afanes. Reposad algunos días en esta corte, siquiera por alivio de vuestra pena, que aquí no faltará ayuda a esse rey de cuya parte la demandáis.

–En el corazón anegado en el piélago de la tristeza –respondió la donzella–, mi señor, alivio no puede aver hasta que cesse la tormenta de pesar que le guerrea, así yo jamás seré alegre fasta que vea a mi señora sana y viva y aquel rey Rolando castigado de su maldad, y pues que de vuestra virtud yo saqué la respuesta que esperaba, ir me quiero con tan buen recaudo al rey de Dacia que acá me embió.

Entonces los dos cavalleros noveles se levantaron en pie y dixeron a Florisando que ellos por su servicio aguardarían aquella donzella en el camino y después ayudarían al rey de Dacia en cuanto pudiessen mientras no iva su socorro. Florisando gelo agradesció mucho y ellos se fueron luego a armar de sus frescas y luzientes armas y se despidieron de la emperatriz y de las princesas y del emperador y de toda su corte. La donzella fizo otro tanto, ya algún tanto consolada, pues llevaba esperanza del socorro y en ninguna manera quiso reposar allí aquel día aunque mucho le afincó Florisando, escusándose ella que no podría tomar reposo estando su señora muy cuitada y en prisión, y su señor el rey de Dacia en gran aventura de perder su reino; solamente acordándole la palabra que le dava de socorro delante de tan altos hombres.

–Aunque palabra de tan altos príncipes –dixo ella– no tiene necesidad de ser más dada en público que en secreto, que en cualquier parte que se dé gran razón es que se cumpla.

–Assí se fara como lo prometí –dixo Florisando– y muy en breve. A Dios vais encomendada, buena donzella.

Y otrosí habló con los noveles cavalleros encomendándole[s] mucho la guarda de la donzella. Ellos le respondieron que, allende del cargo que tenían, por ser cosa de su servicio lo harían muy de grado.

Entonces se partieron de la corte, y entrando en su nave y la donzella del luto con ellos y su compañía partieron del puerto y anduvieron cinco días por la mar sin ver tierra. Al sexto día, antes que amaneciese, fallaronse cabe tierra firme. El Cavallero de los Cisnes mandó aportar la nave en tierra y mandó sacar los cavallos y palafrenes para su compañía y dixo a los marineros que, porque ^{24v} a ellos sería enojo esperarles en cada puerto, que se bolviessen a la Isla no Fallada de su señora y se la encomendassen mucho. Entonces encomendándolos a Dios cavalgaron en sus cavallos y las donzellas y escuderos en sus palafrenes, y caminaron por un recuesto de una montaña grande trecho; los escuderos le[s] llevaban las armas, y yendo assí fueron a dar a una calçada y allí dixo el Cavallero de los Cisnes:

–Sigamos esta carrera, que ella nos llevará al poblado y ende sabremos en qué tierra somos.

Pues yendo assí por su camino, vieron blanquear una fortaleza que muy lexos d'ellos estava, y porque se hazía tarde y por llegar a poblado se dieron mucha priessa. Y llegando más cerca de la fortaleza, vieronla fundada sobre una alta y brava peña, y vieron un grande río que passava cab'ella y el agua era muy grande y honda, y passavase por una grande puente de muchos pilares. A la entrada tenía una grande torre y en ella siempre avía guardas por que ninguno pasasse sin saber quién fuesse. Pues llegando el cavallero con su compañía cerca de la puente y queriendo entrar en ella, dixo la guarda de la torre:

–Cavallero no passéis assí la puente, que no es tan ligero el passaje como pensáis, endemás no sabiendo quién sois, id a leer aquellas letras de aquel mármol y veréis lo que vos cumple.

Llegándose el cavallero al mármol, vido un gran cuerno de marfil guarnecido de oro colgado de una gruesa cadena, y en somo del padrón vio las letras que dezían:

Cualquier cavallero que tocare a este cuerno sepa que no passará sin batalla, y si fuere vencido dexará las armas y cavallo o donzella si la truxere. E si fuere de Breñaña, del señorío del rey Amadís, será puesto en prisión o rescebirá amarga muerte.

Cuando el cavallero ovo leído el letrado fue muy maravillado de la sobervia del cavallero, y no sabía por qué razón assí desamava al rey Amadís, que con tanta razón de todo el mundo debía de ser amado. E aviendo gran sabor de la batalla quiso tañer el cuerno, mas la guarda de la puente le dixo que el señor de la fortaleza no saldría a tal hora a la batalla, que esperasse para otro día o pasasse sin tocar el cuerno.

–Eso no faré yo –dixo el cavallero–, antes quiero atender a mañana.

–No se avrá perdido nada –dixo la guarda de la puente–, ca muchos atienden muchas vezes su desventura.

–No sé como será –dixo el de los Cisnes–, mas de hazerlo tengo.

E bolviéndose a las donzellas dixo:

–Aquí nos cumple alvergar aquesta noche, que no podemos passar sin batalla.

Y cabe la ribera de aquel río, en las verdes yervas, según era verano, durmieron aquella noche con mucho reposo según venían fatigados del camino.

¶ Capítulo xvj. De cómo el Cavallero de los Cisnes se combatió con el señor de la fortaleza que defendía la puente y como le venció, y de lo que más avino.

OTRO DÍA, AÚN el alva no rompía, ya el cavallero estava armado de todas sus armas y dixo a Argandín su escudero que le enfrenasse su cavallo que por el campo andava, y llamó a su compañero que dormía diziendo:

–¡Acordad, cavallero, y vamos provar esta aventura!

–En el nombre de Dios –dixo él.

Y luego fue levantado y se armó muy apriessa y cavalgó en su cavallo, que Filedonio su escudero le tenía aparejado. Y llegando al padrón de la puente, el Cavallero de los Cisnes tocó el cuerno dos vezes tan rezio que la gente de la fortaleza que ende dormían despertaron con grande espanto. La guarda de la puente se assomó entre las almenas y le dixo:

–Mucho os aquexáis, cavallero, por la batalla, quiçá ^{25r} ante de poco os pesará de la aver hallado.

–Pues que tenemos ir nuestro camino –dixo él–, no querríamos hazer mucha detenencia.

–Pues tan ligeramente esperáis de vos partir d'esta batalla, tañed el cuerno otra vez y seréis ende satisfechos.

El cavallero lo tañó con tanta fuerça que parecía que la puente y la torre se caían, y a poco rato vieron salir de la fortaleza y entrar en la puente un cavallero grande de cuerpo y membrudo encima de un gran cavallo tordillo, un yelmo de azero muy limpio en su cabeça y un escudo partido con oro echado al cuello. Y llegando al cavallero le dixo por qué avía con tanta sobervia tañido el cuerno y a él despertado de su dulce sueño.

–¿Por qué vós assí queréis –dixo el cavallero– con mayor sobervia queriendo defender las puentes que a todos deven ser desembargadas y amenazar los que os mantienen?

–Según essas palabras –dixo el cavallero de la puente–, ¿de la casa del rey Amadís sois vós?

–Yo lo querría ser –dixo él–, en casa de tal hombre no se acojen salvo los buenos y presciados cavalleros.

–No sé de su prez –dixo el de la puente–, mas de sus locuras vos diré que no bastan las que haze por sus tierras, endemás por las ajenas las andan publicando; cierto que no ha por aquí passado ninguno que yo le oviera curado su mal seso y a su costa.

–Cierto creo yo –dixo el de los Cisnes– que si alguno d’ellos por aquí oviera passado, que él vos curara vuestra gran sobervia, y mayor locura que la suya no se podía curar pues no la tenía, que tan alto hombre como el rey Amadís no tiene en su casa hombres de tales maneras; lo que yo vos haré conocer en batalla que avéis dicho falsedad si sobre ello conmigo os osardes combatir, y por la gana que tengo de la batalla vos hago saber que soy cierto de su linaje.

–Agora soy más alegre –dixo el cavallero de la puente–, que en ti y tu compañero tomaré vengança de la muerte de mi padre qu’él mato que valía más que su linaje; y por saber en cuán poco te prescio por ser como dizes que eres de su deudo, tú y tu compañero venid a mí de consuno, que aunque a entrambos vos vença, no seré por ello muy ufano.

–Los cavalleros del rey Amadís –dixo él– no se suelen combatir con ninguna ventaja. Pues conmigo oviste las palabras, conmigo has de experimentar las armas, que mi compañero es tal que para ti y para otro cualquiera cavallero no tiene necesidad de compañía, y pues esto no se ha de averiguar por palabras, comencemos luego nuestra batalla.

Entonces se arredraron el uno del otro quanto un trecho de una piedra en medio de la puente, que muy ancha y llana era. Baxadas las lanças, cubiertos de sus escudos, al más correr de sus cavallos arremetieron el uno contra el otro muy bravamente, de manera que los cavallos con los pies de las losas de la puente hazían salir grandes centellas de fuego. Los cavalleros se llegaron a encontrar muy bravamente. El cavallero de la puente encontró al Cavallero de los Cisnes con tanta fuerça que la lança quebró en muchas pieças en medio de su escudo, mas mal no le hizo. El Cavallero de los Cisnes, como era de mayores fuerças, membrándose aquella hora de su padre, endemás siendo cosa que tocava al rey Amadís su abuelo, según tenía gran saña del cavallero le encontró muy bravamente en mitad del escudo que gelo falsó de claro en claro y detuvose el encuentro en el arnés, que era fuerte y bien mallado, y fue el golpe tan duramente dado que el cavallo se hizo atrás y ovo una espalda fuera de su lugar; el cavallero fue arrancado de la silla y puesto en tierra bravamente, mas luego fue levantado como aquel que se vía en aventura de muerte. Echando mano a su espada, dixo al Cavallero de los Cisnes:

–Cavallero, assí como a cavallo era mejor la justa de las lanças, assí a pie será más guisada la prueba de las espadas, ca vós avéis el cavallo sano y rezio y el mío es lasso y maltrecho, y a pie no avrá ventaja ninguna.

–Plázeme –dixo el Cavallero de los Cisnes–, aunque cavallero que pide batalla de dos cavalleros no deve hallar mejoría en cavallo del uno.

En diziendo esto apeose muy ligeramente de su cavallo y lo dio a Urgandín su escudero, y se fue contra él y començaron entre sí una brava ^{25v} y peligrosa batalla. E andando assí, combatiéndose por todas partes, haziéndose el uno al otro el más mal que podían,

el Cavallero de los Cisnes dio tan grande golpe al cavallero de la puente por el brocal del escudo que de arriba hasta abaxo gelo hendió y le cayeron las dos partes en la puente, y él, viéndose sin escudo, tomó la espada a dos manos y fue contra el Cavallero de los Cisnes y le dio tal golpe sobre el yelmo que si su bondad tanta no fuera le hiziera mucho mal, y fue el golpe tan duro que le hizo baxar la cabeça hasta los pechos. Mas el Cavallero de los Cisnes, viendo a su enemigo sin escudo, le començara de herir a su voluntad y cargar de grandes y pesados golpes, y dióle tal golpe sobre el yelmo que, aunque de fino azero era, no pudo escusar que las carnes no lazerassen y la espada no entrasse fasta el casco, y tras este le dio tantos y tan bravos golpes que desapoderado del aliento lo hizo caer en la puente tendido. Mas a esta hora era gran rebuelta en el castillo que se avía armado mucha gente para salir a matar los cavalleros. Y el de los Cisnes, parando mientes, vio venir tres cavalleros armados de todas armas diziendo a grandes bozes: *¡Cavallero traidor, aquí pagarás la muerte de aquesse que más valía que tú!* A esta hora el Cavallero de los Fuegos, tomando sus armas, se puso cabe el Cavallero de los Cisnes su compañero, el cual muy ligeramente cavalgando en su cavallo que Urgandín su escudero le tenía atendieron los enemigos, que muy denodados venían contra ellos, mas si sobervios y sañudos venían no hallaron los otros flacos y covardes, ca don Lispán los salió a recibir y encontró al que delante venía de tal fuerte que no le prestó loriga ni armadura que tuviesse que la lança no le saliesse a los costados y cayó como hombre tollido de muerte. Los otros dos cavalleros encontraron a Lisuarte muy bravamente sobre el escudo, que las lanças bolaron en pieças mas no le movieron de la silla, y al passar que passaron hirió al uno d'ellos tan bravamente sobre el braço derecho que la manga de la loriga le cortó y la carne hasta el huesso. Mas los cavalleros de la puente, no perdiendo por ello el esfuerço, con las espadas en las manos bolvieron a sus enemigos y travosse entre ellos brava batalla, mas la contienda turó muy poco, que el Cavallero de los Cisnes como león sañudo andava y herió de toda su fuerça al uno d'ellos sobre el yelmo que el arco de azero que le torneava otrosí le cortó el almófar y hendió la cabeça hasta los sesos, de que espantado el otro cavallero que con su compañero se combatía al más ir de su cavallo començó de huir contra el castillo llamando a grandes bozes a los hombres del castillo que le acorriessen. Pues viendo assí el Cavallero de los Cisnes la puente descombrada, se apeó de su cavallo y se fue al cavallero señor del castillo y le quitó el yelmo por ver si era muerto, el cual, como le dio el aire, començó de cobrar aliento y abrir los ojos, que tenía llenos de sangre de la ferida de la cabeça, y viendo su enemigo delante con la espada desnuda en la mano y su vida en gran peligro, le començó de dezir:

–¡Ó buen cavallero, vós avéis bien franqueado el passaje, agora vós podéis ir cuando quisierdes, que yo con harto mal me quedo!

–No me detengo yo por esso –dixo el Cavallero de los Cisnes–, salvo que quiero franquear la puente para de aquí adelante y cortaros essa cabeça onde mora tanta sobervia porque tan mala costumbre no mantengáis.

–¡Merced, señor –dixo el cavallero–, que en emienda de mi yerro yo haré la penitencia que me mandardes!

–Pues dadme la fe –dixo él– de hazer lo que vos mandare y asseguradnos de la gente del castillo que se arman contra nós, si no, a mis manos harán fin vuestras sobervias, y después será lo que Dios quisiere.

Y el cavallero de la puente dixo que todo lo compliría como mandasse; y dándole el de los Cisnes ayuda se levantó lo mejor que pudo y, viendo los dos cavalleros suyos muertos, ovo ende muy gran pesar y hizo que no los vía, y ^{26r} dixo a los cavalleros que se fuesen con él a su castillo y que guarescerían de llagas si las tenían y que harían su mandado. Ya caminaban para el castillo cuando salía el cavallero que avía huido con más de treinta hombres de servicio armados de coraças, lanças y capellinas, y venían contra los cavalleros. Y el señor del castillo los mandó luego bolver y que pusiessen las armas, y assí se hizo.

Entrados en el castillo, el Cavallero de los Cisnes y su compañero y sus donzellas y escuderos fueron aposentados, y el cavallero fue echado en un rico lecho y le curaron de sus llagas. Pues tanto que el cavallero fue curado, el Cavallero de los Cisnes se fue a él y le dixo:

–Cavallero, complid conmigo lo que dexistes, ca tengo que hazer en otras partes y no me puedo mucho detener, y dezidme por qué causa tanto desamáis al rey Amadís y por qué mantenéis esta mala costumbre, y después os mandaré lo que devéis ende de hazer.

El cavallero de la fortaleza le dixo:

–Sabed que el rey Amadís, siendo cavallero andante, mató a mi padre Ardán Canileo el Dudado en la corte del rey Lisuarte. A este tiempo que mi padre murió avía un año que yo nasciera; después que fui en edad, certificado por mi madre, que fue una dueña muy rica en esta tierra hermana de Dardán el Sobervio, que murió otrosí por causa de Amadís en Vindilisora, cuán crecida enemistad devía de aver entre mi linaje y el rey Amadís, viéndome cavallero de los mejores d'esta tierra, desseava siempre hazer alguna cosa en que a este rey pudiesse dar enojo, y porque en su casa solía aver cavalleros andantes que buscaban la aventuras por tierras estrañas, acordé de defender el passo d'esta puente porque, si acaso alguno de su deudo o mesnada por aquí pasasse, que por amor d'él rescibiese amarga muerte.

–No sé –dixo el Cavallero de los Cisnes– qué culpa tienen los cavalleros de su casa por lo que él hizo, que si en algo vos tiene enojado como buen cavallero en su persona tomar devíades la vengança o a lo menos irle a buscar a Bretaña, donde más aína podríades vengar vuestra saña, y no en esta tierra que por maravilla en diez años passara por aquí un cavallero de su casa.

–Assimismo lo tenía en voluntad –dixo él–, ca tanto que vinieran los hijos de Arca-láus, que andan a coger gente para ir sobre Bretaña a tomar los castillos que fueron de su padre, que el rey Amadís les tiene robados, luego con ellos avía de passar en Bretaña con muchos parientes y allegados míos de aquesta tierra para procurarnos vengança de quien tan gran destrucción ha hecho en nuestro linaje.

–Creo yo –dixo el Cavallero de los Cisnes– que si allá vais en essa manera que no faltaréis de ser todos destruidos, ca los que de vuestro linaje son muertos murieron porque eran malos y sobervios, assí harán todos los que les procuraren de vengar, mas yo vos quiero aconsejar en otra manera: y este consejo sea con escrevimiento y assí vos lo mando por la batalla que vos quité y la muerte que con ella se os acercava que, tanto que fuerdes sano y bueno, vais de aquí a Roma y vos presentéis de mi parte al emperador y al príncipe Florisando y diréis que el cavallero novel que la devisa trae de los Cisnes que con la donzella del luto salió de su corte manda besar sus reales manos, y le diréis todo como ha acontecido, y dende vos id a Bretaña al rey Amadís y poniéndoos en su prisión le perd<a>[o]nad el enojo que sin causa d'él tenéis, porque si a vuestro padre mató hizolo que cualquier bueno

hazer devría, endemás defendiendo su cabeça, que era prescio de la batalla, y presentalde de mi parte el cuerno de la puente con su cadena, y jurad que compliréis esto todo y que no manternéis más esta mala costumbre.

El cavallero assí lo juró y complió enteramente, ca tanto que fue sano se fue a Roma y contó al emperador y a Florisando las maravillas que avía hecho el Cavallero de los Cisnes. Y dende se fue a Bretaña y presentose al rey Amadís y le ofreció el cuerno de la puente con la cadena. Y el rey lo mandó ^{26v} colgar en el arco de cristal de su palacio por memoria de aquella aventura. Mucho era alabado aquel cavallero assí en Roma como en Bretaña, mas no avía ninguno que supiesse de su hazienda. Y este cavallero de la puente, que Madancedón se llamava, andava preso sobre su palabra fasta la merced del rey Amadís, la cual él después quebró, como adelante se dirá, y ovo d'ello muy duro castigo.

Pues tornando al propósito, tanto que esto ovo acabado, el Cavallero de los Cisnes, tomando fiança de Madancedón, se partió del castillo, quedando el señor d'él muy poco contento assí por su llegada, por la llaga que le avía fecho, como por su partida, por lo que le avía mandado hazer.

¶ Capítulo diez y siete. De cómo el Cavallero de los Cisnes se combatió con Orlistes en la floresta y lo venció, y de lo que más le aconteció.

PARTIDO EL CAVALLERO de los Cisnes y su compañero y la otra compañía del castillo de Madancedón, que Brava Peña se llamava, andando quanto una jornada del castillo, yendo por una floresta al más andar de sus cavallos (porque la siesta caía grande según era poco antes de mediodía), vieron venir por la calçada por donde ivan un cavallero armado de todas armas en un grande y hermoso cavallo castaño escuro, y el escudo avía negro y en él un león figurado de la misma color, pero avía las uñas blancas y los dientes y la boca bermeja, y bien les pareció que devía de ser de linaje de Arcaláus, pues sus armas y devisa traía. Y llegando los cavalleros los unos cerca de los otros se saludaron muy cortésmente. Mas el cavallero de la floresta, viendo los dos compañeros sin yelmos, que por la gran calura los no traían, mirando bien su estremada hermosura y poca edad bien cuidó que no podrían mucho valer en las armas; y mirando contra la donzella del luto, que la vio muy triste, le dixo:

–Buena donzella, ¿vós is mal acompañada?

–¿Porque lo dezís? –dixo ella.

–Porque vais tres donzellas con dos cavalleros, y por ende me parece que no is tan alegre como sería menester.

–No es essa la causa de mi tristeza –dixo ella–, antes si tan buena compañía no tuviesse muy más cuitada sería y afligida del pesar.

–Por todas vías me parece –dixo el cavallero– que vais en mala compañía, porque si vuestra tristeza se ha de remediar por armas más acompañada vais de donzellas que de cavalleros, y por esso dexad la tal compañía y seguidme y será el partido muy igual, ca iremos cada cavallero con su donzella, y, si vuestra tristeza por armas se puede curar, no hallaréis tal maestro en todas partes.

El Cavallero de los Cisnes se llegó a él diziéndole:

–Cavallero, más me parecéis desdeñador que cortés ni mesurado, y de creer es que si la cortesía del mundo se perdiessse no se cobraría en vós, según la muy poca criança y cortesía que en vós hemos visto. Dexad agora la donzella ir con quién va, que no va mal acompañada, y idvos vuestro camino si quisierdes.

El cavallero ovo en sí gran saña y respondió muy soberviosamente:

–Si yo no menoscabasse mi honra poniendo manos en un moço en ábito de cavallero, yo os haría que os costasse caro la locura que dexistes,^{27r} mas la poca edad tiene la culpa d'ello.

Entonces dixo a sus escuderos que tomassen la donzella por las riendas del palafrén y la llevassen para do ivan, y que, si ella no quisiesse, que la tomasse por fuerça y la llevasse uno delante de sí en su cavallo. El Cavallero de los Cisnes le dixo:

–¡Dexad la donzella!, no la penséis llevar, que yo os la defenderé a todo mi poder.

–Por tal defensa como la vuestra –dixo el cavallero– no dexaré yo de hazer mi voluntad.

Entonces mandó a sus escuderos que la tomassen por fuerça, pues ella de su grado no quería. El Cavallero de los Cisnes, vencido de la ira, assí como estaban sin yelmos, que por la calor no los sufrían, le dixo:

–¡Dios confunda tan dañada voluntad de cavallero!

Y llegándose más a él le dio tal puñada en los dientes a bueltas de las narizes que la cara le bañó en sangre y a pocas lo batiera en tierra si a las cervizes del cavallo no se abraçara. El cavallero ovo gran saña y a gran priessa tomó sus armas, y el de los Cisnes yendo otrosí a tomar las suyas, vido el escudero que ponía las manos en la donzella y que su compañero lo avía batido por los cabellos del palafrén en tierra, mas no pudo tan aína cobrar sus armas cuando, a todo correr de su cavallo, venía el cavallero de la floresta cubierto de su escudo y la lança baxa diziendo a grandes bozes:

–¡Guarte de mí, malaventurado cavallero, que aquí verás mal gozo de tu juventud!

El Cavallero de los Cisnes con mucha priessa no pudo tomar el yelmo, mas ni por ello dudó la justa; mas antes, cubriéndose de su escudo, puso las piernas a su buen cavallo y fue cuanto él llevar lo pudo contra su enemigo. El cavallero de la floresta tanto venía sañado que no acertó el encuentro, y el de los Cisnes le encontró sobre el escudo de tal suerte que falsándogelo le passó la manga de la loriga y el brazo izquierdo y lo echó a tierra por las ancas del cavallo, y como era de grande cuerpo dio tal caída que sonó muy grande trecho; y mandó luego a Urgandín su escudero que se apeasse y viesse si era muerto aquel cavallero, y él le quitó el yelmo y le vio como muerto, tanto era maltrecho de la caída, y mirando al troço de la lança dixo:

–No me parece, señor, herida de muerte, que la llaga no era lugar de peligro.

El Cavallero de los Cisnes preguntó a los escuderos, que le estaban pidiendo merced que no les hiziesse mal ninguno, pues ellos no tenían culpa haziendo lo que su señor les mandava, que quién era el cavallero herido y cómo se llamava. Ellos le dixeron que se llamava Orlistes, que era primo de los hijos de Arcaláus el Encantador y que venía con su mandado a Madancedón, el señor de la Brava Peña, que andava acaudillando gente para passar en Bretaña.

A esta hora Orlistes començó de se revolver por el campo con la gran cuita que avía. El cavallero se fue adonde estava y se puso sobre él amenazándole con la espada diziendo:

–Cavallero, creo que no llevaréis de aquesta vez la donzella aunque a ella no le pesará no ir en vuestra guarda, pues tan mal la supistes ganar mal la sabréis defender, y porque tan maltratáis a las donzellas, que muy honradas deven ser de los cavalleros, perderéis en pago de vuestro yerro la vida por castigo de vuestro atrevimiento.

El cavallero, oyendo hablar de perder la vida, esforçose mucho no para la defender con armas que no podía, mas con ruegos, diziendo:

–Vença vuestra virtud, señor cavallero, mi maldad como vuestra fortaleza venció mi sobervia, que del yerro que quería hazer me arrepiento mucho allende de la paga y penitencia que ya tengo.

–Ninguna cosa vos tiene pro –dixo él– si primero no juráis de hazer mi mandado.

–Sí juro –dixo él.

–Pues jurad de nunca más hazer tuerto ni desaguisado a dueña ni a donzella, ni que consentiréis a ninguno que gelo haga; y también os mando, por el juramento que avéis hecho, que tanto que guaresciendes de vuestra llaga vos vais a Roma y preguntad por el príncipe Florisando y presentaos delante ^{27v} d'él de la parte del Cavallero de los Cisnes, que poco ha que salió de su corte, y dezilde que le mando besar sus manos y le hago saber que ya comienço a hazer su mandado en guardar a la donzella del luto, y contalde la causa por que me acometistes y después hazed ver vós lo que quisierdes, mas yo os consejo que no sigáis mucho las mañas de los fijos de Arcaláus, que muy semejantes me dizen que son a su padre en toda maldad, porque si sus malas mañas seguís no faltará quién más poca piedad de vós aya.

Entonces mandó a sus escuderos que lo llevassen adonde guareciesse de la llaga, que de la sobervia començado era de curar. Los escuderos lo ayudaron a cavalgar, que apenas se podía tener en la silla, y lo llevaron al castillo de la Brava Peña, y tanto que fue sano fue a Roma y cumplió el mandado del cavallero, con lo que crecía tanto su fama en aquellas partes que a unos hazía maravillar y a otros grande embidia como de las tales cosas se suele aver. Y d'este cavallero Orlistes se hablará en su tiempo, que si él creyera lo que el cavallero le dixo no oviera después la muerte que ovo.

Pues el Cavallero de los Cisnes, yendo con su compañía su camino adelante, el Cavallero de los Fuegos iba diziendo mill gracias con que mucho templava la tristeza de la donzella, y aquel día la hizo reír lo que nunca ante le vieron hazer. Andando assí por la floresta, toparon una ribera de fresca agua do avía grandes árboles que hazían mucha sombra, y allí se apearon por tener la siesta, que caía grande, y comieron de lo que sus escuderos les traían, y bevieron de aquel agua que muy clara y sabrosa era, y reposaron allí grande rato. El Cavallero de los Cisnes dixo a su compañero:

–Buen amigo, ¿qué vos parece d'esta tierra?

–Muy buena, mi señor –dixo él–, mas la gente no es tan cortés como sería menester a cavalleros.

–No os maravilléis –dixo él–, ca en esta tierra, como tienen mucha parte los fijos de Arcaláus, ca todos los más son sus parientes y allegados, no es mucho tener poca mesura con las dueñas y donzellas, ca assí lo hazía el malo de su padre en otro tiempo, según todos andan alboraçados aparejando de passar en Bretaña. Verdad es lo que dixo Cosdroel en Costantinopla d'esta mala gente y de la liga que era hecha.

–Pues creed, señores –dixo la donzella–, que, mientras más adelante fuerdes, peor gente fallaréis.

–Cuanto peor gente –dixo el cavallero– peores demandas manternán y aventuras, e tanto más presto de Dios avrán el castigo.

E así estovieron hablando en muchas cosas, y como la siesta enflaqueció, cavalgaron en sus cavallos y las donzellas y escuderos en sus palafrenes, y continuando su camino dormieron aquella noche en el campo, que no hallaron ningún poblado.

Al otro día tomaron la vía que de ante llevaban por aquella tierra que hermosa parecía de arboledas, y anduvieron dos días sin hallar aventura que de contar sea ni poblado que alvergassen, y siempre alvergavan en las verdes y frescas yervas del campo, según que era en entrada del mes de mayo, cuando los campos son vestidos de linda librea y sus sobrevistas de diversas y estrañas flores y los árboles que avían quedado desnudos del invierno, no solamente son vestidos de muchas y verdes fojas, mas cargados de muchas y sabrosas frutas. Pues siendo este mes el más gracioso<s> de todo el año, el cavallero y su compañía no sentían mucho el camino, aunque fuesse por despoblados, porque sus escuderos, como ivan en rocines y grandes palafrenes, siempre llevaban qué comiessen en el camino allende de la mucha fruta que hallavan. Al tercero día fueron a dar adonde se hazía una encruzijada que dos caminos se ayuntavan, y avía en él una hermosa fuente que corría mucha agua, y tanto que llegaron a la encruzijada la donzella del luto conoció la tierra por la fuente y por la desventura que en ella le avía acontecido, y comenzó a entristecerse tanto que era maravilla. El Cavallero de los Cisnes, no mirando en ello, dixo:

–Buena donzella, ¿cuál de aquestos caminos tomaremos?

–¡Ay, señor cavallero –dixo ella gimiendo muy agramente–, tanta tristeza me trae a la memoria aquéste lugar a do estamos que de ninguna cosa que ^{28r} me preguntéis vos podré dar buena respuesta! Assí tengo el corazón cubierto de una nube de pesar que apenas puedo hablar de sentimiento.

–Mucho vos ruego, buena donzella –dixo él–, que me digáis cuál es la causa que aquí os haze ser más triste que en todo el otro camino, ca cierto mucho me fatiga vuestra tristeza.

–Assí se espera de los buenos y mejorados cavalleros –dixo ella– que avrán manzilla de una desdichada donzella como yo.

Y en diziendo esto comenzó a llorar muy esquivamente. El cavallero ovo mayor sabor de saber por qué hazía tan esquivo llanto, y comenzó de le ahincar mucho que gelo dixesse.

–Señor cavallero –dixo ella–, no queráis saber más parte de mis desventuras, que como ya sean passadas no se pueden escusar, y trayéndolas agora a la memoria no ternían otro fruto salvo doblarme más la tristeza y afligirme de nuevo este triste corazón, como la memoria de tales cosas suele hazer.

–Todavía os ruego –dixo él– que me lo digáis, porque assí como el plazer comunicado se acrecienta, assí el pesar y la tristeza se diminuye, porque las pérdidas passadas muchas se pueden cobrar y otras aver vengança, y las que esto no han tienen consejo y consuelo, pues en cualquiera d'estas maneras si vuestra cuita se puede valer, buena amiga, ya vós sabéis con cuánto desseo trabajaré por el cumplimento.

–Dios vos lo quiera galardonar –dixo ella– pues yo como flaca donzella no puedo. La causa que aquí me hizo tan triste es esta que oiréis.

»Yo, partiendo de Dacia para Roma, traía cuatro cavalleros de los buenos de mi linaje en mi guarda, y viniendo por este camino reposamos en esta fuente que aquí está y comimos de lo que traían nuestros escuderos y bebimos d'esta agua; mas la fortuna quiso que el comer fuesse de pesar, y el beber de amargura, que a aquella sazón llegó aquí un gigante muy sobervio, dessemejado assí en la grandeza de su cuerpo como en la maldad, y tanto que me vido me dixo que me fuesse con él a un su castillo que allí adelante tiene que me no vendría mal por ello. Yo le dix<o>[e] que otro viaje quería hazer más de voluntad que aquel que no entendía de hazer en ninguna manera. Él me dixo:

»-Pues avéis sido tan descortés que no avéis querido hazer mi ruego, yo vos porné en parte donde vos arrepintáis de no aver hecho mi mandado.

»Y queriéndome llevar consigo, los cavalleros que me guardavan, queriéndome defender, aunque todos cuatro de consuno le encontraron nunca le pudieron mover de la silla, y aquel qu'él encontró no le aprovechó escudo ni loriga que la lança no le saliesse a las espaldas y hiziesse miserable fin de sus días. Pues entretanto que los otros se defendían d'él muy esforçadamente, yo me metí por lo más espesso d'este valle temiendo la fin que vino de la batalla, y después supe por este escudero, que aquí viene que me alcançó en el camino, cómo el gigante avía prendido los tres cavalleros y sus escuderos y que creía, según ivan mal llagados que no vivirían muchos días, y que después que venció los cavalleros queriéndome prender y no me viendo quiso matar a este escudero que me traía de rienda, y él, dando del açote a su cavallo como era ligero y corredor, alexose d'él tan gran trecho que el gigante, aviendo el cavallo lasso y cansado con la pesadumbre que traía, no le pudo alcançar.

»Pues ved, señor, si tengo yo de ser triste y de nunca quitar este ábito y color que traigo, pues es traje tan conforme a lo de dentro, que creo que si la cobertura del corazón con la del cuerpo se provasse al toque que más negro fuesse, lo de dentro que lo que de fuera se parece.

-Mucha razón es -dixo el cavallero- que todos sintamos essa desventura, aunque por otra parte no nos deve mucho de pesar, que como eran cavalleros si peleando murieron esforçadamente, no solamente pagaron la deuda que devían a la muerte, más aún ganaron grande honra, pues murieron en las fuertes armas como es morir de buenos y presciados cavalleros, que pues eran deudores de la muerte sin tiempo y la pagaron, no solamente son quitos de la ^{28v} obligación, mas gozan de la libertad que el mismo vaso de muerte todos hemos de gustar cuando la hora viniere, sin que ninguno estorvar lo pueda. E lo que a mí me parece que se deve hazer en este caso es ir nós a esse castillo y saber si los que fueron presos son vivos y trabajar por los librar.

-¡Por Dios, señores -dixo la donzella-, no entre en vuestros coraçones tal follía, que es conoscidamente ir prender muerte y desonra, porque assí venció a aquellos cuatro cavalleros que eran de los mejores de Dacia como si fueran sendos niños, y vosotros, señores, por más que seáis esforçados, no sois más de dos, endemás de tan poca edad!

-Todo está -dixo el Cavallero de los Cisnes- en la mano de Dios; si aquí es venida la hora de la muerte no la podemos escapar, sino es venida que la busquemos para morir virtuosamente para quitar tan mal hombre del mundo, ca si en muy lexos tierra supiera las malas mañas d'este gigante, procurara de le venir a buscar, ¡cuánto más estando en su tierra y a la puerta en ninguna manera lo dexaré de hazer!

-¡Ay, señor -dixo la donzella- que soy tan desdichada que creo que por más bienandantes que seáis por solo yo ir en vuestra compañía vos acontecerán mill desventuras!

–Tened fiança en Dios, buena donzella, y perded el temor, qu'Él nos dará ayuda contra aquel su enemigo, porque si Él nos ayuda no ay fuerte cosa en el mundo que no vençamos.

–Adonde vosotros, señores, aventurardes tan presciadas personas, no ay cosa que una pobre donzella como yo dexede de aventurar. En el nombre de Dios vamos cuando mandardes.

¶ Capítulo diez y ocho. De cómo el Cavallero de los Cisnes mató al muy fuerte gigante Madrusián, y de la brava batalla que con él ovo.

ACABANDO LA DONZELLA de dezir estas palabras, luego los cavalleros y su compañía tomaron la vía de la mano derecha que iba a dar en el castillo del jayán, y aún no anduvieron mucho cuando assomaron a la cabeça de un montezillo y de allí vieron el castillo muy fermoso cercado de muro alto y torres espessas por él, y estava assentado a la entrada de un valle muy gracioso, y de cada parte avía una grande sierra de donde corrían muchas aguas y ivan a dar en el castillo, que del Valle Fondo se llamava, y cuanto más a él se acercavan más hermoso les parecía según era torreado y cercado de hondas cavas. Y llegando a la puerta del castillo, hallaron un pequeño postigo abierto, y antes que le impidiessen la entrada, el Cavallero de los Cisnes se apeó de su cavallo y entró dentro del castillo, y corrió la tranca corrediza y abrió las puertas ambas del castillo para que le metiessen el cavallo que por el postigo no cabía, y luego su compañero entró dentro en el castillo y las donzellas y escuderos; y él tomó su cavallo y armas, que en casa de tal hombre no esperaba que le guardarían fe ni mesura, mas antes harían toda traición. A esta hora fueron vistos de un hombre del gigante y empeçó a llamar a grandes bozes diciendo: ¡Armas, armas, señor, que entran en vuestro castillo! El gigante, aunque era de grande coraçón mu<hc>[ch]o fue espantado de tal nueva, y alçándose de la mesa, que comiendo estava, se assomó a una ventana de la sala y cuando no vido más de dos cavalleros perdió el alteración que en su coraçón tenía diziéndoles:

–Cavalleros, ¿qué buscáis en mi castillo, que sin licencia entráis donde no sabéis cuánto agradable será vuestra llegada?

El Cavallero de los Cisnes, ^{29r} para le mejor ver y hablar, alçó la visera del yelmo y aunque lo vido tan espantable, que era de los feroces gigantes del mundo, ni por esso perdió el esfuerço y ardimiento, antes le respondió no menos con mesura que con esfuerço:

–Según la justa cosa que te quereamos demandar, no tovimos necesidad de licencia para entrar a demandalla, porque si como debes nos la otorgas, aunque sin ella entramos, con ella nos saldremos.

–¿Qué es lo que queréis? –dixo el gigante.

–Queremos –dixo él– que satisfagas a esta buena donzella la pérdida que le has dado en le prender sus hombres y matar esos cavalleros que la aguardavan, y que lo semejante más no hagas, que no solamente no es oficio de cavallero, mas es gran desservicio de Dios.

El gigante, oyendo hablar de donzella, paró mientes a la donzella del luto y conosció que era la que él hallara a la fuente de la encruzijada, y respondió muy soberviosamente:

–Cavalleros, no sabéis lo que pedís, que essa mala donzella que aí está tiene toda la culpa en lo de sus cavalleros, que como yo la requiriesse de amores para la yo tener en este castillo por amiga, ella me menospreció como si fuera el más vil hombre del mundo. Sus hombres, si fueron locos en me acometer, ya ovieron la paga de su locura, y assí la oviera ella alevosa si no huyera. Mas pues agora la tengo en mi poder, viva la daré a comer a mis leones, y a vosotros, cavalleros, porque ella vos trae engañados y no me avéis conosciado, vos perdono las vidas. Idvos vuestro camino y dexad la donzella.

–La donzella es muy buena y leal –dixo el Cavallero de los Cisnes–, y no es buena razón para cavallero tan nombrado que ponga las manos en una flaca donzella, ca si no hizo vuestro ruego no vos era en deuda d'ello, endemás, aviéndole muerto sus hombres, queréis que muera ella por ser buena. En verdad que a poder que nós podamos no vengaréis en ella vuestra saña.

–¡Cómo! –dixo el gigante–, ¿quién me la defenderá?

–¡Dios –dixo el cavallero– y la justicia que nos dará esfuerço con que mantengamos su derecho y quebrantemos vuestra sobervia! Danos los presos que aquí tienes y satisfaze a la donzella, si no pornemos fuego a tu castillo en que ardas tú y tus hombres.

El gigante fue muy sañado y alçó los ojos al cielo diziendo:

–¡Ó dioses!, ¿cómo sofrís que yo sea abiltado de un mal cavallero que dentro en mi casa me amenaza? –Entonces baxó los ojos abaxo y dixo–: ¡no huyas, malaventurado, que en toda esta tierra no puedes guarescer, ca yo te haré que esta sea la postrera aventura que hagas en este mundo!

E quitose luego de la ventana muy airado. El Cavallero de los Cisnes començó a esforçar la donzella, que avía en sí gran pavor, diziendo que no temiesse peligro ninguno, ca según ella tenía justicia que Dios sería en su ayuda. E dixo a su gran amigo y compañero que si el gigante viniesse solo que le dexasse hazer aquella batalla hasta que desfalleciesse, y que entonces hiziesse él lo que devía.

A esta hora vieron salir al gigante armado de unas armas muy fuertes, de grandes fojas de azero y un yelmo grande y limpio en su cabeça, un escudo tan grande que de la mitad d'él se haría un grande escudo para otro cavallero que gigante no fuesse. El campo avía partido con dos colores, la una mitad de rosado y la otra de cárdeno sin figura ninguna. Traía un espada de largor de nueve palmos, tan ancha como una grande mano; meneavala y esgremiala tan ligeramente como si una caña tomara en las manos, y traía seis hombres consigo armados de coraças y hachas de azero agudas y bien tajantes. El jayán les mandó que prendiessen la donzella y los escuderos, y dixo a los cavalleros:

–Desdichados mancebos, aved manzilla de vuestra juventud, no queráis ver tan cruel verdugo de vuestras carnes como esta mi espada. Dexad las armas y la donzella y idvos en paz, ca cierto mucho me pesaría de vos matar, no por buen amor que os tengo por ser cristianos, que es la cosa d'este mundo que más desamo, mas porque no es mi honra poner espada en tan cativas cosas como vosotros.

–Hartas sobervias has dicho ^{29v} –dixo el Cavallero de los Cisnes–, pues ni por más que digas no nos puedes poner ningún espanto, ca no somos donzellas que de la vista de jayanes han pavor; por armas has de ganar la donzella y no en otra manera, que agora yo sé que no eres de la ley de mi Señor Jesucristo, mucho menos te temo que antes.

–Pues tanta confianza tienes en tu dios –dixo el gigante–, antes de media hora te haré que reniegues de su ley o te daré la más amarga muerte que no se dio a hombre.

–Pues –dixo el cavallero– no vienes aparejado para batalla como debes, ca estás a pie y yo a cavallo y con lança, o toma cavallo o dexaré yo el mío.

–Venid ambos a mí de la manera que estáis –dixo el gigante– y veréis cuán poco vos valdrá el poder de vuestro Dios que no passéis por el muy amargoso trago de la muerte y agudos filos de mi espada.

–Estando yo a pie como tú –dixo el Cavallero de los Cisnes –te tengo mucha ventaja, pues soy siervo de mi Señor Jesucristo y tú hijo del mismo Lucifer, padre de la sobervia.

E diziendo esto, con muy gran esfuerço se apeó de su cavallo y lo dio a su escudero, y cobriéndose de su escudo, con su espada desnuda en la mano arremetió para el gigante, que lo mismo venía para él, y començaron de se herir tan bravamente que el sonido de las armas se oía muy lexos. E como las armas eran fuertes y rezias sufrían los duros golpes que sobre ellas se davan. El fuego y las centellas de los yelmos parecían salir de ardiente fragua, las duras lorigas eran desmalladas por muchos lugares, de manera que las espadas se hazían sentir en las carnes. A esta hora el cavallero, apretando su espada en la mano, hirió al gigante por un canto del escudo, que grande parte le echó a tierra y descendiendo el golpe al quixote gelo cortó todo, mas otro mal no le hizo. El gigante le dio otro tal golpe sobre el yelmo a bueltas del escudo que le hizo poner la rodilla izquierda en tierra, que si la bondad del yelmo tal no fuera grande peligro passara el cavallero, y bien conoció que cualquier golpe que le diesse el gigante fuera del yelmo y escudo, que ningún armadura que toviesse le podría valer. Y con esto no perdiendo el esfuerço, mas le creciendo, pues con él avía de guardar su honra que en más tenía que a la vida, encomendándose a Dios començó de herir con mucha fuerça al gigante, guardándose mucho que no le diesse ningún golpe en lleno, ca de le cortar las armas y la carne o derribarle en el suelo no lo tenía por duda, mas como la grandeza de su corazón mayor fuesse que la fortaleza ni bondad del gigante, no dexava de le ferir por todas partes y rescebir en su escudo los mortales golpes que le dava. E andando assí en su braveza, el gigante le hirió tan duramente que sin que él estorvar lo pudiesse le derrocó una pieça del arnés y la espada le hizo sentir en la carne, de lo cual, aviendo gran saña, el cavallero fue contra el gigante y le dio tan gran golpe sobre la mano del espada que, aunque la manopla que muy fuerte era no fue cortada, quedó la mano tan atormentada y tollida que la espada se le cayó de entre los dedos a los pies del cavallero. El cual, viéndole sin espada, le començó de ferir de muy grandes y pesados golpes. El gigante los rescebía en el escudo sin bolver pieça atrás, esforçándose para tomar la espada, mas el Cavallero de los Cisnes le puso la punta de su espada en el escudo y lo puxo tan rezio que lo hizo a mal de su grado retraer bien atrás, y saltó sobre la espada porque el gigante no la tomasse y le començó a ferir muy bravamente. El gigante, viéndose sin espada, mas no por ello puesto en mucho pavor, determinó arremeter con él a braços y que, si aquello hazía, que vencido era el pleito según las grandes fuerças que tenía. E cobriéndose de su escudo, el cavallero le dio tan gran golpe en soslayo sobre el yelmo que gelo torció todo en la cabeça, y decendiendo la espada al hombro le hizo muy gran llaga, mas el jayán soltó el escudo para más desembuertamente se asir con él. El cavallero, que assí lo vido, desesperado ^{30r} y que traía el yelmo mal puesto, queriéndole echar en él sus fuertes braços, metiole la espada por entre la gorguera del yelmo y del arnés y le passó la garganta a la

otra parte, de que el gigante cayó luego tendido echando por la llaga la sangre en mucha abundancia. El cavallero, viendo aquel su gran enemigo tendido delante d'él, hincándose de rodillas dio muchas gracias a Dios por la merced que le avía hecho.

¶ Capítulo xix. De cómo el Cavallero de los Fuegos mató los peones de Madrusián, y de cómo el Cavallero de los Cisnes soltó los presos de la esquiva prisión en que eran.

ENTRETANTO QUE EL Cavallero de los Cisnes se combatía con Madrusián el gigante, los seis hombres que con él vinieron armados, queriendo complir su mandado, se fueron donde la donzella del luto era, queriéndola llevar presa como el gigante lo mandara; mas aquel esforçado Cavallero de los Fuegos, queriendo mostrar por obra los grandes desseos que tenía de defender y amparar las donzellas, se metió entre los peones como león bravo y en poca de hora los paró tales que cuatro d'ellos fueron muertos y tollidos, y los otros dos, aviendo gran pavor de su espada, hincados los inojos, dexando las armas, le demandaron merced, y él los rescibió a prisión.

A esta hora llegó el Cavallero de los Cisnes con la su espada en la mano tinta de la sangre del gigante, y preguntó a los dos peones qué se hiziera de los cavalleros y hombres que el gigante prendiera a la fuente de la encruzijada.

–Vivos son –dixeron ellos–, mas mejor les sería la muerte que la amarga vida que sostienen.

–Llevadme adónde están –dixo el Cavallero de los Cisnes–, que verlos quiero.

Entonces, quedando su compañero en guarda de las donzellas, él se fue con los dos hombres que le guiavan y entraron en una casa muy oscura y de gran tenebregura. El cavallero mandó traer lumbre, y uno de aquellos fue corriendo y traxo una antorcha encendida, y alumbró toda la casa que grande era, y debaxo de aquella avía otra casa veinte braçadas so la tierra, y descendían abaxo por una escalera de piedra muy grande. E la casa de abaxo era toda llena de agua y allí, en aquel algibe, tenía aquel gigante los presos que prendía, y, según la mala vida que les dava y sufrían, no avía hombre que allí viviesse medio año.

Llegado el cavallero a lo baxo de la escalera, vio los presos que estavam metidos en el agua fasta los muslos, y como allí hazían sus necessidades era el agua tan fediente que no avía persona que la sufriesse, endemás que los muertos que allí morían no los sacavan, antes allí podreciéndose se consumían, y estavam en pie cargados de fierro y una gruessa cadena que tenían al cuello que de una parte a otra tomava toda la casa, y la mayor gracia que se les fazía era dexarlos estar sentados en aquel gran hedor y tenebregura; no les davan de comer más de una vez al día, y en tan poca cantidad que siempre los aquexava la hambre. Cada día, ante de comer, los açotavan muy crudamente, teniendo a las manos unas esposas muy pesadas por que no tuviessen aparejo de se matar, como otros lo avían fecho desesperando de aquella amarga vida que tenían.

Pues los presos, viendo la lumbre y los hombres del gigante y el cavallero armado que los seguía, pensavan que los ivan a sacar para los matar, y holgavan en gran manera por dos cosas: la una por salir de aquella esquiva prisión en ^{30v} que eran, la otra por rescebir corona de martirio por la fe de Cristo. El cavallero ovo d'ellos tan gran compassión que las lágrimas le vinieron a los ojos, y dixo a los hombres del gigante que les quitassen las

cadena y sacassen de aquel terrible y ponzoñoso hedor que bastante era para matar en poco tiempo los que estoviessen allí. Los hombres del gigante hizieron luego su mandado. E quitándoles los fierros los sacaron de aquel algibe, y eran por cuenta quinze cavalleros y diez dueñas y donzellas, y onze escuderos, y salían tan desemejados que más color avían de muertos que de vivos, que era para lastimar los coraçones de quien los viesse. Los cuales, tanto que vieron el día claro y el gigante frío, muerto y tendido en aquel suelo, y que supieron que eran libres de la prisión, hincando las rodillas en el suelo, alçando las manos al cielo, dieron muchas gracias y loores a Dios que los avía librado de aquel cativerio. Los parientes de la donzella con mucho plazer la ivan a abraçar, mas ella les dixo:

–Buenos amigos, hazed acatamiento a esse cavallero que por su esfuerço y ardimiento sois librados de la cuita en que érades.

E assí aquellos como los otros se hincavan de rodillas delante d'él, unos le besavan las manos assí armadas como las tenía y otros la falda del arnés, otros le davan muchos agradescimientos. El cavallero, afrentándose de tanta honra como le davan, les dixo:

–Buenos señores, dad las gracias a nuestro Señor Jesucristo que os sacó de la cruel cárcel en que estovistes, ca yo muy poco vos valiera sino fuera por su ayuda.

Entonces mandó a los hombres del jayán y a sus escuderos y donzellas que proveyessen aquella gente de lo necessario y que los fuessen a aposentar. Los hombres del gigante dixeron que en el castillo lo avía muy abundosamente. E guiándolos a los palacios del gigante dieron a cada persona de aquellas que salían de la cárcel un lecho en que se acostasse para su cura y descanso del continuo tormento en que avían estado. Las donzellas del cavallero curaron primero de las dueñas y donzellas que salieron de la cárcel, y después de los cavalleros, que aunque estaban vivo[s], si tam bien no fueran curados más cercanos estaban de la muerte que vezinos de la vida.

Entretanto, los dos cavalleros estaban mirando la hermosura y fortaleza del castillo y assiento de sus palacios. Y estaban otrosí espantados de la grandeza del gigante y como en tan grande fortaleza no avía más gente de la que avían visto, no menos siendo otrosí espantados de la esquiviza de su cárcel y algibe. De guisa que deteniéndose grande rato les avino lo que agora oiréis.

¶ Capítulo xx. De cómo el Cavallero de los Cisnes se combatió con el gigante Enceleo el Montés, padre de Madrusián, y lo mató ganándole su castillo.

DEVÉIS DE SABER que este Madrusián era hijo de un gigante llamado Enceleo el Montés, que era el más fuerte y el más desemejado del mundo assí en la grandeza de su cuerpo como en fortaleza, nunca falló gigante que él no fuesse mayor un pie. Fue muy sobervio y perseguidor de cristianos. Llamose el Montés porque fue nascido y criado en una montaña, y lo más de su tiempo andava en los montes a matar ossos, leones y otras muchas fieras alimánias, y las tomava vivas y traía a su castillo^{31r} y las criava en un gran corral que para ello avía mandado hazer. Era de tanta bondad en armas que nunca halló quién igual le fuesse ni menos en ligereza, que cuando era mancebo muy pocos cavalleros avía que corriessen más que él, lo cual era maravilla por ser él gigante, que como eran de

tan crecidos y pesados cuerpos no podían correr mucho por la gravedad y pesadumbre de sus miembros, ca al tal ejercicio requierese los hombres muy livianos, mas lo mesmo tenía este gigante, assí por natural manera como por continuo exercicio. Nunca halló gigante por fuerte que fuesse que le mantuviesse campo sino fue el famoso Brutervo de Anconia, que cuando eran cavalleros mancebos ovieron entre sí batalla que turó todo un día y fue la más esquiva y espantosa de todo el mundo. Mas nunca se pudieron vencer el uno al otro hasta que la noche y otros jayanes que eran presentes los despartieron porque no muriessen tan buenos hombres. E aún se dize que fue peor herido Brutervo, porque este Enceleo era más ligero y hería más a su salvo y seguro.

Pues agora sabed que al tiempo que el Cavallero de los Cisnes llegó al castillo y ovo la batalla con Madrusián su fijo, este gigante armado de todas armas era ido a esperar una sierpe muy cerca del castillo en un passo, que pocos días avía que le comía sus ganados y pastores. E cuando Madrusián fue muerto, muchos de los hombres del castillo huyeron por una puerta falsa que estava a la otra parte del muro y fueron a llevar las nuevas a Enceleo de la muerte de su hijo donde estava atendiendo la brava sierpe. Y como el amor natural que es entre los padres y los hijos assí sea entre los bravos gigantes como entre las otras gentes, este gigante ovo muy gran sentimiento de la muerte de su hijo. Y vencida su muy brava y esquiva condición, las lágrimas le vinieron a los ojos y <e>[e] caían por su cara y espantosa barva, e dixo gimiendo muy bravamente:

–¿Qué hazes, Enceleo? ¿En qué te detienes, que no vas a vengar la muerte de tu hijo, el mejor cavallero de aquesta tierra?

E con esto se le creció tanto el sentimiento que dio dos muy tristes gemidos que sonaron gravemente y sus hombres quedaron espantados, mas él les dixo:

–Venid vosotros empós de mí y veréis la cruda vengança que hago por la muerte de vuestro señor, que a tantas cruexas se no harán en el mundo quantas yo haré en aquellos miserables cavalleros que le han muerto, que aunque mucha honra ganaron en le matar yo haré que la vitoria sea buelta en amarga y triste muerte para ellos.

Y crecióle tanto el coraje que se paró tan espantable que los suyos dél mismo avían mortal espanto, y a la mayor priessa que pudo tomó la vía del castillo. Y entrando por la puerta por do los hombres avían salido, llegó a tiempo que el cavallero avía mandado desensillar su cavallo pensando no aver otra puerta en el castillo salvo por la que avía entrado, que cerrada era. Su compañero se avía ido a desarmar para proveer en el remedio de los que avían salido de la cárcel. Y él se andava paseando por un gran patio muy llano que ende era donde el gigante estava muerto. Mas aquella hora Enceleo dio grandes y espantables bozes diziendo que se guardasse, que él le pagaría la muerte de aquel que a sus pies tenía. El cavallero fue espantado, y mirando atrás vio aquel gigante tan desemejado que se espantó cómo el cavallo, aunque muy grande era, lo podía traer. Venía cubierto de un escudo muy grande, blandiendo una lança gruessa que assí la doblégava que por pocas la no quebrava entre las manos. El cavallero, assí como estava a pie, le atendió sin punto de pavor cubierto de su escudo, su buena espada en la mano, temiendo más la vergüença que la muerte. El gigante le firió con la lança sobre mano con tanta fuerça que el escudo le pasó en claro por más fortaleza y bondad que en sí avía, mas otro mal no le hizo. Y el cavallero, que no estava de espacio, dio tan gran golpe al cavallo encima de las manos que la una ^{31v} cercén y la otra casi le cortó, de que el cavallo cayó con el gigante muy gran caída y él fue

muy atormentado, mas levantose muy furioso, que parecía echar llamas de fuego por los ojos según los avía grandes y encarniçados, y echó mano de una gran maça de azero con muchas púas que traía colgada de una muy fuerte cadena, y él sobrava al cavallero, aunque de razonable cuerpo era, más de cuatro palmos en altura. E alçó la maça por le dar en la cabeça, pensando hazérsela dos partes, y detuvose tanto en dar el golpe que el cavallero tuvo tiempo en se desviar dando un salto al través, y como el golpe era de muy gran fuerça fue a dar en una losa del patio y hizo salir d'ella mucha lumbre y partiola en dos partes, y antes que el gigante alçasse la maça por le dar otro golpe, el cavallero le dio con la espada sobre el braço izquierdo, que, aunque la manga de la loriga gruessa era, no pudo sufrir que la espada no la cortasse toda y el braço cabe el hombro hasta la cañilla. Y el gigante, no pudiendo sufrir el peso del escudo por la herida del braço, lo soltó muy aína y tomó la maça con dos manos y fue a más andar contra el cavallero por lo herir en la cabeça, y él alçó el escudo y rescibió en él el golpe, el cual fue tan grande que las embraçaduras todas le quebró y el escudo se le cayó en el suelo y la mano le quedó atordida del gran golpe. Cuando se vido sin el escudo en tan gran peligro, mucho sintió la pérdida del escudo, que pues no lo quebrara de tal golpe bien vio que grande era su bondad, mas ni por ello dexó de herir al gigante, y lo herió tan duramente con toda su fuerça sobre el yelmo que gelo hendió por medio y le hizo una gran llaga en la cabeça, de que el gigante mucho se sintió, mas la gran furia le hazía no sentir el grande mal que avía y fue para herir al cavallero otra vez, ca de que le vio sin escudo bien creyó que de un golpe le echaría muerto en aquel campo. Y el cavallero, temiendo aquello mismo, no lo osó aguardar sin escudo, mas fuese retrayendo para donde estava el gigante muerto para le tomar el escudo. Y Enceleo lo seguía diziendo:

–¡No huyáis, malaventurado cavallero, que no podéis guarescer que no muráis a mis manos!

El cavallero tomó a grande priessa el escudo del gigante Madrusián, y embraçándolo muy desembuertamente, esperó al gigante, que con mayor arremetida venía por le herir, y él alçó otra vez el escudo por amparar la cabeça; el gigante le dio tan gran golpe sobre él que cuantas púas de la maça en él se hincaron en tantas rajas, lo hendió de arriba abaxo y el brocal del escudo alcançándole en la cabeça; con la gran fuerça del golpe le hizo entropçar por caer y no lo pudo herir de aquella vez, e como el gigante de toda su fuerça a dos manos diesse aquel golpe, la cañilla del braço, que casi cortada era, con la fuerça que puso quebró d'él todo los otros huessos con ella, y el braço le quedó colgado en el poco cuero y manga de la loriga que quedara por cortar, y sintiendo grande dolor dio un gran bramido que las donzellas que estavam a las ventanas de la sala y la otra gente que saliera de la prisión fueron puestos en pavor, diziendo el gigante:

–¡Ó, mis dioses! ¿Cómo queréis que yo sea escarnido por un cavallero, que en vuestro servicio y loor he vencido siete en campo?

Mas ni por ello dexó de se querer defender hasta la muerte y alçó la maça otra vez para le herir. El cavallero le quiso cortar el cabo de la maça con el espada y diole de toda su fuerça en la muñeca derecha, de guisa que luego se le cayó con la maça en el campo, de que el gigante quedó tollido y puesto en gran pavor. El cavallero le hería de muy bravos y esquivos golpes trayéndole a una parte y a otra, de guisa que quebrándole los lazos del yelmo se le cayó en el campo y le dio tal golpe en la cabeça desarmada que se la fendió hasta el pescueço.

A esta hora su compañero, que se avía ido a desarmar, llegó a grande priessa, y cuando vido el gigante muerto, fue contra sus hombres que se guisavan para combatir al cavallero.

^{32r} El enojo que llevaba bien se parecía en los mortales golpes que les dava, que cuando el cavallero por él miró, vio que tenía tres d'ellos muertos y tollidos a sus pies, lo cual viendo los otros se pusieron en huida y él no los siguió, antes se fue al Cavallero de los Cisnes y, viéndole las armas rotas por muchas partes, le preguntó qué tal se hallava.

–Bueno, a Dios gracias –dixo él–, para entrar en otra batalla, ca no he llaga para que la dexasse.

–Endemás si fuesse de jayanes –dixo su compañero–, que según lo que en esto avéis mostrado, de creer es que si por sus tierras mucho anduviéssedes, que quitariades esta mala y soberviosa gente del mundo. Mas pues assí avéis librado, vámonos a reposar, ca mucho menester lo avéis.

Mas primero el cavallero mandó que cerrassen las puertas del castillo porque no les tomasse otra tal aventura no siendo apercebidos, y assí fue luego cumplido. Y él se subió a los palacios adonde estaban sus donzellas y la gente que librara, todos muy ledos y pagados por la vitoria que Dios le diera, y él gelo agradesció mucho y los hizo curar y tener en mucho cargo, y después se desarmó y sus donzellas le curaron las llagas que avía que, aunque eran grandes y feas, no eran en lugar peligroso. Y cenaron con mucho plazer después de aver passado tal afrenta, y antes que se acostasse, el cavallero hizo llamar a los tres hombres que quedaran del jayán y les dixo:

–Vosotros, ¿qué queréis ende fazer?

–Lo que vós nos mandardes, señor –dixeron ellos–, ca, pues nos distes las vidas, en cuanto ellas turaren razón es que os sirvamos.

–Vosotros –dixo él–, si queréis ser buenos y leales, podréis quedar en este castillo donde avréis la honra según las obras que hizierdes, y si a otra parte queréis ir, desde aquí vos otorgo mi licencia.

–Más queremos, señor, ser cativos de tan esforçado y noble cavallero –dixeron ellos– que tener toda libertad en poder de otro que tanto no valga.

Y assí quedaron estos hombres en el castillo y les rogó que toviessen cargo de curar de aquellos enfermos y les proveyessen de vestidos, que en aquello le harían mucho plazer.

–Assí se hará, señor –dixeron ellos–, ca mucho aparejo ay acá, assí de muchos paños como de armas y cavallos para los cavalleros.

E assí servían estos hombres con mucha diligencia y lealtad, y después fueron cristianos y vivieron siempre en servicio de la donzella del luto, que Luciana se llamava, que después fue señora d'este castillo, como adelante oiréis.

¶ Capítulo xxj. De cómo el Cavallero de los Cisnes se despidió de los cavalleros que sacara de la cárcel y se partió para el reino de Dacia.

DIEZ DÍAS ESTUVO el cavallero en el castillo del Valle Fondo curándose de las llagas que oviera en la batalla de los gigantes, en el cual tiempo muy curado fue de sus donzellas y visitado de Luciana, tanto que de cabe su lecho no se partía.

Pues siendo él guarescido y en disposición de tomar armas, fue a hablar a los cavalleros y donzellas que sacara de la prisión, que aún no podían convalecer de la gran cuita en que avían estado, y les habló en esta manera:

–Buenos cavalleros y donzellas, hasta aquí no os he hablado en vuestro delibramiento por no aver tenido tiempo para ello, mas agora, pues me conviene partir d'este castillo, quiero saber primero vuestra ^{32v} voluntad si os cumple algo antes de mi partida, por ventura no me veréis tan aína como pensáis si Dios me dexa salir con vida después que ayudare a esta buena donzella en un tuerto que le es fecho; tengo de andar por tierras estrañas y apartadas y no podré entonces hazer por vós lo que agora haría muy de grado, queriendo otrosí saber tanto que fuerdes remediados de vuestro mal si queréis quedar en este castillo o que es lo que ende entendéis de hazer.

Luego aquellos cavalleros y donzellas, por no hablar todos en confusión, rogaron a un cavallero muy presciado que entre ellos estava que fablase por ellos todos, mas él lo rehusava, y tanto le afincaron que lo ovo de hazer diziendo:

–Señor cavallero, assí en la quedada como en la partida y en todo tiempo que de vida nos quedare no podemos ál hazer salvo vuestro mandado; todos vos desseamos acompañar en este camino para encomençaros a servir la gran merced que nos avéis hecho y poner en execución los grandes desseos que para ello tenemos.

–Mucho os lo agradezco –dixo el cavallero–, buenos señores, la buena voluntad que assí no me falta ella para que en lo semejante os lo no sirva assí en las obras como en el dessear; creed que si entera sanidad y disposición os sintiera mucho os rogara que todos hiziéramos este viaje, porque de vuestra compañía no me podía venir salvo mucha honra, y assí en esta ida no consentiré que ninguno de vosotros vaya conmigo antes que seáis curados de vuestras dolencias del cautiverio de Enceleo el Montés y Madrusián su hijo, que quedéis en libre liber<d>[t]ad de os ir a do quisierdes, y yo assí os lo ruego que vos vayáis a vuestras tierras, que mucha necessidad tenéis de reposo, según el esquivo tormento en que avéis estado.

–Aunque los cuerpos sean flacos, buen señor –dixo el cavallero–, están los coraçones esforçados de mucha voluntad y vestidos de mucha gana para os servir.

–Mucho os lo agradezco –dixo él–, mas al presente no lo acepto hasta que seáis en vuestras fuerças y sanidad, y si después os quisierdes ir a Roma, mucho plazer me haréis, que las donzellas se presenten de mi parte a la princesa Elisena y a la princesa Teodora, y los cavalleros al emperador y al príncipe Florisando, y contalde vuestra desventura y lo que avéis visto, que, según la gran nobleza y virtud de aquella corte, mucho seréis todos remediados de vuestra necessidad y pobreza.

Todos dixeron que les plazía, ca en toda cosa que sintiessen que le plazería que a todo su poder la complirían, endemás aquella que era su provecho y grande honra.

–Mas ¿quién diremos que nos lo manda?

–De la parte del Cavallero de los Cisnes –dixo él– que salió con la donzella de luto que iva para Dacia.

–Assí lo faremos –dixeron ellos–, y los más que aquí estamos somos del imperio y conocidos del emperador.

Entonces llegaron los tres cavalleros primos de la donzella y dixeron:

–Señor, nós no podemos dexar de hazer vuestro mandado, por ende vos suplicamos que nos deis licencia que vamos en vuestra compañía para el rey de Dacia nuestro señor, que pues la desventura nos impidió a acompañar a esta donzella hasta Roma, que vós nos dexéis acompañarla hasta su tierra.

–No ay cosa –dixo él– que yo no fiziera por ser vós cavalleros, endemás por tener deudo con esta buena donzella, a la cual yo desseo hazer toda honra y plazer, mas no me parece guisado que, según estáis maltrechos de la desventura passada, que entrásedes en camino, allende que quedaría esta fortaleza desmamparada, que a tanto afán y peligro se ganó siendo tan rica y tan buena.

–Esta tierra, señor –dixo uno de los hombres del jayán–, a maravilla es buena y de muchos vassallos, y muchos más oviera, mas como eran apremiados d'estos jayanes no osavan poblar la tierra, los cuales rescibían muchas injurias y afrentas, y a las vezes amargas muertes, que vivos los echavan a sus leones; onde agora, viéndose librados de tan esquiva sujeción, averse han por bienandantes de tal señor y la tierra será tan poblada que la no aya mejor otra su vezina, ca de su grandor ninguna le tiene ventaja –y así lo fue dende en delante.

Entonces el cavallero rogó a los cormanos^{33r} de la donzella que quedasse[n] en aquella fortaleza y tratassen bien los vassallos fasta que él proveyesse lo que era necessario, que cuanto era para acompañar la donzella que ellos la acompañarían como fasta allí avían hecho, la donzella otrosí les afincó que lo fiziessen, que, pues allí avían estado presos en la más espantosa prisión del mundo, que holgassen de quedar en ella en nombre del cavallero; ellos le dixerón que así lo harían muy enteramente, no solamente de la guardar, más aún, de adquerir más tierra y vassallos, y él gelo agradesció mucho y dixo a la donzella:

–Buena señora, antes que comamos veamos si os aplaze el corral de los leones.

–Mucho será alegre –dixo ella– por ser cosa que nunca he visto.

Y fueron allá y los hombres del castillo los guiavan; y llegando al corral el uno d'ellos abrió la puerta y los leones, que siete eran, vinieron a la puerta conociendo aquel que les solía dar de comer; y como vio que estaban hambrientos dio a cada uno su cuarto de cabra. Eran los más feroces y espantables del mundo: el uno d'ellos, el mayor, se vino al hombre halagándolo con la cola y lamiéndole las manos con tanta mansedumbre como si oviera sido nascido y criado en casa, y echose a sus pies tendido. El cavallero se maravilló de un león ser tan domado y doméstico, y preguntó al hombre que si fuera del corral si hazía mal; él dixo que no en su compañía, que bien lo podía llevar a todas partes del mundo.

–Pues mucho vos ruego –dixo el cavallero– que vós vais con los cavalleros y donzellas que han de ir a Roma y llevad este león con vós y daldo de mi parte al emperador, ca mucho será alegre con él y galardonará bien vuestro trabajo y quedad con él, que mucha honra os fará por su nobleza y por me fazer a mí merced que a él os embío.

–Mucho me plaze –dixo el hombre– porque desseo serviros y adonde quiera que me mandéis servir a vós mesmo fago el servicio, y llevaré el león como mandáis, que no será pequeño don en aquellas partes.

Luego el cavallero con la donzella se fue a comer y fallaron las mesas puestas y bien aparejad[as], y desde ovieron comido el cavallero mandó ensillar sus cavallos y palafrenes para las donzellas, y él y su compañero se despidieron de aquellos que avían librado de la cárcel con mucho amor, quedando ellos con muchas lágrimas, pesándoles de corazón porque su mal les embargava por se ir en su compañía a le servir la gran merced que les fiziera en su libramiento. Y así se partieron los dos compañeros del castillo quedando todos con su partida muy tristes, y quedavan todos en tanta gana de le servir en lo que pudiessen; que tanto que se fallaron mejorados de su enfermedad y mala disposición de la cárcel, fizieron luego su mandado y se fueron luego derecho para Roma y se presenta-

ron de la parte del Cavallero de los Cisnes como les era mandado, y contaron las grandes maravillas que fiziera en la muerte de los dos jayanes padre y fijo y en los librar de tan esquivia prisión.

El emperador, como era de los nobles cavalleros del mundo, los rescibió con mucho amor faziendo a los cavalleros muchas mercedes y muchas más las princesas a las donzellas, y la fama era tal del novel cavallero entre aquellos príncipes y cavalleros de Romanía que no se hablava salvo en su estremada bondad, especialmente el emperador y Florisando, que mucho oyeran mentar aquellos dos gigantes, y avían sentimiento de no le aver fecho más honra en su casa porque su graciosa presencia y hermosura bien mostrava su alto lugar y gran hecho de armas, y el emperador fue muy alegre con el león que le hombre le dio preso por una trailla, porque era tan manso que andava por una sala tras el hombre que lo llevaba que no avía persona que lo viesse que no oviesse pavor tanto era de espantable, y después vino en tanta mansedumbre que sin el hombre andava tras el emperador y se iba con él a missa y por la ciudad sin hazer mal a persona, por que el emperador era muy alegre no tanto por el león, que era hermosa cosa de ver en corte de tan alto hombre, como por se lo embiar aquel cavallero novel que tanto amava en su corazón por le aver dado orden de cavallería y aver salido de sus manos fruto de tan alta bondad. Y avía pocos ^{33v} días que llegara a su corte Madancidón, el señor de la Brava Peña, y atendía cada día una fusta para passar en Bretaña. Éste, oyendo dezir de la muerte de los jayanes, dixo al emperador:

– Señor, no me deve de pesar mucho por ser vencido de aquel cavallero, pues los dos más fuertes jayanes del mundo fueron por él vencidos y muertos, que de creer es que en el mundo no avía jayán de tanta nombradía como aquel bravo y temido Enceleo y Briontes.

Lo mismo confirmó el otro cavallero Orlistes, que el de los Cisnes venciera en la floresta cuando le quisiera tomar la donzella Luciana, y tanto lo alabó en presencia de su corte que muchos movió a procurar a ganar honra y a otros tener mucha embidia; pues estos tales dexemos por embidiosos de la honra y prez agena y tornemos al cavallero, que cada vez hazía hechos por donde más creciesse su fama y a estos tales mayor embidia.

¶ Capítulo xx<x>ij. De cómo los dos compañeros llegaron al reino de Dacia y supieron las nuevas de la guerra, y de lo que con los cavalleros del rey Rolando les acaesció.

PARTIDOS LOS DOS compañeros del Valle Fondo con su compañía, tanto anduvieron por sus jornadas que llegaron a tierra de Dacia a una buena villa aunque pequeña, que Gafila avía nombre, y era fuerte y bien murada. Y tanto que llegaron cerca vieron hombres a las almenas y adarves que les echavan piedras y saetas pensando ser enemigos:

– Buenos señores – dixo la donzella –, la villa y la gente es del rey de Dacia mi señor, mas deven pensar que somos enemigos. Hagámosles señal de paz y llegaremos a hablar con ellos.

Y luego Argandín el escudero alzó el yelmo de su señor en la mano, que era en señal de amistad, y fueronse contra la villa, y la gente los dexó llegar; y la donzella preguntó que adónde estava el rey Garinto. Ellos le preguntaron si le querían cosa de su servicio y ella les dixo:

– Dezídmelo, no temáis, ca de su casa soy bien conocida.

A esta hora llegó a la cerca un cavallero bien anciano que acudió a las bozes que davan aquellos que rondavan el muro, y preguntó a los cavalleros qué demandavan.

–Al rey queremos –dixeron ellos–, ca venimos de tierra estraña para le servir en lo que mandare, y por ello nos trae aquí esta donzella que es de su casa.

–A Dios merced –dixo el cavallero– con tal nueva, ca por cierto mucha necessidad tiene el rey mi señor de ayuda, mas otra cosa de mí no sabréis fasta que sepa más de cierto lo que queréis.

La donzella se le fizo conocer quitando las antifazes que traía, y el cavallero, que Palmero avía nombre, la conosció, ca muchas vezes la avía visto en casa del rey Garinto, y con mucho plazer se abaxó y le abrió las puertas de la villa, mas los cavalleros le dixeron que no pasarían fasta que viessen al rey.

–Una jornada está de aquí –dixo él–, en la ciudad de Dierna, muy atribulado por la guerra que tiene y no lo puede resistir.

–¿Qué se ha hecho después de mi partida? –dixo la donzella.

–Mal se hará si Dios no nos socorre; el malvado rey Rolando está muy poderoso con cuatro huestes cuatro leguas de aquí, sobre una fortaleza la mejor del reino, y ha tomado algunas villas al rey y le tiene destruida mucha gente, y todas las vezes que los capitanes del rey lo quisieron resistir siempre fueron vencidos y desbaratados. El rey Rolando, sobervio con tales vitorias, cada día embía al ^{34r} rey Garinto a pedir desafio, porque sabe que no tiene tales dos cavalleros en su señorío que le mantengan campo. Tiene la reina Sabina presa en una tienda en su real, cargada de grillos y de cadenas, no cessando de la afinar que se vuelva pagana y jamás lo ha podido acabar con ella, y dize que tanto que pariere lo que trae en el vientre ha de hazer d'ella justicia dándole muy amarga muerte.

–¡Nunca Dios tal quiera –dixo el Cavallero de los Cisnes– que tan buena señora aya mal ninguno!, antes se acuerde d'ella que nunca se olvida de los buenos para los librar de las adversidades y assimesmo de los malos por les dar castigo, según sus obras merecieren, que assí lo creo d'este malo del rey Rolando, según la gran traición que ha fecho a Dios y la gran sinrazón con que roba y destruye este reino.

–Assí plegue a Él –dixo Palmero– que tan mal hombre aya emienda de cuanto mal ha fecho en cristianos, que por cierto que, si Dios no le ataja con algún revés de su sobervioso comienço, él porná este reino en gran estrago.

–Buen cavallero –dixo el de los Cisnes–, dadnos un hombre que nos guíe adonde está el rey, ca no sabemos bien la tierra.

–Muy de grado –dixo Palmero–, que yo mesmo os quiero guiar.

–Mucho seremos ende alegres –dixeron ellos.

–Pues atendedme –dixo Palmero–, que yo voy por mis armas y cavallo.

Y atendieronlo a la puerta de la villa hasta que vino armado sobre un gran cavallo, y mandó cerrar las puertas dexando un su hijo por guarda mayor de la tierra, y tomaron de consuno la vía de Dierna.

Y siendo alexados de la villa quanto una jornada, vieron venir por la falda de una floresta nueve cavalleros bien armados y en buenos cavallos, y no se conocieron los unos a los otros fasta que fueron llegados; y uno de los nueve cavalleros, que en su parecer y riqueza de las armas mayor era de todos, dixo a los tres:

–Estad presos, cavalleros, y jurad al rey Rolando por rey de Dacia y que no tomaréis armas contra él por cosa del mundo.

–Amigos –dixo el de los Cisnes–, nosotros no conocemos al rey Rolando, por tanto no lo tenemos de jurar por rey ni menos de le ayudar, mayormente contra el rey su suegro, contra el cual el rey Rolando no ha mirado bien lo que devía.

–Según esso –dixo el cavallero–, en ayuda esperas ser del rey de Dacia, pues por él te fazes abogado.

–A todo mi poder –dixo el de los Cisnes.

–Pues no has querido tomar nuestro consejo –dixo el cavallero–, razón es que tomes nuestro castigo, mas sed agora bien consejados tú y tus compañeros y id a fazer obediencia al rey Rolando, y él os tomará por suyos y hará muchas mercedes, y escusaréis todos de ser muertos de malas muertes; y fágovos este partido porque es más nuestra honra os llevar presos que vencer y matar siendo tan pocos.

–¡Nunca Dios tal quiera –dixo el de los Cisnes– que yo sirva ni favorezca a rey que faze traición!, que, como ha negado la fe de Cristo que tomó y la obediencia que devía tener al rey de Dacia como de hijo a padre, muy mejor negará el galardón del servicio que se le hiziere; mas si entre vosotros ay cavalleros de honra y lealtad, nós somos tres: escogeos allá otros tres y será la batalla igual, y, siendo vencidos, nos podéis llevar al rey Rolando.

–Pensé –dixo el cavallero– que con más cordura respondieras y tomaras mi consejo, mas pues una y otra cosa no quieres fazer, conviene que las fagas a mal de tu grado.

Y bolviéndose a sus cavalleros, le dixo su escudero:

–Señor, veis allí la donzella Luciana que fuyó de casa del rey Rolando y traxo las nuevas al rey de Dacia, que si ella no fuera que le avisó acabado fuera nuestro viaje.

Sabed que este cavallero se llamava Mondragor y era primo del rey Rolando, fijo de Vandaganir, hermano del rey Molabato, su padre, que quedó por gobernador en las Islas Ircanias al tiempo que el rey Molabato murió en Dacia. Era esforçado mancebo y ganoso de ganar honra, y con sobervia pensava más de la ganar que con mesura y razón.

A tanto que esto oyó, miró luego contra la donzella y la conosció, que no traía entonces las antifazes, diziéndole:

–¡Mala hembra, venida eres a tiempo que pagarás la pena de la ^{34v} traición que has fecho al rey Rolando mi señor!, al cual yo te llevaré presa, que lo avrá por mayor servicio que si le ganasse la mejor villa de Dacia.

Dixo el Cavallero de los Cisnes:

–La donzella no ha fecho traición alguna en lo que fizo, antes mucha lealtad, y aunque la fiziera a hombre traidor, justo es que le fagan traición, que lo que él faze no le deve estrañar en ninguno, y assí vos lo provaré con las armas si conmigo te osas combatir a guisa de cavallero.

–No ay que combatir –dixo Mondragor–, que en esso te daría mucha honra, mas llevarte he preso con essa alevosa que en tu guarda traes, y la cortesía que de antes usava de querer batalla igual contigo todo lo perdiste por venir en compañía d'essa mala donzella.

–La donzella es buena y leal –dixo él–, y assí lo provaré a quien lo contrario dixere, y sabed que agora os tengo a todos en muy poco, porque cavalleros que favorecen y ayudan a la traición y mal quieren a la bondad no ay cosa que bien fagan, pues sus fechos no tienen cimiento de virtud.

–¡Pues a ellos, mis cavalleros, y no mueran, mas sean presos, para que el rey Rolando les dé las más malas muertes del mundo y a la mala donzella que los guía!

E arremetieron todos nueve para los tres compañeros, y el primo de Rolando con otros dos cavalleros vino a encontrar al Cavallero de los Cisnes en mitad del escudo, que las lanças fueron en pieças, que muy fuerte era, como avéis oído, que, aunque las embraçaduras se le quebraron en la batalla de Enceleo Montés, otras más fuertes les hizo poner y las traía, porque tal escudo no se falla en toda parte. Y él encontró a Mondragor, que venía en medio de los dos, de tanta fuerça que lo echó a tierra por las ancas del cavallo, y passó adelante y bolvió luego con la lança sobremano, y firió tan duramente a un cavallero que delante de sí falló que armadura no le valió que la lança no le metiese por los pechos, de que luego cayó de muerte; y faltándole la lança, echó mano a la espada y fue contra otro cavallero que le encontrara, mas él, viendo sus grandes golpes, no le osó atender, mas antes se acogió entre los suyos. Los otros cavalleros de Mondragor encontraron tan fuertemente los dos compañeros que Palmero sin detención ninguna fue a tierra y su compañero, aunque perdió las estriberas, abraçose a las cervizes de su cavallo y no cayó, mas los enemigos no se pudieron alabar del encuentro, que al que Palmero encontró lo arrancó de la silla y cayendo de cabeça quebró el pescueço y fue muerto, y al que el Cavallero de los Fuegos encontró ovole la una pierna quebrada y estava en el suelo como tollido, y a poco rato murió de los pies de los cavallos. Y aquella hora, levantándose Mondragor y Palmero, que a pie se fallaron, començaron entre sí una esquivada batalla, mas turó poco, que como Mondragor fuese mancebo arzeziado y Palmero muy entrado en días –aunque avía sido buen cavallero y con los años, aunque perdiessse la fuerça, no perdía el aliento para se defender muy bravamente–, <mas> tanto le aquexó Mondragor con bravos y pesados golpes que desapoderado de su sentido le hizo caer a sus pies, y fue luego sobrél alcándole la falda del arnés para le meter la espada por el cuerpo, mas el Cavallero de los Cisnes fue contra Mondragor y le dio tal golpe de la espada por encima del yelmo que, aunque fuerte era, le entró por él más de tres dedos y llegó a la cabeça, y él, queriéndose bolver para ver quién le fería, el cavallero le dio con los pechos del cavallo de guisa que lo echó en tierra muy atordido, assí cargado del golpe de la cabeça como atormentado de los pies del cavallo no se pudo levantar; y passó adelante y dio tal golpe a otro cavallero por entre el yelmo y el arnés que la cabeça le dexó colgada en un poco de cuero del pescueço. A esta hora, su compañero, que no estava despacio, firió a otro cavallero con tanta braveza sobre el codo izquierdo que el braço con el escudo le echó a tierra y él fue fuyendo por la floresta con la ravia de la muerte. Y començaron de cargar de tales golpes a los tres cavalleros de Mondragor que quedavan, que ellos, no se pudiendo defender, soltaron las armas desmandando merced. ^{35r} El Cavallero de los Cisnes, tanto que vio el campo descombrado de los cavalleros [que] unos eran muertos y otros vencidos, apeose de su cavallo y fue a ver si era Palmero muerto; y en quitándole el yelmo que le dio el aire, se levantó en pie, que no era tan maltrecho de las llagas como era de los golpes que le hizieron fallecer el aliento; y luego otrosí el cavallero fue a ver a Mondragor si era muerto, que en la riqueza de las armas que traía bien parecía ser de alto linaje; y quitándole el yelmo vidole el rostro lleno de sangre y dessemejado, tanto era atormentado de los pies del cavallo que estava fuera de su acuerdo. El cavallero lo mandó poner en un cavallo y un escudero que lo llevase delante de sí, tomando otrosí las espadas y escudos a los cavalleros presos. Tomaron la vía que de

ante llevaban de Dierna, mas de Mondragor os digo que nunca tornó en su acuerdo salvo cuando avía andado gran trecho del lugar do avía sido la batalla, y como pudo abrir los ojos, que como llenos de sangre los llevaba y aún con poco sentido, dixo como que fablava con sus cavalleros:

–¿Prendistes vosotros la mala donzella y los cavalleros que la aguardavan, o los matastes por la injuria que nos han fecho?

La donzella, que más cerca iva, le dixo:

–Cavallero, de otra guisa avino, que la donzella es libre y vós que la queríades prender sois preso, y vuestros cavalleros muertos y tollidos, y los que me aguardavan vencedores; y vos llevan al rey de Dacia mi señor como vós me queríades llevar al rey Rolando, y aquí podéis ver cuán injustamente hazéis guerra al rey de Dacia, que es tanta su justicia que no pudo ser vencida por nueve cavalleros y fue sostenida por tres.

Muy espantado fue Mondragor de lo que la donzella le dezía y no lo podía acabar de creer, que sus cavalleros eran muy buenos y escogidos y él de los mejores de los del real del rey Rolando. Mas para mejor ser certificado de lo que oía, alimpió los ojos de la sangre y vido sus cavalleros desarmados y presos en manos de los escuderos, y la donzella libre y sus enemigos vencedores, y dixo:

–Verdad me avéis dicho, donzella; por impossible lo creía hasta agora. De aquí adelante no sentiré muerte que me sobrevenga, pues la honra he perdido, que con nueve cavalleros no pude resistir a tres que no me prendiessen ni matassen mis hombres, lo que no pensava poderse fazer por veinte cavalleros los mejores d’esta tierra, y por ende mayor mal no me puede hazer la fortuna salvo darme la vida porque viva desonrado, porque con la muerte mucho se encobriría mi falta.

Y diziendo esto començó a llorar unas lágrimas sangrientas que le corrían por el rostro que lleno tenía de polvo, sangre y sudor; y tanto iva dessemejado que no lo conoció la donzella Luciana, puesto que muchas vezes lo oviera visto en casa del rey Rolando. Y él sentíase mucho del dolor que la llaga de la cabeça, que se avía resfriado, lo causava, mucho más sentía la lástima de su corazón, que más quisiera allí morir en el campo que vivir siendo vencido, como lo devrían de fazer los cavalleros de nuestro tiempo y assí toda persona que teme honra, ca no devrían de temer la muerte por la conservar, que como morir sea vaso que todos hemos de gustar, ¿cuándo mejor ni con mayor voluntad lo devemos aceptar salvo cuando la honra y su defensa lo requiere? ¡Ó, pues cuántos pusilánimos y de poca virtud mejor fablando vemos d’este engañoso mundo que escogen por mejor vivir afrentados y llenos de denuestos que muriendo virtuosamente, trabajando por la vengança y cobro de su honra y temen más la pérdida de las haziendas y de las riquezas que la falta y menoscabo de sus honras!, pues éstos, que tanta afición tienen a las riquezas d’este mundo, ya veis cómo andan embueltos en avaricia que los trae ciegos, que no veen lo que es su honra, y si lo veen que lo no fagan queden por avarientos y desdeñadores de sus famas y menospreciadores de sus honras, lo que no temía este cavallero Mondragor, que siendo de grande estado y señor de mucha tierra, en la flor de su juventud todas las cosas no tenía en estima, ^{35v} queriendo que feneciesse donde su honra se perdía la que él más que la vida preciava.

Pues bolviendo al propósito, Mondragor iva el más desaventurado hombre del mundo por la desventura que le aconteciera, y entre sí tomava consuelo pensando que el rey de

Dacia, según el enojo que tenía del rey Rolando por el estrago que le avía fecho en su reino, que sabiendo quién él era, le haría dar amarga muerte, la cual él desseava muy de grado porque la vida muriesse, pues la fama y la honra muertas eran.

¶ Capítulo xxiiij. De cómo el Cavallero de los Cisnes y su compañía llegaron a la ciudad de Dierna a do estava el rey de Dacia, y del plazer grande que con ellos ovo.

ASSÍ IVAN POR su camino aquellos cavalleros, los vencedores muy alegres por la victoria y los vencidos muy tristes por su prisión. Con tales y diversos pensamientos y cuidados llegaron cerca de la ciudad de Dierna, y la donzella dixo a los cavalleros que se quería adelantar por fazer saber al rey su venida. Y firiendo su palafren, que era andador, llegó a la puerta de la ciudad, y siendo conocida le fue abierta, y ella guió derechamente a los palacios y falló al rey, assaz triste según la mucha razón tenía en su tristeza. La donzella se le humilló de rodillas y le besó las manos. El rey la rescibió más con amor que con plazer y le preguntó si avía fallado al príncipe Florisando y lo que avía recaudado en su mensaje.

–Señor –dixo ella–, Florisando se os embía mucho a encomendar y os promete socorro muy en breve, tanto que acaudille y aperciba alguna gente, y que, si fuere necessario, que vendrá en persona; y assí a él como a toda la corte pesa mucho de vuestra fatiga.

–Essa confiança –dixo el rey– tenía en la gran virtud de Florisando, que pues otra vez sin me conocer me cobró mi reino, que assí lo faría agora, pues sabe cuánto yo desseo fazer su mandado, que no dudaría de me dar cualquier ayuda y socorro. Mas ¿cómo venís sola? –dixo el rey–, ¿qué se ha fecho de los cavalleros que os aguardavan y de los hombres que os servían?

–Señor –dixo la donzella– unos son vivos y otros son muertos, unos he perdido y otros ganado, ca traigo en mi compañía los dos mejores cavalleros del mundo, que, si las cosas que han fecho sabidas fuessen, en toda parte les darían la prez y honra de las armas. Ellos vienen muy cerca y traen cuatro cavalleros de Rolando presos, con los cuales ovieron batalla en que mataron otros cinco. Será bien que los salgáis a rescebir y les hagáis toda honra que merecen, y con tal socorro perded el temor de los enemigos.

–Muy alegre me avéis hecho –dixo el rey– con tales nuevas. A tales hombres razón es que se faga toda honra.

Los cavalleros y su compañía llegaron a la puerta de la ciudad y las guardas, sabiendo quién eran, los dexaron libremente entrar, y Palmero los guió fasta los palacios reales, onde fueron apeados de sus cavallos y las donzellas de sus palafrenes, y subieron suso por una escalera de mármoles blancos, y los presos detrás d'ellos en poder de los escuderos. Y a la puerta de la sala hallaron al rey Garinto con muchos cavalleros que los salían a recebir y la donzella Luciana tras él. El Cavallero de los Cisnes y su compañero fizieron gran acatamiento al rey y le quisieron besar las manos, que, aunque eran de tan alto linaje y hijos de tales padres que aquella cortesía sus estados no la requerían a cualquiera rey, ellos, según su gran medida, no se nombravan de su linaje, mas como cavalleros andantes le quisieron fazer aquel acatamiento, endemás el Cavallero de los Cisnes, que sabía que aquel rey era el mayor amigo que el emperador su padre tenía, que avía por él sufrido muchos afanes

y passado por muchas espantables batallas,^{36r} así cuando cavallero andante que buscava las aventuras como cuando después de casado en la misma ganancia lo avía perdido, y que así era razón que él fiziesse por aquel rey lo quél por su padre el emperador avía hecho, ca por cierto se tenía que si el emperador su padre a la sazón allí se fallara que no oviera cosa ni batalla que no prendiera por aquel rey noble tanto su amigo, y que así lo devía él de fazer siendo presente.

El rey de Dacia, como era muy mesurado y virtuoso cavallero, no curando aquella hora del toque real de su estado, que, aunque no sabía más d'ellos sino que eran cavalleros andantes, no les quiso dar las manos, antes los alçó suso cada uno por su mano y los abraçó con mucho amor diziéndoles:

–Buenos cavalleros, seáis bienvenidos como aquellos que, aunque yo no lo aya merecido, según vuestra virtud me queráis ser ayudadores en esta traición que me es hecha.

–La mucha virtud y merecimiento de vuestra real persona –dixo el Cavallero de los Cisnes– tiene tan gran cadena y obligación de serviros a todos los buenos echada, que todos dessean vuestro mandado y plazer; nosotros, como seamos noveles cavalleros y de poca nombradía, por semejar a los preciados que vos dessean servir procuramos con nuestras pobres personas y ricas voluntades de os venir a servir, onde vuestro real valor, siendo de nós servido según nuestras flacas fuerças, a su merescimiento comparadas apenas puede recibir servicio, mas cuales ellas sean ganadas son para fazer vuestro mandado.

–La obligación que yo tengo a los cavalleros –dixo el rey– es fazerles mucha honra y mercedes cuando pudiere y supiere que les cumple, que cuando era cavallero andante ponía por ellos esta mi persona muy de grado, y así lo haría agora que la edad no me ha mudado la voluntad, que muy entera la tengo para os galardonar esta ayuda que me dais.

–Señor –dixeron ellos–, el agradescimiento sobra pues que el servicio falta, después que os oviéremos servido bien creemos que no faltaréis de nos hazer merced que otro sino faltaremos de os servir, y en comienço de pequeño servicio vos presentamos estos presos que son criados del rey Rolando, que nos quisieron prender y a la donzella Luciana. Mandad d'ellos fazer lo que fuerdes servido y a nosotros en que os sirvamos.

–Mucho os lo agradezco –dixo el rey–, plegá a Dios que me llegue a tiempo que este grande don que me dais os lo pueda galardonar.

Entonces mandó a un cavallero de su casa que guardasse a los cavalleros presos y los fiziesse curar de sus llagas, y otrosí mandó curar a Palmero, que era cavallero anciano de su tiempo en que se fazia mucha fiança en su casa, y mandó a la donzella Luciana que llevasse las donzellas del cavallero ante la reina y las fiziesse aposentar. Y tomando los dos cavalleros cada uno por su mano, les dixo:

–Buenos amigos, bien será que os vais a desarmar y reposaréis, que ya es tiempo de comer.

Entonces mandó a su mayordomo mayor que los aposentasse y los llevasse a un rico y hermoso aposentamiento, y allí se desarmaron de todas armas y les dieron sendos mantos de escarlata enforrados de ximetes blancos, y se bolvieron al rey, que los atendían. Las mesas eran puestas, el rey se sentó con ellos a comer y fueron servidos como en casa de tal hombre así se acostumbrava. Después que los manteles fueron alçados (era hora que el sol se ponía), el rey tomó los dos cavalleros y se fue paseando para unos corredores muy ricos de grandes y hermosas ventanas, donde la mayor parte de la ciudad se parecía, y allí

el rey estaba hablando con ellos, espantado de su poca edad y grande hermosura, que según su parecer devían ser de alto lugar, endemás el Cavallero de los Cisnes, que según su presencia y disposición bien se parecía que devía ser de gran fecho de armas; y aquella hora se acordó del emperador Esplandián y de su gran hermandad, que siendo de muy poca edad fazía estrañas proezas en las armas, y sospirando agramente les dixo:

–Mucha soledad, buenos cavalleros, me causa vuestra hermosa presencia, ca me acuerdo del tiempo en que otros donzeles y yo fuimos armados cavalleros por mano de Esplandián, emperador de Costantinopla, siendo todos de la edad que vosotros sois. ^{36v} En aquel tiempo era yo alegre y en todo plazer, agora soy en toda tristeza porque entonces no tenía otros cuidados salvo de buscar las aventuras, y agora me buscan a mí las desventuras, porque desde el tiempo que el emperador Esplandián y su padre el rey Amadís y sus hermanos fueron encantados por Urganda la Desconocida, nunca a mí me faltaron cuitas y trabajos; que como ellos me faltavan, desventuras no me dexavan de seguir. En aquel tiempo el rey Molabato me destruía mis señoríos si por el príncipe Florisando no fuera socorrido y amparado; onde, pensando fazer d'este rey Rolando fijo, me salió cruel enemigo que me destruye mis tierras y mata mis vassallos, y ha fecho grande estrago en este reino y hará de aquí adelante si no le atajo con la ayuda de Dios, según el esfuerço que yo tengo en vosotros, mis buenos amigos.

Aquella hora estava el Cavallero de los Cisnes tan ganoso del servicio d'este rey por la grande amistad que con su padre tenía que se desseava ya ver en el campo con Rolando para le pagar en algo la deuda que devía a este rey, y le respondió:

–No sin causa tenéis esse amor al emperador de Costantinopla y a su padre, porque de creer es que según su gran virtud se publica por el mundo que lo mismo vos terná, que si supiesen la fatiga en que estáis, que no solamente les pesaría de vuestra cuita, mas como su oficio aya sido siempre socorrer a los que ayan menester su ayuda que muy mejor lo harían a vós, señor, pues es deuda que os deven.

–Assí lo tengo yo bien creído, que tanta es su virtud que jamás faltar no puede assí a los conocidos como a los estraños. Y para esta guerra que tengo mucho me fuera menester su ayuda, mas como ellos estén muy alexados y los enemigos muy cerca, determiné antes de mandar ir a Roma a Florisando, que como ya otra vez en persona me cobró este reino, que assí agora me embiasse algún socorro con que lo pudiesse amparar, lo cual muy de grado me ofreció, mas según la necesidad en que estoy a la sazón sería tarde. Mas lo que me consuela, mis buenos amigos, es teneros en mi compañía, que según lo que me avéis mostrado me ayudaréis de coraçón contra aquel traidor que Dios confunda.

–Señor –dixeron ellos–, tened esþerança en Dios, que según la gran justicia vuestra os dará vitoria contra vuestros enemigos, y pues tan cerca están, según nos han dicho, bien será que los vamos a ver.

–No tengo gente –dixo el rey– para dar batalla a los contrarios, que son muchos y rezios, y el rey Rolando a maravilla es buen cavallero y señorea muy poderosa hueste y ufana por las vitorias que ha avido contra mis capitanes, <e>[a]l cual no querría ya mayor plazer que dar le batalla campal con mi gente a la suya o de mi persona con la suya o dar cavallero que por mí la haga, y, aunque muy cansado soy de la edad, quisiera tomar la batalla con él, mas la reina ni los grandes de mi reino no lo han consentido porque saben que me tiene mucha ventaja en las fuerças y en la edad, aunque no en la justicia.

–Eso es lo que avemos de mirar en las batallas –dixeron los otros cavalleros–, que Dios, que es amigo de la verdad y enemigo de la sobervia, ayuda aquel que favorece justa demanda, lo que junto con la bondad de vuestra persona el rey Rolando no saliera con la vitoria. Mas como las personas de los reyes ligeramente no deven olvidar el regimiento de sus pueblos y tomar estos desafíos particulares, bien fue mirado que la tal batalla no se aceptasse. Mañana fazed apercebir vuestra gente que salgamos de aquí encubiertos a dar una vista en su real, que según deven de estar desapercibidos mucho daño avrán de nuestra llegada.

–Mucho os lo agradezco –dixo el rey–, pues que así lo queréis así se fará, y por agora os id a dormir y reposad, que según las jornadas avéis traído grandes mucho necesario vos será el reposo.

Entonces se fueron a sus aposentamientos y se acostaron en sendos ricos lechos y durmieron muy delgado sueño.

Tanto ^{37r} que ellos se acogeron a su alvergue, el rey mandó llamar a la donzella Luciana y le preguntó largamente la fazienda de los cavalleros, mas cuando ella le dixo las grandes proezas que avían fecho, así como con Madancedón sobre el passaje de la puente como con Orlistes en la floresta por su defensa, y con los gigantes por su vengança, y otrosí lo de los cavalleros de Rolando, diziendo todo como la historia lo ha devisado, de que el rey no fue menos espantado de sus proezas que alegre de su bondad. La donzella le dixo:

–Señor, si el rey Rolando os demandare batallas de un cavallero o de dos y ellos la toman, tened esperança en Dios y fiança en su valentía, que según la justicia de vuestra parte ellos saldrán vencedores y los enemigos muertos y destruidos. Fazeldes mucha honra, que según su bondad bien lo merecen.

–Vós dezís hermosa razón –dixo el rey–, y yo así lo faré. Vosotros me avisad de lo que supierdes que es su plazer porque yo lo cumpla a su voluntad.

Entonces el rey se acogió a su aposentamiento muy alegre de tener tales hombres en su casa, que pues uno matara a tales jayanes como Enceleo el Montés y Madrusián su hijo, que no dudaría mucho la batalla del rey Rolando, y con este plazer durmió con mucho descanso aquella noche según los grandes cuidados que le atormentavan, que es cosa que mucho acompañan a los reyes, que como más diversidad de negocios sobre ellos cargan así más cuidados los afligen, endemás este rey que en tanta cuita y tribulación estava.

¶ Capítulo xxiiij. De la embaxada que el rey Rolando embió al rey de Dacia y de la respuesta que le diera.

LUEGO OTRO DÍA en amaneciendo, el rey se levantó y fuese a ver sus huéspedes, y fallolos levantados, ca se acabavan de vestir, ca no eran perezosos en dormir las mañanas en las compuestas y mollidas camas como fazen los donzeles de alta guisa de nuestros tiempos, que consumen más sus días en ociosidades y en otros deleites que no en los autos de guerra y virtuosos, así como hazen las cosas diversas estos bienaventurados cavalleros así avrán muy diversa la gloria de la fama, porque estos dexaron perpetua fama de su virtud y gloriosa memoria de sus fechos, y éstotros no dexan de sus personas ninguna

nombradía, mas de su vida ociosa abiltamiento entre las personas discretas y su fama de tenebregura y olvido en las gentes.

Pues bolviendo al propósito, el noble rey de Dacia, entrando en el aposentamiento de los cavalleros, los saludó con muy grande amor diziéndoles:

–Mis buenos amigos, mucho avéis madrugado, que según la gran fatiga y trabajo del camino mucho os fuera menester el reposo.

–Señor –dixo el Cavallero de los Cisnes–, como la natura con poco se contente y sea satisfecha todo lo que más demasiado y superfluo fuere más vicio que reposo se puede llamar, quanto más que no deve el hombre mucho dormir cuando tiene sus enemigos cerca, que aunque ellos sean perezosos en nos buscar seamos nosotros diligentes y muy gozosos en los visitar en sus estancias adonde están, porque de la dilación no puede venir ninguna pérdida como a los cercados venir suele, que cada día les falta ^{37v} la vitualla y el socorro, y a los contrarios se le apareja muy mejor.

–Vós avéis dicho –dixo el rey– hermosas razones, y assí se faga como os parece, y entretanto vamos a oír missa.

Mas primero mandó a un cavallero suyo que fiziesse juntar toda la gente de la ciudad que pudiesse tomar armas y que fuessen a fazer alarde delante de sus palacios y él lo fue luego a cumplir, y el rey se fue con sus cavalleros a su real capilla, la cual acabada se bolvió al palacio. Aquella hora llegó a él un cavallero que tenía la guarda de la ciudad y le dixo que a la puerta estava un cavallero que traía embaxada del rey Rolando.

–Fazelde entrar –dixo el rey– y sabremos lo que quiere, aunque según quién lo embía no será cosa que me cumpla.

–Para esso –dixo el Cavallero de los Cisnes– faréis vós lo que bien vos estuviere, y por tanto siempre devemos oír los mensajes de nuestros enemigos, porque cuando nos cumplen los tomamos y cuando no los deseamos y tomamos aviso para adelante.

Entonces bolvió la guarda de la ciudad y fizo entrar al cavallero y guiolo a los palacios. El rey estava assentado en su rica silla y los otros dos cavalleros estraños en otros assientos cerca d'él y gran compañía en derredor. El cavallero entró por la sala armado de todas armas salvo las manos y la cabeça, y llegando en presencia del rey fizo muy poco acatamiento, allí dio una carta con un sello de oro que traía diziendo:

–Rey, faz leer essa carta y después diré yo a lo que soy venido.

El rey la fizo leer y vio que era de creencia, y d[i]xo que dixesse su embaxada.

–El rey Rolando, mi señor –dixo él–, te manda dezir que le embíes presos los dos cavalleros que mataron a sus hombres y que sueltes los presos que acá tienes, entre los cuales es su primo Mondragor, y que tanpreciado cavallero no deve estar en prisión de quien no vale tanto como él. E otrosí le embíes la falsa donzella Luciana para a todos dar amarga y cruda muerte por los enojos que le han hecho, si no, que él jura por sus dioses y real corona de hazer delante de tus ojos quemar viva a la reina Sabina y de poner <l>[f]uego a esta ciudad y de abrasar a ti y a los tuyos, y que si no lo ha fecho es porque este reino es suyo de razón y por ende no lo quiere estragar, que si quisiera ya fuera destruido sin que tú gelo pudieras resistir, según la poca y flaca gente que tienes, y a mí me parece que assí lo debes hazer por no te ver en más aprieto y desventura de la en que te has visto.

–Vós avéis dicho –dixo el rey– por lo que acá sois embiado, cumplido avéis vuestro mensaje, mas muy poco fruto sacaréis d'ello según la poca razón que en ello trae. Y por

respuesta dezid a Rolando que los cavalleros que ovieron batalla con los suyos que dos d'ellos no son de mis señoríos que no tengo qué les mandar, mas antes les fazer toda honra y plazer porque de su voluntad m<i>[e] vienen a ser ayudadores contra el que a tanta traición me mueve guerra y hizo la deslealtad que ha hecho, y que ellos son tales que se no precian ser prisioneros salvo de quien los prendiere en el campo, y que por ende ninguna cosa de las que pide yo no tengo de fazer en ninguna forma; que haga lo que pudiere que, cuantas más maldades fiziere, mayor castigo avrá de Dios en este mundo y peor fin.

–Mucho me pesa –dixo el cavallero–, buen rey, de lo que avéis respondido, porque no miráis cuánto es vuestro daño no hazer la voluntad del rey Rolando mi señor, que tanto mal os puede fazer por complazer a dos cavalleros de poco valor que ninguna ayuda os pueden dar que en fin vós y ellos no seáis puestos en su poder, que según la cortesía que con él usades assí avrá piedad de vuestras vidas.

El Cavallero de los Cisnes se levantó en pie y dixo al rey:

–Señor, dadme licencia que responda a este cavallero lo que a mí y a mi compañía toca, pues ya de vós tiene la respuesta.

–Buen cavallero –dixo el rey–, dezid y fazed lo que os pluguiere que yo seré d'ello muy alegre.

Entonces el Cavallero de los Cisnes respondió:

–Dezid al rey Rolando que es mala señal de buen cavallero de que mucho se precia y es loado de las gentes de los enojos que los cavalleros le fazen querer tomar vengança en las mujeres, endemás ^{38r} en tan virtuosa señora como es la reina Sabina su mujer; mas, como aya negado la fe de Cristo, no es mucho negar la ley de los hombres, y que como estas dos cosas no mantenga que no se deve ende con razón llamar cavallero, y que quanto es a lo de su primo y sus hombres que por batalla fueron presos que por batalla se han de soltar, que si él es tal como su fama suena que por los librar bien puede tomar la batalla y que yo de mi parte gela prometo con fiança que el rey pondrá en ello su consentimiento, sin el cual mi voluntad es de le hazer todo mal y de no le soltar sus cavalleros.

–Yo creo –dixo el de Rolando– que vuestra venida a esta tierra más se puede juzgar a poco seso que esfuerço, porque querer conocidamente tomar la muerte más es locura que valentía, y a esto se puede dezir por tu ardimiento que demuestras contra mi señor que es absente, que si presente le viesses de pavor no hablarías.

–Más fabláis –dixo el Cavallero de los Cisnes– de lo que vuestra embaxada se estiende. Si no estoviérades en presencia de tan alto rey yo os respondiera como merecíades, que pues passáis los términos de vuestro mensaje assí traspasara yo la libertad que los más cuerdos mensajeros que vós tener suelen, que aquí no he dicho cosa que en el campo no diga a Rolando cuando quisiere, que por más que otros le precien que por ser él malo yo le tengo en poca estima.

El cavallero, queriéndole responder, el rey le dixo:

–Callad, cavallero, que yo he mirado más la virtud que vuestra poca mesura. El cavallero ha respondido muy bien y vós no avéis fablado como devíades, ca, pues no traéis poder de Rolando, no curéis de replicar a su respuesta, que él es tal que en toda parte dirá a Rolando todo lo que a vos ha dicho que su mensajero sois. De su primo y cavalleros yo no puedo hazer nada sin consentimiento d'estos cavalleros que los prendieron, mas creed que sin batalla no los entienden soltar, que las batallas no temen mucho quanto más las amenazas.

–Pues assí es –dixo el cavallero–, yo prometo de fazer que Rolando tome la batalla d’ellos ambos y que no le pene mucho que metan al tercero por se vengar del enojo que éstos cavalleros le han fecho; y tú, rey, entretanto faz sossegar tu gente que me parece que la veo alborotada para salir al campo, que no tienes tanta para la querer assí dexar perder ni al rey Rolando mi señor le plaze de la destruir, pues que todos son sus vassallos. Si por batalla se puede averiguar de ciertos cavalleros mejor será que de otra manera, endemás que no tenéis tanta gente con que la suya nuzir podáis.

El Cavallero de los Cisnes le dixo:

–Cuando quiera que Rolando quisiere batalla de un cavallero yo la acepto de mi persona a la suya y sea el campo seguro, que en mí no avrá ninguna detención.

–Bien fablas y con esfuerço si fasta la fin tura –dixo el mensajero–, yo me vo[y] al rey Rolando y le diré lo que es passado, y bolveré aquí con su respuesta dentro de tercero día y traeré poder para lo que yo assentare en su nombre. Vuestra gente no salga de la ciudad ni la suya del real porque es más vuestra honra que su provecho. Y vós, cavallero –dixo al de los Cisnes–, no fallezáis de vuestra palabra, pues delante de tantos hombres buenos la avéis dado.

–Ya querría –dixo él– aver acabado la batalla por cumplimiento de mi palabra, a que a poder que yo pueda nunca la entiendo de quebrar.

–De la fabla voy contento, de la obra dudo fasta que la vea –dixo el cavallero–. A Dios quedéis encomendados, que yo me voy muy alegre porque muy presto Rolando será satisfecho de su enojo.

–A Dios vais –dixo el rey–, que no quedamos muy tristes con vuestras amenazas ni puestos en pavor con su venida.

Salido el cavallero de la ciudad, cavalgó en su cavallo y tomó sus armas, que los escuderos le traían, y metiose al camino y tanta priessa se dio que antes que fuesse de noche llegó al real de Rolando, que muy desseoso estava de su venida, porque devéis de saber que tanto qu’el cavallero tollido del braço fuyó de la batalla de los nueve compañeros de la falda de la floresta se vino para el real y contó al rey Rolando lo que le acaeciera con los tres compañeros y donzella Luciana y de las maravillas que uno d’ellos avía hecho; luego Rolando en su coraçón pensó que sería Florisando que venía en socorro del rey de Dacia,^{38v} mayormente viniendo con la donzella Luciana, que le dixerón ser ida a Roma a pedir socorro a Florisando; y esto se le assentava en su coraçón y por ello no avía osado embiar a pedir desafío al rey de Dacia como lo solía pedir, salvo embió este cavallero no solamente a la embaxada que avéis oído mas a saber si alguno de aquellos cavalleros era Florisando, porque él lo avía visto muchas vezes en aquel reino, porque si él fuesse guardar sería de tomar desafío por la ventaja que en él tenía conocida. Pues tanto que este cavallero llegó a su tienda y le dixo el poco recaudo que traía de su mensaje y lo que avía passado con el rey y sus cavalleros diziendo ninguno d’ellos ser Florisando, aunque en las palabras no mostravan menos esfuerço que él diziendo que no avía de soltar a Mondragor ni a sus cavalleros salvo por batalla pues en batalla los avía preso, diziendo ser ambos de tan poca edad que no passavan de veinte años.

–Mucho me avéis hecho alegre –dixo el rey Rolando al cavallero–, lo uno por ninguno d’ellos ser Florisando, lo otro por ser mi amado primo vivo y los que lo prendieron querer batalla, que deven ser algunos cavalleros locos de Bretaña que tanto es su argullo que

ninguna cosa temen aunque de temer sea, porque en algunas cosas salen con victoria y en todas las otras lo piensan salir, endemás estos que no deven estar poco ufanos con el vencimiento que fizieron contra mi primo y sus cavalleros. Con todo vos reposad esta noche y fazed la carta de creencia y yo la firmaré para cuanto quisierdes assentar de mi parte, y idme a desafiar a ambos esos cavalleros estraños que sólo con ellos quiero aver batalla, con condición que si los venciere que haga d'ellos mi voluntad y me entreguen mi primo y sus cavalleros y la mala donzella, y el precio de su parte poneldo a su voluntad con tanto que sea justo.

–Assí se fará como lo mandáis –dixo el cavallero.

E tornando a hablar del rey de Dacia, al tiempo que se partió el mensajero quedó hablando con sus compañeros y hombres buenos en las sobervias del rey Rolando y cómo era buen cavallero a maravilla y tan acelerado en sus cosas que no dudava en toda batalla que tomasse por librar aquel cavallero su primo. Y el rey mandó a la donzella que fuesse a los aposentamientos de aquellos cavalleros presos para ser sabidores de lo que les cumplía si por él batalla les fuesse demandada.

¶ Capítulo xxv. De cómo la donzella Luciana fue a ver al cavallero ferido y de lo que ambos passaron.

DESPUÉS QUE EL rey de Dacia esto ovo dicho, luego la donzella se fue al aposentamiento do curavan los cavalleros, mirándolos todos muy afincadamente conoció a Mondragor, y él tanto que la vio le empeçó a dezir:

–¡Donzella, en mal punto os han visto mis ojos, pues por vuestra causa perdí mi honra y soy en prisión y la vida en gran peligro, que según la poca honra que me fazen, siendo malo y llagado, menos me la farían siendo sano!

–Muy poca culpa os tengo yo –dixo la donzella– en vuestra prisión ni falta de vuestra honra, que los males que a los hombres vienen por sus culpas con paciencia los han de sufrir y no culpar de su pecado a los que d'él son inocentes, ca muy sin causa me queríades prender y a los cavalleros que me aguardavan, y si ellos, usando de su acostumbrada virtud y esfuerço, defendiendo sus personas, os han ofendido y llagado, yo no tengo la culpa, mas vós, que los acometistes y la gran soberbia que a ello os movió, que según la gran desmesura que con ellos usastes, siguiendo ellos más vuestro merescer ^{39r} que su virtud, vos deviera de cortar las cabeças, por quitar tan desarrazonada y soberviosa gente del mundo y que no andan como cavalleros ni según estilo de cavallería se combaten, antes como salteadores en los caminos siendo nueve cavalleros acometen a tres, y, en fin, no pueden turar que no fuessen muertos, presos y vencidos.

–Muy desmesuradamente habláis –dixo Mondragor–, bien parece que no estáis en casa del rey Rolando, ca de otra guisa me fablaríades y yo de otra guisa tratado fuera, si quiera por el rey Garinto [quien por] aver sido cavallero teniéndome en su casa preso no me devía por ende de tratar mal, ca semejantes acontecimientos bueltas son de fortunas [que] tan iguales y contingibles son a los altos reyes como a los pobres cavalleros, y, aun si verdad queremos dezir, semejantes desventuras más acontecen a los altos hombres que

a los baxos, porque viéndolos la fortuna en prosperidad, de embidia no los dexa gozar de reposo sin cansancio y de alegría sin tristeza ni de tranquilidad sin fatigas; por tanto este acontecimiento mío bien le puede venir a él, que no terná tantos poderes de huestes que no esté más cercano de ser vencido que seguro de se poder amparar ni defender de las manos de Rolando y él sea tan mal mirado en su casa que no fagan diferencia de mis criados, y sobre todo que me mande dezir denuestos y injurias. Faga lo que quisiere, que no me puede fazer más mal que el passado, y consuelome que tanto que Rolando supiere mi prisión toda manera buscará de me librar tomando de aquellos que me prendieron cruel y ravisosa vengança, cual desde la fin del mundo a esta parte no ha sido fecho en persona. Es cierto que más virtud tengo yo usado con el rey Garinto y con su fija que él comigo de piedad, que según la reina Sabina es mal quista de la gente de Rolando y de la gente de su señorío, si por mí no oviera sido ella padesciera amarga muerte.

–No es de tan poca virtud el rey mi señor –dixo ella– que sabiendo vuestro gran valor <que> no mirara más su nobleza que la poca obligación en que os era, porque toviera tanta fuerça su acostumbrada virtud que venciera los grandes servicios que le avéis hecho que por aver sido mal remediado de vuestras llagas no por esso se satisfazía su enojo, que si vos no han servido según vuestro valor merecía, aunque no era obligatorio, no se dexó de hazer por falta de voluntad mas por desconocencia. De aquí adelante, pues se sabe vuestro merecimiento, servido seréis como en casa de tal hombre se acostumbra, endemás por lo que avéis fecho por la reina Sabina según dezís, lo que si assí Rolando fiziera fuera la mayor traición del mundo y peor que la primera, que ya no le bastava dexar la santa fe de Cristo que avía tomado casando con la reina Sabina en la forma de la Santa Iglesia, que renunciando todo esto se bolviesse al dañado paganismo queriendo matar su mujer, sabiéndose claramente que aun la seta de los infieles y moros no permite sin causa los hombres matar sus mujeres quanto más Rolando, puesto en tanta dignidad y preciándose tanto de cavallero, no manteniendo su palabra, moviendo injustamente cruda guerra al rey su suegro, que como padre tener devría, destruyéndole sus villas y fortalezas, matándole sus vassallos, no temiendo la cuenta que ha de dar a Dios en el otro mundo cuando allá fuere, que no deve mucho tardar, que según los grandes pecados que ha fecho Dios no los querrá dissimular que en este mundo no le dé avergonçado fin a sus días y en el otro cruel castigo de sus maldades.

Muy enojado fue Mondragor de las palabras que la donzella le dixera, y como aquel que estava en la prisión y fuera de su libertad, antes las quiso callar con sufrimiento que las publicar sin castigo, y con mucha paciencia le dixo:

–Donzella, mucho te ruego que te partas de mi presencia porque allende que tus sandias palabras me acrecentaron el dolor de mis llagas, tu vista siempre me traxo pérdida y tristeza, tu presencia ora no me puede traer consuelo ^{39v} y si en casa del rey Garinto los dolientes se suelen visitar con denuestos, yo me he por bien visitado en tanta manera que sería alegre de nunca por vós aver visitación.

–Por vuestro provecho lo passado os dezía y vós lo tomáis al contrario. A Dios quedéis encomendado.

Y assí se salió la donzella de la cámara de Mondragor y se fue al rey, y dixo cómo aquél era primo del rey Rolando, al cual ella muy bien conocía, que muchas vezes lo avía visto en las Islas Ircanias, [y] diziéndole todo lo que con él avía passado.

–Bien será –dixo el rey– que le faga toda honra por assí ser costumbre en mi casa. Pues fazelde dar –dixo el rey– un rico lecho en que se acueste y que le sirvan con diligencia, que si lo contrario se hiziere más sería poca criança y virtud que vengança.

Y assí se hizo muy cumplidamente. Aquel día no vino cosa que de contar sea, porque estaban atendiendo al cavallero de Rolando. El passatiempo era en el rey fablar en aquellas cosas que en su juventud avía passado y que ellos recebían mucho plazer, mayormente el Cavallero de los Cisnes, oyendo las espantables batallas que su padre avía vencido, con que le crecía tanto el esfuerço y desseo de le semejar que se juzgava por perezoso en estar aquellos días sin exercitar las armas en cosa que pudiesse ganar honra, mas él era tanto bueno que ninguna memoria de aquellas cosas le podía fazer mejor aunque los desseos de lo ser le acrescentavan. Allí eran muy servidos y acatados y estaban atendiendo el cavallero que viniese al plazo que estava señalado.

¶ Capítulo xxvj. De cómo llegó a la corte el cavallero del rey Rolando, y cómo se concertó el desafío entre él y el Cavallero de los Cisnes.

ANTES QUE EL plazo de los tres días fuesse acabado, el cavallero del rey Rolando llegó a Dierna a hora de tercia y fue delante del rey, que sentado estava en su rica silla acompañado de muchos cavalleros, y le dio la carta de creencia que traía. El rey, después que la ovo leído, le dixo que en todo cumpliría su promessa, que agora podía poner todo el assiento y batalla que quisiesse que la carta lo otorgava. El mensajero se bolvió al Cavallero de los Cisnes diziendo:

–Cavallero, agora es de conocer si hazéis vós diferencia de la habla a la obra o del prometer al cumplir, porque el rey Rolando mi señor os manda dezir que le entreguéis su primo y sus cavalleros y vos vais poner en su mesura, y que faziéndolo assí no solamente os perdonará la muerte de sus cavalleros, mas os hará muchas mercedes y os tomará por suyo y assimismo a vuestro compañero, y que lo contrario haziendo salgáis ambos a aver batalla con él, y que si os venciere le entregaráis los cavalleros presos y la donzella Luciana y que fará de vós su voluntad, y que si una cosa y otra rehusardes que él jura por sus dioses que en ninguna parte podáis guarecer que no caíais en sus manos, que él hará de vuestras carnes tantas justicias como de personas que tienen ofendida tan alta majestad como la suya.

Dixo el cavallero:

–No ay cosa aunque grave que aviéndola prometido no trabaje de la cumplir fasta la muerte, y assí estoy aparejado de cumplir en toda parte donde el tal cumplimiento fuere necesario de todo lo que en presencia del rey y sus altos hombres he prometido, y aunque la promessa de la batalla no oviera hecho bien de grado la aceptara por provar mi persona con cavallero de tanta nombradía y que tan mal es executada contra el estilo de cavallería.^{40r}

–Peor cavallero os parecerá –dixo el mensajero– cuando de vós tomare castigo del enojo que le avéis fecho.

–Esso en la mano de Dios es –dixo el Cavallero de los Cisnes–, que si su voluntad fuere que muera en esta batalla lo haré yo por no mostrar punto de covardía, y disponga Dios

de mi vida lo que su voluntad fuere, mas ni por amenazas que digas no temo mucho su valentía, porque como sea malo y más su bondad deve ser fundada con sobervia que propia virtud ni fortaleza, y no resta otra cosa salvo que se assine el campo y condición de la batalla, que yo muy aparejado estoy a cumplir todo lo assentado.

–No sé a qué parte –dixo el mensajero– eche esse ardimiento que demuestras, porque creo que tanto que con Rolando te hallares en el campo que darías gran señorío si lo toviesses por no aver topado con él ni aceptado su batalla. A mí, pues que soy desafiador, conviene assignar el campo y la condición de la batalla. El campo sea fuera de los muros de la ciudad, porque quanto más arredrado fuere del real tanto más seguro estarás de nuestra gente. De tu parte segure el rey de Dacia el campo, que el rey Rolando lo avrá por bien seguro. El precio y condición de la batalla será que tendrás en el campo a su primo Mandragor y a sus cavalleros que prendiste y la donzella Luciana, y estarán so tal fiança del rey que, siendo el rey Rolando vencedor, que no aya quién le pida el precio de su victoria, y él vencido quede en mesura del vencedor.

–Del campo y de su segurança –dixo el Cavallero de los Cisnes– manteniéndolo el rey no avrá mejor seguridad en el mundo, mas en el precio de la batalla no consiento, porque me pide que de mi parte traía al campo los cavalleros presos y la donzella Luciana, y él de su parte no traiga nada, lo que por ser desigualdad no lo acepto.

–Poniendo el rey Rolando mi señor –dixo el mensajero– en batalla su persona, assaz pone de rico precio, mayormente dándovos tanta ventaja que seáis dos o tres a él solo.

–No quiero yo ventaja alguna –dixo el Cavallero de los Cisnes– salvo de mi persona a la suya la batalla, y que si él piensa que poniendo su persona pone mucho precio, que de mí no lo crea menos que tanto precio mi persona aunque en hábito de pobre cavallero como él la suya en su estado y dignidad, que por ende si comigo quiere batalla por la enemistad que yo le tengo de le nuzir y dañar en lo que pudiere que a mí me plaze, mas si quisiere que su primo y cavalleros sean precio de la batalla que él otrosí de su parte lo deve de assignar.

–Muy poco daña –dixo el mensajero– al rey Rolando tu enemistad, y como cosa que no se deve estimar no deve aver sobre ello contienda, mas porque no seáis escusado de la batalla y su primo estar en cativerio, escoged el precio que quisierdes de su parte tanto que sea justo, que a mí me plaze de lo cumplir y mantener.

–Lo que a mí en este caso me parece bueno –dixo el Cavallero de los Cisnes– es que el rey Rolando tiene presa la reina Sabina fija d'este noble rey y por no bolverse ella pagana a ella no la trata como mujer mas como a cativa, la cual según nuestra ley lícitamente no puede vivir con él siendo pagano sin fazer injuria a Nuestro Salvador Jesucristo, y por tanto no quiero otro precio salvo que si le venciere que la reina sea suelta y entregada al rey su padre, y si yo fuere vencido sus primos y la donzella Luciana le serán entregados; y el rey, por me fazer merced, adonde yo pongo mi persona en peligro querrá él poner la donzella en aventura, y pues que quieres que el vencido sea en la mesura del vencedor, plázeme que igualéis a ambas las partes. Pune cada uno por defender su cabeça, pues es salario de la batalla.

–No pides igual cosa –dixo el mensajero–, qu'el rey Rolando ponga de su parte la reina su mujer que a tal precio nunca jamás se puso en batalla y por tanto dudo de lo otorgar. Pide otra cosa cualquier y otorgar la he yo sin falta.

–No te engañes –dixo el Cavallero de los Cisnes–, que muy igual precio es el que te demando. Tu señor no trata a la reina ^{40v} Sabina como mujer ni tal la nombra, antes la trae cargada de grillos y de cadenas como a la más baxa y cativa donzella del mundo; y si yo le venciere no le cae en desonra su mujer ser entregada a su padre, donde muy más honestamente será guardada que en poder de sus cavalleros, en cuyo poder ni conforme a su honestidad de la reina Sabina ni al valor del rey Rolando es tratada.

–Tanto te muestras razonador –dixo el mensajero– que me harás creer que es igual precio lo que pides. Plázeme de lo así cumplir más por mi parecer que por tu consejo, teniendo por cierto que el rey Rolando, en señal de la vitoria y tu castigo, te ha de cortar essa cabeça y la reina no ha de salir de su prisión, que por ende no se aventura cosa en la traer al campo por precio de la batalla, y así lo otorgo y prometo de lo cumplir, y señala tú las armas, que el rey segura el campo, y entonces señalaré el día de la batalla, y porque sea más a tu seguro y voluntad escoje la manera que quieres que se tenga, porque el vencido su promessa y el vencedor lleve la gloria y precio de la batalla.

–Venga la reina Sabina al campo –dixo el Cavallero de los Cisnes– en guarda de diez cavalleros de fiança juramentados, que si yo saliere vencedor que entreguen la reina Sabina al rey su padre. Yo de mi parte traeré otros diez cavalleros juramentados que si el rey Rolando fuere vencedor que le entreguen los cavalleros y donzellas y así estarán las rehenes seguras y la condición de la batalla bien firmada. El campo, pues el rey lo toma so su seguro real, creed que sobra seguridad; la escogida de las armas, aunque es mía, yo la dexo al rey Rolando, que de las que él escojere yo seré muy alegre y pagado, y cuando él escoger no quisiere sea la batalla a guisa de cavalleros andantes armados de todas armas y a cavallo.

Entonces el mensajero de Rolando señaló el otro día para la batalla. Preguntando al rey si assegurava el campo de sí y de toda su gente porque los cavalleros que se combatiessen estuviessen en toda seguridad salvo el uno del otro.

–Sí, seguro –dixo el rey–, y no temáis, que ningún desaguizado vos será fecho.

–Pues de la parte del rey Rolando –dixo el mensajero– claro está el seguro, que con él no verná salvo aquellos que han de guardar las rehenes, y con esto me voy al rey Rolando, que más dessea verse en el campo por se vengar d'esse cavallero que ganar el mayor señoría del mundo.

E despedido del rey cavalgó en su cavallo y tanta priessa le dio que en poca de hora llegó al real donde el rey Rolando estava y le contó en qué manera quedava el assiento de la batalla y el precio d'ella para otro día. El rey Rolando fue triste por la reina Sabina ser el prescio de la batalla, mas, viendo que era assentado, determinó de lo cumplir sin falta y hizo aparejar sus armas y cavallo y cavalleros que a la reina avían de aguardar para partir passada alguna pieça de la noche para llegar en el campo a buena hora.

El rey de Dacia quedó con el Cavallero de los Cisnes esforçándole que no temiese al rey Rolando aunque de gran prez de armas fuesse; su sobervia y traición le ayudarían contra él, mas por demás era querer poner esfuerço en su corazón, ca él era tal que no sentía punto de pavor, antes con gracioso semblante riendo con todos passó aquel día. La noche venida se fue a su aposentamiento y fizo aparejar sus armas y fabló con un santo hombre confessor del rey que essa noche le oyesse de confesión, y acostándose en su lecho dormió muy pequeña pieça de la noche, y en levantándose fue a la capilla del rey y confessose de

todos sus pecados con muchas lágrimas y arrepentimiento, encomendándose a Dios con mucha devoción que le diese ayuda contra aquel su enemigo.

El rey de Dacia se levantó mucho antes que amaneciese y hizo aparejar los cavalleros que avían de tener las rehenes en el campo, rogando al compañero del Cavallero de los Cisnes que quisiese ser uno de aquellos aguardadores y él lo otorgó, mas de mejor voluntad tomara él cualquier batalla que le ofrescieran que tener aquel cargo que el rey le dava.^{41r}

¶ Capítulo xxvij. De cómo el Cavallero de los Cisnes se combatió con el rey Rolando y lo venció, librando la reina Sabina de la prisión en que era.

ALLEGÁNDOSE LA HORA y plazo de la batalla, el rey Rolando partió de su real a medianoche, según era verano y la luna muy clara. Continuando su camino llegó a Dierna a hora quél sol salía, y luego las nuevas de su venida sonaron en los palacios. El cavallero se armó de todas sus armas, echando su gran escudo al cuello, enlazando su ardiente y fino yelmo en la cabeça, [y] tomando una fuerte lança cavalgó en su presciado cavallo que Urganda la Desconoscida le avía dado. El rey cavalgó en un gran cavallo desarmado, vestido de unas ropas negras y un bastón en la mano. Y tomando consigo el Cavallero de los Cisnes los otros diez cavalleros señalados que avían de guardar las rehenes, llevando consigo los cavalleros presos y la donzella, salieron fuera de la ciudad, mas no gran trecho, porque cerca de los muros era el campo señalado, cercado de gruesos maderos con muchas cadenas rodeado, porque assí era costumbre en aquellas tierras y era muy santa cosa para los tales actos, que en los campos escombrados muchas vezes los cavalleros pierden la honra no por mengua de su virtud mas por falta de sus cavallos. Aquella hora el rey Rolando, que estava cerca de la liça, embió un mensajero a saber si eran allí traídos los cavalleros presos y la donzella, y después que lo vieron todo cumplido dixo que les tomassen juramento y que se pusiessen todos a una parte. Mas el rey de Dacia, cuando vido la reina su hija en prisión cubierta toda de negro muy flaca y descolorida assí por la preñez como por la cuita en que avía estado, vencida su natural piedad de padre no pudo escusar que no llorasse muchas lágrimas.

E siendo más el tiempo necesario para entender en la batalla que para el tal sentimiento, bolviose para dos cavalleros ancianos de su casa, que señalados eran por juezes, y les dixo que metiessen los cavalleros con igual honra en el campo. Las finiestras de los palacios del rey eran llenas de dueñas y donzellas que con la reina salían a ver la batalla, lo mesmo eran los muros y almenas y estancias y adarves de aquella parte de la ciudad. La reina, viendo su hija puesta en crueles cadenas, llorava muy esquivamente, rogando a Dios que la quisiese librar de poder de tan mal hombre y a él dar cruel castigo de su maldad. Pues de la cuita de la reina Sabina vos digo que era puesta entre dos grandes estremos, no sabía a cuál se acostar: si dessear antes la muerte a su marido por quedar libre y su vida sin peligro, o si dessear antes la vitoria por no quedar biuda de aquel que, aunque malo, lo amava más que a su vida; era tanto el amor que le tenía que ni la guerra que a su padre era movida por el rey Rolando ni esquivia crueldad que le avía fecho la podía escusar

de su querer; e assí, no sabiendo en qué se determinar, como era sabia y discreta lo remitió todo a la voluntad de Dios que hiziesse lo que fuesse más su santo servicio.

A esta hora los juezes metieron al Cavallero de los Cisnes por una puerta de la lid en el campo y el rey Rolando por la otra, el cual venía sobre un gran cavallo rodado muy hermoso y él armado de ricas y fuertes armas y el escudo grande y rezio, el campo todo de blanco y pavos menudos de oro por el sembrados, un yelmo fuerte limpio en su cabeça. Como era ^{41v} grande de cuerpo (como aquel que procedía de sangre de los gigantes), parecía muy hermoso cavalgante, y él, que d'ello se preciava, viéndose de tan crescido cuerpo y mayor sobervia, pensava que no avía cinco cavalleros que turar le pudiesen en el campo. El cavallero toda su esperança tenía en Dios y en la justa demanda que llevaba.

E siendo assí puestos los cavalleros cada uno a su parte del campo con tales armas que reluzían muy alueñe, los juezes se salieron del campo y cerraron cada uno su puerta y hizieron señal de la batalla tocando sus trompas, y los cavalleros, según estavam desseosos, hirieron muy bravamente de las espuelas a sus cavallos, que como eran grandes y fuertes venían muy desapoderados, de guisa que los cavalleros se encontraron fuertemente en los escudos y las lanças quebraron, y toparonse tan reziamente que el cavallo de Rolando de la fuerça grande ovo una espalda salida de su lugar y, retrayéndose bien atrás, cayó en el campo con Rolando. El cavallero fue encontrado tan duramente que la cincha del cavallo y petral le quebraron, de guisa que ovo de ir a tierra, mas levantose muy presto como aquel que de gran ligereza era, aviendo mucha vergüença en se ver assí derribado, y cobriéndose de su escudo fue contra Rolando, que a grande afán se avía levantado y venía guisado de se defender. Cubiertos de sus escudos encomençaron de se ferir por todas partes como aquellos que de gran bondad eran y se combatían con mucha saña y enemistad. Por donde quiera que sus buenas espadas alcançavan en las lorigas, aunque de muy gruessa malla eran, se hazían mucho mal, ca muchas pieças de las armas con gran daño de las carnes se cortavan, combatiéndose tan fuertemente que hasta hora de sesta duró la primera batalla sin ninguno aver la mejoría ni mostrar punto de pavor; mas como el sol hazía grande y se davan mucha priessa en se combatir, el peso de las armas con el cansancio los ahogava, que a mal de su grado se arredraron el uno del otro por tomar aliento y alçaron las viseras de los yelmos por coger aire, y estuvieron assí un rato sin dezir palabra el uno al otro, mas no tardó mucho que el Cavallero de los Cisnes no travó su escudo dexando caer la visera del yelmo diziendo:

–¡No es tiempo de más reposar, atendiendo aquel noble rey la fin de nuestra batalla con tantos hombres buenos!

El rey Rolando, que lo avía visto de poca edad, aunque a la primera batalla se avía mostrado buen cavallero, pensava entre sí que le vernía como a los mancebos cavalleros avenir suele: que en los principios de las batallas muestran grande ardimiento, e, como su virtud no es muy esperimentada, con el luengo exercicio de las armas, quanto más tura la contienda tanto más le falta la valentía y fortaleza y que assí sería el cavallero que de tan tierna edad le parecía, y teniéndolo por ello en poca estima le dixo como en desdén:

–Pensé, cavallero, cuando me encomençaste de hablar, que me demandavas merced de la vida y te davas por vencido, lo que te fuera mejor consejo que, continuando tan loco propósito, me enciendes más la sangre para no usar contigo de piedad ninguna.

–En cuanto tú perseverares en tu maldad –dixo el Cavallero de los Cisnes–, no puedo yo cessar de mi virtuoso propósito: suelta tú primeramente a la reina Sabina que tienes presa y deseredada y restituye a su padre las pérdidas y menoscabos que le has dado, y yo te soltaré la batalla, que de la traición que has hecho a Dios en le dexar su ley y tomar essa falsa de los dioses; si tú no hizieres emienda de tu peccado, Él te dará en este mundo duro castigo y en el otro perpetua pena y condenación para tu ánima.

Al rey Rolando se le creció tanto la ira que los ojos, que d'ella suelen ser mensajeros en los muy arrebatados hombres, parecía[n] que echavan centellas de fuego bivas, diziéndole con mucha ira:

–¡Defiéndete, malaventurado cavallero, si defensa te tuviere pro a essa poca de vida que te queda!

El cavallero, que no se enflaquecía con tales amenazas, antes ^{42r} le crecía el esfuerço para las quebrantar, arremetió al rey Rolando con mucha saña, alçando la su buena espada; con su forçoso braço le dio tal golpe sobre el canto del escudo, que muy fuerte era, que más de dos palmos le metió la espada por él, de guisa que no la podía sacar, lo cual viendo el rey Rolando le dio un tal golpe sobre su ardiente yelmo que, aunque su bondad resistió no ser cortado, fue la cabeça muy atordida y magullada. Sintiéndose el cavallero del golpe, tiró muy rezio por la espada que le quebró el tiracol del escudo y sacó la espada y le dio tal golpe con ella en soslayo sobre el yelmo que descendiendo de mucha fuerça al hombro le cortó la loriga y le hizo muy gran llaga, mas ni por ella Rolando no dexava de se combatir como de primero, dándose el uno al otro muy espessos y pesados golpes haziéndose muchas llagas, perdiendo d'ellas mucha sangre, mayormente el rey Rolando. E assí en esta braveza turó la contienda hasta la hora de nona, donde, hallándose el rey Rolando algo enflaquecido de la mucha sangre que avía perdido, arredrose afuera por descansar, y el cavallero le dixo:

–Rey Rolando, no es guisado a tal hombre como tú querer reposar salvo después de la vitoria.

Mas a esta hora el cavallero avía gran necesidad de reposo, mas su ardimiento era tanto que no lo quería hasta la fin de la batalla.

–Cavallero –dixo el rey Rolando–, sofríos por cortesía ca tiempo tenemos para la batalla. Dezidme si vos plaze cómo es vuestro nombre porque yo sepa quién me mata o a quién mato.

–Mi nombre al presente –dixo el Cavallero de los Cisnes– no podéis saber, baste ser enemigo tuyo mortal por la gran traición que a aquel noble rey que allí está tienes hecha. Si quieres que te quite la batalla y aya merced de la vida, date por vencido y ponte en medida del rey Garinto como aquel que tu más debes servir que enojar.

–¡Cómo! ¿Por tan vencido me tienes? –dixo el rey Rolando–, ¡pues atiende, que yo te mostraré cuán alexado estás de la victoria!

Y con grande saña arremetió para él y dieronse tan grandes golpes por encima de los yelmos que las cabeças hizieron inclinar hasta los pechos. El rey Rolando fue herido, mas no mucho. El cavallero le tornó a dar otro golpe sobre el escudo de toda su fuerça, que desde el brocal hasta las embraçaduras lo hendió y le hizo grande llaga en el braço. El rey Rolando soltó presto el escudo y tomó la espada a dos manos y fue para el cavallero, que no podía sacar la espada del escudo, y dióle tal golpe sobre el fuerte y ardiente yelmo que todo fue abollado y torcido, haziendo salir d'él muchas centellas de fuego, y la espada se le

quebró en tres partes y no le quedó en la mano salvo la empuñadura, de manera que si allí no faltara la espada al rey Rolando en mucha priessa se viera. El cavallero <que> no podía sacar la espada del escudo, mas tanto tiró que la ovo de sacar, y queriendo herir al rey Rolando, vio que iba a más andar a do estava su cavallo por tomar una hacha de azero que en el arzón traía, de que él mucho se presciava de herir, y antes que la sacasse el cavallero lo siguió y le encomençó de ferir de muchos golpes. El rey Rolando, viéndose sin espada y que no podía tomar la hacha, con mucho esfuerço fue a asir del cavallero sin que él estorvar lo pudiesse ni meter la espada en medio; y como iba desembargado de la espada y del escudo, siendo el cavallero embaraçado con las tales armas, por pocas no fue a tierra, mas soltando el escudo y la espada se abraçó muy fuertemente con el rey Rolando, y poniendo toda su fuerça, que mucha era aunque otrosí mucha la avía tenido el rey Rolando, mas de la sangre avía perdido gran parte, y apretándole entre sus fuertes braços dio con él tal caída que los lazos del yelmo fueron quebrados y le saltó de la cabeça. El cavallero lo tomó y le dio con él tales golpes que los sesos le salieron por los ojos y le hizo la cabeça muchas partes según la gran saña que d'él avía, y esto con gran plazer y alegría del ^{42v} rey y de sus cavalleros, mas no de la triste reina Sabina.

El cavallero, tanto que esto ovo acabado, tomó su espada y metiela en la vaina y echo su escudo al cuello, y llegándose a la puerta de la liça preguntó a los juezes si avía allí más que hazer. Ellos le dixeron que con menos compliera su vitoria, siendo satisfecho con vencer y no matar.

–A hombre traidor –dixo el cavallero– nunca se le deve dar la vida, que si Florisando otra vez no gela oviera dado no fiziera los males que hizo.

A esta hora la reina Sabina hazía muy amargo y esquivo llanto por la muerte de su marido el rey Rolando, que, aunque malo era y le avía hecho muchas crueldades, nembrándose ella que era su marido y que avía por ella sofrido afanes, llagas y afrentas, no le podía perder el amor que le tenía. Dava unas bozes tan doloridas que a todos ponía mucha lástima. El rey su padre estava con ella consolándola, que los cavalleros que la guardavan, tanto que vieron la muerte del rey Rolando, luego gela entregaron no haziendo otra cosa salvo llorar muy agramente.

g Capítulo xxviiij. Del grande llanto que hizo la reina Sabina por la muerte del rey Rolando su marido, y de lo que más aconteció.

TANTO QUE EL cavallero oyó los llantos que hazía la reina Sabina, dixo a los juezes: –Buenos señores, vamos a consolar a aquella noble reina que mucha necesidad tiene de consuelo, pues su virtud es tanta que por quien le ha hecho tanto mal muestra tanto sentimiento.

Y en llegando, hallola con el rey su padre, que las manos le tenía con que muy a menu-do se fería su hermosa cara, consolándola de la gran cuita que avía diziéndole:

–Amada hija, pues no llorávades vuestra prisión siendo presa, no lloréis agora vuestra libertad siendo libre; tomad consuelo y esfuerço y hablad a este noble cavallero que en tanto peligro se ha puesto por vos librar de vuestra cuita.

–Si yo supiera, buena señora –dixo el Cavallero de los Cisnes–, que la batalla que yo tomava en vuestro servicio se avía de tornar en vuestra tristeza, antes escojera que el rey vuestro padre quedara de mí con queixa que vos con enojo, porque desde el día que supe de vuestra prisión y desventura siempre mi intención fue más de os servir que no enojar, y esto sólo me ha traído de Roma con vuestra donzella, assí por librar a vuestra virtud de prisión como ayudar al rey vuestro padre en la cruda guerra que le es hecha, y pues sin esta batalla una cosa ni otra no podía complir no deve mi limpia intención merescer pena, mas de su limpio motivo agradescimientos. E Dios sabe cuánto yo quisiera que el rey Rolando sin batalla mirara la sinjusticia que vos fazía y cruda guerra a este reino, mas pues, señora, no sentís la gran sinrazón y tuerto que el rey Rolando vos ha hecho y estrago en los vassallos de vuestro padre, no es mucho que no miréis el servicio que vos fize, ca quien no se acuerda del mal no tendrá memoria del bien. E aún no salgo tan bien librado de la batalla que vos no fuesse, señora, mejor contado mandar curar mis llagas que reprehender mis obras.

La reina Sabina, alçando aquellos ojos que tan descaídos tenía del pesar, lo mejor que pudo le respondió:

–Cavallero, no sé si loe vuestra buena voluntad o si condene vuestras obras, el gran sentimiento y sobrada tristeza que posseo me ciega los ojos de la razón, que no puedo perder el sentimiento que me avéis hecho en me matar la cosa del mundo que más amava, que si me librades la persona ^{43r} de prisión cativástesme el coraçón de mucha tristeza dexándome biuda de tal marido, acompañada de mucha soledad, cercada de desventuras; por ende, no puedo dexar de culpar más vuestras obras, pues tanta pérdida me dieron, que vuestra buena voluntad sin provecho. –E acabando de dezir esto començó a hazer un fuerte llanto, de guisa que el rey no la podía consolar y avía embiado por la reina su madre, la cual vino muy presto como cosa que tanto le tocava, y viendo llorar su hija no pudo estar que con ella no llorasse, y después que el dolor del coraçón le dio algún alivio, le empeçó de dezir:

–Mi amada hija, pensando bien cuánto más es vuestra pro la muerte de Rolando que la vida, más devríades de ser alegre que tener tristeza, y aunque la piedad o, mejormente hablando, virtud haga sentir la muerte de vuestro marido, no devéis ende mostrar tanto sentimiento, que parece tener más amor a él siendo malo que a vos misma ni a mí ni a vuestro padre, cuyas muertes y destrucción él procurava, no vos tratando como a mujer ni como era razón, teniéndovos en cruel y esquiva prisión como a la más estraña mujer del mundo, pues bien sabéis, hija, que cuánta virtud es sentir lo que sentir se deve tanto yerro es llorar lo que no es digno de lloro, e por ende cessen vuestros sentimientos y llantos, que más parece salir de afición que de virtud.

Algo fue consolada la reina Sabina con las palabras que la reina su madre le avía dicho, mas tanto que alçó los ojos y vio el cuerpo del rey Rolando no se pudo tener que no tornasse a llorar diziendo:

–¡Ó esforçado y valiente cavallero rey Rolando, pluguiera a Dios que ante yo muriera en tu prisión la más amarga muerte del mundo que verte en esse campo muerto y frío tendido delante de mis ojos, porque muriendo yo muría sola, y siendo tú muerto yo no puedo dexar de morir con tu soledad, que por más cruel que me fuesses eras mi marido y avías passado por mí bravas batallas y sufrido grandes afanes, y no era mucho que yo sofríesse alguna mala vida por ti siendo bivo, pues que agora tú muerto la he de passar muy amarga!

Aquí devrían de tomar exemplo las mujeres de nuestros tiempos y traer en la memoria esta virtuosa reina por espejo de sus vidas, que siendo casada con este mal hombre que se avía tornado moro y destruía los señoríos del rey su padre y a ella traía en crueles prisiones, y por sólo ser su marido sentía tanto su muerte como si fuera la mejor casada mujer del mundo, y las de nuestros tiempos, por mejor casadas que sean, por cualquier pequeño enojo y renzilla no solamente aborrecen de coraçón sus maridos, mas con mill artes no pensadas les procuran la muerte o a lo menos su desonra, lo que no harían si supiesen cuán pesada carga es la biudez y cuán dura cosa conoscer condiciones y subjeción de maridos nuevos, allende de hazer lo contrario: dar mala presunción de sus vidas y toque de su bondad.

Pues tornando a la historia, el rey, viendo el sentimiento de su fija, rogó a la reina que con ella se acojese a la ciudad y así se hizo, que tomándola la reina consigo la llevó para la ciudad, dando ella grandes gritos y tristes bozes, desseando más acompañar el cuerpo muerto de su marido, llorando su biudez que oír los consuelos de su madre.

El rey quedó en el campo muy alegre de ver a sus ojos muerto aquel enemigo, y cuando vido el cavallero que de muchas partes le salía la sangre se fue a él diziendo:

–Mi buen amigo, perdonadme que por acorrer a la reina que se amortescía no he mirado por vos, ¿qué tal os sentís de vuestras llagas, que me parece que sois mal llagado?

–No soy tan mal llagado –dixo el cavallero– como parece por la mucha sangre que he perdido, mas tanto que la aya restañado con la ayuda de Dios muy presto seré guarescido.

–Bien será que nos acojamos a la ciudad –dixo el rey–, ca mucho menester avéis el descanso según el trabajo y afrenta avéis passado. ¡Plegá a Dios, mi buen amigo, que Dios me llegue a tiempo que yo lo pueda galardonar!, ca no solamente me avéis restituído mi reino y librado de la muerte que según el duro enemigo tenía en Rolando ^{43v} muy cercano estava a ella, a lo menos a perder mi honra que yo más temía y avéis librado a mi hija de prisión y tornado a mi poder, que aunque a la sazón como mujer apassionada no siente lo que avéis hecho, yo, como rescibo la buena obra yo, la entiendo galardonar.

–Buen señor –dixo el Cavallero de los Cisnes–, en otras mayores afrentas, aunque ésta ha sido grande, desseo poner mi pobre persona por vuestro servicio en aventura en toda parte que me hallare. Haré vuestro mandado allende de lo que vuestra virtud me obliga por saber que en toda cosa que vos requiriere no dudaréis de me fazer merced.

El rey gelo agradeció mucho y lo abraçó con mucho amor diziendo:

–Mi buen amigo, pues que esto es acabado a vuestra honra y a mi voluntad, vámonos a reposar, que mucho menester vos haze el reposo.

Y así era verdad, que era hora de bísperas y el cavallero era mal llagado y maltrecho del trabajo y no avía comido todo el día. E antes que el rey se acojese a sus palacios llegaron los diez cavalleros que aguardavan la reina Sabina, y con muchas lágrimas se despidieron del rey y se bolvieron a su real.

El rey mandó a sus cavalleros que guardassen el cuerpo muerto de Rolando que no lo sacassen los suyos del campo escondidamente y lo llevassen a su real, y acojose a la ciudad con el cavallero y lo acompañó hasta su aposentamiento y le ayudó a quitar las armas, y sus donzellas le cataron las llagas, que grandes eran, como aquéllas que mucho sabían aquel menester, y le dieron de comer y le acostaron en su lecho, donde el rey lo dexó reposar en compañía de su compañero y donzellas, y se fue a ver la reina su fija, que estava en el aposento de la reina su madre.

¶ Capítulo xxix. De cómo siete cavalleros del real vinieron a pedir treguas al rey de Dacia.

LUEGO AL OTRO día, a hora de tercia, llegaron a la ciudad a do estava el rey de Dacia siete cavalleros de los principales del real, vestidos todos de luto a guisa de su tierra, descalços y desnudos salvo en camisa y las cabeças rapadas cubiertas de velos negros; en señal de gran tristeza traían sogas de esparto muy gruessas que les arrastravan por el suelo cubiertos todos, otrosí cubiertos de paños negros y de duelo. Y llegados assí en presencia del rey, el uno d'ellos, que era el que traxo el desafío al Cavallero de los Cisnes, que entre los paganos avido era por muy razonador y cuerdo, empeçó de hablar en esta manera:

–Muy noble rey, si los cavalleros que son puestos en el fondón de desventura son más dinos de alivio de su cuita que de aumento de su pena, estos cavalleros y yo en nombre del ejército del rey Rolando, teniendo más fiança en vuestra virtud que atrevimiento en nuestras obras, vos pedimos que mirando la poca culpa que tenemos de lo que el rey Rolando os ha fecho, que no procure vuestra nobleza tomar de nós cruda vengança, porque siendo sus vassallos tenudos éramos y obligados de hazer su mandado, porque en otra manera no complíamos con la lealtad que como criados a él siendo nuestro señor le devíamos, pues si constriñidos con tal obligación como es la obediencia venimos a esta tierra a servir al señor con quien bivamos, mirado más deve ser nuestro forçoso constriñimiento que voluntarioso propósito y más digna nuestra apremiada llegada de piedad que de condenación, e assí nuestra embaxada rezada en los piadosos oídos de vuestra virtud, más merecedora de ^{44r} perdón por su inocencia que de castigo por su desculpa.

–Dezid lo que querréis –dixo el rey–, que todo vos será escuchado y aquí hallaréis más cortesía y piedad no aviendo razón de lo usar con vosotros, que Rolando ni vosotros tuvistes medida de me mover tan injusta guerra sin causa.

–No sin causa –dixo el cavallero– sois loado de muy derechero rey, assí de los que de conoscencia vos conocen como de los que de fama lo han sabido, y si tal fiança no tuviéramos en vuestra bondad, según la fortuna nos es enemiga, muy poca fiança nos restava de remedio ni consuelo.

»Nuestra venida a esta tierra, alto rey, como dicho tengo –dixo el mensajero–, fuimos apremiados y mandados de aquel que poder para ello tenía como rey y señor nuestro. Agora, pues que la fortuna ha querido que un cavallero novel assí en las armas como en la edad ganasse tanta honra y fama de la muerte y vencimiento del rey Rolando, pues que él ha pagado la deuda que devía la muerte de su vida, nosotros, quedando esentos de su sujeción, conociendo que él por satisfacer a la dañada flama de su apetito, siguiendo por ventura el mal consejo de algunos de los pocos que el bueno de los muchos, vos ha hecho tan brava y cruda guerra, nos queremos apartar de su porfía y bolvernós a nuestras tierras como tristes, no solamente llorando la muerte de nuestro rey, mas gimiendo nuestra pérdida y desonra. Y para esto vos demandamos cuarenta días de treguas para alçar nuestro real, y debaxo de la vadera de vuestra real seguridad sin contraste ni sobresalto de vuestras gentes podamos arribar a nuestras tierras donde salimos ledos y vitoriosos, y agora bolvemos tristes y vencidos.

–Muchas cosas –dixo el rey– me impiden a no aver tanta piedad de vuestra cuita como yo querría, que aunque os diesse seguro para salir de mis tierras no vos lo daría para lo tener en vuestros señoríos, que aunque me satisfagáis las pérdidas, daños y menoscabos que vuestro rey ha fecho en mis señoríos, ni por ello tengo de aver paz con vós hasta que tenga en mi poder el reino de las Islas Ircanias, que de derecho es de la reina Sabina y del hijo que en el vientre trae, que, aunque vosotros la pensáis deseredar, Dios la ha hecho eredera ayuntándola en casamiento al rey Rolando, que aunque se aya buelto pagano, como el matrimonio fue entre cristianos y en la forma de la Santa Iglesia, no ay razón ni derecho por que perder la deve.

–Esso se entendería –dixo el cavallero– si por muerte del rey Rolando quedara hijo que lo eredasse, mas como él murió sin eredero viene la sucession al pariente más allegado, que es Vandagamir, su padre de Mondragor, que es hermano del rey Molabato, y assí que no sé como lo que dezís se puede hazer ni con qué título aquel reino queréis tomar.

–Yo te lo diré –dixo el rey–: verdad es que mi hija no eredava el reino sino oviera hijo del rey Rolando, mas porque d’él está preñada y el hijo postrimero que trae en el vientre de derecho es avido por nascido y subcede como si de muchos años nascido fuesse, y en nasciendo yo le tengo de hazer jurar por rey de las Islas Ircanias a todo mi poder, y assí mi hija de derecho se llama y deve se llamar reina d’ellas, y aviendo hijo bien sabéis vós que no subcede el hermano del rey ni tío.

–D’esso a la sazón –dixo él– no podemos responder ninguna cosa ni como partes sin el todo podemos dar buena respuesta: lo que pedimos es tan justo que nos deve de ser otorgado. En nuestra tierra es costumbre que dentro de treinta días que tomamos luto, mayormente por rey y señor, no entramos en batalla salvo sin lanças y los escudos al revés, y como la fortuna nos aya puesto en lo semejante, más querríamos estos días para llorar nuestra desventura que para andar en aparejos y estruendos de armas, ca el corazón caído de mucho pesar y enflaquecido de mucho llanto mal puede mostrar su valentía y orgullo en la batalla, porque como todo el esfuerço y ardimiento^{44v} nos procede del corazón siendo él derrocado y vencido, de mucha tristeza mal nos puede dar aliento a tomar alguna victoria; y por ende, señor, vos pedimos estos días por treguas para los gastar en esquivos llantos, y dende en adelante, según vierdes nuestras obras, assí lo usad de piedad o de rigor.

–Plázeme –dixo el rey– de vos otorgar las treguas porque no digáis que quebranto vuestras solenidades por aver batalla con vosotros con ventaja por la costumbre que tenéis, la cual yo entendería cuando vosotros fiziessedes batalla de vuestra voluntad, mas, siendo forçados y acometidos, esto no solamente os puede defender costumbre que no tomásedes todas armas contra quien nuzir os quisiesse, mas ni ley de vuestro rey ni juramento os puede quitar la defension que no solamente es lícita de ley humana, más aún, de derecho natural y divino, y, porque me parece bien el sentimiento que tenéis de la muerte de vuestro señor, vos otorgo las treguas que pedís, aunque él tuvo más culpa en ella que vosotros de la llorar.

E queriéndose despedir aquellos siete cavalleros, suplicaron al rey que les fiziessse merced del cuerpo del rey Rolando para le dar la sepultura y bolverlo a su tierra que, pues que con él avían venido siendo vivo, que con él querían bolver aunque muerto; que si algunos enojos d’él avía rescebido que ya no podía ser él satisfecho después que muerto con tanta mengua y falta de su fama y el vencedor con tanta fama y vitoria.

–D'esso yo tengo cuidado –dixo el rey– tanto que passaren las veinte y quatro horas, que es costumbre el muerto en señal de ser vencido estar en el campo. Yo le mandaré fazer tal sepultura que para siempre de su vida y muerte quede memoria; que aunque vosotros como vassallos a señor le diéssedes honrada sepultura, por el aver sido marido de mi hija, pospuesto todo enojo y saña, no tengo menos razón de gela dar.

–Bien se parece la gran abundancia de virtud que en vós, señor, ay –dixeron ellos–, que cuando cresce con los contrarios no deve faltar a los amigos. A Dios quedéis encomendado –dixeron ellos.

–Con Dios vais, buenos cavalleros –dixo el rey–, y él os de remedio para las ánimas y consuelo para la tristeza.

¶ Capítulo xxx. De cómo el rey de Dacia mandó hazer una rica sepultura al rey Rolando.

TANTO QUE LOS embajadores fueron partidos, el rey de Dacia fue a ver al Cavallero de los Cisnes, que mal llagado estava en su aposentamiento, y hallolo acompañado de muchos y muy preciados cavalleros de su casa, y después que el rey ende estovo grande rato, sabiendo de la disposición de sus llagas, le dixo cuanto con los cavalleros de Rolando avía passado y de cómo le pidieron el cuerpo muerto para le dar devida sepultura y cómo él tenía voluntad de le fazer su enterramiento en el lugar adonde avía sido la batalla.

–Persona en quien puso Dios tanta bondad –dixo el Cavallero de los Cisnes– así en esfuerço como en virtud de buenas maneras no puede fazer cosa que de loar no sea, mayormente a do entra piedad, que es don que Dios mucho se goza de ver en sus ministros como lo vós, mi señor, sois, porque, aunque faziendo justicia se diga fazer misericordia esto se entiende ^{45r} cuando el rigor de la justicia va templado con alguna piedad y misericordia no haziendo de sí otra cosa salvo el derecho de las leyes, porque si de su voluntad gozando mata alguno aunque de derecho lo devía hazer, más cruel matador que ministro de la justicia se puede llamar, ca gran señal es de virtud no usar de los vencidos de toda vitoria, porque dar aflicción a los afligidos más es crueldad que vengança, endemás con estos cavalleros del real, que yo fio en Dios que, pues el rey Rolando es muerto, que los traía en esta soberbia y malas maneras, conociendo ellos el galardón que él ovo de su bivar, se arrepentirán de lo passado y emendarán lo por venir, y, aunque no sean en la fe verdaderos amigos, serán en su secta vuestros apremiados vassallos, y después, tratando ellos con cristianos, con la permission de Dios dexarán el error en que han estado y bolverse han a nuestra santa fe no por dádivas ni amenazas fengidamente como en el tiempo de Rolando lo han fecho.

–Assí plegá a Dios –dixo el rey–. Yo me vuelvo a mandar fazer la sepultura, que el cuerpo como fue frío en la fe y fuera del gremio de la Santa Madre Iglesia, así quiero que le entierren en campo frío, no solamente fuera de cosa sagrada, más aún, del sitio y habitación de los hombres, que pues fue fuera de nuestra ley en la vida, que así sea apartado de nuestra comunión en la muerte.

Y así se despidió el rey del cavallero y fizo llamar grandes y sotiles maestros y mandó hazer en aquel campo do fuera la batalla una sepultura muy grande de piedras blancas y

mármoles blancos muy labrados; mandó hazer dos cavalleros armados de todas armas en la manera que avían salido a la batalla, y fizo poner cada uno de su parte de la sepultura, y en la misma sepultura estava señalada la reina de las Islas Ircanias su fija como estava por rehenes en el campo en poder de los diez cavalleros que la aguardavan, y hizo otrosí escrevir en una gran tabla de metal la historia de la batalla como avía sido y la muerte del rey Rolando, y tiempo fue que allí se escribió el nombre del vencedor, y fue una de las hermosas cosas de ver que avía en muchas partes, no solamente por la riqueza de la sepultura como por la estraña y sutil manera de la obra, y era toda la sepultura abovedada de losas blancas muy ricas porque las tempestades no pudiessen dañar sus labores y riquezas. E tiempo vino después que la aguardaron algunos cavalleros esta aventura defendiendo a todo cavallero que no la viesse sin batalla, por donde se hizieron hermosas aventuras en tiempo de un fijo que d'este Rolando nació que Tristarán ovo por nombre, que la defendió mucho tiempo y hizo assí en ella como en otras partes grandes proezas en las armas, con que no solamente aquel reino fue ennoblecido, mas la muerte del rey Rolando siempre anduvo en las lenguas de las gentes y la gran virtud del cavallero en la memoria de los hombres, y turó aquella aventura en aquel reino por muchos tiempos, y después de la muerte del buen rey Artur en unas grandes batallas que fueron en Dacia, fue destruida esta rica y hermosa sepultura y assí otras cosas dignas de fama y de loor, que assí como aquel buen rey Artur mantuvo la cavallería en la mayor alteza del mundo y las cosas dignas de fama, no solamente las adquería más con mucha diligencia acrecentava, y después de su muerte no ovo quién hiziesse lo semejante, que no solamente aborrescían la virtud mas las cosas que d'ella traían memoria, junto con el tiempo destruidor de todas las cosas que no solamente las estraga y destruye, mas las quita de la memoria de los hombres.

¶ Capítulo xxxj. De cómo la reina Sabina parió un hijo que se llamó Tristarán y fue uno de los señalados cavalleros del mundo.^{45v}

TRES DÍAS DESPUÉS de la muerte del rey Rolando, la reina Sabina, siendo preñada, llegándose el tiempo del parir, vinieron los dolores por mensajeros y dieron nuevas del que nuevamente quería nascer en el mundo. E siendo assí ahincada y aquexada de los dolores, la reina Sabina parió un infante de mucha beldad y fermosura. E ovo en su nacimiento dos cosas estrañas: la una que, como los niños en nasciendo suelen llorar demostrando que entran en la carrera d'este mundo valle de lágrimas, lleno de muchas miserias y de angustias en el cual bivimos más tiempo en tristezas y desventuras que en placeres, y este infante, en nasciendo, encomençó de abrir la boca y reír para su madre como que nascía para su amparo y consuelo con que perdiessse el sentimiento de la muerte de su padre. E assí lo fue adelante, que con él su madre fue tanto bienaventurada cual mujer biuda en aquel tiempo ni en otro nunca lo fue. Tenía otra muy grande maravilla: que avía en la siniestra parte sobre el corazón una cruz + pequeña muy bien hecha y bien tajada por donde claramente se paresció cuán cristianíssimo rey avía de ser en su tiempo, e assí lo fue después, que creciendo en edad de cavallero hizo muy grandes maravillas en armas siendo rey de las Islas Ircanias, hizo tanto con sus vassallos que todos fueron cristianos

no apremiados salvo de su propia voluntad. Este ganó el señorío de los Montes Bruceos que eran de un muy bravo gigante, ganando otrosí otras muchas tierras por su esfuerço y bondad. Pues tanto que la reina Sabina ovo parido, dando muchas gracias a Dios porque la avía librado de aquel peligro, y tomando entre sus braços a aquel infante, lo llegó a su boca y lo besó muchas vezes llorando muy agramente diziendo:

–¡Muy amado hijo, más bienaventurado sea el tiempo de tu vida que alegre ha sido el de tu nascimiento! Dios te quiera amparar, ca en gran desamparo nasciste, pues la muerte de tu padre precedió a tu nascimiento, que no solamente fui acompañada de orfandad, mas cercada de mucha tristeza. Dios te dexé vivir, hijo, porque puedas consolar esta triste de tu madre que en tan grande cuita y biudez ha quedado por la muerte de tu padre; y, pues que yo te parí con tan grande tristeza, quiero que ayas el nombre conforme a tu nascimiento que en señal que fui triste te llamen Tristarán.

Y esto dezía con tantas lágrimas y ansia de su coraçón que a todos ponía mucha lástima. La reina su madre se llegó a ella y le tomó el hijo de entre los braços y lo dio a sus donzellas que lo curassen, diziéndole a su hija que no era tiempo de llorar, antes de dar gracias a Dios por se acordar tanto d'ella, que aunque perdiera su marido avía cobrado hermoso hijo que le sería más cierto amparo y amigo, que con tal infante perder devía la tristeza, y la fizo luego acostar en una rica cama, que era hecha, y la curaron con mucha diligencia. Las donzellas embolvieron el niño, y él embuelto le dio una dueña leche, la cual él tomó con mucha gana y después lo truxeron a la reina Sabina diziéndole:

–Señora, con tan fermoso hijo perder devéis el sentimiento, porque si el rey Rolando os dava enojo este infante punará de vos hazer alegre y plazentera.

La reina Sabina, viendo la gran hermosura de su hijo, fue muy consolada y dixo a una dueña que le diesse leche hasta que ^{46r} ella pudiesse que sola lo entendía criar aunque fuese contra costumbre de las de su guisa, mas que las otras lo hazían por amor de los maridos y estado y que ella no tenía marido, ni dando la leche a su hijo se manzillava su estado ni nobleza, antes era mala costumbre los hijos de los altos hombres ser criados de mujeres baxas, porque muchas vezes los niños de noble sangre mamando la grossera leche y de poca criança de sus amas se hazen rústicos y de malas maneras, y que por ende ella y por alivio de su cuita lo quería criar.

La reina su madre le alabó mucho su propósito, y con el nascimiento de su nieto assí ella como el rey y toda la corte avía muy gran plazer, y con ellas vino a visitar el rey al Cavallero de los Cisnes, que con ellas otrosí fue muy alegre. A los ocho días que fue nascido el infante, le bautizaron y pusieron nombre Tristarán, como la madre le avía dicho. Fue de gran fecho de armas: tomó de su madre la hermosura y discreción; tomó de su padre la fuerça y valentía; tomó del rey Garinto su abuelo la virtud y buenas maneras, con lo que juntamente vino a pujar a ser uno de los señalados cavalleros de su tiempo. Del cual agora dexemos de fablar por no salirnos de la historia, y digamos de lo que se hizo después de las treguas, siendo el Cavallero de los Cisnes guarescido de sus llagas.

¶ Capítulo xxxij. De las cosas que hizo el Cavallero de los Cisnes después de las treguas, aviendo llegado a Dacia el capitán de Roma que Florisando mandara al rey Garinto.

ANTES QUE LA tregua fuesse acabada, Dranciano, cavallero romano, con la gente que Florisando embiava, que eran mill cavalleros y cuatro mill peones con gran flota, fue aportar a una ciudad de Dacia que Alcob<r>ad[r]a se dezía, y saliendo en tierra a vista de los enemigos su gente, puesta en ordenança, se fue para Dierna donde estava el rey Garinto, cuya venida, quanto dio a los de Dacia de plazer y esfuerço tanto dio a los paganos de pavor y medrosía que, aunque avían grandes huestes, como entre ellos no avía quién los acaudillasse, eran puestos en gran pavor. El capitán de Roma, llegando a Dierna, fue muy bien rescebido del rey, y con los dos cavalleros y toda su compañía los salió a rescebir como a capitán de tal príncipe merescía, y lo quiso aposentar en sus palacios, mas el capitán no lo consintió, antes hizo assentar su real de muchas y fermosas tiendas en una vega cabe la ciudad y ende fue aposentado con su gente, entretanto que el término de las treguas se passava.

Mas después que las treguas fueron passadas, para largamente dezir las cosas que se hizieron no menos sería larga y prolixa la escriptura que enojosa a los oyentes y convenía al autor apartarse de la verdadera historia y loores de Lisuarte, que aunque en este tiempo hizo hechos no solamente de esforçado y temido cavallero mas de muy diestro y cuerdo capitán, como en tales batallas campales acontezcan fechos y proezas de muchos valientes cavalleros, para escrevir de todos su mucha bondad sería muy prolixo trabajo, para dezir de uno solo sería callar la bondad y virtud de todos los otros, lo que no se deve de hazer hurtando a ninguno su bondad. Por lo cual queriendo venir a lo más sabroso y gustoso de l[a] verdadera historia las muchas cosas ^{46v} que después passaron muy en breve serán recontadas; ca sabed que, antes que las treguas fuessen acabadas, los cavalleros y otras gentes del real del rey Rolando, aviendo entre sí muy grandes discordias como entre tantos y en tales casos suele aver, no se atreviendo a mantener la guerra començada, eligieron entre sí por capitán un cavallero mancebo llamado Buçalín, pariente del rey Rolando, de mucho esfuerço y valentía. Y desamparando las villas y lugares que tomadas tenían, recogido su fardaje, la postrera noche de la tregua alçaron su real tomando la vía de una pequeña villa llamada Grimoya, que en el extremo estava de Dacia y de sus tierras. Mas como tales cosas no pueden ser encubiertas, avino que lo supo el rey de Dacia y hizo luego aparejar su gente dando al Cavallero de los Cisnes el regimiento de su ejército que siguiesse los enemigos por tierra y que el capitán de Florisando entrasse por la mar con su flota y se fuesse a las Islas Ircanias y hiziesse cruda guerra a los lugares vezinos y puertos de la mar, lo cual luego complió Dranciano, que fue a la ciudad de Alcobadra, y entrando en su flota, tomó la guía de las Islas Ircanias y aportó una noche a una gran ciudad puerto de mar llamada Grucina. E saliendo con su gente en tierra se apoderó de la ciudad, matando y prendiendo los que ende hallava.

El Cavallero de los Cisnes tomó la vía que los enemigos llevaban con su compañero y Palmero y Leoncio, que era aquel que avía traído el concierto del desafío del rey Rolando; el cual, viendo el gran desconcierto de la gente del real, se fue para el rey de Dacia ofreciéndole su persona y dos castillos que avía en las Islas Ircanias. Pues siguiendo assí

el Cavallero de los Cisnes, con gran compañía los enemigos los alcançó antes de la villa Grimoya y ovo con ellos tal batalla que por su mano fue muerto aquel capitán Buçalín, y toda su gente, destruida y puesta en huida, se acojó a la villa donde guaresció de muerte. El cavallero, muy alegre de la vitoria, le puso cerco de una parte, que de la otra era muy áspera y fragosa, mas tanto temor avía cobrado la gente de la villa del cavallero y su compañía que venida la noche, aunque de gran tempestad era, descendiendo por aquella parte de grandes peñascos con grande afán puestos en huida se acogeron a las Islas Ircanias para aquella parte de tierra firme, y se fueron para Vandagamir, padre de Mondragor, que a la sazón levantado era por rey.

Al otro día, el Cavallero de los Cisnes, queriendo dar combate a la villa, hallándola desierta siguió el alcance de los enemigos, mas no los halló como pensava, que ya estaban juntos con su nuevo rey Vandagamir en una grande y fuerte villa que Buenaboquer se llamava, con grandes huestes y compañías para resistir a sus adversarios. Donde, llegando el Cavallero de los Cisnes, salió Vandagamir con su gente a le dar batalla, y fue tan brava y mezclada que solamente la noche tuvo poder de la despartir. En la cual Vandagamir perdió la flor de su gente y estuvo algunos días sin dar batalla. El cavallero tenía assentado su real sobre la villa y el capitán de Roma por su parte, y Leoncio por la otra con sus amigos y parientes hazían muy cruda guerra, lo cual, sabiendo Vandagamir, apercibió su gente y siendo grande parte de la noche passada dio en el real del rey de Dacia, pensando hazer en él muy grande estrago, mas el Cavallero de los Cisnes, que aquella noche pensava de escalar la villa y tenía su gente muy aparejada para en rompiendo el alva poner sus escalas, y assí cuando llegó Vandagamir lo halló aparejado como si a sabiendas se oviera hecho, y uvo entre ellos tan cruda batalla que de ambas partes ovo muy muchos muertos y llagados, y Vandagamir fue preso y malherido por manos del Cavallero de los Cisnes, y toda su gente desbaratada y vencida y la villa tomada con muy grande estrago de los suyos, salvo de aquellos que por uña de cavallo se salvaron. E siendo assí acabada esta batalla, dende en adelante no ovo quién ^{47r} tomasse armas, antes con mucho pavor se rendían y entregavan las villas y fortalezas, lo cual viendo el Cavallero de los Cisnes, los mandó juntar en la ciudad de Cloria, que era la más principal de todo el reino, hablando primero con Vandagamir le aconsejó que, contentándose con lo que antes tenía, quedasse en vassallaje de la reina Sabina, como era razón y derecho, y que él le alçaría la prisión en que era, e Vandagamir, viéndose más en sazón de pedir merced de la vida que partido de la hazienda lo otorgó delibradamente. Y fue el primero que juró a Tristarán por príncipe de aquel reino y a la reina Sabina por señora, y al rey de Dacia por governador hasta que su nieto fuesse en edad y discreción de gobernar. Lo cual viendo los principales del reino hizieron el mismo juramento, y assimismo los patrones de las villas, ciudades y fortalezas. Assí como lo juraron lo complieron enteramente, ca dende en adelante fueron a la reina Sabina y a su hijo leales amigos y vassallos. Lo cual viendo el Cavallero de los Cisnes complido a su honra y plazer de la reina Sabina, dexó allí muchos clérigos, religiosos y hombres de buena vida que predicassen la palabra de Dios a aquellas gentes, no los queriendo forçar ni constreñir que se bolviessen cristianos ni con dádivas ni pechos como en los tiempos del rey Rolando se avía hecho, mas predicándoles de contino los tales hombres de religión nuestra Fe y disputando con ellos de la suya, fue tiempo que todos fueron convertidos a la fe de Jesucristo y sus ánimas ganadas de la pena y aparejadas a salvación.

¶ Capítulo xxxiiij. De cómo el Cavallero de los Cisnes, dexando todo cumplido en aquellas partes, se partió para Dacia, donde fue muy honradamente rescebido del rey y de la reina su hija.

VIENDO EL CAVALLERO de los Cisnes todas las cosas suceder a su voluntad, no queriendo dexar de hazer cosa que pudiesse recibir tacha ni menoscabo, por mayor seguridad de aquel reino en todas las ciudades y fortalezas puso de su mano por alcaldes en nombre de la reina Sabina cavalleros cristianos y de valor de casa del rey de Dacia, y dexó por justicia mayor y regidor al muy noble y cuerdo cavallero Palmero, dexando otrosí todos los oficios de regimientos de las villas y ciudades a cavalleros cristianos y de fiança. Y dexando todas las cosas en grande paz y sossiego, escribió a Dranciano, el capitán de Roma, que en la ciudad de Grucina estava, que dexando en ella quien lealmente la rigiesse y governasse tomasse la vía de Dacia, que él lo mismo entendía de hazer, y así fue que, tomando consigo a Vandagamir y a Leoncio que para Dacia quería ir con su grande amigo y compañero y gente que le quedava, se pusieron todos en el derecho camino de Dacia. Y tanto anduvieron por sus jornadas que llegaron una legua de Dierna, donde hallaron el rey de Dacia, que, sabiendo las nuevas de su vitoria y venida, con mucha alegría los salió a rescebir con gran compañía y mayor alegría. E cuando vio al Cavallero de los Cisnes lo fue a abraçar con tanto amor que era maravilla diziendo:

–Buen cavallero, en mucho cargo soy a Dios de la estremada bondad que en vós puso, pues que ella me ha defendido mi honra y amparado mis señoríos y libertado una hija reina que tenía en prisión de un tal mal hombre, porque así como Dios estremado entre todos ^{47v} los cavalleros del mundo vos ha hecho, así estremadamente avéis sido remedio de mis cuitas, castigador de mis enemigos, esforçado defendedor de aqueste reino. El cual, aunque libremente os diesse, no os satisfaría la menor cosa que por mí avéis fecho.

–Una de las grandes mercedes que Dios me ha hecho –dixo el Cavallero de los Cisnes– es dar poder a un pobre cavallero como yo que pueda hazer servicio a un tan alto hombre como vós lo sois, y pues que mis obras alcançaron tanta gloria que con su pequeño servicio son aceptas en vuestra presencia, yo rescibo d'ello tanta merced cuanta en el mundo no pienso aver mayor, afirmándome que todo lo que supiere en que os aplaze que todo lo compliré fasta la muerte.

El rey le dio grandes agradescimientos y lo tornó a abraçar con mucho amor y lo mismo a su compañero, que mucho avía oído de su bondad, y rescibió a Vandagamir y a Leoncio como era razón y cortesía tomándolos consigo. Con mucho plazer se bolvió para Dierna y se fue derechamente a sus palacios diziendo al Cavallero de los Cisnes:

–Buen amigo, bien será que veáis la reina Sabina mi hija, que aún de la cuita passada no puede guarescer, que pues de vós tiene rescebidas las buenas obras, razón es que aya vuestra conoscencia.

–Muy conocida –dixo el Cavallero de los Cisnes– tengo yo su virtud y valor, mas ella no mi desseo de la servir, que de grado haría yo esse viaje, mas temo que mi vista le aca-

ree más tristeza que alegría, porque, cuanto el sujeto activo de la tristeza se representa al paciente, más le dobla el pesar y acrescencia el sentimiento.

–Yo lo seguro –dixo el rey– ca no será tan mal mirada que no pueda más la deuda y obligación en que vós es que la pasión que ha tenido.

–Antes quiero –dixo el cavallero– que mi llegada sea mal rescebida que dexar de hazer vuestro mandado.

Entonces el rey lo tomó por la mano y lo llevó al aposentamiento de la reina su hija, y la hallaron acostada en su lecho hablando con su fiel donzella Luciana. El rey puso delante d'ella al cavallero diziendo:

–Hija, este cavallero amad y honrad sobre todos los del mundo como aquel que por vuestro servicio muchas vezes fue llegado a la muerte, derramando mucha de su sangre assí por librar vuestra persona de prisión como por vos hazer pacífica reina de las Islas Ircanias como lo ha hecho, por lo que más tenéis razón de le demandar perdón del poco agradescimiento que le avéis dado que mostrar enojo del servicio que vos hizo y sentimiento de la libertad en que vos puso.

–Aunque otra cosa no oviera para perder el enojo rescebido si con razón de sentir era, mi señor padre –dixo al reina Sabina–, sabiendo yo este cavallero ser acepto en vuestra presencia le perdería toda saña maguer que grande que de lo que vós, mi señor, mostráis plazer no devo yo mostrar sentimiento. Y de lo que rescebís servicio yo rescibo merced. Y pues que de lo hecho estáis contento, no tengo razón de ser d'ello despagada, mayormente pues que este cavallero no por enemistad que toviessse al rey Rolando ni por dádivas ni intereses salvo aviendo lástima y compassión de mi cuita hizo la tal batalla más con desseo de me dar plazer que no con gana de me quitar alegría. –Entonces, bolviéndose al Cavallero de los Cisnes, le dixo–: Noble cavallero, si las buenas obras que el rey mi señor y yo de vós tenemos rescebidas con agradescimientos se pudiessen pagar, aun con ellos no podríamos satisfazer a su grandeza y cantidad. Endemás yo, que como cuitada dueña y biuda, no puedo galardonar vuestro grande merescimiento salvo rogar a Dios Nuestro Señor que mucho sea servido de aquellos que amparan y defienden las biudas y vuestra grande virtud con muy crescidas mercedes galardone, no restando a mi flaca y amarga mujer otra cosa salvo ofreceros esse reino que ganastes, que más vuestro que mío con razón se puede llamar que d'él mandéis y dispongáis a vuestro querer y voluntad.

–De tan noble reina –dixo el cav<e>[a]llero– no se espera salvo mucha bondad ^{48r} y assí de tan alta señora más estimo la buena voluntad que de otras las mercedes, porque si en algo os he servido el servicio fue tan pequeño según vuestro gran valor y mi desseo, que solamente en ser rescebido yo me hallo bien galardonado y satisfecho.

Aquella hora llegaron Vandagamir y Leonci<n>o a la reina Sabina y le besaron las manos por reina y señora, y ella los recibió como era razón y los hizo aposentar honradamente en su palacio y servir de todo lo que menester les fuesse.

El rey se tornó a la sala con los cavalleros y los hizo desarmar, y comió con ellos en mucho plazer como aquel que cercano estuvo a perder su reino y ser vencido y se vía agora con mayores señoríos, ensalçado y victorioso. Y después que los manteles fueron alçados, tomó los cavalleros consigo y los llevó a una huerta muy hermosa de sus palacios y estuvo hablando con ellos en cosas de mucha alegría, donde el Cavallero de los Cisnes le dixo que, conociendo él la gran virtud y lealtad de la donzella Luciana, que su corazón otorgado

era a le dessear toda honra que le suplicava que, pues a la sazón no era tiempo, que cuando le pareciesse conveniente de le dar marido que él de su parte le dexava por dote el señorío del Valle Hondo que ganara de Enceleo el Montés y de Madrusián su hijo, ahincándole que tuviesse cargo de aquella donzella, pues que ella por su lealtad gelo merecía. El rey dixo que assí lo haría muy enteramente, afirmando que en poco menos lugar la tenía que a su hija, tanto era pagado de su servicio y lealtad, mayormente rogando él a quien él tanto desseava hazer toda honra y plazer. Y tiempo fue que lo complió, ca después no mucho tiempo que el Cavallero de los Cisnes se partió de Dacia Vandagamir y Mondragor y Leoncio fueron tornados cristianos y el rey casó la donzella con Mondragor y lo hizo duque de Grocina y ovo el señorío del Valle Hondo que el cavallero le avía dado, fuera de otras grandes tierras que la reina Sabina su señora les hizo merced. E assí con estos señorios bivió muy alegre siendo ayuntada a tan noble y esforçado cavallero como Mondragor.

Pues tornando a la historia, dende a algunos días llegó Dra[n]ciano, capitán de Roma, a Dierna, donde era el rey Garinto, dexando su flota en el puerto de Alcobadra, y ovieron todos grande alegría cuando se vieron juntos después de tantos trabajos con tal vencimiento. E aviendo el Cavallero de los Cisnes determinado partirse de aquella tierra, habló primero con Dra[n]ciano, mandándose mucho encomendar al príncipe Florisando no menos ofresciendo su persona a su servicio que lo que por la donzella avía hecho por su causa. E luego otrosí el cavallero habló con la donzella Luciana, haziéndole saber lo que con el rey avía passado acerca de su casamiento y cómo su partida era muy llegada, la cual, aunque muy alegre fue con tal don con el señorío del Valle Hondo, por otra parte fue muy triste con su partida, como de aquel que ella de sano y verdadero amor amava y de su ausencia avía de sentir gran soledad, mas el cavallero la consolava diziéndole que en toda parte le sería buen amigo y haría todo lo que le cumpliesse. Y luego en aquel día a la tarde los dos compañeros se fueron a despedir del rey Garinto y de las reinas, que muy tristes quedaron con tal nueva queriéndose partir el otro día aquellos cavalleros que ellos tanto amavan y presciavan por su valor y por lo que avían hecho en aquellas partes. E quanto antes el rey avía sido alegre con su llegada, tanto agora era triste con su partida.

¶ Capítulo treinta y cuatro. De cómo los dos cavalleros se partieron de Dacia y de lo que hizieron en el ducado de Suecia.

AL OTRO DÍA, después que los manteles fueron alçados, <que> los dos compañeros se querían partir. La reina Sabina hizo llamar sus donzellas ^{48v} y les dio ricas joyas y atavíos de su persona. Y la reina su madre les dio grande aver de oro y plata, lo que ellas no querían tomar, mas tanto fueron ahincadas de la reina que lo ovieron de hazer. El rey hizo dar a sus escuderos cuatro cavallos muy hermosos que llevassen de diestro, que con los cavalleros no pudo acabar que otra cosa d'él quisiessen. Estando los cavalleros en sus cavallos que se querían partir, llegó a ellos la donzella Luciana, más llorosa que plazertera, y traía unos ricos y hermosos paños y los dio al Cavallero de los Cisnes que traxiesse por su amor, ca por sus manos todos avían sido labrados muy ricamente. El cavallero no los quisiera tomar, mas la donzella tanto le ahincó que mandó a sus donzellas que los tomassen,

y assí a cavallo la tornó a abraçar con mucho amor y gran mesura. Las lágrimas le corrían por sus hermosos carrillos de soledad, tanto era el amor que tenía aquel cavallero, donde, siendo despedidos los dos cavalleros del rey y de las reinas, se despidieron de aquellos cavalleros y altos hombres y se partieron de Dierna, tomando la vía de Suecia, que derecho camino era de Bretaña.

Y caminando un día por un hermoso valle do avía grandes y espessas arboledas, hallaron una donzella sobre un palafrén blanco y andador, y llegando a ella la salvaron muy cortésmente y ella otrosí a ellos diziendo:

–Por bienandante me devo de aver, señores cavalleros, de vos hallar a tal sazón que mi viaje era buscaros en tierra estraña, y quiso mi ventura que os hallasse antes que de la mía saliesse.

–Dezid, pues, buena donzella –dixeron ellos–, que si con razón lo podemos hazer lo compliremos muy de grado, ca por ello vestimos este ábito que traemos.

–Si tal respuesta de vós no oviera –dixo ella– por muy vana juzgara la fama que de vuestra virtud acá suena, mas, pues me parece una cosa a la otra muy semejante, dezirvos quiero mi embaxada. Y sabed, buenos señores, que esta tierra es del señorío de Suecia, donde es duquesa una noble dueña hermana del rey de Dacia, y fui casada con un duque de esta tierra, que muchos días ha que es muerto, y ella ha siempre regido y governado este señorío en mucha paz y sossiego, y, después que el rey Rolando encomençó de mover guerra al rey Garinto su hermano, algunos traidores de sus señoríos se le rebelaron, entre los cuales el principal es Alvadín, sobrino del duque, su primero marido, que porque no le quiso dar la duquesa una hija muy hermosa en casamiento, la cual mi señora quiere casar con el duque de Sasonia, señor de grandes tierras y vassallos, y por tanto este Alvadín ha juntado mucha gente y le haze cruda guerra teniéndola cercada en una su villa, y mi señora la duquesa, viéndose en tal aprieto, oyendo dezir que el rey su hermano avía sido librado por virtud y esfuerço de dos cavalleros estraños que las mismas devisas de las armas traen que vosotros, me embía a ellos confiando en su virtud, que, pues no faltavan a los cavalleros con su ayuda, que menos faltarían a las dueñas y donzellas con su socorro. Y assí, como su mensajera y en su nombre, vos suplico que le queráis ser ayudadores en aquel gran tuerto que le es hecho.

–Mucho nos plaze, buena donzella –dixeron ellos–. Guiadnos, que de grado faremos en su socorro lo que en nuestras flacas fuerças nos bastare.

Y luego la donzella bolvió las riendas al palafrén guiando por el camino que avía traído viniendo todos de consuno. A la salida del fermoso valle oyeron bozes y grandes gritos como si de mujer fuessen, y parando mientes ^{49r} vieron una dueña más crecida en hermosura que en edad venir contra ellos a más andar con su palafrén y un cavallero armado de todas armas que la seguía, y por traer el cavallo lasso y cansado no la pudo alcançar, mas ella, tanto que vido los cavalleros, encomençó a dar mayores gritos que la amparassen de aquel cavallero que la quería prender sin causa. Y el Cavallero de las Llamas, como aquel que mucho amigo era de las dueñas y donzellas, y desseoso de su guarda y defensa, pidió con mucha priessa las armas a su escudero y tanto que las tuvo fue al más ir de su cavallo contra donde venía la dueña llorando de sus ojos diziendo:

–¡Señor cavallero, plégaos de defender una flaca y cuitada dueña como yo!

–No temáis, dueña –dixo él–, cuanto pudiere.

La dueña aseguró y detuvo el palafrén, y el cavallero que la seguía llegó muy sañado diziendo:

–¡Dueña, no podéis guarecer que no seáis puesta en mi prisión!

–Mal parece –dixo el de las Llamas– hombre de hábito de cavallero como vós seguir el alcance de una flaca mujer como si enemigo fuesse vestido en fuertes armas, lo que hazéis contra estilo de cavallería, que manda que los cavalleros no fagan fuerça ni desaguizado a dueñas ni donzellas ni lo consientan a su poder que se le haga, la otra por ser ella mujer, a las cuales todos los hombres somos tenudos y obligados de honrar porque la natura las hizo a ellas tan flacas para engendrar a los muy fuertes y diestros cavalleros. Por ende, yo os ruego mucho que vos quitéis de vuestra demanda porque de otra manera no puedo dexar de salir por la dueña.

–No me queráis empedir mi propósito –dixo el otro cavallero–, porque ligeramente podré tomar de vós la vengança castigando vuestro loco atrevimiento.

–Cavallero más sobervio que esforçado –dixo el de las Llamas–, id vuestro camino y dexad la dueña o venido sois a la batalla.

–De la batalla –dixo él– no faltaré y con ella seréis ambos en mi prisión.

Y luego se arredraron el uno del otro grande trecho. El Cavallero de los Cisnes, que delante iba oyendo las bozes de la dueña, venía a saber qué era, y llegó a la sazón que ellos a más correr de sus cavallos se encontraron, tan fuertemente que él fue d'ello espantado: el cavallero que quería prender la dueña quebró su lança en muchas pieças, y el otro cavallero le encontró tan fuertemente que falsando el escudo y la loriga el hierro de la lança le metió por la tetilla izquierda y llegó al corazón y cayó luego muerto; mas ni por ello la dueña dexava de llorar agramente, sabiendo el peligro en que era su marido puesto en prisión de sus enemigos. Los cavalleros le preguntaron que por quién fazía tal duelo, y ella les contó su cuita de cómo, partiendo de un su castillo para se ir a la duquesa, <que> ciertos cavalleros de Alvaldín avían preso a su marido y <que> assimesmo querían prender a ella como avían visto, y acabado de dezir aquello encomençó de llorar con la donzella de la duquesa, y los cavalleros, que guiavan los cavallos, las consolavan diziendo que no llorassen, que Dios remediaría su cuita assí de la prisión de su marido como del cerco de la duquesa. E luego el Cavallero de las Llamas, viendo la gran cuita de la dueña, se llegó a su compañero diziendo:

–Plégaos, señor, de me dar licencia que vaya con la dueña a sacar a su marido de prisión si pudiere, que para socorro de la duquesa sola vuestra persona es bastante.

–Mi buen amigo –dixo el de los Cisnes–, vós sois tal que a toda batalla daréis buen recaudo. Id en el nombre de Dios con la dueña, que según vuestra bondad de creer es que ella será fuera de su cuita y su marido de la prisión.

¶ Capítulo xx[x]v. De cómo el Cavallero de los Cisnes llegó donde era la duquesa y cómo Leonela, su hija, fue presa por su amor, y de cómo prendió a Alvaldín, sobrino del duque.^{49v}

PARTIDO EL CAVALLERO de los Cisnes de su compañero, que con la dueña iba por librar a su marido de la prisión, tomando la vía de <l>la villa do era la duquesa, tanto anduvieron que llegaron el otro día a hora de nona por la parte que el cerco no tomava

por ser áspera y fragosa, y entrando por un pequeño postigo guiaron a los palacios de la duquesa, que muy alegre fue con la venida del cavallero y lo rescibió con mucho acatamiento, dándole grandes agradescimientos por el socorro que le fazía, y él, que no menos era cortés cavallero que ella mesurada dueña, le fizo grande acatamiento y assí a su fija, que cerca de la cama era en un rico estrado donzella de poca edad y assaz hermosa, la cual, tanto que vido el cavallero, fue pagada de su hermoso parescer en las armas y no quitava los ojos d'él, y siendo assí, el mayordomo de la duquesa se llegó al cavallero diziendo:

–Buen señor, guisado seré que vos vais a desarmar para que reposéis y comáis.

La duquesa le rogó que lo fiziesse y se bolviesse a comer a su cámara por le dar plazer, y él lo otorgó de voluntad. Y siendo desarmado en un rico aposentamiento, vistiose unos paños muy hermosos que sus donzellas le traían y bolviose a la cámara de la duquesa, la cual fue muy maravillada de su hermosura; mas de Leonela vos digo que tanto fue espantada que no sabía si creyese ser hombre mortal, tanto era enajenada de su sentido según el cruel amor le robó la libertad, que en aquella hora que vio la estremada fermosura del cavallero luego fue presa en su amor que tanto poder tiene que a las personas apartadas de sus maneras más reziamente las fiere y trae a su vassallaje, y assí fue de Leonela, que cuanto más mirava al cavallero más se encendía en su amor que encubiertamente le entrava por las venas y se iba aposentar en lo secreto de su corazón, que como él, que es alcázar, fue tomado todas las otras defensas menos fuertes, se dieron por vencidas pues la torre de la libertad sojuzgada era, y assí todo vencido fue la vitoria tan clara que quien siguiera el alcance muy poco turara la contienda; mas el cavallero estava muy alexado de tal pensamiento, porque, aunque fuesse mancebo y de tan floresciente edad, toda su intención era fundada sobre virtud siguiendo más la discreción como bondad que el apetito como deleite, determinando de nunca tomar amor de dueña ni de donzella salvo aquella que igual le fuesse para aver por señora de su corazón y libertad, proponiendo a la tal tener tanto amor que ninguno del mundo le tuviesse ventaja de bien amar, y como esta Leonela no le era igual en casamiento, aunque hermosa fuesse, muy poco ni mucho su gentileza le combatía el corazón que la mirasse salvo con sano amor y buena voluntad como a las donzellas tenía en general de las socorrer en sus cuitas y remediar si pudiesse en sus angustias, no esperando de ninguna el despojo de su honra por paga de sus proezas. Y con la tal libertad de su corazón se sentó a la mesa, que cerca de la cama y del estrado de Leonela era, y fue servido muy altamente sin que nunca Leonela d'él pudiesse apartar sus ojos, tanto era su corazón forçado y cativo de su fermosura.

Los manteles alçados, la duquesa preguntó al cavallero muchas cosas de la guerra de Dacia, a lo cual respondía con tanto tiento que nunca él dixo cosa por donde le pudiesen dar alabança, callando sus muy estrañas ^{50r} proezas por no vendar en sí aquella vanagloria, ca era el cavallero menos glorioso de todo el mundo, lo que no se acostumbra en nuestro tiempos, antes los hombres buscan maneras nuevas y no pensadas para adquerir en vanagloria de sus cosas con que se fazen inflados y se muestran muy follones, y por los tales se puede dezir que ya ovieron el premio de su bondad, conviene a saber: la jatancia y vanagloria de sus cosas en que se han deleitado.

Pues no olvidando el propósito, el cavallero dixo a la duquesa que fiziesse aparejar la gente de la villa, que quería dar una vista al real de los enemigos.

–¡Ay, buen cavallero! –dixo la duquesa–, que no tengo gente que en los contrarios no aya veinte para uno de los míos, e por ende vos ruego que vos sufráis hasta que venga más gente que he embiado acaudillar, aunque bien creo que según el ardimiento de vuestro coraçón no dudaréis de acometer mayor afrenta con la gente que ay en la villa.

–Buena señora –dixo él–, con la ayuda de Dios quiero fazer esta noche una arremetida en el real, porque, aunque seamos menos en el número, en la razón y justicia les tenemos mucha ventaja, ca ellos son malos, y pues siguen la maldad no pueden mucho valer que la virtud no valga más que su muchedumbre.

–Buen cavallero –dixo la duquesa–, assí se faga como mandáis, que vuestra persona solamente es bastante de acometer a todos ellos y salir con honra, y assí en Dios tengo toda mi esperança y atrevimiento en vuestro esfuerço.

Entonces mandó a su mayordomo apercebir la gente de la villa assí de pie como de cavallo para la noche. El cavallero, después que estuvo grande pieça con la duquesa, se fue al muro a ver la disposición de los enemigos, y vio el real assentado en mucho desconcierto: una tienda a la una parte y otra a la otra sin cavas ni estancias, como aquellos que ponían cerco a una mujer flaca y vieja, y sabían que dentro no avía gente que les pudiesse hazer mal; e otro día determinava Alvadín de dar combate a la villa, y tenía para ello grandes pertrechos y aparejos, donde de creer es que si se diera según la poca gente de la duquesa y mucha del real, la villa fuera tomada y la duquesa y su fija puestas en prisión y el ducado en poder de Alvadín, ca era cavallero muy emparentado en la tierra y muy temido más por la crueldad de su coraçón que por la bondad de su persona. Mas Dios atajó su mala intención dándole el vencimiento cual su demanda. E tanto qu'el cavallero vido la disposición del real, que le podía fazer mucho daño con poca gente, lo vino a dezir a la duquesa y se vino a armar, que era hora. La donzella le afincó que se armasse en su cámara y él lo otorgó y su escudero le traxo las armas, y Leonela y sus donzellas, por mandado de la duquesa, le ayudaron a armar, y se vistió su fuerte loriga poniendo su ardiente yelmo sobre la cabeça y Leonela con sus delicados y fermosos dedos le apretó los lazos, y después le ayudó a ceñir su rica espada gozándose de tocar con sus manos a aquel que tanto en su coraçón amava; y aviendo el cavallero tomado su fuerte escudo, era tan hermoso en aquellas fuertes armas vestido que otro que tal en el mundo no se fallaría. E viéndolo Leonela puesto en tan gran peligro queriendo con poca gente acometer a los de Alvadín, siendo muc<oh>[ho]s y esfuerçados, avía en sí muy gran cuita y affición. El cavallero, muy apartado de sus cuidados y pavor, despedido de la duquesa se fue a la plaça adonde la gente de la villa era junta por mandado del mayordomo, y eran por cuenta ciento de cavallo y quinientos peones bien armados, fuera los que quedavan en guarda de la villa, los cuales el cavallero partió en tres partes, dando al mayordomo cuarenta cavalleros y dozientos peones y a su hijo, cavallero mancebo de muy gran esfuerço, otros tantos, y para sí tomó veinte cavalleros y cien peones. Y siendo la noche venida salieron todos de la villa en gran ordenança encubiertamente.

Cuando fueron cerca de los enemigos, ^{50v} mandó que los acometiessen cada uno por su parte y luego cada capitán assí lo fizo, de guisa que los enemigos fueron puestos en pavor, y él entró por la suya con tanta braveza que parecía una hueste de mill cavalleros, y los que una vez alcançava a derecho creed que no avían menester otro golpe. Y discurriendo por el real faziendo muy grande estrago en los que de las tiendas salían a ver el ruido, fue a

dar en la tienda de Alvadín, a la cual algunos de sus cavalleros avían acudido por defensa de su señor. Él se metió entr'ellos con mucha braveza, y ellos se defendían a la puerta de la tienda con mucha valentía. De lo cual aviendo grande saña se apeó de su cavallo y lo dio al escudero, y cubierto muy bien de su escudo, la espada en la mano, començó a herir de mortales y esquivos golpes a los que la entrada de la tienda le defendían. Diez cavalleros de los que le aguardavan se apearon con él, y viendo las maravillas que él hazía començaron de herir en sus enemigos muy crudamente, no queriendo delante de tal hombre mostrar punto de covardía, antes el que mejor lo hazía creía que no avía hecho nada.

El Cavallero de los Cisnes, apretando la espada en su poderosa mano, començó a dar tales golpes en sus enemigos que por fuerça ovo de entrar en la tienda y sus cavalleros tras él, donde el ruido se començó grande y bravo, de guisa que Alvadín, que acostado estava en su lecho en un retrete de la tienda sin temor de tal sobresalto, despertó a las doloridas bozes que oía, y con el mucho desacuerdo no pudo cobrar sus armas como quería, antes, echando sobre su camisa una loriga de gruessa malla sin escudo ni yelmo por socorrer a los suyos como aquel que de grande ardimiento era, tomó una gran hacha de azero a dos manos y saliendo donde los suyos se combatían firió de tal golpe a un cavallero de la duquesa que cortándole el yelmo le fendió la cabeça hasta los meollos, y passando adelante dio otro tal golpe sobre el escudo a otro cavallero que gelo hizo muchas pieças, y alcançándole a bueltas la cabeça lo echó en el suelo atordido; lo cual viendo el Cavallero de los Cisnes, fue contra él muy bien cubierto de su escudo, la espada alta por le herir. Alvadín alçó otrosí la su fuerte hacha por lo ferir en la cabeça, mas él se libró del golpe con mucha ligereça y, no queriendo matar a Alvadín, dióle con la espada de llano en la cabeça que traía desarmada, que atormentado del muy gran golpe perdió la vista de los ojos y cayó desatinado sin sentido en el suelo; y el Cavallero de los Cisnes passó adelante hiriendo y matando, y con la ayuda de los suyos paró tales a los de Alvadín que en poca de hora todos fueron muertos y tollidos, y faziendo prender a Alvadín lo entregó a tres cavalleros que los llevassen a la villa, y con los otros salió a dar en los enemigos, y fue discurriendo hasta la tienda de un cavallero tío de Alvadín que con mucho esfuerço se defendía del mayordomo de la duquesa, y llegando el cavallero se dio de andar en derredor de la tienda y cortole todas las cuerdas con que era armada y luego se le cayeron las alas que alçadas tenía, que fue mortal impedimento a los que dentro estavam, de guisa que todos juntamente fueron muertos con el tío de Alvadín. Y el otro capitán por su parte peleava muy fuertemente, mas tanta gente era junta contra él que no la pudiendo sufrir se retraxo para los suyos, donde fechos todos un cuerpo peleavan muy bravamente. Mas tanta era la gente que contra ellos de todas partes del real se juntavan que si de noche no fuera mucho peligro passaran los de la villa. Los cuales, viendo la muchedumbre de los contrarios, se retraían poco a poco en mucha ordenança no dexando a unos de dar amarga muerte en la buelta y a otros crueles feridas; y en mucha ordenança como avían salido llegaron a la villa y fizieron cerrar las puertas. El cavallero los mandó a todos reposar en sus alvergues, ca mucho menester lo avían según el gran afán avían passado.^{51r}

¶ Capítulo treinta y seis. De cómo el Cavallero de los Cisnes presentó a Alvadín preso a la duquesa, y del fiero sueño que soñó Leonela su hija y de lo que más le avino.

DESPEDIDA LA GENTE toda, el cavallero, tomando consigo a Alvadín, que los tres cavalleros le entregaron, y con tal compañía se fue a los palacios de la duquesa, que con su fija y donzellas estava en oración, rogando a Dios que diesse ayuda a sus cavalleros y los librasse del peligro en que estavam. E siendo el Cavallero de los Cisnes en presencia de la duquesa, teniendo a Alvadín por la mano, le dixo:

–Buena señora, veis aquí vuestro enemigo: hazed d'él a vuestra voluntad y tened alegría, que, pues sojuzgada tenéis la cabeça, dad por vencidos los miembros.

E cuando la duquesa oyó aquellas alegres nuevas ovo tanto plazer que para su enfermedad no podía ser mejor que aquella alegría, y la duquesa le dio por ello muchas gracias diziendo:

–Bienaventurado cavallero, siendo vós en mi ayuda no podía yo dexar de ser bienandante, ca bien se parece que os hizo Dios para amparo de mi linaje, que no solamente al rey mi hermano mas a mí avéis librado de nuestros enemigos, y pues para satisfacción de tan grande don como me avéis dado yo como mujer no puedo satisfacer a vuestro valor, sed contento de la buena voluntad, pues que la potencia de lo más falta, disponiendo d'este señorío como de cosa vuestra propia, que por tal lo devéis de hallar y tener cuando vos cumpliere.

–De persona tan virtuosa –dixo el Cavallero de los Cisnes– no se espera salvo toda virtud, y así tened, buena señora, que no faltaré de hazer lo que supiere que cumple a vuestro estado.

–Mucho os lo agradezco –dixo ella–, así la buena voluntad como de la prisión de mi enemigo.

Entonces mandó a su mayordomo mayor que lo metiesse en la torre del alcázar y tuviesse muy buena guarda, y fizo desarmar al cavallero para le curar de sus llagas, y sus donzellas gelas ataron que, aunque pequeñas eran, muy grandes se hazían al corazón de Leonela, que más cuitas sentía d'ellas que el cavallero del dolor. El cual, siendo así curado, se retraxo a su aposentamiento; la duquesa quedó hablando con los cavalleros sabiendo las proezas que él avía fecho en la batalla, lo que mucho acrecentava el amor de Leonela, de guisa que, despedida de su madre, retraída en su cámara puesta en aquellos cuidados que el cruel amor a los amantes poner suele lidiando su corazón con los esquivos pensamientos, y de la otra parte con la honestidad que hasta allí avía tenido y siendo sus miembros quebrantados de la tal lid y agonía adormeciose sobre el estrado y despertó muy espantada dando muy grandes bozes. Su camarera se fue a ella y le preguntó la grande cuita que avía. Leonela dixo que soñava un medroso sueño: que tenía los pechos passados de una cruel flecha que a las espaldas le salía y que no hallava quién guarecerla pudiesse salvo el Cavallero de los Cisnes, y que afincándole ella que le sacasse aquella flecha que se moría, que le mostrara bravo gesto y medrosa catadura y poniendo mano a su espada le dixera que si en ello más le hablava que con ella le haría otras llagas, y que se partiera de ella muy sañudo y que con aquella visión despertara así espantada.^{51v} Mucho la consoló diziéndole que todos los sueños eran vanidad, que no les devría dar crédito ninguno, mas

antes los desechar de la memoria, con lo que Leonela fue muy consolada y remediada de su temor diziéndole otrosí la donzella:

–Bien creo yo, señora, que en ninguna afrenta os él podría ver que por vuestro delibramiento no tomasse todo afán fasta la muerte y se avría d'ello por bienandante.

Mas Leonela, viendo el aprieto en que la tenía el amor, tanto que de la muerte muy poco le restava, acordó de aclarar su nueva pasión a aquella su donzella en quien ella más se fiava, mas esto no lo pudo fazer sin mucha fatiga y afren<r>[t]a de su coraçón, afirmándole en conclusión que, si el remedio le faltava, que la vida no podría luengamente sostener.

–Buena señora –dixo la donzella–, aunque vuestra cuita sea grande, pues el remedio d'ella se puede aver muy de ligero, por tanto no devéis ende de ser triste, ca el cavallero, por quien el vuestro coraçón padescer tal cuita, por más señalado que sea en las armas se dará por bienandante de fazer vuestro mandado, mayormente ganando el amor de tal alta donzella como vós lo sois, y aunque vuestra pena sea bien empleada en tan alto lugar y grandeza, con paciencia os devéis sufrir hasta que yo le faga relación del mal que os aquexa para que él ponga el remedio cual conviene a vuestro desseo y a su alegría.

–¡Ay, amiga! –dixo Leonela–, pues conocido avéis mi mal, punad de le buscar el remedio sin lo cual imposible es mi coraçón no ser desfecho de mil crueles angustias.

Mucho quedó consolada con lo que su donzella le avía dicho, mas muy mejor consuelo fuera para su honra reprehender mucho el loco y sandio amor que la aquexava, extrañándole agramente querer dar su amor al cavallero estraño, aunque de gran bondad era, y en abiltamiento y menoscabo de su linaje, y no provocándola al amor abivándole con palabras el vivo fuego que sus entrañas abrasava. Mas como loar la pasión al apasionado es doblarle su sentimiento, así aconteció a esta fermosa Leonela, que muy más aquexada fue del amor después que a su donzella lo descubrió, no siendo d'ella reprehendida, mas loada que de antes lo era en escondido. Por tanto todos los que tienen hijas deven tener muy grande aviso en las mujeres que las sirven y aguardan saber en sus condiciones quanto son conformes a la virtud, porque si d'ellas si son al contrario no suelen aconsejar a sus señoras salvo a sus condiciones semejantes y costumbres, porque no ay cosa que más vença ni quebrante la preciada castidad que la compañía y contratación de aquellas que no la aman que, por tener en semejantes de su yerro, todos sus consejos son fundados sobre cimiento de desonestidad y deleites. Lo que aunque no fiziesse por esta vía la donzella de Leonela fue queriendo, antes con lisonjas, loarle su devaneo por le complazer que diziendo la verdad ser d'ella despagada o arrepentida, más mejor le fuera, según dixo el sabio, por la verdad padescer pena que por la mentira aver dones ni mercedes.

¶ Capítulo xxxvij. De cómo la donzella de Leonela descubrió el secreto de sus amores al Cavallero de los Cisnes y de la respuesta que le dio.^{52r}

AVIENDO LA DONZELLA la gran pena que su señora padecía, queriendo más buscar para el cuerpo remedio que para la honra cumplimiento, se fue al aposentamiento del Cavallero de los Cisnes, que muy mal llagado estava en su lecho, visitándolo de la parte de Leonela su señora, y, aviendo el tiempo muy desembargado a su desseo, le dixo al cavallero muy claramente cómo su señora le amava muy de coraçón y que según la fuerça

del amor que no avía cosa que no fiziesse por su mandado, concluyendo finalmente que él quisiesse ser cavallero de su amor y que ella sería donzella de su querer y voluntad.

El Cavallero de los Cisnes, que más amava la virtud que el apetito, le respondió:

–Buena donzella, cierto que vuestra señora no tiene razón de me querer mal, porque así a ella como a todas las donzellas del mundo amo en general para hazer por su servicio lo que en mí fuere, y mayormente lo haría por vuestra señora por muchas causas: por el rey Garinto su tío y por la duquesa su madre y por ella que todo lo merece, mas no en esa parte que dezís, ca no conviene a su honra quererlo ni a vós a lo dezir ni a mí a lo aceptar, que adonde recibo tanta honra como en casa de su madre no es guisado que le faga deslealtad, ni vós en ello no me habléis más palabra, porque, aunque hagáis lo que Leonela os manda, no cumplides con la lealtad que devéis a la duquesa. Y d’esto no deis cuenta a Leonela, antes la quitad de su pensamiento del cual no puede conseguir fruto ni provecho, que para lo que su honra fuere me hallará por su cavallero y vassallo, y en lo demás más enemigo que amoroso.

La donzella, oyendo aquellas tan agras palabras, quedó tan afrentada que más quisiera en aquella hora ser muerta que viva por no aver passado por ella tanta afrenta y vergüença. E despidiéndose del cavallero, se bolvió para Leonela y le contó las tristes nuevas que traía y la enemiga voluntad con que el cavallero rescibiera su mensaje. La cual oyendo el gran disfavor que el cavallero le mostrara, menospreciando su hermosura y linaje, viendo su esperança buelta en desesperación, fue tan turbada que tomándole gran dolor del corazón cayó desmayada a los pies de su donzella, la cual la donzella tomó con muchas lágrimas en los braços y la acostó calladamente en su lecho, y echándole agua por el rostro la hizo bolver en su acuerdo con grande afán y començó de sospirar muy agramente diziendo:

–¡Ya más esperar no me conviene de tomar la muerte por dar fin a mi falsa esperança y descanso a mis cuitas y folgura a mis cuidados!

La donzella la consolava, mas no bastava su consuelo a su gran cuita que muchas vezes se le amortecía en los braços, lo que viendo la donzella dio bozes que socorriessen a su señora que se finava, y las nuevas fueron a la duquesa su madre. La cual vino luego y halló a su hija desmayada y descolorida, muy fuera de su natural hermosura, y siendo d’ello muy espantada se llegó a ella preguntándole la causa de su mal.

–Buena señora –dixo Leonela–, no siendo otra cosa salvo que me tomó tan súbito dolor de corazón que me puso en el aprieto de la muerte como veis.

Y diziendo esto començó a sospirar tan tristemente que su dolor era para mover los corazones de azero a sentimiento y piedad.

¶ Capítulo treinta y ocho. De cómo el cavallero, sabiendo ser causa del mal de Leonela, determinó de se partir de casa de la duquesa y lo hizo muy escondidamente.

MUY DIVULGADO FUE el mal de Leonela por todo el palacio, que lo ovo de saber el Cavallero de los Cisnes, y fue triste porque él avía sido la causa, mas con razón no podía ál fazer siguiendo ^{52v} la alta nobleza de su sangre salvo menospreciar los deleites y su dulçura por subir a la alta cumbre de la virtud. E pensando entre sí qué remedio tendría

en aquel caso, halló que lo más seguro era partirse de casa de la duquesa, porque viéndolo Leonela más se acrescentaría su amor y inflamaría su desseo, y que siendo partido muy en breve olvidaría su memoria como de los que están absentes es costumbre.

Estando assí el cavallero puesto en estos pensamientos, sus donzellas, oyendo dezir el mal de Leonela, la fueron a ver a su aposentamiento y hallaronla assaz triste, solamente con su donzella, que para que pudiesse dormir la avía dexado la otra compañia; las donzellas se llegaron a ella y la consolaron mostrando mucha tristeza de su sentimiento.

–Buenas amigas –dixo Leonela–, mucho os agradezco la voluntad y desseo que tenéis de mi salud, Dios os lo quiera galardonar y vos guarde de tan grande desesperación como la mía, que de otra cualquier cosa no faltará quién os guarezca, y de aquesta quien vos matare vos dará verdadero remedio de salud.

Las donzellas le respondieron que su plazer y salud <que> no menos desseavan que su propia sanidad y alegría, y que si en sus manos estoviera el remedio de su pena ya ella estoviera remediada de su cuita. E como eran donzellas de mucha criança, vieron que era cortesía aunque no les era mandado, le dixerón que a su señor pesava mucho de su mal y que si sus llagas no le impidieran que ya oviera d'él sido visitada. Leonela, oyendo hablar en el cavallero, se le estremeció el corazón de guisa que restó muy poco la encubierta pasión suya no ser descubierta, y les respondió diziendo:

–Leales amigas, dezid a vuestro señor que mucho le agradezco el sentimiento que siente de mi mal, mas que faltando el remedio del mal del corazón no aprovecha el sentimiento del cuerpo.

Las donzellas se vinieron para el cavallero y le contaron la disposición de Leonela, las cuales él muy bien entendió, mas hizo creer a sus donzellas que no lo entendía.

Urgandín su escudero, passando por una sala lo tomó la donzella de Leonela y le dixo:

–Buen escudero, por la fe que a Dios devéis, tenedme poridad y dezid a vuestro señor que, pues es loado con los enemigos de mucha piedad, que para las personas que lo aman de corazón no quiera ser avido por cruel, que aya compassión de la gran pena que mi señora por su causa padescer.

En diziendo esto pasó adelante, y Urgandín lo fue a dezir a su señor. El cual, viendo que Leonela perseverava en su vana porfía, propuso en su voluntad de se partir al otro día, y como aquel día en la tarde la duquesa entrasse a verlo después que muchas cosas fablaron, el cavallero le dixo cómo era su voluntad de se partir otro día de mañana porque tenía mucho que hazer en otras partes y buscar un cavallero que con él avía venido de Dacia y se avía partido con una dueña a le desfazer un agravio que le era fecho, y que, pues sus cosas eran en tal estado y que Alvadín era en su prisión y el cerco de la villa alçado, que no se podía endemás detener.

–Poco menos pesar recibo de vuestra partido –dixo la duquesa– que el sobrado plazer que ove con vuestra llegada, y mucho sería alegre que quisiéssedes reposar algunos días en mi casa por dos razones: la una, porque guarezáis bien de las llagas que por mi causa avéis ^{53r} recebido; la otra, porque tanto mi fija se[a] aliviada de su mal, con vuestro consejo querría fazer justicia de Alvadín, allende que cuanto más estovierdes en mi casa más segura me faréis de mi señorío y más tiempo avrá para vos servir lo que por mí avéis fecho.

–Buena señora –dixo el cavallero–, no es de culpar lo que de la voluntad no procede, mas la necessidad lo costrñe, que yo rescibo más pena en me partir que plazer tenía cuando lle-

gué, porque agora, conociendo vuestra virtud y sobrada bondad, más me pesa de me partir de vuestro servicio que folgava de le buscar no vos conociendo, y assí que la forçada partida no quitará el gran desseo que yo tengo de fazer vuestro mandado; de mis llagas estoy algo mejorado para entrar en camino. E quanto, señora, a lo que dezís de Alvadín, pues que el real es levantado y destruido y el principal en vuestra prisión, no tenéis más que temer, antes d'él podéis tomar castigo cuando vos pluguiere, que yo más me querría fallar presente a la salud de vuestra fija que a la vengança de vuestro enemigo, que mal parescería mi consejo para su muerte pues en el campo le di la vida, mas, pues que sois su señora, fazed d'él lo que fuere justicia siguiendo más piedad como virtud que justicia como vengança.

La duquesa, viendo su determinada voluntad para se ir, no le quiso más afincar en ello, salvo rogándole que pidiese de su casa y señorío lo que le pluguiese que gelo otorgaría muy de grado, mas el cavallero no pidió ninguna cosa, antes se ofreció a fazer en todo su mandado. Y después que la duquesa muy gran pieça estuvo con el cavallero fue a ver a Leonela, la cual falló muy aquexada de desmayos, y por ello no fabló en la partida del cavallero, mas antes en remedio de su salud.

El Cavallero de los Cisnes mandó a su escudero que le toviessse aparejado sus armas y cavallo, las donzellas otrosí mandaron aparejar sus palafrenes y, después que durmieron grande parte de la noche, levantaronse antes que amaneciesse. El cavallero se armó de todas sus armas y cavalgó en su cavallo, y despidiéndose del portero de la duquesa le dixo que si un cavallero estraño le viniesse a buscar le dixesse que tomasse la vía de Bretaña. Venida el alva de la mañana, luego la nueva de la partida del cavallero sonó por todo el palacio, que lo supo Leonela y fue la más amarga mujer de todo el mundo. Estuvo cerca de tomar la muerte con sus manos según la ravia del amor le aquexava y la esperança del todo le fallecía. Las palabras que dezía eran de tanta lástima que no avía ningún hombre que las oyesse que no oviesse muy gran piedad de su cuita, y su dolor fue tanto que si los consejos de su donzella la no remediarian muy cercana estuvo de dar arrebatado fin a sus días. De la cual agora dexemos de hablar y digamos del Cavallero de los Fuegos, que iva en socorro del marido de la dueña.

¶ Capítulo treinta y nueve. De cómo el marido de la dueña fue librado de la prisión por el Cavallero de los Fuegos.

DIZE LA HISTORIA que tanto que el Cavallero de los Fuegos se partió de su compañero para socorrer al marido de la dueña que los cavalleros de Alvadín llevaban preso, que tan gran priessa se ^{53v} dio por los tomar que antes que se acogiesse a su castillo los vieron ir por un grande llano, los cuales otrosí viendo a él pensaron que su compañera era que la dueña traían presa, y por tanto ivan su passo a passo atendiéndolos. La dueña iva diziendo al cavallero que aquellos eran los cavalleros que a su marido llevaban preso, y él se aquexó mucho por los alcançar, dándoles bozes que soltassen al cavallero o que se aparejassen a la batalla. Lo cual oyendo los dos cavalleros, bolvieron luego las riendas a sus cavallos y abaxando las lanças arremetieron contra él de consuno y le encontraron tan fuertemente que le falsaron el escudo de claro, mas no el arnés, que muy fuerte era, y él, que no venía con

menos gana de los ofender que ellos de ofender a él, al que encontró puxo tan rezió que él arrancándolo de la silla y él apretando las riendas al cavallo que lo fizo enarmonar y cayeron ambos a tierra. Y el cavallero llevaba la lança metida por el escudo y por los pechos, mas fue luego levantado como aquel que de muy grande ardimiento era. El Cavallero de los Fuegos avía echado mano a su espada y dio al que estava a cavallo tales golpes que el yelmo y el almófar le fendió y llagó en la cabeça fasta el caxco, de que no se pudiendo tener el cavallero en la silla cayó en el suelo, tendiéndose con la cuita de la muerte. Y el otro cavallero, siendo levantado, sacando el troço de la lança que metido tenía por el escudo y la carne y echándolo muy alueñe, cavalgó en su cavallo con mucha ligereza [y] poniendo mano a su espada fue contra su enemigo con gran saña, assí por vengar su llaga como la muerte de su compañero, y començaronse a dar muy grandes y esquivos golpes por cima de los yelmos que los torcían y malparavan, y por todas partes se fazían grande daño. El cavallero del castillo se amparava con mucha cordura y hería con mucha ligereza. Mas el Cavallero de los Fuegos, que mucho mejor en todo era, aviéndole las armas roto en muchas partes y el yelmo abollado, dióle tan gran golpe que los lazos fueron quebrados y se salieron de la cabeça y él lo hirió en descubierto que la cabeça le fendió fasta los dientes.

E mientras que los cavalleros se combatían, los escuderos, que llevaban preso el marido de la dueña, se quisieron acoger con él al castillo, mas él punó tanto que quebró la atadura de las manos y asió tan fuertemente del escudero que delante de sí lo llevaba en su palafrén que ambos ovieron de ir a tierra, y luego los otros escuderos se apearon muy presto y asieron otrosí al cavallero. Lo que viendo la dueña ser peligro de su marido, se apeó de su palafrén y tomó un troço de lança que ende era y dio tal golpe a un escudero en la cabeça que lo atordió duramente. El cavallero su marido, maravillándose de su ardid, echó mano a la garganta del otro escudero y lo apretó tan fuertemente que el aliento le hizo perder entre sus fuertes manos, lo que viendo el otro escudero cavalgó en su rocín y, como era liviano, corrió de guisa que no lo pudieron alcançar y acogiose al castillo dando las nuevas a los cavalleros de Alvadín que ende eran. El marido de la dueña se fue contra el cavallero y le dio los agradescimientos que devía. E desarmando uno de los cavalleros muertos se armó de todas pieças lo mejor que pudo. Felidonio, viendo quedar una rica espada desnuda en el campo, se apeó de su cavallo y quitando la <vaina> [espada] del cuello del cavallero, la metió en la <espada> [vaina] y la ciñó muy apuestamente, tomando otrosí una gruesa lança y un buen escudo cavalgó en su cavallo.

–¿Qué fazes, Felidonio –dixo el Cavallero de los Fuegos–, que me semeja antes tiempo de querer indevidamente usar de las armas perdiendo por ello la esperança de aver orden de cavallería en tu vida?

–Para el que no fuere cavallero las tomo –dixo Felidonio–, que, según la gente d’esta tierra es desmesurada, no avrá menester cortesía.

–Creedme, mi señor –dixo el marido ^{54r} de la dueña–, que tanto que el escudero fuera en el castillo luego los hombres de Alvadín saldrán a darnos batalla, y que será bien menester toda ayuda, por lo que me parece si vuestra voluntad fuere que dexemos la calçada del castillo y tomemos la vía de la mano izquierda que es más segura.

–¡Nunca Dios tal quiera –dixo el Cavallero de los Fuegos– que por ningún temor dexemos de ir adelante! Guiad derechamente nuestra guía y avenga lo que viniere.

–Según la grandeza de vuestro corazón –dixo el marido de la dueña– en vuestra compañía no ay cosa que temer deva. En el nombre de Dios vamos adelante.

E luego tomaron la derecha vía del castillo y siendo cerca oyeron tañer un cuerno de somo de una torre, que señal era de batalla. E no anduvieron mucho cuando vieron salir cuatro cavalleros muy bien armados por la puerta del castillo y venían al más correr de sus cavallos contra ellos.

–Buen amigo –dixo el Cavallero de los Fuegos al marido de la dueña–, acometamos a nuestros enemigos antes que sean juntos.

Y hirieron luego sus cavallos de las espuelas y encontraron los dos que venían en la delantera que sin les faltar las lanças muy duramente los pusieron en tierra, y fueron contra los segundos, y los encontraron tan bravamente que los arrancaron de las sillas y pusieron en el campo muy mal llagados de los crueles encuentros y atordidos de las caídas, y viendo los cavalleros vencidos passaron adelante, y porque vieron salir mucha gente del castillo mandaron a los escuderos que con la dueña se adelantassen y se acogiesen a algún poblado en cuanto ellos peleavan con la gente. E luego los dos cavalleros tomaron las lanças que sus escuderos les traían, y yendo su passo a passo por aquella gran calçada, oyeron dezir una boz que dezía:

–¡Traidores, estad presos y no huyáis, que no podéis guarescer que no paguéis con las vidas las muertes de mis cavalleros!

Mirando los dos cavalleros atrás, vieron un cavallero muy grande de cuerpo armado de ricas armas sobre un hermoso cavallo, y éste era el que dava las bozes y tras d'él venían dos cavalleros que le aguardavan. El Cavallero de los Fuegos fue muy sañado oyéndose llamar traidor y guió su cavallo contra él, y encontraronse con tanta saña que en los golpes mostraron su gran bondad. Y el cavallero del castillo encontró al Cavallero de los Fuegos que la lança le metió por el escudo y loriga y llegó a las carnes, mas muy poco, y él fue encontrado con tanta fuerça que sus ricas armas no le valieron que la lança del cavallero no le saliesse a las espaldas. Los otros dos cavalleros encontraron al marido de la dueña que lo echaron por las ancas del cavallo en tierra mal llagado, mas levantose muy presto como aquel que de gran bondad era. El Cavallero de los Fuegos fue luego en su socorro contra los del castillo, los cuales, aviendo visto su bondad, no le osaron atender, antes fuyeron contra el castillo diziendo a la gente que fallavan que se bolviessen al castillo, que aquellos no eran cavalleros mas diablos pues tan ligeramente avían muerto a su señor y a sus cavalleros. E sabed que aquel de las armas ricas era hermano de Alvadín, el mejor justador de aquellas tierras, y estaban en aquel castillo cogendo gente para ir a ayudar a su hermano, cuya muerte puso tanto pavor a los suyos que no siguieron el alcance a los cavalleros, los cuales no sin llagas en sus cavallos lassos y muy cansados llegaron a una abadía de monjes donde hallaron la dueña que les ató las llagas y comieron y reposaron, que mucho menester les era.

¶ Capítulo xl. De cómo los dos cavalleros con la dueña llegaron a casa de la duquesa, y de lo que al Cavallero de los Fuegos ende le aconteció.^{54v}

DESPUÉS QUE LOS dos cavalleros grande pieça de tiempo estovieron en Alvadín, tomaron la vía de la villa do era la duquesa, y llegaron a hora que ella avía embiado a descabeçar a Alvadín, el sobrino del duque, con consejo de sus altos hombres por la traición

que le avía fecho, onde, sabiendo las grandes maravillas que avía fecho el Cavallero de los Cisnes en la prisión de Alvadín su compañero, fue muy alegre por el vencimiento y muy triste por la partida. La duquesa rescibió los cavalleros con mucho amor, haziendo estremada honra al Cavallero de los Fuegos por su grande bondad, diziéndole con mucho amor:

–Cavallero, vós seáis muy bienvenido y mucho fuera alegre que hallárades aquí a vuestro compañero porque vós no fuérades triste ni yo descontenta, mas pues él no pudo hazer otra cosa mucho vos ruego que reposéis aquí algunos días.

–Mucho holgara, señora duquesa –dixo el Cavallero de los Fuegos–, de hazer en esto vuestro ruego como en todo lo ál desseo hazer vuestro mandado, mas conviéneme hallar aquel cavallero y no dexar su compañía, que ha grandes tiempos que le aguardo.

–Guiando el camino de Bretaña no le podéis errar –dixo la duquesa–, que ende dixo que le hallaríades.

Entonces el marido de la dueña se llegó a la duquesa y le dixo que no dexasse partir aquel cavallero, que venía muy mal llagado [y] que, pues en su servicio avía rescibido las llagas, que en su casa oviesse la salud. Entonces la duquesa afincó tanto al cavallero que ovo de quedar algunos días y fue curado con mucha diligencia y servido con mucha honra.

La duquesa y la dueña y su marido lo visitavan muy a menudo. Leonela, la fija de la duquesa, como os deximos que tan penada avía sido por los amores del Cavallero de los Cisnes, siguiendo el estilo y costumbre de las mujeres, como antes era puesta en el más alto extremo de amor que ser podía, viendo cuán menospreciada avía sido su alta guisa y hermosura del cavallero, se aposentó luego en el otro extremo de desamor, y soltó tanto las riendas a la saña que fue a parar en tanta enemistad como antes le tenía de amor, y fue su enamorado corazón tan fuertemente combatido y escalado de la ira que muerto el amor alzó sus vanderas de enemiga saña contra el cavallero, en tanta manera que no quería visitar aquel Cavallero de los Fuegos por saber que era leal amigo de aquel que ella tanto desamava; y no afloxada aún de los desmayos que su aquexado corazón aún perseguían, sabiendo quel cavallero muy presto se partiría, acordando de escrevir una carta al Cavallero de los Cisnes, demandando tinta y papel a su donzella, la escribió en esta manera:

¶ Carta de Leonela al Cavallero de los Cisnes.

¶ La grande y ravisosa saña que contra ti, el Cavallero de los Cisnes, tengo, empide la flaca mano no dezir lo que el triste y lastimado corazón padescer como aquel que sin punta de piedad has llagado fasta la muerte, usando más de brava crueldad que de honesta razón ni causa, desseando de ti saber cuál fue la soberbia tuya de que más te puedo alabar que de cortés ni mesurado, que amor de tan alta donzella como yo desechasses con tan feas palabras y escusas, mostrándote más bravo y esquivo con una flaca donzella presa^{55r} por tu amor que con los duros enemigos vencido; es por tu esfuerço, olvidando la linda criança y mesura que los cavalleros que de bondad se prescían como tú con las donzellas tener deven, mostrándose en dos cosas con primor: con los enemigos fuertes y ardidados, y con las dueñas y donzellas mesurados y amadores. Lo que en ti faltando, aunque en las armas prez alcances, como lo más no poseas de essa fama que ende ganas más deve ser manzillada y escurescida que de loor ni nombradía, que, aunque alcances las fuerças y fortaleza, lo que cualquiera de baxo estado aver puede, olvidas la linda criança que si en los de sangre y linaje no por maravilla se aposenta. Lo que como tú, el más desconocido cavallero del mundo, no tengas más, me devo alegrar de no te aver ganado que entristecer por te

aver perdido, y assí quedo más leda con tu partida que plazer oviera con tu quedada, publicando a todo el mundo la cruel esquiveza que me has mostrado, quedando tú por sobervio y desdeñador, y yo no por d'él todo engañada y escarnida.

Y cerrada assí la carta y firmada de su nombre, Leonela la embió con su donzella al Cavallero de los Fuegos que la diesse a su compañero, y él acetó su mandado como aquel que era tan cortés que apenas se fallaría quién más lo fuesse.

E siendo mejorado de sus llagas, tomando licencia de la duquesa, despedido del cavallero y de la dueña, se puso en el camino de Bretaña por hallar al cavallero. Del cual dexemos agora de hablar, pues no cumplió su desseo, que uno y otro erraron la vía de Bretaña, y tornemos a dezir de lo que aconteció al Cavallero de los Cisnes.

¶ Capítulo cuarenta y uno. De cómo el Cavallero de los Cisnes entró en el reino de Macedonia y de las estrañas aventuras que ende halló.

E PARTIDO EL cavallero del ducado de Suecia como avéis oído, siendo hora que la mañana no era venida, errando la calçada de Bretaña tomó la vía de Macedonia, y anduvo otro día sin hallar a quién preguntasse. En la noche alvergó en casa de un florestero, donde supo que avía errado la calçada, mas tantas cosas le dixo del reino de Macedonia aquel florestero que lo puso en grandes desseos de andar por él, aviéndole loado no solamente la gran bondad del rey y muy noble corte más aún la bondad estraña de sus cavalleros. E mudando su propósito con tales nuevas, otro día de mañana entró en el derecho camino de Macedonia, y tanto anduvo por sus jornadas sin aventura le acontecer que llegó cabe el Monte Arros, que en el reino de Macedonia era. El cavallero fue muy maravillado de su altura y aspereza. Yendo assí mirando su grandeza y espessura, oyó dar grandes bozes a sus donzellas que atrás quedavan, y parando mientes vio cinco ladrones que avían salido de las faldas del monte y avían prendido sus donzellas, de que él fue muy sañado y bolvió a ellos, que ya tenían apeadas sus donzellas, y blandiendo su lança en la mano les dixo:

–¡Ribaldos, no pongáis manos en mis donzellas, que os puede costar caro el atrevimiento!

Mas ni por ello los ladrones dexavan de las querer sacar de la calçada y meter en el bravo xaral que ende era. El cavallero llegó muy sañado ^{55v} y firió al uno d'ellos con la lança por el rostro que le salió a la otra parte y cayó en tierra, mas los cuatro ladrones tomaron las donzellas y se metieron entra las matas, y por la espessura de las yervas, no los pudiendo seguir con su cavallo, apeose muy ligeramente y tomando la hacha del ladrón muerto se metió por el monte atinando a las bozes de las donzellas, y alcançando un ladrón que la una d'ellas abraçada llevaba lo hirió tan duramente en las piernas que las canillas fueron cortadas y cayó tollido en el suelo con la donzella, lo que viendo los otros ladrones, soltando la donzella, con sus hachas alçadas arremetieron al cavallero, y lo hirieron bravamente sobre el escudo y sobre el yelmo, que la cabeça le fizieron abaxar fasta los pechos, mas al que el cavallero firió de aquella vez no ovo menester maestro, que la hacha del cavallero le fendió la capellina y la cabeça hasta los ojos, lo que viendo los otros dos ladrones no

curaron más de su porfía, antes se acogieron muy ligeramente por aquel xaral. El cavallero se bolvió al ladrón que tollido estava según la saña avía grande, y alçando la hacha le dio tales golpes que le hizo perder la celosía de las mujeres, y tomando consigo sus donzellas, que muy amarillas estavam y sin color, les dixo:

– Buenas amigas, por mi descuido aína os oviera perdido.

– Buen señor – dixerón ellas –, faltándonos vuestra ayuda escarnidas fuéramos de tan malos hombres.

Entonces el cavallero las hizo subir en sus palafrenes y ir adelante. Y siendo alexados quanto dos leguas del lugar do avían hallado los ladrones, vieron venir por una traviessa de otro camino un cavallero grande de cuerpo armado de todas armas y tras él un feo enano, que delante sí en un grande y fuerte palafrén traía una donzella de tierna edad y assaz hermosa, y traía los ojos hinchados de mucho llorar y sus hermosos carrillos manzillados de sus lágrimas; y el que la traía passó sin saludar al cavallero. Y la hermosa donzella, tanto que lo vido, començó de llorar muy agramente, pidiéndole su socorro y ayuda en aquella fuerça que le era fecha. El Cavallero de los Cisnes se fue para ella y detuvo el palafrén diziéndole:

– Buena donzella, no temáis, que a todo mi poder seréis libre d’esta fuerça.

El cavallero que la llevaba bolvió atrás con grande saña diziendo:

– Cavallero, ¿quién os manda hablar con la donzella que no conocéis, endemás yendo en mi compañía?

– Por esso la fablo – dixo él – para aver su conocencia y saber de su fazienda, y no consentir que ningún tuerto ni agravio le sea fecho.

– No sois vós tal – dixo el cavallero del enano –, que aunque fuerça le sea hecha que gela podáis estorvar.

Y llegándose al enano lo firió con la asta de la lança en la cabeça, porque no avía passado adelante con la donzella, y el enano ovo muy gran pavor. Y el Cavallero de los Cisnes le dixo:

– No ayas miedo, que yo te defenderé.

El cavallero del enano le dixo con grande saña:

– ¡Cavallero sandio, venido eres a la batalla porque vea tu valor que assí de balde compras contiendas y batallas!

Entonces se arredraron el uno del otro y al más ir de sus cavallos se llegaron a encontrar con tanta saña que las lanças fueron quebradas en muchas pieças, mas el cavallero del enano fue fuera de la silla y cayendo sobre el braço derecho lo ovo quebrado por dos partes, y dando otrosí de cabeça en el suelo duro fue muy atordido de la cabeça. El Cavallero de los Cisnes bolvió luego a la donzella y la halló apeada del palafrén, ca el enano, tanto que vio a su señor en tal punto, la puso en tierra y dando del açote al palafrén se alongó d’ellos grande trecho. Lo cual viendo el Cavallero de los Cisnes, dixo a su escudero que lo siguiesse en su cavallo y lo truxesse preso para saber la fazienda de aquel cavallero, y tornándose a la donzella vio que aún no perdía la cuita que avía, y viola que era niña muy fermosa y fue muy contento de su apostura y gentil parecer diziéndole:

– Hermosa donzella, librada sois de la fuerça que vos era fecha, agora mandad ^{56r} lo que más vos agradare que se faga.

– Mi señor – dixo ella –, que pues os posistes en mi delibramiento, que me pongáis cerca de aquí en un castillo de una dueña mi tía, porque en este lugar no somos seguros de los hombres del cavallero que atrás queda.

–Tanto que venga mi escudero –dixo él– luego tomaremos cual vía vos agradare.

Y viéndola tan hermosa ovo gran plazer de saber de su fazienda, y le dixo:

–Hermosa niña, dezidme si os plaze, ¿por qué assí forçada os llevaba aquel cavallero? Aunque sin afán lo podríamos adivinar según Dios repartió con vós la hermosura, ¿ella avrá sido la causa d'ello?

–Halo causado –dixo la donzella– mi desventura, que no pienso yo aver en mí cosa por donde ningún cavallero se mueva a tal hecho; mas por fazer, señor, vuestro mandado, vos diré de mi hazienda. Sabed, señor cavallero, que yo soy hija de una dueña llamada Astinfalia, que ha una hermosa fortaleza cabe el río Cabrio. Por donde passando este cavallero, viéndome andar por un campo con otras donzellas cogendo flores cerca del castillo, llegándose donde yo estava sin tal sospecha con cinco cavalleros que lo aguardavan y este enano me dixo:

»–Hermosa niña, dadme parte d'essas flores que cogistes.

»Y queriéndole yo dar un manojito d'ellas que tenía, sin querer las flores me tomó por la muñeca atrevidamente y me puso delante de sí sobre su cavallo y se dio de andar conmigo para la floresta, dando yo tristes bozes y grandes gritos, y mis donzellas otrosí haziendo esquivo llanto, y pusome delante del enano en su palafren, como si para ello a sabiendas lo truxera, diziéndome:

»–Hermosa donzella, no culpéis la fuerça que os hago, ca otra mayor y más grave avéis hecho a mi coraçón y libertad.

»Y assí me traxo consigo, no haziendo otra cosa salvo llorar esquivamente.

–¿Pues qué se han hecho de los cavalleros que le aguardavan? –dixo él.

–Quedaron –dixo ella– para resistir a la gente de mi madre que saliessen por me librar; y él se adelantó para se acoger a un castillo que de la otra parte del Monte Arros tiene, donde, según ayer nos acercávamos, si vuestra venida no fuera, mi señor, muy cerca estuve de ser escarnida en poder del hombre que yo peor quiero; que algunos días son pasados que se ha puesto conmigo en recuestas de amores, las cuales he menospreciado [y], aunque es cavallero de gran hecho de armas, no me es igual en la sangre y linaje, por lo que no lo conociendo yo, me engañ[e] [ó] pidiéndome las flores.

–Buena señora –dixo él–, si yo supiera que el cavallero tanto os amava no le pusiera tanta culpa en su hecho porque otra cosa no era en su mano, que por él podemos dezir que el forçado forçava la forçadora y el vencido llevaba consigo su vitoria, y el herido verdadero remedio de sus llagas, no aprovando por ello, buena señora, el hecho del cavallero, mas culpo el fuerte amor que fue causa d'ello.

¶ Capítulo <lx>[xl]ij. De cómo, trayendo preso el escudero al enano, el cavallero llevó la donzella al castillo de la dueña su tía.

FABLANDO ASSÍ EL cavallero con la donzella, llegó Urgandín su escudero trayendo consigo el enano que con la ligereza de su cavallo alcançado avía, [y] amenazándole con su espada le avía hecho bolver atrás. El cavallero fue muy alegre de su venida y dixo contra el enano:

–Desleal enano, conviene ^{56v} que mueras por la traición que has fecho a tu señor en dos cosas: la una desamparando a él en la muerte; la otra perdiéndole la cosa que él más que su vida amava que es esta hermosa donzella, que has dexado en poder de su enemigo.

–Verdad decís, señor –dixo el enano–, que he fecho traición a mi señor, por ende vos ruego que me cortéis la cabeça y cuando fazer no lo quisierdes mandad a vuestro escudero que lo haga.

–Enano –dixo el cavallero–, tu vida y tu muerte está en las manos d’esta doncella, que lo que ella mandare se ha de cumplir sin falta.

–Buena señora –dixo el enano a la donzella–, mi vida como de tan cativa cosa no quiero demandar, mas aved lástima de aquel vuestro leal cavallero que por vós ha sufrido tormentos no menos graves que la misma muerte, aviendo lástima de su juventud y bondad, aunque la muerte le sería más descanso para el coraçón que la vida para el cuerpo, que aunque enojo vos ha dado, la gran fuerça de amor tiene la culpa, que tanto le aquexó que su atribulado coraçón no le pudo resistir, mas él lo servirá con grandes y leales servicios.

La doncella, como las mujeres son más inclinadas a piedad, ovo lástima del cavallero por lo que el enano le dixera, sabiendo que avía entero señorío sobr’él, y de sí dixo al Cavallero de los Cisnes:

–Mucho vos ruego, señor, que libremente dexéis este enano llevar a su señor adonde guarezca de sus llagas, que de su atrevimiento y culpa ya tiene la paga.

–Buena donzella –dixo él–, mandad lo que quisierdes, que en todo cumpliré vuestra voluntad.

Aquella hora el cavallero començó de se bollir con la gran cuita, la donzella mandó al enano que lo llevase ante sí en el palafrén y lo llevase a do guareciesse, y que dixesse a su señor que se apartasse de su porfía, pues que d’ella no podía sacar otro fruto salvo de su muerte y menoscabo como avía sido en su mano. El enano dixo que así lo faría, y en llegando a su señor quitole el yelmo y diole el aire y ovo cuanto más acuerdo, mas no de guisa que se pudiesse levantar, tanto era maltrecho de la caída. El Cavallero de los Cisnes, con ayuda de los escuderos, puso al cavallero llagado en el palafrén del enano, el cual, llevando delante de sí a su señor, se partió de la donzella con muchas lágrimas.

El Cavallero de los Cisnes cavalgó en su cavallo y tomó la doncella, que Osalia avía nombre, a las ancas, tomando la vía del castillo de la dueña su tía. Y llegaron a hora que el sol se ponía y fueron muy bien recibidos de la dueña, endemás cuando supo que el cavallero avía librado a su sobrina de las manos del cavallero que la llevaba. Y esta dueña era hermana de su padre de la doncella, que muy buen cavallero avía sido en aquellas partes. El cavallero fue aposentado en una rica cámara y sus donzellas con la hermosa donzella Osalia fueron aposentadas, y siendo hora que el cavallero se sentó a cenar, siendo muy altamente servido, llegó un hombre que dixo a la dueña que su marido era llegado a su casa.

–¡A Dios merced –dixo ella–, que a tan buena sazón fue su venida!

Entonces tomando a su sobrina consigo lo salió a rescebir diziéndole la bondad del cavallero que alvergava en su castillo, de lo cual fue muy alegre como aquel que los cavalleros honrava y preciava, y se vino luego para su huésped y le hizo mucha honra y acatamiento, y se sentó con él a cenar con mucho plazer. Y después que los manteles fueron alçados, el cavallero dixo al marido de la dueña, que Azalor avía nombre:

–Buen señor, si en ello afán no se aventura, mucho vos ruego que me digáis algo de vuestro rey Elidoro y de su corte, que muy nombrada es en todas partes.

–Creed, señor –dixo Azalor–, que es uno de los derecheros reyes del mundo y tiene en su casa los mejores cavalleros d’estas partes, y así la reina su mujer muchas dueñas y don-

zellas de alta guisa que sirven a una infanta su hija llamada Elena, de tierna edad y crescida hermosura, que por ella se puede dezir que no es menos su beldad que fue de la reina Elena, mujer del rey Menalao, por la cual la muy fuerte Troya fue ^{57r} assolada y destruida; e tanto es estraña la hermosura d'esta infanta, fija del rey Alidoro, que de su vista los muy sabios varones se espantan y los muy fuertes cavalleros son vencidos, y si estremada es en la hermosura assí estremada es en virtud y nobleza, que una cosa y otra tiene muy acabada. Es demandada en casamiento de grandes príncipes y señores, mas el rey a ninguno la ha dado fasta agora, aunque todos ellos fuessen hombres no menos de grande renta que valor.

–Razón es –dixo el Cavallero de los Cisnes– que estremadamente se cumpla su voluntad.

–Assí lo quiera Dios cumplir –dixo Azelor–, ca su gran virtud lo merece, mas ni ella ni el rey a la sazón son tan alegres como les sería menester, porque un hijo d'este rey llamado Coroneo, de gran fecho de armas, treinta días son passados que partió de la corte con una donzella para le desfazer de un agravio y temen que fue traición y que es muerto en poder de sus enemigos.

–¡Ay, Dios –dixo el Cavallero de los Cisnes–, que tales personas todo plazer merescen! Dios les quiera dar alegría si al presente no la tienen, que de mí vos digo que por la bondad que oyo de vuestro rey es mi corazón otorgado de le servir en toda cosa.

–Razón es –dixo Azelor–, que todos los buenos dessean su conoscencia como de aquel que no solamente los ama, mas complidamente sabe honrar. Y si vós, buen amigo, queréis ver su corte, yo vos haré compañía dentro de tercero día, que me conviene luego bolver por ser presente a una batalla qu'él entiende de aver con el rey Rión de Tesalia, que sujeto y tributario es y es acusado de traición por la muerte de un cavallero, al cual a la sazón el rey mi señor tiene embiado al duque de Calindoca y al marqués de Grestonia, no solamente señalados cavalleros, mas sabidos y cuerdos embaxadores, y estos han de traer el concierto de lo que ende hazer se deve, y lo que más se espera es averiguarse por batalla de algunos cavalleros. Y por ende me conviene ser en la corte, a sazón que si cumpliere con mi persona pueda servir al rey mi señor.

–Gran lealtad haréis en ellos –dixo el Cavallero de los Cisnes–, y de mí vos digo que, tanto que algunas cosas aya visto d'esta tierra, me iré luego a su corte a le servir en esa batalla si de mí toviere necesidad, aunque de creer es que en su corte avrá tales cavalleros que me quitarán de tal afán.

Y después que assí estovieron hablando grande pieça, Azelor embió a un hombre suyo en un cavallo andador que llevase las nuevas del libramiento de su hija a Estinfallia la dueña. El cavallero, como avéis oído, quedó en el castillo de Azelor siendo servido muy honradamente como en casa de hombre tan honrador de los buenos se acostumbra.

¶ Capítulo xliij. De cómo partido el cavallero del castillo de Azelor se dio a andar por aquellas partes de Macedonia, donde hizo señaladas cosas y proezas.

AVIENDO EL CAVALLERO grande sabor de andar por aquel reino de Macedonia donde le dezían no solamente aver estrañas aventuras de dudados cavalleros, mas de bravos y esquivos gigantes, al otro día se despidió del cavallero su huésped y de la dueña y donzella. Con grandes desseos de ganar honra se metió por aquella tierra donde en pocos días hizo

tales proezas que no solamente su fama sonó en casa del rey Alidoro, mas en todas las comarcas del aquel reino, de guisa que muchos y muchas venían a él con tuertos y agravios y él les hazía alcançar derecho poniendo su persona en grandes y peligrosas afrentas, combatiéndose ^{57v} siempre con cavalleros de gran fecho y nombradía. Las cuales cosas passó tanto a su honra que por toda Macedonia era loado por el mejor cavallero del mund<n>[o], de lo cual crecía gran voluntad al rey de tener en su casa tal hombre, y assí en aquella tierra como en las otras que avía andado no avía otro nombre salvo el Cavallero de los Cisnes.

Pues avino que un día, andando el cavallero por el pie de una montaña, vio un hermoso castillo a maravilla de altas torres y fuertes muros, y era sobre un gran roquedo de manera que sola una entrada tenía en tierra llana, mas ni por ello dexava de ser de las más fuertes cosas que el cavallero avía visto; y queriendo saber cúa fuesse aquella hermosa fortaleza, y guiando su cavallo por la vía derecha, no pudo llegar a sazón que la noche se vino oscura, de manera que a grande afán tomando el tino de los veladores fue a dar en una hermita cerca del castillo. Y entrando dentro halló un hermitaño de grande edad vestido de muy pobres paños. El cavallero fue a él diziendo:

–Padre, dadnos la bendición, y si en esta pobre casa oviere alvergue, gran caridad nos faréis.

El hermitaño lo rescibió con amor diziendo que todo lo que su pobreza alcançasse de grado sería a su voluntad. Entonces tomó el cavallero y lo llevó a su celda donde avía un pobre lecho y dio otra casilla a sus donzellas; los escuderos y cavalleros alvergaronse a unos altos morales que ende eran a la puerta de la hermita, ca no avía para ellos otro alvergue. El hermitaño servió al cavallero de lo que en su pobre casa tenía, no poco maravillado de su gran hermosura, preguntándole adónde era su jornada.

–Es andar, padre, por este reino buscando las aventuras, y viendo esta tarde este fermoso castillo que aquí cerca es, uve sabor de entrar en él, que me ha parecido el más fuerte que aya visto.

–Pues si vós, fermoso cavallero –dixo el hermitaño–, por esta tierra demandáis las aventuras, en este castillo no fallaréis salvo desventuras como todos los que vienen las hallan.

–¿Por qué lo dezís, padre? –dixo el cavallero.

–Digolo –dixo el hermitaño– por el señor del castillo, que Dios emiende su mala vida que grandes males y sobervias ha fecho en esta tierra con su gran bondad de armas y fortaleza de su castillo. Es de tanta crueldad que duro falla cavallero que dé la vida, y a mí apenas me dexa vivir en esta hermita, tanto es enemigo de los buenos.

–Grandes cosas, padre, me avéis dicho del señor d’este castillo; mucho os ruego que me digáis cómo se llama este castillo y el señor del castillo.

Dixo el hermitaño:

–Ha nombre Brigión, es muy nombrado en toda Macedonia; el cavallero ha nombre Tesi<al>[la]o el Encantador, por sus proezas y encantamientos muy conocido.

–Verdaderamente, padre –dixo el cavallero– vós avéis dicho estrañas cosas de hombre, por lo cual mañana, Dios queriendo, lo quiero ver y la costumbre de su castillo.

–¡Ay, cavallero! –dixo el hermitaño–, no entre en vuestro coraçón tal follía, que is conocidamente prender muerte o prisión, porque ninguno allá entra que de una d’estas dos cosas escape, porque no guarda ley ni estilo de cavallero, antes todo por lo contrario.

–Comoquiera que avenga –dixo el cavallero–, teniendo más fiança en Dios que temor de su crueldad ni malas obras, mañana le quiero ver, ca no me avría por hombre que algo valiesse sino pudiesse mi persona a todo peligro por quebrantar la mala costumbre de su castillo.

Mucho gelo quisiera estorvar el hermitaño mas no pudo, y assí cessaron de su fabla. El hermitaño dexó el cavallero en su pobre lecho y las donzellas en la otra casilla y él se fue a su oratorio a donde lo más de la noche gastava en su contemplación. Los escuderos ataron los cavallos a las <ar>[ra]mas de los morales y dormieron sobre los poyos de la hermita.

¶ Cap[ítulo] xliiij. De cómo el Cavallero de los Cisnes ovo batalla con Tesilao, señor del castillo Brigión, y lo mató.

AÚN EL ALVA no esclarecía al otro día, [cuando] el cavallero, con gran cuidado de habl<l>ar a Tesilao, se levantó de su pobre lecho y llamó a su escudero y hizo ensillar su cavallo, y armore de ^{58r} todas sus armas, dexando allí sus doncellas, llevando consigo solamente su escudero. Y avida la bendición del ermitaño, se partió para el castillo Brigión. Y se dio andar en rededor de la roca, y allegando cerca de la puerta del castillo, que en tierra llana era, vio un cavallero grande de cuerpo armado de todas armas que enlazava su yelmo y sus hombres le tenían ensillado un grande y fermoso cavallo alazano; tenía dos escuderos armados de coraças y capellinas como servientes: uno le tenía la lança y el otro el escudo, que grande y fuerte era; el campo avía dorado y vandas azules y flores negras por él. El Cavallero de los Cisnes se llegó a él preguntando si era él el señor del castillo.

–Sí –dixo él–, en quanto Dios quisiere; ¿mas qué me queréis vós, cavallero, que por mí preguntáis?

–Vengo a ti, cavallero –dixo él–, que me dizen que hazes muchas sinjusticias y malas obras, lo que a cavallero de tal valor no conviene. Querría que te emendasses y que essa fortaleza de armas que Dios te ha dado que la empleasses ante en su servicio que del enemigo malo.

–Aténdeme –dixo Tesilao–, que yo os daré la respuesta.

Y cavalgó a mucha priessa en su cavallo y tomando sus armas le dixo:

–La respuesta que de dar tengo a tus sandias palabras es castigarte de tu locura, porque a tal hombre como yo, si Dios no, otro alguno no deve de tomar cuenta.

E diziendo esto abaxó la lança y firió al cavallo de las espuelas y fue contra el cavallero, que muy a punto estava para lo atender. Y encontraronse fuertemente, de guisa que Tesilao fizo su lança muchas pieças en el fuerte escudo del cavallero, y el cavallero le encontró de tanta fuerça que le falsó el escudo dorado y la loriga, y la lança le llegó a las carnes y le hizo perder las estriberas, mas no cayó, que se abraçó a las cervizes de su cavallo. El cavallero passó adelante y quando bolvió vio los dos escuderos de Tesilao venir contra sí a más correr de sus cavallos, las lanças baxas y encontraronle fuertemente, que las lanças fizieron bolar en pieças en su escudo, y él encontró al uno d'ellos con tanta saña que armadura no le prestó que el fierro de la lança no le saliesse por el costado siniestro. E siendo el cavallero muy sañado de los escuderos fue contra Tesilao, que adereçado estava en su cavallo guisado de se defender, y començaron entre sí brava batalla, mas turó poco, que

el Cavallero de los Cisnes le firió de tales golpes que lo traía desatinado a una parte y a otra parte, y afirmándose sobre las estriberas le dio tan gran golpe sobre el yelmo que gelo fendió y la carne fasta el hueso, de que el cavallero cayó en tierra sin sentido; y el otro escudero, viendo su señor muerto en aquel campo, no se atreviendo a vengar su muerte, se puso en fuida. <A>[E] tan espantados fueron los hombres de Tesilao viéndole tendido en aquel campo que no osaron tomar armas contra el cavallero, antes se rindieron demandando merced; el cavallero los tomó a prisión y fuese a Tesilao, y quitándole el yelmo quisole dar con él en la cabeça, y viendo que sería más crueldad que vengança, sofríose de lo ferir y dióle con el pie diziendo:

–¡Cavallero, acordaos y aved consejo de vuestra alma, que el cuerpo condenado es a muerte!

Tesilao, viendo su enemigo sañado, prescindo más su ánima que el cuerpo, aunque su vida más avía gastado en vicios que en virtudes, le pidió merced de la vida fasta que oviese confesión. El cavallero ovo piedad d'él y hizo llamar luego el ermitaño, el cual, sabiendo el caso como passava, vino luego muy en breve y oyó a Tesilao de confesión, el cual se confessó de todos sus pecados con muchas lágrimas y arrepentimiento. E acabando assí su confesión, estendiose assí con la cuita de la muerte. Sus hombres luego començaron a fazer esquivo^{58v} llanto, a los cuales dixo el Cavallero de los Cisnes:

–¡Cativa gente!, ¿no llorávades su mala vida y agora lloráis su buena muerte? Dexad los lloros que no aprovechan y dalde la sepultura que le conviene, y mostradnos los presos que acá son.

Entonces dos hombres de Tesilao los guiaron al palacio, donde muchas donzellas lloraban muy agramente con una hermana de Tesilao. El cavallero con los hombres passaron adelante y los hombres lo guiaron a una alta torre, en lo baxo de la cual estaban muchos cavalleros y escuderos presos en cruel y tenebregosa prisión. El cavallero mandó a los hombres de Tesilao que les quitassen las prisiones. Ellos lo complieron luego y sacaron del medroso y esquivo algibe diez cavalleros y catorze escuderos. Entre los cuales era un cavallero de poca edad y assaz hermoso, en su parencia parecía hijo de alto padre, el cual se vino luego al cavallero diziendo:

–Buen señor, ¿quién diremos que nos sacó d'esta cruel cárcel y prisión?

–Dios –dixo él–, que doliéndose de tan noble compañía estar en cadenas de tan mal hombre dio ayuda a mí, su siervo, con que quitasse a él del mundo y a vosotros, señores, de vuestra cuita; y mucho os ruego que me digáis quién sois, que mucho os desseo conocer, ca soy cavallero estraño de luengas tierras.

–Pues que assí es –dixo el hermoso cavallero que saliera de la cárcel–, que vós avéis puesto a grande peligro por nos librar de affición, razón es que ayáis nuestra conoscencia. Sabed que entre los que librades de la cárcel fue Coroneo hijo del rey de Macedonia, que haré lo que mandades, y estos cavalleros son de los más principales de su casa.

El Cavallero de los Cisnes se fue a él diziendo:

–Perdonadme, noble señor, que vos no he hecho aquel acatamiento que vuestro grande estado merece, que pues fue por desconocencia muy ligero será de alcanzar el perdón de vuestra virtud.

–No ay que perdonar, buen cavallero –dixo Coroneo–, antes os dar grandes agradescimientos por nos aver delibrado del poder del mayor enemigo que teníamos.

Diziendo esto, le fue a abraçar con grande amor y los otros cavalleros le hizieron grande acatamiento. E viéndose todos en su libre libertad, ovieron entre sí gran alegría.

¶ Capítulo xlv. En que cuenta por qué este Tesilao el Encantador avía preso a Coroneo y a sus cavalleros.

DIZE EL AUTOR que este Tesilao, no menos de gran fecho de armas que astuto y sagaz, siendo pariente del rey de Tesalia, con sola su persona no lo pudiendo ayudar tanto como él quería, sabiendo que la acusación que contra él era puesta en casa del rey Alidoro que por armas se avía de averiguar, queriendo quitar de su estorvo los mejores cavalleros de Macedonia, usando de sus sotiles mañas y cautelas aquellos de quien más se temía, los unos en su poder haziéndolos traer a falsa fe y por engaños a su castillo los prendió y metió en prisión, y sabiendo que este Coroneo, hijo del rey de Macedonia, era el más señalado cavallero de aquel reino, acordando de lo aver en su poder, embió a él una donzella más sabida y discreta que hermosa, y informada de Tesilao de lo que hazer devía, cubierta de luto, tomando la vía de la ciudad de Cedrómpolis, halló a Coroneo con grande pieça de cavalleros, ante los cuales ella, fingiendo grande cuita, le pidió su ayuda para un agravio que le era hecho por un mal hombre matándole su padre y tomándole un castillo que avía. Lo cual Coroneo le otorgó delibradamente como tal que ^{59r} su bondad en tales casos holgava experimentar, creyendo ser como ella dezía. Tomando sus armas y cavallo, acompañado solamente de su escudero, se partió de Cedrómpolis con la donzella, la cual por engaño lo traxo al castillo de Brigión, onde con Tesilao y con sus hombres ovo muy cruda batalla, de guisa que si el cavallo no le mataran que la una pierna le llevó debaxo no le prendieran assí ligeramente, tanto era de gran esfuerço y valentía. Donde siendo preso de los hombres del castillo, Tesilao lo hizo meter en el cruel algibe donde eran los otros cavalleros, con intención como avéis oído: que, cuando el rey de Tesalia viniessse a Cedrómpolis, <que> no hallasse cavallero que con su bondad nuzir le pudiesse. Mas como Dios no quiere que los malos hombres de sus maldades saquen fruto como este Tesilao, que tantas avía hecho en sus tiempos, permitió que todas sus artes no le pudiessen valer que no oviesse cruda muerte por emienda de su vida, y la traición del rey de Tesalia no fuesse manifiesta con gran peligro y menoscabo de su persona, como adelante oiréis.

Pues bolviendo a la historia, tanto que Coroneo salió de la prisión, con consejo de aquellos cavalleros hizo llamar los hombres del castillo. Entre otras cosas muchas supo cómo aquel día avía de llegar el rey de Tesalia con sus cavalleros, y que para los salir a recibir quería cavalgar Tesilao. Cuando llegó el Cavallero de los Cisnes, que ovo con él batalla, e sabiendo otrosí la traición con que el rey Rión de Tesalia se quería librar de la traición que le era puesta, acordó de se ir a la corte del rey su padre para le manifestar lo que passava antes de la venida del rey Rión; y luego el Cavallero de los Cisnes se le ofreció a tenerle compañía, declarándole los grandes desseos que tenía de ver la corte del rey su padre; lo cual, oyendo Coroneo, fue el más alegre hombre del mundo, e allí le dio grandes agradecimientos por ello. Y dexando los otros cavalleros en guarda del castillo, despidiéndose de todos con mucho amor y del hermitaño con mucha humildad, tomando el cava-

lloero consigo sus donzellas, en compañía de Coroneo tomaron la vía de Cedrómpolis. Y siendo cuanto dos leguas de la ciudad, passando por las faldas de un grande y espesso soto que cabe una ribera era, adonde avía grandes caças y allí solía el rey muchas vezes caçar, yendo assí los dos cavalleros, hablando de la bondad de aquel soto, vieron salir de entre unos altos sauzes un gigante armado de todas armas, que no le faltava pieça, sobre un gran cavallo negro cubierto de un escudo grande, que el campo avía indio raso sin figura ninguna, y tras él venía otro cavallero otrosí armado de fuertes y luzientes armas, lo que viendo luego los cavalleros tomaron sus armas y atendieronlos sin pavor. El gigante llegó a ellos doblgando su lança sobremano diziendo:

–¿Vosotros sois de casa del rey Alidoro?

–Sí, en verdad –dixo Coroneo.

–Pues agora –dixo el gigante– conviene que juréis de no tomar armas contra el rey de Tesalia ni a cosa suya o avréis por ello gran daño.

–Nunca Dios quiera –dixeron los cavalleros– que tal juramento hagamos, ni menos lo entendemos de hazer.

–Pues muertos sois –dixo el gigante– si no lo hazéis ya.

–No me valga Dios –dixo Coroneo– si aquí ay hombre que lo haga contra su voluntad.

Entonces cubriose de su escudo y abaxó la lança y dixo que se lo fiziesse él jurar por fuerça. El Cavallero de los Cisnes se puso junto con él, y el gigante tomó consigo el otro cavallero y arredraronse unos de otros quanto un trecho de piedra, y fueronse a encontrar al más ir de sus cavallos. El Cavallero de los Cisnes se encontró con el gigante tan bravamente que las lanças les faltaron a sus fuerças, y toparonse de los cuerpos de los cavallos y escudos, de guisa que assí ellos como los cavallos fueron a tierra. Coroneo encontró al cavallero de gigante tan duramente como aquel que de mayor bondad era, que le falsó el escudo y la loriga y lo echó a tierra mal llagado, y cayendo sobre una pierna la ovo quebrada por el muslo. E luego los dos cavalleros que en tierra eran se levantaron muy ligeramente como aquellos que de muy gran ardimiento^{59v} eran, y poniendo mano a sus espadas se començaron de combatir tan fuertemente que no avía cavallero que los viesse que no oviesse espanto de su braveza y embidia de su bondad; lo que viendo Coroneo, aviendo ya tollido su enemigo, cubierto de su escudo, fue para el jayán para le ferir, mas el Cavallero de los Cisnes se puso en medio rogándole que le dexasse aquella batalla fasta que falleciesse, y Coroneo se sufrió de ferir al jayán por ruego del cavallero. E luego los dos cavalleros con mucha saña tornaron a su batalla dándose grandes y mortales golpes. Y el Cavallero de los Cisnes, que delante de Coroneo quería manifestar su bondad, firió al gigante de toda su fuerça sobre el ombro diestro que no le valió la loriga que la espada no le entrasse por la carne y los huessos, de que el gigante perdió la fuerça y no pudo menear la espada, y queriéndole el cavallero ferir otra vez sobre el yelmo, el gigante alçó el escudo y recibió en él el golpe que por el brocal le entró bien un palmo, aunque era fuerte. El cavallero tiró tan rezio por la espada que asida estava del escudo que quebrándole las embraçaduras gelo sacó de la mano metido en la espada. El gigante, viéndose en peligro de muerte, passó la espada a la mano siniestra lo mejor que pudo, mas defensa no le tuvo porque en poca de hora soltando la espada no demandasse merced al cavallero; el cual le dixo que la demandasse a Coroneo que poder tenía para ello.

–A cualquiera –dixo el gigante– la demando y me pongo en su mesura y prisión.

Entonces llegó Coroneo y dixo al cavallero:

–Señor, si vos plaze tomémosle a prisión tanto que nos diga por qué assí nos ha salteado.

Entonces lo tomaron a prisión y ataron las llagas a él y a su compañero, preguntándoles la causa por qué los avían acometido.

–Yo os diré la verdad –dixo el gigante–. Sabed que yo, siendo grande amigo del rey de Tesalia, que un hermoso castillo me ha dado, e sabiendo cómo a la sazón él ha de ser en esta corte sobre una acusación que le es puesta, acordé de me venir delante a tentar si en algo le pudiesse servir metiéndome en este soto por dos cosas: la una por prender al rey si aquí viniese a caça como es acostumbrado, la otra para hazer jurar los cavalleros que por aquí pasassen de no ser contra el rey de Tesalia, antes le dar toda ayuda, y para esto os salí al camino como a otros tengo fecho y vencido, mas pues que mi ventura assí lo quiso, díchovos he la verdad, fazed de mí lo que quisierdes.

–No vos haremos mal ninguno –dixo Coroneo– salvo llevaros presos al rey Alidoro que faga de vós su voluntad.

En gran pavor fue puesto el gigante cuando oyó aquellas nuevas, y bien vio que si piedad no que otra cosa no le podía guarescer la vida, y consolavase teniendo más confianza en la virtud del rey que desconfianza en su maldad.

Agora vos quiere dar el autor razón por qué este rey de Tesalia era acusado en casa del rey Alidoro. Sabed que este reino de Tesalia es sujeto y tributario al reino de Macedonia y obligado de ir a sus cortes y llamamientos y de le pagar ciertas parias y tributos como el reino de Liburnia y el reino de Tracia, que otrosí eran sujetos a Macedonia; y por tanto este rey de Tesalia, que Rión se llamava, fue acusado en presencia del rey Alidoro que a traición avía muerto un cavallero su sobrino llamado Arciles, fijo de su hermano bastardo, duque de Caravia. E assí acusado el rey Rión, el rey Alidoro lo mandó emplazar que pareciesse a plazo cierto a responder al reuto que contra él era puesto. El rey Rión, sintiéndose culpado quanto a Dios en la muerte de aquel cavallero, queriendo quanto al mundo mostrarse sin culpa, confiando en su bondad de armas y en la fortaleza y ferocidad del gigante Grovalaz el Negro, que para la tal batalla y para otra mayor de cuatro cavalleros solo bastava, dixo a los mensajeros del rey que tal cosa no era verdad y que sobre ello entraría en campo o daría quién por él fiziesse la batalla; y assí quedó assentado que dentro de dos meses pareciesse en la corte del rey Alidoro para responder aquel caso. La cual traición, queriendo más con maldades defender el rey Rión que con justicia, lo hizo saber a Tesilao, señor del castillo Brigión, el cual en su ayuda hizo lo que avéis oído, e asimesmo este gigante que salió del soto, que Caurón^{60r} avía nombre, todo para quitar de su estorvo los mejores cavalleros de Macedonia. Mas Dios, que es derecho juez, viendo todas las cosas con la alta providencia de su majestad, no permitió que este rey Rión ni sus cavalleros, pues en maldad fundados eran, que valiessen tanto en las armas que su traición manifiesta no fuesse, como adelante se dirá.

¶ Capítulo xlvj. De cómo Coroneo y el Cavallero de los Cisnes llegaron a Cedrómpolis, do era el rey Alidoro, y del gran plazer que con su venida fue en la corte.

VENCIDO EL GIGANTE y su compañero como avéis oído, los dos cavalleros hizieron sobir al gigante en su cavallo y su cavallero pusieron en un palafrén, que por la pierna quebrada no se podía tener en la silla. Tomándolos delante siguieron la vía de Cedrómpolis, y entrando por la ciudad, aunque mucha gente salió a ver aquella aventura, no ovo tal que conociese a Coroneo porque avía cambiado sus armas en el castillo de Brigión, y dezían todos a una voz: *¡Este es el bienaventurado Cavallero de los Cisnes, que por el mundo es tan nombrado! ¡Bienvenido sea tal hombre!*

Y fablando los cavalleros, tomaron la vía de los palacios y llegaron a sazón que el rey avía acabado de comer y estava hablando con sus altos hombres, que muchos y muy señalados avía en su corte, como aquel que a todos honrava y hazía grandes mercedes. Los dos cavalleros, armados de todas armas, entraron por la sala de su palacio llevando delante de sí el gigante armado de sus armas salvo la cabeça, y avía feroz y brava catadura, y con la sangre avía perdido mucha color y venía tan dessemajado que cuando sus turvios ojos torcía para alguno le ponía gran pavor.

El rey Alidoro, viendo el Cavallero de los Cisnes que por el mundo era tan loado, levantose para lo rescebir. Los dos cavalleros, siendo cerca del rey, quitaron los yelmos y las donzellas gelos tomaron, que los escuderos quedavan con los cavallos a las puertas del palacio. E cuando el rey vido a su hijo Coroneo, con gran plazer alterado dixo:

–¡Santa María valme! ¡Qué veo delante de mis ojos?

Entonces Coroneo, tomando al Cavallero de los Cisnes por la falda del arnés, lo puso delante del rey diziendo:

–Este cavallero, sobre todos los del mundo como aquel que me libró de la cruel prisión en que era, allende de su gran bondad, deve de vós ser muy honrado y presciado.

El rey se fue a él diziendo:

–Buen cavallero, vós seáis muy bienvenido a esta tierra como aquel que con su venida tanto plazer avrá esta corte.

El cavallero le quiso besar las manos, mas el rey las tiró contra sí haziéndole muy grande honra, y llegó luego Coroneo y fincose de rodillas para besar las manos al rey su padre, y él lo levantó suso y besolo en el carrillo. Entonces Coroneo puso delante del rey el gigante, diziéndole la causa de la batalla que con él avían passado. Y el rey fue muy alegre de la victoria y muy espantado de la maldad del gigante, y mandolo poner en prisión en guarda de cinco cavalleros de fiança, mandándolo curar a él y a su cavallero y servir con diligencia hasta que fuessen juzgados a la pena que mereciessen. El rey, tomando los dos cavalleros, se bolvió a su assiento haziendo los cavalleros sentar cabe sí, y luego Coroneo se levantó y dixo la traición con que avía sido preso por Tesilao en el ^{60v} castillo de Brigión, e cómo el Cavallero de los Cisnes avía muerto a Tesilao y librado assí a él como a otros nueve cavalleros de la prisión, contando la causa por qué Tesilao hazía aquella traición. Mucho fue maravillado el rey de la gran bondad del cavallero de assí le aver muerto, que era de los dudados cavalleros que avía en el mundo, y de aver assimesmo vencido aquel tan espantable y dessemajado gigante, y con ello era tan alegre que más ser no podía, y de sí dixo al cavallero:

–Buen amigo, Dios me dé poder que yo pueda galardonar tantas buenas obras como me avéis hecho, y creed que el poder d'ello mas no la voluntad puede faltar sino fuere cuanto vós merecéis será cuanto en mí fuere.

–Señor, la fama y virtud de vuestras reales maneras y bondad me han traído de lexos tierra a vos servir en cuanto en mí fuere, y por vassallo vuestro me podéis contar, que yo por tal me tengo para complir vuestro mandado.

El rey gelo agradesció mucho. Entonces Coroneo demandó licencia al rey su padre para ver la reina su madre con su compañero.

–Hijo –dixo el rey–, la licencia vós la tenéis.

Luego Coroneo tomó al Cavallero de los Cisnes y se fue al aposentamiento de la reina su madre, y el rey quedó hablando en las proezas y hermosura del cavallero. Los dos cavalleros, entrados en el aposentamiento de la reina, la hallaron acompañada de muchas dueñas y donzellas, poniendo otrosí Coroneo al cavallero delante de la reina, el cual se hincó con mucho acatamiento por le besar las manos. La reina las tiró contra sí y lo rescibió como tal señor y cavallero de tal valor aunque estraño hazer devía. Y luego Coroneo llegó a besar las manos y ella lo tuvo abraçado muy grande rato besándolo muchas vezes en el carrillo con aquel amor que madre a hijo devía, endemás aviendo salido de tal peligro como de la preso de Tesilao, y assí cuanto avía sido triste con su partida tanto era alegre con su tornada. Entonces la reina tomó consigo los dos cavalleros y los hizo sentar en el estrado, y el cavallero alzó los ojos por aquel rico aposentamiento y vio tantas dueñas y donzellas y tan ataviadas que era maravilla. E dixo en su coraçón que la reina avía la mejor compañía que hasta allí avía visto. Y estando assí, llegó una donzella de poca edad y alzó una antepuerta a la mano siniestra. El cavallero, parando mientes, vio salir diez donzellas ricamente ataviadas y delante d'ellas una de poca edad, la más hermosa que nunca avía visto: ésta era Elena, la hija del rey, la más fermosa donzella de todo el mundo. Vestía ricos paños de oro y flores de plata por ellos muy sotilmente hechas, y sobre sus hermosos cabellos un prendedero rico de muchas perlas. Mas aunque tan ricos eran los atavíos, delante de la su natural hermosura todo era como nada, que no avía quién la viesse que no quedasse espantado de su estrañeza y no juzgasse ser ella la que en el mundo en beldad par no avía, y assí lo juzgo en su coraçón el cavallero que ni en la corte del emperador su padre ni por las tierras por donde anduviera nunca viera donzella que a ésta en fermosura se igualasse.

Coroneo, tanto que vido a su hermana, tomando al cavallero consigo, fue a rescebir aquella hermosa Elena, delante la cual todas las hermosas del mundo parecían feas. Coroneo puso delante al cavallero de su hermana diziendo:

–Señora, si alegre sois de mi venida, después de Dios a este cavallero lo devéis de agradecer, que él me libró del poder de Tesilao y honradlo, señora hermana, como al mejor cavallero que en el mundo loriga viste ni ciñe espada.

Elena, con aquellas sus fermosas y delicadas manos, poniéndolas sobre los braços del cavallero, lo rescibió con aquella onestidad que a tal cavallero convenía diziendo:

–Plegá a Dios, cavallero, que los trabajos y afrentas que por nos dar plazer avéis sofrido, que Dios vos lo quiera tornar en alegría como vuestro gran valor meresce y nuestro desseo lo querría.

–Buena señora –dixo él–, si los desseos que yo tengo de servir al rey vuestro padre y a sus cosas oviesse puesto en execución, yo me avría por más bienandante en servir que él

por contento en ser servido. Mas comoquiera que sea buena señora como a vassallo del rey vuestro padre me ^{61r} podéis mandar en que vos sirva, que hasta la muerte no cessaré de complir vuestro mandado.

–Dios vos lo agradezca, buen cavallero –dixo ella.

A esta hora llegó Coroneo y abraçó a su hermana con tanto amor como si oviera grandes tiempos que no se vieran, y eran los dos hermanos que más estremadamente se amavan. Y luego los dos cavalleros tomaron entre sí a aquella hermosa infanta y la truxeron al estrado de la reina su madre, la cual la hizo sentar cabe sí y mandó a dos sus donzellas que llevassen a los cavalleros al aposentamiento de la huerta, que era el más hermoso y deleitoso que en el mundo se podía hallar, assí de las ricas casas que avía como por las hermosas fuentes de agua y estanques y estraños árboles de la huerta.

Los cavalleros, siendo guiados por las donzellas, se desarmaron cada uno en su rica cámara. El cavallero vestió los hermosos y ricos paños que la donzella Luciana le avía dado, y se bolvió con Coroneo adonde la reina y su hija los atendían, con tal compañía de dueñas y donzellas que los ojos cansavan de ver su atavío y hermosura. Mas dígoos del cavallero que cuando en aquellos ricos paños llegó en presencia de la reina y su fija, que assí la una como la otra fueron muy espantadas, que aunque lo avían visto, como entonces traía el rostro lleno de polvo y sudor de las armas no se le parecía la mitad de su hermosura, la que aquellos hermosos paños mucho le acrecentavan. La reina hizo otra vez sentar a los cavalleros en el estrado y hizo poner las mesas rogando a los cavalleros que quisiessen ser sus combidados. Ellos lo otorgaron, como aquellos que no se afrentavan en se hallar entre mujeres, y fueron servidos altamente conforme a su valor. A esta sazón el Cavallero de los Cisnes, viendo la estraña beldad de Elena, y ella otrosí, viendo su hermosura y bondad en armas, que en aquel punto que se vieron se causó que el uno y el otro fueron feridos de fuerte y crudo amor que tanto les enlazó los coraçones y captivó las libertades que en cuanto vinieron la tal cadena nunca fue desfecha, mas en mayor grado acrecentada; de manera que aquella noble y hermosa infanta, que hasta allí no sabía qué cosa era amor, fue tan ahincada de la nueva llaga amorosa que en aquel punto perdió su libertad y alegría. Pues del cavallero vos digo que aunque su libre coraçón más fuesse otorgado a seguir las armas, poniendo su esfuerço en las más bravas y espantables batallas del mundo, no amando a ninguna donzella estremadamente salvo a todas en general, a aquella hora que vio la estremada hermosura de aquella infanta fue tan captivo de su querer que la tal prisión de amor le turó todo el tiempo de su vida. Y la mayor gloria que su ambulado coraçón tenía era la muy grande estrañeza y beldad de su señora.

Elena, como donzella no menos hermosa que discreta, cubriendo aquella muy ardiente llaga con la cobertura de discreción, retraía sus graciosos ojos donde el amor su vista le esforçava, porque de ella no se pudiesse tomar alguna sospecha.

El Cavallero de los Cisnes, aunque era de grande valor, viendo que delante el merescimiento de aquella infanta era como nada, encubriendo con mucha discreción el ardiente fuego que le abrasava, hizo de manera que ninguno de sus palabras ni mirar pudiesse tomar ninguna sospecha del grande dolor de su coraçón.

Las mesas, siendo alçadas, Coroneo, tomando consigo al Cavallero de los Cisnes, se despidió de la reina su madre y de su amada hermana Elena no con poca tristeza de los nuevos amantes, que el propio deleite de sus voluntades fuera no se apartar el uno del otro

un solo momento. E así quedando el uno con la cuita y el otro no menos la padeciendo, los dos cavalleros se fueron. El rey y la reina y su hija quedaron mucho hablando en la bondad y hermosura del Cavallero de los Cisnes. La reina hizo luego llamar sus doncellas, preguntándoles largamente de su hazienda, y ellas dixeron las grandes proezas que ^{61v} avía fecho desde el tiempo que le aguardavan, no le diziendo más de su nombre y fazienda excusándose que le era vedado, de lo que la reina y sus donzellas fueran muy espantadas, y por las cosas presentes que él hizo en Macedonia juzgaron las passadas por verdaderas como las donzellas les avían dicho, loándolo la reina delante de sus donzellas altamente, diziendo que siendo ella donzella como otras que más amaría al Cavallero de los Cisnes por su bondad que a ningún príncipe ni alto hombre por su riqueza y señorío. Lo que oyendo Elena le crecía más el amor, de manera que no le afloxando aquella nueva pasión, más turbada que con reposo se despidió de la reina su madre y se fue a su aposentamiento puesta en aquel cruel apretamiento que el amor a las tiernas donzellas poner suele, lidiando con la cuita de su corazón, no perdiendo de sus mientes el gran valor y hermosura del cavallero que su cuita le causava. Y el cavallero, no sintiendo menos cuita en su corazón, retraído en su aposentamiento, se comenzó a quejar de su ventura con muchas lágrimas diziendo:

–¡Ó captivo cavallero sin ventura! ¿Quién puso en tu alegre corazón tal tristeza? ¿Quién hizo tu libertad tan subjeta? Tu vano pensamiento de amar a tal señora te pondrá muchas vezes en la muerte, mas cuantas ellas fueren bien empleado será en tan alto lugar.

E así estava entre sí razonando este noble cavallero, que cuanto hasta allí avía sido apartado de la cuita de amor tanto era metido en su cadena que si la muerte no otra cosa no esperaba por remedio de su mal.

¶ Capítulo xlvij. De cómo el rey Rión con gran compañía llegó a Cedrópolis, y cómo fue concertada la batalla entre él y el gigante Grovalaz y Coroneo y el Cavallero de los Cisnes.

ESTANDO UN DÍA el rey Alidoro hablando con sus cavalleros, llegó a su palacio el rey de Tesalia con razonable compañía, y fue delante el rey y le dixo:

–Señor, vós me mandastes emplazar que pareciesse dentro de cierto plazo en vuestra corte, el cual de aquí a dos días se cumple, por lo que de mí vos dixeron que fue grande mentira, y d'ello me salvaré como a vós, mi señor, os pareciere.

El rey Alidoro lo rescibió como era guisado diziendo:

–Mañana serán juntas las partes y entonces oiremos la acusación y haremos lo que fallaremos ser justicia.

E así quedó aquel reuto para el otro día. E luego las nuevas sonaron en el palacio de la reina donde estava Astidineda, la donzella hermana del cavallero que el rey Rión avía muerto, la cual oyendo que él traía esquivas gente para sostener su traición y que en casa del rey Alidoro no avía cavallero que por ella quisiesse hazer la batalla, tanto era dudado el rey Rión y temido por su bondad y el gigante por su braveza, de manera que la donzella, no viendo quién demandasse la muerte de su hermano, comenzó a llorar muy agramente. La reina le aconsejó que para aquella batalla rogasse al Cavallero de los Cisnes, que según

su bondad a duda se hallaría quién mejor la hiziesse. Con la cual, consolada la doncella, se fue al aposentamiento del cavallero y con muchas lágrimas le contó su desventura por la muerte de aquel hermano que tanto amava y por su valor de todo el mundo era querido. El cavallero, aviendo gran piedad de la donzella, le dixo:

–Buena señora, si assí es verdad como lo dezís, yo tomaré ^{62r} por vós la batalla muy de grado, tanto que sea certificado de la verdad.

Entonces ella, como fiel donzella, le juró que assí era, que de una donzella que avía sido a su muerte presente lo sabía.

–Pues yo acepto la batalla por vuestra parte –dixo el cavallero.

Con que la donzella se bolvió muy alegre y consolada para la reina.

Al otro día, estando el rey en una sala muy acompañado de altos hombres, llegó delante d'él el rey Rión de Tesalia y con él un gigante de mediana edad de tan crescido cuerpo que no avía ende cavallero que el mayor no fuesse un grande codo; avía brava y fea catadura, los ojos espantables y bermejios, la barba crescida, que gran parte de los pechos le cobría; vestía un ancho pelote de talle muy estraño, y sobre él un capapiel que lo más del cuerpo le cobría, y de su feroz vista vos digo que no ovo tal que d'él no oviesse pavor, endemás siendo donzella. E allegado assí el rey Rión a do estava el rey Alidoro, dixo:

–Yo soy acusado en vuestra corte a gran aleve, vengan aquí los acusadores que yo los quiero desdezir y gelo provar en campo de mi persona a la suya, o dando quién por mí haga la batalla.

E diziendo esto el rey Rión, aunque muchos cavalleros ende eran del rey Alidoro, no ovo tal que se osasse ofrecer a la batalla. Lo que viendo el Cavallero de los Cisnes se levantó en pie con tal presencia que verdadero testigo era de su bondad y dixo:

–Cuanto a lo que vós, rey Rión, dezís que no avéis muerto ni sois culpado en la muerte de Arciles, yo digo por el contrario, queriendo responder por las donzellas que vos acusan, que le avéis muerto malamente según el estilo de cavallería, y que por ende el rey Alidoro deve castigar vuestro aleve porque los otros de vuestra pena tomen exemplo y castigo.

El gigante, que muy sobervio y acelerado era en sus cosas, aviendo grande saña de lo que el cavallero avía dicho, le respondió como gigante tan follón responder devía, diziendo al cavallero:

–¡Captiva cosa, sandiamente has respondido como aquel que estás en parte que no puedo de ti tomar castigo según la saña que te tengo!

Y esto dezía el gigante con una boz ronca y muy medrosa. El rey tendió su vara que callassen. Entonces fizo delante de sí venir la donzella Astidineda preguntándole si consentía en lo que el cavallero avía dicho por su parte. Ella dixo que si su poder era necessario que ella lo otorgava al cavallero. E luego el cavallero se levantó otra vez y dixo que él mantendría en campo y provaría la razón de las donzellas. El rey Rión respondió que no dezía verdad y que él daría quién con él hiziesse la batalla y lo hiziesse desdezir de su mentira. Y en diziendo esto, Coroneo, que hasta allí avía callado, se levantó con saña y fue delante del rey de Tesalia diziendo:

–No vos cale, rey Rión, negar la traición que a Arciles mi primo avéis hecho matándole sin vos hazer ni dezir. Por lo cual su muerte fue aleve y vós por ello sois alevo, ¡y assí os lo provaré en el campo si comigo vos osáis combatir!

–Tal cosa no es verdad –dixo el rey Rión–, ca yo no he fecho aleve y assí vos lo provaré con las armas.

El gigante, que de las palabras avía gran saña, dixo una boz alta que todos lo oyeron:

–Para se saber que el rey Rión es quito de la culpa que le ponen yo quiero aver batalla con tres cavalleros que lo contrario dixeren y los haré desdezir de su mentira, que el rey Rión es bueno y leal y los que lo acusan falsos y traidores.

–Gigante, los que acusan al rey Rión –dixo el Cavallero de los Cisnes– tienen toda lealtad sin punta de traición, y assí te lo provaré con las armas en el campo y sea cuando quisieres. Ves aquí mi gaje.

Y tendió luego su lúa contra el rey y el gigante otrosí la suya, y el rey de Tesalia quitó un muy rico anillo de su dedo y Coroneo una daga que traía y lo dieron todo al rey por gajes de la batalla. Y el rey los tomó y assen<r>[t]ó el plazo d’ella para otro día a hora de prima. Mas dígovos que no avía tal cavallero en la corte que no fuesse triste, que verdaderamente creían que de los cavalleros aquella sería la postrera aventura de sus vidas, diziendo que el rey Rión era de tan alto hecho de armas que para ellos solo bastava, quanto más ^{62v} trayendo consigo a aquel espantable gigante que para diez cavalleros era bastante. La batalla, quedando assentada para el otro día, los cavalleros fueron a aparejar sus armas, que mucho menester les era según los duros enemigos avía de cada parte.

Aquel día en la noche, el rey hizo llamar a su hijo Coroneo diziéndole que, pues avía aceptado la batalla, que adereçasse bien sus armas, de guisa que por falta d’ellas ni de esfuerço antes perdiessse la vida que un punto de la honra. La reina y su hija eran muy tristes por ver a Coroneo puesto en tan peligrosa batalla, mas mucho las consolavan las donzellas del Cavallero de los Cisnes. Aquella noche se passó en los cavalleros adereçar sus armas y tomaron un poco de reposo atendiendo la venida del otro día. La cual llegada, la reina y su hija con sus dueñas y donzellas se fueron al aposentamiento de los cavalleros y los hallaron guisados de se armar. La reina mandó a su hija que ayudasse a armar al Cavallero de los Cisnes, lo que ella cumplió y tanto con alegría como turbación llegando a aquel que tanto amava, con sus fermosas y blancas manos le ayudó a vestir la rica sobreseñal de la loriga, que Coroneo para aquella batalla le avía dado, y gela abrochó con cuerdas de seda en ojales, y el cavallero, viendo aquella hermosa infanta y que no estava ende cerca quién los oyesse, le dixo muy passo:

–¡Ay, buena señora, que más me devíades armar el corazón de alguna armadura de consuelo y alegría que el cuerpo de las armas fuertes de azero, que por más brava batalla que esta sea que atiengo muy más esquiva y peligrosa es la que mi corazón desarmado de todo plazer y esperança tiene emplazada con las mortales cuitas y angustias que por vuestra causa padece!

La infanta fue muy turbada con las palabras que el cavallero le avía dicho, de manera que de turbación no le supo responder, mostrándose de su habla ni alegre ni quexosa. E luego llegó la reina su madre con Astidineda la donzella y Coroneo armado de todas armas, y ayudaron a enlazar el yelmo al cavallero, que no menos estava alterado de aver dicho aquellas palabras a su señora que ella turbada de las oír, mas su alteración fue de mucha alegría en aver assí aclarado a la infanta la secreta cuita de su corazón.

¶ Capítulo xlviii. De cómo Coroneo y el Cavallero de los Cisnes ovieron batalla con el rey Rión de Tesalia y el gigante Grovalaz el Negro.

SIENDO HORA DE prima, los cavalleros, por no faltar de la hora y plazo de la batalla, armados los unos y los otros, entraron en la plaça que para las lides semejantes limitada era, los unos por una parte y los otros por la otra, cada uno d'ellos se puso a su lugar. El gigante venía sobre un fuerte cavallo pardo armado de unas fuertes armas a maravilla, el escudo grande y fuerte que las orlas avía de azero, el campo azul claro y cocodrillos menudos por él figurados con oro. El rey de Tesalia armado de unas armas nuevas fechas a sabiendas para la tal batalla, y el escudo avía raso negro sin figura ninguna y la cima de su batalla semejante fue a la color de su escudo. Coroneo vestía blanca y gruessa loriga, y la sobreseñal de cárdeno muy fino y el escudo avía partido en tres colores: la una era blanca y lobos negros menudos en ella, e la otra de leonado cubierta toda de flores de plata; la otra era dorada ^{63r} y ondas de mar azul por ella, y assí que iva muy hermoso y devisado. El Cavallero de los Cisnes no mudó las suyas.

Estando assí todos a una y a otra parte atendiendo el son de la trompa, a las finiestras del palacio, donde todo el campo se parecía, estava la fermosa Elena con la reina su madre y muchas dueñas y donzellas, rogando a Dios que diesse esfuerço y ayuda contra aquellos sus enemigos. El Cavallero de los Cisnes alçó los ojos suso al palacio y cuando vido tantas dueñas y doncellas y a su señora resplandesciendo entre ellas, el coraçón se le alegró en la tener delante en tal afrenta porque con su vista ganava grande esfuerço y sospiró en su coraçón diziendo:

–¡Ay, señora Elena, vós sois la que en el mundo no tenéis par!, acorred a este cavallero vuestro dándole algún esfuerço contra tan crudo enemigo como delante tiene. ¡Ó, mi señora, que vuestra vista da a mi coraçó[n] tanto ardimiento para esta batalla quanto por otra vía le acarrea dolorosa cuita!

E diziendo esto tomó consigo tanto esfuerço que no temía a su enemigo. Y luego los juezes sonaron la trompa, los cavalleros movieron los unos contra los otros al más ir de sus cavallos y llegaron de guisa a encontrar en que en los encuentros mostraron la brava saña de sus coraçones. Coroneo se encontró con el rey Rión tan fuertemente sobre los escudos que las lanças fueron en pieças y passó el uno por el otro hermoso cavalgante. El Cavallero de los Cisnes, apretando bien la lança so el braço, encontró tan bravamente al gigante por el brocal del escudo que de la gran fuerça quebró las lañas de las fojas de azero que traía, y falsándole otrosí la loriga le metió el hierro de la lança por los pechos. El gigante le encontró en mitad del escudo tan bravamente que, aunque su bondad grande era, gelo ovo de falsar y la manga de la loriga con el braço y el troço de la lança le salió a la otra parte, que la fineza y bondad del hierro de la lança del gigante ninguna arma la podría sostener, y topándose de los cuerpos y cavallos cada uno cayó a su parte, tal caída que más menester los fuera el reposo que el afán, mas como aquellos que de gran biveza eran, fueron luego levantados y pusieron mano a sus espadas y fueronse a ferir tan crudamente que no avía hombre que d'ello no cobrase pavor; sus golpes eran tan fuertes y tan espesos que centellas vivas de los yelmos y espadas fazían salir y semejavan arder en fuegos. Coroneo y el rey Rión se combatían de las espadas con tanta braveza que pocos avía que

mejor lo fiziessen como aquellos que eran de gran bondad. El rey y la reina y sus donzellas eran espantados de la cruel batalla de sus cavalleros. Elena era puesta en grande cuita por su hermano que vía en aventura de la muerte, y por el cavallero que en todo desseava ver bienandante, según el nuevo amor le constreñía.

Pues tornando a la batalla, los cuatro cavalleros, continuando en su braveza, <que> las lorigas avían rotas por muchas partes y muchas rajadas de los escudos por el campo. E no avía aí tal que no oviese menester reposo, mas la gran saña los no dexava holgar punto.

A esta hora el gigante, con su cuchillo grande cortador, hirió al Cavallero de los Cisnes sobre su ardiente yelmo, que en mayores llamas lo encendió, de guisa que de verdad parecía que se le ardía la cabeça, y aunque su bondad venció la fuerça del gigante, y la fineza de su cuchillo no resistió que no fuesse el cavallero atormentado del gran golpe y el yelmo todo abollado con el gran dolor de la carne. Mas no tardó el cavallero en le dar el pago, que, como avía la mejor espada del mundo junto con su fortaleza, firió al gigante sobre el yelmo tan cruelmente que gran pieça d'él con parte de la carne le echó a tierra, y descendiendo la espada al escudo de los cocodrillos le llevó hasta abaxo una grande raja. El gigante, aunque mucho sintió el golpe, no por esso perdió el esfuerço, que con más braveza se tornaron a ferir.

A esta hora, Coroneo y el rey Rión, aviéndose fecho mucho mal, que los yelmos eran rotos y los escudos en los braços, y los cavallos tanto lassos y cansados que no los podían traer, y llegándose el rey Rión desapoderadamente a Coroneo, echó en él sus fuertes braços^{63v} y Coroneo otrosí en él soltando las espadas colgar de las cadenas. Como el rey Rión de mayores fuerças fuesse y la perfeta edad y luengo uso de las armas las tenía esperimentadas y apretando muy rezio a Coroneo, y Coroneo otrosí a él, que de muy grande ardimiento era, firiendo rezio a los cavallos, se arrincaron de las sillas y fueron ambos a tierra, mas Coroneo ovo lo peor, que fue debaxo y el rey Rión punava de le llegar a muerte, lo cual era mortal dolor al rey y a la reina y a su hija, que por no ver aquella muerte se quitaron de las ventanas. El Cavallero de los Cisnes, viendo su compañero en tal peligro, no queriendo que su señora tal enojo rescibiesse, despidiéndose ligeramente del gigante fue contra el rey Rión, que de muy pesados golpes hería a Coroneo no le dando vagar que se levantasse, que de la caída era quebrantado y atordido de los golpes. En llegando el cavallero, firió con tanta saña al rey Rión sobre el yelmo que las manos ambas le hizo poner en tierra y la espada le metió por el yelmo y la carne fasta el huesso. Coroneo, como se vio desaliviado de los bravos y espessos golpes, levantose muy presto como aquel que salía de la muerte que su enemigo le procurava y con corazón airado y sañado por se vengar se fue a ferir con el rey Rión su enemigo. Entonces llegó el gigante, que con la pesadumbre de las armas no andava tan ligero como su enemigo, y començaronse a herir como si todo el día no ovieran dado golpe. E lo que mucho valía al cavallero era la mucha ligereza, que los más de los golpes le hazía perder, aunque el gigante era gran feridor de espada y como aquel que avía veinte y cinco años que usava el tal menester. Y assí en esta priessa anduvieron dándose mortales y esquivos golpes hasta hora de sesta, que de cansados a mal de su grado se arredraron los unos de los otros por tomar aliento, mas dígovos del rey Rión que tan cargado era <que> del golpe que le dio el Cavallero de los Cisnes en la cabeça, <de> que perdiendo mucha sangre perdió gran parte de su fuerça, y aviendo otrosí muchas llagas no estava tan fiero ni sobervio como de antes.

Y después que un poco descansaron, el Cavallero de los Cisnes, no le asegurando el coraçón, determinando antes de morir que dexar de hazer lo que devía, cubierto de su escudo se fue contra el gigante, que aparejado estava para lo rescebir, y començaron de nuevo su batalla. Coroneo y el rey Rión otrosí la suya, aunque turó muy poco, porque tan cargado fue el rey del gran golpe del cavallero, aviendo otrosí grandes llagas y peligrosas que Coroneo le avía hecho, desvanescido de la cabeça por la mucha sangre que le saliera se le cayó la espada de la mano y él fue a tierra sin sentido. Y queriendo Coroneo herir al gigante, [el] cavallero se le paró delante diziendo:

–Plégaos, señor, de me dexar mi batalla fasta el cabo, pues la vuestra ya ovo cima.

Coroneo se tiró afuera saliéndole mucha sangre de sus llagas, y el cavallero tornó a su batalla; y a aquella sazón el gigante, pensando ser muerto el rey Rión, andava más bravo que en todo el día, y fue contra el cavallero y lo firió cruelmente sobre el yelmo en soslayo, de guisa que descendiendo la espada al ombro siniestro le cortó la loriga y la carne hasta los huessos, de guisa que el cavallero no podía menear ligeramente el escudo y fue muy sentido del golpe, y soltando el escudo fue como león sañudo contra el gigante y lo firió tan duramente sobre el poco del escudo que traía que gelo hendió hasta las embraçaduras y la mitad de la mano le echó a tierra. El gigante le quiso herir con otro mortal golpe, mas él se salvó con mucha ligereza y antes que le tornasse a ferir otra vez lo hirió a derecho sobre el yelmo, que la fineza de su espada entró por él bien tres dedos, mas por ello no avía así tal que no llorasse la muerte del cavallero pensando no salir con vida de la tal batalla viéndole llagado y sin escudo y delante de tal enemigo, lo cual era mortal dolor a su señora, que si contenta era de su hermosura mucho más era pagada de su bondad. Mas el Cavallero de los Cisnes, que no tanto la muerte como la honra temía, se aquexó mucho por dar fin a aquella batalla y el gigante, que muchas llagas y mortales avía, allegándose ^{64r} la hora de la muerte, con gran ravia fue contra el cavallero pensando con aquel golpe dar fin a su vida, y alçando el cuchillo por le ferir de toda fuerça, el cavallero se guardó del golpe y la espada entró por el suelo duro hasta el medio. El cavallero fue sobre el gigante y lo firió de toda su fuerça que las armas le cortó y gran parte de una ijada, y viéndose junto con él le puso las manos en las espaldas como estava baxo por arrancar el cuchillo y lo puxo tan rezio que cayó de pechos a la otra parte dándole bravos y esquivos golpes, y alçándole la falda del arnés, el cavallero le metió la espada por el cuerpo y el gigante se estendió con la cuita de la muerte. E parando el cavallero mientes vio que Coroneo avía quitado el yelmo al rey Rión y le dezía a grandes bozes que confesasse su traición que muerto era. Y el rey Rión, viendo aquel enemigo señor de su vida, por la salvar y por ello así ser, dixo que confessava ser verdad la acusación que le era puesta, pidiendo piedad fasta que oviesse consejo de su alma y que el rey Alidoro fiziesse d'él su voluntad, lo cual oyendo los juezes lo pusieron por escripto y fizieron apregonar la vitoria al son de las trompas, con gran lástima del rey Rión y plazer del rey Alidoro y de toda su corte.

A esta hora el rey Alidoro se abaxó con sus altos hombres a la plaça do los cavalleros eran tan mal llagados, que más temor avían de su muerte que certidumbre ni esperança de sus vidas. El rey mandó al conde de Bergán, cavallero muy presciado en su casa, <mandó> que llevasse preso al rey Rión a su aposentamiento y lo fiziesse curar y toviessse en su guarda fasta su mandado. El Cavallero de los Cisnes, metiendo su espada en la vaina, tomando su escudo del campo y echando el tiracol al cuello y él a las espaldas, se vino para

el rey Alidoro, el cual lo rescibió con mucho amor. La reina y su hija y todas sus doncellas, aviendo gran compassión de los cavalleros, mayormente del Cavallero de los Cisnes, que con el bravo gigante se combatiera librando de la muerte a Coroneo, que con verdad se puede afirmar que, si d'él no fuera socorrido cuando el rey Rión lo tenía en el suelo, su vida estava en el postrero filo de la muerte.

Pues a aquella hora, el rey, tomando consigo los cavalleros, sacándolos del campo con tal honra y vencimiento, yendo a los palacios, hallaron la reina que con todas sus dueñas y donzellas los atendía, no aviendo menos compassión del cavallero que de su hijo. Pues de Elena vos digo que aquí en esta batalla fue el segundo ñudo de sus amores, que viendo ella su gran prez de armas, según en aquella terrible batalla avía mostrado, era su coraçón otorgado a le amar en la mayor perfición y grandeza que ser pudiesse.

El rey, llevando por la mano al cavallero, y la reina y su hija a Coroneo, guiaron al hermoso aposentamiento de la huerta donde en sendas ricas camas fueron desarmados y curados de sus grandes y peligrosas llagas, y acostados en sus lechos fueron servidos como era costumbre en tal casa a tales hombres.

¶ Capítulo xlix. De cómo el cavallero estraño, siendo llagado en casa del rey de Macedonia, era muy a menudo visitado del rey y de la reina y de su hija.

QUEDANDO EL CAVALLERO acostado en su lecho, siendo para sus llagas muy necessario el reposado sueño, el rey y la reina y su hija se salieron de su aposentamiento, siendo otrosí curado de sus llagas su hijo Coroneo, sabiendo de los maestros que las llagas, aunque grandes, no ^{64v} eran de peligro. El rey y la reina eran en sí muy alegres por la honra de la batalla que en su corte se seguía por la bondad que su hijo avía mostrado en la batalla. Mas Elena era en sí muy cuitada, que el ardiente amor la ponía en grande cuita viendo aquel cavallero en tantas partes llagado y maltrecho, de guisa que si el nuevo amante estava con gran dolor de sus llagas, que la nueva amada no menos sentía la grandeza de sus cuidados y sospiros.

Al otro día, el rey Alidoro fue a ver al Cavallero de los Cisnes y lo halló maltrecho de sus llagas, y viendo que, según era mal llagado, pocas hablas le convenían, despedido del cavallero se fue para su hijo Coroneo. Aquel día en la tarde, siendo el cavallero algo aliviado del dolor y hinchazón de sus llagas con cierto unguente que sus donzellas le pusieron, la reina y su hija, después que ovieron visitado a su hijo Coroneo, se fueron al aposentamiento del cavallero. El cual, aunque mucho atormentado fuesse de las llagas, viendo entrar aquella luziente estrella, luego los ojos del coraçón que cerrados tenía se abrieron con alegría para contemplar la estraña hermosura de aquella que la libertad de su coraçón robado avía. La reina y su hija, después que salvaron al cavallero, se sentaron delante de su cama preguntándole con mucho amor por la disposición de sus llagas, el cual les respondió no menos con acatamiento que con alteración, viéndose puesto delante de aquella hermosa infanta que de le otorgar la vida o la muerte entero poder avía, no se atreviendo el que su bondad tanto valiesse que de su señora no solamente fuesse rescebida mas mirada. E con esta des-

confianza, como suele ser costumbre de aquellos que estremadamente se aman, avía en sí tal cuita que muy más al corazón que las llagas al cuerpo le atormentaban.

Elena no podía quitar sus ojos de la vista del cavallero, que la cabeça avía embuelta en un paño, que era magullada en muchas partes, que aunque el cuchillo del gigante no cortava el yelmo por su bondad, no por esso se escusava que las carnes no lazassen y fuesen magulladas; e aunque el cavallero avía el rostro amarillo, algún tanto de la sangre que perdiera, considerando Elena que aquella descolor del cuerpo le colorava la honra con fama y loor y nombradía, le parecía a aquella sazón muy más hermoso que en otro tiempo, y, viendo el amor que con ojos amorosos se miravan, no hazía otra cosa salvo enlazar los sus quererres y voluntades, y tanto crecía su dulce y sabroso brevaje que ambos lo sentían en el gusto de sus corazones. Mas el cavallero, preponiendo la discreción a la voluntad, apremiando al apetito con el sofrimiento, no osava alçar los ojos a la infanta porque la reina de su mirar no prendiesse alguna sospecha, rescibiendo tanta alegría viendo su estraña gentileza que el gran dolor de las llagas no sentía.

Estando assí traspuesto el cavallero de sus sentidos, conociendo su libertad forçada, desapoderado de las fuerças del alvedrío sin que estorvar lo pudiesse, se le salió del corazón un tal suspiro que bien parecía salir de triste y cativo lugar. El cavallero fue muy cuitado por ello, pensando que la reina en alguna manera podría aver sospecha de su pena y rastro de su pasión, mas como ella muy alexada estava de tal pensamiento, pensó que el gran dolor de las llagas le avía hecho tristemente suspirar, y, aviendo compassión de su pena, se llegó a él diziendo:

–Buen amigo, ¿cuál llaga vos aquexa tan fuertemente que assí vos ha fecho suspirar?, que en verdad me movió a piedad poniéndome en tristeza por vuestra pena y en mucho desseo de vuestra salud por vuestra bondad.

–Buena señora –dixo él–, no he llaga aunque fuerte que assí me haga suspirar, mas lo ha causado el gran dolor del corazón que sintiendo en sí mortal pasión se desmaya.

En diziendo esto le tomó tal desmayo que fue fuera de su sentido. La reina le tomó la cabeça entre sus manos, las donzellas del cavallero le echavan agua por su rostro, diziendo a la reina que mucho se cuitava por su desmayo.

–Buena señora, la tal novedad ni es peligro ni es espanto porque como aún tenga la cabeça atormentada de los grandes y esquivos golpes del jayán, con su desvanescimiento y con el mucho hablar se le aflijó el ^{65r} corazón de manera que se causó el desmayo.

La reina le dixo:

–Vós avéis dicho hermosa razón, ca nos hemos sido causadoras de su desmayo.

Y aquella hora, si el corazón de Elena verse pudiera más muerto que vivo lo hallaran, tanto fue cuitada por el desmayo del cavallero, ca bien sabía ella que más lo causaran los rayos de su vista que el amor le encendieron, que los bravos y pesados golpes del jayán que avía sofrido, y assí no tuvo color en sus fermosos carrillos ni plazer en su semblante hasta que el cavallero fue en su acuerdo, assaz turbado de tal acontecimiento. Mas no se sospechó cosa porque lo semejante a los llagados acontecer suele.

La reina, que vio al cavallero tornado en su acuerdo, por no dar causa a otro desmayo, se despidió d'él mostrándose no menos con pena de su mal que con gana y desseo de su salud diziendo:

– Buen amigo, porque el mal de Coroneo me impide que no seáis de mí visitado como querría, Elena mi hija vos visitará de aquí adelante, que yo así se lo mando.

El cavallero le rendió las gracias que tan alta y señalada merced para su triste y atribulado corazón merecía.

¶ Capítulo I. De cómo la infanta Elena embió un rico y hermoso anillo al Cavallero de los Cisnes, y de la respuesta que él le dio.

CUANDO LA INFANTA Elena fue en su aposentamiento pensando en el cavallero, que tan atormentado quedava del corazón, queriendo que por ella en algo fuesse remediado de su pena, acordó de le embiar un anillo con una piedra de tal virtud que mucho valía a los apasionados del corazón; y así, fundada más en honestidad que en otra alguna pasión, llamó aparte a una donzella de alta guisa hija del duque de Calindoca llamada Petronia, que su camarera mayor era y la que ella más amava y hazía mayor fiança por la mucha lealtad que en ella conoscía, y tomándola por la mano se fue a una finiestra de su cámara diziéndole:

– Buena amiga, tanta lástima ove del dolor de aquel cavallero, según avéis visto, que no puede perder el mi corazón el desseo de su remedio, porque en otra manera para conmigo aunque no fuesse sabido en otras partes más me avría por cruel y de mala criança que por piadosa ni mesurada, porque he pensado de le embiar mi anillo que tiene la propria virtud que conviene para su dolor, por lo que yo os ruego que de mi parte gelo llevéis y digáis que mucho le remediara los desmayos del corazón y lo que más cumpliere a su salud, que no solamente lo procuraré, mas haré a todo mi poder por su valor y por ser obligación que le devemos por las buenas obras que su venida a esta tierra nos ha dado.

Petronia, no le pareciendo cosa que menoscabo fuesse de su fama, mas antes loor de su virtud, con alegre rostro respondió:

– Como lo mandáis, señora, lo cumpliré de corazón. Creed, señora, que hazéis la cosa del mundo que para satisfacción de lo que por vuestro servicio hizo en lo librar de la muerte para le echar obligación en lo venidero, porque según su bondad, aunque su linaje no conozcamos, cualquiera reina del mundo se deve aver por muy alegre en ganar su conciencia y lo tener a su mandar.

La infanta, muy alegre de aquellas cosas, sacando el anillo de su dedo lo dio a la donzella, la cual, queriendo poner su mandado en efeto, se fue al aposentamiento del cavallero y lo halló solo acostado en su lecho, y llegándose a él le empezó de dezir:

– Noble y preciado cavallero, la infanta Elena mi señora, conociendo vuestra virtud y valor, doliéndose del tormento en que érades, aviendo d'él no menos compassión que desseo de lo remediar, vos embía este rico y hermoso anillo, no por su riqueza mas por la virtud estraña que tiene; dízeos que lo traíais en remedio de vuestra cuita y alivio de vuestro dolor que su propia virtud es para el corazón.

El cavallero, conociendo aquella ^{65v} donzella ser la mesma que con su señora avía visto, con muy sossegado reposo le respondió:

– Buena donzella, no sé qué agradescimientos pueda dar a vuestra señora por tan señalada merced como la que me haze sin gelo yo aver merecido ni servido aunque mucho

deseado, mas, pues su virtud y nobleza cubre la falta de mi merecer, yo beso sus reales manos afirmándole que, pues el corazón quita de desmayos, el corazón quedará con esfuerzo para lo que su servicio fuere, aunque antes con la pena no perdía la gana de fazer su mandado, como a una de las más acabadas del mundo y que me hallo indigno de tal don porque, aunque los desseos de la servir grandes sean, el poder es muy flaco según su alto merescimiento, y con este cuidado mi corazón será más afligido de aquí adelante que fasta aquí atormentado era con el dolor. Y a vós, mi buena donzella –dixo él–, galardonaré este don que me avéis traído y de grado haré lo que supiere que cumple a vuestra honra.

La donzella le rendió las gracias por ello y dándole el anillo él lo rescibió con mucho acatamiento y lo puso en el dedo del corazón. La donzella se despidió del cavallero y bolvió a su señora, y le dixo todo lo que con el cavallero avía passado, siendo tan pagada de su discreción como maravillada de su estraña fermosura. El cavallero quedó en su lecho tan alegre con el anillo que se tenía por el más aventurado cavallero del mundo, y su corazón era tanto vencido del amor que no tenía defensa ninguna que sus flechas no hiriesen en descubierto, pues las armas de libertad con que él solía andar armado rotas eran y mal paradas, no restando a su atribulado corazón otro consuelo salvo una pequeña esperança: determinando de fazer tales proezas en las armas que su señora tuviese contentamiento de sus obras o toviessen compassión de su cuita.

E assí estava en su lecho más crudamente llagado del corazón de lo que avía escapado en el cuerpo de la brava batalla de Grovalaz el gigante, siendo muchas vezes visitado del rey y de la reina y de Elena su señora, y mucho más de Lastidenesa la donzella, que a duro de su aposentamiento se apartava.

El cavallero estava en su lecho, como dicho avemos, puesto en el fondón de los pensamientos, dando tristes y lastimeros sospiros, puesto en cuidados y angustias tanto que sus donzellas y escuderos eran espantados de su cuita y pasión, y siendo assí el cavallero maltrecho, luego las nuevas sonaron en el aposentamiento de Elena, la cual no poco penada del cavallero, tomando consigo su fiel donzella Petronia y otras donzellas de alta guisa se fue al aposentamiento del cavallero, y llegó a sazón que el rey su padre salía de le visitar y le dixo:

–Amada fija, visitad esse cavallero que por su gran valor y bondad de todos los del mundo no solamente merece ser visitado, mas amado y querido.

–Mi señor, assí lo haré –dixo Elena– por cumplir vuestro mandado y por lo que por Coroneo mi hermano ha hecho.

Entonces, saliéndose el rey, entró la infanta a visitar al cavallero, más turbada del sentido que turbada del corazón. Allegándose a la cama, allí encomençó a preguntar por su dolencia, mirándolo con ojos tan amorosos que testigos eran del amor que en sus entrañas le quedava. El cavallero le rendió las gracias con grande acatamiento y mesura, cevando los desseos de su corazón con la vista de su fermosura; la infanta tenía otrosí sus ojos tan fincados en el cavallero que quien en ello parara mientes claramente tomara sospecha, mas no ovo ende ninguno que en ello mirasse, tanto eran alexados de su pensamiento. La infanta con su donzella estava muy allegada a la cama, y las otras donzellas estavam más desviadas con las donzellas del cavallero, el cual viendo el tiempo tan favorable a su desseo, aunque el temor le robava los sentidos viendo aquella clara estrella delante de sus ojos que de oscuros y tenebregosos con su resplandor gelos hazía muy claros, forçando la lengua más de lo que ella se estendía, con muy sossegado vulto començó de fablar en esta manera:

–Si la turbada lengua, muy alta señora, no dixere lo que el lastimado corazón desea, la culpa sea no a la voluntad, pues es buena, salvo a la potencia, pues que es falta tomando de mis palabras la intención y de mi corazón los desseos con confianza que vuestra sobrada virtud y mesura perdona la sobra de mi atrever, pues que vuestra crescida hermosura me pone en tanto aprieto la vida, que si la esperança me faltasse de vuestra nobleza, más cierto sería de la muerte que seguro ni desseoso de la vida, allende de los dolores y desmayos^{66r} que en triste y afanado corazón parece, a los cuales, si la señalada merced de su anillo no socorriera, imposible fuera este cuitado cavallero cativo de vuestra beldad poder sufrir al menor d'ellos. Y pues que, señora, el mal no dexa menos de crecer que me seguir, no cesse su virtud de dar algún remedio a mis mortales cuitas y angustias, porque desde el primero momento que yo vi vuestra estremada beldad siempre fui cuitado y afligido y enajenado de mi libertad, de guisa que si mis suspiros recibe por testigos de mi pena avrá compasión y manzilla de tan penado cavallero que otra cosa no desea salvo la vida que con tal desseo escapo de las manos del gigante Grovalaz ser gastada en vuestro servicio y mandado, del cual no faltaré por cosa que avenga, suplicándole por suma de las mercedes que a mí su siervo hechas tiene me aya por su cavallero, para con tan renombre acometer las bravas cosas con mayor esfuerzo y conquistadas las firmar con el sello de su servicio, por el cual tengo de poner e<e>s[ta] pobre persona en toda aventura hasta el postrero filo de la muerte.

Y acabando de dezir esto, el cavallero quedó más muerto que vivo atendiendo la respuesta de su señora, temiendo los duros reveses y desvíos de las mujeres. Y bien vio Elena que tenía entero señorío sobre su corazón y libertad, escuchando sus palabras con atención, haziéndose en su corazón alegre y ufana en ver aquelpreciado cavallero penado por sus amores, mas ni por ello escusó de aver alteración con vergüença como cosa que mucho a las tales donzellas deve acompañar, y quedando en sí embermegecida, su hermosura fue mucho más acrescentada, y dígovos si oviera tiempo que respondiera al cavallero aceptando su servicio tomándolo por su cavallero, lo que no era tacha ni menoscabo en las tales señoras, mas antes mayor honra y estado tener a su mandado y servicio los altos y preciados cavalleros como la reina Brisena en otros tiempos tuvo al rey Amadís siendo cavallero andante, y la emperatriz Leonorina otrosí al mesmo rey Amadís llamándose el Cavallero de la Verde Espada. Pues Elena, como en hermosura passava a todas las del mundo y en discreción pocas se le igualavan, viendo que no era perjuizio de su fama aceptar a su servicio, teniendo en su honra y onestidad aquella guarda que a su estado convenía, mas la venida de la reina su madre con muchas dueñas y donzellas de manera perturbó su respuesta y gloria del cavallero.

¶ Capítulo Ij. De cómo Elena, afincada del fuerte amor, descubrió el secreto de su corazón a su grande amiga y fiel donzella Petronia.

RETRAÍDA ELENA EN su aposentamiento, más acompañada de cuidados que de alegría, cerrando la puerta de su cámara, faziendo primero salir las otras donzellas y tomando a Petronia por la mano, la hizo assentar consigo en el estrado, la cual, espantada de tal novedad, fincando los ojos en su señora, vio la hermosa color de su rostro mudada según la mortal agonía en que era, que los suspiros la aquexavan, el amor la combatía, su

honestidad y vergüenza le ponía empacho a no aclarar la cuita que padecía, mas el desseo del remedio, venciendo el encogimiento, muy turbada que la boz le tremía y el corazón no sossegava en su tierno pecho, empezó de dezir:

–Mi verdadera y leal amiga, sinrazón sería no daros parte de mi mal como lo suelo hazer de mi bien, que la cosa que yo vos encubriere mayor será que mi vida y más espantosa que la mesma muerte, y aunque ésta sea poco, menos razón es que vos la aclare por dos cosas: la una porque en vuestra lealtad tengo tanta fiança que mi ^{66v} mal proveerá de consejo cuando el remedio no bastare con tal cobertura cual tal caso requiere; la otra que, cuando el remedio y el consejo nos faltare, que seáis testigo de mi pena y veáis la causa por que muero, que según el mal forçoso me aquexa si el remedio del falta o esperança no ay cosa que me pueda guarescer la vida.

Muy más espantada de muerte estava Petronia oyendo estas cosas que Elena aquexada de dolor diziéndolas, porque, viendo ella a su señora en tal cuita, no podía dexar de estar en el fondo de toda tristeza, y así como mejor pudo le respondió:

–Muy mayor que la misma muerte es el sentimiento que yo siento de vuestra pena, ¿qué cosa puede ser, mi señora, que toque a vuestro plazer que la vida yo no ofrezca muchas vezes por la cumplir con aquel secreto y fidelidad que yo como criada devo a vós, mi señora? Y así le suplico que, con essa creencia que de mi fiança tiene, me aclare la novedad de su mal y lo que en ello me mandare, que por lo cumplir no pararé fasta las puertas de la muerte, porque viendo a vós, mi señora, con pena, más muerta que viva me puedo llamar, pues una cosa y otra pende de vuestro plazer y alegría.

–Mucho vos lo agradezo –dixo Elena–, si essa fiança no tuviera en vós, mi buena amiga, no procurara de vos dar parte del escondido mal que me persigue.

Entonces le contó cómo era penada por los amores del cavallero, que desde la primera vez que le viera cuando vino con su hermano, viendo entonces su estremada hermosura y después su estremada bondad en armas en la batalla de Grovalaz el gigante, no presumiendo menos ser el cavallero de gran linaje ca su estrañeza en otro menos lugar no devía ser aposentada, diziéndole otrosí cómo el cavallero por ella se mostrava muy penado en la fabla que le avía hecho, pidiéndole que lo tomasse por su cavallero.

–Como vós, mi buena amiga, avéis visto –dixo ella–, que por la venida de la reina no le respondí; mas el cruel amor no me dexa asossegar sólo un punto, de manera que mi vivir es dudoso y mi muerte cierta si luengamente me aquexa este dolor.

Mucho fue espantada la donzella oyendo aquellas nuevas, sabiendo por ellas su señora ser presa en el amor del cavallero, y viendo que, aunque la quisiesse contrallar d'ello, sería imposible; pareciole más sano buscar algún remedio honesto con que su señora no fuese tan penada ni su honra recibiese punta de menoscabo, y con muy alegre semblante le empezó a dezir:

–Tan estremado dolor como esa quexa no suele venir salvo a los que estremada fermosura poseen, así que, pues Dios tan estremada os fizo, no es maravilla que estremadamente vós améis, porque el amor en tales lugares más cruelmente suele herir, mostrando su poder en las personas más alexadas de su manera, trayéndolos a su señorío y vassallaje, y pues el amor es tan forçoso que ni barreras de discreción ni armas defensivas de saber pueden resistir su primer combate, sea la persona tan avisada que do faltare el esfuerço supla la manera y do fallece el remedio acreciente el consejo. Dígolo, señora, por tanto,

que bien creo que, según Dios estremadamente dio sus gracias a aquel cavallero entre todos los del mundo, assí en las armas como en la hermosura, que lo mesmo deve ser en el linaje, y aun otra cosa no es de creer, que tan alta bondad esté salvo en alto lugar, assí que según quién él es no podía amar otra cosa sino a vós, que estremada sois entre las fermosas del mundo. E, por tanto, no reprehendo su querer fasta que más sepa su intención, porque requeriros él que lo toméis por vuestro cavallero para en vuestro nombre dar fin a las bravas aventuras que fallare, esto vós mesma gelo devríades de rogar, y, alcançándolo, vós os devríades ende de tener por muy contenta, y si en otra parte se inclina su intención, como de algunos otros cavalleros que con grandes palabras y fengido amor punan engañar las encerradas donzellas tomando por cimientto de sus desseos los falsos prometimientos que ende hazen, d'esto vos devéis mucho guardar, porque a vuestro estado y alta sangre no conviene amar salvo aquel que en virtud y linaje igual vos sea, y que siendo la voluntad de vuestro padre ganada le podáis aver por marido y señor, y como d'este cavallero esté muy pagada por su alta bondad, no quiero reprehender su propósito fasta que más sepa de su intención, la cual, si no fuere conforme a vuestra honra, tendréis en vuestra honestidad aquella guarda que las semejantes tomar deven.

Elena ^{67r} la abraçó con mucho amor diziendo:

–Buena donzella, vuestra gran discreción me da esperança de vida, la cual con la muerte pongo en vuestras manos.

E aconteció que, después d'esto aver passado, abrió la donzella la puerta de la camara y passó Urgandín el escudero y llamolo por su nombre diziendo:

–Por cortesía, buen escudero, que nos saquéis de una duda en que estamos.

Y él, como era mesurado, atendió a ver qué le mandavan, y llegándose a la puerta diziendo que de grado haría su mandado.

–Por la fe que a Dios devéis –dixo la donzella–, que nos digáis la verdad de lo que os preguntaremos.

–Tanto me conjuráis –dixo él– que lo haré, tanto que no sea en daño de mi señor.

–Assí lo quiero yo –dixo la donzella–. Agora me dezid para el juramento que avéis hecho: ¿vuestro señor ama de estremado amor a alguna dueña o donzella?

–Yo os digo de verdad –dixo él– que desde el tiempo que le aguardo nunca le he sentido tener amor en especial a ninguna dueña ni donzella salvo a todas en general, y si a alguna donzella ama es en esta casa a cuanto puedo sospechar por los grandes sospiros y cuitas que en él veo que, según dizen, del amor suelen ser ciertas señales, lo que hasta agora en él no he visto, antes ser el más apartado de amor que nunca vi.

–Buen escudero –dixo Petronia–, en esta casa no siento donzella de tal hermosura que assí pueda sojuzgar tanpreciado cavallero como es vuestro señor.

–No sé quién es –dixo Urgandín–, mas cualquier que ella sea se deve aver por bienandante en ganar amor del mejor cavallero del mundo, assí de bondad en armas como en linaje. Y pues he cumplido mi promessa, a Dios quedéis encomendada.

–A Dios vais, buen escudero –dixo ella.

Lo que todo oyó Elena, que escondida estava tras la antepuerta, y fue ende muy alegre y mucho más se otorgava su corazón de le amar. E luego la donzella Petronia se fue al aposentamiento del cavallero y él la rescibió con mucho amor y le dio semblante como a

aquella que él sabía ser más querida y privada con su señora. Ella lo saludó muy cortésmente diziéndole:

–Muy presciado cavallero, mi señora aún agora alterada de una escusada fabla que le avéis fecho, a la cual ella por la venida de la reina su madre no pudo dar respuesta dañando vuestro atrevimiento, me mandó saber de vós la causa de vuestro atrever y osadía, porque si a su padre hezistes buenas obras y a su hermano librando de la muerte, que el galardón d'ellos como de cavalleros lo devéis de esperar y no d'ella como de flaca donzella, ¿para qué le pedíades por pago de vuestras batallas el premio de su honra? Que aunque ella como hermana mucho vos deva por lo que por Coroneo avéis hecho y galardónaria ende si pudiesse, mas no de vos poner con ella en recuestas de amores, lo que no convenía a vós estando en casa de su padre lo dezirán a ella, según su alta sangre lo escuchar, y aunque con su gran cordura y buen seso calló vuestro atrevimiento, no creáis por ello dar consentimiento a vuestro atrever, porque quiso más, dissimulando vuestro yerro, quedar por cortés y mesurada que publicándolo por esquiva y desdeñadora, con condición que de aquí adelante en semejantes fablas vos escuséis de la hablar, porque, lo contrario faziendo, ni su virtud bastará para las oír ni su saña para las dissimular.

–Buena donzella –dixo él–, si mi intención acompañada de mil mortales angustias fuesse conocida de vuestra señora, no condenaría mi fabla, antes avría compassión de mi pena, que, pues es causadora de mi mal, remediadora devría ser de mi b[i]en, ca no me hizo Dios de tan poca criança que algo a vuestra señora dixesse que menoscabo pudiesse ser de su honra. Pedí lo que sin perjuizio suyo me podía otorgar, recibiendo yo muy señalada merced que me oviesse por cavallero de su servicio para que con la virtud de su renombre toviessse atrevimiento de me provar en las bravas y estrañas aventuras, y si en ello he errado, vós, mi buena amiga, quiero que lo juzguéis, que, pues conocéis su alta fermosura y merecimiento, no me echaredes ende culpa, que como hasta aquí no aya mirado dueña ni donzella a que tanto mi corazón otorgasse a servir como a vuestra señora, mucho d'esso que mi corazón aya fruto de su dessear, e si por querer su servicio merezco culpa, me dé la pena a su voluntad, que yo la cumpliré muy de grado fasta la muerte, salvo la cual ninguna otra cosa me puede apartar d'este desseo, poniendo ^{67v} en vuestras manos, mi buena donzella, mi vida, y en su voluntad vós aved compassión de mi pena y ella memoria de mi cuita dando por me desculpa, que, pues no desseo más que su servicio, no puedo querer cosa que perjuizio sea de su honra y menoscabo de su fama.

–Como lo dezís, señor cavallero –dixo ella–, lo diré a mi señora, punando de le templar su saña por vuestro amor, ca mucho desseo de hazer cosa que vos pluguiere como al mejor cavallero del mundo.

–Cuál yo sea faré vuestro mandado a todo mi poder, y mucho vos ruego que ayáis memoria de mí con vuestra señora y me alcancéis perdón de mi atrevimiento si por yerro se puede contar, y me avisad de lo que fuere su servicio y voluntad, que lo cumpliré hasta la muerte.

Y luego la donzella se despidió del cavallero y se bolvió a su señora con la respuesta, diziéndole que debía de otorgar lo que el cavallero le pedía, ganando ella para su servicio el mejor cavallero del mundo sin quiebra ni menoscabo de su honra, con lo que la infanta ovo gran plazer y assimesmo el cavallero, que se juzgava por bienandante con las llagas que oviera en la batalla del gigante Grovalaz, y bendezía los afanes que por librar a Coroneo avía sofrido, pues ellos avían sido causa de ganar el amor de la más hermosa donzella del mundo.

¶ Capítulo liij. De cómo el Cavallero de los Cisnes y Coroneo fueron guarescidos de sus llagas, y de lo que una donzella estraña dixo al rey Alidoro.

DESPUÉS QUE ASSÍ estas cosas passaron, estuvo el cavallero en su lecho algunos días. En fin de los cuales, assí él como Coroneo fueron guarescidos de sus llagas, mas el cavallero, aunque las del cuerpo avía sanas, las del coraçón eran abiertas y sangrientas, dán-dole de una parte dolor y de la otra alegría, de guisa que la flaqueza del cuerpo y amarillez todo fue tornado en muy grande fermosura como solía.

Estando a la sazón el rey Alidoro en toda alegría por la deliberación de su hijo Coroneo, viniendo el día de su nascimiento que los reyes suelen fazer muy grandes alegrías por sus nascimientos, el rey Alidoro mandó hazer grandes fiestas y armar un rico torneo a todos sus cavalleros, el cual fue luego aparejado con mucha diligencia. Aquel día el Cavallero de los Cisnes se vestió unos fermosos paños fechos a talle estraño que Urganda le avía dado, sus donzellas otrosí ricamente se ataviaron de ricos paños y capas de seda que la reina Sabina le avía dado, siendo otrosí hermosamente vestido Urgandín el escudero, que fermoso donzel era. Queriendo con tal compañía el cavallero salir de su aposentamiento, llegó a él Coroneo con gran compañía de cavalleros y lo traxo a donde era el rey Alidoro acompañado de altos hombres y la reina y su hija con muchas dueñas y donzellas muy bien guarnidas y ataviadas. El rey, cuando vido al cavallero, fue contra él y tomándolo de la mano lo traxo delante de la reina, ella lo rescibió con mucha cortesía como aquella que era de las más nobles dueñas del mundo: vestía preciosos paños, la riqueza conveniente a su estado, la color a su edad. Elena, que cerca venía, traía paños de oro labrados muy sotilmente, vandados con lazos de aljófar y otras perlas, sus cabellos más ruvios que el fino oro sueltos por sus espaldas que lo más del cuerpo le cobrían, y sobr'ellos un rico prendedero de oro, y su hermosura era tanta que bien la podía repartir con las feas de aquel reino y quedar assaz fermosa, de guisa que por ella podemos dezir que, si Dios ovo sabor de hazer una donzella estremadamente hermosa,^{68r} que fizo a ella. A tanto que esta hermosa infanta vido al cavallero, no le pareció sino que su vista le cegó los ojos y turbó el coraçón, de guisa que perdió el andar y el concierto, lo que entendiendo Petronia su donzella la hizo ir adelante, y como la gente parava mientes a la gran fermosura del cavallero y en la riqueza de los paños que vestía, no miraron en la turbación de la infanta, la cual ella sintiendo se puso a la igual con su madre, no por ello quitando los ojos del cavallero, que con el rey iba hablando. Y llegaron a la real capilla y oyeron missa con mucha solenidad, y bolvieronse a la sala a do las mesas eran puestas, el rey rogó a la reina que con su fija comiessen en aquella gran sala por dar plazer a las gentes y honra a la fiesta de aquel día; ella se lo otorgó. El rey se sentó a su mesa con Coroneo y con el Cavallero de los Cisnes. La reina y su hija se sentaron en otra mesa frontera de la del rey, siendo servidas de fermosas y ataviadas donzellas, y una y otra mesa fue abastada de muchos y diversos manjares, mas el cavallero no comía cosa que pro le toviesse que su coraçón no gustava de los manjares salvo de la vista de su señora Elena, la cual lo mismo por él padecía, de suerte que tanto estaban los dos nuevos amantes alexados de su natural sentido que no sentían la dulçura de los instrumentos que cantando tañían las donzellas de la reina. Elena era muy pagada

de la bondad y ferrosura del cavallero, y desseava mucho poderle declarar su pasión, y la falta del tiempo a su desseo la ponía en gran tristeza.

Y estando assí el rey y la reina comiendo con mucho plazer, entró por la puerta de su palacio una donzella estraña que vestía paños de seda jalde y sobre ellos un gambax verde y en la cabeça una red de plata; y entrando por la sala todos pararon en ella mientes, y no ovo ende ninguno que la conociesse por las antifazes que traía. Y llegada en presencia del rey le dixo:

–Dios te salve, buen rey, y te dé alegría.

–Y a vós plazer, buena donzella –dixo él.

–Mucho soy leda –dixo ella– de verte tan alegre y pagado y a toda tu corte con tanto plazer; Dios te lo quiera conservar, que tienes razón en tu alegría, porque tienes en tu corte dos cosas que no las ay tales en todo el mundo en corte de ningún rey ni emperador, ellas te darán estremada honra y descansada vejez.

–Assí plegá a Dios que sea –dixo el rey.

Y siendo todos espantados de su demanda, ella se humilló delante el Cavallero de los Cisnes diziéndole:

–Si tú supiesse, buen cavallero, la cuita en que están algunos de tus amigos, como yo más compassión avrías de su pena que plazer de tu estada. E si tú eres aquel que a los estraños sueles acorrer no debes tardar el socorro de aquellos que no solamente te aman mas d’ellos son de tu deudo, por lo que conviene a tu honra y a su deliberación te debes luego partir a la tal aventura.

–Por bienandante –dixo él– me avría, buena donzella, haziendo yo esse socorro que dezís, mas ¿cómo sabría a dónde ellos están en cuita?

–Tomando vós la vía de Bretaña –dixo ella– cuando tiempo fuere los falláredes, que la gran sabidora assí lo dize.

Y queriéndose despedir, el rey le dixo:

–Buena donzella, dezidme si vos plaze cuáles son las dos cosas estremadas de mi corte.

–Sábeta, rey –dixo ella–, que en tu casa a la sazón está toda la prez y bondad de las armas, y assimesmo toda la beldad y hermosura más que en ninguna parte del mundo, y por agora no te digo otra cosa aunque muchas ende avía que dezir.

E diziendo esto se salió del palacio tan aína que, cuando en ella pararon mientes para le preguntar otras cosas, ya ella avía cavalgado en un palafrén que a las puertas del palacio dexara y se avía alexado grande trecho, y assí el rey como los que con él eran fueron muy espantados de aquella aventura, y mucho más lo fue Elena, oyendo que aquel cavallero le convenía partirse de la corte, lo que no menos sentiría que la muerte.

El cavallero quedó pensando en lo que la donzella le avía dicho, creyendo que mensajera fuesse de Urganda y que sería bien menester su socorro como la donzella lo dezía, y conveniéndole apartarse de su señora toda alegría le huía del corazón.

Y tornando a las fiestas, los manteles alçados, el torneo se començó muy bravo y fuerte, y Coroneo entró en él con armas desconocidas, y poniéndose a la parte que era más flaca. Hizo tanto que torneo se venció de su ^{68v} parte y él llevó la gloria y fama del vencimiento del torneo, el cual se acabó a hora de bísperas, y Coroneo se fue al rey su padre y le besó las manos, que fasta allí no lo avía conocido, y el rey, espantado de su bondad, lo levantó y le besó la faz con mucho amor y luego el Cavallero de los Cisnes se fue a él diziendo:

–Mi buen señor, bien se parece vuestra gran bondad, pues solo avéis vencido tan bravo y peligroso torneo.

–Si en mí ha parecido alguna bondad –dixo Coroneo–, ha sido por vós, mi señor, estar delante, cuya presencia me dava el esfuerço y ardimiento para no mostrar punto de covardía, y assí creo que valdría algo si en vuestra compañía anduviesse algún tiempo, porque de vuestro sobrado esfuerço me cabría alguna parte.

–Tal sois vós, señor Coroneo –dixo el cavallero–, que más podéis vós hazer mercedes de bondad y esfuerço a muchos que las esperar de ninguno, y si en mí vos parece que ay alguna bondad, ganada la tenéis para vuestro servicio.

Coroneo le bolvió por ello las gracias y el rey lo hizo desarmar, y passaron lo que del día quedava con mucho plazer.

¶ Capítulo liij. De cómo el Cavallero de los Cisnes se despidió del rey de Macedonia, y de lo que Petronia le dixo de la parte de su señora.

DESPUÉS QUE EL Cavallero de los Cisnes fue acostado en su lecho, acordándose de lo que la donzella le avía dicho, estando en duda si se apartaría de la vista de su señora Elena sin la cual, según el amor le aquexava, impossible era sostener la vida, y lidiando con su corazón, acordó de proponer la honra al apetito y forçar su forçado corazón no por ello olvidando el amor de su señora, antes se partir de aquella corte por librar los cavalleros que la donzella le avía dicho estar en cuita. Y firmada en esto su voluntad, su atribulado corazón con muchas lágrimas se desfazía, llorando la gran soledad que aquella partida le avía de acarrear, y con estos pensamientos sus ojos eran hechos fuentes de lágrimas sin que el refrenar las pudiesse, tanto su corazón gustava de aquella tristeza y començó a sospirar tristemente y dezir:

–¡Ó desdichado cavallero sin ventura! ¿Quién te traxo a esta tierra? Que, aunque la fortuna en ella te fue próspera en algunas cosas, agora te puso en tal afrenta que la vida del corazón está en peligro sin remedio. ¡Ó cativo cavallero! ¿Qué más te valiera morir en la batalla de Grovalaz, donde con la gran furia y braveza no sintieras la tu muerte, y agora mueres con tanta crueldad sin que persona te pueda poner consuelo en la vida! ¡Ó muerte, muerte, que aunque me quites la vida no me puedes apartar del servicio de mi señora ni con tu cruel ventura olvidaré su membrança!

Estando assí consigo razonando, fizo esta canción:

*¶ Es llagado mi corazón
y el alma muy sentida
de la fuerça de afición
con dolor de la partida.*

*¶ Por demás es el plazer
a tan triste cavallero
pues le no puede valer*

*su querer tan verdadero,
antes le dobla la pasión
con pena mucho crecida
la fuerça de afición
con dolor de la partida.*

¶ Acabado de dezir esto, creed que los ojos manavan como fuentes, de guisa que del mucho llorar, dando bueltas a una y a otra parte, siendo dos partes de la noche passadas, le venció el sueño, mas era muy liviano como aquel que no assegurava sobre coraçón apasionado. Passó lo que de la noche quedava con mucha angustia y aflicción. Venida la mañana, se levantó y tenía ^{69r} los ojos hinchados de mucho llorar y sus fermosas fazes manzilladas de las lágrimas, y aviendo lavado el rostro se vino para él Coroneo, que siempre le fazía compañía, y él le dio entera cuenta de su partida. Coroneo fue d'ello muy triste y le afincó que quedasse en casa del rey su padre, que él le faría muchas mercedes y jamás lo pudo acabar con el cavallero, escusándose que cumplía a su honra no quedar aquella sazón en Macedonia porque le convenía en todo caso ir a Bretaña. Y assí, fablando en muchas cosas, Coroneo le prometió que, tanto que los negocios del rey su padre con el rey Rión fuesen acabados, de ir a Bretaña a darse a conocer a Amadís y provar en las aventuras del reino de Londres. El cavallero gelo rogó mucho, loándole altamente quanto el tal viaje sería pregón de su esfuerço y bondad. Y después que fablaron muchas cosas se fueron para el rey onde, dexando Coroneo al cavallero, se fue a la reina su madre y a su hermana muy triste por la partida de aquel su grande amigo, rogándolas que gelo estorvassen por algunos días fasta que los negocios con el rey Rión fuesen acabados, porque entonces se iría con él desembargadamente a Bretaña. La reina fue muy triste con tal nueva y Elena tan turbada que quien en ello para mientes conociera su turbación, y la reina respondió a Coroneo que, si al cavallero convenía partirse, que no era guisado que lo estorvassen, que sería su falta y pérdida de los cavalleros que la donzella dixo estar en cuita, y que tenía más razón de galardonar su estada que de impedir su partida, diziendo que otrosí en toda parte le sería buen amigo como sabía que le amava de voluntad. El Cavallero de los Cisnes, quedando con el rey Alidoro, le dixo cómo le convenía partir de su corte a buscar la aventura de la donzella, y dende tomar la vía de Bretaña, pidiendo para ello su real licencia.

–¡Ay, buen amigo –dixo el rey–, mucho quisiera que morárades más tiempo en mi casa y tomando de mis villas y fortalezas quedárades en mi corte, que no ay cosa que por ello vos no otorgara!

–No os pese, buen señor –dixo él–, con mi partida, pues con ella no pierdo la gana de os servir, y me oviera por bienandante por quedar en casa de tan alto hombre, porque con ello mi honra fuera muy adelantada, mas sin ello faré vuestro mandado en toda parte.

–Mucho vos lo agradezco –dixo el rey–, y vamos a ver la reina antes de vuestra partida.

–¿Quién faría ende menos? –dixo el cavallero.

Entonces se fueron al aposentamiento de la reina y la fallaron con su fija y Coroneo sentada en su real estrado, y se levantó a recebir al rey como era razón. El rey se sentó en el estrado haziendo otrosí sentar cabe sí el cavallero. Estovieron fablando muchas cosas y el Cavallero de los Cisnes demandó otrosí licencia a la reina para su partida. Ella le agradeció mucho la cortesía que le mostrava y buenas obras que le avía fecho. Entonces el rey

con los cavalleros se despidió de la reina y se bolvió a la sala, do las mesas eran puestas, y comieron todos con harta soledad que aquella partida les causava. Y con aquellas tristes nuevas, retraída Elena en su aposentamiento, nembrándose de la partida del cavallero, començó a apretar sus manos con la gran fuerça de amor que la ponía en aquella cuita que, siendo sola con su fiel donzella Petronia, le dixo:

–¡Ay mi buena amiga, amarga vida faré de aquí en delante, pues me conviene ser apartada de la vista de aquel que mi coraçón ha fecho su cativo! ¡Ay, que de todo me faltará la vida si antes le no aclaro la cuita y soledad en que me pone su partida!

–Por pequeña cosa señora os ponéis en grande cuita –dixo la donzella–; tened esfuerço, que yo faré de guisa que se cumpla vuestro desseo.

–Si assí lo pudierdes acabar, leal amiga –dixo Elena–, claramente me dais la vida y libráis de grande cuita.

La donzella, como era de grande discreción, queriendo poner en efecto su promessa, aviendo ya para ello pensado la manera, se fue al aposentamiento del cavallero diziéndole claramente la cuita de su señora y el gran desseo que le tenía de hablar antes de su partida, y que, tanto que fuesse despedido del rey y partido de Cedrómpolis, que de noche se bolviesse a la ciudad secretamente y sin compañía y entrasse en la huerta del aposentamiento de Elena, onde desde un naranjo que iba a dar en la ventana de su cámara Elena le hablaría todo lo que tenía en voluntad; lo que oyendo el Cavallero de los Cisnes, no menos fue espantado que alegre de aquellas estrañas nuevas, y dixo que así lo cumpliría como su señora lo mandava, agradesciendo mucho a la donzella las alegres nuevas que le traía. E la donzella se bolvió a su señora diziéndole lo que con el cavallero avía passado,^{69v} de que ella fue muy consolada de su cuita y el cavallero muy alegre de su buena andança y ventura.

¶ Capítulo liiiij. De cómo el Cavallero de los Cisnes se partió de Cedrómpolis y de noche bolvió a fablar con su señora y fue rescebido por su cavallero.

AVIENDO YA EL cavallero aparejado las cosas que convenían a su partida, armado de fuertes y lucientes armas y despedido del rey y de la reina y de su leal amigo Coroneo, se partió de Cedrómpolis con su compañía, y tanto anduvo que llegó a una hermosa hermita que assentada era en un valle tres leguas de Cedrómpolis, y apeado de su cavallo fue recibido con caridad del hermitaño y reposó allí la parte del día que quedava. La noche venida, sus donzellas fueron aposentadas en una pobre casilla del hombre bueno, y él y su escudero alvergaron so unos grandes olmos que a la puerta de la hermita eran; y venido ser sazón conveniente, el cavallero mandó a Urgandín ensillar los cavallos, que presos eran a las ramas de los olmos, y siendo todo aparejado, sin que las donzellas lo sintiessen, tomaron la vía que avían traído de Cedrómpolis dando priessa a sus cavallos, de guisa que llegaron a buena hora, y antes que entrasse en los muros de la ciudad el cavallero se apeó de su cavallo y lo dio a su escudero que ende lo atendiesse, y cubriendo las armas con el tавardo de Urgandín, se fue su passo a passo para los palacios, y los anduvo en derredor que fue a dar en la huerta por la parte que la pared era quebrada y se fazia de fuerte muro, y sin entrevale ninguno entró en la huerta y se dio de andar por ella, y vio claridad a la ventana de la rexa, que era la señal

que la donzella le avía dado, y con su ardimiento, no aviendo punto de pavor aunque el lugar era medroso y por la noche ser escura, se fue al pie del naranjo que iba a dar en la ventana de la rexa, de guisa que las naranjas de dentro le cogían, y subió suso con mucho afán con la pesadumbre de las armas, y echando las manos a la ventana de la rexa, teniendo los pies en los más fuertes ramos del naranjo, vio aquel rico aposentamiento que pocos se fallarían en el mundo mejores. Elena estava assentada en un rico estrado muy estrañamente ataviada y guarnida, mas sus joyas ni atavíos delante de la su natural fermosura tanto eran como nada. La donzella Petronia estava a los pies de su señora, y tanto que sintió el estruendo de las ramas, levantándose, parose a la rexa diziendo:

–¿Quién es el que armado se pone en tal lugar?

Entonces el cavallero avía quitado el yelmo y colgado de una rama y con boz baxa le respondió:

–Yo soy, buena donzella, que vengo a cumplir el mandado de mi señora.

–Pues atended un poco –dixo ella. Entonces se fue para Elena diziendo–: Levantaos, señora, que llegado es aquel cavallero.

Elena se levantó muy turbada como aquella que en semejantes casos nunca se avía visto; con grande turbación y poco concierto y trayéndola de braço su donzella se llegó a la ventana. Mas el cavallero era más espantado que turbado, de guisa que la lengua le tremía, la razón y el sentido le avían faltado en tanta manera que bien parecía que el amor lo traía en su cadena, pues de su libertad y alvedrío assí era enajenado. Elena, llegada a la rexa y conociendo ser aquél el que ella amava de corazón, con boz muy delicada y flaca, esforçándose lo mejor que pudo, le empeçó de dezir:

–Buen cavallero, vuestra virtud puede tanto que la respuesta que el otro día de mí no ovistes por falta de tiempo la sobra de vuestra bondad suple a esta sazón, porque los grandes servicios ^{70r} que al rey mi padre avéis hecho en librar a mi hermano de la prisión de Tesilao el Encantador y de la muerte que el rey Rión le quería dar y otras no menos señaladas cosas que avéis hecho, nos tienen a todos echado tanto cargo y obligación que lo que mi padre con la grandeza de su real estado ni menos mi hermano, siendo tan nombrado cavallero con su bondad, no os pueden galardonar, menos podré yo siendo pobre y flaca donzella, mas, pues que de vuestras buenas obras tanta parte me cupo, no quiero que me juzguéis por donzella que más ama la ingratitud que el buen conocimiento; demandad de mi casa todo lo que os pluguiere tanto que a mi honra no dañe ni manzille el menor quilate de mi fama, que yo lo otorgaré muy de grado, pues es deuda que se os deve, y si en otra manera lo demandássedes ni vós tendríades razón de lo pedir ni yo de os lo otorgar, que más parecería querer mi honra y fama por despojo de vuestra batalla que la gran prez que ende ganastes de la victoria.

–La más pequeña merced que vós, mi señora, podéis fazer –dixo él–, pondrá ende esperançã a todos los cavalleros del mundo no la poder servir según vuestro gran valor, ¿pues qué será de tan señalada merced como esta que ha fecho a este cavallero su cativo? Que, aunque viva más años que estos árboles pueden turar, no satisfará la menor parte de vuestro merecimiento, y assí, si no toviessse más atrevimiento en vuestra virtud que fiança en mis servicios, más devría de ser triste por la no poder servir que alegre de la aver recebido, suplicándole que reciba mis grandes desseos, que aunque salgan de flaco poder manan de gran dessear, y en suma y por sello de todas las mercedes le suplico, pues no es

perjuizio de su fama ni honra, que me aya y reciba por cavallero de su servicio, por cuyo cumplimento no pararé hasta el postrero passo d'esta vida a la amarga muerte.

A esta hora estava Elena tan enajenada de sus sentidos que apenas entendía lo que el cavallero le fablava; su libertad era vencida; desplegadas tenía el amor sus vanderas y las almenas de sus entrañas y alcázar de su corazón. La donzella, viendo la gran turbación de su señora, se llegó a ella diziendo:

–Dad respuesta, señora, a esse cavallero y otorgad lo que os ruega, pues su valor lo merece y vuestra honra no lo embarga.

Elena, cobrando algún aliento, le respondió:

–Señor cavallero, mucho os agradezco los grandes desseos que avéis mostrado a mis cosas, de vuestra bondad no se espera salvo toda virtud. Mucho me pesa, porque como flaca donzella no puedo galardonar vuestro grande merecimiento; la voluntad d'ello recibid, pues la potencia de lo más falta, no queriendo desviar de vuestro ruego, mucho me plaze que seáis mi cavallero y que las proezas que fizierdes que sean en mi nombre, que yo rescebiré d'ello tanto plazer como vós alegría, y por firma d'ello vos doy aquesta empresa.

Y sacando de su cuello un rico firmal de oro de gran valor, gelo dio con su mano por entre la rexa, el cual el cavallero, tomando con gran acatamiento, le tomó otrosí sus blandas y delicadas manos y gelas besó muchas vezes diziendo:

–Agora, señora, digo yo que en el mundo no ay más bienaventurado cavallero, pues en nombre de tan alta donzella como vós lo sois de aquí en adelante puedo entrar en toda batalla, porque otorgándome esta merced me otorgo con ella tanto esfuerço que ninguna temida ni brava aventura puedo dudar con vuestra nembrança.

Y diziendo esto, su fuerte y arzeziado corazón, que jamás dudó justa ni batalla de dos ni tres cavalleros ni menos ovo pavor de fuerte ni dessemejado jayán, aquel en quien ninguna estraña aventura puso temor, estava en aquella sazón tan vencido y sojuzgado que sin mandamiento de su señora no le parecía en sí aver ningún aliento ni esfuerço. Pues de Elena ¿qué diremos, salvo que si el amor de entrambos pesar se pudiera que el que más amava llevaba al otro muy poca ventaja, y aunque estava puesto en esquivos pensamientos, la vista de aquel cavallero le dava tanto plazer que le parecía en el mundo no aver otra bienaventurança?

Y assí se estovieron el uno y el otro sin lo sentir si Petronia no lo estorvara diziendo:

–Elena, señora, dad licencia al cavallero, que es hora que os acojáis a vuestro alvergue sin que sentida seáis de vuestras donzellas

Y Elena, no menos sintiendo aquella partida que la muerte, le dixo:

–Señor cavallero, pues quesistes hazeros mío siendo vuestro, que no me encubráis una cosa sino lo ovierdes por pena.

–Aunque la muerte recibiese, mi buena señora, no podría dexar de fazer vuestro mandado –dixo él– que mi atribulado corazón ^{70v} no podría ál consentir.

–Pues dezidme –dixo ella– vuestra fazienda y vuestro nombre y adónde será vuestra morada si a vós quisiere embiar algún mensaje, si en ello pena no se aventura, que en lo contrario más quiero yo quedar de lo saber desseosa que vós de lo aver dicho con pena.

–Mi buena señora, pues mi corazón es vuestro, claramente el nombre ni la hazienda no se vos deve encubrir. Yo soy un pobre cavallero cativo de vuestra beldad muy desseoso de vuestro servicio. Desde el día que fui armado cavallero me llamaron el Cavallero de los

Cisnes por la devisa que d'ellos traigo. Mi nombre propio es Lisuarte, soy fijo de Esplandián, el emperador de Costantinopla y de la emperatriz Leonorina su mujer; mi morada, Dios queriendo, será en Bretaña en casa del rey Amadís mi abuelo, aunque creo que según vuestra soledad me aqueja no podré ende reposar, porque mi afligido corazón careciendo de vuestra vista ningún descanso puede poseer ni alegría.

–Mucho alegre soy –dixo Elena–, señor cavallero, de saber vuestro gran linaje y valor; mucho me plaze de aver hecho vuestro ruego aunque sola vuestra bondad en armas era bastante. E pues más sé de vuestra fazienda más amado seréis de mi corazón. Ganando perdón de lo passado, vos ruego que de lo venidero me fagáis sabidora de vuestra salud y estado, pues que mi hermano muy presto irá en Bretaña, tenedle compañía y amistad por mi ruego allende de lo que le sois en deuda por lo que vos ama.

–Aunque el valor de Coroneo cessara, muy alta señora –dixo el cavallero–, siendo cosa de vuestro contento quedaré yo antes triste que él despagado, endemás siendo yo tan tenuto de servir a Coroneo por la honra que me ha fecho no conociendo más de mí que de un pobre cavallero andante.

–Agora, mi señor –dixo Elena–, Dios vos quiera guiar y traer en su amparo y guarde vuestra lealtad de traición y engaños de enemigos.

El cavallero, que las manos le tenía asidas por sus lindas y blancas muñecas, gelas tornó a besar muchas vezes, cayendo de sus ojos las lágrimas en abundancia que el sobrado plazer y fuerça de amor con la gran soledad le acarreavan, diziéndole él:

–Señora, aved memoria y piedad de mis cuitas y angustias; no pongáis en olvido mis mortales desseos, que yo mientras la vida me turare no olvidaré vuestro servicio.

Entonces la donzella lo encomendó a Dios, y tomando el yelmo lo puso en su cabeça y con grande afán abaxó del naranjo y salió de la huerta por la quiebra de la pared, y fuese do quedara su escudero, y tomando su cavallo se bolvieron para la hermita y llegaron un poco antes del alva sin que de persona sentidos fuessen.

¶ Capítulo lv. Del duelo que el cavallero fazía de su partida y cómo se combatió con Dulmen, sobrino de Tesilao.

DESPUÉS QU'EL cavallero despertó del sueño, aviendo la bendición del abad, con su compañía se partió de la hermita, que puesta era en un valle de grandes arboledas, y subió a un grande otero donde Cedrómpolis se parecía. No pudiendo quitar sus ojos que de fuerça no se bolviessen donde su señora quedava, yendo sus donzellas adelante, quedando él atrás solamente con su escudero, se bolvió contra Cedrómpolis, que de allí claramente se parecía, según las torres avían grandes edificios altos y blancos como la nieve. El cavallero, que así la vido, membrándose aquella hora de la soledad que su señora le causava, no pudo estar que las lágrimas a los ojos no le viniessen y sus carrillos en mucha abundancia le mojassen, y con grandes sospiros comenzó a dezir:

–¡Bienaventurada ciudad de Cedrómpolis, más que cuantas ay en el mundo, pues en ti está la más fermosa y acabada donzella que en ninguna parte se puede hallar, en quien mora el extremo de toda beldad y fermosura y la flor de toda virtud y bondad! ¡Ó mi seño-

ra Elena! ^{71r} ¿Cómo puede mi corazón sufrir ser apartado de vuestra vista, pues fuera d'ella hará tan dolorosa vida que no menos sea triste que la amarga muerte? Vuestra soledad me pone en tanta cuita que el consuelo que ende tomo allende de vuestro gran valor no es otro salvo que, según cruelmente me aqueixa, no puedo escusar la muerte, la cual dará fin a mis cuidados y angustias.

En diziendo esto tomole tal desmayo que las riendas del cavallo le cayeron de la mano y él apenas se tuvo en la silla. Urgandín se llegó a él y le dixo:

–¡Ay, señor! ¿Qué mal os aqueixa tanto que assí avéis perdido el sentido?

–Buen amigo, es mi triste ventura –dixo él–, que no se contenta poner salvo en el extremo de la vida dándome de una parte un poco de consuelo y de la otra muy gran tristeza, de guisa que, cuando en mí pienso, más me fallo vezino de la muerte que seguro de la vida, onde, si alguna pequeña esperança no sustentasse mi desseo, imposible sería no passar de la dulce vida a la amarga muerte.

Entonces le contó todo el secreto de sus amores, poniendo su encubrimiento so el velo y cobertura de su lealtad. Mucho consoló Urgandín a su señor, que muy cuerdo donzel era, mas el dolor de su corazón era tal que no fazía mella en él aquel consuelo, y no sin gran angustia de su corazón se abaxó del otero donde la ciudad se parecía y halló sus donzellas que lo atendían a una fuente que del pie de una peña salía. E siguiendo todos la derecha calçada a la salida del valle que ende era, hallaron un cavallero al pie de una oliva que tenía de rienda un fermoso cavallo negro y vestía fuerte loriga, el escudo avía rico el campo dorado y dos leones de fino cárdeno aspados y una vanda verde que los partía. El cavallero, tanto que llegó a él, lo saludó muy cortésmente, mas el Cavallero de la Oliva no le bolvió las saludes, ca por la devisa de los Cisnes conoció ser aquél que matara a su tío Tesilao el Encantador, y queriendo vengar la muerte de su tío no tenía por qué le saludar. El Cavallero de los Cisnes passó adelante, no curando de su descortesía y todo su cuidado y pensamiento era en su señora. El Cavallero de la Oliva tomó luego una lança fuerte que acostada a las ramas de la oliva tenía, subiendo en su cavallo començó a dar grandes bozes diziendo:

–¡Defiéndete, cavallero, que aquí te costará caro la muerte del mejor cavallero del mundo que mataste con gran aveve, ca en otra manera tales cuatro como tú no podríades nuzir su bondad!

En diziendo esto el Cavallero de los Cisnes miró atrás y vio venir contra sí la lança baxa al más ir de su cavallo, y como él no tenía armas, que su escudero gelas llevaba, atendiolo sin punto de pavor y con mucha ligereza le fizo perder el encuentro, que según iba desapoderado no paró tan cerca como cuidava, de guisa que tuvo tiempo el Cav[a]llero de los Cisnes de tomar sus armas a gran priessa. El Cavallero de la Oliva bolvió el cavallo con mucha furia y siendo el uno y el otro aparejados movieron los cavallos cuanto los podían llevar y firieronse en los escudos muy bravamente. El Cavallero de la Oliva quebrantó su lança y el de los Cisnes lo lançó por cima de las ancas de su cavallo, y como era de valiente cuerpo dio de pescueço y de espaldas en el suelo y fue tan quebrantado que fue tendido como muerto, y decendiendo a él quitole el yelmo y viole muy desacordado, y tirole por un brazo tan rezio que lo fizo ya quanto bolver en sí, y sacando su espada de la vaina, fizo de manera que le quería ferir diziendo:

–Muerto eres si no te otorgas por vencido.

–Sí otorgo –dixo él–, y faré vuestro mandado por guarecer la vida.

–Pues –dixo el de los Cisnes– conviene que digas tu nombre y la razón por qué me acometiste, y después te diré ende lo que hagas.

–A mí llaman Dulmen y soy sobrino de Tesilao, señor del castillo de Brigión, fijo de una hermana suya. Acometíos por vengar su muerte, que me avían dicho que un cavallero que traía la misma devisa que vós traéis lo avía muerto.

–Sus pecados y malas obras lo mataron –dixo el cavallero–, mas harta merced le hizo Dios, pues le dio muerte con confessión y arrepentimiento de sus maldades, y vós, por la batalla que os quito, os iréis a Cedrómpolis y de mi parte os presentad delante de Coroneo y dezid la razón de nuestra batalla.

Y el cavallero, por salvar la vida, lo prometió todo y cumplió enteramente. Después, ganando perdón del rey Alidoro, quedó en su compañía, que a maravilla era buen cavallero. El Cavallero de los Cisnes llevó la guía que llevaba y alvergó aquella noche en casa de una dueña que de buen talante lo acogió en su castillo.^{71v}

¶ Capítulo lvj. De cómo el cavallero libró una dueña que falló en gran cuita en una montaña y de lo que más le aconteció.

PARTIDO EL CAVALLERO del castillo de la dueña, tres días anduvo sin hallar aventura que de contar sea, y al cuarto día, a hora de tercia, caminando por una espessa montaña, oyó a su diestra mano unas bozes muy doloridas como de mujer que avía gran cuita, y guiando su cavallo a aquella parte falló una dueña assaz fermosa desnuda de la cinta arriba y atada a unos carrascos, y dos peones la açotavan muy cruelmente con vergas verdes y feridoras, de guisa que la sangre le fazían rebentar de las carnes, que de blancas que solían ser eran tornadas muy denegridas. El cavallero ovo piedad d'ella y dixo contra los peones:

–¡Cativas cosas sin virtud!, ¿por qué ferís tan crudamente a esta dueña?

–Porque es nuestra voluntad –dixeron ellos muy soberviosamente.

La dueña, cuando vio al cavallero, començó a dar mayores gritos diziendo:

–¡Buen cavallero, aved lástima d'esta dueña que muere a gran aleve con tanta crueldad!

El cavallero dixo a los peones que la desatassen y ellos dixeron que no les plazía, antes que gela defenderían a su poder. El cavallero ovo saña y, porque el cavallo no podía ligeramente romper por la espessura de la montaña, se apeó muy ligeramente y echando mano a su espada se fue a cortar la sogá con que la dueña era atada. Lo que viendo los peones, fueron a tomar sendos arcos que ende tenían y poniéndoles agudas flechas tiraron contra el cavallero, mas él rescibió los tiros en el escudo y fue contra ellos, e al que alcançó dio tal golpe de llano en la cabeça que cayó atordido sin acuerdo, y fue contra el otro y començó a fuir a grandes bozes diziendo:

–¡Señor, señor, acorrednos, que nos matan!

El cavallero siguiéndole falló a la sombra de un roble grande y muy espesso un cavallero que se vestía la loriga a gran priessa y cerca d'él, en una cama hecha de ramas, estava una donzella más fea que fermosa salvo que tenía lindos cabellos sueltos por sus espaldas. El peón se puso cabe su señor diziendo:

–Aquel cavallero que ende viene soltó la dueña y mató a mi compañero.

Entonces el Cavallero de los Cisnes se fue contra el Cavallero de la Montaña diziendo:

–Cavallero, castigad a esse hombre, que sin temor de Dios ni vergüença fería muy crudamente a una noble dueña.

–¿E a vós –dixo el de la montaña– qué os va en lo que mi hombre faze por mi mandado? Antes vos digo que castigaré vuestra locura en querer entender en cosa que vos no atañe y atendedme, si sois cavallero, que sea armado como vós.

–Aquel que muestra su saña contra una dueña –dixo el Cavallero de los Cisnes– no le deve quedar cosa que de temer sea para los cavalleros.

A esta hora llegó la dueña herida en compañía de las otras donzellas diziendo:

–¡Señor cavallero, prended la falsa donzella!

Mas el Cavallero de la Montaña era armado de sus armas, e tomando una hacha de azero muy aguda y bien tajante y su hombre con él una flecha puesta en su arco firió al cavallero sobre el escudo, que según era fuerte no le passó, y él fue contra ellos con mucha saña, y firió al Cavallero de la Montaña sobre el hombro izquierdo, que las armas y la carne le cortó hasta los huessos y el Cavallero de la Montaña lo firió por el brocal del escudo, aunque fuerte era le entró la hacha bien por él. Urgandín el escudero, viendo que el peón quería ferir a su señor con otra flecha, fue contra él y antes que fazer lo pudiesse lo firió con su espada tan duramente que la cabeça le fendió fasta los ojos.

Los cavalleros andavan en su batalla faziéndose el más mal que podían, mas el Cavallero de los Cisnes, que para sí no quería la vergüença, llegose tanto al Cavallero de la Montaña que no lo pudo ferir sino con los tercios del espada, y fue el golpe tal que el yelmo fue bien abollado y las abolladuras le entraron por la carne, y assí atordido cayó a la otra parte,^{72r} lo que viendo la mala donzella encomençó de huir por la montaña, mas a las bozes que la dueña dava la siguió Urgandín el escudero, de guisa que la ovo de alcançar y la traxo a la dueña, que estava contando al cavallero la razón por que los peones la ferían diziéndole:

–Señor cavallero, pocos tiempos ha que soy casada con este cavallero, y aquella mala donzella con sus artes lo trae tan engañado que muchos días son passados que no haze vida conmigo como es razón, tanto la mala donzella lo trae a su mandar. De guisa que, queriendo allende de mi cuita tomar de mí sin causa vengança, dixo a mi marido que yo la avía amenazado de muerte con un cavallero mi hermano, que Azalor ha por nombre, y que no le daría más su amor si él no hiziesse su voluntad, y él gelo prometió bien, y verdaderamente tanto era enartado con sus malas artes y hizome traer a esta montaña como que veníamos a caça, y suso del valle hizo quedar mis donzellas por no ver la traición, y hizome atar y açotar cruelmente como avéis visto, alegrándose ella oyendo mis doloridas bozes y gemidos, y ella estava en esta cama de ramas con mi marido a su plazer.

Muy espantado fue el cavallero una mala donzella aver poder de cegar el juicio al cavallero que de tal villanía usasse con su mujer por amor de una alevosa, y dixo contra la mala donzella, que su escudero presa tenía:

–Pues que vós, no mirando la razón ni aviendo temor de Dios, a tal aleve faziades morir a esta dueña, yo vos faré poner en parte que ayáis emienda de vuestra maldad, que la dueña, pues es leal, no devía de su lealtad aver pena y vós de vuestro aleve sacar galardón.

Muy espantada de muerte fue la donzella oyendo aquellas malas nuevas.

–Por la fe que a Dios devéis, señor cavallero –dixo la dueña–, que hagáis justicia de la mala donzella y recibáis servicio de mí en mi casa, donde con vuestro plazer quiero llevar este cavallero mi marido que guarezca de sus llagas.

A esta hora el marido de la dueña se comenzó a estender, que era muy quebrantado. El cavallero fue a él y le sacó el yelmo de la cabeça y travándole de un braço lo alçó suso, que aún no avía entero acuerdo, y le dixo:

–Por vuestra fe, cavallero, que de aquí adelante améis más la lealtad y fermosura de la dueña vuestra mujer que la maldad de vuestra amiga, que faziendo lo contrario no solamente erráis contra Dios, mas quanto al mundo con gran menoscabo de vuestra honra.

–Assí lo faré como me lo dezís –dixo él–, que pues por ella cerca estuve de perder la vida, con el alma de aquí adelante avré d’ello mejor consejo.

Entonces demandó perdón a la dueña su mujer diziendo contra la mala donzella:

–¡Dios te confunda, mala hembra, que no es esta la primera diablura que me has hecho fazer! ¡Dios te quiera por ello castigar!

Y luego las donzellas del cavallero le apretaron las llagas y curaron la dueña de los crueles açotes, y assí todos de consuno se salieron a la calçada que guiava por la montaña y vieron el peón que atordido quedara fuir a unas altas xaras. El cavallero le dio bozes que bolviesse sin temor, mas él no quiso bolver de aquella vez a su llamamiento, que le avía cobrado mortal temor.

Estando assí todos en la calçada, llegaron a ellos tres cavalleros de casa del rey Alidoro. Traían consigo tres donzellas bien ataviadas. Y cuando llegaron los unos a los otros saludaronse muy cortésmente, y luego uno de los cavalleros conosció la dueña, que era su prima, y fue ende maravillado, y sabida la verdad como avía passado, reprehendió mucho a su marido, estrañándole aquel yerro y loando al Cavallero de los Cisnes, el cual le rogó que llevase aquella mala donzella a la corte del rey y la presentasse de su parte a Azelor. Los cavalleros fueron ende muy alegres, y tomando la mala donzella la llevaron a la corte y la presentaron a Azelor de parte del Cavallero de los Cisnes; y él la llevó delante del rey que la juzgasse, y sabida su traición, el rey la mandó apedrear por alevosa, que assí era ley establecida en aquellas partes.

El Cavallero de los Cisnes, quedando en la calçada, se despidió de la dueña y de su marido, que, aunque le afincaron mucho que quisiesse alvergar en su castillo porque era gran parte del día, no lo otorgó, antes se despidió agradeciéndole su buena voluntad y con su compañia tomó la vía que de antes llevaba. El Cavallero de la Montaña y la dueña se bolvieron a su castillo y dende en adelante vivieron en tanto amor y concordia que pocos casados avía en aquellas partes que más se amassen. Onde agora los dexemos y digamos de lo que se hizo en Cedrómpolis después de la partida del cavallero.^{72v}

¶ Capítulo lvij. De cómo el rey Alidoro perdonó al rey Rión la muerte de su sobrino y cómo mandó matar el gigante del soto y su compañero.

DIZE LA HISTORIA que toda la corte quedó muy triste por la partida del Cavallero de los Cisnes, la cual cuánta angustia puso en el tierno corazón de Elena por imposible dexo de escrevir, solamente que, cubriendo la alegría que solía tener con cobertura de tristeza y soledad, se retruxo a su aposentamiento fingiendo fallarse mal dispuesta, esparziendo muchas lágrimas con las cuales su corazón desfecho fuera si su fiel donzella no la consolara, la cual no menos sentía angustia de ver a su señora con pena que si ella misma la padeciese.

El rey Alidoro, después de la partida del cavallero, muy pocos días fizo juntar los altos hombres ancianos cavalleros de su corte, y siendo todos juntos ovo con ellos consejo de lo que del rey Rión de Tesalia devía de fazer, pues era culpado claramente por la batalla en la muerte de Arciles su sobrino. En lo cual ovo muchos pareceres como en tales casos comúnmente se suele fazer, de guisa que, como no se fizieron no se deven escrevir por brevedad, salvo que siendo assí juntos los altos hombres de su corte en una sala grande y fermosa, el rey Alidoro mandó traer delante de su presencia al rey Rión, que en poder y prisión era del conde de Berga, por el cual embió algunos cavalleros de su compañía, y en poca de hora vino el rey Rión y, aunque guarescido, era muy maltrecho y flaco de sus llagas. Traía vestida una aljuba de oro que el rey Alidoro le hizo dar, venía con el conde con gran pieça de cavalleros. El rey Alidoro lo rescibió muy bien y lo fizo assentar cabe sí, que, aunque su vassallo era y en su prisión, faziendo justicia no quería dexar de usar toda virtud y mesura, y luego otrosí fizo traer delante si el gigante Caulón y el otro cavallero que salido avían del soto por prender a Coroneo y a su compañero, como la historia lo ha devisado, los cuales vinieron con harto temor de la muerte como aquellos que por sus malas obras la merecían. Y siendo assí todos juntos, el rey Alidoro començó de hablar en esta manera:

–Muy notorio es a todo el mundo, rey Rión, cuánto no solamente avéis ofendido a Dios en la muerte sin causa de mi sobrino Arciles, más aún a mi real corona y estado, al cual por vuestros amigos y compañeros avéis procurado fazer aleve y traición como claramente se parece por lo que Tesilao el Encantador con vuestro favor hizo o consejo que por engaño prendió a mi hijo Coroneo y a otros cavalleros de mi casa, y assimesmo esse gigante y su compañero, aunque no es de creer su maldad aver procedido de vuestro mandado. Dexando esto, porque los que no ovieron emienda de su maldad como Tesilao no irán ende sin castigo, solamente quiero saber de vós, como de aquel que por derecho de la batalla y sentencia de los juezes sois condenado y culpado por la muerte de mi sobrino Arciles, cuál fue la causa que assí injustamente avéis muerto aquel cavallero.

El rey Rión, no pudiendo ya negar su pecado con palabras pues su culpa no avía podido defender con las armas, humildemente conociendo su maldad, aviendo de ella gran arrepentimiento, se fincó de inojos delante del rey Alidoro diziendo:

–Bien conozco, alto rey, que según mi merecer no devo atender salvo toda condenación y pena, y que en mí será empleada justamente teniendo más fiança en vuestra bondad que atrevimiento en mis malas obras, reconociendo con dolor mi pecado. Queriendo d'él satisfazer a vuestra voluntad me pongo en vuestras reales manos con fiança que siguiendo su acostumbrada virtud me querrá antes como a vassallo guardar la vida para su servicio sin lo merecer que dar la muerte para su vengança, aunque justamente, dándole yo ^{73r} mi fe de en todo hazer el cumplimiento de vuestro mandado con aquella lealtad que yo devo y soy tenuto a vós, mi señor.

Entonces el rey Alidoro lo hizo sentar y le dixo:

–Queriendo con piedad, rey Rión, moderar el rigor del derecho y vuestro merescimiento, aunque claramente vuestra culpa es conocida, mirando a los leales servicios que vuestros antepassados a los míos y a mí han hecho, queriendo que vença su gloriosa memoria y bondad vuestra presente culpa, vos perdono la muerte que érades merescedor por el crimen de mi lesa magestad y muerte de mi sobrino, con condición que, pues mis sobrinas no teniendo padre ni madre les matastes su hermano que las avía de honrar y

amparar, aunque el cargo d'ello mío era, en compensación del tal daño quiero que vós, como no avéis mujer, que casedes con Astidineda mi sobrina, que aunque en el estado igual no sea en el linaje no le tenéis mucha ventaja, queriendo otrosí que ella traspase el ducado de Caravia en su hermana menor, que sirve a la infanta Elena mi hija, y que los castillos de Grovalaz el Negro y de Caulón que ende es que los aya en dote otrosí la hermana de Astidineda, y esto quiero que se haga y se cumpla.

Muy contento fue el rey Rión de cumplir lo que el rey Alidoro le mandava, como aquel que de razón según sus obras más atendía muerte que esperança de vida. E viendo assí la piedad que el rey Alidoro con él usava, dándole por ello grandes agradescimientos, besando sus reales manos, dixo que le plazía de lo cumplir y que toda su vida le sería leal vassallo. E assí lo fue adelante, que no faltó cosa.

Y luego el rey Alidoro con consejo de sus altos hombres dio sentencia que el gigante Caulón y su compañero muriessen por la dicha traición que contra su real persona avían hecho, porque los otros de su fin no solamente oviessen pavor, mas tomassen exemplo, e assí se hizo, aunque con gran dolor del rey Rión. El gigante Caulón y su cavallero fueron descabeçados en la plaça de Cedrómpolis y toda la corte fue alegre de su emienda, y mucho más de la conveniencia del rey Rión con el rey Alidoro, ca era cavallero de gran bondad de armas y franqueza, y assí fue desposado con la donzella Astidineda en la capilla del rey con mucho plazer de todos los que presentes eran.

E Coroneo, viendo estas cosas assí desembargadas, siendo todo su cuidado más en ganar honra con las armas que estar en vida ociosa en casa del rey su padre, no perdiendo el desseo de la compañía del Cavallero de los Cisnes y de se provar en las hermosas aventuras del reino de Londres, mandó para aquel viaje hazer las mejores armas que ser pudiesse. Aviéndolo todo encubiertamente aparejado, salvo la voluntad del rey su padre, no cessando de su desseo, un día con mucha humildad demandó licencia al rey su padre trayéndole a la memoria cuánto los fijos de los reyes devrían de trabajar por ganar honra, porque a los que dexassen sus reinos y señoríos dexassen otrosí la fama de sus proezas por eredamiento de su virtud, diziéndole cómo en casa del rey Amadís la cavallería era mantenida en la mayor alteza del mundo, pidiéndole licencia para ver la corte de aquel rey por el mundo tan nombrado y las maravillas y aventuras de sus señoríos. Como el rey Alidoro fuesse un rey que más amava las cosas de la honra que las de la vida ni deleites, aunque amava a este hijo más que todas las cosas del mundo, y que aquella su partida le avía de causar gran soledad y para Coroneo gran peligro según l[o]s dudados cavalleros avía en Bretaña, proponiendo la virtud a la voluntad le dio tal licencia, encomendándole mucho las cosas de la honra que hiziesse de guisa que antes perdiesse la vida que un punto d'ella. Y con esto otras muchas cosas que al buen rey parecían convenir, aviendo de ir a tal parte donde avía hijos de los mayores reyes y señores de toda la cristiandad. E avida assí esta licencia, Coroneo se fue a la reina su madre y le dixo el caso de su partida, la cual oyéndola no menos fue triste que turbada, viendo a aquel su hijo ir por tierras estrañas, considerando en la flaqueza de su corazón como de las mujeres es natural aquel gran ruido de las armas, aquellos mortales y duros golpes que los cavalleros davan y rescebían, aquellas peligrosas y espantables aventuras que fallavan, temiendo ya su corazón a las tales cosas como si delante los ojos las tuviesse, avía ende en sí gran cuita, mas viendo que su hijo era cavallero y que para mantener tal exercicio con grandes afanes y peligros le convenía, con

mejor semblante, dándole su bendición, ^{73v} le otorgó la licencia. E luego otrosí Coroneo se fue a despedir de la infanta Elena su hermana, la cual, si de una parte fue triste por el amor que le tenía, por la otra fue alegre por saber que su hermano hazía aquel viaje por hallar al Cavallero de los Cisnes y, fallándolo, andar siempre en su compañía, y que andando assí de consuno siempre cabría nuevas de entrambos y que con achaque de embiar a su hermano embiaría otrosí al cavallero algún mensaje que le cumpliesse, y assí se estuvo hablando con su hermano mostrando gran sentimiento por su partida. Al cual el rey dava grande pieça de cavalleros, mas Coroneo se escusó diziendo que aquel viaje hazía como cavallero andante y no como hijo de tan alto rey, y que por ende que no quería más compañía de cuatro escuderos que le sirviessen, a los cuales el rey fizo dar tanto aver de oro y plata que por dos años le bastasse.

E siendo assí todo aparejado, al otro día, después que Coroneo oyó missa, el obispo le bendixo las nuevas armas y él las vestió en el nombre de Dios, y con la bendición de su padre y madre y gran soledad de su hermana y de toda la corte se partió de Cedrómpolis tomando la más derecha vía de Bretaña, donde agora lo dexemos ir por su camino y tornemos a hablar del Cavallero de los Cisnes.

¶ Capítulo lviii. De cómo el Cavallero de los Cisnes fue a la Torre Encantada y de la batalla que ende ovo con los cavaller[o]s de la Sabia Donzella.

ANDANDO EL CAVALLERO por sus jornadas, después que de la dueña y de su marido se partió de la montaña, entrando un día por la mañana por un robleal que en una tierra llana era, vido venir contra sí una donzella estraña encima de un palafren tordillo. Traía una vaina de un espada muy rica ceñida a su cuello y tanto que llegó al cavallero le dixo:

– Buen cavallero, seáis muy bienvenido como aquel que días ha que atiende en esta tierra.

– Hermosa donzella – dixo él – y vos muy bien hallada, ¿qué es lo que de mí mandáis?

E luego la donzella sacó la vaina del cuello, que con un tiracol muy rico ceñida avía, diziendo:

– Señor cavallero, mi señora os embía esta vaina que traíais por su amor dexando esotra que traéis, porque ésta conservará la fineza de vuestra espada, y trayéndola con vos ningunos encantamientos vos podrán ende nuzir, que, según la aventura en que ides, sin tal aparejo mucho daño os podría venir.

– Buena donzella – dixo el cavallero –, yo no se quién es vuestra señora que tan hermoso don me embía, mas quienquiera que ella es no me tiene mala voluntad según la gran merced que me faze.

E tomando la vaina en la mano vio que era la más rica que nunca viera, y no fue tan alegre de su riqueza como de la virtud de que la donzella la alabava, y dixo:

– Buena amiga, mucho os ruego que me digáis quién me da tan estraño don para que pue de le servir en lo que pudiere y a vos galardonar el gran trabajo en que vos posistes por me lo traer, aunque según el don y la bondad de que se loa muy de ligero lo podríamos adevinar.

La donzella se rió de gana diziendo:

– Urganda, mi señora, se os embía mucho a encomendar y dezir que lo más presto que pudierdes vos vais para Bretaña porque mucha necessidad avrá allá presto de vuestra persona.

E antes que el cavallero le respondiesse dio del açote a su palafrén, que tan ligero era que en poca de hora la perdieron de vista, mas ni él ni sus donzellas la conocieron por las antifazes que llevaba, mas ésta era la donzella que avía ido a Macedonia. El cavallero sacó el espada de la vaina antigua y la metió en aquella fresca y hermosa, y venía tanto por medida como si a sabiendas se hiziera, y echola a su cuello hallándose muy alegre con tal joya.

Y andando assí por el robledal, que grande y espesso era a maravilla, vio a la salida d'él una torre tan alta y tan hermosa que dudó en el mundo hallarse otra que a ésta se igualasse. Era hecha de estraña manera: avía ocho esquinas de cantos negros, lo ^{7^{er}} medio de mármoles blancos, las almenas todas de cristal, los portales de finos jaspes, las puertas de un madero que en Arabia ay que mucho huele. Era cercada de grandes cavas y hondas, a la puerta de la torre en una pequeña plaça que ende era avía la más hermosa fuente que hombres nunca vieron: era un gigante hecho de mármol de altura de siete varas armado de todas armas salvo el yelmo, avía muchos cabellos y crespos y la barba otrosí crescida, y saliale por la boca un grande caño de agua que caía en una pila grande de piedra labrada y muy hermosa. Y llegado el cavallero y sus donzellas a la fuente, todos fueron maravillados de la grandeza del gigante y frescura de la fuente. Y llegándose más el cavallero al gigante, vio que tenía unas letras tajadas en los pechos que dezía:

Ningún cavallero puede entrar en esta Torre sin batalla, y si fuere rey cristiano o fijo de rey no le vendrá mal por ello si fiziere el mandado de la señora. E todo otro cavallero será en prisión, mas no de fierros.

Las letras eran griegas y bien tajadas. El cavallero las leyó y fue mucho maravillado y no podía entender su sentencia. Estando assí pensando, el cavallo, que muy aquejado era de sed, abaxó la cabeça por beber del agua; el cavallero le echó las riendas sobre el cuello para que bebiesse, el cual, tanto que el agua ovo gustado, cayó desapoderado en el suelo con su señor que, como estava en descuido, fue mucho quebrantado de la caída y levantose a grande afán, mas su cavallo no se podía levantar como aquel que encantado estava: que tal era la virtud del agua de la fuente, que quien d'ella bevía sin sentido caía en el suelo con la fuerça del encantamiento.

El cavallero oyó gran rebuelta en la Torre y estruendo de armas, y fue muy triste por le faltar a tal tiempo su cavallo, que era tal que pocos mejores se fallarían en el mundo. E luego la puerta de la Torre fue abierta y salió a él un cavallero armado de todas armas blandiendo una lança gruesa. El cavallero no tuvo tiempo de tomar el cavallo de su escudero, mas ni por ello perdió el ardimiento de su corazón, antes poniendo el escudo delante de los pechos tomó la lança terciada en la mano y atendió lo que quería. El Cavallero de la Torre le dixo:

–Jurad, cavallero, si sois rey o fijo de rey, y entraréis en la Torre con tanto que me deis vuestro escudo y lança por mi trabajo y faréis el mandado de la señora de la Torre.

–Ninguna cosa d'essas tengo de fazer –dixo el cavallero–, endemás de os dar mis armas, que más sería por ello reprehendido de covarde que loado de liberal.

–Pues luego –dixo el Cavallero de la Torre–, ¿venido eres a batalla y a prisión?

–De la batalla –dixo él– no faltaré, de la prisión dudo porque otra fiança tengo en Dios.

Entonces el Cavallero de la Torre tomó la lança de sobremano y arremetió al más ir de su cavallo contra el cavallero y ferioló tan rezió sobre el escudo que lo fizo finojar por caer, mas no fue a tierra; y levantose con mucha saña y arrojó la lança al cavallero que passava, que no le valió la loriga que no entrasse por una ijada y saliesse a la otra parte, y el cavallero fue luego muerto.

A esta hora, en una ventana de la Torre se assomó una donzella y començó a dezir:

–¡Salid, salid, cavalleros, y vengad la muerte de vuestro hermano!

Y él como oyó las bozes sacó la lança del cavallero muerto y cavalgó muy ligeramente en el cavallo y cubriose de su escudo, y esforçó las donzellas que no oviessen pavor, que Dios sería en su ayuda. Ellas lo encomendavan a Dios que lo guardasse de peligro. E luego salieron por la puerta de la Torre cuatro cavalleros bien armados diziendo:

–¡Mal cavallero, conviene que muráis por el que matastes, que mejor era que vós!

El cavallero no les quiso dar respuesta, antes arremetió a ellos con gran esfuerço y al que delante venía encontró de tal suerte que el fierro de la lança le salió a las espaldas y cayó muerto por las ancas del cavallo. Los otros tres lo encontraron fuertemente y quebraron sus lanças, que ninguno falleció de su encuentro, mas no le pudieron arrancar de la silla, y echaron mano a las espadas y començaron de lo ferir por todas partes, mas él, que no estava de espacio, hería otrosí a ellos de bravos y mortales golpes de guisa que, alcançando al uno d'ellos por encima del yelmo, que gran llaga le hizo en la cabeça, sintiéndose el cavallero mucho del golpe se quitó a fuera y se acogió a la Torre. Los otros dos lo hazían muy esforçadamente. El cavallero andava muy sañado por la pérdida de su cavallo y porque no le acometían como buenos y leales cavalleros; y dio tal golpe al uno por el brocal del escudo que gelo hendió fasta las embraçaduras y le cortó la mano por la muñeca, que con el escudo le cayó en el campo, y él començó de fuir con el gran dolor^{74v} del golpe, y el otro hizo lo mismo con el gran temor que le avía, y él los siguió y entró dentro de las puertas de la Torre, y halló dos peones armados de lorigas y espadas y capellinas, que porteros eran de la Torre, y por amparar los cavalleros le metieron las espadas por el cavallo de guisa que el cavallo cayó con él en tierra y él salió d'él muy ligeramente con su espada en la mano y fue contra los peones, y dio al uno d'ellos tal golpe sobre la capellina que gran parte d'ella con la carne le echó a tierra, lo que viendo el otro peón se hincó de rodillas demandando merced, y él, parando mientes, vio los cavalleros sobir por una grande escalera de piedra que a lo alto de la Torre guiava y él, queriéndolos seguir, vio a Urgandín su escudero y las donzellas a la puerta de la Torre y queriendo entrar dentro cayeron desapoderados, assí ellos como los palafrenes encantados sin sentido. E viéndolo el cavallero, fue el más cuitado hombre del mundo que más pesar oviessse, y creciéndole la saña, a grandes passos fue contra la escalera por donde avía visto sobir los cavalleros para tomar en ellos cruda vengança, los cuales se avían acogido a la Sabia Donzella diziendo a grandes bozes:

–¡Señora! ¿Por qué no nos valéis con vuestro saber que assí somos todos muertos y escarnidos por un solo cavallero?

La donzella estava en medio de la sala faziendo muy fuertes encantamientos para encantar al cavallero, mas, como la sabia Urganda en el mundo par no tenía en el arte del encantar, no pudieron nuzir estos encantamientos al cavallero según la gran virtud de la vaina que ella le avía embiado, y por tanto sin contraste ninguno entrava este cavallero por aquellos lugares encantados. La mala donzella, en viendo el cavallero entrar en su sala

con la espada toda teñida de sangre y él muy bravo y sañudo, fue tan turbada que, desconfiando de su saber y encantamiento, quiso fuir, mas el cavallero la alcançó diziendo:

–¡Mala donzella, no os iréis assí alabando de la burla que me avéis hecho con engaños de vuestras artes!

¶ Capítulo lix. De cómo siendo presa la mala donzella mostró su estraña librería al cavallero y le desencantó su escudero y donzellas.

PRENDIENDO EL CAVALLERO la mala donzella como avéis oído, teniéndola por la manga de su vestidura, la amenazó con su espada diziendo:

–Pues que vuestras artes tanto pueden que con la ayuda de los diablos quitan los hombres de su natural seso y alegría, quiero que luego desencantéis mi compañía, si no, en pago d'ello, me dexaréis en la mano essa vuestra cabeça, de quien tanto Dios es deservido y sus siervos tan maltratados.

La donzella, temblando de temor delante de aquel que los muy esforçados cavalleros temblar devían, con una boz flaca dixo que le diesse la vida y que ella desencantaría sus hombres y que bastasse para con ella el castigo, que tenía en pago de su yerro ser sus cavalleros todos muertos y tollidos, y lo que más sentía no le poder a él nuzir con sus artes y gran saber.

–Pues aí veréis –dixo el cavallero– el poder de Dios, que no siendo su voluntad con vuestros encantamientos no me avéis podido dañar, porque todas las cosas d'este mundo son en su mano y poder que lo qu'Él no quiere no ay quién lo acabe, y quién lo ál quiere tentar en este mundo suele aver castigo al cuerpo y en el otro pena al ánima, y porque mi compañía más no pene venidla luego a desencantar.

–Plázeme –dixo ella–, mas quiero ir primero a mi librería por un libro que es necesario para el tal exercicio.

El cavallero, temiéndose que le faría algún engaño, no la quiso soltar de la mano, antes le dixo:

–Guiadme, donzella, adonde tenéis esse libro, ca mucho quiero ver vuestra librería.

Ella lo guió y subieron a lo más alto de la Torre donde ella tenía su librería en una cámara muy apartada, la cual era muy grande y toda a la redonda cercada de libros de muchas guarniciones muy ricas, y a la entrada ^{75r} tenía una esfera de metal que ocupava gran espacio, tenía todo el astrolabio, todos los sinos y planetas fechos de metal; en conclusión, que tenía allí artificial otro cielo a figura y semejança de lo de arriba. Tenía entre los libros dos estatuas de hombre fechas de latón con muchos puntos, rayas, círculos y señales por todo el cuerpo, por donde ella sacava muchas cosas delante de su estudio. Tenía otrosí hechas de metal la infanta Melía y Urganda la Desconoscida con los libros abiertos en las manos y sus nombres escriptos en las frentes. El cavallero le preguntó por qué causa assí tenía aquellas imágenes.

–Yo os lo diré –dixo ella–. Estas son las dos mayores sabidoras de arte de encantar que ovo en el mundo ni avrá; yo, con mucho desseo de les semejar en el saber, tengolas ante mí porque su presencia y memoria me acrescienten los desseos de lo ser y enciten al estudio con mayor diligencia, con grande embidia de su fama.

–En vano trabajavas –dixo él–, ca en el mundo ninguna puede ser igual a Urganda, así en el saber como en la virtud, ca su fama esclarece entre las sabias como la luna entre las estrellas.

–Cuanto más d'ella dixerdes –dixo la donzella–, más de loar es mi desseo, pues de le semejar era mi propósito, y pues que avéis visto mi librería, ved agora mi casa de oración do suelo sacrificar a mis dioses.

Esto le dezía la donzella porque allí era la fuerça de todo su encantamiento: tenía allí un ídolo que le hablava muchas vezes y dezía las cosas venideras, y pensava que entrando allí no podría guarecer de ser encantado. Y entrando el cavallero en una pequeña cámara que cabe la otra era, y el ídolo, que en ella estava, dio una gran boz diziendo: *¡Desventurada donzella, perdido me has y tu saber perdido es!* Mucho fue espantado el cavallero y hizo la señal de la cruz + en la frente y passó adelante, y vido el ídolo en tierra y la cámara llena de fumo negro y espesso que apenas se podían ver y hedía a piedraçufre, y el humo y el hedor turó gran rato. La donzella fue desmayada de muerte como aquella que en vano trabajava de querer nuzir al cavallero, el cual le dixo:

–Donzella, bien parece esto obras del diablo, que en oyendo la palabra de Dios se afrentan. Salgamos de tan ponçoñoso y triste lugar.

Y saliéndose a la otra cámara, la mala donzella se fue a un cantón de la librería a do tenía tres pilas grandes de mármol llenas de aguas encantadas curadas y muchas raíces de yervas cogidas con hoces de diversos metales, y sacando de cada pila una poca de agua en una calderilla de latón tomó unas yervas que colgadas tenía segadas de noche en tiempos, sazón, puntos y horas. Y tomando el agua de las tres pilas y las yervas y el libro, diziendo al cavallero que fuessen cuando mandassen.

–El temprano me parece tardío –dixo él–, según la mucha pena siento de su trabajo.

Y en saliendo de la cámara, baxaron a lo baxo y la donzella llamó sus criadas que le ayudassen a aquel menester, las cuales, tomando lumbre con su señora, abaxaron adonde las donzellas y escudero y palafrenes encantados eran. E luego la donzella abrió el libro y leyó en muchas fojas y después echoles de aquel agua por las caras y tornó otra vez a leer en otra parte y hizo encender las raíces, y el fumo les puso a las narizes con que súpitamente despertaron como si acordassen de alto sueño. E luego las donzellas asieron al cavallero de la falda del arnés con gran miedo del encantamiento y él les dixo:

–No temáis ninguna cosa, que yo os defenderé.

Entonces dixo a la donzella que le desencantasse los cavallos y palafrenes y ella lo fizo así como a las donzellas y escudero avía fecho, y el escudero del cavallero metió luego el cavallo de su señor dentro en la Torre. Entonces el cavallero dixo a la donzella que le diese aquel libro, porque, si hasta allí con él le hiziera bien, que dende en delante no le hiziesse mal.

–Baste, señor cavallero –dixo ella–, para vengança de una flaca mujer como yo la que avéis tomado matándome mis hombres. Teniéndome en vuestra prisión, mucho os ruego que me dexéis libre mi Torre como a donzella pobre y extranjera y con lo fecho os vais contento.

–En quanto vuestro mal vivir turare –dixo él–, no puedo yo de lo hecho estar contento, pues que de vós ninguna emienda es tomada: dexad los engaños de los dioses que adoráis y quemá toda vuestra librería y bolveos cristiana, y como agora me tenéis por vuestro enemigo me tendréis por vuestro amigo y os dexaré pacífica en vuestra Torre y fazienda.

–Más sentiría yo la pérdida de mis libros –dixo ella– que la de la vida ni fazienda, endemás de dexar el dulce y sabroso estudio de mis artes, que la muerte sola tiene poder para ello.

El cavallero, viendo su dureza, no quiso más porfiar sabiendo que en la materia ^{75v} dura muy mal se emprime la forma.

¶ Capítulo lx. En que se recuenta los presciados cavalleros que la Sabia Donzella tenía en su encantamiento.

PENSANDO MUCHO EL cavallero en los grandes encantamientos que aquella donzella tenía y que a tan señalada Torre no podían dexar de venir algunos cavalleros siguiendo su natural oficio que es poner sus personas en las bravas y estrañas aventuras, conociendo que, según el amor con que la donzella los cavalleros acogía en su Torre, que muchos devría tener en su prisión, le dixo muy afincadamente, como que de cierto lo sabía, que desencantasse luego los cavalleros que en su encantamiento tenía.

–Bien veo, señor cavallero –dixo la donzella–, que, cuando mi gran saber no os ha podido nuzir, ninguna cosa que menos me aprovechara a mí negar, conociendo que ningún hombre mortal podía acabar lo que vós avéis acabado, creyendo yo que las fuerças de mis encantamientos, si sola Urganda, no otra persona del mundo los podría desfazer, mayormente siendo vós cavallero, a los cuales más el exercicio de las armas que el estudio de las letras conviene; yo no sé vuestro nombre, mas de razón vos deven llamar el Cavallero Encantado, pues vós quebráis los encantamientos y ellos a vós no vos pueden nuzir, y pues que más no puedo hazer, seguidme, que yo os mostraré lo que desseáis. De uno sólo me pesa que, según lo que estremadamente le amo, sacándomelo de poder antes querría que me sacassen el coraçón y rasgassen las entrañas.

Y tomando al cavallero consigo, fueron a un rico aposentamiento que en medio de la Torre estava, y a la puerta fallaron dos grandes dragones que la donzella tenía por guardas, y como vieron al cavallero se tendieron en el suelo como dormientes y passaron por ellos y entraron en la cámara, que grande y hermosa era, y vieron andar por ella cavalleros passeando y otros estavan sentados que el encantamiento no les tenía alexados de sus naturales fuerças salvo tanto que allí entravan olvidavan todas las cosas passadas assí de padres como de madres, de sus tierras y amigos, y otrosí de amor si antes lo avían tenido. Andavanse por aquella cámara unos espantados de otros, ni se hablaban ni se entendían, tanto eran enajenados de su natural seso y alvedrío en quanto estavan dentro de aquella cámara encantada, de la cual, si salían luego, cobravan su habla y discreción, mas la donzella, aunque las puertas dexasse abiertas, no podían salir fuera los encantados.

E parando el cavallero mientes en la gran cuita de aquellos cavalleros, conoció al infante Falangrís, hijo del rey Norandel, y a Abiés de Sansueña, fijo de don Cuadragante, y fue el más espantado hombre del mundo, que los dexara dentro en Constantinopla y los hallava en tan esquivo encantamiento; y pensando en las aventuras que por él avían pasado juzgó que assí alguna aventura los sacaría a ellos de su tierra y traería a tan esquivo lugar. Y determinando de se le no dar a conocer hasta que más valiesse en las armas y

cobratesse mayor fama y nombradía, dixo a la donzella que los desencantasse, y ella les echó del agua de las tres pilas por los rostros y cobraron luego su alegría, y fueron ende tan espantados como si de la muerte a la vida los tornassen, que hasta allí una cosa ni otra no sentían. Y sacándolos fuera de aquella cámara, fueron todos tornados en sus estados como de antes y alçaron las manos al cielo dando gracias a Dios por aquella merced que les fazia. Los dragones de la puerta, tanto que ellos salían de la cámara, dieron dos bramidos tan grandes que parecía caerse aquella gran Torre, y echando fuego y fumo mezclado por las narizes, desaparecieron delante de sus ojos. La donzella viendo todo su saber perdido y su fuerte Torre tomada y en poder de quien ella no entendía de cobrarla, y viéndose apartada del infante Falangrís que ella tanto amava y desseava aver por marido, fue desesperada de la vida, y ayudándole el enemigo malo con sus sotiles engaños, ovo el fin de su vida como agora oiréis.^{76r}

¶ Capítulo Ixj. De cómo la mala donzella se despeñó de la Torre abaxo y los cavalleros dixerón sus aventuras al Cavallero de los Cisnes.

QUERIENDO EL DIABLO traer la mala donzella a la fin que su vida merecía, pu-sola en tanta desesperación que, pensando cómo diesse amarga fin a sus días, vinole en mientes de se despeñar de la Torre abaxo, y queriendo poner en obra su pensamiento dixo al Cavallero de los Cisnes:

–Fasta aquí, cavallero, avéis visto los secretos de mi Torre, agora de mi voluntad vos quiero mostrar otro gran secreto de que más os maravillaréis que de las passadas.

–Mucho seré alegre –dixo él, creyendo que otrosí no pesara a estos cavalleros de ver essa maravilla.

–Pues seguidme –dixo la donzella.

Y ellos la siguieron hasta el somo de la Torre, que tan alta era que si la vista no faltasse bien se podría ende ver gran parte del mundo, y la donzella viendo su Torre desencantada y su saber todo vencido y sus libros que ella tanto presciava en poder de enemigos y apartada de aquel fermoso infante Falangrís que tanto como su vida amava, puesta en estrema desesperación, ante del trago de la dolorosa muerte, quiso tentar si la daría primero a aquel que la suya le causava, y siendo cerca del Cavallero de los Cisnes que muy llegado estava a las almenas dixo:

–Dende aquí se vee la Gran Bretaña, Gaula y tierra de Escocia.

Y el cavallero parando mientes, la donzella le puso las manos y lo puxó tan rezió que por poco lo oviera batido de la Torre abaxo, mas él, sintiendo que le ponían las manos en las espaldas para lo derrocar, afirmose en los pies y puso las manos en una almena que grande y fuerte era y assí se detuvo. La donzella, como vio que no avía podido acabar su traición, muy ligeramente antes que d’ella asiessen se despeñó de la Torre abaxo; su cuerpo fue hecho en menudas pieças y luego oyeron un grande y espantable trueno y vieron una legión de diablos que visiblemente llevavan su alma por los aires haziendo grandes plazerés y alegrías. Los cavalleros fueron muy espantados y bien vieron que la donzella les avía dicho verdad, que le mostraría mayor maravilla que las que avían visto, y santiguaronse mucho y se fueron en una sala donde avía muchos y ricos assientos.

Los cavalleros, como fasta allí avían sido espantados del su esquivo encantamiento, viéndose agora en entera libertad, eran en sí tan alegres quanto espantados de la bondad del cavallero, y luego Falangrís, como aquel en quien cabía todo esfuerço y buena criança, se fue para el cavallero diziendo:

– Señor cavallero, pues que a todos nos librástes de tal peligro y distes cima a tal aventura, mucho vos desseamos conocer para serviros la buena obra que nos fezistes, que cierto avéis fecho a Dios gran servicio en sacar del mundo tan mala donzella y a nós avéis echado gran cargo y obligación, allende de ganar grande honra, y plégavos de nos dezir vuestro nombre y fazienda, pues que somos ganosos de la saber para hazer vuestro mandado.

– Muy nobles señores –respondió el cavallero–, por muy bienandante me devo aver y en mucha obligación soy a Dios de me traer a parte que yo pudiesse aprovechar y servir a tan noble compañía, que aunque la muerte me sobreviniera por libramiento de vuestras personas no era de doler ni sentir, pues que tan altamente se empleava. De la obra rescebida no tenéis que me agradecer salvo a Dios, que viendo vuestra bondad no quiso que esta mala donzella os atormentasse luengamente con sus artes, y aunque vos encubra mi nombre, buenos señores, no os pese, que, pues ganada tenéis la voluntad para vuestro servicio, no os deve penar saber mi fazienda por vuestro contentamiento.

Viendo Falangrís que el cavallero se quería encobrir, no le quiso más ahincar, aunque su coraçón le dezía ser aquel Lisuarte que él buscava, y assí, no perdiendo la sospecha de su coraçón, le dixo:

– Bien creemos, señor cavallero, que según vuestra gran bondad de armas que no le faltará la virtud del coraçón y nobleza de las buenas maneras, y por ende os desseamos todos conocer ^{76v} y servir, y de mí os digo que si no fuesse por una aventura en que ando, que por mi grado no me apartaría de vuestro servicio y compañía.

El cavallero gelo agradesció con mucha mesura, rogándoles a todos muy humildemente que le dixessen de sus faziendas y aventuras que los traxeron a tan esquivo lugar y encantamiento. Don Falangrís, tomando a Abiés de Sansueña por la mano, le dixo:

– De mi compañero y de mí os quiero dezir nuestras aventuras. Sabed que muchos días son passados que Lisuarte, hijo del emperador de Costantinopla, con otro donzel de alta guisa, se salieron de la corte por grande aventura y no se sabe qué es d’ellos. Nosotros, como servíamos al emperador viendo su pasión y cuita, y cuita de la emperatriz y el desseo que él tenía de saber de su hijo, suplicámosle que nos armasse cavalleros para le ir buscar por todo el mundo, y él nos lo otorgó por su virtud. Y tanto que fuimos cavalleros nos partimos luego de Constantinopla y aportamos en Bretaña en casa del rey Amadís su abuelo, creyendo que en sus señoríos sabríamos d’ellos nuevas; lo que hallamos por el contrario que el rey Amadís d’él no sabía, mas ovo ende grande pesar en su nieto assí aver desaparecido. E al tiempo que aí llegamos llegó otrosí un cavallero estraño, que Madancedón avía nombre, y se presentó al rey Amadís de la parte de un cavallero estraño que traía la misma divisa que vós traéis y contó la razón de su batalla, diziendo d’él y de otro su compañero grandes maravillas, y nosotros, pensando que aquellos podrían ser los que buscávamos, pues tanto de grado tomaron la batalla por el rey Amadís, y con la tal sospecha nos partimos de Bretaña en su demanda, y llegando a esta Torre ovimos batalla con siete cavalleros de la donzella y matamos los dos d’ellos, y los otros cinco, no nos pudiendo turar se nos acogeron a la Torre, y entrando nosotros tras ellos caímos encantados en el suelo con los

cavallos y fuimos presos y metidos en la cámara encantada, y la donzella me ha requerido muchas vezes que le diesse mi amor y la tomasse por amiga, prometiéndome por ello grandes galardones, mas yo, viendo ser ella mala y fuera de nuestra ley, le desvié siempre su propósito hasta agora. Y sabed que me llaman Falangrís, hijo del rey Norandel, y a mi compañero llaman Abiés de Sansueña, fijo de don Cuadragante, si lo oístes ya nombrar.

–Muchas gracias, señores cavalleros –dixo él–, devo dar a Dios de tales hombres recibir de mi servicio, que cierto vuestros padres por su clara bondad son muy nombrados por el mundo, y essotros dos cavalleros que buscáis yo los vi no ha muchos días en el ducado de Suecia y eran partidos para Bretaña, y allá los podéis fallar mejor que en ninguna otra parte.

Falangrís y su compañero, oyendo aquellas nuevas fueron más alegres hombres del mundo y dixeron al cavallero que más alegría les avía dado con aquellas nuevas que en los sacar del encantamiento en que avían estado, y que luego les convenía partirse en su demanda, y que hasta la acabar no tomarían reposo ni bolverían a Constantinopla.

–Dios quiera cumplir vuestros desseos –dixo él–, que mucha razón tenéis de tomar todo afán por hallar tales hombres, y sin duda que en Bretaña los hallaréis según de sus desseos he deprendido.

E diziendo esto se levantó en pie un cavallero entrado en días, y tomó por la mano otro cavallero mancebo y dixo:

–Buen cavallero, nosotros somos naturales de Bretaña y a mí me llaman los que me conocen Dinadáus; soy sobrino del rey Lisuarte y ha cerca de treinta años que soy fuera de Bretaña desde el tiempo que Arcaláus hizo la gran traición al rey mi tío en Londres cuando prendió a él y a Oriana, y Barsinán, señor de Sansueña, quiso tomar el reino. Desde aquel tiempo me partí de la corte con una donzella por mandado del rey mi tío para le desfazer de un agravio, lo que con el ayuda de Dios acabé en mi honra, y después me partí por tierras estrañas y apartadas hallando muchas y bravas aventuras, d'ellas acabando en mi honra, otras me sucediendo al contrario, que estuve preso en poder de un cruel y esquivo gigante, y por una aventura salí de su prisión, y cobrando mis armas ove con él batalla y lo maté. Y después, andando por otras muchas tierras muy apartadas, vine a dar a esta Torre y fui encantado por la donzella, y ha siete años que estoy en su encantamiento, y agora gracias a Dios en mi libertad para hazer vuestro mandado.

E tanto que esto ovo dicho, Falangrís se fue a él y lo abraçó con mucho acatamiento y amor como aquellos que tanto deudo se avían. E Dinadáus fue ende muy alegre. Entonces el otro cavallero les empeçó otrosí de dezir:

–Buenos señores, mi nombre es Odoardo, hijo de don Grumedán, ^{77^{te}} amo de la reina Brisena, alférez mayor del rey Lisuarte. Este cavallero –dixo por Dinadáus– lo podría bien conoscer, lo que vosotros señores no haríades por vuestra poca edad.

–Eso podéis vós bien jurar –dixo Dinadáus–, que don Grumedán vuestro padre no solamente de los de la corte era muy amado, mas en partes estrañas muy conoscido por la bondad de sus maneras y valor de su persona.

–Pues –dixo Odoardo– al tiempo que él murió en Constantinopla con el rey Lisuarte, yo quedé muy niño, y después que fui en edad de ser cavallero, como el rey Amadís y sus hermanos y el emperador de Constantinopla y los otros señores eran encantados por Urganda la Desconocida, fui armado cavallero por manos del rey Arbán de Norgales, que a

la sazón governava el reino de la Gran Bretaña. Y buscando las aventuras, fui llevado por engaño de una donzella a la Isla de la Perdición, que fuera del rey Meliaxarte y era del jayán Brutervo y de tres sus fijos gigantes, donde ove batalla con uno d'ellos, que Orián el Crespo se llamava, y aunque en ella hize todo mi poder fui preso y metido en la esquivia cárcel de Brutervo su padre, donde me libró un cavallero llamado Florisando, que otrosí avía librado a don Galvanes y a Angriote de Estraváus y otros muchos cavalleros, donde, sabiendo que Bretaña estava en mucho aprieto de guerra por venida de los infieles, me partí por mi parte para ella, y quiso mi ventura guiarme a esta Torre, donde, hallando la puerta abierta, entré dentro y caí desapoderado de mis sentidos, y por ello no pude ir a Bretaña como desseava.

Y assí era verdad, que este Odoardo era muy presciado cavallero y peleó con Orián el Crespo tan bravamente que lo hirió en muchas partes y fizo más solo en aquella batalla que tres otros cavalleros muy buenos, mas la fortaleza del gigante era tal que cinco cavalleros no le tenían campo. E cuando Florisando ganó el castillo de Certa lo sacó de la cárcel, como la historia lo ha contado.

Pues tornando a la historia, tanto que aquellos cavalleros oyeron aquél ser Odoardo, fueron muy alegres con él, endemás el Cavallero de los Cisnes, que mucho oyera dezir de la bondad de su padre y que avía sido muy leal amigo al rey Amadís su abuelo y a todos los cavalleros de su linaje, y tomó ende mucho amor con este cavallero y lo amó de corazón toda su vida. Los otros cavalleros se abraçaron con mucho amor los unos a los otros. E don Falangrís les contó las grandes maravillas y espantables batallas que en la Gran Bretaña avían acontecido, de que Dinadáus y Odoardo fueron mucho espantados, mayormente cuando oyeron que el rey Amadís y sus hermanos eran desencantados y tornados a la luz d'este mundo y restituidos a sus señoríos, y fueron ende tanto alegres y pagados como si les dieran grandes tierras y señoríos, y dando por ello gracias a Dios determinaron de se partir luego para Bretaña.

¶ Capítulo lxij. De cómo los cavalleros supieron quién era la Donzella Encantadora y por qué hazía aquellos encantamientos, y cómo sus libros fueron todos quemados.

ESTANDO LOS CAVALLEROS en esta habla, oyeron grandes bozes y gritos de donzellas que lloravan muy tristemente y fueron allá, y hallaron cinco donzellas que fazían muy amargo llanto por la muerte de su señora; y lloravan tan agramente que ellos ovieron compasión de su lloro. El Cavallero de los Cisnes las consoló diziendo:

– Buenas donzellas, Dios vos consuele y dé alegría, ca mucho nos pesa de vuestra tristeza, y no devríades vosotras llorar tan agramente la muerte de vuestra señora, pues a ella le plugo morir, que su mala vida no podía aver otro fin. Si vosotras no quisierdes seguir sus^{77v} maneras, nosotros os faremos toda honra, de guisa que d'ella perdáis la soledad.

Las donzellas se lo agradescieron mucho, rescibiendo su buena voluntad. El cavallero les rogó que dixessen la fazienda de su señora y por qué hazía aquellos encantamientos a los cavalleros.

–Sabed, señor –dixo la una d’ellas–, que esta nuestra señora era hija del duque de Tebas, muy gran señor en Egipto, y desde su niñez tanto fue dada al estudio de la mágica que según su sotleza en poco tiempo no avía quién se le igualasse, tanto que por su gran saber fue llamada la Sabia Donzella. Estando ella en casa de su padre le dixo la boz de un ídolo, que en toda aquella tierra se adorava, que se partiesse de Egipto y viniesse contra Breña y que punasse de aver un hijo de rey cristiano o de hijo de rey, porque sería por ello la más bienaventurada donzella del mundo, porque su hijo sería el mejor cavallero que se hallasse, y que más perseguiría a los cristianos y que más ensalçasse la seta de los dioses, y que ella sería reina de grandes tierras y señoríos. Lo que creyendo nuestra señora ser verdad como el ídolo le dezía, se partió escondidamente de Egipto y se vino por sus jornadas fasta esta tierra, donde, viendo la sabrosa morada que se podía hazer, fizo esta hermosa Torre con tales encantamientos como avéis visto, porque los cavalleros que a ella viniessen y venciessen los suyos, que ella los venciesse con sus artes y encantaciones para aver en su poder algún rey cristiano o hijo de rey para tomar el consejo que el ídolo le avía dado. Y ha diez años que mora en esta Torre y nunca a ella vino cavallero de tal guisa, salvo muy pocos días ha que llegó aquí el hijo del rey Norandel, según lo sopimos de un escudero suyo, al cual nuestra señora hizo dar tales tormentos que lo ovo de confessar, y de su hermosura fue mi señora tanto pagada que nunca cosa desseó tanto como tenerlo a su mandado y jamás lo ha podido acabar con él; y tenialo assí encantado hasta que oviesse en su encantamiento algún rey o hijo de rey para dar a él amarga muerte, porque avía menospreciado su saber y hermosura. Porque por las guerras grandes que fasta aquí fueron en Breña y defendimiento de las aventuras no han passado por aquí otros cavalleros, mas de aquí en delante los atendía mi señora, y su ídolo le avía dicho que antes de pocos días vernía a su casa el hijo del mayor señor de cristianos y mejor cavallero del mundo, y de creer es que por vós, señor Cavallero de los Cisnes, lo dezía, según lo que avéis mostrado contra sus cavalleros y encantamientos, y, si éste sois, no vos deven tanto preciar por el alto linaje de donde venís como por la alta bondad de armas que poseéis, que no solamente matastes sus cavalleros, que eran los mejores de Egipto, mas quebrastes sus encantamientos, que fuera de Urganda en el mundo no avía quién los pudiesse desfazer. –Entonces dixo contra Falangrís–: No sé por qué vós, cavallero, no avéis querido aceptar el amor de mi señora, ca mucho fuérades ende bienandante.

–Por malaventurado me oviera –dixo él–, porque errara gravemente contra Dios siendo ella fuera de nuestra ley, endemás por tal intención que ella quería, la cual porque era en servicio del enemigo no quiso Dios que oviesse fruto salvo de muerte para su cuerpo y de condenación para su ánima, y haríades mejor, donzella, de me dar nuevas de mis escuderos si son vivos o muertos, que nos traer a la memoria las cosas que no aprovechan.

–Los escuderos –dixo ella– vivos y sanos son aunque están en prisión, mas luego los soltaré por vuestro amor.

Y luego la donzella se entró en una casa debaxo de la Torre y en poca de hora sacó los escuderos de la prisión, de que assí ellos como los señores fueron muy alegres, y luego el Cavallero de los Cisnes y los otros cavalleros ovieron consejo que los libros de la donzella fuessen todos quemados porque d’ellos Dios no fuesse más desservido, y mandaron luego a los escuderos que los abaxassen de la librería, lo que fue luego cumplido. Y el cavallero les mandó poner fuego en la pequeña plaça fuera de la Torre, y los libros començaron a ar-

der muy fuertemente, y los cavalleros, parando mientes al fuego, vieron un libro pequeño cubierto de piel negra de alimania levantarse de entre los otros y sobir por el aire bolando como torvellino y bolvió a caer otra vez en el fuego y oyeron una boz que dixo:

–Agora es perdido el gran saber de las mujeres en encantamientos. E la tal ciencia no la alcançará mujer en estas partes que algo valga salvo en el tiempo del buen rey Artur, que la enseñará el grande sabio Merlín; y la muy grande sabidora Urganda la Desconoscida, que es la flor en este mundo en estas artes, vivirá muy poco tiempo –^{78r} y luego cessó la boz.

Los cavalleros fueron espantados, y faziendo la señal de la cruz en las frentes se santiguaron muchas vezes, y los libros fueron todos quemados muy en breve con las raíces de las yervas que otrosí tenía la donzella, y el agua encantada de las pilas fue derramada.

¶ Capítulo lxiiij. De cómo el Cavallero de los Cisnes, sin ser conocido de los cavalleros, se partió su camino adelante.

EN CUANTO ESTAS cosas se hazían, nunca el Cavallero de los Cisnes quitó el yelmo de la cabeça por no ser conocido de Falangrís ni de Abiés de Sansueña; y siendo todo assí desempachado, les dixo que le pesava mucho en no poder quedar en su compañía por tener mucho que hazer en otras partes, y que por ende le convenía partirse luego, desseando en toda parte fazer su mandado.

–Buen cavallero –dixeron ellos–, no sabemos si seamos alegres con vuestra venida a esta tierra, pues nos libró las personas de encantamientos. Pues vuestra partida nos captiva los coraçones con mucha soledad y tristeza por no gozar nós algunos días de vuestra vista ni aver nós vuestra conoscencia, y assí quedamos tan tristes con la vitoria pues vos is, como ante éramos sin consuelo por no llegar, y, aunque mucha gana tenemos de vos servir y conoscer, no vos pedimos que nos otorguéis vuestra compañía por os aver tanto encubierto, que tenemos que vos será más enojosa que alegre, y por ende nuestra voluntad es de nos ir todos a Bretaña; si la vuestra no quisiere lo contrario, que entonces la cumpliremos hasta la muerte.

–Mucho vos lo agradezco, buenos señores –dixo él–, no queriendo estorvar tan buena jornada que vós, señor Falangrís y vuestro compañero os vais a cumplir vuestra aventura; y vós, mis señores Dinadáus y Odoardo, vais descansar en aquella tierra do sois naturales y tenéis parientes y amigos, a los cuales daréis mucho plazer y al rey Amadís mucha alegría, y de mí vos digo que tanto que pudiere me iré a Bretaña a me dar a conocer al rey Amadís, que nunca le he visto y desseo mucho ver su alta corte por el mundo tan nombrada. Y entretanto vos ruego, mis buenos señores, que por mí le beséis sus reales manos y llevéis con vós la imagen de Urganda como la Sabia Donzella la tenía en su estudio, y gela presentad de mi parte diziendo que, como yo siempre aya oído Urganda aver sido en su servicio y de su linaje, que me pareció guisado su imagen no estar en parte do no recibiese mucha honra, y pues que él no puede ver a aquella Urganda que tanto ama, que vea aquesta imagen que es a su semejança fecha y que tenga memoria d’ella por lo que le ha servido y de mí por lo que le desseo servir.

Don Falangrís y aquellos cavalleros todos dixeron que assí lo cumplirían como él lo mandava, y que le rogavan ahincadamente que lo más presto que pudiesse se fuesse para el rey Amadís, que mucho holgaría de lo recibir en su mesnada faziéndole muy gran honra.

–Assí lo faré, buenos señores –dixo él–. Encomiándoos mucho esta torre que antes de vuestra partida pongáis en ella buen recaudo, ca tan hermosa cosa no es de dexar assí desierta.

Los cavalleros dixeron que assí lo cumplirían dexando en ella algunos de sus escuderos con las donzellas. El cavallero se lo encomendó mucho que assí se hiziesse, y tomando su cavallo se despidió de los cavalleros, que muy tristes quedavan por su partida, diziéndoles:

–Mis buenos señores, muy presto nos veremos en Bretaña si allá is.

Y sin que ninguno d’ellos lo conociesse, se partió a ora que el sol se ponía, no queriendo alvergar en la torre por no ser d’ellos conocido; y alvergó en un prado verde poco trecho de la torre, por ser la noche oscura y tenebregosa y en no saber la tierra, y el otro día tornó a continuar su jornada.

Después de la partida del Cavallero de los Cisnes, determinaron los cavalleros de se partir para Bretaña aviendo señalado los escuderos que con las donzellas avían de quedar en guarda de la torre, y tomando sus armas y cavallos, abaxaron la imagen de Urganda de la librería ^{78v} de la donzella, y siendo abaxada y puesta en la plaça fuera del sitio de la torre, los cavalleros la hizieron poner en unas ricas andas que tiravan dos grandes y fermosos palafrenes que avían sido de la Sabia Donzella, en que ella solía salir de su torre folgándose por las florestas que cabe la torre eran.

Estando assí los cavalleros y escuderos y donzellas todos juntos sin persona estar en la torre, aconteció que oyeron un gran trueno y luego vieron tras él un rayo del cielo muy grande y espantoso que la torre partió por medio, con tan gran estruendo y sonido que assí los cavalleros como escuderos y donzellas fueron tan espantados que cayeron amortecidos por gran rato, y desque ovieron acuerdo que se levantaron, vieron la torre partida por medio con gran parte assolada por tierra, y fueron muy maravillados y dieron gracias a Dios que los librara de aquel peligro. Tomando consigo las donzellas, que viendo aquel milagro prometieron bolverse cristianas, y tomaron la vía de Bretaña, y tanto anduvieron por sus jornadas que llegaron a Tesilana, una villa de Bretaña que assí avía nombre, y supieron qu’el rey Amadís estava en Londres con grandes compañías de cavalleros, que como se sonava la venida de los jayanes y paganos, los más cavalleros de valor se venían para el rey para le fazer compañía y ver las fermosas aventuras que cada día venían en su corte. Y luego los cavalleros tomaron la derecha vía de Londres, y, siendo alexados de Tesilana quanto una legua, vieron un cavallero grande y fermoso echado so la sombra de un frexno, que la calor hazía grande, y tenía un cavallo fuerte morzillo atado a las ramas de otro árbol; y en viendo los cavalleros que dos venían delante y dos detrás y las andas en medio, fue muy espantado qué aventura podía ser aquella. Levantose muy presto y enlazó su yelmo y echó el escudo al cuello, que tan grande era que lo más del cuerpo le cobría y avía el campo de fino verde y rosas de plata por él sembradas, y cavalgó muy apuestamente y su escudero le dio la lança, y él se vino para los cavalleros delanteros, que Falangrís y Abiés de Sansueña eran, diziéndoles:

–Cavalleros, ¿qué cosa es esta que traéis en las andas?

–Si sois de la compañía del rey Amadís –dixeron ellos– seguidnos, que en su casa lo sabréis.

–No puedo al presente –dixo el cavallero– fazer esse viaje, que estoy atendiendo otra aventura más brava de lo que esta puede ser estraña.

–Cualquier que ella sea aquí no la podéis ver.

El cavallero dixo que sí vería a todo su poder, y queriendo alçar el rico paño con que las andas eran cubiertas, don Falangrís fue a él, y poniéndole el fierro de la lança en el escudo, lo puxo tan rezio que a mal de su grado lo hizo retraer bien atrás. El cavallero fue muy sañado, y abaxando la lança fue para Falangrís, y encontraronse tan fuertemente que quebraron las lanças en los escudos y passaron fermosos cavalgantes, y bolvieron luego sus cavallos y Falangrís puso mano a su espada. El Cavallero de las Rosas le dixo que justassen otra vez, que a maravilla avía sabor de la justa, y Falangrís dixo que le plazía, y tomó luego la lança de Abiés de Sansueña y el cavallero pidió otra a su escudero, y arredraronse el uno del otro y arremetieron con mucha ira como aquellos que avían saña y desseavan aver lo mejor de la justa. Encontraronse otrosí de los escudos y las lanças fueron en pieças y toparonse de los cuerpos y cavallos de tanta fuerça que cada uno cayó a su parte, mas fueron luego levantados con mucha saña, y poniendo mano a sus espadas començaronse a ferir muy bravamente, y según ellos eran fuertes y ardides si la batalla fuera al cabo gran mal se hizieran, qu'el Cavallero de las Rosas era de gran ardimiento y don Falangrís otrosí de gran bondad, mas [a] ellos, que se combatían assí crudamente, llegó una donzella a mucha priessa diziendo:

–¡Cavalleros, por cortesía que cesséis de vuestra batalla y oídmel!

Ellos se arredraron el uno del otro y la donzella dixo al Cavallero de las Rosas:

–Cavallero, no vos conviene más combatir por la fe que me avéis dado, ante cavalgad en vuestro cavallo y seguidme, que quiero que me deis el don que me avéis prometido, que fallado he el cavallero que vos dixel.

Entonces el Cavallero de las Rosas dixo a Falangrís:

–Cavallero, nuestra batalla quede para cuando nos hallaremos otra vez, y d'esta tengo gran pesar porque assí es despartida, mas no puedo ál hazer por el don que prometido tengo a la donzella y me lo pide, y por la descortesía que usaste en no me dexar ver lo de las andas te he por desafiado para cuando nos fallaremos.

–Más quisiera –dixo Falangrís– que nuestra batalla oviera fin que vós la cima de la ventura. Y porque avéis sido desmesurado en querer saber por fuerça lo que vos no dezían de voluntad, os he otrosí por desafiado para cuando otra ^{79r} vez nos toparemos.

Mucho quisiera el Cavallero de la Floresta bolver a la batalla, mas la donzella le dixo que no mantenía lo que avía prometido de no tomar ninguna batalla, y tomada, la dexar por le satisfazer de un agravio, y él contra su voluntad la siguió y se metieron por lo más espesso de la montaña.

E quien me preguntasse quién era éste diriale yo que el bueno y esforçado Languines del Lago Ferviente, que assí se nombrava porque siendo la noble dueña Madasima d'él encinta, caminando por cerca del Lago Ferviente de su Ínsola de Mongaça, ahincada de los dolores ovo de parir este hijo y le puso el nombre por su nascimiento que fue a la orilla de aquel lago. Era uno de los cavalleros señalados de los señoríos del rey Amadís.

Y luego los otros cavalleros continuaron la vía que de antes llevavan, y siendo pequeño trecho del lugar donde avía sido la batalla, alexados fallaron un escudero sobre un fermoso cavallo y dos peones con él que guiavan un rocín, cargado de gruesas lanças.

–Buen escudero –dixeron ellos–, por la fe que a Dios devéis nos dezid para quién lleváis estas lanças.

–Porque sois cavalleros no vos lo quiero encobrir: sabed que van para el esforçado cavallero que guarda la Fuente de los Cedros, si lo oístes dezir, y la defiende a todo cavallero que por aí passa, y assí hará a vosotros si allá is, ca muchos ha vencido en aquella aventura.

–Cierto –dixo Odoardo– que para tal feria como haze esse cavallero menester ha la tal mercaduría, y si allá fuéremos no compramos tan caro como cuidáis.

Y tomaron la vía de Londres encomendando el escudero a Dios, y llegaron a sazón que las mesas eran puestas y el rey estava a las finiestras de sus palacios con gran compañía de cavalleros en la gran sala. E como vido los cavalleros con su aventura, dixo a sus altos hombres:

–Hagamos honra a los cavalleros que vienen en mi casa, que no deven de traer pequeña aventura según de su compañía me semeja.

Los cavalleros se apearon a las puertas de su palacio y quitaron los escudos y los yelmos y fizieron a sus escuderos tomar la tumba de las andas en que iba la imagen cubierta con el rico paño y subieron suso al palacio, y a la puerta hallaron al rey con gran compañía que los salía a rescebir, y fue muy alegre cuando conoció a Falangrís y a Abiés de Sansueña, mas a Dinadáus no lo conoció por el mucho tiempo que le no viera y se avía hecho viejo y con la edad muy mudado, ni conoció a Odoardo, que nunca lo viera. E luego don Falangrís puso los dos cavalleros delante y dixo al rey Amadís:

–Señor, honrad a este cavallero por su merecimiento y alto lugar, ca este es Dinadáus, hijo del conde Argamón y sobrino del rey Lisuarte; estotro es Odoardo, hijo de don Grumedán.

El rey fue muy alegre con tales hombres y los abraçó con mucho amor, y mirando bien a Dinadáus, aunque desde el tiempo que el rey Lisuarte fuera preso en Londres por Arcaláus el Encantador, como esta gran historia lo ha devisado, no le viera, aunque él se avía parado viejo y mudado, bien le vino en mientes que aquel era y dixoles:

–Mis buenos amigos, mucho me plaze y soy alegre con vuestra venida; mucho pesar he tenido de tan luengamente ser apartados de mi casa porque en toda parte vuestra ausencia hará gran mengua.

Y ellos le besaron las manos por la honra que les dava. Y luego otrosí el rey rescibió con mucha honra a los otros dos cavalleros y, tomándolos consigo, se sentó en su real silla y fizo sentar los cavalleros en ricos assientos preguntándoles sus aventuras. E primeramente a don Falangrís, porque sabía que andava en la demanda de su nieto Lisuarte. Entonces don Falangrís le dixo cómo se partió de Bretaña con su compañero y fuera a la torre de la Sabia Donzella donde fueran encantados, y cómo el Cavallero de los Cisnes los avía sacado de aquel encantamiento, y cómo él avía dado las nuevas que Lisuarte y don Lispán serían muy presto en su corte, que pocos días avía que los viera sanos y con alegría, y le presentó la imagen de Urganda y le dixo lo que el cavallero le avía mandado, diziéndole todo como la historia lo ha devisado.

–Mucho me avéis hecho alegre –dixo el rey– con tales nuevas por saber que Lisuarte será presto en mi corte, que, pues el cavallero os lo dixo, de creer es que assí será, y por saber otrosí que el Cavallero de los Cisnes será en mi compañía, y no ay cosa que me pida que no le otorgue porque quede en mi mesnada.

Y estuvo mucho loando la bondad de aquel cavallero delante de sus altos hombres. E luego los escuderos y donzellas traxeron las andas delante del rey, y los cavalleros alçaron

el paño y sacaron la imagen, que muy grande y hermosa era, y todos fueron maravillados de ^{79v} su estraña hechura. Entonces Falangrís dixo la manera en que la Sabia Donzella le tenía en su librería y a la infanta Melía, diziéndole otrosí los grandes encantamientos y maravillas de la torre, y cómo la donzella se despeñara y de la boz que oyeron cuando los libros le quemaron, y cómo el rayo partiera la torre en dos partes, de que todos fueron muy maravillados y loavan la bondad del Cavallero de los Cisnes, que tan estraña aventura avía acabado. Y creed que su fama en Bretaña no era menos y en Macedonia y Dacia y en las otras partes por donde él andava. Y luego los cuatro cavalleros demandaron licencia al rey y fueron ver la reina Oriana, de la cual todos fueron muy bien rescebidos, endemás aquel presciado cavallero Dinadáus, con el cual la reina lloró la soledad acordándose del tiempo passado aviendo compassión de los grandes afanes y peligros que avía passado. E assí estuvieron estos cavalleros grande pieça con la reina, contándole sus estrañas aventuras y encantamientos de la Torre Encantada assí como la historia lo ha dicho.

Y luego el rey les hizo llamar, que los atendía, y comió con ellos con mucho plazer, y pasó el día con grande alegría, oyendo siempre las estrañas cosas que Dinadáus y Adoardo le dezían de sus venturas. E luego el rey los hizo aposentar en su palacio y mandó a Angriote, su mayordomo mayor, que los assentase en sus libros y les diesse cumplidamente lo que oviessen menester y les hiziesse entregar los castillos y fortalezas que de sus padres avían quedado. A do agora los dexemos alegres y pagados y al Cavallero de los Cisnes ir por su camino adelante, y digamos de lo que aconteció a Coroneo después que se partió de Cedrómpolis.

¶ Capítulo lxxv. De cómo Coroneo se combatió con Florinel y de la cruda batalla que ovieron, y cómo fue despartida por aventura.

TANTO ANDUVO CORONEO por sus jornadas, tomando otra vía de la que el Cavallero de los Cisnes llevaba, que ovo de llegar a la Ínsola de Mongaça, donde era el Lago Ferviente. Sin se dar a conocer a don Galvanes, entró en una nave que en el puerto halló que iba a Bretaña, y haziendo buen tiempo sin contraste ninguno aportó en un puerto de Bretaña llamado Vegil, y tomando sus armas y cavallo con sus escuderos, encomendando a Dios el maestre de la nave, guió a una grande floresta que la Malaventurada se llamava, porque nunca en ella anduvo cavallero que bien se hallasse, y por ello avía este nombre. Por la cual, andando Coroneo quanto un trecho de legua, salió a un descombrado donde era una fuente de agua cubierta de piedras blancas y cabe ella un grande padrón de mármol con unas letras en él esculpidas que dezían:

Todo cavallero que buscare aventuras y las no hallare atiende en esta fuente, que a duro passa día que ende no vengán, y este mármol mandara poner en esta fuente el rey Falangrís, hermano del rey Lisuarte, al tiempo que buscava las aventuras, y desde entonces se llamó la Fuente del Padrón y era acostumbrada a grandes y estrañas aventuras.

Pues llegando Coroneo a vista de la fuente, vio un cavallero estar assentado cabe ella. El cavallo tenía preso al padrón y él vestía gruessa loriga y la sobreseñal partida a dos colores de verde y dorado, y el escudo de la misma librea sin otra figura salvo unas ondas de mar bermejas por él, y estava a punto como aquel que atendía su enemigo, y, cuando vido venir a Coroneo, pensó que él era, y con mucha ligereza tomó su cavallo y armas y pusose en punto de aver batalla. Coroneo, como mucho el maestro de la nave le avía mentado aquella floresta y las grandes aventuras que allí venían, traía todas sus armas guisado de aver batalla con quien gela demandasse, y, viendo la fuente, guió su cavallo a ella por le dar agua, y el Cavallero de la Fuente, cuando lo vido guiar contra él, pensó que su enemigo^{80r} era, y sin más atender le dixo a grandes bozes:

–¡Mal cavallero, guárdate de mí, que te desamo de muerte!

Coroneo, cuando aquello oyó, fue espantado que no sabía por qué lo dezía, y, como lo vio venir guisado de batalla, abaxó la lança y firió cruelmente su cavallo de las espuelas y llegaronse a encontrar tan bravamente que quien los viera oviera espanto de su braveza y compassión de sus bravos encuentros, que los escudos fueran falsados y las lorigas y los fierros les llegaron a las carnes y toparonse de los cavallos y escudos, de guisa que assí ellos como los cavallos fueron a tierra, y estovieron grande pieça sin acuerdo, y tanto que se levantaron començaron entre sí brava batalla de guisa que, firiéndose de grandes y esquivos golpes, los yelmos hazían arder en llamas de fuego, las lorigas desmallavan, sus armas eran rotas y mal paradas, sus escudos desfechos casi en los braços, y ellos con más necesidad de reposo que de trabajo según la sangre les salía en muchas partes, ca la enemiga saña con que se herían siendo ambos de gran bondad no podía ser otra cosa. El Cavallero de la Fuente pensava aquel ser su enemigo que le atendía. Coroneo, viéndose en aventura de muerte, no quería para sí la vergüença, endemás la primera batalla que fazía en Bretaña, y punava de le dar la cima. Y assí, no holgando sólo un punto, se ferían tan bravamente que las cabeças hazían abaxar fasta los pechos y los yelmos, aunque de fino azero, eran rotos y abollados. E assí andando en su batalla, siendo tan cansados que no se podían valer, llegó a ellos un cavallero de mediano cuerpo y grandes miembros armado de unas fuertes armas; el escudo avía grande y el campo blanco y leones bermejos y águilas negras por él, y las orlas eran de fino azero, y éste era el enemigo que el Cavallero de la Fuente atendía. E cuando llegó, que vido a los cavalleros en tal batalla, les dixo a grandes bozes que estoviesen quedos por cortesía, y ellos, que en él no paravan mientes salvo en se combatir, cuando miraron el de la Fuente conosció en la habla y en el escudo que aquel era su enemigo y fue ende muy triste. El Cavallero de los Leones le dixo:

–Florinel, ¿por qué has tomado otra batalla aviendo la mía aceptado para este día? Pues conviene que la dexes y la ayas conmigo, que de muy lueñe me has fecho venir a este lugar.

Y bien vio el Cavallero de la Fuente que su enemigo pedía razón, y pesole ende de la batalla que avía tomado y dixole:

–Verdad es lo que has dicho, que assí quedó, mas yo soy engañado y no culpado que, dormiendo esta noche passada en esta fuente atendiendo tu batalla, vino este cavallero, el cual pensando yo ser aquel que atendía y que las armas avía mudado por venir más encubierto ovimos tal batalla como en la que nos fallaste, que somos mal lligados y yo más en peligro de mis lligas que en disposición de entrar de nuevo en batalla.

–Pues conviene, Florinel –dixo el otro–, que atendas tu promessa o te otorgues por vencido, que yo no te tengo culpa en tu yerro, salvo que tú mismo erraste, ca bien devieras de conoscer con quién tomavas la batalla.

–Ya no se hizo –dixo Florinel–, y tengo d'ello la paga en mis llagas en acometer por desconoscencia a este cavallero pensando ser mi enemigo, mas para aver batalla con vós no soy en poder para ello ni vuestra honra lo requiere, pues con la sangre he perdido tanta fuerça que no ganaríades honra en me vencer.

–No's tiene pro lo que dezís –dixo él–, que pues la batalla oy en este día fue señalada y aquí nos hallamos, aquí conviene que se haga, y vuestra sea la culpa en la falta de vuestra fuerça.

Coroneo estava oyendo lo que passavan y, aunque avía gran saña del Cavallero de la Fuente por le aver acometido y llagado, viendo aquella hora que fuera por desconoscencia pensando ser su enemigo, viendo que era de gran bondad, ovo compassión del aprieto en que le vía pidiéndole su enemigo batalla a tal sazón, y acordó de poner entre ellos alguna concordia si pudiesse. Y dixo al Cavallero de los Leones:

–Cavallero, bien me parece lo que Florinel vos requiere, que, pues es mal llagado, según estilo de cavallería no es tenuto aver batalla con vós, que sois sano y folgado, salvo queriéndole vós defender dueña o donzella o haziéndolo en vuestra defensión. Pues como este cavallero assí sea mal herido, ni vós a le pedir batalla ni él de la tomar es guisado, que conocidamente tomaría la muerte siendo llagado y maltrecho aviendo batalla con vós que sois sano y rezio, y vos lo ternían más a covardía que a esfuerço, por lo que me parecería bueno que alongássedes este plazo para otro día, donde ambos igualmente oviéssedes vuestra batalla y no agora que le tenéis tan clara ventaja.

–Cavallero ^{80v} –dixo el de las Águilas–, aún no sois llamado para averiguar esta contienda, la cual como es entre nós solos la avemos de determinar, que si vós lo queréis ende defender reutaros he por ello, que hazéis en ello aleve.

–No ay aquí aleve –dixo Coroneo–, antes toda razón y lealtad, y vós hazéis la alevosía en acometer, siendo sano y folgado, al cavallero, siendo herido y maltrecho.

Grande saña uvo el cavallero de las palabras de Coroneo, ca era sobervio y airado en sus cosas, y dixo en boz alta:

–Cavallero, si yo no toviera aplazada la batalla con Florinel muy presto tomara el castigo de vuestro yerro: queréis hablar donde no os llaman.

E bolviéndose al Cavallero de la Fuente, que Florinel avía nombre, le dixo:

–Conviene que mantengas la batalla y cumplas tu promessa o te otorga por vencido, y escoje d'estas dos cosas, la una porque me quede tiempo para aver batalla con esse cavallero y le castigar de su locura.

–El cavallero es cuerdo y bueno –dixo Florinel– y no ha por qué le abiltéis, que él es tal que en toda parte de vós puede tomar la emienda. E porque veas cuánto poco temo tu follonía, pues bondad en ti no mora, assí como yo estoy quiero aver la batalla contigo.

¶ Capítulo lxxvj. De cómo Florinel se combatió con el cavallero de las águilas y leones y lo venció, y de lo que más le aconteció.

VIENDO FLORINEL QUE de todo en todo le cumplía aver batalla con su enemigo, bolvióse a Coroneo diziéndole:

–Buen señor, pues nuestra enemistad hasta aquí fue por desconocencia, buelta deve ser en amistad cessando nuestra batalla, pues la causa d’ella cessa. Mucho os ruego que me dexéis aver batalla con este cavallero, y a Dios tomo por juez y a vós por testigo cómo me comete contra estilo y orden de cavallería.

–Señor Florinel –dixo Coroneo–, más prescio yo vuestra bondad, siendo llagado, que la valentía de vuestro enemigo, siendo sano, pues más sigue la sobervia que la virtud. Dios vos quiera ende ayudar, que a guisa de bueno queréis antes muerte que abiltamiento.

Entonces Florinel cavalgó en su cavallo y dixo a su enemigo:

–Cavallero, yo no tengo lança, que la perdí en la batalla, dexad la vuestra y a las espadas será la batalla partida.

E luego el otro cavallero dixo que si Coroneo le asegurava, que él dexaría la lança.

–Yo os asseguro –dixo Coroneo– hasta que la vuestra batalla aya cima.

Entonces el cavallero dexó su lança y poniendo mano a su espada, como venía rezió y holgado, començó de ferir a Florinel de grandes y pesados golpes, y él los recibía en el poco del escudo que le quedara, dándole a él otros assaz esquivos, aunque entera no avía a la sazón su fuerça, ca mucha con la sangre avía perdido, mas el aliento creed que no le faltava, según era de arguloso corazón. Y herianse tan bravamente que Coroneo era espantado de la bondad de Florinel, cómo turava en la batalla aviendo tantas llagas y començó a dezir:

–¡Ó Dios, guarda a tan buen cavallero de peligro y dale vitoria contra tan sobervio enemigo que delante tiene!

A aquella hora el Cavallero de los Leones firió de tan bravo golpe a Florinel que el poco del escudo le hizo en dos partes y le cortó la manga de la loriga y la carne, lo que viendo Florinel, soltando la poca defensa del escudo, tomando la espada a dos manos, ferió rezió al cavallo de las espuelas, que de muy lasso y cansado no andava tan ligero como era menester, y juntándose con su enemigo le quiso herir en la cabeça, y él alzó el escudo y tomó el golpe en las orlas, que de fino azero eran, y no prendiendo la espada decendió a la cabeça del cavallo que gran parte con una oreja le echó a tierra, de que el cavallo se enarmonó con la muerte y cayó a la otra parte con su señor, y tomándole la una pierna debaxo, fue el cavallero muy ^{81r} quebrantado de la caída, lo que viendo Florinel, muy ligeramente se apeó de su cavallo y fue contra su enemigo la espada a dos manos, y hallolo levantado a grande afán, adereçando su yelmo, y firiolo sobre él tan rezió que las manos le fizo poner en el suelo, ca era quebrantado de la caída y atordido del gran golpe, y luego fue sobre él Florinel y, antes que se levantasse, le dio tan grandes golpes a toda fuerça que lo hizo caer de pechos, y travole rezió con la mano siniestra del yelmo que gelo arrancó de la cabeça diziendo:

–Cavallero más sobervio que cortés, venida es la tu muerte si no te otorgas por vencido.

A esta hora llegó Coroneo diziendo:

–Señor Florinel, aunque enojo d'él tengáis no le matéis, aunque su soberbia y desmesura lo merecía.

–No ay cosa –dixo Florinel– que la vida la guarezca sino se otorga por vencido, y haze mi mandado.

Y el cavallero, viendo su enemigo airado, del cual no merecía cortesía ninguna, le respondió con la boz muy baxa como de aquel que maltrecho era:

–Florinel, yo me otorgo por vencido y haré tu mandado por guarescer la vida.

–Pues assí es –dixo él–, yo quiero más mirar a la virtud que a vuestra soberbia, yo os otorgo la vida y perdono la muerte. Vós atened lo que prometéis como hombre de tan alto linaje hazer deve, y tanto que fuerdes guarescido de vuestras llagas vos iréis delante de la hermosa Grisanda de Normandía, y presentaos a ella de mi parte contando la razón de nuestra batalla, y hazed ende su mandado.

Más quisiera aquella hora el cavallero perder un miembro de su cuerpo que hazer la tal cosa que para él poco menos era que la muerte, mas como la vida del hombre sea muy dulce y desseada, conociendo este cavallero que todas las pérdidas con la vida se pueden cobrar, y con la muerte no resta ninguna esperança, con mucha tristeza de su corazón, dando para ello su fe como quien era. Entonces Florinel se vino para Coroneo y dixo:

–D'este cavallero por la voluntad de Dios somos librados y de su soberbia, agora fagamos lo que vos pluguiere.

–Busquemos –dixo Coroneo– do guarezcamos de nuestras llagas, que las avemos grandes y peligrosas.

Entonces se ataron las llagas el uno al otro, fechos leales amigos de cuán bravos y sañudos avían sido en la batalla; y tomando Florinel el escudo de su enemigo, cavalgaron en sus cavallos y anduvieron por aquella floresta fasta que a la salida d'ella, en un valle que de Evascán se llamava, fallaron una abadía de monjes, donde fueron bien rescebidos y curados de sus llagas. El otro cavallero, quedando a la fuente, ató las llagas lo mejor que pudo, y cavalgando en el cavallo de su escudero, alvergó aquella noche en casa de un florestero a do otrosí fue remediado de sus llagas. Donde agora los dexamos y digamos quién eran estos cavalleros y la causa de su batalla.

Devéis de saber que este Florinel era hijo del rey de la Profunda Alemania, sobrino del rey Dragonís de la Profunda Ínsola. Era cavallero mancebo no menos de fermoso parecer que de alto hecho de armas. El otro cavallero avía nombre F[r]id[r]amás, era sobrino del rey de Suesa, y, aunque era de gran bondad de armas, <mas> era tan follón que la prez de sus fechos le estragava. Pues siendo estos dos mancebos cavalleros noveles que buscavan las aventuras, oyendo dezir de un fermoso torneo que armava el duque de Normandía, que assí el valor de los cavalleros como el prescio del que venciesse era muy grande, queriendo estos cavalleros hazer muestra de su bondad, se fueron a Normandía al plazo cierto del torneo, el cual se basteció muy fuerte en una plaça delante los palacios del duque, que el torneo mandara armar por amor de la hermosa Grisanda su fija y de la condessa de Flandes su sobrina. El torneo fue començado bravo y esquivo, según la bondad de los cavalleros que ende eran, y entrando este Fridamás por la parte de la condessa de Flandes, por cuyos amores passava muy triste vida, fizo tanto en armas que en poca de hora no solamente su bondad fue conocida, mas su parte a la sazón avía el vencimiento. Lo que viendo Florinel, para mayor muestra de su bondad delante del duque y de la hermosa

Grisanda su hija, que era de las hermosas donzellas de aquellas partes, entró en socorro y ayuda de la parte más flaca, y antes que la lança le faltasse echó a tierra tres cavalleros muy señalados, y metiendo mano a su espada fizo tales golpes y tan estraños con que no solamente los de su parte cobraron lo perdido, mas ganaron la mejoría. De guisa que de todos los presentes Florinel fue muy loado, y él, no cessando de hazer sus proezas, la parte de Fridamás llevaba lo peor de la batalla, y viendo el duque que si mucho turasse que sería grande peligro y estrago según la parte de la condessa avía lo peor, lo ^{81v} mandó cessar. Y cessado assí el torneo, llegaron los cavalleros a hazer acatamiento al duque y a su hija, entre los cuales fue Fridamás, que mucho se avía mostrado en aquel torneo de gran fecho; y llegó Florinel y aviendo quitado su yelmo, como era hermoso y de poca edad, avía el rostro encendido de la calor de las armas y argulleza de su coraçón, de guisa que Grisanda, la fija del duque, aviendo visto su bondad, se pagó mucho de su hermosura y le echó un rico firmal de oro que a su cuello tenía diziendo:

–Pues que vencistes, cavallero, el torneo de mi parte, tomad de mí este pequeño don en pago de vuestro trabajo y mayor valor.

E Florinel tomó la rica joya con mucha alegría, dándole por ello grandes agradescimientos. El duque otrosí le mandó dar el rescio del vencimiento que grande y estraño era, lo cual fue mortal dolor y embidia a Fridamás, que se avía por el mejor cavallero de aquellas partes y avía entrado en el torneo por parte de la condessa de Flandes, y faltando de la vitoria desfallecía de su amor, y assí fue, que la condessa, viendo su parte vencida, ovo d'ello gran tristeza, y fablándole un día Fridamás, ella lo despidió con saña diziendo:

–No quiero, Fridamás, amor de cavallero salvo que pueda mantener razón de tal donzella como yo, lo que vós no avéis hecho como Florinel, y por tanto no curéis de me ver ni hablar, pues no valéis tanto como vos sería menester para ganar mi amor.

La cual respuesta dessabrida de la condessa puso tanto pesar en el coraçón de Fridamás junto con la embidia que tenía de la fama que Florinel avía ganado en el torneo, que propuso en su coraçón de lo matar si pudiesse, y sabiendo que Florinel, después que muy honrado fue del duque y favorecido de Grisanda su hija y loado de sus donzellas, se fue para la corte de Amadís. Se partió tras él por aver con él batalla, tanto era el mortal desamor que le tenía, y avino que se fallaron un día frontero del castillo de Galdenda, y comenzando allí a aver su batalla sobrevinieron tres cavalleros: el uno era Melián el Roxo y el otro Arquelao el Gran Justador, y el otro Ansil, cavallero mancebo que a la sazón el rey Amadís fiziera conde de Glonceste. Los cuales viendo la brava batalla de los cavalleros y la poca razón que en ella tenían, los despartieron, llevando consigo a Florinel, que del deudo del rey Amadís era, y alvergaron aquella noche en el castillo de Galdenda, por lo que Fridamás, no satisfecho de su saña, le embió secretamente a desafiar por su escudero para día señalado a la Fuente del Padrón, lo que no dudando Florinel aceptó su batalla, día y lugar señalados, lo cual, queriendo cumplir Florinel, se despidió de los tres cavalleros y se fue al plazo de la batalla y le aconteció con Coroneo atendiendo a Fridamás lo que avéis oído, donde es de notar que siendo este Fridamás de tanta bondad en armas como era, siendo sano y rezo y Florinel lasso y llagado y sus armas rotas y mal paradas en que poca defensa avía, fue la cima de su batalla como de sobervio y follón cavallero a humilde y mesurado suele dar el alto Dios, lo que claramente se mostró en Florinel en assí vencer a Fridamás, que muy señalado cavallero era, siendo él más vencido que en poder de vencer otro, don-

de los hombres en este mundo tomar devrían exemplo y se apartar de la soberbia, que el tal pecado no solamente es estraño a los hombres, mas muy aborrecido delante Dios, de suerte que muchas vezes permite los flacos y humildes vencer los fuertes y sobervios.

¶ Capítulo lxxvij. De cómo Coroneo y Florinel, siendo guarescidos de sus llagas, se fueron para Londres y fueron muy honradamente rescebidos del rey Amadís y de toda la corte.

QUINZE DÍAS ESTOVIERON en el monesterio del Valle de Evescán Florinel y Coroneo, en fin de los cuales, siendo en disposición de tomar armas, avida la bendición del abad y de los monjes, se pusieron en el derecho camino de Londres, donde a la sazón era el rey Amadís. Y siendo dos leguas de la ciudad donde era la Fuente de los Tres Caños hallaron dos donzellas en blancos palafrenes que vestían fermosos ^{82r} paños y sobre ellos tavadetas francesas de escarlata rosada con sendos girifaltes en las manos, mas no pudieron juzgar de sus hermosuras, ca traían antifazes por el calor que hazía. Los cavalleros, en viéndolas, las salvaron muy cortésmente, ellas otrosí a ellos.

–Buenas donzellas –dixo Florinel–, ¿cuánto ay de aquí a Londres y dónde es el rey Amadís, y cómo se nombra aquel fermoso castillo que la ribera abaxo se parece?

–De aquí a Londres –dixeron ellas– ay dos leguas, y al tiempo que de allá salimos que ha tres días ende quedava el rey Amadís. Y aquel castillo que aí veis se llama de Miraflores; es de los fermosos de toda la Gran Bretaña, aunque pequeño.

–A Dios merced –dixeron ellos– que tan llegados somos a corte de tan alto rey, y si allá is, buenas donzellas, nosotros vos aguardaremos.

–Mucho seremos ende alegres –dixeron ellas–, tanto que vengan nuestros escuderos que atrás quedan.

En diziendo esto llegaron los escuderos y traían en sus palafrenes muchas garças y otras aves que las donzellas avían caçado en la ribera del río Idonián, que por cerca de un castillo de una dueña su tía passava, e luego de consuno tomaron la vía de Londres y pasaron cabe el castillo de Miraflores, y quanto a él más se acercavan más hermoso les parescía. Y siendo quanto una legua del castillo, vieron grandes compañías de gentes andar por unos prados verdes, y llegando cerca de la gente preguntó Florinel qué gente era, y luego le fue dicho que era el rey Amadís, que dos días avía que andava a caça en aquella floresta y que de noche alvergava en las tiendas que ende eran armadas. E yendo los cavalleros a la floresta, vieron cinco tiendas grandes y ricas armadas fuera y otros muchos tendejones donde el rey y la reina se acogían y sus altos hombres. Entrando los cavalleros en el prado vieron salir del monte ciertos cavalleros, delante los cuales peones traían palafrenes cargados de gamos y puercos monteses y traían un osso cuasi muerto que el rey Amadís tolliera de un golpe de la espada en el monte, porque le quisiera hazer mal. Yendo assí los cavalleros contra las tiendas, las donzellas les dixeron:

–Aquel que viene en el cavallo blanco es el rey Amadís, si vosotros, cavalleros, no lo conocéis.

–Desseamos –dixeron ellos– de aver su conocencia.

El rey, como vio los cavalleros y donzellas, pensando que a él buscarían, como aquel que a todos sabía honrar, se vino contra ellos por les hazer honra. Los cavalleros, viendo venir al rey, quitaron los yelmos y los dieron a sus escuderos, mas ni por ello el rey los conoció, aunque juzgó que avían fermoso parecer. Y llegando los dos cavalleros cerca del rey, se apearon de sus cavallos y fueron a él con gran acatamiento. El rey los rescibió con mucho amor diziendo:

–Cavalleros, quien quisiera que sois vosotros, seáis muy bien venidos, aunque no sé nada de vuestra hazienda.

–Cualquiera que ella sea –dixeron ellos– es desseosa de vos servir y hazer vuestro mandado.

–E yo ganoso –dixo él– de os lo galardonar en lo que pudiere.

Entonces, faziéndolos cavalgar en sus cavallos, los llevó consigo a las tiendas, y apeado el rey de su cavallo los cavalleros fueron delante d'él y Florinel, fincando los inojos delante d'él, le besó las manos faziéndosele conocer cómo era de su deudo y desseava ser de su corte si su valor lo mereciesse. El rey fue alegre con aquel cavallero que era de su deudo, como aquel que era fijo de Galménez, rey de la Profunda Alemania, su primo, hermano mayor de Dragonís, ambos fijos de una hermana del rey Perión su padre, que con el rey Grajusas avía sido casada, de que procedieran estos dos hermanos: el rey Galménez y el rey Dragonís, assí que le era en deudo muy cercano. Y luego Coroneo fue delante d'él, dando su hermosa presencia testimonio de su bondad, y con mucho acatamiento comenzó de dezir:

–Muy alto y poderoso rey Amadís, yo soy un cavallero estraño que de luenga tierra en ésta soy venido por dos cosas: la una por ver tu corte y famosos cavalleros que por el mundo ocupan toda la fama y nombradía; la otra por hallar un cavallero que de los Cisnes se nombra, que pocos días deve aver que anda en tus señoríos, para en su compañía me provar en las aventuras del reino de Londres para que, si mis obras lo mereciesen, ganasse conocencia de tan alto rey como vós lo sois y quedasse en vuestra corte y servicio.

–Mucho os agradezco –dixo el rey– vuestra buena voluntad y sería alegre de ver en mi corte tal cavallero como buscáis, que muy loado es de estraña bondad.

–Creed, señor –dixo Coroneo–, que es de los mejores cavalleros del mundo y a su valor no conviene morar salvo en vuestra casa, que sois el hombre que la cavallería mantenéis en la mayor alteza de las armas y los buenos soléis y sabéis honrar como lo merecen.^{82v}

–Mucho os ruego que me contéis –dixo el rey– de su fazienda lo que sabéis, que me haréis ende muy alegre.

Y estonces Coroneo le dixo las grandes proezas que el cavallero avía hecho en Macedonia en casa del rey Alidoro, librando a su hijo erederero de la prisión de Tesilao el Encantador, diziéndole las otras bravas batallas que ende fizo, poniéndolas en aquel estremo que merecían ser puestas, como aquel que a algunas d'ellas fuera presente y las otras avía oído, de que el rey fue espantado de la estraña bondad del cavallero, y con plazer le respondió diziendo:

–A Dios merced que tal hombre se venga para mi casa, que por cosa del mundo que me pida a mi poder no se irá d'ella por gela no otorgar. Y pues que vós, cavallero, me avéis dicho la fazienda del que buscáis, mucho os ruego que la vuestra me digáis, no curando de os encubrir.

–Señor –dixo Coroneo–, pues mi corazón es otorgado a vos servir, por demás es encubrir mi nombre y hacienda. Soy fijo del rey Alidoro, y en Macedonia me llaman Coroneo. Soy venido a vuestra corte a lo que os dixere. De mí os podéis servir lo que fuere vuestra voluntad, que yo faré vuestro mandado por ser en el número de aquellos que os sirven.

E cuando el rey Amadís oyó aquel cavallero ser fijo de tan alto hombre, se levantó a él y lo abrazó con mucho amor diziendo:

–Buen amigo, perdonadme, que vos no he recebido ni hablado como quién sois y vuestro estado merece.

Estonces lo tomó consigo y hizo sentar cabe sí en el estrado, faziéndole estremada honra como a tal príncipe se devía, que venía de tierras estrañas por ver su casa y le servir; y después que con los dos cavalleros estuvo mucho hablando, llamó al rey Arbán de Nor-gales y a Angriot<o>[e] de Estraváus que llevase los dos cavalleros a una tienda que se desarmassen, donde, siendo los cavalleros desarmados de sus armas, cubiertos de sendos mantos se bolvieron al rey, el cual los tomó consigo y llevó a la tienda de la reina, la cual los rescibió como tales hombres merecían, sabiendo ya quién eran, que él gelo fiziera saber, y siendo honradamente recibida su llegada, el rey se bolvió con los dos cavalleros a su tienda y los sentó consigo a su mesa y fueron servidos de muchos y diversos manjares; y luego, los manteles alçados, el rey fizo acoger su compañía y tomar la vía de Londres, y assí él como la reina y los cavalleros se bolvieron en aquel día en la tarde para la ciudad a donde los palacios eran ataviados de muchos y ricos paños, el rey fizo dar a los cavalleros ricos aposentos y mandó al rey Arbán que fiziesse compañía a Coroneo, y al conde de Clara y a Ladasín el Esgrimidor que acompañassen a su sobrino Florinel. Assí quedaron estos infantes en casa del rey Amadís, siendo muy amados y presciados de toda la corte y más del rey y de la reina.

¶ Capítulo lxxviij. De cómo el Cavallero de los Cisnes llegó al reino de Sobradisa y de lo que ende le acaesció.

CUENTA LA HISTORIA que, partido el Cavallero de los Cisnes de la Torre Encantada, tanto anduvo por sus jornadas que llegó a la ciudad principal por donde el reino de Sobradisa ovo nombre, y entrando por la ciudad halló la gente alborotada, que toda iba contra los palacios reales y los siguió, y, llegando a una gran plaça toda empedrada de losas blancas que delante de los palacios era, vio estar un jayán muy grande y dessemejado, armado de unas fuertes fojas de azero en los pechos y espaldas, y lo más del cuerpo de fuerte y gruessa malla, tanto que le no faltava pieça. El yelmo y el escudo avía tan blancos como si fuessen hechos de marfil y estava a pie, y su escudero le tenía por las riendas un cavallo vayo muy grande y hermoso como él lo avía menester, y él estava como que atendía batalla y mucha gente en derredor de la plaça y ventanas del palacio y almenas del alcázar. El cavallero fue muy espantado que no sabía qué atendía el jayán, y queriendo saber lo que desseava, vio estar una giganta tan grande y tan dessemejada que no podía ser más en el mundo; y era tan vieja y tan lassa como aquella que avía muy gran ^{83r} vejez: tenía los cabellos crespos y canos esparzidos por las espaldas que le davan hasta las rodillas, los ojos

turvios y sangrientos, y las narizes grandes y romas, la cara espantable y arrugada, las uñas de las manos avía tan crecidas que podía ferir con ellas como si fuesen de leona; venía en un carro pequeño que tiravan cuatro palafrenes. El cavallero se llegó a ella y vio que era la más espantosa y brava giganta del mundo. Traía consigo dos donzellas en palafrenes vestidas de pieles negras de alimánias. El cavallero se llegó a una d'ellas diziendo:

–Buena donzella, dezidme si vos plaze qué gente es esta tan estraña y qué atiende aquel espantable cavallero.

La donzella lo miró y viole feroso cavalgante, y dixole:

–Alçad la visera del yelmo si de mí queréis aver la respuesta.

Él, queriendo saber lo que desseava, alçó luego la visera y la donzella lo acató y viole el más hermoso cavallero que nunca viera, y fue d'él pagada y dixo:

–Hermoso cavallero, pues que delibradamente hezistes mi ruego, assí quiero yo hazer vuestro mandado. Sabed que aquel cavallero que aí esta se llama Macareo el Triste, es hijo d'esta giganta, su padre fue el gigante Albadán de la Peña de Galtares, el cual fue muerto por este rey don Galaor y tomado su castillo, y al tiempo que su padre assí murió esta giganta quedó encinta d'este fijo y lo fue parir por tierras estrañas con miedo del gigante Gandalaz, amo d'este rey por quien él hizo la batalla, y fue a dar en la Isla Pedregosa, donde crió este niño por aquellas montañas y él salió tal que la bondad de su padre no se iguala con la suya, tanto que no ay brava alimania que no mate ni cavallero ni jayán que no vença. Éste, sabiendo la muerte de su padre y viéndose tan fuerte y rezio cavallero, mucho desseava de la vengar, mas porque este rey con sus hermanos y parientes eran encantados en la Ínsula Firme cessó de su propósito; y después que supo que eran desencantados, que gelo dixeron unos cavalleros del Soldán de Liquia, que avían fuido del desbarato de Mongaçã, propuso luego en su corazón de venir a tomar muy cruda vengança. Y assí partió de su isla con esta compañia y intención; y antes que entrasse en esta tierra mandó al rey pedir seguro de la gente de su reino, y él gelo dio con su muy acostumbrado esfuerço, y el jayán, debaxo de la tal seguridad, llegó a esta plaça y mandó desafiar al rey don Galaor para aver con él batalla y d'él vengança por la muerte de su padre, y después ir a matar el gigante Gandalaz que la Peña de Galtares tiene que fue del gigante Albadán su padre; y creed, cavallero, que él es tal que a todo puede dar cima a su honra como aquel que tan temido es y dudado de todo el mundo, y ha nueve años que nunca halló cavallero que al primer encuentro no derrocasse ni ay osso ni bravo león que con su fortaleza no mate. Llámase Triste porque desde el día que supo la muerte de su padre nunca más fue alegre ni pudo caber en él alegría.

–Por cierto, donzella –respondió el cavallero–, que grandes maravillas me avéis contado. Mucho es de temer tal cavallero, y mucho os ruego que me digáis por qué trae assí aquel escudo y yelmo blancos, que semejan de marfil o de otro huesso, y no los trae como los otros cavalleros.

–Yo te lo diré –dixo ella–: sabe que en aquella Isla Pedregosa avía una sierpe muy espantable que destruía la tierra, y este jayán, aviendo con ella brava batalla, la mató, y después de muerta muchos días que las carnes d'ella fueran comidas de otras serpien-tes, passando este Macareo por donde fuera la batalla, viole los huessos blancos como la nieve assí del cuerpo como de la cabeça, provó mucho de los quebrantar con una maça de azero que traía, y no los podien do quebrar determinó de hazer aquestas armas, y

de la cabeça de la sierpe hizo el yelmo y de la cobertura del cuerpo fizo el escudo. Creed que son las mejores armas que cavallero trae en el mundo, porque en el escudo no prende encuentro ninguno ni menos en el yelmo espada alguna maguer que fuerte, antes todas se quiebran ligeramente; y junto esto con la fortaleza de su persona no ay siete cavalleros en el mundo que no vença en campo, y assí fará al rey si con él sale a aver batalla, aunque dizen que está enfermo, mas el jayán le esperará que guarezca de su mal o de entretanto quién con él se combata.

En diziendo esto el jayán llamó la donzella y le d<xi>[ix]o:

–Ve a dezir al rey que ha gran rato que le estoy atendiendo, que salga a la batalla o em-bíe quién por él la haga.

Y esto dezía con una boz ronca y medrosa que sonava por todo el palacio, que assí la avía gruesa y espantable. Mas ante que la donzella se partiese, vieron salir del palacio dos cavalleros bien armados y cavalgaron apuestamente en sus cavallos y otros cavalleros detrás sin armas que las suyas les traían, y venían su passo a passo para donde estava el gigante.^{83v}

¶ Capítulo lxi. De cómo los fijos del rey Galaor salieron a aver batalla con el jayán y fueron vencidos, y ovieran sido muertos si el Cavallero de los Cisnes los no amparara.

TANTO QUE LOS cavalleros llegaron do era el jayán, el mayor, que Orgalán avía nombre, le dixo:

–Jayán, el rey mi señor no puede agora aver contigo batalla por estar al presente enfermo según tu donzella lo puede dezir, que quando le llevó tu mandado lo vido assaz maltrecho de su dolencia, y él está el más cuitado hombre del mundo por no se hallar en tiempo de castigar tu atrevimiento y sobervia, como aquel que nunca dubdó batalla assí de cavallero como de jayán, y menos hiziera la vuestra sino le enpidiera su dolencia, mas por ello venimos aquí, que somos sus hijos y manternemos su justicia y lealtad. Escoje de nós cuál quisieres que aquel la defenderá, que si el rey nuestro padre mató al gigante Albadán fue como cavallero de persona a persona sobre la Peña de Galtares que robada tenía al jayán Gandalaz, aviéndole primero muerto su padre, y no cupo en ello traición ninguna según lo dizes, lo que es falsa mentira y aleve, y assí te lo provaremos mediante Dios con las armas.

El gigante le respondió como en desdén:

–Bien fabláis como mancebos y personas que me no conoscéis. A vuestro padre con vosotros os quisiera ver en este campo para en él tomar cruda vengança de la muerte de mi padre y en vosotros como sus hijos, y no penséis que temería mucho vuestra batalla; y porque sepáis cuán poco vos temo, venid ambos de consuno y yo os quiero atender sin lança, y si me derrocardes os daré mi cavallo, y ganaréis tanta honra cual vuestro padre no ha ganado mayor.

–No queremos ventaja –dixo Orgalán–, salvo por sostener la razón de nuestro padre cualquiera se combatirá contigo, ca nos no espanta tu grandeza, que ya nos emos visto en batalla de otros gigantes que no menos presumían de fuertes y dubdados.

Mas el jayán porfió diziendo que en ninguna manera aceptaría la batalla salvo de la manera que avía dicho. Los cavalleros que aí eran aconsejaron a los hijos del rey que tomassen la batalla como el jayán les dezía, y aquella ora en las ventanas del palacio que estaban sobre la plaça echaron ricos paños de seda, y la reina Briolanja se paró a una ventana por ver lo que a sus hijos acontecía, y en otra cerca d'ella se puso la infanta Leonarda, su fija, muy fermosa y apuesta donzella y de poca hedad, que nasciera dos meses antes que el rey su padre fuesse encantado.

El Cavallero de los Cisnes, parando mientes a las finiestras y viendo a la reina Briolanja, aunque en hedad entrada era, por sus lindas faiciones juzgó ser verdadera la gentileza de que fuera muy loada, y viendo otrosí la hermosura de la infanta bien vio que con la beldad de su señora no se igualava con gran parte, y parando mientes al campo vido el jayán estar a cavallo sin lança salvo cubierto de su escudo, y vio los dos hermanos ir al más correr de sus cavallos y encontraron al jayán en mitad del escudo, que ninguno falleció de su encuentro, mas las lanças no prendieron en el escudo, antes resbalaron y los golpes fueron en vano, que el escudo era tan liso y tan fuerte que aunque los fierros de las lanças fueran de diamantes y de la mayor fuerça del mundo no pudieran prender en el escudo; y passaron ambos adelante cada uno por su parte y el jayán quedó en medio, y bolvieron luego con sus espadas en las manos con mucha vergüença por estar delante de la reina su madre y de tantos hombres buenos y dixeron a grandes bozes:

–¡Jayán, esso más es manera del escudo que fortaleza ni bondad de tu persona!

El jayán, viéndolos venir, nembrándose que eran hijos de aquel que a su padre avía muerto, con gran saña echó mano a un gran cuchillo fuerte y cortador que traía, y los dos hermanos le començaron de ferir de bravos y pesados golpes, y el jayán otrosí a ellos, mas la contienda turó muy poco, que el hijo mayor, firiendo al gigante de toda su fuerça sobre el yelmo, la espada se le quebró en tres partes, que no le quedó en la mano salvo la empuñadura. El jayán le ^{84r} dio sobr'el escudo, que alçado tenía, que gelo hendió fasta el medio, alcançando la punta del espada en el yelmo se lo hendió y cortó la carne fasta el huesso, y fue tan cargado del golpe que se no pudo tener en la silla y cayó en el suelo gran caída sin se poder levantar. Y el otro hermano se esforçó y arremetió al jayán, y diole gran golpe por las orlas del escudo que, cuanto la espada quedó en vano, tanto fue quebrada y la mitad de la espada fue retiñiendo por las losas de la plaça; mas el cavallero no perdió el ardimiento, antes, viendo que el jayán alçava el cuchillo para lo ferir, abraçose con él muy osadamente y el jayán detuvo el golpe y dexó el cuchillo colgar de la cadena, y apretándolo de toda fuerça lo arrancó de la silla y levantándolo suso dio con él tal golpe en las losas de la plaça que de atordido no bollía pie ni mano, lo que viendo la reina començó a dar grandes gritos y fazer esquivo llanto, y la infanta Leonarda messava sus fermosos cabellos. El rey, que muy flaco y maltrecho era en su cama, oyendo las bozes se quiso levantar, mas la flaqueza era tanta en él que lo no pudo acabar, y bolviose a su cama mandando saber por qué se fazía aquel triste llanto. Aquella ora el jayán dixo en alta boz a su escudero:

–Corta las cabeças a esos desventurados mancebos y llévalas al rey su padre, y dile que no me iré d'esta plaça hasta que lleve la suya.

Lo que viendo el Cavallero de los Cisnes tomó su lança sobremano y fuesse a do estava el jayán diziéndole:

–Baste, cavallero, los cavalleros ser vencidos, la muerte les quede para cuando Dios gela quisiere dar.

El jayán no curó de responder, antes dixo a su escudero:

–Haz lo que te mando.

El cavallero, viendo que el escudero iba a quitar los yelmos a los dos hermanos y fazer el mandado del jayán, bolviendo la lança de cuento a sobre mano le dio tal golpe en los pechos que lo batió de espaldas en el campo echando sangre por la boca, y dixo contra el jayán:

–Pues que no heziste mi ruego, no se fará agora tu mandado, que lo impediré a todo mi poder porque por demás es usar con los sobervios jayanes de cortesía como aquellos en quien más cabe follonía que mesura.

El jayán, tanto que vido su escudero tendido en aquel campo, fue tan sañado y creciole tanto la ira que parecía echar fuego por la visera del yelmo, según los ojos avía bermejós y encarniçados, y dixo con una boz ronca y temerosa, que cuantos la oyeron ovieron pavor:

–¡Captiva cosa sin prez ni valor alguno! ¿Por qué quesiste assí tomar la muerte vesiblemente?, que pues me feriste mi escudero no puedo dexar de tomar con tu muerte ravisosa vengança.

–¡Dessemejada alimania, hechura del diablo, alférez de la sobervia, no te temo ninguna cosa –dixo el cavallero–, que mi Señor Jesucristo me dará ayuda contra tu gran maldad para quebrantar tu orgullo y follonía! Toma tus armas y verás cuán presto has castigo de tu malo y sobervioso bivar.

El jayán estava tan sañado que no podía hablar palabra salvo de la mucha ira dava unos grandes resoplidos como si grande alimania fuesse. El Cavallero de los Cisnes dixo a los cavalleros que acompañaron a los fijos del rey que los llevassen a curar y sacassen del campo porque les quedasse la plaça descombrada para su batalla.

¶ Capítulo lxx. De la brava batalla que ovo el Cavallero de los Cisnes con el jayán Macareo el Triste y lo mató con su bondad.

TANTO ESTAVA EL jayán señoreado de la ira que perdía la fabla viendo que un solo cavallero delante sus ojos le avía dado tal enojo, que creía que diez cavalleros muy buenos gelo no osaran fazer, y después que aquella nuve de saña se alçó del juizio, dando algún alivio al sañado corazón, fue a tomar una muy gruessa lança que otro su escudero le tenía, y con muy gran coraje bolvió al cavallero diziendo:

–¡Malaventurado, ampárate de mí, que tengo de ser cruel verdugo de tus carnes por el enojo que me has dado!

Toda la gente estava puesta en mucho pavor oyendo aquellas ferozes palabras del gigante, y bien creían que assí lo haría como lo dezía, pues a los hijos del rey Galaor avía vencido ^{84v} tan ligeramente, que muy esforçados y de mucha nombradía eran, cuánto más él, siendo solo y teniendo al jayán tan sañado, y dezían que no avía quién le guareciesse la vida, y no miravan a Dios, que estava en los altos cielos, que todo vee lo que en este mundo

se haze y da ayuda a los suyos cuando vee que les cumple para sacar del mundo los malos y soberviosos hombres.

El rey Galaor, que en su cama estava, tanto se aquexó por saber lo que a sus fijos les avía acontecido que se fizo llevar en braços de hombres fasta las ventanas de su palacio, y ende supo cómo sus hijos eran bivos y estaban en poder de sus cavalleros, y fue espantado del ardimiento del cavallero que solo se osava combatir con tan bravo y dessemejado jayán. El cavallero se fue bolviendo las riendas a su cavallo a poner en un cabo de la plaça, y el jayán se fue para el otro dando una boz espantable diziendo:

–¿En qué te detienes, malaventurado cavallero, que la detenencia no te puede guarescer de muerte?

El cavallero no le respondió palabra, antes hincó la lança en el suelo y faziendo la señal de la cruz † en la frente la tornó a tomar y metiola debaxo del brazo, y firió su cavallo de las espuelas, que fuerte y bueno era, y el jayán hizo lo mismo y los cavallos según ivan rezios y desapoderados fazían salir con los pies centellas de fuego de las losas de la plaça. Los cavalleros llegaronse a encontrar tan fuertemente que era maravilla, y el cavallero encontró al jayán en medio del escudo, mas no prendió el encuentro poco ni mucho, antes fue resbalando a la otra parte. El jayán le encontró de tanta fuerça que el escudo le falsó y la manga de la loriga y el fierro salió a la otra parte, mas no le prendió en la carne, y toparonse de los escudos y los cavallos de las cabeças, de guisa que cada uno cayó a su parte con su señor. Ellos fueron tan quebrantados de las caídas que estovieron gran rato sin se levantar. El cavallero se levantó primero con mucho esfuerço, ca le no convenía menos, y sacando el troço de la lança del escudo y de la manga de la loriga lo arrojó al jayán, que se levantava y adereçava el yelmo en la cabeza, y cavalgó muy ligeramente en su cavallo y dixo al jayán:

–Cavalgá en vuestro cavallo o vos feriré estando a pie, que en quanto los cavallos pueden traer los cavalleros no los deven de dexar.

–En cavallo de que una vez cayo no suelo más cavalgar –dixo el jayán.

Y diziendo esto echó mano a su cuchillo y dio tan gran revés por los ojos del cavallo que la cabeza le hendió hasta el pescueço. El cavallero viendo que iva a caer con él, salió de la silla muy ligeramente. El cavallo fue luego muerto y él fue muy enojado por la pérdida de su cavallo, ca en verdad pocos tales se hallarían, y crecióle tanto la saña que dixo contra el jayán:

–¡Bestia criada en montañas!, ¿por qué has muerto mi cavallo, que yo lo dexara si tú no quisieras tomar el tuyo y no mostraras tus fuerças en la muerte de una bestia como tú?

–Bien bastará mi cavallo –dixo el jayán–, que tú no tendrás necessidad de cavalgar en este mundo.

El cavallero ovo saña y cubriose de su escudo y fue contra él, que guisado estava de lo mismo, y començaronse a ferir muy duramente, y el cavallero conoció bien la bondad de su espada, pues no avía quebrado en las armas del jayán aunque en el yelmo ni escudo no hazía daño. El jayán le herió con su cuchillo tan duramente por el brocal del escudo que de arriba abaxo gelo hendió, echando d'él una gran raja en el campo; aunque tan fuerte y rezio era, como avéis oído, no pudo resistir a la gran fortaleza del jayán y fineza de su cuchillo, y esto fue por voluntad de la gran sabidora Urganda, que la bondad del escudo no quiso que turasse más de fasta esta batalla, porque quanto menos bondad de sus armas más honra ganava contra el gigante que tan señaladas las traía. E por esso no vos espantedes del escudo assí faltar al cavallero en esta batalla aviéndole turado en otras no menos bravas que peligrosas como

fue la de Enceleo el Montés y de Madrusián su hijo y de Caurón el gigante y de Grovalaz el Negro, que fue como dicho tengo por la voluntad de Urganda.

Pues tornando al propósito, viendo el cavallero que cada golpe que el gigante le diesse en lleno le haría mucho mal, no perdiendo por ello el esfuerço, le dio un gran golpe con su buena y preciada espada por el muslo derecho que el quixote le cortó y la carne hasta el hueso, y el gigante le dio otro golpe por encima del yelmo que le hizo poner la una rodilla en el suelo y enclinar la cabeça hasta los pechos, y el yelmo fue todo abollado y, descendiendo la espada al ombro, le cortó las armas y hizo gran llaga de que mucho se sentió; no por ello mostrando punto de pavor, antes encomendándose a Dios con mucha ^{85r} devoción, le quiso dar otro gol<g>[p]e por la pierna, y el gigante lo tomó en el escudo, que tal sonido hizo como si se quebrara en muchas partes y la espada no entró poco ni mucho por el escudo, y el cavallero fue maravillado de su fortaleza y bien creyó que en el mundo no avía otro golpe, mas él se desvió muy ligeramente, ca no le quería atender golpe ninguno. El gigante estava quedo por dos cosas: la una por no cansar, la otra por la llaga que tenía por el muslo, mas no tenía necessidad d'ello, que el cavallero, con la biveza de su coraçón, lo acometía aquexándose mucho por dar cuna a aquella batalla; y llegose al gigante por le ferir y firióle tan duramente sobre el yelmo que la cabeça le hizo abaxar hasta los pechos, mas no fue sin pena d'ello, que el gigante le alcançó tal golpe en el canto del escudo que la espada metió por él hasta el medio y no le valió manga de la loriga que la carne del braço le no cortasse. E luego el cavallero, con grande ira, fue para el gigante y, poniendo el escudo sobre la cabeça, diole tal golpe por el tovillo derecho donde el armadura no llegava que el pie le cortó todo cercén. El gigante le herió sobre el escudo tan duramente que gelo hizo en dos partes y, alcançándole el yelmo a bueltas del escudo, lo cargó tanto del golpe que puso las manos ambas en el suelo, y si el gigante [no] estoviera en otra sazón en peligro se viera el cavallero, mas con el pie cortado no se pudo tener que no cayesse en el suelo con grande dolor de se ver tollido. El cavallero fue muy prestamente levantado, como aquel que se vía en temor de muerte. El gigante otrosí se puso de rodillas lo mejor que pudo cubierto de su escudo y su cuchillo alto en la mano. El cavallero, aunque no tenía escudo con que se amparar, cubriendo su grande esfuerço la falta d'él, arremetió para el gigante, y ante que él lo pudiesse herir con el cuchillo, le puso las manos tan reziamente que lo batió de espaldas. El gigante, en cayendo, soltó el cuchillo de la cadena y asió al cavallero por la falda del arnés y tiró tan rezio que dio con él en tierra. Y el cavallero, viéndose cerca del gigante, abraçose con él con mucho ardimiento.

Assí andavan ambos asidos rebolviéndose por el campo. E todos los que los miravan eran maravillados de su gran coraçón y tenían mucho pesar porque estonces lo vían en más cierta aventura de muerte, pues que con el gigante se avía abraçado. El rey don Galaor era d'ello mucho triste, y si sus flacas fuerças a la sazón respondieran con la braveza de su coraçón luego saliera a aver batalla con el gigante, mas él era tan maltrecho de la enfermedad que en los pies se no podía sostener.

Y estando assí abraçado el cavallero con el gigante, el cual procurava mucho de se levantar y tomar debaxo al cavallero, y tanta fuerça puso que la pierna, que tenía cortada por el muslo, fue del todo quebrada con los huessos. Estonces perdió el gigante toda la esperança y dio una muy grande y dolorida boz, y con saña apretó al cavallero tanto consigo que por poco le no hazía perder el aliento. Mas el cavallero, que muy grande lo tenía,

cobrando su espada, gela metió por el grande visal del yelmo y por los ojos que le passó los sesos hasta el colodrillo, y el jayán lo soltó estendiéndose con la ravia de la muerte.

El cavallero se hincó de rodillas dando gracias a Dios y tornó al gigante para ver si era muerto del todo y, sacándole el yelmo, le tajó la cabeça según el gran enojo tenía, y tomándola de los cabellos la echó muy alueña, y limpiando su espada, la metió en la vaina. Y era cruelmente llagado y maltrecho por la sangre que avía perdido y muy quebrantado de los braços del gigante, que le parecía aver los huessos todos molidos y quebrados, y llamó luego su escudero, el cual vino luego delante d'él, cayéndole por su rostro muchas lágrimas que en cuanto turó la batalla assí él como las donzellas nunca fizieron otra cosa. El cavallero le dixo:

–Toma esse escudo y yelmo a esse jayán y su cavallo por el que me mató y guárdamelo.

Aquella ora la gigante dio unos gritos espantables y bozes roncadas y dessemejadas por la muerte de su fijo, y sus donzellas hazían esquivo llanto.

¶ Capítulo lxxj. Del gran plazer que don Galaor ovo de la victoria, y cómo el cavallero fue curado de sus llagas y quemada la brava y dessemejada gigante.^{85v}

VIENDO EL REY don Galaor no solamente sus hijos librados de la muerte, mas aquel enemigo suyo que dárgele quería muerto y descabeçado delante de sus ojos, aviendo gran alegría en su triste y atribulado corazón por la cuita de sus hijos, viendo todo tornado a su plazer y su honra adelantada, mandó a los principales de sus altos hombres que fuessen por el cavallero al campo y lo traxiessen a su palacio, para que fuesse servido de lo que menester oviesse y guarecido de sus llagas.

Pues llegados assí estos hombres qu'el rey señalara al campo, hallaron al Cavallero de los Cisnes en compañía de sus donzellas que las llagas le apretavan, y los fijos del rey eran con él para lo guiar a casa del rey su padre; y luego los cavalleros dixeron el mandado del rey, y él lo otorgó de voluntad y se fue con sus hijos y altos hombres para su palacio. Y a la puerta de la sala falló a la reina Briolanja con la infanta su fija y muchas dueñas y donzellas muy ataviadas, y, como esta reina fue de las fermosas reinas del mundo, era en sí muy loçana y todas sus donzellas hazía ser muy galanas en su vestir y atavíos, y assí el rey como la reina pensavan que el cavallero Florisando fuesse, que creían que en el mundo otro no podría alcançar tanta bondad como el que avía vencido muchos gigantes; y subiendo los hijos del rey con el cavallero y hallando a la reina su madre con tal compañía, pusieron al cavallero delante; ella lo recibió con mucho amor diziendo:

–Cavallero, vós seáis muy bien venido como aquel que no solamente librades mis hijos de muerte, y esta causa es quita para siempre, más aún, su honra avéis sostenido y adelantado.

Y en diziendo esto llegaron cuatro cavalleros muy principales y traían al rey Galaor en braços, vestido una rica aljuba de seda que, aunque su enfermedad le escusava de tal recebimiento, la grande gana y voluntad que tenía de honrar a aquel cavallero le movió que assí lo saliesse a recibir. El cavallero fue delante, aviendo perdido mucha sangre de sus llagas con que su fermosura menoscabada era. El rey lo recibió no con menos amor por las buenas obras que le hiziera que compassión por las llagas que tenía, rogándole mucho

que se quitasse el yelmo para que le conociesse y le no encubriesse punto de su fazienda, que mucho sería alegre de la saber.

–Soy un cavallero –dixo el Cavallero de los Cisnes– de muy lexos tierra y como natural vuestro me podéis mandar; lo demás, señor, no me culpéis porque vos lo no digo, que muy presto lo sabréis si a Dios plazze, y mucho seré alegre que me conozcáis y mandéis todo lo que vuestro servicio fuere.

Estonces quitó el yelmo de la cabeça y sus donzellas lo tomaron. Assí el rey como toda su compañía fueron maravillados de su poca edad y alto fecho de armas. El rey fue quitado de su sospecha, que pensava ser Florisando, según la alta proeza que mostrara en la batalla del jayán, y viendo que se quería encobrir no le quiso más preguntar de su fazienda, y assí él como la reina rescibieron sus hijos con aquel amor que a piedad de padres convenía, siendo muy alegres de los ver bivos, ca si por el cavallero no fuera no avía quién les guareciesse las vidas, y la reina, viendo el cavallero tan mal llagado, tomándolo de la mano, dixo al rey:

–Señor, este cavallero quiero que sea mi huésped, que, pues por mis fijos fizo la batalla, yo como madre gelo tengo de galardonar en lo que pudiere.

Y el rey dixo que se hiziesse como ella mandava. La reina tomó al cavallero de la mano y Leonarda a Orgalán, su hermano, que mal llagado era en la cabeça, y llevaronlos a un rico aposento donde los dos cavalleros fueron desarmados y curados de sus llagas y acostados en ricos lechos. E luego la reina fizo aposentar sus donzellas y escuderos muy bien. El rey don Galaor fue acostado en su lecho que, aunque era flaco de la enfermedad, passó lo que del día quedava con alegría.

Al otro día, que el plazo de las xxxiiij horas era passado que el gigante era muerto, el rey Galaor mandó sacar de la prisión la brava y dessemejada giganta y sus donzellas, y la hizo traer delante sí, dando ella unos gritos roncós y medrosos ^{86r} según la gran saña que tenía; y en viendo el rey, como cosa sin seso le comenzó de dezir muchas demasiadas palabras, y viéndose desesperada, muerto su marido y su fijo, que era la lumbré de sus ojos, como ya no desseasse la vida, pues los tenía perdidos, con muy fiera saña y coraje quiso arremeter al rey, mas no lo pudo acabar que sus hombres la tuvieron, y assí el rey como la reina fueron espantados de su coraje y grandeza, que parecía hechura de los diablos y vestida en aquellas pieles negras de alimánias todo su cuerpo tenía cubierto de vello como si salvaje fuesse. E luego el rey la mandó quemar viva con el cuerpo de su fijo, lo que viendo la brava giganta echó sus grandes y agudas uñas en el carcelero que más cerca vido que desde la frente hasta abaxo le hizo muy grandes llagas como si de un cuchillo las hiziera, y comenzó a echar espumas por la boca de coraje que avía, y tanto mostrava la cara espantable, que la reina y sus donzellas avían d'ella gran pavor, y comenzó a dezir:

–¡Ó falso rey, desleal, pues que me mataste el marido y en tu casa me mataron el fijo, mándame matar muy cruelmente, ca muy cruel y ravisosa desseava de ver la tu muerte y folgaría que me matasses con tus manos como a Albadán mi marido feziste, porque tires de tu estorvo la mayor enemiga que en el mundo tienes! Y si esto no quisieres, de cualquiera muerte que me mandes dar seré muy alegre, porque mi cansada vejez acompañe la mocedad dina de bivar de mi fijo. Una cosa ante de mi muerte te ruego, reina –dixo contra Briolanja–, que mis donzellas, pues no tienen culpa, que no padezcan, ante sean de ti amparadas y defendidas que a ello eres obligada por ser mujer y porque seas más loada de mesura que tu marido de piedad.

Sus donzellas hazían esquivo llanto. El rey mandó que callassen y las mandó tornar a la prisión, y dixo a sus hombres que llevassen al fuego la gigante, y ella dixo que de grado iría a tomar la muerte a do su hijo perdiera la vida. Los hombres la llevaron entresí y en un cabo de la plaça era fecho un gran fuego y la gigante hizo grande llanto sobre el cuerpo muerto de su hijo que los hombres truxeran para echar en el fuego. Y uno d'ellos fue por la cabeça del jayán, que el cavallero echara muy a lueñe, y trayéndola delante de la gigante la arrojó en el fuego. La gigante fue muy sañuda y, no dudando la muerte, se abraçó con el hombre que arrojara la cabeça y asida con él se echó en el fuego sin que ninguno valer le pudiesse, y murieron allí ambos juntamente, de que todos fueron espantados y no pudieron socorrer al hombre, porque el fuego era grande y la gigante lo tenía debaxo, y en cayendo fue luego afogado.

Assí acabaron sus tristes días: el jayán dando fin a sus sobervias, y la gigante a sus maldades, y el hombre a su inocencia; y sus donzellas, después de algunos días, la reina las sacó de la prisión y traxo a su casa. Ellas se bolvieron cristianas y fueron casadas y honradas en aquel reino, donde agora el autor los dexa y al Cavallero de los Cisnes curándose de sus llagas, y dize lo que aconteció en casa del rey Amadís.

¶ Capítulo lxxij. De cómo cuatro escuderos traxeron al rey Amadís un cavallero llagado de muerte, ca lo avían muerto dos cavalleros en la floresta, y de lo que sobre ello se fizo.

ESTANDO UN DÍA el rey Amadís en una gran sala hablando con los dos infantes Coroneo y Florinel, llegaron a su palacio cuatro escuderos tan tristes y cuitados que la tristeza que les sobrava haría a muchos ser tristes, y traían en unas andas de vergas embuelto en un tavardo un cavallero llagado de muerte, que avía la garganta passada de una lança y aún traía en ella el troço con el fierro, y en la cabeça avía grandes llagas, que el casco le passavan como aquel que fue herido sin piedad ninguna. Y llegados los escuderos en presencia del rey, pusieron las andas en tierra y sus ojos hechos arroyos de lágrimas començaron a dezir:

–Noble rey Amadís, aquí te traemos aqueste buen cavallero que fue ferido de muerte cerca de ^{86v} aquí por dos malos cavalleros a traición, y aquí te lo presentamos como muerto, pues que bivo te venía a servir. Porque conozcas su bondad y castigues con derecho su muerte, pues eres rey y ministro de Dios en la tierra, no parezca que sueles galardonar y honrar los buenos y que dexas los malos sin castigo de su maldad. Este cavallero es sobrino de Gavarte de Val Temeroso, llamase Danamiel, y viniendo oy para tu corte, en la Floresta de las Siete Fayas, no trayendo lança ni escudo ni yelmo, que nosotros gelo traíamos, salieron a él dos cavalleros de entre las matas y sin más le dezir uno le encontró por la garganta como veis, otro en los pechos, que lo echó a tierra y en levantándose para se deffender solamente con la espada se amparava, mas no le valió cosa que la llaga de la garganta de que mucho se desangrava le enpidió tanto que ovo de caer y con las otras llagas que tiene, de suerte que allí le querían matar del todo si dos hombres de orden que acaso passaran, que mucho les ahincaran que le no matassen.

Mucho fue maravillado el rey de la traición de los cavalleros y assí de la pérdida de aquel cavallero muy triste. E aquella ora el cavallero començó a bullir ya cuanto y dixo:

–¡Ó, Dios piadoso, aved piedad d'esta ánima pecadora que se passa d'esta vida a la muerte!

Y el rey se fue a él y con sus manos le sostuvo la cabeça diziendo:

–Buen cavallero, no conviene desmayar, que con la ayuda de Dios guaresceréis de vuestras llagas.

–¿Quién me fabla? –dixo el cavallero.

–El rey Amadís –dixo él–, al cual pesa mucho de vuestra cuita y sería ende alegre de vuestra salud.

–¡Ay, buen señor, rey Amadís! –dixo el cavallero–, pues que mi ventura fue tal que vos no pudiesse servir como mi corazón desseava, vós recibid los desseos que d'ello tenía y Dios resciba mi ánima que se va.

Y no pudo más hablar. Y al rey de piedad le vino las lágrimas a los ojos y mandolo llevar a una cámara y acostar en un rico lecho, y los maestros le apretaron las llagas de la cabeça que le causavan perder la habla, mas no le quitaron el troço de la garganta fasta que fue confessado de sus pecados, y quitado el troço dio luego el ánima a Aquel que la criara. El rey fue muy triste por su muerte. Sus escuderos fazían muy esquivo llanto, lo cual viendo Coroneo y Florinel se hincaron de rodillas delante del rey que les diesse licencia que fuessen a aver batalla con los que el cavallero avían muerto y los prendiessen. El rey gela otorgó. Ellos le besaron las manos y fueron a preguntar a los escuderos que adónde hallarían los que avían muerto a su señor. Ellos dixeron que no sabían, salvo que traían los escudos de una devisa los campos de fino rosado y hojas verdes y flores blancas por ellos. Luego los dos cavalleros se fueron a armar de sus armas, y los escuderos dixeron que los guiarían donde fuera la batalla.

Y partiendo del palacio en sus cavallos, con gran desseo de los topar, andovieron por la Floresta de las Siete Fayas hasta el lugar do avía sido llagado el cavallero, y vieronlo hollado de los cavallos y la sangre del muerto, lo que más les dobló la saña y acrescentó los desseos de lo vengar. Y no and[u]vieron mucho por la floresta cuando hallaron dos caçadores del rey que venían de sus armadas y les preguntaron si avían visto los cavalleros. Ellos dixeron que gran rato avía que los toparan a la salida de la floresta.

–¡Ay, Dios –dixo Coroneo–, nos quiera juntar con esos traidores!

Y tomando la vía que llevavan andovieron lo que del día quedava, mas no los podieron hallar ni menos rastro, y dormieron so un grande álamo, y antes que amanesciese se levantaron no yendo más a una que a otra parte salvo donde Dios los guiava. Cuando fue ora de mediodía, passaron una ribera a vado y de la otra parte en una vega que ende era, vier<a>[o]n andar sueltos dos cavallos ensillados paciendo de la yerva, y a la sombra de una grande faya vier<a>[o]n estar dos cavalleros tendidos en la verde yerva.

–Sepamos, buenos señores –dixeron [a] los escuderos– si son aquellos los que mataron el cavallero, ca los cavallos suyos nos parecen.

Guiaron luego a la haya y vieron sus escudos arrimados a ella con la devisa de las fojas verdes y flores blancas, y fueron ende muy alegres, y los escuderos començaron luego a dezir a grandes bozes:

–¡Señores, estos son los que mataron a traición el cavallero!

E luego los dos cavalleros, que primos eran, parando mientes conocieron los escuderos y fueron levantados en pie y dixeron a Coroneo y a Florinel:

–Vosotros ¿qué buscades?

–Buscamos –dixeron ellos– castigo de vuestra maldad, pues a traición matastes su señor d'estos escuderos, y venid con nosotros, ca el rey Amadís os embía por ello a llamar y nós vos reutamos que vais a parescer en su corte.

–Cavalleros ^{87r} –dixeron ellos–, vosotros estáis a cavallo y guisados de batalla y nosotros desaperecidos, y cualquier cosa que respondiésemos más sería con temor que por así ser; dexadnos tomar nuestras armas y cavallos y daremos nuestra respuesta.

–No se os devía guardar essa ley –dixo Coroneo–, ca no la avéis vosotros guardado a Danamiel, mas porque veáis cuán poco tenemos vuestra respuesta, tomad vuestras armas y cavallos.

E luego los dos cormanos fueron a tomar sus cavallos y armas y cavalgaron muy ligeramente, y como fueron guisados, se vinieron las lanças baxas contra Florinel y Coroneo diziendo:

–¡Cavalleros sandios, no sois vosotros tales que nos ayáis de llevar presos donde no fuere nuestra voluntad ni que deváis entender en nuestros fechos que vos castigaremos de vuestra locura!

Coroneo ovo muy gran saña y dixo:

–¡Cavalleros más desleales que ardidés, defended vuestra traición con las armas que nós quebrantar la queremos!

Estonces se arredraron los unos de los otros gran trecho por aquella gran vega, que llana y fermosa era, para justar. Metiendo las lanças so los braços y feriendo los cavallos de las espuelas, se llegaron a encontrar que fue maravilla. Los dos cormanos les falsaron los escudos y quebraron sus lanças en muchas pieças, mas Florinel y Coroneo, que de mayor bondad eran, los encontraron de suerte que los escudos fueron falsados y las lorigas, y los arrancaron de las sillas y echaron por las ancas de los cavallos en tierra y passaron hermosos cavalgantes. E cuando bolvieron, fallaron los dos cormanos guisados de aver batalla, que los cavallos les avían fuido por la gran vega, mas ni por ello se determinaron de se rendir, antes, como vieron bueltos los dos cavalleros, arremetieron a ellos cubiertos de sus escudos y, sin que Florinel pudiesse guardar su cavallo, uno de los cormanos lo firió en la cabeça, que gela hizo dos partes y el cavallo cayó con él; y Coroneo firió al otro de los pechos del cavallo que lo echó a tierra quebrantado, y cuando paró mientes vio cómo el cavallero que matara el cavallo de Florinel fería a él de grandes y pesados golpes: el cavallo le tomó una pierna debaxo y no se podía levantar; y luego Coroneo saltó fuera de la silla y con mucha saña y ligereza fue contra el cavallero y lo ferió duramente, que lo fizo apartar de Florinel y él tuvo lugar de se levantar. A esta hora, el otro cormano, levantándose aunque maltrecho, se vino a juntar con su cormano y Coroneo se combatía con ellos muy bravamente, mas Florinel, que se avía levantado a grande afán, queriendo vengar su saña, se juntó con Coroneo y començaron ferir de grandes y mortales golpes a sus enemigos, y ellos se defendían con mucho esfuerço y cordura como aquellos que usados eran a las armas y de bondad para fazer todo bien si su maldad los no impidiera, y assí anduvieron en su batalla sin folgar punto fasta hora de bísperas. Los dos cormanos eran muy llagados y tenían los escudos desfechos en los braços y las lorigas rotas y mal paradas, y començoles a faltar la fuerça y el aliento. Coroneo y Florinel los cargavan

de tan esquivos golpes que los hizieron retraer por aquel campo buena pieça, amparando los golpes de las espadas que, como eran de gran fuerça dados y ellas de fino azero, no parecían sino que ardían en bivas llamas, y los dos cormanos, no se pudiendo valer, soltaron las espadas y demandaron merced.

¶ Capítulo lxxiiij. De cómo los dos cormanos fueron traídos a Londres, donde el rey, sabiendo su maldad, les hizo dar el castigo de su traición.

TOMADOS ASSÍ A prisión los dos cormanos, Coroneo y Florinel les tomaron las espadas y mandaron a los escuderos que fuessen tomar los cavallos que avían fuido por la vega, y, traídos assí los cavallos, Florinel cavalgó en el que mejor le pareció; en el otro fizieron sobir los dos cormanos a grande afán suyo, tanto eran llagados y maltrechos, y bolvieronse luego tomando la ^{87v} vía de Londres. Y por ser muy tarde no pudieron hallar poblado y alvergaron aquella noche en la Hermita de las Siete Fayas, donde avía estado en otro tiempo el santo hombre Nasciano, que al emperador Esplandián, siendo de una noche nascido, quitó de la boca de la leona que para cevo de sus pequeños hijos llevaba. Y allí alvergaron aquella noche, donde a la sazón el bueno de Felispinel era hermitaño, haziendo muy santa vida, que después que fue la señalada batalla en Costantinopla, en que murieron los dos famosos reyes Lisuarte y Perión con otra mucha cavallería, viendo él que su juventud avía gastado en las vanidades del siglo perecedero, se retraxo a vida solitaria para hazer en la vejez con digna penitencia de sus pecados, y morando algunos pocos días con el santo Nasciano, aprendió mucho de su religión y astinencia, y después que él hizo gloriosa y santa fin de sus días, este cavallero Felispinel quedó en la hermita haziendo la más áspera vida que podía, sirviendo a Dios y grandes ayunos y astinencias. Y acojó los cavalleros con mucha caridad por ser del rey Amadís su señor, y estuvo mucho hablando con ellos en cosas de santidad, retrayéndolos de las cosas del mundo como aquel que toda avía passado y esperimentado, reprehendiendo otrosí gravemente los dos primos de su traición y aleve por la muerte de Danamiel.

Pues alvergando allí aquella noche los cavalleros, venida la mañana, con la bendición del hermitaño tomaron la vía de Londres, y llegaron a sazón que el rey acabara de oír missa, y era acompañado de sus altos hombres, en cuya presencia Coroneo y Florinel presentaron presos los dos primos que avían muerto a Danamiel. El rey les agradeció mucho su diligencia y trabajo, loando su valentía y reprehendiendo mucho la traición y maldad de los dos primos, y después que supo por su confessión la sinrazón por que avían muerto a aquel cavallero, los mandó meter en prisión en el alcáçar y mandó a Grindana, hermano de Angriote, que con consejo de los sabios de su corte juzgasse los dos cavalleros. El cual, aviendo noticia que no solamente avían sido alevosos en la muerte de Danamiel, mas avían hecho fuerças a donzellas y otras maldades grandes, por castigo de su pena y exemplo de los semejantes los hizo morir por justicia, y assí pagaron con las vidas la muerte del buen cavallero Danamiel, que, quitado aparte el bueno de don Gavarte su tío, en toda la pequeña Bretaña no avía quién mejor lo fuesse ni más leal y verdadero. Estos dos primos eran de baxa sangre y avían fecho mucho mal en aquellas comarcas y todo a traición que, aunque eran de gran fecho de

armas, la baxeza de su sangre no les dexava fazer cosa sin vileza, porque como Danamiel quitasse al uno d'ellos una hermosa donzella que forçada llevava y él, aviendo d'ello gran saña, se juntó con el otro su primo y lo buscaron tanto hasta que sabiendo que iba a Londres lo fueron a aguardar entre las matas y lo mataron como avéis oído, cuya muerte, cuanto fue triste y llorada de cavalleros, dueñas y donzellas, tanto las suyas d'ellos fueron alegres y plazenteras a los que las oyeron, ca eran desamados en aquellas comarcas por su maldad, y su fin fue tal como desseada, e la del bueno Danamiel muy llorada y sentida.

E agora dize el autor que el Cavallero de los Cisnes, que llagado estava como avéis oído, donde no solamente era servido muy altamente mas muy a menudo visitado de la reina y de su hija, que lo más del tiempo le tenía compañía. En el cual tiempo, viendo el cavallero que sus presciadas armas de los cisnes fueron estragadas en la brava batalla del gigante, mandó a su escudero que en aquella ciudad le mandasse fazer las más fuertes armas que pudiesse, tomando de nuevo otra devisa porque más encubierto buscase las aventuras, determinando que, tanto que fuesse mejorado de sus llagas, de se ir luego a Bretaña queriendo con tales armas nuevas su llegada no ser conocida, y mandó hazer las armas todas de nuevo que pieça no les faltassen, y pensando en la devisa que tomaría, acordose de la esquiva cuita que su triste coraçón por causa de su señora padescía, y mandó fazer un escudo grande y fuerte que el campo oviesse blanco y un gran dragón bermejo en él enroscado, y las horlas sembradas de coraçones negros menudos, lo cual luego Urgandín el escudero mandó hazer con mucha diligencia. Y siendo el cavallero guarescido de sus llagas, que no menos fueron grandes que peligrosas, se despidió del rey don Galaor y de la reina y de sus hijos, ahincándole mucho el rey que quedasse en su casa y que le haría ende grandes mercedes; y él se escusó porque le convenía ir a Bretaña, de lo cual los hijos de don Galaor fueron alegres, que el mismo ^{88r} camino entendían de fazer muy presto llevando a la reina Oriana la infanta Leonarda su hermana, y sintiendo assí todos grande tristeza por la partida del cavallero, que tantas buenas obras su venida les avía dado.

Aviando ya el cavallero las fuertes y nuevas armas en su poder, siendo muy pagado de su fortaleza y fermosura, mandó a sus donzellas que el rico escudo y yelmo del gigante le llevassen, porque las tales armas quería él para acometer a alguna brava y esquiva batalla de gigantes, no queriendo a la continua traer aquellas armas, porque, según era clara la ventaja de lo que hiziesse, no merecía mucho loor; y por tanto no quería traer armas salvo de la manera de los otros cavalleros andantes que buscavan las aventuras; y con este propósito, armado de sus nuevas armas, por donde en muchas partes el Cavallero del Dragón le llamavan, despedido del rey Galaor y de la reina y de sus compañías, sin que d'ellos fuesse conocido, partiendo de aquella gran ciudad de Sobradisa, se puso en el derecho camino de Bretaña.

¶ Capítulo lxxiiij. De cómo el Cavallero del Dragón por una estraña aventura se combatió con Rolandín el Músico y lo venció.

PARTIDO EL CAVALLERO de Sobradisa con su compañía, tomando la vía de Bretaña, andando por sus jornadas sin topar aventura que de contar sea, entrando un día por un gran despoblado, llegándose la noche oscura según los truenos y relámpagos le asseñalavan, dándose gran priessa por hallar algún poblado, vieron a siniestra mano una

pequeña casa, y fueron a ella por ver si fallarían alvergue; y vieron que era despoblada y estaba assí sola en aquel yermo, y hizierala un cavallero que por amores de una donzella avía dexado el mundo y sus vanidades, y retrayéndose en ella acabara muy santamente, y después de su muerte, por la mucha aspereza del lugar, no ovo quién en ella morase. El cavallero era allí enterrado en una sepultura de piedra blanca con letras que señalavan la historia. El cavallero, después que entró en la hermita y hizo su oración, y fue a ver las letras de la sepultura, ovo compassión del cavallero. Y porque la noche se llegava no quiso passar, ca temía no fallar otro alvergue, y mandó meter los cavallos y palafrenes en la casa del hermitaño, y mandó coger de las ramas sobre que alvergassen en la hermita, y después que estuvo hablando con sus donzellas por passar la noche, cubriéndose con el manto sobre las armas, se acostó cabe el altar y las donzellas cerca d'él sobre las ramas, las cuales muy presto se dormieron como aquellas que no tenían cuidados que gelo estovassen. El cavallero no podía dormir salvo pensar con todos sus sentidos en la cuita que su señora le causava, nembrándose de aquella dulce y bienaventurada noche que fablara aquella estrella luziente entre todas las fermosas del mundo, y apacentando su coraçón hambriento de aquella dulce nembrança, estando de otra parte en muy crueles pensamientos de amor, oyó passos como de cavallo a la puerta de la hermita, y, estando escuchando, oyó una boz de un cavallero que dezía a su escudero:

–Ata essos cavallos a las ramas d'essos árboles, que no se vayan y paçan de las yervas, y tráeme mi harpa y vente a esta casa.

Y el cavallero entró a escuras en la hermita y fuese a poner cabe la hermosa sepultura sin ver al cavallero ni a las donzellas, y dende a poco llegó su escudero y diole la harpa, y echose de la otra parte en la tierra dura, ca otros lechos en tal alvergue no avía, y a cabo de gran rato començó a dar unos sospiros doloridos según la fuerça del cruel amor le aquexava, y tomando su harpa y templándola, començó a tañer y a hazer tan dulce son que era maravilla, y cantava juntamente con tanta dulçura que el cavallero estava espantado, y rescebía mucha consolación en lo oír. Y el cavallero cantava esta canción:

*¶ Cansa mi coraçón triste
de llorar tu mal sin cura
pues tú mismo lo quesiste
por tentar la tu ventura.^{88v}*

*¶ Mi captiva libertad
de mis males sabidora
quexase de la esquividad
que siempre halla en vós, señora;
mas pues que el coraçón ensiste
en seguir su devaneo
de los males que le diste
muy contento es el desseo.*

¶ E acabando de cantar, tañó un poco de cuando en cuando sospirando muy agramente. El Cavallero del Dragón conoció que, según la fabla del cavallero, muy penado devía

de ser de amores de alguna alta donzella, y avía compassión de su pena, como aquel que sabía qué mal era. El cavallero tornó otra vez a cantar otra canción diziendo:

*¶ El mi alto pensamiento
en la cumbre del amor
si padesce algún tormento
ca muy justo su dolor.*

*¶ Porque la pena es gloria,
el trabajo es gran holgura;
ser vencido es vitoria
de tan alta hermosura.
Es muy alegre tormento
el que causa vuestro amor
ca tener tal pensamiento
no se alcança sin dolor.*

¶ E acabando esto, començó a dezir, sospirando muy agramente:

– Grande es la cuita que padezco, señora; muy fieras son las angustias y mortales deseos que me causa vuestra crueldad, que me hazen passar en tal edad de la dulce vida a la amarga muerte; mas yo rescibo d’ello mucho plazer, pues aún con ella no satisfago al menor quilate de vuestro contentamiento, y pues que d’ella sois servida, yo me devo aver por bienandante muriendo más con vuestro disfavor que viviendo con los favores de todas las donzellas del mundo, ca vós sois sola aquella que en hermosura, linaje y virtud en el mundo igual no avéis, y así lo haré yo conocer por vuestro servicio a todo cavallero que lo contrario dixere en cuanto esta poca de vida me turare. ¡Ó, mi señora reina de Leonís, flor y espejo de toda la fermosura, Dios os hizo con pinzel de toda lindeza por muestra de su poder! ¿Para qué queréis que muera tan amarga muerte este cuitado cavallero que más no dessea que vuestro servicio?

Entonces calló. El Cavallero del Dragón, que todo lo avía oído, viendo que lo que aquel cavallero dezía no era servicio de su señora, la mucha compassión que de antes avía se le bolvió en ira y en saña contra él, y levantándose en pie le dixo:

– Cavallero, gran locura avéis dicho en desdeñar todas las dueñas y donzellas del mundo por hazer en la vuestra, que según la alta bondad de que la loáis no dexáis a las otras nada; pues yo os digo que no avéis dicho la verdad, ca otra donzella conozco yo en el mundo con la cual la vuestra en beldad y en linaje puede vivir.

El cavallero fue muy espantado oyendo aquella boz no con temor del cavallero ni de sus amenazas, ca él era tal que no fazia mella de pavor en su coraçón, mayormente sobre caso de su señora, mas como cuidó que fuera su escudero que otra persona no alvergava en tan despoblado alvergue, y no podía por ello dexar de tomar alguna alteración, y levantose luego en pie con mucho esfuerço, poniendo mano a su espada le dixo:

– ¡Eres tú diablo que sale de los infiernos o hombre encantado que así fablas a dessora y vienes a amenazar los que no temen tus obras cuanto más las amenazas?

–Yo soy un cavallero –dixo él– que confundiré tu razón si d'ella no te desdizes, y haré quedar la mía por verdadera, pues la es si conmigo te osas combatir.

Dixo Rolandín:

–Yo te pondré en tal parte que tú confieses ser verdad mi razón y la tuya falsa mentira.

–Cavallero –dixo el del Dragón–, bien bastaría tener poco seso y no mucha sobervia. Sea luego la batalla fuera d'este lugar sagrado a la claridad de los relámpagos, que me tardo mucho en no aver tomado de ti vengança por poner la boca en las altas dueñas y donzellas del mundo por hazer en la tuya.

–La noche –dixo Rolandín– es muy oscura, y yo muy lasso y cansado, y el día no puede mucho tardar, y entonces será nuestra batalla a razón conveniente; que si tú te sueles combatir de noche esso será porque ninguno vea tu poco valor y no publique tu mengua. Y de mí te digo que quisiera fazer esta batalla en presencia del rey Amadís y de su corte, porque mi bondad más fuesse clara y mi señora rescibiesse mayor servicio y la tuya por el contrario.

–No te quiero dar respuesta –dixo el Cavallero del Dragón– por ser demasiada, pues que agora no quieres la batalla duerme y reposa lo que de la noche queda, que mañana las armas executarán nuestras sañas y mostrarán verdad de nuestra porfía.

Y luego los cavalleros se tornaron a acostar^{89r} en sus lugares como antes, mas fue de diversa manera, ca el Cavallero del Dragón con la gran saña no pudo dormir sueño toda la noche, y Rolandín la durmió con muy sossegado sueño, ca venía muy quebrantado de la pieça de la noche, que anduvo no sabiendo la tierra fasta que fue a dar en la hermita como oístes.

Y como rompió el alva, fue el cantar de las aves tan dulce en los árboles de la hermita que era plazer de lo oír a quien estoviera más sin pasión que el cavallero, el cual se levantó luego muy prestamente, soltando el manto que cubierto tenía; tomó su escudo y yelmo y fuesse a grandes passos contra el cavallero que dormía muy altamente, y dióle con el pie diziendo:

–No seas perezoso en tardar el servicio de aquella que tanto precias, ca no conviene a cavallero dormir reposado sueño teniendo el enemigo al lado y la batalla muy de cerca.

Rolandín despertó muy apriessa diziendo:

–¡Mal cavallero, Dios te confunda, que me has estorvado el más dulce sueño de toda mi vida! Dios te quite por ello la alegría y te dé todo pesar, y yo me vengaré de ti si puedo.

El cavallero no le bolvió respuesta, antes se salió de la hermita y llamó su escudero que le ensillasse su ca[va]llo. Rolandín otrosí lo mandó a su escudero, lo cual fue todo aparejado, mas primero el Cavallero del Dragón tomó su cavallo y se puso en la calçada, que ancha y llana era, y todo lo otro era brava y espessa montaña. Rolandín fue luego aparejado y vino sobre un gran cavallo hobero, y él parecía en él muy fermoso cavallero, ca era grande de cuerpo y bien tallado y avía grandes espaldas, por la cual razón parecía en sí aver mucha fuerça; venía cubierto de un escudo grande y el campo avía indio y un cavallero en él figurado abraçado con un espantable leopardo y la matava con una daga, y esta devisa traía Rolandín porque matara un bravo león en el reino de Leonís que destruía la comarca, muchos cavalleros avían ido a aver batalla con él, mas todos tomavan muerte salvo este Rolandín, que lo mató y lo traía en el escudo por ser la primera aventura que fizo después de armado cavallero. E luego Rolandín se llegó al Cavallero del Dragón y le dixo:

–Cavallero, ya sabéis lo que avéis dicho y la batalla que ende tenemos aplazada, sea con tal condición si os plaze que el vencedor quede con su razón por verdadera y el vencido por el contrario.

–Plázeme –dixo el Cavallero del Dragón.

Y sin más se fablar se arredraron luego el uno del otro grande trecho, y dexaronse correr al más ir de sus cavallos, y llegaronse a encontrar tan bravamente que bien parecía la saña que se tenían. Rolandín encontró al cavallero en el escudo tan fuertemente que gelo passó de claro, mas detuvose el encuentro en el arnés, que fuerte era. El cavallero sintiose mucho de la fuerça del gran golpe, mas no sin tomar d'él la vengança, ca tan fuertemente lo encontró que no le valió escudo ni arnés que la lança le no llegasse a las carnes y fiziesse grande llaga y fue fuera de la silla, mas tanto le avino de bien que llevó las riendas en la mano y fue luego levantado y soltó el cavallo, y cubriéndose de su escudo, echó mano a un alfange morisco gran cortador que traía. El Cavallero del Dragón le dixo:

–¿Por qué avéis dexado vuestro cavallo, ca no tenedes tanta ventaja de la batalla para que lo dexedes por más vuestra honra?

–Cavallero –dixo Rolandín–, mi cavallo es lasso y cansado de las grandes jornadas que ha traído, y por falta d'él me fue mal de la justa; no quiero que assí me vaya de las espadas, y por otra razón no siento la falta de mi cavallo, porque mi justa demanda sobre la fermosura de mi señora me da tanto esfuerço que yo a pie y tú a cavallo te tengo harta ventaja.

–¿Pues no me valga Dios –dixo el del Dragón– si otro tanto de mí no creo, nunca me combatí con cavallero con tal ventaja, menos lo faré con vós!

Y apeándose de su cavallo muy ligeramente, embraçó su escudo poniendo mano a su espada. Començaron entre sí tan brava batalla que en los golpes que se davan mostravan la saña de sus coraçones. El Cavallero del Dragón, que muy sañado andava viendo ser en caso que tocava a su señora, las fuerças le doblavan con el aliento, y con mucha braveza alçó la espada para le ferir en la cabeça. Rolandín, que muy diestro era en aquel menester, alçó el escudo para emparar la cabeça, la espada acertó por el brocal del escudo y lo fendió fasta abaxo en dos partes, cortando las correas y embraçaduras y le cayó en el campo, y la mano le quedó muy atormentada del golpe, que pensava que la tenía tollida, mas ni por ello perdió el esfuerço, antes con gran furia se combatía firiendo de grandes y pesados golpes a su enemigo. Y andado assí en su braveza, el cavallero ^{89v} firió a Rolandín de tal golpe sobre el yelmo que, aunque fuerte era, le entró la espada fasta el caxco, y fue tan cargado del golpe que cayó en el suelo sin sentido. El cavallero fue luego sobre él y cortole los lazos del yelmo, y sacóselo de la cabeça y pusole la punta del espada en el rostro, y él bolvió en su acuerdo, y alçando los ojos vio su enemigo sobre sí con la espada desnuda y ovo pavor de muerte. El cavallero le dixo:

–Cavallero, dados por vencido y desdezíos de la mentira que dexistes, o muerto sois.

–La muerte –dixo Rolandín– bien me la podéis dar, mas en lo que pedís sois demasiado, ca pues condición fue de la batalla que la razón del vencedor quedasse por verdadera y la del vencido por de contrario, no tenedes razón más que me pedir, por ende, conociendo yo vuestra gran bondad en armas, allende de ser vencido faré vuestro mandado como el mejor cavallero del mundo.

El cavallero fue muy contento de la respuesta de Rolandín, y dándole la mano lo alçó suso diziendo:

–Lo que me plaze, cavallero, que fagáis es que vades a casa del rey Amadís y contadle nuestra batalla y la razón d'ella, y atendedme fasta que ende sea, y entretanto sobre vues-

tra demanda no toméis ninguna batalla, y dezidme otrosí vuestra fazienda, que mucho seré alegre de la saber, y esto os pido más por ruego que por deuda.

–A mí me llaman Rolandín –dixo él–, y porque taño tan dulcemente me llaman Músico. Soy fijo menor del rey de Organia, y viéndome mancebo sin eredamiento, como aquel que tengo hermano heredero del reino, dime a andar por tierras estrañas y fue a bivir con el rey de Leonís, que en aquel tiempo bivo era, y él me armó cavallero; y teniendo él una fija muy hermosa de poca hedad, que por su estremada hermosura la llamaron Rosamunda, yo fui tanto cativo de su amor que por ella he encomençado y dado fin a grandes fechos, y aclarándole un día mi fatiga y gran cuita de mi coraçón, ella me dio por respuesta que me fuesse a Sobradisa y tomasse batalla con los fijos del rey diziendo que ella era más hermosa que su hermana Leonarda, y que otrosí me fuesse a Bretaña y fiziesse lo mismo en la corte del rey Amadís, combatiéndome sobr'ello con todo cavallero que lo contrario dixere, y que si lo acabasse a su honra que ella me prometía de me otorgar su amor y fazer señor de su fermosura, y yo, como más a ella que a mi vida amasse, partime a fazer cumplimiento de su voluntad, y iva derecho a Sobradisa y dende me bolver a Bretaña, confiando de mi demanda por las cosas que he acabado. Y pues mi ventura assí quiso, mucho os ruego que os nembréis de mi fatiga y de las mortales angustias que mi coraçón passa por aquella señora; pues me vencistes el cuerpo, no me matéis el coraçón, lo que cierto faréis si del todo me fazéis perder la esperança de aquella señora.

El cavallero ovo gran piedad de Rolandín viendo la gran fuerça de amor que le aquexava, y su saña buelta en compassión le prometió que en todo lo que pudiesse le sería ayudador antes que ganasse su amor que perdiesse un punto d'él, lo que él muy bien cumplió como adelante oiréis, que gela fizo aver por mujer, con lo que no solamente fue fuera de las angustias que por sus amores sufría, más aún señor de aquel gran reino y de su fermosura fasta la muerte.

¶ Capítulo lxxv. De cómo el cavallero dexó a curar a Rolandín en una abadía de monjes y supo las grandes maravillas de la Montaña de Santguid.

TANTO QUE LA batalla assí fue acabada como avéis oído, aviendo el cavallero perdido la saña que tenía a Rolandín, mandó a sus donzellas que las llagas le curassen, lo que ellas fizieron muy de grado, que siempre traían aparejos de cosas necessarias para tal menester. Y como la llaga le fue atada, el cavallero lo fizo cavalgar en su cavallo para buscar algún poblado do guareciesse, y dieronse andar de mucha priessa por la calçada, que la hambre los aquexava como aquellos que avía ^{90r} un día que no comían, y andovieron las dos partes del día sin fallar poblado; y a hora de bísperas fallaron unas choças de pastores y fueron a ellas, y preguntaron a los que en ellas fallaron que adónde fallarían algún poblado.

–De aquí a dos leguas –dixeron ellos– ay una abadía grande de monjes que el Valle Sombrío se llama, cabe aquella alta montaña que parece, que de Santguid ha nombre.

Mucho fueron alegres los cavalleros con aquellas nuevas y tomaron la vía que los pastores les mostraron; y a ora que se ponía el sol llegaron al monesterio, que grande y fuerte era, cercado en torno de alto muro y en la entrada avía una fuerte torre; estava assentado en un valle de grandes arboledas, viñas huertas, assí que por las muchas sombras que avía el valle se llamó Sombrío.

Los escuderos llamaron a la puerta y los monjes los recibieron con caridad, y subieron los cavalleros a la torre, en que buenos aposentamientos avía para los huéspededes, y siendo así todos aposenta<ta>dos, Rolandín, que mal llagado era, fue acostado en un rico lecho y las donzellas del cavallero le curaron las llagas, y el cavallero fue muy servido de los monjes de todo lo que menester le era. Y acabando el cavallero de cenar, que los manteles fueron alçados, se vino para él un fraile de hedad muy crecida, blanco como la nieve, no menos pareciendo de autoridad que de santa vida, y éste era el abad de aquel monesterio; y sentose con el cavallero preguntándole de muchas cosas como aquel que avía sido cavallero andante, aunque mucho avía que estava en religión, [y] holgava de oír las estrañas cosas que acontecían a los cavalleros. Y estando así hablando, el cavallero le preguntó qué tierra era aquella y de qué señorío, ca él por ser de tierra estraña no la sabía.

–Este es la Gran Bretaña –dixo el abad–, señorío del rey Amadís, cuya vida Nuestro Redemptor conserve por largos años, ca su bondad lo merece muy complidamente.

–Merced a Dios –dixo el cavallero–, que me ha dexado llegar a tierra que yo ver deseava. Plegá a Él que me dexé ver aquel rey, que por su virtud y buenas maneras por el mundo es tan nombrado, y, por caridad, padre, que si algunas nuevas d’él sabéis, que me las digáis, que me farán muy alegre según el gran desseo tengo de su servicio.

–Por agora, cavallero, no sabemos otras nuevas –dixo el abad– salvo que así él como la reina son sanos y alegres, y tienen la más noble corte y compañía, así de estremados cavalleros como de dueñas y donzellas, que en el tiempo del rey Lisuarte no fue la mitad que es agora. Mantiene sus señoríos en mucha paz y justicia como aquel que es cristianíssimo de corazón. Haze apellidar los cavalleros de sus señoríos y estar aparejados porque espara presto venida de grandes gentes de infieles y jayanes en Bretaña, y faze cortes en fin d’est<r> otro mes sobr’ello y quiera Dios que tal no sea, y cuando fuere que a sus siervos dé vitoria y a sus enemigos pérdida y menoscabo, y creed, cavallero, que, según la muchedumbre que se dize venir en Bretaña, que tiene el rey mucha necessidad de los suyos y ajenos.

–El rey Amadís es tal –dixo el cavallero– que con la ayuda de Dios, como por su acostumbrado esfuerço y bondad de los suyos, otras grandes cosas ha acabado, así fará a ésta, mas mucho vos ruego que me digáis si son verdaderas estas nuevas.

–No lo sé de cierto –dixo el abad–, salvo que ha quinze días que un cavallero muy señalado de la corte estuvo en esta casa que nos lo dixo, y él iba tanto aburrido de la vida y del mundo, desesperado por enojo que una donzella de la reina d’él tenía, y confessando sus pecados, perdurando en su corazón se fue a la Montaña de Sanguid a fazer tan áspera vida que muy presto faga amargo fin su bivar; en verdad que mucha lástima ovimos de su pena, y más de la perdición de su ánima, y tanto iba enbevecido en las cosas del mundo que nunca lo podimos quitar de aquel devaneo; y oy passó por aquí una donzella con dos escuderos que lo buscavan, y cuando de nós supo su intinción tomó la vía de la montaña, mas ninguno no saldrá d’ella con vida si Dios milagrosamente no los libra.

–Gran razón es, padre –dixo el cavallero–, que todos recibamos pesar de la pérdida desse hombre, pues con la del cuerpo pierde el ánima, ca según la sobra de su pena no puede tardar mucho su muerte, y así me valga Dios que tanta compassión tengo de su cuita que lo quiero ir a buscar por la montaña, que por ventura conmigo se remediará algo de su mal o a lo menos que no se pierda la donzella si la fallare.

–¡Por Dios, cavallero! –dixo el abad–, no entre en vuestro coraçón tal pensamiento, porque la montaña es tal que ha muchos años que cavallero no entró en ella que no fuesse perdido, porque es inhabitable de hombres y poblada de leones, ossos, sierpes y otras^{90v} alimánias bravas, y toda persona que en ella entra luego la comen biva, y andan otrosí en ella los más fuertes y crueles salvajes del mundo, que es tanta su fortaleza que los leones y sierpes matan y comen los hombres bivos, y algunas vezes abaxan de la montaña y vienen por cabe esta nuestra casa y nos matan los pastores y roban el ganado y fazen mucho daño, y por su temor tenemos cercado el monesterio de tan alto muro, y tanto nos vemos aquexados d'esta brava y bruta gente, que queremos embiar dos hermanos monjes al rey Amadís que provea en nuestra fatiga y mande quemar esta montaña, porque se despoble de tanta ponçoña.

–Mucho espantado me fazen, padre, tales nuevas –dixo el cavallero–, aver en tierra tan poblada como es la Gran Bretaña lugar de tales alimánias y no ser conquistado, aviendo en ella tantos y tan señalados cavalleros que no ay cosa espantosa en el mundo que no vençan y conquisten.

–No os espantéis, cavallero –dixo el abad–, ca no solía assí ser esta montaña, que ha sesenta años que soy fraile y sé bien las nuevas d'ella y no era assí como agora, después que el rey Amadís fue encantado, que las aventuras y armas eran olvidadas y puestas so una nube oscura de las gentes, y por las grandes guerras que fueron en Bretaña por los infieles tovieron por do se criar tantas alimánias porque no avía quién las matasse, mas os digo que de aquí a una legua en un valle que se llama Temeroso, que avrá treinta años que un cavallero siendo de diez y ocho años mató en él una espantosa sierpe que en toda l<o>[a] tierra no avía otra alimania, y yo la vi, que era la más disforme del mundo y este cavallero es muypreciado en casa del rey Amadís y lo fue en tiempo del rey Lisuarte: llamase don Gavarte y por la sierpe que mató en aquel Valle Temeroso lo llamaron Gavarte de Val Temeroso, y agora en la montaña ay muchas sierpes de aquellas y otras más espantables.

–Mucho he oído hablar –dixo el cavallero– de don Gavarte, tanto que por el mundo su bondad es pregonada y con derecho, y assí me valga Dios que cuanto más me dezís de los monstruos de la montaña más sabor tengo de andar por ella y assí lo tengo de fazer sin duda, que si fasta aquí los cavalleros no tovieron tiempo y no supieron las aventuras d'esta montaña, yo, que lo tengo y lo sé y está cab'ella, no tengo escusa que no sea de covardía si en ella no entrasse a provar la ventura que Dios me diere, que puede ser tal que libre aquel cavallero de la cuita en que iva y de la muerte que esperava.

Mucho porfió el abad con él que no lo fiziesse, poniéndole delante que era conocidamente ir a tomar la muerte y tentar a Dios, mas ni por ello él no lo dexó de fazer, y, despediéndose del abad, él se fue a su alvergue y durmió con reposo lo que de la noche le quedava.

¶ Capítulo lxxvj. De cómo el Cavallero del Dragón se dio de andar por la Montaña de Sanguid y de las aventuras que falló.

OTRO DÍA, EL cavallero se levantó bien de mañana, y, después que encomendó la cura de Rolandín a sus donzellas, armose muy bien, y el abad, sabiendo la voluntad del cavallero, tanto que acabaron los maitines, se vino para él con otros dos religiosos de gran

hedad y santa vida, y después que mucho afincaron al cavallero que no fiziesse aquel camino y lo no pudieron acabar con él, le dixo el abad:

–Pues que del todo, cavallero, queréis fazer esse viaje, Dios guarde vuestra gran osadía de peligro y acreciente vuestro esfuerço, y porque para tal afrenta más avéis menester armas fuertes que fermosas, dexad esse escudo, que más semeja fermoso para entrar en justas y torneos que seguro para dudosa batalla. Os quiero dar unas armas assaz fuertes.

Estonces mandó ir por un escudo grande y fuerte, como aquel que todo era de azero, y una grande maça de fierro con muchas púas, y trayéndolas le dixo:

–Buen cavallero, si con estas armas os atrevéis, mucho buenas os serán, que en verdad os digo que ha bien cincuenta años que las no traxo cavallero y no era poco nombrado el que las traxo.

–Por caridad, padre, que me digáis quién las traxo, porque sabiendo ^{91r} quién es y su bondad mucho acrecentará la mía poca por le semejar.

–Plázeme de os lo dezir –dixo el abad–. Sabed que fueron del famoso gigante con quien se combatió el rey Abiés de Irlanda que murió a manos del rey Amadís en Gaula llamándose el Donzel del Mar, y por vuestra tierna hedad creo que no sabréis d’esta istoria.

–Muchas vezes lo he oído, padre –dixo el cavallero.

–Pues sabed –dixo el abad– que cuando Abiés era mancebo fue grande amigo del rey Falangrís, hermano que fue del rey Lisuarte, y andavan ambos en esta tierra a las aventuras, y andando acá el rey Abiés le vinieron nuevas cómo aquel gigante le entrava en el reino de Irlanda y lo robava, y queriendo el rey Abiés ir a gelo defender, se despidió del rey Falangrís y vino por esta nuestra casa, y como era nuestro mucho devoto, que avía estado aquí otra vez curándose de sus llagas que fuera mal llagado, determinando de aver batalla con aquel gigante, confessose aquí de sus pecados y fizo penitencia y prometió a los hermanos que si venciesse que nos embiaría sus armas, y assí lo fizo, que se combatió armado de todas armas con el jayán, que no traía otras salvo este escudo y esta maça, y lo mató, ganando tanta honra cuanta fasta aquel tiempo no avía cavallero ganado en la Gran Bretaña combatiéndose solo con tan espantable jayán, que dizen que en altura era de cinco varas, el más brabo y esquivo de todo el mundo, y desde aquel tiempo guardamos estas armas por memoria de aquel buen rey, que aunque agora aya cavalleros que ayan muerto jayanes armados, ningún jayán se iguala a la grandeza y ferocidad de aquel, y, aunque igual fuesse por aquel ser el primero cavallero mancebo que gigante mató en esta tierra de que tengamos memoria, es digno de mucho loor.

–Sí, por cierto –dixo el cavallero–, que su bondad fue tanta d’esse rey que quanto las gentes turaren no perderán la memoria de su gran esfuerço.

Entonces tomó el escudo, que grande y pesado era, tanto que otro cavallero tendría harto que hazer en lo sostener en la mano, y dando su escudo a las donzellas, echó aquel muy ligeramente al cuello y tomó la maça; y quisiera que su escudero quedara en la abadía, mas él se le omilló de rodillas llorando que lo llevasse consigo fasta que él lo concedió, y porque a cavallo no podían andar en la montaña, el abad le dio quién gelos bolviesse a la abadía. Urgandín llevó muchas passas y higos porque no muriessen de hambre en la montaña, y assí se partieron tomando la bendición del abad, que los encomendó a Dios, y salieron fuera del monesterio, y tomaron la vía de la montaña, que muy alta y fragosa era, de grandes peñascos y espessa de grandes matas, bosques, árboles y cuevas, a do albergavan

las bestias fieras. Y llegando al pie, dexaron los cavallos a los hombres del monesterio que los bolviessen, y començaron a subir a lo más alto y davanse mucha priessa por subir de día a la cumbre; y continuando assí su sobida, oyeron bollir las ramas de unas altas xaras, y parando mientes, el cavallero vio un grande osso que derecho venía contra su escudero, que más cerca iva, y él, con mucha ligereza, se le puso delante y diole tal golpe con la pesada maça entre entrambos ojos que las púas le horadaron la cabeça y el caxco, y le passaron los meollos y cayó luego muerto el osso, y passaron adelante.

El cavallero dixo a Urgandín:

–Vente acerca de mí, porque si algo te aconteciere que te pueda defender.

Y andando assí más adelante oyeron grandes bozes doloridas como que de mujer fuesen que avía gran cuita. Y el cavallero, tomando el tiento de las bozes, començó a correr, porque bien sospechó que avría necesidad de su socorro. Y saliendo de entre las matas a un pequeño descombrado, vido dos salvajes tan grandes y tan dessemejados que a todo cavallero pondrían pavor, ca en los cuerpos eran poco menos que gigantes, cubiertos todos de cabellos muy crescidos assí en la cabeça como en el cuerpo, las barvas les davan por las cintas. El uno quería forçar la donzella y la tenía con una mano por los cabellos y la amenazava con la otra que la mataría; el otro salvaje tenía presos los dos escuderos, que les atava las manos a unas mimbres que allí avía cabe una pequeña fuente. El cavallero, tanto que lo vido, acordose que aquella devía ser la donzella de que el abad le avía dicho, y, con mucha saña de la vengar y gana de la defender, arremetió para el salvaje que la tenía de los cabellos fermosos que ella avía, y no le quiso ferir con la maça por no matar la donzella, tanto estava abraçado con ella, y passando la maça a la mano del escudo echó la mano derecha a los cabellos del salvaje y tiró tan rezió contra sí que lo batió de espaldas según estava descuidado,^{91v} y diole tal coce en la boca del estómago que lo tendió sin fabla por un gran rato. La donzella, que más tenía color de muerta que biva según el passo en que avía estado, se asió muy presto de la falda del arnés del cavallero diziendo:

–¡Buen señor, defended esta flaca donzella que no sea escarnida de tan astrosa gente!

–No temas –dixo él– en quanto pudiere.

El otro salvaje, que estava prendiendo los escuderos, viendo lo que el cavallero fiziera a su hermano, con mucha furia puso un yelmo de cueros en la cabeça y el cuerpo hasta las rodillas avía cubierto de un cuero de alimania tan fuerte como otra armadura de malla, y tomó un gran escudo y una porra de palo tostado con muchos ñudos, y con mucha saña que traía tenía los ojos encarniçados sangrientos, que parecían echar centellas de fuego, su barba crecida y blanca cogida y metida en la boca, y apretando los dientes con gran ira tan fuertemente que los hazía cruxir, arremetió contra el cavallero con tanta ferocidad que la donzella con espanto se desafió del cavallero, el cual arremetió para el salvaje y dieronse grandes porradas el uno al otro, mas el cavallero tomó el golpe en el escudo, que la mano le atormentó y él con la maça le quebró todo un canto del escudo y no le hizo otro mal; mas tornando assí otra vez a ferir el cavallero le dio tal golpe sobre el yelmo de cuero que las púas le metió por la cabeça, y estando muy allegados el uno al otro el salvaje se abraçado con él pensando de le apretar tanto que la vida le dexasse en las manos. El cavallero dexó la maça colgar de la gruesa cadena y abraçose tan fuertemente con él que era maravilla, y andando assí travados el uno con el otro, el salvaje, que atordido estava en el suelo, se levantó y como vido a su hermano asido con el cavallero, pensando que su vida acabada era

según la fortaleza del salvaje, tomó a la donzella en los braços y començó de se ir con ella por la montaña para la meter en su cueva, y la donzella dava tales gritos que lástima era de los oír. Cuando vido el cavallero tal desventura, creciolet tanto la fuerça con la saña que, usando de su natural fortaleza, batió el salvaje en tierra gran caída y desembolvióse d'él lo mejor que pudo tomando la maça que de la cadena colgava le dio tal golpe en el rostro que las narizes y los carrillos fueron fechos pieças, y començó de seguir con su ligereza al que llevaba la donzella en los braços, y alcançándolo le dio en las piernas con la maça de tal suerte que la una pierna le quebró con la canilla y luego cayó el salvaje no soltando la donzella, antes, queriéndola matar, pues por ella lo matavan, mas el cavallero fue tan ligero sobr'él que no tuvo tiempo de cumplir su voluntad, y asiéndole otra vez de los cabellos, que por baxo del yelmo le cubrían las espaldas, tiró de tanta fuerça contra sí que le fizo soltar la donzella y le dio tantos golpes que le hizo revessar con la sangre su dañada y bestial ánima, y fuesse a la donzella, que tan traspasada estava que gota de sangre no tenía en el cuerpo; y tomándola de la mano la empeçó de esforçar que no oviesse miedo, y ella estava tan desatinada de miedo que se abraçó con el cavallero, tanto pavor avía cobrado de la ferocidad de aquellos salvajes, que aún le parecía que los tenía delante bivos. El cavallero la llevó assí abraçada fasta donde estavam sus escuderos, no poco espantados, y los soltó, que tenían ya tanto la muerte tragada que les parecía que de nuevo resuscitavan a la vida, y assí ellos como la donzella no fazían sino dar gracias a Dios y al cavallero por el peligro de que los avía librado. La donzella le dixo:

–Cierto, cavallero, que si vuestra venida no fuera por esta espantosa montaña no pudiera dexar de ser escarnida de aquellos diablos y estos escuderos muertos y tragados como de alimancias, allende de la gran gloria, señor cavallero, que vuestra bondad ha alcançado según esta gran proeza me ha echado obligación de servicio para toda mi vida, y, porque como donzella pobre no podré servir tan alta merced a tan señalado cavallero, reciba vuestra virtud mis grandes desseos de le servir y la fama y loor que ha ganado entre las gentes, y sobre todo el servicio que ha fecho a Dios en librar una donzella que no fuesse desonrada y muerta de tales bestias.

–Por bienaventurado me devo tener –dixo el cavallero–, pues que mi trabajosa venida a esta montaña sacó tanto fruto que de mis manos saliesse libremente vuestra persona y amparo de vuestra honra y vida de vuestros escuderos. Creed, mi buena amiga, que sabiendo en la abadía la cuita que traíades a esta montaña me puso desseo de venir a ella por vos acompañar en tan peligroso lugar, que ya el corazón me dezía la pri<i>essa en que os hallé, y, pues Dios la ha remediado, a Él dad las gracias por ello y perded el pavor de aquí adelante en cuanto ^{92r} yo fuere en vuestra compañía y la vida me no faltare. Mucho os ruego que no pasemos esta noche adelante y alberguemos aquí a esta fuente, que es lugar aparejado y la noche es cerca; por la mañana en el nombre de Dios vamos adonde mandardes.

–Señor –dixo ella–, no puedo yo dexar de fazer vuestro mandado y cumplir lo que vuestro servicio fuere.

Etonces se sentaron en aquella fresca verdura que cabe la fuente era entre aquellas matas, el cavallero sacó el yelmo de la cabeça y la donzella tanto fue espantada de su estraña fermosura y tierna hedad como antes era de la feroz braveza de los salvajes, y bien creía que no avía en el mundo cavallero que igual le fuesse, assí en las armas como en fermosura. Y cenaron en aquella verde yerva de lo que Urgandín avía traído de la abadía y bevieron

del agua de la fuente, que dulce era. El cavallero mandó a Urgandín que se armasse en las armas de cuero del salvaje porque no le empeciesen las serpientes ponçoñosas, y assí lo dixo uno de los escuderos de la donzella, y esto era a hora que se cerrava la noche y fazía oscuro y la montaña era muy espantosa, lo que todo doblava mayor pavor a la donzella y a sus escuderos.

¶ Capítulo lxxvij. De cómo la donzella contó al cavallero la razón por que viniera a la montaña, y cómo se partieron otro día en la demanda y la acabaron.

DESPUÉS QUE LA cena fue acabada, los escuderos fueron a coger de las ramas de los árboles y matas sobre que durmiesen y passassen aquella noche, y entretanto el cavallero, como en otra cosa no tenía en que passar tiempo, no le conveniendo durmir porque no viniesse alguna bestia y les hiziesse mal fallándolos durmiendo, començó a preguntar a la donzella diziendo:

–Buena donzella, mucho os ruego que, si buenamente lo podéis dezir, me digáis la causa de vuestra demanda a este tan espantable lugar, que según la braveza d’él y aspereza no sin gran causa dévese. Dezídmelo, que si mi compañía y ayuda para ello fuere menester yo vos la otorgo muy de grado.

–La causa de mi demanda –dixo ella– yo os la diré con tanto que me atengáis lo que dezís y que me no dexaréis fasta que la acabe.

–Yo manterné lo que os dixes, vos dezid lo que os pregunto –dixo él.

–Sabed, señor –dixo ella–, que yo bivo con una donzella de alta guisa que sirve a la reina Oriana, y ésta mi señora, por su gran valor y fermosura, era mucho amada de un noble cavallero por no[m]bre Radualdo, fijo del conde de Clara, que muy gran señor es en la Gran Bretaña, assí de tierras, rentas y vassallos como de mucha prez de virtud. Este cavallero, como de estremado amor amasse a mi señora tanto que la vida no tenía en nada en darle un punto de enojo, y por ella avía fecho muy señaladas cosas y acabado grandes aventuras, sin mi señora, por todo ello, le mostrar amor salvo que era cavallero de sus cosas, y quiso la ventura partir el amor de los que bien se querían poniendo en el coraçón de mi señora grandes celos por una batalla que Radualdo fizo por una dueña muy apuesta y le desfizo un agravio que le era fecho, y la dueña, siendo mucho pagada de su bondad y fermosura, le otorgava su amor queriéndole tomar por amigo, mas él no lo consintió, antes se partió d’ella escondidamente; la dueña, aquexada con su amor, se partió de un su castillo y se vino a la corte a preguntar por él, mostrando mucha pena y soledad por su ausencia. Mi señora, como es manera de las mujeres ser celosas, tomó cierta sospecha que el cavallero avía otorgado su amor a la dueña, pues lo ella tan afincadamente buscava, y pusósele tanto este pensamiento en su coraçón que, quando el cavallero vino después a la corte para la ver y servir, ella no lo quiso mirar y le embió a dezir que no pareciesse más delante d’ella, pues tal deslealtad le avía fecho y que ganará muy poco en engañar a una flaca donzella; y el cavallero, como era sin culpa, temiendo más la ira de mi señora que su muerte, sabiendo la enemiga voluntad que ella le tenía, se sali[ó] de la corte muy desesperado a tomar amarga ^{92v} muerte por dar vengança a mi señora de su sospecha, y muere sin

razón solamente por cumplir su mandado, porque después, no asosegando el corazón de mi señora como faze a los que aman de verdadero amor, tuvo tanta astucia que supo de la dueña la causa de su demanda y cómo avía sido menospreciada del cavallero, y cómo ella, presa de su amor, le venía a buscar para le afincar que fuesse señor d'ella y de su castillo; y assí quitada la arrebatada sospecha de su corazón, muy arrepentida del despedimiento que fiziera, y cómo el corazón fue desembargado del enojo que en él asentado estava, comenzó de reinar el amor de nuevo y a estender sus raíces por el corazón descombrado de la ira, como cuando el cielo anda nublado y las nuves se desfazen muy más rezio fiere el sol, assí el amor, después de un enojo se firma más arraigadamente, y assí no pudiendo mi señora sufrir la soledad de la partida d'este cavallero, que sin causa venía a tomar muerte, tomándome un día aparte llorando de sus ojos, me dixo que si su vida desseava que me diesse de andar tanto que fallasse a Radualdo y le diesse una carta suya y fiziesse bolver a la corte. Yo, por cumplir su mandado y remediar la vida de los dos, me partí de la corte y anduve muchas partes sin fallar recaudo, fasta que, queriendo Dios, me dieron las señas d'él de cómo venía a esta montaña a fazer tan áspera vida que en poco tiempo la pudiesse sostener, y dime luego a andar a esta montaña, onde subiendo a grande afán fallé aí un peligro mayor que la misma muerte: que eran aquellas brava alimancias en semejanças de hombres, onde, si vuestra venida no fuera y vuestra bondad tan crecida, no pudiera dexar de ser escarnida y tomar muerte con mis hombres; y pues que, señor, de la muerte me avéis librado, mucho os ruego que me ayudéis a buscar este cavallero, que si bivo lo fallamos acabamos muy fermosa aventura, que libraréis los dos amadores de la muerte y a mí, que os lo ruego, faréis señalada merced.

–Mucha razón –dixo el cavallero– tiene toda la corte del rey Amadís de sentir mucha pena por la pérdida de tal hombre: los cavalleros por su alto fecho de armas, las dueñas y donzellas, pues que mantenía con tanta lealtad que, no errando un punto a su señora, más quiso buscar la muerte siendo sin culpa por satisfacer a su enojo que bivar en el mundo fuera de su amor y voluntad; y por ende soy desseoso de tomar todo afán en vuestra guarda fasta que sepamos la muerte o vida de tal cavallero.

Y diziendo esto le vinieron las lágrimas a los ojos de la mucha piedad que d'él uvo, viendo las grandes angustias que avía sufrido por amores de aquella donzella, y desde aquel momento le ganó mucha afición y gelo tuvo para siempre.

Muy trabajosa cosa es mantener amor; gran seso y cordura requiere a la tal empresa, que, según las mujeres son aceleradas en sus cosas, si el saber no sofriesse en el escudo de la razón los impetuosos y ligeros encuentros de sus sañas, bastantes eran a los hombres poner en tanta desesperación que más cercanos fuessen a la muerte que seguros ni desseosos del bivar, como claramente por este cavallero se parece, que, no siendo culpado con la grande ira de su señora, desmayando, no sofriendo sus reveses ni el escudo de la discreción ni la loriga del sofrimiento, fue tan llagado su triste y atribulado corazón que puesto era a las puertas de la muerte, lo que, siendo assí, él fuera apartado de cuitas y angustias sin causa, y ella biviera con pena desfaziéndose con mortales sospiros y desseos, siendo culpada entre las personas del mundo avida por cruel y sin piedad, en el otro condenada por voluntariosa matadora.

Pues tornando al propósito, el cavallero y la donzella, fablando en muchas cosas, pasaron gran pieça de la noche no osando dormir con gran miedo y pavor de las alimancias.

¶ Capítulo lxxviii. De cómo el cavallero, acompañando a la donzella, fallaron a Radualdo en una estraña aventura.

ESTANDO ASSÍ EL cavallero con muy poco sueño y mucho cuidado, la noche no se dava más priessa ni ligereza de la que solía, mas, cursando sus puntos y horas, vino la mañana muy alegre y desseada, y luego el cavallero se dio de andar con la donzella por la parte de la montaña que frontero era de la abadía, que la otra era la más fragosa que en el mundo avía y era la abitada de las alimancias, salvo que muchas vezes andavan ^{93r} por estotra parte; y descurriendo assí el cavallero por la montaña, que sería hora de medio-día, que avían sobido a lo más alto, donde gran parte del mundo se parecía, yendo contra unas grandes peñas que a la parte diestra eran, vieron a la puerta de una grande cueva que so las peñas era una brava y grande leona parida con dos leoncillos pequeños que querían entrar en la cueva y de dentro gela defendían y no vían quién, salvo una espada y un escudo, y fueron mucho maravillados qué aquello podría ser, y sospecharon que devía ser algún cavallero que se acogera a la cueva por mejor se amparar de la leona. Y luego el cavallero corrió por aquella parte, y en llegando vio que la leona echara los dientes en el escudo del cavallero y le quebrara el tiracol y embraçaduras, y lo tenía entre sus fuertes manos clavado con sus agudas uñas, y que, de la fuerça de tirar por el escudo, el cavallero de la cueva cayera de pechos, y el Cavallero del Dragón alçó la fuerte y pesada maça y le dio tal golpe en las ancas que le quebró todo el espinazo, mas la leona, bolviendo a él con gran enojo, alçose contra él con las manos, travándole con la boca del brocal del escudo muy reziamente, mas no se lo pudo sacar de poder, y él le dio con la maça en la cabeça tan gran golpe que la fizo desasir atordida, y tras aquel le dio otro que las púas le metió por la cabeça y por los sesos, y la leona cayó tendida, y el cavallero de la cueva avía salido con la espada para ayudar al Cavallero del Dragón, mas ya no era menester su ayuda, aunque de agradecer era su buena voluntad.

Los leoncillos, con miedo de los cavalleros, se acogeron a la cueva del cavallero. La donzella, tanto que era la leona muerta, se allegó a los cavalleros, y conociendo que el de la cueva era Radualdo que ella buscava, fue al más correr contra él por le besar las manos, y él estava tan espantado de quién traía aquella donzella de su señora a tan esquivo lugar que le no pudo dezir cosa, antes la abraçó con mucho amor llorando de sus ojos, acordándose de la crueza de su señora: avía el rostro amarillo y flaco, la piel llegada a los huessos, su fermosura y fresca color perdida como aquel que no comía salvo raíces de yervas, y todo el día gastava en lloros y la noche en sospiros.

–¡Ay, buen Cavallero del Dragón –dixo la donzella–, veis aquí el cavallero por quien yo he sofrido grandes afanes por le fallar! Merced a Dios que le fallo bivo, por lo que soy en entera alegría con tal fallazgo y vós quito del don que me prometistes.

Y bolviéndose a Radualdo le dixo:

–Fablad, señor, al cavallero como al mejor que armas trae en el mundo, que si él no fuera nunca acabara este viaje, que me ha librado de manos de dos muy fieros salvajes y me ha guardado fasta agora en vuestra demanda y dessea mucho vuestra conocencia.

Radualdo, assí flaco como estava, se fue derechamente al cavallero diziendo:

–Vós, señor, seáis muy bienvenido como aquel a quien yo tengo de servir a fazer su mandado por la merced que me fizo en tomar trabajo con esta buena donzella en mi demanda; creed que, si la vida no faltare, que la voluntad de os servir siempre ha de turar.

–Señor –dixo el cavallero–, vós seáis muy bien fallado como aquel que por todo el mundo es nombrado de mucha bondad y deseado por su virtud, y, oyendo yo hablar de vuestro valor, no podía dexar de tomar parte del afrenta acompañando esta donzella por vuestro servicio, pues que a vós venía con mensaje, y si algo por la donzella he fecho en la acompañar no tenéis que agradacer salvo a vuestra gran bondad que me constriñó fazer aqueste camino.

El cavallero le rendió muchos agradescimientos por ello. La donzella, demandando licencia del cavallero, tomó a Radualdo aparte y lo llevó detrás de unas peñas altas que aí estaban, y a él le temblavan las carnes con el corazón, la color acabó de perder de la cara como quien sentencia de muerte atendía, ca bien conocía él que la donzella para su vida traía el remedio o para su muerte el cuchillo. La donzella sacó del seno una carta de su señora ^{93v} en que le rogava y pedía que le perdiesse el enojo del despedimiento y que se bolviesse a la corte si su muerte no desseava, y que si aquello le no otorgava que ella se mat[e]ría con sus manos, y que era bien satisfecha y sabidora cuánto era su lealtad. Y leída la carta, la donzella le dixo lo que más su señora le mandava y cómo avía tomado sospecha de la dueña y cómo avía sabido la verdad por ella misma y de la triste vida que fazía, con tantos sospiros y angustias y que ella le pedía que, pues Dios le diera tal viaje que lo fallara, que sacasse su trabajo tanto fruto que no fuesse de balde su venida. Radualdo le respondió:

–Sabe Dios que a mi señora ni en dicho ni en fecho ni solamente un punto le he errado de su servicio, y era más contento de morir por la aver visto que bivar sin tener su conoçencia, y assí que en la muerte y en la vida no puedo ál fazer salvo cumplir su mandado. Cuando quisierdes nos vamos, aunque la flaqueza del cuerpo me no dexará tan presto entrar en camino, según la áspera vida que he passado me tenía puesto en el extremo de la muerte sin causa y yo d'ello bien contento, pues lo era mi señora.

Y assí hablando, se bolvieron al cavallero, que avía gran rato que d'él se avían partido, y lo fallaron con los escuderos, que estaban mirando la grandeza de la leona, y preguntaron si avían visto los leoncillos, todos dixeron que no, mas que pensavan que avían fuido por la montaña.

¶ Capítulo lxxix. De cómo Radualdo contava la estraña vida que fazía en la montaña, y de cómo tomaron los leoncillos y los dos niños salvajes y se bolvieron a la abadía.

TORNADO RADUALDO DE la muerte a la vida con la alegre carta de Agrimalda su señora, aunque el rostro avía muy flaco y sin color, bien mostrava con todo la nueva alegría que en su corazón avía entrado, y viniendo con la donzella y trayéndola de la mano se vino para el cavallero, el cual le preguntó algo de la montaña y de la vida que fazía, y cómo avía escapado de tantas alimánias.

–Yo os lo diré –dixo él–: dos vezes al día salía d’esta cueva a coger raíces de yerva para comer y beber a un arroyo que tras estos peñascos corre, no me alexava de la cueva por las muchas alimancias que aquí ay; fasta mediodía no salía fuera porque ay aquí muchas bívoras, escorpiones, alacranes, grandes culebras y otras serpientes ponçoñosas que, como la ponçoña sea frío y las mañanas frías, está la ponçoña en su fuerça y vigor y no ay quién escape si de mañana es mordido, y por esto tales ponçoñosas serpientes más se mantienen en las tierras frías que calientes y assí fazen en esta montaña, que es muy fría por ser subjeta al norte; los bramidos de las bestias que aquí se oyen que andan d’estotra parte de la montaña, si saliessen a los llanos, creed que destruirían gran parte de Bretaña.

–Pues –dixo el cavallero–, ¿avéis topado alguna?

–Nunca he fallado otra –dixo él– salvo esta leona parida y a sus fijos, que, saliendo a comer de las yervas, arremetió a mí y yo me acogí a la cueva porque la entrada tenía angosta la podía mejor defender; mas creed, señor, que, si vuestra venida no fuera que mi defensa no me toviera pro que no muriera entre sus agudos dientes y uñas despedaçado, que tanta era mi flaqueza que no podía dar golpes que daño fiziesse y no tenía otro consejo salvo acogerme a la cueva que, como es grande, por ventura pudiera guarecer.

–Maravilla es –dixo el cavallero– ser esta montaña tan poblada de alimancias y no albergar alguna en essa cueva.

–D’esso –dixo Radualdo– estoy espantado, mas la cueva es tal por de dentro que más parece en otro tiempo ser morada de hombres que de ninguna otra serpiente según la estraña fechura que tiene.

Y assí estovieron fablando, y el Cavallero del Dragón dixo a la donzella:

–Buena amiga, si más ay que cumplir en vuestra demanda, con la bendición de Dios que la cumplamos, si no, paréceme guisado que ^{94r} nos vamos a la abadía a do el cavallero guarezca de su flaqueza, ca de su color mucho está dessemejado.

–Mi demanda –dixo ella– cumplida es, que vós la cumplistes. Vamos cuando mandardes, que no solamente desseo ser fuera de la montaña, más aún en Londres, por ende por mí no ay que atender si la voluntad de Radualdo es ganada.

Él dixo que haría lo que les bien pareciesse, mas primero el cavallero dixo que quería ver la cueva; y entrando dentro, Radualdo y el cavallero y su escudero fueron a topar con los leoncillos que a la cueva se avían acogido, los cuales, aunque a natura bravos eran, la pequeña hedad suya no pudo resistir que no fuessen tomados y sacados de la cueva, y si querían morder los açotavan los escuderos y les ataron las bocas, y como eran pequeños tomaron grande miedo.

Assí salidos de la cueva, comieron muy poco de lo que quedara que Urgandín truxera de la abadía, y luego empeçaron a abaxar poco a poco por la montaña, y en llegando do avía sido la batalla del cavallero con los salvajes fallaron una mujer salvaje tan grande como una giganta cubierta de grandes guedejas desde la cabeça fasta los pies y avía medroso gesto según era espantable y fiera. Ésta llevaba a cuestras los dos cuerpos de los salvajes muertos, y parando más mientes, vieron dos niños pequeños salvajes que su tierna hedad, no sintiendo la muerte de su padre ni lloro de su madre, andavan jugando por la verde yerva que cabe la fuerte era, y como los cavalleros dieron de súpito sobr’ellos, fueron tan espantados que no supieron fuir. La giganta, con el temor de los fijos, soltó los cuerpos muertos que llevaba y bolvió por cobrar sus fijos, y, viendo que Urgandín los tomava, sa-

có una cruel flecha de su aljaba y la puso en un arco grande y fuerte que traía y tirole tan rezio que le pasó el escudo y las armas de cuero que traía del salvaje y firió en la carne, mas muy poco, y luego Urgandín fue contra ella y le dio tal golpe en la cabeça que gran parte con una oreja le echó en tierra de que la salvaja luego cayó raviando con la muerte. El cavallero fue muy triste por la llaga del escudero pensando que de peligro fuesse, y con mucho amor le quitó la flecha que metida traía por el escudo y las armas, y cuando vio que no era de peligro ovo plazer. E los otros escuderos avían tomado a los dos niños salvajes que hermanos eran, el uno macho y el otro hembra, y eran fermosos a maravilla para ser fijos de tan disformes y esquivos padres; y tomándolos consigo, abaxaronse su poco a poco de guisa que la noche les sobrevino antes que saliessen de la montaña y dormieron ende la noche. El Cavallero del Dragón se apartó al pie de un árbol por pensar desembargadamente en su señora, y aunque el tal pensamiento a su triste coraçón de una parte diesse pena y dolor, de la otra le acarreaa mucho consuelo y alegría, y combatido del mucho pensar, quebrantado de los sospiros llorosos de su coraçón, durmió alguna pieça de la noche.

Radualdo estuvo mucho fablando con la donzella que más largamente le contó las cosas de Grimalda su señora y las nuevas de Bretaña; otrosí reposaron durmiendo alguna pieça. Los escuderos guardavan los leoncillos y los niños, que mucho lloravan sintiendo el desamparo de la madre. E luego otro día partieron de su albergue y salieron de la montaña, y lo mejor que pudieron se dieron de andar hasta que llegaron a la abadía y fueron muy bien recibidos del abad y monjes con gran alegría de ver bivo a Radualdo, que por aquel monesterio avía passado desesperando de la vida, y luego todos fueron aposentados en la torre que para los huéspedes señalada era. E luego el Cavallero del Dragón fue a ver a Rolandín a su cámara y lo falló algo aliviado de su llaga y muy alegre con su venida, y entonces bolviose al abad y a los monjes que estaban en la sala con Radualdo y la donzella, que les contavan las grandes maravillas que el cavallero avía fecho en la montaña, de que fueron mucho espantados en un cavallero de poca hedad haber tanto ardimiento y alto fecho de armas. Luego las mesas fueron puestas y comieron con gran plazer, y el abad con algunos monjes les fazían compañía, aviendo gran plazer con los niños salvajes y de su estrañeza, que, aunque eran de su nascimiento monteses como alimancias, avían los rostros fermosos y apuestos. Los leoncillos estaban presos en un cabo de la sala, los escuderos los açotavan con unas vergas y como eran pequeños, con temor perdían mucho de su braveza. Y assí, siendo muy bien servidos estos cavalleros y visitados del abad y de sus monjes, estovieron diez días en la abadía, en los cuales Radualdo fue muy ^{94v} mejorado de su flaqueza y amarillez, que como las cosas con mucha ligereza se buelvan a su natu<l>[r] a y costumbre, assí él con poca cura fue buelto en su fermosura con mucho plazer y desseo que tenía de se ver con Grimalda su señora, la que él mas que su vida amava. Rolandín, según la gran cura que las donzellas en él avían fecho, era guarescido de su llaga y en disposición de entrar en toda batalla. Y siendo assí todos con plazer y alegría, el Cavallero del Dragón les fabló en esta manera:

–Buenos señores, mucho alegre fuera si pudiera fazer el viaje que vosotros, porque de coraçón quisiera andar en vuestra compañía, mas tengo que fazer en otras partes de guisa que me conviene partir d'ella, mas no de vuestra conocencia, que la precio mucho y desseo conservar por grandes tiempos como aquel que estimo mucho vuestras personas por su gran bondad y valor.

–Señor –dixeron ellos–, la gran cuita que sentimos de vuestra partida nos empide las lenguas no dar los agradescimientos que vuestra gran bondad merece, mas, pues que avemos recebido las mercedes, recibid vós agora de nosotros la voluntad y desseo de servir, y los servicios pedid cuando mandardes, que ninguna escusa avrá que no cumplamos vuestro mandado.

El gelo agradeció mucho diziendo:

–Buenos señores, pues que derechamente is a Londres, de mi parte presentad los leoncillos al rey y los niños salvajes a la reina y besad por mí sus reales manos, y dezidles que mucho desseo su servicio y conocencia.

Ellos dixeron que assí lo cumplirían. E luego el cavallero, dexando la maça y el escudo con que entrara en la montaña, tomando su fermoso escudo del dragón y despidiéndose assí de los cavalleros como del abad y de los monjes, con su escudero y donzellas tomó la calçada que del monesterio salía, quedando los otros assaz tristes por su partida. Del cual agora dexemos de fablar y digamos lo que acaesció al Cavallero de los Fuegos su compañero.

¶ Capítulo lxxx. De cómo el Cavallero de los Fuegos ovo en una montaña batalla con un jayán y una giganta, y de lo que más le aconteció.

LA HISTORIA OS ha contado cómo este cavallero llegó a Suecia a casa de la duquesa con la dueña y su marido y supo que el Cavallero de los Cisnes era partido y, aunque venía llagado, quiso luego partirse, mas por ruego de la duquesa atendió algunos días, y tanto que fue en disposición de tomar armas, despedido de la duquesa, tomó la vía de Bretaña. Agora sabed que, yendo por su camino, se perdió una noche en una espessa montaña tanto que no sabía salir d'ella, que la noche era oscura y la tierra brava. Acordó de aguardar el día y dormió aquella noche al pie de un roble y Filidonio su escudero con él; y otro día se dieron de andar por la montaña tanto que a hora de nona, queriendo ellos buscar lugar para su descanso, lo fallaron de cansancio que, llegando a unos altos árboles por donde corría un arroyo de agua que descendía de lo más alto de la montaña, queriendo reposar a la sombra de unos árboles, fallaron un espantable jayán y una giganta echados en la yerva cabe el arroyo, comiendo carne cruda y sangrienta de ganado.

El jayán, tanto que vio el cavallero armado que iba contra él, levantose muy airado tomando un escudo grande de cueros que lo más del cuerpo le cubría, y tomó tres dardos grandes y lo más del cuerpo traía desarmado y desnudo con unos cabellos ásperos por el cuerpo, traía en la cabeça una gran befa de ramos por el sol. Y assí, cubierto de su escudo, tomando un dardo en la mano, lo començó de esgremir. El cavallero venía a pie, que por la aspereza de la montaña no podía ir a cavallo, y su escudero traía los cavallos de rienda; y tanto que vido el jayán guisado de lo ferir, cubriose de su escudo con aquella gran osadía que su esforçado y ardid corazón tenía, y echó mano a su espada, y el jayán le arrojó el dardo con tanta fuerça que le passó el escudo y la manga de la loriga con el brazo, y el cavallero, antes ^{95r} qu'el jayán tomasse otro dardo, arremetió contra él y le dio tal golpe sobre el escudo que no era de mucha defensa y gelo fendió fasta las embraçaduras y cortó la mano por la muñeca y luego le cayó en el campo con el escudo y los dardos. El jayán,

queriéndose abaxar para los tomar, el cavallero fue sobr'él muy rezió y lo firió muy rezió en la cabeça, de guisa que la espada le llegó a los meollos y fendió fasta los ojos; el jayán cayó luego muerto y la giganta, [que] estava preñada, como vido el marido muerto, con su pesadumbre se levantó con mucha ferocidad, tomando un grande dardo que traía arremetió para el cavallero y gelo arrojó con mucha saña; él, usando de su ligereza, se desvió del golpe y el dardo fue a dar en un pie de aquellos árboles que el fierro todo metió por él. E luego el cavallero fue sobre la giganta y diole gran golpe de llano sobre la cabeça que la aturdió, y dándole otro de mayor fuerça la fizo caer en el suelo sin sentido y el cavallero, sintiéndose de la llaga del dardo que aún traía clavado en el escudo y en el brazo, y llegando su escudero le cortó el troço de la asta y gelo sacó muy mansamente y le apretó la ferida; y tomando los dardos passaron adelante dexando a él muerto y a ella sin sentido, que por ser mujer el cavallero no le quiso poner fierro, y alongándose gran trecho de aquel lugar, reposó muy poco, ca le convenía salir de la montaña y buscar a do pudiesse guarescer de la llaga que mucho le aquexava.

Y partiéndose con este cuidado, anduvo aquel día todo y salió de la montaña de noche y dormió en el campo, y la llaga con el frío se le hinchó mucho y se le enconó por no ser curado. Y otro día anduvo tanto que llegó a una abadía de monjes negros que le acogeron por caridad y fue curado de su llaga, y estuvo ende deziséis días, en fin de los cuales partió por su camino adelante.

Llegando a un puerto de mar falló una nave que iba para Bretaña, en la cual se metió con su escudero, y navegaron tanto que aportaron en una villa de Bretaña puerto de mar que Tagades avía nombre, y sabiendo que el rey estava en Londres se partió para la ciudad. Andando su camino topó una donzella que le pidió su ayuda y lo llevó a la floresta que Aganduzza se llamava, a do un mal hombre tenía preso un su hermano; el cavallero se combatió con él y lo venció y dio el hermano a la donzella.

¶ Capítulo lxxxj. De cómo el Cavallero de los Fuegos llegó al castillo de Gantasi y de la batalla que ende ovo.

TOMANDO OTRA VEZ el cavallero la vía de Londres, aunque avía fecho gran rodeo por amor de la donzella, aconteció que una mañana, llegando a una encruzijada a do se fazían dos caminos, vio en el que iba a la mano siniestra un padrón de mármol muy blanco, de altura de un hombre, con unas letras en él tajadas. El se llegó a él y, leyendo las letras, vio que dezían:

Todo cavallero andante que amiga no toviere y fuere tal que la merezca, váyase por esta carrera que en el castillo la ganará muy fermosa, y si tal no fuere que la deva aver será por ello escarnido.

El cavallero, tanto que las letras ovo leído, ovo sabor de provar aquella aventura por ver si era verdad lo que las letras dezían, y tomando la vía del padrón no anduvo mucho que vio el castillo grande y fermoso sentado sobre una roca, por lo que era muy fuerte y de altos muros y espessas torres, y de la otra parte passava un gran río que con barco se

passava. Al cavallero pareció fermosa la tierra y avía grandes arboledas y, llegando cabe el castillo, falló unas donzellas que venían de coger flores de un prado y venían cantando, y llegando a él le dixerón:

–¡Bien venga el cavallero que, si tan bueno es en la obra como fermoso en el parecer, bien puede ganar la señora del castillo!

–Buenas donzellas –dixo él–, y vosotras bien falladas y Dios vos conserve el alegría. Mucho os ruego que me digáis qué quieren dezir las letras que atrás quedan en un padrón.

–Seguidnos –dixerón ellas– y lo sabréis si folgáis provar fermosa aventura.

–No desseo otra cosa –dixo él.

–Pues ^{95v} cumplido avéis vuestro desseo en la fallar, en lo de más no sabemos fasta que lo veamos.

Estonces guiaron todas de consuno y entraron en el castillo, que sobre la puerta tenía otr<o>[a]s letras que dezía:

Si del rey Amadís eres no entres, ca este castillo es cárcel de sus amigos y alvergue de sus enemigos.

El cavallero, no mirando las letras, entró con su escudero en el castillo y se puso en una plaça muy llana que ende era. Las donzellas le dixerón:

–Cavallero, atended aquí fasta que fagamos saber a la señora del castillo vuestra venida.

Las donzellas se subieron suso a sus palacios. El cavallero, atendiendo en la plaça, oyó un grande sonido y parando mientes vio una grande puerta colgadiza con unas cintas de fierro por ella clavadas con que le avían cerrado la salida, y el escudero le dixo:

–Señor, mal me semeja aquella señal, creo que sois en prisión, Dios os ampare de traición, ca mucho temo que sois en ella.

–No temas –dixo él–, que yo faré tanto que quien me prendiere pagará primero el carcelaje.

Entonces tomó sus armas y estuvo quedo, y vio salir por la puerta de la torre dos cavalleros grandes de cuerpo bien armados, y luego les fueron traídos cavallos en que subieron y aparejados de aver batalla, llegaron al cavallero diziendo si era de casa del rey Amadís.

–Yo le querría ser –dixo él–, ¿mas por qué lo preguntáis?

–Porque conviene –dixerón ellos– que jures si eres de su corte para que la señora del castillo te mande dar la paga que daría aquel falso rey si assí lo toviesse.

Al cavallero le creció luego la saña y dixo:

–¡Locos cavalleros y sandios! ¿Cuál es essa mala dueña que osa poner en boca solamente tan honrado ypreciado rey? Yo no soy de su casa ni señorío, mas como suyo os desafío por la gran falsedad y mentira que avéis dicho, y como a traidores que fazéis venir los cavalleros seguros y después los acometéis no según estilo de cavallería; mas ni por ello vos temo, que, pues desamáis los buenos, no podéis mucho valer.

–Pues, mal cavallero –dixerón ellos–, defiéndete bravamente como has respondido con sobervia, que conviene que pierdas la cabeça para que la embiemos a la corte de aquel falso rey que tú tanto precias, porque veamos si te vengará, y assí lo faremos a tres cavalleros de su casa que allí presos tenemos.

–¡Traidores –dixo el cavallero–, guardaos de mí!

Estonces se arredraron bien atrás y él arremetió a ellos, y según la ira llevaba grande, al primero que encontró fue el golpe de tal guisa que le no prestó escudo ni loriga que la lança no le saliesse a las espaldas, de que cayó luego muerto. El otro cavallero le encontró tan rezio que quebró la lança en muchas pieças y fizole perder las estriberas, mas cobrolas muy ligeramente, y entonces bolvieron uno contra otro con mucha saña y començaronse a ferir de las espadas bravamente tanto que era maravilla, mas el Cavallero de los Fuegos era tal que según andava bravo y sañado tales dos no se le pudieran amparar, y alçándose con gran saña sobre las estriberas firió al cavallero tan cruelmente sobre el hombro diestro que las armas le cortó y la carne fasta los huessos, de que el cavallero tollido començó a fuir contra la torre. Y aquella hora salió un cavallero grande de cuerpo con unas armas negras y cinco peones con él con lanças en las manos, y al más ir de su cavallo arremetió contra el Cavallero de los Fuegos, el cual no desmayó aunque no tenía lança, antes, atendiéndolo sin pavor, desviando el cuerpo, le fizo perder el encuentro y al passar que passole cortó la asta de la lança por cabe la mano; el cavallero de las armas negras bolvió luego con saña para el cavallero y dieronse tales golpes sobre los yelmos que centellas de fuego fazían salir muy espessas, ca los cavalleros eran de gran fuerça y combatianse con mucha saña; mas el Cavallero de los Fuegos, como se viesse en peligro de muerte, viendo que con la fortaleza de su braço y ardimiento de su coraçón se avía de salvar, no quiso mostrarse perezoso en su menester, antes, firiendo de bravos y pesados golpes al cavallero negro, lo fazía rebolver a una y a otra parte trayéndolo a su voluntad, y los peones lo ferían por todas partes y, viendo que por las armas le no dañavan, firieron su cavallo cruelmente con las lanças y él, sintiéndose llagado, començó a echar pernadas con la muerte. El cavallero, viendo que le faltava el cavallo, no le faltando el coraçón aunque los peones le ferían a menudo, se apeó del cavallo y luego fue muerto. El cavallero de las armas negras, como avía tenido vagar de tomar huelgo, que con la gran priessa que el cavallero le dava se ahogava de cansancio, viendo su enemigo a pie y él a cavallo dio grandes bozes a los peones^{96r} que lo matassen. Y el cavallero andava cubierto de su escudo y al peón que alcançava no tenía más que temer d'él porque venían desarmados solamente con lanças y espadas. El cavallero de las armas negras arremetió a su enemigo para le dar de pechos del cavallo y él se desvió, y al passar le metió la espada por la ijada del cavallo y salió a la otra parte diziendo:

–Pues vuestros hombres me mataron el mío teniendo ventaja, assí, faltándome ella, os mato el vuestro, mayormente que con traidores ningún hombre es villano.

A esta hora el cavallo se enarmonó con el de las armas negras y cayó en el suelo muerto, y tomándole una pierna debaxo, de que él fue muy atormentado de la caída. Los peones aquexaron mucho al cavallero, y él, que andava sañado, se metió entr'ellos y firió a uno de tal golpe sobre la cabeça que gela fendió fasta el pescueço, y fue a otro y diole tal golpe por el hombro siniestro que lo fendió fasta los costados y luego cayó muerto, y los otros, viendo tales golpes, no se osaron llegar, antes le arrojaron las lanças y echaron a fuir, las cuales él, tomando en el escudo, fue contra el cavallero negro que a grande afán se avía levantado, que estava maltrecho de la caída, y diole tal golpe en llegando que lo atordió del todo y, viéndolo assí atormentado, llegose a él y pusole las manos tan rezio en los pechos que lo batió por cima del cavallo muerto y el yelmo le saltó de la cabeça; el cavallero le puso la espada en el rostro. El cavallero de las armas negras alçó los ojos, y aviendo pavor de la muerte, pidió merced de la vida otorgándose por vencido.

–Jurad –dixo el Cavallero de los Fuegos– que faréis mi mandado.

–Sí juro –dixo él.

Estonces el cavallero le tomó la espada y el escudo y lo dio a Filidonio su escudero, y, aunque tenía mucha saña, le perdonó la muerte.

¶ Capítulo lxxxij. En que se cuenta quién eran los cavalleros presos que tenía la señora del castillo, y por qué causa desamava al rey Amadís.

EL CAVALLERO DE los Fuegos con el tal vencimiento, no satisfaziendo su saña, fuese contra los palacios y subió por una grande escalera de piedras blancas y oyó gran rebuelta, que más se pareció grita de mujeres que estruendo de cavalleros; y entrose por el palacio esforçadamente y fue a dar en una cámara donde estava una dueña en hedad crecida, honradamente ataviada, consigo grande compañía de dueñas y donzellas, y cuando vieron el cavallero con la espada tinta de sangre perdieron todas la color y fueron muy espantadas. El cavallero començó de preguntar por la señora del castillo.

–Yo soy la que buscades, cavallero –dixo la dueña–, mucho vos ruego que me perdonéis vuestro mal talante, pues los que os enojaron llevaron el pago de su atrevimiento pagando con las amargas muertes, dexando las dulces vidas.

–Dueña –dixo él–, más avrá en mí mesura que en vós lealta<l>[d], pues tal traición mantenéis contra el rey Amadís en cuyo señorío morades; de mi enojo yo estoy satisfecho, mas a lo del rey conviene que satisfagáis assegurándome en comienço de satisfacción de los hombres del castillo y soltando los presos que en él tenéis, que a tales hombres no conviene dueña tener en su prisión.

La dueña, como estava muy espantada, dixo que faría su mandado, que en el castillo no avía de quién temer, que todos eran hombres de servicio.

–Pues –dixo el cavallero– mostradme los presos.

Luego la dueña salió de aquella cámara acompañada de sus donzellas y llevó al cavallero a una torre donde estavam los cavalleros en un oscuro algibe cargados de gruessa[s] cadenas y ella tenía las llaves, que de ninguno las fiava. La dueña mandó luego al carcelero que les quitasse los fierros y que los traxesse al sobrado, y él lo fizo assí, ca tenía temor de muerte al cavallero, y sacó luego de la prisión tres cavalleros y siete escuderos, los cuales no venían con poco ^{96v} temor de muerte, según la dueña los avía amenazado de embiar sus cabeças al rey Amadís por parias del amor que le tenía. La dueña dixo al cavallero:

–Veis aquí, buen señor, lo que demandáis –y dixo a los cavalleros–: a mí no tenedes vosotros que agradecer en esta soltura, pues es contra mi voluntad, mas agradeceldo a este cavallero, que con su alta bondad quebrantó la fortaleza y orgullo de los míos; mas, pues que sois cavalleros, ruégovos que me perdonéis la enemistad que os he tenido fasta agora, que yo la perderé de aquí adelante.

–Dueña –dixo el cavallero–, a persona del mundo no conviene fazer desavisado a cavalleros de casa del rey Amadís pensando no aver ende la emienda, ca ellos son tales que no ay rey ni señor en el mundo de que no puedan tomar vengança si algún tuerto les fizieren, y vós, pues lo fezistes a ellos, y a mí por enemistad que tenéis al rey Amadís, conviene que vais para su corte con vuestra compañía a dar razón por qué assí lo desamáis.

La dueña fue tan espantada que no supo qué responder. Los cavalleros se llegaron al de los Fuegos diziendo:

– Señor, pues nos sacastes de tan esquiva prisión y guarecistes las vidas, fazednos tanta merced que os quitéis el yelmo para saber si sois alguno de nuestros amigos.

Y luego el Cavallero de los Fuegos quitó el yelmo de la cabeça. Ellos le miraron afinadamente mas no le conocieron, y, viéndole fermoso y de poca hedad, fueron mucho espantados de su bondad y les dixo:

– Buenos señores, no me conoceredes, que soy de muy lexos tierra y vengo a ésta con desseo de servir al rey Amadís, y por ello tomé la batalla muy de grado, y cessando esto la tomara de coraçón por deliberamiento de vuestras personas, onde todo peligro oviera por bien empleado. Mucho vos ruego, buenos señores, que me digáis vuestros nombres.

Y luego uno de los tres cavalleros, que en su presencia parecía de rica sangre y linaje, le dixo:

– A mí llaman Persián de Escocia, fijo menor del rey Agrajes, y a este cavallero llaman Pantasileo y a estotro Melián el Roxo.

– A Dios merced – dixo el de los Fuegos –, que tales cavalleros fuessen de mí socorridos y librados de su prisión. Y agora me tengo por bienaventurado, pues mi venida haze servicio a tales hombres.

Y ellos le dieron las gracias ofreciéndose a fazer su mandado.

– Señores – dixo el cavallero –, el que ha de servir no conviene demandar; lo que a mí será señalada merced es que, si a la corte fizierdes camino, que llevéis esta dueña y su compañía y la presentéis al rey de parte de un cavallero estraño que muy presto será en su corte.

Ellos dixeron que así lo farían como lo él dezía, y que su viaje derecho avía de ser al rey Amadís. La dueña fue muy espantada y dixo:

– Señor cavallero, plégaos de me dar toda la pena que quisierdes con tanto que me no embiéis al rey, que no ay cosa que me guarezca la vida.

– Bien dezís – dixo el cavallero –, que en vós no ay por qué el rey os la otorgue, mas en él ay tanta virtud que vencerá vuestra traición y podrá más con su coraçón su clemencia que vuestra deslealtad: convien<n>e que fagáis en esto mi mandado, si no faré poner fuego en el castillo, porque lugar donde tal traición se mantiene assolado y destruido devía de ser.

La dueña, viendo que otro remedio no tenía, que era mejor tentar la misericordia del rey que la ira de aquel cavallero, dixo que en todo cumpliría su mandado.

El cavallero reposó allí aquel día y rogó a los cavalleros que, cuando partiessen para la corte, que dexassen allí de sus escuderos que guardassen aquel castillo, y luego los cavalleros, tomando sus armas y cavallos, llevando consigo la dueña y sus donzellas, dexando allí cuatro escuderos que guardassen el castillo, se despidieron del cavallero con mucho amor, y la dueña, con mucho lloro, ca se vía en peligro de muerte y su fazienda perdida, ca era muy rica y fijadalgo, mas no era tan buena como su alta guisa requería.

Agora os quiere dar el autor razón por qué esta dueña mantenía esta costumbre. Sabed que esta dueña, señora del castillo de Gantasi, que Madasima se llamava, siempre desamó al rey Amadís siendo cavallero andante, porque avía muerto a Dardán el Sobervio su cormano: esta es la dueña que embió falsamente a pedir socorro al rey Lisuarte faziendo cortes en Londres, y él y la reina le dieron a Amadís y a Galaor que a traición, yendo con la donzella, fueron presos y ovieran sido muertos si Madasima los conociera, mas pensando que otros

eran, con pleito que se despidiessen del rey, siendo mucho pagada de don Galaor, dándole primero su amor, lo soltó, como esta gran istoria lo ha contado. Pues después que ella supo que aquel que ella en su poder toviere era Amadís, crecióle tanto el odio mortal, por ello que cuanto más ensalçado lo v<l>[í]a más lo cobrava, tanto ^{97r} que siempre le desseava todo mal, y siendo ya encantado con su fijo y hermanos, era muy satisfecha de su enojo en los ver privados de la luz d'este mundo, apartados d'estos reinos y señoríos, vivía muy alegre y contenta. Mas cuando Dios por su piedad quiso desfazer aquel miserable encantamiento y los sacar de aquellas tinieblas y tornándolos a la luz d'esta vida, lo que sabiendo Madasima, ovo tanta cuita que ordenó lo que avéis visto, buscó tres cavalleros los mejores de la comarca y dioles sendas donzellas hermosas por amigas para los tener en guarda de aquel castillo, y todo cavallero que ende venía le fazían jurar si era del rey Amadís, y si suyo era poníanlo en esquiva prisión y si enemigo era hazíanle mucha honra y, si quería quedar con ella, davale una hermosa amiga, ca ella siempre avía sido mujer de manera qu'él no convenía a su linaje. Tenía una hermosa fija y ésta guardava para el mejor cavallero que fallasse que fuesse contra el rey Amadís. Y assí como vos digo mantenía esta costumbre y los tres cavalleros que tenía en la prisión, no los osando los suyos prender en el campo, fingeron que les harían honra y los subieron a los palacios y les dieron sendas camas; estando de noche cada uno en su lecho desaparecidos, aviéndoles primero furtado las armas, los prendieron, determinando la mala dueña de embiar sus cabeças al rey Amadís, mas Dios no quiso que la dueña oviesse fruto de su traición, antes fuesse todo por el contrario, que este cavallero, matando a sus hombres, soltando los presos y prendiendo a ella, la embió a la corte tomándole su castillo y tierras, y ella pobre y amenguada en poder de aquellos que presos tenía, y assí acontece a los malos, que la pena que quieren dar a los buenos Dios, que es justo juez, la buelve a ellos que la merecen por su maldad como aconteció a esta dueña.

Los cavalleros, armados de todas sus armas, tanto andovieron que llegaron a Londres y presentaron la dueña al rey de la parte del cavallero, contando la razón de su batalla. El rey fue muy alegre con los cavalleros y acordose del desamor que la dueña siempre le avía tenido. Pudiendo más la virtud y clemencia que la saña ni la ira, acordándose qu'él rey de Sobradisa su hermano la avía conocido carnalmente, no executando el rigor que los tales casos requieren, antes templándolo con misericordia, doliéndose juntamente de las lágrimas de la dueña, que jurava que más desleal no le sería, le perdonó la muerte y, otorgándole la vida, la mandó poner en prisión y su fija quedó con la reina, mas tiempo fue que por ruego del rey don Galaor le quitó la prisión y dexó libre en su castillo y fazienda y casó su fija con un cavallero de su casa, y le fue dende en adelante la dueña verdadera amiga.

¶ Capítulo lxxxij. De las aventuras que acontecieron al Cavallero del Dragón.

PARTIDO EL CAVALLERO de la abadía del Valle Sombrío, como avéis oído, tres días anduvo por la calçada sin fallar aventura que de contar sea; al cuarto día, a hora de tercia, entró en un grande y espesso enzinal, a la entrada del cual salieron a él dos cavalleros bien armados, el uno a cavallo cubierto de su escudo, la lança baxa, y el de pie su escudo y espada desnuda en la mano. El cavallero, tanto que los vido, tomó sus armas ca le semejó que los cavalleros guisados estaban de aver batalla, y, cuando assí los vio parados delante, les dixo:

–Cavalleros, deid lo que mandáis o dad lugar a que passen essas donzellas.

–Lo que mandamos –dixo el que a pie estava– es que te apees d’esse cavallo, que estando yo a pie no es razón que tú estés a cavallo, o si quieres que te fagamos honra haz appear a tu escudero y me dé aquel cavallo, si no, aquí dexarás el tuyo y el suyo.

El cavallero, aunque vio su gran sobervia, respondió con mansedumbre, diziendo:

–Cavallero, no pedís razón que se apee uno de nosotros[s] por os dar cavallo, no viendo yo obligación para ello; mas creed que si sobrado lo lleváramos os sirviéramos con él más d’este ni de mi escudero, estad bien seguro que, si de otra parte no lo ^{97v} avéis, no iréis d’esta vez a cavallo.

–Pues yo te juro –dixo él– que te faga perder ambos cavallos y los palafrenes y a tus donzellas porque no te rías de mí, que si el cavallo he perdido perdile en batalla de mejor cavallero que tú.

–Cuál yo sea –dixo él– Dios lo sabe, mas cavallero que mató vuestro cavallo y dexó tan sobervio cavallero no debía mucho valer o le tenías tanta ventaja que no pudo fazer ál; yo agora te digo que te tengo en menos por la sobervia que en ti fallo, y no me valga Dios si a mi poder d’esta vez cobras cavallo, que más me parecéis vosotros salteadores de caminos que cavalleros.

–¡Agora a él –dixeron ellos– y muera el traidor que tales injurias nos dixo!

El cavallero cubriose de su escudo, temiéndose más del que estava a pie porque no le matasse el cavallo, y tomó la lança sobremano y firió al que estava a pie de tal lançada por el brocal del escudo que la loriga le rompió y las carnes, el cavallero cayó mal llagado en la calçada; y el otro cavallero lo encontró muy reziamente en el escudo y quebró la lança en muchas partes, mas no le movió de la silla, y el Cavallero del Dragón sacó su lança y vidole el fierro tinto de sangre, y arremetió para el otro cavallero y le encontró en el escudo de tanta fuerça que lo arrancó de la silla, y el cavallero cayó por las ancas del cavallo tal caída que tendido estava como muerto. El Cavallero del Dragón ma[n]dó a su escudero que le tomasse el cavallo, y parando mientes vio que començavan de bullir y que estaban maltrechos de las caídas, no les quiso fazer mal, antes les dixo:

–Cavalleros más sobervios que esforçados, el fruto que llevaréis de vuestra sobervia es quedar ambos a pie porque no tengáis embidia el uno al otro.

Entonces se fue luego su vía adelante. Urgandín llevaba el cavallo de diestro, que grande y hermoso era, blanco como la nieve, y andovieron assí hasta hora de nona, y pararon unos árboles y descansaron una pieça, y los cavallos pacían de la yerva, y tornaron a cavalgar y seguir su vía. A hora de bísperas fallaron un cavallero a pie, grande de cuerpo y bien tallado, y según su grandeza parecía de linaje de gigantes, mas no lo era. Llamavase Marcival el Grande: era de los buenos cavalleros de Bretaña, traía las armas rotas y malparadas y venía cansado del peso de las armas y, tanto que vio el Cavallero del Dragón, con mucha cortesía le dixo:

–Señor cavallero, fazedme merced de aquel cavallo que vuestro escudero trae de diestro, y con él me haréis cobrar mi honra, ca tres cavalleros malos me llevan una fermosa donzella forçada, y como oviesse batalla con ellos me mataron el cavallo y se dieron de andar por la floresta, y sin cavallo no los puedo seguir, y si agora me otorgáis este don, aún puedo librar la donzella que no sea escarnida de tales hombres.

El Cavallero del Dragón fue muy contento de su demanda y parecióle que devía de ser hombre bueno, y no olvidando su alta sangre, que más acostumbrado era a fazer mercedes que a las pedir, con aquella franqueza que su corazón tenía le dixo:

–Mucho me plaze que con el cavallo pueda hazer plazer a tan buen hombre, y si mi persona os fuere necessaria en essa afrenta, yo la porné por vós a peligro muy de grado.

–Mercedes, señor –dixo él–, por la buena voluntad; plegá a Dios que la pueda servir, el cavallo quiero no más.

Entonces Urgandín lo dio a su escudero y Marcival, aunque de gran cuerpo fuesse, cargado de las armas y cansado, teniéndole el cavallo su escudero, sin poner pie en estribera, ligeramente saltó en la silla. El cavallero fue maravillado de su ligereza, y él, tomando su escudo que su escudero le traía, lo echó al cuello, que grande y fermoso era, y avía el campo azul sembrado de estrellas doradas fechas sotilmente y lunas bermejas menudas, y despidiéndose del cavallero se dio a andar por la parte que sus enemigos avían llevado la donzella y su escudero tras él a pie.

El cavallero quedó fablando con sus donzellas diziendo que aquel cavallero devía ser de gran fecho de armas, según la grandeza de cuerpo y ligereza. Assí hablando en muchas cosas passó el día. En anocheciendo, llegaron a casa de un florestero y allí alvergaron y supieron cómo el cavallero que traía las estrellas era de los buenos de la Gran Bretaña, y cómo era fijo del conde Latine, y supieron cómo por aquella tierra avía muchas aventuras.

¶ Capítulo lxxxiiij. De la hermosa aventura que el Cavallero del Dragón falló al pasage de la Puente de Guiñón.

LUEGO OTRO DÍA, partió el cavallero por su vía adelante, que llegó a la ribera de un gran río que mucha agua ^{98r} llevava, que Guiñón por no[m]bre se dezía, y passavase por una puente de madera y más abaxo avía una fortaleza fundada en medio del río en un grande espacio de tierra que avía como isla, y passavan allá por una puente de piedra blanca, y le pareció muy fermosa la fortaleza, y la tierra y de una parte y de otra del río era de muchas arboledas. Y no quitando assí los ojos de la fortaleza, llegó cabe la puente y vio escudos colgados de los maderos y, parando mientes, llevo a él un escudero y travole de las riendas del cavallo diziendo:

–Cavallero, no passéis la puente adelante ca os costará caro, ca el passaje por sangre se vende y por armas se gana.

–No te cures tú d'esso –dixo el cavallero–, que, pues no veo quién lo estorve, de passar tengo.

El escudero no lo quería soltar y él ovo saña, y dixo:

–¡Cativa cosa sin criança!, ¿quién te mostró poner mano y querer fazer fuerça a cavallero?

Y en diziendo esto diole con el pie en los pechos tan rezio que lo fizo caer a la otra parte, y mandó a sus donzellas que pasassen la puente, y oyó estruendo como de gente, y parando mientes vio salir de so unos altos olmos que cabe la puente eran dos cavalleros bien armados, el uno sobre un cavallo negro y poderoso, las armas avía verdes y hermosas, el escudo grande y fuerte y un corazón en el sangriento entre cardos agudos que avían las

alcarchofas de oro; y el otro traía un cavallo hobero fermoso, armado de una gruessa lorriga blanca como de novel cavallero, el yelmo limpio y el escudo bermejo con dos vandas en él que le partían: la una blanca y la otra negra. Y assí salieron estos cavalleros, fermosos cavalgantes, diziendo a grandes bozes:

–¡Cavallero, no podéis passar la puente sin batalla!

El cavallero los atendió preguntando por qué defendían el pasaje.

–Porque por batalla se ganó –dixeron ellos–, y por batalla se ha de mantener.

–Harta de mala costumbre mantenéis –dixo él–, que las puentes comunes son y no privadas, y vosotros usurpáis el derecho común y lo torcéis para vuestro dañado contentamiento, que querer tomar batalla sobre passaje de las puentes más es sobervia que valentía.

–Como quiera que sea –dixeron ellos– la avemos de mantener, mas será de diversa manera, ca el que la defendía en otro tiempo era por desservir al rey Lisuarte, nosotros la defendemos por servir al rey Amadís, cuyos vassallos somos.

–Si por buen juizio se juzgasse lo que dezís –dixo el cavallero–, más desservicio fazéis al rey en esto de lo que cuidáis, que lo que él nunca fizo menos le plazerá que lo fagan.

–No te tienen pro essas excusas –dixeron ellos–, ca te conviene tomar la batalla o buscar otro passaje.

El cavallero, aunque de antes no quería la batalla, sabiendo que eran del rey Amadís su abuelo menos la quisiera, mas no pudiendo ál fazer que su honra fuesse, determinó de pelear con ellos y saber la causa por qué mantenían aquella costumbre. Entonces les dixo:

–Cavalleros, pues que por otra vía no puedo excusar de aver batalla con vosotros, sea luego, que tengo que fazer en otras partes.

E luego el cavallero del escudo bermejo vandado se fue al pie de un olmo y tomó una gruessa lança y embió otra al cavallero, y avía allí más de ciento d'ellas arrimadas a los árboles y más de veinte escudos fuertes y nuevos para los cavalleros que buenos los no traxessen, y avía bien nueve escudos de los cavalleros que avían vencido puestos en los maderos de la puente con los nombres de cüyos fueron escritos en los brocales; y avía un año que estos cavalleros mantenían esta aventura mucho a su honra, tanto que en la corte y en toda la Gran Bretaña eran por su bondad muy nombrados.

El Cavallero del Dragón tomó la lança y arredrose gran trecho del cavallero del escudo bermejo, y metiendo las lanças so los braços, se dexaron correr el uno contra el otro al más ir de sus cavallos, y encontraronse muy fuertemente en los escudos, que ninguno no faltó de su golpe, y el del escudo vandado le encontró tan rezio que le falsó el escudo del Dragón y la lorriga, mas no llegó a la carne, y él lo encontró de tal fuerça que la lança le pasó el escudo y la manga de la lorriga y lo puxo por las ancas del cavallo^{98v} en el campo duro, y tal caída dio que no se pudo levantar, y mirando el Cavallero de Dragón contra el otro cavallero de la puente, vio que estava hablando con una dueña acompañada de muchas dueñas y fue muy hermoso cavalgante delante la dueña, y le fizo acatamiento diziendo al cavallero que franqueado debía ser el passaje, pues el cavallero vencido era:

–No es –dixo el cavallero–, antes os costará caro la muerte del que yo tanto amava.

Esto dezía él pensando que muerto fuesse, y tomó luego una lança y el Cavallero del Dragón se llegó a los árboles y tomó otra, y arredraronse el uno del otro buena pieça, y llegaronse a encontrar tan fuertemente en los escudos que las lanças fueron quebradas

y passaron el uno por el otro muy reziamente. El Cavallero del Dragón se espantó de la bondad del cavallero que assí era buen justador, en verdad que tal era él, que muy pocos avía mejores en Bretaña ni de mayor esfuerço. Y bolvieron luego las riendas a sus cavallos y a la sazón el cavallero del escudo vandado se levantava a grande afán, lo que viendo el cavallero del escudo verde ovo mucho sabor de justar con el Cavallero del Dragón otra vez, ca se avía por tal que llevaría lo mejor de la justa. Dixo al cavallero:

–En quanto estamos a cavallo y lanças no nos faltan, más guisada es la justa que la batalla de las espadas; si os plaze, justemos hasta que uno lleve la mejoría.

Y el cavallero, que d'ello no menos era contento que él desseoso, dixo que le plazía. Entonces tomaron sendas lanças como de primero y arredraronse cada uno con intención de llevar la mejoría; el cavallero de la puente, por vengar a sí y a su primo y mantener su demanda, y el otro cavallero por su franquear el passaje y defender su honra que su escudo con su nombre no fuesse colgado en los maderos de la puente como de los otros vencidos, y allegaronse encontrar con tanta furia y saña que los encuentros mostraron bien el mal talante que se avían, que las lanças fueron hechas en pieças y los escudos falsados; topáronse de los cuerpos de tal suerte que el Cavallero del Dragón quedó muy quebrantado del golpe, el cavallero de la puente perdió las estriberas y cayó en tierra, mas tanto él avino de bien que llevando las riendas en la mano cobró muy presto su cavallo, de guisa que la biveza de su corazón no le fizo sentir el tormento de la caída, y poniendo mano a sus espadas començaronse a ferir de grandes golpes como aquellos que poco amor se tenían. El Cavallero del Dragón, viendo la gran bondad de su enemigo, alçose sobre las estriberas y de toda su fuerça quiso ferir sobre el yelmo, mas el cavallero alçó el escudo por se amparar del golpe, y iva de tanta fuerça que dando por un cantón d'él le fendió fasta abaxo, y decendiendo la espada al pescueço del cavallo le hizo tan grande llaga que cayó muerto con su señor. El Cavallero del Dragón se apeó luego y fue contra él, que se avía levantado a grande afán y estava atordido del golpe de la caída, y diole tal golpe sobre el yelmo que la espada le fizo sentir en las carnes y cayó cargado del grande golpe, y el cavallero le fue a sacar el yelmo por ver si era muerto, y violo de poca edad y los ojos llenos de sangre y ovo piedad d'él, que lo conoció por uno de los buenos cavalleros con quien se avía combatido. La dueña que ya oístes, que su madre era, viendo a su fijo en tal aprieto, vino corriendo llorando, messando sus cabellos, diziendo:

–¡Señor cavallero, si sentir podéis qué cosa es amor de madre y pérdida de fijo, mucho os ruego que no me matéis esse fijo, que no solamente matáis a la cuitada de su madre, más aún mucha virtud y bondad que en él ay, y haréis gran pesar al rey Amadís y a los cavalleros que le conocen!

El cavallero fizo infinta que avía sabor de lo matar diziendo:

–Si no me dize quién es y por qué mantiene esta demanda, no puede guarecer que no muera a mis manos.

–Yo os lo diré todo que no falte cosa aunque de obligación no, que, como la batalla fue de su parte vedando el passaje y vós lo avéis franqueado que vos no lo puedan vedar ni vedan, no tenéis más que le pedir con razón, mas yo, por salvar su vida, vos diré lo que queréis.

Y estando en esto oyó el cavallero gritos que davan sus donzellas de la otra parte de la puente, que avía salido de la fortaleza un cavallero con seis peones y las prendían. El cavallero, tanto que lo oyó, sin tomar cavallo, con su espada en la mano corrió por la puente

tan ligero y tan presto como si sin armas fuera, diziendo a grandes bozes que soltassen las donzellas, y luego el cavallero de la fortaleza se vino contra él con la lança sobre mano, y lo firió tan rezio que el ^{99r} escudo le falsó de claro, y él le dio tal golpe al cavallo en entra[m]bos los ojos que la cabeça le fizo en dos partes y cayó luego con su señor; y los peones vinieron luego sobr'él a le ferir muy a menudo con las lanças. Él se metió entr'ellos como león sañudo, y al primero que alcançó no le valió la capellina que la espada no le metiesse hasta los meollos. El cavallero que cayera se levantó luego y fue para los peones y se puso en la delantera por los amparar, y el cavallero fue contra él con saña y firióle tan bravamente sobre el yelmo que gelo abolló todo y le metió las abolladuras por la cabeça y el cavallero cayó atordido, lo que viendo los peones començaron de se retraer fasta la puerta de la fortaleza y allí, por ser el lugar angosto, se pensaron de se defender, mas todo no les tuvo pro, que el cavallero iba sañudo y los firió tan bravamente que se apoderó de la puerta y los peones, desmayados, se acogeron al castillo y él los siguió, de suerte que al que alcançava no avía menester más maestro, y assí señoreó la fortaleza, que los peones que quedavan demandaron merced de las vidas.

¶ Capítulo lxxxv. De cómo la dueña demandó perdón al cavallero por el enojo que sus hombres le fizieron, diziéndole otrosí por qué los cavalleros defendían el passaje de la puente.

EN CUANTO EL cavallero peleava con los peones, la dueña, que con los cavalleros vencidos quedara, viendo que el cavallero iba sañudo, temiendo que faría grande daño en los suyos, acordó de ir a él por le templar si pudiesse la saña, ca le pareció tan cortés y mesurado que toda mesura con ella usaría y, dexando algunas de sus donzellas con los cavalleros, con las otras se fue a la fortaleza y, en llegando a la puerta, falló al cavallero con la espada desnuda tinta de sangre y ovo grande pavor, y perdiéndolo con la fiança que tenía en su virtud, se fue contra él, el cual le dixo:

–¿Paréceos, dueña, bien la gente que tenéis usar de tanta villanía que, usando yo de mesura con los cavalleros, dando la vida a aquel que me rogastes, y que ellos prendiessen mis donzellas y quisiessen matar a mí?

–Señor cavallero –dixo ella–, bien conozco que es mal fecho, mas yo no tengo la culpa d'ello, y pues los que la fizieron tienen la paga de su yerro, los sin culpa no merecen aver pena, que en verdad yo vos haría antes todo servicio y plazer en mi fortaleza que enojo por el don que me otorgastes, dando la vida a un solo fijo que tenía, y assí os ruego que perdáis la saña, que yo os satisfaré vuestro enojo en todo lo que mandardes y faré a mi fijo que quede en vuestra amistad como todos los que armas traen fazer devían, pues sobre todos alcançáis la alteza d'ellas.

El cavallero, como aquel en quien toda criança y mesura se encerrava, viendo aquella honrada dueña tan triste por su enojo y tan desseosa de le fazer servicio aunque más d'ella no conociale, respondió:

–Por vós, dueña, faré yo lo que mandardes y por los dos cavalleros, pues que a guisa de buenos se combatieron y por tales los confessaré en toda parte; mas de la gente de la

fortaleza tengo mucha saña, mas por vuestro ruego yo la quiero perder. Segúrame que vuestros hombres me no fagan traición y yo vos entregaré la fortaleza, que ya veis que es en mi mano, y quedaré en vuestra conocencia y amistad.

La dueña lo aseguró y lo acompañó fasta sus palacios, que en el alcázar eran, y traxeron en este medio los cavalleros feridos, y él los ayudó a desarmar y dixo a la dueña que sus donzellas les curarían las llagas, que mucho sabían de aquel menester. La dueña, aunque algo sabía d'ello, mucho gelo agradesció. Ellas los curaron muy bien y los acostaron en sendos lechos; las llagas no eran peligrosas ni de mucha cura; luego la dueña rogó al cavallero que se desarmasse y le mandó dar una rica cámara en el alcázar, y el cavallero se bolvió. La dueña, que lo estava atendiendo y lo recibió con mucho amor, no poco espantada de su estraña fermosura, y sus donzellas le curaron dos llagas pequeñas que tenía y le fizo traer de comer muy abastadamente^{99v} y servir como era razón. Y después que los manteles fueron alçados, la dueña le començó de dezir:

–Buen cavallero, pues que en vós ay tanta medida que aviendo recebido enojo de los cavalleros y de mis hombres, usando de vuestra virtud hezistes mi ruego, fazer quiero yo vuestro mandado y dezirvos lo que de mi hijo saber querriades. Y sabed, señor cavallero –dixo ella–, que la razón por qué esta costumbre aquí se mantiene es esta: no sé si oístes nombrar un cavallero que don Guilán el Cuidador avía nombre.

–Muchas vezes –dixo él.

–Pues al tiempo que Amadís siendo cavallero andante se partió ascondidamente de la Ínsola Firme, aviéndola nuevamente ganado este don Guilán, hallando sus armas a la fuente de la vega y viendo que armas de tan presciado cavallero en tal lugar no devían de estar, trayéndolas a la corte a la reina Brisena, cuyo cavallero Amadís era, y llegando a esta puente topó a Ladasín el Esgrimidor, su primo, que se combatía con un cavallero que la guardava, que enemigo del rey Lisuarte era, porque avía muerto a su padre Barsinán, señor de Sansueña; y don Guilán, venciendo a aquel cavallero, que Gandalod se llamava, le tomó la fortaleza, librando cuatro cavalleros del rey Lisuarte que presos tenía aquel mal hombre; después que assí estas cosas passaron, la fortaleza quedó por suya. Como d'este don Guilán muchos tiempos fuesse yo amada tanto que otra dueña no lo era más en la Gran Bretaña y, aunque duquesa era de Bristoya, su gran virtud y valor hizieron tanto que lo tomé por marido y señor, con el cual viví tan bien casada que ninguna otra avía ventaja, del cual ove este fijo solo, cuya vida vos demandé, el cual nació cinco meses antes de la muerte de su padre, que murió con el rey Lisuarte en Constantinopla, y quedando yo assí biuda, no teniendo otro consuelo salvo este fijo, queriendo él muchas vezes armarse cavallero, yo no lo consentía porque no se apartasse de mí a buscar aventuras y a ponerse en aquellos manifiestos peligros. Y después que Dios milagrosamente, usando de su infinita misericordia, sacó del encantamiento al rey Amadís y el emperador y a sus hermanos, acordándose de los muchos servicios que del duque don Guilán tenía rescebidos, viendo que el padre era fallecido, no por ello perdiendo la memoria del hijo tanto que las aventuras fueron prometidas, armó cavallero a este mi fijo, que Gualdín de Bristoya se llama, y otro su primo, que Leonil se llama, fijo de Ladasín el Esgremidor, que muy conocido es en casa del rey Amadís entre los cavalleros ancianos de su corte. Pues como mi hijo y Leonil su primo fuessen armados cavalleros entre otras muchas aventuras que hizieron fue esta la más señalada: que guardaron esta puente ha bien un año a todo cavallero te-

niendo escudos y lanças para quantos viniessen y d'ellos toviessen necesidad, y poniendo los escudos en la puente con los nombres de los cavalleros escriptos en los brocales como avéis visto, y Leonil avía la primera batalla como la ovo con vós, porque su padre fue vencido primero en esta puente y después don Guilán lo vengó, y assí Gualdín de Bristoya mi hijo avía la segunda batalla y conquería los cavalleros que Leonil su primo no podía. E yo, como estoviesse en mi villa de Bristoya oyendo las maravillas d'estos cavalleros, y aviendo gran desseo de ver este mi fijo, me vine a este castillo y ha quinze días que aquí estoy, y de día me estava con ellos al passo de la puente y de noche nos acogíamos a la fortaleza.

–Señora, mucho os ruego que me perdonéis por no vos aver hecho el acatamiento que vuestro estado merecía, y, pues fue por desconocencia, no me queráis ende culpar, que yo me he por bienandante de aver hecho vuestro ruego y lo haré de aquí adelante sin falta ninguna, ca vuestra virtud lo meresce por aver sido mujer de tan señalado cavallero y tan honrador de los buenos, y por ser otrosí madre de tan esforçado cavallero Gualdín de Bristoya, que por él se puede dezir que es bien hijo de su padre en el esfuerço y ardimiento. Yo le prescio mucho por su bondad, ca de quantos he provado pocos hallé que le sobren y muchos que no le igualan, mas según su bondad y de su primo no hazen la experiencia conforme a la grandeza de sus personas y estados que, aunque esta aventura que mantienen hermosa será, mejor sería andar por Bretaña buscando otras mayores y de mayor honra, ayudando a los pobres y expunando los tiranos y sobervios y socorriendo a los mezquinos, amparando las donzellas que no les sea hecha fuerça y agravio, y assí ganarían fama quanto al mundo y gracia quanto a Dios, o a lo menos estar en la corte del rey, que, según me han dicho, mucha necesidad ^{100r} tendrá presto de los suyos y agenos, y assí acompañen y sirvan a las personas reales como el bueno y preciado don Guilán solía fazer, que, sirviendo desde el día que fue armado cavallero muy lealmente al rey Lisuarte, todo el tiempo de su vida no lo desamparó fasta el postrero trance de la muerte, que juntamente con él murió en Constantinopla, cuya gloriosa muerte ganó tal corona de gloria y de fama que no será olvidada en quanto las gentes tovieran memoria.

La dueña le dio muchos agradescimientos por la buena voluntad que mostrava a sus cosas, y avía por ello mucha gana de galardonar lo que pudiesse.

¶ Capítulo lxxxvj. De una contrariedad que se halla en esta grande historia de Amadís y lo que d'ella devemos tener.

AGORA OS QUIERE el historiador dezir la verdad de una gran contrariedad que fallaréis en esta historia, conviene a saber: en la quinta parte, en las *Sergas de Esplandián*, dize que este don Guilán, duque de Bristoya, murió en la gran batalla donde el rey Lisuarte y el rey Perión murieron, y assimismo lo dize agora esta nuestra séptima parte; y en la sesta parte, en el libro de *Florisando*, dize el historiador que era bivo al tiempo que Florisando mató el muy temido y dudado Brutervo de Anconia, y que entre los presos que sacaron fallaron a este don Guilán el Cuidador, sospirando muy tristemente. En el mismo libro, en otra parte donde fue la batalla de los siete gigantes con el emperador Esplandián y Florisando y ot[r]os cinco cavalleros, que fue en la corte del rey Amadís, onde otrosí el autor escribe vivo este

don Guilán: pues tan clara contrariedad no es razón que se calle ni passe sub silencio, porque no solamente los leyentes pone en con<s>[f]usión, mas tener poco acatamiento a la historia y dar poco crédito a los autores, pues assí claramente se contrarían, lo que agora queriendo fuir, os diré la verdad de la tal contrariedad de los autores: y la realidad y verdad de la historia es que este muy esforçado cavallero don Guilán, duque de Bristoya, como siempre avía sido de los principales cavalleros de la corte del rey Lisuarte y natural de sus señoríos, y en las grandes batallas que en Breñaña ovo siempre avía sido su aguardador y assí lo fue en aquella espantable batalla de Constantinopla y, teniendo siempre con el rey Lisuarte, al cual si crecida edad no desmenuía el esfuerço, antes acrecentava membrándose que siempre lo avía executado por las cosas vanas y perecederas del mundo, y que allí contra los infieles lo emplearía en el servicio de Dios, y no temiendo los enemigos se metiesse de ronda por ellos haziendo con su espada tal estrago con que ayudasse a poblar los infiernos como más de dos mill de cavallo de los turcos no traxessen ojo en otra parte salvo en los buenos dos viejos reyes Perión y Lisuarte, que en los suyos fazían grande estrago, desmandándose muchas vezes de sus aguardadores, viendo assí estos turcos los dos reyes que desmandados andavan entre las batallas, cargaron tantos sobr'ellos que por más que mataron de los contrarios no pudieron escusar los dos reyes, que delante ivan de los suyos, como caudales águilas delante otras aves que no muriessen corporalmente ganando con su muerte vida de fama y loor de sus prezes, y assimismo los que los aguardavan, que era el bueno ypreciado viejo don Grumedán y este don Guilán el Cuidador, y Nicorán de la Puente Medrosa, y Cendil de Ganota y Brandoivas; y éstos, como ivan teniendo con los reyes, aguardando al rey Lisuarte su señor murieron todos esforçadamente, ganando título de alabança entre las gentes. Y esta es la mera verdad de la historia, y por ser más firme d'ella vi la historia y original que es la propia que fue de los emperadores de Constantinopla, porque cuando por nuestros pecados aquel gran imperio de Constantinopla se perdió y fue ganado de los ^{100v} turcos, el coronista mayor del emperador fuyó con las corónicas antiguas viejas y nuevas y se acogió a la isla de Rodas, y allí moró algunos días y toda la librería dexó al maestre de la orden de Sant Juan, rogándole muy afincadamente que la fiziesse guardar como cosa de tanto valor que, aunque el señorío se perdiessse, que las famosas vidas de aquellos que lo ganaron no fuessen perdidas ni trastornadas en el olvido de las gentes, el cual coronista que fuera del emperador, como fuesse natural de Florencia, traxo esta historia escripta de su mano en lengua toscana porque en estas partes oviesse memoria, de la cual corónica y historia en toscano fue sacada esta grande historia sin faltar ni acrescentar palabra, la cual en la misma guisa avía sido trasladada del original griego, lo que todo enquerí con mucha diligencia y lo embié a preguntar a hombres muy sabidos de la lengua griega residentes continuamente en Rodas, y me escrivieron ser la verdad como la historia en Constantinopla lo dezía; y aún más vos digo, que he visto hombre de mucho crédito que, estando en Constantinopla después que es de paganos, yendo por embajador al Turco, vio en las capillas de los emperadores entre las sepulturas de los reyes y famosos cavalleros a los pies de la del rey Lisuarte una sepultura con letras que dezían que era de don Grumedán de Nuruega, y otras letras en otra sepultura que dezían ser de don Guilán el Cuidador, duque de Bristoya: y esta es la verdad y otra cosa no es de creer, y lo que se dize en la sesta parte no es de creer que el autor que la sacó la fallasse assí ni la escriviesse, mas alguno, muy aficionado a este noble duque don Guilán, escriviendo aquella temerosa y espantable cárcel de Brutervo, soñó que devía ende estar lidiando con sus pensamientos

como en otro tiempo lo solía fazer, porque la tal causa ya cessava que, aunque en otro tiempo avía sido muy penado por los amores de la duquesa de Bristoya, ya él avía mucho tiempo que la tenía por mujer y sus ardientes y encendidas llamas apagadas y tornadas en muy sossegado amor como de marido a mujer se deve, y si por amores dize que sospirava, no podía ser tan esquiva la cárcel de Brutervo como la del amor que le aquexava, que la una prendía el cuerpo y la otra la libertad y la razón y la voluntad, assí que para sus sospiros bastava la cárcel de su coraçón sin la cárcel de Brutervo.

No queriendo más prolongar en este passo, concluyo con lo que arriba dixé, según la original y antigua crónica en griego y historia natural sacada d'ella en toscano, de que ésta fue trasladada de letra a letra lo dize: que murió este noble duque en Constantinopla como arriba dixé, creyendo que el historiador de *Florisando* no puso el contrario, mas alguno otro después, queriendo fingir la gran cuita de cuidar que este duque siempre tuvo, que tan esclarecido y prudente varón como él no podía errar en la historia, salvo si donde la trasladó errada fuesse o por algún contentamiento lo quisiesse fingir en esta parte. Mas dexando lo fingido y tomando lo verdadero, tened lo que en la quinta parte d'esta historia en las *Sergas de Esplandián* dize, y assí esta séptima parte, porque assí lo escriven las antiguas corónicas y auténticos originales donde esta grande historia fue sacada.

Pues tornando a la historia, el Cavallero del Dragón estuvo ocho días en casa de la duquesa, en fin de los cuales, siendo él guarescido de sus pequeñas llagas, despidiéndose de la duquesa y de los dos cavalleros, quedando no solamente en su conosciencia mas amistad, se partió de la fortaleza, que en el medio del río sentada era, [y] con su escudero y donzellas se dio a andar por aquella tierra.

¶ Capítulo lxxxvij. De cómo el Cavallero del Dragón se combatió con el cavallero que guardava la Fuente de los Cedros. ^{101r}

DIZE LA HISTORIA que aquel día que el cavallero partió de casa de la duquesa, <que> encontró a una donzella assaz hermosa y ataviada, ca avía saya de escarlata y capa de ximetes verdes y traía un grande palafrén rezió y andador y dos escuderos y un enano que la acompañavan. El cavallero iba sin yelmo, con tal fermosura que los que lo vían puestos eran en espanto, y la donzella, que lo vido, paró su palafrén y dixo:

–Fermoso cavallero, Dios vos haga bienandante.

–Y a vós –dixo él– muy bien fallada.

–Assí Dios me valga –dixo ella– que, si él repartió con vós tanto en la bondad de las armas como fermosura en el cuerpo, que en mucha deuda le sois por ello, ca en toda mi vida otro tal no he visto.

–Cualquiera que yo sea, buena donzella –dixo él–, no faltaré de vuestro servicio cuando vos cumpliere, como por las dueñas y donzellas suelo hazer, y si la hermosura, si alguna es, avéis visto, el esfuerço podéis experimentar cuando vos pluguiere, porque sepáis que soy más en obligación a Dios de lo que veis.

–Mucho os agradezco lo que me dezís, y, pues delibradamente me ofrecéis la esperiencia de vuestro valor, libradamente lo quiero aceptar para ver lo que mucho desseo, que soy

de tierra estraña y vine a ésta por ver las grandes maravillas que en ella ay para aguardar algunos días algún cavallero que me las muestre, y, pues que fallo a vós de tan buena voluntad, yerro sería no ser d'ello muy alegre.

–En todo faré vuestro mandado –dixo él.

–Pues seguidme –dixo ella–, que yo vos mostraré fermosa aventura tal que por ella se puede dezir que es toque y prueba de bondad a los que en ella se pruevan.

Y dando la buelta a su palafrén, tomaron la vía que antes llevaba el cavallero y ella traía; y alvergaron aquella noche en casa de un hombre bueno, que de buen talante los acogió en su castillo y, conociendo la donzella estraña que alvergara ende la otra noche, dixo:

–Amiga, ¿cómo avéis tornado tan presto?

–Ya sabéis –dixo ella– mi propósito que es ver las maravillas de Bretaña; topando oy aqueste cavallero, ofrecioseme con su persona y agora quiero experimentar si ha bondad que pueda complir su promessa para le aguardar algún tiempo y saber las cosas d'este reino que por el mundo son muy nombradas.

–¿Pues adónde lo queréis experimentar? –dixo él.

–Con el cavallero que guarda la Fuente de los Cedros –dixo ella–, y si le venciere, bien segura podré andar en su guarda, y si vencido fuere, no curaré más de lo aguardar.

–En verdad –dixo el huésped– que este cavallero más me semeja fermoso que esforçado según su gran hermosura y tierna edad que, aunque tenga buen ardimiento, es poco usado a las armas, y el otro ha mucho que las ha usado y ha mantenido la Aventura de la Fuente siete meses, en que ha vencido más de veinte cavalleros; mas, si este cavallero sale vencedor, sobre mi cabeça lo aguardad como a uno de los mejores cavalleros del mundo, si no, dexad su compañía que maldita sea persona que sirve a cavallero covarde o de poco valor, mayormente que los ay muy preciados.

–Assí lo tengo en voluntad –dixo ella.

Y bolvieronse al cavallero, y el hombre bueno los sirvió muy honradamente, assí por amor de la donzella como por aver costumbre de hazer toda honra a los cavalleros andantes.

Otro día por la mañana, el cavallero se despidió del hombre bueno para ir su vía con las donzellas, mas el hombre bueno lo acompañó con voluntad de ver la batalla de los cavalleros, y andovieron tanto que llegaron a un valle de grandes árboles, y en la salida avía un prado verde y en él una fuente fermosa labrada de cantería y nascía cabe unos cedros altos, y por ellos la llamavan la Fuente de los Cedros. La donzella dixo al cavallero:

–Señor, aparejaos de aver batalla, que aquí quiero experimentar la fermosura de vuestro corazón, pues que he visto la del cuerpo, porque si una cosa responde con la otra será pregonera de tan grande maravilla, y sabed que éste que guarda la fuente es de los buenos cavalleros de Bretaña y la defiende a todo cavallero que ende viene.

–¿Por qué mantiene tan mala demanda tan buen cavallero? –dixo él.

–Por experimentar la virtud de su corazón –dixo ella–, que ha siete meses que guarda la fuente y nunca dexó cavallero beber en ella ni lo dexará sin batalla en cuanto ende estoviere, y por ello es nombrado en toda parte su esfuerço ni bondad.

–No reprehendo, mas la demanda no me agrada, ca no puede ser en el mundo mayor soberbia ni sinrazón que, si un cavallero muere de sed o su cavallo, que el agua le aya de costar la sangre de su cuerpo y la honra a las vezes con la vida. ¿Y el cavallero de la fuente

está folgado ^{101v} y su cavallo, y el que viene lasso y cansado? Assí que me parece que no es tanta prueba de bondad como la fazen.

–No sé si es prueba –dixo la donzella–, mas el vencido, en señal de vitoria, le dexé su cavallo y se vaya ende a pie, y, por tanto, ved vós lo que os cumple, que su costumbre ésta es.

–Aunque essa sea –dixo el cavallero–, no entiendo por ello de le dar mi cavallo ni dexar de beber del agua de la fuente por ver su follonía o fortaleza.

Y tomando la vía de la fuente vieron cerca d’ella una tienda rica armada, broslada toda de seda india, y a la puerta estava el cavallero armado de todas armas, sentado en una silla jugando al axedrez con una fermosa donzella, y cabe sí tenía el escudo y la lança, y dos hombres le tenían ensillado un gran cavallo rucio rodado, y de la otra parte de los cedros estaban bien veinte cavallos sin sillas comiendo yerva, presos a las ramas como en establo, y éstos eran de los cavalleros que él avía vencido. Y luego el Cavallero del Dragón tomó sus armas y endereçó su cavallo derecho a la fuente, el cavallero de la tienda dexó luego el axedrez pidiendo sus armas, dando muy g[r]andes bozes al cavallero que no llegasse a la fuente, si no, que le costaría caro. Mas el cavallero no dexó de dar agua a su cavallo, que aún bevía cuando oyó las bozes del cavallero que se guardasse. E venía diziendo:

–¡Cavallero más loco que atrevido ni esforçado, pues que diste agua a tu cavallo sin mi licencia y batalla, como aquel que más me ofendiste mayor pena avrás de tu ofensa y mayor castigo de tu atrevimiento!

El Cavallero del Dragón bolvió su cavallo contra él y viole grande de cuerpo y grandes miembros, y cubierto de un escudo que el campo avía partido a dos colores, la mitad de cárdeno y la otra de pardillo, ambas cubiertas de mariposas de oro, y la sobreseñal de la misma librea, y venía muy fermoso cavalgante. E luego los dos cavalleros, como eran buenos y avían gana de se combatir, a más correr de sus cavallos se encontraron fuertemente, que el cavallero de la fuente encontró al del Dragón de tal suerte que el escudo le falsó y el arnés, mas no prendió el golpe en los pechos, y su cavallo se fizo bien atrás dos passadas con la fuerça del encuentro, y él lo firió de las espuelas que lo hizo passar adelante; y él avía encontrado al cavallero de la fuente de tal suerte que ni escudo ni loriga no pudo resistir que la lança no le metiesse por el cuerpo y le fiziesse una llaga muy peligrosa, y fue el golpe tal que las cinchas y el petral le faltaron y cayó a tierra con la silla y con la asta de la lança metida en las carnes, mas como era de gran coraçón y se vía en pavor de muerte, levantose lo más presto que pudo y sacó el asta de la lança del cuerpo y echolo muy lueñe, que todo iva tinto de su sangre. El Cavallero del Dragón, tanto que vio el otro en tierra que por falta de cincha no podía cavalgar, como aquel que ninguna ventaja esperava en batalla, apeose de su cavallo muy ligeramente y cubriéndose de su escudo echó mano a su espada, y fue contra el cavallero, que aparejado estava de lo recibir, y començaronse a ferir por todas partes como aquellos que avían sabor de se fazer todo mal, y según eran de gran fecho de armas no se alcançavan vez con las espadas a derecho que las pieças de las lorigas no se cortassen y las carnes. La batalla era tan brava que la donzella que traxera el Cavallero del Dragón dezía que el que guardava la fuente fallado avía su par. Los cavalleros se davan mucha priessa por se vencer uno a otro, y el cavallero de la fuente dio un gran golpe al Cavallero del Dragón sobre el yelmo que llamas de fuego salieron d’él y, aunque por su fortaleza no fue cortado, sintió el cavallero mucho el golpe, mas no tardó que le no diesse el pago y, creciéndole el esfuerço con la saña, le dio tal golpe so[b]re el yelmo que

gelo hendió hasta la carne, y fue el golpe tan pesado que puso la mano del espada en tierra, y antes que se levantasse le dio el Cavallero del Dragón otro golpe en el yelmo que otrosí le llegó a la carne y le hizo ahinojar por caer, y viéndole el cavallero assí, dióle del escudo que, según estava cargado de los grandes golpes, con poca fuerça cayó en el campo como desatinado, que avía perdido la vista de los ojos de la fuerça de los grandes golpes. El Cavallero del Dragón fue a él y le sacó el yelmo de la cabeça por ver si era muerto, que ya avía sabor d'ello porque era muy sobervio, mas la donzella que con él jugava, viendo su amigo, la cosa que más en el mundo amava, en tal trance, vino corriendo quanto pudo y se echó encima del cavallero que estava llagado diziendo:^{102r}

–¡Señor, matad primero a mí si queréis matar este cavallero, porque no vea muerto la cosa que más amo!

El cavallero ovo piedad de la donzella y detuvo el golpe de la espada, que alçada tenía por le ferir, diziendo:

–Buena donzella, vuestro ruego no tiene pro al cavallero sino se otorga por vencido y jure de no mantener más esta aventura.

–De ser vencido el cavallero –dixo la donzella– claro está, pues más muerto que vivo es para se defender; de no mantener más esta demanda yo os lo prometo que yo gela he hecho guardar fasta aquí por ver sus altas proezas, mas pues él es vencido y vuestra voluntad no es d'ello, nunca más la manterná.

–¿Juraislo vos assí, como buena y leal donzella?

–Sí juro– dixo ella.

–Pues por vuestro amor le otorgo la vida, ca mucho sabor avía de la acabar porque no fiziesse más sobervias a los cavalleros andantes defendiéndoles las fuentes que para los caminantes fueron fechas, tomándoles después sus cavallos. Y esto ha de ser con tal condición que vos vais presentar a la reina de mi parte y le contéis la batalla y cómo por vuestro ruego le di la vida, y presentalde otrosí de mi parte los cavallos que él ha tomado a los vencidos que, pues él por premio de la batalla los tomava a los vencidos, que assí lo puedo yo fazer a él pues lo vencí, y besadle sus reales manos por el Cavallero del Dragón, que mucho desseo su servicio.

Ella dixo que todo lo cumplía con lealtad.

–Pues agora me dezid cómo ha nombre esse cavallero.

–Esquilán el Membrudo –dixo ella–; es fijo bastardo del rey Arbán de Norgales.

El cavallero no le respondió más de que vio que era cavallero de alto lugar y, aunque era de alto fecho de armas, por ello no se espantó que según el padre tenía no lo devía de ser menos, aunque hasta este tiempo por su hijo no era conocido, y bolviouse a la donzella que allí lo guiara diziendo:

–Buena amiga, ¿qué os parece d'este caso? ¿Qué es lo que en ello mandáis?

–Serviros –dixo ella– toda mi vida si vuestra voluntad fuere como al mejor cavallero del mundo, ¡y merced a Dios que me dexó fallar lo que desseava! Y agora os digo, señor, que más precio vuestra bondad de armas que estremada hermosura. –Y bolviéndose al huésped le dixo–: Buen señor, desde agora vos podéis bolver a vuestro castillo, que yo con este cavallero me quiero ir hasta que su voluntad sea lo contrario.

El hombre bueno los encomendó a Dios y se bolvió a su castillo, mucho espantado de la estraña fortaleza del cavallero siendo de tan poca edad.

¶ Capítulo lxxxviij. De cómo, partido el cavallero de la Fuente de los Cedros, ovo batalla con Orsil el Casto.

SALIENDO EL CAVALLERO llagado de la batalla de Esquilán el Membrudo, sus donzellas le ataron las llagas y descansaron y comieron todos cerca de la fuente y bevieron del agua, que era tan sabrosa que en toda la Gran Bretaña no avía otra tal. La donzella amiga del cavallero, con ayuda de sus hombres, lo llevó a la tienda, y, desarmándole, le curó de sus llagas y lo acostó en su lecho, con grande dolor de su corazón. El Cavallero del Dragón, después que gran rato reposó a la fuente, encomendando la donzella de la tienda a Dios, con su compañía tomó la vía adelante, y no anduvo grande trecho que vio venir por el camino por do él iba un cavallero armado de todas armas y en el escudo traía figurada una donzella y un cavallero que d'ella se santiguava. La donzella estraña que iba con el cavallero, tanto que lo vio lo conoció luego, que algunas vezes lo avía visto, y dixo al cavallero:

–Señor, catad allí el cavallero más ereje de amor que avéis visto: no ay dueña ni donzella en el mundo que le quiera dar su amor que él lo acepte; fuye siempre de cortes donde ay dueñas y donzellas porque ellas, sabiendo sus maneras, siempre le fazen mill burlas y le afrentan de amores, mas él las aborrece de voluntad quanto otros las aman de corazón, y por ser tan esento y apartado de dueñas y donzellas le ^{102v} llaman Orsil el Casto, y es cavallero bien señalado, y todo su pensamiento es en las armas y buscar las aventuras y en se apartar de no tomar amor de ninguna donzella, ta[n]to que por él le puede dezir que bive fuera de la ley de los amadores.

–De las señaladas maneras –dixo él– que ha de tener buen cavallero es aver amores de alguna alta dueña o donzella, ca los enamorados cavalleros por complazer a sus amigas y señoras acometen las estrañas aventuras y grandes fechos, sin temor entran en las batallas y el amor les da esfuerço y acrecienta el aliento para las tales proezas y afrentas, y allende d'esto faze a los cavalleros cortesés y mesurados, polidos y de buena criança, bien fablados y discretos. Pues como esto tenga el amor, ¡maldito sea el cavallero que no lo mantiene en la mayor lealtad que puede!

–No tomará Orsil –dixo ella– vuestro consejo d'esta vegada.

En diziendo esto llegaron a Orsil, que muy apuesto parecía. El cavallero lo saludó cortésmente, y él le bolvió las saludes con mucha mesura y el cavallero le dixo:

–Señor, paréceme que is muy solo, y porque para andar camino es gran solaz la compañía, mayormente de mujeres, mucho os ruego que llevéis una d'estas mis donzellas la más fermosa que os sirva y acompañe en lo que mandardes, y que por su amor fagáis alguna alta proeza.

–Buen amigo –dixo Orsil–, tal compañía no la quiero ni me la dé Dios, que mejor es ir solo que con compañía de contienda y renzilla a[l]osadas, que si la compañía os agradara que sin me conocer no me la diérades.

–Para esso os la doy –dixo él–, para ganar vuestra amistad y conocencia aviendo compassión de os ver ir assí solo, y yo como llevo otras dos, pareciéndome que en ello os fazía plazer, os dava la tercera.

–Vuestra buena voluntad os agradezco –dixo Orsil–, y en pago d’ella os aconsejo que, assí como a essa queríades despedir, que assí fagáis a esotras dos por vos quitar de ruido y de mala compañía.

–¿Por qué dezís mal de donzellas? –dixo el cavallero–, a las cuales todos somos tenudos y obligados a servir y honrar y no dezir mal d’ellas, que lo contrario es villanía.

–Aunque esto diga –dixo Orsil–, si las viere en afrenta no dudaré de poner mi cuerpo en aventura por las librar, mas en otra manera ni de su compañía ni conversación no las querría más ver, que al el enemigo malo por los engaños y falsías que fazen a los cavalleros, que pocos días ha que una mala donzella de casa de la reina fizo prender uno de los señalados cavalleros de Bretaña, y lo puso en tal desesperación que lo hizo desaparecer y ir por esse mundo a tomar amarga muerte. –Y esso dezía Orsil por Agrimalda y por Radualdo, el cual cavallero avía fallado en la Montaña de Sanguid.

–Pues –dixo el cavallero– aunque essa donzella fiziesse la tal crueldad, otras son muy agradecidas y nembradas de aquellos que las sirven, y cuando más no pueden galardonar pagan a sus cavalleros con el puro amor que les tienen.

–Amor falso y engañoso tienen ellas –dixo Orsil–, ¡Dios me libre de sus lazos! Una en este mundo me quiso engañar, mas por ello la traigo por divisa en el escudo para mejor me guardar de sus engaños.

–Pues conviene –dixo el cavallero– que juréis de nunca dezir mal de dueñas ni donzellas, mas antes las serviréis con lealtad y amaréis de corazón o venido sois a la batalla, que cavallero apartado de amor como vas más le conviene morar en montañas que en corte entre donzellas.

–Yo soy para toda parte –dixo Orsil– mejor que tú, aunque no lo quiero usar por mi buen seso. Y pues que la batalla demandas, tú la avrás luego por castigo de tu locura y d’essas alevosas que esso te aconsejaron.

Entonces arredraronse ambos muy gran trecho y arremetieron al más ir de sus cavallos. Orsil encontró al cavallero en el escudo fuertemente, que la lança fue quebrada en muchas piezas y le fizo rebentar la sangre de las llagas que atadas traía; y el cavallero encontró a Orsil tan fuertemente que lo echó en tierra por las ancas del cavallo, y dio tal caída que fue atordido y quebrantado. El cavallo le començó a fuir a grandes saltos por el campo y él se levantó a grande afán y començó a renegar y blasfemar de las donzellas altamente. El cavallero no pudo estar que no riese de gana y sus donzellas otrosí, y fueron su vía adelante y lo dexaron assí escarnido, corriendo a una y a otra parte por tomar su cavallo. Onde agora lo dexemos con su saña, proponiendo en su corazón de aí en delante de desamar más las donzellas, y digamos de los cavalleros que quedaron en la abadía.^{103r}

¶ Capítulo lxxxix. De cómo Rolandín y Radualdo se partieron de la abadía del Valle Sombrío y se vinieron a casa del rey Amadís.

TRES DÍAS DESPUÉS que el Cavallero del Dragón se partió del abadía del Valle Sombrío, siendo Rolandín guarecido de su llaga y Radualdo de su flaqueza y amarillez, despidiéndose del abad y de los monges, partieron del abadía, llevando por ruego del abad el escudo y maça con que el cavallero anduvo por la montaña, que avía sido de tan famoso

jayán como el que las traxera, porque tan señaladas armas fuessen puestas en el arco de cristal del palacio del rey, onde las de los señalados cavalleros puestas eran. Pues partidos los cavalleros del abadía, tomaron la derecha vía de Londres. Sin intervalo alguno llegaron a sazón que el rey estava oyendo missa, acompañado de tantos hombres que era maravilla, ca el rey fazía cortes grandes y fermosas a las cuales eran juntados los más cavalleros de sus señoríos y con la reina las dueñas y donzellas de alta guisa, y las cortes avía cinco días que eran començadas y avían de turar un mes entero.

Pues llegando los cavalleros al palacio, preguntaron por el rey, y sabiendo que estava en missa en su real capilla, entraron a él y se fueron a las cortinas, y fincados de rodillas le besaron las manos, y él los rescibió con mucho amor, y no conoció salvo a Radualdo, que su natural era, y le dixo:

–Buen amigo, vós seáis muy bienvenido como aquel que nos avían dicho ser perdido, lo que mucho sentía como la falta de tal hombre hazer deve en toda parte.

–Señor –dixo Radualdo–, siendo yo vuestro no podía ser perdido, pues todos los que os dessean servir son muy ganados, mas he passado estrañas aventuras, y este cavallero otrosí que viene a vuestra corte sobre un pleito, y oídnos ante la reina si vos pluguiere después que la missa sea acabada, ca estrañas nuevas traemos y de plazer.

–Mucho seré alegre con tales nuevas –dixo el rey–, tan buen hombre como vós no puede dexar de las traer tales.

Entonces mandó a Angriote de Estraváus que aposentase aquellos cavalleros y él los llevó a un rico aposentamiento y ayudó a desarmar y dioles sendos mantos que cubriessen.

La missa acabada, el rey con su compañía se vino para una gran sala onde las mesas eran puestas, y antes que comiesse fizo llamar los cavalleros para saber las nuevas que traían, los cuales luego vinieron delante d'él. Radualdo traía los dos niños salvajes; Rolandín traía los leoncillos presos, y como eran pequeños y muy apremiados, perdido avían la braveza y venían mansos, aunque espantados de tanta gente. Los cavalleros, según avían fermosos cuerpos y pareceres, muy más hermosa fazían su aventura. Y llegando delante del rey, le rogaron que delante de la reina los oyesse. El rey mandó al rey Arbán de Norgales que fuese por la reina, la cual luego vino vestida de muy reales paños y su rica corona en la cabeça; traiala de braço de la parte derecha la infanta Leonarda, fija del rey de Sobradisa, que tres días avía que llegara a la corte por servir a la reina Oriana, y esta infanta vestía paños muy ricos de seda india broslados de aljófar cubiertos de lunas de oro, en su cabeça un prendedero muy rico. De la otra parte la traía Galianda, fija del rey Grasandor de Bohemia, que a maravilla hermosa era; ésta traía unas ropas de estraña fechora sembradas de candados de oro y llaves de plata. Y luego, a las espaldas de la reina, venía Grindalia, la fija del rey Arbán: ésta traía los atavíos más onestos que loçanos, todos de pardillo, que era la color del rey su padre. Venía otrosí Brianda, hija del rey Agrajes, y Lucilia, fija de don Galvanes, y tantas donzellas fijas de duques y condes que era maravilla, todas guarnidas y ataviadas según las fiestas y sus fermosuras lo requerían, entre las cuales venía Agrimalda, la señora de Radualdo: traía paños amarillos ^{103v} vandados de negro que estas colores traía desde el tiempo que se partiera Radualdo de la corte, lo cual, tanto que ella vido, la sangre le fuyó del cuerpo que más quedó muerta que viva según el alteramiento de alegría la turbava, y no podía acabar de creer que aquel fuese, mas bien creyó que sin su mandado aver visto no osara él parecer onde ella estuviese contra su mandamiento y voluntad.

Los cavalleros, que delante la reina venían, fazían lugar para que pasassen las donzellas, que tantas eran que no podían ser más en casa de dos emperadores, entre las cuales la infanta Leonarda avía la flor de la fermosura y la tuvo fasta que a la corte vino aquella luziente estrella Elena, fija del rey de Macedonia, con cuya venida se escureció la hermosura de Leonarda como la claridad de la luna con el resplandor del sol.

Pues tornando al propósito, el rey se levantó y recibió la reina y la fizo sentar cabe sí, y las infantas sentadas a sus pies y las otras donzellas estaban en pie a las espaldas, y en la parte frontera de la sala estaban los preciados cavalleros de su mesnada, los cuales en sus hermosas presencias bien davan testimonio de la bondad que d'ellos por el mundo se publicava. El rey se sentó en su real silla, guarnida de oro con muchas piedras preciosas de gran valor, vestido como a su real estado convenía: una rica corona en la cabeça, su real cetro en la mano, ca en tales fiestas los reyes siempre deven tener sus insignas reales. Cerca d'él estava Coroneo, más abaxo estava Florinel y Falangrís y los fijos del rey de Sobradisa, a sus espaldas estava Abiés de Sansueña y Odoardo y Galeote, fijo del gigante Bravor, y Angriote de Estraváus estava al lado del rey armado de todas armas con cien cavalleros otrosí armados por guarda del rey, ca en tales fiestas grandes traiciones se suelen hazer. Todos los cavalleros, dueñas y donzellas del palacio estaban muy atentos para oír la aventura de aquellos cavalleros. El rey fizo señal con el cetro que todos callassen y dixo a los cavalleros:

–Amigos, dezidnos agora vuestra demanda que toda esta gente la dessea mucho saber.

Entonces Radualdo puso delante a Rolandín, como aquel que fijo de rey era, que dixesse lo que quería, y luego Rolandín con muy fermosa presencia y triste coraçón començó de contar la batalla que oviera con el Cavallero del Dragón cabe la hermita despoblada, diziendo el principio y fin y causa d'ella, que no faltó punto como la historia lo ha devisado, de que todos fueron muy espantados, assí de la bondad del cavallero como de la estraña aventura de Rolandín, el cual, acabando de dezir esto, tomó los leoncillos de la trailla que travada era con oro y los presentó al rey diziendo:

–El mismo Cavallero del Dragón, señor, manda besar vuestras reales manos y le faze saber que andando por la Montaña de Sanguit no falló otra caça a vuestro real estado conforme sino ésta, que os embía en señal de los grandes desseos que tiene de os servir.

Mucho fueron espantados todos los que presentes eran de la estraña bondad del cavallero. El rey fue muy alegre con los leoncillos por amor de aquel que los embiava, que nuevamente començava a sonar su bondad, y le preguntó que cómo el cavallero pudiera andar la Montaña de Sanguit, que en ella no moravan sino serpientes, ossos y leones.

–Verdad es, señor –dixo Rolandín–, mas no ay braveza de alimania ni ferocidad de león que el fuerte coraçón del hombre no vença.

El rey juzgó que avía dicho hermosa razón. E luego Radualdo se fue delante de la reina, fincado de rodillas le empeçó a dezir:

–Señora, assí como Dios os fizo estremada entre todas las reinas del mundo, assí delante os presento estas estrañas criaturas de la parte del Cavallero del Dragón, que mucho os dessea servir.

La reina con mucho amor rescibió a Radualdo, que muy conocido era, acetando el servicio de los niños con buena voluntad, dando agradecimientos al cavallero en ausencia, prometiéndole las mercedes cuando en su corte fuesse llegado, y todos estaban maravillados de la estraña aventura de los niños y cómo avían hermosos rostros. La reina los

mandó criar con diligencia, y d'esto se dirá en su tiempo, que ambos fueron señaladas personas. E levantado Radualdo de delante de la reina, faziéndole muy gran acatamiento, dixo que quería ir por otra aventura. Y yendo a su aposentamiento, traxo el grande escudo de azero y la maça que tanto pesavan que a duras penas lo podía traer, y assí se fue delante del rey y le dixo cómo él por una gran aventura fuera a dar en la fiera Montaña de Sanguit, y que ende morara algunos días ^{104r} en una cueva, y que sabiendo el Cavallero del Dragón que una donzella iba en su demanda a la montaña, tomando aquellas fuertes armas que avían sido del gigante con que se combatiera el rey Abiés de Irlanda, que en la abadía del Valle Sombrío estaban, se diera a andar por la montaña y de las cosas estrañas que en ella fiziera, contándolas todas como la historia lo ha devisado. El rey fue muy espantado de las armas del gigante y de su antigüedad, y cuán nombrada avía sido aquella batalla que fiziera el rey Abiés con el gigante desarmado, y aquella memoria a los ancianos cavalleros que de aquel tiempo se acordava ponían mucha soledad. El rey las mandó colgar en el arco de cristal de su palacio, y no avía ende tal que no fuesse maravillado de las estrañas cosas que nuevamente començavan a sonar de aquel cavallero. El rey lo estuvo mucho loando delante de sus altos hombres, y viendo la reina que era ora que el rey comiesse con sus cavalleros, con sus dueñas y donzellas, mandando llevar los salvages, se despidió del rey y se fue a su aposentamiento con mucha alegría de cómo las cosas del rey su marido eran tan acrecentadas que su corte se ennoblecía de preciados cavalleros y estrañas aventuras.

Pues de Agrima [l]da os digo que propiamente le dieron la vida con la vista de su amigo Radualdo; la cual, arrepentida mucho de la falsa sospecha que tomara, informada de la donzella de la cuitada vida que el cavallero avía fecho por su causa, fablando con Radu[al]do por un lugar secreto de su cámara, le dio entrada por una ventana queriendo emendar el gran agravio que al cavallero avía fecho, la cual entrada dio ocasión que la que era donzella fue fecha dueña, y apagadas aquellas ardientes llamas de desseos que los abrasava[n], feneciendo sus mortales desseos y angustias mas no el amor, que este creció y turó quanto las vidas les turaron, ca se amavan de voluntad y coraçón y no fingidamente como otros fazer suelen.

El rey quedó en la sala con sus cavalleros a do las mesas eran puestas, y fizo comer a Rolandín y a Radualdo con los príncipes de su casa. Ni en las mesas ni fuera d'ellas no se fablava otra cosa salvo de la estraña aventura de aquel día y de la alta bondad del cavallero, al cual tenían algunos más embidia de sus obras que desseo ni amor de su buena andança, como es regla de aquellos que d'este vicio son tocados.

g Capítulo xc. De cómo el Cavallero del Dragón fue curado de sus llagas en un castillo donde supo estrañas nuevas de la corte.

PARTIDA LA BATALLA del Cavallero del Dragón y de Orsil el Casto en la guisa que avéis oído, las llagas que atadas traía le rebentaron y perdía mucha sangre, mas no anduvo gran trecho que topó en un castillo de un cavallero anciano, que de voluntad lo acogió en su casa [y] sus donzellas le curaron las llagas. El huésped lo servía honradamente como aquel que avía sido cavallero andante y tenía dos fijos cavalleros que vivían con el rey Amadís, y por esto el señor del castillo acogía y hazía honra a los cavalleros. Pues acon-

tesció que, aviendo algunos días que el cavallero estava en el castillo, los fijos del huésped se vinieron de la corte a aparejar armas y cavallos para la guerra que presto esperavan en Bretaña, y, después que hablaron con su padre la razón de su venida, fueron a ver al cavallero con su padre, el cual le dixo:

–Buen amigo, veis aquí mis fijos de los que os dixere el otro día. D'ellos y de mí os podéis servir lo que os pluguiere.

El cavallero le dio las gracias como aquel que muy cortés era, y assí después que estuvieron fab<a>lando muchas cosas, el Cavallero del Dragón preguntó a los dos hermanos por nuevas de la corte.

–Estrañas –dixeron ellos– os las podemos dar.

–Mucho las desseo saber –dixo él.

–Pues sabed –dixo el uno d'ellos– que antes de nuestra partida llegó a la corte el príncipe Florisando con gran compañía de cavalleros, dexando su flota muy apercebida de gente de guerra en la mar. ^{104v} Traxo consigo la muy fermosa infanta Floyanda, fija de don Brián, rey de España, que viene a vivir con la reina Oriana, y es de las hermosas donzellas de casa de la reina, fuera Leonarda, la fija del rey de Sobradisa. Y creed, señor, que, aunque la corte rescibió mucho plazer con venida de tales personas, que no dexaron por ende de recibir mucha alteración según las nuevas traxeron ciertas de grandes gentes de paganos y jayanes que viene sobre Bretaña para destruir el rey Amadís y a su linaje, y suénase que ya Florisando ovo batalla con algunos d'ellos en la mar, librando a la infanta Floyanda del poder de los infieles que cativar la querían.

Y antes que más persigamos en este propósito, sabed cómo estas nuevas eran ciertas, y dize el autor que al tiempo que Dranciano, el capitán de Roma que Florisando avía embiado en socorro del rey de Dacia, se despidió del Cavallero de los Cisnes y del rey de Dacia, [y] con su gente se acogió a su flota tomando la vía derecha de Roma; navegando con buen tiempo, súbitamente se levantando el contrario, corrió tormenta tres días que fue a dar en el mar de Túnez al través de la gran ciudad, a do falló cuatro fustas de paganos que se ivan a juntar con el rey de Libia para ir sobre Bretaña. De lo que aviendo noticia Dranciano, peleó con ellos tan fuertemente como aquel que no solamente era ardid y esforçado, mas en la mar muy cuerdo y sabido, de guisa que las <s>[f]ustas fueron vencidas y tomadas, y presos los que en ellas venían, y sabida la intención de su viaje, después que el tiempo fue sossegado, tomando su vía con mucha abonança arribó en el puerto de Roma con los paganos presos y con sus fustas. Y después contó las grandes maravillas que avía fecho el Cavallero de los Cisnes en el reino de Dacia y de la muerte del rey Rolando y de lo que fizo en las Islas Ircanias, y cómo avía dado a la donzella Luciana aquel señorío del Valle Fondo que ganara del gigante Enceleo el Montés y de Madrusián su fijo, la cual batalla ya era sabida en Roma, ca los cavalleros que de la cárcel avían salido lo contaron en Roma, por donde su fama crecía tan altamente que juntavan a las grandes maravillas que Dranciano d'él dezía escurecía la fama de Florisando, y sus proezas eran olvidadas como de las cosas passadas a las presentes fazer suelen. Pues como el príncipe Florisando supiesse de su capitán como aquel que tenía tanta razón de socorrer al rey Amadís, fizo luego apercebir muchos cavalleros, dexando apellidados otros muchos, entró en la flota de Dranciano, que aparejada estava, y tomó la vía de su isla de Certa, y allí aportó y halló toda la tierra en mucho recaudo y aviso con muchas guardas, que ya se temían de la venida de los infieles.

Y después que folgó algunos días en la tierra con el santo hombre hermitaño que lo criara, luego se partió para Bretaña y, en saliendo del puerto de su isla, halló una nao grande de España en que venía esta infanta fija del rey don Brián, y viola cercada de galeas de infieles que tomar la querían y los de la nao se defendían muy bravamente, mas los paganos eran tantos que si Florisando no los socorriera no pudiera guarecer de prisión aquella hermosa infanta ni su compañía. Y assí vencidos los infieles, supo Florisando el valor de aquella infanta y deudo que con ella tenía, muy alegre de su libramiento más que de la vitoria de los paganos. Se passó a la nao do venía la hermosa Floyanda, acompañada de muchos cavalleros de fiança y dueñas y donzellas de alta guisa, faziéndole mucha honra [y] dándosele a conocer. Y siendo alegres los unos y los otros tomaron la vía de la Gran Bretaña, y guiaron derechamente a Londres dexando sus flotas en el puerto, y con su venida ovo mucha alegría. El rey y la reina y sus compañías y las cortes se hizieron mayores, con gran plazer y alegría, y de aquí supieron las nuevas los dos cavalleros mancebos que las davan a su padre y al cavallero, los cuales, porque no las sabían de raíz, el autor las quiso escrevir y es lo que avéis oído.

Pues bolviendo a la historia, el padre dixo a los fijos:

–Estrañas nuevas son estas, fijos, que nos dezides, ¡plegá a Dios que quiera mantener al rey en aquella honra y estado que siempre tuvo y a su gran merecimiento conviene! Tantas vezes han venido estos paganos en Bretaña que, aunque en las otras la fortuna les fue contraria, que los más fueron muertos y desbaratados, mucho temo que d’esta no les sea favorable, que por maravilla suele siempre favorecer los vencedores mayormente según las innumerables compañías que dizen venir en Bretaña, que gran tiempo ha que se suena su venida, y por esperar ^{105r} mucha más gente se deve de aver tardado tanto.

El cavallero le dixo:

–Buen amigo, nunca Dios olvida a los buenos para les dar ayuda y favor ni a los malos para les dar deshonoras y muertes muy amargas según sus malas maneras. Pues como este rey Amadís sea de los derecheros reyes del mundo y mantiene sus señoríos en mucha paz y justicia, Dios, nembrándose de su bondad, no permitirá tal cosa junto con su grande esfuerço y valor de sus cavalleros, que es duda que, aunque todo el paganismo sobre él venga, que no pueda él más resistir con la mucha virtud de los suyos pocos que la poca de los muchos acometer, ganando siempre este rey el vencimiento conforme a los passados que de esta astrosa gente siempre ovo. Y pues que Dios es sobre todo el mundo, que no ay fortuna ni ventura que quite ni adverse su voluntad, la cual este rey por su estremada virtud y buenas maneras ganada tiene, no ay quién en el mundo le pueda nuzir ni menos aquel alto Dios, fuente de toda justicia, permitirá que los infieles de sus sobervias saquen fruto de victoria, mas antes de muerte y menoscabo de su hazienda y honras.

Mucho fueron espantados el cavallero y sus hijos de la cuerda respuesta que avía dado, lo que pocas vezes acaece en los hombres mancebos, que por la poca experiencia de las cosas no tienen el juicio assentado ni el seso en aquella gravedad y perfición que los viejos suelen tener, mas aquel que en joventud lo tiene mucho deve loar a Dios como este bienaventurado cavallero lo tenía, en todo era estremado entre los otros.

Assí estovieron los cavalleros departiendo entre sí, recontando los dudosos acontecimientos de las batallas. Y en aquellos días que el cavallero estuvo en el castillo, los hijos del huésped le tenían siempre compañía contándole muchas cosas de la corte y de las se-

ñaladas personas que en ella avía. Donde agora lo dexamos curar de sus llagas y digamos lo que la hermosa Elena hizo después de su partida.

¶ Capítulo xcj. De cómo Elena embió una carta al Cavallero de los Cisnes y cómo le fue dada.

DIZE EL AUTOR que como el amor sea de cualidad que nunca los amantes dexa bivar en firmeza de plazer ni de alegría, antes remontando en los que más se aman grandes sospechas, mucha desconfianza pone en sus amores como avino a la hermosa Elena que, aunque era la más hermosa de todo el mundo, siendo su corazón otorgado de amar al Cavallero de los Cisnes, como de hecho lo amava de entera voluntad, no menos sentía soledad por su partida que sospechas remontaban de su ausencia, puesta en grande cuita viendo la gran hermosura del cavallero y su bondad junto con alta sangre, pensó que ninguna reina ni señora del mundo lo podía ver y aun oyendo sus proezas que no fuesse presa por su amor, mayormente aviendo él de morar en casa del rey Amadís, su abuelo, donde era fama estar toda la beldad y hermosura del mundo. Y con esto muy pensativa, puesta en aquellos esquivos pensamientos, en los cuales el cruel amor la ponía, atormentándole de otra parte su soledad que en muy poco menos aprieto la ponía que de la vida, desseando saber de su salud, no pudiendo sossegar sin d'ello ser sabidora, hablando como solía con su fiel donzella Petronia sobre la cuita de su corazón, pidiéndole consejo con que su desseo oviesse efecto y su pasión algún consuelo, Petronia, que muy cuerda era, le dixo:

–Señora, no ay quién mejor esto pueda fazer ni más encobierdo que mi primo Éstor, que nuevamente es venido a la corte para bivar con vuestro hermano; y dezirle emos que vos lo embiáis al Cavallero de los Cisnes con quien biva, ca él dessea ^{105v} mucho aguardar algún buen cavallero para aprender de sus maneras, y con este achaque podéis escribir al cavallero y Éstor, como no ha más de tres días que llegó a esta corte trayéndome donas de su madre mi tía, no ay quién le conozca y hará este viaje muy sin sospecha.

–Pues vos tened esse cargo, buena amiga –dixo Elena–, que mucho seré alegre que lleve mi mandado al cavallero, y aún a él le será honra andar en compañía de tal hombre.

Y quedando assí concertado, Petronia fabló con su primo Éstor diziéndole que para quién él era, pues Coroneo era partido para Bretaña, que ella haría con su señora Elena que escribiesse al Cavallero de los Cisnes que lo truxiesse en su compañía y que por su virtud que él lo haría por su ruego, loándole mucho la bondad del cavallero.

–¡Ay, señora! –dixo Éstor–, será la mayor merced que en el mundo se me puede hazer, ca siempre mi corazón fue otorgado a servir esse cavallero como aquel que la nombradía y fama tiene sobre todos los del mundo, y si aquí estoviera al tiempo de mi llegada mucho oviera de punar que él me quisiera por suyo, mas, pues que por estotra vía se puede hazer, seré el más alegre hombre del mundo.

–Pues –dixo Petronia– por vuestro amor, yo lo acabaré con mi señora Elena, y vos tened en ello la lealtad que tal persona como vos a tal señora tener deve.

E bolviéndose a Elena le dix<a>[o] lo que con su primo Éstor avía hablado, de lo cual ella fue muy alegre y acordó de escrevir una carta al cavallero, que dezía en esta manera:

Carta de Elena al cavallero.

¶ *Muy más aquexada me tiene la soledad de vuestra membrança que la esquivia cuita que posseo por vuestra causa, acordándoseme cada momento de vuestra partida que tanta tribulación puso en mi coraçón enajenado de toda alegría, no dexando de tener más fiança en la lealtad de vós, sólo que temor de la costumbre de otros muchos que muy ligeramente mudan su querer de unas personas en otras, no teniendo su amor más firmeza que cosa que muy ligero se trasmuda, lo que temiendo yo ser tan desdichada que, aunque quesistes ser cavallero de mi servicio y mandado, no sea otra donzella señora de vuestro coraçón y libertad, lo que a mí sería causa de cruel muerte y a vós menoscabo de vuestra virtud; y assí os escribo ésta haziéndoos sabidor de la salud del cuerpo y enfermedad del coraçón, con tal recelo desseando más mis llorosos ojos de vos ver que ningún plazer del mundo ni alegría. Este donzel es primo de Petronia, traeldo en vuestra compañía, y si escribir me quisierdes, él es tal que todo secreto guardará con lealtad. E assí acabo ésta con muchas más lágrimas de vuestro desseo que palabras en ella escriptas, desseando de ser sabidora de vuestra salud y hacienda.*

¶ Cerrada la carta y sellada, Petronia fizo llamar a Éstor, y venido delante Elena, que en su estrado estava, le dixo:

– Buen donzel, vuestra prima me ahincó tanto que por vós escribiesse al Cavallero de los Cisnes que consigo vos truxiesse, y assí lo he hecho por su ruego y por vós que lo merecís. Veis aquí la carta y idvos con ella derecho a Bretaña y preguntad por el Cavallero de los Cisnes. Sin que persona lo sepa ni sienta le dad esta carta y fazed lo que os mandare, y tened en esto la fiança y secreto que tal donzel tener deve, y si le no fallardes o no conocierdes, que por ventura avrá cambiado las armas, tened en mientes sus señales: trae consigo dos donzellas y su escudero es assaz hermoso, en el carrillo derecho tiene un lunar muy claro, el cavallero ha poca hedad y gran hermosura. Tanto que lo hallardes y le dierdes mi carta hazed en todo su mandado que él por mi ruego vos traerá en su compañía.

Luego Éstor se hincó de rodillas tomando la carta y le besó las manos por la merced que le fazía, y dixo:

– Señora, yo compliré vuestro mandado con tanta lealtad que antes perderé la vida que quebrar un punto d'ella.

Y dándole su prima Petronia muchas encomiendas para el cavallero, luego en aquel día sin más tardar Éstor se partió de Cedrómpolis sin que persona supiesse dónde iba ni le conociesse afuera Elena y Petronia. Y poniéndose en su derecho camino de Londres en su palafrén rezo y andador, preguntando por los lugares por donde iba por el Cavallero de los Cisnes, en todas partes hallava tales nuevas de sus proezas que a los que tanto no sabían ^{106r} de armas ponía en grande espanto, y a los en ellas ensayados ponía en mucha embidia. De manera que andando assí por sus jornadas, cada día oyendo las nuevas y fama de la bondad del cavallero, aportó en Bretaña por los caminos, puentes, fuentes, florestas, lugares acostumbrados a las aventuras, hallando muchos cavalleros andantes preguntando a todos por el Cavallero de los Cisnes, y no hallava quién supiesse dar d'él cierta nueva, salvo de su fama, que en aquellas partes era tal que de otro cavallero tanto se no fablava, lo que mucho acrescentava a Éstor el desseo de lo hallar.

E assí, entrando un día por un hermoso valle, que de los Pinos avía nombre, halló dos cavalleros que traían la calçada que él llevaba, y violos de tan grandes cuerpos y tan hermosamente armados que fue muy alegre, y llegando a ellos los salvó muy cortésmente y ellos a él otrosí, y atendieron por ver lo que quería. Él les dixo:

–Buenos señores, ¿saber me íades dezir de un cavallero que de los Cisnes se llama?

–Buen donzel –dixeron ellos–, alegres seríamos de saber de tal cavallero y ganar su conocencia.

–A Dios vais, pues, encomendados –dixo él–, que yo no folgaré ni avré plazer fasta que lo halle.

Los cavalleros otrosí lo encomendaron a Dios y fueron su vía delante. El uno era Galeote, hijo del gigante Bravor, el otro Languínez del Lago Ferviente, ambos cavalleros de tanta bondad que en los señoríos del rey Amadís los no avía mejores, y Galeote era muy penado por los amores de la hermosa Lucilia, hermana de Languínez, y por ello avían estrecha amistad y la tovieron todos los días de su vida.

Éstor, partiéndose de los cavalleros, anduvo todo aquel día muy cuitado, ca se perdiera en un espesso monte donde alvergó la noche con mucho cuidado y poco sueño, y en la mañana, siendo hora de sexta, vio venir por una traviessa un cavallero e un cavallo vayo grande: éste era el que él buscava, ca se avía partido del castillo del cavallero anciano y de sus hijos, do estuvo guaresciendo de sus llagas como avéis oído. Y viéndolo Éstor, atendió por ver si era aquel que buscava, y estuvo mirando su hermosura y cuán hermoso parecía a cavallo, y vio tres donzellas con él, y bien cuidó que no era aquel el cavallero, y mucho más cuando le no vido las armas de los Cisnes, mas antes las del Dragón, y parando mientes a su escudero, viole de poca hedad y vio que avía el lunar en el carrillo derecho como Elena le avía dicho, y creyó que aquel devía ser el cavallero y que avía cambiado sus armas, y fuesse a él diziendo:

–¡Cavallero, por la fe que a Dios devéis y assí Él vos faga bienandante, que me otorgues un don que no será vuestra pérdida ni trabajo!

El cavallero vio el donzel, que era apuesto y su presencia dezía dever ser de buen linaje, y dixo:

–Donzel, demandá lo que quisierdes, que yo lo compliré ende si puedo.

–A Dios merced –dixo Éstor–, pues el don que yo vos pido es que me digáis si sois vós el cavallero que traxistes la devisa de los Cisnes en algún tiempo o si sabéis do lo hallaría.

–¿Para qué lo preguntáis, buen donzel? –dixo él.

–Porque le trayo nuevas con que le no deven pesar.

–Como quier que sea –dixo el cavallero–, de mí sabréis la verdad: sabed que esse soy que buscáis. Dezidme lo que queréis.

–A Dios merced –dixo Éstor– que me dexó hallar lo que buscava, y a vós, señor –dixo él–, querría fablar en parte que no fuesse ende presente más de vuestra persona.

–En el nombre de Dios –dixo él.

Y haziendo quedar su compañía en la calçada, guió con el donzel el valle abaxo, y después que fueron bien apartados y puestos so unas grandes enzinas, el donzel sacó de su seno la carta y gela dio diziendo ser de Elena, la fija del rey de Macedonia. Cuando aquello oyó el cavallero, la color ovo perdido y el corazón se le estremeció de entre los pechos, y encubriendo su turbación lo mejor que él pudo, tomó la carta, y abriéndola la leyó, y

aviéndola leído fue tanta la alegría fuera de sí junto con la memoria y soledad que la carta le traía que se le cayó de la mano y él perdió el sentido y fue por caer si a las cervizes del cavallo se no abraçara, y apeose luego del cavallo que de turbación no podía estar. El donzel fue d'ello espantado de muerte y ovose por sin ventura en traer cosa que a aquel cavallero pusiesse en cuita, y apeose de su palafrén y tomole el cavallo. El cavallero se abaxó por la carta y se assentó al pie de una enzina y quitó el yelmo, ca de la alteración ^{106v} sin aire se le afligía el coraçón. El donzel, que lo vido tan hermoso y de tal hedad, conoció que él devía de ser el que Elena avía loado de hermoso, y prendió luego el cavallo y su palafrén a las ramas de otra enzina, y vinose para el cavallero diziendo:

–Buen señor, si de mi viaje avedes rescebido pasión, yo soy d'ellos sin culpa, mas no sin tristeza, que en todo vos desseo servir.

–Tu venida no ha causado mi mal –dixo el cavallero–, ca es enfermedad que algunas vezes me acontece, mas, a Dios merced, no es de peligro.

Estonces hizo mejor semblante y le preguntó por Petronia, y él le dio sus encomiendas. Estonces el cavallero le dixo cómo Elena a ruego de su prima Petronia le escrevía que lo traxesse en su compañía, y que así lo haría sin dubda, y el donzel le quiso besar las manos, y el cavallero no gelas quiso dar diziendo:

–Convieni, buen donzel, que bolváis a Macedonia con la respuesta como en esta carta se contiene, y dende vos bolved a Londres que ende me hallaréis en casa del rey Amadís, donde tengo de morar algunos días.

–Señor –dixo Éstor–, como me lo mandáis lo faré, ca la infanta y mi prima me dixerón que en todo hiziesse vuestro mandado sin que a persona d'ello diesse parte.

–Assí convieni –dixo el cavallero–, que donzel de tal lugar como vós no convenía hazer otra cosa, endemás atañiendo a tal señora.

–En mi coraçón –dixo Éstor– no ay otro desseo sino esse ni avrá hasta la muerte.

El cavallero vio que el donzel sería hombre bueno según en él se parecía y si a la sangre do venía asemejasse. Estonces le dixo que llamasse a las donzellas y escuderos que se vengán a este enzinal.

–Y aquí atenderemos la siesta a la sombra d'estos árboles.

Y Éstor así lo hizo. Y las donzellas y escuderos así lo hizieron y prendieron los palafrènes, y siendo así juntos, el cavallero se apartó d'ellos por el valle abaxo, do el enzinal era más espesso, y sentose al pie de una enzina y començó de dezir:

–¡Ó mi señora Elena!, ¿qué servicios puede hazer un captivo cavallero como yo que puedan satisfazer a tan grande merced en tener memoria de tan mezquina y captiva cosa en comparación de vuestro merescimiento, y la tal nembrança, aunque de una parte me da gloria, de otra me pone en gran cuita, pues toda mi vida la no puedo servir según mi poquedad y su grandeza? ¡Ó espejo de todas las hermosas, a la cual todas en beldad deven vassallaje, pues vuestra virtud vence mi poco valor, aved la cima de mi triste coraçón enajenado de toda holgança, y socorred con remedio a su pena porque sin él en muy poco tiempo será desfecho todo en lágrimas y se passará de la vida a la muerte con vuestra soledad!

E diziendo esto se le cayó tanto el coraçón en el piélagos de los pensamientos que se tendió de pechos al pie de la enzina, y no avía en sí más acuerdo que si fuera de sus naturales sentidos puestos que fuesse.

¶ Capítulo xcij. De cómo el cavallero, estando en su pensar, llegó otro cavallero y le preguntó la causa de su cuita, y de la batalla [que] ovieron.

ESTANDO ASSÍ EL Cavallero del Dragón embevido en su pensar, aconteció que por el enzinal arriba passava un cavallero, e quando assí lo vido estar tendido, pensando que muerto o llagado fuesse, se llegó a él y detuvo el cavallo, y el cavallero, con la gran cuita de su corazón con que sus pensamientos lidiavan, dio un gran suspiro y dixo:

–¡Ó falso y cruel amor, engañosa es tu porfía, pues de contino das dolor y muy tarde el alegría!

Y bolvió como de nuevo a su pensar. El cavallero le puso el fierro de la lança en el pesueço, ^{107r} de guisa que le passó el cuero y lo hizo sentir a la carne diziendo a boz alta:

–¡Cavallero, despertad de vuestro cuidar!

El cavallero se levantó espantado y viole armado de todas armas, cubierto del escudo y la lança baxa. Le dixo:

–Cavallero, pues que mi cuidar vos no nuzía, ¿para qué me avéis herido por le turvar?

–Porque quiero saber la causa por que cuidades tan fieramente y dezís mal de amor, que tan presciado deve ser de los cavalleros, pues con él alcançan el querer de las altas dueñas y donzellas.

–La causa de mi cuidar –dixo él– ni sabida vos trae pro ni dexando de la saber vos fará daño, assí que por ello vos lo no digo. De lo que dixé del amor, lo buelvo otra vez a dezir, si al hombre da senzillo plazer que luego gelo buelbe en doblado pesar.

–Todavía conviene –dixo el cavallero del enzinal– que me digáis cuál es la dueña o donzella por que sofrís tan mortales angustias y cuidados, por saber si sois tal que la deváis de servir.

–Cualquiera que ella sea –dixo el Cavallero del Dragón– no lo sabréis de mí, ca no suelo dezir assí mi hazienda, endemás por fuerça.

–Será luego –dixo el del enzinal– a mal de vuestro grado, que vos lo haré confessar o tomaréis por ello la muerte o vergüença.

–Assí Dios me valga –dixo el Cavallero del Dragón– que de mí no lo sepáis, y, si de mi saber lo queréis, dexadme tomar mis armas y cavallo, y entonces por fuerça me lo haréis confessar.

–Pues sea muy presto –dixo el del enzinal– que tengo en otras partes que hazer.

Y luego el Cavallero del Dragón, sin le dezir palabra, se fue a grandes passos adonde dexara su compañia y pidió el cavallo a grande priessa, y enlazó el yelmo y echó el escudo al cuello; y el otro cavallero lo estava atendiendo que fuesse guisado de la batalla, lo que con mucha ligereza hizo el Cavallero del Dragón. Entonces le dixo el del enzinal:

–Cavallero, dezidme lo que vos pregunto y soltarvos he la batalla.

–Antes la quiero por la no dezir que no lo aver por lo aver dicho –dixo el Cavallero del Dragón–, y de mí otra cosa no sabredes.

–Pues no hazes mi ruego –dixo el del enzinal– defiéndete, que muerto eres o puesto en lugar que te pese de lo no aver hecho.

Entonces movieron ambos al más ir de sus cavallos y llegaronse a encontrar con tanta furia cuanta sus sañudos coraçones posseían, de guisa que el cavallero del enzinal quebró su lança en muchas pieças en el escudo del Cavallero del Dragón; y él lo encontró por el brocal del escudo y le falsó la loriga, y metió la lança por la carne y le hizo una llaga no menos grande que peligrosa, y lo echó a tierra por las ancas del cavallo, y él passó adelante buen trecho, tanto iva desapoderado el cavallo, y cuando bolvió ya su enemigo avía cobrado cavallo y, cubierto de su escudo y la espada en la mano, lo atendía. Y fuesse el uno contra el otro y començaronse de herir tan rezió sobre los yelmos que en fuegos los encendían, lo que era espanto a Éstor, que nunca semejante brava batalla avía visto. Los cavalleros, perdurando en su braveza, el del enzinal hirió al Cavallero del Dragón sobre el yelmo, que siendo en soslayo decendió al hombro y le tajó las armas y le hirió en la carne; mas no se pudo alabar d'ello, ca aviendo d'él gran saña, el Cavallero del Dragón le hirió de toda fuerça sobre el yelmo, de suerte que la fineza de su espada le hizo sentir en la carne, y tras aquel le dio otro bravo golpe sobre el braço derecho que la manga de la loriga le cortó y la carne hasta el hueso, de que el cavallero fue tollido que no pudo mandar la espada. Y cuando assí se vido, quiso huir hiriendo bravamente a su cavallo de las espuelas. Mas el Cavallero del Dragón lo siguió de manera que, alcançándolo, con la punta del espada le cortó la loriga y los lomos y decendiendo la espada le hendió las ancas del cavallo, de manera que no pudo correr, salvo con dolor andava en derredor a una y otra parte porque el cavallero le aquexava de las espuelas y tantas bueltas dio que ovo de caer en tierra. El Cavallero del Dragón se apeó y fue a él, que estava so el cavallo, y travole de un braço tan rezió que lo ovo de arrancar y levantolo suso diziendo:

–¡Mal cavallero, conviene que muráis si no fazéis mi mandado!

El cavallero, que era maltrecho de las llagas como de la caída, le dixo:

–Yo faré vuestro mandado como todos los que armas traen hazer deven.

–Pues dezidme –dixo él– vuestro nombre y de la dueña o donzella que mas amáis, pues tan favorecido sois d'ella que ya menospreciáis su amor y queréis prender el ^{107v} ajeno.

–A mí –dixo él– llaman Larín de Brocar. Amo la muy apuesta dueña señora del Castillo Follón.

–Pues que assí es –dixo el Cavallero del Dragón– que con essa dueña vos va tanto de bien que vós no podéis quexar del amor, yo vos consejo que no queráis saber ni tomar otro que vos ponga en grande cuita, y, porque a guisa de bueno me acometistes dexándome primero tomar mis armas y cavallo, vuestra cortesía quiero que saque más fruto de lo que mi saña dessea. Yo vos dexo libre que os vais a do quisierdes contento con vuestros amores, esquivándovos de aquí adelante de no querer saber de ninguno más de su hazienda de cuanto él de su voluntad vos quisiere dezir.

Entonces el cavallero mal llagado, tomando el cavallo de su escudero, se tornó por donde avía venido. El Cavallero del Dragón quedó con sus donzellas y le apretaron las llagas. Y luego se partieron dende tomando la vía que aquel día avían dexado y, siendo hora que el sol se ponía, vieron un castillo sentado en un llano y enderredor grandes arboledas, y guiando a él por tener la noche que se allegava, oyeron tras sí grandes bozes que dezían: *¡Atended, don traidor, que no podéis guarescer la vida por amor del cavallero que avéis mal llagado!* Y el Cavallero del Dragón miró atrás y vio dos cavalleros venir al más correr de sus cavallos, las lanças baxas, y él que los vido tomó una lança que su escudero le traía, que

de aquesto andava sienpre proveído que cuando una le faltasse sobrasse otras, y bolvió su cavallo contra los dos cavalleros que lo encontraron sin piedad ninguna sobre el escudo, y el uno quebró su lança y el otro le falsó el escudo y la loriga, y lo hirió en los pechos mas muy poco, y dígovos que él no fue flaco en su encuentro, ca al que encontró assí a él como al cavallo echó en tierra muy quebrantado, y fue luego contra el otro con su espada en la mano y hiriolo tan crudamente sobre el cantón del escudo que quanto alcanço echó a tierra, y tornolo otra vez a herir a derechas sobre el yelmo que, siendo de fuerte azero, aunque no fue cortado fue abollado, y fue el cavallero tan cargado del golpe que perdió las estriberas y se le cayó la espada de la mano y ovose de abraçar a las cervizes de su cavallo; y el Cavallero del Dragón, que assí lo vido, passando la espada a la mano siniestra le travó del yelmo que gelo ovo de sacar y diole con él tal golpe sobre la cabeça que lo echó a tierra sin sentido, y quando miró por el otro cavallero, vio que avía cobrado su cavallo y que le dezía a altas bozes: *¡Más, cavallero, vuestra bondad de armas vos no valdrá, que presto no ayáis amarga muerte por la deshonna que avéis hecho en nosotros!* Y poniendo las espuelas a su cavallo se metió por una espessa arboleda que ende era. Y estos dos cavalleros eran hermanos del otro que el Cavallero del Dragón avía vencido en el enzinal, y eran muy emparentados en la comarca.

¶ Capítulo xciiij. De cómo el Cavallero del Dragón, alvergando aquella noche en el castillo del llano, le aconteció estraña aventura.

QUEDANDO ASSÍ EL cavallero llagado, no teniendo más cerca alvergue que el castillo, guiando a él halló a la puerta en un poyo un cavallero y una dueña sentados a la frescura de la tarde que corría. El cavallero era de mediana hedad y la dueña de muy tierna y assaz hermosa, y como vieron que el Cavallero del Dragón a ellos guiava, se levantaron a lo rescebir y él los salvó cortésmente diziendo:

–Buenos señores, ¿hallaré en este castillo alvergue por esta noche, que vengo mal llagado?

–Muy de grado –dixo el cavallero– hallaréis aquí alvergue ^{108r} y servimiento.

El Cavallero del Dragón le rendió las gracias por ello. E luego el señor <y> [del] castillo lo hizo entrar en el castillo y apeaar del [cavallo, y] lo subió suso al palacio y lo llevó a una cámara do avía rico lecho, y hizo aposentar sus donzellas con las de la dueña su mujer, haziendo otrosí aposentar los escuderos y el enano. E aquella noche el Cavallero del Dragón fue curado de sus llagas y no quiso comer, tanto era pensativo en la carta de su señora y, despidiendo su compañia, cerró la puerta de su cámara por de dentro por quedar desembargado en su pensar. Las donzellas fueron muy honradas de la dueña y los escuderos bastecidos de todo lo que ovieron menester.

El Cavallero del Dragón quedando, como avéis oído, solo en su cámara, no perdiendo de mientes la carta de su señ<d>[o]ra, cuidando lo que en ello fazer devía, determinó de le escrevir con el mismo donzel, y, siendo en esto determinado, fue al lío en que le traían sus donzellas las ropas, y halló ende tinta y papel, y tomándolo, començó de escrevir en esta manera:

Carta del Cavallero del Dragón a la infanta Elena.

¶ Si la gran fuerça de amor que mi corazón cruelmente llagado tiene fuesse manifiesta a vós, mi señora, como de mí es sentido su dolor, más seguridad tendríades en mi pena que temor de otros desvíos bien desviados de mi pensar, tomando por omenaje de mi querer que mi atribulado corazón más llegado a la muerte que seguro de la vida no podría ál consentir salvo poner la vida que le restare en la misma muerte por vuestro servicio, tantas vezes quantas mortales angustias por vuestra causa padescé, las cuales, según su grandeza, si de vós, mi señora, no digo sabidas, mas solamente pensadas fuessen, más vos moverían a piedad de mi cuita que a desconfianza de mi lealtad, pues que en mí no ay otro desseo ni querer salvo vuestra voluntad, la cual tiene mi vida en su poder para que, si cruel quisiere ser, le dar la muerte, si piadosa con este captivo suyo, le dar remedio al corazón sin lo cual, según la esquiva cuita le atormenta, imposible es luengamente sostener tan amarga vida que muy más dulce no sea la dolorosa muerte.

¶ Aviendo assí la carta escripto, queriéndole poner el sobrescrito, de sus ojos manando lágrimas en mucha abundancia, començó a gemir en su corazón y dezir:

–¡Triste fue mi ventura de tomar amor de tan alta donzella, que según su gran merecimiento y mi poco valor por ella, sufriendo afanes, prendiendo muerte, tengo vida y gano gloria!

E siendo assí cuidando la cabeça baxa sobre la carta, que assí ella como su rostro todo estava bañado de lágrimas, mas de su cuidar fue despierto por la aventura que agora oiréis. Sabed que el cavallero del enzinal y los otros dos cavalleros eran hermanos y eran primos de aqueste señor del castillo, que Lorgades avía nombre, y después que fue el desbarato de los dos, que el uno quedó llagado y atordido en la calçada, y el otro huyó por el arboleda, a cabo de rato bolvió y halló su hermano muy quebrantado y hizolo traer a los escuderos en los braços a alta noche al castillo de su primo, y llamando a la puerta, siendo conocido de los de dentro, fue luego llevado al señor del castillo, el cual, siendo muy triste por el mal de su primo, començó a dezir:

–Dios confunda, buen primo, el cavallero que assí vos llagó, que, si yo supiesse dónde le hallar, yo tomaría d'él la vengança.

Entonces preguntó al otro primo que quién lo hiriera.

–El Cavallero del Dragón –respondió él–, y asimesmo llagó muy cruelmente a nuestro hermano mayor, que mal llagado queda en un tendejón de aquí buen trecho.

–¡Santa María val! –dixo Lorgades–. ¿Qué oyo? ¿En mi casa está el que ha herido a mis primos? ¿Por el hábito de cavallería que rescebí que yo tome d'él la vengança!

Entonces hizo acostar al cavallero llagado en un lecho y dexó a la dueña su mujer que lo curasse, que muy buena maestra era en aquel menester, y él se fue a armar de sus armas, y tomando una hacha de azero muy grande de que él grande feridor era, hizo armar diez peones suyos de lorigas y espadas, y pensando que hallarían al Cavallero del Dragón durmiendo, se fueron contra la cámara a do él alvergava y començaron a quebrar la puerta según los bravos golpes ^{108v} en ella davan. El Cavallero del Dragón despertó de su cuidar, en que no menos embevido estava que en alto sueño, e quando oyó el estruendo y roido, dixo:

–¡Santa María val, traído soy en traición!

Y tomando la carta la metió en su seno y fue con mucha priessa a tomar sus armas, y armore muy ligeramente y ovo mucha saña de la traición que le hazían y de las bozes que

davan a la puerta llamándolo traidor, de lo cual fue tan sañado que el corazón le hervía en ira, y fue a la puerta con mucho esfuerzo y corrió la tranca corrediza diciendo:

–¡Gente malvada!, ¿a vuestros huéspedes acojéis de buenamente y siendo descuidados los salteáis como ladrones? ¡Entrad, que yo vos daré el pago!

Y luego el cavallero que huyera por el arboleda, con desseo de vengar a sus hermanos, se lanzó dentro con él, y al entrar le dio el Cavallero del Dragón tal golpe sobre el yelmo, maguer que muy fuerte era, que gelo cortó y el almófar y le hizo grande llaga en la cabeça y lo echó atordido atravesado a la puerta. Y Lorgades entró luego por herir al Cavallero del Dragón, el cual, antes que el golpe le diese, le tajó la asta de la facha por cabe el hierro que le quedó el fuste en la mano, e Lorgades lo soltó, y echando mano a su espada, se fue contra el Cavallero del Dragón y, comenzándose de herir, entraron con él cinco peones y los otros quedaron a la puerta y comenzaron de lo herir por todas partes. Mas el Cavallero del Dragón, como aquel que se avía visto en semejantes afrentas, los hería tan sin piedad que al que alcanzava las armas y la carne le cortava, y el señor del castillo dava bozes que lo prendiessen y ellos lo ponían en grande aprieto por una parte y el cavallero de la otra. Mas el Cavallero del Dragón no hazía otra cosa salvo lo que haze el puerco montés cuando de los monteros cercado se halla, que sin temor se echa sobre los venablos, así fue él, ca viéndose cercado de todas partes, cubierto de su escudo, al primer peón que alcanzó, como no tenía armadura en la cabeça, gela hendió fasta la garganta, y fue contra su huésped y hiriolo tan duramente sobre el yelmo que bien tres dedos le metió la espada por él, y tornole a dar otro sobre el ombro izquierdo que las armas le no pudieron valer que le no hiziesse grande llaga, de que sintiéndose mucho se retraxo tras los peones dando bozes a los de fuera que le socorriessen; lo que oyendo el Cavallero del Dragón, como estava cerca, de dos saltos se puso a la puerta de guisa que ninguno podía entrar ni salir que no gustasse la fineza de su espada. El ruido era tan grande que hazían los peones por de fuera provando por entrar como si veinte cavalleros ende se combatiessen, y queriendo uno d'ellos entrar de muy atrevido, el Cavallero del Dragón le dio tal golpe en el pescueço por do no alcanzava la loriga que la cabeça le echó a los pies, de que los otros fueron espantados de muerte de guisa que no osaron entrar. El Cavallero del Dragón con grande saña dixo a los peones:

–¡Salid fuera, mezquina gente, y dexadme con esse cavallero que así me ha hecho traición, si no, todos avéis de morir a mis manos sin piedad ninguna, pues sin causa me acometéis y con aleve!

–Con razón –dixo el cavallero– sois acometido, ca, pues heristes mis primos, que son llagados de muerte, no tengo razón para vos honrar en mi castillo, antes dar toda desonra y hazer ende todo mal.

–Cavallero –dixo el Cavallero del Dragón–, si ellos son heridos, como dezís, ellos tienen la culpa, ca yo no les acometí, antes en mi defensión he hecho lo que vós hizierades viéndo-vos en tal caso, y de lo que yo con razón he hecho, no por aleve salvo en mi defensión, no me devriades así en vuestra casa saltar con vuestros hombres, antes, si de mí teniades enojo, como bueno y esforçado cavallero no devierades acometer y no así feamente.

E bien vio el señor del castillo que el cavallero dezía razón que, pues ellos le avían acometido, que él en se defender todo mal que les pudiera hazer le era otorgado, y dixo:

–Cavallero, si esso así es, demándovos perdón de lo hecho y haré enmienda en lo porvenir.

–Pues asseguradme de vuestros hombres.

–Sí seguro –dixo él.

–Pues porque veáis, huésped –dixo el Cavallero del Dragón–, que soy sin culpa, delante vos lo confessará alguno d'ellos o de sus escuderos que ende son.

Yendo a do era el cavallero llagado, quitaronle el peón muerto de sobre él y levantaron al cavallero, y ^{109r} quitándole el yelmo, le limpiaron los ojos y la cara, que llenos tenía de sangre. El Cavallero del Dragón les dixo:

–Pues que a traición me avéis acometido y salteado en la calçada, conviene que vos arrepintáis d'ello o muerto sois.

–De la muerte –dixo él– soy bien cerca y antes d'ella pido dos cosas: la una, a vós perdón, porque vos acometimos más por saña que por razón; la otra, confission de mis pecados, que creo que presto iré donde me sea estrecha cuenta d'ellos tomada.

Lo que viendo Lorgades fue muy triste por aver sin razón cometido aquel cavallero, el cual vía llagado y perder mucha sangre, que las llagas rezientes que tenía le rebentaron con el trabajo, y vio que avía fecho traición y que podía por ello ser reutado en casa del rey Amadís<s>. Y tomando la espada por la punta se hincó delante del Cavallero del Dragón diziendo:

–Señor, tomad esta mi espada y con ella me tajá la cabeça si mi culpa lo meresce, aunque creo que sin ella estoy, pues la verdad me no avían dicho.

El cavallero no quiso tomar la espada, antes le dixo:

–Mi señor, yo os tengo de demandar el perdón, pues en vuestro castillo me acogistes de voluntad y después vos he hecho enojo; mas en una ni en otra cosa no tengo culpa.

Estonces se dieron las manos derechas el uno al otro en señal de amistad. E Lorgades, tomando consigo a su primo, que mal llagado era, lo llevó a do estava el otro hermano y en sendos lechos los curó la dueña, y assimismo a su marido.

El Cavallero del Dragón, que perdía mucha sangre, hizo llamar sus donzel[1]as, y entretanto se quitó las armas y sacó la carta de su seno y con la sangre que le salía de la llaga de los pechos le puso el sobre escrito que dezía: *Del sin ventura cavallero captivo de vuestra beldad, que será hasta la muerte*. Y cerrada la carta llegaron sus donzellas y Urgandín, y Éstor el donzel y los otros escuderos, que otrosí vinieron luego, ca estos bien oyeron el ruido, mas, queriendo entrar a do era su señor, fueran presos de los peones. Mas tanto que Lorgades lo supo, los hizo soltar y así llegaron a tiempo juntamente con las donzellas, todos espantados de la tal aventura. Las donzellas le curaron las llagas y restañaron la sangre y lo hizieron acostar en su lecho, mas el sueño no le tuvo pro que aún se temía de traición.

Y venida la mañana, no queriendo estar más en aquel lugar, se embió a despedir con sus donzellas del cavallero señor del castillo, que muy triste fue por su partida, que bien vía que el cavallero tenía razón de aver d'él grande saña y que se quejaría d'él a los cavalleros andantes, entre los cuales él era avido por muy presciado por su bondad así de armas como de buenas maneras; y dixo a la dueña su mujer que fuesse a ganar perdón del cavallero y que le ahincasse que oviesse de quedar en su castillo hasta que guaresciesse de sus llagas. E cuando la dueña fue al cavallero, lo halló a cavallo y le dixo lo que su marido le avía mandado, rogándole que quisiesse quedar en aquel castillo algunos días.

–Mucho os lo agradezco, buena señora –dixo él–, y bien sé que, pues es sabida mi inocencia, que toda honra se me haría en vuestra casa, mas por agora no puedo en ella que-

dar, y perdonadme porque en esto no puedo fazer vuestro ruego como en todo lo ál haría vuestro mandado, no dexando por lo passado de ser a vuestro marido leal amigo.

La dueña gelo agradesció mucho, demandándole perdón. Y encomendándola a Dios, se partió del castillo y iva tan maltrecho de las llagas y del trabajo de la noche que apenas se podía tener en el cavallo, y assí andando cerca a hora de mediodía vio a la salida de un valle una villa pequeña mas muy hermosa, y ésta se llamava Gracedonia, y guiando a ella alvergó en una casa de orden que cabe la villa era y fue acogido con mucha caridad. E siendo acostado en su lecho, fizo llamar a Éstor el donzel y, haziendo apartar la otra compañía, le dixo:

–Por amor de tu prima Petronia, mayormente por mandado de Elena, yo seré alegre de te traer en mi compañía, mas conviene que hagas primero otro viaje: que es bolver a Macedonia a dar esta carta a tu prima que es cosa que le cumple, y esto con tal lealtad que persona no pueda d’ello tomar rastro ni sospecha; y entonces te buelve a casa del rey Amadís, que ende me hallarás y seré alegre con tu ligera tornada y, allende de la carta, da mis encomiendas a tu prima y dirás lo que has visto después que me hallaste.

Y él dixo que assí lo cumpliría que no faltasse cosa. Y luego, al otro día de mañana, tomando su carta, se puso ^{109v} en el derecho camino de Macedonia, donde agora lo dexemos ir por sus jornadas y al cavallero quedar en el monesterio curando sus llagas, y digamos de la estraña aventura que aconteció en la corte del rey Amadís.

¶ Capítulo xciiij. De cómo una estraña donzella llegó a la corte del rey Amadís trayendo hermosa aventura.

ESTANDO EL REY Amadís en su ciudad de Londres haziendo cortes en la mayor alteza que ser podía, acompañado de muchos príncipes y presciados cavalleros, aconteció que un día de gran fiesta, en el cual el rey avía armado cavallero con mucha solenidad a Ladasán, hijo de don Brián rey de España, y Florisando le diera el espada, assí que se hiziera aquel auto aquel día con mucha honra, mas antes que los manteles fuessen alçados, estando el rey en la sala con los principales cavalleros de su casa, entró por el palacio una donzella más rica en los atavíos que en hermosura, mas como quier que fuesse traía hermosa aventura, y fuesse delante del rey, hincando los inojos en tierra le dixo:

–Noble rey, tú mantienes la prez de las armas y la honra de la cavallería en la mayor alteza del mundo, y assimismo corre la fama por el mundo que ay en tu casa los mejores y más señalados cavalleros que en ninguna otra parte, y esto es de creer, pues que siendo tú cavallero andante entre todos eres como espejo muy claro, siendo su compañero y agora siendo su señor, en mucha mayor alteza los debes de tener, y assí me dizen que de hecho lo tienes, mas mucho holgaría de ver la esperiencia d’ellos para saber si es verdadera la fama que de los tuyos se publica.

–Buena donzella –dixo el rey Amadís–, si cumple a vuestra honra o vida muy presto la podéis esperimentar, si no, atended en esta corte algunos días que no tardará que la no veáis en el toque verdadero de la bondad.

La donzella era mesurada, omillose y besó las manos al rey por la buena voluntad diciendo:

–A mi honra ni vida no cumple la prueba de tal bondad, mas he mucho sabor d'ello como cosa natural inclinada a virtud querer la persona saber las cosas dinas de fama y memoria, mas si tú, rey, me das licencia, yo experimentaré su bondad muy ligeramente.

–¿En qué manera? –dixo el rey.

–Dame tu seguro –dixo la donzella– que un cavallero que yo truxere a tu corte que no tendrá que temer sino de un cavallero solo o de muchos, combatiéndose con él a guisa de buenos cavalleros según costumbre de Bretaña, y trairé a tu corte tal cavallero que tú y los tuyos seáis espantados de su grande fortaleza, ca por la provar con tus cavalleros ha venido de muy lexos tierras, y hazedle segura la venida y la tornada, y veréis en vuestra corte el más estraño cavallero que nunca armas traxo.

–¿En qué manera –dixo el rey– ha de ser el seguro?

–En que ningún cavallero –dixo la donzella– se combata con él de las espadas salvo si lo derribare o venciere de la lança o siendo su volu<u>[n]tad, y otorgando vós esto, que él mucho dessea, si pudiéssedes alcançar d'él que quedasse en vuestro servimientto más lo devriades de preciar que a esta vuestra gran ciudad y quitar lo íades de vuestro estorvo, que creo que será en una batalla contra los vuestros si agora le no otorgáis lo que de su parte vos digo.

–Buena donzella –dixo el rey–, la grande bondad de que presciáis a aqueste cavallero me acre<e>scienta el desseo de le ver, y si mi vivienda quisiere por su merescimiento le haré toda honra, y yo le asseguro más por vuestro ruego por ser mensajera que con temor que él sea contra mí en cualquier batalla, que, aunque él no acresça a los míos, no me faltan ^{110r} otrosí los agenos. Yo le asseguro –dixo el rey– que como pedís venga a esta corte seguro y, si quiere justa, que la avrá, y si batalla de espadas, que le no fallecerá, que según el estilo de cavallería guardaré que assí lo guardarán los míos que muy ensayados son en el bien responder.

–Rey –dixo la donzella–, según el gran esfuerço y ardimiento de corazón de que es loado, antes de dos días yo compliré lo que digo.

–Dezidme, buena donzella –dixo el rey–, el nombre de aqueste cavallero, porque antes de su venida pregunte por su hazienda para le hazer la honra que su estado mereciere.

–Llámase –dixo ella– el Centauro sin Piedad de Macedonia.

–Como essa virtud –dixo el rey– le faltare, no le deve de quedar cosa que de loar sea. A Dios vais encomendada.

La donzella se salió del palacio y cavalgó en un palafrén blanco, y acuitose tanto por andar que llegó a donde el Centauro la estava esperando, y sabiendo el recaudo que traía fue mucho alegre, ca según era sobervio y follón pensava que no avía cavallero en la corte del rey Amadís que del primero encuentro no derrocasse y del primero golpe de espada no tolliesse.

El rey, después que fue partida la donzella, quedó hablando con sus cavalleros, preguntándoles que si avía alguno que conosciesse al Centauro o lo oviesse oído nombrar. Y luego se levantó en pie aquel preciado cavallero Coroneo, dixo al rey que él sabía muy bien su hazienda porque era el Centauro de Macedonia.

–Pues contádnosla –dixo el rey–, que, según su esquivia demanda, persona deve ser muy estraña.

–Esso muy bien lo podéis jurar, señor –dixo Coroneo–, que ha muchos años que tal aventura no ha venido a vuestra corte.

Entonces dixo cómo en el monte Atos de Macedonia solía bivar un gigante muy grande y famoso en una cueva, y era casado con una gigante de poca edad, del cual ovo un hijo muy apuesto y esforçado de cuanto el padre era feo y medroso. Y creciendo así este hijo, más se hazía hermoso en comparación de los otros gigantes, tanto que, como la madre aborresciesse a su marido por sus malas maneras, amó a su hijo de muy torpe y dañado amor, de guisa que en ella no avía poder para lo resistir según el diablo la tentava con todo su saber y astucia. Y ella, dando lugar a sus dañados desseos que se aposentassen en su corazón y perseverando en aquel mal pensamiento, cobró tan grande odio al marido que tomó çumo de unas yervas ponçoñosas y lo dio a beber al marido, el cual beviéndolo, no sabiendo la traición, cayó luego muerto. Ella empeçó de llorar fingidamente como muchas hazer lo suelen. El hijo no entendió la maldad de su madre ni menos era de pensar. La gigante dende en delante, creciendo en su corazón aquel muy dañado fuego de tan torpe desseo, como oviesse días que el marido muerto era, queriendo poner su mal pensamiento en obra, dio de beber vino confacionado al hijo que lo emborrachó, y viéndolo sin juicio se acostó con él en un lecho y hizo que la conosciesse carnalmente aquella noche. Y el gigante, viendo que su madre era, aunque natura y ley y onestidad aún entre alimancias pone freno de sufrimiento que guardan según su destinto de no se mezclar con las madres, este gigante, peor que su padre, como era la primera mujer que avía conocido (porque en todo aquel monte no avía otra mujer que por la grande braveza de su padre todo era despoblado), hizo el diablo de manera que se pagó tanto de su madre que después que aquellos ñublados del vino se passaron, no conociendo su nefanda traición y maldad, antes prosiguiendo de aí en adelante, hazían ambos vida de casados. E tanto turó la dañada y perversa conversación de su maldad que la gigante madre se hizo preñada del gigante su hijo, y al tiempo del parir, queriendo Dios mostrar milagrosa señal de tan grande pecado por que los hombres se esquivassen de hazer lo semejante que es para espantar los oídos, nació del bestial ayuntamiento un bestial hijo: desde la cabeça hasta el ombligo hombre, y dende abaxo cuero de cavallo con pies y manos y cola, dándose a entender su grande maldad por tal figura, que siendo este gigante peor que un cavallo que, aunque es bestia, es cierta cosa que no conoce a su madre según dizen los naturales. Y este malaventurado gigante, conociendo a su madre siendo ciego^{110v} en aquel pecado, usando de aquel bestial ayuntamiento, hizo este hijo que denotava en la hechura del hombre ser su hijo y en la otra la bestialidad de su pecado. Y de tal nacimiento espantable, no espantados el padre y la madre, no por ello se apartaron de su pecado, antes prosiguieron gozando de aquel nefario y brutal deleite.

»Pues aconteció que, creciendo este su hijo, que Centauro ha por nombre, salió muy cruel y espantable: es muy disforme de rostro y muy follón. Éste, siendo ya de edad para las armas, tomando las de su padre salió del monte y dióse a andar por el reino de Macedonia, y nunca encontró cavallero que se le amparasse en la silla. Doze años ha que usa las armas, mas tres ni cuatro cavalleros no le pueden turar en el campo. Ha muchos años que anda entre los turcos, que es muy infiel de corazón, haze mucho mal a los cristianos cuando en lugar para ello los halla. Anda por cortes de reyes paganos venciendo sus cavalleros, justas y torneos, y por esto creo que viene a acometer aquesta aventura y, quitando su follonía aparte, es de las más espantosas cosas del mundo.

»-Y esto es -dixo Coroneo- lo que d'este Centauro sé.

Lo mismo otorgó aquel anciano cavallero Dinadáus, que lo mismo avía aprendido en Macedonia al tiempo que aí estoviera, que avría bien doze años.

Mucho fueron espantados los cavalleros de tan estrañas nuevas de la fortaleza del Centauro, mas ellos eran tales que los ardimientos de sus esforçados coraçones no lo deseavan emplear salvo en tan esquivo y espantable lugar.

–Buen amigo –dixo el rey a Coroneo–, grandes maravillas nos avéis dicho de tan disforme mostruo; según la disformidad del pecado no se podía engendrar salvo disforme y estraña criatura como aquella que es hechura del diablo, y, pues muy presto la emos de ver, dexemos la habla para entonces y vosotros la obra.

Y assí se passó aquel día que mucho se fablava en aquella aventura. E muchos cavalleros se apercebían de armas y cavallos para se provar con el Centauro.

¶ Capítulo xcv. De cómo el temido Centauro llegó a la corte y de los cavalleros que venció.

AL OTRO DÍA en amanesciendo, Centauro estava en la plaça delante de los palacios, armado de todas armas, atendiendo batalla, y luego la fama corrió por todo el palacio. Las donzellas, que se paravan a mirar, quedavan mucho espantadas, que avía muy brava y medrosa acatadura: avía el rostro muy grande y feo; moreno de color, cubierto de unas manchas coloradas; tenía los ojos tan bermejos que parecían que echavan lumbre; la boca más de bestia que de hombre; las narizes grandes y muy disformes; las manos muy fuertes y nerviosas cubiertas de grandes cabellos. Sus armas eran de aquesta manera: desde la garganta hasta el ombligo armado de unas fuertes hojas de azero, y por yelmo traía en la cabeça una pastra de azero hecha como sombrero, presa con unas correas so la barva. Lo mas del cuerpo avía cubierto de una piel de sierpe que de tanta fortaleza era como si fuerte loriga fuesse.

Los cavalleros que primero se armaron para provar la aventura fue el uno Angriote de Estraváus, que fue a justar con él, mas la justa fue presto partida, que Angriote de Estraváus, aunque era tal cavallero que en Bretaña avía pocos mejores, fue derrocado del encuentro. Lo mismo aconteció a Odoardo y a Abiés de Sansueña y a don Falangrís y a Coroneo, aunque justó muy mejor que todos estotros, mas no pudo escusar que no cayesse como los otros, que como este Centauro fuesse de tan grande ^{111r} y disforme cuerpo, avía otrosí crecidas fuerças; traía una lança más gruessa que dos de cualquier otro cavallero, y assí éstos, aunque buenos y esforçados, eran no pudieron sacar mejor partido de la justa en consuelo de su vergüença, salvo que eran muchos y que no serían ellos solos según la fortaleza del Centauro.

A las finiestras del palacio estava la reina con todas sus donzellas. El rey estava en otra finiestra hablando con Florisando y con el rey Arbán su tío, maravillándose de la gran fortaleza del Centauro. E luego salió a justar Languínez del Lago Ferviente y Galeote, y ambos fueron a tierra, mas Galeote se quexava mucho por las cinchas y petral del cavallo que le faltaron y a ello echava la culpa, y pedía la batalla de las espadas. El Centauro dixo que no tomaría batalla de espadas con cavallero salvo con aquel que tan bueno fuesse como él de la lança.

–Pues aún –dixo Galeote– no vos doy tanta ventaja que os conozca esse señorío.

–Como quiera que sea –dixo el Centauro–, salvo aquel que me venciere o gela yo quisiere otorgar, y assí mi donzella lo assentó con el rey.

Galeote se tiró a fuera mostrándose con todo muy quexoso. E luego justó aquel novel y muypreciado cavallero Ladasán, fijo de don Brián, rey de España, y éste, por ser la primera vez que entrara en batalla, justó tan fermosamente que todos juzgaron que sería gran justador por tiempo; éste quebró su lança en muchas pieças en metad del escudo del Centauro, y aunque fue fuertemente encontrado y arrancado de la silla, llevó las riendas en la mano y cayendo en pie, cobró muy presto su cavallo, y luego el rey mandó que no justassen más, que era hora de comer. Y fuesse a la sala muy espantado de la tal aventura, maldiziéndola en su corazón, pues abiltava los cavalleros de su casa; y mostrava alegre semblante consolando los vencidos y esforçándolos por vencer. Se sentó a la mesa y mandó dezir al Centauro que se fuesse a reposar a su palacio fasta después de comer, y el Centauro respondió que tres días con sus noches avía de estar en el campo manteniendo su justa. El rey le mandó dar a comer, y él comía más solo a un comer que seis hombres en todo el día.

Después que el rey ovo comido, se tornó a las ventanas como antes avía estado, y vio venir dos cavalleros armados de frescas y luzientes armas, y llegándose más cerca los conoció, ca el del escudo de los cardos verdes y corazón sangriento era Gualdín de Bristoya, y el otro del escudo bermejo vandado era Leonil su primo. Estos cavalleros, como llegaron y supieron la aventura, justaron con el Centauro y Leonil fue ferido, mas no sacaron más honra que los otros. Y assí justaron otros muchos cavalleros, de los cuales unos fueron feridos y otros maltrechos de las caídas, de guisa que con igual cerimonia se acogían envergonçados a sus alvergues, lo que era muy gran dolor en toda la corte. El rey estava muy enojado de tal cosa acontecer a sus cavalleros, faziendo él tales y tan principales fiestas onde tanta gente era llegada; y con esta tristeza mandó cessar la justa y retraxose a su aposentamiento más triste en el corazón que en el semblante mostrava, lo que atendiendo otros cavalleros se aparejavan para otro día aver batalla con el Centauro, mas poco aprovechara su batalla si aquel bienaventurado cavallero flor de los esforçados no viniera a sacar al rey de afrenta y a sus cavalleros de vergüença.

¶ Capítulo xcvi. De cómo el cavallero del Dragón supo las nuevas del Centauro y cómo se fue a Londres para aver con él batalla. ^{111v}

OCHO DÍAS ESTUVO el Cavallero del Dragón en el monesterio de Gracedonia guaresciendo de sus llagas, donde avía embiado el donzel a Macedonia como avéis oído. Pues dende se partió tomando la vía derecha de Londres. Pensando iva si se daría a conocer con el rey Amadís su abuelo a aquella sazón o si atendería primero la venida de su leal amigo y compañero el Cavallero de los Fuegos. Y yendo assí en estos pensamientos, vio venir un cavallero al más andar de su cavallo: vestía loriga muy blanca y la sobreseñal leonada cubierta de argentería, un escudo grande y fuerte, el campo de azul claro y un lobo cervical de oro en él figurado con unas manchas de plata sembradas por el <el> cuerpo; assí

que venía hermoso cavalgante y cerca d'él venía una donzella sobre un hermoso palafrén, y llegándose el uno al otro salvaronse muy cortésmente.

–¿Qué cuita avedes, cavallero, que assí vos dais priessa? Atendedme por cortesía por lo que vos quiero preguntar.

Y el cavallero detuvo su cavallo por ver que lo quería.

–Buen cavallero –dixo el del Dragón–, dadme algunas nuevas de la corte si vos plaze.

–Sí daré –dixo él–, y muy estrañas. Sabed que vino a la corte un diablo por desonra de los cavalleros, que los más principales ha vencido y derrocado delante del palacio del rey, y no ay hombre que le pueda nuzir, tanto es fuerte y esquivo que oy en la tarde no avrá cavallero que con él ose justar salvo Florisando.

–Cosa espantosa me dezís –dixo el Cavallero del Dragón– aver en el mundo tan fuerte hombre que pueda nuzir a la bondad de los cavalleros del rey Amadís.

–E assí –dixo el cavallero de la donzella– me semeja a mí d'este, que no es cavallero mas mostruo, medio hombre y medio cavallo, la más espantable cosa de mundo. Yo lo he visto oy que llegué a la corte y hallé aquesta donzella que me atendía para le dar un don que le avía prometido, y vile derrocar muchos y muy buenos cavalleros, entre los cuales yo holgara mucho de aventurar mi pobre persona, mas la donzella no lo consentido, y soy muy triste porque lo no puedo hazer, porque mañana se cumplen los tres días que tiene de mantener esta aventura.

–Tal cosa –dixo el Cavallero del Dragón– como essa mucha razón es que la vea todo el mundo y la prueve, y el que la no pudiere provar que sea por ello muy triste, y de mí vos digo que no dexaré de ir a ver aquesse mostruo por cosa que avenga para me contar entre aquellos presciados cavalleros del rey Amadís que la aventura han provado, porque, siendo vencido como ellos, no me será vergüença ni afrenta ninguna.

–Señor cavallero –dixo la donzella–, si vós sois aquel de quien la fama es muy clara en la corte y en todas las otras partes de Bretaña, mucha esperança devemos tener en vuestra mucha bondad, que cualquiera cosa por grande que sea acabaréis.

–Cualquiera que yo sea –dixo el Cavallero del Dragón– no me dexaré de provar en aquesta aventura.

Entonces se encomendaron a Dios y el cavallero del lobo se partió con su donzella, y sabed que avía nombre don Gandales, hijo de aquel virtuoso conde Gandalín y de la noble condessa su mujer, que no teniendo a quien salir malo assí en el nombre como en el esfuerço y seso se assemejó con aquel presciado don Gandales su abuelo, amo que fue del rey Amadís, y éste era un cavallero muy señalado y nombrado por toda la Gran Bretaña.

El Cavallero del Dragón quedó pensando lo que el cavallero le avía dicho, viendo que en aquella aventura le convenía mostrar el ardimiento y esfuerço de su corazón delante del rey Amadís su abuelo y delante de sus altos hombres, y pensando cómo lo haría encubiertamente, no quiso passar más adelante porque la noche se allegava, antes con su compañía alvergó en una hermita una legua pequeña de Londres, y mucho antes que amaneciese llamó al hermitaño y confessosse de todos sus peccados y dexó allí sus donzellas y escudero porque lo no conosciessen, y llevó consigo a la donzella estraña y sus escuderos y el enano. E con tal compañía se partió camino de Londres, y llegando a un otero muy alto, salía el sol y vio a Londres, que estava en un valle aquella muy noble y famosa ciudad que de muy gran población era. Avía grandes edificios y torres altas y espessas por los muros

que parecía muy hermosa, y acordose que ^{112r} estaban allí sus abuelos y muchos cavalleros de su deudo, y acordose que el emperador su padre era ereadero de aquel reino y señoríos, y que tenía mucha razón de fazer como quien era y mostrar que merecía ser hijo de tan alto padre y nieto de tales abuelos o morir virtuosamente en la batalla. E cuidando assí estas cosas, entró por una grande puerta de la ciudad y guió derecho a los palacios, y vio la plaça toda enliçada de postes de mármol blancos de altura de un hombre con gruesas cadenas rodeada, que antiguamente para las lides fecha era; y vio estar en un cabo de la plaça al Centauro que aguardava justa, que aquel día se le complía el término de los tres días que avía de mantener la justa a todos los cavalleros que la quisiessen; y vio que era la más estraña cosa de todo el mundo, y bien creyó que no avía gigante que le venciese ni cavallero que le turasse sino fuesse milagrosamente y, aunque vio su grandeza y ferozidad, tanto era su ardimiento que le no temió y desseava aver con él batalla, mas oyó dezir a los que estaban cabe la liça que el príncipe Florisando salía a la batalla. El Cavallero del Dragón lo desseava mucho ver en el campo por saber de cierto su bondad, de que tanto por el mundo era hablado. El rey Amadís se puso a las finiestras de sus palacios que sobre la plaça eran, y la reina con sus infantas y donzellas, todas de estraña hermosura.

¶ Capítulo xcviij. De cómo Florisando salió a aver batalla con el Centauro y de cómo le fue en ella.

TENIENDO EL CAVALLERO los ojos hincados en las finiestras del palacio donde estaban aquel famoso rey Amadís y nombrada reina Oriana, sus abuelos, no pudiendo apartar sus ojos de ver sus reales personas por el mundo de tanta fama y nombradía, pues estando assí, el cavallero oyó grande mormollo en la plaça, y parando mientes vio al príncipe Florisando que salía a aver batalla con el Centauro, y puso los ojos en él para ver lo que le vernía. Y él venía armado de todas armas de las mejores que avía en el mundo, que eran aquellas que él ganara en la isla de Cirta a Brutervo de Anconia y a sus hijos. El rey Arbán de Norgales le traía la lança y Coroneo el yelmo, y Falangrís el escudo. Y venía acompañado de cuantos cavalleros avía en la corte, y él enlazó su yelmo y echó su escudo al cuello, y tomó su lança y entró en la liça, quedando todos los otros de fuera; y a muy grandes saltos del cavallo se fue a poner en un cabo de la plaça, y como era de grande cuerpo y bien tallado, claramente demostrava en su apariencia la gran bondad y virtud de su coraçón.

Y luego, al son de una trompa, arremetieron el uno para el otro al más correr que podían y dieronse tan grandes encuentros en los escudos que las lanças bolaron en muchas pieças, y toparonse de los escudos y cuerpos tan reziamente que el Centauro se tornó bien atrás de la fuerça del grande golpe, y Florisando, de la fuerça del grande golpe, se le quebró la silla del cavallo y las cinchas y el petral, y cayó por las ancas en pie y llevando las riendas del cavallo en la mano, y como era muy ligero, saltó en él muy prestamente assí como estava sin silla, que todos fueron maravillados de su ligereza. Y echando mano a su espada, se fue para el Centauro diziendo:

–De la justa no llevo lo peor, pues no fue por falta de mi persona sino de los aparejos de mi cavallo, mas justemos otra vez y tomaré otro cavallo o otra silla, que si en cavallo como yo justárades por mejor justador vos toviera, y, si no queréis más justa, combatámonos de las espadas.

–No quiero –dixo el Centauro– que tú eres vencido ^{112v} de la justa, pues caíste del cavallo. No me dé más que sea por su falta que tuya, que para la tal batalla muy proveído devieras venir de aparejos.

–Pues yo por vencido no me tengo, aunque llevase lo peor de la justa, ca bien se pueden combatir dos cavalleros y uno ser peor llagado mas ni por ello luego es vencido hasta que desfallezca de lo que es tenuto de hazer, y si esto no quieres creer, vengan los juezes que lo juzguen o yo te lo quiero combatir de las espadas o de las lanças, tanto que me dexes tomar cavallo.

Y luego los juezes del campo, que eran Galdar de Rascoil y el conde de Clara, dixeron:

–Centauro, según la gran valen[t]ía que avéis mostrado en esta corte, no devíades de rehusar lo que este cavallero os demanda, y en ello tiene mucha razón, ca la falta del cavallo no perjudica a la bondad del cavallero. Por ventura, ¿si me matásedes mi cavallo diríades por ello que me vencistes? No, ca vencer se llama matando o faziendo rendir el enemigo, allende que para tanto gozar d’esta victoria con armas iguales deviera ser vuestra batalla, lo que no ha sido, pues que tanta sobra y ventaja le tenéis, pues no teméis falta de cavallo ni de cavallero ni de ninguna silla ni de caer d’él en ninguna guisa, y para quien vós sois, según avéis mostrado, no devíades de rehusar de la batalla de un cavallero solo, demandándovosla con gran derecho.

–Para conmigo –dixo el Centauro– yo soy vencedor, vosotros como sospechosos juezes no me quitaredes la victoria tan clara. La batalla de las espadas no gela quiero otorgar, porque tanto sabor ha d’ella por en algo encobrir la falta de la justa.

Y en esto dezía el Centauro verdad, que Florisando se aquexava mucho por la batalla de las espadas por dos razones: la una, porque él traía las armas que sabéis, que ninguna arma en ellas prendía, y junto con la su gran fortaleza bien cuidava salir vencedor de aquella batalla y no avía duda en ello; la otra, para con la espada hazer tales golpes y proezas, porque combatiéndose de las espadas no le tenía el Centauro ninguna ventaja. Mas él dixo que batalla no avría con cavallero que ya toviessse vencido, y sobre esto, diziendo otras soberbias y follonías de que Florisando estava muy enojado, mas no le respondió palabra descortés porque el Centauro vino sobre seguro real del rey.

A esta hora el Cavallero del Dragón entró en la plaça encima de su hermoso cavallo vayo cubierto de su escudo, la lança en la mano, y fuesse contra donde estava Florisando y los juezes con el Centauro, y, passando por debaxo de las finiestras donde estava el rey y la reina, humillose mucho con grande acatamiento y passó delante. El rey miró el cavallero y no lo conoció, y aunque le no vio más que las espaldas le pareció hermoso cavalgante y desseava saber quién fuesse.

El cavallero llegó al Centauro, diziéndole con la grande saña que avía:

–Más vos puede hombre llamar sobervio y follón que cortés ni mesurado, pues es tanta vuestra mala criança que estraga alguna bondad si en vós la ay, que creo que es tan poca que si la pesassen con vuestro mal talante no vos quedaría cosa que de loar fuesse. Pues tienes tan poco conoscimiento que a tan alto príncipe no huelgues de hazer tu ruego y que se te pide batalla que gela otorgues, y que te ayas por bien andante de te combatir con él de la espada como con aquel que es el mejor heridor d’ella que ay en el mundo.

Assí Florisando como los juezes, oyendo hablar tan osadamente a aquel cavallero, pararon en él mientes y vieron que era aquel que traía la devisa del Dragón, de quien muy grandes

maravillas Rolandín y Rodoaldo avían dicho, y la amiga del cavallero que guardava la Fuente de los Cedros, que de su parte avía traído los cavalleros a la reina, y juzgaron que, según la bondad de que era loado, no hablava muy atrevido según las estrañas cosas avía acabado.

El centauro lo miró con brava y feroz acatadura y dixo:

–Cavallero sandio, ¿quién te hizo abogado en este pleito que por me no querer combatir con cavallero vencido me llamas sobervio y follón? Pues yo te juro por la mi cabeça que tú ayas el pago de tu grande locura si comigo te quieres combatir, y si no, en toda parte que te hallare no te podrás guarescer de mis manos.

El Cavallero del Dragón le dixo que de la batalla que le no faltaría allí y adonde quisiese, ^{113r} y que luego la hiziessen a todo riesgo.

El Centauro dixo que le plazía y arredrose afuera a tomar una lança al otro cabo de la plaça. Florisando se llegó al cavallero y le dixo:

–Buen amigo, vós seáis muy bienvenido como aquel que, aunque no conoscemos vuestra persona, conoscemos vuestra fama, y sabemos y nos haze mucho alegres con vuestra venida por la grande bondad que en vós ay. Me pesa de vos ver en batalla de tan dessemajada bestia.

–Señor Florisando –respondió el Cavallero de Dragón–, por más peligro que se espere en esta dudosa aventura yo soy d'ello muy contento, porque con la ayuda de Dios, nuestro Señor, en ella mostraré el grande desseo que tengo de vos servir.

A esta hora el Centauro dio una boz alta y espantable al cavallero que se aparejasse a la batalla, y el cavallero se bolvió contra él, y como el sol fería sobre su escudo y luzientes armas hazían tanto resplandor que era maravilla. El rey, parando mientes, vio que aquel era el Cavallero del Dragón que le embiara los leoncillos y los salvajes a la reina, y pesole de lo ver en tal peligro y aventura de muerte. Y luego la nueva sonó por el palacio que el Cavallero del Dragón, de que nuevamente se dezían maravillas, quería aver batalla con el Centauro. En todo el palacio no quedó dueña ni donzella que se no assomassen a las finiestras por lo ver y dezían todas: *¡Este es el buen cavallero que anduvo la montaña de Santguid y hizo ende las grandes maravillas, y venció a los dos cavalleros de la Puente de Guiñón, y assimismo el cavallero que guardava la Fuente de los Cedros! ¡Dios quiera guardar a tal cavallero y le dé vitoria contra su enemigo!*

¶ Capítulo noventa y ocho. De la brava y espantable batalla que ovo el Cavallero del Dragón con el Centauro, y de la grande vitoria y honra que de ella ganó.

QUERIENDO LOS JUEZES del campo derechamente usar de su oficio, viendo que los cavalleros querían aver batalla, con igual cerimonia los pusieron cada uno a su parte, repartiéndoles el sol como era razón. Y aviendo esto hecho, se arredraron afuera y tocaron la trompa y luego el Cavallero del Dragón arremetió para el Centauro, y el Centauro para él, y firieronse bravamente en los escudos, que las lanças bolaron por el aire, y otro mal no se hizieron, y passó el uno por el otro muy hermosamente, de guisa que cuantos presentes eran fueron muy espantados de la bondad del cavallero, y el Centauro otrosí lo t<n>[u]vo en algo más que los otros, mas no de guisa que no cuidasse de otro encuentro

de le derrocar. El cavallero fuesse a donde estava el escudero del Centauro, que tenía una carga de gruesas lanças, y tomó la una y bolvió al Centauro, y dixo si quería más justa.

–Sí –dixo él–, hasta que uno caiga.

–En el nombre de Dios –dixo el Cavallero del Dragón.

El Centauro tomó otra lança. El Cavallero del Dragón, tomando en sí mayor esfuerço, doblégó muy rezió la lança, que parecía que el cuento con el hierro le juntava, y era tan gruesa y tan pesada que muchos cavalleros avría que la no podrían traer. El Centauro estava mucho airado porque del primero encuentro no avía vencido al cavallero, y el cavallero con voluntad de vencer a él y mostrar su gran bondad en presencia de aquel alto rey Amadís su abuelo y de sus altos hombres. Y acabando el son de la trompeta, otra vez arremetieron el uno contra el otro, muy sañudos como aquellos que se desamavan, y bien mostraron el desamor en los bravos encuentros que se dieron, que el Cavallero del Dragón encontró al Centauro en mitad ^{113v} del escudo, que gelo pasó a la otra parte y topó en las fuertes hojas de azero que traía, y aunque el golpe las no falsó, pujó el Centauro tan rezió que retrayéndose atrás de la mucha fuerça puso las ancas en el suelo y estovo por caer de todo el cuerpo. Y el Centauro encontró de tal guisa al Cavallero del Dragón que el escudo y el arnés le falsó y el fierro le llegó a las carnes y le hizo grande llaga, haziéndole otrosí perder las estriberas del todo que, si se no abraçara con el cavallo, cayera en el suelo, y el cavallo se hizo bien atrás. Y el Cavallero del Dragón, cobrando luego las estriberas, lo hirió tan rezió de las espuelas que lo hizo passar adelante, y él estava tan maltrecho del encuentro y de la llaga que bien avía menester el reposo, mas el Centauro, furibundo de lo que le avía acontecido, echando humo por la boca y grandes ventanas de las narizes y por los ojos, parecía que echava llamas de fuego bivas según la mucha saña lo señoreava; su ferocidad era tan grande que los que estavam fuera en la plaça y los que estavam a las ventanas no estavam sin mucho pavor, antes lo tenían de muerte, mas al Cavallero del Dragón no se le enflaquecía el coraçón ni mostrava punto de covardía. El Centauro echó mano a una espada que traía, la más espantable de todo el mundo: que era tan ancha como una grande mano y de larga como dos espadas; y brandiéndola muy reziamente, arremetió para el Cavallero del Dragón, que con su espada en la mano y cubierto de su escudo lo atendía; y en llegando el Centauro le dio tal golpe sobre el escudo que gran parte d'él le echó a tierra y le torció el yelmo en la cabeça, y descendiendo abaxo le cortó la loriga y llegó a la carne. El Cavallero del Dragón le dio muy bravo golpe sobre el yelmo que, aunque fuerte era, gelo hendió y llagó en la cabeça. Y assí se combatían tan duramente que espanto ponían a todos los que los miravan. Los cuales todos desconfiavan que el Cavallero del Dragón pudiesse turar contra aquel diablo ni menos salir con vida de aquella batalla. Mas el Cavallero del Dragón, que más esperança tenía en Dios que confiança en su fuerça ni valentía, llegándose al Centauro le hirió al través por el rostro, que desarmado tenía, que las narizes y quixadas le cortó, mas no fue sin pena d'ello, que el Centauro, no perdiendo el esfuerço, antes le creciendo con la ira, lo hirió tan duramente sobre el escudo que alto tenía por amparar la cabeça que gelo hendió todo de arriba abaxo y abolló el yelmo, y descendiendo la espada abaxo le cortó la manga de la loriga y lo hirió en el braço, y corriendo la espada hasta abaxo dio en el pescueço del cavallo vayo que la mitad le cortó, de guisa que quiso huir con la cuita de la muerte, y el cavallero se apeó d'él muy ligeramente, ca se vía en aventura de muerte, y por tal lo juzgavan todos los que presentes estavam, pues que

a pie estava y sin escudo. El Cavallero del Dragón, assí a pie, con su espada en la mano, aviendo las armas rotas que la sangre le salía, el Centauro arremetió para él por le herir, que de un golpe pensava que lo acabaría, y alçó la espada para le herir en la cabeça que, como no tenía escudo, bien cuidava que le no aprovecharía la bondad del yelmo que la cabeça le no hiziesse en dos partes o a lo menos lo batiesse tendido en el suelo. El Cavallero del Dragón lo esperó muy osadamente, y viendo venir el golpe alçó el espada y tomolo en ella, que fue tan fuerte que fuego salió de las espadas, mas la del Cavallero del Dragón era tal que no solamente no recibió perjuizio del gran golpe, antes entró por la del Centauro bien dos dedos y destravadas las espadas el Cavallero del Dragón, como estava llegado al Centauro, le metió la espada por debaxo del escudo y topando entre las hojas de azero con la gran fuerça se la metió por la barriga hasta el medio, de que él començó a desmayar, ca la herida mortal era, mas queriendo antes de su muerte tomar la vengança, soltó el escudo que traía y tomó la espada a dos manos y fue con gran ravia por herir al Cavallero del Dragón, mas él se desvió del golpe con mucha ligereza y fue corriendo a tomar el escudo que él dexara, y lo abraçó tan ligeramente que, quando el Centauro bolvió sobre él, ya él estava aparejado para lo atender. Y el Centauro le dio tan gran golpe sobre el cantón del escudo que, aunque las orlas tenía de muy fino azero, lo ^{114r} metió la espada por él hasta las abraçaduras. El Cavallero del Dragón soltó luego el escudo y el Centauro lo llevó metido en la espada, y antes que la sacasse el Cavallero del Dragón le dio tal golpe en el braço izquierdo, que desarmado traía por le no embargar el escudo, que gelo echó a tierra cortado cercén cabe el codo. El Centauro dio una boz muy espantable y dolorida, y assí con la espada metida en el escudo fue para herir al Cavallero del Dragón, que tanto andava ligero que los más de los golpes le hazía perder y assí hizo a aqueste, que dio un salto muy grande al través, y como el Centauro andava herido de muerte no era tan ligero como solía, que la muerte se le acercava de las heridas grandes que traía, mayormente de la estocada de la barriga, que ésta sola era la que le aquexava. Y como lo vido assí embaraçado, el Cavallero del Dragón, que no podía sacar la espada del escudo ni menos andar tan ligero como solía, no olvidando de su gran ardimiento, le dio tal golpe por la una pierna abaxo de la rodilla a do la armadura no llegava que gela cortó toda cercén. El centauro cayó luego en el campo tan grande caída que pareció que se avían caído todos los palacios. A lo que parando mientes aquella hermosa Floyanda, començó a dezir a las otras infantas, que por no ver la muerte del Cavallero del Dragón se avían quitado de las finiestras:

–¡Venid, señoras, aína venid, y veréis el Cavallero del Dragón que tiene vencido al diablo!

Luego Leonarda y Galianda y otras muchas infantas se levantaron muy presto, y parándose a las ventanas vieron cómo el Cavallero del Dragón cortara la cabeça al Centauro y la echara fuera de la liça muy alueñe, con grande plazer del rey Amadís y de la reina Oriana y de toda la corte.

A aquella sazón que el Cavallero del Dragón acabava de matar al Centauro, llegó a la plaça Marcival el Grande, a quien el Cavallero del Dragón avía dado el cavallo blanco en la floresta quando apeado lo falló en la calçada. Éste, después que venció los tres cavalleros que la donzella le llevavan, cobrando a ella y ganándoles sus cavallos, se bolvió alegre con la vitoria, y oyendo las estrañas nuevas del Centauro aviase mucho aquexado por llegar a tiempo que oviesse con él batalla, mas llegó quando le acabava de cortar la cabeça.

El Cavallero del Dragón, tanto que lo vido, tomando el escudo del Centauro quitándolo de la espada, lo tomó y lo echó al cuello y se fue contra Marcival diziendo:

–Buen amigo, prestadme agora un cavallo como vos lo presté días ha en la floresta.

Marcival gelo dio de corazón y él cavalgó muy ligeramente, y se salió de la plaza con tanta priessa que el rey le no pudo ver, que aviendo visto la cima de la brava batalla y estremada bondad de aquel cavallero, tomando consigo al rey Arbán de Norgales y a Florisando y a otra compañía de cavalleros, quiso salir al campo a rescebir el cavallero a le hazer honra, y, cuando llegó a la plaza y no halló al cavallero, fue por ello muy triste y dixo:

–¡Ay, santa María, como desapareció aquel cavallero y se fue sin me hablar! Cuando quiera que lo vea me mostraré d'él muy quexoso, que no menos holgaría de su conosciencia que de la vitoria que le he visto alcançar.

Y entonces dixo a Falangrís y a Odoardo que fuessen tras el Cavallero del Dragón y le rogassen que se bolviesse, que él mucho lo desseava. Ellos se partieron luego, mas no lo acabaron porque, saliéndose el Cavallero del Dragón de la plaza, Marcival le tuvo compañía, y después que fueron fuera de la ciudad le dixo:

–¡Ay señor!, ¿por qué hazéis tal pesar al rey Amadís que vos is sin hablar, que temo que será por ello muy triste?

–No puedo al presente ál hazer –dixo el Cavallero del Dragón– hasta que acabe una aventura en que ando, mas tanto que la acabe me iré derechamente a su corte, y vós hazedme tanto plazer que vos volváis al rey Amadís y me desculpéis de le no hablar por lo que dicho tengo, y dezidle que mañana embiaré a él una donzella con mi mensaje.

Y Marcival se bolvió luego, y hallando a los cavalleros del rey les dixo que poco les aprovechava su jornada, ca él traía mandado del Cavallero del Dragón para el rey, y que el cavallero, aunque lo hallassen, que no bolvería por ello a Londres; y luego ellos se bolvieron con Marcival. Y el rey estava con sus altos hombres mirando ^{114v} la grandeza dessemejada del Centauro, que doblado parecía a la sazón muerto que antes bivo.

Entonces llegó ende la donzella del Centauro y començó a dar grandes gritos y fazer llanto sobre él messando sus cabellos y feriendo su cara, de guisa que todos avían manzilla de su dolor, que fue tanto que, mirando ella a aquel su señor muerto tendido delante sus ojos, no queriendo después de su muerte vida, fue a tomar la espantable espada del Centauro, que en el campo estava, y poniéndole la mançana en el suelo se echó sobre la punta, de guisa que le salió a las espaldas, y ella fue luego muerta sin que ninguno la pudiesse valer, con tanta ligereza la avía tomado.

A esta hora llegó Marcival y los cavalleros, y él se fue delante del rey Amadís y le dixo las nuevas que traía del Cavallero del Dragón, de que el rey Amadís fue consolado de su cuita, y bolviose a su palacio y hizo desarmar a Gualdín de Bristoya y Leonel su primo, y Rolandín y Rodualdo, que en busca querían ir del Cavallero del Dragón, diziéndoles el rey que al otro día verían su mensaje. Y el rey estava más alegre que si ganara un grande señorío viendo la cima de aquella aventura tanto a su honra y su corte puesta y sostenida en la alteza de las armas.

En la corte no se hablava de otra cosa salvo de la bondad del Cavallero del Dragón en la peligrosa y espantable batalla que avía vencido, y aquellos que lo conocían y avían visto su bondad, aunque sus proezas hasta allí avían sido muy grandes, ésta estava en la cumbre y alteza d'ellas todas.

Apartado el Cavallero del Dragón de Marcival, se fue al más ir de su cavallo porque le no alcançassen, que bien se temía que saldrían tras él aquellos que le conoscían, y con su donzella y escuderos y enano se dio a tanto andar que llegó a la hermita do estavam las otras donzellas, que muy alegres fueron con su venida, y le cataron las llagas, que grandes y peligrosas eran, y le curaron con mucha diligencia y le dieron algo que comiesse, ca avía sostenido muy grande affán sin comer. Y aquel día en la tarde, hablando con la donzella estraña, le dixo lo que al rey Amadís al otro día dixesse de su hazienda. Y quedando assí la habla, dormió aquella noche con harto dolor de sus llagas y mucho plazer de sus obras, dando muchas gracias a Dios por la grande honra que le hiziera ganar sobre todos los cavalleros de casa del rey, donde avía los más presciados y mejores de todo el mundo.

¶ Capítulo noventa y nueve. De cómo la donzella estraña vino a la corte del rey Amadís y le dixo el mandado del Cavallero del Dragón.

TAN ALTAMENTE SE hablava en casa del rey Amadís de la bondad del Cavallero del Dragón que todos a una boz le otorgavan la prez y fama de toda la cavallería, de guisa que los hechos de Florisando, las maravillas del Cavallero de los Cisnes que en Dacia y en Macedonia avía hecho, todo se escurecía y olvidava con el espantable vencimiento del Centauro. El rey Amadís, porque tan señalada batalla no se perdiessse de la memoria de las gentes, mas antes de los venideros fuesse sabida como a ellos presentes fuera notoria, mandó hazer un centauro de metal a propia semejança del otro de su grandeza y ferocidad con semejantes armas de las que traía; lo mandó poner en un cabo de la plaça y el Cavallero del Dragón otrosí con sus armas y devisa y con letras que asseñalava la causa de la batalla y fin d'ella. E tiempo fue que el rey hizo escrevir el nombre propio del vencedor porque la fama de tal vencimiento en las venideras gentes no solamente fuesse sabida, mas con tal memoria ^{115r} casi presente.

Al otro día, estando el rey Amadís para oír missa, entró por el palacio una donzella estraña con dos escuderos y un enano, y ésta era la que el Cavallero del Dragón embiava. Y el rey Amadís, presumiendo que la donzella fuesse la que Marcival le avía dicho, hizo apartar la gente. E la donzella, llegada en su presencia, hincó los inojos en tierra diziendo:

–Muy alto y poderoso rey, el cavallero que ayer venció la batalla te manda besar tus reales manos y te demanda perdón por se partir sin te fablar, lo que hizo por dos causas: la una, porque sus obras no le parescen tales que meresca ser conocido de tan alto rey, porque ha pocos tiempos que las armas exercita; la otra es porque anda en una aventura ha muchos días sin la cual ser acabada no se dará a conoscer en tu corte, mas él promete que muy presto será de tu compañía y servicio.

–Dios sabe –dixo el rey– cuánto holgara de le ver en mi casa y cuántos días ha que lo desseo, y aunque su gran fama me lo fiziesse dessear, las grandes maravillas que le vi hazer me acarrear mayores desseos de le conocer y de saber su hazienda. Dezidle que si supiera que assí se avía de ir, que yo rogara a la reina que le mandara prender con sus donzellas porque, si su gran bondad de armas responde con la criança y mesura que tal hombre tener deve, que él hiziera su ruego d'ellas o le metieran en esquiva prisión.

–Esso, señor –dixo la donzella–, podéis vós bien jurar, que lo que por ruego de las donzellas él no hiziera la fuerça ni valentía de vuestros cavalleros lo no acabaran, porque es el cavallero del mundo que más las dessea servir y hazer toda honra.

–Derecha cosa es luego –dixo el rey– que todas lo amen y prescien sobre todos pues que assimismo las ama. Mas por la cosa que más amáis, donzella –dixo el rey–, nos dezid si va mal llagado el cavallero, porque en mi casa lo guarecieran mejor que en toda parte del mundo.

Esto dezía el rey porque pocos días avía que llegara a la corte el maestro Elisabad por mandado de Grasinda en busca de Avies de Sansueña, su hijo, que, según avéis oído, en el mundo no avía quién igual le fuesse en curar llagas.

–Señor –dixo la donzella–, la cosa que yo al presente más amo es aquel cavallero por su estremada bondad, y tanto me conjuráis que vos lo no puedo negar. Sabed que tiene llagas grandes y peligrosas, y cerca d’esta vuestra ciudad le curan de sus llagas, que mucho saben en aquel menester, y con la ayuda de Dios muy presto será guarido de aquellos con esþerança de aver presto otras por vuestro servicio.

–De las llagas me pesara –dixo el rey– cuanto de su buena voluntad me plaze; y, pues tan cerca es de mi ciudad, mucha razón es que le visite.

–Señor, no vos curéis d’ello –dixo la donzella–, que hasta que acabe su aventura de persona no quiere ser conocido, que de mí vos digo que ha días que le aguardo y no se más de su hazienda que vós, salvo que vós avéis oído sus proezas, yo he las visto con estos ojos.

–¿Qué tiempo ha que le aguardáis, buena donzella? –dixo el rey.

–Señor, poco tiempo ha –dixo la donzella–, mas lo que le he visto hazer es grande maravilla.

Estonces le dixo cómo le viera vencer el cavallero de la Fuente de los Cedros y del cavallero de enzinal y de sus hermanos y de Lorgades su primo y de Orfil el Casto, de que se no pudo el rey tener que no se riesse de mucha gana, y dixole:

–Buena donzella, ruégovos que llevéis essas nuevas a la r<a>[e]ina y a sus donzellas, que mucho serán alegres en aver ganado el amor de esse cavallero, pues tanto las quiere que no dessea hazer en armas salvo en su servicio; y encomendadme mucho al cavallero, y dezidle que no se olvide de mi casa, pues yo no pierdo memoria y desseo de le hazer toda honra.

E la donzella se despidió y se fue para el aposentamiento de la reina que, sabidas las nuevas, fue muy alegre, y diziéndolo a las donzellas era la mayor risa del mundo y pasatiempo. La reina la hizo comer aquel día en su casa, preguntándole muchas nuevas del Cavallero del Dragón, a las cuales ella respondía como cuerda y sabida donzella.

Y después que todo lo ovo contado a la reina, dixo que se quería bolver al Cavallero del Dragón. La reina, como era de las más nobles señoras del mundo y de mejor talante, hizo merced a la donzella de unas ricas ropas de su cuerpo de gran valía, embiando muchas encomiendas al Cavallero del Dragón, diziendo con ^{115v} mucha risa a sus donzellas:

–Vosotras embiad algunas encomiendas de amor a Orfil, porque a todas en general y a cada una en esþecial vos ama de esquivo y fuerte amor.

Las donzellas lo rogaron a la estraña donzella que lo hiziesse muy ahincadamente. Estonces se despidió la donzella, encomendando la reina a Dios y a sus donzellas, y saliendo del palacio cavalgó en su palafren y tornose a la hermita adonde estava el Cavallero del Dragón llagado en una muy pobre cama, cual le diera el hermitaño por caridad. Y estonces la don-

zella le contó todo lo que en la corte avía passado, de lo que él ovo mucho plazer, desseando lo más presto que pudiesse darse a conocer al rey Amadís su abuelo. Donde agora lo dexemos con este desseo, curándose de sus llagas en aquella pobre casilla, y otrosí al rey Amadís manteniendo sus cortes en grande plazer y alegría, y digamos del Cavallero de los Fuegos.

¶ Capítulo c. De cómo el Cavallero de los Fuegos se combatió con Troleán el Sobervio y lo venció, y cómo llegó a la corte del rey Amadís y del gran plazer que ovo con su venida.

CUATRO DÍAS DESPUÉS que los cavalleros se partieron con la dueña, estuvo el Cavallero de los Fuegos en el castillo de Gantasi, reposando de su trabajo, en fin de los cuales, encomendando mucho a los escuderos la guarda del castillo, se partió una mañana en saliendo el sol, y tanto anduvo por sus jornadas que llegó a la Malaventurada Floresta y allí alvergó en casa de un florestero, del cual supo muchas nuevas de la corte y cómo el cavallero que del Dragón se dezía hazía tales maravillas en las armas que su fama escurescía la de los otros cavalleros, y supo otrosí cómo Florisando estava otrosí con el rey Amadís en Londres y cómo viniera en su compañía Floyanda, su hermana, bien acompañada de donzellas y cavalleros, y cómo su hermano Ladasán era armado cavallero, de que él fue tan alegre que propuso en su voluntad de se ir luego a la corte y que, si ende no fallasse a Lisuarte, que con su hermano lo iría a buscar por todas partes. E con este desseo partió de la casa del florestero tomando la vía derecha de Londres, y tanto anduvo que llegó a do llamavan la Triste Floresta, en que siempre avía muchos y hermosas aventuras. E yendo así hablando con su escudero, passando por cabe dos altos pinos que cerca del camino eran, vieron estar un cavallero haziendo gran duelo. Filidonio le dixo:

– Señor, grande cuita deve de aver aquel cavallero, pues tanto se quexa de su ventura.

El cavallero fue a él derecho y él estava tendido a la sombra de los pinos y su cavallo estava atado a las xaras. El cavallero se rebolvía y sospirava con grande cuita. El Cavallero de los Fuegos se apeó de su cavallo y fue a él diziendo:

– Por cierto, cavallero, que siento mucha pena por vuestra cuita, no vos querades assí aflegir, ca con tanta tristeza no se ha de cobrar el mal que avéis si otro remedio no buscáis, lo cual yo buscaría de muy buen grado si supiesse dónde y cómo por vos dar consuelo.

Troleán, que assí avía nombre el cavallero, lo miró con mal semblante y sañudo diziendo:

– Cavallero, si mi cuita tuviesse remedio aquí está quien mejor que vós lo buscaría.

– Bien lo creo – dixo el Cavallero de los Fuegos –, que a quien más duele la llaga más presto suele buscar el unguente, mas ni por ello dexaría de poner mi persona en vuestra ayuda.

– Muchas gracias – dixo Troleán –, que la obra escusada será.

Estonces bolviose a su cuidar. Al Cavallero de los Fuegos le crescían los desseos de saber la causa de sus cuidados, y rogole que gelo dixesse.^{116r} A tanto le ahincó que el otro le respondió soberviosamente diziendo:

– Cavallero, más me parecéis importuno que mesurado pues queréis por fuerça que vos diga hombre lo que no tiene en voluntad, mas, porque veáis cuánta causa tengo en mi tristeza, yo vos lo quiero dezir. Sabed que desde fui armado cavallero me fue tanto bien

en las armas que nunca hallé cavallero que a <la> igual<a> me venciesse; acabé muchas cosas a mi honra, tanto que por mi bondad gané el amor de la dueña señora del castillo Abiés, que es de las hermosas de Bretaña, y sabiendo yo que en la corte del rey Amadís avía una estraña aventura de un mostruo llamado Centauro, que tres días mantuvo justa a todos cuantos cavalleros avía en la corte sin ninguno le vencer, antes él a todos dime tanta priessa por llegar tiempo de aver batalla con él con pensamiento que adonde los otros faltavan mi bondad avía de pujar, mas cuando llegué el Centauro era muerto por manos de un cavallero que del Dragón se llama, el cual ganó tanta fama que d'él sólo se fabla en la corte. Y por aquesto tengo esta ansia que veis, porque si llegara a tiempo yo confío que ganara aquella honra toda, y porque la perdí hago aqueste llanto y seré triste hasta que tope a aquel Cavallero del Dragón para le vencer, por señal que soy mejor cavallero que él y le dar la muerte por la honra que me robó porque sepan las gentes que quien venció al vencedor del Centauro mejor venciera al Centauro, y si esto no cuidasse de acabar con mis manos tomaría la muerte.

–Señor cavallero –dixo el Cavallero de los Fuegos–, no tengáis quexa del Cavallero del Dragón, que vos no tiene culpa, que si venció al Centauro su honra gelo constreñía y mejor vos fue no provar la aventura que faltar d'ella como otros señalados cavalleros han faltado, que creed que todos no alcançan bondad en las armas como aquel cavallero según la fama d'él suena por toda Bretaña y, por tanto, devéis antes de ser alegre por no aver perdido vuestra honra que triste por la no aver perdido.

Troleán, que esto oyó, levántose muy presto como aquel que era muy acelerado y el más sobervio cavallero de Bretaña, y era otrosí hijo de un cavallero de la misma manera, que Calfeno el Sobervio avía por nombre, y este Troleán, pareciendo al padre en la soberbia, eralo tanto que, aunque alcançava gran bondad de armas, por sus soberbias era muy aborrecido, a todos menospreciava, ninguno pensava que le podía passar de bondad, mas su soberbia comparada a la valentía más quedaría sobervio que esforçado. Y con sus acostumbradas maneras, con muy grande saña le dixo:

–¡Ó captivo cavallero, que me estás abiltando en mi cara, que aquel que yo desamo de coraçón me estás loando delante! ¡Pluguiesse a Dios que lo toviessse adonde tú estás, que a ti y a él provaría que soy mejor cavallero que no él y a él castigaría del enojo que me ha dado y a ti de lo que has dicho!

–Cavallero –dixo el de los Fuegos–, gran locura es presumir vós de valer donde los cavalleros de la corte del rey Amadís faltan. Yo vos seguro que si el Cavallero del Dragón topáis y a él vais con essa demanda, que él vos haga conocer el contrario castigándovos de vuestra locura, como yo vos haré conocer vuestra soberbia si en ello más porfiáis.

–¡No me valga Dios –dixo Troleán– si vos no castigare de vuestras locuras! ¡Atendedme, no huyáis, que no me podéis guarescer en toda esta floresta!

Entonces corrió muy aína y tomó su cavallo y enlazó el yelmo, y su escudero le dio una lança y cavalgó muy ligeramente. Luego los dos cavalleros fue el uno contra el otro y encontraronse de tal suerte que los escudos fueron falsados y los hierros de las lanças llegaron a las carnes, y toparonse de los cuerpos y cavallos tan reziamente que cada uno cayó a su parte y estovieron gran pieça sin se levantar, mas el Cavallero de los Fuegos se levantó primero y fue contra Troleán y viole tendido en el campo sin yelmo, que de la caída le avían quebrado los lazos y saltado de la cabeça, y vio que perdía mucha sangre y que esta-

va maltrecho que se no podía levantar, que el cavallo le tenía la pierna debaxo y ovo manzilla d'él y no lo quiso herir, antes dixo a su escudero que lo llevase adonde guaresciesse de la llaga, que de la sobervia no sabía si sanaría. Y tomando su escudero, aviendo apretado su llaga y cavalgando en su cavallo, ^{116v} fue a alvergar en un monesterio de monjes cerca de Londres, donde fue curado de sus llagas y supo más largas nuevas de la corte y de las diabluras que avía hecho el Centauro y los nombres de los cavalleros que con él justaron. E siendo curado de su llaga, con mucho desseo de ver sus hermanos, partió del monesterio al otro día y llegó a Londres a tiempo que el rey Amadís estava comiendo con sus altos hombres. El Cavallero de los Fuegos se apeó de su cavallo y subió suso al palacio, llevando las manos y cabeça desarmadas, y fuesse derechamente delante del rey Amadís a hincarse de rodillas. El rey, desde lo conoció, sabiendo que éste era don Lispán, el que se avía partido de Constantinopla con su nieto Lisuarte, rescibiolo con mucho amor diziendo:

–Buen amigo, mucho seáis bienvenido. ¿Qué nuevas me traedes de mi nieto Lisuarte, que me han dicho que en su compañía avéis andando y salido de Constantinopla? ¿Dónde lo dexáis? ¿Cómo venides ante mí sin le traer?

–Señor rey –dixo don Lispán–, días ha que por una aventura fui apartado de su compañía, mas creo que ya está en Bretaña y muy presto será en vuestra corte. Aunque de su persona agora vos no dé nuevas vos las quiero dar de su bondad. Sabed, señor, que el Cavallero de los Cisnes, que por el mundo es tan nombrado, es vuestro nieto Lisuarte, ca desde el día que se armó cavallero dentro en Roma en cuanto anduve en su compañía nunca mudó la devisa, y con ella hizo tales cosas que aunque las quisiesse encubrir su grandeza las tiene publicadas por el mundo. Fui apartado de su compañía por socorrer a una dueña que unos malos hombres llevaban a su marido preso, la cual aventura después que dila cima <que> bolví en su demanda, lo no hallé y después he hallado muchas y estrañas aventuras no hallando d'él más nuevas salvo su fama esclarecida en boca de todas gentes. E lo que d'él más me afirmó, según el pensamiento traíamos, muy presto deve de ser en vuestra corte, que era la cosa que su corazón más desseava.

Y luego Florisando paró mientes en don Lispán y conoció que aquel era el compañero del Cavallero de los Cisnes, y dixo al rey Amadís:

–Verdad dize esse cavallero, que él fue armado cavallero por manos de vuestro nieto Lisuarte si él trae la devisa de los cisnes.

El rey Amadís, como fuera de sentido, con mucho plazer abrazó a don Lispán muchas vezes diziéndole:

–Buen sobrino, pues que estas buenas nuevas me avéis dado, ¡más conviene que le busques que, aunque a otros se esconda, a vós solo se descubrirá!

Y luego todos aquellos cavalleros rescibieron y abrazaron a don Lispán con mucho amor, assí por su alto lugar como por sus hechos de armas, que maravillas avían dicho d'él los cavalleros que él sacara de prisión del castillo de Gantasi, lo que oyendo todo Ardián el enano, que repostero mayor era del rey Amadís, fue corriendo a pedir albricias a la reina Oriana y ella gelas dio muy buenas y ovo grande plazer y alegría, y embió luego dos infantas rogar al rey que le embiasse aquel cavallero que mucho lo quería ver.

–Don Lispán –dixo el rey Amadís–, id a ver la reina Oriana, que mucho vos desea ver por saber las nuevas que traéis, que en verdad ellas son tales que no pueden ser mejores.

Don Lispán, así armado como estava, se fue para la reina, la cual lo estava atendiendo con mucho desseo de saber nuevas de Lisuarte. Tenía de una mano a Leonarda y de la otra a Flayanda su hermana, la cual por su lindeza y hermosura de todos era llamada la *Linda Española*. Don Lispán, tanto que vido la reina, hincó las rodillas en el suelo y le besó las manos. Y la reina lo abraçó y lo levantó suso diziendo:

–Hablad a aquesta infanta que vos no conosce y es de alto lugar. –Y esto dezía la reina por su hermana.

–Aunque no oviera otro conoscimiento, señora –dixo don Lispán– mi alta guisa por sólo ser de vuestra compañía yo me avría por bienandante de la conoscer y servir.

Y entonces abraçó a su hermana con aquel amor que entre hermanos deve aver, y assimismo a Leonarda y a Galianda y a las otras infantas con mucha mesura. Y luego la reina Oriana lo hizo desarmar y aquellas hermosas infantas le ayudaron a quitar las armas, y le cubrieron un manto muy rico broslado de oro, y la reina Oriana ^{117r} lo hizo sentar en el estrado y mandó traer muy abastadamente de comer, mas el comer turó tanto que era maravilla, que más se despendía en hablar y saber nuevas que en los manjares. La reina Oriana era tan alegre que le parecía que en comparación de su mucha alegría si todo el mundo le dieran no lo tomara.

El rey Amadís, después que los manteles fueron alçados, tomando consigo a don Falangrís y a Coroneo y a Aviés de Santsueña y a Ladasán, se fue al aposentamiento de la reina a saber nuevas de su nieto Lisuarte, y assentose en el estrado con la reina Oriana y aí estuvieron mucho hablando con don Lispán. Don Falangrís, que muy enamorado era de la *Linda Española*, tomando consigo a Coroneo, y Coroneo, que no menos penado era por los amores de la hermosa Leonarda, así se fueron los dos cavalleros vencidos a donde estavan las dos donzellas vencedoras. Ellas los rescibieron con mesura como a criança convenía conforme a sus grandes merescimientos. Y aquel hermoso cavallero Ladasán se fue para la hermosa Galianda, hija del rey de Bohemia, y estando aparte le començó a declarar las grandes cuitas y mortales angustias de su corazón. Aviés de Sansueña se fue a la infanta Brianda, hija del rey de Escocia, y con ella estuvo hablando grande pieça. Y el rey y la reina estavan sabiendo nuevas de Lisuarte su nieto, y avían hecho contar a don Lispán todo lo que les aconteciera desde el primero día que salieran de Constantinopla hasta aquel día que se apartaron en Suecia, de lo que el rey y la reina eran muy espantados de la gran bondad de Lisuarte, siendo novel cavallero y de poca hedad aver hecho tales proezas que espanto ponían a los que las oían. Y después que grande pieça estovieron así hablando, el rey se despidió de la reina. Llevando consigo a don Lispán, le mandó curar de su llaga por el maestro Elisabad y lo mandó aposentar en un rico aposentamiento con Ladasán su hermano.

Aquel día en la noche, después que la cena fue acabada, el rey hizo llamar la reina, la cual vino muy acompañada de sus donzellas, y sentose en su real estrado, que a sabiendas hecho era en aquella sala. Las infantas fueron assentadas en su lugar, cada una como su merescimiento era. Y luego se començó grande música de muchos tañeres dulces y concordados. El rey Amadís rogó a Rolandín que por honra de la fiesta y mayor plazer quisiese tañer delante la reina y sus donzellas, y él, queriendo hazer el mandado del rey, mandó a su escudero que le truxisse la harpa, y teniendo todos grande silencio començó a tañer Rolandín tan dulcemente que no ovo ende tal que no rescibiesse d'ello grande

consuelo, que tanta dulçura era en lo que tañía que no avía persona triste que oyéndolo no fuesse muy alegre. Y después que assí estuvo tañiendo grande pieça, las donzellas de la reina le mandaron rogar que tañesse para dançar, y salió luego la hermosa Leonarda y con ella salió Coroneo, y con la *Linda Española* dançó Irneo de Bohemia, y con Galianda dançó don Falangrís, y con Brianda aquel hermoso Ladasán, y Aviés de Sansueña con la discreta Calinda, hija del duque de Cornualla, salió a dançar la honesta Grindalia, hija del rey Arbán, y con ella dançó Persián de Escocia y assí los otros cavalleros con otras donzellas de la reina. En dançar fue sobre todas loada la *Linda Española*. Y acabadas las danças, tornó Rolandín a tañer y cantar tan dulcemente que si mucho turara allí se adormecieran todos con la grande dulçura; mas porque era tarde, la reina se acojó a su aposentamiento con todas sus dueñas y donzellas. El rey despidió a sus cavalleros y altos hombres que se fuesen a sus aposentamientos, y él se fue a acostar en su lecho el más alegre hombre del mundo si la fortuna embidiosa lo no turbara con las tristes nuevas que agora oiréis.

¶ Capítulo cj. De cómo estando el rey Amadís en sus cortes llegó la condessa de Denamarca llorando la muerte del conde Gandalín su marido y perdición de sus castillos.

HAZIENDO EL REY Amadís cortes con sus cavalleros y altos hombres en la mayor fiesta y alteza de plazer que ser podían, siendo acompañado ^{117v} de los mejores y más presciados cavalleros que en toda parte se hallarían, con cuya fiança ganándola de Dios no temía todo el restante del mundo que contrario le fuesse, siendo juntos con él los presciados cavalleros de Bretaña y la reina Oriana de las dueñas y donzellas de alta guisa, aconteció que, estando assí en sus ricas cortes en tanto plazer como avéis oído, usando la fortuna de sus amargos xaraves con que todo el plazer de dulce amargo fuesse tornado y toda la fiesta trastornada en mucha amargura, entró por la puerta de su palacio, donde él estava con sus altos hombres aviendo consejo sobre las cosas de Bretaña, una dueña que en su aparencia parecía de mucha autoridad, no tan alegre como le era menester, cubierta toda de duelo desde la cabeça hasta los pies. Traianla de braço dos cavalleros armados de armas negras y tras ella hasta diez dueñas y donzellas cubiertas de la mesma librea, assí que luego en su parescer hazían grande muestra de tristeza que grande era. La dueña entró con tal compañía por la sala derechamente donde estava el rey Amadís en su real silla sentado, el cual, luego que la vido, la conosció y assimesmo muchos cavalleros de la corte, mas la causa de su cuita no la sabían. La dueña se hincó de rodillas delante del rey Amadís y tan grande era el llanto que hazía y tan tristes los sospiros que le aquexavan que no pudo hablar por una pieça, lo mesmo hazían sus dueñas y donzellas. El rey Amadís estava muy espantado de tal cosa y levantó la condessa por las manos diziendo:

–Condessa, ¿qué cosa es esta que vos veo tan amarga? Dezidme vuestra cuita, que ya vós sabéis que mi parte me cabrá d’ella assí para la sentir como para la remediar.

La condessa, dando muy tristes sospiros, le dixo:

–¡Señor, Dios vos dé mucha alegría! Mi cuita es tanta que es más amarga que la misma muerte, porque la vida que se bive en tristeza más muerte que vida se puede l[am] amar, porque en la una crecen los dolores y en la otra todos fenecen.

–Muy triste y suspenso me tiene vuestra tardança –dixo el rey–, no puede vuestra cuita dexar de ser de mal.

–Es –dixo ella– gran desventura a mí cuitada que toda mi vida lloraré, es gran falta en los cavalleros. Sabed, señor, que es muerto el mejor vassallo de vuestra corte y el que más de coraçón desseava vuestro servicio, que es el conde Gandalín, mi marido, que a gran traición es muerto y los castillos que le aviades dado tomados y en poder de enemigos.

Y en diziendo esto no pudo dezir más palabra salvo llorar muy agramente, que a todos ponía mucha lástima. El rey fue tan turbado con aquellas nuevas que no pudo hablar por una pieça. Y después que aquella alteración se le alçó del coraçón, dixo en boz alta:

–Si tal cosa es verdad, es muerto el mayor amigo y el más fiel que en el mundo tuve. De la pérdida de los castillos no me pesa, ca los que los tienen no los podrán amparar que no sean puestos en la mi merced. Mas de la pérdida de la persona ésta es la que me aflige, que no se puede más cobrar aunque puede averse vengança de su muerte, y bien creo yo que vendería su vida sola por los contrarios según el valor de su persona y ardimiento de su coraçón.

–Creed, señor rey –dixo la condessa–, que nunca vida se compró tan caramente en el mundo, ca el estrago que hizo en los contrarios no es de contar.

–Siendo el hijo de aquel presciado don Gandales, mi amo –dixo el rey–, no podía él dexar de hazer otra cosa, ¿mas cuya gente era la con que ovo batalla?

–Dos hijos de Arcaláus el Encantador –dixo ella– con grandes compañías.

–Pues agora –dixo el rey–, condessa, me dexad el cargo, que yo vos prometo como quien soy que ellos no posean mucho los castillos aunque sepa poner ^{118r} sobre ellos cuantos vassallos y amigos tengo, y tomar d'ellos tan cruel vengança que la muerte del conde sea muy duramente vengada. Y pues vos queda tal hijo, que no solamente vengará la muerte del conde su padre, mas será amparo de vuestra biudez, mucho vos devéis ende consolar y que lo que a vós cumpliere, que yo, no como señor, mas como amigo, lo tengo de hazer.

–Si tal esperança no tuviera yo en vós, mi señor –dixo la condessa–, cuando supe las tristes nuevas la muerte tomara con mis manos.

–Buena amiga –dixo el rey Amadís–, idvos para la reina que mucho se dolerá de vuestra congoxa, y yo entenderé luego lo que en tal caso hazer se deve.

La condessa con sus donzellas, guiándola Angriote de Estraváus, se fue al aposentamiento de la reina, que muy triste fue con su llegada; tanto que como las mujeres son más inclinadas a piedad no pudo escusar que no llorasse muchas lágrimas con la condessa, porque, como sabéis, esta donzella era la que siempre la servió y fue con ella de Denamarca para Bretaña y le mantuvo el secreto de sus amores, y ésta fue la que fue a buscar a Amadís a la Peña Pobre, sin la cual donzella imposible fuera Oriana sostener la vida, como por esta grande historia avéis visto.

El rey quedó muy triste con sus cavalleros y espantado de la tal nueva, y determinando de poner en ella todo socorro quiso saber primero la gente de los enemigos, y viendo estar a aquellos dos cavalleros de las armas negras que vinieran con la condessa, los dixo:

–Cavalleros, dezidme cómo murió el conde Gandalín y la manera con que se perdieron los castillos, y qué gente sería la que vino sobre ellos.

–Señor –dixo el uno d’ellos–, yo fui presente a toda la desventura.

Y sacó el yelmo de la cabeça que hasta allí lo oviera tenido y vieronle viejo, la barva blanca y cabellos, los ojos hinchados de las lágrimas, mas con todo avía el rostro fermoso y era muy dispuesto aunque en tal hedad. Éste avía sido governador del condado en quanto el conde Gandalín estuvo en el encantamiento de Urganda la Desconoscida, y éste empeçó de dezir:

–El conde Gandalín, estando en el castillo de Montaldín sin ninguna sospecha de tal sobresalto, le vinieron nuevas cómo grande flota llegava al puerto, y él, temiendo lo que eran porque ya sabía que avían de venir infieles sobre Bretaña, con aquessa gente que tenía salió a saber quién eran para les defender el puerto, mas su llegada fue tarde porque la más de la gente era salida en tierra. La cual conociendo el conde Gandalín ser de enemigos, aunque llevaba muy poca gente, ovo con ellos tal batalla que fue maravilla, y topándose con un primo de aquestos hijos de Arcaláus el Encantador que salido era en tierra, lo encontró tan fuertemente de la lança que le no valió el escudo ni loriga que el fierro le no passasse a las espaldas y cayesse luego muerto –y este cavallero dize la historia que era aquel que el Cavallero de los Cisnes derrocó en la floresta cuando la donzella del luto le quiso tomar, el cual avía por nombre Orlistas, el cual, aunque complió el mandado del Cavallero de los Cisnes, no cumplió el consejo y ovo la muerte que agora vistes– y los hijos de Arcaláus el Encantador no avían tomado puerto. Aviendo el conde Gandalín batalla con la gente de Orlistas, hizo tanto que todos fueron muertos y vencidos, mas salió mucha gente de la mar y ajuntaronse de refresco con los vencidos y cobraron algo del campo que perdido avían, y hizieron lugar a los otros que tomassen tierra, y assí, turando la brava batalla grande pieça, el conde Gandalín, con su poca gente, se mantuvo con tanto esfuerço que, aunque los contrarios eran muchos, antes con su braço fuerte defendiendo los suyos y matando en los enemigos perduró fasta la noche oscura que los despartió. Y el conde Gandalín con su gente se retraxo a su castillo y los hijos de Arcaláus el Encantador quedaron al puerto acabando de tomar tierra, y toda la noche llorando mucho la muerte de su primo Orlistas. Al otro día, con su gente muy bien ordenada y ataviada de armas y cavallos como para tal cosa era necessario, su passo a passo se fueron para el castillo de Montaldín, la gente repartida en tres hazes. La una avía el gigante Cutroferón, hijo del gigante Bultrafo, que murió a manos del príncipe Florisando, y este jayán era pariente ^{118v} d’estos hijos de Arcaláus; era mancebo muy esforçado, venía con desseo de mostrar su valentía. La segunda batalla avía Dinardán, hijo menor de Arcaláus, que de gran bondad de armas era. La tercera avía Demagores el Encantador, hijo mayor de Arcaláus. Este tenía dos cosas estrañas: estremada bondad de armas, la otra gran sabidor de encantamientos, de manera que en las armas y en el saber mucho pujó a su padre.

»Pues assí, yendo esta gente en tal hordenança, el conde, no se espantando tanto de la muchedumbre de los muchos como de la virtud de los pocos, con la poca gente que tenía salió a aver batalla con ellos, y entró entre los enemigos como lobo ravisoso matando y haciendo en ellos grande estrago, y hizo tanto que rompió la primera batalla y la segunda, y hizo tales maravillas que nunca tan clara fue su bondad en ningún tiempo, y avía malamente llagado a Dinardán y combatido con él gran pieça. Lo que viendo Demagores el Encantador hizo tales encantamientos que fizo un nublado tan espesso y tan oscuro que parecía tenebregosa noche, de manera que ellos vían a nós y nós no a ellos. Cercaronnos

de guisa que no sabíamos quién nos hería con la grande escuridad, lo que nos puso en mucho pavor, mas aquel esforçado conde nos animava tanto que lo perdíamos. E sintiendo el encantamiento nos quiso recoger, mas no pudo, que unos a otros nos no víamos, y Demagores y Cutroferón andavan de consuno buscando al conde, y hallándolo, como estava descuidado, no viendo quién lo fería, le dieron con una lança por la garganta por entre la gorguera y el arnés que luego cayó muerto. E luego Demagores guió contra el castillo, que con la escuridad no vía hombre ni sabía quién iba ni venía. Veinte cavalleros muy buenos que guardavan la puerta dieron sobre ellos tan rezió, y, no pudiendo resistir a tanta muchedumbre, murieron muy virtuosamente. E assí fue tomado el castillo y el ñublado fue luego deshecho. E la nuestra gente, viendo el engaño y muerto su capitán, con desmayos se acojeron a una sierra que muy cerca era y allí se ampararon con mucho esfuerço, llorando con muchas lágrimas la muerte de su señor. E luego que el castillo fue tomado, quedó Dinardán por guarda d'él y Demagores y Cutroferón con sus batallas tomaron la vía del castillo de Valderín, a do a la sazón estava la condessa, y davanse mucha priessa por llegar antes que la gente fuesse apercebida, mas ya la condessa sabía su venida y la triste muerte del conde Gandalín su marido, que la gente que se avía acogido a la sierra avía huido para el castillo do estava la condessa y le aconsejaron que se saliesse del castillo, ca era imposible poder escapar de la gente que venía, y mucho menos de sus encantamientos. E tomando la condessa aquel consejo, se salió del castillo con esta compañía, dexando en él gente para su guarda. Mas Demagores en llegando, según sopimos de algunos que huyeron, cómo usando de sus encantamientos cubrió los campos y los montes de hombres encantados, que era para poner espanto a todo el mundo, y llegando al castillo hizo de manera que parecía que ardía en bivas llamas, de guisa que la gente del castillo, pensando que assí fuesse, con temor huyeron por la otra parte, algunos pocos que quedaron murieron muy crudamente. E assí se perdieron aquestos dos castillos y se perderá toda la tierra.

–No se fazen assí las cosas –dixo el rey Amadís–, que estos como sean malos y sigan las maneras del diablo, contra voluntad de Dios Todopoderoso no pueden turar mucho que no ayan el castigo de su yerro, y sus encantamientos son engaños fengidos del enemigo malo, que sin la voluntad de Dios Nuestro Señor no pueden dañar, assí que a estos hijos de Arcaláus más los podemos loar de sabidos encantadores que de esforçados cavalleros, según las maravillas que dezís de sus encantamientos. Yo prometo aquí delante vosotros que a poder que yo pueda y de los míos que ellos no estén mucho en la tierra, por más artes del diablo que sepan, y que yo trabaje por privar las raíces de aqueste mal árbol de Arcaláus, que siemp<e>[r]e ha procurado de menuzir y desseado de me dañar.

Todos los cavalleros que ende estaban dixerón a una boz que sería bueno que fuesen contra ellos antes que más se apoderassen de la tierra, y creed que ^{119r} estaban ende tales que no dudarían la batalla de cualquiera d'ellos. El rey dixo que luego haría apercebir gente para ello y que en tanto vendría don Gandales que como a él más tocava el caso y mejor sabía la tierra mejor faría la guerra. Y luego mandó a Angriote de Estraváus que hiziesse apellidar y juntar la más gente que pudiesse para ir sobre aquellos castillos, lo que luego se cumplió. El rey Amadís con mucha tristeza, despidiéndose de sus altos hombres, se retraxo a una cámara y lloró muchas lágrimas por aquel esforçado conde Gandalín que él tanto amava de coraçón, membrándose a aquella hora de los grandes servicios y leales que d'él, siendo su escudero, avía rescebido; se le doblava tanto la passión que de pesar no

dormió toda la noche, no partiendo del pensamiento la venida de aquellas gentes de que tanto enojo avía recibido y tanto trabajo se le aparejava.

¶ Capítulo cij. De cómo al rey Amadís vinieran las nuevas que los reyes paganos eran venidos en Bretaña y tenían cercada la villa de Fenusa.

COMO UNA DESVENTURA sea puerta y mensajera de otras muchas, como es estilo de adversa fortuna no venir desacompañada de fatigas, estando el rey Amadís dando fin a sus cortes que, aunque alegres y plazereras se encomençaron, muy triste fin ovieron por la muerte del conde Gandalín, haziendo aparejar muchas gentes de armas y peones para ir a cobrar los castillos y tierras que eran tomados de los enemigos para que más toviessen en que entender, entró por el palacio aquel anciano cavallero Listorán de la Torre Blanca que, aunque en días crecido fuesse, su bondad era tanta que la vejez la no deminuía. Venía armado de todas armas salvo el yelmo, que quitó a la puerta de la sala, y en aquellas frescas armas a todos pareció muy hermoso, mayormente a aquellos que más sabían de su hazienda. El rey Amadís lo recibió muy honradamente como a tal hombre merescía, diziéndole el rey que ya su hedad más requería reposo en su torre que trabajos en la corte.

–Señor –dixo Listorán–, la antigua hedad no muda el antiguo amor y desseo de vuestro servicio, porque, si quando mancebo con las fuerças lo hazía, agora con los desseos lo devo de mantener, y aunque esto cessara por ver vuestra real persona y sus noveles cavalleros, aunque trabajosa, bien empleada fuera mi venida, endemás agora, que es venido el tiempo en que se ha de experimentar la bondad que de los vuestros se pregona, porque aunque ellos sean de grande nombradía según la necessidad que agora viene aunque más fuesse todo sería menester, aunque ellos son tales que la bondad que a ellos sobra si por el mundo se repartiessen no avría cavallero que no fuesse de gran hecho.

–¿Por qué lo dezides? –dixo el rey Amadís–, que hasta agora no han faltado aventuras en Bretaña donde se experimentavan complidamente.

–Assí lo otorgo yo –dixo Listorán–, mas ésta que digo es más desventura que aventura si lo Dios no remedia con su piedad y vós le no resistís con vuestra acostumbrada virtud y fortaleza.

–Por vuestra fe –dixo el rey Amadís– que digades a estos cavalleros tan estraña aventura.

–Señor –dixo Listorán–, en vuestros reinos son aportadas grandes compañías de enemigos y traen por caudillos muchos reyes paganos y grandes señores y muchos bravos y dessemejados jayanes, y gran parte d’ellos son aportados en el puerto de vuestra villa de Fenusa y la tienen cercada y muy bravamente la combaten, de suerte que si le no socorren no podrán mucho resistir los de dentro. E yo, como estoviesse en mi Torre ^{119v} Blanca, supe aquestas nuevas y, encomendando a mi hijo Graval que con toda la más gente que pudiesse se fuesse para Fenusa, me partí luego con estas nuevas andando de noche y de día por las traer y hazer sobre ellas vuestro mandado.

En mucha alteración fue el rey puesto con tales nuevas, viendo cuánto trabajo, enojo y pérdida de sus cavalleros se le crecía allende de las salidas de las batallas ser muy dudosas. Y cubriendo esta turbación con la cobertura del saber, con buen semblante, como que la tal afrenta no temía, respondió:

–Buen amigo, mucho vos agradezco la diligencia que sobre aqueste negocio avéis hecho, assí en socorrer la villa como en me lo hazer saber, y yo proveeré luego con la provisión que tal caso requiere.

Y haziéndolo luego aposentar honradamente llamó a Angriote de Estraváus y le mandó que hiziesse luego aparejar la más gente que pudiesse. Y luego aquellas nuevas sonaron por todo el palacio y en los cavalleros no hizieron mella de pavor, que como eran mancebos y de gran orgullo sus muy ardidés coraçones no desseavan salvo semejantes afrentas para mostrar la virtud de sus coraçones y fortaleza de sus personas, y todos encomençavan a aparejar sus armas y cavallos para servir al rey Amadís, su señor, en aquella batalla, y assí dentro en Londres avía más de dos mill cavalleros, que como vinieron a la corte los más principales muchos eran allí assonados. La reina Oriana fue muy turbada con aquellas nuevas, y viendo la gran affrenta que al rey Amadís se aparejava, con sus dueñas y donzellas no hazía sino rogar a Dios que guardasse al rey Amadís de peligro y le diesse vitoria contra aquellos sus enemigos. El rey no hazía sino aparejar toda la más gente que podía y embiar avisos a las villas y fortalezas, y hazer estar aparejadas en los puertos muchas naves para resistir la otra gente que viniessse.

Y tres días después que List<a>[o]rán llegó a la corte, aviendo otrosí llegado otros mensajeros de Fenusa, salió el rey Amadís al campo a ver cómo se hazía el alarde, y llevaba de la una parte al príncipe Florisando y de la otra a don Lispán. Y después que vido la gente que estava en el campo, que era razonable compañía y bien armada, dexando a Florisando y a don Falangrís y a Dinadáus, se apartó una pieça con don Lispán y dixole:

–Buen amigo don Lispán, mucho fuera alegre de vuestro compañero que se fallara a la sazón en mi casa, porque con él perdiera yo mucho pavor, y mucho soy d'él quexoso porque assí se esquivá de mí, que antes anda por las tierras estrañas y apartadas y no quiere andar por las mías y, si por ellas anda, no se me quiere dar a conocer.

–No creáis, señor –dixo don Lispán–, que Lisuarte dexa de se vos dar a conocer salvo porque es tan desconfiado en creer que sus obras no son tales que le den atrevimiento que se haga conocer por vuestro deudo, y por esto dilata su voluntad, que con este propósito nos partimos de Dacia; y creed, señor, que si él en parte está que pueda ser en esta batalla que, aunque no fuera contra él solamente, por ser en tan señalada afrenta él se vendría a poner en ella por dar mayor señal a su bondad quanto más siendo cosa que toca a vuestro real estado, por el qual bivo se meterá por la tierra cient braçadas. Yo vos seguro, señor, que si en esta batalla puede ser, que él sea el primero que ponga fierro en los enemigos y lo mantenga, y aún más, me parece que se vos no dará a conocer hasta que pase esta batalla, porque en ella querrá hazer tales cosas que con menos vergüença y mayor osadía haga esta conoscencia.

–Todo lo que me dezís creo –dixo el rey Amadís– y rescibo mucho plazer que tema tanto su honra y prescise su linaje porque haziéndolo assí cada vez pujará más su bondad.

En diziendo esto se bolvieron a los cavalleros, que pieça avía que los atendían.

¶ Capítulo ciij. De cómo un cavallero de la parte de los reyes paganos vino a desafiar al rey Amadís y de la respuesta que ende ovo.

QUERIENDO EL REY Amadís acogerse a la ciudad con sus cavalleros, vio venir un cavallero por la vía de la ciudad muy grande de cuerpo, encima ^{120r} de un gran cavallo, armado de fuertes armas y la sobreseñal de su loriga avía cárdena y madroños de oro por ella sotilmente hechos, y el escudo de la misma color sin figura ninguna; traía tres escuderos que las armas le traían, y llegando a la gente preguntó si era ende el rey Amadís. Y luego le dixerón que sí y lo guiaron adonde estava. E luego don Falangrís y don Lispán le conocieron, que era Cosdroel de Anfania, hijo de esforçado Brontaxar de Anfania de la Isla Sagitaria, que estoviera preso en poder del rey Norandel en Constantinopla, como esta historia lo ha dicho en el principio. Este era muy cuerdo y esforçado cavallero y muy privado del rey Arávigo de Liconia, el que hiziera juntar la liga de los paganos.

Pues llegando este cavallero en presencia del rey, hizo pequeño acatamiento y dixo:

–Rey, a ti vengo con mensaje de grandes príncipes. Si aquí la quieres oír, aquí te la diré.

–No es este lugar –dixo el rey– para oír embaxada de tales hombres, vámonos a la ciudad, que allá seréis oído y desembargado.

–Como mandardes –dixo él–, aunque el lugar no haze ni deshaze la bondad de aquellos que me embían.

Y el rey, como era el más honrado del mundo, queriendo antes usar de virtud y nobleza que de estados ni señoríos, tomó cabe sí a aquel cavallero y fue siempre hablando con él hasta su palacio, donde, entrados todos aquellos cavalleros, el rey se sentó en su real silla y puso su corona en la cabeça y su cetro en la mano, que con tales reales insinias los reyes acostumbraban oír las embaxadas que le traían. Los cavalleros y altos hombres de su palacio se assentaron por otros assientos. Y el rey llamó al cavallero diziendo:

–Amigo, agora podéis dezir lo por que sois embiado.

El cavallero, que Cosdroel avía nombre, sacó del seno de la sobreseñal una carta de pergamino con muchos sellos de oro muy grandes y otros de plata pequeños; y los de oro eran de los reyes, y los otros de plata eran de los grandes señores de la hueste. Y sacada assí la carta, la dio al rey, y el rey la hizo luego leer delante sí y vio que era de creencia. En ella no venía otra cosa escripta salvo los nombres de los grandes príncipes que la embiavan y la fe del mensajero, y dixo:

–Dezid a lo que venís, que de creer sois.

–Rey –dixo el cavallero–, yo desafío a ti y a todos tus amigos, vassallos y valedores de la parte del Soldán de Liquia, y del Almirante del Gran Turco, y del rey Arávigo de Liconia, y del rey de Libia, y del rey de Persia, y del rey de Media y del de la Isla Colcos, y de la parte del gigante Gromolías y de Brucalán el Bravo y de Mambulcán y de Te<r>sivandro, y de la parte del duque de la Desierta, y del señor de la Sierra Brava, y de la parte del gigante Albumazar, y de Almandrago, y de todos los otros jayanes, príncipes y cavalleros que son venidos y emplazados para venir sobre Bretaña, y yo en su nombre d'ellos todos y de cada uno en particular desafío a ti y a toda persona que tu razón mantuviere, y te mandan dezir que son aportados en tus reinos para los destruir y tomar, y que si tú eres aquel rey Amadís de quien tanta nombradía corre por todo el mundo salgas a aver batalla con ellos de

tus cavalleros a los suyos para se saber cuáles son los mejores. Y que esto te mandan dezir porque antes te querrían vencer en campo que quemar ni destruir las villas y lugares que han de ser suyos. Y que, si aquesto quieres hazer, que no harán mal a tus gentes ni lugares con tanto que des tu palabra de ser con ellos un día asseñalado en batalla, y, si no, que quemarán cuantos lugares hallaren y que en fin no podrás guarescer que no la ayas a mal de tu grado o con tu vergüença y menoscabo la escusaras. E yo, como persona menor en las fuerças y mayor en la ^{120v} enemistad, te desafío por la muerte de mi padre Brontaxar de Anfanía de la Isla Sagitaria, que tú mataste cuando fue la batalla de los reyes de las ínsolas, y nunca en cosa te podré empecer que la no haga como a aquel que desamo a ti y a todos los tuyos de coraçón por la grande destrucción que siempre has hecho en mi linaje, la cual muy presto, plaziendo a los dioses, será enteramente vengada o mi saña muy satisfecha.

Acabada esta habla que hizo este cavallero Cosdroel de Anfanía, el rey, con muy sossegado reposo, con aquella gravedad que su estado requería, le dio esta respuesta:

–No queriendo exceder los términos de responder como vós avéis hecho de mensajero, que viniendo con desafío ajeno no podedes desafiar ni aceptar desafío de vuestra parte, y así como vuestro desafío ni me toca ni me daña, más quiero como quien soy mantener la libertad de los embaxadores quedando con toda virtud y sofrimiento que la quebrantar justamente, y sería la culpa de aquessos príncipes embiar un hombre que para quien ellos son no cumplen lo que devían. Y así, dexando esto aparte, con más humildad que la soberbia de los que vos embían, digo que su desafío fue demasiado, que ya lo tenía en cargo y muy presto de les dar la batalla, mas, pues que tan orgullosos vienen, que no solamente me entran en mi tierra y la quieren destruir, más aún, deviendo ellos ser de mí desafiados ellos son los desafiadores, dezidles que yo les doy mi fe como quien soy que de oy en veinte días me vea con ellos en campo para les dar a conocer cuánta ventaja ay de la bondad de los míos a su soberbia, porque lo más será escusado embiarles a desafiar de nuevo, pues que saben que entrando en mis tierras por mis desafiados se deven tener y que así lo tengan, y que su venida yo no tengo en nada confiando en la ayuda de Dios que, como me puso por su ministro en estos reinos, así me dará ayuda que los eche fuera d'ellos como ellos merescen, pues con tan injusta demanda acá vienen; y que entretanto que dure el término de la tregua de los veinte días que como dizen estén en sus reales en esos campos de Fenusa y que yo seré ende con ellos al plazo prometido. Esta es la respuesta que doy a vuestra embaxada, y agora vos podéis ir cuando vos pluguiere.

–Bien respondiste, rey, como yo quería –dixo Cosdroel–, mas quiero replicar a lo que has dicho que yo no puedo desafiar siendo mensajero.

En diziendo esto el rey le dixo:

–Cavallero, más sois atrevido que cuerdo; no curéis más de hablar, vuestra embaxada ya la distes, la respuesta ya la tenéis, no curéis de más pláticas que son escusadas, que vuestro desafío no me valga Dios si lo tengo en una paja, y creed que en mi corte ay tales hombres que vos responderán muy bien.

Y diziendo esto el rey arrepentiose porque vio que le avía señoreado la saña. Cosdroel se despidió y dixo:

–Cual yo sea en la batalla lo fallaré.

Y entonces se partió del palacio y anduvo tanto que llegó al real que estava sobre Fenusa, y juntados todos los principales de la hueste dio la respuesta del rey Amadís, los

cuales fueron mucho alegres, porque con ellos se osava poner en el campo, dándole ya desde aquella hora por vencido y ovieron consejo que se no hiziesse más guerra ni combate a Fenusa ni a otro lugar ninguno porque pensavan que avían de vencer al rey, y que vencido y destruido, toda la gran Bretaña suya era y que por ello la no querían estragar. Y assí estaban muy alegres y fortalecieron sus reales, y sus gentes eran tantas que en aquellos grandes campos no cabían.

El rey Amadís quedó hablando con sus cavalleros en el hecho de la guerra, y esforçavolos a todos mostrando que no era de temer aquella afrenta, mas otra cosa tenía él escondida en su corazón cubierta con su gran seso.

Cada día se venían para él muchos cavalleros de sus señoríos. Los que buscavan las aventuras, sabiendo estas nuevas, las dexavan y se venían para el rey; los otros, viendo sus mandamientos espressos, se venían luego con mucha diligencia a complir su mandado. Assí que en pocos días fueron juntadas con el rey Amadís grandes compañías de cavalleros, no tanto crecidas en número como en bondad, con que el rey no solamente perdía mucha parte del pavor, mas tomava ardimiento y desseo de se ver con sus enemigos.^{121r}

¶ Capítulo ciiij. De los grandes señores que vinieron en socorro del rey Amadís.

COMO MUCHOS DÍAS avía que se sabía la venida d'estos reyes paganos y jayanes, estaban todos aquellos reyes y señores que de su venida esperavan alguna afrenta muy apercebidos y sus gentes muy aparejados, y tanto sobre el aviso que luego supieron cómo las grandes flotas de los paganos se endereçavan para Bretaña, y como todos deseassen servir al rey Amadís, luego determinaron, dexando recaudo en sus tierras, de partir con su socorro. Como los dardos de los enemigos son previstos menos suelen dañar, assí, sabiendo todos las venidas de aquestas gentes, estaban tanto a punto que de desapercebidos ni perezosos los no podían culpar. Y esto causó la gran dilación que aquestos reyes y jayanes avían hecho en su venida y de su tardança dos cosas fueron la causa. La primera que, viniendo Cosdroel de Anfanía de Constantinopla con la embaxada del Gran Turco, como en el principio de aqueste libro avéis oído, veniéndose derechamente para el rey de Liconia, tomole tal tormenta en la mar que echándolo en muy grandes peligros lo hizo aportar en la Isla sin Ventura donde a la sazón morava un muy bravo y esquivo gigante que lo prendió a él y a sus hombres, y los metió en una cruel prisión en la cual estuvo muchos días hasta que una hija que el gigante tenía, la cual, enamorándose de aqueste Cosdroel, concertando con él que la traería a su tierra, le dio manera como se soltó y con la ayuda de sus hombres mató al gigante, y tomando consigo la donzella y con su gente se metió en la mar y se fue para Liconia. Y después como las gentes eran muchas y moravan muy apartados los unos de los otros y no se podían assí ligeramente juntar ni apercebir, de manera que se passaron dos años. Todavía los infieles, perseverando en su venida y los cristianos en la resistencia a su llegada, entre los cuales aquel muy esforçado y orgulloso rey Agrajes, oyendo las nuevas de la guerra que se aparejava al rey Amadís, no olvidando el deudo y el amor que le tenía, dexando en su reino a su hijo don Floristán de Escorcía, con grande compañía de cavalleros para resistir a quien le entrasse, tomando consigo setecientos cavalleros de los mejores de su señorío y mil y quinientos peones, se partió para Bretaña con

cuya llegada por muchas causas si el rey Amadís fue alegre no es de dudar. El rey Grasanador de Bohemia tenía guerra con el rey Grodonís de Moravia, su vezino, y por ello no vino en persona, mas sabiendo que los paganos venían contra Bretaña embió a su hijo Irneo de Bohemia, quinientos cavalleros y mill peones con que serviesse al rey Amadís. El gigante Bravor, señor de la Ínsola de la Torre Bermeja, padre de aquel muy esforçado Galeote, con dozientos cavalleros de su ínsola y setecientos peones se vino para el rey Amadís. Y Giontes, duque de Cornualla, como más cerca era de Bretaña, mas en breve vino con su gente: éste traxo ochocientos cavalleros y dos mil peones. El rey Cildadán de Irlanda no pudo servir al rey Amadís porque la guerra se començó primero con él en su tierra. El rey don Bruneo no pudo dar socorro al rey Amadís por dos causas: la una por bivar muy lexos, y la otra por tener decontinuo guerra con los tártaros, gente cruel y guerrera, vezina de su reino de Aravia. Lo mismo aconteció al rey Parmíneo, que tenía grande guerra con un hijo del rey de Panonia que con el reino estava alçado, de guisa que harto tenía que entender en lo suyo. Lo ^{121v} mismo tenía Dragonís, rey de la Profunda Ínsola, con un hijo de Gasquilán, rey de Suesa, que Madarque se llamava, que como fuesse muerto el rey Gasquilán, que su amigo era, subcediendo este sobervio hijo que en el nombre y en la sobervia asemejava a su abuelo el gigante Madarque de la Ínsola Triste, y éste, como confinava con el rey Dragonís, tenía muy cruda guerra, tanto que tenía más necessidad de pedir socorro que poder para lo otorgar a ninguno, y assí estos reyes y señores no podieron socorrer al rey Amadís.

Pues del emperador Esplandián, si preguntamos, menos lo podía hazer, ca sobre su gran ciudad de Constantinopla era aportado el Soldán de Babilonia con más de treinta mil cavalleros y le tenía en grande aprieto, y moviose a esto por consejo y liga de los otros reyes, porque teniendo el emperador Esplandián guerra con tal hombre no podría socorrer a su padre, ni el padre con estotro aprieto a él, y assí cuidavan tomar la Gran Bretaña y aquel imperio de Constantinopla.

El rey de Sobradisa, aunque mucho desseasse ser el primero en el socorro del rey Amadís, no lo pudo hazer tan presto como pensava, mas ni por ello dexó de venir su socorro a buen tiempo como adelante oiréis.

Pues como estos señores aportaron en Bretaña, cada uno en diversos puertos, apartándose todos de Fenusa, que sabían que allí eran aportados los paganos y avían de aportar los principales de la hueste porque era el mejor puerto que avía en Bretaña, y salido en tierra se vinieron derechos al rey Amadís, el cual con su venida fue muy alegre y plazentero y tenía tanta gente llegada que según era escogida confiava de entrar en cualquier batalla, y assí mandó luego pregonar que dentro de tres días fuessen aparejados de partir para Fenusa, lo que luego todo fue aparejado.

El rey Amadís, despidiéndose de la reina Oriana, dexó por su guarda mayor a aquel noble cavallero Dinadáus, su primo, con el arçobispo de Contuber, assí en crescida hedad como en virtud muy acabado varón. La reina Oriana quedó muy triste con la partida del rey Amadís, viendo que iba en tan gran peligro como de aquella espantable batalla se esperaba. Con sus dueñas y donzellas se retruxo al castillo de Miraflores para tener vigilia con Adalasta el abadessa y con sus monjas, que eran de muy santa vida, que Dios ayudasse al rey Amadís contra aquellos sus enemigos. Y assí estuvo en aquel monesterio con las monjas los nueve días de las novenas sin salir del monesterio.

El rey Amadís, con sus compañías, partió de Londres y andava muy pequeñas jornadas porque la gente fuesse holgada para la batalla; y llevaba muchas tiendas y aparejos para el campo, y cada día a los caminos le salían muchos cavalleros y compañías de gentes de pie y lo seguían para ser con él en la batalla de Fenusa, donde agora lo dexemos ir por su camino y tornemos a hablar del Cavallero del Dragón, que estava mal llagado en la hermita.

¶ Capítulo cv. De cómo el Cavallero del Dragón sabía todas las nuevas de la corte en la hermita, y cómo se partió d'ella para la batalla de Fenusa.

DIZE EL AUTOR que el Cavallero del Dragón estuvo veinte días en la hermita curándose de las llagas que le avía hecho el Centauro, que tales eran que aún en este tiempo no podía cavalgar en cavallo ni tomar armas. Y estuvo ende otros diez días encubierto por guarecer del todo de sus heridas, y cada día sabía nuevas de la corte, que como no eran más de tres ^{122r} leguas de aquesta hermita a Londres muy ligero era de saber de los que passavan, mayormente de un donzel sobrino del hermitaño, que casi cada día iba a la ciudad y las nuevas que allá oía las dezía al Cavallero del Dragón, y este donzel le dixo cómo don Lispán era llegado a la corte y de la estremada honra que el rey Amadís le hazía; y le dixo la muerte del conde Gandalín y cómo los paganos tenían cercada a Fenusa, y cómo mandaron desafiar al rey Amadís y cómo el rey a los veinte días avía de aver batalla campal con ellos, y assí le dixo las gentes que con el rey Amadís eran. Y el cavallero, como su devisa del Dragón avía perdido en la batalla del Centauro, en quanto guarescía de sus llagas embió a su escudero a una villa cerca de allí, llamada Alauna, que le mandasse hazer las mejores y más fuertes armas que ser pudiessen, e siendo todo hecho y aparejado y el cavallero sano y rezió, queriéndose partir de aquella hermita, rogó al hermitaño que le diesse a aquel donzel su sobrino que lo guiasse a Fenusa, y que si quisiesse quedar con él que él lo haría hombre bueno. El hermitaño, aunque sentía mucha pena de la partida de aquel su sobrino, ovolo de otorgar viendo el gran valor de aquel cavallero, el qual le dexó allí sus acostumbradas armas que mandara hazer en Sobradisa con que tanta fama avía ganado por Bretaña, y dexándolas allí, tomó las otras nuevas y fuertes rasas sin figura ninguna, hechas a sabiendas porque por ellas más entrasse desconoscido en aquella batalla. El hermitaño, por memoria del cavallero, guardó muy bien las armas rotas y malparadas, y le encomendó mucho aquel sobrino suyo, que Evaristo avía nombre, y mandó al sobrino que serviesse al cavallero muy lealmente y que hiziesse por ser hombre bueno y que saliesse a su padre, que como buen cavallero biviera y muriera buscando las aventuras. El donzel assí lo prometió. Y el cavallero lo tomó a cargo y tomando la bendición del hermitaño, rogándole muy ahincadamente que siempre d'él hiziesse memoria en sus sacrificios y devociones, se partió con sus donzellas tomando la vía de Fenusa, por llegar antes que se diesse la batalla.

E yendo assí por su camino adelante llegando a una floresta, que Arnida se llamava, vio venir por la calçada un cavallero armado de todas armas y era grande de cuerpo y muy membrudo, que parecía en sí aver mucha fuerça, y traía otro cavallero mal llagado delante sí en un palafren y una gruesa cadena a la garganta, y cuatro escuderos a pie con él. Y el

cavallero de la floresta preguntó al otro cavallero, después de salvados muy cortésmente, que dónde hallaría al rey Amadís.

–Cabe Fenusa lo hallaréis –dixo el otro–, que ende ha de aver batalla campal con los reyes paganos que le entran por la tierra.

–A Dios merced –dixo él– que más cerca es de lo que pensava.

Y despedido d'él se dio a andar a grande priessa. Y éste era Arcalao el Gran Justador, que era uno de los mejores heridores de lança de toda la Gran Bretaña y era muy presciado en la corte del rey Amadís; y la causa porque traía este cavallero preso era porque topó a él y a otro que eran sobrinos del rey de Media, y preguntándole si era de casa del rey Amadís él les dixo que sí era, y ellos, queriéndolo prender por ello, él hizo de guisa que matando el uno venció el otro y lo llevaba preso al rey Amadís para que supiese d'él lo que bien le estoviesse.

El Cavallero de la Hermita guió su vía adelante, tanto que llegó a la Torre Blanca, que era del buen Listorán, que por tener aquella torre le llamaron de la Torre Blanca. El cavallero la miró y la vio grande y fuerte y hermosa, asentada en buena tierra, cercada de altos muros y fuertes torres, mas aquella principal era tan blanca como la nieve, de una hermosa piedra que en aquella tierra avía. El cavallero se fue a ella, y sabiendo los de dentro que de la parte del rey Amadís era, le hizieron mucha honra y sirv[i]er<i>on abastadamente de lo que ovo menester, que no faltó cosa y supo las nuevas de la batalla.

¶ Capítulo cvj. De cómo el rey Amadís iba con sus compañías la vía de Fenusa a verse con sus enemigos.

DIZE LA HISTORIA que, partiendo el rey Amadís de la ciudad de Londres con grandes campañas como avéis oído, acordó de andar ^{122v} de mucho espacio porque las gentes y cavallos fuessen holgados. Cada día andavan dos o tres leguas, y como las jornadas no eran muchas, llegaron tres días antes que el plazo fuesse acabado, dos leguas de sus enemigos. El rey hizo sentar su real cabe una ribera de muy dulce agua y en tierra llana, y lo hizo fortalecer de muy grandes cavas y barreras. Los enemigos hizieron lo mismo, que sabiendo que el rey Amadís estava cerca d'ellos, aunque fortalecidos tenían sus reales, mucho más lo hizieron estonces y pusieron grandes guardas y muchas espías assí de la una parte como de la otra. El rey Amadís estuvo un día y medio cabe aquella ribera holgando y descansando y la gente toda reposando del trabajo passado del camino, y cada uno aparejava sus armas y cavallos para la señalada batalla que atendían.

E luego mandó el rey Amadís alçar el real y partieron de allí, y fueronse a poner a media legua de sus enemigos y bastecieronse de grandes palenques y estancias, cavas y barreras, y el rey Amadís embió a Ladasín el Esgrimidor al real de los paganos a assentar la tregua por el otro día, el cual fue al real de los infieles y halló los reyes paganos y otros grandes señores y gigantes en la tienda del Soldán de Liquia, que le estaban jurando de le tener por s<o>[e]ñor en aquella batalla y se regir por su cabeça y hazer su mandado, los cuales oyendo la embaxada del rey Amadís la otorgaron luego.

Ladasín, cuando vido la muchedumbre de cavalleros que cubrían los campos y la ferocidad de los gigantes, mucho fue espantado y en su corazón lloró la perdición del rey Amadís su señor, que él bien creyó que no podría turar poco ni mucho contra aquellas grandes huestes, y porque no desmayassen los de su parte lo desmulló y calló en su corazón, aunque d'ello sentía grande lástima. E bolvióse al rey y dióle las nuevas que traía del despachado, y tomando al rey aparte le certificó del grande y extraño poder de los enemigos. Mas el rey le mostró que los no temía y tenía fiança en Jesucristo, que Él le daría la victoria contra aquellos enemigos de su ley.

–Assí plegá a él –dixo Ladasín– por su infinita misericordia.

E assí passaron aquella noche hablando en cosas de la batalla, y aquel día en la tarde llegó Orsil el Casto y otros cinco cavalleros con él, sus parientes, con que el rey fue muy alegre, que todos eran buenos y escogidos. Y el Cavallero de la Hermita estava en la torre con sus donzellas y era muy bien servido y honrado, que la dueña, mujer de Listorán, lo hazía servir muy honradamente.

Pues estando assí, llegaron a la torre dos sobrinos de Listorán que traían nuevas de su tío a la dueña de cómo quedava con el rey Amadís en el real para ser en la batalla. La dueña fue mucho triste con aquellas nuevas y preguntó a los sobrinos de su marido que cuándo se daría la batalla.

–Después de mañana –dixeron ellos–, que es el día señalado.

–¿Pues que vos parece que será? –dixo la dueña.

–No sabemos –dixeron los sobrinos de su marido–, ca todo es en la mano de Dios, mas lo que a todos parece que saben el poder de los enemigos es que será perdida la Gran Bretaña y el rey con sus altos hombres, porque para un cavallero del rey Amadís ay veinte de los paganos sin otros muchos y bravos gigantes.

La dueña se quexava mucho y avía gran cuita con aquellas nuevas. El Cavallero de la Hermita la esforzó diziendo:

–Señora, tened fiança en Dios, que nunca desampara los suyos, endemás a este noble rey Amadís, que tam bienaventurado lo ha fecho desde el día que nació hasta oy; y no creades que querrá Dios que pierda su honra ni que sus señoríos sean en poder de aquellos perros malvados, porque, aunque ^{123r} las gentes paganas sean en mucha mayor cantidad que los del rey, no devemos tanto mirar la multitud de los muchos como la bondad de los pocos, y pues en casa del rey Amadís ay los mejores y más presciados cavalleros que en todo el mundo, creed que aunque mucho menos sean en el número que los enemigos en bondad virtud y esfuerço les tienen mucha ventaja; aunque los contrarios muchos más fuessen el rey con la virtud de los suyos sobraría y vencería como lo ha hecho en otras afrentas no menores que ésta.

Mucho fue la dueña consolada con lo que el cavallero le dezía, diziendo ella:

–Según esso, buen cavallero, ¿no dudaredes de ser en la batalla?

–Assí me valga Dios –dixo él– que dezís verdad, que ni la temo ni la dudo, y que si Dios no me estorva en ella tengo de poner mi pobre persona con rica voluntad de servir al rey Amadís, que me dizen ser el mejor y derecho rey del mundo.

–Assí es verdad –dixo ella–. ¡Dios vos quiera guiar y guarde como vós desseáis!

Entonces los sobrinos de Listorán dixeron al cavallero que si a la batalla quería ir que ellos le tendrían compañía, que allá avían de bolver para guardar a su tío Listorán y a su hijo Graval de la Torre Blanca.

–Mucho seré ende alegre –dixo el cavallero.

–Pues muy presto será –dixeron ellos– tanto que reparemos nuestras armas.

Entonces el cavallero rogó a la dueña de la torre que quedassen sus donzellas en su compañía y guarda hasta que la batalla fuesse acabada. La dueña lo otorgó muy de grado y él gelo agradesció mucho, y rogó a las donzellas que quisiessen ende quedar. Ellas gelo otorgaron, llorando de sus ojos por el peligro en que se iba a meter. Lo mesmo mandó el cavallero a Urgandín, que quedasse en la torre con las donzellas porque por él no fuesse conocido. Urgandín, viendo que para aquella gran batalla le sería la mayor honra del mundo ser armado cavallero, confiando más en la virtud de su señor que en los servicios que le avía hecho, se le hincó de rodillas delante diziendo:

–Señor, no mirando a mis pocos servicios mas a vuestra gran bondad, vos quiero demandar una merced.

El cavallero lo levantó diziendo:

–Amigo, di lo que quieres, que grave será la cosa que tú me pides, que si la puedo aver que te la no otorgue.

Urgandín le besó las manos pidiéndole que le armasse cavallero para que en comienço de su cavallería entrasse en aquella famosa batalla. El cavallero estuvo pensando un poco y, mirando todas las cosas muy bien, nenbrose de las grandes honras que de Urganda avía rescebido y de los leales servicios de Urgandín, y que no tenía razón de le negar lo que le pedía, y movido con grande amor lo abraçó diziendo:

–Amigo en tiempo que yo estuviera con más descanso y plazer holgara yo de te armar cavallero, y bien sabes que mañana ha de ser la batalla y es necessario que veles primero las armas y tengas vigilia en una iglesia.

–Verdad es –dixo Urgandín–, mas yo he visto oy el verdadero cuerpo de Dios, si a Él plugo que de la vigilia de las armas me escusa.

–Bien está –dixo el cavallero.

Entonces fuesse a la dueña y dixole:

–Señora, hazedme merced de unas armas para armar a este donzel cavallero, que yo vos seguro que él os lo sirva en lo que le mandardes y yo otrosí en lo que vos pluguiere, porque este auto me toma en parte que si vós nos faltáis no podrá este escudero conseguir fin de su desseo.

–De buena gana –dixo ella– lo haré, ca buscaremos las mejores en la cámara de las armas de mi marido o de mi hijo.

Y estando en esto llegaron a la puerta del castillo dos enanos grandes y feos, el uno encima de un rocín fuerte, y delante sí traía dos líos, y el otro enano venía sobre un ca<n>[v]allo blanco muy hermoso, y llamaron a Urgandín, el cual, llegando a ellos, le dixeron:

–Toma este lío de paño blanco y en estas armas serás cavallero, ca tu tía te las embía, y estotro lío darás a tu señor, y que con estas armas entre en la batalla.

En diziendo esto Urgandín tomó los líos de las armas y los puso en tierra. El otro enano se apeó del cavallo blanco y tomándolo de las riendas lo dio a Urgandín para que en él entrasse en la batalla, y cavalgó luego en las ancas del rocín del otro enano, y dándole del

açote desaparecieron con mucha ligereza. Y luego Urgandín llevó los líos de las armas a do estava su señor y, desembolviendo el lío del paño blanco, sacó una loriga ^{123v} blanca como la nieve y un yelmo blanco y limpio, y la sobreseñal de la misma color trenada de oro, el escudo grande y el campo de plata sin figura ninguna, y una espada muy rica y escogida. E con tales frescas armas fue armado cavallero Urgandín por manos de su señor, que en bondad en el mundo par no tenía. E si de alto hombre tomó la orden de cavallería, altamente la mantuvo, ca fue muy señalado cavallero.

Y esto hecho luego se despidieron de la dueña, y el Cavallero de la Hermita hizo llevar a Evaristo su donzel el lío de las armas que Urganda la Desconoscida le avía embiado delante de su palafrén, y mandó a uno de los escuderos de la donzella estraña que acompañasse a Urgandín, el novel cavallero. Y con los sobrinos de Listorán se partieron de la Torre Blanca y andovieron tanto que antes que amanesciesse vieron el real del rey Amadís con muchas tiendas y tendejones puestas en tal orden que era muy hermosa cosa de ver, y subieronse en un otero y vieron el real de los paganos, que tan grande era como si todo el mundo allí estoviera junto. Y después que todo lo ovieron mirado, estovieron hablando grande pieça, y el Cavallero de la Hermita y el novel acordaron de dormir aquella noche en el otero. Los sobrinos de Listorán se fueron al real del rey Amadís a dar las nuevas a su tío de lo que les avía mandado. Aquella noche, como era la postrera de la tregua, toda la gente de los reales era muy ocupada, mas era en diversas maneras. E los paganos hazían grandes fiestas y plazeres dando tan grandes gritos de alegría que en el real de los cristianos sonavan muy claramente, haziendo muy grandes alegrías teniendo por cierto que toda la Gran Bretaña era suya, pues el rey Amadís osava entrar con ellos en campo. Los principales de la hueste eran juntos en la tienda del Soldán de Liquia, y passavan la noche en mucho plazer aviendo ya entre sí partido los señoríos que avían de tomar: al gran Soldán de Liquia le avía cabido por suerte la Gran Bretaña y Gaula; al almirante del Gran Turco la pequeña Bretaña; al rey de Liconia todo el señorío del rey don Bruneo, que avía sido de su padre; al rey de Persia [y] de Media la Montaña Defendida y toda la tierra que el emperador de Constantinopla le avía tomado; al rey de Libia el reino de Irlanda; y al rey de la isla Colcos el reino de Escocia; al gigante Brucalán el Bravo Noruega; y al gigante Mbulcán y a Gromalías su sobrino el reino de Bohemia con las tierras que avían quedado del gigante Panorante; y al gigante Almandrago el reino de Cerdeña; al gigante Albumazar el ducado de Cornualla; e al gigante Dramirón de Anconia, que esperaba la isla que de su padre avía sido, y la ínsola de la Torre Bermeja y de Mongaça. Assí que a todo otro alto hombre o isla o ciudad o castillo le avían dado y tenían la firma d'ello. Y assí estaban muy alegres confiando en su muchedumbre de gentes, que ya creían que lo tenían en la mano.

E los del real del rey Amadís hazianlo de otra suerte, que todos aquella noche juraron como buenos y leales cavalleros de no desamparar al rey su señor en aquella batalla, antes morir todos como buenos y echar a su poder a los enemigos fuera de la tierra, y mantener la honra de su señor en la alteza que siempre avía estado. Y confessaronse de sus pecados devotamente con muchos frailes de orden y otra mucha clerezía, que por mandado del rey Amadís allí eran venidos. Y acogidos en sus tiendas reposaron lo que de la noche quedava, porque para tal batalla como atendían mucho menester les era estar holgados, según la grandíssima ventaja les tenían los enemigos.

El rey Amadís aquella noche se confessó a un santo hombre de todos sus pecados. Lo mismo hizieron el rey Agrajes y Florisando que con él posavan, de guisa que assí grandes como pequeños todos se confessaron con mucha devoción y estaban contritos esperando el día venidero en que tanta crueldad de muertos y llagados esperavan de ver y de passar.

¶ Capítulo cvij. De cómo fueron repartidas las hazes del rey Amadís y assimesmo de los contrarios.^{124r}

AL OTRO DÍA dize el autor que, antes que el alva rompiesse, el rey Amadís fue levantado y hizo tocar las trompetas y atabales que era señal de la batalla. E luego los cavalleros fueron todos aparejados y armados muy a punto. El rey oyó missa en su tienda en rompiendo el alva, e un obispo le bendixo las armas y él se armó d'ellas, que nuevas y frescas eran, las cuales mandara hazer para aquella batalla. E mandó a Angriote de Estraváus y a Listorán de la Torre Blanca y a Ladasín el Esgrimidor y al rey Arbán de Norgales, cavalleros ancianos que mucho sabían en batallas, que repartiessen la gente en batallas como mejor les pareciesse, ca muchas vezes lo avían visto y platicado. Pues cumpliendo estos cavalleros el mandado del rey, hizieron de toda la hueste cinco hazes. La primera dieron al gigante Bravor y a Galeote su hijo, y con su gente le rehiziera dos mil cavalleros. La segunda haz dieron a Giontes, duque de Cornualla, que otrosí llevaba dos mil cavalleros, y llevaba a las espaldas ballesteros y arqueros a cavallo que bien serían ochocientos. La tercera haz llevaba aquel esforçado rey Agrajes de Escocia, en que ivan tres mil cavalleros y los que les aguardavan era su hijo Persián de Escocia y Irneo de Bohemia. Languínez del Lago Ferviente y Pantasileo y Ragel de Gaones y Lorgades su hermano y Danayelfe, cinco cavalleros muy señalados de casa del rey Amadís. La cuarta ovo aquel famoso príncipe Florisando, en que ivan tres mil cavalleros y a sus espaldas muchos ballesteros y arqueros, y por sus aguardadores ivan Rolandín el Músico, y Rodualdo y Mancifloro y Antenedor [y] Sanaminel, hijos del duque de Ancona, cavalleros todos de gran hecho de armas. La quinta haz ovo el rey Amadís, en que avía cuatro mil y quinientos cavalleros muy presciados, y con él ivan por sus aguardadores los mejores cavalleros de su casa: Coroneo y Florinel, Falangrís, don Lispán de Monjaste, Ladasán su hermano, los hijos de don Galaor y Gualdín de Bristoya y Leonil su primo, Marcival el Grande y Aviés de Sansueña y Odoardo, que la seña real llevaba en sus manos. E mandó luego el rey Amadís que el rey Arbán anduviesse sobresaliente de una parte con su hijo Esquilán el Membrudo (éste era el cavallero que guardava la Fuente de los Cedros, como avéis oído, y a esta sazón era ya conocido con el rey su padre y era de los señalados cavalleros que ende ivan), e con Orfil el Casto y Troleán el Sobervio y Anfrián de Cerdeña, Treontes, Ateoclo su hermano, Teodosín y Melandro, todos cavalleros de gran bondad, e con estos ochocientos cavalleros que andoviessen por las huestes donde viessen que más era necesario. Y el mismo cargo dio a Angriote de Estraváus, que tomando consigo a Melián el Roxo y a Arcalao el Buen Justador y a Dromoleo y a Madrosel de la Cuadra y Almanceo el Fuerte y Agriscayo y a Florindín, hijos del conde de Urlanda, todos de muy alta prez de armas, que con más cuatrocientos cavalleros anduviesse por otro escuadrón de las batallas a proveer en lo necesario.

Y después que estas hazes ivan assí ordenadas cada una a su parte, Ladasín y Listorán se fueron a poner en la delantera con el gigante Bravor, porque, aunque la hedad avían de viejos, el orgullo y ardimiento era de mancebos. E luego otrosí el rey mandó a cient pajes andar por el campo con cient cavallos muy buenos para acodir a do fuesse menester. E assí con esta ordenança se ivan su passo a passo contra los enemigos.

Los contrarios avían partido sus gentes en doze batallas muy grandes. La primera ovo el Soldán de Liquia, que mancebo era y esforçado y ganoso de ganar honra; éste llevaba cuatro mil cavalleros y arqueros, y tomó ^{124v} la primera batalla porque Bretaña le avía cabido en suerte. La segunda haz llevaba el Almirante del Gran Turco con otros tantos cavalleros de Turquía bien armados. La tercera haz llevaba el rey Arávigo de Liconia con su gente, que eran tres mil cavalleros. La cuarta haz ovo el Rey de Libia con cinco mil moros, mas por ellos podemos dezir que ivan mejor encavalgados que armados. La quinta ovo el rey de Colcos con dos mil cavalleros y mil y quinientos flecheros. La sexta haz ovo el rey de Persia con tres mil y dozientos cavalleros. La séptima ovo el rey de Media con cuatro mil cavalleros. La octava ovo Cosdroel de Anfanía con toda la gente de la Isla Sagitaria, parientes y allegados de su padre Brontaxar, que todos eran dudados cavalleros como aquellos que decendían de sangre de gigantes; éste llevaba mil y quinientos cavalleros y tres mil arqueros. La nona haz ovo el gigante Brucalán el Bravo con su hijo el gigante Geolardo con sus sobrinos Fil<e>[a]sarfo y Molento y dos mil cavalleros de Turquía. La décima ovo el gigante Mabulcán y con él Gromolías, hijo del gigante Panorante que Florisando mató en Roma por librar la duquesa de Ferrara y a sus fijas, y con él ivan el jayán Tesivandro y Albumazar, que eran muy espantables gigantes, con dos mil cavalleros y mil arqueros a las espaldas. La onzena ovo aquel muy espantable gigante Almandrago, que veinte y cinco años avía que no tomava armas porque no hallava con quién lidiar: tanto era temido y dudado; con él ivan Zoandro, duque de la Desierta, y Focias, señor de la Sierra Brava, ambos gigantes, y con estos llevaba entre cavalleros y arqueros cuatro mil. Y la dozena haz llevaba el gran Taborlán de Siria con cinco mil cavalleros muy escogidos, afuera otra gente que quedava en el real y en las flotas, que creed que era tanta muchedumbre que se no podía contar.

¶ Capítulo cviiij. En que se cuenta de las armas y devisas que los cavalleros de ambas las partes sacaron en esta batalla.

SIENDO ASSÍ LAS gentes de los paganos repartidas d'esta manera, siguiendo todos la vandra del soldán, que la delantera llevaba, començaron de se mover del real contra los cristianos, y era hora que el sol salía muy resplandesciente, y el resplandor de las armas era tal que los que estaban de fuera se les turbava la vista y, por cierto que, quien cuidasse de tener potencia ni saber para escrevir las armas y devisas que aquel día se sacaron en la batalla, más por hombre atrevido que sesudo se podía llamar por más que las mientes todas en ello pusiesse y lo viesse no podría tener memoria de la menor parte, y como yo esto conozca por imposible, dexando lo general como cosa que aunque toviessse dos mil

lenguas sabidas y dezidoras lo no podría escrevir, vos diré [lue]go de las armas que los más señalados cavalleros sacaron en esta batalla.

Sacó primeramente de los contrarios aquel Soldán de Liquia unas armas ricas y de gran valor, las sobrevistas y señales de oro sembradas de flores de lis bermejas con muchas perlas y piedras de gran valor; el escudo avía grande y el campo de oro, y en él figurada una brava onça que desgarrava un cavallero con sus uñas, y las orlas eran de mucha pedrería como aquel que en su tierra las avía más que en ninguna otra parte. Este soldán era mancebo y cruel cavallero, y por muestra de su crueldad traía por devisa la onça, que es brava y cruel alimania, mostrándose cruel vengador de la muerte del Soldán su padre, que murió en la Ínsula de Mongaça.

El Almirante del Gran Turco ^{125r} sacó unas armas muy reluzientes como un espejo claro, cubiertas de una sobreseñal pardilla con bueitres de plata en ella figurados y assimismo en el escudo, con que iba muy señalado.

El rey de Liconia venía sobre un grande cavallo y armado de todas armas; la sobreseñal de verde oscuro, la cual color traía desde la muerte del rey Arávigo su padre, que murió en el cerco del rey don Bruneo; y el escudo avía negro sin riqueza ninguna con una rueda de fortuna allí figurada.

El rey de Libia traía las armas cubiertas de sierpes verdes menudas sobre campo de oro, y el yelmo, lo medio dorado y lo medio blanco.

El rey de Persia traía las armas todas bermejas, y las sobrevistas y señales sin otra color ninguna, de manera que quien lo no conocía le llamava el Cavallero Bermejo.

El rey de Media traía las sobreseñales de las armas y sobrevistas del cavallo cuarteadas de verde y azul sembradas de caracoles de oro; el escudo traía raso y sin figura ninguna, salvo que avía el campo indio.

Cosdroel de Anfanía traía en su escudo un sagitario figurado muy sotilmente, hecho sobre el campo de plata. A de notar que era señor de la Isla Sagitaria, donde primeramente se dize aver los sagitarios. La color de su sobreseñal era negra y vandada de verde.

El gigante Brucalán era armado de fuertes armas y muy limpias, sin sobrevista ni señal, que iba más de provecho que de riqueza; traía un escudo muy grande de azero al cuello que mucho reluzía y una gran maça de hierro, y con su grandeza sin más devisa iba muy señalado.

Y el gigante Mambulcán y Gromolías ivan de una devisa como eran de un deudo, que Mambulcán era hermano del gigante Panorante, padre de Gromolías, y entrambos eran venidos en Bretaña para se combatir con Florisando sobre la muerte de Panorante. Estos traían muy fuertes y pesadas armas, como aquellos que eran de muy grandes y desemejados cuerpos y fuerças. Traían las sobrevistas y señales blancas cubiertas de bívoras negras con pintas de oro coloradas. Los campos de los escudos de plata y la misma devisa, dando por ella a entender que assí como las tales serpientes a los que muerden sus bocados son mortales con su ponçoña, que assí a los que con ellos se combatían sus golpes eran de muerte, y no era mucho menos el hecho de la devisa, porque eran de los más señalados cavalleros de toda la hueste.

E luego aquel famoso gigante Almandrago, que de cuerpo era mayor que ninguno de todos los otros gigantes un grande pie, era de hedad de cuarenta años. No avía gigante que con él se osasse combatir aviendo noticia de quién era. Era embuelto en carnes, mas

no mucho, y junto con su grandeza y pesadumbre no avía cavallo en todo el mundo que armado lo truxiesse, y por esto andava en una muy grande y fuerte carreta, la cual tiravan cinco poderosos cavallos, y él venía encima armado de unas grandes hojas de azero que hasta las ingles le cubrían, lo más del cuerpo avía cubierto de otras armas: traía un yelmo que resplandecía como el sol y un escudo de tanta grandeza que d'él se podrían hazer dos muy grandes escudos para cavalleros que gigantes no fuessen. El campo avía amarillo y la muerte en él figurada muy fea, y esto traía por devisa porque nunca dio vida a cavallero ni a gigante que con él se combatiessse, y assí iva este espantable gigante más señalado que ninguno de la hueste.

El Gran Taborlán de Siria no sacó devisa ninguna en las armas ni riqueza porque, como fuesse crecido en días y en el seso, más quiso armas de bondad que de hermosura.

Y estas son las armas que sacaron los capitanes de los paganos, que de los otros cavalleros según su infinidad no ay en el mundo quién solo pensar lo pueda.

Y pues vos avemos dicho las armas de los contrarios, agora vos diremos algo de las armas del rey Amadís y de algunos de su hueste.

Primeramente el rey Amadís se armó de unas muy fuertes armas nuevas, hechas a semejança de las que él traía cuando salió de la Peña Pobre y entró en la batalla de los ciento por ciento, ca avía mucha affición a aquellas armas porque con ellas avía ganado mucha honra, assí en la batalla de los gigantes Famongomadán y Basagante su hijo como en la batalla que ovo con el emperador de Roma y el rey ^{125v} Lisuarte, como la cuarta parte d'esta historia os lo ha dicho. Llevava un yelmo rico broslado de oro y camafeos blancos de gran valía por él sembrados y su rica espada verde ceñida, tan señalado entre los suyos como una caudal águila entre las aves.

El príncipe Florisando sacó para esta batalla sus muy ricas armas de bondad, las cuales tomó al jayán Brutervo de Anconia y a sus hijos; llevava sobre el arnés una señal de seda india cubierta de delfines de oro.

El rey Agrajes iva fuertemente armado, no quiso mudar sus armas ni devisa.

El rey Arbán llevava sus armas pardillas, que lo mismo no las quiso mudar.

Giontes, duque de Cornualla, iva muy bien armado sobre un gran cavallo que en la hueste avía pocos mejores; éste sacó las sobrevistas y señales de azul y verde texidas en ellas piñas de oro menudas, el campo del escudo de las mismas colores.

El gigante Bravor no quiso mudar sus armas, que eran una torre bermeja y dos leones negros aspados que la querían sobir, y estas eran las armas de su linaje; avía el yelmo negro, y, como entre los cavalleros del rey Amadís no avía gigante ninguno, éste iva muy señalado con su grandeza <iva muy señalado>.

El esforçado Galeote, su hijo, llevava las armas doradas assí el yelmo como el escudo, sin figura ninguna y, según lo que hizo en la batalla, bien respondió su bondad a la color y valor de la devisa, y iva tan señalado que todos en él paravan mientes y le llamavan el Cavallero Dorado.

Don Falangrís salió con muy hermosas armas, las sobrevistas y señales de seda pavonada con muchas aves verdes texidas con oro, el campo del escudo avía amarillo y una hermosa donzella en él figurada. Y esta devisa traía él por memoria de aquella hermosa Flayanda, hija del rey de España, por cuyos amores era muy penado.

E Aviés de Sansueña traía las armas leonadas y culebras de oro enroscadas por el escudo.

Don Lispán no mudó sus armas, que eran llamas de fuego bivas por el escudo, y así iba tan señalado que parecía arder en fuego, y en verdad que en él ardía su corazón por amores de la hermosa Castinalda, hija del rey Norandel, que desde el día que la vido en Constantinopla la amó de muy fuerte amor y le crecía más a la sazón, ca se vía cavallero de valor para servir a cualquier donzella del mundo, y avía en sí gran cuita por no estar en parte que le pudiese notificar sus desseos.

Su hermano Ladasán traía las armas blancas como de novel cavallero, aunque en la bondad anciano era; avía las sobrevistas y señales partidas a dos colores, la mitad de azul claro y la otra de verde oscuro, texidas todas de cadenas y grillos de oro, y esto tomó por devisa dando a entender la prisión de su libertad por amores de la hermosa Galianda, hija del rey de Bohemia.

Aquel valiente Odoardo era armado de fuertes armas, la sobreseñal de fino rosado y el escudo cárdeno con dos salvajes en él figurados, el uno de oro y el otro de plata, y así armado llevaba la seña del rey que aquel día, nembrándose el rey Amadís del muy presciado don Grumedán, su padre, cuánto su amigo avía sido y cuán lealmente avía servido al rey Lisuarte, y mirando otrosí el gran valor y bondad de Odoardo, como en todo parecía a su padre y que así lo sería en el oficio, y hizolo aquel día alférez mayor de la Gran Bretaña y le mandó entregar su real seña, y en verdad que de otra mayor era merescedor. E así hazía él aquel oficio que ningún hombre lo podía fazer mejor en la Gran Bretaña.

Y Persián de Escocia sacó armas cárdenas y pardillas sin figura ninguna, y por él podemos dezir que iba más fuerte que fermoso.

Coroneo ni Florinel no mudaron sus armas, ni otrosí Irneo de Bohemia ni Languínez del Lago Ferviente no mudaron las suyas.

Los otros cavalleros, amando más las armas antiguas que las nuevas, no curaron de mudar las acostumbradas, y cuáles sean de algunos d'ellos las avéis visto en esta historia.

De los otros cavalleros no diremos nada porque la larga y prolixa escriptura no enoje los leyentes, baste que todos ivan muy señalados así en las armas y devisas como en bondad de los coraçones.

Y así con estas armas, que con los rayos del sol se hazían muy claras, su passo a passo guiaron contra los enemigos, los cuales assimesmo venían aparejados para ellos.^{126r}

¶ Capítulo cix. En que se cuenta de las armas con que entró Lisuarte en la batalla, y de la cruda y brava pelea que fue entre el rey Amadís y los paganos.

OÍDO AVÉIS CÓMO aquel esforçado Lisuarte, no se queriendo dar a conocer en el real, alvergó aquella noche en el otero con Urgandín el Novel y sus escuderos. Agora sabed que, tanto que amanesció, Lisuarte fue luego levantado como aquel que los cuidados y mortales desseos de su señora lo no dexavan dormir de reposo. Desembolvió el lío que los enanos avían traído y halló un rico y hermoso yelmo cubierto de cruces bermejas sotilmente hechas, y las orlas doradas y algunas esmeraldas verdes por ellas, y un escudo grande y muy fuerte avía el campo blanco, y una águila negra con una corona en la cabeça en él figurada y en las manos tenía una grande cruz † bermeja y una rica sobreseñal de se-

da jalde muy fina senbrada de águilas negras menudas y coronadas brosladas de oro y de aljófar, y abrochavanse en ojales de plata con cuerdas de seda travadas con oro. E viendo Lisuarte las tales armas, quitó luego su escudo y yelmo y vistió la sobreseñal y ceñió encima su muy rica y presciada espada, y puso el rico yelmo en la cabeça y echó el escudo de la cruz † al cuello con la tal devisa, que mejor que ella no podía ser en el mundo. Y armado assí de sus ricas armas y el Novel Cavallero de las suyas, que eran como avéis oído, dexando los escuderos en la floresta y viendo que las batallas se ivan llegando las unas contra las otras, se abaxaron del otero ayuso a lo llano, y tanto ivan pareciendo apuestos que todos paravan mientes en ellos. Las hazes de la una y otra parte estavam quedas para romper al son de las trompetas. Y el Cavallero de las Cruces y el Cavallero Blanco se pusieron en medio de las hazes y eran de todos muy mirados. E viéndoles los paganos las devisas de las cruces, por enemigos los tovieron, que de antes no sabían a quién ayudarían.

Y en aquella hora llegó aquel muy presciado cavallero don Gandales, hijo del conde Gandalín, que aviendo dado el don a la donzella que lo avía sacado de la corte del rey Amadís, bolviendo a Londres supo las muy tristes nuevas del conde su padre, y viendo al rey Amadís su señor en tan grande afrenta, no quiso dexar de le servir en ella. Y dexando sus acostumbradas armas y devisa del tiempo del alegría tomó otras semejantes al tiempo en que estava, y vestió negra sobreseñal de las armas y el escudo otrosí negro sin figura ninguna y el yelmo de aquella mesma librea, de guisa que todo iba de aquesta color, por la cual le llamavan el Cavallero Negro, y juró de la no quitar hasta que la muerte de su padre vengada fuesse. El rey Amadís lo rescibió muy bien y le consoló algo de su pasión, y le mandó que fuesse otrosí uno de sus aguardadores.

Y luego el rey Amadís, encomendándose a Dios, mandó tocar las trompetas muy reziamente. E los contrarios tocaron también muchas trompas y flautas y añafles, que parecía que todo el mundo se hundía. Y luego las hazes que llevavan la delantera començaron de se mover. El Cavallero de las Cruces, que en medio de las hazes estava, con su compañero puso ojo en la batalla de los contrarios y vido a aquel muy fuerte y esforçado soldán en la delantera de su gente con un cavallero cabe sí. E aunque no lo conosció, por quien era en la riqueza de las armas le pareció que devía de ser algún gran señor, y, queriendo ser él el primero que hierro pusiesse en la batalla, antes que las hazes se juntassen, tomando de la mano al Novel Cavallero le ^{126v} dixo:

–Buen amigo, ¡vamos a ferir en aquellos dos cavalleros que nos atienden!

Y assí era verdad, que el soldán, viendo a aquellos dos cavalleros estar en medio de las hazes, pareciéndole que devían ser de grande hecho pues tan estremadamente venían armados y querían la primera justa, y tomando este cormano consigo, que era un cavallero tan señalado que en sus señoríos no lo avía mejor, passosse delante los suyos por recibir los primeros encuentros.

Pues estando assí los dos cavalleros de una parte y los dos de la otra con un mismo deseo, y antes que las hazes se juntassen, hirieron los cavallos de las espuelas y llegaronse a encontrar de muy gran fuerça, de manera que el soldán quebró su lança en muchas piezas en el escudo de la cruz. Y el Cavallero de las Cruces le encontró tan fuertemente que el escudo y la loriga le pasó y rompió las carnes, y llegó el hierro al corazón de guisa que luego cayó muerto delante de todas sus gentes. El Cavallero Novel se encontró con el cormano del Soldán tan fuertemente que quebraron ambos las lanças y toparonse de los cuerpos y

escudos, de guisa que el cormano del soldán fue a tierra muy atordido y el Novel Cavallero passó adelante, y juntándose con el Cavallero de las Cruces, cubiertos de sus escudos y las espadas en las manos, arremetieron a los enemigos, que muy apressurados venían por vengar la muerte de su señor.

Y luego aquel muy esforçado gigante Bravor con el bueno de Galeote su hijo, Ladasín y Listorán y Graval, su hijo, con la más gente de la haz rompieron en los enemigos, y de aquella llegada, como todos eran buenos, fueron muchos cavalleros a tierra, d'ellos muertos y otros llagados, y los cavallos sueltos por el campo sin señores. Aquí murió el cormano del soldán de los pies de los cavallos. Y Bravor entró muy bravo y sañado por socorrer al Cavallero de las Cruces, que en medio de los enemigos andava matando y heriendo a todos los que delante si hallava, y con la entrada de Bravor y de su gente fue la haz del soldán rota y partida en dos partes y los más de los cavalleros muertos y llagados, ca este gigante Bravor era muy señalado cavallero y cuerdo capitán, y llevaba en su batalla como avía de ser la primera muy buenos y señalados cavalleros, lo que bien podedes creer, donde ivan Galeote su hijo y aquel sobre todos estremado Cavallero de las Cruces. Pues del Novel Cavallero vos digo que hizo tanto aquel día que su bondad fue tan publicada que, aunque nunca más armas truxiera, ganado avía honra para toda su vida, assí que en él fue muy bien empleada la cavallería. Pues lo mesmo digamos de Graval de la Torre Blanca y de Listorán su padre y del bueno Ladasín el Esgrimidor. Y estos todos hizieron tales cosas que los contrarios fueron desmayados como aquellos que no tenían capitán que los esforçasse ni regiesse, y perdían mucho campo muriendo muy miserablemente, lo cual viendo el Almirante del Gran Turco, con su poderosa gente entró luego en la batalla, y con su venida fueron reparados los vencidos, y como venían de refresco y los otros eran cansados del pelear no solamente resistieron, mas cobraron el campo que perdido avían. Aquí podríades ver maravillas de ambas partes: aquí señalados golpes de cavalleros, especialmente del Cavallero de las Cruces, que a los que alcançava con su espada de muertos o tollidos no faltavan, assí que por donde iba le davan todos lugar, mas era bien menester que la batalla era brava y muy desigual, que los paganos eran muchos más y holgados, mas ni por ello los cavalleros del rey Amadís no mostravan punto de covardía, mas peleavan muy esforçadamente matando y heriendo los que delante sí hallavan.

A esta hora aquel esforçado Galeote se topó con el Almirante del Gran Turco y comenzaron de se combatir bravamente, mas la batalla turó poco que, heriéndolo Galeote de toda su fuerça por un ombro, que le cortó las armas y la carne y los huessos, de guisa que el braço con el escudo le quedó colgado en un poco de las armas y de la carne y cayó a la otra parte.

El Novel Cavallero hazía maravillas aguardando al Cavallero de las Cruces, que con su espada en la mano, tinta de la sangre, acabava de matar el sobrino del soldán, que duque era del Tenado, y assí discurría por ^{127r} las hazes siguiéndolo aquel gigante Bravor con una hacha de azero muy grande a dos manos que no hería a cavallero en lleno que en tierra lo no echasse. De manera que juntándose ambos, recogiendo los más cavalleros de los suyos que pudieron, dieron tan rezio en los enemigos que los llevaron de rendón hasta la batalla del rey Arávigo, el cual, con muy grande denuedo y ardimiento como aquel que era de los mejores cavalleros de los paganos, arremetió con su gente para los enemigos y al primero que halló delante fue al Novel Cavallero, y hiriolo tan duramente que el escudo y loriga

le falsó y le llegó a la carne, mas muy poco. E luego el rey Arávigo començó a dar muy grandes bozes diziendo: ¡A ellos, mis cavalleros, no quede ninguno a vida! Y metiose luego por los cristianos como lobo ravisoso, que no alcançava cavallero que no le hiziesse gustar la muerte. Su gente lo hazía de manera que, aunque el Cavallero de las Cruces y Bravor y Galeote estaban delante de los suyos dando muy grandes golpes, amparándolos y matando muchos de sus enemigos, como eran pocos y muy cansados y los otros muchos y folgados, no podían escusar de morir todos porque se no querían retraer ni mudar pie atrás. Pero ellos determinavan de morir antes y perder las vidas que perder palmo de campo. Lo que conociendo aquel noble Giontes, duque de Cornualla, arrancó luego con su haz y con mucho esfuerço entró por los enemigos de manera que los de su parte fueron muy remediados. E aquí fue muy brava batalla y murieron muchos de ambas las partes, que cada gente lo hazía muy bien y desseava aver lo mejor. El rey Arávigo, como vos dixes, animava los suyos lo mejor que podía delante d'ellos, matando y hiriendo a los que alcançava, assí que muy temido y dubdado era. Mas hasta agora no avía topado su par. El Cavallero Novel, que con mucha saña lo andava buscando por todas partes para se vengar de la llaga que le avía hecho, y en topándose, encomençaron entre sí una brava batalla, mas el Cavallero de las Cruces, que avía visto los grandes golpes del rey Arávigo, temiendo que no hiziesse daño al Novel, guió su cavallo a aquella parte do se combatían, y en llegando dio tal golpe al rey Arávigo sobre el yelmo que gelo hendió y la espada le entró en la cabeça y le hizo muy gran llaga, de que sentiéndose el rey Arávigo cargado se abraçó con el cavallo, y el Cavallero de las Cruces fue a él viendo que estava atordido, y passando la espada a la mano siniestra le travó tan rezio que lo batió del cavallo en tierra, mas el rey Arávigo, como era de gran ardimiento, levantose muy presto y con su espada en la mano procuró de se defender hasta la muerte, y bien dozientos cavalleros de los suyos se apearon y se juntaron con él en su defensa e otros muchos de los cristianos para lo prender, assí que se travó muy brava y cruel pelea; las bozes eran tales que no se oían los unos a los otros. El Cavallero de las Cruces encomençó a dar grandes golpes con su buena espada para entrar donde estava el rey Arávigo, mas allí le mataron el cavallo y él cayó en la mayor priessa de la gente y levantose con mucha ligereza, como aquel que se vía en peligro de muerte, y començó a dar tales golpes a los que lo herían que en poca de hora fueron tan escarmetados que muy osado y atrevido era el que le fería. Mas el Novel, viendo al Cavallero de las Cruces en tal peligro, se apeó muy ligeramente y se puso con él diziendo:

—¡Señor, acojedvos a este mi cavallo!

Mas él no lo quiso hazer, quedando él a pie. El rey Arávigo dava bozes a los suyos que matassen a aquellos dos cavalleros. Ya él avía cobrado cavallo a mal grado de los cristianos y venía muy rezio por herir al Cavallero de las Cruces, conociendo que aquel era el que le avía llagado; mas el Cavallero de las Cruces le hirió el cavallo en la cabeça, de guisa que cayó luego muerto con el rey. E tanta gente cargava sobre los dos cavalleros que si aquel duque de Cornualla por aí no viniera pasaran gran peligr[o], mas éste por su bondad hizo tanto que los cavalleros cobraron cavallos y con su gente se metió por aquella parte tan bravamente que todo lo llevaba delante sí. Mas el Cavallero de las Cruces, no se olvidando del rey Arávigo, viole otra vez a cavallo y maravillose de su ardimiento, siendo llagado ^{127v} y maltrecho de las caídas pelear tan bravamente, y por se vengar començó a herir a una y a otra parte a todos los que hallava delante, de guisa que llegando al rey Arávigo le dio tal

golpe por la cabeça que acertándole en la cortadura del otro golpe lo hendió hasta los ojos y cayó luego muerto entre los suyos, y bien acabó la fortuna de dar la buelta de su rueda a lo baxo como él traía por devisa, pues lo puso muerto en tierra y metió en los abismos del infierno. E con la muerte de aqueste rey començaron a enflaquecer los paganos, que en verdad en la hueste no avía mejor capitán que él aunque mancebo, mas en todo se parecía al rey Arávigo su padre, que murió cuando fue el cerco del rey don Bruneo.

E assí turava la batalla en su braveza matando los unos a los otros muy cruelmente. Mas con la virtud del Cavallero de las Cruzes y de Giontes y de Galeote y de Bravor, su gente, aunque muy poca gente era, llevaba la ventaja. A esta hora rompió con su gente el rey de Libia, que traía cinco mill moros, y entre ellos eran tres infantes: el uno hijo del rey de Tremecén y el otro hijo del rey de Marruecos y el otro hijo del rey de Túnez. Y esta gente del rey de Libia era bien encavalgada, mas no eran armados tan bien como los otros, que los más d'ellos no traían otras armas salvo adargas y lanças, y los otros coraças y capacetes, mas eran grandes cavalgadores y guerreros. Estos entraron muy reziamente con grandes gritas y alaridos. El rey Agrajes entró luego con su haz muy cogida y junta, y assí, hechos un cuerpo, entraron entre los moros y mataron d'esta primera entrada grande parte d'ellos, y la batalla se encomençó muy más brava que avía sido todo el día. E luego entró el rey de la isla Colcos en ayuda del rey de Libia, que era su yerno, y estonces podríades ver las proezas, los grandes y muy bravos golpes, las feas y esquivas muertes, y muy espantables heridas y mortales encuentros. Aquí era la brava y cruda muerte de ambas las partes. E lo que más ayudó a los cristianos fue que, juntada toda la gente de Bravor y de Giontes con la del rey Agrajes, hizieron grande cuerpo, e assí todos juntos, aunque eran mucho menos que los enemigos, no podían d'ellos ser rotos según los que tenían en la delantera, que eran de aquella parte el rey Agrajes y su hijo Persián de Escocia, y Irneo su sobrino, y Pantasileo, y Ragel de Gaones, y Lorgades su hermano, y Languínez del Lago Ferviente. De la otra parte estaban Giontes, y Bravor, y Galeote y su hijo, y el Cavallero de las Cruzes y el Novel y Graval de la Torre Blanca y Listorán su padre. E siendo assí todos aquestos hechos un cuerpo, los dos reyes paganos los quisieron entrar tomándolos cada uno por su parte. El rey de Libia quiso romper por la parte del rey Agrajes, y traía consigo a aquellos tres infantes que ya deximos. Y el rey Agrajes, viendo su intento, salió de su gente con su hijo Persián y con su cormano Languínez del Lago Ferviente y con su sobrino Irneo de Bohemia, y de aquella ida encontró al rey de Libia tan reziamente por el brocal del escudo que falsándole la gorguera del yelmo le passó la garganta, y el hierro de la lança le salió a la otra parte y cayó luego por las ancas del cavallo, echando por la llaga tal espadaña de sangre que las armas y el cavallo le teñía. E su hijo y su cormano y su sobrino derrocaron los tres infantes a tierra mal llagados, y luego se bolvieron al lugar do antes estaban y tomaron otras lanças que las primeras les avían faltado. Y el rey de Colcos quiso romper por la otra parte donde estava el Cavallero de las Cruzes y los otros cavalleros que ya oístes, mas halló tal resistencia que fue espantado. El rey Agrajes, como era de crecida hedad y se avía visto en muchas y bravas batallas, avía juntado assí la gente toda en un cuerpo, porque como era poca, estando assí junta peor sería de vencer, e la otra porque los que andavan cansados de pelear todo el día tomassen huelgo y aliento y reposassen algún poco. E después que assí estuvo una pieça, mandó tocar las trompetas y con muy gran grita arremetió contra el rey de Colcos, que se avía juntado con la hueste del rey de Libia, y

juntaronse las huestes tan bravamente que más de dos mill cavalleros paganos fueron en tierra de los primeros encuentros, ^{128r} y aquí era gran priessa, que los moros eran tantos que bien avía diez para uno, mas los cristianos eran tales que en la bondad les tenían harta ventaja. El Cavallero de las Cruces se llegó a donde estava el rey Agrajes, que mucho fue alegre cuando cerca de sí lo vido por lo que aquel día le avía visto hazer en armas, y cobró tanto esfuerço, aliende de su natural ardimiento, que no temía ninguna cosa y metiose muy denodadamente entre los enemigos haziendo en ellos grande estrago. El Cavallero de las Cruces, viendo delante sí a aquel rey que por todo el mundo era tan nombrado, no se quiso mostrar de poco esfuerço, pues lo era de grande, y topando con el infante hijo del rey de Marruecos, que Argulín avía nombre, le hirió con su espada sobre la cabeça de guisa que el capacete le no prestó que la cabeça no fuesse hendida hasta los ojos, del cual golpe el rey Agrajes fue muy espantado. Y luego halló el governador del rey de Libia y diole tan gran golpe por la falda del capacete que revanándola con la fineza de su espada le cortó otrosí las coraças del ombro, de manera que le llegó a la carne, de que otrosí el rey Agrajes fue mucho espantado. Pues no creáis que los otros cavalleros no tenían que hazer, que no avía ende tal que no toviessen derrocados y muertos cuatro o cinco de los paganos, mas por mejor que lo hazían estaban en mucho aprieto de ser todos muertos y vencidos, ca regiendo la haz aquel rey de Colcos y esforçándolos, los paganos peleavan muy bravamente, [y] era la gente pagana tanta que tres doblada era que la de los cristianos, y si no fuera por los señalados cavalleros que la amparavan muy ligeramente fuera toda destruida. Y aquí murieron aquellos dos hermanos muy esforçados cavalleros Ragel de Gaones y Lorgades su hermano, y otros muchos y muy señalados cavalleros que por brevedad se no escriben.

Los paganos començaron a dar grandes bozes y dezir: *¡Vencido es el rey Amadís! ¡Vencido!* Esto dezían ellos porque avía entrado en la batalla en la delantera un gigante muy esforçado de grande cuerpo, que Nabuzardo avía nombre. Éste andava con una espada a dos manos heriendo y matando cuantos hallava, y con la fortaleza de aqueste gigante juntada con la gran hueste que creían ser vencido el rey Amadís muy de verdad. El rey Agrajes, muy sañudo, començó de dezir:

—¿Qué es esto que brama esta gente captiva?

E parando mientes vio a aquel gran gigante armado de muy fuertes armas que no alcançava cavallero que lo no matasse, y por donde iba todos le davan calle. E viendo esto tomó una lança y con mucho ardimiento arremetió para el gigante y encontroló en el escudo tan reziamente que la lança passó fasta el arnés y otro mal le no hizo, y esto con tanta ligereza de su cavallo que el gigante le no pudo herir; y llegó luego su hijo Persián de Escocia y començó de se combatir con el gigante. El rey Agrajes bolvió luego y començó de herir de grandes y pesados golpes al gigante, mas él, que no dudava batalla de dos ni de cuatro cavalleros, dio tal golpe a Persián sobre el escudo que alçado tenía por amparar la cabeça que gelo hendió hasta las embraçaduras y lo llogó en la cabeça mas no mucho, y bolviendo al rey Agrajes por le herir, el rey, temiendo el golpe de la espada, juntose tanto con él que el gigante le no pudo herir salvo con los tercios de la espada, de guisa que el yelmo le abolló y le atormentó la cabeça, y la punta de la espada, decendiendo al cavallo, le hendió las ancas y el cavallo, con la ravia de la muerte, encomençó a huir por el campo. El rey Agrajes salió d'él muy ligeramente, y el Cavallero de las Cruces, que tales cosas viera hazer al gigante, fue contra él cubierto de su escudo con su presciada espada en la mano

y el gigante, viéndole venir, le dio tal golpe en soslayo sobre el yelmo que parte de las orlas con las esmeraldas le echó a tierra, y si el golpe fuera en lleno no le prestara yelmo ni otra cosa alguna. Mas el Cavallero de las Cruces, que con tales cosas no perdía el esfuerço, hirió al gigante de toda su fuerça sobre ambos los braços que a dos manos traía la espada que no le valió la loriga que en ambos lo no llagasse hasta las cañillas, de guisa que quedó tollido para herir con la espada y començó de huir quanto más el cavallo llevar lo pudo y ^{128v} se acojó entre los suyos. El cavallero se metió por entre ellos como un león sañudo y, como muchos d'ellos no eran armados salvo de adargas, hazía estrago en ellos como lobo entre corderos. Y discurriendo así por la hueste fue a hallar al Novel Cavallero y a Irneo de Bohemia y a Pantasileo a pie cercados de muchos contrarios que los querían matar, y ellos eran tan cansados de matar en los paganos que no podían dar golpe que mucho nuziesse. E si Dios por allí no traxiera al Cavallero de las Cruces y a Languínez del Lago Ferviente y a Bravor y a Giontes, que acudían a las bozes y al ruido, allí murieran aquellos tres señalados hombres. Mas éstos, de que los vieron, cargaron de tantos golpes a los enemigos que les hizieron plaça por do passassen y socorrieron a los tres cavalleros y los hizieron cavalgar, con grandes muertes de aquellos que lo defendían, y juntaronse todos, y sería a hora de visperas. E aunque la gente del rey Amadís se defendía muy esforçadamente y ofendía los paganos, ellos avían lo mejor de la batalla, que, como eran infinitos aunque muchos muriessen, no hazían mucha falta. Los cristianos a aquella hora perdían el campo. El rey Agrajes hizo hincar su vanderá en el suelo y dixo que no pasaría de allí, y allí se juntó con él el Cavallero de las Cruces y Persián su hijo, y Irneo y Languínez y Bravor. Y el gigante Galeote y Giontes no hazían sino defender por [l]a otra parte, mas todo no prestava nada, que la gente cobrava pavor de muerte y retraíase aunque los nombrados cavalleros estaban por escudos rescibiendo en sí los bravos golpes de los paganos, dando a ellos otros muy más esquivos y mortales.

Mas a esta hora acudió el bueno Angriote de Estraváus con los señalados cavalleros que oístes, y éste hizo detener la gente con su llegada y perder el pavor, mas no de cobrar el campo perdido, que no podían por la mucha gente que sobre ellos cargava.

Giontes y Bravor los hizieron juntar todos y hazer un cuerpo ca eran desparzidos. Angriote de Estraváus, con sus gentes, se fue para el rey Agrajes, el cual, como vio el socorro que le venía, no pudiendo refrenar el grande ardimiento de su orgulloso coraçón, donde no tenía para se defender se puso en offender a los contrarios, y arremetió con ellos con tan grande braveza que hizo en ellos grande estrago, mayormente aquellos que de fresco vinieron, que los tales, como holgados y desseosos de ganar honra, como lobos ravisos hambrientos de beber sangre así ellos de dar la muerte a sus enemigos hazían grandes maravillas a los unos dando amargas muertes y a los otros mortales heridas y rescibiendo ellos otras tales muriendo muy virtuosamente, y hazianlo tam bien que no podía ser mejor; mas todo les no aprovechava ninguna cosa, porque los paganos eran tantos que no aprovechava su bondad, ca los cristianos eran heridos y cansados, mayormente los de la primera y segunda batalla, que así eran puestos en grande cuita porque para el príncipe Florisando le socorrer era muy tarde, y venida la noche por desconocencia se podían hazer mucho mal.

Pues el rey Agrajes retraerse no lo consentía la biveza y orgullo de su muy esforçado coraçón, ni menos la bondad de los suyos, que no hazían sino matar y morir, queriendo

antes la muerte honrada que la vida con menoscabo. El Cavallero de las Cruces, no cesando de su officio de matar y herir, que aquel día se halló que él solo firió y mató más de quinientos cavalleros. E andando por la batalla topó con aquel muy esforçado rey de Colcos, y como lo conoció muy bien el rey a él, fueronse de voluntad el uno contra el otro con mucha saña, mas la batalla fue partida de los primeros golpes, que el Cavallero de las Cruces hirió al rey de Colcos tan reziamente sobre el yelmo que gelo cortó hasta la carne, y viendo que desatinado estava asío d'él tan reziamente que lo arrancó de la silla y lo echó en tierra, diziendo a sus compañeros que lo prendiessen. Y así se hizo, que algunos que a pie estavam se abraçaron con el rey y lo sacaron de la priessa y traxieron preso al real del rey Amadís sin que los contrarios le pudiessen socorrer, porque en aquella parte avía muy pocos, mas sabida la nueva luego se juntaron bien cinco mil d'ellos, trayendo la delantera el hijo del rey de Tremecén por caudillo,^{129r} y luego entre los unos y los otros fue travada muy cruda pelea, mas turó muy poco por la noche que sobrevino, que los paganos venían muy airados por la pérdida del rey y con mucha gana de se vengar. En este ayuntamiento murieron bien trezientos de la parte del rey Agrajes y murieron bien mill de los paganos. Los capitanes y señalados cavalleros, que delante estavam por escudo y amparo de los suyos, que delante d'ellos estavam como muros y fuertes torres recibiendo los golpes de los enemigos. Vencida fuera la gente de su parte mas estos mantovieron tanto y sufrieron dando bravos golpes y recibiendo fasta que la noche vino oscura con sus tinieblas, entonces cada una de las partes se tiró afuera y tocaron las trompetas, que era señal que cada uno acudiesse a su capitán.

Los paganos, aunque avían perdido muchas gentes y grandes personas, ivan muy alegres porque llevaban lo mejor del campo, teniendo esperança otro día ser vencedores y el rey Amadís muerto y vencido, y sus gentes estragadas y la Gran Bretaña toda suya. Con este plazer se retraxeron al real a descansar del trabajo passado, desseando otro día para su folgança y victoria.

La gente del rey se acogió toda al real su passo a passo, llevando consigo los llagados. El Cavallero de las Cruces, tanto que esto vido, tomando consigo al Novel se salieron encubiertamente de la gente y se fueron a la floresta donde los atendían sus escuderos. Y allí reposaron de su gran trabajo y comieron de lo que la dueña de la torre diera a sus escuderos; los cavallos pacían las yervas por el campo y ellos albergaron allí cabe una fuente que a las faldas de la floresta era.

Aquella noche los capitanes el rey Agrajes, Giontes y Bravor, después que fueron en el real, fizieron curar los heridos y pusieron otrosí grandes guardas porque de los enemigos no pudiessen rescebir daño ni sobresalto alguno, y fueronse a la tienda del rey Amadís, que mucho cuidava en la batalla, que atendía que avía perdido mucha gente y que tenía muy poca en comparación de los enemigos, y allí algunos aconsejaron que sería bueno poner treguas por algunos días fasta que los llagados se curassen y los otros tomassen reposo del cansancio, en la cual cosa ovo muchos pareceres, los cuales, como no se fizieron no se escrivieron, sino solamente el de Florisando, que fue éste diziendo al rey:

–Señor, si vuestros cavalleros son mal llagados así lo son los de vuestros enemigos y así cansados y maltrechos, y aunque en número sean muchos más, así lo eran oy antes que entrásedes en la batalla; mas, pues que teniendo ellos ventaja la començastes, así la acabad, que d'este campo no partamos ni cessemos hasta que seamos muertos o vencedo-

res, mayormente que vuestros enemigos piensan que os tienen sobra, y por ello no solamente vos no otorgarían la tregua, mas tomarían mayor orgullo pensando que de miedo la pedís, y otra razón es que cuanto más tregua les dierdes más socorro les ha de venir, que según he sabido cada día atienden al gigante Dramirón de Anconia, que ha de venir con mucha gente y otros grandes señores y jayanes, y vós, señor, no atendéis más gente de la que tenéis, y, por tanto, aunque vuestros enemigos vos pidiessen treguas no se las devíades de conceder mayormente gelas demandar. Lo que a mí me parece es que mañana, confiando en la misericordia de Dios, que de la batalla sigamos una de dos cosas: o quedar en el campo con muerte o salir d'él con vencimiento.

A todos pareció muy bien el consejo que el príncipe Florisando avía dado y assí lo determinaron de lo hazer. E luego el rey Amadís mandó al rey Arbán de Norgales que con sus ochocientos cavalleros, tomando del real cuatro mill peones, fuesse al lugar do avía sido la batalla y recogiesse todos los muertos que murieron aquel día para que quedasse el campo escombrado para la señalada batalla que atendían. E luego el rey Arbán, tomando los cuatro mil peones y los cavalleros que le eran encargados, con muchas hachas encendidas se fueron al campo y trastornando los muertos traxeron todos los feridos y muertos de su parte que pudieron conocer, y cogeron gran despojo de armas y cavallos, y sin contraste ninguno se bolvieron al real, porque los paganos estaban con su esperança del vencimiento de otro día, y assí en su real como en el del rey Amadís no se fablaba en otra cosa salvo en las estrañas proezas que avía hecho el Cavallero de las Cruces; a muchos preguntó el rey Amadís por él a ^{129v} sus cavalleros, y no ovo aí quién más d'él supiesse que lo ver ir con su compañero contra la floresta.

Y después que todos assí estovieron hablando en muchas cosas y consejos de la guerra, recogeronse a sus albergues, unos a adereçar las armas que les faltavan y otros que menester lo avían, adereçando sus ánimas para que Dios les perdonasse sus pecados, otrosí apretavan las llagas para entrar otro día en la batalla.

¶ Capítulo cx. De la segunda batalla que ovo el rey Amadís con los paganos.

VENIDA EL ALVA otro día, luego las trompetas fueron tocadas y luego la gente fue levantada. Los cavalleros se armaron y oyeron missa en las tiendas y cada uno acudió a su capitán como el día de antes. Florisando con los aguardadores que ya deximos y con sus tres mil cavalleros llevaba la delantera. El rey Amadís le fazía espaldas con su batalla, y las otras hazes luego en orden, que las que primeras fueron el día passado postreras fueron entonces.

Los enemigos venían con sus huestes como las tenían aparejadas, la gente que quedara del otro día las repartieran por las otras huestes y venían con gran grita diziendo: *Pues el rey Amadís nos osa dar otra batalla, ¡nuestra es la Gran Bretaña!*

El rey Amadís, viendo su gente assí en orden, poniéndose en medio, les comenzó de hablar en esta manera:

–Nobles cavalleros y leales amigos, quereros yo dezir cuánta razón tenéis de oy pelear como quien sois y devéis; esto más sería trabajo demasiado que de necesidad, porque tantas causas a ello vos comueven que cualquiera d'ellas es bastante. La primera, que peleando esforçadamente defendéis vuestras vidas y honras que más son de temer porque

con la biveza de vuestros coraçones y fortaleza de vuestros braços la avéis de mantener, porque no puedan dezir los enemigos que la fama de vuestra bondad que por el mundo corre que era falsa o a lo menos menor que la verdad. La otra es que defendedes vuestras propias tierras y señoríos, que si flacamente lo defendéis seréis pobres amenguados y de vuestras haziendas erederos vuestros enemigos, vuestras mujeres y fijas forçadas y desonradas y vuestros pequeños hijos en cativerio, y lo que más de temer es la nuestra santa fe con menoscabo, y la dañada seta de los infieles con vitoria y ensalçamiento. No nos digan otrosí que en los tiempos passados defendimos mejor la Gran Bretaña siendo agena que agora siendo propia, porque lo mío para lo que vos cumpliere es vuestro, o que en aquel tiempo avía más señalados cavalleros y de mayor bondad que agora, ved, señores, que en vuestra virtud y esfuerço está el amparo de la cristiandad, que si agora estos paganos fuesen vencedores, ¡lo que Dios no quiera!, muy livianamente conquistarían lo restante, que bien sabéis que aquí estáis la flor de toda ella.

»Estas cosas, buenos amigos, no digo con intención de con ellas os doblar el esfuerço y ardimiento, porque vuestros coraçones son tales que lo que a ellos sobra de esfuerço haría mucha honra a nuestros enemigos, y bien sé que vuestros ardides coraçones no se contentan con esta afrenta, aunque es grande, salvo en otras mayores dessean fazer la prueba de su bondad como siempre en nuestros tiempos hemos visto, y agora fazed que lo vean vuestros enemigos.

E acabando assí el rey esta fabla, no avía ende cavallero que no desseasse andar embuelto con sus enemigos, desseando tanto tomar allí la muerte como en otra parte conservar la vida. A esta hora las hazes de ambas partes estavam quedas esperando a que tocassen las trompetas. El Cavallero de las Cruces, que vio que era hora, salió de la floresta con su compañero y se vino a poner en la delantera, cerca del príncipe Florisando, que no poco fue alegre de su venida, aviendo tanto oído de su bondad. A esta hora llegó a las hazes un cavallero bien armado y traía consigo fasta cuarenta cavalleros, y éste era el muy preciado ^{130r} cavallero Gavarte de Val Temeroso, que estando en su castillo oyendo las nuevas de la batalla, por venir más presto tomó consigo estos cuarenta cavalleros de su linaje, y con ello y con el valor de su persona, que grande era, venía a servir al rey su señor, y llegó a sazón que las hazes estavam por romper, y, sin hablar al rey, se juntó con el príncipe Florisando, que estava en la delantera y se le fizo conocer; el príncipe ovo gran plazer de su llegada.

Y luego las trompas fueron sonadas muy reziamente de la parte del rey Amadís, y de la otra muchas flautas, tamborines y atabales y la grita de las bozes, que no menor era que el sonido de sus tañeres. Y luego el rey de Persia, que traía la delantera, movió con su haz y Florisando movió con la suya, el Cavallero de las Cruces con él en la delantera, y arremetieron con tanta braveza que con su llegada y de los suyos fueron más de mil cavalleros de los paganos por tierra y los cavallos sueltos por el campo, y en cuanto las lanças turaron a Florisando y al Cavallero de las Cruces no les quedó hombre en la silla, de manera que todos eran espantados. Después que las lanças les faltaron, echaron mano a sus espadas y metieronse por medio de sus enemigos, no menos bravos que leones sañudos, y malaventurado era el cavallero que ellos alcançavan, que de muerto o tollido no escapava. La rebelta era tanta y el estruendo y los gemidos de los que caían muertos que muy alueñe se oían, de manera que muy presto aquella haz del rey de Persia fue estragada y vencida, y luego corrió el rey de Media con su hueste, que grande era, mas también fue rota en dos

partes, que Florisando y el Cavallero de las Cruzes fazían tales maravillas que espanto ponían a los contrarios.

Pues Gavarte de Val Temeroso y Rolandín y Radualdo y los otros preciados cavalleros fazían tales maravillas que el campo era cubierto de muertos y feridos, y tanto fizo esta hueste de Florisando que fue necessario socorrer la otava faz de los paganos, que era Cosdroel de Anfanía. En esta hueste venían muy fuertes cavalleros y dudados, mas no los hallavan flacos ni covardes, y aquí fue gran rebuelta y gran priessa, que eran tres hazes contra una sola y ella a tener derecho y a fazer maravillas. A esta hora el Cavallero de las Cruzes se topó con el rey de Media, y alçaron las espadas y firieronse bravamente sobre los yelmos, que llamas de fuego salieron bivas. El rey ovo el yelmo fendido y la cabeça fasta el hueso, de que el rey fue tan cargado que cayó en tierra y antes que se levantase ni fuesse socorrido de los suyos fue muerto de los pies de los cavallos. Y Florisando topó con un dudado cavallero primo de Cosdroel, y le dio tal golpe a través del yelmo que la espada le llegó a los sesos y cayó luego muerto. Y passando adelante topó con el rey de Persia, y le dio tal golpe de la su buena espada que armadura le no prestó que se no saliesse de la batalla raviando con la muerte. A esta hora fazían todos los de la hueste de Florisando maravillas que, viendo lo que él fazia y el Cavallero de las Cruzes, todos punavan por le asemejar y no mostrar punto de covardía, y el que mejor lo fazia pensava que no avía hecho nada en comparación d'ellos. La grita y el ruido era tanto que parecía destruirse todo el mundo. Cosdroel de Anfanía se combatía con Gavarte de Val Temeroso, mas llegando a la sazón Radualdo lo encontró de guisa que lo batió en tierra, mas no fue sin pago, que levantándose Cosdroel muy ligeramente le metió la espada por la ijada de su cavallo que cayó luego con él y le tomó debaxo. Cosdroel fue sobr'él por le cortar la cabeça, mas el Cavallero de las Cruzes, que ende llegava, dio tal golpe a Cosdroel por cima del yelmo que le fizo poner las manos ambas en el suelo. Entonces Rolandín y Mancifloro y Antenedor y Sanaminel y Gavarte se apearon y pusieron a par de Rodualdo y lo quitaron debaxo del cavallo, y ferían de mortales golpes a los enemigos, y el Cavallero de las Cruzes y el Novel su compañero que los ayudavan, de guisa que todos cobraron cavallos, los cuales, como fueron a cavallo, se metieron de rondón por los enemigos haziendo en ellos grande estrago. A esta hora llegó el rey Arbán de Norgales con sus sobresalientes, y con su rezia entrada fueron por el suelo más de quinientos paganos y los cristianos muy reparados, y sintiendo Florisando tal socorro tomó al Cavallero de las Cruzes cabe sí diziendo:

—¡Mi buen amigo, llegaos acá y con esta gente rompamos los enemigos!

Y con mucha ira dieron en ellos tan rezio que les fizieron perder mucho campo, desmayados pensando ser del todo vencidos, de guisa que aquel esforçado Cosdroel los no ^{130v} podía amparar que no perdiessen campo. A esta hora las cuatro batallas que quedavan de los paganos acordaron entrar todas juntas de consuno y así lo fizieron. Lo mismo fizo el rey Amadís, que a las espaldas venía de Florisando y el rey Agrajes y Giontes y Bravor, y esta fue la más brava rota de batallas que nunca fue en la Gran Bretaña y avía mucha razón para ello: de la parte de los paganos avía mucha gente, muchos y muy fuertes gigantes; de la otra parte eran aquel esforçado rey Amadís con sus cavalleros, que aunque pocos eran en comparación de los enemigos, su bondad y ardimento era tanto que en el mundo otros tales se no podían fallar. Assí que en ambas las partes por su gran bondad no se pudo fazer la entrada sin grandes proezas, y assí fue que de los primeros encuentros fueron

más de dos mil cavalleros por tierra, las bozes de los que caían y el estruendo de las armas era tal que sonava por los montes de enderredor y los valles reteñían, y tantos morían de los pies de los cavallos que con la grande priessa no podían ser socorridos como de los esquivos y bravos golpes de las espadas y crueles encuentros de las lanças. El rey Amadís, acompañado de sus aguardadores, entró por la hueste de los enemigos con tanto denuedo que los que lo aguardavan fueron espantados, y, fallando delante sí aquel gigante señor de la Desierta, le encontró de suerte que falsándole el escudo le metió el fierro de la lança por las armas y por el cuerpo de guisa que lo derribó a tierra llagado de muerte. Coroneo, que muy cerca iva, encontró al príncipe de Alexandría, que era un cavallero pagano muy señalado, de suerte que el fierro le salió a las espaldas bien dos palmos. Don Lispán encontró a Valmusián el Cruel en la mitad de la visera del yelmo, de guisa que la lança le metió por entre los ojos y lo batió por las ancas del cavallo. Pues los otros que aguardavan al rey no dexavan de fazer maravillas que, aunque aguardavan al rey, por do ivan a una parte y a otra no fazían sino ferir y matar en los enemigos, entre los cuales los fijos de don Galaor fazían golpes muy señalados.

Aquella hora se topó Florisando con el gigante Mabulcán y su sobrino Gromalías, que eran de los espantables jayanes de la hueste; traían gran codicia de fallar a Florisando por vengar la muerte del jayán Panorante, que le avía muerto en Roma. Pues sabiendo ya estos jayanes las señales de las armas que él traía, fallándolo se fueron a él muy rezios y començaron de le herir por todas partes, de guisa que, aunque él no estava de espacio de se defender muy bravamente, si la bondad y fortaleza de sus armas no fuera junto con el socorro que le vino, no pudiera escusar de cumplir el desseo de la devisa de los gigantes, porque andando en su batalla el jayán Mabulcán, como era de más fuerça y le tenían en medio él y su sobrino, abraçose con él muy fuertemente y tiró tan rezió que lo arrancó de la silla, y lo mismo hizo Gromalías, que otrosí se abraçó con Florisando y assí asidos d'él los gigantes lo querían sacar de la hueste, mas Dios no quiso, ca discurriendo por aquella parte el Cavallero de las Cruzes, que en las priessas no faltava, conociendo a Florisando estar en tal estrecho, no queriendo que tal fuerça se le fiziesse, con gran saña començó a ferir a Mabulcán, mas ni por ello dexavan los jayanes de se ir con Florisando, de lo que el cavallero, aviendo gran saña, alçose en las estriberas y firió de toda su fuerça a Mabulcán sobre el yelmo que, aunque en soslayo fue, una pieça con una oreja le echó a tierra y le cortó las correas de las armas del hombro y el jayán dio bozes a Gromalías diziendo: *¡Sobrino, quítame de estorvo esse cavallero, que de estotro no temades!* Entonces Gromalías se quitó de Florisando y vinose al cavallero, y començole de ferir de bravos golpes, mas él no entendía de ferir salvo a Mabulcán, que llevaba a Florisando, y firióle otra vez sobre el yelmo de guisa que decendiendo a las espaldas le hizo gran llaga en los lomos, y decendiendo la punta del espada al cavallo le cortó gran parte por cabe el arzón çaguero que cayó luego con el jayán. Entonces bolvióse contra Gromalías, que lo fería de bravos golpes, y començó otrosí de le ferir de otros muy fieros y pesados de guisa que era entr'ellos señalada batalla. Mas a la fin, viendo el Cavallero de las Cruzes que del escudo le quedava muy poco, punó tanto con su bondad contra el jayán que dándole muchos golpes sobre el yelmo, los lazos fueron quebrados y le saltaron de la cabeça y le dio tal golpe que gela hizo en dos partes,^{131r} y fue contra do cayera Mabulcán, y vio a Florisando sobr'él, que la daga le metía por el cuerpo. Muchas vezes el jayán se estendía con la cuita de la muerte y viendo el cavallero que mu-

cha gente cargava sobre Florisando, apeose luego de su cavallo y pusose cerca de los paganos, y eran tantos sobr'ellos que era maravilla, mas ellos eran tales que en el mundo no los avía mejores, y con sus espadas davan tales golpes que delante de sí tenían corros sembrados de muertos y tollidos. Los paganos los tenían cercados en torno de mucha gente, y les tiravan lanças y azagayas como a toros, ca no se osavan llegar más cerca, tanto eran escarmentados de sus golpes; y los dos cavalleros eran tan cansados de matar y de pelear todo el día que, si los enemigos los apretaran mucho, a manos los prendieran, mas como el rey Amadís discurriese por las batallas con su seña delante matando a cuantos fallava, cuando vido los cavalleros cercados y puestos en tal aprieto, tomando consigo a Coroneo, Falangrís, Florinel, don Lispán y su hermano que más cerca ivan, les dixo:

–¡Ea, buenos cavalleros, socorramos aquellos nuestros amigos!

Y luego entraron tan rezio por los paganos firiendo a una y a otra parte fasta que llegaron donde el Cavallero de las Cruces y Florisando estaban a pie, y tanto fizo el rey con sus cavalleros que a pesar de los paganos les fizo cobrar cavallos y se juntaron todos, y miraron las huestes y vieron grandes rebueltas a muchas partes, principalmente a la parte diestra, y guiando allá vieron una esquivia batalla entre el rey Arbán de Norgales y su gente y el gigante Brucalán el Bravo y otros gigantes con su hueste, mas era muy desigual, ca el jayán avía trasdoblada gente que el rey Arbán, mas él, no olvidando la prez de su persona, peleava tan bravamente que a todos hazía maravillar, ca sólo se combatía con el gigante Brucalán el Bravo, y con Geolardo y Molento y Esquilán el Membrudo, su fijo, se combatía con el gigante Filasarfo, y ambos, assí el padre como el fijo, estaban mal llagados, mas el rey Amadís, viendo esto, encontró a Molento por el brocal del escudo de suerte que le passó la gruessa loriga y un costado, y le salió la lança al otro y cayó muerto; Florisando encontró al gigante Geolardo, que lo mismo fue a tierra tollido de muerte. Coroneo y Florinel, como no tenían lanças, tomaron en medio al gigante Filasarfo y con sus espadas le dieron tan esquivos golpes que allí le fizieron acabar sus tristes días. El Cavallero de las Cruces, con muy gran saña, arremetió al otro gigante Brucalán, que cubierto estava del escudo limpio de azero y una maça de fierro en la otra mano; y con su buena espada en la mano, alçándose sobre las estriberas por le alcançar, que el jayán era de tal cuerpo que si esto no fiziera no le podía ferir en la cabeça, y el golpe fue de tanta fuerça que el yelmo echó de sí muchas y espessas centellas y fue todo torcido y abollado en la cabeça y el jayán fue muy atormentado, mas luego alçó la maça y firió al cavallero sobre el escudo: maguer que fuerte, todo fue desfecho en rajadas, y las púas le entraron por la manga de la loriga fasta la carne y quedó del braço tan atormentado como tollido, mas no perdiendo el esfuerço le firió con la espada en el cabo de la maça que, cortándogelo cercén, le cayó en tierra y el jayán echó mano a un gran cuchillo que traía, y estaban tan juntos que viéndose el cavallero sin escudo echó mano del escudo del jayán con tanta fuerça que, quebrándole el tiracol, gelo arrancó de las embraçaduras y lo embraçó muy ligeramente, y el jayán lo firió sobr'el escudo de azero, que bien cuatro dedos le metió la espada por él, mas el cavallero lo firió de toda su fuerça por el braço izquierdo que la loriga le no pudo valer que el braço le no cortasse casi todo, mas ni por ello el jayán dexava de lo ferir muy duramente y él de se amparar con mucho tiento, y de cada vez que le alcançava con su buena espada las armas le cortava y la carne, y sintiéndose llagado de muerte, quiso fuir a do guareciesse, mas el cavallero lo alcançó y le dio tan esquivos golpes que con la fuida no pudo fuir la muerte.

Y bolviéndose el cavallero do estava el rey Amadís, vio que era muy triste por muerte del rey Arbán de Norgales, que siendo llagado en muchas partes y el yelmo cortado por muchos lugares no se pudiendo tener en el cavallo cayó en el suelo y dio el ánima a Dios que la criara, con gran tristeza del rey Amadís y de los que con él eran. Aquella hora llegó Listorán de la Torre ^{131v} Blanca y dixo al rey:

–¡No conviene llorar ni mirar los muertos que no le pueden remediar! Socorred a los bivos si queréis que no sean en poca de hora muertos, porque dos jayanes han entrado por la parte del rey Agrajes y de Bravor que no dexan hombre a vida.

El rey miró contra aquella parte y vio que dezía verdad, porque los suyos perdían campo. E tomando aquellos cavalleros consigo, fue al más correr que pudo y vio cómo el gigante Albumazar venía encima de un elefante muy grande y poderoso armado de muy fuertes armas con una maça en las manos, y en los dientes del elefante traía atadas dos espadas agudas y tajadoras. Y este jayán era de gran fecho, y con su gente peleava con el gigante Bravor y con Giontes, y era tan brava batalla como hombre podía ver. El gigante, con su gran fortaleza, a ningún cavallero alcançava golpe que le quedasse en la silla, que de muerto o mal llagado a tierra avía de ir.

Allí viérades fazer maravillas al Cavallero de las Cruzes, las cuales nunca fueron vistas ni oídas que cavallero pudiesse fazer, de manera que los suyos y los contrarios lo tenían por maravilla.

Florisando tomó consigo algunos de aquellos cavalleros señalados y juntaría mil de los suyos y fue a socorrer al rey Agrajes. El rey Amadís fizo lo mismo, porque allí era la mayor necesidad y llevaba buena gente consigo y ivalos esforçando diziendo:

–¡Agora, buenos señores, parezca vuestra bondad y ardimento, y socorramos a nuestros amigos, que mucho han menester nuestro socorro, y fagamos de guisa que ellos sean socorridos y amparados!

Entonces se juntaron con el rey muchos cavalleros, entre los cuales ivan los mejores de la hueste, y llegaron a sazón que era bien necessaria su llegada: con su venida fueron muy reparados los de su parte.

El Cavallero de las Cruzes y el Novel quedaron en la otra parte con Giontes y con Bravor, que peleavan muy fuertemente contra la gente de Albumazar, mas este gigante, viendo que aquella gente le resistía, metiose por entr'ellos encima de su elefante derrocando cavalleros con su maça a una y a otra parte, y el mismo daño hazía el elefante con sus espadas, que no fallava cavallero a cavallo que no matasse o firiesse, assí que por todas partes que iba este jayán le hazían calle por do passasse. Lo cual viendo aquel esforçado Bravor, no dudando la muerte por resistir al estrago que Albumazar hazía, con su hacha se fue contra él y dieronse tales golpes sobre las cabeças que las fizieron abaxar hasta las cervizes de los cavallos, mas el cavallo de Bravor, que era passado de las espadas del elefante, cayó muerto con su señor, mas el Cavallero de las Cruzes, viendo lo que aquel gigante fazía, tomando una gruesa lança, encomendándose a Dios, le encontró tan rezió sobre las fojas de azero que de la fuerça del golpe fueron passadas y el fierro entró ya quanto por la tetilla izquierda, de que el jayán sentía mucho dolor, y el cavallo del cavallero otrosí fue muerto, que el elefante era ensayado y no fazía con las espadas otra cosa salvo ferir a una y a otra parte. Mas el cavallero fue luego levantado, ca se vía en pavor de muerte, y puso se cabe el gigante Bravor y con su espada fazía grande estrago en los que delante fallava, y

Albumazar, viendo aquellos cavalleros a pie, sintiéndose del cavallero del escudo de azero, fue contra ellos pensando que de aquella ida assí del elefante como de su maça ambos serían en tierra, mas ellos, sintiendo la manera, cada uno se puso a su parte: el gigante firió al Cavallero de las Cruces sobre el escudo que, aunque de azero era, las púas le metió por él, mas él le dio tal golpe por el muslo que el quixote todo y la carne le cortó fasta el hueso; y Bravor de la otra parte le fería con su hacha de duros y espessos golpes, assí que Albumazar no sabía a quién ferir, y queriendo passar adelante le dio el cavallero otro golpe en la pierna sobre la rodilla, que armadura le no valió que no quedasse ende tollido y cayesse a la otra parte, y Bravor le dio tales golpes que lo fizo entender con la muerte. Y luego el cavallero cavalgó con mucha ligereza en el elefante y no se partió dende fasta que Bravor cobró cavallo, y ajuntándose con sus gentes, socorrieren a Giontes, que tanto le apretava la pagana gente que perdía campo, mas el cavallero encima del elefante entró por los paganos de forma que él con su buena espada y el elefante con las suyas fazían muy gran estrago en los paganos, y luego Giontes, viendo tal socorro y ^{132r} muerto aquel gigante Albumazar, con essa gente que tenía se metió tanto por los contrarios que fue maravilla y començaron a cobrar campo y los enemigos a retraerse.

Agora sabed que la parte del rey Agrajes era la más brava y peligrosa batalla que aquel día avía sido, porque de aquella parte peleava aquel dessemejado jayán Almandrago que, viniendo en su carreta que la tiravan cinco cavallos, con una gran espada a dos manos no fallava cavallero que le osasse atender. Éste avía derrocado de un golpe al rey Agrajes mal llagado, que con su biveza se fuera a combatir con él a las espaldas. D'este gigante venía el gran Taborlán de Sidia con muy gran hueste, de guisa que ni el rey Amadís ni Florisando ni los preciados cavalleros que le aguardavan le podían resistir, aunque maravillas fazían en dar espantables golpes y amargas muertes a cavalleros, porque la fortaleza de Almandrago a todos rompía, de guisa que llevaba lo mejor la gente pagana con la bondad d'este gigante; lo cual viendo aquelpreciado cavallero Coroneo, con su esforçado corazón se fue contra el gigante con su espada en la mano por le herir, y el gigante le dio con la punta del espada una estocada sobre el escudo que passándogelo todo y la loriga lo fizo doblegar sobre el arzón çaguero, de guisa que cayó del cavallo y luego fue por le socorrer Ladasán, y firió duramente al jayán con la lança, mas no le pudo nuzir, y el jayán lo hirió de guisa que el yelmo le cortó y llagó en la cabeça, de que Ladasán cayó atordido del gran golpe, y luego Florisando, tomando una gruessa lança, arremetió al gigante, que quedo estava en medio de las huestes a una y a otra parte matando y friendo los que alcançava, y le encontró en un lado de tanta fuerça que lo fizo retraer fasta la otra parte de la carreta y quebró su lança, mas no le fizo mal ninguno, que las armas traía de muy gruessas fojas de azero. Almandrago vino luego sobre Florisando, que lo atendió cubierto de su escudo, y friole sobre el yelmo que parecía arder en vivas llamas, y aunque la bondad d'él resistió no ser cortado, fue el golpe de tal peso que Florisando fue muy atormentado, y como la espada del jayán no prendió en el yelmo ni en el escudo, decendió al pescueço del cavallo y gelo cortó casi todo, de suerte que cayó Florisando y luego assí socorrió el rey Amadís y Falangrís y Gavarte de Val Temeroso y Florinel y don Lispán y el bueno de don Gandales, que sus armas bermejas eran y tintas de la sangre de los que avía muerto aquel día, que como era de gran bondad juntó con la saña que traía fizo muy señalados golpes, y de allí se aparearon más de veinte cavalleros por socorrer a Florisando, mas ni él ni Coroneo ni don

Lispán estaban de espacio, según la gente sobre ellos cargava por los llegar a la muerte. La grita era tanta que no avía quién le oyesse. A esta hora llegó un arquero al Cavallero de las Cruces diziendo:

–¡Señor, si no socorréis contra aquel gigante, perdido es el rey Amadís!

–¿Cómo dizes esso? –dixo él.

–Dígo lo –dixo el arquero– porque agora venció a Florisando y a otros muchos cavalleros y trabaja por les dar la muerte, y tanta gente carga sobr'ellos que creo que la avrán de passar muy amarga.

El cavallero, como esto oyó, tomó una lança muy gruessa y el Novel otro, y dexando a Bravor y Galeote y Giontes con la gente, se fueron contra aquella parte do avía la gran rebuelta, y entraron con tanto denuedo que todos les fazían lugar. El rey, quando vido el cavallero en el elefante y que avía muerto a Albumazar el gigante, fue consolado con su llegada, y el cavallero no miró a otra parte salvo a Almandrago, y vio cómo en llegando diera tal golpe a uno sobre el yelmo que la cabeça le fendió en dos partes fasta los dientes, y fue espantado de su fortaleza y grandeza, que como torre parecía andando en aquella gran carreta, que era de largor de cinco braças y cuatro en ancho y debaxo de madera muy gruessa, y a la redonda avía unas tablas muy gruessas de altura de una vara chapadas de lañas de fierro, y el gigante andava assí a pie a una y a otra parte haziendo él tanto solo como cient cavalleros otros muy buenos. Y el cavallero endereçó el elefante contra la carreta y lo firió de las espuelas, que assí era acostumbrado, y él fue muy rezió y encontró a Almandrago sobre las fuertes armas de guisa que los pies se le fueron y cayó sentado en la carreta, y con muy gran ira fue luego levantado y parecía que echava fumo por la boca y fuego por los ojos, y vino al ^{132v} borde de la carreta por ferir al cavallero, mas él le puso a sobremano la lança en los pechos y lo puxó tan rezió que el gigante le no pudo llagar con la espada, mas cortole la lança. A esta hora el Novel se fue al que regía los cavallos, y lo batió del encuentro muerto, y echó mano a la estapa y començó de cortar las cuerdas con que los cavallos tiravan la carreta, y cortándolas todas, el gigante, como estava a una parte de la carreta, con su grande pesadumbre no la sosteniendo los cavallos trastornose con él; mas él, viendo el peligro, aunque muy pesado era, saltó en tierra fuera de la carreta, y el cavallero arremetió con él tan rezió que el gigante guardar no se pudo, que el elefante no le tocasse con las espadas y derrocasse a tierra mal llagado de la una d'ellas; mas levantose a grande afán el cavallero, bolvió sobr'él y fallolo ya aparejado de se defender, y firió al cavallero sobre el brocal del escudo de azero que bien una mano le metió la espada por él, y el cavallero lo firió sobre el yelmo de toda fuerça de guisa que con la bondad de la espada le fizo muy gran llaga en la cabeça, de que le salía tanta sangre que le cegava y fazía andar desatinado, lo que conociendo el cavallero le dio tales golpes sobre la cabeça que, como era cargado en carnes y poco ligero, con la ira y trabajo cubriosele el coraçón junto con los grandes y estraños golpes que le dava, de manera que cayó en el suelo sin sentido ahogado en las armas, y assí murió este famoso gigante tanto por la discreción del Novel como fortaleza del Cavallero de las Cruces, que de creer es que si la carreta no le faltara que nunca muriera este jayán, antes fuera causa que los paganos fueran vencedores.

Pues como este Almandrago murió, luego los paganos començaron afloxar de su braveza, que en éste tenían todos ojo y confiança. El cavallero, tanto que esto ovo fecho, to-

mando en sí orgullo de aver muerto tan desemejada bestia, començó a grandes bozes a dezir:

–¡Bretaña, Bretaña! ¡Viva el rey Amadís, que vencedor es!

Y metiose por los enemigos como león sañado, de guisa que no fallava quién lo atendiese, y vio cómo el rey Amadís avía las armas rotas por muchos lugares y que perdía mucha sangre faziendo maravillas delante los suyos, y vio cómo de un encuentro derrocó muerto aquel gran Taborlán de los assirios, con cuya muerte los paganos fueron tan espantados que començaron a enflaquecer, y guisa que lo sintieron los contrarios; y cobrando osadía los començaron de apretar muy bravamente que, como a los paganos faltavan capitanes, gente mal gobernada y puesta en pavor es a estrago aparejada.

Aquella hora el gigante Tesivandro, con alguna pieça de paganos, se topó como Odoardo, alférez del rey, y le quiso tomar la seña, y queriéndogela sacar de las manos, asieronse el uno con el otro muy rezió y firiendo los cavallos de las espuelas cayeron ambos arrancados de las sillas en el campo, y fue ventura que el gigante cayó debaxo y Odoardo, no olvidando el alto lugar do venía, echando mano a la daga gela metió por entre el yelmo y la gorjera, de guisa que lo mató, y levantose muy prestamente y cobró su cavallo, y alçó la seña real dando bozes:

–¡Vencidos son los paganos! ¡Vencedor es el rey Amadís! ¡Bretaña, Bretaña! ¡Gaula, Gaula!

Y luego las trompetas fueron tocadas muy reziamente que pusieron esfuerço a los suyos y pavor en los contrarios; los cuales, viéndose desamparados de los fuertes y grandes capitanes y todos muertos y espantados de la fortaleza de los enemigos, puestos en mucho pavor y medrosía començaron a bolver las espaldas y fuir derechamente a la mar y otros retrayéndose esforçadamente, mas aquellos que los seguían eran tales que defensa les no tenía pro.

Allí un cavallero moro muy esforçado por nombre Celín, con gran compañía de cavalleros, resistió por una pieça para que los otros pudiesen guarescer y cobrar las naves, mas el rey Amadís andava tan sañado y vitorioso que no avía cosa que se le amparasse, y tomando una lança encontró a este moro con tanta braveza que assí él como al cavallo echó en tierra, y paró los moros tales en poca de hora con ayuda de los cavalleros que le aguardavan que no escaparon d'ellos dozientos, y assí, que no se atreviendo a amparar, fuían a las barcas y bateles y el que primero entrava aún no le parecía estar en salvo, y aquí fue la mayor mortandad que en las batallas.

El rey andava por una parte, Florisando ^{133r} por la otra, y Persián de Escocia, con grande gente, pusieron los paganos en tal aprieto que por se acoger a las naves se metían por el agua que fonda era y morían ahogados; la playa toda era cubierta de muertes, de guisa que arroyos corrían de sangre y la arena toda era bermeja. Los cavallos no podían andar sino sobre muertos, y los que en la batalla eran lassos y cansados aquí eran rezió y follo-nes, como ivan de vitoria haziendo grande estrago en los enemigos, assí que la gente de los paganos que allí murió no tuvo número ni cuento, ni es creíble que tan poca gente como la del rey Amadís pudiese vencer a los paganos. A esto digo que la voluntad y ayuda de Dios lo fizo principalmente, y después la mucha gente mal gobernada, aunque mucha sea, no puede dexar de passar gran desbarato, endemás fallando gente que ni punto de desconcierto ni esfuerço no perdía.

En aquella rebuelta grande, cerca de la mar un hermano del rey de Media, muy ardid cavallero, como viesse tanto estrago fecho y su hermano muerto y la hueste perdida, queriendo perder la vida donde la honra quedava, conociendo al rey Amadís, como desesperado arremetió con la espada en la mano por le ferir, y el rey alzó el escudo y dándole por un cantón gelo fendió fasta abaxo, y descendiendo el espada a la cabeça del cavallo gela fendió toda, de guisa que cayó luego con el rey y le tomó la una pierna debaxo. El Cavallero de las Cruces, fallándose ende aquella sazón, dio tal golpe a aquel pagano, que Alfadarín avía nombre, que la cabeça le fendió fasta los ojos, y apeose luego de su elefante y ayudó a levantar al rey y le dixo:

–¡Señor, tomad este elefante!

Mas el rey no lo quería fazer sino assí a pie seguir los enemigos, mas él tanto lo afincó que ovo de subir en el elefante, y el cavallero cobró el cavallo de Alfadarín y juntose con el rey, y vieron el grande estrago que los suyos hazían, y todos andavan tan encarnizados que no dexavan hombre a vida. Y a la orilla de la mar avía gran rebuelta, que muy gran pieça de paganos se avía ayuntado y peleavan con los suyos, y luego el rey, con su espada tinta en sangre en las manos, siguiéndolo el buen Cavallero de las Cruces y Coroneo, que siempre avía andado al lado del rey faziendo tales maravillas, que fue avido por uno de los cinco cavalleros de la hueste, e assí con estos dos cavalleros, el rey se metió por los paganos, de guisa que d'ellos a fierro y d'ellos metiéndose por el agua morían muy miserablemente, y tanto era el estrago que los cavallos no podían andar passo con los muertos, que toda la ribera de la mar era cubierta d'ellos, y muchos de los paganos se avían acogido a las barcas, bateles, fustas y galeas que tenían ancoradas en tierra, y esto les fue gran remedio para escapar la mayor parte d'ellos, y si esto no tovieran, según fuían desesperados, defensa no les pudiera valer que todos no murieran amarga muerte, assí como lo passaron aquellos que a las barcas no se pudieron acoger.

El rey, viendo ya todo despachado, que los paganos que eran en tierra todos eran muertos o presos, fizo tocar las trompetas con grandes plazer y bozes de alegría, y luego los cavalleros esparzidos se juntaron con el rey que, aunque mal llagado era, no estava ende tal cavallero mancebo de sus señoríos a quien él oviesse embidia de su esfuerço, y avía fecho aquel día tales cosas que su fama, que ya se escurecía entre las gentes, aquel día començó de revivir y sonar de refresco por todo el mundo. El rey, después que assí los vido a todos juntos con tal vencimiento cual Dios milagrosamente les avía dado, alcançando las manos al cielo le dio muy grandes gracias y loores. E mandó a todas sus gentes que cada uno acudiesse a su capitán y se bolviessen al real de los contrarios, que ende quería reposar, y algunos dixeron que mejor sería ir a la villa, mas el rey dixo que por entonces en el campo quería albergar. Y assí con mucha ordenança se bolvieron todos para el real.

Don Lispán se llegó al rey y le dixo:

–Señor, el Cavallero de las Cruces mucho me semeja a Lisuarte vuestro nieto, y que vino encubierto a esta batalla, y él me pareció en los fuertes encuentros; tened manera que no se vaya que, aunque él no sea tan buen hombre, no le devríades dexar ir en ninguna manera sin le conocer y hazer mucha honra.^{133v}

–Assí lo faré –dixo el rey– que otrosí tengo sospecha que es Lisuarte, o cualquier que sea es el mejor cavallero que nunca armas traxo.

Y llamó a Florisando y dixole:

– Buen sobrino, ruégoos que toméis con vós a don Lispán y a Falangrís y vos vais por esta gente y fallaréis al buen Cavallero de las Cruces. Rogalde de mi parte que me fable antes que se vaya, que mucho creo ser Lisuarte, y si él es, aunque de todo el mundo se encubra, a vosotros se descubrirá.

– Así lo faremos, señor – dixo Florisando –. ¡Pluguiesse a Dios que él fuesse, que nunca tal plazer sobre tal vitoria vino a nós ni a los vuestros!

Y luego, partiéndose Florisando en medio de los dos infantes, en la reçaga de la gente fue a fallar al cavallero, que con el Novel se iba hazia la floresta.

Florisando, con la compañía que oístes, llegó a él y llevaban todos las viseras de los yelmos alçadas por coger aire, que de calor y cansancio andavan muy ahogados, y el Cavallero de las Cruces los atendió dando a entender que no los conocía, y llegando los tres cavalleros lo saludaron y ellos otrosí les bolvieron las saludes.

Florisando se llegó al Cavallero de las Cruces y le dixo:

– Señor cavallero, el rey Amadís os embía a rogar que antes de vuestra partida le veáis, ca mucho os dessea conocer, y estos infantes y yo otrosí os lo rogamos.

– Señores – dixo él –, yo voy mal llaga<g>[d]o y querría buscar dónde guareciesse, mas pues el rey me lo manda, no puedo ál fazer salvo su mandado, mayormente embiando tales mensajeros que, aunque yo quisiesse ser descortés, su valor me lo no consintiría. Yo, señores, seré oy con el rey en su real, mas queremos primero fallar nuestros escuderos que nos atienden en la falda de aquella floresta.

Y con aquella respuesta se vinieron los cavalleros al rey, que ya estava en el real de los paganos.

El Cavallero de las Cruces se fue a la floresta y falló a su escudero Evaristo, que todo el día no avía hecho otra cosa sino llorar muy agramente porque la gente del rey llevaba lo peor, y rogava a Dios que ayudasse a los suyos y librasse de muerte a su señor. El cual, cuando los vido, los pies le venía a besar. El cavallero lo abraçó con mucho amor, consolándolo de la gran cuita en que avía estado.

¶ Capítulo cxj. De las grandes riquezas que hallaron en el real de los paganos, e cómo el rey Amadís mandó llevar los muertos a Fenusa y de cómo fue conocido Lisuarte, y de la gran alegría que ovo toda la hueste.

EL REY AMADÍS, alcançada tal vitoria, como avéis oído, en que sus enemigos fueron muertos y presos y destruidos salvo aquellos que con el esforçado Cosdroel de Anfanía se acogeron a las naves, con sus compañías, puestas en ordenança, bolvió al real de los paganos en que avía más de cuatro mil tiendas ricas, afuera otras medianas y más chicas y tendejones: las riquezas que aquí se fallaron, assí de baxillas de oro y plata como de sedas y paños ricos y otros mill atavíos, muchas perlas, joyas, armas y cavallos, que con la riqueza de aquel real se podía comprar un grande reino, porque los señores de la tal riqueza eran de grandes tierras y rentas, y aviendo de fazer guerra en tierra ajena, assí les convenía de venir aparejados, y assí era costumbre que cuando ivan a las guerras las mejores joyas y de mayor valor essas levavan, ca por ellas eran conocidos sus estados.

Pues llegando el rey Amadís al real de los contrarios, mandó a Angriote de Estraváus coger todo el despojo para lo repartir después entre sus gentes, y mandó assimismo coger todo el campo: los muertos y los heridos mandó que los llevassen a Fenusa para que los muertos oviessen sepulturas y les fiziessen las ^{134r} honras que merecían, y que los llagados pudiessen guarecer de sus llagas. Y entre los cavalleros que allí murieron hallaron muerto al gigante Bravor abraçado con el duque Descaura, jayán muy poderoso y gran señor en Bervería, y Ladasín el Esgremidor, Troleán el Sobervio y Sanaminel fijo del duque de Anconia, y Treontes, y Ateoclo y otros muy preciados cavalleros, entre los cuales fue aquel rey Arbán de Norgales que siendo ya de hedad crecida, queriendo mantener la alteza de la honra que en la juventud avía ganado después de aver muerto muchos y muy señalados cavalleros paganos, topándose con aquel espantable Brucalán el Bravo, como andava de antes mal llagado, que las armas avía rotas en muchas partes y perdía mucha sangre, no le faltando el esfuerço y ardimiento se combatió tan bravamente fasta que falleciéndole la vida perdió el ardimiento de su corazón, y con muchas llagas vengadas con muchas muertes cayó muy virtuosamente en medio de los enemigos; encomendando su ánima a Dios hizo gloriosa fin a sus días, y muerto su cuerpo el ánima, según su virtud, reina en el cielo y su fama con gran resplandor entre las gentes. Y doliéndose el rey Amadís de la muerte d'estos cavalleros y sobre todos de la muerte del rey Arbán, consolando a Florisando, que muy triste era por la muerte del rey su tío, los mandó llevar con gran solemnidad y hazer muy ricas sepulturas, y él, quedando en el real loando assí los muertos como los bivos porque no menos gloria merecen los que esforçadamente mueren en la batalla que los que con esfuerço alcançan la vitoria, pues los muertos con la muerte cumplieron la deuda que devían a la honra, tanta era la alegría de la vitoria que los muertos no eran sentidos, pues murieron tan virtuosamente dando vida a sus famas, dexando a sus venideros título de honra y nombradía.

El rey Amadís, aunque muchas llagas avía, mostrava tanto plazer del vencimiento que a todos dava mucha alegría y llevó a su tienda a Florisando y al rey Agrajes, que mal llagado era, y lo hizo desarmar y curar con diligencia.

El Cavallero de las Cruces, como os ya deximos, después que llegó a do estava su escudero, apeose de su cavallo y quitó el yelmo y lavó las manos y rostro del polvo y sudor de las armas; lo mismo hizo el Novel su compañero, y estando assí le començó a dezir el Cavallero de las Cruces:

–Buen amigo, fasta aquí no me he dado a conocer con el rey Amadís mi abuelo porque mis obras no son tales que lo merecen, endemás siendo llamado por tales hombres como vistes, y por ende aunque los fechos no me den osadía para ello y al mucho deudo que este rey me tiene me da atrevimiento que los tomara como de cosa suya, y assí conviene que haga su mandado y me vaya para él.

–Que lo hagamos luego, señor –dixo Urgandín–, verdad es que para uno se nombrar del deudo del rey Amadís de grande nombradía deve ser, mas la menor aventura que vós avéis fecho en este mundo con la esperança del venidero tiempo era livianamente fazer aqueste viaje, quanto más aviendo vós acabado las más bravas y espantables batallas de todo el mundo, entre las cuales fue aquella del bravo Centauro que en su presencia y de su corte avéis acabado tanto a vuestra honra, que donde todos los más de sus cavalleros fallecieron vós sobrepujastes con tanta ventaja que no es de creer salvo aquellos que con los ojos lo vieron y

vuestro valor han experimentado; y assí que para esto más os sobra merecimiento que falta, y assí lo devéis de fazer, que lo ál no sería conforme a vuestra alta sangre.

–Assí lo tengo de fazer –dixo él.

Y luego cavalgaron en sus cavallos y tomaron la vía del real preguntando por la tienda del rey Amadís, y luego gela mostraron, que albergava en la tienda que fuera del Soldán de Liquia, que era la mayor y la más rica que en el mundo se podía fallar: era toda labrada muy sotilmente enforrada de seda verde, broslada de muchas y sotiles y estrañas lavores, avía dentro en ella seis retrainientos como cámaras en que avía ricos lechos con sendos estrados, y los dos cavalleros se metieron por entre las tiendas, que armadas eran de una y otra parte en orden como calles, y a las espaldas tenían muy gruesas bastidas de madera y fuertes palenques, estancias y cavas muy fondas, assí que estando en el real era estar en una muy buena villa cercada. Y yendo assí los dos cavalleros con dos peones solos que los guiavan ^{134v} y a la puerta de la tienda fallaron muchos cavalleros armados por guarda del rey. Los cavalleros se apearon a la puerta de la tienda y quitaron los yelmos y manoplas y las dieron a sus escuderos, y entraron dentro en la tienda, y era a sazón que las mesas eran puestas y el rey començava de comer. A su mesa comían Florineldo y Coroneo, Falangrís, Florinel, y don Lispán y Ladasán su hermano, Persián de Escocia, los fijos del rey de Sobradisa y en otras mesas otros muy preciados cavalleros. Y parando el rey mientes en los cavalleros que entravan conoció el cavallero que avía fecho las maravillas contra los enemigos, y no lo conociendo por su nieto salvo por el mejor cavallero del mundo, se levantó a lo recibir. El cavallero llegó muy ligeramente, fíncándose de rodillas le tomó las manos y gelas besó, y el rey lo levantó suso por las manos. Don Lispán y Falangrís le conocieron y se vinieron delante del rey diziendo:

–Veis aquí, señor, vuestro nieto Lisuarte, este es que delante tenéis.

El rey con gran plazer lo abraçó y con mucho amor lo besó en el carrillo, y de gran alegría le caían las lágrimas por sus fazes tanto que lo no soltava ni sabía con plazer si estava ende. Lisuarte no fazia otra cosa salvo besarle las manos muchas vezes, y luego llegó Florisando y Coroneo y los fijos de don Galaor, y dixeron al rey:

–Señor, dadnos parte d'esse cavallero que tanto tiempo ha que se nos encubre.

El rey lo soltó y Florisando llegó a lo abraçar con mucho acatamiento y luego otrosí llegaron Falangrís y don Lispán y Ladasán su hermano a le abraçar con aquel amor y desseo que razón debía tener. Y Lisuarte, viendo a Coroneo, le fue abraçar con tanto amor como si su hermano carnal fuera, y luego los fijos del rey de Sobradisa llegaron a le abraçar diziendo:

–Señor, más quexa tendremos de vós de la que pensáis, pues que assí os avéis encubierto de nosotros no aviendo razón para ello.

–Buenos señores –dixo Lisuarte–, la enmienda tomad de mí en lo que mandardes.

Y luego las nuevas supo el rey Agrajes, que acostado estava en una cama de la tienda, y con él estava su fijo Persián de Escocia, y tanto que las nuevas supo luego se vistió una almexia morisca muy rica y fermosa y sobre ella un manto rico, y ayudándole su fijo Persián se vino a do estava Lisuarte. El rey Amadís dixo a Lisuarte:

–Amado fijo, fablad a esse noble rey que os viene a ver.

Y Lisuarte, mirando contra la otra parte, como vio venir al rey Agrajes se fue a él y fíncó las rodillas en el suelo, mas el rey lo levantó y abraçó con mucho plazer diziendo:

–Agora soy sano de mis llagas con venida de cavallero tan desseado.

–Yo he por bienaventurada mi llegada –dixo Lisuarte–, pues tan alto rey como vós, señor, lo sois d’ella recebís plazer.

Y assí lo tuvo el rey Agrajes abraçado gran rato fasta que el rey Amadís le dixo:

–Señor rey y buen cormano, dad parte a todos d’esse cavallero que todos lo dessean ver, que de aquí adelante no nos faltará tiempo que lo veamos si de nós no se encubre como fasta aquí lo ha fecho.

Estonces el rey Agrajes lo trajo abraçado fasta donde estava el rey Amadís, y allí le fabló Persián de Escocia y él lo recibió como era razón y mesura.

Entonces el rey Amadís lo tomó por la mano y dixo al rey Agrajes:

–Buen señor, acogeos a vuestro albergue, que sois mal llagado y la luenga estada os puede dañar mucho la salud.

–No ay cosa –dixo él– que agora me pueda fazer daño que con el gran plazer perdí el dolor de las llagas, y me parece que soy sano y arzeziado, y no quiero que esta cena de plazer la cenéis sin mí, que de todo quiero gozar, cuando no fuere de los manjares, será de la vista d’este cavallero.

El rey Amadís le dixo que, pues que assí quería, que él recibía mucho plazer que todos oviesen parte de su alegría como solían aver parte de su trabajo y fatiga.

Luego mandó a Falangrís y a don Lispán que llevassen a Lisuarte a una cámara de la tienda donde quitasse las armas. Ellos lo fizieron luego de coraçón y lo llevaron a la cámara que para el rey era, y le ayudaron a desarmar. E luego vino Ardián el enano, que guardarrropa mayor era del rey, y fincándose de inojos le besó las manos y le dio fermosos paños que vistiese y una capa de escarlata enforrada de seda india que se abrochava con ojales de oro. E Lisuarte, assí vestido, se vino en medio de los dos infantes y se tornó para donde estava el rey, que assí él como los que no lo avían visto estavam muy espantados, y creían que hombre mortal no pudiesse alcançar tanta fermosura ^{135r} sino aquel a quien Dios milagrosamente la diesse como a este príncipe la avía dado. Pues otrosí el rey rescibió con mucha honra a Urgandín, que aquel día avía mucho mostrado en la batalla, y lo fizo sentar con los otros preciados cavalleros de su casa y assí comían con mucho plazer, y tal estava ende que era mal llagado y con la alegría no demostrava las llagas que le aquexavan.

Las nuevas de la venida sonaron por todo el real. El alegría de su venida no menor fue que el plazer de la vitoria, y todos venían a la tienda a ver al cavallero, entre los cuales vinieron aquel noble Giontes, duque de Cornualla, y Angriote de Estraváus y Listorán de la Torre Blanca, y todos eran mal llagados y avían andado con Angriote de Estraváus cogendo el despojo del campo, y Lisuarte los recibió y abraçó con mucho amor, que no menos eran contentos de su mesura y buen talante que de su alta bondad de armas. El rey fizo sentar aquellos cavalleros a una mesa y fizo traer de comer que mucho lo avían menester, y assí comieron todos con mucho plazer hablando en las batallas y en los señalados hombres que aí venían.

¶ Capítulo cxij. De cómo el rey Amadís fizo saber las nuevas del vencimiento a la reina Oriana y de lo que más aconteció.

LA CENA ACABADA, los manteles fueron alçados y el rey mandó luego a don Gandales que no folgasse fasta que aquellas alegres nuevas supiesse la reina Oriana y que quedasse en su compañía, pues este cavallero, aunque su triste corazón más conforme le fuera llevar nuevas de tristeza que de alegría, por cumplir lo que su señor le mandava se puso en el camino con tanta priessa que en muy pocos días fue en Londres y supo cómo la reina con todas sus infantas y donzellas estava en Miraflores, que acabara de tener novenas en el monesterio, para donde se partió luego don Gandales, armado de todas armas. Como anduvo en la batalla, que llenas eran de la sangre de los paganos y guisa que espanto ponían a los que las vían y, siendo conocido del portero, entró a donde la reina estava en una grande capilla que tenía dentro en el castillo, y después que los nueve días tovo de novenas en el monesterio, se encerró en el castillo y con aquellas infantas que ella más amava estava lo más del día en oración; onde llegado don Gandales la falló con la infanta Leonarda y Galianda y la *Linda Española*, Brianda y Grindalia y Lucilia, de rodillas puestas delante del altar de la Virgen María, rogándole que quisiesse ser rogadora a su Fijo que diesse ayuda al rey Amadís contra aquellos sus enemigos, de que la reina era muy espantada de la muchedumbre de gentes que le dixeran ser venida sobre Bretaña. Pues entrado este don Gandales en la capilla, luego fue conocido de todas, ca llevaba las manos y la cabeça desarmadas, y él se fincó de rodillas delante de la reina y le besó las manos y le dixo:

–¡Ay, don Gandales, buen amigo! ¿Qué nuevas me traéis del rey?

–Muy estrañas, señora –dixo él–, que es espanto de corazón triste salir nuevas de alegría, y <f>[s]abed que el rey Amadís es vencedor y los enemigos todos muertos y presos y destruidos, y el rey muy bueno aunque algunas llagas tiene, mas no son de peligro, y sobre esta vitoria le vino una grande alegría.

–¿Qué tal, buen amigo? –dixo la reina.

–Que aquel cavallero que por el mundo es famoso, aquel que traxo las armas del Dragón que venció el fuerte Centauro con armas desconocidas y estrañas, entró en la batalla en favor del rey y fizo tales cosas que con su bondad los enemigos fueron vencidos. Está ya con el rey en su tienda y es vuestro nieto Lisuarte, y creed, señora, que en el mundo no ay quién igual le sea así en bondad de armas como en fermosura.

La reina, cuando esto oyó, si fue alegre con tales nuevas, es escusado de escrevir porque nunca en su vida lo fue más, y dando gracias a Dios mandó fazer muy solenes processiones en Londres y assimismo por todos los lugares^{135v} y villas de Bretaña.

El rey Amadís, como os deximos, acabada la cena mandó venir al maestro Elisabad, que curó a él y a Lisuarte de las llagas, que no eran grandes ni peligrosas, y assimismo a los otros cavalleros. Lisuarte dixo al rey Amadís que quería embiar por sus donzellas que mucho sabían aquel menester, que quedavan en casa de Listorán de la Torre Blanca. El rey dixo que fiziesse su voluntad. Entonces Lisuarte tomó a Listorán y le dixo:

–Buen señor, en vuestra torre quedaron unas donzellas que venían en mi compañía y dexelas en guarda de la noble dueña vuestra mujer, a la cual le yo soy en tanto cargo por la honra que sin me conocer me fizo, que mucho desseo tengo de la galardonar. Mu-

cho os ruego que con mi escudero embiéis algún hombre que lo guíe a vuestra torre para traer a las donzellas que necessarias son a la sazón, que saben mucho de curar llagas. Listorán le respondió:

– Señor, si algún servicio en mi casa se os fizo que os pluguiesse, yo soy d'ello tan alegre, que me he por bienaventurado de en mi pobre casa fazer servicio a tan alto príncipe como vós lo sois, y assí, mi señor, como la mandáis lo cumpliré.

Entonces llamó dos sobrinos suyos y estos eran los que vinieron con Lisuarte de la torre y las mandó que se fuessen a su torre y traxessen en su guarda las donzellas, y ellos assí lo cumplieron, y luego se partieron aquella noche. Dos partes de la noche eran passadas quando el rey Amadís despidió a los cavalleros de su tienda que se fuessen a sus albergues, y los que allí en su tienda albergaron fueron estos: en la mayor cámara, que era la del rey, fizieron otro lecho a Lisuarte que allí lo quería el abuelo tener cerca de sí; y en la otra cámara el rey Agrajes y su fijo Persián; en la otra Florisando y Coroneo; en la otra Falangrís y Florinel; en la otra don Lispán y su hermano; en la otra los fijos del rey de Sobradisa, ca estos quería el rey que fuessen sus huéspedes. Y assí durmieron aquella noche en mucho reposo y el rey Amadís con mucho plazer y alegría, que muchos años avía que nunca tanto lo tuvo.

Otro día llegaron los sobrinos de Listorán y traxeron las donzellas de Lisuarte y fueron muy honradamente recibidas del rey y de todos aquellos cavalleros como aquellas que avían servido muchos tiempos a Lisuarte. El rey les mandó dar una rica tienda cerca de la suya donde albergassen para curar los cavalleros que mal llagados eran, ca el maestro Elisabad no podía a tantas partes socorrer que, aunque muchos maestros oviesse en el real, ningunos al maestro ni a las donzellas se les igualavan. Donde agora los dexemos curando de sus llagas y digamos lo que en este tiempo aconteció a los paganos que a las naves se acogeron.

¶ Capítulo cxiiij. De cómo llegaron al puerto onde el rey Amadís tenía su real el rey de Sobradisa y Arquisil, trayendo gran flota y muchas naves de los enemigos.

ESTANDO ASSÍ EL rey Amadís en el real de los paganos, llegó al puerto una grande y poderosa flota en que venían más de dozientas velas muy a punto de guerra. El alboroto fue muy grande en el real, tanto que eran armados bien dos mill cavalleros para defender el puerto pensando ser enemigos. El rey, oyendo el ruido, mandó saber a Angriote de Estraváus lo que era, el cual, con gran compañía de cavalleros, llegando a la mar supo que no eran enemigos, mas que venía ende el rey de Sobradisa y Arquisil, fijo del emperador de Roma. Luego Angriote lo fizo saber al rey y aquellos cavalleros. El rey fue muy alegre con su venida y rogó al príncipe Florisando que, tomando consigo gran compañía, los fuessen a recibir, pues él ni los otros cavalleros de su tienda por estar llagados no podían. Pues luego los principales cavalleros de la hueste que en disposición estaban cavalgaron con Florisando y se vinieron a la mar y fallaron que salían de un batel el rey don Galaor y Arquisil, y Florisando se apeó luego y fue con muy gran acatamiento a abraçar al rey su tío, y después a su cuñado, desculpando mucho al rey ^{136r} Amadís y al rey Agrajes, que estaban heridos con los otros señores, y salidos en tierra les dieron luego fermosos cavallos

y se fueron contra el real. Yendo el rey entre los dos príncipes, Florisando les fue contando cómo el Cavallero que de los Cisnes se dezía y después se nombrara el Cavallero del Dragón que venciera en batalla al gran Centauro <que> era Lisuarte, hijo del emperador Esplandián, y que con su bondad los enemigos fueron vencidos, diziéndole algunas de las grandes proezas que él fiziera en las dos batallas. El rey don Galaor, muy espantado, dixo:

–¿Es verdad, buen sobrino, que el Cavallero de los Cisnes es fijo del emperador?

–Sí, en verdad –dixo Florisando.

–Pues agora vos digo –dixo el rey– que seré d’él siempre muy quexoso, ca si buena obra me fizo en librar a mis hijos de la muerte matando aquel famoso jayán que matar nos quería, de otra parte me hizo tanto agravio en se me encubrir que no sé cuál me vença más si la buena obra o la justa saña.

–No os espantéis, señor –dixo Florisando–, que si por ende nos regimos todos tenemos d’él mucha quexa, así el emperador de Roma como Arquisil, que aí está, y el rey de Cerdeña mi señor y yo otrosí, que en Roma se fue a armar cavallero con don Lispán, fijo de don Brián rey de España, y teniendo allí tanto deudo se encubrió y lo mismo fizo al rey Amadís. E pues que todos, viendo su gran valor y bondad con su venida, son alegres y lo serán cuando lo supieren, que así lo seáis vós, mi buen señor, porque si así no anduviera tan encubierto no fuera tan estremada su bondad ni su venida tan desseada.

–Así es verdad –dixo el rey–, mas ni por ello dexo de me fallar corrido por en mi casa no se le aver hecho servicio como era razón.

Y así hablando llegaron a la tienda del rey, y lo fallaron acostado en un lecho y Lisuarte su nieto cerca d’él. El rey don Galaor fue a abraçar al rey su hermano. Arquisil como a padre le besó las manos, entonces fueronse luego a Lisuarte, que levantado estava sobre la cama. El rey don Galaor, conociendo que aquel era el que estuvo en su casa, riendo de mucha gana le fue a abraçar y lo tuvo así una pieça diziendo:

–Dexo agora de dezir mis quexas porque vos no pese, señor cavallero, de mi venida, mas tiempo verná que me quexe al rey y a la reina Oriana de vós.

Y luego llegó Arquisil diziendo:

–Todos nos podemos quejar de una cosa –y de muy buen talante abraçó a Lisuarte con aquella medida que a fijo de tan altos hombres convenía.

–Buenos señores –respondió Lisuarte–, aunque tenga justa escusa no la quiero dezir porque me mandéis hazer servicios en emienda de mi culpa si por tal se puede aver, para con ellos satisfacer algún tanto a vuestra quexa, mas no a vuestro merecimiento.

–Para conmigo –dixo el rey de Sobradisa– cualquiera pequeña escusa será muy grande, y con este príncipe otrosí más con la princesa Elisena vuestra tía ni con la reina Briolanja no sé si os valdrán.

–Ellas son tales señoras –dixo Lisuarte–, que siendo yo tanto suyo que cualquiera liviana emienda que yo faga serán satisfechas más por su virtud y nobleza que por mi merecimiento.

Y así estavan el rey don Galaor y Arquisil abraçados con aquel preciado cavallero Lisuarte. El rey les dixo que fuessen a ver al rey Agrajes, que mal llagado estava, y así lo hizieron y a todos los otros cavalleros llagados, y después se bolvieron al rey y se desarmaron y comieron cabe la cama del rey, y después de comer le contaron cómo viniendo Arquisil de Roma con grande flota en que traía tres mil cavalleros en su ayuda fuera a dar

en un puerto de Sobradisa donde el rey hacía otra grande armada, y que dende partieron de consuno y venían derechos a Bretaña diziéndole cómo hallaron muchas naves de los paganos derramadas por essa mar, y que aviendo noticia de quién eran los acometieran y mataran muchos d'ellos y le tomaran treinta navíos y diez fustas y cinco galeas con mucha gente, armas y bastimentos, y que supieron que eran de tierra de Libia y de Colcos.

–Y con estas nuevas –dixo el rey de Sobradisa– nos venimos para vós, no tanto alegres de saber la vitoria como desseosos de nos fallar en ella para que tomásemos parte de la afrenta y trabajo, y alcançar nós parte de la vitoria. Mas, pues que Dios assí lo quiso remediar sin nuestra llegada, Él sea para siempre loado, que nós mucho somos ende plazenteros.

Y estovieron assí fablando de la guerra y de las grandes armadas, y, después que ^{136v} assí estovieron grande pieça, el rey les mandó dar muy ricas dos tiendas frontero de la suya, la una fue del rey Arávigo y la otra del rey de Persia, que ambas eran ricas y estremadas, y luego dixeron al rey que los muertos eran tantos de los paganos que si estoviessen en el campo que sería el hedor tanto que el real no se pudiesse sufrir. El rey mandó luego a Graval de <l>la Torre Blanca, fijo de Listorán, que tomando consigo gran peonaje se fuesse al campo y fiziesse hazer grandes cuevas donde enterrassen aquellos cuerpos de los paganos, lo que luego cumplió Graval que, cogendo del real tres mill peones con sus açadas se fue al campo, les hizo hazer grandes hoyos y allí hizo echar todos los cuerpos de los paganos, lo que luego los peones cumplieron con mucha diligencia, como aquellos que desseosos eran de despojo. Y assí fueron enterrados en aquellos lugares los paganos que murieron en la batalla, y su sepultura fue cual su seta merecía. Y esto fecho, el rey Amadís, con consejo del rey de Sobradisa su hermano y de Arquisil y Florisando y de los altos hombres de su corte, repartió todo el despojo del real entre sus cavalleros y tanta parte hizo a los muertos como a los vivos, y otrosí hizo parte a los cavalleros de la flota de Arquisil y del rey de Sobradisa, assí que todos fueron muy alegres ca el despojo era tanto que fuera las ricas joyas solo de oro y plata y atavíos los cavalleros todos fueron dende ricos, y las muy preciadas pieças repartió por aquellos grandes príncipes de su hueste, y no tomó más parte para sí que cualquiera d'ellos salvo la tienda del soldán y el elefante que Lisuarte le avía dado. Y assí fue todo repartido como entre hermanos, de manera que ninguno quedó descontento, y, acabado de repartir el despojo, el rey mandó visitar los cavalleros que en sus tiendas por las muertes de sus padres fazían grande duelo, conviene a saber: Esquilán el Membrudo y Leonil por su padre Ladasín el Esgremidor; y Gualdín por su tío y Galeote por el bueno de su padre. El gigante Bravor y Lisuarte suplicaron al rey que mandasse visitar a aquellos cavalleros, mayormente a Esquilán el Membrudo, que era aquel que guardava la Fuente de los Cedros, y a Gualdín de Bristoya y Leonil su primo, loándolos de alta bondad como aquel que los tenía esperimentados. El rey mandó a Abiés de Sansueña y a Odoardo y Languines del Lago Ferviente que fuessen a visitar a Galeote, y mandó a Angriote y Estravás y a Listorán de la Torre Blanca que fuessen a visitar a Esquilán, y el mismo cargo dio a Irneo de Boemia y a Marcival el Grande, y a Radualdo que fuesse visitar a Leonil su primo, lo que ellos luego cumplieron, y fallaron a aquellos cavalleros en sus tiendas assaz tristes por la muerte de sus padres y llagados de muchas feridas que ovieran en la batalla, matando muchos de los enemigos, faziendo grandes muestras de sus proezas y bondades, y ellos recibieron en mucha merced la visitación que aquellos cavalleros de la parte del rey les hazían, y fueron mucho consolados y assimismo fueron muy visitados a menudo de

cuantos cavalleros avía en el real. Lisuarte, viendo su gran valor, les mandó a sus donzellas que los curassen de sus llagas, y después que fue bien guarescido de las suyas los fue a ver y los halló no solamente llagados los cuerpos, más aún, los coraçones de pesar.

El rey Amadís, después que mejorado estovo de sus llagas, mandó llamar los mayores y más sabios maestros de toda la tierra, y mandó fazer allí en aquellos campos de Fenusa en el lugar do avía sido la batalla un monesterio grande y fermoso a loor de Nuestra Señora la Virgen María, y mandó que estoviesen en él cuarenta frailes de continuo de buena vida, y embió por dos religiosos frailes a la Ínsola Firme al otro monesterio que él mandara fazer al tiempo que se fue a la Peña Pobre, y quiso que tomassen el cargo de fazer aquella obra, para la cual dio toda la parte del despojo de oro y plata, y le dio mucha renta y le compró muchas tierras y possessiones, de guisa que el monesterio era de los principales de Bretaña, y llamose de Cristiana Victoria por el vencimiento que allí fue de los paganos, y en él mandó hazer el rey muy ricas capillas y muy fermosas, y mandó en ellas enterrar los huessos de los que murieron en la batalla en muy honradas sepulturas, y encima letras que señalavan de quién eran, assí que en muy breve tiempo se fizo el mejor monesterio de Bretaña y siempre ovo en él los cuarenta frailes, hombres de santa y religiosa vida.^{137r}

¶ Capítulo cxiiij. De cómo Coroneo se partió de Bretaña para Macedonia.

SIENDO VENCIDA LA batalla de los paganos, que no menos fue brava que espantosa, conociendo Coroneo que el Cavallero de los Cisnes se dezía ser fijo del emperador de Constantinopla y nieto de aquel gran rey Amadís, aviendo entre los dos amigos muy gran alegría en se fallar juntos, queriendo Coroneo que tan alegres nuevas se supiesen en casa del rey su padre, queriendo otrosí él ser el mensajero, hablando con Lisuarte le dixo cómo él quería ir a Macedonia a ver al rey su padre, que muy presto daría la buelta, que su coraçón era tan aficionado a morar en aquella tierra que ya no sabía fazer vida en la suya. Y en esto dezía verdad, ca era muy penado por los amores de Leonarda, fija del rey de Sobradisa, tanto que estando fuera de su presencia y donde la no pudiesse ver no le parecía tener vida, endemás de la dulçura de aquella tierra y amistad y conocencia de tantos y tan señalados cavalleros. Lisuarte le rogó que por él besasse las manos al rey su padre y a la reina su madre y a su hermana la infanta, y diesse sus encomiendas a sus amigos, afirmándole que si por su voluntad fuera que en aquel camino le toviera compañía, mas que los pocos días que con el rey su señor avía estado le davan escusa para ello. Y assí hablando muchas cosas de plazer, como tales dos cavalleros que no menos se amavan que hermanos, Coroneo se fue a despedir del rey Amadís y de aquellos grandes reyes y señores y los otros cavalleros sus amigos, a los cuales pesava mucho de coraçón por su partida; él les dezía que muy en breve sería su tornada. El rey Amadís, conociendo el gran valor d'este cavallero y la bondad del rey su padre, le dio grandes y ricas joyas, y embió al rey su padre doze cavallos muy fermosos de los que avían fallado en la tienda de Soldán de Liquia, y embiole la rica tienda que fuera del almirante de Turquía, que toda era enforrada de seda india travada de oro, y avía en ella figurada la gran ciudad de Constantinopla y otras cosas no menos ricas que estrañas en su fechura. Lisuarte embió la espada del Soldán de Liquia al rey Alidoro, que era de las ricas y fermosas que en el mundo se podía fallar. Y con estas joyas se partió Coroneo para Macedonia llevando él mis-

mo otras muy más ricas, que era la gran fama de las proezas que en Bretaña avía fecho, en que avía ganado muy gran prez por su bondad, aviendo otrosí ganado el amor de Leonarda, que era de las apuestas donzellas del mundo.

Assí, partiendo de los campos de Fenusa, caminando por sus jornadas, tanto anduvo que llegó a Macedonia y falló al rey su padre en la ciudad de Caravia, que era de las primeras del reino, y sin que persona lo conociese, armado de otras armas de las que sacara de Cedrómpolis al tiempo que se partió para Bretaña, y entró por el palacio y falló al rey su padre en compañía de muchos cavalleros, y siendo cerca d'él quitó el yelmo y fincó los inojos en tierra, y el rey con gran plazer lo alçó suso y le besó en la faz con mucho amor. Y luego Coroneo le pidió licencia para ir a ver a la reina su madre antes que de su llegada fuesse sabidora; el rey gela otorgó de corazón. Coroneo se fue al aposentamiento de la reina su madre y fallola en su rico estrado con su fija Elena acompañada de muchas dueñas y donzellas, y cuando vido a su fijo Coroneo, que tantos días avía que le no viera, como persona fuera de sentido dio una boz alta diziendo:

–¡Válasme Dios! ¿Qué veo?

Entonces se levantó y Coroneo en llegando puso las rodillas en el suelo, y tomándole las manos gelas besó muchas vezes. La reina lo tenía abraçado y las lágrimas de grande alegría le caían por sus carrillos, y luego llegó aquella luziente estrella entre las fermosas del mundo, y con mucha mesura abraçó aquel hermano que mucho amava. La reina lo hizo luego desarmar. Elena y sus donzellas le ayudaron a quitar las armas y le cubrieron un manto ^{137v} de seda jalde enforrado de pieles de alimancias de gran valor. A esta hora llegó el rey Alidoro y otrosí se sentó en el estrado, preguntando a su fijo por las cosas de Bretaña.

–Señor –dixo él–, ante vuestra corte os querría dar las estrañas nuevas que os traigo, mas ellas son tales que cuantas más vezes se dixeren más plazer acarrearán.

Entonces le començó a dezir las grandes cosas que le acontecieron después que partiera de Cedrómpolis y cómo fuera a la corte del rey Amadís con Florinel y cómo avía sido honradamente recebido y honrado en su casa.

–No de balde –dixo el rey Alidoro– suena por el mundo tan altamente su bondad.

–Creed, señor –dixo Coroneo–, que es de los principales reyes de mundo, ni ay rey ni emperador que tal corte mantenga ni tantos cavalleros aya en su mesnada ni ay fijo de rey de las ínsolas ni pocos de tierras estrañas que no sean en su compañía porque a todos los sabe honrar como quien son. Pues de la reina Oriana, ¡qué diga!, el tiempo puede faltar para lo dezir mas no la virtud que en ella ay. En su casa son las hijas de los reyes y altos hombres, tantas, que cinco otros reyes cristianos nos las tienen, de guisa que quien no lo viere no menos le parecerá cosa de espanto que impossible. Es cierto que dos cosas tiene aquella corte sobre todas las del mundo: los mejores y más señalados cavalleros que en ninguna parte, y las más apuestas dueñas y donzellas que se pueden fallar en otra corte salvo en la del cielo: allí la mesura, la criança, la bondad y la cavallería en el más alto estremo que ser puede. ¡Ó, cuántas vezes he desseado de ver en aquella compañía a mi hermana Elena por muchas causas! La una por su primor y beldad ser conoci<c>[d]a por el mundo; la otra por ver la estrañeza de aquella corte y tomar sus lindas costumbres y maneras; lo otro porque en el mundo no se fallaría cavallero que igual le sea en casamiento sino fuere en aquella corte. En la cual ella, estando por su valor y alta guisa, lo hallaría muy a su honra y nuestro linaje sería adelantado.

–Muy estrañas cosas nos dezís, fijo –dixo el rey–, y de creer es que tan alto hombre como el rey Amadís tales cosas tenga en su casa sobre todos los reyes del mundo, y assí dizen que los más de los reyes de las ínsolas le pagan parias. Mas, ¿qué nuevas, fijo, me dades del Cavallero de los Cisnes, vuestro amigo?

–Señor –dixo él–, son tan estrañas y tan largas que será larga cosa de contar, mas muy en breve las diré.

Entonces le dixo cómo él avía librado los cavalleros de la Torre Encantada y quebrada la fuerça de los encantamientos de la Sabia Donzella, y avía muerto el jayán Macareo y librado a los fijos del rey de Sobradisa de la muerte, y cómo ende avía embiado las armas y dexado la devisa de los Cisnes tomando la del Dragón, y cómo avía librado a Rodualdo de la Montaña de Sanguid y de las espantables cosas que ende fizo; y assimismo de los dos primos que guardavan la puente del río Guiñón y del cavallero que guardava la Fuente de los Cedros, y de la cruda batalla que ovo con el Centauro y lo matara en la plaça de Londres delante del rey Amadís su abuelo, aviendo vencido el Centauro los mejores cavalleros de Bretaña, entre los cuales era Florisando, el príncipe de Cantaria.

–¡Santa María! –dixo el rey–, ¿qué oyo? ¿Un cavallero solo poder vencer al Centauro?

–Sí, por cierto –dixo Coroneo–, que con estos ojos lo he visto y aún más estrañas aventuras ha acabado con su bondad.

Entonces le dixo de la brava batalla que el rey Amadís oviera con el Soldán de Liquia y reyes paganos en los campos de Fenusa, y de cómo el Cavallero del Dragón, tomando la devisa de las Cruces, encubiertamente entrara en la batalla y hiziera tales maravillas que el rey Amadís con su bondad quedara vencedor y los paganos muertos y destruidos, contándole particularmente los fechos famosos de los que en ella se fallaron y sus nombres, y cómo en fin de la batalla el cavallero fuera conocido ser nieto del rey Amadís y fijo del emperador de Constantinopla, y de la gran alegría que de tal conocencia fue en todo la hueste, endemás en el rey Amadís, que muy poco menos la preció que la vitoria.

–Agora –dixo el rey– soy el más alegre del mundo en tener conocencia de tal cavallero, y aunque en mi casa se le no ha fecho tanta honra como su estado merecía, fue por desconocencia, y clara razón es que tan estremado cavallero no podía ser de otro deudo salvo de aquel que estremadamente siempre tuvo la prez y gloria de las armas.

–El rey Amadís, señor –dixo Coroneo–, vos embía por mí por afirmar vuestra amistad y conocencia, la cual mucho dessea, doze ^{138r} muy fermosos cavallos que fueron del Soldán de Liquia, que avía los mejores de todo el real de los paganos, y os embía otrosí la tienda que fue del almirante de Turquía, que es de las ricas que ningún rey en el mundo puede tener. Y el Cavallero de los Cisnes, que Lisuarte se llama, manda besar vuestras reales manos y vos embía la espada del Soldán de Liquia, que es la más preciada joya que ende se ganó.

Mucho se lo agradeció el rey Alidoro en ausencia siendo, más alegre de la amistad que con tales hombres ganava que de las ricas joyas que le embiavan.

De Elena vos digo que oyendo aquellas cosas su coraçón se desfazía en alegría oyendo los grandes fechos de aquel cavallero, aunque ya avía sabido su fazienda al tiempo de su partida y assimismo cómo avía mudado las armas de los Cisnes y tomado las del Dragón, que esto el donzel gelo avía dicho, trayéndole la carta que Lisuarte su amigo le embiava desde el monesterio de la villa de Gracedonia, y con las más hazañas que Coroneo d'él dezía se fazía en su coraçón muy alegre y ufana, y juzgava su amor por bien empleado, y

desseava mucho morar en aquella corte para poder ver aquel su gran amigo y las estrañas aventuras que ende venían.

A esta hora llegaron los hombres de Coroneo que traía las ricas donas. El rey, tomando consigo a Coroneo, las salió a ver, y cuando vido la rica tienda y la estraña espada dixo que dos joyas de tanto valor pocos reyes las tenían en el mundo; fue ende muy alegre su corazón y otorgado a fazer todo lo que el rey Amadís le mandasse, aunque Lisuarte lo devía por las estrañas cosas que avía fecho en Macedonia en el delibramiento de su fijo Coroneo, y propuso en su corazón de embiar su fija a aquella corte para su valor y alta bondad ser conocida y que, pues tantas fijas de reyes ende moravan, que no era menoscabo a su fija de honra que de tal casa no saldría sino muy honrada, pues allí la flor de la cavallería junta era. Y siendo assí muy alegre en su corazón, se sentó con su hijo Coroneo a las mesas, que puestas eran, y comió aquel comer con mucha alegría y plazer de toda la corte. Onde los manteles alçados, el rey rogó a Coroneo que contasse la fazienda del Cavallero de los Cisnes a aquellos altos hombres que ende eran. Coroneo lo fizo de voluntad, contando todo como la istoria lo ha devisado, y no ovo ende tal aunque de gran fecho de armas que no fuesse espantado, y en todo el palacio no se fablava de cosa tanto assí entre cavalleros como entre donzellas todos dezían que bendita sería la dueña o donzella que ganasse el amor de tal cavallero, lo que oyendo Elena recibía tanta alegría que el amor le acrecentava, de la otra parte con gran cuita como suele ser mezcla de amor. Y retraída en su cámara, siendo sola con Petronia su donzella, le dixo:

–¡Ay, buena amiga!, ¿qué me dezís de tal cavallero? ¿Pareceos que tengo razón de le amar más que a mí mesma, pues sé que me ama más que a su vida? ¡Su valor es sobre todos los emperadores y reyes del mundo!

–Señora –dixo Petronia–, yerro sería ninguna donzella no preciar el amor de tal cavallero aunque señora de todo el mundo fuesse, mas no de manera que su fama venda por su valor ni su honra menoscabe por su bondad, antes, como las cuerdas donzellas fazer deven, amar los cavalleros de grande amor y guardar su honra con muy gran cordura, no lo otorgando salvo a aquel que con ella siempre lo aya de tener, aviendo d'ello primero seguridad y no como muchas donzellas livianas, que sin mirar lo que se sigue a rienda suelta siguen el amor que, tras el deleite, los guía fasta donde su fama padece mengua y su honra abiltamiento y su amor muy poca firmeza. Digo esto, señora –dixo ella–, porque, aunque Lisuarte tenga más bondad, si él assí no amare vuestra honra como vuestra fermosura, mucho os devéis de apartar de tal amor, ca a vuestro grande estado no conviene amar salvo aquel que para siempre os mantenga el amor siendo señor de vuestra beldad y marido de vuestra honra.

Muchas cosas assí d'esta manera dezía Petronia a Elena su señora para resfriar el fuerte amor que la perseguía, aunque de cierto sabía que faltando un punto de su honra Elena no amaría el cavallero. Y después que esto ovieron acabado, fablando entre sí dando parte a Éstor, que estava de partida para Londres, pesándole de corazón por no aver estado en aquella espantable batalla, creciéndole más el desseo y servir a Lisuarte, pues más sabía de su bondad, demandó luego licencia a Elena para se bolver a Bretaña, mas ella le dixo que atendiese algunos días para ver lo que Coroneo entendía fazer, y assí cessó la partida, la cual mucho desseava. De lo que agora dexemos ^{138v} de hablar fasta su tiempo y digamos lo que fizo el rey Amadís, que en el real de Fenusa quedava.

¶ Capítulo cxv. De cómo el rey Amadís, mandando alçar el real, se fue la vía de Londres, y del gran plazer que ovo la reina Oriana con tal venida.

VEINTE DÍAS ESTUVO el rey Amadís en el real después que los paganos fueron vencidos, en los cuales los que eran llagados guarescieron de sus llagas y los otros eran servidos de manjares y de todo lo necesario, ca el rey lo fazía traer de la comarca a mucha abundancia. Pues siendo ya todos guarescidos de sus llagas, acordó el rey Amadís de se partir para Londres ca tal alegría sin la reina no la devía mucho de posseer, y luego mandó pregonar por el real que otro día fuessen todos aparejados de partir y assí se fizó, que las tiendas fueron cogidas y arrancadas y las barreras desfechas y las estancias. La gente armada y puesta en orden tomaron la vía de Londres, andando otrosí pequeñas jornadas, y albergavan siempre en prados verdes y florestas, de guisa que passavan muy dulce vida. El rey embió un mensajero delante a la reina de su llegada, y tanto anduvo el rey con sus cavalleros que llegó una legua de Londres, onde le salió a rescebir toda la clerezía de la ciudad con muy devota processión. El rey quiso entrar con todo real aparato que avía alcançado y mandó llevar a sabiendas para ello la grande y poderoso carreta del gigante Almandrago y sus cavallos que la tiravan, y la mandó adereçar muy ricamente y hizola cubrir de paños ricos labrados a maravilla, y él subió en la carreta y se sentó en su real silla con aquel aparato que en sus palacios solía estar. Cerca d'él venía Lisuarte sobre el grande y feroso elefante que fuera del jayán Albumazar; el rey Agrajes y el rey de Sobradisa lo llevavan en medio. Arquisil y Florisando llevavan entre sí a Esquilán, que muy triste iva por la muerte del rey Arbán su padre. Y assí entraron por la ciudad de Londres. Las fiestas y alegrías no es de contar porque sería tanto impossible como larga, por tanto no se escribe porque consiste más en se fazer que en contar. Y assí entraron por las calles de Londres, donde todas las calles eran entoldadas con muy ricos paños desde la puerta de la ciudad fasta el palacio. La gente dava muchas gracias a Dios por la vitoria y por el conocimiento de Lisuarte, y todo el mundo le loava y bendezía y rogavan a Dios por la vida, y él iva tan apuesto en aquel feroso elefante según su fermosura era estremada: bien veréis lo que parecería a aquellas gentes que le no avían visto, y por cierto podéis creer que todas eran espantadas de su estraña fermosura junta con tanta bondad en las armas. Y entraron por la ciudad d'esta manera: ivan los principales cavalleros delante de dos en dos y luego venía Odoardo con la seña real del rey, y luego el rey Amadís en su triunfal carro, y luego venía aquel famoso Lisuarte armado de todas armas salvo las manos y la cabeça en medio de los reyes que ya deximos, y Arquisil y Florisando otrosí y tras ellos venían los dos hijos del rey de España; y entre sí de Falangrís y Persián de Escocia llevavan aquel preciado cavallero Galeote; Irneo de Bohemia y Florinel llevavan a Gualdín de Bristoya. Los fijos del rey de Sobradisa llevavan a Leonil; y tras estos ivan otros muchos y preciados cavalleros armadas de todas arm<o>[a]s que les no faltava cosa, entre los cuales Marcival el Grande parecía como torre entre almenas, y llevava de una parte a Rolandín y Rodualdo iva de la otra, assí que iva el fijo del rey en medio de dos fijos de condes, mas, aunque en la sangre y linaje les tenía mucha sobra, en las armas les no tenía tanta ventaja, que ambos eran de

alto fecho de armas. Y assí ivan los otros tan preciados cavalleros en tanto numero que en la ciudad no cabían ni por las calles. La reina Oriana con sus infantas dueñas y donzellas salió a reseibir ^{139r} la puerta de su palacio onde el rey, apeado en los braços de los dos príncipes Arquisil y Florisando, fue abraçar a la reina con aquel grande amor que siempre le tuvo, y luego los dos reyes Agrajes y Galaor se apearon de sus cavallos, y siendo ya Lisuarte apeado de su elefante lo pusieron delante la reina. Él se fincó luego de rodillas y le tomó las manos y gelas besó muchas vezes. La reina, sabiendo que aquel era Lisuarte su nieto, tomándole la cabeça entre sus reales y delicadas manos con mucho amor, cayéndole las lágrimas con plazer por sus mexillas, lo besó muchas vezes en el carrillo como si la emperatriz su madre fuera, porque no menos lo amava esta reina Oriana por su alta bondad y por aver socorrido al rey su marido en la batalla por que le avía cobrado mayor amor que de abuela, y assí estando traspasada con mucha alegría lo tenía apretado en los braços que no lo soltava poco ni mucho fasta que la *Linda Española*, trayéndose de las manos con Leonarda, dixo a la reina:

–Señora, dexadnos gozar de la vista de aquesse cavallero, que otrosí lo hemos mucho desseado, mayormente yo, pues que mis hermanos le dessean mucho servir<a> razón es que yo aya su conoscencia.

La reina, como amava mucho a esta infanta, soltando a Lisuarte de sus braços, le dixo:

–Fijo, fablad a estas fermosas infantas, pues que tanto lo dessean.

–¿Quién faría ende otra cosa –dixo el cavallero– allende de su merecer mandándolo vós, mi señora?

Entonces se fue para ella con lindo semblante y las abraçó con mucha mesura y ellas a él con mucho amor y acatamiento; y luego otrosí llegaron las dos hermosas primas Galianda y Brianda y tras ellas Lucilia y Calinda, y, entre tanto que Lisuarte assí fablava a estas fermosas donzellas, llegó el rey don Galaor y el rey Agrajes, Arquisil y Florisando a la reina, y todos fueron muy bien recibidos como de aquella que a todos sabía honrar y era de las cuerdas y mesuradas reinas del mundo, y assimismo recibió los otros grandes señores infantes y famosos cavalleros. Lisuarte, estando assí con aquellas infantas sus parientas, ellas le movían burlas y pláticas sobre su encubrimiento fasta allí, las cuales ellas como mujeres de alta guisa y bien criadas sabían mover y él que muy bien sabía replicar. Entonces llegó a él una donzella de la reina vestida toda de colorado con vandas verdes y fincose de rodillas y Lisuarte, viéndola apuesta y ataviada, pareciéndole ser de alta guisa, la alçó suso, y la donzella le dixo:

–Una merced me avéis fecho, señor, en este mundo, que según su grandeza y vuestro merecimiento aunque todo valor toviessse no os lo podría servir, mas, pues que el poder falta, recibid la voluntad buena.

Todas aquellas donzellas que presentes eran fueron espantadas por qué la donzella aquello dezía, y no ovo ende tal que la causa supiesse. Y esta era Agrimalda, por la cual Rodualdo se fue a la Montaña de Sanguid onde lo falló Lisuarte y lo libró como avéis oído, mas ni él tanpoco lo entendió y respondiolo:

–Por dichoso me tengo, buena donzella, de aver fecho cosa de que ayáis recebido plazer, y assí lo haría por toda dueña y donzella que supiesse que le complía, y haré por vós cuando me lo mandardes.

Entonces la donzella le besó las manos sin que él estorvar lo pudiesse. A esta hora eran juntas en derredor de Lisuarte más de cinquenta donzellas de gran guisa, todas espantadas de la hermosura de Lisuarte. La reina estava fablando con todos aquellos cavalleros loando el su buen esfuerço, agradesciéndoles el servicio que al rey avía fecho en aquellas batallas, prometiéndoles las mercedes que merecía su bondad. El rey de Sobradisa llegó abraçar la infanta su fija, diziéndole:

–Fija, mucho vos devéis queixar de Lisuarte, que tanto se quiso encobrir de vós fasta aquí.

–Señor –dixo ella–, más tendrá él razón de se queixar del poco servicio que en Sobradisa se le fizo que yo de me mostrar agraviada por su conocencia. Pues su venida nos hizo buena obra, más la tengamos en mientes que la queixa.

–De balde, hija –dixo el rey–, seríades vós de su deudo si por él no razonásedes.

E bolviéndose a Lisuarte, violo rodeado de tantas donzellas que era maravilla y dixole:

–Buen cavallero, aconsejoos que os apartéis d'essa compañía y os vengáis para los cavalleros.

–¿Por qué lo dezís, señor? –dixo Lisuarte.

–Porque passaréis gran peligro –dixo el rey– si caéis en prisión de alguna d'essas donzellas, que ni bondad de armas ni esfuerço os pueda valer, ca todas saben de encantamentos y enartan los cavalleros, de guisa que si la muerte no a las vezes no ay quién ^{139v} sus enartamientos desfaga.

Esto dezía este rey riendo con ledo semblante, mas no por él aver sido enartado en tal prisión, ca nunca por amores de ninguna donzella fue penado como lo eran los otros cavalleros, mas en las requerir y en se pagar d'ellas no avía tres en la corte en su tiempo más desembuelos. Lisuarte le dixo:

–Buen señor, para esso me pongo en su poder para ver si me echan fierros como a los otros, y de tales señoras por bien aventurado se deve aver el que estoviere en su prisión, pues tales son las carceleras.

La *Linda Española*, que cerca estava, dixo al rey:

–Bien creemos, señor, que nunca estovistes en tales prisiones, y por ende no os devríades de queixar más por ello.

–Dígoles –dixo el rey– porque siempre fue quito y libre de tal prisión y no querría ver a este buen cavallero en tal afrenta, ca vosotras el alma y el alvedrío y la libertad todo sojuzgáis.

–E aun por esso –dixo la *Linda Española*– es de loar nuestra prisión, ca no echamos grillos salvo en la más excelente cosa del hombre que es el corazón.

–Por ello –dixo el rey– llamo yo a los mancebos que fuían de vosotras, y si esto no lo queréis creer, preguntaldo a Orsil el Casto, que yo quiero estar a lo que en este caso dixere.

En esto fue gran risa entre todas las donzellas del palacio, y la reina llegó diziendo:

–Señor, ¿quién os mete con mis donzellas? Íos con los cavalleros.

–Señora –dixo él–, por librar este cavallero que lo vi cercado d'ellas todas y temí que lo prendiessen o le fiziessen algún mal, y agora que lo traigo me aparto d'ellas.

La reina le dixo con gran risa:

–Esse cavallero de las donzellas es y con ellas se quiere ir, y por esso no tenéis que le estorvar.

–No lo otorgaré –dixo el rey– fasta que él lo otorgue primero.

En esto llegó el rey Amadís con muy gran plazer y sabiendo su porfía juzgo que la parte de las donzellas se devía favorecer y que ellas llevassen el cavallero, y la alegría era en el palacio muy grande. La reina tomó su nieto consigo y dixo al rey Amadís:

–Este quiero yo que sea antes mi huésped que preso de mis donzellas.

El rey lo otorgó aunque no lo viendo cada momento le parecía que lo tenía apartado muy lexos de sí. La reina, despidiéndose de todos aquellos cavalleros, no queriendo que ninguno lo acompañasse, se fue a su aposentamiento y fizo desarmar a Lisuarte, y aquellas fermosas infantas le quitaron las armas y le cubrieron un manto rico, y la reina era espantada de su estraña fermosura. El rey quedó con sus cavalleros y fizo aposentar a todos los infantes en su palacio y los otros de alta guisa por la ciudad, no los queriendo despedir porque quería ir o embiar sobre los fijos de Arcaláus a vengar la muerte del conde Gandalín.

Cinco días tovo la reina a Lisuarte en su aposentamiento, que allá no estava salvo el rey y aquellos que con él ivan. En fin de los cuales el rey dixo a la reina que lo dexasse porque muchos cavalleros venían a su corte por le ver y estavam d'ello muy desseosos, y la reina lo otorgó. Y el rey lo traxo consigo y le dio unos ricos aposentamientos para sí y para quien él quisiesse, y en muy pocos días fue tan querido en la corte que otro nunca lo fue más. Su aposentamiento era siempre lleno de tantas compañías de cavalleros que parecía la misma corte; no avía cavalleros que no le acompañassen por do quiera que iba, mayormente aquellos que sus parientes eran, sin los cuales a maravilla lo fallarían acompañado, mayormente don Lispán y su hermano don Falangrís y Persián de Escocia y los fijos del rey de Sobradisa, y assimesmo otros muchos cavalleros de gran valor, los cuales él tratava y honrava de manera que no le podían tachar de desamorado ni sobervio, lo que es gran mal en los grandes señores, porque quanto el amor y humildad es ceno para pescar las voluntades de los vassallos y de los estraños, tanto contrario es para fazer perder el amor natural de los padres a los fijos y la amistad de los estraños.

¶ Capítulo cxvj. De lo que dixo don Gandales al rey Amadís, y de cómo vino una donzella de Urganda y dixo muy estrañas cosas.

SOBRE LA MESA estando un día el rey Amadís, don Gandales pareció delante d'él y en presencia de sus hombres buenos le demandó licencia para ir a vengar la muerte del conde Gandalín su padre o morir en la demanda, diziendo que hasta allí lo avía dilatado por le servir en la grande y peligrosa batalla passada, y que, pues Dios, ^{140r} acordándose de su virtud, le diera la victoria, que él no se podía escusar de fazer el tal viaje sin tardança ninguna. El rey lo levantó suso, que de rodillas delante d'él estava cubierto de unas ropas negras que arras-travan por el suelo, y ovo lástima de su dolor y de la muerte del conde Gandalín su padre, y éste era uno de los cavalleros que el rey Amadís preciava y amava, y le dixo:

–Don Gandales, la gran afrenta passada empidió la ravisosa vengança de la muerte de vuestro padre, mas, pues Dios sea loado, ella es passada a mi honra y no falta tiempo y sobra voluntad: yo tomaré d'ellos tal castigo cual de los que quiere ofender mi estado y persona siempre he tomado, y no creáis que esta causa como agena la tengo de executar, mas como propia que en tal lugar tenía a vuestro padre, pues era de mi fechora y lo mismo tengo a

vós, y no pensedes que la alegría de la vitoria me fazía olvidar la tristeza que d'este caso he tomado, porque es imposible tan aína el tal dolor salir del corazón; mas porque estamos en consejo qué gente llevará Lisuarte mi nieto en socorro del emperador, que me dizen tener grande guerra con el Turco, que ha entrado en su imperio y lo tiene cercado en su gran ciudad de Constantinopla, por esto he dilatado este negocio; mas agora lo primero proveeré antes del otro y quiero que vos llevéis en vuestra guarda mil cavalleros muy buenos y dos mil ballesteros y arqueros; estos irán a vuestra governación y mando, y allá cogereís de la tierra la que más quisierdes, y aquí no os faltarán amigos que os ayuden en essa afrenta, ca ellos son tales que dessean topar aquellos traidores y, aunque tengan mucha ventaja en la multitud, más vale la fortaleza y bondad de los pocos que la flaqueza de los muchos.

Aquella hora se levantaron más de dozientos cavalleros que buscavan las aventuras y todos dixeron que le serían leales amigos y ayudadores en aquella demanda.

Ellos estando en esto, entró por el palacio una donzella más honesta en sus vestidos que ataviada. El rey, tanto que la vido, hizo sentar los cavalleros para oír lo que querría, y la donzella, llegando delante del rey, le omilló mucho y dixo:

–Dios te dé alegría, buen rey.

–Y a vós plazer, buena donzella –dixo él–. ¿Qué es lo que mandáis en mi corte?

–En presencia de la reina –dixo ella– y de los principales de su casa daré mi embaxada.

–Aquí son juntos los más principales de mi corte y aún de todo el mundo –dixo el rey–, y la reina luego vendrá.

Entonces mandó a Falangrís y a don Lispán que fuesen por ella, la cual vino luego assaz acompañada. La donzella sacó de su seno una carta escrita en pargamino la cual no decía otra cosa salvo ser de Urganda y que diessen fe a la mensajera. El rey, tanto que leyó la carta, dixo a la donzella:

–Dezid lo que os pluguiere, que mandado de tal señora mucho nos plazerá de lo oír y cumplir.

–Pues –dixo la donzella– Urganda la Desconocida, mi señora, manda besar vuestras reales manos con aquel amor y gana que siempre ha tenido de vuestro servicio, y agora con su enfermedad no le falta la voluntad pues que sobra el desseo, y por ende os faze saber que lo que tenéis en voluntad de embiar a Lisuarte en socorro del emperador su padre con mucha gente que esto es escusado, porque con la ayuda de Dios él será vencedor de los turcos como acá lo avéis sido de los paganos, y que ni menos le faltaron valedores de estraña bondad y esfuerço que de las Ínsolas Californias vinieron tres cavalleros de tan señalada bondad que en todo el cerco de Constantinopla no se fallaron otros tales. El uno ha nombre Perión, y es hijo de este noble rey de Sobradisa; el otro ha nombre Galaor, es su nieto, fijo del rey Talanque; y el otro ha nombre Cildadán el Pequeño, por diferencia del rey Cildadán de Irlanda, su abuelo, es fijo del rey Maneli el Mesurado. Estos tres infantes, fallándose en casa del emperador al tiempo que la su gran ciudad fue cercada de los ^{140v} turcos, fizieron tales cosas en armas que con la bondad del emperador los turcos fueron destruidos y el Gran Turco y su fijo Alvidar fueron muertos y toda su gente estragada y vencida, y el cerco alçado de la ciudad, y esto os embía dezir mi señora porque ayáis plazer de la vitoria del emperador como él ovo alegría de vuestro vencimiento, que mi señora se lo fizo saber. Otrosí os embía a dezir que, pues la guerra es despachada, que Lisuarte no vaya a Constantinopla porque de su ida puede venir mucha pérdida a Bretaña y al impe-

rio por agora muy poco provecho, y assí averná como Urganda lo dize, que assí avino lo que dixo al emperador sobre la partida de Lisuarte.

–¿En qué manera –dixo el rey–, buena donzella?

–Yo os lo diré –dixo ella.

Entonces le dixo las palabras de la profecía que Urganda embiara al emperador, como en principio d'este libro se ha dicho, cómo agora se cumplió en esta manera: que por los negros açores y melianos se entendió los reyes paganos, que por robar fazían esta guerra y por ello los comparó a los açores y melianos que biven de rapiña; por las blancas palomas de los palomares entendió los cavalleros de Bretaña que estavam en sus casas.

–Por la caudal águila entendió a ti, buen rey, que como la águila sobre las aves tiene señorío y es principal, assí tú entre los reyes eres el mayor y los mejores cavalleros tienes a tu mandar. Por el falcón neblí que con sus uñas despedaçaría los açores y melianos es el bienaventurado cavallero Lisuarte, tu nieto, que tales cosas fizo en las batallas como has visto que los más principales cavalleros de la hueste mató con su mano y agora está puesto en la alteza de tu nido que es tu real estado conocido por tu nieto, y pues esto assí es cumplido faz escrevir lo que agora te diré: *Verná el gran elefante de los altos colmillos y entrará en la selva del león y matará los que fallare y señoreará la mejor de sus cuevas y la defenderá con sus dientes, de manera que será espanto, y el león embiará sobr'él sus alimañas, las cuales serán vencidas llegadas y en prisión sin le poder echar de su esforçado albergue, mas, cuando el elefante más fuere encarnizado de beber la sangre de los sangrientos acometedores, verná el tierno unicornio y porná tal desbarato al elefante que robándole la vida señoreará la robada cueva y soltará las bestias del león que presas estarán en sus majadas. En este tiempo morirá la mayor sabidora del mundo y el mejor hombre.*

Mas no estava ende tal que d'esto que dezía la donzella pudiesse entender cosa, mas fizieronlo luego poner en esento por ver lo que ende vernía. E luego la donzella se fue a Lisuarte y le dio otra carta de Urganda que traía, la cual él leyó y dezía en esta manera:

Carta de Urganda a Lisuarte.

¶ *A vós, muy esforçado cavallero Lisuarte, yo, Urganda la Desconocida, salvo y me embió mucho a encomendar. E vos hago saber que ésta será la postrera carta que de mí veréis porque, aunque tenga el saber sobre cuantas personas ay en el mundo, no puedo huir el amargoso trago de la muerte que me está aparejado, porque es la voluntad de Dios y no le puedo fuir; y pues yo, con la muerte que se allega, no olvido vuestro servicio, con la vida no perdáis la memoria de mis cosas, encomiándoos mucho aquellos infantes mis sobrinos que de las Ínsolas Californias son venidos a Constantinopla y muy cedo serán en Bretaña reciban de vós aquella honra que vuestras cosas siendo yo viva avrían, y encomiándoos las donzellas y Urgandín y Filidonio, y todo el cargo sobre vós echo con aquella confiança que tan leal servidora como yo en vós, mi señor, tener deve.*

Acabando Lisuarte de leer la carta, abaxó los ojos y fue muy triste. La donzella le dixo:

–Buen señor, de cosa que aí diga no toméis cuita, que no aprovecha, que, como mi señora lo dize, assí será, y más os digo –dixo ella– que mi señora fará el camino a muchas personas señaladas, que la muerte trae en su registro para dar la buelta a la foja de la vida.

En diziendo esto preguntó si estava ende don Gandales.

–Aquí estoy –dixo él– para fazer mandado de vuestra señora y a vós lo que os pluguiere.

–No lo erráis, buen señor –dixo la donzella–, ca vos ama y prescía mucho y vos embía esta carta –la cual dezía:

Carta de Urganda a don Gandales.

¶ *No menos ardid que esforçado, don Gandales, ^{141r} la ravisosa vengança que de la muerte de vuestro padre tomar queréis os porná en muy peligroso lugar y en estremo de la vida, porque, aunque para acabar toda aventura en vós aya sobra de bondad, a esta empresa que tomáis no le dará la fin salvo aquél que en el mundo de bondad mejor no tiene, y assí os averná si en esta demanda durardes.*

Don Gandales, no perdiendo el esfuerço con la espantable carta de Urganda, respondió:

–Buena donzella, mucho agradezco a vuestra señora el amor que me tiene; yo gelo serviré en lo que mandare y de creer es que assí como ella lo escribe averná, mas por mayor peligro que aya en mi partida no la dexaré en ninguna manera aunque mill vezes sepa gustar la muerte, que muy bien empleada será al fijo donde la del padre falleció, endemás muriendo por le vengar.

–Demasiado es –dixo la donzella– el pensamiento del que pensare en vuestro ardid coraçón poner espanto; fazed como quisierdes, que assí averná como vos digo –y luego se despidió del rey, ca no quiso folgar cosa ninguna.

E Lisuarte le dixo con mucha tristeza que de las nuevas de la carta tenía, que d'ello más cargo que ella ternía tanto que antes olvidaría a sí mismo que las cosas suyas, y luego la donzella partió sin saber por dónde iva, y a todos pesó de la carta de Urganda, y sobre todos a Lisuarte, que le avía sido grande amiga y valedora, y como eran cosas de Dios todo lo dexó a su voluntad.

El rey dixo a don Gandales que sería bueno no entrar por entonces en aquella demanda, que él embiaría mucha más gente; mas él dixo que en todas maneras avía de hazer aquel viaje, ca no cumplía con su honra por temor de una carta dexar de ir sobre vengança de su padre, mas antes le pedía que le diesse licencia para partir otro día. El rey gela otorgó y mandó a su mayordomo mayor que le diesse la gente que avía menester, y assí cessaron de su fabla muy contentos de la vitoria de emperador Esplandián y de la venida de aquellos estraños cavalleros, mayormente el rey de Sobradisa por la venida de Perión su fijo y de Galaor su nieto, oyendo de su bondad fablar tan altamente; pues lo mismo era el rey Amadís y Lisuarte, que mucho los desseavan ver para les hazer toda honra y traer en su compañía, y assimismo lo desseavan todos los cavalleros de la corte, unos por el deudo que con ellos avían, otros por ver su bondad y esfuerço de que eran tanto loados. Lisuarte se fue con la reina fasta su aposentamiento y se fue con el rey a ver la fija del rey Arbán de Norgales, que con su hermano hazía esquivo llanto por la muerte del rey su padre, y después d'esto Lisuarte, tomando consigo a don Falangrís se fue a do estava Floyanda, la *Linda Española* y la hermosa Leonarda, y estovieron fablando en muchas cosas y Lisuarte le dio las nuevas de su hermano Perión y de su sobrino Galaor, de que ella fue muy alegre. Pues de Falangrís os digo que como de grande amor amasse aquella hermosa infanta española no le parecía que estava en el mundo salvo en un paraíso de deleites, ca viendo su gran fermosura y mayor gracia no le parecía que en el mundo avía otra bienaventurança, y assí le estuvo fablando algunas cosas de su libertad cativa mientras que Lisuarte fablava

con Leonarda, las cuales cosas Floyanda escuchava muy bien aunque respuesta no le dava ni se le fazia esquivar, ca bien conocía el alto lugar de Falangrís y su bondad en armas, mas porque en más la toviesse se le mostrava más desdeñadora que amorosa y más esquivar que piadosa. Y estando assí Falangrís declarando su pena a la muy fermosa española y Lisuarte fablando las cosas que más le agradavan con la fermosa Leonarda, salió el rey Amadís de consolar la honesta Grindalia fija del rey Arbán de Norgales, y con el rey venía el rey Agrajes y el rey don Galaor y Arquisil y Florisando. El rey de Sobradisa tomó a Gali[an]da consigo y se fue a una finiestra. El rey Agrajes tomó a su sobrina Lucilia. Arquisil y Florisando estaban con la reina Oriana, el rey Amadís estava con Brianda y con Gali[an]da, y después que assí estovieron fablando una pieça, siendo hora de cenar, se despidieron de la reina y se salieron a la gran sala do solían comer, y la cena acabada se bolvieron a sus albergues.

¶ Capítulo cxvij. De cómo don Gandales se partió de Londres para el Castillo de Valderín, y Falangrís y Abiés de Sansueña y don Lispán para Constantinopla.^{141v}

OTRO DÍA, TODA la gente que avía de ir con don Gandales era aparejada como os deximos, que el rey la mandara estar a punto. Luego don Gandales, tomando la bendición de la condessa su madre, que con muchas lágrimas gela otorgó, aviendo ya la licencia del rey Amadís ganada, despidiéndose de Lisuarte y de los otros grandes príncipes, se metió en el derecho camino de Valderín y afuera los dos mil cavalleros que llevaba Rolandín el Músico y Rodualdo y Gualdín de Bristoya y Marcival el Grande y Ladasán y Urgandín el Novel y aquel fermoso justador Arcalao le fazían compañía, y creed que estos eran tales que en toda parte eran avidos por de gran fecho. Otros muchos cavalleros holgaron de ir en aquella empresa, mas en otras partes tenían que fazer, assí como Falangrís y Aviés de Sansueña, que mucho dessearon fazer aquel viaje, ca eran grandes amigos de don Gandales, mas conveniales ir a Constantinopla y, cuando no pudieron cumplir su desseo, quisieron cumplir su promessa y fueronse al rey Amadís y le contaron la razón de su demanda [y] cómo les convenía bolver a Constantinopla pidiendo para ello su real licencia, y él, viendo la justa razón que para ello ellos tenían, gela otorgó muy de grado, y escribió al emperador su fijo y al rey Norandel, y rogó a los cavalleros que se bolviessen a Bretaña y que ternían compañía a Lisuarte, y ellos assí gelo prometieron. Don Lispán, siendo muy abrasado por los amores de Castivalda, hermana de Falangrís, tomando a Lisuarte aparte le dio cuenta de la grande cuita que por causa de aquella infanta sufría, pidiéndole licencia para ir a Constantinopla con aquellos cavalleros como que iva con su mensaje y que se desculpára del emperador porque se saliera encubiertamente con él, y que vería aquella que señora era de su libertad y atormentadora de su coraçón, y que luego otrosí se bolvería para él. Lisuarte, como a este cavallero amasse más que a cuantos avía en el mundo, sabiendo ya por esperiencia qué mal es amor y cuán forçosa es su cadena, no solamente le otorgó lo que pedía, mas ovo lástima de su pena y compassión de su cuita, y vio que tenía mucha razón ca ponía su amor en alto lugar, y que para ambos era muy conveniente según eran estremados, y diole una carta para el emperador su padre y mandado para la

emperatriz su madre que le desculpasse por no aver podido ir a besar sus reales manos, y encomendándole que se bolviesse lo más aína que pudiesse a Bretaña. Pues avida esta licencia, don Lispán se fue muy alegre al rey Amadís y le dixo cómo Lisuarte lo embiava con aquellos cavalleros a Constantinopla con su mandado al emperador. El rey Amadís lo concedió y assí se despidieron de la reina Oriana, que muy fermosas donas embió a la emperatriz y a la reina Menoresa y a Castivalda su fija. De la *Linda Española* vos digo que aunque fasta allí no avía mostrado amor a Falangrís, cuando supo su partida, fue d'ello muy triste, tanto que él sintió que ella avía cuita del partir y fue d'ello muy alegre por saber que ella le amava. Despidiéndose d'ella como de las otras le dixo:

–Buena señora, esta partida no me pone en menos cuita que si el alma de las carnes se partiesse, mas consuelo de que la tornada será muy presto, porque sin gozar de vuestra vista no podré sostener la vida.

–Vuestra venida –dixo ella– será cuando Dios quisiere, mas cuando fuere yo seré d'ella tan alegre como triste de la partida. A vuestra hermana dad mis encomiendas, aunque no aya conocencia entre nós tengo ya desseo de la conocer y servir.

Falangrís estava tan alegre con esto que su señora le dezía que cuidava aver ganado gran parte del mundo, y con muchas lágrimas que secretamente caían de su coraçón y le regavan las entrañas se despidió d'ella y de todas las otras infantas que aí estavam, y se fueron todos tres a despedir ^{142r} de Lisuarte, que en mucha pena quedava por su partida sintiendo d'ella gran soledad, mas consolavase que la tornada d'ellos sería muy ligera. Y despedidos assí los tres compañeros se fueron a un puerto de la mar y tomaron la vía de Constantinopla.

Lisuarte quedó en Londres determinando de entrar solo en la demanda de don Gandales, y demandó licencia al rey y a la reina y gela otorgaron con mucha dificultad aunque la pedía muy afincadamente, y aviéndola assí ganado, encomendó a la reina su señora sus donzellas, y sin otra compañía salvo la de su escudero, tomando sus armas y cavallo, quedando sus donzellas con gran soledad de su partida, se puso en el derecho camino de Valderín.

¶ Capítulo cxviii. De cómo don Gandales llegó al condado que fuera de su padre y de la batalla que ovo con los enemigos.

PARTIDO DON GANDALES de Londres, tanto anduvo por sus jornadas que llegó al condado que fuera de su padre y falló la tierra yerma y despoblada, que bien parecía estar destruida de enemigos. Las lágrimas le vinieron a los ojos viendo aquel grande estrago que avían fecho los contrarios, y como sabía bien la tierra guió a una pequeña villa cerca de aí por saber las nuevas de sus enemigos, y llevando sus escuchas delante luego sintieron gran gente de enemigos que venían de la villa. Don Gandales fizo encobrir la gente y ponerse en celada en el valle, y fizo que no se mostrassen más de ciento de los suyos. Los enemigos, pensando que más gente no era, muy sin pavor venían con desseo de los prender y cativar si enemigos fuessen. Y como llegaron que por tales los conocieron, arremetieron con ellos de guisa que a los otros fue forçado de retraerse fasta los meter en la celada; entonces, saliendo don Gandales con la mitad de la gente, que en dos hazes repartida iva,

dio tan rezió en los enemigos que les fizo perder mucho campo fasta que vieron que pocos eran, endemás esforçándolos aquel Madancidón, señor de la Brava Peña que por su capitán venía, éste les dio tanto esfuerço que juntándose cobraron coraçón y peleavan muy bravamente, mas Rolandín entró luego con su haz y en su entrada fue de suerte que bien trezientos de los contrarios fueron en tierra, d'ellos muertos y d'ellos mal llagados, mas los enemigos, como eran muchos, endemás esforçándolos aquel capitán, peleavan muy bravamente. Aquella hora, acordándose don Gandales de la muerte de su padre, aguzando la ira, la bondad y la fuerça, se metió entre los enemigos de guisa que no fazía sino matar los que hallava delante; pues los otros cavalleros creed que no avía aí quien mal lo hiziesse, entre los cuales entró aquel buen justador Arcalao que, en quanto la lança le turó, no le quedó cavallero en la silla, assí que, aunque en el número eran menos, no les tenían tanta ventaja los contrarios, que si el capitán tal no tovieran muy ligeramente fueran vencidos, mas él era tal que con su virtud suplía la falta de su gente, y assí delante los suyos con la espada tinta de sangre hazía maravillas con su fuerte braço, dando tales golpes que los que una vez hería eran tan escarmentados que no le osavan atender otro golpe.

Don Gandales, viendo el estrago que él fazía en su gente, no dudando los grandes golpes que le avía visto dar, se fue a él con la espada alçada y Madancidón otrosí a él, y dieron tan grandes golpes que las cabeças se hizieron abaxar hasta los pechos, y tornaronse a herir muy bravamente, y llegando Marcival el Grande donde estos dos cavalleros se combatían, como era de gran fuerça firió tan bravamente a Madancidón sobre el yelmo que la espada le entró hasta la carne, mas él, no perdiendo el ardimiento, se defendía muy bravamente, y don Gandales, que muy sañudo andava, hirió a Madancidón tan duramente sobre un hombro que el braço le cortó casi todo, de que él con la cuita de la muerte cayó del cavallo gran caída que ^{142v} nunca pudo ser socorrido de los suyos, en tanto aprieto los ponía[n] Ladasán, Rolandín, Gualdín de Bristoya y Rodualdo, y assí murió este capitán por seguir los fijos de Arcaláus, que ya sabéis que este cavallero es el que Lisuarte embió a Roma y otrosí a Breñaña al rey Amadís mandándole presentar de su parte la bozina que estava en la puente de la Brava Peña y assí lo cumplió, mas andando sobre su fe en la corte del Rey Amadís, como supo que los castillos eran tomados y la tierra del rey entrada de los paganos, de guisa que él no podría resistir tanto que el rey partió para la batalla de Fenusa, fuyó de Londres y vino para los fijos de Arcaláus, que muy alegres fueron con su venida y le dieron grande hueste so su capitanía con que corriese la tierra, ca era de muy gran fecho de armas.

Pues tornando al propósito, muerto este capitán, don Gandales y Marcival fueron a ayudar a sus compañeros. Los enemigos, faltándoles aquel no menos diestro que esforçado capitán, començaron de desmayar, de suerte que luego dieron señal de vencidos. Los cavalleros los apretaron de guisa que los enemigos, no pudiendo sufrir, començaron de bolver las espaldas y fuir quanto más podían, de guisa que el que más lueñe iba y delante no le parecía ir seguro. Don Gandales y aquellos cavalleros les siguieron el alcance tres leguas, matando y firiendo muchos d'ellos, otros prendiendo, otros escaparon, ca se acogieron a una brava y fragosa sierra que, por ser casi noche y lugar muy áspero, don Gandales y sus compañeros los dexaron de seguir y bolvieron a reposar en un verde prado que cerca era para tomar consejo de lo que fazer devían.

¶ Capítulo cxix. En que se cuentan las nuevas que don Gandales supo de sus enemigos y del consejo que tomó de la batalla.

RECOGIDA LA GENTE toda a una parte, determinando de alvergar en aquel prado, después que los llagados fueron curados y los cativos puestos a recaudo, don Gandales se fue donde estaban Rolandín y Ladasán y los otros cavalleros, y les preguntó que cuál era su parecer sobre aquel caso, a que ovo muchos acuerdos: unos dezían que cuanto la vitoria era reziente que pasassen adelante, que siendo los suyos vitoriosos y los enemigos vencidos y espantados que farían en ellos grande estrago; otros dezían que no fasta saber la dispusición de los enemigos, y que para esto se bolviessen a la villa que cerca era y que ende tomarían aviso de lo que hazer devían, y que entretanto los suyos serían guarecidos de las llagas y holgados del trabajo y desseosos de otra batalla. Mas aquel buen justador Arcalao dixo que bolver a la villa y esperar aviso de los enemigos <que> era dilación, teniendo el aparejo en las manos que tomassen algunos de los cativos y les diessen tormento que confessassen la verdad y que entonces, según supiessen la dispusición de los enemigos, podían tomar el consejo. Y todos otorgaron con lo que dezía Arcalao, porque era muy cierto remedio, y queriéndolo luego poner por obra, fizieron traer delante sí tres de los cativos y les dixerón que les dixessen la verdad de lo que les preguntassen, si no, que les farían dar amargas muertes; y preguntaronles que dixessen todo el estado y intención de los fijos de Arcaláus y qué propósito era el suyo y qué gente tenían. Y luego uno d'ellos dixo que diría la verdad de lo que sabía y empeçoles de dezir:

–Señores, la venida de los fijos de Arcaláus a esta tierra ya sabéis que fue por tomar los castillos que de su padre avían sido y assí lo fizieron, y a esto, allende de su gran bondad en armas y grandes huestes, les dio atrevimiento la venida del soldán y de los reyes paganos en Bretaña, por lo que ellos pensavan que el rey Amadís sería puesto en tal aprieto que no solamente podría valer a los castillos, mas ni aún ampararse en ninguna manera que del todo no fuesse vencido y destruido, y la Gran Bretaña en poder de otros ^{143r} señores, que ellos quedarían pacíficos en este condado, y pues como assí estoviessen cada día ganando en su tierra, le vinieron unas muy estrañas nuevas: que todos los reyes paganos y el soldán fueron todos vencidos muertos y destroçados, y el rey Amadís vencedor con gran vitoria. El atrevimiento que antes tenían aquellos reyes, faltándole, fueron puestos en gran pavor y medrosía, temiendo la venida del rey sobr'ellos, y como no avían gente con que defender tantas cosas como tomadas tenían, acordaron antes de mantener dos cosas bien que muchas mal, y repartieronse d'esta manera: que en el castillo de Valderín está Dinarda y el fijo menor de Arcaláus con el gigante Nitroferón, fijo del jayán Bultrafo; en el castillo de Montaldín, que es la mejor cosa d'este condado, está aquel temido cavallero Demagores. [Como] este encantador y <como> este capitán muerto anduiesse[n] corriendo la tierra con su gente, embiaronle a llamar para estar en el castillo de Valderín, ca en estos dos castillos fuertes se esperan de defender cuando no pudieren con las armas con encantamientos, a lo menos en el de Montaldín adonde está Demagores, que ende no llega cavallero que no sea encantado, y si viniere gran gente sobr'ellos fará tales encantamientos que no tengan que temer, ca mucho sabe en tal menester.

–¿Pues qué remedio avrá –dixo don Gandales– para aver con ellos batalla?

–Yo te lo diré –dixo él–, si tú la quieres de tu gente a la suya no la avrás por dos causas: la una porque de ante tenía voluntad de no tomar batalla ninguna de hueste contra hueste por la gran bondad que conoce a los cavalleros de Bretaña; la otra es porque murió aquí la mayor parte de sus cavalleros en que ellos tenían toda fiança junto con la muerte d'este capitán que matastes, porque agora, sabiendo las nuevas d'este destroço, pensarán que el rey viene en persona y que ay mucha más gente, assí que no saldrán a batalla; mas batalla de cavallero por cavallero creed que ellos son tales que la no dudarán, antes la tomarán de coraçón, porque piensan que en Bretaña no ay tales cavalleros como ellos. Y assí d'esta guisa han vencido y preso muchos cavalleros y los tienen en prisiones con voluntad de prender otros muchos, porque, si el rey Amadís les pusiere en aprieto, con los cavalleros presos sacarán buen partido del rey, y por esta razón toda batalla de un cavallero cualquiera d'ellos aceptará muy de grado, y assí me parece que lo devéis de fazer si batalla con ellos queréis.

Don Gandales le preguntó que si le avía dicho la verdad y dixo que sí, que mucho aborrecía la vida que fasta allí avía tenido y que agora, conociendo la verdadera, arrepentido de lo passado y desseoso de emendar lo porvenir, quería ser cristiano como en otro tiempo lo avía sido. Aquellos cavalleros, viendo su buena voluntad, lo tomaron entre sí, le fizieron mucha honra porque en su parecer semejava hombre bueno, y a los otros, porque eran emperrados, les fizieron dar grandes tormentos, mas ellos no confessaron otra cosa salvo lo que el otro avía dicho, y con este acuerdo se bolvieron para la villa.

Otro día, determina<ndo>[ron] que los más señalados cavalleros de la hueste fuessen a aver batalla con los fijos de Arcaláus, pues de otra manera no podía ser. Estando assí esta compañía en la villa, sabiéndolo algunos cristianos que andavan fuidos por esos montes y breñas, abaxando a lo llano se venían a la villa ofreciendo sus vidas y sus personas a don Gandales su señor.

¶ Capítulo cxx. En que se cuenta quién eran estos hijos de Arcaláus y quién era su madre, y de cómo Urgandín el Novel peleó con muchos paganos y los venció.

LA HISTORIA VOS quiere agora dar alguna cuenta d'estos fijos de Arcaláus porque sepáis cuánta razón tenían en ser malos y usar de tanta maldad. Devéis de saber que, después que el bueno de don Galaor y Norandel, siendo ^{143v} cavalleros andantes, toparon con Arcaláus en las andas al tiempo que llamándose Granfiles y corma[n]o de don Grumedán se escapó, como la istoria os lo ha dicho, don Galaor folgó carnalmente con Dinarda, hija de Ardán Canileo, sobrina de Arcaláus, que de su tierra por buscar alguna manera de vengança de la muerte de su padre era venida en Bretaña, y lo mismo fizo el rey Norandel con otra donzella suya y las tovieron aquella noche y otro día a su mandar, del cual ayuntamiento assí de Dinarda como de su donzella quedaron preñadas, y viniendo el tiempo del parto y sabiéndolo el malo de Arcaláus, no queriendo que simiente de tales hombres que él tanto mal quería biviessse sobre la tierra, pariendo ellas dos muy fermosos y apuestos niños, los mandó despeñar de la torre de su castillo, donde ella otra vez se escapó de Amadís y de su padre y hermano don Florestán cuando traían las armas de las sierpes. Y assí despeñados aquellos dos niños de aquel alto despeñadero por mandado de aquel cruel

y malvado hombre, encubierto de la sobrina y de la donzella, les fazía creer que a criarlos avía dado y ellas, como no menos le temiessen que la muerte, no osavan hablar en ello, mas no porque no sintiessen gran lástima y soledad de sus fijos que, aunque a los padres no tenían buen amor, a los fijos como salidos de sus entrañas los amavan como a su propia carne, mas nunca osaron llorar ni mostrar sentimiento delante de Arcaláus, temiendo su crueldad que la misma pena en ellas no essecutasse, la cual le avían dicho algunos hombres del castillo, y assí, encubriendo este dolor, passavan muy triste vida las madres. Y andando assí el tiempo, después que fueron las grandes batallas entre el rey Lisuarte y Amadís, como la cuarta parte d'esta istoria os lo ha contado, en que Arcaláus fue preso en Lubaina con Barsinán y con el rey Arávigo, de la cual prisión su mujer, que dueña de bondad y de virtud era, sacó pidiéndolo a Amadís, que en una jaula de fierro lo tenía en la Ínsula Firme, como otrosí en la cuarta parte d'esta historia avéis oído. E no después muchos días la dueña, mujer de Arcaláus, angustiada por las maldades que le vía fazer, fizo de pesar amarga fin a sus días, y como esta noble dueña avía sido freno de otras sus maldades que ella le estorbava, viéndose desembargado de sus sanos consejos, soltando las riendas a su maldad, que no guardando ley ni honestidad, por fuerça durmió con su sobrina Dinarda, de la cual se pagó tanto por engaño del diablo allende que era hermosa y apuesta, que tanta conversación tovo con ella que se fizo preñada, y sabiendo él que ella lo aborrecía de corazón, fizo tales brevajes de yervas con su saber que Dinarda le amó dende en adelante de fuerte y crudo amor, y fazían vida como personas que no poco se amavan, según el diablo los traía ciegos con el velo del deleite. Y viniendo el tiempo del parto parió dos fijos de una vez y bien salieron hijos de Arcaláus en su maldad y malas maneras. D'estos fijos, el mayor, que Demagores se llama, fue tanto dado a mágica que en poco tiempo supo mucho de encantamientos, de guisa que en poco tiempo pujó mucho al padre, y después de su muerte, que murió en la Montaña Defendida, Dinarda con sus fijos fuyó de Bretaña con temor del rey Amadís, y se fue a la isla de Canileo, que de su padre avía sido, llevando los mejores libros de Arcaláus que pudo, donde por muchos años bivió muy triste nembrándose de cuantos daños avía rescebido del rey Amadís y de su linaje, lo que sabiendo sus fijos, que los mejores cavalleros eran de todas aquellas comarcas, juntando grande gente, confederándose con los reyes paganos que les otorgassen la conquista de aquellos castillos y que quedarían en vassallaje de aquel que fuesse rey de Bretaña, y con este atrevimiento vinieron en Bretaña y fizieron lo que avéis oído, allende de otras muchas crueldades de muertes, ca eran los dos crueles hombres de todo el mundo. Y juntándose con ellos aquel jayán Cotroferón y fuerte Madancidón, que quebrando la fe al rey Amadís, se vino para ellos y fazían tales estragos en aquella tierra que onde llegavan no parecían sino fuego que devastava. Y esta cuenta vos quiso dar la historia porque supiéssedes mejor la maldad de Arcaláus que tuvo tanta en su tiempo que más heredaron sus fijos d'ella que de fazienda, y que por ello no os espantéis tanto de los hijos, que según su natural inclinación semejantes suelen ser a los padres, mayormente en los vicios y malas maneras,^{144r} y que toda hedad es muy dispuesta y aparejada.

Pues tornando a la historia, don Gandales y aquellos cavalleros señalados ordenaron de uno a uno y dos a dos de cómo se acertassen a andar por aquella tierra y ir a los castillos a aver batalla con los fijos de Arcaláus. En cuanto este acuerdo se avía, corrió la fama de la venida de aquella gente; los cristianos de la tierra fueron consolados y se venían cadal-

día para la villa. Los enemigos, sabiendo de los que fueron el destruímiento de su gente y muerte de Madancidón, fueron puestos en no menos pavor que tristeza, mas toda fiança tenían en sus personas y encantamientos, de lo que estava muy proveído Demagores en el castillo de Montaldín. Y don Gandales, viendo tanta gente junta, parecióle mejor de consejo de algunos cavalleros de su hueste dexar allí gente que bastasse para defensa de la villa y de embiar la otra al puerto de la mar donde la armada de los enemigos era para le nuzir si pudiesse, o que a lo menos andasse frontero para resistir a alguna gente, que por dicho se tenía que algún socorro devía de venir a los enemigos; y aviendo este acuerdo lo puso luego en effeto, ca dexando conviniente guarda en la villa en poder de un cavallero anciano de mucha fiança y embió la más gente debaxo de la capitania de Urgandín, que a ruego de todos aquellos cavalleros tomó aquel cargo, que ellos le dieron conociendo su bondad en armas allende de las muchas cosas y avisos de guerra que avía visto en compañía de Lisuarte y que assí mejor que cada uno d'ellos lo faría. Pues él, no queriendo negar el ruego de aquellos señores, tomando la governación de aquella hueste, se partió con su gente para el puerto de la mar. Don Gandales quedó en la villa con Rolandín y Rodualdo y Gualdín y Arcalao y Ladasán y Marcival el Grande, y todos estos se partieron por sus partes para se provar <provar> con los cavalleros que desmandados andavan por la tierra para ir a los castillos a combatirse con los fijos de Arcaláus. Urgandín con su gente se dio a andar, de guisa que yendo con mucho aviso y grandes escuchas supo una mañana de los corredores cómo gente venía de la mar camino del castillo de Montaldín, el cual ellos muy bien veían que cerca era y estava en lugar alto. Esta gente era parte de la que escapó de la batalla de Fenusa, y avían venido con los gigantes Mabulcán y Gromalías, y, sabiendo que allí eran los fijos de Arcaláus, se quisieron juntar con ellos y para esto salieron de las barcas con su gente, que razonable compañía era y se venían para el castillo, que por ser cerca pensavan ir seguros; mas de otra guisa les avino, ca Urgandín, sabiendo las nuevas de su venida, començó a esforçar su gente trayéndoles a la memoria los grandes estragos que aquella astrosa gente avía fecho en aquellas tierras: el esforçar era demasiado, ca ellos llevavan tanta gana de se vengar que más desseavan la batalla por su vengança que Urgandín por la vitoria. Y assí, assomando a un pequeño otero, los enemigos querían decendir el recuesto, mas aún estavam en lo llano. Urgandín embió bien dozientos cavalleros que decendiessen a lo llano y travassen batalla con los enemigos, y que él entraría luego con su gente, porque, si todos juntos pareciessen, serían los enemigos puestos en huida. Luego abaxaron los cavalleros del otero y los paganos, que los vieron, pensaron que de los fijos de Arcaláus eran, y aunque fuessen enemigos, siendo tan pocos, no tenían qué temer, y assí los esperaron al pie del otero por saber quién eran; mas ellos, tanto que fueron cerca, començaron de se meter por ellos con mucho denuedo como aquellos que ivan lastimados de una parte y osados de la otra por el socorro que les quedava en las espaldas, y rompieron por los enemigos con mucha osadía, mas si socorro no tovieran allí tomaran todos amargas muertes; mas Urgandín, viendo que ya andavan embueltos, assomándose en el otero fizo tocar las trompetas de guisa que a los suyos dio mucho esfuerço y a los paganos muy gran pavor, y con su llegada fueron los paganos tan maltrechos que perdieron del campo un gran tiro de piedra. Venía por capitán d'ellos un cavallero mancebo sobrino de Mabulcán, que Damulsín avía nombre, y era de gran fecho de armas. Éste, con su gente hecha un cuerpo, recogendo la que avía sido rota se defendía tam bien que no podía ser

mejor. Urgandín, tomando una lança, se fue para él, que de un golpe de espada acabava de matar un cavallero, y encontrole sobre el escudo que le no prestó armadura que la lança no le saliesse al otro costado y lo arrancasse de la silla y lançasse por las ancas del cavallo muerto, y metiendo ^{144v} mano a la espada metiose entre los contrarios firiendo y matando muy bravamente, de guisa que como no eran tales ni tantos como ellos los pusieron en tanto aprieto que fizieron en ellos gran estrago, de guisa que los más allí fueron muertos, los otros se salvaron a uña de cavallo fastas las naves. Y avida esta vitoria Urgandín, loando mucho el esfuerço presente de los suyos, animándolos en lo porvenir, cogiendo el despojo se fue a los puertos de la mar onde avisados los que en ellos estaban se acogieron a las naves que estaban metidas en la mar. Urgandín fizo allí armar tiendas y tendejones y poner su gente allí para guardar aquel puerto que ningún socorro viniesse a los fijos de Arcaláus, a do los dexemos agora y tornemos a fablar de Lisuarte.

¶ Capítulo cxxj. De cómo Lisuarte llegó a la tierra de los enemigos y de las cosas que ende fizo.

PARTIDO LISUARTE DE Londres como avéis oído, tanto anduvo por sus jornadas que llegó a tierra que avía sido del conde Gandalín y luego la falló como cosa que avía sido entrada de enemigos, y pareciole en sí muy buena: y así lo era, que avía muchos castillos y lugares, especialmente los de Valderín y Mo<l>[n]ta<n>[l]dín, y eran los más fuertes y fermosos de toda la Gran Bretaña. Y andando así solamente con su escudero, un día a la tarde halló cuatro cavalleros que venían por la calçada por donde él iva, y, llegando a ellos, Lisuarte los saludó muy cortésmente y ellos otrosí a él, preguntándole de qué tierra er<r>a y adónde iva:

–Si vosotros me dezís quién sois y adónde is, yo os diré lo que me preguntáis.

–¡Mucho osado fablas! –dixo el uno d’ellos–. Según tu osadía debes ser de casa del rey Amadís, ca son tanto atrevidos los de su corte que lo mismo suelen responder, mas, porque sepamos de ti la verdad, te diremos lo que pides: yo me llamo Guarín y vengo de un castillo que de mi padre me quedó, y con estos mis hombres me voy al castillo de Valderín a mis parientes que aí están. Y, pues dicho tengo lo que me preguntaste, no me niegues lo que me prometiste.

–Plázeme –dixo Lisuarte– de os dezir la verdad. Sabed que soy natural de Constantinopla; estoy en casa del rey Amadís y vengo a esta tierra en ayuda de don Gandales para vengar la muerte del conde Gandalín su padre, que a gran aleve fue muerto por los hijos de Arcaláus.

–¡A Dios merced –dixo Guarín– que en ti tomaré alguna vengança de la muerte de mi padre que esse rey mató con quien tú bives! –y en esto dezía verdad, que Amadís, al tiempo que libró a Oriana del poder de Arcaláus, entre los cavalleros que mató fue su padre d’este Guarín, que Grumen avía nombre y era su cormano, en cuyo castillo aquella noche albergara–; aunque –dixo Guarín– en tu muerte poco se vengará el valor de mi padre.

Lisuarte le respondió:

–Yo temo poco tus amenazas porque sé que eres malo, y siguiendo la maldad no puedes mucho valer; ca si tu padre fue muerto siendo malo, muriendo a manos de tan alto hombre más razón tienes de te honrar de su muerte que de punar por su vengança.

Guarín, oyendo esto, dixo en una boz alta:

–¡Cavallero loco y sandio, no te basta ser solo mas fablar tan sandiamente, date luego a prisión y fuelga antes de tentar mi misericordia arrepintiéndote de tu locura que ser despedaçado en mill pieças en esta calçada, donde te dexaré comer a las aves!

–Hartas has dicho de sobervias –dixo Lisuarte–, si con ellas me piensas de me poner en pavor, mas debes saber que en poder de tal hombre como tú no ay cavallero en casa del rey Amadís que se ponga en su prisión, mas antes le prenda a él.

Y en diziendo esto metió la lança so el braço y retraxose bien atrás y arremetió con ellos muy reziamente, do ellos le encontraron en el escudo y quebraron sus lanças; otros faltaron de sus encuentros, mas no le pudieron mover de la silla; ^{145r} mas al que él encontró fue de guisa que ni escudo ni loriga le valió que la lança le no metiesse por el cuerpo y le quedasse un pedaço de la asta en el cuerpo y lo echasse a tierra muerto: y éste era Guarín, que delante los suyos venía por encontrar al cavallero. E luego Lisuarte bolvió a los tres y metiose entre ellos con su espada desnuda como león sañado, y al primero que alcançó diole tal golpe al través del visal del yelmo que le hendió la cabeça, de guisa que no ovo menester maestro. Los otros dos, viendo sus mortales golpes, se acogeron al más ir de sus cavallos a la floresta, y Lisuarte no los quiso seguir, antes fue su vía adelante. E a hora de bisperas, assomando a un pequeño otero, vio en lo llano un cavallero de una parte y tres de la otra como que querían aver batalla, y dixo:

–¡Santa María! Grande desigualdad es aquella; de gran hecho deve ser el cavallero, pues a los tres osa atender. Pues a poder que yo pueda le ayudaré si con razón hazer lo devo.

Y abaxando con este propósito vio cómo el cavallero arremetió para los tres y ellos para él y quebraron sus lanças en él mas no le arrancaron de los arzones, y al que el cavallero encontró fue a tierra, mas levantose ligeramente y cobró su cavallo y fue a ayudar a los dos que bravamente se combatían con el cavallero; y andando assí los cavalleros en aquella furia de se hazer todo el mal que pudiessen llegó Lisuarte, y fue espantado de tan brava batalla y de la bondad del cavallero. E parando mientes conoscióle por las armas que era su amigo Gualdín de Bristoya, y estuvo primero mirando lo que haría, y vido cómo el uno de los tres le matara el cavallo de un golpe cortándole lo más del pescueço, de guisa que luego el cavallo cayó con Gualdín, lo que viendo Lisuarte le quiso socorrer, y arremetió para los tres cavalleros y encontró al uno tan fuertemente que no tuvo más que temer d'él, ca la lança le passó la garganta a la otra parte y el cavallero encomençó a echar grande espadañada de sangre por la llaga, con la cual muy presto se le salió el ánima. Gualdín de Bristoya, tanto que fue en tierra con el cavallo, levantose lo más presto que pudo como aquel que se vía en aventura de muerte, y cubierto de su escudo començó de herir de grandes golpes al cavallero que le avía derrocado, que éste, tanto que lo vido en tierra, teniendo d'él gran saña, con mucha priessa se apeó de su cavallo para le tajar la cabeça antes que se levantasse, mas primero Gualdín de Bristoya fue guisado de lo rescebir, y assí se herían ambos muy a menudo que el cavallero era muy bueno a maravilla, mas Gualdín era mejor y assí mejorava cada vez en fuerça y ardimiento. Lisuarte, tanto que aquel cavallero derrocó, fuesse al otro con su espada en la mano y diole tales golpes sobre el yelmo trayéndole a una parte

y a otra, de guisa que faltándole el aliento y aviendo el yelmo cortado por muchos lugares cayó tendido en la calçada. E cuando paró mientes a Gualdín, vio cómo avía muerto a su enemigo y le tajara la cabeça, y vinose luego para Lisuarte diziendo:

–Señor, ¿quién diré que me socorrió?

–Vuestro gran amigo –dixo Lisuarte.

Y quitando el yelmo lo conoció Gualdín de Bristoya, y fuesse contra él assí a pie como estava y lo abraçó con mucho acatamiento diziendo:

–En mucho peligro me viera, señor, si de vós no fuera socorrido, mas fuera sinrazón, que assí c[o]mo otro oficio no tenéis salvo socorrer a los estraños que están en necessidad muy mejor lo devéis hazer a los vuestros en sus cuitas.

–Señor Gualdín –dixo Lisuarte–, vós sois tal que aún en esta afrenta más podíades dar socorro a quien lo oviesse menester que pedirlo. Huelgo yo de me hallar presente, más por ser testigo de vuestra bondad que ayudador de vuestro peligro.

–Como quiera que sea, señor –dixo Gualdín–, Dios me ha fecho señalada merced en vos hallar a tal sazón, ca mucho será menester vuestro socorro, ca vuestros amigos según me han dicho Ladasán y don Gandales y Marcival y Rolandín son en prisión de Dinardán y Cutroferó[n] en el castillo de Valderín, según d’estos malos hombres lo he sabido y por ello ovimos esta batalla.

Mucho pesó a Lisuarte de aquellas nuevas, y preguntole cómo se avían partido de consuno. Estonces le contó Gualdín de la batalla que ovieron con la gente de Madancedón y cómo él avía sido muerto, de que él fue muy espantado, y también le contó Gualdín cómo avían sabido que no podían aver batalla con los hijos de Arcaláus hueste por hueste salvo si fuesse de cavallero a cavallero, y que por ello se avían apartado dos a dos y tres a ^{145v} tres, y que Urgandín el Novel a ruego d’ellos todos avía ido a defender el puerto de la mar, y que después avían sabido de cómo oviera batalla con cierta gente que venía para Montaldín, en la cual los enemigos fueron todos vencidos y destroçados. De que Lisuarte fue alegre, mas luego se entristeció no sabiendo si era verdad que aquellos sus amigos eran presos, mas, como el tal sentimiento no quitava a él de pena ni a ellos de prisión, sufriose hasta saber el remedio que para su deliberación convenía, y dixo a don Gualdín:

–Buen amigo, bien será que nos acojamos a algún poblado, que la noche se allega y sabremos alguna nueva de nuestros amigos.

–Como mandardes, señor, se haga –dixo él.

Estonces tomando un cavallo de los cavalleros muertos se fueron su vía adelante, y Gualdín iba diziendo cómo por encantamientos aquellos cavalleros avían sido presos y que era gran malaventura aquella, ca ningún cavallero por bueno que fuesse no se podía valer con su bondad.

–Mayor es el poder de Dios –dixo Lisuarte–. Vámonos a esse castillo, que yo espero en mi Señor Jesucristo que nuestros amigos sean libres y los que los prendieron malamente escarnidos.

E assí ivan departiendo entre sí fasta que llegaron a casa de un florestero que largamente les contó de los encantamientos de Valderín y de Montaldín, y les dixo las grandes crueldades que los hijos de Arcaláus avían hecho en aquella tierra, de que ellos no fueron tanto espantados de lo oír como ganosos de lo vengar. Y fueron allí muy bien servidos de todo lo que avían menester, y a la mañana partieron y anduvieron todo el día sin hallar

aventura ninguna, mas en la tarde ovieron vista del castillo de Valderín, y anduvieron tanto que les anocheció una legua d'él y alvergaron allí cabe una ribera de agua dulce, determinando al otro día de se ir al castillo y aver batalla con los que en él estaban y sacar los presos de prisión y aquellos malos hombres del mundo si pudiesse[n], de los cuales Dios era desservido.

¶ Capítulo cxxij. De cómo Lisuarte y Gualdín de Bristoya llegaron al castillo de Valderín, y de lo que aí les aconteció.

ANTES QUE EL alva rompiesse, al otro día Lisuarte y Gualdín de Bristoya se levantaron de su alvergue y se metieron en el camino de Valderín, y según la noche hacía clara llegaron hasta la puente levadiza, que era a la entrada del castillo por donde passavan las hondas cavas que tenía, y porque la puente era alçada, no pudieron passar adelante, y quitaronse afuera y oyeron las bozes de las velas que rondavan el muro, y estovieron assí aguardando hasta que el sol era salido, que estonces abaxaron unos peones la puente por unas gruesas cadenas y se bolvieron al castillo y cerraron las puertas. Estonces Lisuarte y su compañero passaron la puente y llegaron a la puerta del castillo y llamaron. E luego se assomaron fasta diez hombres en las almenas a saber lo que querían. Lisuarte les dixo:

–¿Vosotros daréis nuestra embaxada a los señores del castillo?

–Tal puede ser –dixeron ellos.

–Dezilde –dixo Lisuarte– que están aquí dos cavalleros que les vienen a demandar las sobervias y tiranías que en esta tierra tienen hechas, matando otrosí a gran traición el señor d'ella, robando y destruyendo sus villas y lugares, metiendo en prisión los cavalleros que aquí vienen, los cuales no prenden como esforçados cavalleros con las armas, mas como falsos encantadores con sus artes, y que para corregir esto somos aquí venidos; que nos embíen la respuesta si quieren antes mantener con las armas su maldad o enmendar su mala vida con buenas obras, y de cualquiera cosa d'estas nos buelve la respuesta, si no, no saldrá hombre de allá que no matemos.

Estonces el uno de los hombres le respondió:

–Tal locura como has dicho no la tengo de dezir a los señores del castillo, ca se enojarán mucho d'ello.

–Si se enojaren –dixo Lisuarte– procuren de vengar su enojo, y si tú esto no dizes, no cumples con la fialdad que les debes, que sabes que somos sus enemigos ^{146r} y le haremos el mal que pudiéremos y no lo quieres avisar d'ello, agora te sabe que no hallaremos hombre suyo que le no demos la muerte y aguardaremos fasta que lo sepa.

–Pues que assí queréis –dixo el hombre–, yo haré que lo sepan presto y seré vengado de vosotros y ellos satisfechos de su enojo, como lo fueron de otros cavalleros que prendieron esta noche en esse lugar donde vosotros estáis.

Y quitose luego del muro, y ellos miraron al lugar que les dixera el hombre, y vieron mucho hollado de los cavallos entre el muro y la muralla, y vieron troços de lanças quebradas y rajas de escudo sembradas por el suelo, y muchas pieças de armas, y vieron que avía sido gran batalla, mas no supieron quién avían sido los cavalleros.

Y estovieron assí atendiendo grande rato, y a cabo de una pieça se paró entre las almenas a aquella parte donde ellos estavam un cavallero de grande cuerpo y miembros, y avía los cabellos crespos y cortos y el rostro grande y moreno lleno de hoyos, y dixo con una boz gruessa y temerosa:

–Vosotros, ¿qué demandáis en este castillo?

–¿Sois vós –dixo Lisuarte– el señor?

–Sí –dixo el cavallero.

–Pues dezidme –dixo Lisuarte– vuestro nombre.

–Dinardán me llaman los que me conocen –dixo él.

E Lisuarte le miró bien su grandeza que parecía de gigante y que devía de aver en sí gran fuerça y dixole:

–Cierto, Dinardán, que, si bien mirasses las gracias que Dios te ha dado sin las merecer, más trabajarías de lo servir con buenas obras que con maldades ni traiciones, siguiendo en todo las mañas de Arcaláus tu padre, que según su vida assí ovo la muerte, y lo mismo de ti todo el mundo espera por los robos y estragos que en esta tierra has fecho, mayormente por la muerte del conde Gandalín, que con tanta traición fue muerto que todo el mundo es d'ello espantado. Este cavallero y yo somos aquí venidos a una de dos cosas: la primera para rogarte que, dexada esta mala vida, te vuelvas a buen estado y dexes la tierra a cuya es y satisfagas los daños y pérdidas y menoscabos, y si esto no quieres hazer, que tú y Nitroferón ayáis batalla con nosotros: vosotros sosteniendo la maldad y nosotros la justicia, en la cual batalla provaremos la traición que al conde se hizo en su muerte, la cual juntamente con su hijo don Gandales somos venidos a la vengar.

Dinardán, que esto oyó, ovo grande saña y dixo:

–Por malaventurado me tengo de aver oído palabras de dos locos sin seso, no de balde mis hombres me avían dicho de vuestra locura; mas pues que vuestras sandias palabras escuché con sofrimiento, razón es que con dura enmienda las castigue no curando de responder a lo que dexistes que por vanas palabras y salidas de ningún seso no son dinas de respuesta. Solamente a lo que dexiste de don Gandales que era venido a vengar la muerte de su padre con muchos cavalleros, hagote saber que yo le prendí en este castillo con otros sus cavalleros y ellos están en parte que más querrían nunca aver comenzado esta batalla, que creo que la cima de su ventura será perder las cabeças y los cuerpos comidos de alimánias.

–No me espanto –dixo Lisuarte– que prendiesses a don Gandales y a sus compañeros con tus artes y encantamientos, ca por fuerça de armas ellos eran tales que manternían bien su derecho, y si tú más usas de encantaciones que de armas en prender los cavalleros, más encantador que ardid ni esforçado te pueden llamar. E una cosa te digo, que en esto no pareces a tu padre Arcaláus, el cual aunque mucho sabía en estas artes antes su bondad de armas era tanta que no tenía necesidad d'ellas, y tú por el contrario, ca el comienzo y cabo de tu esfuerço es usar de encantamientos, lo que muy agena cosa deve ser de todo buen cavallero, mas ni por ello te tememos cosa ninguna.

–¡Ya Dios no me valga –dixo Dinardán– que tal escucho a estos sandios! –y dixo–: ¡Locos desventurados, para que sepades cuán poco os estimo, sed ambos a mí de consuno y veréis si me semejo a mi padre en el cual vós ni ninguno de vuestro linaje deve poner lengua, como ninguno en él puso las armas para experimentar su bondad que no le fuesse mal d'ello!

Lisuarte, aunque era el cavallero del mundo menos vanaglorioso, como tenía gran enojo de Dinardán y avía gran sabor de la batalla, porque más le incitasse a ella, le dixo:

–No sé cómo esso dizes, Dinardán, que en la compañía está quien tiene gran deudo con aquel que mató a tu padre y a tus cormanos Matroco y Furión y les ganó la Montaña Defendida, y por ende tienes más razón de te vengar, y ven con tu compañero Nitroferón, que estamos dos, que no rehusaremos la batalla.

–Pues atendedme –dixo Dinardán– y no ^{146v} vos falte el esfuerço, que muy presto entiendo de ser vengado de vosotros.

Estonces se quitó del muro con grande saña y se fue a los palacios y lo contó a Nitroferón, y a grande priessa demandaron luego sus armas.

¶ Capítulo cxxiiij. De cómo Dinardán y Nitroferón ovieron batalla con Lisuarte y Gualdín de Bristoya.

ESTANDO ASSÍ LISUARTE y su compañero atendiendo la batalla encima de sus cavallos, apercebidos de sus armas, oyeron abrir la puerta del castillo. E Lisuarte, tanto que lo vido, tomó consigo a Gualdín y se llegaron a la puerta y vieron a Dinardán y a Nitroferón bien armados encima de dos cavallos blancos, los cuales dixerón:

–¡Entrad, cavalleros, si queréis!

–No –dixo Lisuarte–, que para a cavallo muy angosto campo ende tenemos y empedrado; acá fuera sea la justa y allá dentro sea la batalla de las espadas si os pluguiere.

Nitroferón, siguiendo la natural manera de los gigantes que es la soberbia, dixo a Dinardán:

–Bien nos dize el cavallero, y agora vos digo que según d'ellos me avéis dicho oy no han hablado otra palabra de seso sino ésta.

Lisuarte no le quiso responder, mas arredrose afuera con su compañero y pusieronse en un cabo de la pequeña plaça que avía entre el muro y las cavas donde bien se podían combatir. Nitroferón y Dinardán salieron fuera de las puertas y pusieronse a la iguala diziendo:

–Cavalleros, aved manzilla de vuestras juventudes y metedvos en nuestra prisión, y si jurardes que no seréis contra nosotros dexaros emos ende ir libres con tanto que nos dexéis vuestras espadas.

–Aparejaos –dixo Lisuarte– a la batalla, ca con traidores nunca haré conveniencia ninguna ni amistad salvo quanto mal pudiere.

Estonces hirió su cavallo de las espuelas y fue quanto más pudo contra Nitroferón, que parecía viniendo una torre, y llegaronse a encontrar tan fuertemente que los escudos fueron falsados y las lorigas rotas, y toparonse de los cavallos y escudos de suerte que el cavallo de Nitroferón ovo la pierna quebrada por tres lugares y cayó con el gigante. El cavallo de Lisuarte se hizo bien atrás y ovo una espalda salida de su lugar, assí que fue tollido. Lisuarte salió luego d'él y embraçó su escudo con su espada en la mano aguardando a Nitroferón, que contra él venía, y començaronse a ferir muy bravamente. Gualdín de Bristoya se juntó con Dinardán, mas quebraron las lanças sin ninguno caer y passó el uno por el otro bien cavalgantes, ca devéis de saber que este Gualdín de Bristoya y Arcalao eran de los mejores justadores del señorío de la Gran Bretaña. Estonces bolvieron las riendas a

sus cavallos y començaron con las espadas a se herir muy a menudo como aquellos que se desamavan mortalmente. Y el roido era tan grande que grande pieça se oía. El fuego que salía de los yelmos parecían bivas llamas, y donde se alcançavan se hazían mucho mal, ca las espadas eran tajadoras y ellos de muchas fuerças y de ardidés coraçones, assí que ni escudos ni lorigas no escusavan que no se hiriessen en los cuerpos. Lisuarte y Nitroferón avían entre sí muy brava batalla, mas Lisuarte, usando de su acostumbrado valor, cubriéndose del poco escudo que tenía, se fue para el gigante y le dio tal golpe sobre la cabeça con su buena espada que el yelmo y el almófar le hendió hasta la carne y con su ligereza hazía perder al gigante muchos golpes que por la grandeza de su cuerpo y pesadumbre de las armas no podía andar tan ligero. E assí, hiriéndose por todas partes, andovieron una grande ora que de cansados se arredraron un poco afuera a cobrar huelgo, y estaban mirando a los otros que se combatían, ca la batalla era entre ellos tan cruda que era maravilla. Ellos eran llagados en muchos lugares y perdían mucha sangre y los cavallos eran tan cansados que los no podían mover. Mas Gualdín, queriendo dar fin a aquella batalla, hirió al cavallo ^{147r} muy rezió por se llegar a su enemigo y hiriolo tan duramente sobre el yelmo que centellas bivas de fuego d'él hizo salir, y Dinardán, viéndolo tan cerca, soltó la espada de la cadena y echó los braços en Gualdín y Gualdín otrosí en él, y travaronse tan rezió que se arrancaron de las sillas y cayeron ambos abraçados en el suelo, y Gualdín fue debaxo y passara grande peligro si no fuera socorrido, mas viéndolo Lisuarte fue corriendo contra Dinardán y pusole las manos tan rezió que lo echó a la otra parte, y Gualdín, viéndose aliviado, levantose muy presto y cobró su espada y fue contra su enemigo, que ya era levantado. Nitroferón fue luego sobre Lisuarte y firiolo tan duramente sobre el yelmo que gelo hendió hasta la carne, aunque no cortó más de los cabellos y muy poco del cuero, ca el yelmo era de fino azero; y fue tan cargado del golpe que puso una rodilla en el suelo, mas ni por ello desmayó, antes se levantó con grande furia y alçó la espada por lo herir en la cabeça. Nitroferón alçó el escudo y Lisuarte, viéndolo assí descubierto, diole por el muslo de suerte que le cortó el quixote y la carne hasta el hueso, de que él perdía mucha sangre y fuerça. A esta hora Gualdín de Bristoya, nembrándose que estava delante de Lisuarte, que era el mejor cavallero del mundo y del alto lugar donde venía, començó de cargar de tantos golpes a Dinardán, de guisa que amparándose de su escudo se iba retrayendo a la puerta del castillo que abierta era, y Nitroferón hazía lo mismo. Y retrayéndose assí, se metieron por las puertas del castillo con la confiança que agora oiréis: sabed que todo el sitio del alcáçar era encantado, de guisa que ningún cavallero estraño le podía entrar que no cayesse sin sentido con la fuerça del encantamiento, y por esto se acogían dentro del castillo viendo la mucha bondad de los cavalleros. E con esta maña avían ellos preso otros muchos. Pues entrados assí en el castillo Dinardán y Nitroferón, Lisuarte y su compañero los siguieron y entraron dentro, mas Gualdín tanto que entró <e>[a]l sitio luego cayó encantado, desapoderado de sus fuerças, mas Lisuarte no, que los encantamientos tienen tal regla que los más antiguos desfazen los más nuevos y los quebrantan, como de Urganda avéis visto en el Castillo de Valdoid, que, por ser más antiguo encantado, Urganda con su saber no pudo sacar a su amigo si Amadís por fuerça de armas le no sacara; pues lo mismo aconteció a Esplandián cuando entró en la Montaña Defendida que por Urganda le aver dado una sortija los encantamientos de Arcabona le no pudieron nuzir. Assí aconteció a Lisuarte, que trayendo su rica espada encantada muchos días primero que este castillo

fuesse encantado no le pudieron nuzir los nuevos encantamientos, y assí fue ca él entró sin intervalo alguno, y cuando vido caer a Gualdín su compañero fue sañado y espantado, y acordose de lo que le aconteció en la Torre Encantada de la sabia donzella y cresciole la fuerça con la ira, y parando mientes vio cómo Dinardán alçava la falda del arnés a Gualdín para le meter la espada por el cuerpo según la gran saña d'él avía; mas Lisuarte fue muy rezió sobre él, y dexando soltar la espada de la cadena travole tan rezió por el braço de la espada que tirando contra sí lo echó a tierra, y porque Nitroferón venía sobre él no le pudo herir, mas pusose cabe Gualdín porque no le hiziessen mal, cubierto de su escudo y su buena espada apretada en la mano. Dina[r]dán y Nitroferón, aunque vieron que sus encantamientos no nuzían aquel cavallero, aunque d'ello fueran espantados, viendo a él solo y cansado y ellos ambos de tanta bondad, pensaron que les no turaría quanto una hora, y con esta confiança, poniéndose ambos a la iguala, le acometieron cada uno por su parte, cargándole de grandes y pesados golpes, y él, que no estava de vagar viéndose en aventura de muerte, los hería de bravos y esquivos golpes, que cada vez que los alcançava les fazia sentir la espada en las carnes, y la ira le señoreava tanto viendo su amigo Gualdín en tal estrecho que parecía que cada vez las fuerças se le doblavan. Y viendo más cerca de sí a Dinardán, le dio tal golpe sobre el yelmo que quanto le alcançó le hendió y llagó en la cabeça hasta los sesos, de que Dinardán fue tan cargado como aquel que era ferido de muerte, mas antes que la vida se acabasse quiso hazer lo que devía: y con muy grande furia, soltando el poco del escudo que traía y tomando la espada con dos manos, fue para Lisuarte, que ^{147v} acabara de dar otro grande golpe a Nitroferón, y cuando vido venir a Dinardán alçó el poco del escudo que tenía y tomo en él el golpe, que fue tal que debaxo arriba lo hendió y le atormentó mucho el braço y cortole la manga de la loriga mas no la carne, y bien semejava dado con ravia de la muerte. Y Lisuarte, soltando las embraçaduras del escudo, le dio otro golpe muy cruel con su espada encantada que el yelmo, que en muchas partes era roto, le hendió y la cabeça hasta los ojos, de que luego cayó Dinardán estendiéndose con la muerte. A aquella hora todos los encantamientos del castillo fueron desfechos y quebrantados, porque con la muerte del encantador, cuando el encantamiento es temporal, luego fenece, y assí fue aquí, ca luego Gualdín començó de se bollir como quien se esperezava de alto sueño, mas no se levantó hasta que el alma de Dinardán del todo fue apartada de las carnes.

Los hombres del castillo que en el muro estavam, cuando vieron su señor muerto y tendido y que el jayán avía lo peor, davan grandes bozes: ¡*Armas, armas!* Y fueronse todos a armar, que muchos eran. Lisuarte lidiava con Nitroferón que, como no tenía escudo, no hallava otro remedio salvo andar ligero y le hazer perder los más de los golpes, y hería cada vez que quería a su salvo, porque el jayán con el golpe de la pierna no andava tan ligero y avía perdido mucha sangre y cobrado pavor de muerte del cavallero, que pues los encantamientos le no podieron dañar bien creía que sus fuerças le no podían nuzir, mas con todo amparavase esperando socorro de los hombres del castillo; mas Lisuarte, que tanto vagar le no dava viéndole assí medroso, le dio tal golpe sobre el canto del escudo que gelo hendió fasta las embraçaduras y le cortó lo más de la mano de guisa que fue tollido. Con este espantable golpe el jayán ovo tanto miedo que quiso huir, mas Lisuarte lo siguió dándole tantos golpes que lo hizo caer en el suelo sin sentido, y sacándole el yelmo le dio con él tales golpes en la cabeça que los ojos le hizo saltar fuera y la cabeça fue fecha en

muchas pieças, y, bolviéndose para do estava Gualdín, vido que se levantava algo turbado como quien se levanta cargado del sueño, y cuando assí vido el campo descombrado dixo:

– Señor, ¿qué es de nuestros enemigos?

– Idos son – dixo Lisuarte – a dar cuenta de sus malas vidas, y según ellas tomar posada en los infiernos.

– ¡Por Dios, mucho me he dormido, pues los no vi!

Lisuarte ovo gana de reír viendo que no avía entero acuerdo. A esta sazón avía gran rebuelta y grita en el alcázar, que se avían armado hasta treinta hombres y venían con grande alarido para vengar la muerte de sus señores. Lisuarte, que los vido, pusose cabe Gualdín de Bristoya, y los hombres dieron sobre ellos, que, como no tenían escudos que en la brava batalla todos fueron fechos pieças, retrayeronse hasta la puerta y pusieron las espaldas en el muro y con sus espadas en las manos se amparavan batiendo los golpes que les echavan, mas como los hombres eran tantos y con desseo de vengar a sus señores se llegavan mucho a los cavalleros, entre los cuales uno, que traía un grande escudo y fuerte y una capellina de cuero y una espada, llegó por ferir a Lisuarte, mas él, abatiéndole el golpe, le dio a él tal golpe sobre la capellina que la cabeça le hendió hasta los dientes y cayó a sus pies, y con mucha desemboltura le tomó el escudo, que como era grande y bueno fue muy alegre con él.

Gualdín, queriendo enmendar el tiempo que dormiera, aunque no tenía escudo, al que alcançava creed que dava d’él buena cuenta. Lisuarte, como tuvo escudo, como bravo león se metió entre los enemigos y al primero que alcançó que la cabeça traía desarmada gela hendió hasta el pescueço, y Gualdín, viendo lo que Lisuarte hazía, otrosí se lançó entre los enemigos y tan duramente echo mano de un escudo a uno de aquellos hombres que quebrantándole el tiracol gelo sacó de las manos y lo embraçó desembuertamente y se metió con Lisuarte y hazían tantas maravillas y davan tan bravos golpes como si aquel día no ovieran peleado, mas ni por ello dexavan de ser puestos en peligro de muerte, ca eran llagados y muy cansados, y del cansancio sólo murieran si Dios no les socorriera con lo que agora oiréis.

¶ Capítulo cxxiiij. En que se cuenta cómo Lisuarte y su compañero fueron librados del grande peligro en que estaban.^{148r}

OÍDO AVÉIS CÓMO don Gandales y sus principales cavalleros se apartaron unos de otros. Agora sabed que Rodualdo y Arcalao se partieron ambos por su parte y andando por la tierra fueron hallar a Melián el Roxo y a Pantasileo en batalla con cuatro cavalleros de Nitroferón, y, ayudándoles ellos, fueron los enemigos muertos, y assí de consuno se vinieron contra Valderín y passaron la puente que baxada estava, y en llegando a la puerta hallaron los dos escuderos de Lisuarte y fueron ende maravillados. E los escuderos les dixeron:

– ¡Buenos señores, si sois de casa del rey Amadís socorred a dos cavalleros suyos que dentro en el castillo están en grande aprieto!

Los cavalleros entraron la puerta y vieron a Lisuarte a una parte y a Gualdín a la otra que tenían a sus pies bien siete de los muertos, mas las lanças eran tantas sobre ellos que

los escudos tenían clavados con saetas, así que estaban en peligro de muerte y de perder el castillo. Mas ellos eran tales que más temían vergüenza que muerte, e así, determinados de morir, hazían golpes muy estraños. Mas Dios les socorrió con estos cavalleros, que entrando así por la puerta de en proviso dieron en los enemigos de rendón, de suerte que fueron puestos en mucho pavor y Lisuarte, sintiendo tal socorro, entró por los enemigos como lobo raviando, de guisa que al que alcançava una vez de muerto o tollido no faltava. Los cuatro compañeros, como eran de gran bondad y holgados, hizieron tal estrago en los enemigos que en poca de hora todos fueron muertos y otros soltando las armas se dieron a prisión. Gualdín de Bristoya, según el gran enojo que d'ellos tenía, todos quisiera que murieran, mas Lisuarte, que lo vido así sañado, le dixo:

–Buen señor, si no usáredes de piedad no esperéis que la usen con vós, ca si bravo coraçón tovistes para vencer piadoso lo devéis tener para perdonar, ca la braveza del coraçón sin piedad ni clemencia más es de fieros gigantes que de virtuosos cavalleros.

Entonces tomó a prisión todos aquellos que se rendieron, que serían hasta doze, que los otros todos eran muertos y tollidos. Los cuatro compañeros, viendo así todo acabado, se vinieron para los dos y les dixeron:

–Señores, por cortesía que nos digáis quién sois, ca mucho creemos ser de nuestra compañía.

Y no los conocieron porque ellos avían perdido los escudos y traían los agenos. Lisuarte, no se queriendo encobrir de aquellos cavalleros que, allende de ser mucho sus amigos, le avían hecho grande bien con su venida, dixo a Gualdín que se diessen a conocer a aquellos cavalleros, ca bien conocieron en las armas que el uno era Arcalao y el otro Radualdo, mas a Melián ni a Pantasileo no los conoció, que avían otrosí cambiado sus armas. E luego los dos cavalleros se quitaron los yelmos, y, aunque los rostros avían llenos de polvo y de sudor y de sangre, fueron conocidos de los cuatro compañeros. Los cuales, viendo que aquel era Lisuarte, se apearon de sus cavallos y lo vinieron a abraçar con mucho acatamiento, y él los rescibió con mucho amor. E assimesmo fueron a fablar a Gualdín de Bristoya, siendo mucho espantados de los hallar en tal aprieto, y mucho más lo fueron cuando supieron la cruda batalla que avían passado y el encantamiento del castillo que por muerte de Dinardán fuera quebrado. Así que de todas partes eran maravillados, endemás cuando vieron las grandezas ferozes de Nitroferón y de su compañero imposible parecía en sí ser muertos por manos de un cavallero. E acordaron de se acoger luego al alcázar y, llamando los escuderos y entrados dentro, cerraron las puertas y llevaron consigo los hombres presos y se fueron al palacio donde hallaron algunas donzellas que servían a los muertos. Las cuales con muchas lágrimas les demandaron piedad. E como costumbre de aquellos ^{148v} cavalleros más era de honrar y servir las donzellas que las maltratar, luego gela otorgaron. E ayuntados todos en la sala, Lisuarte llamó los hombres del castillo y les preguntó que dónde estaban los cavalleros presos que viniendo al castillo eran encantados. Los hombres le dixeron que d'ellos estaban en la cárcel y otros avían llevado al castillo de Montaldín.

–Pues –dixo Lisuarte– antes que coma ni beva, pues Dios me dio la vitoria, sacarlos quiero de la prisión porque gozen de la libertad como nosotros del vencimiento.

¶ Capítulo cxxv. De cómo Lisuarte sacó de la prisión muchos cavalleros y donzellas, y halló mal llagados a Languínez del Lago Ferviente y a Irneo de Bohemia.

ANTES QUE LISUARTE se curasse de sus llagas, tomando consigo a Arcalao y a Rodualdo, dexando a Melián el Roxo y a Pantasileo con Gualdín de Bristoya, que muy mal llagado era, se fue con tal compañía llevando del castillo quién lo guiasse, llevando otrosí lumbre con que se viessen en la tenebregura de la cárcel; y entraron en un grande corral y llegaron a una pequeña puerta, y entraron por ella y abaxaron por unas gradas abaxo donde avía grandes moradas soterrañas, ca debaxo de la tierra avía otro palacio como encima; y entrando en la sala por la puerta de unas grandes rexa vieron dos lechos, y yendo a ellos hallaron a Languínez del Lago Ferviente y a Irneo de Bohemia muy mal llagados en aquellas pobres camas y con el dolor de las llagas que tenían enconadas porque no gelas avían curado porque muriessen. En aquel desamparo davan unas bozes tan lastimeras que a los que las oían ponían en mucha manzilla. E los cavalleros fueron a ver los que gemían y halló a Languínez, que dava muchas bueltas a una y otra parte de la gran cuita de las llagas, y avía el rostro tan hinchado de las heridas de la cabeça que no lo pudo conocer; la cama era llena de sangre ca no avía tenido quien gela restañasse. E Lisuarte, aunque no lo conoció, de le ver en tal desamparo ovo gran lástima y compassión d'él, y fue a la otra cama donde estava el otro cavallero, y fallolo otrosí sin acuerdo de la gran flaqueza de la sangre que avía perdido, de guisa que ni a uno ni a otro no conocieron, tanto eran desemejados. Y en esto oyeron de otra parte muchos cavalleros presos que eran en la cruel cárcel. Lisuarte los mandó luego sacar a aquellos que las llaves tenían. Y estos presos todos eran de la tierra de aquellos que prendieron cuando tomaron el castillo y después cuando corrían la tierra. Y porque ésta era grande cárcel los tenían aquí metidos. Y en esta misma cárcel Arcaláus en su tiempo metía los presos, y en esta cárcel entró Amadís cuando sacó la dueña amiga del rey Arbán y a Brandoivas y a Baláis de Carsante con otros muchos cavalleros, ca el conde Gandalín, después que tuvo este señorío, por memoria que avía estado en esta cárcel la dexava así estar, mas no servía de tal oficio hasta que estos malvados la ganaron y tornaron a la mala costumbre de Arcaláus, y avría en ella bien dozientos presos: los ochenta cavalleros y muchas dueñas y donzellas de la tierra. Los cuales, aunque avía poco tiempo que estaban, eran muy cuitados y maltrechos de la mala vida que les davan. E Lisuarte, cuando así los vía salir uno a uno y dos a dos por el pequeño postigo que iba a dar en la cárcel, las lágrimas de piedad le caían por sus hazes, y los mandó todos salir fuera al corral y mandó a los hombres del castillo que tomassen aquellos cavalleros llagados muy passo en sendas mantas y los sacassen de aquella tenebregura. E así fue hecho, que tomando cuatro hombres a cada uno lo más quedo que pudieron los pusieron en sendas mantas y los traxeron así por la sala a la puerta de la rexa, y subieron arriba a las gradas del corral,^{149r} y Lisuarte, que los seguía, los hizo así llevar al palacio y les hizo dar sendos ricos lechos en que luego fueron acostados, y preguntó si avía quién supiesse curar de llagas, y entre las dueñas que salieron de la cárcel dixo una dueña que mucho sabía en aquel menester y una donzella su sobrina que ende era; a éstas encomendó Lisuarte la cura de los dos cavalleros, y ellas tomaro[n] el cargo de voluntad y les cataron las llagas, y hallaronlas peligrosas y enconadas, y lo que aquella sazón les convenía les hizieron, apre-

tándolas y poniéndoles unguentos para quitar el dolor y hinchazón, y cubriéndolos muy bien con la ropa los dexaron dormir, ca mucho menester avían el sueño.

El placer que los presos hazían viéndose libres de aquella espantosa cárcel no es de contar como cosa muy manifiesta cómo devía ser y impossible para se escrevir, y assí no diremos otra cosa solamente que davan muchas gracias a Dios y muchos loores a Lisuarte que de allí los sacara, donde no esperavan sino amargas muertes y crueles martirios.

Lisuarte y sus compañeros andavan proveyendo en lo que era necessario, y era hora que anocheía y ellos no tomavan reposo teniendo d'ello necesidad, mayormente Lisuarte, que llagado era y muy cansado. El cual, después que fizo aposentar los que salieron de la cárcel y dar de comer muy [a]bastadamente, se desarmó y le curaron de sus llagas la dueña y la donzella su sobrina, y assimesmo a Gualdín de Bristoya, que muy mal llagado era. Y después que assí Lisuarte fue curado y le dieron de comer, hizo llamar los hombres del castillo y preguntoles que quién llagara assí cruelmente los dos cavalleros y por qué no avía más gente en el castillo, que le avían dicho que solía ende aver gran hueste.

–Yo vos diré la verdad –dixo el uno d'ellos–. Estos dos cavalleros esta noche llegaron a este castillo a hora que la puerta era cerrada y pidieron batall[a], y por más que las velas del muro les dixeran que aguardassen a la mañana nunca ellos lo quisieron hazer, antes porfiaron tanto que Nitroferón les embió dos cavalleros de los suyos muy buenos, los cuales de los primeros encuentros fueron derrocados y muertos, lo que pocas vezes se vieron en batalla de dos por dos, y luego pidieron más batalla y el gigante les embió cuatro cavalleros, con los cuales ellos no dudaron la justa, antes los dos d'ellos derrocaron a tierra y quebraron las lanças, y echaron mano a las espadas y fueronse a los dos que quedaron a cavallo, y començaron con ellos brava batalla, de guisa que los dos traían mal parados a los cuatro, que avían el uno muerto y el otro tollido, y assí hizieran a los dos si del gigante no fueran socorridos; mas el gigante, viendo los suyos vencidos y en peligro de muerte, salió con sus armas a los ayudar, mas los cavalleros procuraron de se defender hasta la muerte, aunque eran lassos y llagados. Y el gigante y sus cavalleros les tomaron en medio y cargaron de tales golpes que, aunque bravamente se defendieron, no pudieron escusarse de ser presos y vencidos y metidos en la cárcel fasta que el gigante determinasse el género de muerte que les avía de dar en vengança de la muerte de sus cavalleros.

»Y quanto a lo que preguntáis de la gente del castillo, sabed que, porque al puerto de la mar andava un capitán de cristianos defendiendo que ningún socorro venga, Demagores embió por la gente que aquí estava y con la suya para embiar un capitán sobre el de los cristianos, y por ende no hallastes aquí más gente, y creed que muy pocos días ha que hallárades aquí mucha.

–¿Pues qué se hizieron –dixo Lisuarte– los cavalleros que aquí eran presos con don Gandales?

–Dinardán los embió al castillo de Montaldín –dixeron ellos– y su hermano fue el más alegre hombre del mundo por tener tales hombres en su poder, mayormente a don Gandales, y éste es el mayor enemigo que él tiene y dize que le ha de cortar la cabeça si no le perdona la muerte del conde su padre, y que assí lo tiene de hazer a todos los otros cavalleros, y creed que assí lo hará, que es hombre que mal quiere a la piedad y se p[re]cia de cruel.

–¿Sabéis vosotros –dixo Lisuarte– cómo se nombran esos cavalleros?

–El uno d’ellos –dixo el hombre– era don Gandales, y el otro se dezía Rolandín y el otro Marcival y el otro Ladasán.

–Por cierto –dixo Lisuarte–, que cavalleros de tal valor no devían de estar en prisión de tan mal hombre, ¡Dios los quiera guardar no resciban en su poder ningún daño! ^{149v} Pues agora me dezid qué manera avrá para librar essos cavalleros.

–Muy mala –dixo él–, ca ellos están en parte que no tanto es trabajoso como imposible su delibramiento por dos cosas: la una porque Demagores es de los mejores cavalleros del mundo y más dudado, e la otra que sabe mucho de encantamientos. De guisa que quien oviere de entrar en el castillo conviene que sepa más que él de encantar y mejor cavallero sea en armas, lo que en el mundo se no puede fallar. E todo cavallero que le demandare batalla de su persona a la suya la avrá, mas la cima d’ella será de prisión y desventura.

–Como quier que sea –dixo Lisuarte–, yo quiero ir a aver batalla con él.

Todos dixeron que no lo devía de hazer, así los cavalleros que salieron de la cárcel como los otros cuatro compañeros que le socorrieron, diziendo que él era mal llagado y que Demagores era de los señalados cavalleros del mundo, y que devía de aguardar tiempo que fuese mejorado, y que lo mismo sería Gualdín de Bristoya y Melián y Pantasileo y que con ellos iría más a recaudo.

–Por dos cosas –dixo Lisuarte– no devo de esperar compañía. La una porque él tomará batalla de un cavallero con su persona; la otra porque, según él es malo y cruel y sabiendo la muerte de su hermano y de Nitroferón y tomada del castillo, mucho temo que en aquellos cavalleros no tome vengança con crudas muertes, y por ende querría aver batalla con él antes que lo supiesse, porque esperar que seáis guarescidos de vuestras llagas y yo de las mías passar se ían algunos días, de guisa que él sabría lo passado, que tal cosa no se puede encobrir, y por tanto no devo de me detener.

E luego aquellos cavalleros, viendo su determinada voluntad, otorgaron en su parecer ofreciendo todos sus personas para aquel viaje y para todo lo otro que su voluntad fuese.

¶ Capítulo cxxvj. De cómo Lisuarte supo quién eran los cavalleros heridos y cómo se partió para el Castillo de Montaldín.

ADEREÇANDO LISUARTE LO que cumplía para aquel viaje, se fue a la cámara de las armas de Nitroferón y dexando las suyas, que rotas y mal paradas eran, tomó otras nuevas y rezias y un yelmo de fino azero y un escudo muy fuerte, y tornándose a la sala rogó a Gualdín de Bristoya que quedasse por guarda de aquel castillo guaresciendo de sus llagas, y haziendo otrosí curar los dos cavalleros que mal llagados eran que, aunque no sabían quién fuessen, que devían ser de alto lugar.

–Señor –dixo un hombre del castillo–, entre los presos salieron dos escuderos suyos y están con ellos llorando muy agramente.

E Lisuarte les mandó venir delante sí y les preguntó que quién eran los cavalleros. Y ellos le dixeron que el uno era Irneo de Bohemia y el otro Languines del Lago Ferviente.

–¡A Dios merced –dixo Lisuarte– que tales cavalleros nos dexó socorrer en tal necesidad!

Y entonces encomendó más la guarda d'ellos y cura a la dueña y a su sobrina, y los cavalleros que salieron de la prisión le querían acompañar en aquel camino, mas él les dixo que aquel viaje quería fazer sin gente para ir más de priessa y encubierto, rogándoles que quedassen en el castillo y mirassen por su guarda, y rogó a Arcalao y a Rodualdo y a Melián y a Pantasileo que fuessen con él, ca no quería más de su compañía. Entonces mandó sacar cinco cavallos del establo del jayán, los cuales, según su grandeza y fortaleza, eran muy señalados. E assí bien armados con sus escuderos, llevando un hombre que saliera de la cárcel que los guiasse, partieron a alta noche de Valderín y anduvieron grande pieça, y porque el sueño los cargava demasiado, aparearonse y dieron los cavallos a sus escuderos y dormieron poco más de una hora, y tornaron a cavalgar y andovieron todo el otro día sin hallar aventura, y la noche alvergaron en el campo. Y levantándose con la luna llegaron a hora ^{150r} de tercia <llegaron> a vista del castillo, que muy cerca era, y vieronle tan hermoso que pocos avían visto mejores, y Lisuarte dixo:

–¡Ay, Dios, qué hermoso castillo está en poder del más mal hombre del mundo! Plégavos, Señor, de me dar ayuda contra aquel traidor y que libre los buenos y señalados cavalleros que tiene en su poder.

E andando assí más adelante, oyeron gran rebuelta en el castillo, ca tañían cuernos y bozinas como si fuessen a correr monte. Los cavalleros fueron espantados, que no sabían lo que sería. El hombre que los guiava les dixo que aquello era señal de hazer justicia.

–Plegá a Dios que no sean los cavalleros que están en prisión.

E luego vieron abrir la puerta del castillo, que cerca era. E los cavalleros se metieron entre las matas porque no fuessen vistos y se aparearon de los cavallos, y el ruido era tan grande que hazían que parecía que davan combate al castillo, y la causa d'ello era por tanto: al tiempo que Lisuarte mató a Dinardán y a Nitroferón y con la ayuda de los cuatro compañeros desbarató los hombres del castillo, dos hombres de servicio, tanto que aquel estrago vieron, huyeron por otra puerta del castillo y tomaron la vía de Montaldín y traxieron las nuevas a Demagores de la muerte de su hermano y Nitroferón y perdición del castillo; de lo cual fue tan triste y espantado que por una gran pieça no pudo hablar, y después que passó aquella nube, hizo muy esquivo llanto, y por vengança de su tristeza mandava ahorcar los cavalleros que presos tenía y con ellos salía la gente del castillo y ivan a hazer justicia d'ellos a unos altos pinos que fuera del castillo eran, y la gente que los traía eran veinte cavalleros bien armados, diez delante y diez detrás, y en medio ivan don Gandales y Marcival y Rolandín y Ladasán, desnudos en camisa y en calças y las manos atadas atrás y las sogas a las gargantas y verdugos que por ellas tiravan, y la grito era tanta y el tañer de los cuernos y bozinas que se oía muy a lueñe. E los cuatro cavalleros presos no hazían sino alçar los ojos al cielo y dar gracias a Dios encomendándose a Él que les oviese piedad de las ánimas que los cuerpos condenados eran a muerte en tierra que ellos no tenían esperança de socorro, y assí ivan amarillos, perdida la color como aquellos que la muerte vían delante si Dios los no socorriera.

Lisuarte y sus compañeros estaban en la floresta atendiendo que los enemigos se ardrassen más del castillo, y viendo que eran cerca, tomaron sus cavallos y, guisados de todas sus armas, salieron a ver aquella aventura. E cuando vieron sus amigos assí afrentados y envergonçados, fueron muy sañudos y abaxando las lanças arremetieron para los delanteros, y de los primeros encuentros pusieron cinco d'ellos por tierra, y al que encontró

Lisuarte no uvo menester maestro, y luego hirieron en los otros enemigos con las lanças sobremano que ninguna les avía faltado; y Lisuarte y Arcalao derrocaron sendos a tierra mal llagados, y fue gran rebuelta entre los cavalleros que, aunque eran muchos sin los peones armados que traían, no dexavan de ser puestos en pavor. A aquella hora Pantasileo se apeó de su cavallo y fue a cortar las sogas y ataduras de las manos a Marcival y a Ladasán que cerca de sí vido, y ellos, como sueltos se vieron, tomaron las espadas y escudos de los muertos y cortaron las ataduras a Rolandín y a don Gandales, los cuales, aunque desarmados estaban, cobrando algunas armas peleavan muy bravamente, mas todo era menester, ca Demagores venía detrás de los suyos por no venir embuelto con los hombres que hazían grande grita, tañendo muchas bozinas y cuernos que se no oían los unos a los otros, y como vio la rebuelta puso las piernas a su cavallo muy rezio y encontró a Melián el Roxo que primero halló de tanta fuerça que falsándole el escudo y la loriga le hirió en los pechos y echó por las ancas del cavallo a tierra y quebró su lança, y poniendo mano a su espada començó de esforçar los suyos. Lisuarte, como no tenía ojo salvo por Demagores, fue a él muy rezio y con su fuerte lança lo encontró tan fuertemente que, quebrándole el arzón trasero, lo echó a tierra por las ancas del cavallo, y en faltándole la lança puso la mano a su espada y fue contra uno de los del castillo y diole tal golpe sobre el yelmo que el espada le entró hasta los huessos y él, con la ravia de la muerte, començó de huir contra el castillo. Arcalao y Rodualdo y Pantasileo, por socorrer ^{150v} a Melián, que a pie estava, hazían maravillas, e los cuatro cavalleros desarmados solamente con sus espadas y escudos no dexavan de dar bravos y esquivos golpes a los peones. Demagores, como se vio en tierra y en peligro de muerte, no perdiendo el esfuerço cobró el cavallo y con su espada en la mano fue contra don Gandales y quiso herir sobre la cabeça desarmada, porque él avía sido causa del estrago que le avía sido hecho, pensando de un golpe matar el hijo como el padre, mas don Gandales alçó bien el escudo, maguer que fuerte, y la espada entró por él un gran palmo y lo llagó en la cabeça, mas no mucho. Lisuarte, como andava mezclado con los enemigos, con su buena espada hazía muy hermosos golpes, y alçándose sobre las estribas dio un tal golpe a un cavallero sobr'el ombro que las armas le cortó y la espada le entró por la carne hasta los huessos, de guisa que el braço con el escudo le quedó colgado y él cayó a la otra parte tendido de muerte. E Lisuarte començó a dezir a grandes bozes a sus compañeros:

–¡Hea, buenos amigos, desarraiguemos del todo la mala yerva y simiente de Arcaláus!

Y fuesse contra Demagores, que bravamente se combatía con Rodualdo y Arcalao, y començó de lo herir de bravos golpes como aquel que nunca fue tan sañado en batalla ni desseoso de hazer todo mal, y assí creed que al que alcançava le hazía tragar la muerte, y como todo su desseo era de la dar a Demagores el Encantador, hirióle de tan bravo golpe sobre el yelmo que la espada le hizo sentir en las carnes, y Demagores le hirió por el brocal del escudo, que grande parte le echó a tierra.

A aquella hora los cavalleros del castillo, no pudiendo sufrir la bondad de sus enemigos ni los bravos y mortales golpes de sus espada, desmayaron tanto que quisieron huir al castillo, mas los cavalleros les dieron tanta priessa que ellos, pensando hallar mejor guarida, por ser más cerca se acojeron a la floresta. Demagores, en viendo su gente estragada y destruida y los presos sueltos y libres y él en aventura de muerte, hirió a su cavallo de las espuelas por se acoger a su castillo. E Lisuarte hirió al cavallo de las espuelas y siguió-

lo, de guisa que lo alcançó y lo hirió sobre el yelmo y gelo hendió, mas no mucho, que lo no alcançó salvo con la punta del espada, y Demagores hería su cavallo muy rezio de las espuelas y iba dando bozes a los suyos que le abriessen la puerta del castillo, y Lisuarte lo seguía aquejándose mucho por lo alcançar antes que dentro se le acogesse; y tan llegado iba con Demagores que entrando el primero en el castillo y entrando luego tras él Lisuarte dexaron los hombres caer una puerta colgadiza que todas las ancas como al cavallo de Lisuarte, de guisa que él con la una parte estava dentro y la otra quedava de fuera. Demagores, como fue dentro del castillo, miró contra la puerta pensando que Lisuarte quedava de fuera, y cuando lo vido dentro y que trabajava de se levantar fue espantado, mas viéndolo solo en su castillo, pensando que los encantamientos le amortecerían y bolviendo su cavallo sobre él, vidole levantado abraçando su escudo y dixole:

–¡Malaventurado cavallero!, ¿quién te traxo a este esquivo lugar a tomar amarga muerte por quanto enojo me has dado?

–Mi muerte y la tuya –dixo Lisuarte– está en las manos de Dios que así te la puede dar a ti como la dio a tu hermano Dinardán y a Nitroferón, ca sus malas obras los mataron y así hará a ti si te no enmiendas.

Y diziendo esto començó a dar grandes passos contra Demagores, que a cavallo y la espada desnuda estava aguardando que entrasse el cavallero en el sitio encantado, pensando que no podría dar más passo adelante. Mas Lisuarte, con la virtud de su espada, a la cual ningún encantamiento podía nuzir, sin intervalo alguno entró en el sitio donde estava Demagores, el cual, como vido que poco aprovechavan sus encantamientos, desesperado de la vida, con grande saña quiso herir a Lisuarte sobre la cabeça, pensando hazérsela dos partes o le tropellar con el cavallo, mas Lisuarte, que muy ligero era, dio un salto al través y hirió al cavallo en las piernas al passar, de guisa que cayó con su señor en tierra y luego fue sobre él por le matar, mas aquella hora cinco peones armados de coraças y capellinas le començaron herir por todas partes, de guisa que le convino dexar a Demagores y herir a los peones, y metiose entre ellos de tal arte que al que alcançava a derecho no tenía d'él más que temer.^{151r}

Demagores se levantó y vino para ferir a Lisuarte, y él alçó el escudo y recibió el golpe que bien entró por él hasta el medio. E Lisuarte le dio otro golpe sobre el yelmo que cortándogelo con el almófar lo llagó en la cabeça, de que sintiéndose Demagores se arredró detrás de los peones. Lisuarte se metió por ellos de guisa que cada golpe que dava o matava o tollía, lo que viendo Demagores començó a huir suso a los palacios pensando guarescer, mas antes que allá llegasse, como avía de sobir una gran escalera de piedra, Lisuarte, viéndose desembargado de los peones que dos d'ellos avía muerto, los otros viendo sus bravos y mortales golpes no lo osaron atender, antes se pusieron en huida; Lisuarte començó de ferir a Demagores alcançándole en somo de la escalera y travole de la halda del arnés tan rezio que lo batió tumbando por la escalera abaxo, que muy alta era, y los lazos del yelmo le quebraron y le saltó de la cabeça, y dando con ella por las piedras cuando llegó abaxo fue atordido como muerto, de que Lisuarte no era poco alegre, mas temiéndose de sus encantamientos fue a él y cortole la cabeça que le no valieron sus encantamientos, pues la voluntad de Dios era que muriesse la tal muerte en enmienda de sus pecados. E aviendo esto así acabado, Lisuarte subiose al muro por ver lo que sus compañeros hazían, y vido que llegavan cerca del castillo: y alçó la puerta colgadiza suso y prendiola con las cadenas y

luego se abaxó, y tomando la cabeça de Demagores por los cabellos fue a rescebir sus amigos y la presentó a don Gandales en vengança de la muerte del conde Gandalín su padre. Y él fue muy alegre con tal don. Y hincándose de rodillas le besó las manos y ovieron entre sí grande plazer, no menos Lisuarte y sus compañeros por librar a aquellos cuatro sus amigos de la muerte como ellos de ser sueltos de la prisión y libres de la avergonçada muerte que dar les quería. E como eran mal llagados, subieron a los palacios y hallaron cinco donzellas que avían venido con Demagores de la isla de Canileo, que eran grandes maestras de curar llagas, mas ellos no quisieron por estonces su cura, antes los unos a los otros ataron sus llagas y comieron, que mucho menester lo avían, y muy alegres de la victoria y de la vengança de sus enemigos hizieron soltar los cavalleros que presos eran y embiaron las nuevas del vencimiento a Valderín y a sus amigos, y embiaron por la dueña que sabía de curar llagas y que quedasse en Valderín la donzella su sobrina para guarescer los cavalleros llagados de sus heridas, lo que luego se cumplió con diligencia, donde agora dexemos a Lisuarte y a sus compañeros con todo plazer y alegría sin temor de encantamientos que con la muerte de D<a>[e]magores avían fenescido, y curándose de sus llagas y gozando todos de la victoria, y tornemos a hablar de Coroneo, de lo que hizo en Macedonia.

¶ Capítulo cxxvij. De cómo Coroneo ahincó tanto al rey su padre que uvo de embiar la infanta Elena a la corte del rey Amadís.

DESPUÉS QUE CORONEO algunos días estuvo en la corte del rey su padre nunca le faltando que dezir de las estrañezas de la Gran Bretaña y de la alta bondad de Lisuarte, mas su angustiado coraçón, no afloxando el crudo amor de Leonarda que le atormentava, de guisa que en aquella tierra la vida no podía sostener salvo en parte donde pudiesse ver a su señora y con su vista diesse algún consuelo a la cuita de su coraçón; y, acordando de se bolver a la corte del rey Amadís, tanto ahincó al rey su padre y tanta cosas le dixo de la bondad de la reina Oriana y alteza de su casa que assí el rey como la reina le otorgaron lo que para él fue darle la vida. Pues de Elena ^{151v} si dezimos, creed que, allende de la natural condición de las mujeres dessear ver cosas estrañas, ella no menos fue alegre que si de todo el mundo la hizieran señora, pensando ver a aquel cavallero que su coraçón y libertad avía sojuzgado con su valor y bondad. Y entretanto que las cosas necessarias para su viaje se aparejavan, Elena hizo llamar a Éstor el donzel y mandole que delante se fuesse a Bretaña y procurasse de hallar a Lisuarte por todas partes si en la corte le no hallasse y le diesse aquellas nuevas, y que si lo no hallasse con el rey Amadís le dixesse que lo más presto que pudiesse se fuesse a casa del rey su abuelo porque ella ende sería muy en breve. Éstor con tal mensaje partió de Caravia muy encubiertamente y se vino a Londres, y supo cómo Lisuarte era en ayuda de don Gandales contra los hijos de Arcaláus, y se puso luego en el derecho camino.

Y el rey Alidoro, aviendo ya aparejado lo que a la partida de su hija convenía, haziendo aparejar naves muy grandes y bastecer de vituallas en una villa muy buena cerca de Caravia, que Alusa avía nombre, e luego la reina dio a su hija veinte donzellas, hijas de altos hombres, que la serviessen, dándole para ello grandes y ricas joyas, y atavíos y hermosas

donas para la reina Oriana. E siendo todo así adereçado, Coroneo de la corte del rey su padre tomó ochenta cavalleros muy buenos que los aguardassen. Avida la bendición del rey y de la reina, que mucha soledad avían de su partida, mas consolavanse con una pequeña hija que les quedava de edad de ocho años, llamada por nombre Grimanesa, otrosí de estraña hermosura, endemás yendo sus hijos para corte de rey donde su honra avía de ser más acrescentada que deminuida, según su gran bondad y virtud aliende de lo que él le encomendava por su carta. Partido Coroneo de Caravia con su hermana Elena, se fueron derechamente a la villa de Alusa donde, siendo las naves aparejadas, entraron en ellas con su compañía, y haziendo el tiempo muy favorable a su jornada, alçadas las áncoras y tendidas las velas, començaron de navegar con tanta bonança que nunca sintieron viento contrario. De guisa que en muy pocos días arribaron al puerto de Tisilana, una buena villa de Bretaña por ser puerto de mar. E allí salido en tierra, Coroneo con su compañía esto-vo ende tres días, que su hermana venía enojada de la mar. Y d'èsta estada no faltó quién diesse las nuevas en casa del rey Amadís, el cual con toda sus corte ovo muy gran plazer de la venida de tales personas.

Passados los tres días, luego Coroneo partió de Tesilana con Elena su hermana, dando a sus donzellas hermosos palafrenes y a sus cavalleros hermosos cavallos, y tomaron la vía de Londres. Y su venida fue antes sabida, que el rey tenía aparejos para ello, y toda su corte les salió a rescebir bien media legua de la ciudad. El rey Amadís venía aí en medio de los dos reyes Agrajes y Galaor, y los dos príncipes Arquisil y Florisando venían juntos y detrás ellos cuantos cavalleros de valor se hallaron en Londres. Elena venía sobre un palafren blanco como la nieve, cubierto de un paño de oro muy rico guarnido a maravilla. Ella vestía saya de seda con muchas tiras de oro chapado por ella, y encima traía una capa de escarlata cubierta toda de lazos de plata y ñudos de oro, y en la cabeça traía una rica corona. Sus donzellas venían estrañamente ataviadas y guarnidas, y sobre las suyas vestían todas tavadetas francesas de seda leonada, abiertas a cuatro partes trenadas con oro, y abrochavanse en ocales ricos y todas guirnalda ricas en sus cabeças. Coroneo venía armado de fuertes y luzientes armas; traía una sobreseñal que la hermosa Elena le avía labrado con sus manos partida a dos colores blanca y verde. El escudo avía de la misma librea y grifos de plata menudos por él, sus cavalleros todos traían muy ricas armas. Assí que era muy hermosa y ataviada compañía.

E llegando el rey Amadís a Coroneo, lo rescibió con mucho amor y a su hermana Elena con mucha mesura, haziéndole muy estremada honra. E no ovo ende tal que no fuesse espantado de su estraña hermosura. E todo dezían entre sí que aquella infanta avía la suma de toda beldad y que en ella se encerrava toda la gentileza y apostura del mundo.

E luego el rey Agrajes y don Galaor, después que hablaron a Coroneo, fueron fablar a su hermana, y assimesmo Arquisil y Florisando, a los cuales ella con ^{152r} mucho acatamiento respondía como aquella que no menos era cuerda que avisada de su hermano de las cosas y costumbres de Bretaña, lo que él muy bien sabía del tiempo que en ella estuviera. Mas dígovos de Elena que, cuando en aquella compañía no vio aquél que su corazón hiziera poseedor de mucha alegría, ovo en sí grande cuita y tristeza, mas no de guisa que ninguno gelo pudiesse conocer.

Arquisil y Florisando tomaron entre sí a Coroneo. El rey Amadís y su hermano tomaron entre sí a Elena. El rey Agrajes tomó a Petronia su cam<e>[a]rera, que assí en el

parecer como en los atavíos muy señalada venía entre las donzellas. Los otros cavalleros presciados cada dos tomavan su donzella con que ivan hablando. E assí se fueron hasta los palacios, y la gente era tanta que la salía a ver que apenas podían ir por las calles. La reina Oriana con todas sus dueñas y donzellas muy ataviadas la estava atendiendo a la puerta del palacio, donde el rey Agrajes y el rey don Galaor aparearon a Elena por le dar aquella honra, la cual ella merescía por su valor y por ser fija del rey que tres reyes tenía sus vasallos, y por amistad y honra del rey Amadís embiava estos hijos a bevir a su casa. Antesil, conde de Glonceste, y Trinodante el Galán en sus braços aparearon a Petronia; Angriote de Estraváus y Odoardo aparearon la donzella Flablia y los otros cavalleros a las donzellas, y assí como antes venían subieron a los palacios donde la reina Oriana era con tanta compañía de dueñas y donzellas, y tan hermosas y ataviadas que Elena fue espantada, y bien vio que la casa de la reina su madre, aunque grande, en comparación de la reina Oriana era como nada, y dígovos que si Elena era maravillada de tal conpañía como avía la reina, que assí ella como sus donzellas eran espantadas de su hermosura. Y el rey Amadís, tomando a Elena de la mano, la puso delante la reina diziendo:

–Señora, esta infanta sea en vuestra casa tratada y honrada como Elisena lo solía ser en su tiempo.

Elena se hincó de rodillas y quiso besar las manos a la reina, mas ella las tiró contra sí y la levantó suso y abraçó con mucho amor. Estonces llegó Coroneo assí armado como estava, salvo las manos y la cabeça, y era tan apuesto que pocos se fallarían que más lo fuessen. Hincados los inojos en tierra dixo a la reina:

–Señora, yo vengo a esta corte por servir al rey y traigo mi hermana para que os sirva y aprenda las buenas maneras de vuestra casa.

La reina lo rescibió muy bien como su valor merescía, y alçolo suso por las manos y dixo a Elena que hablasse a aquellas infantas, las cuales todas vinieron a ella con mucho acatamiento y la rescibieron con mucho plazer y alegría, sobre todas Leonarda, que bien sabía cómo su hermano Coroneo la amava de corazón. Ella, sabiendo su valor y gran bondad de armas, no era poco pagada d'él y avía gran plazer con la venida d'esta infanta.

La reina, después que rescibió sus donzellas, llevó a Elena consigo a su aposentamiento y le hizo dar ella otro mucho rico para sí y para sus donzellas, solamente no queriendo ella que en cosa le serviesse, antes que estoviesse con aquel acatamiento que en casa del rey su padre estaría, y mandó a Galianda y a Lucilia que le toviessen compañía, mandándola servir en todo lo necessario que no le faltasse cosa. Coroneo y sus cavalleros quedaron con el rey, y si honradamente fueron rescebidos, assí fueron aposentados y servidos.

Ya vos avemos contado cómo Éstor el donzel, viniendo con el mandado de su señora para Lisuarte a la corte del rey Amadís y no lo hallando ende, se puso en el derecho camino de Montaldín donde dixerón ir Lisuarte en ayuda de don Gandales. Agora sabed que no pudo de aquella fecha cumplir su desseo, ca caminando un día por un gran llano halló un cavallero, al cual preguntó con mucha mesura que por dónde guiaría al Castillo de Montaldín.

–¿Para qué lo preguntáis, buen donzel? –dixo el cavallero.

–Porque busco un cavallero que ende es –dixo el donzel.

–¿Cómo ha nombre? –dixo el cavallero.

–Lisuarte –dixo él–, hijo del emperador Esplandián.

–¡Ay, mal donzel! –dixo el cavallero–. ¡Dios os confunda a entrambos: a él por la destrucción que ha hecho en mi linaje, y a ti porque me lo as mentado! Mas no irás d’esta vez sin castigo de tu yerro, ca te porné en esquiva prisión.

Y estonces lo mandó prender por sus hombres y lo llevó a una torre suya muy fuerte que avía cabe un lago de agua negra y lo metió en una muy esquiva cárcel, y lo tuvo allí hasta que Lisuarte lo sacó, como adelante lo oiréis.

Aqueste ^{152v} cavallero llamavase Galión del Lago Negro: era hijo de Alumas, aquel que don Florestán mató a la Fuente de los Tres Olmos, como la historia os lo ha contado, y por ello desamava mucho al rey Amadís y mucho más a Lisuarte, que matara a Dinardán y a Cutroferón y a sus hombres ganándole el castillo de Valderín y después el de Montaldín por muerte de D<a>[e]magores, donde este cavallero escapó, huyendo mal llagado del desbarato que fue a los pinos cuando los veinte cavalleros del castillo llevaban los cuatro a enforcar, y después, sabiendo él que Lisuarte avía hecho todo el mal, lo dessamava mortalmente y por ello prendió este donzel, porque dixo que le buscava, y lo llevó a su Torre del Agua Negra, donde derechamente se iva llorando su desventura y estrago de su linaje, donde otrosí la historia dexa de hablar y torna a dezir de los tres compañeros que partieron para Constantinopla.

¶ Capítulo cxxviiij. De cómo don Falangrís y Aviés de Sansueña y don Lispán, corriendo tormenta en la mar, fueron a dar en la Isla Desierta, donde fueron presos por Cosdroel de Anfanía y por sus gentes.

PARTIDOS LOS TRES compañeros de la Gran Bretaña, tomando la más derecha vía de Constantinopla que los marineros sabían, navegando por la mar adelante, una tarde se levantó grande viento; el cielo, de claro que era, se tornó oscuro y denegrido según las grandes y negras nuves le cubrían mezcladas de lluvias muy espessas; los truenos eran grandes y espantables con muchos y ardientes relámpagos, y, siendo la noche venida, con gran tenebregura la tormenta se levantó muy grande según los vientos contrarios reziamente soplaban, que parecían querer llevar la nave por el aire, de manera que ni marineros ni maestros de la nave sabían qué fazer; tanto eran espantados de la brava tormenta. La nave, sin regimiento ni governalle, iva discurriendo a una y otra parte; muchas vezes cogiendo agua, de guisa que todos eran en aventura de muerte. Los cavalleros rogavan a Dios que los librasse de aquel manifiesto peligro en que ivan. La tormenta, perdurando en su braveza tres días, los truxo assí atormentados puestos en el extremo de la vida si los Dios no librara por su piedad, que la nao, assí discurriendo a una y a otra parte, fue a dar en tierra, donde el maestre de la nao hizo echar áncoras en tierra. Los cavalleros venían muy enojados de la mar y salieron en tierra por tomar algún aliento, y hizieron sacar dos tiendas en que estuviessen hasta que la mar fuesse mansa.

Pues estando assí, estos cavalleros en tierra en su tiendas, la fortuna, como a todos navegantes persigue, como avía fecho a estos cavalleros assí lo hizo a Cosdroel de Anfanía de la Isla Sagitaria, que huyendo desbaratado y su gente estragada como avía escapado de la batalla de los reyes que fue en Fenusa, dando la tormenta en él lo echó a aquella parte, de

guisa que le hizo tornar atrás más de cien leguas, y corriendo la costa cabe la tierra vino a aportar al puerto do estaban los tres cavalleros, y viendo la nave que era de cristianos, juntó las suyas con ella y la entraron de toda parte que en ella no avía defensa ninguna que, aliende de estar desapercebida, no avía en ella gente salvo de servicio. A los cuales luego Cosdroel preguntó qué gente era la que estava en tierra. Ellos le dixeron cómo eran tres cavalleros de Bretaña que ivan para Constantinopla.

–A Dios merced –dixo Cosdroel–, que en ellos tomaré alguna vengança del enojo que en Bretaña me han dado.

Don Lispán y Falangrís y Aviés, que en tierra estavam, viendo la desventura de su nave, fueron luego armados de sus armas para socorrer a su nave si pudiesen, mas el socorro era demasiado, ca la nave era ya en poder de enemigos. Cosdroel, tanto que entró en la nave y supo las nuevas de los que en ella venían, parose al bordo y cuando vido los cavalleros armados en la orilla del agua, dixo:

–¡Malaventurados cavalleros!, ¿para quién avéis tomado ^{153r} armas?, que mejor os fuera morir en la brava tormenta de la mar que caer en mis manos, según el enojo de vosotros tengo y gana de os fazer todo mal.

–Como seamos cavalleros –dixo don Lispán–, nuestro ábito es las armas y por tanto no te maravilles de las tomar para defender essa nuestra nave, mas pues a ella no podemos defender, a ti y a otros dos cuales quisieres provaremos que no como cavalleros mas como cossarios has robado nuestra nave, y si batalla de tantos no quisieres de mi persona a la tuya sea la batalla o con cualquiera d'estos cavalleros, que cualquiera te provará esto ser verdad.

–Por tal cavallero como tú –dixo Cosdroel– ni por ninguno de tus compañeros no tomaría yo essa batalla, que sería darte honra, lo que yo no desseo, antes de te fazer prender por mis hombres y a tus compañeros otrosí y tomar de todos la vengança que devo, porque fuistes ayudadores de aquel falso rey Amadís.

–Esso que has dicho –dixo don Lispán– es grande y falsa mentira y aleve, y assí te lo provaré por fuerça de armas y faré confessar que es el más derecho y mejor rey del mundo.

–Yo tomaré luego de ti la emienda –dixo Cosdroel–, y atendedme vosotros y no fuyades, que no tenedes onde guarescer sino en casa de otro enemigo vuestro mayor.

Y dezía verdad, que esta era la Isla Desierta y era señor d'ella un jayán que por esta isla se llamava señor de la Desierta, que fue en la batalla y ende murió.

Los cavalleros le respondieron:

–No es nuestra costumbre fuir por cosa que avenga, antes recibir la muerte que salvar la vida fuyendo.

Cosdroel se quitó luego del bordo de la nave y fizo armar sus hombres y echar cinco bateles en el agua, y fizo entrar en ellos bien cuarenta cavalleros, todos armados sin pieça les faltar y él con ellos que los guiava. Los tres compañeros determinaron de vender sus vidas muy caramente y de se amparar fasta el postrero trance de la vida, y no sentían falta salvo de cavallos y lanças, ca si esto tovieran no temieran mucho a los enemigos, mas como quier que fuesse estavam muy aparejados para matar y morir cuando la muerte los tomasse. Cosdroel con su gente, cada batel por su parte, saltaron en tierra, que los tres compañeros gelo no pudieron defender, y ovo entr'ellos brava y cruda batalla, mas tanta era la ventaja de los enemigos que los tres compañeros no les valía su bondad, mas como

ellos temían más la vergüenza que la muerte no dudaban, y como toros bravos se lanzaron en los enemigos dando bravos y esquivos golpes en los que alcanzaban.

Cosdroel, topándose con Aviés de Sansueña, le dio tal golpe por el brocal del escudo que gran parte le echó a tierra, y comenzaron de se ferir de grandes golpes como aquellos que eran de gran bondad. Don Lispán y Falangrís avían ya muerto tres cavalleros de los contrarios y llagados más de seis, y eran muy cansados y no avían escudos con que se amparassen, mas viendo a Aviés de Sansueña en aventura de muerte fueron por le socorrer, y en llegando don Lispán dio tal golpe a Cosdroel sobre el yelmo que la cabeça le fizo abaxar fasta los pechos, y pusieronse los tres compañeros luego a una parte faziendo maravillas con sus espadas, mas los contrarios, siendo tantos, los cargaron de guisa que, aunque ellos, no siendo más de tres, avían muerto cinco de los enemigos afuera los llagados, de lo que eran tan lassos y cansados, [fueron] presos y desarmados y metidos en una de las tiendas, que en la otra quería albergar Cosdroel fasta que la tormenta afloxasse y la mar brava tornasse en sossiego, y mandó los cavalleros echar en prisiones y puso en su guarda diez de los suyos de quien él más fiava, determinando de embiar sus cabeças al rey Amadís.

¶ Capítulo cxxix. De cómo Cosdroel, conociendo a Falangrís, le soltó la prisión y así a sus compañeros, los cuales se fueron para Constantinopla.^{153v}

DESPUÉS QUE GRANDE rato estuvo Cosdroel en la tienda, fue a ver los cavalleros presos, que mal llagados eran, para les dar las tristes nuevas que de sus vidas tenía en voluntad. E cuando entró en la tienda los cavalleros eran desarmados y conoció luego a Falangrís, que era hijo del rey Norandel, que d'él avía recebido mucha honra y obras buenas y le avía alçado la prisión por mandado del emperador, y assimismo Falangrís y sus compañeros conocieron bien a Cosdroel, que lo avían visto en Constantinopla al tiempo que el emperador fuera de Bretaña, como en principio d'esta historia avéis oído, y don Falangrís le dixo:

–Cierto, Cosdroel, qué tiempo sé yo que estando vós llagado en prisión del rey mi padre érades mejor curado de vuestras llagas y mejor servido de todo lo que aviades menester tanto como en otra parte lo podíades ser, lo que al presente, siendo nós en vuestra prisión, se nos no faze, allende de la gran sinrazón que nos fezistes en nos no acometer a guisa de cavalleros.

Cosdroel, aunque pagano era y muy lastimado del rey Amadís por cuanto estrago y muertes avía fecho en su padre y en su linaje, era de tanta virtud y nobleza que teniendo aún rezientes las llagas y delante los ojos la desonra que el rey Amadís le avía dado en la batalla y la muerte del rey Arávigo de Liconia, que de su deudo era, pudo más la antigua buena obra que del rey Norandel tenía recebida junto con la merced del emperador que la muerte ni estrago que del rey Amadís avía recebido su linaje. E movido todo de piedad y virtud le respondió:

–Buen señor, perdonadme lo que fasta aquí se os fizo, que fue por desconocencia, y quanto enojo de vós tenía por aver sido con el rey Amadís en la batalla, desde agora que os conozco es buuelto en amistad y en amor, ca gran sinrazón sería no me acordar de las grandes honras que del rey vuestro padre, estando en su prisión, tengo recibidas, y assi-

mismo del emperador que muy deliberadamente me alçó la prisión faziéndome muchas y señaladas mercedes, y lo passado, quedando en olvido lo presente y venidero, faré a vuestra voluntad en la manera que quisierdes; y ruégoos mucho que me perdonéis vuestro mal talante y assimismo vuestros compañeros.

Don Falangrís le bolvió muchos agradescimientos por lo que le dezía, maravillándose de la gran virtud y nobleza de Cosdroel, que assí se acordava de las buenas obras recibidas, y Cosdroel les mandó luego quitar las cadenas y servir y onrar con diligencia, y les mandó fazer en la tienda sendos lechos en que se acostassen, y lo más del día estava con ellos fablando en las cosas de que más sabor avía, y preguntava a Falangrís los nombres de los preciados cavalleros que con el rey Amadís fueron en la batalla y él gelos dezía todos, como aquel que bien los conocía; mas cuando le dixo que el de las Cruces era nieto del rey Amadís y la poca hedad que avía, mucho fue espantado Cosdroel de su gran bondad, y dixo que cierto era mejor cavallero que Florisando, que, aunque traía las estrañas armas de Brutervo, no avía fecho tan señaladas cosas en la batalla, que bien podían afirmar que Lisuarte solo venciera la batalla. Y assí estavan passando tiempo en cuanto la mar andava brava, y después que la tormenta passó y el mar tornó en bonança y el viento era próspero, Cosdroel mandó dar la nave a Falangrís y a todos sus hombres y bastimentos de guisa que les no faltasse cosa, pidiéndoles otra vez perdón de lo pasado, rogando a Falangrís que besasse las manos por él al emperador y le dixesse que de los dos cavalleros, pues sus criados eran, le fazía servicio por la gran merced que le avía fecho, y que él se presentasse de su parte al rey Norandel su padre. Falangrís dixo que todo lo faría como él mandava, mas don Lispán le dixo:

– Como quier que sea, Cosdroel, que vós nos soltades por causa del emperador, yo no os suelto la batalla por lo que del rey Amadís avéis dicho o vos desdezid d'ello, ca yo muy aparejado estoy de aver batalla sobr'ello.

Cosdroel ovo muy gran enojo y dixo:

– Si ya no toviera en voluntad de fazer este servicio al emperador, vós, cavallero importuno, me fariades ser descortés replicando lo olvidado, que si como a enemigos lo fablé y acometí, como a amigos alçó la prisión y demando perdón.

Falangrís rogó a don Lispán que callasse, mas él era de coraçón afligido y arrebatado, y dixo:

– Como quier que sea, pues claramente vós no desdezís de lo que dexistes, yo os he por desafiado para dende nos fallaremos, ^{154r} que esta soltura a mí no la hazéis ni al rey Amadís, por tanto mi batalla queda en su lugar.

– Pues assí quierdes – dixo Cosdroel –, dime tu nombre para donde nos toparemos que demos fin a esta batalla.

Don Lispán dixo:

– Soy fijo de don Brián, rey de España. Veis aquí mi gaje.

Y quitó del dedo un anillo y tendiolo contra Abiés de Sansueña que lo tomasse, y Cosdroel dio una lua, y assí quedó el desafio firmado, de que mucho pesó a Falangrís, ca quisiera que quedaran todos amigos: mas don Lispán adelgazava mucho las cosas de la honra y Cosdroel le dixo:

– Cavallero, nunca demandéis batalla sino cuando la ovierdes luego de aver, ca quedamos enemigos y no sabremos cuándo vengaremos nuestra saña.

– Será cuando nos toparemos – dixo don Lispán –, aunque más quisiera que fuera luego. Estonces Cosdroel le respondió:

–Si yo, teniéndote preso, te alcé la prisión por amor del emperador y te fize honra por amor de esse noble infante tu compañero, bien te parescería estando él delante aver contigo batalla. Mucho me pesa ser de tan alto lugar y mirar tan mal las cosas.

Don Lispán le quisiera responder, ca estava muy sañudo, mas Abiés de Sansueña y Falangrís lo apartaron y lo metieron en el batel, y se fueron a la nave y sus hombres cogieron las tiendas que en tierra estavam, y Falangrís y Abiés se despidieron con muchos agradecimientos de Cosdroel, que don Lispán le no fabló. Y siendo la mar sossegada, tomaron la vía de Constantinopla. Cosdroel quedó en aquel puerto esperando si venían algunas naves de las suyas que con la tempestad avían sido esparzidas.

Falangrís y sus compañeros tanto navegaron por la mar con próspero viento que arribaron en el puerto de Constantinopla, y armados de todas armas fizieron sacar sus cavalleros, ca sin ser conocidos cavalgaron y se fueron para el palacio, y por donde ivan eran muy mirados, ca todos ivan fermosos y apuestos cavalgantes. Y, apeados a la puerta del palacio, subieron suso a la sala donde el emperador estava con muchos y altos hombres que allí eran en su compañía, que desde que passara el duro cerco que el Gran Turco le pusiera siempre allí avían quedado. Los tres cavalleros entraron assí por la sala con los yelmos en las cabeças y de todos eran muy mirados, y fueronse delante del emperador, que en su rica silla estava sentado, y luego se hincaron de rodillas delante del emperador y se le estremeció el corazón cuidando que vernía con ellos su fijo Lisuarte. Y luego Falangrís y Aviés de Sansueña quitaron los yelmos y le besaron las manos y él los abraçó con mucho amor y los fizo levantar diziendo:

–Cavalleros, dadme algunas nuevas de plazer, que tantos tiempos ha que las he desseado.

Y luego Falangrís y Aviés de Sansueña le dixeron todo lo que les avía acontecido desde el tiempo que se partieran de Constantinopla en busca de Lisuarte por el voto que avían hecho, y cómo avían ido a Bretaña y cómo avían sido encantados en la Torre de la Sabia Donzella y cómo fueran desencantados y librados de aquel encantamento por un cavallero que de los Cisnes se dezía, y cómo dél supieran nuevas que Lisuarte sería muy presto en Bretaña, y cómo luego se bolvieron en casa del rey Amadís por cumplir su demanda, y cómo el Cavallero de los Cisnes era Lisuarte, diziéndole otrosí lo que avía fecho en Sobradisa, y cómo ende dexara las armas de los Cisnes y tomara las del Dragón, y de las estrañas maravillas que fiziera en Bretaña, endemás en la batalla del Centauro, que fue en presencia del rey Amadís, diziéndole otrosí cómo entrara en la batalla con las armas de las Cruces, y cómo con su bondad los paganos avían sido vencidos y cómo entonces se avía dado a conocer como el rey Amadís su abuelo.

Cuando el emperador oyó aquellas alegres nuevas, con mucho plazer tornó a abraçar los cavalleros diziendo:

–Buenos amigos, yo os galardonaré el trabajo en que os posistes por me fazer alegre con tales nuevas; mas dezidme por qué no me vino a ver mi fijo Lisuarte, que tanto tiempo ha que lo no vi.

Estonces le dixeron los dos cavalleros cómo el rey Amadís lo quisiera embiar con grandes huestes y flotas en su ayuda, que allí dezían tener guerra, y cómo Urganda la Desconocida le embiara a dezir que no fiziesse aquel viaje, que sería gran pérdida de Bretaña, y él queda con el rey sano y alegre, y manda besar ^{154v} vuestras reales manos y creemos que entraría en la demanda de los fijos de Arcaláus, que con grande aleve mataron al conde Gandalín.

Aquella hora don Lispán quitó su yelmo, que fasta allí lo avía tenido en la cabeça, y besó las manos al emperador, el cual le dixo:

–¿Aun agora, don Lispán, vos queríades encobrir como lo fezistes en vuestra partida?

–Señor –dixo don Lispán–, en la partida fize lo que Lisuarte me mandó como en todo lo ál faré su mandado, no viendo vuestro real mandamiento en contrario, y para esto vengo a demostrar mi inocencia y a traer nuevas de Lisuarte como aquel que desde el día que de aquí partió fue presente a muchas y estrañas proezas que él fizo, aunque después fuimos apartados de consuno por una estraña aventura, y él manda besar vuestras reales manos con aquel acatamiento que él como fijo deve y a vuestro real estado es conforme, y no vino en persona a fazer esta visitación por la causa que los cavalleros han dicho.

El emperador, como ya por Urganda avía sabido la alta bondad de armas de su hijo Lisuarte y los grandes fechos d'este cavallero como aquel que tan lealmente avía siempre servido y agradao a Lisuarte junto con su alta guisa, lo alçó con sus manos, que fincado estaban en el suelo de rodillas, y lo abraçó con mucho amor y le rogó que dixesse delante de aquellos altos hombres en qué manera se avían ido del bosque al tienpo que desaparecieron en el monte, y algunas de las aventuras que les acontecieron. Estonces don Lispán dixo toda la manera como la istoria lo ha contado, que todos los que presentes eran fueron muy espantados. El emperador estava oyendo aquellas cosas con aquella alegría que a padre convenía, oyendo los grandes loores y alta bondad de su fijo. Y tomando consigo a don Lispán le dixo:

–Vamos a ver la emperatriz y contar le hedes essas nuevas de su fijo, que si con la partida grande enojo ha recibido, sabiendo tales nuevas doblado plazer avrá.

Y assí se fue el emperador con aquellos tres compañeros al aposentamiento de la emperatriz, la cual fue muy alegre con aquellas nuevas y, si tenía razón para ello, escusado es de se escrevir, que claro está cuánto penava su muy atribulado coraçón con la pérdida de aquel fijo que tantos tiempos avía que era absente y d'él no sabía cierta cosa; entonces con aquellas nuevas mayor descanso en el mundo no le podía venir. Entonces el emperador dixo a don Lispán que tornasse a contar todo lo que avía acontecido a su fijo, lo que él luego cumplió de voluntad. Y quando lo acabó de dezir era alta noche, mas ni el emperador ni la emperatriz se acordavan de comer, que aquellas nuevas para sus coraçones eran más sabrosas que cuantos manjares avía en el mundo. Mas doliéndose el emperador del trabajo que aquellos cavalleros traerían del camino, no los quiso detener importunándolos por más nuevas que su gloria fuera estar allí fasta la mañana sin comer ni dormir; y mandó luego a los tres cavalleros que se fuessen a desarmar. Y mandó al duque de Atenas que los llevasse a un rico aposentamiento adonde quitassen las armas y allí fueron desarmados. Y cubiertos de sendos mantos se bolvieron al emperador, que los atendía y comieron a su mesa, y fueron servidos como en casa de tal hombre se acostumbrava.

Los manteles alçados, el rey Norandel suplicó al emperador que aquellos tres cavalleros fuessen sus huéspedes porque fasta allí no avía tenido tiempo de los hablar, tanto avían sido ocupados con él y con la emperatriz. Mucho quisiera el emperador que fueran aposentados en su palacio con los tres infantes que vinieran de las Ínsulas Californias, mas por fazer complazer al rey Norandel gelos dio por huéspedes, el cual los llevó a su palacio, que cerca del [palacio] del emperador estava, y assí el rey como la reina Menoresa fueron muy alegres con la venida de Falangrís y assí de sus compañeros. La reina abraçava su fijo muchas vezes y lo besava en la faz, y su hermana Casti<n>[v]alda llegó por le fablar y le dixo:

–Señora hermana, fablad primero a este noble cavallero.

Y esto dezía Falangrís por don Lispán, y ella, con su mucha gran y estremada fermosura que, como vos deximos, era las más fermosa donzella de toda Grecia, llegó abraçar a don Lispán, que como de su natural fermoso fuesse teniendo vestidos unos ricos paños su hermosura mucho era acrecentada, de guisa que era doblado fermoso del tiempo que otra vez viniera con el emperador ^{155r} a Constantinopla, porque aquella sazón era muy moço y agora era de mayor hedad y de talle de hombre muy proporcionado, assí que en todo era muy apuesto y mucho más en la bondad. Don Lispán, con mucho acatamiento abraçó aquella fermosa Casti<n>[v]alda, por la cual encubiertamente desde el día que primero la avía visto padecía mortales cuitas y desseos: por cierto, que si a don Lispán aquella hora fuera preguntado si en el mundo avía otra bienaventurança, que él afirmara que no la avía otra mayor, tanto era traspuesto en contemplar la fermosura de su señora, con que cevava los hambrientos ojos de su coraçón que tanto tiempo avía que aquello desseavan, y por otra parte atizavan las llamas que su atribulado coraçón encendían. Y llegándola abraçar, muy passito le dixo:

–¡Ay, señora de mi coraçón, vuestra vista me robó los sentidos y prendió la libertad, lo que me turará fasta la muerte!

Casti<n>[v]alda, oyéndole aquellas palabras, se embermejació algún tanto, y como todos tenían ojo en los otros cavalleros no pararon mientes en Casti<n>[v]alda, la cual, assaz turbada de aquellas palabras, fue abraçar a su hermano Falangrís con aquel amor que como hermana le tenía, y assimismo llegó a abraçar a Abiés de Sansueña, que sabía ser grande amigo y compañero de su hermano. Y porque era gran parte de la noche passada, el rey les mandó dar sendas ricas cámaras en que albergassen, ca venían maltrechos del camino; mas a don Lispán, en lugar de reposo les nació cansancio, ca lo más de la noche no dormió sueño siempre cuidando en la fermosura de Casti<n>[v]alda, lidiando su coraçón con los enemigos que los enamorados coraçones tener suelen, y si muy cansado venía del trabajo de la mar y aún no bien sano de las llagas, assí falló muy poco reposo y menos sossiego según el cruel amor con sus apasionados dolores le afincavan, tomando por consuelo de su pena que penava por donzella de alta guisa y beldad, donde, faziendo él servicios que lo mereciessen, esperaba sacar fruto de sus amores. Y con estos pensamientos peleando, la noche, que ni de su penar y fatiga tenía cuidado, por sus puntos y horas y momentos de mucho espacio caminava para el día.

¶ Capítulo cxxx. De cómo los tres compañeros eran muy visitados de los tres infantes de las Islas Californias, y de la estraña donzella que vino a la corte del emperador.

OTRO DÍA, SIENDO el rey Norandel levantado, fue a ver sus huéspedes, los cuales falló ya vestidos y aparejados para se ir al emperador; y luego todos se fueron a la real capilla donde el emperador oía missa, y cerca d'él en las cortinas estaban los tres cavalleros que vinieran de las Islas Californias, los cuales eran de poca hedad y muy crecida virtud, y assí lo avían mostrado en el duro y bravo cerco que sobre aquella gran ciudad puesto

fue, por lo cual, allende del deudo y amistad que con sus padres el emperador tenía, a estos infantes por su valor y bondad les fazía mucha honra. Don Lispán no los conoció, ca no los avía visto, y al tiempo que llegara eran idos a monte y vinieron tan tarde que no quisiero[n] ir a palacio, y maravillándose de tal estrañeza de cavalleros assí en su parecer como en el vestir, ca vestían estraños paños muy ricos a fuer de las Ínsulas Californias. Llegose al rey Norandel y dixo:

–Señor, ¿quién son aquellos tres cavalleros que más cerca del emperador oyen missa?

–Son –dixo el rey– los tres infantes que vinieron de las Ínsulas Californias. Aquel de mayor cuerpo y más espesso se llama Perión, es fijo mayor del rey de Sobradisa y ha muchos tiempos que era en las Islas Californias, donde fizo tales cosas que poco embidia tienen a las de su padre, y creed que es el mejor cavallero que en la batalla aquí se falló. De los otros dos, aquel que viste paños de oro llamase Galaor, es fijo del rey Talanque y nieto del rey de Sobradisa; y el otro cavallero es fijo del rey Maneli y nieto de aquel preciado rey Cildadán de Irlanda, y assimismo se llama, ^{155v} y que, ende que assí como tiene el nombre de su abuelo, que la bondad y buenas maneras que las no olvida, y a juicio de todos es muy ardid cavallero aunque de poca hedad. Y con la bondad d’ellos tres fueron los enemigos aquí vencidos, mayormente de Perión, que apenas en grandes partes se fallara tal cavallero sino fuere Lisuarte, según las nuevas de su bondad nos avéis dado.

Mucho fue espantado don Lispán de tal bondad de cavalleros, y muy alegre de su nocencia, y dixo:

–Por cierto, señor, en casa del rey Amadís lo oí, mas no sabía tanto de su bondad como agora que me lo dezís.

–Bien lo podéis creer –dixo el rey–, y creo que muy cedo se irán a Bretaña a ver el rey Amadís y a su linaje y a provarse en las aventuras del reino de Londres.

–A tales cavalleros –respondió don Lispán– mucho conviene la tal jornada.

Aquella hora el marqués Saluder tenía abraçado a su sobrino, que él mucho amava por la gran bondad que en él avía.

El emperador, acabando de oír missa, que vido los dos compañeros, rescibiolos con buen talante, con mucho plazer y dixo a los tres infantes que cerca d’él estaban:

–Hablad a estos cavalleros aunque no los conozcáis, que ellos son tales que seréis muy alegres con su nocencia.

–Señor –dixeron ellos–, aunque otra cosa no oviesse salvo por fazer vuestro mandado, nos avremos por bien andantes de los conocer, endemás siendo tanto su merecimiento.

Etonces llegaron los cavalleros a se abraçar con mucho amor y mesura, y dende en adelante fueron con tanto amigos como el deudo y la razón lo requería, y estos tres infantes no salían del aposentamiento de Falangrís, de sus compañeros preguntando nuevas del rey don Galaor, y de las espantables y estrañas aventuras de Bretaña, las cuales ellos les contavan largamente como aquellos que las avían muchas vezes visto y experimentado, de que a los infantes crecía gran sabor por las ir a provar assí por muestra de su bondad como se dar a conocer con su linaje, y ellos otrosí contavan las estrañas cosas de las Ínsulas Californias y de las bravezas y ferocidad de las mujeres, que no menos peleavan y eran diestras de su natural en la guerra que cavalleros de otras partes. Y assí passavan tiempo fablando siempre en cosas de guerra, en artes de batallas, en avisos de pelea, y como hombres de tan alta guisa y bondad en cosas de amores, en las cuales pláticas don Lispán se

avía con tanta cordura que ni sólo un pequeño rastro de sospecha pudieron tomar de sus amores, ca él los encubría en el encerrado cofre de su corazón con cerradura de discreción y llave de gran secreto. Lo mismo hacía Falangrís, que otrosí muy encubierto enamorado era, mas los otros cavalleros, como no tenían amores puestos en señalado lugar, fablavan en las damas de la corte que mejor les parecían.

El emperador nunca dexava de fablar con los unos y con los otros y holgava de los tener delante, nembrándose del tiempo de su juventud cuando hacía las estrañas proezas contra los turcos acompañado de otros cavalleros de su hedad, lo que, aunque por una parte le diesse plazer, por otra le dava pasión, nembrándose de aquel dulce tiempo que tan desembargado era de cuidados lo que no tenía a la sazón, que siempre se vía cargado d'ellos como de cosa que continuamente es anexa a los reinos y señoríos; y assí estava con aquellos cavalleros contándoles algunas cosas de su tiempo, la nembrança era muy sabrosa a los que la oían sobre las grandes victorias que pocos días avía que alcançaran. Estavan todos con mucho plazer y alegría por las alegres nuevas de Lisuarte.

Pues estando assí un día sobre mesa el emperador hablando con sus cavalleros, entró por el palacio una donzella más fermosa que ataviada, que no vestía sino paños negros, y traía un escudo fermoso al cuello y una espada ceñida y preguntó por el emperador y él le dixo:

–Yo soy por quién preguntáis, buena donzella.

Y luego ella, con gran acatamiento, y sacó una carta de su seno con dos sellos de plata y gela dio, y él la leyó y vio que era de creencia, y dixo:

–Dezid lo que queréis, que creída seréis.

–Pues assí es –dixo ella–, no vos pese de lo que os dixere, pues como mensajera dezir devo todo lo que me es mandado.

–Dezid –dixo el emperador– todo lo que os dixeron sin pavor.

Y ella le dixo:

–Emperador, el jayán Bucar, fijo del jayán Saliandro, y Almadarol, fijo del jayan Adriano, mandan desafiar a ti y a todos los cavalleros de tu corte que a guisa de buenos con ellos se osaren combatir, y esto por las muertes de sus padres, en las cuales tú como persona más principal has sido, cuando fue la batalla de los siete gigantes ^{156r} con siete cavalleros sobre la prisión de don Cuadragante y de don Brián de Monjaste, y mandante dezir que, pues a los padres ayudaste a matar, que ayas batalla con los fijos por quitar tales enemigos de tu estorvo. E si esto no quisieres fazer, no quiere más honra ninguna salvo publicar la tal falta por el mundo.

–Buena donzella –dixo el emperador–, la demanda de esos cavalleros buena fuera si yo solo fiziera essa batalla, porque entonces teniendo de mí sólo la queixa de mí oviera de esperar la emienda, mas, como digo, otros cavalleros fueron en ella y, aunque yo solo fuera, no aceptara su batalla porque mi estado con su baxeza no es igual para entrar en campo.

–Pues entrastes con los padres –dixo la donzella–, ¿por qué rehusáis los fijos, que por ventura tanto o mejores son en las armas?

–Amiga –dixo el emperador–, fizelo por sacar de prisión a aquellos grandes mis amigos por cuya deliberación, no digo yo estando presente, mas muy lexos tierra fuera por los librar posponiendo todas cosas aparte.

–Según esso –dixo la donzella–, ¿de balde fue mi venida?

–Sí –dixo el emperador– cuanto a mí, mas si batalla quieren con mis cavalleros, dos por dos o uno por uno, aquí la fallarán ellos y cuantos la vinieren a buscar.

–Si ellos fueren tales –dixo la donzella– que a mis señores se igualen en linaje, yo acepto la batalla.

Don Lispán, que cerca estava, desseando mucho en aquella corte fazer alguna batalla por donde su bondad fuesse conocida, temiendo otrosí muy gran desseo de se vengar de la esquiva prisión en que fuera puesto con su padre y con Ladasán su hermano en poder de los crueles gigantes padres d'estos desafiadores, levantose muy presto y se fue delante del emperador diziendo:

–Señor, plégavos de nos hazer tan señalada merced a Abiés de Sansueña y a mí, que nos dexen fazer esta batalla con los jayanes, y esto no lo pedimos para que mejor podamos dar cuenta d'ello, porque en vuestra corte ay tales cavalleros que uno solo bastara para ellos dos, mas como de los padres d'estos gigantes tengamos rescebido muy gran enojo, ca nos prendieron a nós y a nuestros padres veniendo más de fiesta que de guerra al rey Amadís, y assí, como lastimados del mal que sus padres nos fizieron y ellos como ganosos de vengar sus muertes, tendremos todos mayor saña y desseo de la batalla.

El emperador, viendo que dezían fermosa razón, gela otorgó, y los dos cavalleros le besaron las manos. El emperador dixo a la donzella:

–Veis aquí dos cavalleros que avrán batalla con vuestros señores: el uno es fijo de don Brián, rey de España, y el otro es fijo de don Cuadragante, señor de Sansueña, por lo que devréis saber que son de muy alta guisa en su valor y bondad.

–En el campo se parecerá –dixo la donzella. Y ella los miró muy bien y los conoció, ca los viera cuando fueron presos, y ésta era la donzella que el otro desafío de los siete gigantes vino a demandar a la corte del rey Amadís–. Señor –dixo la donzella–, si tales son como sus padres buenos cavalleros deven ser, yo soy satisfecha del partido y acepto la batalla.

Y luego don Lispán sacó de su cuello una rica cruz de oro y la dio al emperador diziendo:

–Señor, veis aquí el gaje por mí y por mi compañero.

Y luego la donzella sacó el escudo del cuello y dixo:

–Este gaje doy yo por el jayán Bucar y esta espada por el jayán Almadarol, que estas armas por gajes me las dieron.

Y tomando assí el emperador los gajes dixo:

–Buena donzella, assignad el día de la batalla y seguridad del campo y condición de la batalla.

–El día –dixo ella– sea de oy en diez días; la fiança del campo ellos fian de tu real palabra que segure la partes d'estos cavalleros, que de la suya, como ellos no han de entrar en vuestra corte salvo solos con sus armas y cavallos, no ay necesidad d'ellos de más seguridad. La condición de la batalla sea que los vencedores lleven las cabeças de los vencidos en señal de la vitoria, y esta tal batalla a todo riesgo la piden y a toda enemistad que, aunque la causa d'ello cessara, siendo ellos paganos y los vuestros cristianos, no deve aver entr'ellos amistad, mas todo odio que ser pueda.

–Assí sea como lo assentáis –dixo el emperador–, y, pues es igual partido, ayude Dios a quien más fuere su servicio. Y agora vos podéis ^{156v} ir y vengan los cavalleros debaxo de mi seguridad, y no teman cosa ninguna salvo de los con quien se han de combatir.

–Assí se espera –dixo ella– de tan alto hombre como vós.

Y partiose luego con el recaudo que llevaba. Y las nuevas de la batalla sonaron por todo el palacio, que no ovo ninguna dueña ni donzella que lo no supiesse. Y Castivalda, que

lo supo, se pesó mucho de aquellas nuevas porque creía y sospechava que don Lispán la amava de muy entrañable amor y ella le tenía buen amor y muy sana amistad. E assimesmo le pesava por amor de Abiés de Sansueña, que muy grande amigo era de su hermano.

Entre los cavalleros no se hablava otra cosa salvo que todos dezían que, pues los gigantes con el emperador querían aver batalla uno a uno y con la tal osadía y atrevimiento venían a su corte, que devían ser de muy gran hecho de armas y avían gran temor a los cavalleros, que eran muy moços y no avían aún las fuerças bien cumplidas.

En esto se hablava por todo el palacio assí entre los cavalleros como dueñas y donzellas, y el emperador en su coraçón, aunque mucho avía oído nombrar a don Lispán, no creía que su bondad tanta fuesse como de fecho lo era, y en su coraçón folgara mucho más que fuera el uno d'ellos Perión y el otro Galaor, porque su bondad de entrambos avía ya visto a los ojos en la brava batalla que con el Gran Turco avían avido; mas, pues aquella batalla era otorgada, començó a esforçar sus cavalleros lo mejor que pudo, mas ellos eran tales que la no temían. E luego mandaron fazer unas armas muy fuertes y nuevas para entrar con ellas en la batalla. Y assí estavam esperando el plazo en que ella avía de ser, y el emperador mandó cercar un gran campo de cadenas y maderos delante del palacio real, de guisa que todas las dueñas y donzellas podía muy bien ver lo que los cavalleros fazían en la batalla.

¶ Capítulo ciento y treinta y uno. De la brava y cruel batalla que fue entre los dos cavalleros y los dos gigantes Almadarol y Bucar, en la cual don Lispán y Abiés de Sansueña fueron vencedores y los dos jayanes muertos.

CUANDO VINO EL noveno día, los jayanes fueron aportados en el puerto de la gran ciudad y fizieron sacar una rica tienda en tierra donde alvergassen, y no ovo cavallero en la corte ni hombre en toda la ciudad que no los fuesse a ver: y assí los unos como los otros venían espantados de su grandeza y ferocidad, y no creían que aquellos cavalleros podrían turar con ellos una hora, y dezían que aquella sería la postrera aventura que farían en su vidas y avían d'ellos muy grande lastima, mayormente el rey Norandel, que los avía visto. Y llamando a Falangrís a una parte delante la reina Menoresa, su fija, le dixo:

–¡Ay, amado fijo, creo que tus amigos no se podrán amparar contra aquellos bravos gigantes, tanto son esquivos y dessemejados, y desde agora tengo d'ellos muy grande cuita porque me parece que sus muertes son llegadas!

Falangrís, siendo mancebo de muy gran ardimiento, le respondió:

–Señor, no creáis tal cosa, que la ardidez y bondad no consiste en el cuerpo grande como en el coraçón, y como esto sea verdad, ¿por qué tendremos más esperança en los jayanes que en los esforçados cavalleros? Porque el acometer de los unos es de muy gran sobervia y follonía, y de los otros de gran esfuerço y valentía: y yo conozco a Abiés de Sansueña por muy señalado cavallero ^{157r} y de gran ardimiento, y don Lispán según la fama de su virtud suena por el mundo y él la amostró claramente en las batallas de Fenusa agora passadas. Creed, señor, que, aunque los días no ha muchos, es de los buenos cavalleros del mundo, allende de todas las buenas maneras que un buen hombre deve tener, y por ende no es de creer que Dios querrá que tales hombres mueran a tal sazón, y ellos que las vidas defenderán muy bravamente.

El rey fue muy consolado con lo que su fijo le avía dicho y la reina rogava a Dios que los quisiere ayudar. De Castivalda vos digo que de la presencia y fermosura de don Lispán era muy contenta y de su alta guisa como aquel que era fijo del rey de España y eredava aquel reino después de la muerte de su padre, y oyendo loar la gran bondad de armas que en él avía era su corazón otorgado o, más propriamente fablando, forçado de le querer, ca tales cosas son astillas que abivan las llamas amorosas que abrasan los coraçones, y nembrándose juntamente de las palabras que le avía dicho al tiempo de su venida, era muy atribulada de le ver en aquel peligro, determinando si d'él vivo saliese de le amar de verdadero amor, mas la gran ferocidad que le dezían de los jayanes le ponía en muy gran pavor, y con esto muy afligida se acogió a su cámara bien aquexada de pensamientos.

Don Lispán y su compañero provaron las nuevas y fuertes armas, y venianles muy justamente en los cuerpos. E assí aquel día como los otros passados los tres infantes con los principales cavalleros de la corte tenían compañía a los dos cavalleros, esforçándolos y animándolos para aquella batalla; los cuales aquella noche, por proveer las cosas necessarias, se despidieron de sus amigos, y aviendo todo muy bien aparejado se acostaron en sus lechos y mucho antes que amanesciese se levantaron y se fueron a la capilla del rey y se confessaron de todos sus pecados, y Falangrís les tenía otrosí compañía. Al alva del día, la reina y su hija con todas sus donzellas se fueron a la capilla y se pusieron en oración que Dios diesse ayuda aquellos cavalleros, y el capellán dixo missa y bendixo las nuevas y frescas armas que los cavalleros avían de vestir. Y con mucha solemnidad de devoción la missa fue acabada, los cavalleros se començaron a armar, y la reina con sus donzellas ayudaron a armar a Abiés de Sansueña, y su fija Castivalda con sus donzella a don Lispán de Monjaste, la cual, viendo su gran hermosura en tal peligro, era la más cuitada mujer del mundo, y don Lispán por el contrario, ca estava el más alegre hombre del mundo poniéndole su señora aquellas sus blancas y delicadas manos que no parecía sino que todo el esfuerço del mundo le venía, tanto que aquella batalla no dudava ninguna cosa, y y estava muy triste porque no tenía tiempo de le declarar parte de la cuita de su corazón.

Los cavalleros armados fueron a hablar al emperador, el cual, esforçándolos y animándolos, los encomendó a Dios y ellos se tornaron a sus aposentamiento, que lleno era de cavalleros de muy gran valor que estavam atendiendo la venida de los jayanes. Castivalda, como su corazón ferido de aquella mortal llaga amorosa reposar no pudiesse, queriendo a aquel que tanto amava dar algún socorro en aquella afrenta, muy secretamente, llamando a Filidonio, el escudero de don Lispán, le dixo:

–¡Buen escudero, por la fe que a Dios devéis que me tengáis poridad!

–Sí prometo, señora –dixo él.

–Pues –dixo Castivalda– dad este relicario a vuestro señor y que entre con él en la batalla, que ha mucha virtud y dezilde que por me doler de su peligro y por su merecimiento gelo embío.

–¡Ay, señora! –dixo él–, que toda su vida mi señor servir a esta señalada merced, y no sin causa siendo donzella os acordáis d'él, ca él nunca las tiene en olvido para las servir y honrar en lo que puede, y sabé que les cumple.

Entonces con mucho acatamiento tomó el relicario, que era todo de oro con cuatro perlas muy ricas, y dentro tenía muy santas reliquias que avían traído de Jerusalén. El escudero le fue muy alegre a su señor y le dio la rica joya y él la tomó de corazón, y besándola muchas

vezes la echó a su cuello con mucho acatamiento y metió debaxo de la loriga, aviéndose por muy ufano de alcançar ^{157v} tanta gloria que de tal señora toviessse tal empresa.

Pues assí estando, los jayanes llegaron al campo armados de todas armas: los escudos avían cuarteados de negro y pardillo sin figura ninguna, y ellos de muy grandes cuerpos que parecían torres, y venían sobre grandes y fuertes cavallos. E luego los cavalleros cavalgaron en sus cavallos armados de aquellas muy fuertes y luzientes armas. E Abiés de Sansueña sacó sobre las suyas una sobreseñal de seda colorada muy fina, y el yelmo blanco y el escudo de la misma color. Don Lispán no mudó sus armas, salvo la color, ca la sobreseñal fizo verde, que antes era de cárdeno muy fino, sembrada de sus llamas de fuego acostumbadas; assí que ivan muy hermosos y apuestos cavalgantes. Los tres infantes de las Islas Californias llevaban las armas a don Lispán: Perión llevaba la lança, Galaor el escudo, Cildadán el yelmo. A Abiés de Sansueña, Falangrís le llevaba la lança, el marqués Saluder, su tío, le llevaba el escudo, y el duque de Athenas le llevaba el yelmo. Y el duque Gastiles y el governador de Tr<o>[a]pisonda eran los juezes del campo.

Los cavalleros, llegados a la liça, tomaron sus armas y con igual cerimonia los juezes los metieron en el campo, assí a los unos como a los otros cada uno por su puerta, y luego las puertas fueron cerradas y los juezes los pusieron a sus partes donde avían de estar según las rayas eran fechas y el sol repartido. Y assí estaban los cavalleros atendiendo el son de la trompa para salir a la batalla.

La emperatriz con todas sus dueñas y donzellas estaban a las finiestras de su palacio para mirar aquella cruel batalla. E la reina Menoresa con la infanta Castivalda su fija a otra ventana.

Y luego el duque Gastiles tocó la trompa. Los cavalleros firieron muy rezio todas las espuelas a sus cavallos, las lanças baxas, cubiertos muy bien de sus escudos, arremetieron los unos contra los otros. Los cavallos eran muy rezios y corredores, y los cavalleros de gran bondad y encontraronse muy bravamente, ca Abiés de Sansueña encontró a Bucar en el escudo tan fuertemente que la lança fizo en muchas pieças y el cavallo se fizo bien atrás, mas Bucar le encontró de suerte que falsándole el escudo le quebrantó las cinchas del cavallo y echó la silla sobre él a los pies del cavallo, y el cavallo del jayán topose con el de Abiés de Sansueña de las cabeças y dieronse tan fuertes golpes que cada uno cayo a su parte. Don Lispán se encontró con el gigante Almadarol con tanta braveza que los escudos fueron falsados y las lorigas, que los fierros les llegaron a las carnes, y toparonse de los escudos y cuerpos y cavallos tan duramente que ambos cayeron cada uno a su parte como muertos, mas muy prestamente fueron levantados y quitaron los troços de la lanças que metidos tenían por los escudos y lorigas. E aquella hora Abiés de Sansueña y el gigante Bucar eran levantados y los dos cavalleros se pusieron a la una parte y los dos jayanes a la otra, y començaron entre sí una brava y peligrosa batalla, tanto que el emperador dezía que muchas avía visto, mas que nunca otra viera de dos cavalleros y dos jayanes más brava, y la gran valentía que vía en sus cavalleros le davan esperança que se manternían bien en la batalla, mas los jayanes eran de tales fuerças que golpe no alcançavan que las armas resistiessen en que las carnes no fuessen cortadas, mas otrosí los cavalleros davan tales golpes que los jayanes no se alabavan mucho, y lo que más les valía era la gran ligereza.

A esta hora, Abiés de Sansueña se fue contra el gigante Bucar y le dio tan gran golpe que la loriga no le prestó que en el braço no le firiesse, y Bucar lo firió sobre el escudo que bien

un palmo le metió la espada por él y, alcançando la punta en el yelmo, gelo hendió y llagó en la cabeça, y assí turaron en su porfia fasta que fue hora de sesta sin folgar ninguna cosa.

Aunque la mucha ligereza valía a los cavalleros, mas todos fueron muy cansados: los jayanes de la gravedad y grandeza de sus cuerpos y pesadumbre de las armas, y los cavalleros de dar muy bravos y espessos golpes. De suerte que assí los unos como los otros se arredraron a fuera por descansar y tomar aire, y pusieronse cada uno ^{158r} a su parte, que todos eran mal llagados, mas don Lispán, viendo el lugar do estava que le convenía mostrar más valentía de la que tenía, no gelo sufriendo el coraçón, cubierto muy bien del poco escudo que le restava, encomendándose a Dios, se fue contra el jayán Almadarol, que lo mismo venía contra él, y dieronse grandes golpes el uno al otro de guisa que el escudo de don Lispán fue fecho en dos partes y de la fuerça del gran golpe ovo el braço llagado mas no mucho, y él firió al jayán sobre el yelmo de toda su fuerça que de fino azero era, que no parecía sino que echava rayos de fuego que allí serían, mas la espada, que no era de tanta bondad como tal golpe avía menester, fue quebrada en dos partes, que a todo el mundo mucho pesó, ca le vían llegado a la su muerte, teniendo tal enemigo delante y no tener con qué le ferir. Y Casti<n>[v]alda, por no ver aquella cruel muerte de aquel que tanto amava, no se osando quitar de las finiestras por amor de la reina su madre, fincó los ojos en tierra con grande dolor de su coraçón. Y el jayán començó a dar grandes bozes espantosas diziendo: ¡Muerto eres, mal cavallero, ca esta mi espada será verdugo de tus carnes! Él callava y no perdía por ello el esfuerço, antes amparava con media espada los duros golpes que el jayán le dava y fuesse assí retrayendo por el campo faziendo señas que le diessen una espada, mas de derecho no le podían dar más armas de las que en el campo metiessen.

Yendo assí fue a dar donde estava el cavallo de Bucar, que la una espalda tenía salida de su lugar, y vio cómo en el arzón delantero tenía una fuerte maça de azero colgada de una fuerte cadena, y fue muy alegre, y con mucha desemboltura la tomó y esperó al jayán con la maça a dos manos y Almadarol lo quiso ferir, mas él se desvió y lo firió sobre el escudo que muchas rajadas, maguer que fuerte era, gelo fizo, y parando mientes vio cómo su compañero avía las armas rotas y mal paradas y no tenía sino muy poco de su escudo, mas con aquello lo fazía como bueno y esforçado que él era y fuesse a poner junto con él por le amparar, y en llegando firió tan rezio a Bucar que el yelmo le torció todo y le magulló la cabeça; mucho más no le pudo ferir otra vez porque Almadarol lo seguía muy crudamente con la espada a dos manos, y don Lispán, viéndose ya con armas no le dudó, antes arremetió a él con tanto esfuerço y braveza como si león fuesse y firió al jayán sobre el yelmo que los lazos fueron todos quebrados y le saltó de la cabeça, y el jayán lo firió sobre el yelmo, de que don Lispán fue muy cargado y por caer, y antes que en sí tornasse, el jayán le dio otro golpe que las faldas del yelmo le rebanó y decendiendo al ombro le cortó la loriga y la carne, y don Lispán, viéndose en aventura de muerte, lo firió con la maça sobre la cabeça desarmada que el caxco le fizo en muchas pieças y el jayán cayó luego con la gran cuita de la muerte, dando muy grandes golpes con el cuerpo. Don Lispán fue sobre él muy ligeramente pensando que no era del todo muerto, y cuando vido la cabeça fecha en tres partes y los sesos esparzidos por el campo, miró por su compañero y vio cómo estava en el suelo y el bravo jayán Bucar sobre el desenlazándole el yelmo para le tajar la cabeça, y como esto vio, fue al más andar que pudo contra él y antes que el jayán fazerlo pudiesse le dio tan gran golpe en la cabeça que lo atordió, mas ni por ello dexava de querer llegar a la

muerte a Abiés. El cual, viéndose en tal extremo de muerte, no olvidando lo que fazer debía, metió la daga tres vezes al jayán por debaxo de la falda del arnés que todas eran mortales, mas con todo fuera muerto Abiés si don Lispán le no socorriera en aquel menester, ca era muy mal llagado, y porque el jayán se avía abraçado con él y él no pudiendo resistir a sus grandes fuerças ovo de caer debaxo, y estando assí lo firió con la daga, como avéis oído; el jayán, quedando assí atordido del gran golpe de la maça, echó la mano izquierda atrás y travó de don Lispán muy rezio, que cerca era, y tiró por él tan fuertemente que lo echó a tierra, mas luego se levantó muy prestamente y travó del jayán tan rezio que lo batió de espaldas, ca no avía entera fuerça según las llagas mortales que avía, y luego Abiés de Sansueña se levantó sintiéndose aliviado de la gran pesadumbre que tenía y fue muy rezio contra el jayán que punava muy fuerte por se ^{158v} levantar; quitándole el yelmo le tajó la cabeça y la echó muy lexos por cima de la liça con gran plazer del emperador y de toda la corte, mas a esta hora los cavalleros eran tan mal parados que vencidos se podían llamar, ca don Lispán, teniendo grandes y peligrosas llagas que le avía fecho aquel espantable Almadarol, aviendo perdido mucha sangre, no se pudo tener en los pies que no cayesse cabe el jayán, lo que fue gran pesar a aquellos que lo miravan, mayormente a Casti<n>[v] alda, la cual viéndole caer la vista de los ojos se le quitó y la vida del alma fue casi del todo despedida, ca pensava que muerto fuesse. Abiés de Sansueña, que allí vido a su compañero, quiso ir a él, mas avía tal llaga en una pierna que el quixote fuera cortado y gran pieça del muslo, de guisa que assí de aquella como de otras muchas no podía dar passo siendo muy quebrantado de la caída, echándose sobr'él que le parecía tener una gran torre, de guisa que no pudo tener y sentose sobre el jayán y en cuatro manos fue a donde estava su compañero, y vio que no era muerto, aunque muy dessemejado estava de su fermosura y parecer, y començole a preguntar qué tal estava.

–Bueno –dixo don Lispán–, pues bivo viendo la victoria, que la muerte, aunque venga, no será mal vengada, pues los matadores van delante.

¶ Capítulo cxxxij. De cómo la donzella estraña que traxo el concierto de la batalla se mató con sus manos, y cómo los cavalleros fueron llevados del campo y guarecidos de sus llagas.

TANTO QUE LA batalla assí fue vencida, luego las puertas de la liça fueron abiertas y entraron en el campo cuantos cavalleros avía en la corte, y fueronse a donde estavam los cavalleros llagados para los traer a los palacios; mas primero aconteció una triste aventura: la donzella que avía venido a traer el mensaje y assentar la batalla, avía estado fuera de la liça, y tanto que fue abierta la puerta, aviendo visto las crudas muertes de sus señores, entró por el campo messando sus ruvios y fermosos cabellos, ca los tenía muy buenos, y vino assí a do estavam los jayanes, y viendo aquel gran dolor delante de sus ojos, no gelo pudiendo sufrir el coraçón, dio una boz alta y dixo:

–¡Ay, dioses!, ¿por qué no me dais la muerte donde estos cavalleros la ovieron? ¡Y pues vosotros no me la queréis dar, yo misma la tomaré porque la mi pobre alma acompañe las suyas de gran riqueza y bondad!

Y en diziendo esto abaxose y tomó la espada de Almadarol, que desnuda estava tinta de sangre, y puso la mançana en el suelo y la punta sobre el coraçón y echose sobr'ella sin que estorvargelo pudiesen, de guisa que la mitad le salió a las espaldas y fue luego muerta, de que todos ovieron muy gran manzilla, ca era fermosa y apuesta donzella.

Los cavalleros que aí estavam tomaron en braços los dos compañeros y los juezes los apregonaron por vencedores y tañeron trompas en señal de victoria, nombrando los muertos por nombres y los vencedores otrosí, y con grande honra los sacaron del campo.

El emperador con el rey Norandel los salió a rescebir a la puerta de la liça y ovo gran dolor de los ver así tan mal llagados, que las sobreseñales avían bermejas de su sangre, y el emperador los encomençó de esforçar diziendo que no temiessen, ca sus llagas no eran de peligro.

Casti<n>[v]alda estava en su tristeza metida viendo el peligro de aquellos cavalleros, del uno por buena amistad, del otro por grande amor.

Los cavalleros fueron llevados a sus cámaras y aquellos grandes señores los ayudaron a desarmar. Don Lispán, nembrándose del relicario que su señora Casti<n>[v]alda le avía embiado, aunque muy fuera era de su acuerdo lo tomó y apretó en la mano ^{159r} que nadie gelo viesse ni conociesse; y, desarmados, vinieron maestros muy sabios que les cataron las llagas y vieron que las avían grandes y peligrosas, y los curaron y acostaron en sendos ricos lechos. Y don Lispán siempre tenía el relicario consigo poniéndolo sobre el coraçón, escondiéndolo de guisa que ninguno gelo pudiesse ver, y después que estos cavalleros quedaron en sus lechos, los maestros mandaron salir la gente para que dormiessen algún poco, lo cual les sería consuelo porque la noche passada no avían dormido sino muy poco.

Todos los cavalleros se fueron al campo do avía sido la batalla y vieron la grandeza de aquellos gigantes, que en verdad eran muy dessemejados y espantables, y con la muerte eran doblados feos, y todos fueron maravillados de la bondad de los cavalleros y loavan más la bondad de don Lispán porque allí lo avía fecho mejor, aunque Abiés era tal que muy pocos le tenían ventaja.

El emperador aquella tarde vino al campo a ver los gigantes y dixo a los cavalleros que tal batalla no era razón quedar sin memoria, y mandó fazer dos monumentos muy grandes de piedra y mandó meter dentro a los gigantes, y en otro pequeño a sus pies la donzella, y mandó escrevir encima la causa de la batalla, por qué avía sido y los nombres de los unos y de los otros, y estas sepulturas están oy día en Constantinopla cabe los reales palacios, que por nuestros pecados agora son del Gran Turco.

Los cavalleros estavam así en sus lechos curándose de sus llagas, donde no solamente eran a menudo visitados de los altos hombres de la corte, mas aun del emperador y de la emperatriz, mayormente de la reina Menoresa, que con su fija y donzellas les tenían lo más del tiempo compañía por dar plazer a su fijo que tanto amava aquellos cavalleros, mas el plazer que d'estas visitaciones recibía don Lispán le dio la vida tanto era llagado de peligro, mas cuando delante sí veía aquella fermosa Casti<n>[v]alda, todo el peligro y dolor de las llagas le fuía y él quedava muy consolado y alegre, y algunas vezes, cuando vía tiempo dezía algunas palabras aclarándole su pena y dava muy tristes sospiros por mensajeros de su cuita, lo que ella muy bien entendía y no le pesava d'ello, ca viendo el gran valor d'este infante, siendo de tanta bondad como en la batalla avía mostrado, de la cual todo el mundo le dava la prez y la honra y era nombrado por uno de los señalados cavalleros del

mundo junto con su gran apostura y linaje, era mucho otorgado su corazón de lo querer más que a cuantos cavalleros fasta allí avía visto, y bien gelo dava a mostrar en el amoroso mirar de los ojos.

Y assí estovieron los cavalleros treinta días en sus lechos guareciendo de sus grandes llagas, mas mayor fue la fama que ende ganaron, onde agora los dexemos y tornemos a fablar de Lisuarte.

¶ Capítulo cxxxij. De cómo el Novel Cavallero, prendido el capitán de Demagores, se vino para el Castillo de Montaldín.

YA OS DEXIMOS cómo Urgandín el Novel andava a ruego de todos aquellos cavalleros con su hueste deffendiendo el puerto de la mar que ningún socorro viniese a los fijos de Arcaláus. En la cual governación de gente fizo tales cosas que no solamente de los enemigos era muy temido, mas aun de los amigos avido por muy dudado y cuerdo capitán, de guisa que en este tiempo, aunque cuatro naves vinieron con mucha gente de guerra en socorro de Demagores, él les defendió el puerto tan bravamente que no pudieron salir en tierra, antes se fueron por essa mar adelante; y ovo otrosí batalla con Bergamor, el capitán de Demagores, que gran compañía de gente consigo traía, en la cual batalla fizo tales cosas que con su propria mano venció y prendió a Bergamor, el capitán, y con su bondad todos los enemigos fueron ^{159v} muertos y destruidos, y puestos en fuida se le acogeron a un monte de bravas y espessas matas, en el cual lugar no solamente guarecieron por la aspereza y espessura del monte como por la noche que sobrevino. Y siendo assí los enemigos vencidos y tan mal parados, que ya no podría fazer cuerpo que mal fiziesse, sabiendo ya la muerte de los fijos de Arcaláus, acordó de se venir para el Castillo de Montaldín porque de los enemigos no avía que temer, ca los que restaron, escapando en el monte, con muchas lágrimas caminando tres días por el monte, que grande era, siempre costa de la mar fueron fallar las naves a quien Urgandín avía defendido el puerto, y con muchas lágrimas partieron dende y se fueron a sus tierras.

Lisuarte, siendo sano de sus llagas y los otros cavalleros guarecidos de sus feridas, alegres todos del vencimiento y de aver recobrado aquel señorío que robado tenían aquellos falsos encantadores, y estando assí en esta alegría, llegó Urgandín con razonable pieça de cavalleros, y delante traía preso a Bergamor, el capitán de los enemigos, encima de un palafren y una cadena a la garganta, y detrás traía muchos de los enemigos otrosí presos, y con este aparato entró en el castillo onde Lisuarte con todos aquellos cavalleros lo atendían y lo recibieron con mucho amor, ca de todos era muy amado por su bondad y buenas maneras, mayormente de Lisuarte, ca éste no le quería menos que si su carnal hermano fuera por el mucho tiempo que le sirviera y por ser sobrino de aquella Urganda la Desconoscida, de quien tantas obras buenas avía recebido; y abraçándolo con este doblado amor lo tuvo assí apretado como si oviera grandes tiempo que lo no viera, mas como aquellos cavalleros lo querían fablar lo soltó Lisuarte. Ellos todos lo abraçaron con mucho amor loando el gran esfuerço y cordura que en aquella demanda avía tenido. Fizieronle luego desarmar y ellos le ayudaron a quitar las armas. Luego las mesas fueron puestas y

sentaronse a comer y fueron servidos muy abastadamente, y Lisuarte, aunque con aquellos cavalleros sus amigos, estando todos de consuno, passava muy alegre vida, por otra parte la juzgava triste porque la no gastava en buscar las aventuras y fazer cosas por donde su fama más fuesse crecida y sus fechos de mayor nombradía, mayormente nembrándose cada momento de las mortales cuitas y angustias que la soledad de su señora le acarrea- van, que no le dexavan folgar ni aver sossiego en ninguna parte, y membrándose muchas vezes otrosí de la palabra que a su amigo Rolandín avía dado de le fazer ganar el amor de la fermosa reina de Leonís, y determinando de cumplir su palabra como tal hombre fazer debía, viéndolos juntos a aquel comer, después que los manteles fueron alçados les dixo que él se quería partir en una aventura en que muchos días avía que era pueste y que la no podía dexar sin falta de su palabra, rogándoles a todos que quedassen con don Gandales fasta que toda la tierra le fuesse muy pacífica. Todos ellos fueron ende muy tristes y le quisieron acompañar, mas él se escusó, que por estonces sólo quería fazer aquel viaje. Y luego demandó sus armas, siendo todos sus amigos muy tristes por su partida, sobre todos Urgandín el Novel, ca mucho llorava con soledad, y de otra parte consolava su coraçón que, como era mancebo y desseava provarse en las aventuras, que quedando solo en su libre poder muy mejor lo podía fazer. Rolandín y Rodualdo y Ladasán y Marcival y Arca- lao le afincaron mucho que los llevasse en su compañía o a lo menos les dixesse adónde lo fallarían si lo buscar quisiessen.

–Buenos señores –dixo Lisuarte–, yo me oviera por bien andante de ir en compañía de tales hombres y d'ello fuera mi coraçón muy alegre, mas esta jornada quiero fazer solo si d'ello no sintiéssedes pesar, como vos dixes, a cumplir una promessa que tengo fecha. Y si Dios me guiare que la cumpla a mi honra luego me bolveré a la corte, ca vuestra soledad y desseo de os ver, mis buenos amigos, no me dexaran estar mucho tienpo que vos no vea.

Lo que viendo aquellos cavalleros no le quisieron más afincar. Entonces Lisuarte se despidió de todos y se partió de Montaldín solamente con su escudero Evaristo, que las armas le llevaba. Los cavalleros quedaron en tanta soledad por su partida que, viendo a don Gandales pacífico señor de todo el condado y toda la tierra muy pacífica y sin ningún rastro de enemigos, despidiéndose ^{160r} d'él se fueron a casa del rey Amadís, del cual todos fueron muy bien recibidos y honrados como aquellos que eran de gran valor y bondad, y dende se partieron por sus partes a las aventuras, en las cuales Coroneo a la sazón era partido de la corte y fazía tales maravillas que su bondad era en la corte muy nombrada y sonada por Bretaña.

¶ Capítulo cxxxiiij. De cómo Lisuarte, tomando la vía del reino de Leonís, se combatió con el Cavallero de los Alanos y lo venció.

PARTIDO LISUARTE DEL Castillo de Montaldín, andado por sus jornadas sin falar cosa que de contar sea, entrando un día en la floresta que de las Serpientes se llamava, encontró un cavallero bien armado que le preguntó si avía visto el Cavallero de los Alanos.

–No –dixo Lisuarte, y el cavallero se cuitó mucho–. ¿Por qué os cuitáis assí, cavallero? –dixo Lisuarte.

–Por topar aquel traidor –dixo él– que ha muerto a mi cormano a traición y le ha tomado un castillo por fuerça, y por ende me querría fallar con él.

–Mucho os ruego, pues –dixo Lisuarte–, que me digáis el nombre d’esse cavallero que ha fecho traición.

–No le sé otro nombre –dixo el de la floresta– salvo que, por dos alanos que consigo trae, le llaman el Cavallero<s> de los Alanos, y por su crueldad más que por su nombre es conocido en esta tierra

–¿Y por qué trae esos alanos? –dixo Lisuarte.

–Yo os lo diré –dixo el cavallero–. Junto d’esta tierra avía una isla en que andava una gran sierpe, de guisa que, aunque era rica y fermosa, ninguna persona osava passar a ella, y el rey de Chipre, en cuyo señorío la isla está, sintiendo la falta d’ella prometió grandes dones y de dar la renta de la isla por diez años al que la matasse, lo que viendo muchos cavalleros se fueron a la isla, mas todos murieron en ella. Y assí estovo aquella isla siete años sin ningún cavallero osar passar a ella. Y éste, queriendo provar aquella aventura, crió estos dos alanos, que son los más fuertes y poderosos que avéis visto; fizolos tan bravos que ninguna cosa les parecía delante que por mandado de su señor la no matassen, y con tal ayuda se partió el cavallero para la Isla de la Sierpe, y, porque el cavallo se le no espantasse, fue a pie en medio de los alanos, y topando la sierpe, los alanos le aferraron de las orejas y la tenían muy fuertemente asida de guisa que ella no pudo fazer tanto mal al cavallero, y él le metió una lança enerbolada muchas vezes por el cuerpo y por la boca y andava muy ligero, y tan rezió los alanos tenían la sierpe que no pudo fazer mal al cavallero, y él aviéndole dado muchas lançadas y, faltándole la lança, con su espada la mató, ganando aquella gran honra que avía grandes tiempos que ningún cavallero acabar pudiera. Y con aquella victoria se fue al rey de Chipre, que le hizo grandes dones y mercedes y le otorgó la renta de la isla por diez años, onde este cavallero se enamoró de la fija del rey, y, queriéndose mostrar merecedor de servir tan alta donzella, se partió de Chipre tomando la vía de Bretaña para se provar con los cavalleros del rey Amadís. Y topando aquel mi cormano, porque mucho le alabó los cavalleros de Bretaña diziendo ser los mejores del mundo, lo mató con gran aleve a la puerta de su castillo y gelo tomó por fuerça y tiene forçado, y faze por esta tierra tantas crueldades que es maravilla, y creed, señor, que si su maldad le no menoscasse la fama, que sería de gran nombradía según es de gran fecho de armas, mayormente que los alanos le ayudan mejor que si otro cavallero consigo toviesses.

–¡Santa María –dixo Lisuarte–, estrañas cosas me avéis dicho de tal hombre! Maravilla es esos alanos pelear tan bravamente. Mas, ¿dónde le pensáis fallar?

–En esta floresta me dixerón –dixo él– que lo fallaría muchas vezes o a la salida d’ella en una fuente que ende es.

–Pues –dixo Lisuarte–, si él es tan fuerte como dezís, endemás con sus bravos alanos, ¿cómo queréis vós solo ^{160v} juntaros con él?

–Tanto soy del sentido –dixo el cavallero– que querría solo aver batalla con él, teniendo fiança en Dios que no querrá que tan mal cavallero y tan sobervio lleve la mejoría, y por ventura fallaré otro cavallero mi hermano que anda en su demanda y ambos no le temeremos cosa, ca uno le matara los alanos y el otro avrá con él batalla.

–Cavallero, si os cumple –dixo Lisuarte–, yo vos seguiré fasta que falledes esse mal cavallero, porque me semejáis hombre bueno y mucho sabor tengo de lo ver pelear con sus alanos.

El cavallero gelo agradeci6o mucho y dixo que le siguiesse y que 6l gelo mostraría dentro de terceiro día. Y assí se fueron ambos por aquella gran calçada que por medio de aquella floresta iba. No andovieron gran trecho cuando por ella vieron venir fuyendo un cavallo blanco a grandes saltos y el cavallero lo conoció, que era de su hermano y dixo a Lisuarte:

–¡No me creáis, señor, sino va mal a mi hermano, que aquel es su cavallo!

Y firió su cavallo de las espuelas y Lisuarte otrosí, y llegando a un escombrado adonde era la fermosa fuente, vio al cavallero 6star a cavallo y su hermano 6star en el suelo y los alanos que le mordían muy cruelmente, de guisa que cerca 6stavan de le matar. El cavallero dio bozes al de los Alanos diziendo:

–¡Don traidor, 6stad quedo, no pongáis lança en el cavallero, que moriréis por ello!

Y el Cavallero de los Alanos, cuando assí lo vido, fue contra 6l y 6ncontrole tan fuertemente que lo echó a tierra por cima de las ancas del cavallo y 6l fue muy atordido de la caída, y Lisuarte, cuando aquello vido, dixo:

–Por cierto, que de gran bondad es el cavallero, pues que assí ligeramente derrocó el otro, mas yo lo vengaré si puedo.

Estonces tomó sus armas y lo dio bozes al Cavallero de los Alanos, que 6stava doblegando la lança sobre su compañoero por le ferir, y dixo:

–¡Cavallero, aparejaos a la batalla, que comigo la tenéis de aver!

El Cavallero de los Alanos miró atrás y cuando lo vido aparejado de batalla bolvió su cavallo contra 6l con su gruessa lança baxa, y arremetieron el uno contra el otro, según los cavallos eran rezios y corredores, y los cavalleros fuertes y sañudos. Llegaronse a encontrar tan fuertemente que las lanças fueron quebradas en muchas piezas y ellos se juntaron de los cuerpos y escudos de guisa que assí ellos como los cavallos fueron a tierra, mas levantaronse luego, ca eran ardimento, y echando mano a sus espadas començaron entre sí brava batalla. El estruendo y sonido de los golpes sonava por la mayor parte de la floresta, y cuando se alcançavan en las lorigas las desmallavan faziendo el uno al otro sentir la espada en las carnes; mas a 6sta hora el Cavallero de los Alanos, viendo la gran bondad de su enemigo, temiendo que, levantándose el cavallero que con 6l venía, que sería la batalla dudosa en cuanto 6l 6stava atordido de la caída, llamó a sus alanos, que no fazían sino morder en el primer cavallero, que si las armas fuertes no fueran 6stoviera despedaçado, mas con todo era tan maltrecho que se no podía levantar. Los alanos, tanto que oyeron las bozes de su señor, vinieron luego corriendo las bocas abiertas y sangrientas, los dientes encarniçados que eran para poner espanto. Lisuarte, como assí los vido venir, desviase d'ellos lo más que pudo y fue a ferir al cavallero tan duramente sobre el escudo que más de un palmo le metió la espada por 6l, y la punta le cortó la manga de la loriga y le firió en el braço, mas uno de los alanos sali6o delante a Lisuarte y trovole en el brocal del escudo muy rezio, y el otro alano, con sus agudos dientes, le travó en el braço de la espada por detrás tan fuertemente que Lisuarte no era señor de sí. Cada uno tirava por su parte de guisa que por poco lo derrocaran, y 6l se vido en aventura de muerte, que el cavallero le fería de grandes golpes sobre el yelmo y 6l no podía ferir con los alanos que lo tenían afeerrado; y punando de se desembolver, el alano, que asido 6stava del escudo, tiró tan rezio que el tiracol le quebró del pescueço, y aína le quebrara las embraçaduras, mas Lisuarte, viéndole algo apartado de sí, metió la espada en medio y lo firió con la punta por la barriga muy duramente de que el alano, sintiéndose mucho, tiró muy rezio por el escudo mas

no se lo pudo sacar de las manos; y el otro alano afloxole del brazo y travole por la falda del arnés, y Lisuarte, viéndose algo aliviado del brazo de la espada, fue contra el cavallero por le ferir, mas el alano le tenía por la falda tan rezió que no pudo ir, y el otro alano, con la gran ^{161r} ravia, quiso asir otra vez de Lisuarte, mas él le dio tal golpe sobre la cabeça que gran parte con los sesos le echó a tierra y el alano cayó muerto. El cavallero fue muy cuidado por ello, con gran braveza fue sobre Lisuarte y le firió tan duramente que el yelmo le fendió y la espada entró en la cabeça, mas no fue sin castigo, ca Lisuarte lo firió tan duramente en una pierna que le no valió armadura que gela no cortasse fasta el hueso, de que mucho se sintió el cavallero y llamó al otro alano que se pusiesse cerca d'él y Lisuarte, que los vido, determinó de ferir primero al alano, ca después no temía al cavallero. Y, con esta voluntad, muy sañado fue contra el cavallero y, queriendo ferir al alano, él se le desvió del golpe y le travó de la una pierna, de guisa que los agudos dientes le metió por ella y él, sintiéndose, dio con la espada por detrás y firió el alano mas no mucho, y él con la ravia asió con los dientes del espada y Lisuarte tiró por ella rezió, de guisa que la lengua y lo más de la boca le cortó, mas el alano, no espantado, quiso otra vez asir de Lisuarte, y él, que en ál no traía ojo, lo firió sobre los lomos de tanta fuerça que lo fizo en dos partes, y fue contra el cavallero diziendo:

–Aved acuerdo de vuestra persona; acordaos del mal que avéis fecho en esta tierra: si determináis de lo emendar y satisfacer, yo os alçaré la batalla por la bondad que en vós ay.

Mas el cavallero era sobervio y estava muy sañado por la muerte de sus alanos, y respondiòle con mal talante que no sabía lo que dezía, que se aparejasse a la batalla que la cima d'ella avía de ser con muerte de uno d'ellos o de entrambos. Luego se fueron a ferir tan crudamente que bien parecía que se desamavan como enemigos mortales; mas Lisuarte, viéndose desembargado de los alanos que tanto estorvo le fazían, con su buena espada en la mano le dava tales golpes que los filos le fazía sentir en las carnes; lo mismo fazía el Cavallero de los Alanos, que a maravilla era de gran fecho. Y así peleando durando en su braveza, Lisuarte, como cada vez el aliento le crecía y las fuerças se le doblavan, aviéndole cortado el yelmo por muchas partes, le dio tales golpes de toda su fuerça que la espada le entrava fasta el caxco y lo traía a uno y otra parte, y como vido que andava desatinado, llegose a él y diòle del escudo en los pechos y del pomo de la espada en el rostro que lo batió a tierra atordido y el yelmo le saltó de la cabeça, y Lisuarte vio que avía brava y medrosa catadura, y ovo piedad d'él por la bondad que en él conocía. Y los dos hermanos que se avían levantado a grande afán, según ambos eran maltrechos, se vinieron a Lisuarte y le agradecieron mucho la batalla que por ellos avía fecho en los librar de la muerte, rogándole que fuesse con ellos a una torre suya que cerca era, y él, como de otra cosa no tenía más necesidad, lo otorgó y mandó a los escuderos que llevassen aquel cavallero lligado a la torre, que dava grandes bozes por confessión. Los escuderos lo llevaron embuelto en un tавardo a una hermita donde morava un hermitaño, que lo oyó de confessión y dio el cuerpo del Señor, y al quinto día dio el ánima a Aquel que la avía criado.

Lisuarte, con los dos hermanos, se fue a la torre, donde era muy bien servido de todo lo que avía menester, y una dueña de la torre le curava las llagas, y así a los dos hermanos, que muy alegres eran por la vitoria y vengança de su cormano, <y> luego mandaron recobrar el castillo que el cavallero le tenía robado, siendo tomado por fuerça. Los que dentro

estaban, como eran naturales, sabiendo la muerte de aquel cavallero, fueron muy alegres, que los tratava muy crudamente y entregaron luego la fortaleza.

¶ Capítulo cxxxv. De cómo el cavallero, siendo guarecido de sus llagas, se quiso despedir de los dos hermanos y cómo ellos le tovieron compañía.

QUINZE DÍAS ESTUVO Lisuarte en la torre guareciendo de sus llagas, y los dos hermanos le fazían compañía y servían muy honradamente, y eran maravillados de su bondad y fermosura, y dezían entre sí que era el mejor cavallero que armas vestía en todo el mundo, y avianse por bienandantes de lo tener en su casa.

E después que Lisuarte fue en disposición de entrar en camino, fabló con sus huéspedes diziendo que ^{161v} al otro día se quería partir, ca le convenía andar por el reino de Leonís, que le dixerón que era buena y fermosa tierra y que avía en ella buenos cavalleros.

–Señor –dixo uno de los hermanos, que Valgor avía nombre–, si os plaze yo vos faré compañía, que allá tengo de ir, ca nuestra madre es ama de la reina de Leonís y yo soy venido a esta tierra a buscar a mi hermano Valcineo y aquel mi cormano que el Cavallero de los Alanos mató, para todos nos ir para la reina, porque un duque su tío hermano, bastardo del rey su padre, le mueve guerra y le quiere tomar el reino por fuerça contra toda razón, y la reina hase quexado mucho de la fuerça que le quiere fazer, y el duque dize que no quiere sino justicia y que, para se ver, la reina diesse tres cavalleros de su parte y él con sus fijos quería provar en campo que el reino le pertenescía, y esto porque sabe que en todo el reino de Leonís no ay tres ni cuatro cavalleros que con él y con sus fijos osen entrar en campo, tanto son temidos y dudados; y para esto le dio plazo fasta Santa María de setiembre que los buscasse. Y yo, viendo la reina en tal aprieto, acordé de buscar mi hermano y mi primo para todos tres aver batalla con el duque y con sus fijos, y llegando a esta torre supe la muerte de mi cormano por su desventura y cómo mi hermano Valcineo andava por lo vengar, metime otrosí en la demanda, y con este propósito me fallastes en la floresta, y quiso Dios que os topasse, que de otra suerte assí mi hermano como yo tomáramos amargas muertes; y, pues que Dios assí quiso librar el pleito, mi hermano y yo nos queremos ir para la reina y vos faremos compañía si d'ella fuerdes servido fasta qualquiera parte que mandardes.

–Mucho os lo agradezco, buenos señores –dixo Lisuarte–, y soy muy alegre con tal compañía; yo holgaré mucho de ver a la reina, que es nombrada por una de las nobles y fermosas donzellas del mundo.

–Eso es –dixo Valgor– con mucha razón, que assí lo es ella muy acabada en todas buenas maneras y una de las mesuradas donzellas del mundo.

–Assí –dixo Lisuarte– lo oí dezir dentro en Bretaña.

–A Dios merced –dixo Valgor–, que la bondad de la reina tanto suena que, pues en Bretaña, onde ay toda la perfección del mundo, es nombrada, mucho mas lo será en otras partes.

–Eso de creer es, buenos señores –dixo Lisuarte–, y pues que ella está en tal aprieto, razón es que no os detengáis.

–Assí lo faremos –dixeron ellos–, que mañana partiremos y os tendremos compañía.
 –En el nombre de Dios –dixo Lisuarte.

¶ Capítulo cxxxvj. De cómo Lisuarte con los dos hermanos partieron de la torre y fueron al reino de Leonís, donde era la hermosa reina Rosamunda.

TENIENDO LOS DOS hermanos las cosas aparejadas que les cumplían, sin más detención entraron en el camino de Leonís en compañía de Lisuarte, y tanto andovieron por sus jornadas que llegaron a vista de la gran ciudad de Leonís, de donde todo el reino de Leonís se llamava, donde estaban la hermosa Rosamunda con gran pieça de cavalleros atendiendo la venida del duque y de sus fijos con gran compañía a le poner cerco si al plazo prometido ella no diesse quién fiziesse la batalla, por lo que Rosamunda era puesta en gran pavor, ca no fallava cavalleros que mantoviessen su derecho en ^{162r} campo, tanto eran bravos y esquivos el duque y sus fijos, y creía que a tuerto y a derecho con su bondad siempre avían de llevar lo mejor, y por tanto esta reina era muy cuitada esperando verse amenguada y deseredada si Dios algún socorro le no embiasse, y muchas vezes le vino en voluntad de embiar a buscar a Rolandín, que éste bien sabía ella que de grado tomaría la batalla y que era de gran fecho, mas dos cosas gelo estorbavan: la una, el plazo muy de cerca y no saber dónde lo fallaría; y la otra que, como le más desamava que amor tenía, no le quería pedir algún servicio porque él no le pidiesse merced. Y assí se apartó d'este consejo poniendo toda su esperança en Dios, a quien ella todas las horas se encomendava, determinando que, si pacífica quedasse con el reino, de tomar luego marido que gelo defendiesse y amparasse.

Los tres compañeros, tanto que vieron la ciudad, que aún d'aí era grande trecho, el hermano mayor, que Valgor avía nombre, se adelantó adelante en su cavallo rezió y andador y se fue delante de Rosamunda, diziéndole que él y su hermano Valcineo venían para aver batalla con el duque y sus fijos fallando otro tercero: ca su cormano, que ellos esperavan meter en la batalla, era muerto con gran aleve a mano del Cavallero de los Alanos.

–¡Ay, cuitada! –dixo la reina–, que bien sabéis cuán temidos son mis enemigos tanto que en esta tierra no fallaré cavallero que ose ser el tercero, y, aunque lo falle, no es para tener confianza, y assí temo mucho a vosotros, que sois muy moços y poco usados en las armas, lo que todo al contrario han los enemigos.

–No temáis, señora –dixo Valgor–, que Dios es justo juez y será acordado de vuestra justicia y de la sinrazón que se os faze, y fazed vós, señora, lo que os dixere, si lo pudierdes acabar no tengáis temor de los enemigos.

–Dezid lo que queráis –dixo la reina–, que no ay cosa que no faga tanto que no dañe mi honra.

–Señora –dixo Valgor–, con mi hermano queda un cavallero estraño de gran bondad y venimos todos de consuno fasta aquí. Fazelde venir a vuestro palacio y rogalde que quiera ser en la batalla, y si él lo otorgare no temáis cosa del duque y de sus fijos, ca él solo es para los conquistar a todos según la prez alcança en las armas y según las estrañezas le he visto fazer.

Estonces le contó la brava batalla que avía vencido del Cavallero de los Alanos.

–A Dios merced –dixo la reina– que tal cavallero esté en mi tierra, que por falta de ruegos ni de dones no le perderé para esta batalla, ca pues venció cavallero tan bravo como aquel que mató la sierpe en la isla despoblada, bien creo que valdrá contra el duque y sus fijos.

Y luego llamó diez donzellas suyas de poca edad y mandó que fuessen a atender los dos cavalleros a la puerta de la ciudad, y rogassen al cavallero estraño de su parte que quisiesse ir a palacio donde ella era, y que en aquello le faría mucho plazer y usaría de cortesía. Y Valgor les enseñó la vía que los cavalleros traían y las donzellas fizieron luego el mandado de su señora; y saliendo fuera de la ciudad fallaron los dos cavalleros y dixeron al estraño el mandado de la reina, y el cavallero, que muy cortés era y muy mesurado, les dixo:

–Buenas donzellas, mucho tenía que fazer en otras partes, mas, pues vuestra señora manda que la vea, cumplir quiero su mandado.

–¿Y quién faría ende ál, señor? –dixo Valcineo–. No s<a>[o]lamente siendo rogado, mas de muy lexos tierra devía venir para ver una de las acabadas señoras del mundo.

Y luego los cavalleros guiaron en compañía de las donzellas, y entrando en la ciudad se fueron a los palacios que en el grande alcázar eran, y subieron suso y la fermosa reina con muchas dueñas y donzellas lo salieron a recibir más de a la mitad de la sala y Valgor con ella; y Lisuarte iba armado salvo las manos y la cabeça. E como vido la reina pareiole fermosa a maravilla, y dixo en su coraçón que culpava menos a Rolandín por la demanda que por su causa quería mantener, y juzgó que penava por amores muy altos y merecedores de toda bondad que cavallero pudiesse aver. La reina, viéndolo así tan fermoso, fue muy espantada y no le pareció que en sí avía la bondad de que Valgor lo avía loado, y recibíolo como tal señora fazer devía. Lisuarte le fizo muy grande acatamiento, la rei<u>[n]a lo tomó por la mano y fuese por la sala con él a assentar en un real estrado. Ella vestía paños fermosos que su fermosura acrecentavan y, teniéndolo así de la mano, le començó de dezir:

–Muy grande agravio ^{162v} me fiziérades, señor cavallero, passando por mi tierra sin me fablar, porque, aunque como desheredada infanta agora esté, tengo mucho desseo de fazer honra a los cavalleros andantes, porque un padre que en este mundo tuvo así lo solía fazer, y agora la desventura en que estoy no me quita la voluntad, y así me tengo por pagada que queráis fazer mi ruego y recibir algún servicio en mi casa, el cual, si no fuere quanto vuestro merecimiento, echad la culpa a la cuita en que estoy.

–No sin causa, señora –dixo Lisuarte–, sois loada por todo el mundo, pues en vós ay tanta virtud que la adversa fortuna no muda la nobleza de vuestro coraçón para honrar y fazer mercedes a los cavalleros andantes, lo que cierto es muestra de grandeza así de linaje como de estado. Yo, señora, aunque mucho desseasse de ver vuestra corte, teniendo en otras partes que fazer, eran embargados mis desseos, mas agora me he por bien andante de aver alcançado conocencia de tan buena señora.

Rosamunda era muy pagada de la fermosura de Lisuarte y mucho más de la discreción. Después que así estovieron fablando, las mesas fueron puestas y la reina le rogó que se fuesse a desarmar y él lo otorgó, y dos donzellas lo llevaron a un rico aposentamiento y le ayudaron a quitar las armas y le cubrieron un manto rico, y se bolvió luego a la reina, la cual lo fizo sentar a la mesa y servir muy honradamente; y la cena acabada, como fue hora de dormir, la reina se despidió y por las mismas donzellas lo mandó llevar a su albergue.

¶ Capítulo cxxxvij. De cómo la reina Rosamunda pidió ayuda a Lisuarte para la batalla y cómo él gela otorgó, pidiéndole un don primero, y de cómo Lisuarte falló a Galeote a la Fuente del León.

LA REINA OTRO día fue oír missa a su capilla y lo mismo fizo Lisuarte en compañía de los dos hermanos. La missa acabada, Rosamunda, tomando al cavallero de una mano, se fue con él a un fermoso corral donde avía grandes árboles y se sentaron en un poyo cabe una fuente, ella le començó a dezir:

–Aunque, señor cavallero, para os rogar cosa alguna yo no siento en mí causa que a ello me dé atrevimiento, confiando más en vuestra virtud y en la obligación que como cavallero a las donzellas endemás huérfanas sois tenuto, que en los servicios que en mi casa se os fizieron pues no los ovo, quiero antes demandar vuestra ayuda siendo atrevida que passar tal cuita como en la que estoy sin os la dezir.

»Ya sabréis, buen cavallero, mi desventura que tan grande es, que creo por todo el mundo ser muy publicada: cómo quedando yo infanta huérfana por muerte del rey mi padre, quedando sin madre otrosí en tan pequeña edad, que más era para ser regida que regir ni gobernar, mas con consejo de los altos hombres d'este reino de aquellos que más justos y más sesudos me parecían regía este reino, y agora por mi desventura un duque, hermano bastardo del rey mi padre, viéndome donzella flaca, huérfana, con mucha tiranía y maldad me pide el reino de que soy legítima heredera y sucessora, y dize que pretende tener derecho en el reino y que assí lo porná en batalla de tres cavalleros con él y con sus fijos que entren en campo, y que allí se averigüe quedando el vencedor con el derecho, el vencido con la injusticia. Y este partido tenemos assentado que fasta día de Santa María de setiembre tengo de buscar cavalleros que por mí fagan la batalla, en la cual pende toda mi honra y señoríos, y, como yo en mi reino no tenga tales cavalleros como el duque y sus fijos, por esto me movieron el tal pleito y soy puesta en tal cuita que no menos es que la misma muerte, que aunque en mis señoríos no falte quien la batalla faga por mí, yo soy ^{163r} muy dudosa de poner en ellos mi derecho, ca no tengo confiança que podrán valer contra el duque y sus fijos. Y puesta assí en esta fatiga, mi buen amigo, os quiero rogar que, aunque no lo aya merecido ni servido, pueda más vuestra virtud que mi merecer y mirando mi cuita como de una pobre donzella huérfana me queráis dar ayuda en este caso que, según la gran bondad en vós ay, en vós fiaré todo mi derecho y de otros dos cavalleros de mi señorío, con lo que no solamente a mí echaréis cargo para en cuanto biva, más aún, faréis a Dios muy gran servicio.

–Mi buena señora y noble reina –respondió Lisuarte–, vuestro gran merecimiento es tanto que nunca entré en aventura en tanta honra ganasse como gano en me mandar cosas que os cumplan, que de tal señora todo cavallero se deve aver por bienandante ser mandado, porque faziendo vuestro mandamiento es ganar muy grande honra y assí lo digo de mí que lo faré fasta la muerte, como todos los del mundo fazer deven por valer más de lo que valen, mas esto sea con condición que, pues yo a este vuestro reino soy venido por complir una promessa que ha muchos días que tengo fecha y el cumplimiento d'ella no se puede fallar en otra parte, y, pues yo de coraçón y voluntad ofrezco mi persona por vuestro servicio a esta batalla, que assí vós delibradamente me otorguéis la tal merced, lo

que no será vuestra desonra ni perdida de hazienda y yo faré de guisa que con ayuda de Dios vós quedéis reina como lo sois de derecho y de razón.

La reina, cuando aquello oyó, no pensando lo que era, respondió:

–Buen cavallero, pedid todo lo que quisierdes y en mi casa oviere, que muy enteramente vos ser otorgado el don, endemás siendo tal cual dezís yo vos lo prometo de os lo complir a todo mi poder.

–Con mucha razón –dixo Lisuarte– sois loada por una de las acabadas reinas del mundo, y pues que assí vos plaze, prometedme el tal don delante de vuestra corte que yo otrosí cumpliré lo que prometí.

La reina dixo que le plazía y llamó los más principales de sus hombres y delante d'ellos y de los dos hermanos dixo que prometía aquel cavallero de le dar un don cual él pidiesse si con razón lo deviesse dar. Lisuarte le prometió como cavallero de ser en su ayuda fasta que pacífica reina la fiziesse o morir en la demanda. La reina le dixo que pidiesse el don que luego se quería quitar de la promessa.

–Señora –dixo Lisuarte–, cuando el tiempo fuere yo lo pediré.

Y assí quedaron ambos muy alegres: la reina por tener aquel cavallero en su ayuda, cuya bondad los dos hermanos tanto la avían loado, que con él solo no temiesse los enemigos; Lisuarte era alegre por aver impetrado aquel don de la reina con el cual faría el complimiento de la promessa que avían fecho a su buen amigo Rolandín al tiempo que con él ovo la batalla en la hermita como avéis oído, por lo cual ya desseava ser venido el día de la batalla. Entretanto él era muy altamente servido y la reina fablava con él muchas vezes, y tanto era pagada de su fermosura y discreción que si en su mano fuera lo tomara por señor de su fermosura y señoríos, aviendo visto ensalçar su bondad sobre cuantas avía en el mundo.

Y estando assí atendiendo el plazo de la batalla que el duque avía de venir, aconteció que, tres días antes del plazo, la reina salió a holgar con sus dueñas y donzellas con grande pieça de cavalleros, entre los cuales iva Lisuarte, armado de todas armas y en él tenían todos ojo y confiança. Y salieron de la ciudad a un prado verde adonde era la hermosa y aventurosa Fuente del León (en la cual después mataron al buen rey Meliadux, padre de don Tristán de Leonís), y allí holgaron todos y bevieron del agua que muy sabrosa era. Y después que estovieron buena pieça que la reina se quería bolver a la ciudad, llegó un cavallero muy grande de cuerpo y bien entallado sobre un fermoso cavallo hobero: las armas traía cubiertas de una sobreseñal negra y el yelmo otrosí; el escudo avía el campo blanco y una torre bermeja en él y dos leones negros aspados como que la querían subir. Y llegando a la fuente, aunque no conoció la reina, el cavallero la saludó con mucho acatamiento y dio agua a su cavallo y no ovo aí ninguno que lo conociesse salvo Lisuarte, que vio que era el bueno y esforçado Galeote, fijo del gigante Bravor, que aquellas eran proprias armas de su linaje y, tanto que lo vido, fuesse contra él diziendo:

–¡Mi buen amigo, vós seáis muy bienvenido como aquel que yo precio y amo!

–Cavallero ¿quién diré que ^{163v} sois –dixo Galeote–, que yo no vos conozco?

Lisuarte dixo:

–El vuestro amigo, mas cumple que sea muy cubierto que no se sepa mi nombre.

Y quitó el yelmo y cuando Galeote lo conoció quiso apearse de su cavallo, y Lisuarte lo tuvo y abraçó muchas vezes diziendo:

–Mi buen amigo, vamos a hablar a la reina que nos atiende y después vos contaré toda mi ventura.

Y luego los dos cavalleros se vinieron a la reina, que muy desseosa estava de saber quién era aquel cavallero que en su presencia parecía ser de muy alto fecho, y en llegando Lisuarte a la reina Rosamunda le dixo:

–Señora, fazed honra a este cavallero por uno de los mejores de la Gran Bretaña, que sin falta él es tal.

La reina lo recibió con mucho amor y buen talante. Galeote fue muy contento de su fermosura y mucho más de su graciosa fabla, y membrose aquella hora de su señora Lucilia, la fija de don Galvanes, que él mucho amava y pareciase mucho a esta hermosa reina, a la cual él con mucho acatamiento agradesció la honra que le dava. Y assí iba la hermosa reina entre dos hermosos y apuestos cavalleros hablando en aquellas cosas que más les agradavan y llegaron a la ciudad, y por donde ivan Galeote era muy mirado, ca era de muy grande cuerpo y muy bien tallado como aquel que era fijo de gigante, y no iba ende cavallero que él mayor no fuesse una grande mano, y assí parecía que devía en sí aver mucha fuerza y de fecho la tenía, y era de los buenos y preciados cavalleros que se podrían fallar.

Lisuarte lo llevó a su aposentamiento y lo fizo desarmar, y le preguntó que qué ventura lo avía traído a aquella tierra estraña, y él le contó todo lo que avía passado después de la muerte de su padre y cómo se fuera a su ínsula a consolar a su madre, y que después se bolviera a Londres y que llegara a sazón cuando Coroneo traxera consigo la hermosa Elena su hermana a la corte acompañada de muchas dueñas y donzellas y cavalleros, y que sabiendo que él era ido en ayuda de don Gandales, se pusiera en el derecho camino de Montaldín. E como ende supiera cómo él traxera la vía de aquellas partes y cómo se diera andar por le fallar y que en el camino, sabiendo que aquella reina tenía guerra con el duque su tío y que se avía de averiguar por batalla de ciertos cavalleros, que venía con intención de ser en ella si los cavalleros de la reina lo quisiessen.

–Pareciéndome otrosí –dixo Galeote– que, sabiendo vós, señor, la fortuna d’esta reina, aquí antes que a otra parte acudiríades, y por esso me vine aquí, adonde vos fallo con gran plazer de mi coraçón.

Lisuarte agradeció mucho el trabajo que por le fallar avía tomado y le contó la causa de toda su venida y el don que la reina le avía prometido y la batalla que por ella avía de fazer con el duque y sus dos fijos.

–Pues, señor –dixo Galeote–, ¿tenéis ya a compañeros que vos ayuden?

–No –dixo él.

–Pues yo quiero ser el uno d’ellos si os pluguiere –dixo Galeote.

–Mucho será alegre con tal ayudador –dixo él–, que teniendo a vós, mi buen amigo, escusado será el tercero.

Y assí quedó concertado que ambos farían la batalla. Y en verdad os digo que tanto era el plazer que Lisuarte ovo con las nuevas que Galeote le avía dado que él solo fiziera aquella batalla muy sin pavor y la acabara a su honra muy sin duda, desseando ya su triste y atribulado coraçón de ver aquella fuente de fermosura donde todos sus cuidados y angustias procedían, de donde otrosí esperava el remedio de sus cuitas y galardón de sus servicios.

¶ Capítulo cxxxviiij. De cómo Lisuarte y Galeote tovieron batalla con el duque y con sus dos fijos y los vencieron.^{164r}

UN DÍA ANTES que el plazo fuesse acabado, vinieron nuevas a la hermosa reina cómo el duque y sus dos fijos eran venidos y albergavan media legua de la ciudad, por la cual nueva ella fue muy espantada y fuesse a do estava Lisuarte y su compañero, los cuales, como la vieron, se levantaron y fueron a ella y vieronla más triste que solía, y ella dixo a Lisuarte:

–Buen cavallero, mañana es el día en que se ha de fazer la batalla en que mi onra y fazienda se aventuran: los enemigos ya son venidos. Vengoos a rogar que, membrándoos de lo prometido, escojáis los cavalleros que con vós han de ser en la batalla para se apercebir de sus armas.

–Señora –dixo él–, no tengáis temor de los enemigos, ca este noble cavallero y yo estamos aparejados de fazer la batalla por vós y no queremos que ninguno de vuestra casa se ponga en aventura, sino nosotros solos queremos todo el trabajo y peligro, porque venciendo llevemos toda la gloria. Y no temáis por qué no tomamos el tercero, que con la ayuda de Dios será escusado según la clara justicia es de vuestra parte.

–Tal sois vós, buen cavallero –dixo la reina–, que todo temor me fazéis perder, pues yo no puedo perder tanto en mi reino quanto vosotros aventuráis en vuestras personas toda mi esperança. Tengo en Dios y fiança en vuestra gran bondad que manterná mi justicia.

–Sí, sin duda –dixeron ellos–, ¡fasta la muerte!

Y aún la fabla no era acabada cuando entró por el palacio un mensajero del duque que venía a la reina a le fazer saber su venida y preguntar si avía quién por ella fiziesse la batalla. La reina, oyendo mentar el duque, con temor no le bolvió respuesta. Lisuarte le dixo:

–Cavallero, dezid al duque que la reina tiene quién le faga la batalla, ca este cavallero y yo manternemos su derecho y desfaremos la traición que le quiere fazer y mañana gela provaremos en el campo.

El cavallero, cuando assí lo vido fablar, miró muy bien y vio que era de poca edad, aunque Galeote avía grande cuerpo y miembros, y pensó que no valdrían contra el duque y sus dos fijos y dixo a la reina:

–Señora, ¿estos cavalleros han de fazer la batalla por vós?

–Sí –dixo ella–, que ellos la toman por mi parte y yo les otorgo todo mi derecho.

Y esto dezía con boz flaca y tremiendo.

El cavallero se bolvió al duque y le dixo cómo dos cavalleros avían de entrar en la batalla y que ambos eran de muy poca hedad, y que el uno d'ellos era el más hermoso cavallero que nunca viera.

–¡Cómo! –dixo el duque–, ¿no pudo Rosamunda aver más de dos cavalleros en tanto tiempo?

–No sé, señor –dixo el hombre.

–Entonces –dixo Garsián, uno de los fijos del duque–, y aun esos dos que tiene deven ser algunos locos que por sus amores conocidamente se vienen a meter por las puertas de su muerte.

El duque avía muy gran plazer porque otro día esperaba alcançar la vitoria ganando el señorío de aquel reino.

Lisuarte y su compañero adereçaron aquella noche sus armas y esforçavan a la reina lo mejor que podían. Y venida el alva del día que era el plazo de la batalla, los dos cavalleros se levantaron de sus lechos y armaronse de todas armas y fueron a oír missa con la reina a su capilla, y siendo hora que el sol salía, el duque y sus fijos llegaron al campo, que cerca del muro de la ciudad era. Los dos cavalleros cavalgaron con la reina, que de fermosa y colorada con miedo iba muy amarilla y dessemejada, como aquella que tanto pavor avía, viendo su honra y reino en ventura de aquella batalla, y dudava mucho la salida d'ella. Y llegando al campo los juezes, que para ello eran ordenados, preguntaron a la reina Rosamunda si otorgava su derecho a los dos cavalleros; ella dixo que si su poder para ello era necesario que ella lo otorgava quanto podía y devía de derecho, y luego muchos cavalleros apearon la reina de un fermoso palafrén y la subieron en un gran cadahalso que para ella y sus donzellas era fecho, toldado todo de paños muy ricos. Los juezes metieron los cavalleros en el campo, muy fermosos y apuestos cavalgantes, mayormente Lisuarte y Galeote, que el duque y sus fijos, aunque avían grandes y fermosos cuerpos, por sus sobervias y maldades eran desamados y todo lo bueno que posseían a los que presentes eran parecía el contrario: aquella hora el duque andava sin yelmo y avía muy honrada presencia; era de hedad de cuarenta y cinco años y algo cargado de carnes, y con el calor de las armas ^{164v} estava muy colorado y, según era sañado, con ravia de matar aquellos cavalleros estava encarniçado, y avía brava y medrosa acatadura. Y vino donde estavam los cavalleros y dixo:

–Vosotros sandios devéis ser, porque los cuerdos en las batallas tornan ventaja si gela dan y vosotros no traéis lo que está puesto ni assentado, que aviendo de ser tres no venís sino dos.

Lisuarte le respondió:

–Para que tu gran traición sea más conocida, siendo vosotros tres, nós dos faremos quedar la justicia de aquella noble y derecha reina por muy clara, y tu maldad por muy conocida, ca trayéndonos la razón de nuestra parte, más traemos que tercero, allende que tu sobervia nos ha de dar ayuda y a ti y a tus fijos abiltamiento, y porque las palabras son escusadas cuando por ellas el negocio no se averigua, comencemos nuestra batalla, que allí se parecerá la verdad de la justicia.

–Bien me aconsejas –dixo el duque–, y bien conozco que erré en me aver tardado tanto en tomar castigo de vosotros, pues queréis fazer batalla por una flaca mujer contra tal hombre como yo.

Estonces a muy gran priessa pidió el yelmo y su fijo mayor gelo puso en la cabeça y gelo enlazó muy ligeramente, y poniéndose en medio de sus dos fijos se fue a poner en cabo del campo donde uno de los juezes le señaló, y el otro juez puso a Lisuarte y a Galeote a la otra parte. E luego la trompa fue tocada y los cavalleros abaxaron las lanças, cubriéndose de sus escudos firieron bravamente a los cavallos de las espuelas que, como eran fuertes y corredores, muy presto llegaron donde ellos querían, y el duque, que muy enojado venía de lo que Lisuarte le dixera, puso los ojos en él y con mucha saña le encontró en meitad del escudo de guisa que gelo falsó, mas no el arnés, que fuerte era, y assimismo le encontró su fijo menor, que Osibres avía nombre, y no le hizo más mal que quebrar la lança en su escudo. E Lisuarte, que avía muy más saña del duque que de sus fijos, ca ellos fazían el mandado de su padre aunque en tales cosas más es obediencia no obedecer que fazer el tal mandado, y en controle de toda su fuerça sobre el escudo que gelo falsó y la manga de la

loriga, y metiole el fierro por el braço siniestro de que quedó tollido y fue fuera de la silla, y, como era grande y cargado en carnes, dado en el suelo duro dio muy gran caída.

Galeote y el fijo mayor del duque, que Garsían avía nombre y era de los mejores cavalleros de aquel reino, encontraronse muy fuertemente, que las lanças fueron quebradas, y juntándose de los cuerpos y de los escudos Garsían fue tan atordido que ovo de perder las estriberas y fue a tierra, mas levántase muy aína, ca no quería para sí la vergüença según era de gran ardimiento, y con mucha desemboltura cobró su cavallo, y echando mano a un gran terciado cortador que traía fue contra Galeote y començaron su batalla muy brava.

Osibres, su hermano, bolvió su cavallo contra Lisuarte con su espada desnuda en la mano, lo acometió muy crudamente dándose grandes y esquivos golpes. Aquella hora el duque se levantó y fue contra donde estava Lisuarte, y como en él no tenía ojo sino en Osibres, con quien se combatía, llegó el duque y metiole la espada por la ijada del cavallo que, sintiéndose mucho, començó a fuir con él por el campo echando pernadas con la ravia de la muerte. Lisuarte salió d'él lo mejor que pudo y vino contra el duque que otrosí estava a pie. Osibres fue a ayudar a su hermano Garsían, que en gran batalla estava con Galeote. Lisuarte fue muy sañudo contra el duque, su espada desnuda en la mano, y començaronse a ferir con mucha crueldad.

Mas dígovos de la hermosa reina que, cuando vido a pie su cavallero y el cavallo muerto, su fermosura resplandeciente como fino rubí se tornó de color de blanco camafeo, tan descolorida como persona que d'esta vida se traspasa a la muerte y no menos temor tenían los cavalleros los unos de los otros ca la muerte andava entr'ellos amenazando los que flacamente defendiessen sus vidas y amparassen sus cabeças.

Lisuarte andava en brava batalla con el duque y él passava lo peor porque no podía menear el escudo, que avía el braço tollido de la lança que le passara la cañilla, assí que Lisuarte le fería a su voluntad y donde le alcançava las armas y la carne le cortava, aunque el duque le fería de muy bravos y pesados golpes, ^{165r} ca era de muy grandes fuerças.

Galeote andava en muy brava batalla con los dos hermanos, y al que alcançava a derecho creed que la fineza de su espada le fazía sentir en las carnes, y ellos lo ferían muy bravamente, ca eran muy ardidés y esforçados. Osibres firió a Galeote por encima del yelmo, que muchas centellas de fuego fizo salir, y decendiendo la espada firió al cavallo entre las orejas que le entró fasta los meollos y el cavallo, queriendo caer a una parte, Galeote vio tan cerca de sí a Garsían que, no lo pudiendo ferir, echó en él sus fuertes braços de guisa que lo arrancó de la silla y cayeron ambos en el campo, mas Galeote ovo la una pierna debaxo del cavallo y no podía salir d'él, y aquí fue la cuita doblada a la hermosa reina, que ya tenía por vencidos a aquellos cavalleros y apretava las manos con muy gran dolor de su corazón.

Lisuarte, viendo abraçarse los cavalleros, fue contra aquella parte por socorrer a su compañero Galeote si menester lo oviesse, y assimismo lo fizo el duque por ayudar a sus fijos. Lisuarte, llegando primero, començó de ferir a Garsían, que Galeote tenía abraçado consigo, mas con todo Garsían fería a Galeote en la cabeça con el pomo de la espada que lo atormentava, lo que viendo Lisuarte fue a él y alçándole la falda del arnés le metió la espada por el cuerpo fasta la mitad y él se estendió con la cuita de la muerte. Osibres, el otro hermano, llegó a cavallo por ferir a Lisuarte, mas él, quitando la espada tinta de sangre del cuerpo de Garsían, firiole el cavallo en el rostro que desde los ojos abaxo le echó en el suelo con las riendas y el cavallo con el gran dolor se quiso enarmonar, mas Osibres salió

d'él muy ligeramente y aquella hora el duque avía llegado que, con su grande pesadumbre no pudo llegar más presto, y cuando vido a su fijo muerto fue muy airado y sañado, y como raviioso can fue contra Lisuarte y, juntándose con su fijo, començaron de le ferir muy bravamente, mas todo era menester ca ni por ello Lisuarte era puesto en pavor ni dexava de los ferir muy crudamente. Galeote, viéndose desapretado de Garsián, trabajó tanto que salió del cavallo a muy gran afán, y por enmendar el mal passado se fue a la parte do era Osibres, y como era de muy grandes fuerças començole a cargar de tales y tan pesados golpes que él no los podía sufrir, y fuesse retrayendo por el campo quanto pudo. Lisuarte atormentó de tantos golpes al duque que firiéndole muchas vezes en la cabeça el yelmo no resistía a la gran bondad de su espada que a la carne le no llegasse, y faltándole el aliento del gran cansancio, cayó medio ahogado en el campo, de guisa que todos cuidaron que era muerto, con gran plazer de la reina, y cuando Lisuarte miró por Galeote vio cómo Osibres estava delante d'él de rodillas pidiendo merced dándose por vencido, y él, con la gran saña que tenía, dexando colgar la espada de la cadena, le tiró tan rezio por el yelmo que gelo arrancó de la cabeça y batió a sus pies, y diole del pie diziendo:

–Demandad merced a la reina y confessad que ella lo es de derecho, y lo que vuestro padre quería fazer que era traición y maldad.

Y él, con gran pavor que avía lo confessó. Como Galeote lo avía dicho con tales bozes que así los juezes como la mayor parte de los que la batalla miravan oían, y loavan mucho la gran bondad de los dos compañeros que así avían dado cima a aquella batalla. Lisuarte quitó el yelmo al duque, y como el aire le dio tornó en su acuerdo, aún él avía grandes y peligrosas llagas y puso que la espada en el rostro diziéndole:

–Muerto eres, duque, si te no otorgas por vencido.

–Y por muerto me otorgo –dixo él– así del cuerpo como del alma, pues queriendo seguir el consejo del enemigo malo una cosa y otra tengo perdida.

A esta hora los juezes lo fizieron todo assentar como passava y tomaron al duque y a su fijo llagados de muy grandes llagas y llevaronlos presos delante la fermosa reina, que quanto de su fermosura avía perdido con temor de la batalla, vista la vitoria la cobró en gran perfección.

¶ Capítulo ciento y treinta y nueve. De cómo la reina Rosamunda llevó los cavalleros llagados a su palacio onde, siendo guarecidos de sus llagas, se partieron para Bretaña.^{165v}

La reina de Leonís, viendo el vencimiento de sus cavalleros y menoscabo de sus enemigos, con mucho plazer se abaxó del alto cadahalso en que estava guardando los cavalleros a la puerta de la liça y, aunque las armas traían tintas de sangre, así de la suya como de los enemigos, con grande alegría les echó los braços a los pescueços y los abraçó con mucho amor, agradeciéndoles mucho lo que por ella avían fecho. Y faziéndoles dar otros cavallos, los llevó consigo a su palacio, donde fueron curados de sus llagas y d'ella muy visitados y servidos en tanta manera que mejor ser no podía. Las alegrías que se fazían por la ciudad por las gentes se ver libres d'este malvado duque y de sus fijos, esto no es de contar.

Rosamunda lo más del día estava en el aposentamiento de los cavalleros faziéndoles compañía, de que ellos eran muy alegres y recebían mucho plazer de fablar con aquella noble reina. Y assí estovieron quinze días curándose de sus llagas, en fin de los cuales fueron guarecidos y sanos con gran plazer de la reina y de sus altos hombres, ante los cuales ella un día dixo a Lisuarte que pidiesse el don que él quisiesse, que aparejada estava a lo cumplir aunque el reino todo le demandasse.

–No demandaré, señora –dixo él– sino lo que a mi ver es vuestra honra y pro. Y lo que yo, mi señora, os demando en cumplimiento del don que me avéis prometido, es que, pues al presente no tenéis marido lo que aún no tanto la hedad como el estado, requiere que toméis por marido al muy noble cavallero Rolandín, fijo del rey de Urgania, porque, siendo casada con tal hombre, que en bondad ni en virtud pocos le son iguales, vuestro reino será pacífico, ca él lo defenderá con su braveza de corazón y bondad de armas, por lo que vós, siendo juntada con tal hombre, devéis de ser muy alegre por la seguridad de vuestro reino, porque, como el reino de su padre os sea comarcano, por su causa estaréis en paz, lo que fuera de personas de tal deudo pocas vezes se falla; y él con su bondad no solamente defenderá vuestro reino, más aún, ganará los ajenos. Y faziendo esto, señora, me faréis a mí merced y a todos los cavalleros de casa del rey Amadís echáis gran cargo, de los cuales Rolandín es muy amado y preciado.

Cuando Lisuarte esto acabó de dezir, la reina fue fuera de sí y por una pieça no bolvió en su acuerdo, y después dixo:

–¡Ay, cavallero muerto me avéis!

–¿Por qué, señora? –dixo él.

–Porque cosa contra voluntad –dixo la reina– no menos es que la muerte, demandad otra cosa, que sin duda os lo otorgaré.

–Sin falta, señora –dixo él–, atónito estoy de vuestro saber rehusar casamiento de tan alto hombre, que assí me ayude Dios no desfaziendo vuestro real estado, no siento reina ni señora en el mundo que de le aver no se tenga por muy alegre y bienandante, mayormente que él vos ama más que a sí mismo, en cuyo servicio él ha fecho tantas proezas que su fama turará en quanto el mundo fuere y gentes ende oviere. Y assí me valga Dios que, porque veo que es vuestra pro, vos no quitaré el don, mas antes vos requiero delante de vuestros altos hombres que cumpláis lo que me avéis prometido delante d’ellos.

La reina, viendo el gran valor de aquellos cavalleros y la esquiva batalla que por ella avían fecho manteniéndola en su onra y reino que perdido tenía, viendo que con razón y justicia no podía dexar de cumplir su promessa, tornado a fazer buen semblante, dixo a Lisuarte:

–Señor cavallero, por vós y por vuestro compañero mi reino de perdido fue ganado y mi honra de caída ensalçada, y por ende fazed de mí y d’este reino todo lo que vuestra voluntad fuere, que aunque Rolandín no sea de tal valor como lo es y vós dezís, no digo vuestro merecimiento, mas vuestra palabra cerca de mí lo faría ser de muy grande, y digo que, cumpliendo con vós como vós conmigo avéis cumplido, plázeme de fazer todo lo que en este caso ^{166r} os pluguiere y de le fazer señor de mi persona y d’este reino.

–A Dios merced –dixo Lisuarte–, que de tan buena señora otra cosa no se esperaba, y agora os digo, señora, que avéis cobrado buen amparador para vuestros reinos y buen cavallero para ganar los agenos, del cual tan alta princesa como vós lo sois puede ser muy bien servida, y con esto no solamente ganáis a él, mas muchos y muy preciados cavalleros

sus amigos, que esta merced como propia la avrán para la servir cuando vuestro servicio fuere y vós lo mandardes, y no creáis, señora, que, pues tanto vuestro servicio desseo y acrecentamiento de honra, ¿qué os pediría si no lo que supiese que os estaba muy bien?

–Como quier que sea –dixo la reina–, lo avré por bueno por fazer vuestro ruego, mayormente ganando con él tantos altos hombres como dezís, porque aunque lo fuera el más baxo cavallero del mundo, por ganar a vós me pareciera muy alto y muypreciado.

–Muchos tiempos ha, señora, que soy ganado para vuestro servicio –dixo él.

Y assí quedaron los dos compañeros muy alegres en aver acabado aquella aventura de vida para su gran amigo Rolandín, que verdaderamente sin ella de creer es que la vida no pudiera sostener: de tan entrañable amor amava esta fermosa reina.

Después que esto los cavalleros ovieron alcançado, estovieron diez días con la reina, en los cuales ella les pidió consejo de lo que del duque y de su fijo fazer devía. Ellos dixerón que lo que fuesse su merced, por ende que darles la muerte, aunque ellos la mereciessen, siendo de su deudo que parecería crueldad, y que dándoles otrosí libertad y soltura que sería peligro, por ende que su parecer era que los toviessen en prisión fasta la venida de Rolandín, y que estonces, tomando d'ellos fiança, los soltasse, porque si quisiessen desviar algo de la razón él tomaría d'ellos buen castigo. La reina se ovo d'ello por bien aconsejada y los fizo meter en una fuerte torre con grande guarda y los tovo assí fasta la venida de Rolandín; estonces fueron sueltos y se emendaron de su mala vida, y más con temor que con virtud le fueron siempre leales vassallos. Y esto fecho, Lisuarte y su compañero se despidieron luego de la reina diziendo que se querían bolver a Bretaña, donde avía muchos días que avían salido, y la reina ovo d'ello muy gran pesar ca los amava mucho, y viendo que a su partida no podía dar estorvo, acordó de les rogar que les dixessen sus nombres y fazendas, y preguntoselo con mucha gracia y ledo semblante. Lisuarte le dixo:

–Buena señora, no ay cosa que por vos dar plazer no fagamos. Esse cavallero ha nombre Galeote: es fijo del gigante Bravor de la Torre Bermeja; y a mí llaman Lisuarte, soy fijo del emperador de Constantinopla.

Y, porque le pareció que era vanagloria nombrarse fijo de tal padre, embermejiose y sus fermosos carrillos tornaron de color de grana fina que su fermosura mucho acrecentó. La reina les pidió perdón por les no aver servido como ellos merecían, aviéndose por bienandante de aver hecho el ruego de tales hombres, y con mucha soledad se despidio d'ellos, que las lágrimas le venían a los ojos. Embiando muchas encomiendas a su nuevo amado Rolandín, los cavalleros se despidieron d'ella y se metieron en el derecho camino de Bretaña, donde agora los dexemos ir y tornemos a fablar de lo que aconteció al rey Amadís.

¶ Capítulo cxl. De cómo se perdió la Ínsula Firme y lo supo el rey Amadís, y de la gran tristeza que por ello ovo.

CON MUCHOS Y muypreciados cavalleros estando el rey Amadís en Londres y la reina con muchas dueñas y donzellas, entre las cuales avía muchas infantas y señoras de muy alta guisa, de manera que su corte era puesta en la mayor alteza de todo el mundo con tanta infinidad ^{166v} de cavalleros que, repartiéndolos por las cortes de los otros reyes,

todas fueran ricas y la suya no quedara pobre, y no avía rey vezino de las ínsulas que le no obedeciese pagándole tributo o parias, salvo aquellos que él por deudo y amistad le no demandava, siendo el mejor quisto rey que fasta allí fuera en la Gran Bretaña, ca era manso y amoroso para los suyos, muy franco para fazer grandes mercedes y dádivas a los buenos y a los malos cruel y áspero para castigar sus yerros y maldades, manteniendo sus señoríos en mucha paz y tranquilidad, no poniendo sus vassallos en afanes de guerra sino cuando en su casa gela venían a dar; y como estas cosas tuviese que son propias para los reyes ser muy amados de los vassallos y queridos y loados de los estraños y Dios servido de tales obras, estando assí el rey Amadís acompañado, como avéis oído, como en el mundo ninguna bonança tenga seguridad ni su bienaventurança luengamente sea duradera, siendo la voluntad de Dios en esta parte que a las vezes a los hombres les da enfermedades por emiendas de sus pecados que mucho suelen los hombres traer en su conocimiento como este gran rey Amadís en su juventud las vanidades del siglo y cosas d'él percederas con tanto amor y afición siguió, como por su gran istoria avéis visto, no se passando los días en balde, queriendo Dios, como dixé, que con esto fiziesse alguna penitencia de sus pecados, permitió que enfermase y assí fue que cayó malo, y luego todos los físicos de sus señoríos fueron llamados para lo curar, de lo que era gran tristeza en la corte y assí por toda la Gran Bretaña por donde se sabía, y porque la tal desventura no viniessse desacompañada, mas antes cargando una sobre otra toviésemos más cierta muestra cuán flacas y vanas son las cosas d'este mundo tras que andamos ciegos y desvelados, olvidando el servicio de Dios que nos crió a su semejança y redimió con su preciosa sangre, y siendo tenudos de le servir le desservimos todo el tiempo de nuestra vida, ca el que más justo es, según dize el Profeta siete vezes, peca en el día sobre tantas alegrías cuantas este noble rey en poco tiempo avía avido, venciendo aquella brava y peligrosa batalla del soldán y de los reyes paganos, en la cual después que tantos estragos fizo, que los grandes campos de Fenusa eran cubiertos de los muertos que sin los hollar no podían dar passo, de guisa que, faziendo grandes cuevas y lugares donde los metieron, <que> no podían dar sepulturas a tantos muertos, conociendo después de tal vitoria por su nieto a aquel valiente y esforçado Lisuarte, que en fecho de armas en el mundo par no tenía, por cuya bondad la batalla fuera vencida y esperavan todos que dende en adelante sería escudo y amparo de aquellos reinos, lo que todo doblava el plazer y acrecentava el alegría. Y bolviéndose el rey Amadís con tanta vitoria a Londres, donde era la noble reina Oriana, su mujer, en cuán breve tiempo por la bondad de su nieto Lisuarte y virtud de sus cavalleros ovo cruda y ravisosa vengança de los hijos de Arcaláus que al noble conde Gandalín avían muerto, siendo todos muertos y lançados de la tierra y recobrados los castillos y tierras tomadas, mas no pudo esta gloria mucho durar que, debaxo de su dulçura escondidos, no traxesse otros potajes muy amargos, porque después que començasse a gustar lo dulce no escusasse de tragar lo amargo, pues mezclado y embuelto todo venía, y assí començando el rey a gustar el tal amargor con su enfermedad vino el agro xarave de tristeza que agora oiréis.

Al quinto día que el rey avía enfermado y estando muchos cavalleros a las finiestras del palacio, vieron venir un cavallero a gran priessa, y traía el cavallo lasso y cansado y muy ferido de las espuelas, y el cavallero traía las armas rotas y venía mal llagado, y bien se parecía en él que avía avido gran batalla. E tanto que llegó al palacio, apeose de su cavallo y quitó el yelmo y pusolo en el arzón y subió suso a la sala donde aquellos cavalleros eran, y

luego lo conocieron, que era Marcil, sobrino de Isanjo, el gobernador de la Ínsula Firme, y fueron muy espantados de la cuita que traía, y fueronlo a recibir, ca de todos era conocido. E preguntaronle cómo assí venía con tanta priessa y tristeza.

–Ponedme –dixo él– delante del rey y allí lo sabréis, y vos pesará tanto d'ello que más quisiérades no lo aver sabido, ¡tanto es nueva de mala ventura y tristeza!

Y luego los cavalleros lo guiaron a la ^{167r} cámara de la huerta onde el rey estava en su lecho, y en derredor d'él estavam el rey de Sobradisa y el rey Agrajes, los dos príncipes Florisando y Arquisil, y muchos infantes y altos hombres; y el rey estava fablando con ellos, ca no era tan maltrecho de la enfermedad.

Entrando Marcil en la cámara, tanto que assí vido el rey, nembrándose del pesar que con las nuevas que él traía avía de aver, las lágrimas le cayeron por sus fazes en mucha abundancia, de que aquellos príncipes fueron espantados, y no sabiendo otra causa juzgavan que de grande amor que al rey su señor tenía procedía aquel lloro. Y corriendo assí las lágrimas por sus mexillas llegó Marcil a la cama, y fincados los inojos besó las manos al rey y él lo recibió con mucho amor, ca lo amava por su bondad y por el bueno de Isanjo, su tío, diziéndole:

–Marcil, vós seáis muy bienvenido. ¿Qué nuevas ay por donde venís?

A Marcil se le cubrió el coraçón de dolor que no pudo hablar, tanto que los que eran presentes fueron espantados, y assí estuvo un poco y, dando un triste suspiro, dixo:

–Señor, las nuevas que yo traigo más son de pesar que de alegría de lo que yo soy muy triste, ca más las quisiera traer de plazer. Mas, pues no fue mi ventura, éstas traigo, pues cumple de ser sabidas.

–Cierto soy, Marcil –dixo el rey–, que más folgaríades de me fazer alegre en toda cosa que dar tristeza en ninguna, que assí lo ha fecho siempre el bueno de vuestro tío, mas cualesquiera que ellas sean saber las quiero.

Estonces Marcil, sus ojos fechos fuentes de lágrimas, le empeçó de dezir:

–Señor, la vuestra Ínsula Firme, que con tanta prez y bondad de armas avéis ganado y señoreado fasta agora, es en poder de otro señor y mucha de vuestra gente muerta y cautiva, y el bueno de mi tío, vuestro leal vassallo, y sus dos fijos muertos de grandes feridas por amparo y defensión d'ella.

Cuando aquellas nuevas oyó, el rey fue más turbado en su coraçón que en su semblante demostró, porque aquellos grandes príncipes lo no toviessen por flaqueza. Amostrando sereno y constante gesto, le dixo:

–Grandes y tristes nuevas son éstas que traedes, y lo que d'ellas sentir se deve es la pérdida de tal hombre como vu[e]stro tío y sus fijos, que la ínsula por ventura fue ganada y por ventura fue agora perdida, assí que no nos devemos ende mucho espantar. Mas dezidme quién la tomó y en qué manera, que no devía de ser con poca gente.

–Tomola, señor –dixo Marcil–, el más bravo y desemejado gigante que ay en el mundo ni en quien ay tanta bondad y fortaleza en armas como en él: llamase Dramirón de Anconia, fijo del gigante Brutervo, que, aportando una mañana en el puerto de la ínsula con muy grande flota [y] trabajando de tomar puerto, y como mi tío lo supo, ayuntando la gente que ende avía, salió a gelo defender, mas tanta gente era salida en tierra que gelo no pudo estorvar a los otros, ca aviendo brava batalla con los que salidos eran con la bondad de sus fijos y los cavalleros de la ínsula, los más d'ellos eran muertos y destruidos fasta que

socorrió el gigante con más de cuatro mil hombres de pelea, y él entréellos como una alta torre entre almenas; y mi tío, no lo dudando, queriendo antes morir con esfuerço que con covardía escapar, ovo con él y con su gente tal batalla que turó fasta hora de bísperas, mas el gigante fizo tales cosas cuales nunca fueron vistas en el mundo, ca por cierto se dize que nunca dio más de un golpe solo a cavallero ca no tenía más d'él que temer; y por donde iva fazía estrago que era maravilla, de guisa que su persona sola era bastante para vencer la nuestra batalla, mayormente siendo tanta gente como era y la tierra muy poca, la cual el gigante con su gente destruyó de tal suerte que allí assí mi tío como sus fijos tomaron las muertes, y la gente fue destroçada y puesta en fuida, y yo escapé entre los muertos, ca de un encuentro el jayán me falsó el escudo y la loriga, y passó el braço izquierdo y me echó en tierra y el cavallo encima, y fui tan quebrantado que me no pude valer, y allí quedé por muerto, y el jayán con su gente, sin aver quien gelo contrallar, se tomó la fortaleza y alcáçar de la ínsula y prendió toda la gente que ende falló; y yo de noche levanteme lo mejor que pude a grande afán y tomé este cavallo que suelto andava por el campo y puseme en el derecho camino donde agora soy llegado, mas con mayor alegría quedara muriendo muy crudamente acompañando las muertes de los preciados cavalleros que aí murieron.

Y acabado esto començó ^{167v} a llorar agramente. El rey ovo piedad d'él y dolor de los suyos que eran muertos, y mucho más de Isanjo y de sus fijos, y dixole:

–Amigo Marcil, lo que yo de aquí más siento es la muerte de vuestro tío y cormanos y de la otra gente que murió, ca esse gigante, por más bondad que en él aya, no se ampara mucho tiempo contra mi poder que no lleve la emienda que sus compañeros todos ovieron, ca no me avría por rey si assí lo no cumpliesse. Vós idvos a desarmar y curar de vuestras llagas que muy menester lo avéis, y yo entenderé en el remedio que a tal caso más atañe.

Marcil le besó las manos y se fue a curar, ca era mal llagado a maravilla, tanto que otro cavallero tan ardid no fuera no se pudiera tener en la silla.

El rey quedó muy triste hablando con aquellos altos hombres y poderosos príncipes, que le consolavan diziéndole que ellos tomarían aquella empresa como cosa propia que a todos tocava en general, y cada uno en especial ofreciéndose luego para entrar en aquella demanda. El rey les agradeció su buena voluntad diziendo:

–Buenos señores, nunca a sazón ninguna me quisiera ver en dispusición de tomar armas para ver aquel gigante qué derecho pretende en mi ínsula, que tantos tiempos ha que es en mi señorío, para d'él y de los suyos tomar ravisosa vengança, y assí lo faré si Dios mejora mi enfermedad con salud, ca la muerte de aquellos que allí murieron me pone en grande dolor de la sentir y desseo de la vengar.

Y todos aquellos altos hombres le dixeron que él dezía lo que d'él se esperava, mas que ellos farían en aquel caso tales crueldades que los muertos fuessen ende bien vengados y los vivos bien satisfechos, y el que mayor gana d'esto tenía era el príncipe Florisando, que mucho desamava el linaje de Brutervo por quitar de su estorvo tan grande enemigo como aquel Dramirón de Anconia, que bien creía que en el mundo todo no avía quien más que Dramirón le desamasse, y por ello desseava mucho con él aver batalla.

Y assí hablaron mucho en el jayán y su esquiviza, y aquel anciano cavallero Dinadáus le loó de gran fortaleza, que cuando anduvo en el reino de Scitia lo oyera mucho nombrar, mas ni por ello Florisando le temía alguna cosa, antes dezía que nunca batalla tomava con mejor gana que con gigante, porque su gran sobervia y follonía le ayudavan contra

él y sus malas obras lo perseguían, y que más dudava batalla de un buen cavallero que de cualquier jayán. En esto passaron grande pieça platicando cómo la vengança d'ello mejor se podría tomar.

¶ Capítulo cxlj. En que se recuenta la vida d'este gigante Dramirón de Anconia.

EL AUTOR OS quiere agora dar cuenta de la vida d'este gigante y cómo más presto no vino sobre Bretaña, pues era de la liga de los paganos. Y sabed que este Dramirón fue fijo de Brutervo de Anconia, el cual fizo en el tiempo de su juventud en la más brava giganta de todo el reino de Scitia, aunque fermosa, que Arcalona avía nombre, y este gigante salió más a su padre que ninguno de los otros tres fijos, y fue el primero que ovo Brutervo antes que fuesse casado; y como fuesse en edad de ser cavallero, no osando recibir orden de cavallería de las manos de su padre porque era casado y su madrastra lo desamava de muerte, y por ello se fue a la corte del rey de Libia, que aquella sazón era buen cavallero, y de sus manos recibió la orden que desseava con mucha onra, dándole otrosí gentes y cargo de muchas cosas, en las cuales él dio tanta muestra de su bondad que fue maravilla, y el rey lo amava mucho y fazía grandes mercedes. Y este gigante, con la braveza de su coraçón y fortaleza de armas, venció y sojuzgó los Getulos, Numedos y Barceos, tres pueblos los más guerreros y feroces de toda África, y conquistó las tierras que le eran rebeldes y ganó otras que suyas nunca fueron. Y viendo el rey la gran bondad d'este gigante, lo casó con una su hija ^{168r} bastarda y le dio el señorío de Getulia.

Pues estando este Dramirón en sus señoríos, supo la muerte de su padre y hermanos y perdición de la isla, y luego conquistó gente para venir sobre aquellos que los mataron, mas el rey de Libia gelo rogó tanto que ovo de esperar fasta que él fiziesse gran armada y truxesse grandes huestes en su ayuda, y, atendiendo esto, uvose de ordenar la liga de los paganos con los cuales este jayán y el rey su suegro se confederaron. E partiendo de su tierra este jayán, como en ál no tenía ojo sino en cobrar lo que su padre avía perdido, tomó la vía de la isla de Certa, y el rey de Libia y el rey de Colcos vinieron sobre Bretaña. Yendo así el gigante en la vía de su conquista, dio en él tal tormenta que lo fizo desviar muy lexos de la isla, de guisa que, siguiéndolos algunos días la tempestad, fue aportar en una isla de gran poblazón que de la Laguna se llamava, onde la gente de la tierra ovo con la suya tal batalla defendiéndole el puerto que le mataron gente de dos naves y gelas quemaron antes que el jayán tomasse puerto. Mas después que salió en tierra ovo grandes batallas con el rey de la isla, que por tener grandes compañías mantuvo la guerra algunos días, mas al fin pudo más la fortaleza de los pocos que la flaqueza de los muchos: el rey de la isla fue muerto a manos de Dramirón y su gente vencida y estragada y su isla tomada, que grande y bien poblada era, y el gigante ovo sabor de morar en ella algunos días por reparar su flota y fazer pacífica la isla, que muy rica y viciosa era. Y aviendo todo proveído y gentes que la governassen en su nombre, faziéndose primero de los moradores jurar por rey, se partió en su demanda, y porque avía fecho grande rodeo tomando otra vez la vía de Certa, una mañana los maestros de las naves vieron la Ínsula Firme que cerca era y dixeron al gigante:

– Señor, veis la más rica y fermosa ínsula que ay en el mundo.

– ¿Cómo se llama? – dixo el gigante.

–La Ínsula Firme –dixeron ellos–; es del rey Amadís, que la ganó por ser el mejor cavallero en armas que en aquel tiempo avía en el mundo, aviéndose bien dozientos años que estava sin señor.

Cuando el gigante oyó que aquella era la Ínsula Firme que por el mundo era tan nombrada, mandó aportar las naves en tierra con desseo de la tomar por dos cosas: la una por ser del rey Amadís, a quien él desamava de corazón por ser tío de aquel que matara a su padre y hermanos; y la otra porque, si aquella le no agradasse tanto como la de Certa, que podía sacar con ella buen partido. Y con este propósito salió en tierra y la gente de la ínsula estava desapercibida, que como la furia de los paganos fuera estragada en Fenusa no creían que oviesse entr’ellos quién a Bretaña osasse assomar. Y estando en este descuido llegó el gigante y fizo lo que avéis oído, de lo que el rey Amadís era tan triste en su corazón como si perdiera la meitad de sus señoríos, porque siempre Dios en aquella ínsula lo fiziera bienandante, y por ser la primera cosa que ganara por fuerça de armas y lealtad de corazón.

Y sonando la perdición de aquella fermosa ínsula por el palacio, todos los cavalleros eran tristes y desseavan servir al rey su señor en aquella afrenta como en las otras lo solían fazer, mas sobre todos el rey sentía la tal pérdida como aquel que más perdía assí de honra como de renta.

¶ Capítulo cxlij. De cómo a la corte del rey Amadís llegó una estraña donzella de parte de Dramirón a desafiar los cavalleros del rey Amadís, y de cómo ganó las armas de Florisando.

ESTANDO LOS MÁS principales cavalleros de la corte juntos en la cámara del rey, aviendo consejo sobre la partida, entró por la puerta Ardián, el enano del rey, y dixo:

–Señor, en la sala queda la más estraña donzella del mundo que vos demanda.

–Fazla entrar –dixo el rey.

Los cavalleros estaban sentados en muy ricos assientos y sus ^{168v} presencias testigos eran de sus estados. La donzella era de grande cuerpo poco menos que gigante, muy bien tallada y fermosa; venía vestida muy ricamente encima de unas muy fuertes armas y las ropas con muchas aberturas porque la blanca loriga le pareciesse; traía un fermoso escudo a su cuello, ca avía el campo de plata y ossos menudos de oro; traía en su cabeça sobre sus fermosos cabellos un yelmo rico dorado, traía otrosí ceñido un terciado de gran valor; traía consigo tres donzellas otrosí apuestas y ataviadas que la servían. Y assí d’esta guisa entró por la cámara donde el rey estava. Todos fueron espantados de su traje de armas mucho más de su grandeza, que no avía cavallero en la corte que ella mayor no fuesse un pie salvo Marcival el Grande, que le era igual. Y entrando assí esta donzella en la cámara del rey, humillose mucho y, quitando el escudo, lo dio a una donzella y el yelmo a la otra, el terciado a la otra, quedando sus cabellos como el fino oro esparzidos por sus espaldas que gran parte del cuerpo le cubrían, lo que junto a su parecer era muy apuesta donzella, tanto que de su presencia todos fueron muy contentos, y ella su passo a passo se fue delante del rey, fincándose de rodillas [y] faziendo gran acatamiento, preguntó:

–Señor, ¿sois vós el rey Amadís?

–Buena donzella, sí –dixo él–, en cuanto Dios quisiere.

–Pues a vós soy venida –dixo ella– con mensaje si os pluguiere de lo oír.

–Sí, buena donzella –dixo el rey–, mayormente trayéndolo donzella tan estraña como vós.

–Merced, señor –dixo ella–, por la honra que me dais, agora juzgo que no sois tan nombrado por el mundo como vuestro gran valor merece, según una donzella estraña como yo de vós soy recibida no sabiendo la causa de mi llegada, si d'ello es merecedora.

–Cualquiera que sea la embaxada –dixo el rey– no deve dañar al que la trae, porque la culpa es del que la embía. Dezid vós todo lo que os pluguiere, que todo vos será oído.

La donzella se le umilló mucho y le dio una carta de pargamino. Él rey la fizo leer delante sí y vio que era de creencia, y dixo:

–Dezid, donzella, lo que os pluguiere, que aunque tal creencia no traxérades, vuestra fermosa presencia merecía todo crédito.

La donzella se le umilló otra vez y le quiso besar las manos, mas el rey no gelas quiso dar, y la donzella le emeçó de dezir:

–Poderoso rey y esforçado cavallero, el dudado Dramirón de Anconia, mi señor, te faze saber que él ha venido de su tierra con intención de te dañar en lo que pudiesse como aquel que era en la liga de los paganos, y que, navegando por la mar, aportó en tu Ínsula Firme y que por fuerça de armas, aunque muy dura resistencia falló, la tomó y la posee y que para tu saber cuanto sus fechos son más de esforçado cavallero que de avariento cossario, te embía a dezir que no precia aquella ínsula, aunque sea de las principales del mundo, salvo por se provar con los cavalleros de tu casa, porque su intención no era salvo de ir a tomar la isla de Certa, que fue de su padre, y que, guiándolo la fortuna a estotra parte, es al presente mudado su propósito en otra manera: que la ínsula que tomada tiene la quiere poner en batalla de cualquier cavallero de tu corte, con tal condición que si lo venciere que libremente te entregará la ínsula, si no, que el vencido sea preso y en su merced, y d'esta manera manterná la batalla con todos los cavalleros de tu corte uno a uno fasta que él sea vencido o de todos vencedor, no dudando que con tus gentes y valedores no le venciesse en campo, ca no tiene tanta hueste como tú, y que, por otra parte, no te sería mucha honra vencer a él pues a tantos reyes y grandes señores has vencido en campo, y que esto te faze por mejor partido y por más sossiego de tus gentes y menos pérdida de tus vassallos y mayor esperimento de su bondad. Y d'esto me da la respuesta como te pluguiere, que de cualquiera manera no teme mucho tu poder siendo tú grande rey y él tan poco nombrado cavallero.

Acabada la fabla, assí el rey como todos los que aí estava, fueron muy espantados de la demanda del gigante, y cómo teniendo ganada aquella ínsu<su>la con su gente, junta a la fortaleza de la tierra, se podía defender muchos años y por la poner en una aventura de una batalla de su voluntad, juzgaron todos que con razón su fama sonava en toda parte, pues a las estrañas aventuras tan deliberadamente se ofrecía. El rey le respondió:

–Buena donzella, vuestro señor demanda fermosa cosa como hombre de gran bondad en armas según por el mundo d'él se suena, y tal hombre le querría ^{169r} tener por amigo que por contrario, no por temor de su esquiviza, mas por ser mi costumbre fazer honra a los buenos y señalados cavalleros. Si él tal estrago en mi gente no oviera hecho ligeramente le perdonara el enojo y creed, buena donzella, que nunca de persona lo recibí que a todo mi poder Dios queriendo no oviesse la vengança, y si mi enfermedad me no estorvara yo

fuera el primero que lo combatiera, mas en mi casa ay tales que gelo demandarán muy caramente, y por ellos y por mi si salud oviere acepto la batalla.

E luego se levantaron muchos y muy señalados cavalleros, entre los cuales eran el rey Agrajes y Florisando y Arquisil, diziendo a una boz que todos morirían por su servicio así en aquella afrenta como en otras mayores si el tiempo las ofreciese.

–Paréceme, señor –dixo la donzella–, que aquí ay tantos que, si tan buenos son en las armas como desseosos de las executar, en este caso hermosas batallas avrá.

–Como quier que sea –dixo el rey–, su bondad o desseo adelante se verá cuánto es el poder y valor de los míos.

–Vós respondistes, señor –dixo ella–, en la manera que yo esperava, y recaudado tengo quanto a esto mi embaxada: seguridad no la queráis mayor que la palabra de Dramirón que, aunque todo el mundo suyo fuesse, antes lo perdería que faltar un punto d’ella, ca mantener la verdad también la eredó de su padre Brutervo como el esfuerço y ardimiento, y si rehenes queréis también os las dará muy buenas, y fazed el assiento a vuestra voluntad, que mi señor lo cumplirá que no falte cosa.

–En estas cosas tales –dixo el rey–, quanto más seguridad ay más de loar son los cavalleros que se combaten, porque más seguros acometen sus enemigos, y otrosí, no aviendo rehenes, bien podría vuestro señor no cumplir su palabra por no estar en poder para ello y sus hombres la quebrantarían.

–No, señor –dixo ella–, que no trae él en su compañía quien quiebre su palabra, mas quien la adelante que maldito sea el criado que no mantiene la palabra del señor. E por mayor segurança, mi señor dará por rehenes un hijo suyo y los principales de su compañía.

–Assí sea –dixo el rey–, y luego avrá la batalla con mis cavalleros en la forma que dessea. Estonces la donzella le dixo:

–Señor, ¿en vuestra compañía es el príncipe Florisando?

–Sí, por cierto –dixo el rey–; aquél es del gambax de escarlata.

Florisando, cuando oyó que hablaban d’él, levántose en pie diziendo:

–Yo soy, buena donzella, por quien preguntáis.

La donzella lo miró muy ahincadamente y maravillose siendo mancebo de aver muertos tales y tan espantables gigantes, y dixole:

–Señor Florisando, si vós sois aquel de quien tan altamente se habla en toda parte, a tiempo estoy de ver si la fama responde a la verdad. Bien sabéis que por vuestra mano murieron aquel valiente jayán Brutervo y sus tres hijos gigantes, con cuyas muertes tanta fama avéis ganado, que lo que vos sobra faría a muchos que lo no son de gran nombradía. Mi señor Dramirón de Anconia, como hijo del mismo Brutervo, vos desafía y ha por desafiado por la muerte de su padre y hermanos y por la isla que tenéis que d’ellos ha sido, y os manda dezir que si batalla con él queréis que la hará con tal condición que si lo vencierdes vos dará y entregará el señorío de la Isla de la Laguna, que es gran señorío que pocos tiempos ha que ganó, y si vos venciere que le entreguéis vós la Isla Desierta y que, aunque el premio de la batalla tal no fuesse, por quitarvos tan gran enemigo de vuestro estorvo devíades de aver con él batalla, ca vos desama de coraçón y dessea tomar de vós cruda vengança, y estos y otros partidos haría con vós con tal que le otorgásedes la batalla, y yo de mi parte assí lo desseo no tanto por ver la crueldad que en vós hará, como por saber de vista algo de vuestra bondad como lo he oído de vuestro valor.

–Muchas gracias a vós –dixo Florisando– por la afición que tenéis por saber de mis obras, y cuales sean antes las pornía por vuestra honra en aventura que por la enemistad de vuestro señor, que cierto si me desama tiene en ello mucha razón, ca no me valga Dios si amor ninguno le tengo, porque sé que es sobervio y cruel como su padre y muy perseguidor de cristianos; cualquiera cosa d'estas que toviera nunca hiziéramos conveniencia ninguna, cuánto más teniendo todas y otras peores; mas a vós, buena y estraña donzella, haría yo toda honra, y no ay cosa que me pidáis que vos la no otorgue muy de grado.

–Buen señor –dixo ella–, pues tan buena voluntad me mostráis tener, yerro sería no la aceptar, endemás no se esperando de tal hombre ser menos el cumplimiento que la promessa, y para saber si d'ello no soy en<en>gañada vos quiero pedir un don.

–Demandad –dixo Florisando– lo que vos pluguiere, ^{169v} que no ay cosa que vos no otorgue si con razón otorgar se deve.

–El don que yo vos demando, señor –dixo ella–, es que me deis vuestra espada y escudo y yelmo que de Brutervo y sus hijos avéis ganado, porque, como sea mujer y dessee mucho provar las aventuras de esta tierra, con tales armas no solamente mi falta, mas desseo será cumplido.

–Buena donzella –dixo Florisando–, plégavos de os quitar de tal don y pedid otro qual querades, que yo lo cumpliré sin falta, ca yerro sería daros mis armas, pues con ellas me pueden hazer mucho mal, endemás si el gigante Dramirón las oviere.

–Buen señor –dixo ella–, yo vos doy mi fe como leal donzella que ellas nunca sean contra vós, ca solamente las pido por la razón sobredicha, y assí lo cumplid si queréis, que otro don vos no quiero demandar con temor que lo no cumplades como éste.

Mucho fue Florisando d'ello triste y todos los reyes y señores que ende eran le aconsejaron que no le diesse sus armas por la pérdida que d'ello se seguía. Mas él, que la falta de la palabra temía más que la vida y hazienda, con muy alegre semblante gelo otorgó.

Ella le dio grandes agradescimientos por la tal merced. E aquel día fincó en el palacio por ruego de Florisando, que le dixo que al otro día le daría las armas para ella y respuesta para el gigante. E assí la donzella fue aposentada en una rica cámara y fue servida muy honradamente, y al otro día, en presencia del rey y de sus altos hombres, le dio las armas con la condición que ella jurado avía diziéndole:

–La respuesta que daréis a vuestro señor es que a mí me plaze de aver batalla con él no sobre ganancia de ínsulas ni de señoríos, salvo por la gran enemistad que entre nosotros ay quiero que se acabe con la muerte del uno o de ambos, y dezilde que sin que me la mandara pedir la oviera, ca estando él en essa ínsula del rey Amadís mi señor de muy lexis tierra lo fuera a buscar para aver con él batalla, y assí lo haré agora, que con él seré lo más presto que él piensa. No digo más cuanto a él, y a vós, buena donzella, hará toda honra aunque vos no conozco.

–La honra que yo querría –dixo la donzella–, allende de la merced que me avéis hecho es que otro cavallero metiéssedes con vós para me combatir con él sobre la razón de mi señor.

–No ay aquí cavallero –dixo Florisando– que contra tal donzella vestiesse loriga ni ciñesse espada, salvo contra aquellos que la quisiesen enojar.

–Pues sepan los cavalleros –dixo ella– que ya me combatí con otros que de bondad no presumían menos que ellos y hallaron en mí más resistencia de esforçado cavallero que de hermosa donzella.

–No sé cómo esso será –dixo Florisando–, mas yo antes querría por mí los que veniessedes con hermosura que con la bondad de las armas.

–Si alguno lo quiere experimentar –dixo ella– sabrá cómo sé herir de lança y de espada, aunque tal ábito estraño sea a las mujeres.

–Según esso –dixo Florisando–, en todo Dios os hizo estraña, mucho tenéis que le agradecer.

Y la donzella se despidió estonces d'él y del rey Amadís muy alegre con las armas, y se partió con su compañia y se dio tanta priessa que llegó a la Ínsula Firme. E con su llegada y respuesta fue el gigante Dramirón muy alegre, endemás cuando ella le dixo que avía ganado las ricas armas de Florisando, y cómo él gelas avía otorgado por un don. El gigante las tomó y conoció que avían sido de su padre y dixo:

–Nunca los dioses quieran que las armas de mi linaje traía persona salvo yo, que más cercano soy de su deudo.

Y teniéndolas assí delante los ojos acordose de la muerte de su padre y hermanos, y no se pudo tener que no llorasse muchas lágrimas, y juró que con aquella espada con que su padre fuera muerto haría tales cosas en su vengança que la fama d'ello fuesse tal que siempre turasse entre las gentes. La donzella fue ende muy triste por la fe que avía dado a Florisando, mas, siendo Dramirón su señor, no le convino otra cosa, ca temía mucho su sobervia y crueldad.

Florisando quedó con el rey, no perdiendo el esfuerço con la falta de tales armas para la batalla del gigante, y con mucho esfuerço consolava a sus amigos, que muy tristes eran por la pérdida de sus armas, diziéndoles:

–Buenos señores, no queráis ende ser tristes, ca mis armas por ventura se ganaron y por ventura se perdieron, sin ellas Dios me ha ayudado en otras grandes afrentas y assí hará en esta si fuere su voluntad.

El rey Amadís le emprestava ^{170r} su buena espada verde y Arquisil la suya, mas él no las quiso salvo una de la reina Oriana que le avía dado, la cual según su riqueza y poca bondad que después mostró más la podíamos llamar rica y hermosa que buena ni presciada; y mandó luego fazer un fuerte yelmo y escudo para el cuerpo del arnés que de Brutervo le quedava, aparejándose muy presto para ir a aver batalla con el gigante.

¶ Capítulo cxliij. De las aventuras que acontecieron a Lisuarte y a Galeote camino de Bretaña, y de cómo Lisuarte mató a Galión del Lago Negro.

PARTIDO DEL REINO de Leonís Lisuarte y Galeote, como avéis oído, andando por sus jornadas solamente con sus escuderos, aconteció que un día, siendo hora de nona, caminando por la falda de un espesso monte, vieron contra sí venir una donzella que en su traje bien parecía estraña, llorando de sus ojos lágrimas en abundancia, messando sus cabellos que fermosos eran. E cuando a ellos llegó salvaronla muy cortésmente, mas ella de dolor no podía hablar. Ellos le dixeron:

–Buena donzella, dezidnos si vos plaze la cuita que avéis, que según mostráis no deve de ser pequeña, y, cualquiera que fuere, la remediaremos a todo nuestro poder.

–¡Ay, buenos señores –dixo ella–, mi cuita y pérdida es tal que nunca puede aver cobro, aunque puede que vengança! Sabed, cavalleros, que en el somo de este monte fallé un mal hombre que a caça andava con sabuesos, que me prendió dos escuderos y me escarnió contra ley y estilo de cavallería, no me valiendo ruegos ni lágrimas que d'él no fuesse escarnida.

–¿A do pensáis, buena donzella, que lo podríamos hallar?

–Esso no vos sabré dezir –dixo ella–, mas de creer es que no mora muy lexos de la montaña, pues en ella andava a caça.

–Assí deve de ser –dixeron ellos–, y si con nosotros vos queréis bolver, si le hallaremos punaremos de os dar emienda.

–¡Dios vos lo quiera galardonar, buenos señores! –dixo ella–, que, aunque mi camino era muy de priessa, no ay cosa por qué de ver lo que ende haréis contra aquel mal hombre.

Entonces los dos cavalleros la tomaron consigo y ella los guió por un pequeño sendero y fueron al lugar a do la donzella fuera forçada a la sombra de unos madroños, y dende tomaron el rastro costeando la montaña, y a hora de bísperas abaxaron a lo llano, donde hallaron dos caminos y ovieron consejo que cada uno siguiesse el suyo. Luego Galeote pidió las señas a la donzella para conocer el cavallero. Ésta le dixo que era hombre de mediana estatura, moreno de rostro, que avía la brava grande, vestía paños de monte y traía un cavallo tordillo y muchos perros tras sí. Entonces Galeote tomó la vía de la mano siniestra, dexando assentado con su compañero que al tercero día fuessen juntos en aquel lugar. E assí partió cada uno por su parte. Lisuarte, con la donzella y su escudero, siendo hora que el sol se ponía, vieron en un valle un gran lago de agua, y a la salida d'él una torre assaz alta y hermosa, y unas casas grandes y fuertes que con ella se contenían. E guiando al lago vieron que en él avía mucha caça de aves y fueron espantados de su grandeza, y cómo el agua era negra y embuelta. Guiando más adelante vieron venir por una traviessa que a la torre guiava compañía de gente que a la torre se acogió, y era hora que anochecía. E Lisuarte se aquexó por llegar, mas cuando llegó ya las puertas eran cerradas. Entonces dixo a la donzella:

–Amiga, ¿qué os parece que devemos de fazer?

–Lo que por bien tuvierdes –dixo ella.

–Pues a mí me paresce –dixo él– que no devemos querer alvergar en la torre, porque tierra donde fazen fuerça a las donzellas poca lealtad guardarán a sus huéspedes, y también por ventura el cavallero sería d'esta torre, y si agora lo avisamos mañana no saldrá temiendo ^{170v} lo que ha hecho. Atendámosle en la floresta hasta mañana y sabremos de la gente de la torre nuevas del cavallero, y assí tomaremos el consejo.

–Como mandardes se faga, señor –dixo ella.

Entonces se apartaron de la torre a la otra parte donde era un pequeño mato y allí alvergaron a la entrada. E Lisuarte mandó a Evaristo que fuesse a la torre y traxiesse algo que comiessen y cevada para los cavallos, y él se fue a la torre, mas cosa no le quisieron dar ni vender, diziéndole que cavallero que a tal hora andava más devía de vivir de robos que de buscar aventuras, e assí lo despidieron con feas palabras como de casa de tal hombre se atendía.

Evaristo se bolvió do quedara su señor y dixole el poco recaudo que traía, de que él fue muy airado de la gente de la torre, y passaron aquella noche con harta hambre y sed. Los cavallos comieron de las hojas de aquel mato, que otra yerva ende no avía. Lisuarte mandó a su escudero cortar de las ramas de las xaras y madroños y hazer camas en que alvergassen.

Estuvo mucho hablando con la donzella, preguntándole qué ventura la truxiera en aquellas partes, que su lenguaje la mostrava ser griega, ca todo hablava en aquel language.

–Buen señor –dixo ella–, yo soy natural de la ciudad de Atenas y sirvo a una hermosa dueña, señora de Taranto, la cual vive muy penada por amores de un cavallero mancebo de casa del emperador de Constantinopla, en tanta manera que sin él no puede sostener la amarga vida que passa, y en tanto aprieto la puso el amor que no solamente es enajenada de plazer, mas de salud, de guisa que sin ver este cavallero no puede guarescer de muerte. E sabiendo que él es venido en estas partes a se provar en las aventuras de Bretaña, me embió con una carta en su busca, y así con esta demanda mi ventura me truxo a tal desventura, queriendo yo remediar la de aquel cavallero caí en otra mayor, ca ayer, de aquí ocho leguas, hallé su escudero más muerto que vivo, según la gran tristeza le aquexa, diziendo su señor ser preso a traición en un castillo y puesto en gran peligro de la vida, y partime d'él yo por una parte y él por la otra a buscar algún buen cavallero que lo quisiesse librar de aquella prisión, ca cierto en él se aventura gran bondad de cavallero; y quiso mi desastrada suerte que el socorro que fallé fue desonra y menoscabo para mí, donde si vengança no alcanço del traidor, el tiempo de vida que me restare será gastado en lloros de amargura.

–Dios vos dé alegría, buena donzella –dixo Lisuarte–, y a esse cavallero libre de peligro, ca mucho es de pesar cuando los buenos sin razón resciben contrastes alguno. Yo holgaría de socorrer a esse cavallero si mi bondad a ello fuesse bastante, mas mucho vos ruego que me digáis cómo ha nombre esse cavallero, si es cosa que encobrir no se deva.

–No es tal –dixo ella– que huelgue ser publicado, que así públicamente le ama mi señora y se ha d'ello por pagada. El cavallero es hijo del duque Gastiles y ha nombre Polardos.

–¡Ay, señor Dios –dixo Lisuarte–, guarda tan buen cavallero de traición que le no puedan nuzir sus enemigos, ca gran pérdida sería si tal hombre se perdiessse que en gran parte del mundo a duro se hallaría!

–¿Conoceisle, señor? –dixo la donzella.

–Sí –dixo él–, ca muchas vezes lo he visto.

Este Polardos era muy señalado cavallero y grande burlador de dueñas y donzellas, y no tenía con ellas más ley de cuanto con ellas se fallava: ninguna amava de corazón que oviesse tratado, y era tan bienandante que de todas era amado y querido, así como la señora de Taranto, dueña de muy alta guisa, que por su soledad aquexada con su amor otra cosa no le restava salvo tomar la muerte con sus manos, de lo que Polardos poco se curava, teniendo más el pensamiento en las armas y cosas de ganar honra que en amores. Mas, si bien apartado era de amar las donzellas, tiempo fue que ovo el pago d'ello, ca morando con una mala donzella tres días en el reino de Gaula, ella le enartó de suerte que cuanto a las otras aborrecía tanto a aquella amava de corazón, siendo ella en hermosura y linaje la más baxa que él avía tratado fasta allí, y a aquella amó tan fuertemente que el amor no se quebró salvo por muerte d'ella.

E tornando a la historia, después que Lisuarte ovo sabido muchas cosas de la donzella, la hizo acostar sobre las ramas y cobrir con el tavorde de su escudero, y él se acostó en las otras ramas no se olvidando de su señora Elena y de las mortales angustias que por su causa sufría, como la señora de Taranto por Polardos, sin él la tener verdadero ni leal amor. Y después de muchos pensamientos, que assaz dolor traían a ^{171r} su corazón, dormió lo que la noche le quedava.

Y al otro día se levantó y tomó sus armas y cavallo, y tomó consigo la donzella y guió derecho a la torre, y ante los palacios que con ella se contenían avía un grande corral cercado de pared fuerte y almenada, en el medio d'él avía un gran aciprez y al pie d'él una fuente de agua clara. Lisuarte entró por la puerta del corral, que grande era y cubierta de losas blancas, y a un cabo so unos corredores estava un cavallero armado de unas armas negras, y dos donzellas le calçavan las espuelas, y un escudero le tenía el yelmo y la lança. Y luego la donzella le conoció y dixo a Lisuarte:

–¡Buen señor, veis ende el mal cavallero de quien en el monte fui escarnida!

Lisuarte fue d'ello alegre y llevaba todas sus armas, y el cavallero de la torre otrosí conoció a la donzella que él avía forçado, y bien vio que el cavallero venía para la vengar, mas no lo temió, tanto era de ardid y esforçado, si las malas maneras le no macularan la bondad. Lisuarte, llegando a él, lo salvó con mesura, mas él no lo quiso salvar, con sobervia antes le dixo:

–Cavallero, ¿qué buscáis en esta torre donde ningún cavallero andante devía de entrar porque en ella más le harán enojo que darán plazer?

–Vengo –dixo Lisuarte– por saber de ti por qué contra ley de Dios y estilo de cavallería has forçado esta buena donzella que muy honrada deviera de ser de ti por ser cavallero, y por ello vengo a tu torre, ca en otra manera a poco me preciaría venir a ella, pues los buenos en ella no hallan honra.

–A tan sandio cavallero como tú –dixo Galión– no tengo de dar razón de mis hechos, y si la donzella fue forçada, demándame tú la fuerça y vete fuera luego de mi torre, que porque me semejas loco no quiero de ti tomar castigo.

Lisuarte fue muy sañudo de la villanía del cavallero por su soberviosa respuesta, y dixole:

–¡Cavallero, en batalla sois, ca el aleve que hezistes a la donzella no se devía assí passar! Defendeos tomando vuestras armas o vos heriré sin ellas, ca a cavallero tan follón no devía hombre de guardar mesura.

Galión fue muy sañudo y tomó luego sus armas y, según avía los miembros grandes, parecía aver gran fuerça. E como assí estuvo a punto, dixo a Lisuarte:

–Desaventurado cavallero, defensa te no tiene pro que no mueras a mis manos, y cuando matarte no quisiere te meteré en tal prisión que más amarga te sea que la misma muerte.

Entonces se arredraron el uno del otro con mucha saña y hirieron los cavallos de las espuelas, que con los pies llamas de fuego bivas hazían salir de las losas, y encontraronse en la mitad de los escudos tan fuertemente que fueron falsados y las lanças en pieças por el aire; y toparonse de los cuerpos y cavallos tan bravamente que Lisuarte perdió una estribera, mas luego la cobró, y Galión fue a tierra mal llagado, y tanto le avino de bien que llevó las riendas en la mano y tornó a cavalgar, y echó mano a su espada y atendió su enemigo. Lisuarte bolvió luego sobre él esgrimiendo su espada y començaron de se ferir muy fuertemente, el ruido de las armas y el estruendo de los pies de los cavallos en las losas del corral era tanto que muy alueñe se oía. Los presos que en la torre tenía Galión fueron muy espantados y dezían entre sí: *¡Desaventurado es aquel que cae en la crueldad de Galión, pues en tan esquivo lugar lo ha de poner! ¡Dios quiera guardar de tal cuita a todo hombre!* Los cavalleros andavan en su batalla sin holgar punto, antes heriéndose por todas partes, ca mucho a maravilla era buen cavallero Galión si sus malas obras le no escurescieran el loor, mas a do la mayor bondad estava más claro se parecía, ca Lisuarte avía lo mejor aunque avía algunas llagas, mas Galión avía el yelmo cortado por tres partes, que todas le llegavan

hasta el hueso, y avía otras muchas por el cuerpo, de que perdiendo mucha fuerça con la sangre començó a enflaquecer y Lisuarte lo cargava de mortales y esquivos golpes, de guisa que trayéndolo a una y otra parte lo atordió y, viéndolo desatinado, llegose a él y dióle del escudo tal golpe en los pechos que lo echó a tierra y dio de cabeça en las losas, y los lazos del yelmo fueron quebrados y él quedó atordido como muerto; y Lisuarte vio salir por una puerta hasta seis hombres de servicio con lanças y escudos por socorrer a su señor, y él fue luego contra ellos diziendo:

–¡Captiva gente, poné las armas o muertos sois!

Y ellos, como eran de baxa sangre, a los cuales muy ligeramente fallece el esfuerço, ovieron pavor y, viendo su señor muerto, pusieron las lanças y los escudos. Lisuarte, parando mientes atrás, vio cómo la donzella se apeara de su ^{171v} palafrén y con la espada de Galión, que en el suelo estava, le tajara la cabeça y la tenía de los cabellos diziendo:

–¡Traidor, allá delante de Dios avrás el castigo de tu yerro, que acá en el mundo ya ovis-te la enmienda de tu maldad!

Y estava muy alegre y plazentera como es costumbre de mujeres ser muy inclinadas a vengança y ledas de la aver tomado, y se fue contra Lisuarte diziendo:

–Señor cavallero, agora creed que soy consolada de mi cuita, pues el que la causó ovo tan duro castigo. A Dios doy muchas gracias que lo permitió y a vós, buen cavallero, que lo executastes, y agora no resta otra cosa salvo soltar los presos que acá este mal hombre tener debía, que como me prendió mis escuderos sin culpa, así prendería otros muchos sin razón.

¶ Capítulo cxliij. De cómo Lisuarte sacó de la torre de Galión muchos presos, entre los cuales halló a Éstor el donzel, y cómo Galeote ende llegó y del gran plazer que ende ovieron.

VIENDO ASSÍ LISUARTE librada su brava batalla con Galión, queriendo sacar los que en prisión eran, se apeó de su cavallo y lo dio al escudero y dixo a los hombres de la torre que lo guiassen adonde Galión tenía los presos. Y ellos dixeron que sí harían, y Lisuarte hizo cerrar la puerta del corral y meter el cavallo en una casa, y tomando la donzella consigo y el escudero porque en su ausencia les no hiziessen mal, siguiendo los hombres que lo guiavan subieron suso a las casas, que grandes y hermosas eran, y fueron a la torre, y a la entrada hallaron al carcelero que las llaves tenía, y con temor abrió luego la torre, y sobieron a lo más alto, a donde avía una cámara muy grande y oscura. En aquella escuridad estava los escuderos y cavalleros presos, cargados de grandes cadenas y grillos muy pesados, tanto que a duro se podían mudar, y de hambre y de sed los atormentavan crudamente; por les dar gloria a las vezes les abrían una ventana para ver luz, mas era muy pocas vezes, y Lisuarte demandó lumbre, mas los hombres que bien lo sabían fueron a abrir la ventana y el primero que vido preso fue Éstor el donzel, y fue espantado qué aventura lo traería a tan esquivo lugar, y fuesse a él diziendo:

–¡Ay, buen donzel, quien te puso en tal prisión tan poco te amava como a la bondad!

El donzel fue espantado, ca no les conocía, ca traía las armas cambiadas, y dixo:

–Señor, ¿quién diré que sois, que vos no conosco?

Lisuarte se llegó a él y le dixo muy passito:

–Lisuarte soy, y no quiero por agora ser conocido.

–¡A Dios merced –dixo Éstor– que me vos dexó hallar, ca nunca pensé de salir d'esta prisión!

Entonces Lisuarte le hizo luego soltar y assí a los cavalleros, que siete eran y diez escuderos. Ellos eran tan alegres que no pensavan que avían cobrado soltura y libertad, mas que avían escapado de la mesma muerte. Y todos se vinieron derechos al cavallero a le dar los agradescimientos. Los escuderos de la donzella con muchas lágrimas se fueron a ella, ella los consoló llorando muchas lágrimas. Y assí salieron de aquel lugar y d'ellos avían las ropas rotas que las carnes se les parecían como aquellos que desde que en la prisión fueron metidos nunca se desnudavan, y vestidos y calzados dormían sobre los bancos donde salían los ramales de las cadenas, de que Lisuarte ovo tanta lástima que las lágrimas le vinieron a los ojos, y preguntó a los hombres de Galión si avía más presos en la torre.

–Sí, señor –dixeron ellos–, ay algunas dueñas y donzellas en otra cámara.

Y guiaron allá y hallaron en diez d'ellas y no tenían más prisión que grillos pequeños a los pies. Paravanse a unas grandes finiestras de rexa donde el gran lago y mucha tierra se parecía. Y a todas Galión avía forçado contra su voluntad y las tenía allí porque cualquiera d'ellas que le agradava la fazía sacar de la prisión, y cumplía su voluntad y le hazía luego volver a la cámara y echarle grillos. Y assí bivía este mal hombre, ^{172r} en tanto vicio y maldad desonrando dueñas, forçando donzellas, matando y prendiendo a traición los cavalleros, teniendo en su casa hombres que más en hurtos y maldades que en servicio de Dios gastavan su vida, e assí ovieron todos la fin cual el enemigo malo, que enredados los traía en tales maldades les devía de aparejar.

Pues tornando al propósito, Lisuarte, sacando aquellos presos a una gran sala, les dixo:

–Buenos señores, por la permissão divina todos sois libres y en entera libertad, y vuestro enemigo quitado del mundo, y en la torre no ay de quién tengáis temor.

Todos aquellos cavalleros, dueñas y donzellas le dieron grandes agradescimientos hincándose de rodillas, alçadas las manos al cielo dieron gracias a Dios.

Lisuarte mandó a los hombres de la torre que truxiessen paños para aquellos cavalleros y escuderos que las donzellas no eran tan menguadas de vestiduras, entre los cuales vio dos cavalleros mancebos que en su apariencia devían ser de alta guisa, y eran tan maltratados que las carnes les parecían en muchas partes y, si salvo para cobrir sus vergüenças, poco más les sobraba para los cuerpos. El cavallero uvo lástima d'ellos y hizo a su escudero quitar el tавardo y lo cubrió al uno d'ellos y al otro dio el manto con que las armas cubría. Los cav<e>[a]llos gelo agradecieron diziendo:

–Señor, Dios vos las quiera galardonar tantas buenas obras que de tal cuita nos sacastes, que tiempo fue que nos vimos en prosperidad, mas grandes días ha que somos en la desventura en que nos hallastes, sin nunca lo poder hazer saber a nuestros amigos en Bretaña.

–Muchos vos ruego –dixo Lisuarte– que me digáis quién sois y cuánto tiempo ha que estáis en esta prisión.

–Ambos somos hermanos –dixeron ellos–, hijos de Grindonán, hermano de Angriote de Estraváus, y desde el tiempo que el gigante Orián el Crespo passó en Bretaña y prendió nuestro tío Angriote de Estraváus, desde estonces somos presos por este Galión, que en su favor con muchos allegados era. E partido el gigante para su isla él nos truxo a esta su torre y nos tuvo en esta prisión, donde después sopimos de otros cavalleros que aquí

metieran presos las cosas de Bretaña, y cómo el rey Amadís nuestro señor era por gracia de Dios desencantado y los que con él eran, y de las grandes cosas que después vinieron en Bretaña. E así contando cada uno lo que sabía y sus desventuras passávamos vida, no menos angustiada que la misma muerte.

–A Dios merced, buenos señores, que permitió que pudiesen mis obras servir a tales hombres como vosotros lo sois.

A esta hora vinieron los hombres de la torre y traxieron muchos paños y ropas de que vestieron a los que de la cárcel salían, y pusieron las mesas y comieron de lo que en la torre avía, y las donzellas de la prisión curaron al cavallero de dos llagas pequeñas que avía.

Y estando allí, llegó Galeote a la puerta del corral que, hallando unos pastores, supo cómo en la torre morava el cavallero que avía forçado la donzella, ca ellos lo avían visto, y por ello guiava a la torre para aver batalla con él. E oyendo Lisuarte llamar a la puerta mandó a su escudero saber quién era. Y él mirando de las ventanas de la sala conoció que era Galeote, y fue a su señor diziendo que era el cavallero que d'él se partiera en el valle.

–¡Ay, Dios! –dixo Lisuarte–, ¡qué buena allegada!

Estonces le mandó abrir la puerta. E cuando Galeote vido a Evaristo el escudero, fue alegre y preguntole por su señor.

–Suso está en los palacios –dixo él–, y ha passado estraña aventura a su honra.

Y Galeote, viendo el cuerpo muerto, luego vio lo que sería y con mucho plazer se subió a la gran sala donde Lisuarte con los cavalleros lo salía a recibir, y como se vieron abraçaron con mucho amor, y Lisuarte contó a Galeote la aventura que avía passado.

Y estando así ambos, la donzella se fue a ellos diziendo:

–Buenos señores, según vuestra virtud no quiero dexar de vos pedir un don, porque, según delibradamente vos posistes en tanto trabajo por vengar mi desonra, muy mejor me lo otorgaredes siendo vuestra honra.

–Buena donzella –dixeron ellos–, demandad lo que quisierdes que si así es de voluntad lo otorgamos.

–Mucho vos lo agradezco, señores –dixo ella– y vos ruego que me aconsejéis en lo que en el caso de Polardos hazer devo, ca mucho quisiera que vosotros mismos hizierades aqueste socorro, mas veo que sois llagados.

–Buena donzella –dixeron ellos–, no avemos llagas para que dexemos de vos acompañar en essa afrenta y poner nuestras personas por deliberación de tal cavallero,^{172v} pues de nós començastes ser servida así lo sed fasta la fin. E luego de mañana nos pongamos en el derecho camino.

–¡Ay, buenos señores –dixo ella–, Dios vos lo quiera galardonar!

Estonces Lisuarte y Galeote ovieron consejo de lo que de la torre harían, y acordaron de dexar en ella cavalleros que la guardassen fasta su mandado, e los otros se fuessen a do más se otorgasse su voluntad. Lisuarte hizo juntar todos aquellos cavalleros y les dixo cómo al otro día convenía a su compañero y a él entrar en una aventura y partirse de su compañía, que les rogava que algunos d'ellos quedassen en aquella torre. E todos se otorgaron a hazer su mandado y él les dixo:

–Buenos señores, porque una tal cosa como esta torre no torne a poder de algún mal hombre, me parece que tres de vosotros devéis ende quedar hasta que el rey Amadís d'ello disponga, y que los otros con las dueñas y donzellas se vayan a la corte del rey Amadís.

E todos dixerón que les plazía. Estonces él señaló los que avían de quedar y los que avían de ir a la corte con los hijos de Gri[n]donán. E siendo esto assí assentado, siendo gran pieça de la noche passada, cada uno se acojó a la cámara que le era dada y Lisuarte, acogido en su alvergue, fizo llamar a Éstor y dixole:

–Buen amigo, por entender en los presos y en curar de mis llagas no he mirado por ti, dime qué ventura te traxo a esta tierra.

Estonces Éstor le contó todo como la historia lo ha devisado, diziéndole cómo su señora Elena era venida en Bretaña, mas ya él sabía las mismas nuevas, que Galeote gelas avía dado en Leonís, y le estuvo preguntando muchas cosas a Éstor, a lo que todo Éstor respondía como donzel de gran cordura, y Lisuarte lo oía por ser de su señora. Las lágrimas le caían por sus carrillos y después que gran pieça estovieron hablando, tanto que las dos partes de la noche fueron passadas, Lisuarte se acostó en su lecho, y Éstor y Evaristo en otro en el mismo aposentamiento, mas el sueño d’ellos era diverso, ca el de los escuderos fue muy alegre y descansado y el de Lisuarte fue de muchas lágrimas y suspiros con que el fuerte amor le atormentava, poniéndole en tanta desconfianza que no podía creer que sus proezas y linaje podían hazer contentamiento al sobrado merecimiento de su señora a que d’él toviesse memoria ni de su cuita sentimiento. E assí, dando bueltas a una y otra parte, con muchos suspiros que su afanado corazón embiava por mensajeros de su angustia, passó lo que de la noche quedava, rescibiendo su triste corazón más plazer con la dulce membrança de su señora que sus afanados miembros descanso con el dulce sueño.

¶ Capítulo cxlv. De cómo Lisuarte y Galeote fueron al castillo do era Polardos y lo libraron de la muerte, y de lo que más aconteció.

AL OTRO DÍA Lisuarte y Galeote se levantaron y se armaron de todas sus armas, y las pieças que les faltavan tomaron de la cámara de Galión, donde muchas y muy antiguas avía, y allí cambiaron los escudos y tomaron otros mejores. E teniendo assí todo aparejado, se despidieron de los cavalleros, encomendando la guarda de la torre a los tres que para ello señalados eran. Los dos cavalleros sobrinos de Angriote los ahincaron mucho que los llevassen en su compañía, mas ellos gelo agradescieron diziendo:

–Buenos señores, idvos a la corte y dadvos a conocer al rey, que muy alegre será con vuestra llegada, y assimesmo vuestro padre y el bueno de Angriote vuestro tío, que están desconfiados de vuestra vida, pues tantos tiempos son passados que sois apartados de su compañía.

E los dos hermanos dixerón que assí lo harían, y que de su parte con las donzellas se presentarían ^{173r} ante la reina. Y estonces Lisuarte y Galeote se despidieron de los de la torre y, tomando consigo la donzella y sus escuderos, se pusieron en el derecho camino de donde la donzella fallara el escudero de Polardos. Y tanto anduvieron que al otro día a hora de nona vieron el castillo sentado cabe una ribera que por un campo corría, y la fortaleza d’él era grande y muy hermosa, y guiando a él les dixo la donzella:

–Aquí, buenos señores, hallé el escudero llorando, que la desventura de Polardos me dixo.

E los cavalleros passaron el agua a vado y seguieron el camino del castillo que cerca era por so unos grandes nogales, y oyeron gran ruido de armas en el castillo.

–¡Santa María val! –dixeron ellos–, ¡no sea el estruendo en peligro de Polardos!

Y saliendo de los nogales vieron razonable compañía de gente assí a pie como a cavallo parar cerca del castillo, donde era una plaça llana y muy fermosa, y los cavalleros guiaron a ella temiendo lo que podía ser, y vieran cómo ciertos hombres de pie tenían a Polardos preso y un paño atado a los ojos y él echado en el suelo en un paño negro, y un peón de aquellos tenía un cuchillo desnudo en la mano para le cortar la cabeça, y el verdugo dava el pregón diziendo que Labresa, la señora del castillo, mandava cortar la cabeça aquel cavallero por su amigo que le matara. E cuando los cavalleros aquello oyeron, pararon mientes y vieron la dueña en un palafren cubierto de paños negros y ella otrosí cubierta de duelo, y avía los ojos debrasados del mucho llorar. E luego Lisuarte y Galeote rompieron por la gente y allegaron a la dueña diziendo:

–Buena señora, ¿por qué causa matáis aquel cavallero, ca si le conociéssedes no sería de vós tan maltratado?

–Porque –dixo ella– me mató en esse lugar, donde él tiene de tomar muerte, el cavallero del mundo que yo más amava.

–Pues ni por ello –dixo Lisuarte– él deve morir si a guisa de bueno lo mató como el otro hiziera a él si más pujara su bondad.

–Como quier que sea –dixo la dueña–, por el enojo que ende ove le conviene morir, y no me habléis más en ello ca determinada soy de no fazer d’esta vez vuestro ruego.

–Pues, señora –dixo Galeote–, no nos culpéis de lo que hiziéremos.

–Si algo fizierdes –dixo la dueña– tomaréis amarga muerte también como él.

Estonces Galeote se fue a do era Polardos, que de muy fermoso que era su fermosura era toda buelta en color de muerte, y teniendo la lança sobre mano dixo:

–Quien a este cavallero quisiere nuzir yo gelo defenderé a mi poder.

Lisuarte estava hablando con la dueña cuán estraña cosa era y de reprehender una dueña, maguer que de alta guisa, hazer matar ningún cavallero, endemás no siendo culpado, que lo embiasse presso a casa del rey Amadís y que él le daría la emienda que mereciesse. Mas ni por ello la dueña quiso hazer su ruego, como en la mujer airada muy difícilmente entre el consejo, ca su corazón sañado cerradas tiene las puertas a la piedad.

Galeote estava junto de Polardos, que el sayón preso tenía con una sog a la garganta y las manos atadas detrás, y hincando la lança en el suelo con la mano le sacó el paño delante los ojos y tomó luego su lança diziendo:

–Buen cavallero, no temáis, que hallado avéis quien primero perderá su vida que la vuestra desfallezca.

E Polardos, de cuán desmayado era, cobró aliento y puso su fuerça, que muy grande la tenía, y quebró la atadura de las manos y tiró tan reziamente de la sog a que el sayón cayó de pechos y fue sobre él y tomole el cuchillo con que le avía de cortar la cabeça y diole tan grande golpe que la suya le hizo en dos partes, y luego la dueña encomençó a dezir a grandes bozes:

–¡A ellos, mis cavalleros, y mueran todos, pues son traidores!

Galeote se puso delante de Polardos porque no avía armas y temía que le hiziessen mal. Lisuarte se vino luego a juntar con Galeote y cubrieronse de sus escudos y abaxaron las lanças. E luego los cavalleros de la dueña, que seis eran, fuera de los peones armados, se vinieron contra los dos, mas ellos salieron con gran saña y a los que encontraron creed

que armaduras que tuviessen les no tuvo pro que no fuessen a tierra aferidos de muerte. Los otros cavalleros los encontraron muy fuertemente, mas no los movieron de las sillas. Lisuarte, viendo su lança sana, fue contra el uno d'ellos y hiriolo sobremano por el visal del yelmo, que el hierro le metiera por medio de ^{173v} la frente hasta los sesos y cayó de muerte. Galeote, viéndose faltada la lança, echó mano a la espada y hazía con ella mortales y bravos golpes. Polardos fue contra un cavallero de los que avían caído y tomole el escudo y la espada, mas antes que lo tomasse le herió un peón de una mala lançada por una espalda, y él con mucha saña tomó la espada y el escudo y fue contra aquel que lo hiriera, y a tal golpe le dio sobre la cabeça que la armadura de cueros que traía le no prestó que la espalda le no entrasse hasta los meolos. A aquella hora los peones con las lanças hirieron tan crudamente a los cavallos que el de Lisuarte ovo de caer, mas primero salió él con mucha ligereza y con su espada en la mano fue contra un cavallero de los de la dueña, y lo hirió al pasar tan bravamente sobre la falda del arnés que la malla le cortó y el muslo hasta el hueso. Polardos fue contra los dos cavalleros que andavan en batalla con Galeote, y su cavallo era tan lasso y cansado que lo no podía traer, y con la punta de la espada le ferió el cavallo, que le salió a la otra parte, y el cavallo, con la cuita de la muerte, se enarmonó y cayó con su señor muy gran caída, mas luego fue levantado como aquel que de buen aliento era, y Lisuarte fue contra él y hirióle tan duramente sobre el cantón del escudo que gran parte echó a tierra. El cavallero hirió a él otrosí sobre el escudo que la espada le metió por él bien un palmo y la punta le alcançó en el yelmo y se lo cortó, mas no llegó a la carne, y assí començaron de se herir bravamente, y el cavallo de Galeote, teniendo grandes lançadas, no lo pudiendo ya traer, cayó con él en medio de los enemigos, lo que viendo Lisuarte le fue a socorrer y vio cómo Polardos, solamente con la espada y escudo, peleava con cuatro peones y se defendía muy esforçadamente. La dueña dezía a grandes bozes que cortassen la cabeça a Galeote que se no podía levantar, ca el cavallo le tomó una pierna debaxo, mas Lisuarte le socorrió y al primer peón que alcançó le herió sobre el braço derecho que como armas no traía gelo cortó todo cercén y gelo echó en el campo, y él tollido se quitó afuera maldiziendo su ventura; y començó otrosí a herir a los otros peones y los hazer partir, mas los dos cavalleros de la dueña llegaron en su ayuda contra Lisuarte, mas él hazía estrañas maravillas. Galeote punó tanto por se levantar y lo fizo a grande afán, y muy sañado se metió entre los enemigos y al primero que alcançó fue al cavallero con que se avía combatido, que se avía apeado por le matar, y tal golpe le dio sobre el yelmo que la espada entró por la cabeça hasta el hueso, y el cavallero cayó atordido en el suelo. E luego Galeote se metió por los peones como león sañado, y al que alcançava no avía menester maestro, pues Lisuarte no perdía punto, antes, dando bravos golpes a una y otra parte, paró tales los hombres de la dueña que no lo pudiendo más sufrir huyeron contra el castillo. E la dueña, viendo la mala ventura, dio del açote a su palafrén de guisa que muy presto allegó al castillo, haziendo alçar la puente levadiza que ende era. Lisuarte ni Galeote no los siguieron, ca vieron a Polardos mal llagado en las espaldas de que perdía mucha sangre, y temían que fuesse de peligro, mas él era tal que ni por ello perdía punto del aliento. Los dos <d>[c]avalleros dieron gracias a Dios en le assí ver librado de la muerte y fueron a él, que el escudo avía passado en muchas partes de las lanças de los hombres de la dueña, y él les dio los agradescimientos que tal obra merecía. Ellos le ataron las llagas y preguntaron por qué la dueña assí sin causa lo mandava matar.

–Buenos señores– dixo él–, yo, viniendo por este castillo, pocos días ha fallé la dueña y un cavallero con ella debaxo de aquellos nogales, y él avía todas armas que le no faltava pieça, y passando por donde ellos estavam los saludé muy cortésmente, y ellos no respondieron con criança, que el cavallero me dixo que no passasse más adelante sin batalla o que le diesse un hermoso cavallo blanco que traía. Y yo me escusé de una y de otra cosa por ir ocupado en otra aventura, mas ni por ello pude escusar de no aver con él batalla, y nos venimos a esta plaça donde assí de las lanças como de las espadas ovimos cruel batalla. De suerte que siendo yo mal llagado él fue vencido y la dueña hizo armar toda su gente assí cavalleros como peones. De suerte que aviendo con ellos batalla, siendo muy lasso y cansado me mataron ^{174r} el cavallo y prendieron, y siendo yo en la prisión la misma dueña curava el cavallero su amigo, y por las llagas ser grandes y en lugar peligroso el cavallero murió ayer de mañana, lo que la dueña, no menos sintiendo que su muerte, haziendo por su amigo esquivo llanto, llorando su soledad, doliéndose de su amor, determinó de me dar la muerte en el lugar do avía sido la batalla, y para ello me mandó sacar como avéis visto para me la dar muy amarga, lo que aparejado era si Dios por su misericordia me no socorriera trayendo a vós, mis buenos señores, a tal sazón.

Mucho fueron maravillados los dos cavalleros de la traición de la dueña en assí querer matar un cavallero tan señalado. Estando assí, aviendo consejo de lo que harían, llegó a ellos un cavallero armado de todas armas salvo que las avía rotas y malparadas, y el cavallo lasso y cansado, y con él venía el escudero de Polardos que lo guiava, y Lisuarte mirando el cavallero no lo conoció, aunque era su grande y leal amigo Coroneo, que las armas traía cambiadas. En llegando a ellos los salvó muy cortésmente y ellos a él con mucha mesura. Y el escudero de Polardos se fue a hincar a los pies de su señor con mucha alegría de le ver librado del poder de la dueña. Cuando vido el lugar de la batalla y los muertos que ende eran, fue maravillado, y bien vio que avía sido gran afrenta no menos brava que peligrosa, y dixo a Polardos cómo él traía aquel noble cavallero en su ayuda.

–Ca lo hallara en esquivada batalla con dos cavalleros que le no pudieron turar que no fuesen ambos vencidos, y diziéndole el peligro en que quedávades, muy de grado ofreció su persona a todo peligro por vuestra deliberación, y dalde las gracias por ello. Y creed, señor, que es uno de los buenos cavalleros del reino de Londres.

Entonces Polardos, assí como estava, se fue para el cavallero y le dio grandes agradecimientos por el affán en que se avía puesto en su deliberación, contándole el aventura cómo avía sido librado. Muy alegre fue Coroneo de en tal tiempo aquel cavallero ser socorrido, y, viendo assí el pleito librado, le dixo que si cumplía alguna cosa que él pudiese hazer que de coraçón lo haría. Polardos gelo agradesció mucho su buena voluntad, diziendo que a la sazón no avía menester cosa tanto que guarescer de sus llagas. Entonces Coroneo, sin los conocer, se despidió d'ellos y passó adelante. Ellos lo encomendaron a Dios y quedaron hablando en lo que harían, y ovieron consejo que pidiessen a la dueña las armas de Polardos y que se fuesen do guaresciessen de sus llagas y assí lo hizieron, ca se fueron a la puente y dieron bozes a los que estavam en las almenas que dixessen a la dueña que los embiasse luego las armas de Polardos y un cavallo por el que sus hombres le mataron, si no, que no saldría hombre del castillo a que diessen la vida, y que los llagados que quedavan en el campo que los matarían y que la retarían por ello en casa del rey. Lo que sabiendo la dueña, con temor le mandó dar sus armas y un hermoso cavallo vayo por

el suyo blanco. El escudero de Polardos tomó las armas delante sí en un palafrén. Lisuarte y Galeote tomaron dos cavallos que quedaron de los muertos, e, siendo todos a cavallo, siguieron todos a Polardos, que dende a dos leguas sabía una casa de un infançon do guarescían de las llagas.

E siendo quanto una legua del castillo, hallaron un escudero que a gran priessa hería su cavallo, y llegando a ellos los salvó y preguntó si avían visto un cavallero que traía las armas de los grifos. Lisuarte quedava atrás y, cuando llegó a do el escudero hablava con Polardos y Galeote, conoció que era Damasil, el escudero de Coroneo, y fue espantado de lo ver y dixo:

–¿Por quién preguntáis, buen escudero?

–Por el Cavallero de los Grifos –dixo él–, ca le trayo estrañas nuevas, mas no de plazer.

–Si nos las dezís –dixo Lisuarte–, vos daremos nuevas d’él.

–Sabed –dixo el escudero– que la Ínsola Firme es perdida en poder del más bravo y esquivo gigante del mundo llamado Dramirón de Anconia. Es muerto Isanjo el governador y sus hijos y la más de la gente de la ínsula.

–¡Santa María y val! –dixo Lisuarte–, ¡qué mala nueva si es cierta!

–Sí, en verdad –dixo Damasil–, ca en la corte la oí y Marcil, sobrino de Isanjo, la truxo y luego me partí por traer las nuevas a mi señor, y no lo puedo hallar.

–¡Cómo!, ¿tu señor es –dixo Lisuarte– el que trae las armas de los grifos?

–Sí –dixo el escudero–, que pocos días ha que las tomó.

–Agora me hallo de poco conoscimiento –dixo Lisuarte–, pues oy lo hallé y no le conocí, ca^{174v} en su hermoso parecer le deviera de conocer. Y pues que assí es como dezís de la Ínsola Firme, yo no le puedo seguir para me le dar a conocer. Vós tomad la vía derecha al castillo y seguid la vía de la mano siniestra, que por aí tomó la calçada, y encomendádmelo mucho.

–¿Quien diré que vós sois, señor? –dixo Damasil.

Lisuarte se llegó y gelo dixo muy passo. Entonces el escudero siguió su vía. Lisuarte y Galeote, en llegando a casa del infançon con Polardos, fueron curados de sus llagas, mas Lisuarte y Galeote, aviendo atadas sus llagas, dexaron ende a Polardos, que mal llagado era, con su donzella y escudero, y pusieronse en el derecho camino de Londres, assaz tristes por las nuevas que Damasil les avía dicho.

¶ Capítulo cxlvj. De cómo el rey Agrajes y Florisando y Arquisil y otros muy señalados cavalleros se partieron para la Ínsola Firme.

TENIENDO ANGRIOTE DE Estraváus, mayordomo mayor del rey Amadís, todas las cosas aparejadas de tiendas, gentes, cavallos y bastimentos que para tal viaje eran necessarias, el rey de Sobradisa, el rey Agrajes, Florisando y Arquisil y Giontes y don Galvanes (que tres días avía que llegaran a la corte) y otros muchos y muy señalados cavalleros que buscavan las aventuras se fueron todos delante del rey Amadís, el cual les rogó y encomendó mucho la deliberación de aquella ínsola, trayéndoles a la memoria si él estoviera con salud lo que por ella oviera de hazer, y que assí lo hiziesen ellos, y que el que mejor lo fiziesse más pensaría que lo amava y desseava mantener su honra, y rogó al rey su hermano y al rey Agrajes que no quisiessen ir en aquella demanda, mas con el rey Agrajes no

lo pudo acabar, ca tenía fechas promessa de entrar en aquella demanda. El rey, viendo su determinación, rogó a aquellos grandes príncipes que se regiessen y governassen por consejo del rey Agrajes su cormano, que, como más anciano, más honesto era su consejo y su mandato. E no quiso que el duque de Cornualla Giontes allá fuesse, antes lo hizo quedar con su gente para ir a su tierra, que le avían venido nuevas que el rey Melquiades, su vezino, le movía guerra y le quería tomar la tierra. E assimismo no quiso que allá fuesse don Galvanes, que ya su hedad más requería reposo que trabajo, mas él era tal que su fuerte coraçón no era cansado de la vejez, antes desseoso de mostrar su virtud en las bravas y duras afrentas; y assí quedó con el rey, mas su hijo Languínez del Lago Ferviente y Irneo de Bohemia, el día antes de su venida, eran partidos escondidamente para la Ínsola Firme con intención de aver primero la batalla que adelante oiréis.

Todos aquellos príncipes y cavalleros prometieron al rey Amadís de hazer en ello como eran obligados a su servicio, y con mucho desseo de lo cumplir se despidieron d'él, el cual los encomendó a Dios, llorando en su coraçón no estar a tiempo que en persona pudiesse ir sobre aquel gigante.

Pues salidos aquellos príncipes de Londres, cada uno con su gente, en ordenança como Angriote gela avía repartido, que mucho sabía en aquel menester, poniéndose en el derecho camino de la Ínsola Firme, andando convenientes jornadas como se requería, llegaron a la ínsola por aquella parte que por tierra firme se entrava, y llegaron a vista del castillo. E la gente del jayán se alborotó pensando ser enemigos que los venían a combatir. El gigante se armó pensando que otra gente fuesse. El rey Agrajes le mandó dezir que venían allí los cavalleros para le mantener la batalla como su donzella avía assentado, y que la otra más gente era para en segurança del campo. El gigante fue muy alegre con la respuesta, diziéndoles que por su batalla se avía de averiguar aquel negocio. Luego el rey Agrajes fizo assentar su real con muchas y muy hermosas tiendas de aquellas que ganaron a los paganos en Fenusa, y hizieron muy hondas ^{175r} cavas y fuertes palanques y barreras, queriendo estar a punto a guisa de cuerdos y sabidos cavalleros, ca bien sabían que la gente del gigante serían fasta diez mill hombres que no le podrían nuzir, mas temían que viniesse por la mar algún socorro, y por ello estaban muy apercebidos.

Como vos digo, el real sentado y fortalecido, aquellos príncipes embiaron a Gualdar de Rascuil, cavallero muy cuerdo y anciano, y a Marcival el Grande a assentar la segurança con el gigante. Y salidos del real con tal mandado fueron al castillo donde era Dramirón. El cual, sabiendo ser aquellos cavalleros embaxadores de los grandes príncipes del real, les fizo mucha honra, lo que era contra su costumbre, ca era avillanado y sobervio y de malas maneras, mas con estos cavalleros, por ruego de la donzella estraña, mudó toda su mala costumbre. Gualdar de Rascuil y Marcival le dixerón:

–Dramirón, aquellos cavalleros por parte del rey Amadís son venidos para aver batalla contigo como lo embiaste a pedir al rey, y te hazen saber que son venidos para cumplimiento de todo lo assentado, y por segurança suya te requieren en que les des tales rehenes que ellos sean seguros del partido que has puesto, y que luego avrás la batalla con cualquier d'ellos, y que, pues de su parte no ay otro assiento salvo que el vencido sea en merced del vencedor, no es necessario poner rehenes salvo que ellos dan sus fees y palabras como quien son de no embargar un punto de tu vitoria.

–Por tan firme y verdadera tengo yo mi palabra –dixo el gigante– como esos cavalleros las tuyas, que assí con todo mi poder la espero de mantener como ellos, por tanto ganada mi palabra serán escusados los rehenes.

–De creer es –dixo Marcival– que tal hombre como vós pune de fazer muy verdadera su palabra, ca si esto no toviesse no avría en él cosa que de loar fuesse, mas a las vezes no por voluntad de los señores, mas de los vassallos se quebrantan las palabras dadas, lo que cessa cuando ay buenas rehenes, mayormente aviéndolo assí assentado vuestra donzella.

El gigante, viendo que no se podía excusar con razón, dixo que le plazía. E tomó luego un fijo suyo de edad de diez y seis años, que más que su vida amava, y veinte cavalleros los más principales de su compañía, y los mandó entregar a los dos cavalleros por seguridad de lo assentado. Y ellos fueron muy contentos, que assaz avía ende de buenas prendas, y despidiéndose del gigante, se bolvieron al real dexando assentado que al otro día se comenzaría la batalla, de que el gigante era muy alegre, porque teniendo las mejores armas del mundo junto con su bondad pensava que no se hallaría cavallero que él muy ligeramente no conquiriesse.

Los dos cavalleros, llegando al real, entregaron las rehenes al rey de Escocia y él hizo poner en ellos grande guarda, y dezían todos que el gigante avía voluntad de cumplir todo lo assentado pues tales rehenes embiava.

Y estando en esto, llegó un cavallero del gigante y preguntó por los principales de la hueste, y fue llevado a la tienda del rey de Escocia, que ende eran juntos, y dixo:

–Señores, el gigante vos embía a preguntar una duda: si los cavalleros que con él ovieron batalla antes de este asiento, si entran en la condición d’él.

El rey Agrajes dixo que no a su parecer, ca los pactos no se estendían a lo passado sino a lo venidero. E todos concordaron con él diziendo que, pues fuera quedavan del asiento, que en su merced era hazer su voluntad.

–Mas, ¿por qué lo dezís? –dixo Arquisil.

–Dígolo, señores –dixo él–, porque antes de vuestra venida ha vencido de una vez cuatro cavalleros de casa del rey Amadís, y otro día otros dos cavalleros otrosí de su corte, y los tiene en prisión muy mal llagados.

–¡Santa María! –dixo Florisando–, ¿quién serán los cavalleros? ¡Por vuestra fe, que nos lo digáis si sabéis quién son!

–Sí sé –dixo él–, ca sus nombres dixeron al gigante, como todos los que con él han de aver batalla conviene que lo hagan. De los cuatro primeros el uno avía nombre Urgandín y el otro Melián y el otro Radualdo y el otro Ladasán. De los otros dos el uno se llamava Irneo de Bohemia y el otro Languínez del Lago Ferviente.

Entonces se despidió y bolviose para el gigante. E todos aquellos cavalleros fueron tristes por la pérdida de tales hombres y dudavan mucho la bondad del gigante, pues a cavalleros de tanta bondad assí avía vencido, juzgaron que era mayor su fortaleza que la fama, mas ni por ello perdieron el desseo de justar con él, assí todos en general como cada una en especial estaban espantados ^{175v} cómo tan ligeramente aquellos cavalleros se vinieron a la Ínsola Firme a hazer batalla. Y esto causolo sus grandes y ardides coraçones, desseando de ganar honra y experimentar su virtud en las más bravas y peligrosas afrentas que ser pudiesse, donde, aviendo cada uno d’ellos con mucho esfuerço batalla con el jayán, fueron presos y metidos en una esquiva prisión, no esperando d’ella otro consuelo salvo de crue-

les y amargas muertes, y assí era el propósito del jayán, que cuantos cavalleros prendiesse los ir matar con su mano en la Isla Desierta para con sus muertes hazer sacrificio a la muerte de su padre y hermanos. Mas Dios no quiso que él llevasse su desseo adelante que, aquellos que Él redimiera por su preciosa sangre, no avía de consentir que la suya fuesse esparzida y las vidas acabadas por servicio de los diablos y sacrificio de tan mal hombre como Brutervo y de sus hijos. Mas el destajo que Dios dio a este gigante adelante lo veréis.

Pues siendo el asiento para el otro día se començar la batalla, el gigante hizo sacar al campo donde la batalla avía de ser tres ricas tiendas hermosas y otros pequeños tendejones, y los hizo armar cabe la ribera de la mar en lo llano, al pie del recuesto que al castillo subía, porque estoviesse más aparejado para quien le pidiesse batalla; y mandó poner a las puertas de las tiendas los escudos de los cavalleros que avía vencido, y assí lo avía de hazer a cuantos venciesse. Y fuera de esto tenía una tienda llena de armas, porque cavallero que viniesse a aver con él y le faltassen piezas que allí se remediassen, no dixessen que por falta de armas rescebía algún contraste. E assimismo tenía muchos cavallos ensillados y atados a unas colunas, y hizo acostar a las tiendas bien sessenta lanças muy gruesas y fuertes. E con tal aparejo, teniendo tanta fiança en las palabras de aquellos príncipes y cavalleros como si en el fuerte alcáçar estoviesse, se vino a dormir aquella noche a las tiendas con la gente de servicio que era necesaria, tomando consigo la donzella estraña que ya oístes, y mandó que ninguna gente de los suyos por cosa que le viniesse saliesse del castillo poco o mucho so pena de las cabeças, salvo viendo su expresso mandamiento, que este gigante, aunque malo y sobervio era, mantenía mucho su palabra, y antes perdería la vida que quebrar un punto d'ella. Lo que devía ser exemplo a los reyes y grandes señores trabajar por cumplir sus palabras y juramentos, ca éste, siendo de su naturaleza malo y cruel y enemigo de nuestra santa fe, era tan desseoso de cumplir su promessa que si muerte no otra cosa no gelo podía estorvar, teniendo en la memoria ser de las principales virtudes la verdad, ca ella es la que salió de los altos cielos. Lo que mirando los reyes y señores, de los cuales los súbditos muy ligeramente toman exemplo, se devan mucho distraer del tal vicio y perder antes la vida que la palabra con falta de la hora. ¡Mas por nuestros pecados ya ni ay fiança ni fe ni palabra ni aun en juramento de personas, ca el padre al hijo no la guarda ni por el contrario! E assí las cosas de agora muy alexadas son de las de otros tiempos, porque entonces todos trabajavan por la honra y por ensalçamiento de la fama porque dexassen a sus venideros recordable y dina memoria de sus hechos. Y agora en este mundo todo el cuidado no solamente de los baxos, mas de los altos, es aver grandes riquezas, agora sin razón, agora con justicia, adquerir grandes y ricas possessiones para dexar a sus erederos títulos de grandes haziendas. Los cuales en otro tiempo dexavan de fama y de loor junto otrosí con grandes señoríos que ganavan. E, como son diversas las obras, assí diversos avrán los loores, ca los unos, aviendo tantos años que son passados d'esta vida, viven sus famas entre las gentes, y los otros viviendo, las personas son denegridas y maculadas sus famas y sus hechos como indinos de escritura son sepultados en el olvido de las gentes. Y este jayán por esta virtud era mucho de loar: hazía enteramente lo que los otros jayanes no hazían, ca muchas vezes faltavan de sus palabras y promessas, dando con ellas seguridad a los cavalleros y después los prendían y matavan a gran traición.

El rey Amadís, quedando assí enfermo como avéis oído, no olvidando lo que hazer devía, de consejo del rey de Sobradisa, su hermano, y de don Galvanes y de otros cavalleros,

fizo llamar a Gualdín de Bristoya, que aquel día avía llegado de ver la duquesa su madre, ^{176r} y mandole que, tomando consigo a Leonil, su primo, que se fuesse a Fenusa y tomasse assí de sus naves como de las que tomaron a los paganos gran flota, y entrasse en la mar y anduviesse de armada cabe la Ínsula Firme porque ningún socorro pudiesse venir al gigante, y para esto le mandó dar mucha gente muy armada.

Pues queriendo complir este noble cavallero lo que el rey su señor le mandava, con su primo y con la gente se fue luego a Fenusa, tomando muchas naves, fustas, galeas y navíos con mucha gente y bastimentos; se partió de Fenusa para guardar el puerto de la ínsula como era mandado, del cual se dirá a su tiempo y tornemos a la batalla que fue al otro día con el gigante.

¶ Capítulo cxlvij. De la batalla que los cavalleros del rey Amadís con Dramirón ovieron, de los cuales el primero fue el rey Agrajes, y de lo que en ella les aconteció.

VENIDO EL DÍA en que la brava batalla avía de mantener el gigante contra todo cavallero del rey Amadís que con él se osasse combatir, el gigante se aparejó a la batalla y se armó de todas sus armas: el arnés de muy fino azero, y pusose el rico escudo y yelmo de Florisando y ciñó la su buena espada, y con estas tales armas, tomando una gruesa lança, se vino a poner entre las tiendas y el real que cerca era, que allí avía de ser la batalla. La cual visto en el real, muchos cavalleros y muy señalados se armaron para la batalla, en los cuales era Marcival y Rolandín y Arcalao y Esquilán de Norgales, el que se solía llamar el Membrudo, ca después de la muerte del rey Arbán el rey Amadís le hizo mudar el nombre.

Estando otrosí guisados de aver batalla, aquel esforçado rey Agrajes, membrándose de lo que el rey Amadís dixera que quien mejor lo fiziesse que más creería que lo amava, amándolo este cormano sobre cuantas cosas avía en el mundo, sobre aquella ínsula quiso ser el primero de toda la compañía que lança pusiesse y sangre derramasse. Florisando y Arquisil le rogaron mucho que no hiziesse aquel viaje que tiempo avría si los otros faltassen para él hazer lo que complía, que, pues el rey Amadís en él pusiera el regimiento y governacion de la hueste, que se no pusiesse en aquella aventura. Mas él les dixo que donde ellos estaban que no era él necesario para regir, mayormente que, pues una hueste no avía de romper con otra, que no avía que gobernar, ca él quería provar lo que valdría contra el jayán.

E luego salió del real con gran dolor de aquellos que lo vían, mas ni por ruegos ni por cosas no le pudieron estorvar la ida, que ya sabéis que este rey era el cavallero del mayor orgullo y ardimiento que avía en toda la Gran Bretaña, y sin falta en el mundo de mayor biveza de coraçón ni más acometedor, y, aunque su hedad algo de la fuerça le quitasse, no quitava el ardimiento del coraçón, y con tal braveza y osadía cual su orgullo le encendía, hiriendo de las espuelas a su cavallo, a grandes saltos salió del real armado que le no faltava pieça, y fue adonde estava el gigante aguardando la batalla, y cuando llegó el rey el gigante le preguntó cómo avía nombre.

–Enemigo de los enemigos del rey Amadís me llaman –dixo él.

–Esso ya lo veo –dixo el jayán–, mas tu propio nombre conviene que digas para que sepa con quién he batalla, que assí lo tengo prometido.

El rey Agrajes, que muy aflegido estava por se ver en la batalla, le dixo:

–Sábetete que soy Agrajes, rey de Escocia, uno de los grandes enemigos que puedes tener.

–Assí yo tenga la vitoria –dixo el jayán– que tal hombre, aunque muchos vos precían por amigo, yo no vos temo por enemigo.

Y, tomando una lança tan gruessa como dos vezes la del rey, se arredraron el uno del otro buen trecho, heriendo a los cavallos de las espuelas que, como eran rezios y ligeros, llegaron los señores a encontrar de grandes golpes, que el rey Agrajes ^{176v} hizo su lança muchas pieças en el escudo del jayán sin le falsar poco ni mucho, y el gigante le encontró tan duramente que el escudo le falsó de claro y la loriga y metió el hierro por la carne, y lo arrancó de la silla y puso en el campo. Mas el rey Agrajes, que muy bivo era de corazón, se levantó muy presto y cobró su cavallo, y cubriéndose de su escudo con la espada en la mano aguardó al gigante que contra él venía la lança baxa para le encontrar otra vez, mas el rey, aunque estava sin lança, no perdió el acuerdo que, desviándose, le hizo perder el encuentro, y al passar con la espada le cortó la asta de la lança. El jayán con grande ira bolvió sobre él con una pesada maça que en el arzón traía y dieronse grandes golpes el uno al otro y la batalla era brava: mas la fin d'ella no tardó mucho, ca el rey Agrajes con la espada no le podía herir, ca la bondad del yelmo y del escudo lo resistía, y el jayán lo hería cada vez con tanta fuerça que, abollándole el yelmo por muchas partes, le hizo entrar las púas por la carne, y tanto le cargó de tales golpes que, aunque el rey lo hazía tam bien que tres cavalleros muy señalados lo no podían hazer mejor, ovo de ser vencido, ca el jayán, viéndolo assí cargado de los golpes, soltando la maça de la cadena, lo arrancó de la silla y lo llevó en los braços a la tienda preso y lo mandó llevar dende al castillo, con grande dolor y ravia de aquellos que lo miravan. Y luego su hijo Persián, con muy acelerado arrebatamiento, fue para aver batalla con el jayán, mas primero la ovo Pantasileo, el cual el gigante del primer encuentro echó a tierra y el cavallo encima, y ovo el brazo derecho quebrado; y luego fue Persián y dixo su nombre al gigante, y arredrados el uno del otro se encontraron bravamente. Persián quebró la lança en el fuerte escudo, mas el gigante le encontró de tal fuerça que ni escudo ni loriga le valió que todo no passasse, y el brazo del escudo y el fierro le salió a la otra parte y fue a tierra duramente atordido de la caída. E luego el gigante mandó a sus hombres que lo llevassen preso y a Pantasileo, ca, pues se no defendían, vencidos eran.

A aquella hora llegó Arcalao con una gruessa lança, y todos tenían ojo en el golpe que haría, ca era avido por uno de los buenos justadores del señorío del rey Amadís. Y éste se encontró con el gigante muy bravamente que lo hizo temblar en la silla, y si el escudo tal no fuera el encuentro le fiziera mucho mal, mas detuvo tan rezio que de toda fuerça le no encontró que, aunque le falsó el escudo, detuvo en el arnés, que fuerte era. Arcalao perdió las estriberas y abraçose a las cervizes del cavallo muy atordido. El jayán bolvió sobre él y hiriolo con la maça en la cabeça, y, no le alcançando en lleno salvo sobre el visal, de tal fuerça que los lazos todos fueron quebrados y le cayó de la cabeça, y la maça descendió a la cabeça del cavallo que gela fizo en dos partes y cayó con Arcalao en tierra. El jayán se apeó de su cavallo a ver si el cavallero era muerto, que estava tendido del atordimiento del golpe. Lo que viendo Marcival, pensó que el gigante le quería tajar la cabeça, y fue corriendo quanto el cavallo llevar lo pudo diziendo a grandes bozes al jayán que no pusiese manos en el cavallero pues era vencido, si no, que le costaría caro. El jayán miró atrás y,

cuando assí lo vido grande de cuerpo y hermoso, pensó que devía de ser Florisando, ca le avían dicho que era de gran estatura, y dixole:

–¿Quién sois vós que esso demandáis?

–Quién yo sea –dixo Marcival–, porque te desamo mucho y amo a esse cavallero, te lo ampararé hasta la muerte.

–¿Cómo avedes nombre? –dixo el jayán.

–Los que me conocen me llaman Marcival –dixo él.

–Pues agora vos digo –dixo el gigante– que tanto me pena vuestro desamor como bondad que ni por ello dexaré de hazer mi voluntad.

Y fingió que le quería tajar la cabeça, mas no porque lo tenía en voluntad, y abaxándose, llegó Marcival y hiriolo tan rezio sobre las espaldas que le hizo a mal de su grado poner ambas las manos en tierra, mas el jayán se levantó con gran saña y alçó la maça contra Marcival, y él pensó darle de los pechos del cavallo y hiriolo muy duramente sobre el escudo, y non entró más por él que por una dura peña. El gigante le hirió el cavallo en la cabeça que gela hizo en mucha[s] pieças y cayó con Marcival a sus pies, mas luego fue levantado, que a duro se hallaría en el mundo cavallero de tal cuerpo tan ligero como él, y abraçó el escudo y esperó al gigante que con la maça alçada venía por le herir, y rescibió ^{177r} en el escudo el golpe, que todo fue fecho en rajadas de las púas de la maça, y Marcival le hirió sobre el yelmo tan bravamente que llamas de fuego vivas salieron d'él, mas la bondad de la espada no era tal como convenía, ca se le hizo en tres partes y él quedó sin escudo y sin espada, mas ni por ello mostró flaqueza, ca, viniendo el gigante contra él por le herir con la maça, él recibió el golpe en los tercios de la espada que en la mano le quedaron y todos fueron quebrados en muchas partes y, alcançándole en la cabeça, le abolló todo el yelmo y le metió las abolladuras por la cabeça. Marcival, viéndose en aventura de muerte, no teniendo con qué le herir, echó en él sus fuertes braços, mas no avía él la fuerça que el gigante alcançava, de guisa que echando el gigante en él sus fuertes braços le apretó tan reziamente con sus pechos que por poco Marcival perdiera aliento, y assí lo sacó del campo y lo llevó a las tiendas, haziendo otrosí llevar a Arcalao, que muy atordido era, y mandolos luego llevar al castillo y poner en la prisión donde los otros eran. Y assí los presos como los libres eran espantados de la gran bondad y fortaleza del gigante, y dezían que nunca tan estraña cosa vieron un cavallero resistir tan ligeramente a la bondad de tales hombres.

Los presos, cuando se vían los unos con los otros, aunque eran compañeros en la cuita, no por esso se consolavan, antes rescebían mayor pesar ca era mayor honra del gigante y mayor menoscabo y peligro suyo; y unos a otros con muchas lágrimas se consolavan y apretavan las llagas. Y el rey Agrajes estava muy mal llagado y assimismo los otros cavalleros, [mas] el rey, con su buen esfuerço, los confortava a todos.

El gigante, acabando de vencer los cavalleros como avéis oído, sentose a comer de gran reposo en una de sus tiendas como aquel que ninguna batalla temía. Ya Arquisil se avía armado y venía para aver batalla con él, y Orgalán le traía la lança y Rolandín el yelmo y Esquilán de Norgales el escudo, y él se llegó a las tiendas pidiendo batalla. El gigante estava a la mesa armado de todas armas salvo las manos y la cabeça, y avía brava y feroz acatadura, y mirando a Arquisil con ojos turvios y airados le respondió:

–Cavallero, yo estoy comiendo y agora no puedo aver con vós batalla, que bien veis que las dos partes del día son passadas y la otra que queda la he bien menester para comer y reposar, ca otro tanto podéis vós hazer. Mañana avréis la batalla cuando quisierdes.

E Arquisil, viendo que dezía razón, se bolvió muy triste para el real por no aver a aquella hora batalla con el gigante, doliéndose mucho de la mengua de los cavalleros del rey Amadís.

Pues de Florisando vos digo que era abrasado en saña y al otro día determinava aver batalla con el gigante. En él tenían todos esperança.

El gigante, después que ovo comido, se echó a dormir con gran reposo. La donzella estraña, que ya oístes, se fue al castillo a ver los presos, y cuando assí los vido tan maltrechos y llagados, sabiendo su valor, ovo d'ellos mucha manzilla. El rey Agrajes le dixo:

–Buena donzella, maldita sea la bondad de vuestro señor, pues con tanta crueldad no se harta, que no basta vencer y llagar los cavalleros, mas que los no mande curar sino que mueran assí cruelmente.

–Buen rey –dixo la donzella–, por vuestro amor yo haré que todos sean curados y mejor servidos que hasta aquí.

El rey gelo agradesció mucho.

La donzella se bolvió a Dramirón y le dixo:

–Señor, pues aquellos cavalleros tenéis en prisión para en ellos tomar vengança de la muerte de vuestro padre, en quanto la hora no es llegada hazeldes sostener la vida, que si no los mandáis curar, según están mal llagados antes de tres días serán muertos, y con lo que pensáis que les dais pena les dais descanso y reposo con la muerte, que la mayor pena que en el mundo les podéis dar es, guardándoles las vidas, los tener en prisión y captiverio mucho tiempo es cadaldía les dar la muerte.

–Pues que assí vos parece, buena amiga –dixo el gigante–, assí se faga.

E luego la donzella mandó a una de las tres que con ella avían ido a la corte que curasse y tuviesse grande cargo de los llagados, y assí se hizo, y ella quedó con el gigante hablando en la batalla de aquel día y esperando la por venir. Los del real estaban llorando la desventura de aquel día, desseando aver del gigante muy cruda vengança.^{177v}

¶ Capítulo cxlvij. De cómo Arquisil salió a aver batalla con el gigante y cómo fue ende preso y vencido.

ANTES QUE EL alva rompiesse, al otro día Arquisil se levantó y mandó dezir missa en su tienda, y a ella estovieron Florisando y otros príncipes y señalados cavalleros, y la oyeron todos con mucha devoción, y fue acabada a hora que el sol salía; y Arquisil se armó de unas fuertes y ricas armas y cavalgó en un fermoso cavallo, y los tres infantes ya dichos le llevaban las armas.

El gigante era ya venido y estava a cavallo, tan grande y tan dessemejado que era espanto de lo ver los que menos alcançavan en las armas. Arquisil se llegó al gigante y le dixo si era sazón de aver batalla. Y él dixo que sí hasta la fin.

–Merced a Dios –dixo Arquisil– que vos halle a tiempo de mi voluntad.

–Pues primero –dixo el gigante– dezidme vuestro nombre, ca de necesidad assí conviene para aver conmigo la batalla.

–Por esso no quedará –dixo él–. Sábeta que me llaman Arquisil, si me has oído nombrar.

–Sí, muchas vezes –dixo el gigante–, mas no como yo quería.

–¿Por qué lo dezís? –dixo Arquisil.

–Porque por tu causa fue muerto mi tío Arlote de Anconia y Turón su hijo, que, por te sacar de su prisión, Florisando tu cuñado los mató.

–Verdad dizes –dixo Arquisil– que esse soy que tu tío tenía preso a gran traición, mas bien lo pagó pues fue con la vida, y con esso más razón tienes de me ser enemigo.

–Aunque esso cessara –dixo el jayán–, por el deudo que tú has con Florisando te soy mortal enemigo y te haré el mal que pudiere, como haría a él si aí estoviesse por el estrago que en mi linaje ha hecho.

–Si él aquí estoviesse –dixo Arquisil–, presto castigaría tu locura y te quitaría de su estorvo como lo ha hecho a otros gigantes que no menos presumían de bondad, y a la fin pudo más su esfuerço que la sobervia d’ellos, de guisa que todos fueron muertos por sus manos y assí lo serías tú si con él topasses.

El gigante ovo gran ira de los loores de Florisando y dixo en boz alta:

–¡Ay, Mahoma, plégaos de me juntar con él porque assí haría a él como faré a este sandio cavallero que tanto lo precia!

Entonces se arredraron el uno del otro por su parte gran trecho y arremetieron el uno contra el otro al más ir de sus cavallos, y ninguno no falleció de su encuentro. Arquisil quebró su lança en muchas pieças en el escudo del gigante, y él le encontró tan bravamente que el escudo, aunque fuerte era, le falsó, mas detuvose en el arnés, y el golpe fue tan fuerte que el arzón trasero fue quebrado y Arquisil cayó por las ancas del cavallo gran caída, mas como era de gran bondad levantose muy presto y, cubriéndose de su escudo, puso manos a la espada. Y el jayán avía pasado adelante con la furia del cavallo y bolvió las riendas, y tomó la lança sobremano y hirió otra vez a Arquisil sobre el escudo, que gelo falsó y la manga de la loriga y le passó el braço por encima del codo, y Arquisil, no olvidando lo que fazer devía, al passar le cortó las manos al caballo, de que él, poniendo la cabeça en tierra por caer, salió el gigante de la silla muy ligeramente y fue muy sañado por la pérdida de su cavallo, y con mucha saña fue contra Arquisil, que de lo recibir estava muy guisado, y hirieronse de grandes golpes sobre los yelmos que d’ellos fueron atordidos, mayormente Arquisil, que puso la rodilla derecha en el suelo, mas luego se levantó muy maravillado de su buena espada no entrar por el yelmo del gigante cosa ninguna, y nembrose a aquella hora de las armas de Florisando si serían aquellas, mas no las conosció con la gran priessa que traían en se combatir y porque el gigante las avía trasmudado trayendo la color toda del escudo. E acordose Arquisil que tenía en la mano una de las mejores espadas del mundo, con que el rey Lisuarte su abuelo tanta prez avía ganado, matando con ella muchos señalados cavalleros, dando a otros bravos y esquivos golpes; y creciéndole el esfuerço ^{178r} con tal memoria, hirió al gigante con la espada por el brocal del escudo, mas no entró por él sino muy poco, y otrosí fue espantado de la bondad del escudo. El gigante hirió a él de tal golpe con la maça sobre el escudo a bueltas del yelmo que quanto alcançó del escudo fue quebrado y del yelmo todo abollado, y Arquisil fue tan atordido que puso una rodilla en tierra por caer. El gigante fue luego sobre él y dióle del escudo sobre los pechos tan du-

ramente que lo batió en tierra y tomolo debaxo de un braço y sacolo del campo, y llevolo a la tienda y entregolo a sus hombres que lo llevassen al castillo, y fizo guardar su espada, que muy hermosa era, y tomando otra lança y cavallo se vino para el campo.

¶ Capítulo cxlix. De cómo Florisando ovo batalla con Dramirón y fue vencido, y de lo que más aconteció.

MIRANDO FLORISANDO LA batalla, viendo que Arquisil avía lo peor, se armó a grande priessa y salió al campo y iva sin yelmo, mas la saña que llevaba bien se le parecía en el gesto, ca todo era abrasado en ira, de guisa que el rostro bravo demostrava la braveza de su corazón. Y llegando al campo, dixo a Dramirón:

–¡Jayán, hechura del diablo!, que de ti otra cosa según lo que has hecho no podemos pensar, endemás siendo tú hijo de aquel Brutervo que con ellos reina en los infiernos, agora vees lo que muchos días ha que desseas: sábeta que yo soy aquel Florisando cuya batalla tienes emplazada. ¡Véngate si pudieres, que otro tanto de ti espero según los grandes enojos que de ti tengo rescebidos!

Quedo el gigante oyó que aquel era Florisando que él tanto hallar desseava para tomar en él vengança de la muerte de su padre y hermanos y de su tío Arlote y de su primo Turón. Ovo en sí tanta alegría que alçó las manos dando gracias a su Mahoma por le aver concedido lo que tantas vezes le avía suplicado, y mirolo muy ahincadamente y pareciale en su presencia y disposición que devía de ser aquel Florisando que por el mundo era tan nombrado, y dixole:

–Florisando, cierto no sé que diga si fue mayor el pesar que ove de la muerte de mi padre y hermanos o si es este mayor plazer de te hallar por los vengar.

–Ellos ovieron –dixo Florisando– el galardón que sus obras merescían, y así lo avrás tú si de tus sobervias y malas maneras no te emiendas.

Y diziendo esto puso los ojos en él como era de grande cuerpo y bien tallado. E mirándolo así ahincadamente conoció que aquellas eran sus armas y fue ende muy triste. El gigante le dixo:

–¿Qué miras desventurado?, que estas son las armas con que destruiste a mi linaje y agora son en mi poder para con ellas te quitar essa alma y embiar a ellos con mensaje cómo tengo vengada la su muerte.

Florisando, cuando oyó, fue tan sañado que no pudo dar respuesta, mas antes se tiró afuera y tomó su yelmo y enlazolo y echó el escudo al cuello, y tomó una muy gruessa lança de un fierro limpio, y pusieronse cada uno a su parte y firieron los cavallos de las espuelas, y encontraronse de los escudos tan fuertemente que las lanças fueron quebradas en muchas pieças, y passaron el uno por el otro muy fermosos cavalgantes, mas el escudo de Florisando fue falsado en claro y la loriga, mas no le llegó a la carne. Entonces bolvieron uno contra otro, el gigante le dixo:

–Justemos otra vez si te plaze, para ver cuál mejor hiere de lança.

Y pidieron luego sendas gruessas lanças y tornaronse a encontrar con mucha más braveza y saña, de guisa que las cinchas y petrales les faltaron y cayeron ambos por las ancas de los cavallos, y fueron luego en pie cubiertos de sus escudos, y començaron de se ferir muy bravamente como aquellos que de voluntad y corazón se desamavan, y el fuego salía

de los yelmos y arneses en gran cantidad, mas mucha ventaja tenía el gigante en las armas, la cual él sintiendo comenzó a dezir a grandes bozes:

—¡Vees aquí, Florisando, ^{178v} la tu espada que ha de cortar tus carnes y trastornar tus huesos esparziendo la tu sangre por la que esparziste de mi linaje!

Florisando no le respondió palabra, antes se amparava lo mejor que podía y no lo hería salvo en las piernas y en el cuerpo, ca bien sabía que en el escudo y yelmo no le podía nuzir. Y con este acuerdo le hirió tan bravamente sobre una pierna que el quixote le cortó y la carne. El gigante le firió sobre el escudo que el un tercio d'él echó a tierra. Florisando le tornó a ferir sobre la manga de la loriga que, aunque de gruessa malla era, gela cortó y hirió en el braço. E assí andavan en su batalla, mas Florisando sentía mucho la falta de sus armas, no tanto por le hazer mengua como por las ver en poder de aquel su enemigo, mas ni por ello perdía el esfuerço. Y el jayán, confiando más en la espada, avía dexado la maça y comenzaron entre sí muy cruda batalla. Florisando no fazia sino amparar la cabeça, ca el cuerpo del arnés era tal que no avía menester escudo, ca era de la bondad y fineza del yelmo y escudo y espada que tenía el gigante, y por ello se amparava mejor.

En esta braveza andovieron quanto dos horas, que de muy cansados se arredraron el uno del otro y estovieron descansando quanto una pieça; mas luego Florisando, cubriéndose del poco del escudo que le quedava, arremetió contra el gigante, que mucho desseava llegar aquella batalla al cabo, y con mucha braveza lo hirió por encima del escudo que, aunque tal era como avéis oído, le metió la espada por él bien dos dedos. El gigante le hirió con su buena espada por encima del yelmo que gelo hendió hasta la carne aunque de muy grueso y fino azero era, de que sentiéndose Florisando le firió por encima del escudo que, alcançándole en el ombro, le cortó las armas y la carne. Y el gigante le tornó a herir muy duramente sobre el yelmo, que otrosí gelo hendió fasta la carne, y decendiendo la espada al escudo gelo hendió hasta las embraçaduras. Florisando, con muy grande ira, soltando los pedaços del escudo, tomó la espada a dos manos y hirió al gigante tan bravamente sobre el yelmo que todo gelo torció en la cabeça, y la espada se le quebró en tres partes, que no le quedó en la mano salvo las empuñaduras. El gigante fue muy atormentado del golpe, y como fue en su acuerdo fue contra Florisando, y él se retraxo hasta que halló una lança en el campo y con ella comenzó a dar grandes lançadas al gigante y él las tomava en el escudo.

E assí andovieron grande pieça, mas Florisando avía perdido mucha sangre, que tenía dos muy grandes llagas en la cabeça, que no avía ende cavallero que con la menor d'ellas turasse en el campo, mas él con el esfuerço todo lo cobría. El gigante, tomándole una lançada en el escudo, con la espada le cortó la lança y entró con él tan rezió que no se pudo desviar, y con la espada le dio tal golpe en el yelmo en soslayo que quanto alcançó echó a tierra, y descendiendo al ombro, como las armas eran del rico arnés, no cortó cosa, mas decendiendo a la manga de la loriga gela cortó y firió en el braço fasta el hueso. Florisando, viéndose tan cerca del gigante, no supo qué hazer, ca no tenía con qué le herir, determinando de tentar la fortuna, aunque de las grandes llagas de la cabeça y mucho más del braço grande parte avía perdido de su fuerça, se abraçó con el gigante que no lo dudó, antes lo apretó con sus fuertes braços y anduvieron assí asidos grande pieça. E aviendo Florisando perdido mucha sangre y con ella mucha fuerça, no pudo escusar que el gigante no le derrocasse atordido fuera de su acuerdo, y mirando bien las circunstancias y gran ventaja del gigante, juzgaremos que ni Florisando fue vencido ni el gigante vencedor, por-

que cierto es que, si ambos con armas iguales de bondad se combatieran, según el gran hecho de armas de Florisando no le pudiera nuzir este gigante, ca otros tan fuertes y desemejados avía él vencido, y, si la espada no le faltara, no saliera tan bien librado el gigante, al cual con la bondad de sus armas Florisando no podía nuzir. Por donde devemos más culpar las armas de Florisando que su bondad, ca ella no faltó un punto de lo que devía, y devemos loar más las armas que traía el gigante que su prez ni fortaleza, porque cuando las armas son iguales entonces el que vence vencedor es por pura y clara bondad que ha sobre el otro, mas con tales armas con un cavallero desarmado era la batalla, mayormente saliendo el gigante herido de muchas llagas, que, por donde Florisando le alcançava fuera del yelmo y escudo, la espada le hazía sentir en las carnes.

Pues ^{179r} siendo assí vencido Florisando, si tal con derecho se puede llamar, el gigante lo fizo llevar al castillo con sus hombres como avía mandado a los otros, y él era tan mal llagado, endemás de la llaga de la pierna, que estava como tollido, de guisa que la donzella estraña, con algunos hombres de servicio, lo sacaron en braços del campo y lo llevaron a su tienda para guarecer de sus llagas.

El planto y el lloro que en el real se fazía esto no es de contar, ca todos eran espantados y no sabían qué remedio ternían sus flacas fuerças, onde las grandes de aquellos esforçados cavalleros avían faltado. Y no sabiendo los del real qué fiziessen tanto que Florisando fue vencido, embiaron un mensajero al rey que les mandasse dezir lo que ende harían, ca los principales cavalleros de la hueste eran presos y vencidos.

La cual nueva puso tan tristeza en el rey Amadís que fue turbado por una gran pieça, oyendo las grandes bravezas de aquel gigante en assí aver vencido y conquistado a tantos cavalleros, mayormente a Florisando, en el cual el rey tenía esperança que mataría o prendería al gigante; mas cuando supo que él traía las sus armas no se espantó con tal ayuda ser vencedor, mas en su coraçón no fazía sino llorar assí la pérdida de aquellos cavalleros como el menoscabo de su honra. El rey de Sobradisa y don Galvanes lo consolavan, mas ellos avían bien menester el consuelo, ca tenían allá tales personas con cuyo temor sus coraçones eran puestos en grandes cuitas.

Las nuevas sonaron por todo el palacio y no ovo persona que lo supiesse que no fuesse ende muy triste, mucho más las reina Oriana, por ser cosa que tanto a la honra de su marido tocava, y por los cavalleros, endemás por Arquisil, que casado era con su fija Elisena, como avéis oído, y d'estas nuevas avía grande cuita por todo el palacio. Y la muy hermosa Elena por su hermano Coroneo, ca mucho temía ser en aquella brava prisión del gigante, y assimismo eran muy cuitadas Lucilia y Brianda por su padre el rey Agrajes y su hermano Persián de Escocia. De guisa que en todas avía gran tristeza y tenían mucha necessidad de consuelo.

¶ Capítulo cl. De cómo Lisuarte y Galeote llegaron a Londres, donde era el rey Amadís.

OÍDO AVÉIS CÓMO Lisuarte y su compañero se partieron de la casa el infançon do quedava Polardos mal llagado y se pusieron en el derecho camino de Londres, y aunque algunas aventuras hallaron, según ellos eran fueron de tan poca resistencia que les

no embargaron su jornada, antes continuándola, en cabo de diez días llegaron a la gran ciudad de Londres onde era el rey Amadís, y sin cosa dezir se apearon a las puertas de su palacio y subieron suso, y, preguntando por el rey, fueron llevados donde él yazía en su rico lecho. Con él estava el rey de Sobradisa su hermano y don Galvanes y Listorán de la Torre Blanca y otros muchos y señalados cavalleros. E a la puerta de la cámara los dos compañeros se quitaron los yelmos y los dieron a sus escuderos, y entraron por la puerta do el rey era, el qual, conociendo aquel ser su nieto, el corazón, estremesciéndole con alteración de la alegría, dixo:

–¡Ay, Santa María!, ¿qué veo? ¿Es este mi fijo Lisuarte o me engañan los ojos?

Lisuarte llegó muy presto y fincándose de rodillas le tomó las manos y gelas besó con mucho acatamiento, y el rey lo abraçó y lo besó en la faz y dixo:

–Mi amado fijo, ¿dónde avéis andado que no avéis sabido de mi desventura? ca mi Ínsola Firme es tomada y los más de mis cavalleros puestos en prisión de aquel que la tiene, que los venció a todos en batalla uno a uno, entre los cuales el rey Agrajes, Arquisil y ^{179v} Florisando y otros muchos cavalleros, tanto que el gigante no halla con quién lidiar ni quién le mantenga batalla según es temido y dudado, y mi fama abatida hasta el centro de la tierra que solía andar alta como las estrellas. ¡La fortuna, que en mi joventud me fue favorable, agora en mi vejez se me muestra muy adversa!

En diziendo esto, del gran pesar que ende avía, le cayeron las lágrimas de sus ojos. Lisuarte, no sintiendo menos aquel sentimiento del rey que si llagas le passassen en el corazón, le dixo:

–No conviene, señor, a tan alto rey como vós lo sois por ninguna adversidad mostrar tal sentimiento, ca los que poco saben de vuestra gran bondad la podrían ende juzgar a flaqueza, que en las adversidades se parece la constancia y esfuerço del corazón. Porque en otra manera no avría diferencia de los corazones de los baxos a los de las personas que Dios puso en dinidad y estado, los cuales deven saber que tales trances siempre vienen mezclados con la abonança y prosperidad, y, si no gustásemos la tristeza, no podríamos sentir el plazer de la alegría; y si vós, mi señor, en las bravas afrentas no menos espantables que la misma muerte no andárades embuelto en la joventud, no ganárades honra sobre todos los reyes del mundo, que estando pacífico en vuestro señorío sin guerra y sin contraste ninguno más sería ende la vida ociosa y deleitosa y dina de se reprehender que de loar, y assí devemos de esperar del gigante que tiene tomada la ínsula que, cuanto más dudosa fuera la vitoria y más temido el enemigo, mayor gloria será del que le venciere y mayor fama a vuestra real corte y compañía. y aun otra cosa es de creer: ca Dios no querrá que un enemigo de su ley gane tanta honra ni la conserve luengamente, antes que aya el pago qual su vida y obras merecen será de muerte y menoscabo de su fama y estrago de su gente.

Mucho fueron espantados todos los cavalleros de la gran discreción de Lisuarte siendo tan mancebo, lo que pocas vezes concurre en tal edad y prez de armas. El rey con gran plazer le tornó a abraçar y besó en el carrillo, y fue muy consolado con lo que le avía dicho. E cuando vido a Galeote estar de rodil[1]as cabe la cama, lo levantó y rescibió mucho bien diziendo:

–Perdonadme, buen amigo, por no aver mirado por vós, ca la desseada vista d’este cavallero me perturbó que vos no viesse ni rescibiesse como devo y vós merecéis.

Galeote le besó las manos. A aquella hora don Galvanes se levantó de donde estava sentado y venía a hablar a Lisuarte, que estava con el rey de Sobradisa. El rey Amadís le dixo:

–Hijo, hablad a don Galvanes, que mucho vos ama.

Lisuarte, oyendo aquel ser don Galvanes tan preciado cavallero, fue a él y lo abraçó con muy alegre semblante cual él lo tenía, y assimismo habló a todos los otros cavalleros con mucha gracia y mesura. Luego las nuevas de su venida sonaron por todo el palacio y, si con ellas ovo alegría, en el palacio de la reina no es de dudar, porque aliende del amor que como a hijo la reina Oriana le tenía, todas las infantas y donzellas lo amavan de coraçón: las unas por deudo que con él avían, y las otras por su bondad y mesura, y, sobre todas aquella en el mundo sin par en hermosura, a Elena, que su coraçón, de triste y tenebregoso sabiendo ser venido aquel que era luz y vida de su coraçón, y apartado de toda tristeza por el peligro que temía de su hermano, ovo en sí gran plazer: que esto tienen los enamorados coraçones y enyervados d'esta yerva amorosa, que el amor de padre y madre y linaje es mucho menos sentido qu'el del que su coraçón dessea.

Luego estas infantas, por ser ciertas de aquellas nuevas, pidieron a la reina que hiziesse venir a su aposentamiento a Lisuarte, que de lo ver eran muy desseosas, mas antes que la reina a llamar lo embiasse se llegó Lisuarte y Galeote donde la reina era. La cual con todas sus infantas y donzellas estavam hablando de su venida. Y entrando Lisuarte y Galeote en la cámara, la reina se levantó del estrado y todas sus donzellas. Lisuarte se hincó de rodillas delante la reina para le besar las manos. Ella lo abraçó con muy grande amor y lo besó en la haz muchas vezes diziendo:

–Mi amado hijo, según las desventuras acá nos siguen no os cuidávamos ver tan presto que, según las cosas suceden al revés de la voluntad del rey Amadís, toda desdicha era poderosa de nos venir.

–Dios sabe, señora ^{180r} –dixo Lisuarte–, el gran pesar que yo d'ello siento, que más holgara ser el primero que en tal afrenta lança pusiera que el postrero que la experimentara, mas Dios queriendo, de mañana luego me partiré con este noble cavallero y veremos si puede más la follonía y soberbia del gigante que la bondad y lealtad de los vuestros.

–¡Ay, mi amado hijo –dixo la reina–, toda mi esperança es en Dios primeramente y después en vós, mas mucho temo que según avéis poca edad que passaréis en ella gran peligro!

–No ay, señora –dixo Lisuarte–, mayor peligro que el de la honra, que si allá no fuesse mayor menoscabo sería de mi fama que yendo a aventura de mi cuerpo. E porende, con la ayuda de Dios, no tengo de dexar de hazer este viaje por deliberación de aquellos preciados cavalleros que ende son.

Luego la reina rescibio muy bien a Galeote, que ella muy bien conocía y sabía de su valor. Galianda, Lucilia y Brianda vinieron a abraçar a Lisuarte con mucho amor y le dixerón:

–Señor, aved duelo de nosotras, que tales prendas tenemos en poder del gigante que, si con vuestra bondad no las sacáis, muy cuitadas seremos toda nuestra vida.

–No ay cosa por grave que sea, buenas señoras –dixo Lisuarte–, que yo no acometa por os hazer servicio, endemás siendo cosa que sin me la encargar la tenía en voluntad de hazer, y creed, mis buenas señoras, que mi vida será acabada o las tuyas serán libres y ellos fuera de tal prisión.

Y ellas gelo agradescieron mucho, especialmente Brianda, que llorava muy agramente por el rey Agrajes su padre y por su hermano Persián, y Lisuarte la consolava.

Entonces llegó a él aquella hermosa Elena que fasta allí turbada avía estado de plazer, ca su vista le puso en tal alteración que no pudo llegar más presto, y no es de culpar d'ello, que el grande amor que a Lisuarte tenía le robava los sentidos. Pues Lisuarte, que en ál no tenía ojo, cuando la vido el corazón le dio saltos de plazer que parecía querer saltar fuera de los pechos, y fue con gran acatamiento para ella y abraçaronse con toda onestidad en lo de fuera como era razón y sus coraçones de dentro como ellos desseavan, y Elena le dixo, que todos lo oyeron:

–¡Ay, mi buen señor, cuán desseada es a mí la vuestra venida, porque como assí otra vez avéis librado a mi hermano de la muerte, que assí es necessario que le socorráis agora, ca mucho temo que sea en prisión del gigante, donde assí a él como a los otros sea muy necesario vuestro socorro!

Lisuarte le dixo:

–Mi buena señora, ¿qué cosa puede cumplir a vuestro hermano que por vos hazer plazer yo la no haga con tanto desseo que no pare hasta la muerte sin errar un punto de lo que hazer devo? Y de lo que hiziere en este caso no tenéis, señora, que me agradecer, porque, aunque no le toviera cargo, no cumpliera con la menor parte de la deuda que devo al rey vuestro padre y a vuestro hermano por la honra que en su casa se me hizo no me conociendo sino por un cavallero andante.

Elena gelo agradesció mucho y estava tan alegre teniéndolo delante de sus ojos, que le parecía poseer la mayor bienaventurança del mundo.

Galeote, después que habló a la reina, llegó con mucha cortesía a hablar a aquellas donzellas de alta guisa, y sobre todas a la muy hermosa Lucilia su señora, la cual él amava sobre todas las cosas del mundo y assí ella otrosí a él, de guisa que ambos eran bienaventurados amadores, pues ninguno era engañado en sus amores.

La reina Oriana tomó consigo a Lisuarte y Elena, sentose en el estrado y le estuvo hablando muchas cosas. Galeote estava hablando con las donzellas que le preguntavan qué avía sido d'él tantos tiempos. Y él les dio la cuenta toda que avía sido de su vida y cómo hallara a Lisuarte en el reino de Leonís, y de la batalla que hizieron por la reina con el duque y sus hijos. Aquellas donzellas le dixeron que les dixesse si Rosamunda era tan fermosa como la fama d'ella sonava.

–Creed, señoras –dixo él–, que es una de las apuestas y nobles reinas del mundo, que en todo la hizo Dios muy acabada.

Todas aquellas donzellas la desseavan ver en su compañía. A aquella hora la *Linda Española* estava en el aposentamiento de Grindalia, la hija del rey Arbán; tanto que supieron la venida de Lisuarte salieron a le hablar. Grindalia vestía paños negros por la muerte de su padre, y encima cubría capa pardilla, y con este onesto ábito parecía tan hermosa que pocas ende avía que más lo fuessen. Y estas dos infantas vinieron delante de Lisuarte y él se levantó y las rescibió con mucha mesura,^{180v} mayormente a la *Linda Española*, que él mucho amava por amor de su hermano don Lispán, y ellas lo salvaron con grande acatamiento y cortesía, y le encomendaron otrosí el socorro de sus hermanos. Y, después que la reina supo muchas nuevas de Lisuarte delante de sus donzellas, fueron llamados los cavalleros de parte del rey. E luego se despidieron de la reina y se bolvieron a la cámara do el rey yazía. Allí las mesas eran puestas y allí comieron delante del rey, que gran plazer avía de los ver.

Los manteles alçados, después que hablaron en muchas cosas, siendo hora, los cavalleros se despidieron y fueron a sus alvergues. E Lisuarte aquella noche habló mucho de espacio con sus donzellas, que hasta allí no avía tenido tiempo de les hablar, y ellas, de cuán tristes avían sido con su soledad, eran alegres con su llegada, y él les dixo que le pusiessen el yelmo y el escudo que ganara del jayán Macareo en Sobradisa en un lío y lo diessen a Evaristo, ca con tales armas quería él entrar en la batalla del gigante.

¶ Capítulo clj. De cómo Lisuarte demandó licencia al rey Amadís para ir a aver batalla con Dramirón, y de las cosas que sobre ello se hablaron.

AL OTRO DÍA, Lisuarte y su compañero se vinieron a la cámara del rey, donde la missa se dezía y la oyeron muy devotamente. E acabada, Lisuarte se fincó de rodillas delante del rey pidiéndole licencia para ir a aver batalla con el gigante. El rey temía mucho el peligro de su nieto, ca era gran aventura de muerte, y dixole:

–Amado fijo, mucho plazer avría que no fiziéssedes este camino porque ides en gran aventura, por lo cual más querría perder todo mi señorío en un día que una hora os ver en peligro, y será mejor que con poder de gentes se tome aquella ínsola que vos poner en batalla con el gigante. Por tanto, holgaría que os dexássedes d'ello.

–No conviene a tan alto rey –dixo Lisuarte– dezir tal cosa ni yo la consentir, ca maldita es la honra que no se gana con trabajo y peligro, ca la otra más parece buscar al hombre que el hombre buscar a ella. E si yo agora, señor, dexasse de hazer este viaje con temor, más me valdría no ser nascido, pues por covardía dexava de hazer lo que era tendudo y obligado, y las cosas que hasta aquí tengo hechas, si merecen algún loor, todas serían embueltas en menoscabo y abiltamiento si esta a que más soy obligado que cuantas he hecho la dexasse, que sólo por me provar con aquel famoso gigante no ay cosa por que dexasse aquesta aventura; y assí os suplico, señor, que tengáis más estima de mi honra que temor de mi vida, porque vivir sin ella por más que muerto me puedo contar y, aunque la muerte en este caso me sobrevenga, yo la avré por bien empleada por deliberación de aquellos señalados hombres, endemás que yo tengo confiança en Dios que me dará ayuda con que quebrante el orgullo y sobervia de aquel gigante.

Y el rey le dixo:

–Mi amado hijo, el gran esfuerço que en vós veo me pone confiança que avréis la honra d'esta batalla, y plegá a Dios que assí sea.

Entonces Lisuarte hizo traer sus armas y, antes que la loriga vistiese, llegó la reina Oriana y le echó unas reliquias al cuello. Y los cavalleros que ende se hallaron le ayudaron a armar de todas sus armas. Entonces mandó Lisuarte a Evaristo que le truxiesse el escudo y el yelmo que iva en el lío del palafrén de las armas. E quando el rey y aquellos cavalleros vieron las armas de hueso tan blanco como marfil de tanta bondad, mucho fueron espantados. E luego Lisuarte puso el blanco yelmo en la cabeça y echó el blanco escudo al cuello, y haziendo la señal de la cruz † ciñó su rica y preciada espada, y, con la bendición del rey y de la reina, se salió de los palacios, y las finiestras eran llenas de muchas infantas y donzellas, encomendando a Dios los cavalleros.

Elena y Lucilia estaban ^{181r} a una finiestra de su aposentamiento. Los dos cavalleros, siendo ya a cavallo armados de todas armas, llegaron a les hablar. Lucilia, como mucho amasse a Galeote, le echó una rica sortija de oro que traía en su mano por membrança que se acordasse de sacar de prisión a su hermano Languínez y a sus primos. Y él gelo prometió que lo compliría hasta la muerte, que no bolvería a la corte sin ellos. Elena dixo a Lisuarte:

–Señor, no tengo empresa que os dar para que vos acordéis de Coroneo mi hermano, salvo el gran desseo que él tiene de os servir y yo de vos ver bienandante.

Entonces los cavalleros se despidieron con gran dolor de aquellas donzellas que tanto amavan, mas ni Galeote ni Lucilia pudieron sentir el secreto amor de Lisuarte con Elena, de lo que no curava Lucilia, ca sus amores con Galeote eran publicados por toda la corte como aquella que amava unos de los mejores cavalleros de la Gran Bretaña.

¶ Capítulo clij. De cómo Lisuarte y Galeote llegaron a la Ínsola Firme y de la brava y peligrosa batalla que Lisuarte ovo con el gigante, y lo venció y mató.

PARTIDOS ASSÍ LOS dos cavalleros de Londres como avéis oído, según la gana grande llevavan de llegar, tanta priessa se dieron que cuando llegaron al real los cavallos eran tan lassos y cansados que no los podían llevar poco ni mucho. E si la jornada más lexos fuera les fuera necessario aver otros cavallos.

Pues llegados assí al real, preguntaron por nuevas y les dixeron que al otro día Coroneo oviera brava batalla con el gigante y que lo hiziera tan bien que de todos era loado, mas que a la fin fuera vencido y preso como los otros; y que assí aquel mismo día los fijos del rey de Sobradisa y Esquilán de Norgales fueran otrosí presos y llevados a la prisión del castillo, y cómo ya no avía quién osasse aver batalla con el gigante, que era conocidamente tomar muerte. E dixeronle que la hueste era so la governación de Gualdar de Rascuil, cavallero muy anciano y preciado.

E cuando aquellas nuevas oyó Lisuarte fue más triste que la misma tristeza, y creciole la ira y la fuerça con la saña, y preguntó por la tienda de Gualdar, e los hombres gela mostraron, que cerca era. Lisuarte y su compañero llegaron a ella y hallaron que salía a la puerta. E Lisuarte le dixo:

–Señor Gualdar, fazednos dar sendos cavallos que queremos aver batalla con el gigante, que traemos los nuestros como muertos para tal menester.

–Con los cavallos –dixo Gualdar– os serviré de grado, aunque no os conozco, mas seméjame que es demasiada vuestra batalla, no queriendo por ello desfazer a vuestro valor, ca tantos son ende los vencidos y de tanta bondad que en el mundo no siento cavallero que algo valga contra el gigante sino fuere Lisuarte, mas éste es ido a tierras estrañas y apartadas, que si presente fuera ya oviera ensayado la batalla.

Galeote le dixo:

–Señor Gualdar, la bondad de los vencidos no quita la de los por vencer, y a las vezes Dios ayuda a una persona más que a otra en un mismo caso aunque en valentía no sean iguales. Nós desseamos servir al rey en esta batalla, y por falta de cavallos la tardamos; si nos los dierdes, luego pondremos nuestro desseo en efeto.

–Pues os he dicho mi parecer –dixo Gualdar–, cumplir quiero vuestra petición.

Entonces les mandó dar dos grandes cavallos y hermosos: el uno vayo y el otro blanco. Lisuarte tomó el blanco por llevar las tres cosas devisadas. Galeote tomó el vayo, y así ambos se fueron a las tiendas del jayán. Y él estava armado de sus armas jugando a las tablas con la donzella estraña, y sus hombres le tenían un gran cavallo hovero a la puerta de la tienda.

Lisuarte, cuando lo vido, aunque avía feroz y brava acatadura, no le temió poco ni mucho, antes le creció voluntad de vengar los que presos tenía y dixole:

–¡Dramirón, no devías de estar tanto de espacio viendo tus enemigos ^{181v} delante! Apérbete a la batalla, que para ella somos venidos.

El jayán lo miró con mal ojo diziendo:

–¿Quién eres tú que me mandas que dexé el juego por aver batalla?

–Yo soy un cavallero –dixo Lisuarte– de la casa y deudo del rey Amadís, que te haré cuanto mal pudiere y te soy mortal enemigo, y desseo cortarte la cabeça para la embiar al rey mi señor en señal de la vitoria que tomó de tu sobervia.

El gigante ovo gran saña y dixo:

–Atiéndeme, loco y sandio cavallero, en cuanto doy fin al juego que luego seré contigo, y la misma pena que dizes que me has de dar si me vencieres, la misma juro de te dar si te venciere.

–Quien mal guardare su cabeça –dixo Lisuarte– que la pierda, ca yo haré por amparar la mía a todo mi poder, y no eres tan mesurado como te sería menester, que nos hazes estar atendiendo grande pieça.

–Vosotros, si queréis batalla luego –dixo la donzella estraña–, otorgadme una cosa que vos demandaré, y levantaré el juego, que estoy para ganar gran precio.

–Dezid lo que es –dixo Lisuarte–, que por ventura lo otorgaremos luego por aver la batalla.

–Lo que yo demando –dixo la donzella– es que tu compañero quiebre conmigo un par de lanças, porque no desseo cosa tanto como provar la bondad de los cavalleros d’esta tierra, y luego avréis la batalla.

Lisuarte miró a Galeote y dixole que respondiesse, y él dixo que non tendría manos para herir ninguna donzella, endemás a tan hermosa, ca d’ello no llevaría prez ninguno, mas antes desonra.

–No estés engañado –dixo ella– que, aunque mujer sea, en muchas batallas de valientes cavalleros me tengo espermentada, y no pienses que lo has con donzella sino con valiente cavallero, y sea la batalla con condición que el vencedor lleve las armas y cavallo del vencido.

–Comoquier que sea –dixo Galeote– por mi compañero aver la batalla con el gigante, yo la quiero aver contigo d’esta manera: que te quiero atender a cavallo sin lança cubierto de mi escudo hasta que quiebres tres lanças, y si me derrocares que ayas mis armas y cavallo y, si no, que aya yo las tuyas.

–Plázeme –dixo ella– porque eres loco, que con lança no te temía cuanto más sin ella.

E luego dexó el juego y se fue a armar de todas armas, que no le faltava pieça como si cavallero fuesse; y tomó el escudo y el yelmo y terciado que a Londres avía llevado, y cavalgó en un cavallo tordillo hermoso y bien señalado, doblegando muy rezio la lança, de que todos se espantaron de cómo era diestra en aquel menester. El gigante fue luego guisado de batalla; traía dos espadas ceñidas: la una de Arquisil y la otra de Florisando, y una lança muy gruessa con el hierro muy limpio y claro, y dixo a Lisuarte:

–Agora, malaventurado cavallero, creo que te pesará de tan presto aver la batalla.

–Cuanto más aína me la otorgaras –dixo él– más plazer me hizieras por más presto tomar de ti la vengança.

–Pues dime tu nombre –dixo el gigante– y luego empeçaremos la batalla.

–Los que me conocen –dixo él– me llaman Lisuarte y soy del deudo de Florisando, aquel que tú tienes en prisión venciéndolo con aleve trayéndole sus armas por engaño.

Entretanto que esto fablavan, la donzella estava a cavallo muy apuesta. Galeote se paró en medio del campo solamente cubierto de su escudo, y dixo en boz alta:

–¡Estraña mujer en ábito de cavallero!, ¿en qué te detienes, que no comienças tu batalla?

Luego la donzella hirió su cavallo de las espuelas, que rezio y corredor era, y encontró a Galeote sobre el escudo que la lança fue en pieças mas no lo movió de la silla, paresciéndole aver encontrado una brava peña, y passó adelante fermosamente y bolvió luego su cavallo, corrida de le no aver derrocado del encuentro.

Lisuarte y el jayán estaban mirando la hermosa justa. La donzella bolvió luego a la puerta de la tienda y tomó otra lança y dixo en boz alta:

–Parad mientos, cavalleros, y veréis hermoso golpe.

Y hirió al cavallo de las espuelas muy rezio con tanta ligereza que era maravilla, y encontró a Galeote en mitad del escudo que gelo falsó todo y quebró la lança, y al passar, Galeote travó d’ella con la mano diestra tan rezio que la ovo de echar en tierra. Fue atordida de la caída. Entonces Galeote le dixo:

–Buena donzella, no justáis tanto como vos loáis. Mucho vos agradezco las armas y cavallo que me dais, y si mi escudo me falsastes, otro más rico y hermoso me daréis.

Entonces mandó a su escudero que le ayudasse a levantar, que atordida estava de pechos en el suelo.

Lisuarte y el jayán se arredraron ^{182r} el no del otro buena pieça, y como aquellos que se desamavan, hiriendo bravamente a sus cavallos, con gran saña se llegaron a encontrar, y la furia que traían bien lo mostraron en los encuentros, ca ninguno faltó de su golpe, antes se encontraron tan duramente que parecían fuertes torres. Las lanças fueron quebradas y no mellaron en los escudos, y passaron el uno por el otro hermosamente, endemás Lisuarte, que con su cavallo y armas blancas parecía blanca paloma. Todos los del real que la batalla estaban mirando fueron espantados de la bondad del cavallero blanco. E luego los dos cavalleros bolvieron sus cavallos uno contra otro. El gigante estava corrido de no derrocar a Lisuarte, y con voluntad de lo emendar dixo:

–Cavallero, aunque mucho te desame y dessee hazer mucho mal con mi espada, mucho holgaría que justássemos otra vez, porque del todo se vea quién lleva la ventaja.

–Plázeme –dixo Lisuarte– fasta que el uno caiga o las lanças nos falten.

E luego tomaron otras lanças muy buenas y encontraronse tan fuertemente como en primero, y las lanças resbalaron de los escudos y passaron adelante, y luego, sin se fablar, se tornaron a arredrar con mayor desseo de se derrocar, y hiriendo los cavallos muy cruelmente se llegaron a encontrar con grande ira y saña que en sí avían. El gigante encontró a Lisuarte en medio del escudo y la lança no prendió en él, antes ovo de resbalar, ca tal bondad tenía el escudo, que ninguna arma, aunque fuerte, en él prendía. Lisuarte encontró al gigante con mucho braveza por el brocal del escudo y topándole en las fuertes hojas de azero de que era armado le puxo tan rezio que lo arrancó de la silla, y el cavallo del gigante, según iba rezio

y desampoderado, topó con el de Lisuarte y dieronse de cabeças y pechos de guisa que cada uno cayó a su parte. Los cavalleros fueron en tierra y luego se levantaron con gran coraje, y echando mano a sus espadas començaronse a ferir de tales golpes que las cabeças se fazían abaxar hasta los pechos, y si la bondad de los yelmos y de los escudos tal no fuera, de creer es que según los bravos golpes se davan y bondad de las espadas muy ligeramente allí ambos fueran muertos y, aunque las tales armas resistían que las carnes no fuessen cortadas, eran ende muy atormentadas. E assí, hiriéndose por todas partes por donde más mal se podían hazer, sin holgar ni querer reposo andovieron grandes dos horas sin ninguno mostrar punto de covardía, y eran tan cansados del trabajo y atormentados de los espessos golpes que a mal de su grado se arredraron el uno del otro por tomar aliento.

Y entretanto que ellos descansavan la estraña donzella se avía levantado y dixo a Galeote:
–Cavallero, bien veo que vos fue mejor de la justa. Veamos cómo vos va de las espadas.

–Ya vos dixes –dixo Galeote– que no avía de poner hierro en donzellas, antes las servir hasta la muerte, mayormente no siendo la condición de la batalla sino de las lanças.

La donzella ovo gran enojo y echando mano a su terciado firió al cavallo sobre la cabeça tan duramente que cayó luego muerto y ella fue sobre Galeote por le ferir, mas él salió tan presto que ella fue maravillada y, cubriéndose de su escudo, se amparó del golpe que gran parte del escudo le echó a tierra, y él con mucha ligereza arremetió con ella y la apretó con sus fuertes braços y, aunque la donzella mucha fuerça tenía, no se pudo amparar que Galeote no la derrocasse en el suelo gran caída, ca avía de las mayores fuerças que cavallero podía alcançar como aquel que avía grande cuerpo y miembros y que era hijo de gigante. Y teniéndola assí le tomó el escudo y el terciado, y quitole el rico yelmo de la cabeça y dixo:

–Sed presa o muerta sois, que vuestra poca criança no merece cortesía ninguna.

La donzella, viéndose en aquel extremo, demandó merced y se puso en su prisión con tanto dolor del gigante, que bien lo vía, que luego fue muy airado contra el cavallero por dar fin a la batalla, mas, si rezio iba y sañado, no lo halló flaco ni cansado, antes con grande braveza, nembrándose aquella hora del alto linaje donde venía y cómo toda la honra del rey Amadís y suya pendía de aquella batalla y la deliberación de aquellos cavalleros que presos eran, creciéndole con esto más el esfuerço, fue contra el jayán y diole tal golpe sobre el yelmo que llamas de fuego fizo salir d'él, y descendiendo la espada al ombro siniestro le cortó las armas y la carne.^{182v} E assí donde alcançava fuera del yelmo y del escudo, las armas y la carne le cortava. E lo mesmo le hazía a él el gigante, mas Lisuarte era de gran ligereza y con ella le hazía perder los más de los golpes y los otros tomava en el fuerte escudo blanco que tan grande era, que lo más del cuerpo le cubría, y por ello no era tan llagado, ca hería con braveza y guardavase con discreción. El gigante fue muy sentido del golpe, y, queriéndole dar el pago, lo hirió sobre el escudo blanco que parecía dar sobre un mármol y no hizo mella ninguna y fue espantado de tal bondad viendo su enemigo de gran valentía y con tales armas más le parecía trabajosa la batalla, aunque la victoria esperaba de aver si sus malas obras no le estorvaran y la fortaleza de Lisuarte.

En este trabajo anduvieron grande pieça hasta que de cansados otra vez les convino de tomar huelgo del gran cansancio. Lisuarte puso la punta del escudo en tierra y acostose sobre él y estuvo pensando en el fuerte enemigo que delante sí tenía, y determinó de no holgar más hasta que la batalla oviesse fin y, encomendándose a Dios y a la bendita Virgen su Madre, con mucha saña embraçó su escudo y dixo:

–¡Dramirón, el día se passa quanto puede, razón es que nuestra batalla aya cima, y porque el premio d'ella es la cabeça, no conviene ende ser perezoso!

Entonces se fue contra él a grandes passos y, fingiendo herirle en la cabeça, el gigante alzó bien el escudo y Lisuarte, viéndole las piernas descubiertas, le hirió tan duramente por baxo de la rodilla que armadura no le prestó que no le cortasse la carne hasta el huesso, y el gigante le hirió sobre el yelmo fino y la espada no prendió y, decendiendo al ombro con la punta, le cortó las armas y un poco de la carne. Lisuarte, andando muy ligero y esforçado, le firió otra vez sobre el ombro diestro que gelo hendió hasta los huessos, de guisa que el gigante perdió la mitad de la fuerça d'este golpe y fue muy espantado, mas quiso defender hasta la muerte. E quando Lisuarte le quería herir en la cabeça no se amparava con el escudo porque no le firiessse en las piernas como lo avía hecho. E Lisuarte, viéndolo assí andar tan desatinado, le començó a herir muy bravamente. El gigante era maltrecho y no podía andar ligero con la ferida de la pierna que media cañilla le avía cortado; y de toda fuerça [Lisuarte] le firió sobre el yelmo, que el gigante fue fuera de su acuerdo y los lazos del yelmo fueron quebrados y le faltó de la cabeça y el gigante fue por caer, mas antes que cayesse, Lisuarte le dio tal golpe con su buena espada que la cabeça le hendió hasta la garganta. El gigante cayó luego tendido en aquel campo haziendo miserable fin de sus días, acabando allí todas sus proezas, fenesciendo juntamente con la vida su bondad y fortaleza, que como en desservicio de Dios la executava faziendo grandes crueldades, matando cavalleros, robando las tierras, persiguiendo a los cristianos, ovo el pago que merecía de muerte y de desonra, aviéndole Nuestro Señor Jesucristo esperado muchos tiempos que se emendasse, y, viendo que siempre perdurava en su maldad, permitió que en este mundo con la muerte fuesse punido y en el otro para siempre condenado al fuego de los infernos.

¶ Capítulo cliij. De cómo Lisuarte se fue al castillo de la Ínsola Firme y sacó los cavalleros presos que ende eran.

SIENDO ASSÍ ESTE gigante muerto, Lisuarte avía muchas llagas, aunque el fuerte escudo y yelmo que traía le amparavan. La gente toda del real era muy espantada de la grande bondad del cavallero. E no avía ende tal que lo conociesse. Galeote, viendo la cima de aquella batalla y a Lisuarte mal llagado, se fue a él diziendo:

–Mi buen señor, según veo que sois llagado, es guisado que vais a reposar, ca mucho menester os es el reposo según la sangre perdéis.

–Mi buen ^{183r} amigo –dixo él–, pues Dios me dio tal vitoria, ante que descansen ni huelgue quiero ir al castillo por sacar los presos, porque, quanto más llagado perdiendo sangre los sacare, más me agradecerán la buena obra y diligencia.

A aquella hora el planto se hazía tan grande en las tiendas que bien se oía en el alcáçar. E luego su muerte sonó por todo el castillo, y del somo de la torre muchos avían visto la batalla y hazían muy gran duelo.

Gualdar de Rascuil llegó a Lisuarte, que aún tenía la espada desnuda en la mano y estava assentado sobre el gigante muerto por cobrar el aliento, y dixole:

–Señor, no sé quién sois, mas de vuestra bondad sé tanto que digo que sois el mejor cavallero que ay en el mundo, y porque sois mal llagado vos ruego que vos acojáis a mi tienda, que ende seréis servido de todo lo necessario.

–Mucho vos lo agradezco –dixo Lisuarte–, mas parésceme mejor consejo que aperciabáis la más gente que pudierdes y nos vamos al castillo para saber de los que dentro son si quieren cumplir lo que está assentado y nos entregar la ínsola porque, sabiendo lo contrario, les demos tales combates que los entremos porque no tengan tiempo de hazer algún mal a los cavalleros que ende son presos.

Y a Gualdar le pareció muy bien el consejo, y tomando consigo más de mill y quinientos cavalleros que armados eran y Lisuarte, aunque mal llagado, cavalgó en el cavallo del gigante y Galeote en el de la donzella, la cual hazía muy amargo llanto, y Galeote la fizo llevar al real y tener en mucha guarda.

E así se fueron todos la costa arriba para el castillo y tras ellos muchos ballesteros y arqueros, escalas y pertrechos de combate. Lisuarte y Galeote y Gualdar llegaron a la puerta del castillo y dixeron a las guardas:

–Dezid a los que dentro son que cumplan con nosotros lo que está assentado y salgan del castillo y dexen libre y desembargada la ínsola, si no, que tajaremos las cabeças a los que están en rehenes y les daremos tales combates que se no puedan valer que todos no ayan la fin que los quebrantadores de la verdad suelen y deven aver.

E luego los hombres lo fueron a dezir a los principales de la hueste. Los cuales vinieron luego a la puerta del castillo muy tristes llorando todos lágrimas de tristeza, y dixeron que prestos eran a cumplir todo lo que su señor avía assentado, tanto que las rehenes les entregassen, y Gualdar les dixo que luego las rehenes las avrían, mas que les convenía salir del castillo, y ellos dixeron que les plazía. E luego Gualdar de Rascuil embió por las rehenes al real, los cuales eran veinte cavalleros principales y un pequeño hijo del jayán llamado como su abuelo. Los cavalleros de dentro, tanto que las rehenes vieron, viendo que con razón no podían fazer otra cosa y, aunque quisiessen, los contrarios eran tantos que no se podrían amparar, y aviendo seguro de los cavalleros que no les fiziessen mal, abrieron las puertas del castillo y toda la gente entró dentro y se enseñoreó de los muros, torres y casas fuertes, y Gualdar mandó cerrar las puertas y poner guardas porque no saliessen los enemigos sin licencia.

Lisuarte, como en ál no tenía ojo salvo de soltar los presos, tomando consigo a Galeote, dixo a Gualdar:

–Buen cavallero, entended en lo que acá atañe, que yo ver quiero los cavalleros que están en prisión.

Y fuese a la alta torre donde ellos eran. E los hombres del jayán que los guardavan con pavor les dieron las llaves y guiaron donde los cavalleros yazían llagados en una gran sala, y con grande desseo fue a ver a aquellos cavalleros y vio muchas camas en que yazían, y el primero que halló fue a Florisando, que éste sobre todos fuera peor llagado, y luego cerca d'él halló a su grande y leal amigo Coroneo, llagado de grandes y peligrosas llagas como aquel que con mucho esfuerço avía lidiado con el jayán. Y así corriendo los lechos todos halló los cavalleros vivos, y al que más sano halló fue el rey Agrajes, como aquel que primero avía sido herido, y Lisuarte les dixo:

–Buenos señores, esforçad, no desmayéis, ca libres sois de la prisión tanto que fuerdes guarescidos, ca el jayán es muerto y la ínsola tornada al servicio del rey Amadís.

Cuando aquellos cavalleros tales nuevas oyeron, alçaron las cabeças por ver a aquel que las dezía y tal estava ende que no avía entero acuerdo, como Coroneo y los fijos del rey de Sobradisa y Esquilán de Norgales, ca estos eran los postreros que el jayán avía vencido. Entonces el rey Agrajes le dixo:

–Señor cavallero, ¿son verdaderas essas nuevas?

–Sí, sin falla –dixo él.

–Pues mucho vos rogamos –dixo el rey– que vos quitéis el yelmo, ca mucho vos dessemos conocer.^{183v}

Entonces Lisuarte se quitó el yelmo y lo dio a su escudero y fue donde era el rey Agrajes, y lo abraçó con gran acatamiento. Y él lo rescibió con mucho plazer diziendo:

–¡Ay, buen cavallero, que si de antes vos conociera no dudara el gigante ser muerto y la ínsola tomada, mas no vos conociendo mucho era dudoso de tales nuevas!

E luego aquellos cavalleros conocieron a Lisuarte y fueron muy alegres, y él anduvo de lecho en lecho hablando a aquellos cavalleros sus amigos. E quando vio a Coroneo tan desemejado de su hermosura y maltrecho de las llagas, de gran compassión se le cayeron las lágrimas por los ojos. Arquisil, que ya estava mejorado, le dixo:

–Buen señor, ¿siempre en mi corazón tuve que tal aventura no podía ser acabada sino por vós! Grande es la fama que ende avéis ganado aliende de la buena obra que todos recibimos, que es tal que nunca la podremos servir.

–Buen señor –dixo Lisuarte–, no digáis tal cosa que por vos librar yo oviera en mí por bien empleada la muerte y por bienandante de perder la vida, y assí, ofreciéndola muy delibradamente, por ello Dios me ha fecho tan señalada merced que de mis manos salió servicio a tales hombres.

Arquisil le dixo:

–Si vuestra bondad, señor, tal no fuera, ya la fama de la Gran Bretaña estava en el suelo, mas agora con vuestro valor la avéis levantado a las estrellas, y, pues que a nosotros avéis hecho alegres con tales nuevas, dad alegría a los cavalleros que en el hondo d'èsta torre están en prisión.

–Esso faré yo, señor, de muy buen grado –dixo él, mas primero otra vez fue a ver a Florisando y con grande amor le dixo–: Alegraos, señor, que libre sois d'èsta prisión y vuestro enemigo muerto muy cruelmente.

Florisando, aunque mal llagado era, fue ende muy alegre. Entonces Lisuarte, dexando allí a Galeote, se fue a la puerta que a lo baxo decendía y falló una donzella que le dixo:

–Señor cavallero, pues sopistes vencer, sabed perdonar a los vencidos: yo me pongo en vuestra medida y sabed que he hecho mucho servicio a estos cavalleros.

–Si esso assí es –dixo él–, vós seréis bien galardonada.

La donzella se le omilló mucho y entregó las llaves de los presos. Y él le mandó abrir la puerta. E Lisuarte abaxó baxo por una grande escalera y en lo hondo de aquella tenebregosa cárcel falló en hierros muchos cavalleros que ya eran sanos de sus llagas y, abriendo una lumbrera que cerrada estava, vido los presos con gruesas cadenas: y allí estavam Ladasán, Arcalao, Rolandín, Languínez del Lago Ferviente y Irneo de Bohemia, Pantasileo, Melián, Persián de Escocia, Marcival y Urgandín. E quando assí los vido todos en aquella

tenebregura, no se pudo tener que no llorasse y fue los a abraçar a todos con grande amor, y sobre todos a Urgandín, que él no menos amava que un hermano, y otrosí fue muy alegre con Rolandín y le dixo:

–Señor, otra prisión vos tengo aparejada muy más esquivada que ésta, porque ella vos captivará el corazón y libertad.

–Cualquiera que ella sea –dixo Rolandín– yo la avré por muy dulce y alegre, siendo por vós ordenada.

Entonces la donzella que las llaves tenía de la prisión les quitó los candados y cadenas. Rodualdo, que el postrero era, vino a hablar a Lisuarte con mucho acatamiento, y todos eran muy alegres y con mucho plazer se salieron de aquel tenebregoso lugar y se fueron para la gran sala donde los otros cavalleros estaban, y Galeote les avía dicho la muerte del gigante y cómo Lisuarte lo avía muerto, de que todos estaban muy espantados oyendo la brava y peligrosa batalla que avían hecho.

¶ Capítulo cliij. De cómo Gualdar de Rascuil señoreó toda la ínsola y no dexó d'ella sacar riqueza ni armas salvo lo que avían traído.

TANTO QUE LISUARTE entró en la sala, aviendo sacado los cavalleros del algibe, perdiendo mucha sangre, contra su voluntad por ruego de aquellos señores^{184r} se ovo de desarmar, y allí le dieron un lecho en que se acostó y fue curado. E aquellos cavalleros que sanos eran le hazían compañía. Y él no quisiera tomar reposo fasta que la ínsola de los enemigos fuesse desembargada, mas donde estava Gualdar creed que no faltava diligencia, que ya avía tomado las fuerças del castillo y avía hecho salir toda la gente del castillo y no falta hombre que no fuesse buscado por las guardas que no sacasse armas ni riqueza ninguna de la ínsola, salvo lo que avían traído. Y en esto se detovieron hasta gran parte de la noche passada y no entraron aquella noche en la mar ca no podían, porque sus naves eran en poder de los del rey que, desmandándose de la flota, saliendo del puerto de la ínsola, topó con Leonil, que de su primo se avía partido, andando cada uno a su parte con la armada. E hallándolas assí, Leonil peleó con ellos y los desbarató y tomó muchas de sus naves, y con ellas aportó en el puerto de la ínsola cuando los del gigante salían del castillo. Los cuales aquella noche dormieron en el campo, despendiéndolas más en lloros y en lágrimas que en reposo ni holgura.

Gualdar de Rascuil, después que el castillo tuvo en su poder, hizo poner guardas y velas en el muro y lo mismo mandó poner en el real, y dio cargo a Almanceo el Fuerte, cavallero mancebo muy señalado, que con quinientos cavalleros guardasse las tiendas y el cuerpo del jayán. E proveyendo esto fuesse a la gran torre donde estaban los cavalleros presos, y antes que entrase supo cómo Lisuarte era el que venciera la batalla y matara el jayán, y dixo:

–¡A Dios merced que el rey mi señor fue servido en este caso de cavallero de su deudo, porque tanta gloria no le llevara otro extraño!

Y con mucho plazer y alegría el buen viejo preciado, entrando en la sala, no preguntava sino por Lisuarte. Radualdo gelo mostró, que estava en su lecho cabe la finiestra de la rexa dorada, y Gualdar fue a él y quitó su yelmo muy rezio que hasta allí lo avía tenido en la

cabeça, y pareció luego de gran edad, ca los cabellos avía blancos assí en la cabeça como en la barva, y dígovos que assí parecía bien con aquellas fuertes armas como si vestidas las toviera otro fermoso cavallero, ca éste, aunque no lo era de gesto, que la edad gelo avía quitado, eralo en gran bondad, discreción, seso y lealtad. E assí llegó este cavallero do Lisuarte estava y le tomó las manos y gelas besó diziendo:

–¡Buen señor, aya perdón porque por desconocencia no vos he fecho el servicio que como vassallo de vuestro abuelo devía!

Lisuarte lo levantó suso, que lo estimava mucho por su valor, y dixo:

–Buen amigo, vós sois tal que, aunque yerro fuera, merecíades todo perdón, mayormente no faltando en vós punto de lo que hazer devíades, y sin me conoscer me distes aquellos cavallos que fue tan buena obra que plegá a Dios que lo pueda galardonar según vuestro gran merescer.

Gualdar le quiso besar otra vez las manos, mas Lisuarte las tiró contra sí y Gualdar le dixo:

–Por más vicio me devo tener, señor, de lo que verdad soy, pues fui de tan mal conocimiento que, viendo vuestros bravos golpes y estrañas proezas, no conocí que tales maravillas no podía ser hechas sino por vós, que sobre todos los del mundo avéis las prez de las armas.

Y assí estava razonando este noble cavallero con aquel esforçado príncipe Lisuarte. Todos aquellos cavalleros que del algibe avían salido fueron fablar a Gualdar de Rascuil, y él los abraçava como si mucho tiempo oviera que no los avía visto, y otrosí fue a visitar los cavalleros que llagados eran, y hizo aparejar de comer para los feridos que mejorados eran, ca los otros no salían de la regla de la donzella que los curava, y hizo hazer muchas camas por aquellos aposentamientos de la torre y alcáçar donde los cavalleros alvergassen. E assí dormieron todos aquella noche con gran plazer de se ver fuera de aquella prisión y de la muerte de su enemigo.

Gualdar de Rascuil, como aquel que todo cargo sobre sí tenía, no le cumplía ser perezoso y levantose en rompiendo el alva, y con bien trezientos cavalleros muy buenos salió del castillo y fue al real a saber qué flota era la que aquella noche avía aportado, que por la noche ser oscura, ni Leonil osó salir a tierra sin recaudo ni los del real estaban sin sospecha de ser enemigos porque no los avían visto, salvo oído el gran estruendo y rebuelta que traían. E assí a cavallo se fue Gualdar a la orilla del agua y vio las señas del rey Amadís en las gavías y en los masteles y castillos de las naves. Y con tal vista perdió el temor. E luego los de las naves le hizieron señas y él otrosí a ellos. E luego echaron en el agua un batel y en él hombres que lo ^{184v} aportaron en tierra y dixeron cómo allí venía Leonil, que avía tomado aquellas naves de los enemigos, con que Gualdar y toda su gente eran muy alegres, y mandole dezir que sobreestoviessen assí en la flota hasta que lo hiziesse saber a los grandes señores que en el castillo eran. Entonces se fue a las tiendas donde Almanceo el Fuerte con gran compañía de cavalleros guardava el cuerpo muerto del gigante, y le hizo quitar todas las armas y guardarlas con mucha diligencia. Y dexando todo en guarda de Almanceo, yendo para el castillo, fue a do alvergava la gente del gigante, y los más principales se vinieron a él diziendo:

–Señor cavallero, nós avemos cumplido todo lo que el gigante nuestro señor assentó, que fue que si vencido fuesse entregaría libremente la ínsola al rey Amadís, y después de su muerte nós lo complimos como él lo avía prometido. E agora nos querríamos ir a nuestras tierras a llorar nuestras desventuras, y para ello nos devríades mandar dar nuestras naves.

–Amigos –dixo Gualdar–, ellas son en poder del capitán del rey, ca las halló fuera del límite d'esta ínsola desmandadas como que andavan a robar, y siendo assí pudolas justamente tomar, mayormente venciendo en batalla, y por tanto no sé lo que aquellos grandes señores querrán fazer en este caso.

–Si las naves no nos dan –dixo el uno d'ellos–, no cumplen con lo assentado que, entregándole la ínsola, nos avían de dexar ir en paz, lo que no hazen tomando las naves y impidiéndonos la partida.

–A vosotros –dixo Gualdar– bien sé que se no impedirá, ca vos darán naves en que vais. Mas a todos los que vencidos fueron en la flota, pues salieron los límites de la tregua, captivos son y quedarán en poder de aquel que los venció, y yo estaré con aquellos cavalleros sobre el caso, y ellos son tales que harán lo que con derecho se deve fazer.

Entonces se despidió y se fue al castillo do eran aquellos cavalleros y contoles todas las nuevas como avéis oído, assí la venida de Leonil como petición de los paganos. Unos de aquellos cavalleros dezían que no les devían de dar nave ninguna porque con razón las avían perdido. Otros dezían que antes todos los devían de matar como a traidores, pues que avían traspasado el asiento y lidiado con los suyos, mas, del consejo del rey Agrajes y Lisuarte y Arquisil y otros cavalleros que ende eran, fue acordado que era más manificencia usar de piedad con los vencidos que de braveza con los por vencer que aquellos, pues no avían pecado que no merecían culpa, ca los maleficios no devían dañar sino a los malhechores, y que por tanto aquellos que avían complido lo que el gigante avía assentado que les diessen naves que bastassen para se bolver a sus tierras y bastimentos y provisiones, y que los que Leonil avía preso en la mar que quedassen en prisión hasta la merced del rey, que aquellos, por quebrantadores del asiento, no devían de gozar de la ley ni libertad de lo assentado. Y esto assí concertado, le dixo Lisuarte:

–Buen amigo Gualdar, si tan bien vos pidieren el cuerpo de su señor, dadgelo honradamente, con tanto que no lleva arma ninguna, pues ya no presta sino para la sepultura no tienen necessidad de armas ningunas. Y en verdad que apartada toda saña que d'este gigante tenemos, no mirando su sobervia ni crueldad, su fortaleza y bondad de armas era muy extraña si sus malas maneras no le estragaran la fama que dende merescía, ca desde el tiempo que los vivos tienen memoria nunca jayán tanto alcanzó en las armas como este Dramirón, y pues que la saña que como a enemigo le teníamos con su muerte es satisfecha, lo demasiado más sería crueldad que vengança, y por ende es justo que sus hombres lleven su cuerpo para que le den la sepultura donde más les agradare y pareciere que le conviene.

A todos aquellos cavalleros pareció muestra de gran nobleza y virtud lo que Lisuarte avía dicho y assí lo loaron todos y afirmaron, y Gualdar se bolvió luego a los paganos y les dixo el concierto que traía, aunque mucho les pesó de los que presos quedavan, viendo que con razón lo eran no lo osaron más replicar, antes con muchas lágrimas le pidieron el cuerpo muerto del jayán y él gelo otorgó de la parte del cavallero que lo venciera. Entonces se fueron todos la cuesta ayuso y fizieron esquivo llanto por la muerte de su señor, llorando lágrimas de mucha tristeza sobre el cuerpo de su señor. E luego Gualdar hizo aparejar un batel y passó a la nave de Leonil y dixole todo el concierto que traía. E luego hizieron apercebir veinte y cinco naves muy buenas y bastecer de todo lo necessario para la gente embarcar. Lo que siendo aparejado, los principales de la hueste del jayán tomaron su cuerpo embuelto en un ^{185r} paño negro y lo metieron en las naves, y con grandes llantos,

que lástima ponían a los que lo oían, partieron de aquel puerto de la ínsula donde, aunque la venida muy alegre y victoriosa fue, la salida era de tristeza y menoscabo. E assí se fueron por esse mar adelante con más tristeza y pesar en la partida que alegría ni plazer tovieron en la llegada.

¶ Capítulo clv. De cómo Leonil fue muy honradamente rescebido de los cavalleros y de cómo Lisuarte embió las nuevas del vencimiento al rey Amadís, y de la muerte de Urganda la Desconocida.

DESPUÉS QUE LOS paganos se partieron con el cuerpo del gigante, Gualdar de Rascuil se vino al real y mandó estar a Almanceo el Fuerte en la guarda como ante estava, y tomando consigo a Leonil se fue al castillo, con cuya venida todos aquellos cavalleros fueron muy alegres, mayormente Lisuarte, que mucho lo amava, y le preguntaron todos que cómo avía topado las naves del gigante. Y él les dixo cómo le avía acontecido sin faltar punto, de lo que ellos fueron muy alegres y desseavan mucho la venida de Gualdín de Bristoya su primo. E luego Lisuarte determinó de hazer saber aquellas alegres nuevas al rey Amadís su abuelo, y llamando a Evaristo su escudero le dixo:

–Toma el mejor cavallo que hallares y de día ni de noche no huelgues hasta que hagas al rey Amadís sabidor de todo lo que has visto, y besa por mí las manos a la reina mi señora y me encomienda mucho a sus donzellas, y diles cuánto he trabajado por complir su mandamiento y que presto verán sanas y alegres las personas que tanto amavan.

Y Evaristo salió luego del castillo y tomó un cavallo fuerte y andador y entró en el derecho camino de Londres, y como sabía la tierra, dando mucha priessa a su cavallo en cabo de cinco días llegó a Londres, y sin parar llegó al palacio a tiempo que el rey estava en toda tristeza por muchas causas: la una, por su enfermedad; la otra, por la pérdida de su ínsula y prisión de sus cavalleros; la otra, que aquel mismo día que llegó Evaristo a Londres avían llegado a la corte diez donzellas cubiertas de duelo y cinco cavalleros con ellas y traían en unas andas cubiertas de negro el cuerpo de Urganda la Desconocida, conficionado de muchos olores, de suerte que por muchos tiempos se no podía corromper, y assí la truxeron al rey Amadís porque ella, al tiempo de su muerte, lo avía mandado, y después que las donzellas y cavalleros contaron la razón de su muerte y venida, e como el rey siempre avía amado a Urganda por los grandes servicios que d'ella assí él como su hijo el emperador y su nieto Lisuarte avían rescebido, viéndola muerta con tantos desseos de le ver como cuando biva de le servir, junto con su umanidad fue buelto en tanto amor que no se pudo tener que no llorasse, y assí fue por ello muy triste y mandó enterrar su cuerpo en su real capilla, entretanto que el monesterio que él mandava hazer en Fenusa fuesse acabado, porque en él se avía de mandar sepultar, y ende quería que esta sabia dueña oviesse la sepultura. La reina tomó las donzellas de Urganda en su compañía, que muy gran planto fazía con las otras dos de Lisuarte. El rey las consolava de su tristeza.

Y estando assí el rey como toda la corte muy tristes, entró Evaristo el escudero por la puerta de la cámara do el rey yazía, e allí era la reina con todas sus infantas y el rey de Sobradisa y otros muchos cavalleros; y Evaristo se fue delante del rey hincando de rodillas, y

assí al rey como a la reina se le estremecieron los coraçones antes que supiesen las nuevas que él traía, y Evaristo, besando las manos al rey, le dixo:

–De aquí en delante, señor, no conviene a vuestra real persona estar en tristeza,^{185v} antes tomar en sí mucha alegría por la gran merced que Dios me ha fecho.

–¿Qué dizes buen, amigo? –dixo el rey–; si traes buenas nuevas dímelas, assí te ayude Dios, que tanto soy puesto en tristura que mucho he menester algún plazer.

–Señor –dixo Evaristo–, el gigante Dramirón es muerto y Lisuarte con su propria mano aviendo con él batalla lo mató y la ínsula es tomada y en poder de vuestros capitanes, y los paganos echados fuera y los cavalleros presos todos bivros, aunque d’ellos son mal llagados, mas no de peligro, Dios queriendo.

–¡Santa María! –dixo el rey–, ¿qué nuevas de alegría son estas que oyó? ¡Dios quiera que assí sea, que, si tal es verdad, razón tengo de perder todo pesar y quitar de mi toda tristeza!

–Assí es verdad, señor –dixo Evaristo–, que otra cosa no osaría dezir en vuestra real presencia.

Estonces le contó la braveza de la batalla y gran fortaleza del gigante y de la esquivo prisión de los cavalleros, y le contó todos los llagados y presos que vencidos fueran por el gigante. E la reina le preguntó por Lisuarte.

–Muy bueno queda, señora –dixo él–, aunque algunas llagas sacó de la batalla, mas no son peligrosas, que, Dios queriendo, muy presto no sea en vuestra corte y presencia.

–Assí plegá a Dios –dixo la reina– que sea.

Evaristo se fue a las donzellas y les dio las encomiendas que su señor les embiava, ha-ziendo saber a cada una la dispusición de aquellas personas que allá tenían. Y Elena le preguntó mucho por su hermano Coroneo, y él le dixo cómo era mal llagado y que fuera de los postreros que ovieron batalla con el gigante, y que sus llagas, según dezían los maestros, eran más de trabajo que de peligro. E assí ella como todas las otras donzellas davan grandes agradecimientos a Lisuarte y fueron consoladas de la cuita en que eran.

Y después que Evaristo esto ovo fecho, demandó licencia al rey para se bolver a la Ínsula Firme. El rey gela otorgó y se mandó mucho encomendar a aquellos cavalleros, rogándoles que tanto que fuessen guarescidos se viniessen para él. La reina le encomendó lo mismo, y sus donzellas le embiaron grandes agradescimientos y encomiendas como aquellas que no avía ende tal que no toviessen allá persona de que mucho se doliesse. Donde agora los dexemos en toda alegría y digamos lo que aconteció a Gualdín de Bristoya, que andava de armada por la mar.

¶ Capítulo clvj. De cómo Gualdín de Bristoya venció la gran armada de los turcos que en socorro de Dramirón venían, donde con los presos y naves vencidas se vino para la Ínsula Firme.

COMO OÍDO AVÉIS, Gualdín de Bristoya y Leonil su primo andavan de armada por mandado del rey Amadís cerca de la Ínsula Firme porque ningún socorro viniesse al gigante. Donde andando éstos dos primos acordaron de se repartir en dos partes porque tenían gente para mayor defensión de la ínsula. E assí se hizo que cada uno corría a su

parte, donde discurriendo Gualdín de Bristoya por essa mar, guardando los passos que le parecía ser necessarios, avinole que un día, en amanesciendo, ovo vista de otra armada que venía contra él, y mandó luego armar su gente y apercebir las naves para si fuessen enemigos estoviessen guisados de batalla. Y la armada era de turcos y venía en socorro del gigante a la Ínsula Firme, y eran onze fustas y veinte galeas con muchas gente armada, y los más d'ellos eran arqueros. Y Gualdín, como fue cerca y conosció ser de enemigos, movió con su nave contra ellos, y lo mismo hizieron todas las otras y acometieron a los enemigos bravamente. E como la flota de Gualdín era mayor y traía más gente y mejor armada, aunque los enemigos se defendían bravamente, no pudieron escusar que no fuessen vencidos y desbaratados y sus naves entradas y los más d'ellos muertos y presos, y otros muchos se lançaron en la mar y allí murieron miserablemente ^{186r} ahogados. De guisa que Gualdín ovo la vitoria, mas no sin gran daño de los de su parte, ca las naves de los paganos eran grandes y fuertes y los que en ellas venían muy guerreros y bien armados, y él fue llagado de dos llagas y una flechada que el escudo con el braço le pasó, mas tanto andava metido en los enemigos que con la gran saña nunca lo sintió fasta la postre; donde, aviéndose por bien vengado del estrago que en ellos avía hecho, repartiendo su gente por las naves de los contrarios, con mucho plazer y alegría trayendo su nave la delantera con la seña del rey Amadís en la gavia aportaron una tarde al puerto de la Ínsula Firme a la parte donde Leonil tenía su armada. De guisa que luego fueron conosciados y las nuevas sonaron en el castillo. E todos aquellos cavalleros, que sanos eran, los salieron a rescebir vestidos de paños de guerra y encima de buenos cavallos, y Gualdín de Bristoya era salido en tierra, y cuando vido a aquellos cavalleros sus amigos, assí a pie como estava se fue para Arquisil y le hizo muy gran acatamiento, y él lo abraçó con mucho amor, y assí lo hizieron todos aquellos presciados cavalleros sus amigos, y le dieron un hermoso cavallo y lo llevaron consigo al castillo con gran plazer y alegría. Y él fue muy bien rescebido del rey Agrajes y de Florisando, y mucho más de Lisuarte, y lo tuvo abraçado una grande pieça, que lo amava de coraçón. Y él les contó la gran destrucción que avía hecho en los turcos tomándole sus riquezas, captivando muchos d'ellos, diciendo a Lisuarte que mandasse hazer de todo a su voluntad.

–Buen amigo –dixo Lisuarte–, mi voluntad no es otra salvo la de estos buenos señores, que lo que ellos mandaren yo seré d'ello muy alegre.

Estonces hizo desarmar a Gualdín de Bristoya y aposentar muy honradamente, y eran con él todos muy alegres. Y después de tres días que él llegó a la ínsula no ovo cavallero llagado que no fuesse guarescido de sus llagas.

E siendo assí todos sanos y arrezados, avían entre sí gran alegría, y todos obedescían y acatavan a Lisuarte, que aunque no fuera hijo de tal padre su bondad en armas para aquello era bastante. E luego de consejo de aquellos cavalleros dieron cargo a Gualdar de Rascuil que mandasse restaurar el estrago que en la ínsola era hecho y que mandasse hazer en rededor del castillo grandes y hondas cavas y puentes levadizas y torres altas, ca el castillo era estragado como aquel que avía estado en poder de enemigos, determinando dende en tercero día se partir todos para Bretaña. Lo que no cumplieron como pensavan por la venida de los cavalleros que agora oiréis.

¶ Capítulo clvij. De cómo<n> don Lispán y Falangrís y Aviés de Sansueña y los tres infantes de las Ínsulas Californias se partieron de Constantinopla.

CUENTA LA HISTORIA que, siendo don Lispán y Aviés de Sansueña guarescidos de las llagas que ovieron en la batalla de los dos gigantes Bucar y Almadarol como avéis oído, queriendo dar la buelta en Bretaña por cumplir el mandamiento del rey Amadís, demandaron licencia al emperador para se bolver en Bretaña. Al cual mucho pesó de aquellas nuevas, mayormente cuando los tres infantes de las Ínsulas Californias otrosí le demandaron licencia para ir a besar las manos al rey Amadís y se conocer con su linaje y se provar en las estrañas y dudosas aventuras de la Gran Bretaña. El emperador, aunque mucha soledad avía de sentir con la partida de aquellos cavalleros, viendo que con razón los no podía detener, gela otorgó. E mandó aparejar dos naos, las mayores y más poderosas que avía en el puerto de aquella su gran ciudad. Lo que viendo Filedonio, el escudero de don Lispán, se le hincó ^{186v} de rodillas diziendo que, pues Urgandín su primo era cavallero, avía muchos días que le suplicava que, no mirando a lo poco que le avía servido, le fiziesse tanta merced que le quisiesse armar cavallero, porque tanto que fuesse en Bretaña se pudiesse provar en las aventuras. Don Lispán, como mucho amasse este escudero, viendo que pedía razón, dixo:

–Buen amigo, yo cumpliré tu desseo, mas bien vees que, estando en casa del emperador, no es guisado ninguno rescebir cavallería sino de su mano, porque bien sabes que, aliende de su estado, no ay en el mundo quién en bondad de armas le passe y a duro que se iguale. Tú vela las armas esta noche en la capilla, que yo suplicaré al emperador que te quiera dar la tal orden.

Y luego Filidonio le besó las manos por ello y se fue al rey Norandel y le suplicó que le diesse unas armas para se armar cavallero, y él se las dio muy buenas, y aquella noche Filidonio tuvo vigilia en la capilla del emperador, y al otro día don Lispán suplicó al emperador que le armasse cavallero aquel donzel. Y el emperador lo otorgó muy de grado y se fue a la capilla y le dio la presciada orden quél desseava, y don Lispán le calzó la espuela y el rey Norandel le ciñó la espada y Perión le dio el yelmo y Galaor el escudo, y assí fue cumplida altamente la cavallería d’este novel, e assí la mantuvo todos los días de su vida.

E siendo las dos naos aparejadas assí de gentes como de bastimentos, aquellos cavalleros se fueron a sus aposentamientos y se armaron de sus fuertes y ricas armas y se despidieron del emperador y de la emperatriz, que muchas encomiendas embiaron a su fijo con grandes desseos que tenían de le ver, y assí se despidieron del rey Norandel y de la reina Menoresa y de Castivalda y de todas las dueñas y donzellas del palacio, las cuales los encomendaron a Dios y avían soledad de su partida, especialmente Castivalda de su gran amigo don Lispán, el cual ella amava de todo coraçón después que vido su estremada bondad en la batalla de los dos gigantes. El emperador y el rey Norandel con toda la corte cavalgaron con los cavalleros fasta el puerto de la mar. Onde los cavalleros se despidieron con mucho acatamiento y él los encomendó a Dios con mucha soledad, encomendándoles mucho a Lisuarte su fijo que se lo traxiessen muy cedo si pudiesen, ca mucho lo desseava ver y no sentía menos la partida de aquellos cavalleros que si todos sus fijos fuessen, y con tal sentimiento se tornó a sus palacios.

Los cavalleros, entrados en sus naves, alçadas las áncoras y tendidas las velas a los apazibles vientos, tomaron la vía de la Gran Bretaña, y a los ocho días que partieron de Constantinopla fallaron dos navíos de paganos que ivan en fuida y eran de los con que Leonil ovo batalla y los venció, y las naves como traían buen viento y los otros venían con contrario se juntaron. E luego los de las naves aferraron los navíos y los entraron por fuerza de armas y prendieron la gente que en ellos venía, y d'ellos supieron la perdición de la Ínsula Firme y la braveza de gigante, y cómo avía vencido y preso al rey Agrajes y a Florisando y a Arquisil y assí a los otros cavalleros, de que ellos fueron tanto espantados que no lo pudieron creer, mas parecioles que alguna cosa d'ello sería. E tomando las pequeñas naves de los contrarios las ataron a sus naos y tomaron la vía de la ínsula. E, siendo a vista d'ella cuanto una legua, fallaron en un batel de doze remos a Ladasán y a Irneo de Bohemia, que éstos, como eran grandes amigos, por passatiempo entraron en aquel batel y se fueron por la mar a vista de la ínsula, e como vieron las naos llegaronse a tierra por escaparse, no fuessen de contrarios, mas, tanto que vieron las señas del emperador en las naos, sin pavor se llegaron a ellas a saber quién ende venía. Y Filidonio, el novel cavallero que en el bordo de una nao venía, conociendo a Ladasán, fue corriendo donde estava don Lisbán con los otros cavalleros y le dixo:

–¡Señor, veis aquí a vuestro hermano Ladasán y a Irneo de Bohemia, vienen en un barco!

Cuando los cavalleros aquello oyeron, todos se levantaron y fueron al bordo de la nao y, conociendo ser verdad, con gran plazer de sus coraçones, dándoles las manos, los arribaron dentro en la nao, donde todos aquellos grandes cavalleros eran, y el plazer que aquí fue y con cuánto amor y mesura se abraçaron los unos a los otros, porque consiste más en se hazer que representar, no se escribe, solamente que passaron grandes cortesías los dos infantes del barco con los tres infantes de las Ínsulas ^{187r} Californias, y después le contaron todas las cosas como avían acontecido en la ínsula, como la historia lo ha devisado: de cómo Lisuarte avía muerto el gigante y libertado los presos y la ínsula. Todos aquellos cavalleros fueron maravillados de la fortaleza del gigante, pues a tales cavalleros avía vencido y mucho más lo fueron de la estraña bondad de Lisuarte de assí aver muerto tan dessemajado y espantable gigante. Mas don Lisbán les dixo:

–Buenos señores, si bien su bondad conociéssedes no vos espantaríades, ca otras proezas no menos que éstas le he visto acabar y no pocas.

Los tres infantes mucho quisieran llegar a tiempo que esperimentaran su virtud con el gigante, mas aunque ellos eran de gran hecho de armas, especialmente Perión, que avía más edad y las fuerças más complidas, no pudiera ninguno d'ellos pujar donde la bondad de Florisando falleció. E, con plazer de tales nuevas, hizieron poner vanderas y estandarres de seda en las gavias y castillos de las naves y tomaron la vía del gran puerto.

Lisuarte y aquellos grandes señores se andavan paseando por la ribera de la mar, y dentro de tercero día avían de partir para Londres; donde, andando assí aquella conpañía, Lisuarte tomó a Rolandín y a Galeote, y todos tres passeándose se partieron de la gente por aquella grande playa, donde Lisuarte, tomando de la mano al Rolandín, le empeçó de dezir:

–Buen señor, teniendo siempre en la memoria vuestro grande valor, doliéndome otrosí de los mortales desseos y angustias que por la reina de Leonís sufríades, la cual yo vos prometí de hazer aver por mujer a todo mi poder, la cual promessa aunque ligera fue de prometer muy dificultosa fue de acabar, y con grandes afanes se cumplió, ca teniéndola

siempre en mientes después que me aparté de vós en el monte Aldín, me fui derechamente al reino de Leonís para buscar alguna manera donde cumpliesse mi palabra, y quiso mi ventura que aquella fermosa reina toviesse guerra con el duque de Poncia y sus hijos, que el reino le querían tomar por fuerça y era puesta en juicio y batalla de tres cavalleros la tal contienda; la cual vuestro gran amigo Galeote y yo tomamos por parte de la reina y ovimos batalla con el duque y sus hijos, y, según la justicia era de nuestra parte, dionos Dios la vitoria. Y quedando assí la fermosa Rosamunda pacífica reina por nuestra batalla, según ella es cumplida en todas buenas maneras, viendo el desseo que teníamos de su servicio, no quiso negar el don que yo le tenía demandado, antes lo concedió delante de sus hombres que no tomaría otro marido toda su vida salvo a vós, mi buen señor.

Cuando Rolandín oyó aquellas estrañas nuevas, de alegría para su atribulado coraçón, que casi en lágrimas y mortales desseos por aquella hermosa reina era desfecho y atormentado, con muy grande acatamiento se le umilló y por fuerça le besó las manos sin que él quitar las pudiesse, diziendo:

–Esta señalada merced, señor, que de vós rescibo es tanta que por una parte me pone en grande alegría y por la otra en grande cuidado, porque cuando veo su grandeza y vuestro merescimiento y mis pocas fuerças y pequeño valor no solamente me hallo inclino para servir esta merced tan grande, mas ni la menor parte de las otras que de vós, mi señor, tengo rescebidas, lo que sólo me pon<o>[e] consuelo es conocer vuestra gran nobleza que mirará más los grandes desseos de servir que el flaco poder de hazer servicios. Pues con esta tal alegría la vida me es otorgada, sin la cual imposible fuera la poder sostener según la ravisosa cuita me seguía, la cual, cessando con tal remedio, toda ella será gastada en vuestro servicio, no errando un punto d’él en cuanto pudiere, no me pudiendo d’ello estorvar otra cosa salvo la misma muerte, la cual yo tomara con mis manos por atajo de mis fatigas si la esperança que vós, mi señor, de vida me avéis dado me faltara.

–A tal hombre –dixo Lisuarte– tal cosa no convenía, mejor lo hizo Dios que vos guardó para el descanso que vuestro coraçón desseava y estado que vuestro valor merescía, y assí me valga Dios, que más es de preciar alcançar aquella fermosa reina por sus buenas maneras que por todos sus señoríos.

–Assí lo otorgo yo –dixo Rolandín–, que la menor parte de su virtud vale más que un gran reino.

–Assí es sin falta –dixo Galeote.

–No pueden tanto las gentes dezir –dixo Lisuarte– en loor de aquella fermosa reina que ella mucho más no merezca.

E assí estovieron hablando en cosas de aquella hermosa reina, que era para Rolandín la ^{187v} mayor gloria de todo el mundo, ca sobre todas las cosas la amava de coraçón, y era en sí alegre y ufano con aquellas nuevas que le parecía que de bienandante no avía embidia a persona del mundo. Y, porque avía grande pieça que se apartaron de los otros cavalleros, acordaron de se bolver a ellos que avía gran pieça que los atendían.

¶ Capítulo clviij. De cómo llegaron al puerto de la Ínsula Firme las dos naves que venían de Constantinopla, y del gran plazer que fue en el real con la venida de aquellos cavalleros.

ESTANDO ASSÍ LOS cavalleros juntos que se querían subir al castillo, vieron venir las dos hermosas naos con muchas vanderas coloradas y estandartes de seda, por lo que les pareciendo no ser de enemigos, atendieron para saber qué gente era. Y estando así, vieron venir a tierra el gran batel en que avían entrado Irneo y Ladasán. E tanto que aportó en tierra, fueron los hombres que en él venían donde los cavalleros estaban y dixeronles cómo en las naves venían don Lispán de Monjaste y Falangrís y Aviés de Sansueña en compañía de los tres infantes que de las Islas Californias avían venido. Grande fue el plazer y alegría que aquellos cavalleros ovieron con aquellas nuevas, mayormente los hijos del rey de Sobradisa, que mucho avía que no vieran a su hermano Perión, y desseavan otrosí ver a su sobrino Galaor, y lo mismo desseavan todos los otros cavalleros, unos por deudo, otros por ver aquellos infantes que de tanta bondad eran nombrados.

Assí, <que> todos avían gran plazer de su venida y gran desseo de su conosciencia, y de los que más plazer avían era Lisuarte, así por se conoscer con aquellos tres infantes como por ver los otros tres cavalleros que él tanto amava y saber nuevas ciertas del emperador y emperatriz sus señores, que tanto tiempo oviera que no viera.

Pues siendo todos, como digo, de tales nuevas plazenteros, hizieron bolver el batel a las naos a dezir cómo los estaban atendiendo, que saliessen en tierra, y Gualdar de Rascuil, por mandado del rey Agrajes, hizo cavalgar la más gente que avía en el real para recibir aquellos cavalleros, tanto que el batel tornó a las naves, luego otros dos bateles fueron lançados en el agua hechos y pintados muy estrañamente, en el uno entraron los tres infantes y en el otro los tres compañeros. Irneo y Ladasán entraron en su batel tomando consigo a Filidonio, el novel cavallero, y en otros bateles les sacaron cavallos en que cavalgassen, y para los infantes sacaron tres bestias muy dessemejadas y feas, mas en ligereza no avía cavallo que igual les fuesse: eran negras y el cuerpo manchado de blanco y eran mayores que cavallos; avían los pies hendidos como bueyes y los cascos tan duros que no tenían necesidad de herraduras; las cabeças avían de razonable hechura: las orejas grandes, los ojos bermejós. Las tales alimanas avían en las Islas Californias, y domadas eran tan diestras y mandadas como mansos cavallos, y muy guerreras y para batalla de gran valor.

Pues, así como vos digo, traían estas tres alimañas los infantes cubiertas todas de unas sobrevistas de paños de oro, porque en aquellas ínsulas avía el oro más en abundancia que en ninguna partida del mundo, y las sillas y guarniciones de muy gran valor. Todos aquellos principales cavalleros se apearon de sus cavallos para rescebir los infantes y sus compañeros, el rey de Escocia y Florisando y Arquisil tenían delante sí a Lisuarte. Los tres infantes, salidos en tierra fueron contra la gente, Perión en medio trayendo de la una mano a su sobrino Galaor y de la otra a Cildadán. E como vieron a Lisuarte fueron ^{188r} luego a él por besar las manos. Él las tiró contra sí y los abraçó con muy grande amor, muy contento de sus hermosas presencias y mucho más de la bondad de sus personas. E luego los tres infantes se fueron al rey Agrajes, que en medio estava de los dos príncipes Florisando y Arquisil, y haziendo muy gran acatamiento le quisieron besar las manos, mas ninguno

d'ellos se las quiso dar, antes lo abraçaron todos con grande amor. E luego Orgalán y su hermano vinieron a abraçar a Perión y a Galaor su sobrino, y los tovieron grande pieça abraçados. E luego otrosí hablaron con mucha mesura a Cildadán, el infante, y lo abraçaron con mucho plazer. E luego los tres compañeros don Lispán, Falangrís y Aviés se fueron a Lisuarte. Y él los abraçó a todos juntos diziendo:

–¡Buenos amigos, a todos vos tengo grande amor, y porende os quiero abraçar de consuno!

Y del gran plazer que con ellos ovo las lágrimas se apuntaron a los ojos. E luego Ladasán y Irneo de Bohemia le pusieron delante a Filidonio, el novel cavallero. Y él lo rescibió con tanto plazer como a cualquier de los otros cavalleros, ca lo amava de coraçón por amor de Urganda la Desconocida su tía. E viéndose todos los unos y los otros en aquel plazer, acordándose de la gran desventura en que avían estado, se les doblava más el alegría. E porque era tarde acordaron de se acoger al castillo. Tomando sus cavallos los tres infantes, que muy estrañamente vestidos eran de ricos paños que sus aposturas mucho acrecentavan, cavalgaron en las tres alimancias que para ello les traían, con que parecían tan estremados que era maravilla. Lisuarte mandó dar buenos cavallos a sus amigos, e assí cavalgaron todos.

Florisando y Arquisil llevavan en medio a Galaor. El rey Agrajes y Lisuarte a Perión. Los hijos del rey de Sobradisa a Cildadán. Coroneo y Rolandín ivan hablando con don Lispán. Persián de Escocia y Esquilán de Norgales con Falangrís. Marcival el Grande y Rodualdo con Aviés. Ladasán y Irneo llevavan entre sí el novel cavallero. E tanta era la gente que detrás lo seguían que todo el recuesto del castillo era cubierto.

E con gran plazer de se ver assí juntos llegaron al castillo y fueron apeados de sus cavallos, y subieron a los grandes y hermosos palacios que aquel gran sabio Apolidón en su tiempo con todo su saber hizo, tan estraños que en el mundo los no avía más. Los tres infantes fueron aposentados muy altamente. Florisando llevó consigo por huésped a Perión. Arquisil a Galaor. El rey de Escocia a Cildadán. Lisuarte llevó consigo a Falangrís y a don Lispán, e los otros cavalleros fueron aposentados por aquellos ricos y hermosos aposentamientos. Y por estos infantes ver la hermosa tierra de la ínsula estovieron después de su llegada diez días. Los cuales passaron en grandes plazer y alegrías contando aquellos infantes las cosas estrañas de las ínsulas, de lo que todos avían gran plazer de lo oír. Lisuarte se avía informado de don Lispán de todas las cosas que le acontecieran en Constantinopla, de lo que passara con el emperador su padre, assí en la llegada como en la partida y de la cruda batalla de los gigantes y de lo que le aviniera con su señora Castivalda, de lo que Lisuarte avía gran plazer, mayormente de la victoria contra los gigantes.

E assí passavan tiempo en aquellas cosas que más sabor avían. Lisuarte era aposentado en la rica Cámara Defendida, y cada día era visitado de los príncipes y infantes, que lo más del tiempo estaban en su compañía y comían todos en la rica sala y eran servidos como a tales personas convenía. E todos guardavan superioridad a Lisuarte y lo obedecían como a mayor, y todas las cosas se hazían en su nombre y voluntad.

¶ Capítulo clix. De cómo aquellos cavalleros partieron de la Ínsula Firme y se vinieron para Londres.

DIEZ DÍAS DESPUÉS de la allegada de los infantes, el rey Agrajes, Lisuarte, Florisando y Arquisil acordaron de se partir para Londres, ca de tal vitoria no era razón gozar sin la comunicar con el rey Amadís. E mandaron aquella tarde alçar el real y Almanceo, con la guarda que avía, lo guiasse y se partiesse delante d'ellos, y dexaron a Gualdar de Rascuil en la ínsula con mucha gente que rehedificasse las pérdidas que los ^{188v}enemigos avían hecho en aquella ínsula, y que traxiesse siempre gente de armada en defensa d'ella en las fustas y y galeas que avían tomado a los contrarios. E aquella tarde se partieron en su armada los dos primos Leonil y Gualdín de Bristoya tomando la vía de Fenusa, donde avían salido con la flota. Aquella noche todos los cavalleros apercibieron sus armas, Florisando cobró las suyas que Gualdar le avía guardado. E, cuando las tuvo en su poder, loó a Dios y dixo:

–Mis buenas armas, en muy poca obligación vos soy que, si hasta aquí mucha honra me hezistes ganar en luengo tiempo, en un día me la avéis hecho perder, derramando mi sangre muy cruelmente; mas de aquí adelante yo vos guardaré mejor que de antes, y no seré de vosotras franco ca mi franqueza aína me oviera llegado a la muerte.

Arquisil otrosí avía cobrado su espada y otras armas. E todos aquella noche se apercibieron. E al otro día, después que oyeron missa y comieron, partieron de la ínsula, dexándola muy encargada a Gualdar de Rascuil, como avéis oído, y tomaron la vía de Bretaña, haziendo llevar tiendas y aparejos para alvergar en despoblado cuando cumpliesse. Y assí iva aquella noble compañía que en el mundo tal se no hallaría assí de presciados cavalleros como de altos hombres. E alcançado a Almanceo, que la hueste guiava, seguieron la vía de Londres.

Y antes que llegassen, supo el rey Amadís su venida y de los tres infantes, de que fue muy alegre y assimismo toda la corte. E luego se aparejaron los que en ella eran para los salir a rescebir. E luego el rey de Sobradisa, con grandes desseos de ver a Perión su hijo y a Galaor su nieto, con don Galvanes y Listorán y el buen viejo conde de Clara y otros muchos cavalleros los salieron a recebir. E saliendo assí, la tal compañía, fuera de la ciudad cabe el monesterio de Sant Severino, halló las grandes compañías de gentes que venían. Y cuando los infantes Perión y Galaor vieron a aquel noble rey con quien tanto deudo avían, luego fueron apeados de sus alimañas y con mucho acatamiento le fueron a besar las manos. Y él los recibió con aquel amor que devía a Perión siendo hijo y a Galaor siendo nieto, y esto con tanto plazer de su corazón que no podía ser mayor, no solamente por el deudo, mas por la gran bondad que en ellos avía. E luego rescibió no menos que a su hijo al infante Cildadán por amor del rey de Irlanda, su abuelo, por ser cormano de Galaor su nieto.

E acabado esto, fue hablar al rey Agrajes su cormano y a los dos príncipes Arquisil y Florisando, y sobre todos a Lisuarte y assí a los otros cavalleros de gran valor. Y hecho assí el rescebimiento, aunque para tales personas no era tal cual fuera si el rey estoviera en sazón para lo hazer, e assí de consuno se bolvieron todos para la ciudad en gran ordenança.

Las gentes que a las calles salían por ver a Lisuarte que venciera la batalla y a los tres infantes, esto no es de dezir: todos ivan ricamente armados salvo las manos y las cabeças, porque fuessen conocidos. Almanceo con la gente de la hueste quedó fuera de la ciudad, que no podían todos ir por las calles. Los que dentro fueran ivan d'esta manera: los cava-

llos de gran guisa iban adelante de dos en dos. E luego los tres infantes encima de sus fermosas alimancias que avéis oído, y otros presciados cavalleros por les dar estremada honra les traían las armas. A Perión, Rolandín le traía la lança y Ladasán el escudo y Esquilán de Norgales el yelmo. A Galaor, Persián de Escocia le traía la lança y Irneo de Bohemia el yelmo y Languínez del Lago Ferviente el escudo. A Cildadán llevaban las armas los hijos del rey de Sobradisa y Aviés de Sansueña. E tras ellos iba Florisando con el rey Agrajes de manos, y Arquisil con el rey de ^{189r} Sobradisa. Tras ellos iba aquel presciado cavallero Odoardo, alférez del rey, con su seña real levantada entre sus fuertes manos, y iba sobre el fermoso cavallo hovero que fuera del gigante Dramirón que Lisuarte gelo avía dado, y era tal que pocos tales avía en la compañía. E luego cabe la seña iba Lisuarte, sobre todos estremado, encima de una bestia dessemejada que Perión le avía dado cubierta de paños de oro sembrados de leones verdes coronados, y iba en medio de sus dos grandes amigos Coroneo y don Lispán; Marcival le traía la lança y Rodualdo el yelmo blanco y Galeote el preciado escudo, y detrás d'ellos iban todos los otros precitados cavalleros.

Y a las finiestras del palacio eran llenas de dueñas y donzellas que salían a ver aquella compañía, que mucho eran loados los tres infantes de hermosos, mas como tornavan a mirar a Lisuarte luego la hermosura d'ellos era olvidada. La reina con todas sus infantas y dueñas y donzellas estava a la puerta del palacio teniendo de mano a la muy hermosa Elena para rescebir los cavalleros. E cuando vio venir aquella hermosa compañía que tanto desseava el servicio de su marido, y que, aunque todos eran de gran hecho, ninguno se igualava con su nieto Lisuarte, ovo en su corazón muy grande alegría. Y en llegando aquella compañía a las puertas del palacio, tocaron las trompas y añafiles que por toda la ciudad se oía. Al rey, que en su lecho estava con el buen cavallero Di-g>nadáus y el arçobispo de Conturbar, las lágrimas de gran plazer le cayeron por sus ojos, y alçó las manos al cielo dando muchas gracias a Dios por las grandes vitorias que assí a él como a su gente siempre avía dado.

Los cavalleros se apearon todos de sus cavallos y subieron suso al palacio y se umillaron a la reina haziendo muy gran acatamiento. Ella los rescebía de buen talante. Luego los tres infantes fueron delante de la reina y hincados de rodillas le besaron las manos. E ella los rescibió con mucho amor. E luego Perión fue delante de Leonarda su hermana, tomando a Galaor por la mano, gelo puso delante diziendo:

–Señora, honrad a este cavallero como a hijo del rey Talanque vuestro hermano, y como a uno de los señalados cavalleros del mundo.

Leonarda lo abraçó con mucho amor y mucho más a su hermano Perión, ca muchos tiempos avía que andava por tierras estrañas y apartadas. E luego Florisando y Arquisil llegaron a la reina y fueron recibidos d'ella como era razón, y assimismo el rey Agrajes, mas, cuando la reina vido a su nieto Lisuarte, fue contra él y echole los braços en el pesqueço y llegó su rostro con el suyo, besándole muchas vezes en el carrillo, le dixo:

–Amado fijo, bendita sea la hora en que tú fueste engendrado, pues nasciste para amparo d'estos señoríos y para consuelo de toda esta corte que en tanta tristeza era puesta si tú con tu bondad no la fizieras possessora de tanta alegría y heziste, hijo, al rey alegre para toda su vida y a esta corte honra y fama para quanto el mundo turare.

E assí, traspuesta en gran plazer, lo tovo abraçado grande pieça. E después que assí la reina rescibió a Coroneo y a don Lispán y a todos los otros cavalleros, se bolvió por aquella

gran sala y los dos reyes llevaban la reina Oriana de brazo. Lisuarte y Coroneo llevaban la hermosa Elena, la cual iba tanto turbado con la fuerza de amor que tenía a Lisuarte que en su corazón no sentía enteramente la alegría de la deliberación de su hermano, y así iba entre dos personas del mundo que ella más amava. Todos los otros cavalleros tomaron las infantas de las manos y las acompañaban con la reina. Florisando y Arquisil iban hablando con los tres infantes que, como cavalleros nuevamente venidos en aquella corte, no les convenía tal desemboltura con las damas hasta que más las conociessen y tratassen.

E así iban aquellos cavalleros por aquella gran sala, y a la entrada de la cámara tocaron los añfiles y trompas muy dulcemente. El rey se levantó en su lecho y cerca d'él estava el hermitaño padre de Florisando, que el otro día avía llegado de la Isla Desierta con gran desseo de lo ver, y luego entraron por la puerta Florisando y Arquisil con la compañía de los infantes como avéis oído, y Odoardo con la seña real. E luego aquellos reyes que la reina llevaban y Lisuarte cerca d'ella con los cavalleros que en la prisión avían estado. El rey ovo en sí gran plazer, aunque la enfermedad y enojos passados le tenían puesto en mucha flaqueza. Arquisil y Florisando fueron delante ^{189v} del rey y le presentaron los infantes. Ellos se hincaron de rodillas y le besaron las manos. Y el rey los abrazó con mucho amor, y levantándose se pusieron a una parte. E luego Arquisil y Florisando fueron al rey con grande acatamiento. El rey los abrazó a ambos juntos, llorando de sus ojos lágrimas de grande amor. E luego los dos reyes sentaron a la reina Oriana en una rica silla a la cabeçera del rey Amadís. E luego el rey Agrajes se vino al rey y él lo abrazó y tuvo así abrazado una gran pieça diziendo:

–Mi buen cormano, aunque vós no fuérades el primero que sangre derramáades sobre mi ínsula, no dexara yo de creer que me amávades de corazón como siempre lo avéis fecho, mas no fue yerro, ca si a vós mismo cumpliera si yo primero no oviera la batalla no me pareciera que cumplía con el amor que vos tengo.

Y porque vio venir a Lisuarte lo soltó. E luego llegó Lisuarte y se hincó de rodillas. El rey lo mirava con ojos tan amorosos que le parecía de su vista cobrar no solamente alegría, mas salud. E así traspuesto en grande amor lo levantó suso y, sin sentir, los ojos eran testigos del plazer del corazón, y tuvo así una pieça abrazado, y no se hartando de lo ver le dixo:

–Mi amado hijo, Dios te hizo tan estremado entre los nascidos para que remediasses las cuitas que a mí, viejo cansado, viniessen, y para que acrecentasses y mantuviesses en mi vejez la onra que en la juventud tenemos ganada, y quiso Dios darme por su misericordia consuelo de mis fatigas y acrescentamiento de mi honra y estado.

E así estava este noble rey razonando con aquel muy presciado cavallero su nieto. A aquella hora llegó el padre de Florisando diziendo:

–Señor, dadnos parte de esse cavallero, que mucho lo emos deseado.

El rey dixo a Lisuarte que fablase al santo hombre padre de Florisando. Lisuarte con mucha mesura y buen talante se fue a él y lo levantó, que de rodillas estava, y abrazó con grande acatamiento pidiéndole que le dicesse la bendición.

–¡Bienaventurado cavallero –dixo él–, flor y espejo de toda la cavallería, aquel glorioso Dios que tan estremado vos hizo vos dé su bendición y vos haga bienandante como hasta aquí!

Entonces lo bendixo. Don Lispán y Falangrís y Aviés de Sansueña llegaron delante del rey, y después que le besaron las manos, contaron todo lo que les avía acontecido en Constantinopla, y dixeron la embaxada que traían del emperador Esplandián, de que

todos fueron muy alegres. El rey mandó assí a los unos como a los otros aposentar muy honradamente en su palacio y servir de todo lo que oviessen menester.

¶ Capítulo clx. De cómo la reina supo de don Lispán y Falangrís las cosas de Constantinopla, y de cómo Lisuarte supo la muerte de Urganda y de lo que más aconteció.

AL OTRO DÍA, despu[é]s que aquellos cavalleros oyeron missa en la cámara del rey, Lisuarte tomó consigo a Coroneo, los tres infantes, a Galeote y a Languínez y a Ladasán y a don Lispán y a Falangrís, y fueron al aposentamiento de la reina. Y fueron d'ella bien rescebidos y de todas sus donzellas. La reina tomó a don Lispán y a Falangrís diziéndoles:

–Mis buenos amigos, agora quiero yo saber de vós largamente las cosas de Constantinopla.

Y tomándolos se sentó con ellos en el estrado. Perión y Galaor se fueron a Leonarda. Galeote tomó consigo a Languínez y a Irneo y dixoles:

–Buenos amigos, andad acá ca os quiero poner en prisión y poder de una persona que no sé si vos hará merced de las vidas.

–Como quiera que avenga –dixeron ellos–, faremos vuestro mandado.

Galeote, tomando assí ^{190r} aquellos cavalleros, se fue donde estava Lucilia y dixole:

–Buena señora, al tiempo que con Lisuarte me partí d'esta corte vos prometí de no bolver a ella sin estos cavalleros, y veislo aquí, quito soy de mi promessa.

–Sí, en verdad –dixo ella–, que lo que tal hombre como vós no acabare muy pocos avrá que le den cima, y si como flaca donzella agradecer puedo lo que por mí avéis hecho, vos doy muy grandes agradescimientos.

–Todos somos obligados, señora –dixo Irneo–, de hazer el mandado de Galeote por su bondad, que assí hará él lo que supiere que nos cumple.

E toda la corte sabía los amores d'este Galeote con Lucilia, mas él era tal que todos los loavan y ninguno los reprehendía.

Lisuarte, tomando al infante Cildadán lo puso con Brianda, la hija del rey de Escocia, y él y Coroneo se fueron a la *Linda Española* y a Elena, y se sentaron con ellas en el estrado hablando en aquellas cosas que en tal lugar convenía de se dezir, desseando los coraçones de Elena y Lisuarte de hablar en cosas de mayor gusto, mas como el tiempo no padescía la tal habla, assí refrenavan el mirar de los ojos que ninguno de su amor pudiesse tener sospecha. Falangrís y don Lispán estavam hablando con Grindalia, la fija del rey Arbán, y Irneo con Calinda, y assí cada cavallero con cual más le agradava.

La reina, después que muchas cosas supo de Constantinopla, parando mientes, vido cómo la *Linda Española* no apartava los ojos de aquella parte y pensó que por su hermano lo hazía y dixole:

–Buen amigo, idvos a aquella infanta que vos dessea.

Y él assí lo hizo, ca se apartaron ambos y se fueron a sentar a una finiestra, mas aunque ella mucho amava a este hermano, su mirar era a aquel su grande amigo don Falangrís, el cual ella amava de coraçón. La reina llamó los tres infantes para el estrado y dixo a Fa-

langrís que fuesse para Brianda y Coroneo para Leonarda. Lo que ellos luego complieron, endemás Coroneo, que en otra cosa tanto no desseava.

La reina començó de preguntar a los infantes de las Islas Ircanias y de las reinas sus madres. A lo que ellos respondían con la mayor cortesía y discreción que podían.

Lisuarte, quedando solo con su señora, le començó de dezir muchas cosas que su triste y atribulado corazón desseava de le hablar, aclarándole las grandes cuitas y mortales desseos que por su causa padescía, pidiendo por consuelo de su pena y remedio de su cuita que toviesse memoria de los grandes desseos que tenía de la servir sin errar un punto de lealtad fasta la muerte. Lo que Elena oía con mucho plazer mostrándole claro el amor que le tenía.

Y estando assí hablando los cavalleros con aquellas donzellas, fueron llamados de la parte del rey, de lo que ellos rescibieron gran pesar de aquella vegada, ca les convenía apartar de la habla y vista de aquellas que tanto amavan y, antes que Lisuarte se saliesse del aposentamiento de la reina, preguntó por sus donzellas y le dixerón que eran sanas y bi<n>[v]as, mas que eran muy tristes por la muerte de Urganda su tía. E Lisuarte fue muy triste y dixo:

–¡Ay, Dios!, ¿por qué quesiste que muriesse la más sabia dueña y honrada de todo el mundo?

Y de tristeza las lágrimas le vinieron a los ojos y dixo que las quería ver. E luego se fue al aposentamiento donde eran y las halló muy tristes, y con ella Urgandín y Filidonio que agramente sentían la muerte de su tía. Y Lisuarte los consoló lo mejor que pudo y estuvo con ellos buena pieça, y tomando los dos cavalleros consigo los truxo a su aposentamiento consigo, de lo que otrosí fueron tristes Galaor y Cildadán, como aquellos que del deudo eran de Urganda, ca sus padres eran hijos de Julianda y Solisa sus sobrinas. E aquellas donzellas, por causa de Lisuarte, eran muy a menudo visitadas de aquellas donzellas y infantes de alta guisa.

Lisuarte y aquellos cavalleros se vinieron para el rey y, hallando las mesas puestas, se sentaron a comer. Y después que los manteles fueron alçados, el rey Amadís hizo llamar a Marcil, el sobrino de Isanjo, y venido delante d'él le dixo:

–Teniendo siempre, Marcil, en la memoria los leales servicios de Isanjo vuestro tío, quiero que, pues él ni sus hijos no pueden aver el galardón, vós, como deudo más cercano, quiero que lo ayáis por vuestra bondad: yo vos hago governador de la Ínsula Firme con la tenencia y vassallaje y manera que el noble de vuestro tío la tenía, que la rijáis y governéis con mucha discreción y defendáis con mucho esfuerço^{190v} y hazed acabar las obras que se hazen en el castillo, y traed siempre fustas de armada que defiendan el puerto d'essa ínsula, y todo lo más remito a vuestra discreción y lealtad.

Marcil se hincó luego de rodillas y le besó las manos por la merced que le hazía. El rey le mandó dar su carta de merced y que se partiesse luego para la ínsula y dicesse a Gualdar de Rascul que se viniesse luego a la corte. Lo que enteramente se cumplió, ca yendo Marcil con la carta del rey, Gualdar le entregó toda la ínsula y se bolvió para Londres, donde fue muy rescebida su llegada. Y el rey estava assí flaco en su cama tan maltrecho de la dolencia, como puesto en gran flaqueza.

¶ Capítulo clxj. De cómo aquellos grandes señores mandaron sus gentes y capitanes bolver a sus tierras, y de cómo los tres infantes se partieron a las aventuras.

VIENDO AQUELLOS REYES y grandes príncipes que la enfermedad del rey Amadís no mejorava, acordando de esperar la fin y la salida d'ella, mandaron a sus capitanes que con la gente se bolviessen a sus tierras, ca ellos por estonces allí querían quedar. Arquisil embió su gente para Roma y escribió a la princesa Elisena su mujer, y assimesmo al emperador su padre, la causa de su tardança. Lo mesmo hizo el príncipe Florisando, mandándose desculpar a la hermosa princesa de Cantaria. El rey Agrajes embió a su hijo Persián con la gente para Escocia, y el rey don Galaor la suya para Sobradisa. De guisa que, partiendo aquellos capitanes con sus flotas, en llegando a sus tierras se supo la dolencia del rey Amadís, de lo que todos eran muy tristes, y sobre todos la princesa Elisena su hija, y el emperador y la emperatriz la consolavan. Don Florestán, rey de Cerdeña, como aquel que al tiempo que Arquisil se vino para Bretaña, el emperador lo hizo quedar en su corte, la cual por su consejo se regía y governava, porque desde el tiempo que por virtud del rey Amadís él fue elegido emperador siempre amó mucho a este rey de Cerdeña y le dio grandes tierras en su imperio y no hazía cosa sin su consejo, y por ello estorvó su partida al tiempo que Arquisil se partió de Roma; mas sabiendo él las nuevas de su hermano determinó de lo venir a ver y ser presente a todo lo que le aconteciesse. E aparejada una nao muy ligera, con licencia del emperador y de la emperatriz, y con muchas lágrimas de su sobrina la princesa Elisena, se partió de Roma tomando la vía de la Gran Bretaña.

Los tres infantes, viendo que estando assí ociosos en Londres, no procurando de ganar honra que la tal vida era menoscabo de sus honras, acordaron de se partir de Londres: Perión y Galaor para ver la reina Briolanja, y el infante Cildadán a ver el rey Cildadán de Irlanda su abuelo. E como esto toviessen en desseo, demandaron licencia al rey Amadís, y Perión y Galaor al rey de Sobradisa. E aviéndola de todos alcançado, despedidos de los cavalleros sus amigos, se partieron de la ciudad de Londres, de los cuales se no dirá aquí de las grandes aventuras que hizieron porque sería cosa menos larga que escusada, solamente sabed que por donde ivan hazían tales cosas en armas y tan estrañas que d'ellos se hablava muy altamente en toda parte. Y Perión y Galaor, despedidos de Cildadán, por sus jornadas se fueron a Sobradisa y fueron tan bien rescebidos de la reina que en el mundo no podía ser mejor, y aunque la reina Briolanja avía gran plazer y alegría con los dos cavalleros, acordándose que el rey Amadís no era en perfeta salud, no avía cosa que le guaresciesse no ser triste, ca después del rey su marido y sus hijos no avía persona en el mundo a quien ella tanto desseasse toda bienandança como al rey Amadís, porque él, de donzella pobre y deseredada, la avía hecho reina y gran ^{191r} señora de aquel señorío, y ayuntada en casamiento al rey don Galaor su hermano, con el cual bivía muy alegre y honrada, de guisa que todo sentimiento que tomasse tenía en ello mucha razón.

El infante Cildadán, tomando la vía de Irlanda y hallando algunas aventuras, les dio la cima que más era a su honra y se fue para Irlanda, donde a la sazón el noble rey su abuelo tenía muy brava guerra con el rey Licomedes de Siria, que por le ver muy viejo le entrava la tierra. El rey, siendo en edad que más requería gastar la vida que le restava en oraciones que en armas ni en batallas, ayuntó todo su poder y embió con él por capitán al governa-

dor de la ínsula del infante, y aconteció que juntándose con el poder de los contrarios fue vencido y desbaratado. Aunque aquel día el capitán avía hecho maravillas, fue muerto a manos del rey, y su gente, puesta en huida, se acogió a una villa con grande estrago. E como aquellas nuevas supiese el buen viejo rey de Irlanda, queriendo antes morir esforçadamente que ver tal estrago en su gente, cogiendo alguna pieça de cavalleros se vino para la villa donde los suyos estaban huidos y empalancados, determinando de luego dar batalla a su enemigo. E aviendo ya con él señalado el día de la batalla, este noble infante Cildadán, su nieto, llegó cabe la villa; cuando supo la necesidad de su abuelo no se le quiso dar a conocer antes de la batalla. E viendo el día d'ella los reyes con sus huestes entraron en el campo y començaron la muy brava y peligrosa, ca el rey Cildadán, aunque muy viejo, avía sido uno de los más esforçados reyes de las ínsulas, y temiendo menos la muerte que la vergüença hazía maravillas. El rey Licomedes, como era mancebo, orgulloso y con mucha parte sobervio, aviendo mayor poder de gentes entró con tanta braveza en batalla y por sus ricas armas fue conocido y por sus bravos golpes muy dudado. A aquella hora el infante Cildadán, que alvergara en casa de un hombre bueno, llegó al lugar de la batalla y viendo la braveza d'ella, cubierto de su escudo, que el campo avía verde y leones de oro y aves bermejas y las orlas avía cubiertas de flores de plata, y la lança baxa entró en la batalla donde vio la mayor priessa, y al primero que encontró fue un sobrino del rey Licomedes, que Apolauto avía nombre, y no le valió armadura que el hierro de la lança le no saliesse a las espaldas, y faltándole la lança puso mano a su espada, y con ella fizo tales golpes que en poca de hora los enemigos fueron escarmentados, y juntose con el rey su abuelo diziendo:

–¡Buen señor, sostened agora la honra que siempre avéis ganado! ¡Firamos muy rezio en los enemigos!

E luego el rey, tomando en sí mayor esfuerço por la gran bondad que en él avía visto, metiose muy denodadamente entre los enemigos que muchos eran y muy fuertes, y tan rezia entrada hizieron los dos cavalleros, abuelo y nieto, ambos de un nombre y de gran bondad, hizieron mucho estrago en los contrarios y, topándose el infante con el rey de Licomedes, començaron de se herir de grandes golpes, mas al tercero el rey fue muerto de los grandes golpes que el infante avía dado, con cuya muerte los suyos fueron tan enflaquecidos que con la bondad del rey y del infante todos fueron vencidos y desbaratados y puestos en huida, y ellos les siguieron el alcance hasta que los cavallos les cansaron.

E muy alegre de tal vitoria, el rey Cildadán, recogiendo su gente, con el infante se acogió a la villa y le rogó que le dixesse quién era, y el infante se quitó el yelmo. E cuando el rey lo vido tan niño fue mucho más espantado. Y el infante se le hincó de rodillas, y tomándole las manos assí armadas gelas besó diziendo:

–¡Ay, mi buen señor! ¡Qué más razón tenía de vos ayudar en la batalla de lo que pensáis, ca vós sois mi señor y yo vuestro nieto Cildadán, hijo del rey Maneli, vuestro hijo!

Cuando el buen rey viejo aquello oyó, lo alçó suso y lo abraçó con grande amor y fue el más alegre hombre del mundo en le aver dado Dios tal consuelo en su vejez, trayéndole delante sus ojos aquel cavallero su nieto de tan gran bondad, y, aunque mal llagado saliera de la batalla, mandó hazer grandes fiestas y plazer, determinando de le dexar el reino, ca no avía otro heredero ninguno. Mas con aqueste plazer no bivió mucho tiempo, ca su honrada vejez hizo glorioso fin de sus días. E los principales del reino, viendo la gran bondad d'este infante, aunque de derecho no eredava, lo alçaron por rey, e reinó muchos años

^{191v} y fue hombre bueno, ca mantuvo su reino en justicia y lo defendió con braveza y ganó otros con mucho esfuerço.

¶ Capítulo clxij. De cómo don Florestán, rey de Cerdeña, llegó a Londres y de lo que el rey su hermano le dixo.

PARTIDO EL REY de Cerdeña de Roma, como avéis oído, en su nao tanto anduvo que aportó en Bretaña y, salido en tierra, con sus armas y cavallo se fue a Londres. Y entrando en el palacio, preguntó por el rey, y, viendo que allí estava su hijo Florisando y Arquisil, no se les queriendo más encubrir quitó el yelmo. E cuando ellos lo conocieron fueron mucho espantados, e luego Florisando se le fue a hincar de rodillas y le besó las manos con mucho acatamiento. Y el rey lo levantó suso y abraçó con mucho amor, y assimesmo a Arquisil, preguntándole por el rey Amadís, y ellos lo guiaron a la cámara donde estava maltrecho de la enfermedad que los médicos le no sabían buscar remedio. El rey Amadís, cuando delante de sí vido aquel hermano que él tanto amava, nembrándose del tiempo que buscava las aventuras, ovo en su coraçón gran soledad, y lo mejor que pudo se guisó de lo recibir. El rey don Florestán, cuando assí flaco y maltrecho lo vido, no se pudo tener que no llorasse lágrimas de toda tristeza, cuales su triste coraçón embiava por mensajeras del sentimiento que ende avía. El rey Amadís, cuando vido a su hermano, lo abraçó de todo coraçón y le dixo:

–Buen hermano y leal amigo, ya no soy aquel Amadís de Gaula que conocistes buscando las aventuras y que acompañando a nuestro padre juntamente con vós llevando las armas de las sierpes entramos en la batalla de los reyes de las ínsulas: ya mi nombradía se buelve a la tierra, ya las fuerças son partidas, que quanto el tiempo de la fresca juventud resplandescía con su color agora los días y la enfermedad lo ha parado de color de tierra y hecho manjar de gusanos. Mucha soledad llevara de vós, mi buen hermano, si antes de la mi muerte vos no viera, y agora con vuestra presencia rescibo mucho consuelo y si assí mis ojos viessen al emperador Esplandián, mi ánima iría d’esta vida amarga alegre y satisfecha.

E cuando el rey acabó de dezir estas palabras lastimeras no estava ende tal que las lágrimas le no cayessen de los ojos. El rey don Florestán, llorando agramente en su coraçón y haziendo ledo semblante, le dixo:

–Mi buen señor, las adversas cosas mayormente de enfermedad no deven mudar la bienandança de las personas, y como quiera que Dios vos ha hecho el más estremado hombre assí de vuestro linaje como de todo el mundo, agora esta pequeña dolencia no vos deve dar tal sentimiento que pueda más con su poquedad que las grandes honras que en este mundo avéis ganado con su grandeza, antes, dando gracias a Dios por lo passado, devéis esperar que os hará merced en esta cuita presente como siempre en las passadas lo ha hecho, y con esta esperança vos encomendad a Él devotamente, que todos atendemos de vos ver con salud y nosotros con entera alegría.

A la cabecera del rey Amadís estava el hermitaño padre de Florisando, que de día ni de noche lo no dexava, diziéndole muchas cosas de Dios, de que el rey Amadís avía mucha consolación, y éste les empeçó de hablar:

–Poderosos reyes y grandes príncipes y esforçados cavalleros, según Nuestro Señor Jesucristo lo dize en el sagrado Evangelio quando dixo al enfermo que sanara en Jerusalem: *Anda y vete y no quieras más pecar*. Dándonos por ello a entender su santa dotrina, que las enfermedades que en esta miserable vida nos vienen que nuestros pecados las acarrean y Dios nos las embía por penitencia y enmienda de nuestras culpas. Pues para las ^{192r} escusar, cristianísimos príncipes, no ay otro remedio salvo enmendar nuestras vidas y alimpiar nuestras conciencias, haziendo penitencia condina de nuestros pecados, porque assí cessando los pecados que es la causa, cessaría la enfermedad causada. Pues como el rey Amadís, buenos señores, como fijo <a>[o]bediente a la santa Iglesia y católico Ministro de Dios en estos señoríos, esté confessado y arrepentido y reconciliado con Dios, de creer es que Él le dará la salud o lo que fuere más su santo servicio, y, porque de su voluntad no devemos de mostrar sentimiento, remitamos todo a su divina magestad y de todo lo que hiziere le demos muchas gracias y loores.

Todos aquellos señores fueron muy consolados con lo que el santo hombre avía dicho. E luego el rey don Florestán fue a abraçar a Lisuarte, que el rey don Galaor lo tenía delante, y con mucho acatamiento le habló y Lisuarte a él con mucho mayor. E luego los dos reyes hermanos se abraçaron con assaz tristeza, y assimismo el rey Agrajes y don Galvanes y todos essotros cavalleros. E luego don Florestán fue a ver la reina Oriana, la cual halló tan tri<e>ste por la dolencia del rey su marido, que la tristeza que le sobrava estragaría mucha alegría, y el rey de Cerdeña la consoló lo mejor que pudo, aunque él tenía harta necesidad de consuelo. E después que gran pieça estuvo con la reina dándole nuevas de Elisena su hija y consolándola de su tristeza e, después que se despidió d'ella, fue aposentado en el aposentamiento de Florisando su hijo.

¶ Capítulo clxiiij. De cómo, perseverando el rey Amadís en su dolencia, vino el emperador Esplandián a la Gran Bretaña.

COMO LOS GRANDES trabajos y fatigas que los hombres en la juventud passan con la reziura de la edad los no sientan en aquel extremo que su grandeza meresce, viene la cansada vegez, madre y fuente de fatigas, donde las afrentas passadas que, con la fuerça y valentía juvenil eran encubiertas, estonces son aclaradas, como a este noble rey Amadís aconteció, que desde el día que nació que fue echado en la mar nunca supo qué cosa era descanso, porque siempre era puesto en las más bravas afrentas que ser podían, venciendo a ardides y esforçados cavalleros, matando bravos y espantables gigantes, esparziendo mucha sangre de su cuerpo, hecho todo una muestra de grandes llagas que sembradas tenía por su cuerpo, passando los días con grande afán, las noches con menos sossiego, alvergando por los campos y despoblados, sufriendo los grandes fríos y calores. Las cuales cosas, aunque estonces su corazón sufridor de todo afán con grande desseo de la honra y gloria de las armas passava sin las sentir, agora la edad dava el fruto que avía concebido de la dolencia como los días de balde no se passan. Cargando la una cosa y la otra, ponían al rey Amadís en tal extremo en su enfermedad que los grandes médicos que lo curavan más tomavan pronósticos de su muerte que de vida, según que cada día empeorava. Lo

que era grande tristeza a toda la corte, especialmente a la reina Oriana y a Lisuarte y a sus hermanos don Galaor y Florestán, que cualquiera de éstos y aun todos de corazón ofrescieran sus vidas por salvar la del rey Amadís, mas como la muerte no haga tales trueques ni cambios, antes a aquel que en su voluntad assienta con amargoso arrebatamiento lleva consigo, no hazía sino atender que los días limitados de su vida se cumpliessen.

En este tiempo [que] el rey Amadís estava enfermo, la reina Oriana embió un mensajero al emperador Esplandián, haziéndole saber la enfermedad del rey Amadís su padre y los muy grandes desseos que tenía de le ver. El ^{192v} emperador, tanto que la carta ovo leído, dexando la governación del imperio al rey Norandel, con poca gente entró en una nave tomando la vía de Bretaña, y aportando en tierra sin más se detener, solamente con el marqu<e>[s] Saluder y el duque de Atenas y el duque Gastiles, con sus armas y cavallos y sus escuderos llegó a Londres sin que ninguno supiesse de su venida, y con tal compañía entró por el palacio y preguntó por el rey. E luego lo llevaron a la cámara donde estava y, quitando el yelmo, se fue a la cámara donde el rey su padre estava y con mucho acatamiento le besó las manos. El rey, aunque muy flaco era, no dexó de lo conoscer y ovo en su corazón grande descanso y le echó la bendición y se ovo por descansado de lo ver, y dixole:

–Muy amado hijo, agora que Dios me ha cumplido mis grandes desseos de os ver, le ruego que por su santa misericordia, aviendo piedad d’esta ánima pecadora, me quiera quitar de la cárcel d’esta carne mezquina y me lleve de oy en adelante para sí cuando fuere su voluntad.

El emperador lo consoló lo mejor que pudo y de la gran lástima que uvo de ver así el rey su padre no pudo estar que no llorasse lágrimas salidas de sus entrañas. E en llegando el emperador donde el rey estava, luego un donzel se fue al aposentamiento de la reina y le dixo:

–Señora, el emperador es venido a vuestra casa.

–¿Cómo es esso? –dixo la reina.

–Digo, señora –dixo él–, que el emperador Esplandián está en la cámara del rey, que agora ha llegado.

La reina no se pudo más detener, antes dixo a Lisuarte y al rey de Cerdeña que con ella estaban:

–¡Ay, por Dios, buenos amigos, vamoslo a ver, ca mi corazón no puede aguardar que él me vea!

Y tomándola ellos de braço la llevaron a la cámara del rey. E cuando el emperador vido la reina su madre, con mucho acatamiento fue a ella y le besó las manos, y ella lo abraçó con grande amor diziendo:

–Hablad a este cavallero, que poco menos tiempo ha que le no avéis visto que yo a vós.

Lisuarte estava de rodillas delante de su padre, y tomándole las manos gelas besó muchas vezes. E el emperador lo levantó y besó en el carrillo con aquel amor que padre devría de tener a tal hijo. E luego fue a abraçar al noble rey de Cerdeña su tío, y la reina fue muy consolada con la venida del emperador, y la nueva de su venida sonó por todo el palacio. E no ovo cavallero ni donzella de alta guisa que no viniessse a le besar las manos, y él los recibía como era razón y conveniente a su estado. E fue aposentado en el apose[n]tamiento de su hijo Lisuarte, de que él fue muy alegre en su corazón teniendo consigo aquel hijo que tantos tiempos avía que no viera, cuya bondad sobre todos los del mundo era loada, de lo

que él fuera el más alegre hombre del mundo si la dolencia del rey Amadís su padre le no cerrara las puertas a la alegría, de guisa que no se acordava de bien ninguno.

Viendo el rey Amadís, según la flaqueza le aquexava, que su muerte era llegada, hizo ayuntar en su cámara al emperador Esplandián y a Lisuarte y al rey de Sobradisa y al rey de Escocia y al rey de Cerdeña y a Florisando y Arquisil, y todos los otros infantes y cavalleros del alta guisa. E siendo juntos en su cámara hizo llamar la reina Oriana y Lisuarte fue por ella. La cual vino luego más acompañada de tristeza que de alegría, no trayendo consigo más de siete donzellas de las principales de su casa. E venida con tal compañía se sentó a la cabecera del rey no sabiendo la causa a que fuera llamada; sus donzellas se sentaron a sus pies. El rey hizo sentar al emperador y a aquellos reyes y príncipes en ricos assientos en rededor de la cama, y a los otros cavalleros en otros bancos en torno de la cámara. Y como el rey así los vio juntos, levantándose en la cama lo mejor que pudo, començoles de fablar en esta manera:

– ¶ Muy nobles y presciados cavalleros, no perturbe vuestros esforçados coraçones esta pequeña afrenta y agonía de muerte en que me ven, pues que las bravas y peligrosas aventuras que en este mundo avéis hallado y acabado nunca podieron vencer el esfuerço y ardimiento d'ellos ni la valentía de vuestras personas, porque, como esta impotencia en que me veis sea por Dios premitida, ni yo la devo sentir agramente ni vós, mis buenos amigos, la podéis de mí estorvar, de la cual si por armas yo pudiera ser libre bien cierto soy que cualquiera de vosotros ^{193r} por me librar ofreciera de grado su vida, porque assimismo lo fiziera yo de coraçón cuando supiera que os cumplía; mas, pues esto falta, el remedio no es otro salvo que si agora me amáis como siempre avéis fecho, no curando de mi gran sentimiento roguéis a Dios por mi alma, que bien veo que se va a dar cuenta aquel Alto Dios cuya administración indignamente tantos años he tenido en estos señoríos, y que después de mi muerte no aya pesar ni sentimiento, mas antes todo plazer y alegría, pues que Dios se acordó tanto de mí que me llegó a tiempo que fuesse en entero conocimiento suyo y arrepentimiento de mis pecados, y plegá a Él que sea tal que ante su divina majestad sea acepto. Y en esto me faréis gran plazer, y después que Dios d'esta vida me llevare, que será dentro de tercero día, que todos con aquel amor y voluntad que a mí teniades tengáis a la reina Oriana, porque, allende de mi alma ser d'ello descansada, le faréis paga de la deuda en que le sois, que siempre a todos vos ha amado y querido de coraçón, así cuando infanta con los desseos como cuando reina de las buenas obras, y sobre todo esto mando y encargo a vós, mi amado hijo Esplandián, que allende de lo que sois tenuto y obligado lo fagáis por mi amor, y que todas vuestras cosas sean fechas por su consejo y voluntad, y vos encomiendo otrosí estos nobles cavalleros de mi casa que los améis y preciéis y fagáis muchas mercedes en pago de los servicios que a mí y a este reino siempre han fecho. Y assimismo que caséis y honréis todas las infantas de la reina como es razón, y sobre todas vos encomiendo la infanta Elena, de guisa que d'esta tierra no vaya sin casamiento conforme a su valor, y en vuestra casa sea tratada como que esto es deuda que le devéis por las honras que el noble su rey padre ha hecho en su corte a Lisuarte y por el grande amor que a todos nos tiene. Otrosí os encomiendo que tratéis los vassallos con mucho amor y los manten-gáis en justicia, paz y tranquilidad como de derecho devéis y de fecho lo soléis fazer. Y a vós, mi amado nieto Lisuarte, encomiendo yo toda mi voluntad que por vuestra parte la encarguéis al emperador vuestro padre y ayudéis a cumplir, y mandos que guardedes y

sirvades a la reina vuestra abuela en todo lo que fuere su voluntad y, porque pienso que en vós queda fijo y marido, mi alma irá descansada. E encomiándoos la cavallería que la mantengáis en la mayor alteza que pudierdes, mesurado y cortés, y sin punta de sobervia mantengáis la verdad y la palabra, y esto os digo, amado fijo, aunque cierto soy que sin os lo dezir lo avíades de cumplir, mas para mi descargo conviene que os lo diga. A vós, mis buenos hermanos don Galaor y Florestán, no tengo que os encomendar ni dezir salvo que muero con tanta soledad de vosotros como amor vos tuve en mi tiempo, ca sois las dos personas que en este mundo amé estremadamente y por vuestra bondad era yo querido y acatado. Vós, mi buen cormano el rey Agrajes, perdonadme que nunca os galardone de cuanta deuda conozco que os soy que, por me parecer imposible satisfazer vuestro gran valor y merecimiento, vos quise antes ser deudor en todo que pagar en parte. E a vós, muypreciado príncipe Arquisil, encomiendo yo la gran amistad que con el <a>[e]mperador vuestro padre he tenido y la princesa Elisena mi fija que por esta causa os he dado –y bolviendo los ojos vio su gran amigo Angriote de Estraváus y dixo–: a vós, muy leal cavallero, dexo yo el castillo de Galdenda en pago de vuestro trabajo, y ruego al emperador que satisfaga lo que vuestro gran valor merece –e mirando otrosí a Ardián, el su enano, le dixo–: a vós, mi leal servidor, mando yo que siempre sirváis a la reina Oriana con aquella lealtad que como señora le devéis –el enano no fazia sino llorar muy esquivamente. Entonces el rey les dixo–: esto es, mis buenos y verdaderos amigos, a lo que os fize llamar para os dezir antes de mi muerte, y assí os ruego que lo cumpláis como yo lo digo, ca en mi muerte no ay duda, mas ni por ello no tengáis sentimiento, que si acá en la tierra en mi teníades buen amigo, delante Dios tendréis muy gran abogado.

Acabada esta dolorida fabla, no estava ende cavallero, maguer que de duro corazón, que las lágrimas pudiesse refrenar que en mucha abundancia no cayessen por sus fazes, ca este rey fue el mejor quisto y amado que fasta su tiempo ovo en la Gran Bretaña, y assimismo era amado de todas las gentes que de su bondad avían noticia y de sus buenas maneras conocimiento, pues, ¿qué diremos de aquella noble reina Oriana, su mujer, y del emperador, su fijo, y de Lisuarte, su nieto, y de sus hermanos y parientes?, los cuales tenían los corazones más lastimados ^{193v} y tristes que si aquel vaso de muerte ovieran de gustar, y lloravan tan amargamente que dolor era de pensar.

–Mis buenos amigos –dixo el rey–, catad que recibo pena en ver vuestro sentimiento, y más me plazería de os ver con alegría que con tristeza, porque las cosas que a Dios aplazen assí las avemos de passar con sufrimiento y paciencia, dándole por todo muchas gracias.

Y tanto era el dolor que aquellos cavalleros en sí tenían que no ovo ende tal que de dolor pudiesse dezir palabra, ca sus corazones eran cubiertos de pesar y sus lenguas travadas de sentimiento, mas aquel santo hombre hermitaño, que ende era, dixo al rey Amadís:

–Muy católico y cristianíssimo príncipe, como las tales cosas engendran sentimiento ni vós en las dezir ni estos cavalleros en las sentir es sin causa, cada uno en aquel extremo que la razón le constriñe y obliga, mayormente para el cumplimiento d'ellas, ca ellos son tales que lo farán conforme a la virtud y su costumbre. Y pues, señor, vuestro descargo echáis sobr'ellos, creed que no solamente ante los hombres mas ante Dios será muy acepto, teniendo confiança en Aquel en cuya mano todas las cosas son puestas, que él os dará días de vida para su santo servicio.

–Assí lo creo yo, padre –dixo el rey–, que la vida y la muerte está en su mano y voluntad, mas como d'ello esté incierto cuál será su voluntad de dar a mí su siervo, bueno es que esté aparejado para cuando oyere la boz de su llamamiento que no tenga en que tardar su mandado.

Mucho fueron consolados por otra parte todos aquellos grandes príncipes, viendo la contrición que el rey Amadís avía de sus pecados y entero conocimiento de Dios, aunque la gran soledad los atormentava viendo que tarde o cedo aquel vaso avía de gustar, y davan en sus coraçones gracias a Dios porque en tal sazón y estado lo llevaba para su santa gloria.

¶ Capítulo ciento y setenta y quatro. De la muerte del muy noble y esforçado rey Amadís, y del gran llanto que por su muerte se fizo.

AVIENDO YA EL rey Amadís cumplido el término de su vida que aquel alto Dios le avía limitado, no olvidando su gran virtud y nobleza le quiso revelar el día de su muerte, y assí fue que, por voluntad de Dios, estando el rey Amadís en su lecho, encomendándose a Él muy devotamente, oyó una boz que le dixo: *Apercíbete, rey, que antes de tercero día has de ser delante del Alto Juez.* Y tanto que el rey oyó la voz se tornó más devotamente a encomendar a Dios, pidiendo misericordia de sus pecados, esparziendo muchas lágrimas de verdadera contrición. E otro día fizo llamar al padre hermitaño y tornose a confessar, diziéndole lo que la boz le avía dicho, de lo cual el santo hombre fue espantado y confirmolo más en la fe, y, después que lo oyó de confesión, dixo missa y dióle el Verdadero Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, el cual él recibió c<a>[o]n tanta devoción, esparziendo tantas lágrimas que no estava ende tal que no desseasse ser el rey Amadís a aquella sazón, por estar en el estado de salvación según el gran arrepentimiento de sus pecados mostrava. Y esto acabado, alçó las manos al cielo y dixo:

–Mi Señor Jesucristo, alabada sea tu alta majestad para siempre, ca me llegaste a estado que te conociesse, humildemente te ruego que ayas piedad d'esta ánima pecadora y me llesves desde agora para ti cuando fuere tu voluntad.^{194r}

Toda aquella cámara donde el rey yazía era llena de príncipes y cavalleros de alta guisa, y el rey, que assí los vido, les dixo:

–Ya, mis buenos amigos, no menos valientes que esforçados cavalleros, el tiempo es venido que vuestro rey y grande amigo os conviene perder y él a vos desamparar, que assí es la voluntad de aquel alto Dios que por su ministro y vuestro regidor me constituyó en la tierra. Gran soledad llevo de vosotros en nos aver galardonado como vuestro gran valor merecía, mas lo que yo no he fecho en la vida ruego al emperador que lo cumpla después que mi muerte, que como a fijos vos ampare con sus alas y galardone vuestro merecimiento, mucho encomiendo a vosotros el estado de la cavallería que todos avéis recibido que lo executéis devidamente más en servicio de Dios que en las vanidades d'este mundo pereceras, y que honréis mucho a las donzellas y defendáis las biudas y amparéis los corridos y consoléis los desconsolados y aborrescáis la sobervia que a los ángeles echó en los infernos, y guardad las promessas assí a vuestros amigos como a enemigos, porque assí, esperimentando la bondad de vuestras personas, ganaréis en este mundo corona de fama y en el

otro aquel santo paraíso. Y parad mientes que en este mundo somos de tierra fechos y en ella hemos de ser bueltos, que ni la valentía de la persona ni ardimiento del corazón puede valer a ninguno que no aya de passar por las puertas de la muerte, porque, aunque en todas las otras bravas afrentas vuestra gran bondad siempre puje y vaya adelante, en ésta le conviene fallecer de lo que en mí podéis tomar enxemplo: ¿qué fueron de mis grandes fuerças y valentía con que vosotros me avéis visto fazer grandes golpes, assí en batallas de esforçados cavalleros como de dudados gigantes, con quien tanto loor en el mundo tengo alcançado? ¿Qué fue de todo sino que como cosas vanas y perecederas d'este mundo desaparecieron como fumo con el viento muy ligero? Y mi fortaleza y disposición tornada polvo y ceniza y las otras cosas todas olvidadas, y ni grandeza de mi estado ni tesoros ni bondad de cavalleros me puede valer ni defender de la amarga muerte que me llama, en lo que vosotros, parando mientes, temiendo el poder del alto Dios, aquellas fuerças corporales de que tan complidamente sois dotados gastad en su servicio y loor y no por las vanas cosas d'este mundo que se passan como aire y de verdes se paran secas como feno y como sombra se declina, y si assí lo fizierdes seréis de Dios benditos en este mundo y en el otro coronados de gloria con sus ángeles.

Assí se estava en razones este noble y católico rey con sus cavalleros, de los cuales no menos sentía soledad que si sus fijos propios fueran, y assí ellos no sentían menos la mortal agonía en que vían al rey su señor y el sentimiento que ende avían sus ojos fechos fuentes de lágrimas lo demostravan, que no avía ende tal que no fiziesse esquivo llanto, ca bien les parecía que el rey su señor, según la enfermedad le avía malparado, que no podría mucho turar fuera la voluntad de Dios, de que a todos una nube de sentimiento lastimava sus ánimas y otra de pesar amanzillava los coraçones, desseando más tenerle compañía en la muerte que después d'ella gozar de dulce vida ni deleite.

Aquel día en la noche, el rey Amadís rogó a sus hermanos y al emperador y a los otros príncipes que comiessen en aquella cena delante d'él, porque avría mucho plazer. Venida la noche, las mesas fueron puestas y los cavalleros se sentaron a comer con más tristeza en sus coraçones de lo que demostravan en los semblantes por no enojar al rey. En una gran mesa comían el emperador y Lisuarte, Arquisil, el rey don Galaor, y Florestán, y el rey Agrajes, y Florisando, y Coroneo, y era muy llegada a la cama de guisa que el rey les hizo compañía y comió algunos bocados. La cámara era toda llena de otras mesas y muchos y muy preciados cavalleros por ellas. Y viendo el rey Amadís tanta y tan noble cavallería y que la mayor parte era de su deudo, y que toda desseava su servicio, paciendo sus ojos aquel gustoso pasto de vista sabiendo que muy presto le convenía ser d'ellos apartado, conociendo la gran soledad y tristeza que por su muerte avían de passar y sufrir, rogava a Dios que embiasse aquellos cavalleros algún consuelo a su cuita, y después que cenaron aquella cena el rey tornó a fablar diziendo:

–Ó, mis leales amigos, este es el postrero comer que delante mí más veréis, y es semejante a la cena que Nuestro Redentor cenó con sus amados discípulos antes de su pasión, y assí la quise yo cenar en vuestra compañía antes de mi acelerada muerte, antes de la cual, muy leales cavalleros, vos ruego que siempre os améis ^{194v} unos a otros como fasta aquí lo avéis fecho y es razón que lo fagáis, y no pueda en vós tanto la soberbia ni codicia que vença la virtud y nobleza de vuestros coraçones: sed todos en una amistad, pues lo

más sois de un deudo y avéis sido de una compañía, y pues que yo, por vuestro consejo, regía en la vida, regíдовos vosotros después de mi muerte por mi ruego.

Todos aquellos cavalleros que ende eran respondieron que assí lo farían como él lo mandava que no faltasse punto. Y después que estovieron ende gran rato, el rey les rogó que se fuesen a sus albergues, mas ellos querían toda la noche tenerle compañía, mas él los afincó tanto que se ovieron de ir, y él quedó con el santo hermitaño, con el cual habló mucho de la salud de su ánima y fizo aquella noche su postrimera voluntad y testamento, y dexó por complidores y executores al muy preciado cavallero Dinadáus y al hermitaño, el cual velava lo más de la noche, fablándole siempre en cosas de Dios, nembrándole su Santa Passión, trayéndole a la memoria aquellas cosas que más convenientes eran para reparo de su ánima, que el cuerpo bien vía que se iva a la muerte.

Otro día el rey pidió que le diessen la estrema unción para aver cumplido los mandamientos de la Santa Madre Iglesia, y luego la nueva sonó por el palacio y todos aquellos cavalleros se vinieron con la reina para el rey, y el arçobispo de Conturbia, muy santo varón en aquel tiempo, con su clerezía gela dieron en la forma y solenidad de la Iglesia, y le dixerón missa muy solene, la cual él oyó con tanta devoción como aquel que estava en passamiento de la vida a la muerte, y rogó al arçobispo con su clerezía se fuesse a la Iglesia y fiziesse una especial rogativa por él a Dios que se nembrasse de su ánima. Y estando assí cercado de aquellos grandes príncipes, pidió que le traxessen su buena espada verde y, tomándola en la mano, la besó en la cruz y dixo:

–Buena espada, leal ayudadora me has sido en las afrentas y batallas que he passado, agora que me conviene desampararte porque no seas mal empleada te quiero dexar a persona en que sea tu bondad bien satisfecha –y dixo contra el emperador Esplandián–: a vós, mi amado fijo, dexo yo esta rica joya, que en vós es mejor empleada que en ninguna parte, y os ruego que después de vuestra muerte la dexéis a persona conforme a su valor. –El emperador la tomó con muy grande acatamiento y le besó las manos, y en verdad que cavallero avía ende que más la quisiera por suya que dos ciudades tales como Londres; y luego el rey dixo contra la reina Oriana–: ¡Ay, mi buena señora!, que no tengo que os dexar salvo mi triste corazón que es vuestro, que con no menos pesar siente esta partida que en su juventud sentía las mortales cuitas y angustias que por vós sufría, que mil vezes lo ponían en el estrecho passo de la vida. Dexoos, señora, la gran lealtad que yo siempre os tuve y el grande amor con que más que a mí mismo vos amava. Dexoos otrosí mi cuerpo que por vós tantas vezes fue puesto en aventura de muerte. No llevo comigo otra cosa salvo el grande amor y desseo que de os servir nunca me faltó y la vuestra dulce nembrança que con la amarga muerte no acabará de fazer sin su dulçura.

Y no pudo del dolor del corazón dezir más palabra salvo que tenía abraçada aquella noble reina su mujer y la tuvo assí grande pieça fasta que ella se amortecié de dolor, y el emperador y aquellos reyes la quitaron y echaron agua por el rostro y bolvió luego en su acuerdo. Estonces, viendo el rey Amadís que la hora se allegava, començó de fazer su oración diziendo:

–¡Ó Reina de los Ángeles, Madre de Jesucristo, ten memoria d’este siervo tuyo y alcánçame perdón delante de tu bendito Hijo de todos mis pecados, que tantos son y tan graves que yo no soy dino de alcançar d’ellos perdón sino fuere por tu ruego! ¡Ó Virgen pura, sin manzilla, toma esta ánima pecadora sobre las alas de tu piedad y preséntala de-

lante tu amado hijo y defiéndela del poder del enemigo malo! –Y calló un poco y tornó a fazer otra oración diziendo–: ¡Ó mi Señor Jesucristo, formador de todas las cosas que me fiziste a tu imagen y semejança y me redemiste por tu preciosa sangre, avé piedad de mí, pecador, y pueda más la grandeza de tu misericordia que la multitud de mis pecados! ¡Ó Padre piadoso, dador de toda bondad, por tu Sagrada Passión y cruda muerte avé piedad con este siervo tuyo y recibe tu ánima, la cual con tu divinidad criaste y con tu piedad redemiste, y no mires a mi maldad sino a tu infinita misericordia! ¡Ó Fijo de Dios bendito, en tus sagradas manos encomiendo esta ánima pecadora!

Y en diziendo esto alçó las manos al cielo y dio el ánima a su Criador en braços de aquella noble ^{195r} reina Oriana que, cuando le vido en aquel letijo de la muerte, con sus manos le sostuvo la cabeça.

¶ Capítulo clxv. Del gran llanto que se fizo por la muerte del rey Amadis y cómo su cuerpo fue dado a la tierra.

CUANDO LA REINA Oriana vido muerto al rey Amadís, la cosa del mundo que más amava, con dolor cayó amortecida a la otra parte. El llanto se fizo tal por el palacio que las casas parecían caer a tierra, los gritos que las donzellas de la reina davan se oían fuera de aquella gran ciudad. El lloro dolorido de aquellos cavalleros era tal que a los hombres de azero y de mármol moviera con passión. La reina estavase assí amortecida y, porque no se traspasasse, el emperador la tomó en sus braços, llorando tantas lágrimas que su cara le bañava y la llevó a su aposentamiento, y dexó en poder de Madasima y de aquellas infantas y donzellas de gran guisa, las cuales con grande afán, echándole agua en la cara, después de grande pieça bolvió en su acuerdo y, firiendo su rostro, esparziendo muchas lágrimas y apretando sus manos, se amortecía muchas vezes en los braços de aquellas infantas. El emperador se bolvió donde el rey su padre muerto estava y falló a Lisuarte llorando muy esquivamente sobre él, y no fazia sino besarle las manos echando tantas lágrimas que gelas mojaba. Pues lo que fazían aquellos dos hermanos, el rey de Sobradisa y el rey de Cerdeña, esto no es de creer que no les faltava sino darse la muerte con sus manos. El rey Agrajes yazía a sus pies sin sentido, y los otros cavalleros todos por el suelo con las bocas en tierra faziendo esquivo llanto.

El emperador, tanto que llegó onde el rey su padre yazía, con muy grandes gemidos que el coraçón le querían despedaçar, se echó a sus pies y gelos besó muchas vezes, y tomando consigo a Lisuarte le dixo:

–¡Ay, fijo! De oy más, ¿para qué queremos la vida pues es muerta la flor de nuestro linaje, la honra y espejo de todos nosotros, luzero de bondad, virtud y nobleza de todo el mundo? ¡Ay, Dios, Señor! ¿Para qué nos dexas en tanta tristeza? ¡Mejor nos llevaras en su compañía, que quedamos tan amargos con su muerte ca toda nuestra vida más se gastará en lloros y pesares que en plazerer ni alegría!

En diziendo esto, las lágrimas le mojavan la cara y aunque otro sentimiento ende no oviera, el que el emperador fazia era bastante para fazer llorar todo hombre aunque de fuerte y duro coraçón fuesse. Pues Arquisil y Florisando, como personas tollidas, esta-

van sin sentido en el estrado, tanto eran cubiertos sus atribulados coraçones de aquella tristeza que dessearan más aquella hora la muerte que la vida porque el morir les fuera descanso y el vivir les avía siempre de ser de afán y soledad. Dinadáus y don Galvanes los levantavan, y no les podían dar ningún consuelo y, en verdad, que estos que los querían consolar tenían tanta necesidad de consuelo como los que más tristes eran. El santo hermitaño fizo luego llamar al arçobispo y a toda la clerezía para encomendar aquel cuerpo defunto, y fuesse al emperador diziendo:

–Señor, non conviene a tal hombre como vós lo sois fazer tal sentimiento, que más para flacas donzellas es conveniente que para cavalleros, ca de vuestro gran sofrimiento todos devrían de tomar consuelo, y tomad con vós estos reyes y grandes príncipes y id consolar a la reina o para otro aposentamiento, y dexadnos desembargado este lugar para hazer el oficio que se requiere, lo que será más pro de su ánima que estos esquivos llantos.

Entonces el emperador, tomando consigo a Lisuarte, que verdaderamente de pesar se moría, y aquellos grandes señores y los otros cavalleros que los seguían, se fueron al aposentamiento de Lisuarte que grande era, paresciéndole más guisado no se mezclar con mujeres, ca ellas hazían tal llanto que ni las podían consolar ni ellos dexar de aver mayor sentimiento. E siendo allí todos juntos, el emperador les dixo:

–¡Ay, mis buenos amigos, ayudadme a llorar la pérdida de la Gran Bretaña! ^{195v} ¡Ó, buenos cavalleros que d'ella sois, oy se perdió su honra, oy murió aquel que la honrava y defendía, aquel que la puso en la alteza en que era sobre cuantos reinos avía en el mundo! ¡Ó, espejo de la cavallería, mi noble padre! ¡Cuán amarga me será la vida sin vós! ¡Ó, cuánto a todo el mundo deve de pasar la vuestra muerte, pues con vuestra vida todo era amparado y defendido! ¡Ó, dueñas y donzellas, oy murió vuestro padre, vuestro bien, todo el cual era amparo de los corridos, consuelo de los tristes, castigo y pena de los malos! ¡Ay, noble rey!, ¿cuándo avrá otro semejante a vós en la Gran Bretaña?

En diziendo esto el emperador, el lloró era tal en el palacio que unos a otros no se oían ni entendían. El planto que por la ciudad se fazía no es de contar, ca no quedó dueña ni donzella ni persona que no anduviesse por las calles messando sus cabellos o en sus casas alçando los gritos al cielo. El tañer de las campanas de la otra parte doblava mucho el sentimiento y lastimava los coraçones, assí que se puede dezir ser aquel día de gran pesar a los que ende se fallaron y los que lo supieron.

El santo hombre, como avéis oído, mandó llamar el arçobispo de Conturbia, el cual vino con cuatro obispos que en la ciudad a la sazón se fallaron con gran clerezía, y hizieron el oficio con gran solenidad, y encomendaron devotamente el cuerpo defunto a aquel piadoso Dios que lo avía criado. Y acabado el oficio, Dinadáus y don Galvanes y Listorán de la Torre Blanca, cavalleros ancianos, sabidos en tales casos, tomaron el cuerpo muerto y lo embolvieron en ricos paños, dexándole descubierto el rostro y los pies, y poniéndole sus manos la una sobre la otra, y mandaron fazer en la gran sala del palacio una rica cama, y tomando el cuerpo del rey su señor lo pusieron en ella con sus reales insignias una corona en la cabeça y su real cetro entre sus manos, y en derredor muchas cruces y muchas hachas encendidas porque cuantos quisiessen pudiessen ver al rey sin estorvo ninguno, y bien dos mil cavalleros avía en aquella gran sala, que fasta allí no avían podido entrar en la cámara, y entonces, viendo el cuerpo del rey su señor, fazían el mayor duelo que en el

mundo podía ser fecho. Don Galvanes y Listorán y Dinadáus yazían a sus pies, los rostros en tierra por mayor dolor dando tristes y dolorosos gemidos.

Aquella hora entraron por el palacio dos cavalleros armados de fuertes y frescas armas, aunque las traían vandadas de muchas vandas negras: el uno era Gualdín de Bristoya y el otro Leonil su primo, que venían de buscar las aventuras y, cuando a la entrada de la ciudad supieron las tristes nuevas, quedaron sin sentido y cayeron de sus cavallos, ca estos dos cavalleros eran naturales del señorío del rey y él les avía dado orden de cavallería y amava mucho, y assimesmo lo avía fecho a sus padres cuando eran vivos, y assí era razón que estos cavalleros sintiessen mucho la su muerte. Y levantándose maltrechos de las caídas, sin curar de los cavallos, se fueron al palacio y, viendo ser verdaderas las tristes nuevas que les avían dado, quitaron los yelmos de las cabeças y dieron con ellos en medio de la sala y los lazos fueron quebrados y las pieças saltaron por el suelo y, quitando los escudos, con gran llanto dieron con ellos en aquellas losas de la sala que los fendieron en muchas rajas diziendo:

–¡Perdidas deven ser todas las armas y quebradas, pues aquel que las honrava y flor era de la cavallería es muerto!

Y diziendo esto ambos se echaron de pechos a los pies del rey y gelos besaron muchas vezes, y tantas lágrimas esparzían que con ellas eran lavados; y hazían tan esquivo llanto estos nobles cavalleros que onde estava el emperador se oía muy claramente, y todos fueron pagados de la lealtad y grande amor que al rey su señor tenían, aunque otros muchos ende avía a quien estos no llevaban ventaja en sentimiento, mayormente el emperador con aquellos príncipes, los cuales no tanto tristes como muertos estavam. Aquella sazón, Ardián el enano, con el gran pesar que avía, dio tales golpes con la cabeça en las paredes que atordido estava en la cámara del rey, y assimismo todos los otros cavalleros que, por ser cosa imposible poderse escrevir no lo cuenta aquí el autor, solamente que no avía ende tal que le no sobrasse sentimiento.

Todo aquel día allí estuvo aquel cuerpo en medio de aquella gran sala acompañado y plañido de muchos y muy preciados cavalleros. Tanto que la noche fue venida, acordaron de le dar la sepultura, y luego el cuerpo fue puesto en una muy rica tumba cubierta de paños negros en aquella manera como en la sala avía estado, y vino el arçobispo con los cuatro ^{196r} obispos y con toda la clerezía de Londres y frailes y monjes de todos los monesterios con muchas oraciones y plegarias, y los cavalleros con muchas lágrimas y esquivo llanto sacaron la tumba de la sala acompañada de tantos cavalleros que era maravilla. Allí iba el emperador con todos los reyes, señores, infantes y cavalleros de gran guisa. La reina quedó con sus donzellas faziendo el más dolorido y esquivo llanto que fasta allí avía sido fecho en la Gran Bretaña. Y diez fijos de reyes llevaban la tumba en que iba el rey Amadís en sus hombros: el uno era Coroneo, Florinel, Falangrís, Lispán de Monjaste, Ladasán su hermano y Irneo de Bohemia, los fijos del rey don Galaor, Esquilán de Norgales y Rolandín, y éstos llevaban la rica tumba, y delante d'ella iba aquel buen cavallero Odoardo, cubierto de unos paños negros con la real seña del rey en los braços. Detrás de la tumba iba el emperador Esplandián. Arquisil y Florisando llevaban en medio a Lisuarte. E luego los dos reyes hermanos llevaban entre sí el rey Agrajes, que de ansia se desmayava, y tras estos otros muy preciados cavalleros. De cada parte de la tumba ivan mil cavalleros vestidos de duelo y llevaban lanças de armas cortadas por medio, en ellas puestas hachas encendidas muy altas que davan tanta claridad que los que de lueñe lo vían creían que ardía toda Lon-

dres. La clerezía toda llevaban grandes cirios en las manos. El arçobispo dezía las le<d>[t] anías y los obispos le respondían. El santo hermitaño llevaba el agua bendita.

Los gritos y plantos por donde iva no parecía otra cosa sino que el mundo todo se destruía, y en aquella manera llegaron al monesterio de Santo Severino, que era de religiosos monjes fuera de la ciudad. Y assí, fechos los oficios devidos, dieron aquel cuerpo de aquel famoso y nombrado rey Amadís a la tierra, el cual en su tiempo de bondad par no tuvo, aquel que mejor governó sus señoríos que otro ningún rey de su linaje, aquel que flor era de la cavallería, aviendo fecho gloriosa fin a sus días fue enterrado en este monesterio en una rica sepultura, y sus huessos fueron después traspasados al monesterio que él mandara fazer en Fenusa, onde assí él como los más cavalleros de su linaje ovieron las sepulturas, y no saliendo del propósito en la misma ordenança en que avían venido, se bolvieron a la ciudad con doblado lloro y sentimiento.

El emperador con los tres reyes y grandes príncipes fueron a consolar a la reina Oriana, mas ella estava tal que el verdadero consuelo para su coraçón fuera la muerte porque con ella diera fin a sus cuitas y su alma fiziera compañía a la del rey como sus coraçones en la v<di>[id]a juntados eran. E quando la reina vido aquellos cavalleros, fue más aquexada del dolor y el lloro se abivó en mayor grandeza, y no ovo ende tal que por una pieça pudiesse hablar, ca todos lloravan tan agramente que aquel que quisiesse consolar tendría necesidad de todo consuelo. Y allí estovieron el emperador y aquellos señores con la reina fasta que las dos partes de la noche fueron passadas, que se bolvieron a sus albergues para dar algún remedio a sus afanados miembros y atribulados coraçones de la gran angustia en que eran.

¶ Capítulo clxvj. De las obsequias y honras que fueron fechas al rey Amadís, y de la fabla que el hermitaño fizo al emperador y aquellos altos príncipes.

GRANDES FUERON LAS obsequias que al otro día se fizieron al rey Amadís de solenes oficios, de muchas missas, preces y oraciones, mas, como mayores fueron las que acabado el mes de su muerte se fizieron, no diremos de las primeras cosa alguna, solamente que tanto que fueron acabadas fueron convocados todos los perlados del señorío del rey que buenamente podían venir a la fin del mes, y assimesmo todos los cavalleros y señores de Bretaña para ser presentes a las grandes honras que se avían de fazer por el rey Amadís su señor. Y siendo ^{196v} venido el plazo del mes que las grandes obsequias se avían de fazer, eran assomados en Londres nueve obispos y el arçobispo de Salerna, y tanta clerezía que para pensar era en el mundo no aver más, y aquel monesterio de Santo Severino, que era la mayor iglesia de Londres, era toda cubierta de paños negros assí las paredes como el suelo, y las armas y devisas del rey allí figuradas, y en medio de la iglesia era fecha una tumba muy alta que subían a ella por más de veinte escalones muy altos, y tan grande era que ocupava gran parte de la iglesia.

El oficio se començó en rompiendo el alva muy devotamente. El emperador, con todos aquellos cavalleros, se fue al aposentamiento de la reina y ivan todos cubiertos de luto, y fallaronla apercebida para salir con ellos, y vestían ella y sus donzellas, que serían fasta ciento, ropas negras muy grandes, y todas eran amarillas y maltrechas del mucho llorar

y avían las bozes tan roncadas que apenas las oían. El emperador tomó a la reina su madre de una parte y Lisuarte de la otra, y aquellos reyes ivan cerca d'ella. Coroneo llevaba de braço a su hermana que, de muy fermosa que solía ser, era entonces muy cuitada porque, viendo ella su grande amigo Lisuarte en gran cuita, no podía dexar de ser en mayor angustia y ansia. Los otros cavalleros cada qual llevaba su hermana o parienta o la que más le agradava. Y assí salieron del palacio faziendo muy grande duelo, y delante d'ellos ivan cuantos pobres y peregrinos se fallaron en Londres vestidos todos de paños nuevos que el rey Amadís les mandara estos dar; llevaban sus armas en los hombros y sus hachas en las manos, que era grande y fermosa compañía, y assimismo ivan los dos mil cavalleros con las hachas en las mesmas lanças, y llevabanlas apagadas fasta el monesterio. La reina iba tan cuitada y dessemejada del gran dolor que apenas se podía tener en los pies y, si aquellos que la llevaban la no sostuvieran, muchas vezes se cayera, mas antes que al monesterio llegassen se amorteció dos vezes, lo que más doblava el llanto y acrecentava el sentimiento, y, echándole agua por el rostro, la tornavan en su acuerdo, mas muchos ovo ende que pensaron que no bolvería con vida a su palacio, tan iba maltrecha y cuitada. Y entrando por las puerta del monesterio, se començó más triste el llanto que fasta allí avía sido, ca no quedó persona que no llorasse amargamente, las donzellas en gritos y bozes altas, los cavalleros dando tales solloços y suspiros que parecía que las entrañas se les arrancavan con los coraçones: era la más dolorosa cosa que fasta allí se viera en muerte de ningún rey del mundo. Las hachas fueron encendidas. La lumbre y claridad era tanta que parecía arder la iglesia. La gente era tanta que dentro no cupo y la mayor parte d'ella, fuera del monesterio, faziá esquivo llanto y, mientras que turó, los clérigos cessaron de su oficio, ca se no oían unos a otros; mas tanto que cessó començaron su oficio tan dulcemente que no podía ser, mas a cabo de una pieça el santo varón arçobispo de Conturbia se revistió para dezir missa y aquellos nueve obispos le ayudaron. El arçobispo de Salerna regía el coro y, mientras la missa se dezía, el emperador y todos aquellos príncipes y principales cavalleros, cubiertos todos de sus ropas de duelo, estavam sentados por essos vancos cabe la alta tumba que toda era rodeada de hachas negras encendidas en candeleros muy grandes de plata. La reina con todas sus dueñas y donzellas estavam sentadas sobre unos paños negros de que el suelo de la iglesia era cubierto, faziendo su amargo llanto, mas era con mucha paciencia las bozes baxas por no impedir el divino oficio que se dezía.

E acabado el Evangelio, siendo sazón acostumbra para ello el hermitaño padre de Florisando, queriendo con la ayuda de Dios aquellos grandes señores dar con su palabra algún consuelo, quiso fazer un breve sermón conforme al tiempo en que eran. Subiéndose en el lugar para ello acostumbrado onde de todos podía muy bien ser oído, teniendo toda aquella compañía grande desseo de lo oír y silencio por le escuchar su santa dotrina, ca era avido en toda la tierra por hombre de santa vida, el cual les començó de fablar en esta manera:

– ¶ Muy alto y poderoso emperador, noble y virtuosa reina, altos príncipes, esforçados cavalleros y preciadas donzellas, mi poco saber, confiando en la gracia de Dios, en este día para vosotros de tanta tristeza, mediante su gracia acordó de poner en vuestros atribulados coraçones algún consuelo por lo cual ^{197r} aquel alto Padre Eterno de todas las cosas, del cual se escribe en el *Acto de los Apóstoles* que todo don perfecto y acabado de arriba procede del padre de la claridad, al cual plega de dar poder a mí, su siervo, que diga tales cosas que en vosotros, señores, fagan fruto de consolación y de provecho en vuestras conciencias.

»No me tiene tanto puesto en espanto –dixo el hermitaño– la muerte del rey Amadís como los grandes y demasiados sentimientos que en vosotros veo. ¿No sabéis lo que se escribe en el *Eclesiástico*, que todas las cosas que de tierra son criadas en tierra se han de tornar? Ca no ay mayor equidad que la cosa por la causa que es fecha por ella se desfaga según la natura aligeramente se buelve a su natural principio. Pues, como naturalmente seamos todos tierra, naturalmente a ella nos tornamos, ningún sentimiento, luego, devemos tomar de aquellas cosas que tan naturalmente van encadenadas. ¿No veis la culebra que sale de la cueva y a ella se torna a acoger? Assí es el hombre en esta vida: que sale de la cueva, que es el vientre de su madre, y anda en este mundo amargo lleno de lágrimas, cuanto bive y cuando muere acojese a la cueva de la muerte, que es la tierra donde avía salido. Pues como todos seamos deudores de la muerte sin tiempo y con tal condición entramos en la vida, no nos devemos entristecer por los que mueren ni alegrar por los que biven, porque los unos han cumplido la natural deuda que devían, los otros sin duda la han de pagar y la vida que les queda es tan incierta y cargada de angustias que más nos devemos alegrar con los muertos que passaron ya aquel amargoso tormento que esperaban que con los bivos, pues lo tienen de passar. ¡Ó ceguedad mundana! ¿No vedes que es cosa desigual y injusta el siervo no fazer de corazón la voluntad de su señor? Cuando Dios nos llama que d'esta vida passemos a la muerte, ¿por qué nos entristecemos? ¿Por qué lo no cumplimos y no, como contumazes sirvientes, con tristeza ir a la presencia del Señor como esperamos del ser bien recibidos al cual con mala voluntad nos presentamos? ¿No sabéis que aquel que por llamamiento de Nuestro Señor Jesucristo se passa d'esta vida que el tal con salmos, preces y oraciones deve ser llevado al sepulcro, teniendo esperanza en la resurrección de los muertos y no con llantos, lágrimas ni sospiros, que parece no aver confianza en la misericordia de Dios ni en la resurrección de los defuntos? Si dezís que lo fazéis por remedio de los muertos, no seguís el consejo de Sant Gregorio, que dixo que las ánimas de los defuntos con cuatro cosas eran absueltas: la una, con sacrificios de los sacerdotes; la otra, con ruegos y preces de personas santas y de buena vida; la tercera, con limosnas de los amigos; la quarta, con ayunos de los parientes, ca el gran cuidado de las mortajas, las pompas, los faustos de las obsequias más son solazes y plazer de los bivos que en aquellas vanas glorias se deleitan que remedio ni ayuda para los defuntos. ¿No avéis oído lo que dixo Sant Juan Crisóstomo en una epístola a los hebreos, que llorar y fazer llanto por los que d'esta vida se passan que procede de flaqueza de corazón o de desesperación de la resurrección venidera? Lo que confirma el apóstol Sant Pablo diziendo: *No quiero que mis hermanos ayan tristeza por los que duermen como aquellos que no han esperanza en la futura resurrección*. ¿No sabéis, buenos señores, lo que dixo Sant Bernardo, que nuestra vida comparada a la vida eterna más se puede llamar muerte que vida? Pues, por todas estas razones, más son de reprehender los llantos que fazéis que de loar, aunque alguno de vosotros, señores, me podría dezir: ¿qué dezides, padre, que si Nuestro Redemptor lloró a Sant Lázaro después de su muerte no le siendo nada, cuánto más nosotros, que tanto sentimiento con razón podemos tomar? A esto, muy altos príncipes y señores, respondo que Nuestro Salvador Jesucristo no lloró a Sant Lázaro en cuanto muerto, sino porque por ruego de sus hermanas le avía de resucitar a las miserias d'este mundo, dando no por ello a entender que muy peor es la vida que bivimos que la misma muerte. E como esto assí sea no ay causa ninguna de tomar en tan gran extremo sentimiento por muerte

de ningún pariente y amigo que sea, endemás cuando buena y desseada fin fiziere a su trabajosa vida. Mucho querría saber de vosotros, muy altos príncipes y grandes señores, ¿cuál rey ni emperador en todo el mundo fizo nunca tan ^{197v} famosa y nombrada vida y tan gloriosa muerte como el rey Amadís? Ciertamente que ninguno me daredes a él semejante, y yo daros he muchos por el contrario. E primeramente, por enxemplo, os pregunto: ¿qué fue de aquel gran Príamo, rey de los troyanos, y de su vida fallaréis que fue muy cansada y afligida, teniendo diez años guerra continuo con los griegos, cercado y empalancado dentro en sus señoríos, viendo a sus ojos aquel esforçado Éctor, lumbre de los muertos, vilmente arrastrado en derredor de los muros de su gran ciudad, todos los más de sus hijos muertos de amargas muertes, su ciudad assolada por el suelo, yerma y abrasada, y él muy crudamente degollado a manos de su enemigo fecho sacrificio de sus angustias, y su mujer y hijas de señoras fechas esclavas de los vencedores, su real magestad metida so la tierra mil estados? ¿Qué fue de aquel grande y esforçado Archiles: no fue muerto a gran traición con la saeta, y de fuerte escudo y muro de los griegos fecho desamparo d'ellos y de su vida? Aquel gran Agamenón, caudillo general de las huestes griegas, después de tantas vitorias, ¿no uvo muy fea muerte muriendo descabeçado a manos de su vassallo? ¿Qué fue de aquel gran emperador de los romanos Julio César: no murió a puñaladas a manos de los conjurados en el senado? ¿Qué fue de aquel gran Pompeyo que, no solamente su gente fue toda muerta y vencida, mas él a manos de sus enemigos muy cruelmente muerto, dando fin a sus desseos de libertar a la República? ¿Qué me diréis de aquel dudado y fuerte Ércules que, aunque tan estrañas aventuras en su tiempo avía acabado, fue muerto muy feamente en su juventud, sus carnes despedaçadas con la camisa ponçoñosa? No sé, muy altos señores, qué más os diga, ca los istoriadores no escriven otra cosa. Dexemos las istorias y bolvamos a lo de ayer.

»Por ventura me diréis que aquellos dos esclarecidos reyes Perión y Lisuarte ovieron muerte digna de más gloria. Dezirvos he que no porque, aunque ellos murieron en servicio de Dios, matando muchos de sus enemigos, perdiendo las vidas, ganando coronas de gloria, mucho más de preciar es la muerte que nuestro gran rey Amadís murió porque fue más llegada a salvación y con más deliberación de sus pecados y, aunque no murió vestido en las fuertes armas, para él no era necesario, ca las grandes proezas por él acabadas eran tales que repartidas bastarían a muchos reyes, ¡cuanto más a él solo! Assí que le convenía, descargada su conciencia, morir más como religioso en su celda que como cavallero en el campo, pues todo cumplidamente en sí avía, ca no fizo vida del mejor cavallero del mundo y fin de más religioso y cristiano príncipe que nunca fue. E por qué Nuestro Salvador dixo en el sagrado Evangelio que por las obras conoceríamos las personas, veamos agora qué señales sacaremos de la vida d'este bienaventurado rey.

»Todo el tiempo de su juventud fue exercitar su persona en las armas, que es cosa virtuosa y militar; no es pecado cuando no por cobdicia ni con sed de muerte ni tiranías como lo fazía este noble rey, defendiendo las donzellas, amparando las biudas y miserables personas, socorriendo a los que menester avían su ayuda, quitando los malos hombres del mundo, quebrantando el orgullo a los sobervios, abaxando los follones, ensalçando los humildes, no vanaglorioso, no tirano, mas humilde y mesurado y justiciero, y, después que fue ayuntado en casamiento con esta noble reina, con toda limpieza devida y lealtad le guardó el amor a que era tenuto; rigió sus reinos en mucha paz y sossiego, y espunan-

do los malos, echándolos fuera de la tierra, galardinando los buenos, ensalzando nuestra santa fe, abatiendo la de los paganos, no pechando los vassallos, no beviendo de sus sangres ni sudores, antes faziéndoles muchas mercedes por donde biviessen ricos y alegres, y, en fin, de su muerte la buena señal que nos dio todos lo avéis visto: la grande contrición, el crecido arrepentimiento de sus pecados, aviendo tan entera fe con Dios que otro la no podía tener, mas mandó fazer muchas li<s>mo[s]nas, vestir los pobres d'esta tierra, casar las huérfanas y biudas, mandando reedificar las iglesias mal paradas y fundar otras de nuevo, acrecentando mucho el culto divino. Y recibidos todos los sacramentos de la Santa Iglesia como católico y cristianíssimo príncipe, faziendo gloriosa fin a sus días, dio su ánima bendita a Aquel que la avía criado, la cual, apartada d'este cuerpo que duerme, vive y reina con Dios en su Santa Iglesia, la cual Dios por su misericordia nos quiera dar a todos con semejante fallecimiento de nuestras vidas.

Ya acabada assí esta fabla, el santo hermitaño ^{198r} se abaxó del lugar do estava, y assí el emperador con aquellos cavall[er]os como la reina con sus donzellas ovieron mucha consolación. El arzobispo acabó la misa con toda solenidad, y, acabado el oficio, el emperador y aquellos señores se bolvieron con la reina a la ciudad, la cual, luego renunciando el mundo y lo que en él tenía passandolo en el emperador su fijo, con sus donzellas se retraxo al castillo de Miraflores, faziendo áspera vida assí de soledad como de penitencia. Y después que vido a sus donzellas amparadas, entró en el monesterio del castillo y, tomando ábito de monja, fizo professión y en él duró fasta la fin de sus días, como adelante oiréis.

¶ Capítulo clxvij. De cómo el emperador embió a Constantinopla por la emperatriz su mujer, y cómo fueron jurados por reyes de la Gran Bretaña.

CON CONSEJO DE aquellos reyes y grandes príncipes, el emperador acordó de embiar por la emperatriz su mujer para que no solamente viniessse a residir en aquella tierra que por su causa le era dada como por amparar aquellas infantas y donzellas que con la reina Oriana estavam en Miraflores. Y para la acompañar mandó a don Lispán y Abiés de Sansueña y a Falangrís que aparejassen cinco naves y las basteciessen de gente necessaria y fuessen por la emperatriz a Constantinopla, los cuales luego se aparejaron y con mucha gente entraron en la mar y partieron con gran tristeza que los aquexava, mayormente a don Lispán que, aunque iva a ver a su señora Castivalda, tan cuitado era de pesar que, aunque a su señora olvidar no pudiesse, avía olvidado todo plazer y alegría. Y assí navegando por la mar adelante aportaron en Constantinopla y dixeron a la emperatriz el mandado del emperador, la cual, después que fizo muy gran duelo y assimismo toda su corte especialmente el rey Norandel, con gran compañía de donzellas, cubiertas todas de luto, entre las cuales era aquella fermosa Castivalda, faziendo apercebir otras naves con mucha gente, trayendo consigo el gran Patriarca de Constantinopla, hombre de crecida vejez y santidad, en cuya guarda de los tres cavalleros entró en la mar, y alçadas las velas al próspero tiempo que siempre les fizo aportaron en Bretaña y salieron en tierra con grandes compañías.

En la corte se supo su venida. Todos la salieron a recibir mas, aunque fue con aquel acatamiento que todos le devían, no era con aquel plazer ni alegría que en otro tiempo se

fiziera. La emperatriz, de cuán triste venía, tan alegre fue tornada cuando delante de sí vido a su fijo Lisuarte, que ella más que su vida amava y que tanto tiempo avía que no le viera, oyendo siempre dezir cómo andava embuelto en el estruendo de las armas, en las estrañas aventuras con grande peligro de su vida, trayendo siempre delante sus ojos los duros encuentros de las lanças y esquivos golpes, de las espadas tajadoras, temiendo acontecer a su fijo lo que a los otros cavalleros solía acontecer, y, viéndole sano y vivo con tal hermosura y fama del mejor cavallero del mundo, avía tanta alegría en su corazón que era maravilla la poder encubrir con la cobertura de tristeza que así avía.

Lisuarte, cuando vio a su madre, se apeó de su cavallo y fue corriendo a la besar las manos, y ella ovo tanta alteración y plazer que aún no se pudiera tener en el palafrén y, así como estava, se abaxó y lo abraçó y besó en la faz muchas vezes, de manera que las lágrimas le caían por sus mexillas, y más con vergüença que de voluntad lo soltó por hablar con aquellos príncipes que con el emperador a ella venían, a los cuales ella habló y recibió como era razón con mejor semblante de lo que tenía en su corazón, que grande sentimiento avía por la muerte del rey Amadís. Y tomando Lisuarte las riendas del palafrén de su madre, todos se bolvieron a la ciudad onde todas las gentes folgavan mucho con su venida, muy loada era de gran nobleza.

Otro día, la emperatriz con el emperador y su fijo con aquellos príncipes fueron a ver la reina Oriana al castillo de Miraflores, y con su venida ovo gran lloro, mayormente entre la emperatriz ^{198v} y la reina, porque aquella nueva visitación no podía dexar de ser a una parte causa de gran manzilla y a la otra de gran tristeza. Y después que muchas pláticas ovieron entre sí, la reina Oriana le encomendó todas sus donzellas que las casasse y honrasse; ella gelo prometió de cumplir a todo su poder, y la reina las fizo venir allí a todas y gelas encomendó, y la emperatriz las recibió con mucho amor, las cuales con muchas lágrimas le besaron las manos por señora, mas por cierto que tanto era el amor que a la muy noble y virtuosa reina Oriana tenían que si por su expresso mandado no fuera nunca la dexara[n] de servir, mas ella les mandó claramente que sirviessen a la emperatriz Leonorina como a ella misma avían fecho. Entonces, tomando de la mano a Elena que con ella estava, la presentó a la emperatriz diziendo:

–Mucho os ruego, emperatriz, que esta infanta honréis sobre todas las de vuestra corte, ca, si supiéssedes las estremadas honras que el rey su padre ha hecho a Lisuarte, mucho procuraríades de la honrar, endemás encomendándoosla yo tan afincadamente.

La emperatriz dixo que así lo faría sin falta y Elena le quiso besar las manos, mas la emperatriz no gelas dio, antes la abraçó de buen talante y la traxo siempre en su casa en grande estima, faziéndola servir muy honradamente. E después que así estovieron gran pieça, toda aquella compañía se despidió de la reina y tornaronse para Londres, y antes que allá llegassen vieron venir un cavallero de unas armas partidas de blanco y negro sobre un cavallo vayo y venía derecho a la ciudad. El emperador atendió para saber quién era y le hazer honra, y en llegando cerca el cavallero quitose el yelmo y conocieron que era don Roselís, fijo de don Cuadragante. El emperador lo recibió como él merecía.

Este Roselís, al tiempo que el emperador se partió de Bretaña, como en el principio d'esta grande historia avéis visto, quedó con el rey Amadís que lo armó cavallero y él se partió a las aventuras a tierras estrañas donde gran prez de honra ganó y de fama, onde oyendo dezir que don Cuadragante su padre avía guerra con gran parte de los sansones

que se avían levantado con Barsinán, aquel que en Lubaina fue preso, como se dixo en la cuarta parte d'esta historia, el qual, faziendo omenaje a don Cuadragante, él lo soltó, que lo tenía en su prisión, mas él fue traidor, ca le movió guerra con mucha gente, en la cual este esforçado mancebo don Roselís fizo tales proezas que en batalla mató a Barsinán, que muy fuerte era y dudado, y los enemigos fueron vencidos y su padre vencedor, y él con gran fama y gloria para siempre. Y por tanto d'este cavallero fasta aquí la historia no ha fecho mención ninguna, mas él era en todo muy señalado y de gran hecho, y por su valor fue muy honradamente rescebido de todos aquellos reyes y grandes señores, con gran plazer de Abiés de Sansueña, su hermano. El emperador lo tomó consigo y llevó al palacio y lo fizo honradamente aposentar, y faziendo el emperador todas sus cosas con consejo de los reyes sus tíos, fizose jurar de los principales por rey de Bretaña y asimismo de los procuradores de las villas y ciudades que para ello eran llamados en la forma y manera que el rey Amadís su padre avía sido, mas no sin gran tristeza de todos aquellos altos hombres, que muy cuitados eran por la muerte del rey Amadís su señor.

Todos aquellos reyes y grandes príncipes no se quisieron partir de la corte del emperador ni compañía de Lisuarte, antes quedaron todos en la corte por la mantener en su grande alteza como era porque semejasse que no faltava un punto de lo que ser solía, aunque muchos cavalleros, después de la muerte del rey, se avían partido a buscar las aventuras, y el emperador estava en su corte rigéndola en la mayor perfección que podía, teniendo en su compañía todos aquellos cavalleros que al rey servían, faziendo a los estraños grandes dádivas y mercedes para en su servicio se otorgassen. La emperatriz otrosí fazía tanta honra a sus donzellas que las estrañas de muy lexos tierra, oyendo la fama de su nobleza, se otorgavan a la venir toda su vida a servir, mas dígovos que ni la virtud del emperador, que muy grande era, ni la nobleza de la emperatriz otrosí, fazía tan noblecida aquella corte como la grandeza y bondad de Lisuarte su fijo, ca los cavalleros de tierras estrañas, oyendo ser él la cumbre de toda bondad, muy de grado venían a servir al emperador su padre por ser de la corte y compañía de Lisuarte, de guisa que en muy poco tiempo aquella corte fue llena de cavalleros estraños y donzellas que nunca avían servido al rey Amadís.^{199r}

¶ Capítulo clxviij. De cómo ciertos cavalleros demandaron licencia al emperador para ir buscar las aventuras, y cómo él estorvó su partida por la batalla que esperava.

ESTANDO EL EMPERADO<:>[R] un día sobremesa con su hijo Lisuarte y los reyes sus tíos Florisando y Arquisil, vinieron ante él Aviés de Sansueña y Roselís su hermano y Ladasán y Falangrís y otros cavalleros, y le pidieron licencia para ir a las aventuras diziendo:

–Sea, señor, la vuestra voluntad de nos ir por el reino de Londres a provar las aventuras, ca somos de poca hedad y tenemos necessidad de la desþender en ganancia de honra, ca no somos tales que con tanto descuido fagamos vida ociosa.

–Buenos amigos –respondió el emperador–, muy contento soy de vuestros propósitos, mas mucho os ruego que os detengáis fasta que pase una batalla que muy presto creo que nos buscará, ca tengo cartas del rey Norandél que el rey de Antioquía y el rey de Ungría presto aportarán aquí en Bretaña con hartos cavalleros señalados y jayanes para aver una

señalada batalla de cierto número de cavalleros, en la cual afrenta, siendo ellos tales hombres, creo que tendré necesidad de los míos y ajenos, y por tanto me plazería que os no entremetiéssedes por agora en otras aventuras fasta que ésta passe.

–Señor –dixeron ellos–, como vassallos no podemos dexar de fazer vuestro mandado y faremos como él nos lo manda.

La causa d' ésta batalla quiere el autor que la sepáis. Y devéis de saber que entre los reyes que aquella sazón eran sujetos y tributarios al emperador de Constantinopla eran el rey Gandino de Antioquía, assí en bondad como en fortaleza muy señalado príncipe, y el rey Ruberto de Ungría, assí en fecho de armas como en señoríos muy alto hombre; y éstos pagavan al emperador ciertas parias en señal de sujeción y vasallaje, y después que él fue encantado por Urganda y estuvo en aquel miserable encantamiento quinze años, estos reyes se alçaron con las parias viendo que no avía en el imperio quién gelo demandasse que, aunque aquel esforçado rey Norandel quedasse por governador, tenía tanto que fazer en defender la Montaña Defendida y las villas de Galacia y Alfarín y la gran ciudad de Tesifante de los turcos que no podía acudir a tantas partes, de manera que en todo este tiempo estos dos reyes nunca quisieron pagar las parias ni tributo que devían al emperador, ni el rey Norandel les pudo apremiar que lo pagassen; y tanto que el emperador fue desencantado y se bolvió a su imperio, como oístes, todos los reyes le vinieron a fazer obediencia como súbditos y vassallos, mas estos dos reyes nunca lo quisieron fazer, antes, siendo requeridos por el duque Gastiles y el marqués Saluder que el emperador embió a ellos a pedir las parias que de los años passados le devían, ellos respondieron que no eran obligados a pagar parias y que, si en algún tiempo gelas avían dado, que fuera su voluntad mas no obligación, y que dende en adelante no las entendían de pagar, y que sobre ello entrarían en campo con cualesquier cavalleros que por armas lo contrario quisiesen afirmar. Y sabiendo esta respuesta, el emperador concertó la batalla que los dos reyes metiessen consigo en el campo cincuenta cavalleros y que él de la suya metería otros tantos y que assí siendo de ambas partes igual, si los reyes venciessen que fuessen quitos de nunca más les pedir las dichas parias ni vasallaje, y que si vencidos fuessen que pagassen las parias que avían dexado de pagar y que dende adelante fuessen obligados a las pagar en cada un año en la costumbre antigua, y assí fue concertada esta brava y dolorosa batalla, como adelante oiréis. Y assí estava el emperador atendiendo la venida d' estos reyes, ca el rey Norandel gelo fiziera saber cómo ellos avían embiado a Constantinopla a pedir seguro para salir a la batalla y que, sabiendo que él era en Bretaña, luego avían de tomar la derecha vía y, porque algunos días les tomó en la mar una muy brava tormenta, no llegaron tan aína como el noble rey Norandel pensava.

Lisuarte,^{199v} como aquel que toda virtud y criança avía, aunque tal sentimiento nunca tuvo cavallero por cosa ninguna como él por el rey Amadís su abuelo y, aunque el coraçón tenía negro de pesar, el semblante mostrava ledo para honrar a los cavalleros sus amigos que por su causa en la corte se detenían sin ir a buscar las aventuras, antes le acompañavan y seguían tanto como al emperador su padre, y su aposentamiento era tan acompañado de cavalleros que podemos dezir que en una corte avía muchas cortes y sobre todas era la de Lisuarte, que, como fuese mancebo, todos los más cavalleros de su hedad, allende de su gran nobleza y virtud, la natural condición los inclinava más a le amar y servir. En este tiempo, Lisuarte fabló con su señora Elena declarando el uno al otro las grandes cuitas y mortales

desseos que sufrían, onde Lisuarte dio a Elena su palabra de nunca tomar otra señora de su corazón ni libertad sino a ella, porque si esta cierta esperanza no tuviese que por demás era poder sostener la vida que ella de grado le dexaría, de lo que Elena fue la más alegre que ser podía, viendo que aunque de todo el mundo señora fuese no tendría tanta honra como aver por marido a Lisuarte, y con esta palabra fue tan consolada de su tristeza que dende en adelante más mostrava de alegría que de pesar, ca bien creído tenía que tan alto hombre no faltaría por cosa del mundo de su palabra, mayormente conociendo ella que entero poderío tenía sobre su atribulado corazón y señorío sobre su cativa libertad.

¶ Capítulo clxix. De cómo a la corte llegaron Perión y Galaor y Gandales, y de cómo un cavallero de parte de los dos reyes vino a desafiar al emperador y fue concertada la batalla para los campos de Salagres.

UN DÍA, SALIENDO el emperador fuera de la ciudad de Londres con aquellos reyes, príncipes y cavalleros, andando caçando por la falda de la floresta muy cerca de Londres, que por ser muy guardada avía en ella mucha caça, y siendo ya hora que el emperador se quería bolver a la ciudad con su compañía, vio venir tres cavalleros armados de todas armas, aunque las avían rotas y malparadas como que en grandes lides y batallas ovieran entrado; y cuando fueron cerca luego en las armas conocieron que el uno era Perión y el otro Galaor, y el otro no lo conocieron, que traían las armas mudadas, cuarteadas de amarillo y negro. El emperador se fue contra los cavalleros por los recibir, y los dos infantes pusieron delante sí a don Gandales, diziendo al emperador:

–Señor, honrad este cavallero, que es don Gandales, fijo del conde Gandalín.

Y estaban todos apeados de sus cavallos y don Gandales fue besar las manos al emperador, y él lo recibió con mucho amor y era en sí alegre de aver a tal sazón tales cavalleros para la señalada batalla que esperaba, ca de cierto sabía que los reyes avían de traer muy fuertes y dudados cavalleros, y bravos y esquivos gigantes. Y luego aquellos cavalleros, después que fablaron al emperador, fueron a hablar a los otros reyes y señores, y de todos fueron bien recibidos como aquellos que de todos eran amados, especialmente los dos infantes, y luego el emperador se acogió con la compañía a la ciudad.

Otro día el emperador, que acabava de oír missa, entró por el palacio un cavallero grande de cuerpo armado de todas armas salvo la cabeça, y los cabellos avía más blancos que negros y así la barva, de guisa que parecía de gran crédito, y con este cavallero venían otros cinco cavalleros bien armados, mas dígovos que así en la riqueza de las armas como en la apariencia el primero semejava señor d'ellos. Y en llegando así aquella compañía, aquel cavallero, que el principal era, se fincó de rodillas delante del emperador diziendo:

–Muy alto y poderoso emperador y grande rey, a tu corte soy venido a traerte una embaxada, mira si te plaze que la diga en presencia de tus cavalleros, si no, sea como mandardes.

–Buen amigo –dixo el emperador–, esso vós lo podedes mejor saber que la calidad de la embaxada vos enseñe [a]rá si deve ^{200r} ser pública o secreta, aunque muy grave ella sea, aquí la podedes dezir, que, aunque aquí estén muchos cavalleros, todos los devéis tener por un cuerpo y voluntad para lo que mi servicio fuere.

–A tiempo estamos –dixo el cavallero– de conocer si ellos son tales que merezcan essa confianza que d'ellos tienes, porque en otra manera te podrías aver d'ello por engañado y ellos indignos de tanta merced y confianza.

Entonces el cavallero tomó una pequeña arqueta que uno de aquellos cavalleros le traía y abriéndola con una llave pequeña sacó una carta escripta en pargamino con muchos sellos patentes, de los cuales dos eran de oro y los otros de plata, y en los sellos de oro los nombres de los dos reyes, en los de plata los nombres de los cavalleros y gigantes que avían de ser en la batalla. El emperador tomó la carta y leyola, y, viendo que era de creencia, dixo que dixesse su embaxada, y él començo de dezir:

–Muy alto emperador, yo, como mensajero especial en este caso, desafio a vós y a todos los cavalleros de vuestra corte que vuestra razón mantener querrán de la parte del rey Gandino de Antioquía y del rey Roberto de Ungría, y de los cavalleros y gigantes que de su parte han de entrar en la batalla, y por mí vos fazen saber que son aportados en Bretaña para con las armas defender su derecho y se mostrar quitos de vuestra sujeción, ca si ellos o sus padres algún tributo os han dado que aquello era por buena amistad mas no por deuda ni obligación ninguna, y que ellos son dignos más de tener otros reyes tributarios que pagar tributo a ningún señor del mundo, y que sobre esto quieren aver batalla con quien lo contrario dixere y que, queriendo guardar la prerogativa de vuestro real estado, folgarían que no entrásedes en la batallas salvo que quedásedes por averiguador y mantenedor del campo para fazer derecho según la batalla lo demostrare, y que ellos por seguridad de su parte pondrán en rehenes dos fijos suyos herederos, y que la batalla se haga lo más presto que ser pudiere.

Y acabando el cavallero de dar su embaxada, el emperador le respondió en esta manera:

–Buen amigo, si los buenos y virtuosos padres de los reyes bivos fueran ellos miraran más la virtud con peso de sujeción que lo contrario con toda libertad, y assí quisiera yo que estos reyes sucedieran a sus padres en las buenas maneras como le han sucedido en los reinos y señoríos porque fueran más comedidos y razonados, y lo que sus padres me pagaron siempre fasta sus muertes devieran ellos de pagar, pues heredaron la misma obligación y deviéraseles acordar que muchas vezes comieron pan en mi casa y recibieron muchas honras en mi corte; y, pues que en todos los veo tan mal mirados, dezirles hedes que más precio la virtud y nobleza de sus padres muertos que la bondad ni prez de armas d'ellos bivos, y que, pues quieren que lo que es claro de derecho sea claro más por batalla lo que yo quisiera con ellos escusar, mas que por conservar la honra de mi corona y fazer a ellos quedar con lo contrario, dezildes que la batalla la avrán tan presto quanto fuere su voluntad, y que no tememos la valentía ni braveza de sus cavalleros y jayanes según la razón y justicia es de nuestra parte, y que en esta batalla no meteré sino cavalleros mancebos y noveles que les fagan conocer que la tal batalla toman a gran tuerto, y que el rey don Galaor y el rey don Floristán y el rey Agrajes mis tíos serán juezes del campo, y yo con Arquisil y Florisando aseguradores de la batalla, y assí quede asentada; y el día d'ella assinaldo a vuestra voluntad, con tal que las partes ayan poder de ir al plazo prometido.

–Señor –dixo el cavallero–, aunque Dios os aya puesto en la cumbre de la dignidad d'este mundo, no conviene abiltar ni menospreciar los otros aunque no sean puestos en tal alteza para les dezir que mantienen aleve, ca ellos, por se mostrar sin obligación ni deuda, toman la batalla, y, fasta que ella faga la prueba, ni ellos deven ser avidos por culpados ni

los de vuestra parte avidos por gloriosos y vencedores. El día de la batalla si os pluguiere sea de oy en veinte días, y el lugar del campo vós lo assinad donde mejor se pueda aver.

–Sea –dixo el emperador– cabe la ciudad de Camalot, en los campos de Salagres, de oy en veinte días, que por ser cerca de la mar podrán venir más su plazer, y los reyes traigan sus cavalleros al prometido plazo que yo assimismo allá seré con los míos.

–En el nombre de Dios –dixo el cavallero–, a Dios quedéis encomendado, que yo me buelvo a aquellos que me embiaron.

–A Dios vais, cavallero –dixo el emperador.

Y tanto ^{200v} que el cavallero salió del palacio, Lisuarte se levantó de su asiento y fue al emperador su padre, y fincándose de rodillas le pidió que fuesse él uno de aquellos que avían de ser en la batalla con los dos reyes, y el emperador lo levantó suso y lo abraçó con mucho amor diziendo:

–Fijo, todo lo que pides te otorgo, no solamente que seas en la batalla, mas que escojas a tu voluntad los que han de ser en la batalla.

Lisuarte le besó las manos y fue muy alegre con aquellas nuevas, y luego muchos y muy preciados cavalleros se fueron con él a su aposentamiento ofreciendo todos sus personas para aquella afrenta. Lisuarte les agradeció sus buenas voluntades diziendo:

–Mis buenos señores, cuando el tiempo fuere yo faré saber aquellos que en la batalla ovieren de entrar, con protestación que los otros no reciban d’ello agravio que, como el número está destajado, todos juntamente no pueden ser en ella; baste que los de fuera quedaren por sus claras proezas es muy conocida su bondad que a cualquiera afrenta pueden dar la cima a su honra según su esfuerço y ardimento.

Todos aquellos cavalleros quedaron muy satisfechos de la respuesta de Lisuarte, y creed que avía ende tantos y tan buenos que a toda brava aventura podrían dar cima a sus honras según todos eran de gran fecho de armas y valentía.

¶ Capítulo clxx. De cómo Rosamunda, la reina de Leonís, se vino para Bretaña, y de cómo el emperador y los cavalleros se fueron para los campos de Salagres.

QUEDANDO, COMO AVÉIS oído, Rosamunda pacífica reina y señora de Leonís por la batalla que Lisuarte y Galeote fizieron con el duque y sus hijos, siendo certificado Rolandín por Lisuarte de cómo su señora Rosamunda le avía dado esperança de vida, como otrosí avéis oído, aunque aquellas nuevas a su affanado corazón dieron la mayor alegría que ser podía, deseando seguir la virtud y el propósito de la perseverar, no le pareciendo cumplimiento de su honra en tal sazón dexar la compañía de Lisuarte y de los otros altos hombres, no queriendo otrosí que su señora de su tardança recibiesse pena, escriviole una carta con mucho acatamiento en que le pedía que, pues él era tanto suyo, que si no sentía cosa propia que mirasse ella más la deuda de su honra que el desseo de su voluntad, aclarándole la obligación en que era a Lisuarte y la muerte del rey Amadís, desculpándose mucho de no oír en persona a besar sus reales manos por la merced que avía fecho, prometiéndole que, tanto que las cosas de Bretaña fuessen en más sossiego, que luego sin dilación ninguna sería puesto en su presencia. La cual carta embió Rolandín con

un escudero muy conocido de la reina. La cual, tanto que vido la carta y la mucha razón que su amigo en ello tenía, no solamente le perdonó su tardança, mas antes lo su propósito tornándole a escrevir por el mismo mensajero que no desamparasse a tal sazón la corte en ninguna manera, y que en quanto la fama que d'él corría sonasse en su presencia siempre pensaría que lo tenía delante, la cual carta viendo Rolandín, perdió la gran fatiga que traía de ver a su señora y partirse de la corte, que tanto el fuerte amor le afincava que ál no podía fazer o passar el amargo trago de la muerte.

La hermosa reina, quedando en su reino, aviendo oído dezir que la reina Oriana tenía en su casa las más hermosas y apuestas donzellas de todo el mundo, no se aviendo ella por muy baxa de las principales, y como las mujeres son muy desseosas de amostrar sus hermosuras y atavíos, assí determinando esta reina de venir en Bretaña, tomando las más ricas joyas que tenía y estraños atavíos, dexando un conde su tío viejo muy honrado por gobernador en el reino, tomando consigo gran compañía de cavalleros y donzellas, se puso en el derecho camino de Londres, y de su venida fue primero sabidor Rolandín, y con muy gran alegría lo fue a dezir a Lisuarte, y él fue muy alegre por pagar parte de las honras que d'ella tenía recibidas y, tomando consigo ^{201r} la mayor parte de los cavalleros de la corte, la salió a recibir, entre los cuales ivan Arquisil y Florisando y los infantes Perión y Galaor. Y salieron fuera de la cibdad gran trecho. El recebimiento fue muy honrado, aunque la muerte del rey Amadís quitó todo el plazer que venida de tal señora devía dar. Lisuarte y Galeote llevaban entre sí a Rolandín y, después que Arquisil y Florisando le avían fablado, llegaron los dos cavalleros y pusieron delante a Rolandín, el cual muy ligeramente para le ir a besar las manos se apeó, mas ella, aunque de poca hedad, era muy sabia y discreta, y no gelas quiso dar ni hablar fasta que subió en su cavallo. Entonces lo abraçó con mucha mesura y buen talante y con aquella honestidad que a su real estado convenía, mas no pudo escusar que Rolandín le no besasse sus blancas y delicadas manos, quitándose afuera por dar lugar a los que venían. Lisuarte y Galeote llegaron a ella y la recibieron muy bien. Ella con mucha gracia los abraçó diziendo:

–Mis <m>[b]uenos señores, no pudiera yo mucho bivar si luengamente estuviera sin os ver.

–No lo erráis, buena señora –dixeron ellos–, ca un solo momento de nuestras voluntades se aparta desseo de os servir.

Y todos aquellos infantes y preciados cavalleros que ende eran la fueron a fablar con mucha cortesía y ella otrosí a ellos como noble y mesurada reina. Y luego su amigo Rolandín la tomó de rienda y guiaron para la cibdad, donde la hermosa reina fue muy honradamente recibida del emperador y mucho más de la emperatriz Leonorina, que con ella fue muy alegre y la fizo aposentar muy honradamente en su palacio. La cual, viendo las grandes compañías de la emperatriz, bien creyó que en todo el mundo no se fallaría la mitad de tanta hermosura ni estrañeza, y dixo en su corazón que maldita era la donzella que de valor algo presumía que en tal casa no morava por aprender sus buenas maneras, y lo mismo dixo de todo cavallero que en tal corte no fazia su guarida, pues allí la flor y suma de toda la cavallería del mundo junta era. Y assí estava esta reina en casa de la emperatriz aposentada muy honradamente, onde muchas de aquellas donzellas le hazían compañía, preguntándole por la batalla de Lisuarte con el duque y cómo le pidiera el don para Rolandín, de que todas avían gran plazer de fablar, mayormente Elena que, oyendo lo que ella dezía de Lisuarte, le era baño de plazer para su cuitado y afligido corazón. Lisuarte la vi-

sitava muchas vezes con aquellos cavalleros, que le parecía que holgarían de le fazer compañía, mas todas ellas tenían gran pesar por la batalla que se acercava, en la cual Lisuarte por principal avía de ir, de que ellas tenían muy gran temor según los bravos cavalleros y esquivos gigantes se dezía que los dos reyes metían consigo a la batalla.

Pues llegándose el plazo d'ella, el emperador acordó de se ir para la cibdad de Uxela, que cerca era de los campos de Salagres donde avía de ser la batalla, y de embiar la emperatriz con la más de la corte a una fuerte villa que Alauna avía nombre, cerca de Uxela, y luego fizo apercebir todas las cosas necessarias para aquel camino.

Lisuarte aquella noche escogió los cavalleros que con él avían de ser en la batalla, y cuáles fueron adelante lo oiréis, y, aunque de muchos cavalleros oviera de ser la batalla, tantos eran los que desseavan ser en ella que no podían cumplir su desseo. El emperador partió luego por su vía con los tres reyes sus tíos Arq[ui]sil y Lisuarte y Florisando y otros [c]avalleros.

E la emperatriz se partió con sus donzellas para Alauna y con ella fue don Galvanes, Dinadáus, el conde de Clara y el buen viejo Gualdar de Rascuil y el Patriarca de Constantinopla y el hermitaño de Florisando, el arçobispo de Canturbia con otros muchos señalados cavalleros, y fueronse a Alauna por estar más cerca a las nuevas de la batalla.

El emperador con sus compañías se fue a Uxela, y ende supo cómo dentro de tercero día los dos reyes saldrían de la mar. Y mandó luego en aquellos grandes campos de Salagres cercar un grande espacio de tierra de gruesos maderos, torneado de cadenas para los cavalleros se combatir dentro cada uno sobre su derecho, y dio seguro real a los reyes y sus cavalleros que pudiesen venir y tornar seguros cada y cuando les pluguiesse fasta ocho días después de dada la batalla, y puso muy grandes penas a los que lo contrario fiziessen.

¶ Capítulo clxxj. De la brava y espantable batalla que fue entre los dos reyes y Lisuarte y cincuenta cavalleros de cada parte, y cómo los dos reyes fueron vencidos.^{201v}

DOS DÍAS ANTES del plazo de la batalla, el rey Gandino de Antioquía y el rey Roberto de Ungría, con sus cincuenta cavalleros y alguna compañía de servicio, salieron de la mar y fueronse para los campos do avía de ser la batalla, y fizieron armar ricas tiendas para sí y sus cavalleros, y fazían grandes fiestas, ca no temían cavalleros mancebos: entre sí avía tales y tan ferozes gigantes que pensavan que los mancebos les no pudiesen turar, mas ni por ello dexavan de aparejar sus armas como a tal affrenta se requería.

El emperador otrosí fizo sacar al campo ricas tiendas para sí y para los reyes y príncipes y cavalleros que en la batalla avían de ser. Y un día antes d'ella se fue aposentar en el campo, y estaban unos fronteros de los otros, salvo que la liça estava en medio. Aquella noche Lisuarte comió en su tienda con los cincuenta cavalleros que le avían de tener compañía, y les rogó que aparejassen bien sus armas, ca la batalla se aparejava cruda y peligrosa, y ellos así lo fizieron todos, viendo que les convenía averlas muy buenas y escogidas ca avían de lidiar con fuertes cavalleros y bravos gigantes, y todos se apercebieron que les no faltó pieça, pues los de la parte de los reyes, aunque su confiada sobervia no era menos de la bondad, no dexavan de se apercebir que una pequeña pieça les no faltasse, ca los reyes, aunque no eran de crescida hedad, eran de gran esfuerço y consejo, y querían que sus

cavalleros fuessen tanto a punto que en ninguna cosa pudiessen ser tachados. Así que todos aquella noche passaron en aparejar armas y tomar algún poco de reposo. Al otro día los dos reyes fizieron luego apercebir su gente y embiaron al emperador las rehenes, que eran dos fijos suyos herederos de sus reinos. El emperador los mandó entregar al príncipe Arquisil y Florisando, y rogó a los tres reyes sus tíos que fuessen juezes de la batalla, ca él quería asegurar el campo. Los cavalleros de los dos reyes fueron muy contentos de lo que dezía el emperador, porque los juezes eran tales y los que las rehenes tenían que no farían salvo lo que fuese justicia, y dexando las rehenes, tomada la fe y segurança como en tal caso se requería, se bolvieron para los reyes.

Lisuarte estava armado de unas fuertes armas y todos sus compañeros otrosí. Y salieron todos de la tienda a hora que el sol salía y, friendo en los blancos arneses, fazía muy grande resplandor a todas partes. Lisuarte se puso en medio d'ellos y ordenolos en tres partes d'esta manera: puso luego en la primera a Coroneo, don Lispán, Florinel, Falangrís, Aviés de Sansueña, Roselís su hermano, don Gandales, Urgandín y Filidonio los noveles, y estos cavalleros tomó consigo para la primera rota y otros cavalleros fasta veinte. Y rogó a Perión que tomasse la segunda y él la aceptó, y con él fueron sus hermanos y Galaor su sobrino, Languínez del Lago Ferviente y Graval de la Torre Blanca, Ladasán, y Irneo de Bohemia, y Melián el Roxo, y dándole otros muy buenos cavalleros fasta veinte. En esta haz iva el bueno de Odoardo con la seña y armas de Constantinopla, ca el emperador mandara que aquel día sirviesse de su alférez. Y teniendo assí Lisuarte estos cuarenta cavalleros repartidos, tomó su gran amigo Rolandín, el cual, aunque mucho le avía afincado que quedara con la fermosa reina de Leonís, mas no lo pudo acabar con él, ca era un cavallero tan desseoso de la honra y celoso de la fama que más preciava un quilate d'ella que muchas libras de voluntad, y con él puso a Galeote y Rodualdo y Marcival y Pantasileo y Gualdín de Bristoya y Leonil su primo, y Arcalao el buen Justador, y Almanceo el Fuerte y Esquilán de Norgales. Y a estos diez cavalleros rogó Lisuarte que entrasse en la batalla cuando más brava y mezclada fuese. Y assí en esta ordenança, al son de muchos instrumentos fueron metidos en el campo, que tan grande era que bien podrían en el lidiar dozientos cavalleros.

Los dos reyes se fizieron en dos hazes. El rey de Antioquía ovo la primera, en que traía veinte y cinco cavalleros, entre ^{202r} los cuales era el bravo gigantes Drusomago y el gigante Ridalfo, que en los montes de Antioquía pocos se fallavan de tanta bondad; traía otrosí consigo el duque de Calastra y el duque de Lerni, los dos más señalados cavalleros de sus señoríos, con los otros cavalleros, todos en gran bondad de armas. La segunda batalla uvo el rey de Ungría: traía consigo al gigante Albocén, de muy espantable ferocidad y fortaleza, y el duque de Cardia, gigante y el señor de los Montes Caspíos, gigante, el más esquivo de toda Armenia la mayor; traía otrosí a Anselís el Flamenco, Librojes de Normandía, Linedo y Dilesis, cavalleros señalados de su compañía con otros de gran valor fasta que cumplió el número de los veinte y cinco: que de creer es ser todos de gran esfuerço y valentía, y venían armados de fuertes y ricas armas sobre grandes y poderosos cavallos, y entraron en el campo por la otra puerta con tanto alarido de bozes y son de trompas flautas y añafles que unos a otros se no oían.

Los reyes que eran juezes los pusieron a una parte del campo. El emperador andava desarmado, solamente su espada ceñida y un bastón en la mano por asegurar el campo,

y para ello tenía muchos cavalleros si necesidad d'ellos oviesse muy apercebidos, ca no sabía de los enemigos si traerían otra ayuda encubierta.

Y siendo assí los unos y los otros metidos en el campo, y el rey de Antioquía, que traía la delantera, venía armado de unas fuertes armas: la sobreseñal avía verde sembrada de granadas de oro y granos de aljófar, el campo del escudo de la misma color y en él figuradas dos cabeças de jayanes, las cuales él traía por armas porque con su propria mano en Armenia la menor mató dos bravos gigante[s] padre y hijo; las orlas del escudo eran de argentería, el yelmo claro como el sol; venía delante de los suyos blandiendo una gruessa lança que el fierro avía limpio, y de una parte traía el gigante Drusomago y de la otra a Ridalfo.

Lisuarte, como los vio, tomó consigo a Coroneo y a don Lispán y dixo:

– Mis buenos señores, pareceme que aquellos tres cavalleros dessean aver los primeros encuentros, ¡rompamos con ellos sendas lanças!

Y pusieronse delante de los suyos y luego los tres cavalleros arremetieron con las lanças baxas para los otros con gran saña. Lisuarte, como mucho avía mirado por el gigante Drusomago, que muy dessemejado le pareció, endereçó su cavallo contra él y encontraronse tan bravamente que los escudos fueron falsados y las lorigas y las lanças llegaron a las carnes, mas el gigante fue tan rezió encontrado que con la silla cayó a los pies del cavallo muy maltrecho de la caída. El rey de Antioquía se encontró con Coroneo muy bravamente que las lanças fueron quebradas, mas ninguno no cayó, aunque el rey fue muy mal llagado. Don Lispán se encontró con Ridalfo tan bravamente que fue maravilla, mas no lo arrancó de la silla y él perdió las estriberas y ovose de abraçar a las cervizes de su cavallo. Y passando adelante entraron con los enemigos y mezclaronse las dos hazes con tanta ira que muchos fueron por tierra d'ellos muertos y otros llagados, ca todos lo fazían como cavalleros de gran bondad. Mas Lisuarte entró tan bravo entre los enemigos que espanto ponía a los que sentían la fineza de su espada, y, topándose con el duque de Lerni, le dio tal golpe sobre el ombro diestro de toda su fuerça que las ramas le cortó y fendió la carne y los huessos muy cruelmente hasta baxo, de que el duque, con la ravia de la muerte, dando una triste boz cayó muerto entre los suyos. Y allí le mataron el cavallo a Lisuarte y cayó con él entre sus enemigos, y él salió d'él muy ligeramente y, como aquel que en tales casos no perdía el esfuerço, cubierto de su escudo, su espada en la mano, se fue contra el gigante Drusomago, que debaxo de sí tenía a Filidonio el novel cavallero y le desenlazava el yelmo para le tajar la cabeça. Y Lisuarte, en llegando, le començó de ferir muy bravamente. El gigante, como sintió la espada en la carne, bolvió contra él con su cuchillo grande y cortador y començaron entre sí brava batalla, mas la gente cargó tanta sobr'ellos que a mal de su grado fue despartida.

Coroneo digo que fizo tales golpes por socorrer a Lisuarte que delante d'él mató dos cavalleros y le dio el cavallo del uno, y con la ayuda de don Lispán y de don Roselís y Urgandín, que sobrevivieron, Lisuarte cavalgó en su caval<g>[l]o y fizieron tanto que dieron otro a Filidonio el novel que mal llagado era, y fueron luego a socorrer a Aviés de Sansueña y a don Gandales ^{202v} que a pie estaban, y Ridalfo y el rey de Antioquía con algunos de los suyos trabajando por les dar la muerte, mas ellos se defendían tan bravamente que a duro se fallaría quién mejor lo fiziesse, mas en gran peligro estaban si Lisuarte los no socorriera. Mas con su llegada todo fue remediado, ca andava tan bravo y sañado que mal aventurado era aquel que se aguardava y él le fería a derecho, y, entrando con gran saña

por socorrer a aquellos sus amigos, dio tal golpe al rey Gandino sobre el fuerte yelmo que aunque tal era gelo fendió y fizo sentir la espada en la cabeça, y fue tan cargado del golpe que se ovo de abraçar al cavallo por no caer. Y llegando a la sazón Roselís y Urgandín, viéndole cargado del gran golpe, echaron en él sus fuertes braços y lo arrancaron de la silla, y aquí fue la mayor priessa de todo el día, ca los suyos por le defender, los otros por le llevar, se ferían muy bravamente, y a las bozes que davan los del rey socorrieron Ridalfo y Drusomago, los bravos gigantes, y luego don Gandales, que la espada traía tinta de sangre, se juntó con Lisuarte. Falangrís andava en brava batalla con el duque de Calastra, que muypreciado cavallero era, mas tantos golpes y tan pesados le dio Falangrís que el duque, llagado mortalmente, quiso fuir, mas antes que se acogiesse a la haz del rey de Ungría cayó muerto. E luego el rey Roberto, viendo la gente del rey Gandino mal parada, aunque los dos gigantes mantenían bien el campo, rompió luego con su gente con tanta braveza que por fuerça quitó al rey de Antioquía de las manos de Urgandín y don Roselís, ca tantos cargaron sobr'ellos que se no pudieron valer ni Lisuarte les dar socorro, ca era en brava batalla con Drusomago y con Ridalfo, y su gente era maltrecha y cansada; mas Perión, que muy desseoso estava de la batalla, rompió con su gente, raviando como lobo, y encontrose con el gigante Albocén de tanta fuerça que ellos y los cavallos fueron a tierra. Galaor encontró a Enselís el Flamenco que armadura le no valió que el fierro le no saliesse a las espaldas. Ladasán encontró por la garganta a Librojes de Normandía que el fierro de la lança le salió a la otra parte y él cayó de muerte. El gigante señor de los Montes Caspios encontró a Melián que a él y al cavallo echó a tierra mal llagado. Y aquí en esta segunda entrada fue gran crueldad ca todos eran tales que su llegada no podía ser sin grande daño. Languínez del Lago Ferviente se encontró con el rey Ruberto de Ungría, que ambos fueron a tierra quebrantados de las caídas. Lisuarte, combatiéndose con los dos gigantes, ayudándole su buen amigo Coroneo, avía entr'ellos tal batalla que no avía ende tal que no oviesse más sabor de la mirar que entrar en ella, mas Lisuarte, que estremadamente Dios avía fecho para quitar tales jayanes del mundo, firió a Drusomago tan rezio sobre el brocal del escudo que gelo fendió fasta las embraçaduras y cortó la mano por la muñe<ç>[c]a y le cayó en el campo con las dos partes del escudo, de que sintiéndose mucho el gigante se quiso abraçar con Lisuarte, mas él le metió la espada por la visera del yelmo de guisa que, viniendo el gigante muy rezio, le entró la espada por un ojo que le salió a la otra parte de la cabeça y cayó luego muerto sin sentido. Coroneo se combatía con el gigante Ridalfo con muy grande esfuerço, y Lisuarte fue contra él y lo firió tan duramente sobre la cabeça que gela fizo abaxar fasta los pechos. Coroneo llegó muy rezio y diole otro tal golpe sobre el yelmo que los lazos fueron quebrados y le saltó de la cabeça, y el gigante quedó más atormentado de guisa que no la pudo amparar que Coroneo gela fendió fasta los dientes. Y luego se metieron de rondón por los enemigos maravillados de las proezas que Perión y Galaor fazían, y assimismo todos los otros cavalleros. Y discurriendo por la batalla vieron a la diestra parte gran ruido y fueron allá y fallaron a Falangrís y Florinel y Languínez muy mal llagados, ca los contrarios los tenían en gran aprieto, y sobre todos el gigante señor de los Montes Caspios, y parando mientes Lisuarte vio cerca de sí a Irneo de Bohemia y a Orgalán y dixoles:

—¡Hea, buenos señores! ¡Parezca vuestra gran bondad en socorrer aquellos cavalleros que tanto menester lo han!

Estonces se dexó correr a los enemigos con tanta saña que no alcançava a ninguno a derecho que de muerto escapasse o de tollido. Fizo tanto con la ayuda de aquellos que le aguardavan que los cavalleros fueron socorridos de aquel peligro y puestos en cavallos, no sin grande afrenta y llagas de ambas partes,^{203r} y esto sería hora de sesta, que todos era maltrechos y llagados, y no avía aí tal que no oviesse menester reposo, mas la furia y braveza era tanta que no sentían el cansancio, que en verdad que aquel día se pudo llamar dolorido y de pesar a los que aí se fallaron, que muchos y muy buenos cavalleros allí perdieron las vidas, y fasta el tiempo del buen rey Artur que en estos campos ovo muy crueles batallas nunca en ellos tanta sangre fue esparzida como en esta batalla.

Pues siendo assí hora de sesta, que ambas las partes duravan en su braveza sin ninguna mostrar punto de pavor, antes faziendo el más mal que podían, discurriendo Lisuarte a la siniestra parte vio cómo Perión y Galaor matavan a grandes golpes al gigante Albocén, que grande estrago aquel día avía fecho, y parando mientes a la diestra parte vio cómo los dos reyes tenían en medio a Odoardo que, por grandes golpes que le davan, no le podían sacar la señal de emperador de las manos, y tantos golpes le dieron que el yelmo avía cortado por muchas partes y las armas rotas, y aviendo el cavallo muchas feridas cayó con él en el suelo, y cuando Lisuarte assí lo vido mal llagado, pensando que de muerte fuesse, creciéndole la ira y la fuerça con la saña, fue contra los dos reyes tan desapoderado que no pudo ferir al rey Gandino que primero falló. Y estando assí, llegado a él dexó colgar la espada de la cadena y le travó tan rezió del yelmo que gelo ovo de sacar de la cabeça y le dio tal golpe con él que lo batió en el suelo atordido y, arrojándole el yelmo, con mucha saña tomó la espada y fue contra el rey de Ungría, y lo firió de tan pesados golpes que el escudo le desfizo en el braço y la espada le fazía sentir en las carnes. Y don Gandales, que con él allí se falló, no estava de espacio, antes fazía muy grandes proezas con su espada. Lisuarte cargó de tantos golpes al rey de Ungría que, aviendo él muchas llagas en su cuerpo y que mucha fuerça perdía con la sangre, siendo desatinado de los grandes golpes, se le cayó la espada de la mano y él a la otra que se no pudo tener en el cavallo.

A esta hora Rolandín con sus compañeros, viendo la gran furia de la batalla, se metieron en ella con tanta braveza que de los primeros encuentros cada uno puso su cavallero en tierra, y después que las lanças les faltaron pusieron mano a sus espadas y hizieron con ellas tales maravillas que espanto era de lo ver. Los contrarios se juntaron todos en un cuerpo con un hermano bastardo del rey de Ungría y con mucho esfuerço acometieron los enemigos y delante d'ellos esforçándolos el duque de Cardia, gigante, determinando todos de morir y antes de sus muertes vender sus vidas muy caramente. Lisuarte, viendo assí los enemigos, ovo grande saña y parando mientes no vio a algunos de sus amigos y pensó que muertos eran; determinando de tomar en los matadores ravisosa vengança, ayuntando consigo a Galaor y Perión y otros cavalleros y los diez compañeros, arremetió para los contrarios, que estava fechos un cuerpo tomando aliento, y tan reziamente los acometieron que los partieron en dos partes y començaron de ferir en ellos muy bravamente. Lisuarte topó con Ridorgís, cavallero muy señalado de la provincia de Capadocia, y tal golpe le dio de la espada que el yelmo no le valió que le no fendiesse fasta los ojos, y con gran saña pasó adelante y, fallando delante sí el governador de Franconia, tal golpe le dio sobre el braço de la espada de toda su fuerça que la manga de la loriga fue cortada y la carne y la cañilla y él, tollido, arredrose afuera gimiendo con gran cuita. Perión encontró

con una lança gruessa a Linedo por los pechos, que la loriga le no valió que a las espaldas le no saliesse. Marcival encontró a Lidasís, que lo echó por las ancas del cavallo. Galeote encontró Astromades del Lago por el visal del yelmo, que lo echó a tierra llagado de muerte. Rolandín y Rodualdo, tomando entre sí el hermano del rey de Ungría, le dieron tan bravos y esquivos golpes que ovo de fazer fin dolorosa de su vida a sus manos, y Lisuarte, delante d'ellos, se metió tanto con saña por los enemigos que los más eran muertos y llagados. Los otros no se podían amparar aunque lo fazían como buenos dando y sufriendo grandes golpes, y como los más eran muertos y tollidos, y ellos tan mal llagados que en sí no avía defensa ninguna, soltaron las ^{203v} armas y, cruzando las manos, se rindieron por vencidos con gran plazer de los reyes que juezes eran del campo, mucho más del emperador, por ser batalla en que tanta honra le iva, endemás aviendo visto a sus ojos la estremada bondad de Lisuarte su fijo y assimismo de sus cavalleros. Y luego las trompas y añafiles de la parte de Lisuarte fueron tocadas muy altamente con gran plazer y alegría. Lisuarte, porque en esta batalla no quiso meter su muy rico escudo y yelmo blanco, andava llagado en muchas partes y la sangre le salía en abundancia, mas ni por ello dexava de fazer lo que devía, faziendo juntar aquellos cavalleros para ver los que faltavan, y violos todos llagados y maltrechos y no vio entr'ellos a Coroneo ni a don Lispán ni a Falangrís ni otros muchos, y con gran tristeza se apeó de su cavallo y se dio a buscarlos entre los muertos, y los primeros que falló fue a don Lispán y Falangrís mal llagados, tanto que de las grandes llagas que avían no se pudieron sostener yazían en el campo. Lisuarte con muchas lágrimas los levantó y mandó llevar a las tiendas, y yendo más adelante falló su muy grande amigo Coroneo, abraçado con el gigante duque de Cardia, y el gigante era muerto y Coroneo avía muy grandes y peligrosas llagas que grande pieça avía lidiado con él, de guisa que, travándose, abraçó Coroneo con la daga que traía firiéndole muchas vezes por entre las fuertes fojas de azero y por debaxo de la falda del arnés, de guisa que el jayán cayó llagado de muerte, y él sin sentido de las crueles feridas que tenía, que el yelmo avía cortado en muchas partes y la carne fasta el hueso. Luego Lisuarte le quitó el yelmo y viole sin acuerdo y su fermoso rostro muy dessemejado, lleno de polvo y de sangre, y fue ende muy triste y levantolo suso con muchas lágrimas y él no bolví en su acuerdo, y mandolo otrosí luego llevar a su tienda, quedando él en la mayor tristeza que en el mundo ser podía, y luego, cerca de aquel lugar, falló a Irneo de Bohemia mal llagado, y a Pantasileo y a Melián el Roxo, cavallero de gran bondad, muertos, de lo que ovo muy gran pesar; y fuesse a do viera caer a Odoardo, que bien pensó que muerto era, y viole estar de pechos y debaxo de sí abraçada tenía la seña del emperador. Lisuarte con sus braços lo bolvió y él estendiose ya cuanto, y viendo que no era muerto quitole el yelmo y diole el aire, y cobrando algún aliento alçó los ojos para Lisuarte no desaferrando la seña, que toda era bermeja tinta de su sangre. Lisuarte lo alçó con muy gran dolor, y rogó a Galeote y a Marcival y Arcalao y a Rodualdo que lo llevassen a las tiendas do fuesse guarecido, aviendo d'él tanta lástima que las lágrimas en filo le caían por su mexillas, y fuesse luego do yazían los dos reyes mal llagados y maltrechos, que en la riqueza de las armas eran muy conocidos. E luego Rolandín y Gualdín de Bristoya y Leonil su primo, y don Gandales y Urgandín los llevaron presos a la tienda del emperador, y assí bueltos todos los cavalleros, aviendo gran dolor de los muertos, aunque doler no era, pues la muerte avían tomado como buenos y esforçados. Los bivos faziendo

llevar do guareciessen, los juezes andavan por el campo con instrumentos faziendo apregonar la vitoria por el emperador, y los reyes por vencidos y condenados en las parias.

El emperador entró en el campo a pie con gran compañía de cavalleros y se fue adonde andava Lisuarte, recogendo los suyos para salir del campo. E quando le vido las armas rotas y que perdía mucha sangre, fue espantado pensando ser cosa de peligro, y de con aquel amor que padre devía a tal fijo le fue abraçar y besó en los ojos por la visera del yelmo. Lisuarte se le fincó de rodillas y le besó las manos, y assí lo hazían los otros cavalleros, los cuales él recibía con grande amor y ledo semblante qual tal vitoria requería, y los abraçava como a fijos loando su gran bondad y esfuerço, prometiéndoles muy grandes dádivas y mercedes. Y salidos assí del canpo, los mandó aposentar por essas tiendas y curar con mucha diligencia. Lisuarte fizo llevar a su tienda a su gran amigo Coroneo y a don Lispán. El rey de Sobradisa fizo llevar sus tres fijos y nieto, que todos eran mal llagados y, según su gran bondad, no podía ser menos, ca ellos no eran contentos sino quando eran puestos en los grandes peligros y afrentas porque ende ganavan muy grande honra y fama, y llagas con tal ganancia más deven dar plazer que sentimiento, ^{204r} además de fama de tal batalla, que fue una de las más peligrosas y dudadas que avía acontecido en la Gran Bretaña de tan pocos cavalleros, si no fue la batalla de los siete gigantes con el emperador y Florisando, que aquella fue muy espantable, mas también ésta fue muy dudada, que quantos cavalleros los reyes metieron de su parte todos fueron muertos salvo siete d'ellos, que con los reyes escaparon, assaz llagados, aunque todos eran de gran valentía. De la parte del emperador murieron bien veinte cavalleros, afuera los otros que escaparon llagados muy cruelmente, assí que a todos aquel día fue muy doloroso y de amargura aunque, si la verdad queremos dezir, no estimando tanto la vida flaca y mezquina como la perpetua fama y gloria duradera, assí los muertos como los vivos vencedores y vencidos ganaron muy gran honra, porque no menos loor merecen los que esforçadamente mueren como los que bravamente vencen quando los muertos por falta de coraçón no dexaron de fazer lo que devían.

¶ Capítulo lxxij. De cómo, después que aquellos cavalleros fueron guarecidos, se fueron para donde era la emperatriz, y del gran plazer que ovieron de la vitoria passada.

VENCIDA ASSÍ ESTA brava batalla como avéis oído, Arquisil y Florisando llevaron a sus tiendas los dos reyes presos y los ayudaron a desarmar y acostaron en ricos lechos, y fizieron curar con diligencia y servir como a sus personas propias, y esto allende de su virtud a ellos los inclinar. El emperador según su gran nobleza gelo avía encomendado. Todos los otros cavalleros llagados fueron acostados en sus ricos lechos por sus tiendas y curados con mucha diligencia, mayormente Lisuarte, que mal llagado era y estava en su tienda con sus dos grandes amigos don Lispán y Coroneo, cada uno en su lecho cruelmente llagados. El emperador mandó llevar a todos los cavalleros muertos a la ciudad de Uxela, que más cerca era onde oviessen sus cuerpos sepulturas y oficios acostumbrados. El emperador y aquellos reyes y príncipes visitavan muy a menudo aquellos cavalleros mal llagados; estavam en sus lechos olvidando todo el dolor y peligro de sus llagas, acordá[n]dose de la gran fama que en aquella batalla avían ganado.

El emperador, tanto que la batalla fue vencida, embió luego un donzel a la emperatriz a le fazer saber las nuevas de la batalla, de las cuales ella fue tan alegre y toda la corte con tanta alegría que no podéis creer que aquí se perdió la muerte del rey Amadís, que buenos días avía que de la vida a la muerte passado era. E no avía ende persona que no fuese muy alegre y plazentera y davan todos gracias a Dios por aquella gran vitoria, loando cada vez en mayor extremo la bondad de Lisuarte, y si d'ello la fermosa Elena recibía plazer en su cuidado corazón, dígalo quien oviere gustado los xaraves d'este yerva amorosa, porque los experimentados más claramente deponen de la verdad aunque sin experiencia, tomando por fundamento el grande y estremado amor que ella le tenía sobre todas las cosas del mundo no podían dexar despuesta con tales nuevas en extremo de todo plazer, de guisa que lo no podía tanto encubrir que se le no pareciesse a quien en ello parara mientes, mas, como todos estaban alexados de tal pensamiento de sus mudanças, nunca tomaron sospecha.

En cabo de veinte días que la batalla fue dada, todos aquellos cavalleros fueron guarescidos de sus llagas y lo mismo fueron los dos reyes Gandino y Roberto, y en sus corazones tenían gran quexa de la fortuna de no les dar antes la muerte que permitir ser vencidos, y entre sí lloravan mucho su desventura, aunque la cubrían con el gran seso,^{204v} teniendo de su prisión gran fiança de la virtud y nobleza del emperador.

Lisuarte, viendo aquellos sus amigos guarescidos de sus llagas, avía en su corazón muy grande alegría, ca a todos los amava mucho por su bondad, y con él alvergavan siempre en su tienda aquellos sus dos amigos que avéis oído. E dos días antes que el emperador se partiesse para Alauna, onde estava la emperatriz, tomando consigo a Lisuarte y a los reyes sus tíos acordó de ir a ver los reyes presos y assí lo fizo.

Los dos reyes estaban en una rica tienda sentados en un estrado rico, vestidos aljubas de seda jalde cubiertos con mantos ricos. Arquisil y Florisando estaban fablando con ellos en cosas que más sabor avían. El emperador, cuando los vio, conociendo que eran grandes señores y de grandes tierras y poderes, viéndolos en aquella prisión, ovo compasión d'ellos acordándose de la amistad que con sus padres avía tenido. Los dos reyes, como vieron al emperador, se levantaron luego y fizieron grande acatamiento. El emperador los fizo sentar y les dixo:

–Buenos amigos, la fortuna que con la prosperidad y bonança a los hombres ponen soberbia y mal comedimiento que no conozcan lo que es razón, ella misma los dexa caer en miserias y desventuras como en vosotros ha mostrado que, me viendo fuera de la luz siendo encantado, tovistes atrevimiento de negar las parias devidas a la corona de mi imperio, poniéndoos en ello tan afincadamente que después que por la permissão de Dios fui fuera de miserable encantamiento en que estava y tornando a la luz d'este mundo, siendo requeridos por mi parte quesistes más seguir el apetito de vuestra voluntad que la deuda y obligación en que me érades, y confiando más en vuestra bondad de armas y valentía de vuestros cavalleros que no en la justicia ni razón, movistes esta injusta batalla, no teniendo delante los ojos que Aquel que está en los altos cielos, que es Juez de todas las cosas, muestra la razón y verdad donde la ay faziendo a los que la mantienen gloriosos vencedores y los que la niegan abiltados y vencidos, y esto, buenos amigos, vos puedo dezir como más viejo que vosotros y como aquel que sobre vós tengo algún señorío y en mi casa avéis comido para muchas vezes.

E después que estas cosas ovo dicho el emperador, el rey de Ungría, que más viejo era, le respondió en esta manera:

–Muy alto emperador, no es de reprehender, mas antes de loar, las personas que Dios puso en tal estado y señorío como a este rey y a mí procurar por la libertad y esención de sus personas, porque el que esto no procurasse más le sería juzgado a poco esfuerço que a ninguna otra virtud, y no negamos, señor, que nuestros padres y abuelos no fuessen acostumbrados a pagar las dichas parias a la real corona de vuestro imperio, que assí es verdad, mas porque sabíamos que la tal obligación en otro tiempo fuera introduzida por fuerça de armas, con ella la queríamos interrumpir y quebrantar, y, pues que nuestra ventura tanto no valió, quedemos como aquellos que más no pueden y conozcamos no solamente vuestro señorío y nuestra sujeción, más aún, la bondad de vuestros cavalleros que tanto a nuestra costa experimentamos, no restando aquí otra cosa, noble señor, salvo que, aunque seamos vencidos, no seamos tratados como presos, ca en tales toques se conoce la gran nobleza de los grandes, que deven tener gran esfuerço y ardimiento para vencer y mayor virtud y piedad para perdonar y, pues que ya conocemos que lo que avemos intentado fue más movimiento de sobervia que de razón, vos rogamos humilmente que nos perdonéis vuestro enojo y mal talante, y nós damos nuestras fees y palabras de siempre pagar el devido tributo y que de aquí en delante os serviremos, no solamente como buenos amigos, mas como leales vassallos fazer deven.

Todos aquellos señores que ende eran suplicaron al emperador que les perdonasse todo su mal talante y los quisiesse tomar por amigos, y el emperador, como era de los virtuosos príncipes del mundo y en quien menos morava la ira y la saña, viendo el provecho que d'esta amistad d'estos reyes se le seguía, como aquellos que le podían fazer grande guerra y meter los turcos que gela fiziessen, fue de su amistad no solamente contento, mas alegre, y fuelos abraçar con gran amor diziendo:

–¡Tales hombres más los desseo yo tener por amigos que por contrarios!

Entonces los reyes se le humillaron mucho y le quisieron besar las manos y él no lo consintió, antes, alçándolos por las manos, ^{205r} los hizo sentar en el estrado viendo que con lo passado no solamente su honra era satisfecha mas adelantada. E luego el rey de Sobradisa y el rey de Cerdeña y el rey Agrajes, trayendo delante sí a Lisuarte, llegaron a hablar a los dos reyes, los cuales fueron muy espantados de la bondad de armas de Lisuarte, viendo su poca edad y gran fermosura, y dixeron en sus coraçones que aunque todo el mundo fuesse en una liga contra Bretaña que no le podría nuzir según la bondad y valor de los estremados cavalleros ende avía. El emperador hizo sentar consigo los dos reyes a su mesa, y assí él como los otros reyes y príncipes les fazían mucha honra. Arquisil y Florisando tenían en sus tiendas los infantes sus hijos, y los tratavan más como hijos de tales padres que como a donzeles puestos en rehenes.

¶ Capítulo clxxiij. De cómo el emperador soltó la prisión y dexó ir libres los dos reyes a sus tierras, y él se fue para la emperatriz su mujer.

AVIENDO EL EMPERADOR perdonado a los reyes su mal talante, queriendo que el perdón más fuesse crecido que menguado, dio licencia a los reyes que con su gente que les quedava se fuessen a sus tierras cuando les pluguiesse, nembrándoles las palabras que

ellos le avían dado y la buena obra que les avía fecho. E siendo los reyes alegres con tales nuevas, gelo tuvieron en gran merced y le dexaron sus fijos que lo sirviessen, prometiendo de le ser siempre leales amigos. Con esos pocos cavalleros que de la brava batalla con vida salieron se fueron a meter en la mar en su flota y tomaron la vía de sus tierras, assaz tristes por su adversa fortuna y muy pagados de la nobleza del emperador y atónitos de la bondad de sus cavalleros, mayormente de Lisuarte.

El emperador, quedando en aquellos campos en sus tiendas, acordó de se partir para la villa de Alauna adonde estava la emperatriz su mujer y assí se hizo, que otro día, tomando consigo su compañía y los fijos de los dos reyes, con grande alegría se partió para Alauna y con su llegada toda la corte fue muy alegre, y ende reposó el emperador quinze días, ca era buena y viciosa villa aunque pequeña. Y porque el emperador traía grande corte y ende no se pudo aposentar, fuesse a Vanduara, una ciudad fermosa de Bretaña que assí avía nombre, en que avía grandes florestas, caça y montes, y de una parte la torneava el grande río Idomán, en que avía muchos pescados, y passavase por una puente muy grande de muchos pilares de piedras blancas de gran altura; avía a la entrada dos torres y en medio otra, y a la fin otras dos de manera que era la más fuerte que avía en todas las insolas, y el passo d'esta puente defendió mucho tiempo Nicorán de la Puente Medrosa, el buen justador que en su tiempo no lo avía mejor en los señoríos de rey Lisuarte, y d'esta puente tomó el nombre, ca se llamava la Puente Medrosa, porque el que a cavallo la avía de passar le convenía vencer primero cinco cavalleros ca en cada torre estava el suyo y por ello la llamaron Medrosa, y Nicorán los venció en un día a todos y señoreó la puente y tomó d'ella el apellido, y de aquí, cuando oyerdes nombrar aqueste Nicorán de la Puente Medrosa, que fue muy señalado en su tiempo, sabréis dónde tomó el nombre.

Pues llegado el emperador con sus compañías a la puente, todos fueron maravillados de su fermosura, mayormente aquellos que no la avían visto, como Lisuarte y Arquisil y Florisando y los infantes de las Islas Californias, y es verdad que tal fermosura de puente era mucho de mirar y no avía ende tal aunque otras vezes la oviesse visto que no oviesse sabor de la mirar. E a la entrada de la puente avía en una gran piedra letras tajadas que dezían: *La ventura d'esta puente fue acabada por el bueno de Nicorán, que d'esta puente tomó el nombre.* Y allí se detuvo el emperador hablando ^{205v} mucho en la bondad de aquel cavallero y en los grandes fechos que fizo en la guerra de Constantinopla, onde murió con el rey Lisuarte su señor, y todos los que le conocían fablavan mucho de su gran prez de armas, y assimismo la puente, que avía las torres fuertes y altas y era toda enalmenada. Y passada la puente entraron en la ciudad de Vanduara, y fueron recibidos con grandes fiestas y fueron aposentados en ricos aposentamientos, ca la ciudad era de gran población y assentada en tierra llana. Aquí estuvo el emperador algunos días saliendo a caça por las florestas, ca la tierra era muy guardada y avía en ella muy grande abundancia. La morada allí era a todos muy sabrosa, mas porque el emperador no quería estar absente de donde la reina Oriana su madre era, determinó de aquella alegría de la vitoria no la passar sin ella aver su parte y saber cómo todos eran sanos y bivos, que muy affligida avía sido por le aver dicho que Lisuarte escapara de la batalla muy mal llagado y desseava de lo ver en gran manera y avía escrito al emperador que la embiasse visitar por Lisuarte, lo que sabiendo el emperador se partió de Vanduara y se puso en el derecho camino de Londres, topando por esos caminos muchas y hermosas aventuras y justas de cavalleros que las deman-

davan, onde, esperimentándose muchos cavalleros de los que con el emperador venían delante de aquellas señoras que más amavan, fazían aquellas proezas que de su gran valor se esperava. Y assí, andando por sus jornadas, llegaron a la ciudad de Londres, con gran plazer y alegría de los moradores.

Y al otro día el emperador con la emperatriz y con Lisuarte y con los reyes fue a ver a la reina Oriana al castillo de Miraflores, la cual con su venida ovo mucho plazer y consuelo, y abraçava a Lisuarte muchas vezes diziendo:

–¡Bienaventurado cavallero y amado fijo, Dios conserve tu bondad por largos tiempos, ca tú eres amparo de todos estos señoríos!

Y con este cavallero la noble reina perdía mucha parte de la soledad y tristeza que de la muerte del rey Amadís le avía quedado, y después que grande pieça del día allí estovo aquella compañía, se bolvieron para Londres.

¶ Capítulo clxxiiij. De cómo murió el Patriarca de Constantinopla y cómo dieron la tal dignidad al hermitaño padre de Florisando.

NO DESPUÉS DE muchos días que el emperador llegó a Londres viniendo de la batalla de los campos de Salagres, aconteció que aquel varón de santa vida que a la sazón era Patriarca de Costantinopla por la permission de Dios se passó d'esta vida y su cuerpo fue dado a la tierra con aquella solenidad que a tal prelado se devía, y como el emperador muy contento fuesse de la vida y religión del hermitaño padre de Florisando, queriendo más proveer para aquella dignidad hombre de saber y buena vida que de estado ni linaje (como por nuestros pecados en estos tiempos se acostumbra), y tomando un día el emperador al hermitaño aparte, le dixo:

–Padre, no mirando la gran deuda en que todos os somos por la criança y disciplina que avéis fecho en el príncipe Florisando ni en los trabajos que por el rey Amadís mi padre avéis tomado, mas solamente vuestra virtud y buena vida, quiero que ayáis la dignidad del patriarcaazgo de mi imperio, y para ello quiero embiar luego a Roma al Santo Padre, no pensando en ello que os fago merced ni buena obra, mas solamente a Dios mucho servicio.

Cuando el hermitaño aquello oyó, se fincó de rodillas para le besar las manos, mas él no gelas dio, antes lo levantó diziendo:

–Padre, bendición me podéis dar, que otra cosa de vós no atiengo.

–Muy alto emperador –respondió el hermitaño–, mi pobre ábito y persona no puede dar tantos agradecimientos ni conformes a las grandes mercedes que hazer me queredes, ^{206r}mas mi vida de religión requiere más sossiego en mi pobre morada adonde la tengo que oficio de tanto cargo y peso, ca muy estraña cosa parecería aver yo dexado en mi juventud las cosas d'este mundo por me apartar de sus tráfigos en servicio de Dios, aviendo bien treinta años y más que fago esta vida si agora me tornasse a mi vejez a las cosas d'este mundo, endemás a tal dignidad cuya administración es de tanta gravedad que no ay persona en el mundo que no la deva mucho temer por más idóneo y suficiente que se falle y, por tanto, señor, vos pido que, si d'esta flaca persona os queréis servir, que sea su mudança de mi acostumbrada vida y pobreza, ca en este pobre ábito que traigo vos serviré en cuanto

Dios d'ello fuere servido y vós contento, y con esto recibiría yo mucha merced y mi vida sería más segura para con Dios.

–Bien sabéis, padre –dixo el emperador–, lo que de aquel glorioso obispo Sant Martín se fabla en su leyenda que dixo: *Sintiendo que las fuerças de su cuerpo le desamparavan y dixo: Señor Dios, si aún soy necessario para regimiento de tu pueblo, no rehúso el trabajo, mas sea cumplida tu voluntad.* Mejor otrosí sabéis, padre, lo que escribió el apóstol Sant Pablo: *Desseo passar esta vida y estar con Cristo, mas es necessario quedar en la vida.* Dexándonos por enxemplo cuánto Dios es servido del trabajo de aquellos que santamente rigen sus ovejas, ca en verdad, según se escribe a los de Corinto en otra parte, se dize que: *Aunque uno en sí aya todas las virtudes del mundo, si caridad no toviere tanto es como nada, y la mayor caridad es poner uno su ánima por sus amigos.* Conviene a saber, poner el religioso su tranquilidad y vida solitaria por el trabajo de regir y gobernar sus súbditos, que según escribe el mismo apóstol <que>: *Si uno traxere su cuerpo a que se quemee y gaste en buenas obras y meritorias, si caridad no toviere no podrá aver salvación.* Y aunque, padre, me digáis que la vida que fazéis en vuestra solitaria celda es muy quieta y segura, digo que es estotra vida más frutífera y provechosa, ca, viendo vuestros súbditos el resplandor de vuestra vida, todos se animarán a os seguir; ca lo que los perlados fazen muy ligeramente los súbditos toman por enxemplo, mayormente de aquellos que son puestos como señal en la barrera, de guisa que, tomando argumento a vuestra passada vida a la venidera, no solamente espero el claro fruto que faréis en mi imperio, mas el gran servicio que a Dios ende se faze.

E cuando estas cosas ovo dicho el emperador, el padre hermitaño estava espantado de su gran prudencia y cómo sabía las cosas de la Sagrada Escritura, y en verdad que se no deviera maravillar, porque el emperador era el más católico príncipe y cavallero de su tiempo allende de ser criado con el santo hombre Nasciano, que morava en la Hermita de las Siete Hayas, que todas las cosas de la fe y muchas de la Sagrada Escritura le avía mostrado, las cuales él aprendía con tan afición que en muy poco tiempo aprendió muchas d'ellas y fue el cavallero que más amava el servicio de Dios, gastando más sus fuerças contra los turcos que por las cosas vanas d'este mundo, como por su gran istoria claro se demuestra; y assí despendía su ociosa vida en leer vidas de santos y milagros, leyendo la Sagrada Escritura, y porende sabía mucho en las cosas de la fe como a tan católico príncipe convenía y como los reyes de nuestros tiempos fazer devían que, pues los Dios fizo sus ministros en la tierra, que sepan lo que es su santo servicio y dotrina assí como fazía este emperador.

El santo hermitaño, viendo que assí era como el emperador le dezía, rehusó mucho la dignidad suplicándole mucho que en aquel oficio no se quisiesse servir d'él. Mas el emperador, desseando mucho que lo aceptasse, lo fizo saber al príncipe Florisando y a Arquisil y aquellos reyes y grandes señores, los cuales, juntamente con Lisuarte, ahincaron tanto al santo hermitaño que lo ovo de aceptar, no tanto por la dignidad ni ruegos de aquellos señores como por el servicio de Dios que ende esperaba de fazer. E luego el príncipe Florisando embió un mensajero a Roma a muy gran priessa, faziéndolo saber al emperador, el cual luego suplicó al Santo Padre que le proveyesse de aquella dignidad, y el Papa, que muy informado era de la virtud y santa vida del hermitaño, gela concedió muy de grado y le embió luego las bulas y breve para ello, faziéndole otrosí ^{206v} legado apostólico en aquellas partes, otorgándole todas vezes para todo lo que con causa quisiesse dispensar. Y assí d'esta manera el hermitaño fue Patriarca de Constantinopla y, si santa vida fazía de antes,

mucho más la hizo después, lo que fue gran placer de Florisando [y] mucho más del emperador, por tener consigo tal hombre para aver consejo de su alma y penitencia cuando le cumpliesse.

¶ Capítulo clxxv. De la fabla que hizo la reina Oriana al emperador y emperatriz sobre el casamiento de Lisuarte, y de lo que él respondió.

ESTANDO EL EMPERADOR en la gran cibdad de Londres, yendo a visitar a la reina Oriana su madre a Miraflores como era acostumbrado, después que hablaron en muchas cosas de que sabor avían en presencia de los príncipes y reyes presentes, la reina tomó consigo al emperador su hijo y a la emperatriz Leonorina, y se fue con ellos a una finiestra que caía sobre la hermosa huerta del castillo, y les comenzó de hablar en esta manera:

– Mis amados hijos, lo que mi corazón se determinó de os fazer saber es como de aquel que, siendo apartado de las cosas del mundo, no ocupado en sus tráfgos ni mandos, mejor lo puede pensar. Estando en este mi castillo, aunque las otras cosas todas aya olvidado, las cosas que a vuestras personas tocan como mías que son no las puedo traer a olvido, muchas vezes he pensado que no menos sería necessario que provechoso, así para amparo de vuestro imperio como seguridad de la Gran Bretaña, que Lisuarte oviesse de tomar mujer, porque así tomaría algún reposo y continamente no andaría por tierras estrañas y apartadas en bravos peligros, dexándonos en gran tristeza y soledad, que según las bravas y estrañas aventuras en que anda embuelto nunca mi afligido corazón puede tomar ningún placer ni descanso, y assimesmo deve de ser en vosotros que sois sus padres, y para remedio d'esto todo y seguridad de vuestros señoríos a mí me parece guisado que Lisuarte aya mujer y gela demos tal cual su bondad merece, porque, siendo así casado, vós podéis tornar a vuestro imperio, que ha muchos días que d'él sois salido, porque aunque el rey Norandel mi hermano tenga la governación y faga como de tal hombre se atiende, la ausencia de los reyes y señores de sus tierras siempre suelen engendrar grandes daños discordias y luengas guerras, lo que claro ya conocemos por las nuevas que han venido de Constantinopla cómo los turcos y el soldán de Babilonia, sabiendo vuestra ausencia y la muerte del rey vuestro padre, punan venir en Grecia con grandes huestes, lo que Dios no quiera, mas aconteciendo así, estando vós absente, mucho peligro podía ende redundar, así que para remedio de todo me parece que Lisuarte aya mujer y gobierne en vuestro nombre estos reinos, y que vós os vais a vuestro imperio a poner remedio en lo venidero.

Acabada la fabla que la reina Oriana avía fecho, quedando el emperador muy contento de su demanda, le respondió:

– Muy noble señora, muchas vezes el mismo pensamiento se ha assentado en mi juicio, mas el gran dolor que fasta aquí he tenido no dava lugar a que puertas de ninguna alegría se abriessen, mas como ya el sentimiento más sea demasiado que provechoso, dexando las cosas passadas en olvido, aviendo memoria de las por venir, otrosí me parece razón lo que vós, señora, me avéis dicho, y que quede no solamente por governador mas por rey en la Gran Bretaña, lo cual si se cumpliere como yo desseo me bolveré a mi imperio, que bien cierto soy que agora ni estonces no avrá pequeña necesidad de mí en aquellas partes,

aunque el rey Norandel con su virtud mucho pune de me escusar;^{207r} y en lo de Lisuarte, pues que a vós, mi señora, os parece, fágase como mandardes, aunque a duro se puede fallar quién igual le sea en casamiento.

–Verdad es –dixo la reina–, que en el mundo todo se podría fallar, mas yo querría para él antes mujer crecida en virtud que en estado, pues en el igual se no puede fallar, porque según quién él es y los señoríos espera de aver, más le conviene mujer de bondad que de riqueza, y por tanto a mi juicio que todo lo tengo muy pensado ninguna mujer en el mundo más le conviene aver que la infanta Elena, que dos cosas tiene en sí muy estrañas: estremada fermosura con alta sangre y crecida bondad, y, pues que el gran valor del rey su padre nos lo tiene merecido, es mucha razón que se haga por firma de amistad y deudo.

Muy pagados quedaron el emperador y la emperatriz con lo que la reina Oriana avía dicho, y assí les pareció que se devía de fazer, y assí afirmaron que lo farían, diziendo el emperador que lo pondría en execución y que no restava sino ganar la voluntad de Coroneo su hermano, y que, ésta ganada, les parecía que en lo demás no avría tardança. Y assí quedó la fabla por estonces, y acabada se bolvieron a los que atendían, y luego el emperador se bolvió con su compañía a la ciudad y la noble reina quedó en su castillo. Y aquella tarde el emperador tomó por la mano a Coroneo y lo llevó a la hermosa huerta de su palacio, y ende le dixo todo lo que de Elena avía pensado y de Lisuarte, pidiendo en ellos su parecer y voluntad. Coroneo, cuando aquellas alegres nuevas oyó, fincándose de rodillas besó las manos al emperador diziendo:

–Señor, mi parecer y voluntad no es otra salvo de cumplir vuestro mandado, endemás recibiendo yo tan señalada merced y mi linaje tanto acrecentamiento de honra; y pues que, señor, mi hermana y yo somos en vuestro servicio, vós podéis mandar lo que os pluguiere, que sin duda lo cumpliremos, y de lo aver cumplido nos avremos por alegres y nuestros padres por bienandantes. Y lo que yo ende humildemente os suplico es que assí como vós, señor, lo avéis pensado, me fagáis essa merced, que con ella seré más alegre que con un reino tal como la Gran Bretaña.

Y el emperador le dixo que todo faría por lo cumplir y que él y a su hermana no tenía menos amor que a Lisuarte, y que assí entendía de los honrar. E Coroneo se le fincó otra vez de rodillas y le besó las manos.

Estonces el emperador se bolvió con él a la otra compañía y aquel día en la noche, después que los manteles fueron alçados, el emperador se acogió a su aposentamiento y hizo llamar a Lisuarte. Y estando solos en aquella cámara, le començó de dezir:

–Muy amado hijo, bien veo que tu esforçado coraçón más es desseoso de trabajos y afrentas en que gane honra que de ningún reposo con deleites, lo que siendo cosa de honra es mucho digna de loar y no de reprehensión, mas como los tiempos trastornan las cosas y condiciones, assí con mucha razón cada día se mudan las costumbres y voluntades de las personas, porque si fasta aquí has tratado las armas buscando las aventuras con tanta fama cuanta por el mundo suena, no teniendo otro cuidado salvo de las armas y desseo de la honra, conviene agora que, dexada aquella desembargada vida, para tal exercicio tomes otra de mayor gravedad y pesadumbre, y que refrenes el orgullo de tu coraçón y tomes vida nueva más conveniente a tu estado y provecho d’este reino que conforme a tu desseo. Mi voluntad y es que, de consejo de la reina Oriana tu abuela y de la emperatriz tu madre y mío, queremos que por amparo d’estos reinos y señoríos tomes mujer y bivas en ellos y los

rijas y gobiernos como el rey Amadís tu abuelo y el rey Lisuarte tu visabuelo lo han fecho, que assí como en el nombre y fortaleza le pareces guisado es que en todas las otras cosas le semejes, porque muy bien sabes las nuevas que me traxeron de cómo el soldán de Babilonia fazía muy grandes flotas sobre mi imperio y cuánta necessidad avrá allá de mi persona. E porque yo no puedo regir ni governar en tantas partes, porende yo quiero que tú rijas estos reinos de la Gran Bretaña, Gaula y Denamarcha en mi vida, y después tuyo es aquel gran imperio de Constantinopla, otrosí de que Dios me ha fecho regidor y su ministro, y esto no ponga ninguna alteración en tu coraçón porque, aunque tu desseo y hedad más desseen vida que fuesse desembargada para las armas, ésta es más necessaria y provechosa ^{207v} y de mayor honra, ca mucha diferencia ay de ser cavallero y en tal hábito ganar honra, del que después de ganada señorear y mandar los mejores cavalleros del mundo, ca todos quedaron en tu corte y los estraños, viendo tu muy gran valor y esfuerço, para ella se vendrán, y sosternás la Gran Bretaña en aquel estado y gran alteza que tus antepassados la han puesto. En esto me aclara tu voluntad, que la mía aclarada es, queriendo que cumplas esto y tomes por mujer aquella infanta Elena, fija del rey de Macedonia, que bien sabes que donzella de tal valor no se puede en el mundo fallar ni que más te convenga aver en casamiento.

Cuando Lisuarte aquellas nuevas oyó, su afanado coraçón, puesto sola rueda de los cuidados, fue subido a la cumbre de los plazerés, aviendo en sí tanta alegría que los sentidos le turbava no pareciendo cosa ninguna los reinos y señoríos que avía en su juventud como alcançar la bienaventurança de su desseo y el puerto de sus afanes, consuelo de sus cuitas y como con el casamiento no entendía dexar las armas, mas con mayor cuidado las executar, teniendo en su compañía los mejores cavalleros que ser pudiessen, de guisa que la Gran Bretaña en su poder no fuesse menos ensalçada que en tiempo de sus antepassados, y con este propósito y voluntad, y otra mayor alegría encerrada en su coraçón, respondió al emperador su padre diziendo:

–Muy alto señor, para las cosas que tocan no solamente al servicio de vuestro real estado mas a su contentamiento, de creer es que el cumplimiento d'ello yo lo tengo de procurar fasta la muerte, porque el trabajo vuestro deve ser de me mandar y mi afán y desseo de fazer enteramente vuestro mandado, ca por muy sinrazón sería avido si aquellos que a vós, mi señor, parece ser mi honra yo mismo lo no confirmasse, endemás creciéndome d'ello tanta honra con los grandes señoríos que ende me provienen, los cuales aunque no sobrevengan firmándose mi coraçón sobre el querer <re>vuestra voluntad digo que sin faltar punto cumpli<d>ré vuestro mandado.

–Pues yo te digo, hijo –dixo el emperador–, que es cosa que te cumple y si assí no fuesse de creer es que lo no procuraría. Otra cosa resta otrosí en este caso. Aquí ay muchos y muy preciados cavalleros de alta guisa y muchas donzellas de gran valor: justo es que los más de tus amigos sean por ti requeridos si quieren tomar mujeres, y tú gelas darás a cada uno según su bondad y merecer, porque, allende de assí ser guisado que gelo digas si tu voluntad fuere que se cumpla es deuda, que les devemos de su servicio y cargo que nos echó el rey Amadís mi señor como tú, fijo, muy bien lo sabes.

–Gran razón es, señor –dixo Lisuarte–, que assí se faga que, pues me han sido compañeros en los trabajos y afrentas, que assí lo sean en los plazerés y alegrías.

–Pues el cargo d'ellos te dexo –dixo el emperador– que lo fables y platiques con tus amigos.

E acabada assí la fabla, Lisuarte se fue más alegre a su aposentamiento que si del mundo todo lo hizieran señor, y començó de cuidar en lo fazer devía. El emperador fizo otrosí llamar a los reyes sus tíos y a Florisando y Arquisil y, estando con ellos aparte, les dixo de lo que determinado avía de fazer del casamiento de Lisuarte con Elena y assimismo de las otras infantas con los cavalleros de gran guisa de su palacio. Y los reyes y príncipes fueron ende muy alegres y loaron mucho el casamiento que el emperador quería fazer, y le dixerón que sin duda lo fiziesse, diziendo otrosí que querían embiar por las reinas sus mujeres para que fuessen presentes a los casamientos de sus fijas, y el emperador assí gelo encomendó. Y luego el rey don Galaor mandó a su fijo Orgalán que fuesse por la reina su madre. El rey Agrajes rogó a Languínez del Lago Ferviente que fuesse por la reina Olinda, y otrosí rogó a Irneo de Bohemia su sobrino que le fiziesse compañía fasta Escocia y que dende se fuesse a Bohemia y diesse su carta a la reina Mabilia su madre. Coroneo, tanto que supo las alegres nuevas qu'el emperador le dixera, luego las escribió al rey su padre y las embió por uno de sus escuderos. Los cuales mensajeros, partidos todos de Bretaña, llegaron adonde eran sus jornadas con grande alegría de sus coraçones, y luego las reinas se adereçaron para la partida. El rey Alidoro fue el más alegre hombre de todo el mundo con aquellas nuevas y assimismo la reina su mujer, ca de gran alegría no sabían que dezir y ovieronse por bienandantes de aver embiado su fija en Bretaña, pues dende sacara más honra que de ninguna parte del mundo pudiera aver. E luego el Rey Alidoro es[c]rivió ^{208r} una carta a Coroneo su fijo y otra al emperador agradeciéndole mucho la grande honra que a su fija fazía y de la gran merced que todos d'ella recibían, diziendo que d'él y de sus fijos dispusiesse como de cosas de su fechura, y con tal mensaje fizo luego bolver el escudero. En este medio tiempo Coroneo, no queriendo encubrir tan gran alegría a su hermana, gelo descubrió en gran secreto y que assí lo guardasse fasta que fuesse fecho, mas, aunque ella se fizo entender que lo no sabía, el contrario era verdad, ca su leal amigo Lisuarte lo avía dicho a Petronia su donzella, ca con ella nunca osava fablar porque el secreto de sus amores mucho más fuesse encubierto; de lo que Elena era tanto alegre en su coraçón que por ser clara cuánta devría ser su alegría no se escribe.

¶ Capítulo clxxvj. De cómo a la corte llegaron las tres reinas Briolanja, Olinda y Mabilia, y las grandes fiestas que se fizieron.

DESPEDIDO Y OLVIDADO el dolor de la muerte del rey Amadís que, aunque fue la más llorada y sentida que nunca fue de rey ni príncipe en el mundo, como el tiempo sea maestro que cura las tristezas, assí lo fue en el crecido sentimiento de su muerte que, aunque por largos días olvidar se no pudo, era aquella tenebregura que a todos por su muerte ocupara de tan flaca fuerça que cualquier plazer y alegría en ellos podían fallar albergue. Y assí fue que, después de vencida aquella no menos brava y peligrosa batalla del rey de Antioquía y el rey de Ungría con Lisuarte y sus compañeros con la grande vitoria, la alegría fue tanta que el antiguo sentimiento olvidar fizo, de guisa que todos eran ende alegres y plazereros, y mucho más lo fueron cuando oyeron el mandado del emperador, que mandava juntar los más principales de la Gran Bretaña para fazer bodas a su fijo Lisuarte y, aunque no sabían con

quién avían de ser, ca esto era secreto, todos fueron ende muy alegres. Y, cuando fue el plazo de los cuarenta días en que el emperador los fiziera llamar, todos fueron juntos en Londres y no ovo ende cavallero ni dueña ni donzella que algo valiesse que con las mejores joyas y atavíos se no viniessen para Londres. Viendo el emperador según la gente venía y se esperaba que no se podría aposentar en la cibdad, fizo armar grandes y ricas tiendas y tendejones fuera de los muros en una grande vega y fermosa que ende era para que en ella albergassen los cavalleros y dueñas y donzellas que viniessen a las fiestas.

Pues siendo assí aquella grande y fermosa vega de una parte y de otra cubierta de aquellas tiendas en orden assentadas, onde eran aposentados los cavalleros que venían cada uno según su merecimiento, y en pocos días ovo ende tantos y tales que maravilla era de los ver, y cada qual de aquellos cavalleros tenía a la puerta de su tienda su escudo con sus armas o devisa. Y venían otros muchos cavalleros que buscavan las aventuras y tocavan de los escudos que les agradavan, y luego el señor salía a justar con él, que assí era costumbre en Bretaña que todo cavallero que toviessen escudo fuera de la tienda a quien le demandasse justa era tenuto a gela dar. Y d'esta guisa, siendo los cavalleros de las tiendas de gran valor y los otros aventureros de gran fecho, avía en aquella vega grandes y fermosas justas en el campo que entre las unas y otras tiendas estava, y aquí muchos cavalleros encubiertos y de poca nombradía fizieron muestra de su bondad ganando fama de sus proezas.

Las tres reinas que os ya deximos que fueron llamadas para ser presentes a las bodas de sus hijas, juntaronse en la Ínsula del Infante, que era en el señorío de Irlanda, con muy grandes compañías de cavalleros y donzellas en muchas naves, y fueron muy bien recibidas del rey Cildadán el pequeño. Este era el infante que con Perión y Galaor vino de las Ínsulas Californias, el cual, después de la muerte de aquel esforçado viejo ^{208v} rey Cildadán su abuelo fue alçado por rey, como avéis oído. Y estando aquella sazón este nuevo rey en su Ínsula del Infante, aportando allí estas nobles reinas para de allí todas de consuno ir en Bretaña, él las rescibió como tales personas merecían y sirvió lo mejor que pudo. Y queriendo las tres reinas tomar la vía de Bretaña, este rey les quiso fazer compañía, y aparejando naves entró en la mar con ellas de consuno, dexando por gobernadores en el reino dos cavalleros ancianos de su deudo; y entrados todos en la mar, siendo el tiempo próspero, aportaron en una villa de Bretaña que puerto era de mar. Y luego salieron en tierra y tomaron la vía de Londres con grandes compañías, y luego su venida se supo en la corte, y, sabiendo el emperador el tiempo de su llegada, saliolos a recibir con cuanta gente avía en la corte. Y después que con mucho amor abraçó al rey Grasandor y al rey Cildadán el pequeño, fue a hablar a las tres reinas, que juntas venían, y las abraçó con mucha mesura, y sobre todas a la reina Mabilia, como aquella en cuyas manos avía nacido y que era la mayor amiga que la reina su madre en el mundo tenía, y assí él como a madre la acatava. Y luego los tres reyes traxeron delante sí a Lisuarte, el cual con mucha gracia y ledo semblante fue a hablar a las tres reinas y tras él los otros reyes y príncipes y señalados cavalleros, de guisa que el recibimiento fue muy honrado y luego dieron la buelta para la cibdad. El emperador venía hablando con la reina Mabilia, y su fijo Irneo la traía de rienda. Lisuarte venía hablando con la reina Briolanja, la cual con mucha gracia se quexava d'él a Arquisil y a Florisando que de la otra parte ivan porque se encubriera d'ella al tiempo que estuviera en su casa, y él se escusava con mucha mesura y cortesía, y Perión su fijo la llevaba de rienda. El rey don Galaor y el rey don Florestán llevaban entre sí la reina Olinda, y su fijo don Florestán de Escocia la llevaba de rienda. El rey Agrajes iba fa-

blando con el rey Grasandor su cuñado, y el nuevo rey Cildadán iba hablando con el infante Galaor su cormano.

Yendo assí esta fermosa compañía para la cibdad guiando por aquella grande vega, donde las tiendas eran armadas, vieron estar un gigante grande de cuerpo armado de todas armas sobre un cavallo negro, y cerca de sí tenía una fermosa y ataviada donzella y cinco donzellas en buenos palafrenes, y diez escuderos en buenos cavallos. Y este gigante era natural de Armenia la Menor y era de tan gran bondad en armas que no avía en toda la tierra, no digo mejor, mas ni quién igual la fuesse. Y este gigante, cobrando d'ello grande orgullo, como mucho amasse aquella donzella, que otrosí era giganta, la cual, como fuesse fermosa, menospreciava la fealdad d'este gigante, y él le dixo que por qué lo desamava, ca era para servir toda donzella mejor que cuantos cavalleros avía en el mundo; y que si ella lo quería experimentar que él la llevaría por todas las cortes de reyes que ella quisiesse y que a todo cavallero faría conocer que ella era la más fermosa donzella del mundo, y él otrosí el mejor cavallero. La donzella, como más era fermosa que discreta, creyendo ser assí que su fermosura era para ello bastante, confiando en el gran fecho de armas del gigante, le dixo que si el tal cosa acabava que ella le otorgaría su amor y amaría toda su vida. El gigante fue d'ello muy alegre, y con tal demanda la sacó de su tierra y la traxo por cortes de ciertos reyes paganos, manteniendo con la bondad de su persona su porfiada demanda, y oyendo que en Bretaña avía los mejores cavalleros del mundo y más dudados, se partió luego para ende experimentar su bondad y sostener su demanda, y guiando a Londres llegó a esta sazón que el emperador venía con las tres reinas. Al gigante fue dicho que en aquella compañía venía el emperador, y luego se fue a él, que por las señas muy bien lo conoció, y quitó su yelmo de la cabeça y vieronle mancebo, mas era de feo gesto y medrosa catadura, y avía los cabellos bermejos y la barva a maravilla, y por esso le llamavan Bragadán el Bermejo, que assí avía el nombre. Y en llegando al emperador, fizo grande acatamiento y dixo:

–Emperador, yo soy venido a tu corte a provarme con tus cavalleros si lo que yo afirmo ellos quieren contradizir, que es que aquella donzella que allí traigo es más fermosa que cuantas ay en tu corte, y assí lo combatiré con cualquier cavallero que lo contrario dixere.

–Buen amigo –dixo el emperador–, bien me plaze que tales hombres vengan a mi corte y de mí quieran recibir honra. Vós traéis estraña demanda porque, aunque vuestra donzella sea muy fermosa, en mi palacio ay tales que piensan que lo son más, y ^{209r} porende no sé de la demanda qué verná, mas bien creo que vuestra venida no será de balde, que aquí a mi ver fallaréis cavalleros que mantengan la razón de las donzellas, y quiero que la batalla que uvieren que no sea sino de lanças y que cessen en las espadas, porque estamos en días de alegría y no querríamos ende ver ningún cavallero llagado, y assí me plaze que se averigüe por justa de las lanças.

–Señor –dixo el gigante–, bien puede uno por falta de lança o de cavallo perder lo mejor de la justa y cobrarlo con las espadas, assí que no es igual batalla a vuestros cavalleros ni a mí.

–Sea luego –dixo el emperador–, que con el cavallero que os venciere de lança ayáis la batalla de las espadas.

El gigante dixo que le plazía y fue por le besar las manos, mas el emperador no gelas quiso dar, antes lo fizo aposentar en las tiendas muy honradamente y mandó servir de todo lo menester. Y él se fue con su compañía a la ciudad, todos muy espantados de la demanda del gigante, y tales ivan ende que no eran tanto espantados de su braveza y fe-

roicidad como desseosos de quebrantar su soberbia y orgullo, mayormente Lisuarte, que muy sañudo iba del gigante y de su loca demanda queriendo comparar la fermosura de su donzella con la estremada beldad de Elena, porque aunque la donzella hermosa fuesse en comparación de su señora era como una pequeña estrella delante del sol muy claro, y por ende iba desseoso de tomar castigo de su locura. Y assí con esta saña Lisuarte iba hablando con la reina Briolanja encubriéndola en su corazón. E luego llegaron al palacio donde fallaron a la emperatriz Leonorina con la reina de Leonís y con aquella flor de la gentileza Elena, y con muchas otras dueñas y donzellas ataviadas y apuestas atendiendo su venida. Y con grande plazer y su acostumbrada nobleza rescibió los dos reyes y las tres reinas, usando más de mesura que de grandeza de sus estados. E después que las tuvo abraçadas a cada una su gran rato, que no menos las amava que hermanas, tomándolas consigo se fue a su aposentamiento onde las mesas eran puestas y comieron todas con gran plazer y alegría. El emperador quedó otrosí en la grande sala con sus cavalleros, onde otrosí las mesas eran puestas. El emperador se sentó a su mesa y comieron los cinco reyes Lisuarte y Arquisil y Florisando, y en otra grande mesa cerca de la del emperador comían los infantes y en otras mesas comían otros muchos y muy preciados cavalleros.

¶ Capítulo clxxvij. De cómo el gigante venció de la justa a algunos cavalleros que con él se combatían por sus amigas, y de cómo las donzellas de la emperatriz embiaron pedir al emperador un cavallero que defendiesse su razón.

SIENDO EL GIGANTE aposentado en las tiendas como mandara el emperador, no se quiso desarmar, antes se sentó en una silla a la puerta de la tienda y su escudo colgado a la puerta, teniéndole sus hombres el cavallo ensillado en cuanto el emperador con aquellos grandes príncipes comía. El gigante justó con tres cavalleros muy buenos del linaje de Angriote que por sus amigas pidieron la batalla, y fueron todos derrocados ligeramente, y assimismo otros cinco cavalleros muy buenos, y luego las nuevas de la valentía del gigante sonaron por todas partes que fueron a dar en el aposentamiento de la emperatriz onde estaban las reinas hablando con gran plazer en la demanda del gigante y fermosura de su donzella, y eran mucho espantadas de lo que el jayán demandava, porque en aquella corte dos cosas se fallavan estremadamente sobre todas las del mundo assí bondad de armas como extremo del beldad y fermosura. E luego la emperatriz, con consejo de las reinas, fizo juntar las principales de sus donzellas y les dixo que embiassen a dezir al emperador que les diesse un cavallero ^{209v} que mantuviesse su razón, y las infantas acordaron de embiar al emperador una donzella de gran discreción y assaz hermosa que Leonida avía nombre, fija de Giontes duque de Cornualla, la cual en presencia de la emperatriz y reinas, avida la fabla y mensaje que al emperador avía de dar, muy ricamente ataviada vestida de paños de seda jalde cubiertos de rosas de oro, y sobre sus fermosos y ruvios cabellos una hermosa guirnalda de flores con que iba muy apuesta, mas aunque el atavío rico fuesse más loada devía ser de discreción según la gran parte alcançava. E partida assí esta donzella del aposentamiento de la emperatriz, fue donde el emperador estava sobremesa hablando con los reyes y altos hombres sobre la bondad del gigante. Y durando assí la fabla llegó Leonida en

su presencia, con tanta gracia y mesura que todos fueron contentos de su buen donaire. El emperador la recibió con mucho amor y ella fincó los inojos en tierra y dixo:

–Muy alto y poderoso emperador, las infantas y donzellas de alta guisa de vuestro palacio vos besan las manos y se ponen so las alas de vuestra grandeza <y> porque a su noticia ha venido que un famoso y bravo jayán es llegado en vuestra corte por les robar la gloria y fama de fermosura que fasta aquí han tenido en el mundo, y porque su justicia no falezca por falta de defensor, que umilmente vos suplican que les mandéis dar un cavallero que por armas defienda su razón y que sea tal de que ellas puedan confiar su derecho.

Mucho rió el emperador y todos los reyes y príncipes que ende eran aviendo oído la fermosa demanda de la donzella. El emperador la levantó suso diziendo:

–Buena donzella, muy alegre soy de fazer lo que vós de la parte de las donzellas me pedís, aunque es trabajo demasiado, que según ellas tienen el señorío sobr’ellos no ay ende tal que la batalla no tome muy de grado por su servicio, mas pues que ellas antes a mí quisieron pedir este socorro para que ellas mejor sean satisfechas, vós, buena donzella, escoged d’esta compañía cuál quisierdes que defienda su razón.

–Muy estraña cosa, señor, sería –dixo ella– una flaca donzella querer conocer la prez ni bondad de los cavalleros, mas vós, señor, que sois la flor d’ellos todos, pues fazedes la merced, escogeldo vós.

–Yo quiero –dixo el emperador– que vós lo escojáis que, aunque todos sean tales que defenderán bien la razón de las donzellas, como grande parte aventuráis en esta batalla según la mucha parte alcançáis de fermosura, creo que no escogeréis lo peor aunque todos sean buenos.

Leonida, cuando se oyó loar del emperador, embermejiosele el rostro y parose de color de una rosa colorada y, no perdiendo el tiento de lo que fazer debía, respondió muy apuestamente diziendo:

–Pues que vós, señor, me mandáis escoger, escogeré lo que mejor me pareciere, pues en ello alguna partezilla me cabe. –Y con muy ledo semblante, mirando a todas partes, dixo–: Aquí ay tantos y de tal bondad que el trabajo de escoger fueras el primero sería demasiado. –Etonces tomó a Lisuarte por la manga de una gambax de seda india trenado con oro que vestido tenía y dixo–: Señor cavallero, a vós escojo por mantenedor de la razón de las donzellas contra el jayán, porque, allende de vuestra gran bondad, el deudo que con aquellas infantas tenéis y amor que ellas os tienen os acrecentarán los desseos de la defensa de su onra y aumento de su fama.

Todos los que aí se fallaron dixeron que la donzella avía escogido con gran derecho como aquel que la prez de las armas sobre todos alcançava.

Lisuarte se levantó en pie y dixo que si el emperador su señor gelo mandava, que él luego lo faría muy de grado, allende del gran desseo y sabor que de aquella batalla tenía y que lo avía dilatado porque el jayán avía aquel día llegado muy lasso del camino y cansado de los cavalleros que avía vencido, y que no ganava grande honra quién con él aquella sazón justasse, mas que al otro día que él avría con él batalla, y que aquella era la menor afrenta en que él entraría por la más pequeña donzella de la emperatriz su señora.

–Endemás requiriéndolo tan buena donzella como vós los sois.

Etonces Leonida se fincó de rodillas por le besar las manos, mas Lisuarte las tiró contra sí y la levantó suso. El emperador le dixo:

–Buena amiga, agora pierdan las donzellas que acá vos embiaron el cuidado, ca esse cavallero fará a todo su poder que ellas no pierdan punto de su fama.

Estonces Leonida se ^{210r} bolvió a la emperatriz y a las reinas y les dixo todo lo que con el emperador le avían acontecido y cómo avía escogido a Lisuarte, de que todas fueron alegres salvo la emperatriz su madre, que mucho temía la esquiveza del gigante, y Elena otrosí que, aunque mucho sabía de la bondad de Lisuarte, no dexava ende de aver grande pavor.

Lisuarte quedó con el emperador y los reyes y cavalleros atendiendo el otro día en que esperavan de aver batalla con el jayán sobre la fermosura de su señora.

El jayán todo aquel día mantuvo la justa a cuantos gela demandavan, y fizo tanto que no encontró cavallero a derecho que le quedasse en la silla.

¶ Capítulo clxxviii. De la batalla que Lisuarte ovo con el gigante Bragadán el Bermejo y lo venció, y de la grande honra que ende ovo.

AQUEL DÍA EN la tarde, Lisuarte mandó a Evaristo su escudero que fuesse a desafiar el gigante de su parte que al otro día oviesse batalla con él delante los palacios de la emperatriz, y que allí le manternía la verdad de las donzellas y quebrantaría el orgullo y falsedad de su demanda. Y cumpliendo Evaristo lo que su señor le mandava, se fue a las tiendas onde el gigante albergava, y llegó a sazón que él se sentava a cenar, y dixole lo que su señor le avía mandado, que no faltó cosa. El gigante aceptó la batalla de voluntad y quedó assentada para el otro día a hora de terciá.

Y siendo assí assentada la batalla, aquella noche Lisuarte fizo adereçar sus armas y acostose en su lecho y durmió lo que de la noche le quedava, y levantose bien de mañana, y las nuevas de la batalla eran sabidas por todo el palacio y ciudad, y la gente era tanta junta que la plaça, que ante los palacios era onde avía de ser la batalla, era toda cubierta y cercada de gente que no avía menester otra bastida. Y a hora de prima el gigante vino con su donzella muy ricamente guarneçada, cubierta assí ella como el palafrén con unos paños de oro labrados muy sotilmente que la fermosura le acrecentavan, mas todos dezían que avía en el palacio de la emperatriz más de diez donzellas que en fermosura le sobrepujavan en gran parte, y que aquella demanda era más de sobervia que de razón, mas él era tal que a tuerto y a derecho fazía buena y verdadera su demanda; venía armado de unas fuertes armas blancas y limpias, y el yelmo verde; el escudo avía blanco de la color de las armas cubierto de lobos negros cuantos en él cabían; las orlas eran fermosas de oro y de azul; junto con su grandeza de cuerpo y miembros venía muy espantable. Lisuarte salió armado de unas armas muy frescas y luzientes, la sobreseñal de fino azul cubierta de plumas de oro, el escudo de la misma color con el Centauro en él figurado, ca con esta devisa quiso salir porque en aquel mismo lugar lo avía muerto onde agora avía de aver batalla, y el yelmo avía blanco como la nieve, y según su talle y dispusición venía muy fermoso cavalgante como aquel que en su tiempo no avía quien mejor a cavallo pareciesse. Coroneo le llevaba la lança, Perión el escudo, don Lispán le llevaba el yelmo, y d'esta manera entró en el campo.

Aquella hora, la emperatriz con las reinas se avía puesto a las finiestras del palacio por ver la batalla, y todas sus dueñas y donzellas eran paradas por essas ventanas y lugares

donde pudiesen mirar lo que su cavallero fazía en la batalla. El emperador con el rey don Florestán y el rey don Galaor se pusieron a una ventana. El rey Agrajes y el rey Grasandor y el rey Cildadán en otra; Arquisil y Florisando y don Galvanes en otra, assí que todos avían sabor de mirar aquella fermosa justa, y acerca de la ventana donde era la emperatriz estava aquella fermosa Elena y Rosamunda, la reina de Leonís.

El gigante,^{210v} entrado en el campo, preguntó adónde era la emperatriz y luego le fue dicho, y tomando su donzella de rienda se fue cerca de la ventana y dixo:

–Señora, ya sabéis a lo que soy venido a esta corte. No vos pese d'ello si de aquí llevare esta mi donzella la gloria de fermosura, ca me parece que no ay en vuestra corte quien lo contrario mantenga.

Esto dezía el gigante con boz alta y brava catadura, de manera que todas las donzellas avían pavor de mirar su bravo gesto. Aquella hora Lisuarte se llegó al jayán y le dixo:

–¡Jayán!, no te alabes tanto que menosprecies los otros, ca en esta corte ay tales que no solamente defenderán la justicia de las donzellas de la emperatriz mi señora, mas antes te farán quedar con mentira y falsedad de lo que no has avido vergüença de dezir en su presencia, y yo assí te lo manterné en el campo y faré conocer.

El gigante lo acató con airado semblante, faziendo muy espantable ceño, que le parecía caer la frente sobre los ojos, y dixo:

–Cavallero, vós poco avéis sabido de mis nuevas, creo que tan mal defenderéis las donzellas como los otros. No me pesa sino porque personas de tanto valor y merecimiento como ellas toman por su defensor aquel que ha menester defensa y socorro, mas, porque después no digan que no han consentido, conviene que en mi presencia te otorguen su poder para tomar la batalla por cual quisieres.

La emperatriz dixo que ella dava poder a aquel cavallero que en nombre de sus donzellas fiziesse aquella batalla. Estonces Lisuarte alzó los ojos a su señora Elena, y su coraçón recibió de su vista muy gran consuelo, y dixo:

–Dessemejado jayán, por aquella fermosa infanta faré la batalla contigo, mas no en la manera que tú piensas, sino que aquella es la más fermosa de todo el mundo, y que la más fea del palacio de la emperatriz mi señora es más fermosa que tu donzella.

–Eso no es verdad –dixo el jayán–, y yo combatiré el contrario afirmando que esta mi donzella es más fermosa que aquella que tú más precias, y esto te provaré a mal de tu grado.

–Si con sobervia –dixo Lisuarte– la tal prueba se deviera de fazer, bien creo que la fizieras muy buena, mas, pues de armas conviene que sea, aparéjate a ella y veremos lo que farás.

Estonces faziendo gran reverencia a la emperatriz su madre, tomó las riendas a su cavallo y firiolo de las espuelas, y a grandes saltos se fue a poner a la otra parte de la plaça y tomó sus armas muy ligeramente. El gigante puso la donzella en el palafrén debaxo de las ventanas donde era la emperatriz. E tomando una gruessa lança fuese a poner de la otra parte de la plaça. E luego Angriote de Estraváus tañó muy rezió la trompa, que juez era del campo con Dinadáus, y luego los cavalleros firieron bravamente de las espuelas a sus cavallos y, cubiertos de sus escudos, las lanças baxas, al mayor ir de sus cavallos se llegaron a encontrar tan reziamente que las lanças fueron en pieças por el aire y otro mal no se fizieron, y passaron el uno por el otro muy apuestamente, y luego se fueron cada uno a su parte con gran enojo por no se aver derrocado o fecho algún mal. E luego tomaron otras gruessas lanças y firieron más rezió sus cavallos con mayor desseo y gana de se fazer

todo mal, mayormente Lisuarte, que todo iba debrasado en saña. Y encontraronse en los escudos tan bravamente que el gigante le falsó el escudo y la loriga por debaxo del braço, y le salió a la otra parte, mas no le prendió en la carne ni movió de la silla. E Lisuarte le encontró de tanta fuerça que le falsó el fuerte escudo y detuvose el gol<g>[p]e en el arnés que de fuertes fojas de azero era, y arrancolo de la silla tan bravamente que dio con él en tierra por las ancas del cavallo, y cayendo el gigante sobre la cabeça quebró el pescueço y le rebentó la hiel en el cuerpo de la gran caída y fue luego muerto, y todos quedaron muy maravillados de tal encuentro, aunque no pensavan que de muerte fuesse. Lisuarte bolvió las riendas a su cavallo y como vio que el gigante no se bollía, muy ligeramente se apeó y quitándole el yelmo vio que era muerto y fue muy alegre. Y dando gracias a Dios, sin poner pie en el estribo, así armado saltó en el cavallo y fue delante de la emperatriz su madre y dixo a la donzella, que ende era muy triste por la muerte del gigante:

–Buena amiga, de aquí en delante podedes buscar otro amigo, ca éste no manterná más su demanda ni vuestra porfía.

La donzella, viéndose así envergonçada y escarnida, con muchas lágrimas se salió del campo maldiziendo ^{211r} su ventura. Estonces Lisuarte se fue a do estavan los juezes y mandó apregonar el vencimiento de la batalla y la razón por qué se fiziera, y fuesse luego con los infantes que las armas le traxeron al palacio onde el emperador estava con los reyes y príncipes, con mucho plazer y alegría por así aver acabado aquella batalla tanto a su honra y sin peligro, y lo salieron a rescebir. El emperador con plazer lo abraçó y besó en el carrillo, y de grande alegría las lágrimas le vinieron a los ojos, y aquellos reyes lo ayudaron a desarmar y le sacaron el troço de la lança que metido traía por el escudo y la loriga, y le cubrieron un manto de gran prescio y él le fue luego a la emperatriz su madre, la cual lo rescibió con mucho amor como a fijo devía y endemás siendo de tanta bondad. Las reinas lo abraçaron con mucha alegría, las infantas le vinieron dar grandes agradescimientos con mucha mesura y sobre todas su señora Elena, con mucha cortesía que no le restava otra cosa sino fincar las rodillas en el suelo. Lisuarte ovo grande vergüença d'ello y dixo:

–Para mí, señora, escusadas son essas cortesías y maneras; baste que por vuestro servicio ésta es la menor afrenta en que yo pondré esta pobre persona con rica voluntad.

Estonces la emperatriz lo fizo sentar en el estrado entre sí y Elena, y bien podría él jurar estonces que estava entre las dos personas de mundo que más le amavan. Estonces la emperatriz dixo a Elena:

–Buena amiga, dad los agradescimientos a esse cavallero por la batalla que por vós fizo, ca yo no quiero oír vuestra poridad.

Estonces arredrose a un cabo del estrado onde estava la reina Briolanja fablando con la reina de Leonís. Lisuarte, viéndose solo con su señora, el corazón se le estremecía con la gran fuerça de amor, y con aquella turbación le començó de dezir:

–¡Ay, señora! ¡Cuántos tiempos son passados que mi atribulado corazón por vós sufre mortales cuitas y desseos que mil vezes me han llegado al filo de la muerte, de guisa que si en el remedio de mi esquivo mal no toviera esperança, ninguna cosa fuera poderosa de le dar la vida salvo Dios y vuestra dulce nembrança, la cual, si en los tiempos passados de mi aflicción no truxera por consuelo de mi pena, imposible fuera mi triste corazón no ser desfecho en lágrimas, no pudiendo mis afanados espíritus sostener su ravisosa cuita, la cual, perdurando en su esperar, si esta sazón no tuviera otra mayor esperança ninguno me podiera remediar

la vida, mas más aviendo aquel alto Dios piedad de mi fatiga, mirando el verdadero y grande amor que os siempre tuve, ha permitido que se compliessen los desseos de mi triste coraçón y que de dos voluntades y coraçones sea fecho un amor y querer y voluntad!

Estonces le dixo cómo su padre el emperador le avía fablado sobre el casamiento y que su voluntad era nunca otra señora aver en el mundo. Y en diziendo esto llegó la reina Olinda y empidió a Elena su respuesta aunque no su alegría. Aquella hora Lisuarte fue llamado a comer de la parte del emperador, assí que le convino partirse de aquella dulce compañía donde su coraçón tanto plazer rescibía y consuelo, viendo aquella fermosa infanta que de su coraçón atormentadora era y de su libertad violenta forçadora, mas, como de nescessidad le convenía partirse de aquella dulçura, con grande acatamiento se despidió de su señora y de la emperatriz su madre y de las reinas y donzellas, y se vino para el emperador, que lo atendía.

¶ Capítulo clxxix. De cómo Lisuarte fizo ayuntar los principales cavalleros sus amigos y les fizo una fabla, y de lo que ellos respondieron.

ANDANDO UN DÍA Lisuarte paseando por unos corredores con sus grandes amigos Coroneo, don Lispán y Galeote, fablando en cosas que ^{211v} más les agradavan, entró por la puerta el emperador su padre con el rey de Sobradisa y el rey de Cerdeña y el rey de Escocia sus tíos, y tomó a Lisuarte consigo y lo llevó a una parte de los corredores y le tornó a preguntar otra vez de lo que sobre los casamientos entendía de fazer, y Lisuarte le respondió en esta manera:

–Por demás es, señor, querer saber mi voluntad, porque siendo la vuestra ganosa de cualquiera cosa la mía es muy ganada para la cumplir en cuanto en mí fuere, porque lo que a vós, mi señor, agradare, a mí no puede ser cosa más leda ni plazentera.

–Pues que assí es, mi amado fijo –dixo el emperador–, y tu voluntad no es diferente de mi querer, fabla con esos cavalleros tus amigos como dicho te tengo y sabe d’ellos si quieren aver por mujeres a algunas de las donzellas de la emperatriz tu madre, y prométegelas tú, ca yo gelas otorgaré, ca como en las batallas y afrentas te han sido compañeros, assí sean agora particioneros del descanso y alegría.

Lisuarte dixo que assí lo cumpliría y luego se bolvieron a los reyes y cavalleros que los atendían, y dende se fueron todos con el emperador a su aposentamiento. E Lisuarte, no perdiendo memoria de lo que el emperador le avía dicho, dixo a aquellos sus grandes amigos que aquella noche fuessen sus combidados, ca les quería fablar cosas que les cumplían. Y luego con Éstor su donzel y Evaristo su escudero embió a combidar aquellos principales cavalleros sus amigos para aquella cena, los cuales, siendo requeridos de su parte, queriendo más cumplir su mandado que aceptar su combite.

La noche venida, todos fueron juntos en su aposentamiento, do las mesas eran puestas y se sentaron a comer con gran plazer y alegría cual convenía a tan noble y señalada compañía, ca allí eran los más principales cavalleros que en el mundo se podían fallar. Allí era el nuevo rey Cildadán, Coroneo y Florinel, Lispán de Monjaste, Ladasán su hermano, Falangrís, Aviés de Sansueña, Roselís su hermano, Rolandín, don Florestán de Escocia,

Persían su hermano, Perión y Galaor, y Orgalán, Galeote, Languínez del Lago Ferviente, Irneo de Bohemia, Marcival, don Gandales, Arcalao, Rodualdo, Esquilán de Norgales, Gualdín de Bristoya, Leonil su primo, Urgandín, Filidonio, Odoardo y Trinodante y Almanceo, y otros muchos y muy preciados cavalleros. A los cuales, después de la cena acabada, Lisuarte les començó de hablar en esta manera:

–Muy nobles y esforçados cavalleros, en no menos cantidad amigos que hermanos, ya sabéis y notorio es a vosotros como aquellos que lo avéis esperimentado, que después que este glorioso ábito de cavallería recebimos, que con él nos vestimos una virtuosa librea de desseo de la honra y de la fama, escogendo por más deleitable la vida trabajosa y afanada con el duro exercicio de las armas que la descansada y ociosa sin tal virtud y con deleites, faziendo en la tierna hedad y floresciente juventud cosas dinas de tanto loor y fama que los grandes trabajos d'ella sean reposo y descanso de la vejez y títulos de grande gloria de nombradía después de nuestros días; pues si vosotros, mis grandes amigos, que presentes sois, esta orden y regla avéis seguido desde el día que tal dignidad avéis tomado, aunque yo no lo aya visto y conocido, todo el mundo es d'ello testigo y vuestra gran fama de vuestras proezas en toda parte pregonera, assí que, como cosa mucho notorio, no la quiero más aclarar, solamente vengo a lo que vos fize aquí ayuntar para os dar cuenta de mi vida venidera como en la passada lo he siempre fecho. Y devéis de saber, mis buenos señores, que aunque mi poca hedad y menor nombradía tanta necessidad toviessen de ganar onra y fama como aquel que de tales cosas más menguado fuesse, siendo la voluntad del emperador en esta parte mudada, me manda que, dexada esta desseada vida de mi coraçón, tome otra aplazible a su voluntad, la cual es que aya de aver por mujer y señora a la muy noble infanta Elena y que aya el regimiento y governación d'estos reinos como el muy famoso rey Amadís mi abuelo y el rey Lisuarte mi visabuelo lo han tenido, a la cual cosa más el mandamiento de su magestad que ninguna otra cosa me moviendo a lo cumplir, acordé de os dezir, mis leales hermanos, y rogar que, pues en las afrentas trabajos y batallas me avéis siempre acompañado y ayudado, que en ésta no menos afrenta para mi coraçón me queráis ser ayudadores y compañeros, aclarándome ^{212r} cada cual de vosotros si en su voluntad le assienta aver en casamiento alguna de las donzellas de casa de la emperatriz mi madre, que a todo mi poder gela faré aver, ca para ello ganada tengo la voluntad del emperador que disponga a mi querer y vuestra voluntad. Por tanto, señores, pospuesta toda cosa aparte que impedimento vos parezca, me aclarad vuestros desseos, que ya sabéis que fasta perder la vida faré por los cumplir a vuestra voluntad y plazer.

Con muy grande silencio aquellos cavalleros escucharon lo que Lisuarte les avía dicho, sin ninguno querer tomar la delantera a responder, antes los unos a los otros se rogavan con mucha cortesía que respondiessen; y todos tenían ojo en el nuevo rey Cildadán, aunque en días más crecido no fuesse, por ser rey coronado le querían dar aquella honra de responder, el cual, no se queriendo mostrar indigno de la honra que le davan, se levantó en pie y començó de dezir en esta manera:

–Señor Lisuarte, aunque en el valor no sea tal que en presencia de tan altos hombres me quiera entremeter a dar respuesta a la fabla y gran merced que junto con ella assí a mí como a ellos avéis fecho, tomando d'ellos la licencia y de vuestra gran bondad el atrevimiento, responderé lo que en este caso me pareciere, teniendo por creencia que, aunque no sea cual se deva a vuestro gran estado, que vós, mi señor, lo recibiréis y estos cavalleros

lo juzgarán como de su grande y leal amigo y compañero; e primeramente digo que lo que el emperador vuestro padre os manda y aconseja, que lo devedes de cumplir, porque assí es honra y pro de la cavallería y acrecentamiento de Bretaña en ser mantenida su honra en la mayor alteza que en el mundo pueda ser; lo que será en vuestro tiempo, pues fasta aquí lo ha sido por vuestra causa y, allende de fazer el mandado del emperador vuestro padre, avréis en casamiento a la muy fermosa infanta Elena, que no lo digo por Coroneo ser presente, mas, por ello ser assí, es la más acabada donzella que en el mundo se puede fallar ni que más convenga a tan alto hombre como vós lo sois, de lo que todos los que la conocemos devemos ser muy alegres, pues su valor falló el cumplimiento que merecía. E pues que vós, mi señor, tal vida diversa de la primera queredes fazer, justo es que assí lo fagan algunos de los cavalleros presentes por ser cosa que conviene mucho a los fijos de los reyes para dexar en sus reinos legítimos erederos y sucessores, ca yo assí lo entiendo de fazer, mas en declarar mi voluntad quiero ser el postrero pues fue el primero en responder, porque, como no he sido siempre presente en esta corte, no quiero demandar alguna que en coraçón de algunos d'estos señores aya assentado lo que mi coraçón no dessea, que antes quiero quedar con pena que ninguno d'ellos de mí con quexa.

Mucho fueron contentos aquellos cavalleros con lo que el rey Cildadán avía respondido, y todos juzgaron entre sí que avía fablado cuerdamente, mas no avía ende tal que primero se quisiese adelantar. Estonces Lisuarte les dixo:

–Buenos señores, bien veo que dexáis de me aclarar vuestra voluntad por no caer en lo que el rey Cildadán ha temido, mas yo quiero antes la culpa que vosotros señores la pena.

Estonces dixo a Coroneo, que cerca de sí estava:

–Vós, buen señor, me dezid vuestro parecer y assí por orden cada uno diga el suyo.

Estonces Coroneo se levantó en pie y dixo que su valor merecía alcançar en casamiento a la fermosa Leonarda, que le avría por ello bienandante.

Don Lispán se levantó y dixo:

–Buen señor, mi afanado coraçón faría fin de sus afanes ganando a Castivalda por señora.

E luego aquel muy fermoso Ladasán se levantó y dixo:

–Yo soy por Galianda tan penado como a todos vosotros señores es notorio, mas bien veo que con su valor el mío no se iguala aunque el desseo hartu puje.

–Buen amigo –dixo Lisuarte–, vós tenéis mucha razón en lo que vuestro coraçón dessea y, pues que el señorío vos falta para sustentación de las cargas del matrimonio, yo lo quiero suplir y en lo ál satisfazer a vuestro desseo.

Ladasán fue ende muy alegre y gelo agradesció con mucho acatamiento y Lisuarte lo fizo sentar.

Estonces Falangrís se levantó diziendo:

–Buen señor, de cuantas mujeres he visto ninguna tanto mi coraçón ha cativado como la *Linda Española*, y puesta tiene mi vida y libertad en su querer, y con ganancia de tal señora puede mi ventura ser ^{212v} muy alegre.

Estonces Lisuarte dixo al rey Cildadán que dixesse su parecer y él dixo que si la infanta Brianda, fija del rey Agrajes, se pudiesse aver, que él sería ende alegre.

Galeote se levantó para descubrir su voluntad, mas ella era tan descubierta que no tenía necesidad de la publicar. Lisuarte le dixo con gran risa:

–Buen señor, sentaos, ca muy de ligero adevinaremos el secreto de vuestro coraçón, pues a todos es manifiesto.

–Pues, señor –dixo Galeote–, que sabéis mi pena, merced me faréis de la remediar pues es vuestra mano.

Otrosí Rodualdo se levantó y dixo:

–Buen señor, mi pena quanto a vós bien creo no ser secreta pues por ella de la muerte me avéis librado en la montaña de Sanguit, por tanto, pues avéis remediado la vida, remediad el coraçón que muy penado es de continuo.

Don Florestán de Escocia, Languínez del Lago Ferviente y Irneo de Bohemia, Perión y Galaor, Aviés de Sansueña y Florinel dixerón que en sus manos se ponían que a la sazón avían sus coraçones otorgados tanto que por su voluntad se no mudassen a toda parte do él más quisiesse. Arcalao y Marcival, don Roselís y Persián de Escocia, y don Gandales y los dos noveles y otros cavalleros dixerón que por estonces más querían seguir las armas que tomar otra vida salvo si su voluntad fuesse en contrario, y que estonces seguirían su mandado no teniendo menos fiança que él quisiesse su onra de lo que ellos la podían dessear.

–Pues que assí es, buenos señores –dixo Lisuarte–, que de algunos he sabido la voluntad, de los otros el desseo de fazer lo que me pareciesse que les cumple, yo quiero fazer en vuestras cosas, mis leales amigos, como en cosa propia. E primeramente vós, mi leal amigo Coroneo, avréis la fermosa Leonarda en casamiento, la cual según su dote de gran fermosura y alto linaje juntada a vuestro gran valor y señoríos será muy igual casamiento, y yo assí lo cumpliré a todo mi poder.

»E vós, mi leal compañero don Lispán, muchos días son passados que yo sé la gran cuita de vuestro coraçón por Castivalda, y juzgo que es bien empleada en tal infanta, y vós, pues heredáis los grandes señoríos de España, no vos conviene más que donzella de tal valor como la que vuestro coraçón escoge.

»E vós, Ladasán, buen cavallero, bien veo yo que el valor de vuestra bondad, aunque otros señoríos no tengáis más que unas armas y cavallo, merecéis cualquiera alta reina del mundo y, pues que a la sazón poco más de fazienda tenéis, aunque de virtud a muchos fazedes sobra, quiero que ayáis la infanta Galianda, y de mi parte os doy las Ínsulas Serindas, muy gran señorío en Grecia de villas y fortalezas, y pediré al emperador que vos lo quiera confirmar.

Estonces su hermano don Lispán dixo que de su parte le prometía dar grandes tierras y rentas en España.

–Y quiero otrosí –dixo Lisuarte– que la *Linda Española*, vuestra hermana, sea casada con el infante Falangrís, que heredará aquel reino que de su padre espera de heredar con la Montaña Defendida y las villas de Galizia y de Alfarín y el señorío de la gran ciudad de Tesifante, allende del dote que el rey vuestro padre le dará y el emperador otrosí.

»E vós, mi buen señor –dixo al rey Cildadán–, avréis la infanta Brianda, que en verdad podemos dezir que apenas donzella podríades fallar tan conforme a vuestro gran valor ni de tan alto linaje.

»E pues que vós, mis grandes amigos Galeote y Rodualdo, ya sé el desseo de vuestros coraçones, yo los cumpliré a todo mi poder con aquella voluntad que de vuestro plazer siempre he tenido.

»E vosotros, buenos señores, que vuestras voluntades posistes en mi querer, yo pensaré lo que a mi ver más vos cumpliere y trabajaré de lo acabar sin falta.

Y assí passaron aquella noche en mucho plazer y alegría, como todos eran cavalleros mancebos dados a toda folgura y, después que gran pieça de la noche fue passada, cada uno se acogió a su aposentamiento, todos muy alegres del amor que en Lisuarte avían conocido, lo que les acrecentava los desseos de le servir y ser siempre muy alegre.

¶ Capítulo clxxx. De cómo Lisuarte fabló con el emperador su padre sobre el concierto de los casamientos que avía fecho, y cómo llegó a la corte el príncipe Valadas, fijo del rey don Bruneo, y cómo fue armado cavallero.^{213r}

TANTO QUE AL otro día Lisuarte fue levantado, fuesse al aposentamiento del emperador su padre y le dixo lo que con los cavalleros avía fablado, nombrando las donzellas que ellos se preferían a tomar por mujeres, lo que viendo el emperador fue alegre diziendo:

–Fijo, muy convenientes son a las donzellas los cavalleros que las demandan, y assí te encomiendo las otras donzellas y que las des a aquellos que más vieres que su valor será bien empleado, porque yo cumpliré todo lo que assentares y les daré los dotes según su merecimiento, y assí lo sab<e de>[rán] los cavalleros, porque muy en breve demos fin a estos conciertos.

E assí estando, llegó el rey don Galaor y el rey Agrajes y el rey de Cerdeña, Arquisil y Florisando, y todos los otros señores se fueron con el emperador a missa a su real capilla y, antes que la missa se empeçasse, llegó al emperador una donzella y le dixo cómo el príncipe Valadas, fijo del rey don Bruneo de Aravia, era venido en su casa con gran compañía. El emperador fue ende muy alegre y fizolo entrar a la capilla, y assí d’él como de todos los otros reyes el príncipe fue muy onradamente recibido, los dos reyes sus tíos lo sentaron entre sí en sus assientos, y el donzel era de poca edad que no avía veinte años, mas su presencia mostrava la alta sangre de donde venía.

–Buenos señores –dixo Valadas–, a los reyes sus tíos, mucho os ruego que seáis mis intercessores al emperador que me arme cavallero, ca sin lo ser no querría morar onde tantos y tan preciados ay.

–Buen sobrino, vuestro desseo es tal –dixeron ellos– que lo no devemos de estorvar.

Y en levantándose, lo fueron a dezir al emperador y él, seyendo muy alegre de la tal demanda, gela otorgó. Valadas le besó las manos por la merced que le fazía y mandó traer sus armas y pusose delante del altar, y con mucha devoción, oyendo la missa, rogava a Dios que le fiziesse hombre bueno y assemejasse a su linaje. El arçobispo de Salerna, que la missa dezía, le bendixo las armas, y acabada el emperador, delante de aquellos grandes reyes y cavalleros, se fue a Valadas, que delante el altar de inojos estava, y le dixo:

–Buen donzel, ¿quieredes ser cavallero?

–Sí, de coraçón –dixo él.

–Pues armaos de vuestras armas –dixo el emperador.

Etonces dos escuderos que las armas le traían sacaron de un lío assí la loriga como la sobreseñal blancas como al novel cavallero pertenescía. Arquisil y Florisando le armaron

y abrocharon la sobreseñal que muy rica era. Estonces el emperador le tomó juramento que en tales casos se requería y él lo juró de cumplir y guardar enteramente. Estonces el emperador le calzó la espuela diestra y dio paz diziendo:

–Agora sois cavallero, la espada y las otras armas tomad de quien vos pluguiere.

Y el novel muy apuestamente le suplicó que él gela diesse, y el emperador gela ciñó de buen talante, y los dos reyes sus tíos le dieron las armas, ca el rey don Galaor le puso en la cabeça un muy fuerte y rico yelmo que las orlas avía cubiertas de muy rica pedrería; don Florestán le echó al cuello un escudo muy grande y fermoso: el campo avía de fino morado y una grande aspa de oro que lo partía y cuatro águilas azules en él figuradas. Y así cumplió la cavalleria d'este fermoso príncipe, que muy señalado cavallero salió delante.

El emperador, acabado aquel oficio con muy gran solenidad, tomando consigo el novel y aquellos grandes reyes y príncipes, se salió a la sala do las mesas eran puestas, mas primero que comiessen el novel fue a ver a la emperatriz Leonorina, de la cual fue muy bien recibido y de sus donzellas. Don Florestán de Escocia y Persián su hermano, Perión y Galaor le fazían compañía, y luego se bolvieron para el emperador que los estava esperando, y fizo sentar el novel cavallero a su mesa entre los ^{213v} dos príncipes Lisuarte y Arquisil, y fueron servidos muy altamente y el comer fue de mucho plazer y alegría. Los manteles alçados, el novel cavallero demandó licencia al emperador diziendo ir en una estraña aventura que avía prometido. El emperador lo quisiera detener, mas, pues lo avía prometido, vio que era razón que lo cumpliesse y, aunque de su partida le pesava, le otorgó la licencia, diziendo el novel que muy en breve se bolvería a su corte. Y despedido de los reyes sus tíos y de los otros príncipes y cavalleros, y armado con sus frescas y luzientes armas, solamente con su escudero se partió de la corte en una peligrosa aventura, que por ser cosa fuera de la materia no se escribe cosa d'ella, salvo que así aquella y otras muchas que falló acabó este novel a su honra con que en breve conquirió grande fama en Bretaña y en las ínsulas de la mar.

El emperador quedó con sus cavalleros hablando en el novel, y después que grande pieça estovieron razonando cuál sería la aventura en la que iva, el emperador tomó consigo los tres reyes sus tíos el rey Grasandor y don Galvanes y Listorán de la Torre Blanca y Gualdar de Rascuil y Angriote de Estraváus, cavalleros muy ancianos que para consejo apenas se fallarían en el mundo mejores, y llevándolos a una cámara les demandó consejo cerca de los casamientos de Lisuarte y de los otros cavalleros. Todos ellos dixeron que le parecía el casamiento muy igual, ca Elena era la más acabada donzella del mundo así en linaje como en bondad y fermosura, tal que convenía a tan señalado cavallero y que así era bueno que el emperador casasse aquellas infantas dándolas a cavalleros d'ellas merecedores, porque en ello no solamente complía la voluntad del rey Amadís, más aún fazía la virtud que d'él se atendía.

–Assí lo faré –dixo el emperador–, y otrosí me dad consejo ca yo he mucho pensado de renunciar los reinos que del rey Amadís mi padre he sucedido en Lisuarte, porque la honra de la Gran Bretaña sea siempre ensalçada y mantenida en gran alteza, ca yo no puedo luengamente morar en esta tierra según las grandes cosas que vienen en mi imperio y se esperan de venir, de que gran pérdida puedo redundar no me fallando presente, así que en todas partes no puedo valer ni gobernar tantos señoríos; y a esto me comueve tanto la honra de Lisuarte como la gobernación de los pueblos de Bretaña, los cuales en no menos

cuenta tengo que fijos, porque siempre han sido leales vassallos al rey Lisuarte mi abuelo y al rey Amadís mi padre y, por tanto, los querría ver bienandantes y regidos en mucha paz y amor so governación de persona que no como a vassallos mas como a fijos los tratasse, y, porque esta fiança tengo en Lisuarte, porende le quiero renunciar los reinos y porque la reina Oriana mi señora es d'ello muy contenta y pagada.

–Agora os digo, señor –dixo el rey Agrajes–, que fazéis la cosa que más conviene a vuestro real estado, y bien parece el amor que avéis a los cavalleros de Bretaña y esto con gran razón, pues tantas llagas y afanes han sostenido los que bivon son en servicio de vuestro abuelo y de vuestro padre, que vós, como fijo, lo miréis y satisfagáis allende de assí convenir para segurança de vuestro imperio y bien y provecho de la Gran Bretaña, y assí me parece que lo devéis de poner en obra.

Y luego el rey don Galaor y el rey don Florestán en ello se otorgaron, y assimismo los otros cavalleros lo afirmaron dando para ello claras y evidentes razones, lo que el emperador, queriendo cumplir, mandó apregonar que dende en tercero día todos los cavalleros que fuessen a su corte fuessen assonados y juntos en la plaça delante los palacios, onde les quería fablar y dezir lo que les cumplía y lo que ende determinava de fazer.

Aquel día en la tarde, con todos los reyes principales de la corte, fue a ver a la reina Oriana su madre a Miraflores, rogándole que quisiese ser presente a lo que entendía de fazer sobre la renunciación del reino, de lo que ella fue alegre, y se vino para Londres con el emperador, que fasta allí no avía fecho profesión salvo que se avía retraído a vida solitaria.

¶ Capítulo clxxxj. De cómo el emperador Esplandián y la emperatriz Leonorina renunciaron los reinos de la Gran Bretaña, Gaula y Denamarca en Lisuarte su fijo, y cómo fue coronado y jurado por rey de aquellos reinos y señoríos. ^{214r}

ANTES DEL PLAZO de los tres días, el emperador hizo fazer tablados y cadahallos y estancias en la plaça para los cavalleros y altos hombres de su corte, y viniendo el tercero día, siendo la gente toda junta en la plaça en tanta abundancia que no cabía, el emperador con los cinco reyes que estaban en su corte Arquisil y Florisando con toda la <a>[o]tra gente, y la emperatriz Leonorina y la reina Oriana con todas sus dueñas y donzellas y las otras reinas que las llevaban de braço, salieron de los palacios y se fueron a la plaça, y subieron en un grande cadahalso que ende era, todo toldado de paños ricos y de gran valor. La reina Oriana y el emperador y la emperatriz se sentaron en sus reales sillas, y assí los reyes y reinas por otros ricos assientos. Lisuarte estava sentado entre el rey de Sobradisa y el rey de Cerdeña, y la hermosa Elena estava entre la reina Briolanja y la reina Mabilia, y todos los otros príncipes, duques, condes y altos hombres por los otros tablados y estancias y los que no habían estavam en la plaça. Y siendo todos assí juntos, esperando lo que el emperador les diría, el cual, con su imperial cetro que en la mano tenía, hizo señas que todos callassen y él estava en su imperial aparato con su rica corona en la cabeça. La gente toda estava en gran silencio atendiendo lo que diría, el cual les empeçó a dezir en esta manera:

– ¶ Mis leales amigos y preciados cavalleros, duques, condes, marqueses y altos hombres de los señoríos de la Gran Bretaña que aquí sois assonados, trayendo siempre delante mis ojos no menos vuestro merecimiento que la obligación en que vos soy tenuto por la gran lealtad con que a mi linaje avéis servido, queriendo que, pues enteramente a vuestro gran valor con mi estado galardonar no puedo, que recibiendo vosotros de mí la buena voluntad y las mercedes cuando de vosotros me fueren demandadas, que a la sazón conozcáis qué grande es el desseo que tengo de vuestra tranquilidad y provecho. Ya sabéis, mis buenos amigos, que, siendo la permissão divina d'ello contenta, el rey Amadís mi señor, faziendo gloriosa fin de sus días, se passó d'esta presente vida a la muerte, la cual quanto fue sentida y llorada vosotros lo podéis dezir, que aún los coraçones del todo no tienen abiertas las puertas a la alegría, por cuyo glorioso fallecimiento y renunciación de la reina Oriana mi señora heredé estos señoríos, los cuales él regió y governó en tanta justicia verdad y mansedumbre que apenas nunca tal rey vendrá en la Gran Bretaña. Pues, aviendo yo assí los dichos reinos y señoríos, no menos vos amo y precio que él en su tiempo vos pudo estimar, no aviendo cualquier de vosotros en menos estima que amor, lo que no cessando, mas creciendo en mi coraçón, viendo cuánta honra es de Bretaña y cuánto ensalçamiento de su nombradía, acordé de vos ayuntar aquí para que mi coraçón os fuesse manifesto, y como toda mi intención es fundada sobre cimiento de vuestra pro y sossiego, y es que de voluntad de la reina Oriana mi señora, que presente está, y de consejo de todos los reyes presentes y sabios y altos hombres de mi consejo y conquerer y consentimiento de la emperatriz, que otrosí presente está, queremos renunciar en nuestro amado fijo Lisuarte los reinos y señoríos que por muerte del muy católico rey Amadís mi padre y por renunciación de la reina Oriana mi señora nos ha quedado, porque, siendo de vosotros jurado y avido por vuestro rey natural, tome mujer y rija y gobierne estos reinos no en menos justicia que sus antepassados lo han fecho, y que vos trate y honre y faga muchas mercedes como él deve ser tenuto y obligado, y es gran razón que lo faga ^{214v} a tan leales vassallos como vosotros lo sois, porque tantas cosas creo que sobrevernán en mi imperio que mal podré regir a vós ni a los otros, lo que yo no desseo, y, porende, vos doy mi fijo legítimo y heredero después de mi fallecimiento, quando fuere la voluntad divina, que sea vuestro rey y señor y vos rija y gobierne como yo lo faría y muy mejor como todos creamos y atendemos que él lo fará. Yo assí gelo mando y encomiendo porque yo no puedo morar mucho en estas partes, que me conviene tornar a mi imperio, según la nueva de la guerra que los turcos me quieren mover me ha venido, y no quiero que quedéis en orfandad, ca es muy grave estar el rey ausente de su reino y, porende, vos dexo presente mi hijo Lisuarte: recebilde y obedecelde como devéis y todos atendemos.

Tanto que el emperador esto ovo dicho, no ovo aí tal que no fuesse alegre aunque, tornándole a la memoria el bueno del rey Amadís, a muchos d'ellos les vinieron las lágrimas a los ojos de soledad, porque a todos los solía tratar con mansedumbre y fazer muchas mercedes. Todos a una boz dixeron que les plazía y que eran contentos y pagados porque era honra de la Gran Bretaña. Luego el emperador fizo a todos que lo jurassen. Y el primero que lo juró fue don Galvanes y Galeote y Gualdín de Bristoya y todos los otros señores, duques, condes y altos hombres, assí los que d'él tenían tierras villas y fortalezas como aquellos que costumbre era de jurar, y assimismo le juraron con mucho acatamiento los procuradores de las villas y ciudades. Y él juró de guardar los fueros, leyes y cos-

tumbres, estatutos de la Gran Bretaña y, siendo assí todo fecho, el emperador le puso una rica corona en la cabeça de gran valor y un real cetro en sus manos como insinias reales, renunciándole delante todos todo el derecho que tenía y pretendía tener en aquellos reinos y señoríos, e assí mismo la reina Oriana. E luego el emperador le fizo sentar en una rica silla que del rey Lisuarte su abuelo avía quedado, y luego al son de muchas trompas y añafles fue pregonado por rey de la Gran Bretaña y Gaula y de la pequeña Bretaña y de Danamarca. E la gente dezía toda a una boz: *¡Biva, biva el rey nuestro señor! ¡Bretaña, Bretaña por el rey Lisuarte!*

Y assí fue rey jurado y coronado este noble y esforçado cavallero con gran plazer y alegría de todos los que presentes eran, aunque, según su gran valor, con la mitad del mundo su merescimiento no era satisfecho. Y después que la solenidad de aquel auto fue passado, el emperador, tomando a su mano derecha al nuevo rey, la reina Olinda y Briolanja trayendo la emperatriz, y la reina Mabilia y la hermosa Elena a la reina Oriana, al son de muchos tañeres abaxaron del cadahalso y se fueron a los palacios donde muchas mesas eran puestas, y el comer fue de gran plazer a todos y alegría, y mucho más le fue a Elena, que bien sabía que la avían de casar con aquel que su corazón tan afincadamente amava.

Los manteles alçados, todos aquellos reyes acompañaron al rey fasta su aposentamiento, onde el emperador fizo quedar al rey Lisuarte su fijo para le dezir ciertas cosas que le cumplían. E luego los otros reyes se fueron a sus aposentamientos, mas Coroneo, don Lispán, Falangrís, Ladasán y Galeote y otros cavalleros lo estovieron atendiendo, al cual el emperador encomençó a dezir:

–Fijo, agora conviene a tu bivienda otro regimiento y otra gravedad, que fasta aquí fuiste cavallero andante y, aunque de alto lugar fuesses, no avías más que unas armas y cavallo, de manera que todo tu cuidado era en ellas; mas agora te conviene regir y gobernar muchas y diversas gentes, manteniéndolas en paz, tranquilidad y justicia, dando a cada uno lo que suyo fuere, castigando los malos, limpiando la tierra de tales hombres, galardinando los buenos, faziendo sobretodo guardar nuestra santa ley y cumplir los preceptos y mandamientos de Dios, acrescentando su culto divino, dotando las pobres iglesias, redificando las cuitas y malparadas, fuyendo de toda tiranía con los vassallos, animándolos más con amor que castigando con crueldad, mas non de guisa que la mucha familiaridad engendre menosprecio, aviendo en ti tanta madurez y cordura que ni de muy manso ni de muy cruel te puedan reprehender; antes en todo siguiendo el medio, pues en él consiste la virtud. E si assí lo fizieres, serás amados de Dios en este mundo y de tus vassallos tan querido que manternás tu corte en ^{215r} alteza y nombradía y tus señoríos en mucha seguridad contra aquellos que espunar los quisieren, y faz de guisa que no digan que pareces al rey Lisuarte tu abuelo en el nombre y no en las buenas maneras y en saber regir estos reinos, los cuales él rigió mejor que todos sus antepassados, y con su virtud con que los buenos sabía honrar acabó las bravas batalla y estrañas afrentas que en su tiempo le vinieron. Assí sabe tú honrar y tratar los cavalleros, faziéndoles mercedes y dádivas que se no vayan de tu casa, antes trabaja de los buscar y tener en tu corte, y faz por sostener la fama de tu linaje, que fueron flor y luna de las armas. Mañana, Dios queriendo, serás casado con Elena y assí los otros cavalleros que para lo semejante se señalaron; y piensa esta noche en los otros tus amigos y, aunque te lo no requieran, sean de ti requeridos y dales mujeres cuales les convengan, que bien vees que en casa de la emperatriz ay tantas y de tan alta guisa que

ellos les no ternán mucha ventaja, y assina dotes a los que las no tuvieren que, pues eres rey, razón es que a tus amigos y aquellos que te sirvieron comienças a fazer mercedes.

Assí se estava razonado este noble emperador con el nuevo rey su fijo, lo que él todo oía con mucha atención como fijo obediente, todo prometiendo de cumplir. Estonces se despidió y bolvió a los que en la sala estaban atendiendo y, no queriéndose de aquellos que la dignidad les muda las costumbres y condiciones, con mucha más mesura y cortesía trataba aquellos sus amigos como a aquel que nunca avía punto de sobervia, mas antes toda criança. Y assí, con mucho plazer se acogió a su aposentamiento, despidiéndolos con mucho amor que se fuessen a sus albergues, y él quedó con aquellos sus grandes amigos Coroneo y don Lispán, que con él siempre albergavan. Y siendo gran parte de la noche passada cada uno se fue a acostar en su lecho. Mas al rey Lisuarte le tuvo muy poca pro el sueño ca todo fue en cuidar en lo que el emperador su padre le avía dicho, y encomendándose a Dios todo lo propuso de cumplir, no perdiendo del sentido lo que ende faría en casamiento de sus amigos y de Urgandín y de sus donzellas. Y assí, pensando en muchas y diversas cosas que le ocurrían, passó gran pieça de la noche de guisa que muy pequeña la durmió, según los cuidados le començavan a aquexar, que muy anexos suelen ser a los reinados.

¶ Capítulo clxxxij. De cómo se fizieron los casamientos de entre el nuevo rey Lisuarte y la hermosa Elena, y de los otros cavalleros señalados y donzellas.

OTRO DÍA, SIENDO levantado el nuevo rey, el rey Grasandor y el rey Agrajes y Cildadán y Arquisil y Florisando se vinieron para él y otra gran compañía de cavalleros muy preciados. El emperador, tomando consigo a sus tíos el rey de Sobradisa y el rey de Cerdeña, se fue al aposentamiento de la emperatriz, con la cual y con las reinas que ende eran hablaron sobre los casamientos y acordaron que luego se fiziessen y que se no pusiesse en dilación, antes que los señalados cavalleros con las que avían pedido fuessen luego desposados, y siendo todos muy contentos, mucho más el rey de Sobradisa y la reina Briolanja su mujer con el casamiento de su fija con Coroneo, porque, allende de su bondad en armas, heredava grandes reinos; assimismo lo era la reina Mabilia y la reina Olinda en ver sus fijas altamente casadas, y no menos lo era Madasima en ver su fija que avía de casar con Galeote, cavallero de gran nombradía y mucha tierra como era el señorío de la Ínsula de la Torre Bermeja. Pues no siendo las novias menos alegres que los novios contentos, el emperador y emperatriz y reyes y reinas acordaron de se ir a la capilla donde los casamientos se avían de fazer. El emperador mandó llamar al rey Lisuarte que con los cavalleros se viniesse al aposentamiento de la emperatriz,^{215v} el cual vino luego con gran compañía y los novios que avían de ser, y la emperatriz con las reinas y todas sus dueñas y donzellas, tan fermosas y ataviadas que parecía en ellas estar junta toda la fermosura y riqueza del mundo. Los cavalleros, después que fizieron gran acatamiento al emperador y emperatriz y reyes y reinas, se llegaron para las donzellas que más les agradavan para las acompañar. El emperador tomó por la mano a Elena. El rey Agrajes a Leonarda. El rey de Sobradisa llevava a Brianda. El rey de Cerdeña llevava a Castivalda. Florisando llevava a Floyanda la *Linda Española*. Arquisil a Galianda. El rey Grasandor a Lucilia. Don Galvanes a Grimalda. Los otros cavalleros cualquier donze-

lla que le aplazía. El rey Lisuarte iba con muchos y muy señalados cavalleros, la emperatriz acompañada de las reinas y de muchas donzellas.

Assí llegaron a la capilla onde el santo hombre Patriarca de Constantinopla dezía missa con dos arçobispos y cuatro obispos con gran solenidad, el cual, a requerimiento del emperador, desposó al rey Lisuarte con aquella Elena que entre las fermosas del mundo par no tenía, por palabras de presente según la forma de la Santa Madre Iglesia, y sus coraçones afanados por bien amar fueron fechos una concordia y voluntad aunque de antes atados con una cadena; y assí fue desposado Coroneo con Leonarda, el rey Cildadán con Brianda, y Falangrís con la *Linda Española*, y don Lispán con Castivalda, y Galeote con Lucilia, y Ladasán con Galianda, Rolandín con la hermosa Rosamunda (que muy acatada era de la emperatriz y amada de las otras reinas), y Rodualdo con Agrimalda la donzella. Y assí fueron desposados estos cavalleros con las donzellas, sacando dulce fruto de sus amores, conviene a saber, la ganancia de aquellas que tanto amavan por las cuales avían fecho estrañas proezas y sufrido grandes afanes, ellas otrosí por ellos grandes angustias y dolores. E assí dicha la missa, con gran solenidad del emperador, con toda la gran compañía se salió a la gran sala onde todos comieron con mucha alegría, la emperatriz con las reinas en una parte y las novias cerca d'ellas, y el emperador a la otra parte con los reyes y príncipes, y el nuevo rey con los novios en otra mesa, y podemos dezir que en aquella sala era junta la flor de todo el mundo, assí de estado como en bondad de armas y fermosura.

Los manteles alçados, la emperatriz con su compañía se acogió a su aposentamiento, non sin pena de los desposados. El rey Lisuarte se fue a su aposentamiento con tanta alegría que sin sus amigos la no quiso comunicar, y fizo llamar a don Florestán de Escocia, y Persián su hermano y los tres fijos del rey de Sobradisa, y Florinel y al infante Galaor y Aviés de Sansueña, y Urgandín y Odoardo y Ambor de Gadel, y Almanceo el Fuerte, y Gualdín de Bristoya, y Leonil su primo, Marcival y Arcalao, y Antesil el conde de Glonceste. E después que juntos los tuvo les dixo:

–Mis buenos amigos, aunque vosotros más me queráis ser compañeros en los trabajos que en los casamientos, mucho vos ruego que, pues yo he mudado mi vida y condición, que assí mudéis vosotros vuestro propósito, mas no costumbre de las armas, que es que toméis mujeres que mucho conviene a vuestro estado porque ningún descanso querría, mis buenos señores, que a vosotros no cupiesse grande parte, y porende desseo que en esto fagáis mi ruego como en todas las cosas yo faré vuestra voluntad.

–Buen señor –dixo Perión–, según la voluntad d'estos señores y mía avéis ganado para todos complimiento de vuestro querer, paréceme que nueva declaración agora más sería trabajo demasiado que necessario, solamente que yo y ellos tenemos tanta fiança en vuestra gran virtud que no querrá cosa que nos sea honra y provecho, y porende ponemos nuestra voluntades en vu[e]stra mano y d'ellas disponded a vuestra voluntad. E atrevome a dezir esto porque creo que estos señores no lo tienen menos en sus coraçones de lo que yo por ellos respondo.

–Buenos señores –dixo el rey Lisuarte–, mucho vos agradezco el grande amor que me tenéis, y assí vos lo tengo yo a todos no menos que a hermanos, y con tal desseo me movía lo que os dixere, no queriendo por ellos a ninguna forçar de su voluntad, antes, aquel que en contrario la tuviere, sin embargo me lo diga,^{216r} ca su querer será mi voluntad y desseo.

E luego Galaor le dixo que en aquellas tierras, como no tenía heredamiento ninguno, no quería ende aver mujer, ca su desseo era de tornar a las Ínsulas Californias. Florinel

dixo que su desseo era en otra parte otorgado, y dezía gran verdad, ca amava la fermosa Grisanda, duquesa de Normandía. Languínez del Lago Ferviente y Irneo de Bohemia dixeron que a la sazón por su querer no quería aver mujeres salvo seguir las armas. Lo mismo dixo Florestán de Escocia y Persián, su hermano Arcalao y Leonil, Marcival y Abiés de Sansueña y Roselís su hermano, y el fijo menor del rey de Sobradisa Perión, y los otros cavalleros dixeron que farían su voluntad.

–Pues que así es, buenos señores –dixo él–, yo os diré mi parecer.

»Vós, buen señor Perión, aved en casamiento la no menos noble que fermosa Grindalia, fija del rey Arbán de Norgales, y, aunque de su parte no ayáis grande dote de riqueza, vós lo tenéis de la vuestra: baste ser ella dotada de gran virtud y de alta guisa.

Perión, que muy contento era de la honestidad de Grindalia como de la fermosura de las otras, fue muy pagado y dixo que harto dote ende avía, pues que era su voluntad, y el rey gelo agradesció mucho. Y dixo a Orgalán, su hermano:

–Vós, buen cavallero, pues que no heredáis reino, razón es que ayáis mujer que tenga buen dote, y aved en casamiento a Calinda, la fija de Giontes, duque de Cornualla, y con ella avréis aquel señorío, pues no ay otro erederero salvo ella, que es de la sangre del rey Lisuarte mi señor y visabuelo, fuera su fermosura y discreción.

»Vós, Ambor de Gadel, casaréis con Elvira la donzella, y con ella avréis el fermoso castillo de Gantasi.

»E a vós, buen cavallero Odoardo, confirmo yo el oficio que tenéis, y quiero seáis mi alférez mayor y, porque para vuestro valor no avedes tanta tierra como merecedes, yo os do la Torre del Lago Negro con sus comarcas como fue de Galión, y quiero que ayáis por mujer a Urelia, una de mis donzellas, y con ella os fago alcaide mayor d'esta mi gran ciudad de Londres, que cabeça es de todo el reino.

»E vós, buen amigo Antesil, aved en casamiento a Panfilia, la otra mi donzella, y en dote vos doy las rentas de la villa de Lubaina, que es vezina a vuestro condado, y vos fago guarda mayor de mi palacio –y éste era conde de Glonceste y cavallero de muy gran valor.

»Pues a vós, buen hermano– dixo el rey a Urgandín–, no sé con qué os satisfaga cuántos servicios en este mundo me avéis fecho y cuántas buenas obras yo y todo mi linaje avemos recibido de la noble dueña y gran sabidora Urganda vuestra tía, que, por cierto, tales fueron que, aunque la mitad de mis señoríos os diesse, no acabava de cumplir la deuda que con su muerte me dexó, mas vós sed contento con lo que agora vos daré fasta que el tiempo traiga oportunidad de otra cosa, y a la sazón es mi voluntad que os caséis con la donzella Grovalesa y ayáis el ducado de Vanduara en dote y galardón de vuestro servicio.

Cuando Urgandín aquello oyó, se fincó de rodillas y por fuerça le besó las manos y él lo alçó suso, que lo amava de coraçón. Y esta Grovalesa era la donzella que él falló en la floresta que lo guió a aver batalla con el cavallero que guardava la Fuente de los Cedros, y fue tan bienandante como agora vedes. Estonces dixo a Gualdín de Bristoya:

–A vós, buen señor, querría ver yo tam bienandante como a mí mismo y vuestro valor desseo ver empleado como él merece. Dezidme vuestra voluntad y veredes cuán deliberradamente la cumplo.

–Mucho os lo agradezco, señor –dixo él–, y lo que en mi coraçón más se assienta al presente es que, si Arquisil me lo otorgare, de quantas donzellas he visto no desseo ganar

amor como de Floriana de Estraváus, camarera mayor de la princesa Helisena, y con esto mi corazón sería alegre y bienandante.

–Buen amigo –dixo el rey–, yo trabajaré a todo mi poder que vuestro desseo aya el fruto cual vuestro corazón dessea.

Gualdín le dio por ello muy grandes agradecimientos. Estonces el rey dixo a Almanceo el Fuerte:

–Buen cavallero, quiero's yo fazer fuerça y quiero que caséis con la donzella Rosinda y que con ella ayáis la governación del reino de Denamarca y el castillo del Bel Rosal –ésta era la niña salvaje que el rey Lisuarte tomó en la Montaña de Sanguid y aviase fecho muy fermosa, y la reina Oriana la amava mucho por ser el primero don que su nieto le avía dado; y Almanceo, que era señalado cavallero, no avía tanta renta que más le no fuesse ^{216v} menester, y fue ende muy alegre con lo que el rey le avía prometido, y le besó las manos y aceptó la merced.

Los otros cavalleros dixerón que por estonces eran sus corazones muy esentos de amor y desembargados para las aventuras y que los no querían ende cativar, antes poner en afrentas en que pudiessen ganar onra y fama. El rey les loó su propósito y prometió muchas mercedes.

Y acabado esto se fue al emperador su padre y le dixo todo lo que con los cavalleros avía passado, de lo que él fue alegre, y faziendo llamar al rey don Galaor le dixo del casamiento de sus hijos, y assí él como la reina Briolanja fueron muy alegres, ca mucho temían que Perión se bolviesse a las Ínsulas Californias con el infante Galaor, tanto era de aquellas partes desseoso. Y todos loaron y aprobaron los casamientos, y juntadas las reinas y emperatriz y emperador con los reyes y príncipes, ordenaron de aquella noche fuessen desposados, la cual venida, el emperador con los reyes y altos hombres de su corte fueron juntos en una gran sala y assimismo la emperatriz y la reina Oriana y las otras reinas, todas con tanta compañía de donzellas y tan apuestas que era maravilla, y allí en presencia de todos en las manos del santo hermitaño Patriarca de Constantinopla fueron desposados: Perión con Grindalia, y Orgalán con Calinda, y Odoardo con Aurelia, y Antesil, conde de Gronceste, con Panfilia, y Urgandín con Grovalesa, y Ambor de Gadel con Elvira, fija de Madasima, la señora del castillo de Gandasi, y Almanceo el Fuerte Salvaje con Rosinda. E luego Arquisil, a pedimiento del rey Lisuarte, en presencia de toda aquella compañía, aviendo ganado la voluntad de Angriote, prometió a Gualdín de Bristoya la fermosa Floriana de Estraváus por mujer. Y assí fueron desposados estos cavalleros con grandes alegrías. Aquella noche, en la cual Urgandín fue fecho duque con tanta honra y solenidad que en el mundo no podía más ser, y las fiestas se fizieron grandes por todo el palacio como tales casamientos merecían, y bien podemos aquí comparar el plazer al pesar, porque cuanta fue la tristeza por la muerte del rey Amadís tanta era agora el alegría con las fiestas de tales casamientos.

¶ Capítulo clxxxiiij. De cómo fueron velados todos los novios, y de algunas cosas que de tales casamientos acontecieron.

SIENDO ASSÍ ACABADOS estos desposorios, luego quedó concertado que dende a tercero día <que> velassen los desposados, y assí se fizo y cumplió conforme a la costumbre de aquellas partes, y a cada cavallero fue dado su aposentamiento con su mujer, onde

ellas, de muy fermosas donzellas fueron fechas fermosas dueñas, salvo Agrimalda que ya lo era, como avéis oído. Y los cavalleros fueron señores de mucha alegría con tal ganancia, y esto sobre todos podemos dezir del rey Lisuarte y de la reina Elena, que allí no paró el cruel amor que los perseguía, antes con la vitoria enlazó sus coraçones en mayor querer, de guisa que, si fasta allí el uno por el otro padecía mortales cuitas y tormentos, no cessaron con el efecto de sus amores, antes sus sentidos fueron debrasados en mayor amor y lealtad. E aunque el nuevo rey Lisuarte ovo por galardón qual sus leales servicios merecían a su señora, siendo el señor de su estraña beldad y fermosura fue fecho más su cativo, pues más sabía de su gentileza y merecer y assí que no cansó el fuerte amor de su curso fasta que d'esta vida presente passados fueron, aunque sus vidas fueron crecidas con luengos y prósperos años. Onde agora dexemos al rey Lisuarte y a la reina Elena aún arder en sus amores y los otros cavalleros muy alegres y las grandes fiestas que ende se fazían, que de creer es que desde aquel tiempo fasta agora en casamiento de rey ni de señor del mundo no se fizieron mayores, y digamos algunas cosas ^{217r} que d'estos casamientos avinieron.

E sabed que Orgalán, fijo del rey de Sobradisa, que fue casado con Calinda, la fija del duque de Cornualla, ovo de la fermosa su mujer un fijo llamado Gastinel, que fue muy señalado cavallero y y fue casado con una fija del rey Rolandín y de la reina Rosamunda, única heredera a sus padres. Y este Gastinel fue el primero que a Cornualla, siendo ducado, fizo reino, y d'este de linaje en linaje procedió aquel muy nombrado rey Felipe de Cornualla que ovo tres fijos: el primero Mares, que fue rey de Cornualla; e el segundo Meliadux, que fue rey de Leonís y padre de don Tristán de Leonís; el tercero fijo que ovo se llamó Pernán, el qual después el rey Mares su hermano mató con grande aleve, y de aquí sabredes cuando vierdes la *Istoria de don Tristán de Leonís y del rey Mares su tío*, que de aquí procedieron. E que d'este tiempo de Gastinel, fijo de Orgalán, fue siempre Cornualla reino, de ducado que antes era.

E sabed otrosí que de Almanceo el Fuerte, que fue casado con Rosinda la Salvaje, que de linaje en linaje vino a proceder aquel cavallero Didonar el Salvaje, compañero de la Tabla Redonda que fue muerto con ponçoña por el rey Mares en una abadía porque avía sido vencido del rey Artur y de Galaz y de los otros cavalleros de la Tabla Redonda. Y el otro salvaje que el rey Lisuarte otrosí tomó en la Montaña de Sanguit, salió uno de los señalados cavalleros del mundo y ovo nombre Tanaís de Sanguit, y fue casado con una donzella rica de Bretaña, y d'este procedieron aquellos dos hermanos señalados cavalleros Balán y Balaín los Salvajes, que en proceder d'este salvaje siempre les quedó aquel nombre, y d'él se llamavan aquellos dos hermanos que en el tiempo del rey Artur el uno mató al otro no se conociendo por las armas que avían cambiado, como más largo lo cuenta la *Demanda del Santo Grial*, y por tanto el autor vos quiso dar aquesta cuenta porque cuando leyerdes o oyerdes aquel libro sepáis de dónde aquellos cavalleros proceden y ovieron su origen.

Capítulo clxxxiiij. De cómo, determinando el emperador y aquellos reyes de se bolver a sus tierras, llevaron con mucho solenidad primeramente los huessos del rey Amadís a Fenusa y los pusieron en una rica sepultura en el Monesterio de la Clara Vitoria.

SIENDO ASSÍ ACABADOS los casamientos, que con muy grandes fiestas se fizieron, en que ovo justas y torneos y toda diversidad y invención de plazer y alegrías, que para se escribir sería muy larga y prolixa escritura según la muchedumbre de las cosas que ende avinieron, durando por espacio de cuarenta días continos, que todas aquellas compañías de la corte se no partieron. Pues siendo todo assí acabado, queriendo aquellos reyes y señores bolverse a sus tierras, de las cuales tantos días avían que eran absentes, siendo sus presencias en sus reinos y señoríos muy necessarias, viendo otrosí el emperador que ellos tenían razón en su partida, queriendo otrosí bolverse a su imperio en el cual mucha necesidad avía de su persona, faziéndolos un día juntar les dixo cómo le parecía bueno que antes de sus partidas fiziessen el cumplimiento que devían al rey Amadís, y que sus huessos con mucha solenidad fuessen llevados a Fenusa al monesterio que él mandara fazer y que, aquello acabado, assí ellos como él se bolverían a sus tierras, que no restava ende otra cosa que fazer. E luego aquellos reyes y señores lo confirmaron, diziendo que sin falta assí se devía de cumplir y, queriéndolo poner en obra, ordenaron que todas las flotas que avían venido a Bretaña que eran en otros puertos que fuessen juntos en el puerto de Fenusa para ende entrar en la mar, y assí se cumplió. Luego otrosí ovieron consejo que la emperatriz y la reina Oriana con todas las otras reinas se fuessen delante a los atender en Fenusa. E luego el emperador embió grandes compañías de cavalleros con la emperatriz y la reina Oriana, que presente quiso ser a todo, y las otras reinas con ellas, y por guarda mayor iva el Patriarca de Constantinopla, y los buenos cuatro viejos Dinadáus, don Galvanes,^{217v} el conde de Clara y Gualdar de Rascuil. Y assí se partió la emperatriz con todas sus dueñas y donzellas, que fue atender al emperador a Fenusa. El emperador con aquellos reyes y grandes señores quedaron en Londres y fizieron juntar muy grande clerezía, el arçobispo de Salerna y el de Conturbia y cuatro obispos con ellos, faziendo muy solene processión se fueron al monesterio, do el cuerpo del rey Amadís era enterrado y con mucha solenidad pusieron sus huessos en una rica tumba cubierta de un paño de gran valor con sus armas en él figuradas, la que llevavando cavalleros en sus hombros se pusieron en el derecho camino de Fenusa, siendo aquellos campos cubiertos de las grandes compañías que llevaba el emperador, entre las cuales ivan dozientos cavalleros señalados para llevar la tumba de seis en seis, y andavan muy pequeñas jornadas por los que ivan a pie que la tumba llevavan. Y assí continuando su camino llegaron a media legua de Fenusa y lo fizieron saber a la emperatriz, la cual, con toda su compañía, los salió a recibir con los cuarenta frailes que el rey Amadís avía ordenado para el monesterio, los cuales ivan en muy devota processión, y llegaron do venía el emperador con su compañías y la tumba traía estonces el nuevo rey Lisuarte, el rey don Galaor, el rey don Florestán, el rey Agrajes, el rey Grasandor, el rey Cildadán y Arquisil, y Florisando, y delante d'ellos Odoardo con la real seña. El emperador detrás d'ella con toda la otra compañía, y delante la tumba ivan los arçobispos y obispos con su clerezía con muchas hachas encendidas, pues no menos aparejada venía

la compañía de la emperatriz. Y juntada una con la otra era muy fermosa cosa de ver, aunque no dexava de acarrear a los que la viessen alguna tristeza, mas no era tal que al crecido plazer embargo pusiesse. El emperador recibió a la reina su madre como era razón y la tomó de la mano, y las dos reinas Mabilia y Olinda traían la emperatriz, y la reina Briolanja y la reina Rosamunda llevaban la reina Elena, y detrás d'ellas todas las otras infantas y donzellas. En aquella fermosa y devota ordenança entraron por la gran iglesia del monesterio, que era tan fermosa que apenas mejor se fallaría, y era toda de piedras blandas y bóvedas con muchas labores de oro muy sotilmente labradas; avía en él muchas y muy ricas capillas y sepulturas para los que ende quisiessen enterrar que del deudo del rey Amadís fuessen, y cabe el altar mayor a la mano derecha era la sepultura del rey Amadís, fecha de alabastro, toda cubierta de oro con letras bien tajadas que señalavan cúa era y de la otra parte avía otra sepultura assaz rica, mas no tenía letras que señalassen cúa fuesse. En aquella gran capilla avía otras sepulturas para los reyes de Bretaña que d'él decendiessen, y fuera de la gran capilla avía otras muchas sepulturas para los cavalleros de su deudo.

Pues entrada assí aquella gran compañía en la iglesia, el officio se dixo con mucha devoción y solenidad, y los huessos fueron enterrados en aquella rica y fermosa sepultura, y el santo Patriarca les fizo un breve sermón, de que todos fueron muy consolados. Y luego allí en presencia del emperador y de toda aquella compañía aquel muy preciado cavallero Angriote de Estraváus, aviendo de aquesta nueva memoria gran sentimiento de tristeza como su corazón desde la muerte del rey Amadís nunca avía sido alegre ni tenido folgura, viendo las vanidades del mundo y sus tráfgos, queriendo fazer penitencia de los yerros que en su juventud avía fecho, renunciando el mundo y su officio de mayordomo, quedó en el monesterio tomando ábito de religión, proponiendo de bivar bien, y assí lo fizo fasta la fin de su vida, lo que viendo los que ende eran fueron movidos a piedad y arrepentimiento de sus pecados, y luego Ardián, el enano del rey, ganando licencia de la reina Oriana, se ofreció al servicio de la casa, y fue por oblato recebido en el monesterio, loando todos la lealtad con que al rey avía servido en la vida, no lo queriendo con ella desamparar en la muerte.

Y siendo assí acabado el officio no sin sentimiento de los que presentes eran como tal memoria fazer devía, el emperador fizo acoger toda la gente a la villa con la emperatriz y la reina Oriana, y él quedó con los reyes sus tíos a tener novenas en el monesterio, y fueron aposentados muy bien, que aquella casa era de las ricas de todo el mundo, assí de grandes edificios como de renta y possessiones; la tierra era muy viciosa de aguas, huertas y arboledas, de guisa que dentro al monesterio traían agua por caños, lo que era deleitable a todos.

Pues acabadas las novenas, el emperador y el rey se fueron a la villa, y estovieron atendiendo las flotas en que avían de embarcar, ca aquel puerto era el mejor de los señoríos de la Gran Bretaña, y entretanto passavan alegre vida saliendo muchas vezes a caça por las florestas, onde ^{218r} avía grande abundancia de caça. Porque la gente era mucha y no cabía en la villa, gran parte d'ella albergava en el campo, en tiendas que el emperador fiziera armar, y eran todos muy alegres, endemás aquellos nuevamente casados, siendo sus atribulados corazones fuera de las mortales cuitas que avían sufrido, y, aviendo ganado victoria

de sus señoras, fazían muy dulce y sabrosa vida, aunque la soledad, pensando que se avían de apartar los unos de los otros, mucha parte de alegría les quitava.

¶ Capítulo clxxxv. De cómo el emperador y aquellos grandes señores se partieron de Fenusa, y de cómo el rey Lisuarte y la reina Elena su mujer se bolvieron para Londres.

DESPUÉS QUE EL emperador algunos días estuvo en Fenusa, todas las naves y flotas que atendían fueron llegadas al gran puerto, y siendo el tiempo próspero, el emperador, después de muchas cosas aver hablado con el rey Lisuarte acerca de la governación de aquellos reinos y regimientos que tener devía, siendo juntos todos aquellos reyes y grandes señores, ovieron consejo de se partir para sus tierras y, siendo assí acordado, fizieron apercebir las naves para un día señalado, el cual venido, el emperador y la emperatriz con mucho acatamiento se despidieron de la reina Oriana y con muchas lágrimas de amor y soledad del rey Lisuarte su hijo, y assimismo todos los otros reyes y señores y reinas y altas dueñas, de las cuales la reina Olinda y Briolanja prometieron a la reina Oriana que, ganando licencia de sus maridos, se vendrían para ella al monesterio de Miraflores y la acompañarían fasta la muerte. E assimismo se despidieron del rey Lisuarte y de la reina Elena, mas dígovos de los nuevamente casados que assí ellas en se despedir de la reina Elena como ellos del rey Lisuarte no menos lo sentían que la muerte, y assí a los unos como a los otros caían lágrimas de sentimiento y soledad que les mojavan sus fazes en abundancia, mas luego se despidieron con assaz tristeza y entraron en la mar cada uno en sus naves. El emperador y la emperatriz entraron en su flota y con él Falangrís y la *Linda Española*, la cual la reina Oriana y el rey Lisuarte encomendaron mucho al emperador y a la emperatriz, y con él fue otrosí Aviés de Sansueña y Ladasán con Galianda, al cual el emperador dio grandes tierras en su imperio y le confirmó las Ínsulas Serindas que el rey Lisuarte le avía prometido, de guisa que, aunque al principio no poseía más que armas y cavallo, tuvo después tantas tierras y rentas como cada cual de sus compañeros. Con el emperador entró otrosí en la mar el infante Galaor, y assimismo el santo hermitaño Patriarca, que con muchas lágrimas y soledad se despidió de aquellos cavalleros y con muchas más del príncipe Florisando, y otrosí con él llorava lágrimas de gran amor, y toda la otra compañía del emperador y dueñas y donzellas de la emperatriz fueron recogidos en su flota. Y luego el rey don Galaor y la reina Briolanja su mujer y Perión su hijo y Grindalia embarcaron en sus naves. Arquisil y el rey de Cerdeña en las suyas. Y con ellos iba Gualdín de Bristoya para casar con la hermosa Floriana de Estraváus, y con ellos embarcó el rey Grasandor y la reina su mujer, y el rey Cildadán con la hermosa Brianda. El rey Agrajes, no queriendo otrosí quedar con la reina Olinda su mujer, con sus dos fijos don Florestán de Escocia y Persián y toda su otra compañía entró en la mar, y aviéndose despedido assí todas estas compañías de la reina Oriana y del rey Lisuarte y de la reina Elena su mujer, y después los unos de los otros con mucho acatamiento y soledad, faziendo el tiempo próspero, alçadas las velas, unos y otros tomaron las más derecha vía de sus tierras, a las cuales aportaron sin contraste ninguno con muy grande alegría de sus vassallos; mucho más lo fue Arquisil y Florisando de las hermosas princesas sus mujeres, de que tantos tiempos^{218v} avía que eran absentes, y assí que su llegada fue de mucho descanso para ellos que los atendían.

El rey Lisuarte quedó en Fenusa con la reina Oriana su abuela y con la reina Elena su mujer, y con él quedaron sus grandes amigos don Lispán y Coroneo y Galeote con sus mujeres, y Rolandín con la hermosa reina de Leonís y Orgalán con Calinda, y así muchos otros cavalleros y tan preciados que era maravilla, que sin duda podemos dezir que más quedavan en su corte que todos aquellos reyes llevavan consigo.

Pues quedando así el rey acompañado de tal compañía, por ruego de la reina Oriana su abuela, acordó de se bolver a Londres y así lo fizo, que dentro de tercero día se puso en el derecho camino, y, en llegando a Londres, con todo su real estado y compañías la reina Oriana se fue al monesterio de Miraflores y tomó abito de religión, que fasta allí no avía fecho salvo vida encerrada. El rey Lisuarte quedó en Londres acompañado de tantos cavalleros que era maravilla, ca estonces florecían las aventuras y porende avía muchos y muy señalados, a los cuales él fazía mucha honra y mercedes porque se no fuessen de su corte, mas antes los embiava a buscar a otras tierras onde sabía que los fallarían. Embió otrosí por todos su reinos y señoríos por muchas dueñas y donzellas de alta guisa para acompañar y servir a la reina Elena su mujer, y en poco tiempo tuvo tantas y tan fermosas que assaz estava acompañada y su corte muy bastecida de fermosura, lo que causava a muchos cavalleros con mayor gana venir a ella por amor de las donzellas y morar ende faziendo estrañas cosas en armas, las cuales fueron en gran crecimiento en el tiempo d'este bienaventurado rey Lisuarte, que todo su cuidado era de honrar los buenos, faziéndoles muchos bienes y mercedes, siendo muy derechero rey así a los grandes como a los pequeños, siendo otrosí de los francos y dadivosos reyes que nunca ovo en el mundo que nunca cosa le fue pedida que con razón la oviesse dar que no la otorgasse con alegre coraçón y voluntad, tomando los fijos de los altos hombres de sus señoríos para los criar y honrar por tener satisfechos los padres, y así noblecía este noble rey su corte lo más que podía, y lo que a ella sobrava de nobleza faría honra a muchos otros reyes del mundo, y queriendo fazer mercedes aquellos cavalleros, fizolos juntar a todos y dioles grandes dones y mercedes, endemás aquellos que en el tiempo passado le avían sido compañeros, entre los cuales eran Languínez del Lago Ferviente y Irneo de Bohemia, Florinel y don Roselís, Marcival y Arcalao, y Leonil y don Gandales, el cual el rey Lisuarte casó con la donzella Petronia, camarera mayor de la reina su mujer, y lo fizo conde de Montaldín, y le dio todas las tierras y castillos que avían sido del conde Gandalín su padre, de guisa que todos fueron alegres y pagados de los dones y mercedes que el rey les fizo, y fueron sus coraçones otorgados a le servir con mayor lealtad, y loavan ende su gran manificencia y virtud.

¶ Capítulo clxxxvj. De cómo algunos señores de aquellos que con el rey quedaron se partieron para sus tierras, y de cómo el rey Agrajes y don Galaor y las reinas sus mujeres renunciaron sus reinos en sus hijos mayores y se bolvieron a Bretaña, y ellos se metieron frailes en Fenusa y ellas monjas en Miraflores.

ALGUNOS DÍAS QUEDARON con el rey Lisuarte en Londres Coroneo y don Lispán y Orgalán y Rola[n]dín, en fin de los cuales, queriendo cada uno bolverse a su tierra, pues ende les no convenía morar, y así fue que Coroneo, no queriendo tanto

gozar de su alegría sin que con el rey su padre y madre lo comunicasse, aunque días avía que las alegres nuevas de Elena fiziera saber, demandó licencia un día al rey para se bolver con su mujer a Macedonia, onde cada día atendían su llegada, lo que no fue pequeña tristeza al rey y a la reina, que muy estremadamente amava este hermano, mas, viendo que pedía razón, ambos gela otorgaron; la cual, aviendo Coroneo ganada, despidiéndose del rey y de su hermana y de toda la corte, Leonarda con ^{219r} muchas lágrimas de su hermano Orgalán, el rey con todas sus compañías los acompañó fasta Tagades, la villa que puerto era de mar, onde Coroneo embarcó con la hermosa Leonarda su mujer y con su compañía, y faziéndole buen tiempo aportó en Macedonia, y su llegada fue de tanto plazer que todos fueron muy alegres, endemás el rey y la reina, sabiendo las grandes honras que a su fija fueron fechas y cómo era de las grandes reinas del mundo, y davan por ello gracias a Dios, y porque la avían embiado en Bretaña, y determinaron de embiar luego otrosí a Grimanesa su fija, aunque era de poca hedad, para estar con la reina su hermana, porque ende avría marido conforme a su valor. Leonarda fue tan amada y querida en Macedonia que aquel que la no amava de corazón creía que le no era leal vassallo, tanto con su noble condición cativava los corazones de los suyos.

Don Lispán y Rolandín, después de muchos días se despidieron del rey Lisuarte, los cuales le dexaron en gran soledad por su partida y mucho más don Lispán, ca a este amava el rey de todo corazón desde el primero día que lo vio en Constantinopla, mas no era engañado del amor que le tenía y así lo amava don Lispán muy enteramente, tanto que por su voluntad nunca se d'él partiera, mas ovo cartas del rey Brián su padre que se fuesse para él, ca tenía brava guerra con los moros de allende, para la cual afrente era su persona muy necessaria. Y así, con grandes lágrimas, se despidió del rey y de la reina. Llevando consigo a Castivalda, partió de aquel puerto en su flota y sin contraste arribó en España, y dende se fue a ver al rey Brián su padre, del cual y de toda la corte fue muy estrañamente recibido.

Rolandín con la hermosa Rosamunda se partió de Bretaña y llegó a Leonís y fue recibido de todos los del reino con muchos fiestas, y fue alçado y jurado por rey, y mantuvo su reino no menos con justicia a los vassallos que con braveza a los enemigos.

Galeote no se quiso partir del rey, antes quedó en su corte. El rey le hizo capitán general de sus reinos y señoríos.

Orgalán otrosí quedó con el rey fasta la muerte del duque Giontes, y estonces se fue para Cornualla.

Todos los otros cavalleros quedaron con el rey y se partieron a buscar las aventuras por el reino de Londres, que tantas eran que sin las querer las fallavan, y avía gran fama de las proezas del príncipe Valadas, que fazía maravillas en las armas, y así otros nuevos cavalleros que nuevamente divulgavan su valor y bondad de armas, onde los dexemos en sus bravas afrentas y batallas, y digamos lo que los reyes fizieron después de su partida.

E sabed que el rey Agrajes y el rey de Sobradisa, tanto que fueron en sus reinos, fallando todo pacífico y quieto como si presentes oviessen estado, viendo que sus juventudes avían gastado en las vanidades d'este mundo y cosas vanas, queriendo en sus senetudes fazer tal vida y emienda que los yerros cometidos de Dios les fuessen perdonados, aviendo consentimiento de las reinas sus mujeres, que la misma gana y devoción tenían, siendo en sí muy alegres de le fallar tan conformes en las voluntades, fizieron juntar los principa-

les de sus reinos. El rey Agrajes re<re>nunció su reino en su fijo mayor don Florestán de Escocia. El rey don Galaor renunció el reino en su fijo Perión. Y siendo ellos tales como eran fueron recibidos de los vassallos, aunque de los padres eran muy contentos, y los juraron por reyes y señores, y siendo ellos assí jurados y alçados por reyes, el rey Agrajes y don Galaor y sus mujeres con poca compañía aportaron en Bretaña y fueron a ver al rey Lisuarte, y estovieron tres días con él y llevaron las reinas a Miraflores, onde en presencia d'ellos recibieron ábito de religión y quedaron con la reina Oriana en aquel monesterio, queriéndole tener compañía en la áspera y solitaria vida como en la dulce y plazentera avían tenido. Los dos reyes, despedidos del rey Lisuarte, se fueron a Fenusa, y renunciando las pompas y faustos del mundo, dexando sus reinos y jurisdicción de sus vassallos a sus fijos, no obstante que dizen los metidos en el mundo ser muy alegre cosa señorear y tener mando sobre vassallos, mas estos nobles reyes, proponiendo las cosas perpetuas y duraderas del otro mundo a las miserias y fatigas del presente, queriendo ganar el reino de los cielos, dexaron los reinos que en el mundo avían, que tan acompañados suelen ser de trabajos y afrentas y su dulçura mezclada con muchos cuidados y angustias, olvidando otrosí estos nobles reyes sus mujeres, fijos, parientes, tierras, amigos y señoríos entraron en la iglesia y fizieron oración devotamente,^{219v} e fueron muy bien recibidos de los frailes que ende eran. E luego, dexando sus reales ropas, fueron vestidos de paños ásperos y de silicio, y fechas sus cerimonias que a los nuevamente entrados fazer suelen, quedaron faziendo muy santa vida, exercitándose en ayunos abstinencias y oraciones por amor de Dios como hasta allí avían sufrido grandes afanes, llagas y peligros por el mundo.

El rey de Cerdeña, después que con Arquisil y Florisando se fueron a Roma y estuvo algunos días con el emperador, sabiendo cómo su hermano don Galaor y su cormano el rey Agrajes avían dexado el mundo por servir a Dios en el monesterio onde el rey Amadís era enterrado, viendo que no menos razón tenía él de la fazer que ellos que la avían fecho, sabiendo que si su propósito publicasse que su mujer y sus fijos y otrosí el emperador lo empedirían, muy encubiertamente se partió de Roma solamente con sus armas y cavallo con su escudero, y tanto anduvo por sus jornadas que llegó a Bretaña y sin se dar a conocer se fue al monesterio de Fenusa, onde fallando a su hermano el rey de Sobradisa y el rey Agrajes su cormano, llorando de sus ojos muchas lágrimas, d'ellas de contrición, d'ellas de soledad que aquella vista le causava, dexando las armas que con tanta honra y fama avía ganado, quitando el fuerte arnés que vestido traía, fue vestido de paños pobres y de religión, y en lugar de yelmo su cabeça fue rapada y fecha una gran corona en señal que dexava todas las cosas del mundo, y fue compañero en la orden y en la vida a don Galaor su hermano y a Agrajes su cormano, cuya partida en Roma y en Cerdeña causó mucha tristeza, y muchos cavalleros partieron en su demanda, lo que él temiendo mandó bolver su escudero desde Fenusa con las nuevas, las cuales sabidas en Roma causaron gran tristeza en la reina Sardamira su mujer y en sus fijos, y luego el emperador fizo jurar y alçar por rey a don Florestán de Cerdeña su fijo, y la reina vivió como beata todos los días de su vida.

¶ Capítulo clxxxvij. En que se recuentan algunas cosas que después acontecieron, y de cómo el rey Lisuarte ovo tres hijos y una hija de la noble y hermosa reina su mujer.

PORQUE NO MENOS sería larga que prolixa escritura averse de contar las cosas como después acontecieron, ca según muchas fueron avían menester gran volumen. E por tanto, aunque la materia es dulce, su prolixidad sería enojosa a los leyentes y muy trabajosa al autor, y poren de en suma algunas cosas vos serán aquí dichas.

E sabed que el emperador, aportado en su imperio, fue recebido muy altamente y lo mantuvo en mucha justicia y lo defendió muy esforçadamente a los enemigos, y bivió muchos días con prosperidad y gran gozo de la prez de su linaje, y assimismo la emperatriz.

El rey Lisuarte en Bretaña creed que rigió sus reinos en tanta perfección que no fue menos que el rey Lisuarte su visabuelo ni que el rey Amadís su abuelo. Éste tuvo en su corte los mejores y más preciados cavalleros que en el mundo se podían fallar, éste sostuvo la alteza de las armas y la fama de Bretaña, y la honra que sus antepassados procuraron de ganar este passo todos los reyes de la Bretaña en franqueza, pues de bondad de armas no ay escritura de quién le tuviese ventaja, según las bravas batallas assí de fuertes cavalleros como de dudados jayanes en su tiempo acabó. A los buenos fazía mercedes, a los malos dava cruel castigo en su maldad, y assí galardinando los buenos y apremiando los malos mantuvo sus reinos en mucha justicia, y las grandes guerras que en su tiempo tuvo assí con la bondad de su persona como con el esfuerço de sus cavalleros siempre ovo vitoria de sus enemigos. Passó grandes peligros y aventuras siendo rey, que las armas con el estado real no olvidava, antes, quando a la honra convenía o provecho de la república o defensa de dueñas o donzellas, assí libremente ponía su cuerpo en aventura como si cualquier otro cavallero fuera, proponiendo las cosas de la fama y nombradía a la vida y estado de su persona. En su tiempo ovo tantos cavalleros andantes y aventuras tan señaladas que en otro tiempo no las ovo más ni tales fasta el tiempo de la Tabla Redonda. Ovo de la noble reina su mujer tres hijos y una hija: al primero llamaron Esplandián como al emperador, al segundo Amadís, y al tercero Perión, a la hija Oriana por amor de la reina su visabuela. Los hijos fueron de tal fecho de armas que el rey Amadís ni ^{220r} sus hermanos no les tovieron ventaja en su tiempo. La hija fue de tanta hermosura que ponía en espanto a los cavalleros que la vían y embidia a las hermosas de su tiempo; por ésta se fizieron grandes proezas y señalados fechos en armas, por ésta muchos cavalleros tomaron muerte queriendo hazer tales maravillas que su bondad a esta hermosa infanta pudiesse fazer contentamiento. Y con estos estremados hijos, este estremado rey Lisuarte vivió muchos años muy alegre y plazentero. Y después de la muerte del emperador Esplandián su padre eredó el imperio y lo gobernó muchos años, y al tiempo del fallecimiento de su vida dexó entre sus hijos sus señoríos repartidos d' ésta suerte: al fijo mayor Esplandián dexó el gran imperio de Constantinopla; y a su fijo Amadís, que era el segundo, dexó el reino de la Gran Bretaña y de Denamarca; y a Perión, que era el menor, el reino de Gaula y de la pequeña Bretaña, fuera otros reinos y señoríos que por su bondad y prez de armas avía ganado, y desde este tiempo quedó la Gran Bretaña esenta y sobre sí, y fuera del imperio de Constantinopla que por el emperador Esplandián eredara al rey Amadís su padre, y el rey Lisuarte al emperador todo andava confuso con un señor, y desde este tiempo fue apartada y lo fue dende

adelante, y mucho más en el tiempo del rey Artur, cuando no solamente la Gran Bretaña no era subjeta a rey ni emperador, mas antes debaxo de sí avía grandes reyes que le eran tributarios. E la infanta Oriana, hija d'este rey Lisuarte, fue grande señora en su tiempo y casada tan altamente como alteza tenía de linaje y fermosura.

E assí se acaba esta gran historia, aunque quedan por escrevir muchas estrañas aventuras y famosas cosas, no solamente dinas de escrituras, mas de espanto que acontecieron en el tiempo d'este rey Lisuarte. Mas el autor, cansado del luengo y duro trabajo de la presente obra, remite la trasladación de la siguiente a todo aquel que tal voluntario trabajo tomar quisiere, y para ello toviere no menos habilidad que reposo.

Deo gratias.

¶ Fenece el octavo libro de Amadís, en el qual

se trata de los no menos esclarecidos que valientes fechos en armas del muy noble y esforçado cavallero Lisuarte de Grecia, hijo del emperador Esplandián, y assimesmo se trata de la muerte del muy esclarecido rey Amadís. Fue sacado de lo Griego y Toscano en Castellano por Juan Díaz, bachiller en cánones. Fue impresso en la muy noble y leal ciudad de Sevilla por Jacobo Cromberger alemán y Juan Cromberger. Acabose a xxv de setiembre. Año de mill y quinientos y veinte y seis.



220v **Tabla****¶ Tabla de los capítulos que se contienen en el presente libro.**

- ¶ Primeramente el prólogo. folio ij.
- ¶ Capítulo primero, de cómo el emperador Esplandián partió de la Gran Bretaña y de lo que en el camino le acaeció. folio iij.
- ¶ Capítulo ij. De las grandes fiestas y recebimiento que fizieron al emperador en Constantinopla. folio iiij.
- ¶ Capítulo iij. De cómo se supo quién era el cavallero pagano. folio iiiij.
- ¶ Capítulo iiij. De cómo el emperador supo la contratación de los paganos. folio vj.
- ¶ Capítulo v. Del consejo que ovo el emperador Esplandián con sus altos hombres. fojas. vij.
- ¶ Capítulo vj. Cómo Lisuarte, saliendo a caça, falló una estraña aventura, y cómo ascondidamente se partió del bosque con dos donzellas. folio ix.
- ¶ Capítulo vij. Cómo Lisuarte y su compañero entraron en la mar con las dos donzellas. folio x.
- ¶ Capítulo viij. Cómo don Falangrís, fallando menos a Lisuarte, se dio a buscarlo por el bosque, y no lo hallando lo fizo saber al emperador. folio xij.
- ¶ Capítulo ix. Cómo a la corte del emperador llegó un cavallero de parte de Urganda con sus cartas faziéndole saber de Lisuarte su fijo. folio xiiij.
- ¶ Capítulo x. De cómo Sargil aportó en Bretaña y dio la embaxada al rey Amadís. folio xv.
- ¶ Capítulo xj. Cómo el hermitaño partió de la isla del rey Meliaxarte para Roma con la embaxada del rey Amadís. folio xvj.
- ¶ Capítulo xij. Del razonamiento que el hermitaño fizo al Papa sobre la embaxada que llevaba. folio xviiij.
- ¶ Capítulo xiiij. De la respuesta que dio el Papa a la demanda de los reyes cristianos y grandes señores. folio xx.
- ¶ Capítulo xiiij. De cómo Lisuarte y don Lispán se despidieron de Urganda. folio xxj.
- ¶ Capítulo xv. Cómo una donzella estraña cubierta de luto vino a la corte del emperador demandando socorro al príncipe Florisando. folio xxiiij.
- ¶ Capítulo xvj. Cómo el Cavallero de los Cisnes se combatió con el cavallero que defendía la puente. folio xxiiij.
- ¶ Capítulo xvij. Cómo el Cavallero de los Cisnes se combatió con Orlistes en la floresta y lo venció. folio xxv.
- ¶ Capítulo xviiij. Cómo el Cavallero de los Cisnes mató al gigante Madrusián. folio xxviiij.
- ¶ Capítulo xix. Cómo el Cavallero de los Fuegos mató los peones de Madrusián y cómo el Cavallero de los Cisnes soltó los presos de la prisión en que estaban. folio xxx.
- ¶ Capítulo xx. Cómo el Cavallero de los Cisnes se combatió con el gigante Enceleo, padre de Madrusián. folio xxx.
- ¶ Capítulo xxj. Cómo el Cavallero de los Cisnes se despidió de los cavalleros que sacó de la cárcel y se partió para Dacia. folio xxxij.
- ¶ Capítulo xxij. Cómo los dos compañeros llegaron al reino de Dacia. folio xxxiiij.

- ¶ Capítulo xxiiij. Cómo el Cavallero de los Cisnes y su compañia llegaron a la ciudad de Dierna do estava el rey de Dacia, y cómo fueron bien resecebidos. folio xxxv.
- ¶ Capítulo xxiiiij. De la embaxada que el rey Rolando embió al rey de Dacia. folio xxxvij
- ¶ Capítulo xxv. Cómo la donzella Luciana fue a ver al cavallero ferido y de lo que ambos passaron. folio xxxviiij.
- ¶ Capítulo xxvj. Cómo llegó a la corte el cavallero del rey Rolando, y cómo se concertó el desafio entre él y el Cavallero de los Cisnes. folio xxxix.
- ¶ Capítulo xxvij. Cómo el Cavallero de los Cisnes se combatió con el rey Rolando y lo venció. folio xlj.
- ¶ Capítulo xxviiij. Del grande llanto que fizo la reina Sabina por la muerte del rey Rolando su marido. folio xliij.
- ¶ Capítulo xxix. Cómo siete cavalleros del ^{221r} real vinieron a pedir treguas al rey de Dacia. folio xliij.
- ¶ Capítulo xxx. Cómo el rey de Dacia mandó hazer una rica sepultura para el rey Rolando. folio xliiiij.
- ¶ Capítulo xxxj. Cómo la reina sabina parió un hijo que se llamó Tristarán y fue señalado cavallero. folio xlv.
- ¶ Capítulo xxxij. De las cosa que fizo el Cavallero<s> de los Cisnes después de las treguas. folio xlvj.
- ¶ Capítulo xxxiiij. Cómo el Cavallero de los Cisnes dexando todo cumplido en aquellas partes se tornó para Dacia. folio xlvij.
- ¶ Capítulo xxxiiiij. De cómo los dos cavalleros se partieron de Dacia y lo que fizieron en el ducado de Suecia. folio xlviiij
- ¶ Capítulo xxxv. Cómo el cavallero de los Cisnes llegó donde era la duquesa, y cómo su fija Leonela fue presa de sus amores. folio xlix.
- ¶ Capítulo xxxvj. Cómo el Cavallero de los Cisnes presentó a Alvadín preso a la duquesa. folio lj.
- ¶ Capítulo xxxvij. Cómo la donzella de Leonela descubrió el secreto de sus amores al Cavallero de los Cisnes. folio lij.
- ¶ Capítulo xxxviiij. Cómo le Cavallero de los Cisnes, sabiendo ser causa del mal de Leonela, se partió de casa de la duquesa. folio lij.
- ¶ Capítulo xxxix. Cómo el marido de la dueña fue librado por el Cavallero de los Fuegos. folio liij.
- ¶ Capítulo xl. Cómo los dos cavalleros con la dueña llegaron a casa de la duquesa. folio liiiij.
- ¶ Capítulo xlj. Cómo el Cavallero de los Cisnes entró en el reino de Macedonia. folio lv.
- ¶ Capítulo xliij. Cómo, trayendo preso el escudero al enano, el cavallero llevó a donzella al castillo de la dueña. folio lvj.
- ¶ Capítulo xliij. De cómo partido el cavallero del castillo de Azelor se dio a andar por aquellas partes de Macedonia, donde hizo señaladas cosas. folio lvij.
- ¶ Capítulo xliiiij. De cómo el Cavallero de los Cisnes ovo batalla con Tesilao. folio lvij.
- ¶ Capítulo xlv. En que se cuenta por qué este Tesilao el Encantador avía preso a Coroneo y a sus cavalleros. folio lviiij.
- ¶ Capítulo xlvj. Cómo Coroneo y el Cavallero de los Cisnes llegaron a Cedrómpolis. folio lx.

- ¶ Capítulo xlvij. Cómo el rey Rión con su compañía llegó a Cedrómpolis, y fue concertada la batalla entre él y el gigante Grovalaz y Coroneo y el Cavallero de los Cisnes. folio lxj.
- ¶ Capítulo xlvij. De cómo Coroneo y el Cavallero de los Cisnes ovieron batalla con el rey Rión y el gigante Grovalaz y los vencieron. folio lxij.
- ¶ Capítulo xlix. De cómo e cavallero estraño, siendo llagado en casa del rey de Macedonia, era muy visitado del rey y de la reina y su fija. folio lxiiij.
- ¶ Capítulo l. De cómo la infanta Elena embió un rico anillo al Cavallero de los Cisnes y de la respuesta que él le dio. folio lxv.
- ¶ Capítulo lj. De cómo Elena, ahincada del fuerte amor, descubrió el secreto de su coraçón a su fiel donzella Petronia. folio lxvj.
- ¶ Capítulo lij. De cómo el Cavallero de los Cisnes y Coroneo fueron guarescidos de sus llagas, y de lo que una donzella estraña dixo al rey. folio lxvij.
- ¶ Capítulo liij. De cómo el Cavallero de los Cisnes se despidió del rey de Macedonia. folio lxviiij.
- ¶ Capítulo liiij. De cómo el Cavallero de los Cisnes se partió de Cedrómpolis y de noche bolvió a fablar a su señora, y fue recebido por su cavallero. folio lxix.
- ¶ Capítulo lv. Del duelo que el cavallero fazía por su partida, y cómo se combatió con Dulmen, sobrino de Tesilao. folio lxx.
- ¶ Capítulo lvj. De cómo el cavallero libró una dueña que halló en gran cuita en una montaña. folio lxxj.
- ¶ Capítulo lvij. De cómo el rey Alidoro perdonó a rey Rión la muerte de su sobrino, y cómo mandó matar al gigante del soto y a su compañero. folio lxxij.
- ¶ Capítulo lvij. De cómo el Cavallero de los Cisnes fue a la Torre Encantada y de la batalla que ende ovo. folio lxxiiij.
- ¶ Capítulo lix. De cómo siendo presa la mala donzella mostró su librería al cavallero ^{221v} y le desencantó su escudero y donzellas. folio lxxiiij.
- ¶ Capítulo lx. En que se recuentan los preciados cavalleros que la Sabia Donzella tenía en su encantamiento. folio lxxv.
- ¶ Capítulo lxj. De cómo la mala donzella se despeñó de la torre y los cavalleros dixeron sus aventuras al Cavallero de los Cisnes. folio lxxvj.
- ¶ Capítulo lxij. De cómo los cavalleros supieron quién era la donzella encantadora y por qué hazía a aquellos encantamientos, y cómo sus libros fueron quemados. folio lxxvij.
- ¶ Capítulo lxiiij. De cómo el Cavallero de los Cisnes, sin ser conocido de los cavalleros, se partió su camino. folio lxxviiij.
- ¶ Capítulo lxv. De cómo Coroneo se combatió con Florinel y de la cruda batalla que ovieron. folio lxxix.
- ¶ Capítulo lxvj. De cómo Florinel se combatió con el cavallero de las águilas y leones y lo venció. folio lxxx.
- ¶ Capítulo lxvij. De cómo Coroneo y Florinel, siendo guarescidos de sus llagas, se fueron para Londres. folio lxxxj.
- ¶ Capítulo lxviiij. De cómo el Cavallero de los Cisnes llegó al reino de Sobradisa y de lo que ende le acaesció. folio lxxxij.

- ¶ Capítulo lxxix. De cómo los hijos del rey Galaor salieron a aver batalla con el jayán y fueron vencidos, y ovieran sido muertos si el Cavallero de los Cisnes no los amparara. folio lxxxiiij
- ¶ Capítulo lxxx. De la brava batalla que ovo el Cavallero de los Cisnes con el jayán Macareo y lo mató. folio lxxxiiiij.
- ¶ Capítulo lxxxj. Del gran plazer que don Galaor ovo de la vitoria, y cómo el cavallero fue curado de sus llagas y quemada la brava gigantea. folio lxxxv.
- ¶ Capítulo lxxxij. De cómo cuatro escuderos traxeron al rey Amadís un cavallero llagado de muerte. folio lxxxvj.
- ¶ Capítulo lxxxij. De cómo los dos primos fueron traídos a Londres donde el rey, sabiendo su maldad, les fizo dar el castigo de su traición. folio lxxxvij.
- ¶ Capítulo lxxxiiij. De cómo el Cavallero del Dragón, por una estraña aventura, se combatió con Rolandín. folio lxxxviiij.
- ¶ Capítulo lxxxv. De cómo el cavallero dexó a curar a Rolandín en una abadía de monjes, do supo las grandes maravillas de la Montaña de Sanguit. folio lxxxix.
- ¶ Capítulo lxxxvj. De cómo el Cavallero del Dragón se dio a andar por la Montaña de Sanguit y de las aventuras que ende halló. folio xc.
- ¶ Capítulo lxxxvij. De cómo la donzella contó al cavallero la razón por qué viniera a la montaña, y cómo otro día se partieron en la demanda. folio xciiij.
- ¶ Capítulo lxxxviiij. De cómo el cavallero, acompañando a la donzella, fallaron a Rodualdo en una estraña aventura. folio xcij.
- ¶ Capítulo lxxxix. De cómo Rodualdo contava la estraña vida que hazía en la montaña, y cómo tomaron los leoncillos y los dos niños salvajes y se bolvieron a la abadía. folio xciiij.
- ¶ Capítulo lxxx. De cómo el Cavallero de los Fuegos ovo en una montaña batalla con un jayán y una gigantea. folio xciiij
- ¶ Capítulo lxxxj. De cómo el Cavallero de los Fuegos llegó al castillo de Gantasi, y de la batalla que ende ovo. folio xcvi.
- ¶ Capítulo lxxxij. En que se cuenta quién eran los cavalleros presos que tenía la señora del castillo. folio xcviij.
- ¶ Capítulo lxxxiiij. De las aventuras que acontecieron al Cavallero del Dragón. folio xcviij
- ¶ Capítulo lxxxiiij. De la fermosa aventura que el Cavallero del Dragón halló al passaje de la Puente de Guiñón. folio xcviij.
- ¶ Capítulo lxxxv. De cómo la dueña demandó perdón al cavallero por el enojo que sus hombres le fizieron. folio xcix.
- ¶ Capítulo lxxxvj. De una contrariedad que se halla en esta historia de Amadís y lo que d'ella devemos tener. folio c.
- ¶ Capítulo lxxxvij. De cómo el Cavallero del Dragón se combatió con el cavallero que guardava la Fuente de los Cedros. folio c.
- ¶ Capítulo lxxxviiij. De cómo partió el cavallero de la Fuente de los Cedros y ovo batalla con Orfil el Casto. folio cij.
- ^{222r} ¶ Capítulo lxxxix. De cómo Rolandín y Rodualdo se partieron de la abadía del Valle Sombrío. folio cij.
- ¶ Capítulo xc. De cómo el Cavallero del Dragón fue curado de sus llagas en un castillo donde supo estrañas nuevas de la corte. folio cij.

- ¶ Capítulo xcj. De cómo Elena embió una carta al Cavallero de los Cisnes. folio cv.
- ¶ Capítulo xcij. De cómo el Cavallero del Dragón estando en su pensar llegó otro cavallero y le preguntó la causa de su cuita, y de la batalla que ovieron. folio cvj.
- ¶ Capítulo xciiij. De cómo el Cavallero del Dragón, alvergando aquella noche en el castillo del llano, le aconteció una estraña aventura. folio cvij.
- ¶ Capítulo xciiij. De cómo una estraña donzella llegó a la corte del rey Amadís trayendo hermosa aventura. folio cix.
- ¶ Capítulo xcv. De cómo el temido Centauro llegó a la corte y de los cavalleros que venció. folio cx.
- ¶ Capítulo xcvj. De cómo el Cavallero del Dragón supo las nuevas del Centauro, y cómo se fue a Londres para aver con él batalla. folio cxj.
- ¶ Capítulo xcviij. De cómo Florisando salió a aver batalla con el Centauro y de cómo le fue en ella. folio cxij.
- ¶ Capítulo xcviij. De la brava y espantable batalla que ovo el Cavallero del Dragón con el Centauro y de la grande vitoria y honra que ende gano. folio cxiiij.
- ¶ Capítulo xcix. De cómo la donzella estraña vino a la corte del rey Amadís y le dixo el mandado del Cavallero del Dragón. folio cxiiij.
- ¶ Capítulo c. De cómo el Cavallero de los Fuegos se combatió con Troleán el Sobervio y lo venció. folio cxv.
- ¶ Capítulo cj. De cómo estando el rey Amadís en sus cortes llegó la condessa de Denamarca llorando la muerte del conde Gandalín su marido y perdición de sus castillos. folio cxvij.
- ¶ Capítulo cij. De cómo al rey Amadís vinieron las nuevas que los reyes paganos eran venidos en Bretaña y tenían cercada la villa de Fenusa. folio cxix.
- ¶ Capítulo cij. Cómo un cavallero de la parte de los reyes paganos vino a desafiar al rey Amadís. folio cxix.
- ¶ Capítulo ciiij. De los grandes señores que vinieron en socorro del rey Amadís. folio cxxj.
- ¶ Capítulo cv. De cómo el Cavallero del Dragón sabía todas las nuevas de la corte en la hermita, y cómo se partió para la batalla de Fenusa. folio cxxj.
- ¶ Capítulo cvj. De cómo el rey Amadís iba con sus compañías la vía de Fenusa a verse con sus enemigos. folio cxxij.
- ¶ Capítulo cvij. De cómo fueron repartidas las hazes del rey Amadís y assimismo de los contrarios. fojas cxxiiij.
- ¶ Capítulo cviiij. En que se cuenta de las armas y devisas que los cavalleros de ambas las partes sacaron en la batalla. folio cxxiiij.
- ¶ Capítulo cix. En que se cuenta de las armas con que entró Lisuarte en la batalla y de la brava pelea que fue entre el rey Amadís y los paganos. folio cxxvj.
- ¶ Capítulo cx. De la segunda batalla que ovo el rey Amadís con los paganos. folio cxxix.
- ¶ Capítulo cxj. De las grandes riquezas que fallaron en el real de los paganos, y cómo el rey Amadís mando llevar los muertos a Fenusa, y de cómo fue conocido Lisuarte. fojas cxxxiiij.
- ¶ Capítulo cxij. De cómo el rey Amadís hizo saber las nuevas del vencimiento a la reina Oriana. folio cxxxv.

- ¶ Capítulo cxiiij. De cómo llegaron al puerto donde el rey Amadís tenía su real el rey de Sobradisa y Arquisil, trayendo grande flota de los enemigos. folio cxxxv
- ¶ Capítulo cxiiij. De cómo Coroneo se partió de Bretaña para Macedonia. folio cxxxvij.
- ¶ Capítulo cxv. De cómo el rey Amadís mandando alçar el real se fue la vía de Londres, y del gran plazer que ovo la reina Oriana con tal venida. folio cxxxvij.
- ¶ Capítulo cxvj. De lo que dixo don Gandales al rey Amadís, y de cómo vino una donzella de Urganda y dixo estrañas cosas. fojas cxxxix.
- ¶ Capítulo cxvij. De cómo don Gandales se partió de Londres para el Castillo de Valderín ^{222v} y a Falangrís y Aviés de Sansueña y don Lispán para Constantinopla. folio cxlj.
- ¶ Capítulo cxviii. De cómo don Gandales llegó al condado que fuera de su padres y de la batalla que ovo con los enemigos. folio cxlij.
- ¶ Capítulo cxix. En que se cuenta las nuevas que don Gandales supo de sus enemigos y del consejo que tomó para la batalla. folio cxlij.
- ¶ Capítulo cxx. En que se cuenta quién eran estos fijos de Arcaláus y quién era su madre. folio cxliij.
- ¶ Capítulo cxxj. De cómo Lisuarte llegó a tierra de los enemigos y de las cosas que ende fizo. folio cxliiij.
- ¶ Capítulo cxxij. De cómo Lisuarte y Gualdín de Bristoya llegaron al Castillo de Valderín. fojas cxlv.
- ¶ Capítulo cxxiiij. De cómo Dinardán y Nitroferón ovieron batalla con Lisuarte y Gualdín de Bristoya. folio cxlvj.
- ¶ Capítulo cxxxiiij. En que se cuenta cómo Lisuarte y su compañero fueron librados del peligro en que estaban. folio cxlvij.
- ¶ Capítulo cxxv. De cómo Lisuarte sacó muchos cavalleros y donzellas de la prisión. fojas cxlviiij.
- ¶ Capítulo cxxvj. De cómo Lisuarte supo quién eran los cavalleros feridos y cómo se partió para el Castillo de Montaldín. folio cxlix.
- ¶ Capítulo cxxvj. De cómo Coroneo ahincó tanto al rey su padre que ovo de embiar la infanta Elena a la corte del rey Amadís. fojas clj.
- ¶ Capítulo cxxviii. De cómo don Falangrís y Aviés de Sansueña y don Lispán, corriendo tormenta en la mar, fueron a dar en la Isla Desierta, donde fueron presos por Cosdroel. folio clij.
- ¶ Capítulo cxxix. De cómo Cosdroel, conociendo a Falangrís, le soltó la prisión y a sus compañeros. folio cliij.
- ¶ Capítulo cxxx. De cómo los tres compañeros eran muy visitados de los tres infantes. folio clv.
- ¶ Capítulo cxxxj. De la brava y cruda batalla que fue entre los dos cavalleros y los dos gigantes. folio clvj.
- ¶ Capítulo cxxxij. De cómo la donzella estraña que traxo el concierto de la batalla se mató con sus manos. folio clviiij.
- ¶ Capítulo cxxxiiij. De cómo el Novel Cavallero prendió el capitán de Demagores [y] se vino para el Castillo de Montaldín. folio clix.
- ¶ Capítulo cxxxiiij. De cómo Lisuarte tomando la vía del reino de Leonís se combatió con el Cavallero de los Alanos. folio clx.

- ¶ Capítulo cxxxv. De cómo el cavallero, siendo guarecido de sus llagas, se quiso despedir de los dos hermanos y ellos le tuvieron compañía. folio clxj.
- ¶ Capítulo cxxvj. De cómo Lisuarte con los dos hermanos partieron de la torre y fueron al reino de Leonís. folio clxj.
- ¶ Capítulo cxxxvij. De cómo la reina Rosamunda pidió ayuda a Lisuarte para la batalla y él gela otorgó pidiéndole un don primero. folio clxij.
- ¶ Capítulo cxxxviii. De cómo Lisuarte y Galeote ovieron batalla con el duque y con sus dos hijos. folio clxiiij.
- ¶ Capítulo cxxxix. De cómo la reina Rosamunda llevó los cavalleros llagados a su palacio folio xclxv.
- ¶ Capítulo cxl. De cómo se perdió la Ínsula Firme y lo supo el rey Amadís, y de la gran tristeza que por ello ovo. folio clxvj.
- ¶ Capítulo cxli. En que se recuenta la vida d'este gigante Dramirón de Anconia. folio clxvij.
- ¶ Capítulo cxliij. De cómo a la corte del rey Amadís llegó una estraña donzella de parte de Dramirón a desafiar los cavalleros del rey Amadís. folio clxviii.
- ¶ Capítulo cxliiij. De las aventuras que acontecieron a Lisuarte y a Galeote camino de Bretaña. folio clxx.
- ¶ Capítulo cxliiiij. De cómo Lisuarte sacó de la torre de Galión muchos presos, entre los cuales falló a Éstor el donzel. folio clxxj.
- ¶ Capítulo cxlv. De cómo Lisuarte y Galeote fueron al castillo do era Polardos y lo libraron de la muerte. folio. clxxij.
- ¶ Capítulo cxlvj. De cómo el rey Agrajes y Florisando y Arquisil y otros muy señalados cavalleros se partieron para la Ínsula Firme. folio clxxiiij.
- ^{223r} ¶ Capítulo cxlvij. De la batalla que los cavalleros del rey Amadís con Dramirón ovieron. folio clxxvj.
- ¶ Capítulo cxlviii. De cómo Arquisil salió a aver batalla con el gigante y cómo fue vencido y preso. folio clxxvij.
- ¶ Capítulo cxlix. De cómo Florisando ovo batalla con Dramirón y fue vencido. folio cxxviii.
- ¶ Capítulo cl. De cómo Lisuarte y Galeote llegaron a Londres. folio clxxix.
- ¶ Capítulo clj. De cómo Lisuarte demandó licencia al rey Amadís para ir a aver batalla con Dramirón. folio clxxx.
- ¶ Capítulo clij. De cómo Lisuarte y Galeote llegaron a la Ínsula Firme y de la brava batalla que Lisuarte ovo con el gigante y lo mató. folio clxxxj.
- ¶ Capítulo cliiij. De cómo Lisuarte se fue al castillo de la Ínsula Firme y sacó los cavalleros presos. folio clxxxij.
- ¶ Capítulo cliiiij. De cómo Gualdar de Rascuil señoreó toda la ínsula y no dexó sacar d'ella riqueza ni armas. folio lxxxiiij.
- ¶ Capítulo clv. De cómo Leonil fue muy honradamente rescebido de los cavalleros, y cómo Lisuarte embió las nuevas del vencimiento al rey Amadís, y de la muerte de Urganda. folio clxxxv.
- ¶ Capítulo clvij. De cómo Gualdín de Bristoya venció la gran armada de los turcos que en socorro de Dramirón venían. folio clxxxv.
- ¶ Capítulo clvj. De cómo don Lispán y Falangrís y Aviés de Sansueña y los tres infantes de las Ínsulas Californias se partieron de Constantinopla. folio clxxxvj.

- ¶ Capítulo clviii. De cómo llegaron al puerto de la Ínsula Firme las dos naves que venían de Constantinopla. folio clxxxvij.
- ¶ Capítulo clix. De cómo aquellos cavalleros partieron de la Ínsula Firme y se vinieron para Londres. folio clxxxvij.
- ¶ Capítulo clx. De cómo la reina supo de don Lispán y Falangrís las cosas de Constantinopla y de cómo Lisuarte supo la muerte de Urganda. folio clxxxix.
- ¶ Capítulo clxj. De cómo aquellos grandes señores mandaron bolver sus gentes y capitanes para sus tierras. folio cxc.
- ¶ Capítulo clxij. De cómo don Florestán, rey de Cerdeña, llegó a Londres y de lo que el rey su hermano le dixo. folio cxcj.
- ¶ Capítulo clxiiij. De cómo perseverando el rey Amadís en su dolencia vino el emperador Esplandián a Bretaña. folio cxcij.
- ¶ Capítulo clxiiij. De la muerte del muy noble y esforçado rey Amadís. folio cxciij.
- ¶ Capítulo clxv. Del gran llanto que se fizo por la muerte del rey Amadís. folio cxcv.
- ¶ Capítulo clxvj. De las obsequias y honras que fueron fechas al rey Amadís. folio cxcvj.
- ¶ Capítulo clxvij. De cómo el emperador embió a Constantinopla por la emperatriz su mujer y cómo fueron jurados por reyes de la Gran Bretaña. folio cxcvij.
- ¶ Capítulo clxviiij. De cómo ciertos cavalleros demandaron licencia al emperador para ir a buscar las aventuras. folio cxcix.
- ¶ Capítulo clxix. De cómo a la corte llegaron Perión y Galaor y Gandales, y cómo un cavallero de parte de los dos reyes vino a desafiar al emperador y fue concertada la batalla. folio cxcix.
- ¶ Capítulo clxx. De cómo Rosamunda, la reina de Leonís, se vino para Bretaña, y cómo el emperador y los cavalleros se fueron para los campos de Salagres. folio cc.
- ¶ Capítulo clxxj. De la brava y espantable batalla que fue entre los dos reyes y Lisuarte y cincuenta cavalleros de cada parte. fojas ccj.
- ¶ Capítulo clxxij. De cómo, después que aquellos cavalleros fueron guarecidos, se fueron para donde era la emperatriz. folio cciiij.
- ¶ Capítulo clxxiiij. De cómo el emperador soltó la prisión y dexó ir libres los dos reyes a sus tierras. folio ccv.
- ¶ Capítulo clxxiiij. De cómo murió el Patriarca de Constantinopla y cómo dieron la tal dignidad al hermitaño padre de Florisando. folio ccv.
- ¶ Capítulo clxxv. De la fabla que fizo la reina Oriana al emperador y emperatriz sobre el casamiento de Lisuarte. folio ccvj.
- ¶ Capítulo clxxvj. De cómo a la corte llegaron ^{223v} las tres reinas Briolanja, Olinda y Mabilia. folio ccviiij.
- ¶ Capítulo clxxvij. De cómo el gigante venció de la justa a algunos cavalleros que con él se combatieron por sus amigas, y de cómo las donzellas de la emperatriz embieron a pedir al emperador un cavallero que defendiese su razón. folio ccix.
- ¶ Capítulo clxxviiij. De la batalla que Lisuarte ovo con el gigante Bragadán el Bermejo y lo venció. folio ccx.
- ¶ Capítulo clxxix. De cómo Lisuarte fizo juntar los principales cavalleros sus amigos y les fizo una habla. folio ccxj.

- ¶ Capítulo clxxx. De cómo Lisuarte fabló con el emperador su padre sobre el concierto de los casamientos que avía fecho, y cómo llegó a la corte el príncipe Valadas, hijo del rey don Bruneo, y cómo fue armado cavallero. folio ccxij.
- ¶ Capítulo clxxxj. Cómo el emperador Esplandián y la emperatriz Leonorina renunciaron los reinos de la Gran Bretaña, Gaula y Denamarca en Lisuarte su hijo, y cómo fue coronado y jurado por rey de aquellos reinos. folio ccxiiij.
- ¶ Capítulo clxxxij. De cómo se hizieron los casamientos entre el nuevo rey Lisuarte y la hermosa Elena, y de los otros cavalleros señalados y donzellas. folio ccxv.
- ¶ Capítulo clxxxiiij. De cómo fueron velados todos los novios. folio ccxvj.
- ¶ Capítulo clxxxiiij. De cómo determinando el emperador y aquellos reyes de se bolver a sus tierras llevaron con mucha solenidad primero los huessos del rey Amadís a Fenusa y los pusieron en una rica sepultura en el Monesterio de la Clara Vitoria. folio ccxvij.
- ¶ Capítulo clxxxv. De cómo el emperador y aquellos grandes señores se partieron de Fenusa, y de cómo el rey Lisuarte y la reina Elena su mujer se bolvieron para Londres. fojas ccxviiij.
- ¶ Capítulo clxxxvj. De cómo algunos señores de aquellos que con el rey quedaron se partieron para sus tierras, y de cómo el rey Agrajes y don Galaor y las reinas sus mujeres renunciaron sus reinos en sus hijos mayores y se bolvieron a Bretaña, y ellos se metieron frailes en Fenusa y ellas monjas en Miraflores. folio ccxviiij.
- ¶ Capítulo clxxxvij. En que se recuentan algunas cosas que después acontecieron, y de cómo el rey Lisuarte ovo tres fijos y una fija de la muy noble reina Elena su mujer. fojas ccxix.

¶ **Fin de la tabla.**

